

HISTORIA ANTIGUA
DE MEXICO Y DE SU CONQUISTA

ILUSTRADA CON DISEÑACIONES

SOBRE LA TIERRA, LOS ANIMALES Y LOS HABITANTES DE MEXICO

ESCRITA

POR D. FRANCISCO J. CLAVIGERO

Y TRADUCIDA DEL ITALIANO

POR A. JOAQUIN DE MORA.



JALAPA: 1868.

TIPOGRAFIA DE AGUSTIN RUIZ

Calle 2.^a de Zaragoza, núm. 167.

A LA UNIVERSIDAD DE ESTUDIOS

DE MEXICO

Ilustrísimos Señores:

Una Historia de México escrita por un mexicano, que no busca protector que lo defienda, sino guía que lo dirija, y maestro que lo ilumine, debe consagrarse al *cuerpo literario mas respetable del Nuevo Mundo, como al que, mas instruido que ningún otro en la Historia mexicana, parece el mas capaz de juzgar el mérito de la obra, y descubrir los defectos que en ella se encuentren.*

Yo me avergonzaria de presentaros una obra tan defectuosa, si no estuviere seguro que vuestra prudencia y vuestra benignidad no son inferiores á vuestra eminente doctrina. Sabéis cuan arduo es el argumento de mi obra, y cuan difícil desempeñado con acierto, especialmente para un hombre agobiado de tribulaciones, que se ha puesto á escribir á mas de siete mil millas de su patria, privado de muchos documentos necesarios, y aun de los datos que podian suministrarle las cartas de sus compatriotas. Cuando conozcais pues al leer la obra, que esta mas que una historia, es un ensayo, una tentativa, un esfuerzo aunque atrevido de un ciudadano, que á despecho de sus calamidades ha querido ser útil á su patria; léjos de censurar sus errores, compadeceréis al autor, y agradeceréis el servicio que ha hecho, abriendo un camino, cubierto, por desgracia nuestra, de dificultades y estorbos.

De otro modo ¿quién osaria comparecer con tan humilde don ante un cuerpo tan recomendable, que habiendo sido desde su origen consumado y perfecto, ha continuado aumentando su perfeccion? ¿Quién no se arrodrará, lleno de un santo respeto, al ver en vuestras aulas las imágenes de aquellos hombres ilustres, honra de la nueva y de la antigua España, y al oír los nombres inmortales de Vera-Cruz, Hortigosa, Naranjo, Cervantes, Salcedo, Sarriana, Silés, Sigüenza, Bermúdez, Eguíara,

*La Universidad de México fué erigida por orden del Emperador Carlos V. y con autorización del papa Julio III en 1553, con todas las prerrogativas y privilegios de la de Salamanca. Fueron excelentes los primeros lectores, como escogidos entre los literatos de España, cuando florecían allí las ciencias. Uno de ellos, el P. Alfonso de la Vera-Cruz, agustiniano, publicó en México y en España muchas obras filosóficas y teológicas, que merecieron el aprecio de los doctos. Otro, el Dr. Cervantes, publicó en México algunos excelentes dialogos latinos. Los rápidos progresos de aquella insigne Universidad se echaron de ver en el III Concilio Mexicano, celebrado el año de 1585, el cual, segun los inteligentes, es uno de los mas doctos entre los concilios nacionales y provinciales. Hay en el día veintitres lectores ordinarios de retórica, filosofia, teología, jurisprudencia canónica y civil, medicina, matemáticas y lenguas.

Miranda, Portillo, &c., que bastarian á eternizar las mas famosas academias de la docta Europa? Bastarian á desanimar al autor los nombres de vuestros doctores actuales, y entre otros el del clarisimo canciller y gefe de vuestra Universidad, á quien, ademas del ilustre nacimiento, el sublime ingenio, la suma erudicion en las letras humanas y sagradas, y una sólida piedad han casualado á los mas distinguidos puestos literarios, y lo hacen dignísimo de la púrpura sagrada.

Pero dejando aparte los encomios que os son debidos, pues parecerian lisonjas á los que ignoran vuestro superior mérito, quiero ahora quejarme amigablemente con los individuos de ese cuerpo, del descuido de nuestros antepasados con respecto á la Historia de nuestra patria. Cierto es que hubo hombres dignísimos que se fatigaron en ilustrar la antigüedad mexicana, y nos dejaron acerca de ella preciosos escritos. Tambien es cierto que hubo en esa Universidad un profesor de antigüedades, encargado de explicar los caracteres y figuras de las pinturas mexicanas, por ser tan importante para decidir en los tribunales los pleitos sobre la propiedad de las tierras, y sobre la nobleza de algunas familias indias; mas de esto mismo nacen mis quejas. ¿Por qué no se ha conservado aquella cátedra? ¿Por qué se han dejado perder aquellos escritos tan apreciables, y sobre todo los del doctisimo Sigüenza? Por falta de profesor de antigüedades no hay quien entienda en el dia las pinturas mexicanas, y por la pérdida de los escritos, la Historia de México ha llegado á ser difícil, si no de imposible ejecucion. Pues no es dable reparar aquella pérdida, á lo menos consérvese lo que queda. Yo espero que vosotros, que sois en esos paises los custodios de las ciencias, trataréis de preservar los restos de la antigüedad de nuestra patria, formando en el magnífico edificio de vuestras reuniones, un museo no menos útil que curioso, en que se recojan las estatuas antiguas que existen ó se vayan descubriendo en las escavaciones, las armas, los trabajos de mosaico y otras preciosidades semejantes; las pinturas mexicanas, esparcidas en diversos puntos, y sobre todo los manuscritos, tanto de los primeros misioneros y de otros antiguos españoles, cuanto de los mismos indios, que existen en las librerías de algunos monasterios, de donde podian sacarse copias, ántes que los devore la polilla, ó por alguna otra desgracia se pierdan. Lo que hizo pocos años hace un curioso y erudito extranjero*, nos da á conocer lo que podian hacer nuestros compatriotas, cuando á la diligencia y á la industria uniesen la prudencia que se necesita para sacar aquellos monumentos de manos de los indios.

Dignaos entretanto aceptar este trabajo, como una muestra de mi sincerísimo amor á la patria, y de la suma veneracion con que soy de V. S. Ilustrísima

Afectuoso compatriota y humildísimo servidor

Francisco Javier Clavijero.

Bolonia, 13 de Junio de 1780.

† De los hombres grandes de la Universidad mexicana hacen honrosa mencion Cristóbal Bernardo de la Plaza, en su orónica de la misma Universidad, que comprende desde el año de 1563 hasta el de 1683; el Dr. Eguara en la Biblioteca mexicana, y en el prefacio de su teología; Pinelo en su Biblioteca Occidental, y otros muchos autores europeos, y americanos.

* El caballero Boturini.

PREFACIO.

LA Historia de México, que he emprendido para evitar una ociosidad enojosa y culpable, á que me hallaba condenado; para servir á mi patria en cuanto mis fuerzas lo alcanzasen, y para reponer en su esplendor á la verdad ofuscada por una turba increíble de escritores modernos sobre América, me ha ocasionado tantas dificultades y fatigas como gustos. Porque dejando aparte los grandes dispendios que he hecho para proporcionarme los libros necesarios de Cádiz, Madrid, y otras ciudades de Europa, he leído y examinado diligentemente casi todo lo que se ha publicado hasta ahora sobre el asunto; he estudiado gran número de pinturas históricas mexicanas; he confrontado las relaciones de los escritores, y he pesado en la balanza de la crítica su autoridad; me he valido de los manuscritos que ya habia leído durante mi estancia en México, y he consultado muchos hombres prácticos de aquellos países. A estas diligencias podria añadir para acreditar mi celo los treinta y seis años que he permanecido en muchas provincias de aquellas vastas regiones; el estudio que he hecho de la lengua mexicana, y el trato que he tenido con los mismos Mexicanos cuya historia escribo. No me lisonjeo sin embargo de haber hecho una obra perfecta; pues ademas de hallarme destituido de los dotes de ingenio, juicio y elocuencia, que se requieren en un buen historiador, la pérdida lamentable de la mayor parte de las pinturas, que tantas veces he deplorado, y la falta de tantos manuscritos preciosos que se conservan en muchas bibliotecas de México, son obstáculos insuperables para el que se dedique á semejante trabajo, sobre todo lejos de aquellos países. Sin embargo yo espero que será bien acogido mi ensayo, no ya por la elegancia del estilo, por la belleza de las descripciones, por la gravedad de las sentencias, ni por la grandeza de los hechos referidos; sino por la diligencia de las investigaciones, por la sinceridad de la narracion, por la naturalidad del estilo, y por el servicio que hago á los literatos deseosos de conocer las antigüedades mexicanas, presentándoles reunido en esta obra, lo mas precioso que se haya esparcido en las de diversos autores, y muchas cosas que ellos no han publicado.

Habiéndome propuesto la utilidad de mis compatriotas por fin principal de mi trabajo, escribí desde luego mi Historia en español; inducido despues por algunos literatos italianos, que se mostraban deseosos de leerla en su propio idioma, tomé el nuevo y laborioso empeño de hacer la traduccion; así que si algunos sujetos tuvieren la bondad de creermelo digno de elogio, ahora tendrán la de compadecerme.

Inducido tambien por algunos amigos, escribí el ensayo de historia natural de México, que se lee en el libro primero, aunque yo no lo creia necesario, y quizás ha-

há muchas personas que lo juzgan importuno; mas para no alejarme de mi propósito, traté de referir á la historia antigua todo lo que digo sobre las producciones de la naturaleza, indicando el uso que de ellas hacian los antiguos mexicanos. Por el contrario, los aficionados al estudio de la naturaleza, dirán que este ensayo es demasiado breve y superficial, y no se engañarán en ello; mas para satisfacer su curiosidad seria necesario escribir una obra harto diversa de la que yo he emprendido. Yo al cabo me hubiera ahorrado gran fatiga, á no haber querido complacer á aquellos amigos, porque para lo poco que he dicho sobre la historia natural, he debido consultar las obras de Plinio, de Dioscorides, de Laet, de Hernandez, de Ulloa, de Buffon, de Bomare, y de otros naturalistas; no bastándome lo que yo mismo habia visto, ni lo que he sabido por informes de hombres inteligentes, y prácticos en aquellos países.

En nada he tenido mas empeño que en mantenerme en los límites de la verdad, y quizás mi Historia seria mejor recibida por muchos, si la diligencia que he empleado en averiguar lo verdadero, hubiera sido aplicada á hermosear mi narracion con un estilo brillante y seductor, con reflexiones filosóficas y políticas, y con hechos criados por mi imaginacion, como veo que hacen muchos escritores de nuestro ponderado siglo; pero cuenigo declarado de todo engaño, mentira y afectacion, siempre he creido que la verdad nunca es mas hermosa que cuando se presenta en su primitiva desnudez. Al referir los sucesos de la conquista de los españoles, me he alejado igualmente del panegírico de Solís, y de las invectivas de Las Casas: pues ni quiero adular, ni calumniar á mis compatriotas.* Cuando los hechos con la certeza ó verosimilitud con que los encuentro: si no puedo averiguar lo cierto, por la diversidad de opiniones de los escritores, como me sucede con respecto á la muerte de Motecuzoma, espongo sinceramente sus diversos sentimientos, sin omitir las conjeturas que dicta la sana razon. En fin, siempre he tenido á la vista aquellas dos santas leyes de la historia, á saber, no atreverse á decir lo falso, ni tener miedo á decir lo verdadero; y creo que no las he infringido.

Habrí sin duda lectores delicados que no puedan soportar la dureza de los nombres mexicanos sembrados en el curso de mi Historia; pero este es un mal que no hubiera podido evitar sin espouarme á incurrir en otro defecto mas intolerable, y harto comun en casi todos los europeos que han escrito sobre América: á saber, el de alterar de tal modo los nombres para suavizarlos, que no es posible conocerlos. ¿Quién será capaz de adivinar que Solís habla de *Quauhnauc* cuando dice *Quatabaca*, de *Huecōtlipan*, cuando dice *Guatipar*, y de *Cuittlāpōc*, cuando dice *Pitpatoc*? Por esto me ha parecido mas seguro imitar el ejemplo de muchos escritores modernos, que cuando citan en sus obras los nombres de personas, pueblos, rios, &c. de otra nacion de Europa, los escriben del mismo modo que los nacionales los usan; y sin embargo nombres hay en las lenguas ilírica y alemana, mucho mas duros á los oídos de los habitantes del Mediódía, por el mayor concurso de consonantes fuertes, que todas las voces mexicanas que yo he citado.

Por lo que hace á la geografia de Anáhuac, he puesto todo mi empeño en adoptar la mayor exactitud posible, valiéndome de la noticia que yo mismo tomé de aquellas regiones en los muchos viajes que por ellas hice, y de los datos y escritos ajenos; mas con todo, no la he logrado completamente, pues en despecho de mis activas diligencias no he podido haber á las manos las escasas observaciones astronómicas hechas en los sitios mismos. Por tanto, la posicion y la distancia que indico, tanto en el cuerpo de la obra, como en el mapa geográfico, no deben creerse tan exactas como la ciencia lo exige; sino como un cálculo hecho por un viajero diestro, que juzga por lo que ven sus ojos. He tenido en mis manos innumerables mapas

*No quiero decir que Solís sea un adulator; ni Las Casas un calumniador, sino que en mi pluma seria calumnia ó adulacion lo que aquellos autores escribieron, el uno por el deseo de engrandecer á su héroe, y el otro por celo en favor de los indios.

IX

geográficos de México, tanto antiguos como modernos, y me hubiera sido fácil copiar uno de ellos, con algunas leves alteraciones, para arreglarlo á la geografía antigua: pero entre todos no he hallado uno solo que no esté lleno de errores, tanto con respecto á latitud, y longitud de los pueblos, como por lo que hace á la division de las provincias, el curso de los ríos, y la direccion de las costas. Para conocer el caso que merecen los mapas publicados hasta ahora, basta notar la diferencia que ofrecen en la longitud de la capital, aunque debiera ser mas conocida que las de todas las otras ciudades de México. Esta diferencia no es de menos de grados, pues segun unos está á los 264° segun el meridiano de la isla de Hierro; segun otros á los 265, á los 266, y así hasta los 278, y quizas mas aun.

Me ha parecido conveniente dar una breve noticia de los escritores de la historia antigua de México, tanto para hacer ver los fundamentos de mi trabajo, quanto para honrar la memoria de algunos ilustres Americanos, cuyos escritos son desconocidos en Europa. Servirá tambien para indicar las fuentes de la historia mexicana, á los que quieran perfeccionar este mi imperfecto trabajo.



HISTORIA ANTIGUA DE MEXICO.

LIBRO PRIMERO.

Descripcion del pais de Anáhuac, ó breve relacion de la tierra, del clima, de los montes, de los rios, de los lagos, de los minerales, de las plantas, de los animales y de los hombres del antiguo reino de México.

El nombre de Anáhuac, que se dió en los principios solo al valle de México, por haber sido fundadas sus principales ciudades en las islas y en las márgenes de los dos lagos, estendido despues á una significacion mas amplia; abrazó casi todo el gran país que en los siglos posteriores se llamó Nueva-España (1)

DIVISION DEL PAIS DE ANAHUAC.

Aquella vastísima estension estaba entonces dividida en los reinos de México,

(1) *Anáhuac* quiere decir *cerca del agua*, y este es probablemente el origen del nombre de Anahuatlaca ó Nahuatlaca, con el cual eran conocidas las naciones que ocuparon las orillas del lago de México.

de Acolhuacán, de Tlacopan y de Michuacan; en las repúblicas de Tlaxcallan, de Cholollan y de Huexotzingo y en algunos otros estados particulares.

El reino de Michuacan, que era el mas occidental de todos, confinaba por Levante y Mediodía con los dominios de los Mexicanos; por el Norte, con el país de los Chichimecas y otras naciones bárbaras, y hácia el Occidente, con el lago de Chapallan y con algunos estados independientes. La capital, Tzintzuntzan, llamada por los Mexicanos Huitzitzilla, estaba situada á la orilla oriental del hermoso lago de Pátzcuaro. Habia ademas otras ciudades importantes, como las de Tiripitio, Zaca-

pu y Taréuato. Todo aquel país era ameno, rico y bien poblado.

El reino de Tlacopan, situado entre los de México y Michuacan, era de tan poca estension, que, fuera de la capital del mismo nombre, solo comprendia algunas ciudades de la nacion Tepaneca, y las villas de los Masahuas, esparcidas en los montes occidentales del valle mexicano. La capital estaba en la orilla occidental del lago Tezococano, á cuatro millas al Poniente del de México (1).

El reino de Acolhuacan, el mas antiguo, y en otros tiempos el mas vasto de todos los estados que ocupaban aquellos países, se redujo despues á límites mas estrechos, á efecto de las conquistas que hicieron los Mexicanos. Confinaba por el Oriente con la república de Tlaxcallan; por Mediodía, con la provincia de Chalco, perteneciente al reino de México; por el Norte, con el país de los Huastecas, y por el Poniente terminaba en lago el Texcocano. Limitábanlo en otros puntos, diferentes estados mexicanos. Su longitud de Norte á Mediodía era de poco mas de doscientas millas; su mayor anchura no excedia de sesenta; mas este pequeño recinto comprendia grandes ciudades y pueblos numerosos. La capital, llamada Texcoco, situada en la orilla oriental del lago del mismo nombre, á quince millas al Oriente de la ciudad de México, fué justamente célebre, no ménos por su antigüedad y grandeza, que por la cultura y suavidad de costumbres de sus habitantes. Las tres

(1) Los españoles, alterando los nombres mexicanos, ó mas bien adaptándolos á su idioma, dicen Tacuba, Oculma, Otumba, Guaxtla Tepeaca, Guatemala, Churubasco, en lugar de Tlacopan, Acolman, Otompan, Huéxotla, Tepeyacac, Quauhtemallan y Huixtlopocho; cuyo ejemplo seguiremos, para evitar al lector el trabajo de una pronunciaci6n difícil.

ciudades de Huexotla, Coatlican y Atenco, estaban tan próximas á la capital, que podian considerarse como otros tantos arbores de ella. La de Otompan era de mucha estension é importancia, como tambien las de Acolman y Tepepolco.

La célebre república de Tlaxcallan ó Tlaxcala, confinaba por Occidente con el reino de Acolhuacan; por el Mediodía con las repúblicas de Cholollan y de Huexotzingo, y con el estado de Tepeyacac, perteneciente á la corona de México; por el Norte, con el estado de Zauatlan, y por el Oriente con otros pueblos dependientes de aquella misma corona. Apenas tenia cincuenta millas de largo y treinta de ancho. La capital, Tlaxcallan, de la que tomó el nombre la república, estaba situada en el declive del gran monte Malacuayo, y cerca de sesenta millas al Levante de la corte mexicana.

El reino de México aunque mas moderno que los otros reinos y repúblicas que ocupaban aquel país, tenia mayor estension que todos ellos juntos. Estendiase hácia el Sudoeste y el Mediodía hasta el mar Pacifico; por el Sudoeste hasta las cercanías de Quauhtemallan; hácia el Levante, con la interposici6n de algunos distritos de las tres repúblicas y una pequeña parte del reino de Acolhuacan, hasta el golfo mexicano; hácia el Norte, hasta el país de los Huastecas; por el Nordeste confinaba con los bárbaros Chichimecas, y por el Occidente le servian de límites los dominios de Tlacopan y de Michuacan. Todo el reino mexicano estaba comprendido entre los grados 14 y 21 de latitud setentrional, y entre los 271 y 283 de longitud, segun el meridiano de la isla de Hierro (1).

(1) Solís y otros escritores españoles, franceses, é ingleses, dan al reino de México ma-

La porcion mas importante de este estado ora se consideren las ventajas locales, ora la poblacion, era el valle de México, que coronado de bellas y frondosas montañas, abrazaba una circunferencia de mas de 120 millas, medidas en la parte inferior de las elevaciones. Ocupan una buena parte de la superficie del valle dos lagos, uno superior de agua dulce, otro inferior de agua salobre, que comunican entre sí por medio de un buen canal. En el lago inferior, que ocupaba la parte mas baja del valle, se reunian todas las aguas de las montañas vecinas; así que, cuando sobrevinian lluvias extraordinarias, el agua, saliendo del lecho del lago, inundaba la ciudad de México, fundada en el mismo; lo que se verificó muchas veces, tanto bajo el dominio de los monarcas mexicanos, como bajo el de los españoles. Estos dos lagos, cuya circunferencia total no bajaba de noventa millas, representaban en cierto modo, con las líneas de sus márgenes, la figura de un camello, cuyo cuello y cabeza eran el lago dulce, ó sea de Chalco; el cuerpo el lago salado ó de Texcoco, y las piernas los arroyos y torrentes que se desprendian de las montañas. Entre los dos lagos está la pequeña península de Itzapalapan que los separa. Ademas de las tres capitales de México, de Acolhuacan y de Tlacopan, este delicioso valle contenia otras cuarenta ciudades populosas, y una cantidad innumerable de villas y caseríos. Las ciudades mas importantes, despues de las capitales, eran las de Xochimilco, Chalco, Itzapalapan y Quauhritlan, las cuales en el dia apenas

yor estension que la que aquí le señalamos. Rubenson dice que los territorios pertenecientes á Texcoco y Taomba, apenas cedian en extension á los dominios mexicanos. En las disertaciones que van al fin de esta obra haremos ver cuan erradas son semejantes opiniones.

conservan trazas de su antiguo esplendor (1).

México, cuya descripción daremos en el curso de esta obra, la mas célebre de las ciudades del Nuevo-mundo y capital del imperio del mismo nombre, estaba edificada en las islas del lago de Texcoco, como Venecia en las del mar Adriático. Su situación era á los 19° y casi 26' de latitud setentrional, y á los 276° y 34' del ongitud, entre las dos capitales de Texcoco y de Tlacopan, distante quince millas á Poniente de la primera, y cuatro á Levante de la segunda. Algunas de las provincias de aquel vasto imperio eran mediterráneas, y otras marítimas.

PROVINCIAS DEL REINO DE MEXICO.

Las principales provincias mediterráneas eran la de los Otomites, al Norte; al Occidente y Sudocoste las de los Matlatzincas y Cuiclatecas; á Mediodía, las de los Tlahuicas y Coahuixcas; al Sudeste, ademas de los estados de Izocan, Yauhitepec, Quauhquechollan, Atlixco, Tehuacan y otros, las grandes provincias de los Mixtecas, Zapotecas y Chiapanecas. Las provincias de Tepeyacac, de los Popolocos y de los Totonacas, estaban al Este de la capital. Las provincias marítimas del golfo mexicano eran las de Coahuacalco y Cuiclatlan, que los españoles llamaban Cofasia. Las del mar Pacifico eran las de Coliman, Zacaotlan, Tototepec, Techuantepec y Xoconochco.

[1] Los nombres de las demas ciudades notables del valle mexicano eran: Mizcote, Cuiclatuac, Azeapozalco, Tenayocan, Otompan, Colhuacan, Mexicaltzingo, Huiztiltepecos, Coyohuacan, Atenco, Coatlichan, Huexotla, Chianhla, Acolman, Teotihuacan, Itzapalocan, Tepetlaotzuc, Tepepolco, Tizayocan, Cihalttepec, Coyotepec, Tzompalco, Tultitlan, Xaltocan, Tetepanco, Ehecetepec, Tequizquiar, &c. Véase la Disertacion IV.

La provincia de los Otomites empezaba en la parte setentrional del valle mexicano, y continuaba por aquellas montañas hacia el Norte, hasta cerca de noventa millas de distancia de la capital. Entre sus poblaciones, que eran muchas, se distinguía la antigua y célebre ciudad de Tullan (hoy Tula), y también la de Xiloteppec, la cual, después de la conquista hecha por los españoles, fué la metrópoli de la nación otomite. Después de los últimos pueblos de aquella nación hacia el Norte y Nordeste, no se hallaban habitaciones humanas hasta el Nuevo-México. Todo aquel espacio de tierra, que comprendía más de mil millas, estaba ocupado por naciones bárbaras, que no tenían domicilio fijo, ni obedecían á ningún soberano.

La provincia de los Matlatzincas abrazaba, además del valle de Toluca, todo el espacio que media entre este y Tlaximaloyan (hoy Tlaximara), frontera del reino de Michuacan. El fértil valle de Toluca tiene más de cuarenta millas de largo de Sudeste á Noroeste, y treinta en su mayor anchura. Toluca, que era la ciudad principal de los Matlatzincas, de donde tomó nombre el valle, estaba, como en el día, situada al pié de un alto monte, en cuya cima reinan las nieves perpetuas, y que dista treinta millas de México. Todas las otras poblaciones del valle estaban habitadas, parte por Matlatzincas y parte por Otomites. Ocupaban las montañas vecinas los estados Xalatlauhco, de Tzampahuacan y de Malinalco, y no muy lejos, hacia Levante, estaba el de Ocuilan, y hacia Poniente los de Tozantla y Zottepepe.

Los Cuicuiltecas habitaban un país que se extendía desde el reino de Michuacan, hasta las márgenes del mar Pacífico, en un territorio de más de doscientas millas

de largo. Su capital era la grande y populosa ciudad de Mexcaltepec, situada en la costa, y de la cual solo quedan algunas ruinas.

La capital de los Tlauhacas era la athena y fuerte ciudad de Quauhhuahac, llamada por los españoles Cuernabaca, á cerca de cuarenta millas de México hacia Mediodía. Su provincia, que empezaba en las montañas meridionales del valle, se extendía á sesenta millas en la misma dirección.

La gran provincia de los Colhuécas continuaba por el Norte con los Matlatzincas y con los Tlauhacas; por Occidente con los Cuicuiltecas; por Oriente con los Xopes y los Mixtecos, y por el Mediodía se extendía hacia el mar Pacífico, hasta el punto en que hoy se hallan la ciudad y el puerto de Acapulco. Estaba dividida en muchos estados particulares, como los de Tzompance, Chilapan, Tlapan y Teotitlan (hoy Tixtla). El clima era calidísimo y poco sano. Tlacho, lugar célebre por sus minas de plata, ó pertenecía á dicha provincia ó confinaba con ella.

La provincia de Mixtecapau, ó de los Mixtecos, se extendía desde Acapulco, que distaba ciento y veinte millas de la capital, hacia el Sudeste, hasta las orillas del Océano Pacífico; y contenía muchas ciudades y villas bien pobladas, que hacían un comercio muy activo.

A Oriente de los Mixtecos estaban los Zapotecos, cuyo nombre se derivaba del de la capital Teotzapotlan. En aquel distrito estaba el valle de Huaxyacac, llamado por los españoles Oaxaca, ó Guaxaca. La ciudad de Huaxyacac fué después erigida en obispado, y el valle en marquesado, que se confirió al conquistador Hernan Cortés (1).

(1) Algunos creen que en el punto de

Al Norte de los Mixtecas estaba la provincia de Manatlan, y al Nordeste de los Zipototecas, la de Chiaantla, con su capital del mismo nombre, de donde tomaron sus habitantes el nombre de Chinantecas. Las provincias de los Chiapanecas, de los Zoques y de los Quelewas, eran las últimas del imperio mexicano, por la parte del Sudeste. Las principales ciudades de los Chiapanecas eran Teochiapán (llamada por los españoles Chiapa de los indios), Tochtla, Chamolha y Tzinacantla; de los Zoques, Tecpantla, y de los Quelewas, Teopixca. En la faldá y en derredor de la famosa montaña de Popocatepec, situada á treinta y tres millas hácia el Sudeste de la capital, estaban los grandes estados de Amaquemecan, Tepoztlán, Yahuatepec, Huantepec; Chiellán, Itzocán, Acapetlayocan, Quauhquechollán, Atlitico, Cholollán y Huexotzingo. Estos dos últimos, que eran los mas poderosos, habiendo sacudido el yugo de los Mexicanos con la ayuda de sus vecinos los Tlaxcaltecas, restablecieron su gobierno aristocrático.

Las grandes ciudades de Cholollán y de Huexotzingo eran las mayores y mas pobladas de toda aquella tierra. Los Cholultecas poseían el pequeño caserío de Cuilflacoapan en el mismo sitio en que los

Huaxyacac no había antiguamente mas que una guarnición mexicana, y que la ciudad fué fundada por los españoles; pero ademas de que por las matriculas de los tributos consta que Huaxyacac era una de las ciudades tributarias del imperio mexicano, sabemos ademas que los Mexicanos no solían poner guarniciones sino en los lugares mas populosos de las provincias sometidas. Los españoles se llamaban fundadores de alguna ciudad, cuando daban nombre á alguna poblacion de indios, ó cuando ponían en ella magistrados españoles. Así se verificó en Autoquera, provincia de Huaxyacac, y en Segura de la frontera, en Tepeyacac.

españoles fundaron despues la ciudad de la Puebla de los Angeles (1).

A Oriente de Cholollán existía el importante estado de Tepeyacac, y ademas el de los Popoloques, cuyas principales ciudades eran Tecamachulco y Quecholac. Al Mediodía de los Popoloques estaba Tehuacan, que confinaba con el país de los Mixtecas; á Oriente, la provincia marítima de Cuatlachilán, y al Norte la de los Totonagues. Esta gran provincia, que era la última del imperio por aquella parte se extendía en un territorio de ciento y cincuenta millas, empezando en la frontera de Zacatlán (estado perteneciente á la corona de México y distante ochenta millas de aquella capital) y terminando en el golfo mexicano. Ademas de la capital Mizquihuacan, á quince millas á Oriente de Zacatlán, tenía aquella provincia la hermosa ciudad de Zempoallán, en la costa del golfo, que fué la primera del imperio en que entraron los españoles y donde empezaron sus triunfos, como despues veremos. Tales eran las principales provincias mediterráneas del imperio mexicano, omitiendo algunos distritos de pequeña importancia, por no sobrecargar de datos inútiles la descripción.

De las provincias marítimas del mar Pacífico, la mas setentrional era la de Coliman, cuya capital, del mismo nombre, estaba situada á los 19° de latitud, y á los 272° de longitud. Continuando la misma costa hácia el Sudeste, se hallaba la provincia de Zacatlán, cuya capital era del mismo nombre. Seguían los Cuilultecas, y á estos los Cohuixcas, en cuyo territorio estaba Acapulco, puerto famoso sobre todo por su comercio con las Islas

[1] Los españoles dicen Tuxtla, Mecameca; Izucar y Quechuis; en lugar de Tochtlán, Amaquemecan, Izocán y Quecholac.

Filipinas. Su situación es á los 19° 40' de latitud, y á los 276° de longitud.

Confinaban con los Coahuilcos los Xopés, y con estos los Mixtecas cuyo territorio es conocido en nuestros tiempos con el nombre de Xicayan. Seguía la gran provincia de Tecuantepec, y finalmente la de Xocochocho. La ciudad de Tecuantepec, que daba su nombre á todo el estado, ocupaba una bella isla, que forma un río á dos millas del mar. La provincia de Xocochocho, que era la última y la mas meridional del imperio, confinaba por Oriente y Sudeste con el país de los Xochitepecas, que no pertenecía á la corona de México; hacía Occidente, con el de los Tecuantepeccas, y por el Mediodía, terminaba en el mar. Su capital, llamada también Xocochocho, estaba situada entre dos ríos, á los 14° de latitud, y á los 283° de longitud. Sobre el golfo de México, además de los Totonagues, estaban las provincias de Cuetlactlan y Coatzacoalco. Esta confinaba por Oriente con el vasto país de Onohualco, bajo cuyo nombre comprendían los Mexicanos los estados de Tabasco y los de la península de Yucatan, los cuales no estaban sometidos á su dominio. Además de la capital, llamada también Coatzacoalco, situada á la orilla de un gran río, había otras grandes poblaciones, entre las cuales merece particular mención Paínalla, por haber sido patria de la famosa Malintzin, que tan eficazmente contribuyó á la conquista de México. La provincia de Cuetlactlan, cuya capital tenía el mismo nombre, comprendía toda la costa que media entre el río de Alvarado, donde termina la provincia de Coatzacoalco, y el de la Antigua, (1) donde empezaba la de

los Totonagues. En aquella parte de la costa, que los Mexicanos llamaban Chalchicuecan, está actualmente la ciudad de Veracruz, y su puerto el mas nombrado del territorio mexicano.

Todo el país de Anáhuac estaba, generalmente hablando, bien poblado. En la historia y en las disertaciones tendremos ocasion de hablar detenidamente de algunas ciudades, y de dar alguna idea del número de sus pobladores. Subsisten aun la mayor parte de aquellas antiguas poblaciones, con los nombres que entónces tenían, aunque algun tanto alterados; pero todas las ciudades desde la misma época, con excepcion de México, Orizava y alguna otra, se hallan tan disminuidas y decayidas de su primitivo esplendor, que apenas tienen la cuarta, la décima, y aun la vigésima parte de los habitantes y edificios que entónces tenían. Con respecto al número de indios, si se compara lo que dicen los primeros escritores españoles y los nacionales, con lo que nosotros mismos hemos visto, podemos afirmar que solo existe una décima parte de la antigua poblacion de Anáhuac: efecto lamentable de las calamidades que han sufrido aquellos países.

RIOS, LAGOS Y FUENTES.

De los ríos que bañan el territorio mexicano, que son muchos y muy caudalosos, aunque no comparables á los de la América Meridional, unos desaguan en el golfo y otros en el Océano Pacífico. Los mayores de los primeros son el Papaloapan, el Coatzacoalco y el Chiapan. El Papaloapan, que los españoles llamaron Alvarado, del nombre del primer capitán de aquella nacion que navegó en sus aguas, tiene su principal manantial en los montes de los Zapotecas, y despues de haber girado por la provincia de Mazatlan,

1 Damos á este río el nombre español, bajo el cual es conocido en la actualidad, porque ignoramos el que los Mexicanos le daban.

recibiendo el tributo de otros ríos menores y arroyos, se descarga por tres bocas navegables en el golfo, á distancia de treinta millas de Veracruz. El Coatzacoahuaco, que es tambien navegable, baja de los montes Mixes, y despues de atravesar la provincia que le da nombre, se vacia en la costa, cerca del país de Onohualco. El Chiapan tiene su origen en las montañas Cuchumatanes, que separan la diócesis de Chiapan de la de Guatemala, atraviesa la provincia de su mismo nombre y desemboca en la de Onohualco. Los españoles le llamaron Tabasco, nombre que dieron tambien á la estension del país que une la Península de Yucatan con el continente mexicano. Tambien lo llamaron Gríjalva, en honor del comandante del primer ejército español que lo descubrió.

Entre los ríos que van al Pacifico, el mas célebre es el Toluotlan, llamado por los españoles río de Guadalajara ó río grande. Nace en los montes del valle de Toluacan; atraviesa el reino de Michuacan y el lago de Chapallan; de allí va á regar el país de Tonallan, donde está ahora la ciudad de Guadalajara, capital de la Nueva-Galicia y despues de un giro de seiscientas millas desagua en el mar á la altura polar de 22°. El Tecuantepec nace en los montes Mixes, y despues de un breve curso, vierte sus aguas en el mar, á la altura polar de 15° y medio. El río de los Xopes baña el país de aquella nacion, y tiene su embocadura á quince millas á Oriente del puerto de Acapulco, formando por aquella parte la línea divisoria entre las diócesis de México y la Puebla de los Angeles.

Habia tambien, y hay actualmente algunos lagos que hermosean el país y activaban el comercio de los pueblos que an-

tiguamente lo habitaron. Los de Nicaragua, Chapallan y Pátzcuaro, que eran los mas considerables, no pertenecian al imperio mexicano. Entre los otros, los que mas conducen á la inteligencia de nuestra historia, son los dos que están en el valle mexicano, y de que ya hemos hecho mencion. El de Chalco se estendia por el espacio de doce millas de Levante á Poniente, hasta la ciudad de Kochimileo, y de allí dirigiéndose hácia el Norte, se incorporaba por medio de un canal con el lago de Texcoco; pero su auclura no pasaba de seis millas. Este que acabamos de nombrar, tenia de quince á diez y siete millas de Levante á Poniente, y algo mas de Norte á Mediodía; mas ahora es mucho menos su estension, porque los españoles separaron de su pendiente natural muchos raudales que en él se vaciaban. Las aguas que á él descienden son dulces en su origen y su gusto salobre procede del lecho salino en que se reciben (1). Ademas de estos dos, habia en el mismo valle y al Norte de la capital, otros dos menores á que dieron sus nombres las dos ciudades Tzompanco y Xaltocan. El lago de Tochilan en la provincia de Coatzacoahuaco es muy bello, y sus márgenes son amenísimas.

En cuanto á fuentes y manantiales, hay tantas y de tan diversas cualidades en

[1] Mr. de Bomare en su Diccionario de Historia Natural dice que la sal del lago mexicano puede proceder de las aguas del mar del Norte, filtradas al través de la tierra; y en apoyo de su opinion cita el Diario de los Sabios del año de 1676; mas para refutar este error, basta saber que el lago dista 189 millas del mar, y su lecho está á la altura perpendicular de mas de una milla sobre su superficie. El autor anónimo de la obra intitulada *Observaciones curiosas sobre el lago de México*, de que se hace un extracto en el referido Diario, está muy lejos de adoptar el error de Mr. de Bomare.

aquellos países, que sería necesario hacer una obra aparte, para describir tan solo las del reino de Michuacan. Hay infinitas aguas minerales, nitrosas, sulfúricas, aluminosas y vitriólicas; algunas salen en estado de hervor, y su calor es tan intenso que pocos momentos bastan para cocer en ellas cualquiera especie de fruto de la tierra ó carne de animales. Las hay tambien petrificantes, como las de Tehuacan, ciudad distante cerca de ciento y veinte millas de México hácia el Sudeste; la fuente de Pucuro, en los estados del conde Miravalles, en el reino de Michuacan, y otra que se vacía en un río de la provincia de los Queréncas. Con el agua de Pucuro se hacen unas piedrecillas blancas, lisas y de sabor agradable, cuyas raspaduras tomadas en caldo ó en los puches de maíz, son poderosos diafórticos, y se aplican con mucho efecto á diferentes especies de fiebre. El autor de esta obra es testigo ocular de las curas que hizo esta medicina en la epidemia de 1762. La dosis regular, para los que sudan fácilmente, es de una dracma de raspaduras.

Los habitantes de México se servían en tiempo de sus reyes de las aguas del gran manantial de Chapultepec, de que despues hablaremos, y que pasaban á la capital por medio de un escelente acueducto. Con motivo de las aguas de aquellos países, pudiéramos describir, si los límites de esta obra lo permitieran, los estupendos saltos ó cascadas de varios ríos (1), y los puentes formados sobre otros por la naturaleza, entre los cuales merece una atencion particular el llamado Puente de Dios. Así se llama un vasto volúmen de tierra,

atravesado por el profundo río Atoyac, cerca del pueblo de Molcaxac, á cerca de cien millas de México, hácia el Sudeste, y por el cual pasan cómodamente los carruajes. Quizás esta singularidad es efecto de algun terremoto, que socavó parte de la montaña vecina.

CLIMA DE ANAHUAC.

El clima de los diferentes países comprendidos en Anahuac, varía segun su situacion. Las costas son muy calientes, y por lo comun húmedas y mal sanas. Este ardor excesivo, que promueve el sudor aun en los meses del invierno, proviene de la suma depresion de las costas con respecto á las tierras interiores, y de las grandes masas de arena que se reunen en la playa, como sucede en Veracruz, mi patria. La humedad procede no solo del mar, sino tambien de las aguas que se desprenden en gran abundancia de los montes vecinos. En las tierras calientes no hiela nunca, y muchos de sus habitantes no tienen mas idea de la nieve que la que adquieren en los libros ó por las relaciones de los viajeros. Las tierras demasiado elevadas ó demasiado próximas á las mas altas montañas, que están siempre cubiertas de nieve, son sumamente frias, y yo he estado en un monte distante veinticinco millas de la capital, donde hay nieve y yelo en lo mas rigoroso de la canícula. Todos los otros países mediterráneos, que eran los mas poblados, gozaban de un clima tan benigno y tan suave, que nunca se experimentan en ellos los rigores de las estaciones. Es verdad que en algunos yelos con frecuencia en los tres meses de diciembre, enero y febrero, y tambien suele nevar; pero la ligera incomodidad que este frio ocasiona, no dura mas que hasta la salida del sol. No se necesita de otro fuego que el calor de sus rayos

[1] Entre las cascadas es famosa la que forma el gran río de Guadaluajara, en un sitio llamado Tempisque, á quince millas al Mediodía de aquella ciudad.

para calentarse en invierno, ni otro refresco en tiempo de calor, que ponerse á la sombra. Los habitantes usan la misma ropa en la cañada y en el campo, y los animales duermen todo el año en el campo.

Esta blandura del clima en la zona tórrida se debe á muchas causas naturales, desconocidas de los antiguos, que creían inhabitables aquellos países, y no bien entendidas por algunos modernos, que los juzgan poco favorables á la conservacion de la vida. La pureza de la atmósfera, la menor oblicuidad de los rayos solares, y la mas larga mansion del sol sobre el horizonte, con respecto á otros países mas distantes de la línea equinoccial, contribuyen á disminuir el frio, y á evitar los rigores que en otras zonas desfiguran en invierno el hermoso aspecto de la naturaleza. Así es que los Mexicanos gozan de un cielo trasparente, y de las inocentes delicias del campo, mientras en los países de las zonas frias, y en muchos de las templadas, las nubes osecrecen la claridad del firmamento, y las nieves sepultan las producciones de la tierra. No son menos enérgicas las causas que templan el ardor del estío. Las lluvias copiosas, que bañan frecuentemente la tierra, despues de mediodía desde abril y mayo, hasta setiembre y octubre; las altas montañas coronadas de nieves perpetuas, y esparcidas en todo el territorio de Anáhuac; los vientos frescos que dominan entonces, y la brevedad del curso del sol sobre el horizonte, con respecto á las regiones de la zona templada, trasforman el verano de aquellos venturosos países en una fresca y alegre primavera.

Pero á la benignidad del clima sirven de contrapeso las tempestades de rayos, frecuentes en verano, y especialmente en las cercanías de Mathleucye, ó sea monte de

Tlaxcallan (1), y los terremotos que suelen sentirse en algunos puntos, aunque con mayor espanto que perjuicio real. Ambos efectos provienen del azufre y de los otros combustibles depositados copiosamente en las entrañas de la tierra. En cuanto á las tempestades de granizo, no son allí ni mayores ni mas frecuentes que en Europa.

MONTES, PIEDRAS Y MINERALES.

El fuego encendido en las montañas de la tierra con las materias bituminosas y sulfúricas de que hemos hecho mencion, se ha abierto en algunas montañas respiraderos ó volcanes, que han solido arrojar llamas, humo y cenizas. Cinco son las montañas del territorio mexicano, que han presentado en diversas épocas este espantoso fenómeno. El Poyauhitecatl, llamado por los españoles volcan de Orizava, empezó á echar humo en 1545, y continuó arrojándolo por espacio de veinte años; pero despues han trascurrido dos siglos sin que se haya notado en él la menor señal de incendio. Este célebre monte, cuya figura es cónica, es sin duda alguna el mas elevado de todo el territorio de Anáhuac, y la primera tierra que descubren los navegantes que por aquellos mares viajan á distancia de ciento y cincuenta millas (2). Su aspecto es hermosísimo, pues mientras coronan su cima enormes masas de nieve, su falda está adornada por bosques espesos de cedros, pinos, y otros árboles no menos vistosos

[1] En el día se conoce con el nombre de *Matlantzín*.

[2] El Poyauhitecatl es mas alto que el Taidé, ó Pico de Tenerife, segun dice el jesuita Tallandier, que observó uno y otro. Del Popocatepec dice Tomas Gage, que es tan alto como el mas alto de los Alpes. Mas diria si hubiera calculado la elevacion del terreno sobre el cual se alza aquella célebre montaña.

por su follaje, que preciosos por la utilidad de sus maderas. El volcan de Orizava dista de la capital mas de noventa millas hácia la parte de Oriente.

El Popocatepec y el Iztachihuatl, poco distante entre sí, y treinta millas de México, hácia el Sudeste, son tambien de una altura prodigiosa. El primero, al que se da por antonomasia el nombre del *Volcan* tiene una boca de mas de una milla de ancho, por la cual, en tiempo de los reyes mexicanos, echaba llamas con mucha frecuencia. En el siglo pasado arrojaba de cuando en cuando cenizas en gran cantidad sobre los pueblos vecinos: pero en el presente solo se ha visto despedir algun humo. El Iztachihuatl, llamado por los españoles Sierra Nevada, ha echado á veces humo y cenizas. Estos dos montes están siempre coronados de nieve, en tanta abundancia, que de la que se precipita por las faldas, se proveen las ciudades de México, Puebla de los Angeles, Cholollan, y otras que distan cuarenta millas de ellos, en los cuales, para helados y refrescos se consumen increíbles cantidades (1). Los montes de Coliman y de Tochtlan, bastante remotos de la capital, y uno de ellos mas que el otro, han arrojado llamas en nuestros tiempos (2).

[1] El impuesto sobre la nieve para el consumo de la capital, importaba en 1746 la enorme suma de 15,522 pesos fuertes; algunos años despues pasó de 20,000, y tuvo mayor aumento en lo sucesivo.

[2] Hace algunos años que se publicó en Italia una relacion descriptiva de los montes de Tochtlan, ó Tusla, llena de mentiras curiosas, pero demasiado absurdas. En ella se hablaba de rios de fuego, de elefantes de piedra, &c. No incluye en los montes volcánicos ni el de Joruyo, ni el Mamatambo de Nicaragua, ni el de Guatemala, porque ninguno de los tres estaba comprendido en los dominios mexicanos. El de Guatemala arruinó con sus terremotos aquella grande y hermosa ciudad en 29 de Julio de 1773. El Joruyo, situado

Ademas de las montañas de que acabamos de hacer mención, hay otras, que aunque no pertenecen á la clase de volcánicas, son muy nombradas por su extraordinaria elevacion, como el Marillacucyo, ó monte de Tlaxcallan, el Nappa-teuctli, llamado por los españoles el *Cofre*, con alusion á su figura; el Tentzon, inmediato al pueblo de Molexac, el de Toluacan y otros que omito, por no pertenecer al plan de esta obra. Es sabido que la cédrebe cadena de los Andes, ó Alpes de la América Meridional, continúa por el istmo de Panamá y por todo el territorio mexicano, hasta perderse en los países desconocidos del Setentrion. La parte mas importante de esta cadena se conoce en aquel país con el nombre de Sierra Madre, particularmente la que pasa por Sinaloa y Tarahumara, provincias distantes mil y doscientas millas de la capital.

Los montes de Anáhuac abundan en venas de toda especie de metal, y en infinita variedad de otras producciones fósiles. Los antiguos Mexicanos sacaban el

en el valle de Ureco en el reino de Michuacan, no era antes de 1760 mas que una pequeña colina, sobre la cual habia un ingenio de azúcar. Pero el 29 de Setiembre de aquel año estalló con furiosos terremotos, que arruinó el ingenio y el pueblo inmediato de Guacana; y desde entonces no ha cesado de arrojar fuego y piedras inflamadas, con las cuales se han formado tres altos montes, cuya circunferencia era en 1766, de cerca de seis millas, segun la relacion que me comunicó D. Juan Manuel de Bustamante, gobernador de aquella provincia, el cual la habia examinado por sí mismo. Al estallar el volcan, las cenizas que arrojó llegaron hasta Querétaro, ciudad situada á ciento y cincuenta millas del Joruyo; cosa increíble, pero notoria y pública en aquel pueblo, uno de cuyos vecinos me enseñó las cenizas que habia recogido en un papel. En la ciudad de Valladolid, distante sesenta millas, la lluvia de cenizas era tan abundante, que era necesario barrer los patios de las casas dos ó tres veces al día.

oro de los países de los Colhuixcos, de los Mixtecos, de los Zapotecos y de otros varios puntos. Recogían comunmente aquel precioso metal en grano, de la arena de los rios, reservando cierta cantidad para la corona. Sacaban la plata de las minas de Tlaxco (ya célebres en aquel tiempo) de Tzompanco y otras; mas esta producción no era tan apreciada por ellos como por otras naciones vecinas. Despues de la conquista se han descubierto tantas minas en aquel país, que sería imposible numerarlas. Tenian dos especies de cobre: uno duro, que se servian en lugar de hierro para hacer hoces, picas y toda clase de instrumentos militares y rurales; y otro blando, con que hacian ollas, copas y otras vasijas. Este metal abundaba principalmente en la provincia de Zacatollan, y en la de los Colhuixcos, como actualmente en el reino de Michuacan. Sacaban el estaño de las minas de Tlaxco, y el plomo de las de Izniquilpan, situadas en el país de los Otomites. Del estaño hacian moneda, como diremos en su lugar, y del plomo sabemos que lo vendian en los mercados, pero ignoramos los usos á que lo aplicaban. Tambien tenian minas de hierro en Tlaxcallan en Tlaxco y en otros lugares: pero no las descubrieron ó no supieron aprovecharse del metal que contenian. En Chilapan habia minas de mercurio, y en otros puntos las habia de azufre, alumbre, vitriolo, cinabrio, coto, y de una tierra blanca que tenian en alto aprecio. En cuanto al mercurio y al vitriolo, no sabemos de qué les servian; de los otros metales hacian uso en las pinturas y tintes. Habia entónces, y hay en el dia gran abundancia de ámbar y asfalto, ó sea betun de Judea, en las costas de los dos mares, y de uno y otro pagaban tributo al rey de México muchos pueblos de

aquel territorio. Engarzaban el ámbar en oro, y solo les servía de adorno y lucimiento. Con el asfalto hacian sientos perfumes, como despues veremos.

Entre las piedras preciosas se hallaban, y se hallan aun los diamantes, aunque en pequeña cantidad; esmeraldas, amatistas, ojos de gato, turquesas, cornelinas, y unas piedras verdes semejantes á las esmeraldas y poco inferiores á ellas. De todas estas preciosidades pagaban tributo las provincias de los Mixtecos, de los Zapotecos y de los Colhuixcos, en cuyas montañas se hallaban aquellas minas. De la abundancia de estas piedras, de la estimacion en que las tenian los Mexicanos, y de su modo de labrarlas, hablaremos en otro lugar. Era muy comun el cristal de roca en las montañas inmediatas á la costa del golfo mexicano, entre el puerto de la Veracruz y el rio de Coatzacoalco, como tambien en los de Quinanli; las ciudades de Tochtepec, de Cuclachtlan, de Cozamalcoapan y otras, estaban obligadas á suministrar anualmente una cierta cantidad de aquella producción para alimantar el lujo de la corte.

No eran menos abundantes aquellas sierras en piedras utilísimas para la arquitectura, la escultura y otras artes. Hay canteras de jaspe, y de mármol de diversos colores en los montes de Capotlalpan, á oriente de México en los que separan los dos valles de México y de Toloacan, llamados hoy montes de las Cruces, y en los que habitaban los Zapotecos. El alabastro era comun en Tecalco (hoy Teacac) lugar inmediato á la provincia de Tepeyacac, y en el país de los Mixtecos. En el mismo valle de México y en otros muchos puntos del reino, se hallaba la piedra llamada Tetzonli, la cual es por lo comun de un color rojo oscuro, durísima, porosa y ligera, y por unirse estrechamente con

la cal y la arena, es la que se prefiere en la ciudad de México para construir las casas, siendo aquel terreno pantanoso y poco firme. Hay montes enteros de piedra imán, y el mas notable de ellos es uno de gran estension colocado entre Teotitlan y Chilapan, en el país de los Coahuixcas. Con la piedra Quetzalitzli, vulgarmente llamada *pedra nefrítica*, formaban los Mexicanos diversas figuras curiosas, de que se conservan muchas en los museos de Europa. El Quimaltizatl, que se asemeja á la escayola, es una piedra diáfana, blanquiza, que se divide facilmente en hojas sutiles, y calcinada da un buen yeso, de que se servian aquellos habitantes para el color blanco de sus pinturas. Hay infinita cantidad de yeso y talco; mas no sabemos que hiciesen uso de este fósil. El Mezcuítlatl, es decir, estiércol de Luna, pertenece á la clase de piedras, que por su resistencia á la acción del fuego, recibieron de los químicos el nombre de *lapides refractarii*. Es trasparente y de un color de oro rojizo. Pero la piedra que mas apreciaban los Mexicanos, era el Itzli, de que habia gran abundancia en muchos puntos del imperio. Esta piedra es semidiáfana, de contestura vítrea, y su color es, por lo comun, negro: suele haberla blanca y azul. Con ella hacian espejos, cuchillos, lancetas, navajas de afeitar, y aun espadas, como diremos cuando hablemos del arte militar. Despues de la introduccion del Evangelio se hicieron con esta misma piedra aras para los altares, que gozaban de gran estima. (1)

(1) En la América Meridional la llaman *pedra de paros*. El célebre Mr. Caylus en una disertacion MS, citada por Mr. Bomare, prueba que la piedra *Obsidiana*, de que los antiguos hacian los vasos *Murrinos*, tan estimados, es esta misma de que vamos hablando.

PLANTAS NOTABLES POR SUS FLORES.

Por abundante y rico que sea el reino mineral en el territorio mexicano, el vegetal es mucho mas fecundo y variado. El célebre Doctor Hernandez, á quien se puede dar el nombre de Plinio de México, describe en su Historia Natural cerca de mil y doscientas plantas propias de aquella tierra; pero su descripción comprende solo las medicinales, y por consiguiente solo abraza una parte, aunque muy considerable, de los bienes que ha derramado allí la pródiga naturaleza en beneficio de los mortales. De las plantas medicinales diremos algo, cuando tratemos de la medicina de los Mexicanos. Con respecto á las otras clases de vegetales, hay algunos apreciados por sus flores, otros por sus frutos, otros por sus hojas, otros por sus raíces; otros por su tallo ó por su madera; otros en fin por su goma, aceite, resina ó jugo (1). Entre las infinitas flores que hermosean los prados y adornan los jardines de México, hay muchas notables por la singular belleza de los colores, otras por su fragancia y otras por lo extraordinario de su forma.

El *floripundio*, que merece el primer lugar por sus grandes dimensiones, es una flor blanca, hermosa, olorosísima y *monopétala*; es decir, que su corola es de una sola pieza; pero tan grande, que suele tener mas de ocho pulgadas de largo, y tres ó cuatro de diámetro en su parte superior. Estas flores pendien en gran número de las ramas, á guisa de campanas, aunque no son perfectamente redondas, puesto que la corola se divide en cinco ó seis ángulos, colocados á igual distancias entre sí. La

[1] Adoptamos esta división aunque imperfecta de las plantas, porque nos parece la mas cómoda, y la mas conveniente á nuestro propósito.

planta es un elegante arbusto, cuyas ramas forman una especie de cúpula. El tronco es blando; las hojas grandes, angulosas y de un verde pálido. Los frutos son redondos, grandes como naranjas y su interior está lleno de almendras.

El *yllorochilt*, ó flor del Corazon, es tambien de un gran tamaño, y no menos apreciable por su hermosura que por su olor, cuya fuerza es tal, que una sola flor basta para perfumar una casa. Tiene muchas hojas glutinosas. Las flores son blancas, y sonrosadas ó amarillas en lo interior, y de tal modo dispuestas, que abiertos y estendidos los pétalos tienen la figura de estrella; y cerrados, la de un corazon de donde procede el nombre que se le ha dado. El árbol que las produce es muy grande, y sus hojas largas y ásperas. Hay otra especie de *yllorochilt*, muy oloroso, pero diferente en la forma del anterior.

El *comsantecozechilt*, ó flor de Cabeza de víbora, es de incomparable hermosura (1). Compónese de cinco pétalos, morados en la parte interior, blancos en medio, y color de rosa en las estremidades; manchados ademas en toda su estension, con puntos blancos y amarillos. La planta tiene las hojas semejantes á las del iris, pero mas anchas y largas. Los tallos son pequeños y delgados. Esta flor era una de las que mas apreciaban los mexicanos.

[1] *Flos forma spectabilis, et quam viz quispiam possit exprimere, aut pencillo pro dignitate imitari, á Principibus Indorum ut natura miraculum valde expetitus, et in magno habilis pretio.* Hernandez. *Historia Nat. N. Hispaniæ*, lib. 8, cap. 8. Los Académicos Linceos de Roma, que publicaron y comentaron esta Historia de Hernandez en 1651, y vieron el dibujo de aquella flor hecho en México con sus colores naturales, formaron tal idea de su hermosura, que la adoptaron por emblema de su academia, llamandola flor de Linceo.

El *orlozochilt*, ó flor de Tigre, es grande y compuesta de tres pétalos puntiagudos. Su color es rojo, aunque variado en la parte media, con manchas blancas y amarillas, semejantes en su dibujo á las de la fiera que le ha dado el nombre. Las hojas se parecen tambien á las del iris; la raíz es bulbosa.

El *cacalozochilt*, ó flor de Cuervo, es pequeña pero olorosisima, y manchada de blanco, rojo y amarillo. El árbol que produce estas flores se cubre enteramente de ellas, formando en la estremidad ramilletes naturales, no ménos agradables al olfato que á la vista. Esta produccion es comunísima en las tierras calientes. Los indios la emplean en adornar los altares, y los españoles hacen con ella conservas exquisitas. Es probable que el *cacalozochilt* es el árbol que Mr. de Bonmare describe bajo el nombre de *Frangipaniar*.

El *isquixochilt* es una florecilla blanca, semejante á la mosqueta en la forma, y en el olor á la rosa cultivada, aunque el suyo es mucho mas fragante. Nace en árboles grandes.

El *compodalzechilt*, ó *compasuchil*, como dicen los españoles, es la flor que, trasportada á Europa, es conocida en ella con el nombre de clavel de Indias. Es comunísima en México, donde tambien se llama flor de los Muertos. Tiene muchas variedades que se diferencian en el tamaño, en el número y en la figura de los pétalos.

La flor que los Mexicanos llaman *xibozochilt*, y los Mixtecos *tiata*, se compone de estambres sutiles, iguales y derechos; pero flexibles, y de cerca de seis dedos de largo. Nace de un cáliz semicéférico, semejante al de la bellota; pero diferente en sustancia, color y tamaño. Algunas de estas hermosas flores son color de rosa, otras enteramente blancas. El árbol que las produce es lindísimo.

El *maripatocochil*, ó flor de la Mano, tiene mucha semejanza con el tulipán; pero la figura del pistilo es como el pié de un ave, ó mas bien como el de un mono, con seis dedos que terminan en otras tantas uñas. La gente vulgar española del país da al árbol que produce estas flores curiosas, el nombre de árbol de las Manitas.

Ademas de estas y de otras innumerables flores, propias de aquel territorio, en cuya cultura se deleitaban los antiguos mexicanos, nacen allí las que se llevaron de Asia y Europa, como los lirios, los jazmines, los claveles de diversas especies, y otras de varios géneros que rivalizan en aquellos jardines con las de su propio suelo.

PLANTAS NOTABLES POR SU FRUTO.

La tierra de Anáhuac debe á las islas Canarias y á la Península española, los melones, las manzanas, los albaricoques, los melocotones, los albróchigos, las peras, las granadas, los ligos, las ciruelas negras, las nueces, las almendras, las olivas, las castañas y las uvas, aunque de estas no carecía enteramente aquel país (1).

En cuanto al coco, á la musa ó banana, á la cidra, á la naranja y al linón, mi opinion fué al principio, en virtud del testimonio de Oviedo, de Hernandez y de Bernal Diaz del Castillo, que los cocos se de-

bin á las islas Filipinas, y los otros frutos á las Canarias (1); pero sabiendo que hay muchos de distinta opinion, no quiero cuperarme en una disputa, que ademas de ser de poco interes, me desviaría demasiado del curso de la historia. Lo cierto es que aquellas plantas, y todas las que han sido llevadas al territorio mexicano, han prosperado en él, y se han multiplicado como en su suelo nativo. El cocotero abunda en todas las tierras marítimas. De naranjas hay siete especies muy diversas, y cuatro al menos de limones. Otras tantas son las de musa, ó plátano, como dicen los españoles (2). La mayor que es el *zapalote*, tiene de quince á veinte pulgadas de largo, y hasta tres de diámetro. Es duro y poco estimado, y solo se come asado ó cocido. El *plátano largo*, tiene cuando mas ocho pulgadas de largo, y una y media de diámetro. Su

(1) Oviedo, en su Historia Natural, asegura que el primero que llevó la musa, ó banana, de las islas Canarias á la Española, de donde pasó al continente americano, fué Fr. Tomas Berlanga, dominicano, por los años de 1516. Hernandez en el libro 3, cap. 46, de su Historia Natural, hablando de los cocos, dice: *Nascitur passim apud Orientales et jam quae apud Occidentales Indos.* Bernal Diaz en la Historia de la Conquista, cap. 17, dice que él mismo sembró en Coatzacoalco siete ó ocho pepitas de naranja. Estos, añade, *fueron los primeros naranjos que se plantaron en la Nueva España.* En cuanto á la musa, se debe creer que de las cuatro especies que nacen en México, una, la llamada Guinea, es exótica.

(1) Los sitios llamados *Parras y Parral*, en la diócesis de la Nueva Vizcaya, deben su nombre á la abundancia de vides que en ellos se encontraron, con las cuales se plantaron muchas viñas, que hoy producen vino bastante bueno. En Mixteca hay dos especies de vides salvajes, naturales del país. La una, semejante en los sarmientos y en las hojas á la vid comun, da unas uvas rojas, grandes, y y cubiertas de piel muy dura; pero de un sabor dulce y agradable. Esta planta se mejoraría notablemente si se cultivase con esmero. La otra especie da un fruto grande, duro, y ó un sabor asperísimo: sirve para hacer conservas.

[2] Los antiguos no desconocieron enteramente el género *Musa*. Plinio, citando la descripcion que dieron los soldados de Alejandro el Grande, de todo lo que vieron en las Indias, dice: *Alajor et alia (arbores) pomae et suavitatis praecellentior, quo sapientia Indorum vivunt. Folium arvense atax imitatur, longitudine cubitarum trium, latitudine duorum. Fructum cortice amittit admirabilem succi dulcedine, ut uno quaternos satiet. Arbori nomen pale, pomae anicera.* Hist. Nat. lib. 12, cap. 6. Ademas de estos portuñeros, que

corteza es verde al principio; despues amarilla, y en su mayor madurez, negra ó negruzca. El fruto es sabroso, sano, y se come cocido ó crudo. El *guinco* es mas pequeño que el precedente; pero mas grueso, mas carnudo, mas delicioso y menos saludable. Las fibras que cubren la pulpa son fatulentas. Esta especie se cultiva en el Jardin público de Bolonia, donde yo la he probado; pero me supo tan desabrida y poco gustosa, sin duda á efecto del clima, que parecia un fruto diverso del mexicano. El *dominico* es el mas pequeño, pero tambien es el mas delicado. La planta es tambien menor que las otras. Hay en aquel país bosques enteros y muy estendidos, no solo de plátanos, sino de naranjos y limoneros, y en Michuacan se hace un gran comercio de plátano seco, que es mucho mejor que la pasa y el higo.

Las frutas indudablemente indigenas de aquel país, son: las *ananas*, que por parecerse en la forma exterior á la piña, fué llamada así por los españoles; el *mamey*, la *chirimoya* (1), la *anona*, la *cabeza de*

tanto convienen á la musa de México, hay una circunstancia muy notable, á saber: que el nombre *Palan*, dado á la musa en aquellos tiempos remotos, se conserva hasta ahora en el Malabar, como lo testifica García del Huerto, que residió allí muchos años. Podría sospecharse que del nombre *Palan* se derivó el de plátano, que tan mal conviene á aquel fruto. El nombre de *Bananas*, que le dan los franceses, es el que tiene en Guinea, y el de *Musa* que le dan los italianos, es de origen árabe. Algunos lo llaman fruta del Paraíso, y no falta quien crea que fué en efecto el que hizo prevaricar á nuestros primeros padres.

(1) Algunos escritores Europeos de las cosas de América confunden la *chirimoya* con la *anona*, y con la *guanabana*; pero estas tres son especies diferentes, aunque entre las dos primeras hay alguna semejanza. Tampoco debe confundirse la *anona* con la *anona*, que difieren tanto entre sí, como el pepino y el melon. Mr. de Bomare, por el contrario, hace dos frutos distintos de la *chirimoya* y de la *chirimolia*, siendo así que este último nom-

bre, el *zapote negro*, el *chicozapote*, el *zapote blanco*, el *amarillo*, el de *Santo Domingo*, el *aguacate*, la *guayaba*, el *capulino*, la *guava* ó *cuajinicuil*, la *pitahaya*, la *papaya*, la *guanabana*, la *mex encarcelada*, las ciruelas, los piñones, los dátiles, el *chayote*, el *tilapo*, el *obo* ó *hobo*, el *nanche*, el *cacahuato*, y otras cuya enumeracion no puede ser muy interesante á los lectores estrangeros. La descripción de estas frutas se halla en las obras de Oviedo, de Acosta, de Hernandez, de Laet, de Niernberg, de Maregrave, de Pison, de Barre, de Sloane, de Jimenez, de Ulloa y de otros muchos naturalistas: así que solo hablaré de algunas que no son muy conocidas en Europa.

Todas las frutas mexicanas, comprendidas bajo el nombre generico de *teapotl*, son redondas ó se acercan á esta figura, y todas tienen dura la pepita (1). El *zapote negro* tiene la corteza verde, delicada, lisa, tierna y la pulpa negra, carnuda, de sabor dulce, y á primera vista se parece á la casia (2). Los huesos que están dentro de la pulpa son chatos, negruzcos y de un tercio de pulgada de largo. Es perfectamente esférico y su diámetro es de una y media á cuatro ó cinco pulgadas. El árbol es mediano, muy cargado de hojas, y estas son pequeñas. La pulpa en hela-

bre es una corrupcion del primero. El *ate*, que algunos consideran como fruto enteramente diverso de la *Chirimoya*, no es mas que una de sus especies.

(1) Las frutas comprendidas por los Mexicanos bajo el nombre de *Tezapotl*, son el *mamey tetzontzapotl*, la *chirimoya matzapotl*, la *anona quauhtzapotl*, el *zapote negro tilzapotl*, &c.

(2) Gemelli dice que el *zapote negro* tiene el sabor de la casia; mas este es un error. Tambien dice que esta fruta verde es venenosa para los peces: es particular que un estranero que residió diez meses en México sea el único que haga mencion de esta circunstancia.

dos ó cocida con azúcar y canela, es de un sabor delicadísimo.

El *zapote* blanco, que por su virtud narcótica fué llamado en el antiguo México *cóchitzapott*, se asemeja algun tanto al negro en el tamaño, en la figura y en el color de la corteza, aunque la del blanco es de un verde mas claro; pero la pulpa de este es mucho mas blanca y sabrosa que la de aquel. El hueso, que se crés venenoso, es grande, redondo, duro y blanco. El árbol es frondoso, mas alto que el del negro, y las hojas son tambien mayores. Ademas, el negro es propio de los climas calientes, y el blanco de los frios y templados.

El *chicozapote* (llamado por los Mexicanos *chictzapott*) es de figura casi ó enteramente esférica, y tiene una y media ó dos pulgadas de diámetro. La corteza es blanquizca; la pulpa blanca, con visos de color de rosa; los huesos duros, negros y puntiagudos. De esta fruta, cuando está verde, se saca una leche glutinosa y fécil de condensarse. Los Mexicanos llaman á esta sustancia *chictli*, y los españoles *chicle*.

Se suelen masticarla los niños y las mugeres, y en Colima se hacen con ella pequeñas estatuas y figuras curiosas (1). El *chicozapote*, cuando está en su madurez, es fruta de las mas esquisitas, y segun muchos europeos, superior á todas las del antiguo mundo. El árbol es de mediana altura; su madera bastante buena para construccion; las hojas son redondas y semejantes á las del naranjo en color y consistencia. Nace sin cultivo en las tierras calientes y en algunas provincias forman bosques enteros que cubren

(1) Gemelli dice que el *chicle* es una composicion artificial, no siendo otra cosa que la leche del fruto condensada al aire.

espacios vastísimos de diez, doce y mas millas (1).

El *capulino ó copulín*, como lo llaman los españoles, es la cereza de México. El árbol se parece mucho al de Europa; y la fruta á la cereza, en hueso, color y tamaño, pero no en sabor.

El *nanche* es un fruto pequeño, redondo, amarillo, aromático y sabroso. Sus granos son pequeñísimos. La planta nace en los paises calientes.

El *chayote* es un fruto redondo y semejante á la castaña en el erizo en que está envuelto; aunque el del *chayote* es mucho mayor y de un verde mas oscuro que el de la castaña. La pulpa es blanca con visos verdes, y en medio tiene un hueso grande y blanco, semejante á la pulpa en la sustancia. Se come cocido, con el hueso. La planta es delicada, y la raiz es tambien buena para comer.

La *nuz encarelada*, es llamada vulgarmente así, por estar envuelta en una cáscara durísima. Es mas pequeña que la nuz comun, y en la forma se parece á la moscada. La cáscara es lisa, y la almendra no tan abundante ni tan gustosa como la europea. Esta se ha multiplicado mucho en México, donde no es menos comun que en Europa (2).

La planta llamada en el país *tlacacahuatl* y por los españoles *cacahuatl*, es una

(1) Tomas Gage dice, entre otras grandes mentiras, que en el jardín de San Jacinto hospicio de los dominicos de Filipinas, situado en un arrabal de México, donde él residió algunos meses, habia árboles de esta especie. Es un error, porque la planta del *chicozapote* no se da en el valle de México, ni en ningún país donde yela.

(2) Hablamos aquí tan solo de la *nuz encarelada* del Imperio mexicano. La del Nuevo México es mayor y de mejor sabor que la comun de Europa, segun me ha asegurado persona fidedigna. Quizás esta especie es la misma que se conoce en la Luisiana con el nombre de *pacano ó pacaria*.

de las producciones mas extraordinarias de aquella tierra. Es yerba abundante en hojas y raíces. Las florecillas son blancas, pero no dan fruto. Este no nace en las ramas ni en los tallos, como sucede en los otros vegetales, sino junto á los filamentos de las raíces, en una vaina blanca ó blanquizca, larga, redonda y arrugada. Cada vaina tiene dos, tres ó cuatro *cacahuates*, cuya figura es semejante á la del piñon; pero son mucho mayores que estos y mas gruesos. Cada uno se compone de muchos granos con dos *lúbulos* cada uno y su punto germinante. Son de buen sabor, pero no se comen crudos sino un poco tostados. Si se tuestan mas, adquieren un olor y un sabor tan semejantes al café, que es muy difícil distinguirlos de esta. Con los *cacahuates* se hace un aceite que no es de mal gusto; pero que se erde dañoso, por ser muy cáldido. Produce este aceite una luz hermosa, pero que se apaga con facilidad. Esta planta prosperaria sin duda en los países meridionales de Europa. Se siembra por marzo y abril, y la cosecha se hace en octubre y noviembre.

Hay otros muchos frutos que omito por no parecer difuso; pero no puedo dejar de hacer mención del *cacao*, de la *vainilla*, de la *chia*, del *chile* ó pimiento; del *tomate*, de la *pimienta de Tabasco*, del algodón, y de las legumbres de que mas uso hacian los Mexicanos.

El Dr. Hernandez habla de cuatro especies de *cacao*, nombre que se deriva del mexicano *cacahuatl*. El *tlalcacahuatl*, el mas pequeño de todos, era el que mas usaban los Mexicanos en su chocolate y en otras bebidas que tomaban diariamente. Las otras especies le servian de moneda. Esta era una de las plantas mas cultivadas en las tierras calientes de aquel reino, y por ella pagaban grandes tributos á la co-

rona de México muchas provincias, especialmente la de Xoconochco, cuyo cacao es excelente, y superior, no solo al de Caracas, sino tambien al de la Magdalena. La descripción de esta célebre planta y de su cultura, se haya en las obras de muchos escritores de todas las naciones cultas de Europa.

La *vainilla*, tan conocida y usada en Europa, nace sin cultivo en las tierras calientes. Los antiguos Mexicanos la usaban en el chocolate y en otras bebidas que hacian con cacao.

La *chia* es la pequeña semilla de una planta hermosa, cuyo tallo es derecho y cuadrangular. Las ramas están simétricamente distribuidas, segun los ángulos del tronco. La flor es azul. Hay dos especies de chia: una, negra y pequeña de que se saca un aceite utilísimo para la pintura; y otra blanca y grande, de que se hace una bebida que sirve de refresco. De una y otra hacian los Mexicanos otros usos como despues veremos.

Del *chile*, de que los Mexicanos se servian como los europeos de la sal, hay á lo menos once especies diferentes en el tamaño, en la figura y en la fuerza del picante. Los mas pequeños y acres son el *quauhchilli*, que es fruto de un arbusto, y el *chiltecpin*. Las especies de tomates son seis, todas diferentes en tamaño, color y sabor. La mayor que es el *gictomatl* ó *gitomate*, como dicen los españoles, es ya muy comun en Europa. El *mitomatl* es mas pequeño que el anterior, verde y perfectamente redondo. Cuando hablemos de las comidas de los Mexicanos, indicaremos el uso que hacian de aquella produccion.

El *zocaxochitl*, vulgarmente conocido con el nombre de *pimienta de Tabasco*, por ser muy abundante en aquella provincia es un grano mayor que la pimienta

de Malabar. El árbol que lo produce es corpulento: las hojas tienen el color y lustre como las del arañjo; las flores son rojas, algo parecidas en la forma á la del granado, y exhalan un olor suavísimo, del que participan las ramas. El fruto es redondo, y nace en racimos, verdes al principio y despues casi negros. Esta pimiento de que hacian uso los Mexicanos, puede suplir la falta de la comun del Malabar.

El algodón era por su utilidad una de las producciones mas abundantes de aquel país. Servianse de ella en un lugar del lino (1), aunque no carecian de esta planta, y de sus filamentos se vestian la mayor parte de los habitantes de Anáhuac. Lo hay blanéo y dorado, que se llama comunmente *coyote*. Es planta comun en las tierras calientes, pero mucho mas cultivada en los tiempos antiguos que en los modernos.

El fruto del *achiote* servia antiguamente para los tintes, como sucede en los tiempos presentes. Con la corteza del árbol se hacian cuerdas y de la leña se sacaba fuego por medio de la friccion; como acostumbraban los antiguos pastores de Europa. Esta planta se halla bien descrita en el Diccionario de Mr. de Bonare.

En cuanto á granos y legumbres, casi todos los que se cultivan en Europa, han prosperado en el terreno de México, cuando han hallado un suelo conveniente (2).

(1) Hallóse el lino en gran abundancia y de excelente calidad, en Michuacan, en el Nuevo-México y en Quivita; pero no sabemos que lo cultivasen ni se sirviesen de él los pueblos antiguos mexicanos. La corte de España, noticiosa de los terrenos que se prestan al cultivo de esa planta, envió por los años de 1778 á aquellos países, doce familias de la vega de Granada, á fin de que promoviesen un ramo tan importante de agricultura.

(2) El Dr. Hernandez, en su historia Na-

El principal y mas útil de los granos es el maiz, llamado por los Mexicanos *tlalli*, del cual hay muchas especies diferentes en tamaño, color, peso y sabor. Lo hay grande, pequeño, blanco, amarillo, azulado, morado, rojo y negro. Con él hacian los Mexicanos el pan y otras comidas de que despues hablaremos. El maiz pasó de América á España, y de aquí á otros países de Europa, con gran ventaja de los pobres; aunque no faltan autores modernos que aseguran que esta útil produccion pasó de Europa al Nuevo-Mundo: idea de las mas estravagantes y absurdas que pueden presentarse á la imaginacion de un hombre (1).

La legumbre mas apreciada de los Mexicanos era la judía ó habichuela, de la cual hay mayor número de variedades que del maiz. La mayor es la llamada *ayacalli*, que es del tamaño de una haba y nace de una hermosa flor encarnada; pero es mucho mas estimada otra que tiene

tural de México, describe la especie de trigo que se balló en Michuacan, y pondera su prodigiosa fecundidad; pero los antiguos no quisieron ó no supieron emplearlo, prefiriendo el maiz, como lo hacen tambien los modernos. El primero que sembró trigo de Europa en aquella tierra, fué un moro esclavo de Hernan Cortés, habiendo encontrado tres ó cuatro granos dentro de un saco de arroz de la provision de los soldados españoles.

(1) Estas son las palabras de Mr. de Bonare en su *Diccionario de Historia Natural, artículo bled de Turquie*. *On donnait à cette plante curieuse et utile le nom de bled d'Inde parcequ'elle tire son origine des Indes, d'où elle fut portée en Turquie, et de là dans toutes les autres parties de l'Europe, de l'Afrique et de l'Amérique*. El nombre de grano de Turquia que se le da en Italia será sin duda la única razon que haya tenido el autor para adoptar un error tan contrario al testimonio de todos los que han escrito sobre cosas de América, y á la opinion general de las naciones. Los españoles de España y de América le han dado el nombre de maiz, palabra de la lengua Haliana, que era la que se hablaba en la isla de Santo Domingo.

los granos pequeños, negros y pesados. Esta legumbre poco usada en Europa, porque aquí es de mal sabor, es tan exquisita en México, que no solo sirve de alimento á la gente pobre, sino de regalo á la nobleza española.

PLANTAS NOTABLES POR SUS RAICES, HOJAS,
TALLO Y MADERA.

De las plantas preciosas por sus raíces, hojas, tallo y madera, tenían muchas los Mexicanos, de las cuales algunas les servian de alimento como la *zimaca*, el *camote*, el *huacamote*, el *caconite* y otras muchas; otras les suministraban hilos para sus ropas y cuerdas, como el *icatzil*, y muchas especies de *mellé* ó *maguey*; otras, en fin, les servian para los edificios y otros trabajos, como el cedro, el pino, el ciprés, el abeto y el óbano.

La *zimaca*, que los Mexicanos llaman *cazotl*, es una raíz de la figura y tamaño de una cebolla. Es blanca, compacta, fresca, jugosa y de buen sabor. Se come siempre cruda.

El *camote* es otra raíz comunísima en toda aquella tierra. La hay de tres especies; blanca, amarilla y morada. Los *camotes* son de buen gusto, especialmente los de Querétaro que gozan de gran estimación en todo el imperio.

El *caconite*, es la raíz de la planta que da la fier del tigre, de que ya hemos hablado. El *huacamote* es la raíz dulce de una especie de yuca (1), y se come cocida. La *papa*, raíz trasplantada á Europa, y muy apreciada en Irlanda y en Suecia, entra en el número de los vegetales que pasaron á México de la América Meridional, su país nativo; como de la España y de las islas Canarias pasaron los nabos,

(1) La *yuca* es la planta con cuya raíz se hace el pan de *cazabe* en muchas partes de América.

los rábanos, las zanahorias, los ajos, las lechugas, las coles y otras plantas de esta especie. Cortés, en sus *Cartas á Carlos V.*, asegura haber visto cebollas en el mercado de México; así que, no se necesitaba que fuesen de Europa. Además que el nombre de *zonacatl* que dan á la cebolla, y el de *zonacatltec* que era el de un pueblo que existía en tiempo de los reyes mexicanos, manifiestan que la planta era muy antigua en aquellos países, y no introducida despues de la conquista.

El *maguey* llamado por los Mexicanos *mellé*, *pita* por los españoles, á causa de su gran semejanza con el verdadero *alóe*, es de las plantas mas comunes y mas útiles de México. El Dr. Hernandez describe hasta diez y nueve especies de *maguey*, aun mas diversas en la sustancia interior que en la forma y color de sus hojas. En el libro VII de nuestra Historia tendremos ocasion de esponer las grandes ventajas que los Mexicanos sacaban de esta planta, y los inmensos provechos que ha dado á los españoles.

El *icatzil* es una especie de palma de monte y muy alta, cuyo tronco por lo comun es doble. Sus ramas tienen la figura de un abanico, y sus hojas la de una espada. Sus flores son blancas y olorosas; con ellas hacen una buena conserva los españoles: el fruto se parece al de la banana, pero no da provecho. De las hojas se hacian antiguamente, y se hacen hoy dia, buenas esteras, y los Mexicanos sacaban de ellas hilo para su manufactura.

No es esta la única palma de aquellos países. Además de la *palma real*, superior á las otras por la belleza de su follaje, tienen el cocotero, la palma de dátiles y otras dignas de atención (1).

(1) Además de la palma de dátiles propia

El *cuanahcoyollí* es palma de mediana altura, cuyo tronco es inaccesible á los cuadrúpedos, por estar armado de espinas largas, fuertes y agudísimas. Las ramas tienen la forma de un gracioso penacho del que penden grandes racimos de frutos redondos, del tamaño de la nuez común, y como estas, compuestas de cuatro partes distintas, á saber: la corteza, verde al principio y después parda; una pulpa amarilla, tenazmente unida á la cáscara, redonda y durísima, y dentro de esta, una medula ó almendra blanca.

La palma *ixhuatl* es mas pequeña, y no tiene mas de seis ó siete ramos, porque cuando nace uno, se seca otro de los antiguos. Con sus hojas se hacian antes espaldas y esterós, y hoy se hacen sombreros y otros útiles. La corteza, hasta la profundidad de tres dedos, no es mas que un conjunto de membranas, de cerca de un pie de largo, sutiles y flexibles, pero muy fuertes, y unidas muchas de ellas sirven de colchon á los pobres.

Tambien pertenece á la clase de las pequeñas, la palma *icoicsohl*. La medula de su tronco, que es de una contestura blanda, está envuelta en hojas de una sustancia particular, redondas, gruesas, blancas, lisas y lustrosas, y que parecen otras tantas conchas dispuestas unas sobre otras. Los indios se servian de ellas antiguamente, y aun se sirven hoy día, para adornar los arcos de follage que erigen en sus fiestas.

Hay otra palma que da los *cocos* de aceite, llamados así, porque de ellos se saca un aceite de buena calidad. El *coco* de

de aquel pais, nace tambien en el la de Berberia. Los dátiles se venden, por el mes de junio, en los mercados de México, de la Puebla de los Angeles, y de otras ciudades; pero á pesar de su sabor dulce, no son muy apreciados.

acite, es una nuez semejante en el tamaño y en la figura á la moscada, dentro tiene una almendra blanca, oleosa, buena de comer y cubierta de una pellicula sutil y morada. El aceite despie un olor suave, pero se condensa con facilidad, y entonces queda convertido en una masa espesa y blanca como la nieve.

En la escelencia, virtud y abundancia de maderas, aquel pais no cede á ningun otro; porque como en su estension se hallan todos los climas, tambien se hallan todos los árboles que en ellos prosperan. Ademas de las encinas, robles, abetos, pinos, cipreses, hayas, olmos, nogales y álamos, y otros muchos árboles de Europa, hay bosques enteros de cedros y ébanos, que eran los dos árboles mas apreciados en la antigüedad por sus maderas: ademas, abundan el *agaloco* ó madera de aloe, en la Mixteca; el *topinzeran*, en Michuacu; la *caoba*, en Chiapan; el *palo gateado*, en Zoncolihuan (hoy Zongolica); el *camote*, en las montañas de Texcoco; el *granadillo* ó ébano rojo, en la Mixteca y otros puntos: el *misquitil* ó acacia verdadera, el *tepehuajin*, el *copte*, el *xabin*, el *guayacan* ó leño santo, el *ayaguaahuill*, el *oyamell*, el *xopilote* y otras innumerables maderas apreciables por su incorruptibilidad, por su dureza y gravedad (1), por la facilidad con que se prestan al trabajo, por la belleza de sus colores y por la fragancia que despiden. El *camote* es de un hermoso color morado, y el *granadillo* de un rojo oscuro; pero aun son mas bellos el *palo gateado*,

(1) Plinio en su *Historia Natural*, lib. 16, cap. 4, indica tan solo cuatro géneros de madera de mayor gravedad específica que el agua. En México hay otras muchas que se sumergen en aquel líquido, como el *guayacan*, el *topinzeran*, el *xabin* &c. El *quebra-hachu* es tambien de este número, y se llama así porque muy frecuentemente rompe los instrumentos de hierro con que se trabaja.

la *caoba*, y el *tzopilognabuitl* ó madera de *zopilote*. La dureza del *guayacan* es conocida en Europa; pero no le cede el *zabín*. El aloé de Mixteca, aunque diferente del *agalloco* de Levante, según la descripción que dan de este, García del Huerto y otros autores, es notable por el suavísimo olor que exhala, especialmente cuando está recién cortado. Hay también en aquel país un árbol cuya madera es preciosa; pero de naturaleza tan maligna que ocasiona hinchazón en el escroto al que indiscretamente la mancha, cuando está recién cortada. El nombre que le dan en Michuacan, y del cual no puedo acordarme, espresa aquella maléfica virtud. No he sido testigo de ello, ni tampoco he visto el árbol; pero lo supe, cuando fué á Michuacan, de persona fidedigna.

El Dr. Hernandez describe en su *Historia Natural* cerca de cien especies de árboles; pero habiendo dedicado principalmente sus estudios, como ya hemos dicho, á las plantas medicinales, omite la mayor parte de los que produce aquel hermoso terreno; y especialmente los mas notables por su tamaño y por lo apreciable de su madera. Hay algunos de tan extraordinarias dimensiones, que no son inferiores á los que Plinio cita como milagros de la naturaleza.

El Padre Acosta hace mención de un cedro que existía en *Atlacachahuayan*, pueblo distante nueve leguas de Antequera, ó sea Oaxaca, cuyo tronco tenía de circunferencia diez y seis brazas, es decir, mas de ochenta y dos pies de París; y yo he visto en una casa de campo, una viga de la misma madera, que tenía de largo ciento y veinte pies castellanos, ó ciento siete de París. En muchas casas de la capital, y de otras ciudades del país, se ven enormes mesas de cedro en una sola pieza. En el valle de *Atlixco* se conser-

va todavía un abeto antiquísimo y tan grande, que en la cavidad formada por los rayos en su tronco, caben catorce hombres á caballo (1). Mayor idea dará de su amplitud, un testimonio tan respetable como el del E. Sr. D. Francisco Lorenzana, arzobispo que fué de México y hoy de Toledo. Este prelado en sus anotaciones á las *Cartas de Cortés á Carlos V.*, impresas en México el año de 1770, asegura que habiendo ido él mismo á observar aquel famoso árbol, en compañía del arzobispo de Guatemala y del obispo de la Puebla de los Angeles, hizo entrar cien muchachos en su cavidad.

Pueden compararse con este abeto las *ceibas* que yo he visto en la provincia marítima de Xicayan. La amplitud de estos árboles es proporcionada á su portentosa elevación, y es deliciosísimo su aspecto cuando están cubiertos de nuevo follaje y cargados de fruta; dentro de la cual hay una especie de algodón blanco, sutil y delicadísimo. Con esta hilaza podrían hacerse, y se han hecho en efecto, tejidos tan finos y suaves, y aun quizá mas que los de seda (2); pero no se hila con facilidad, por ser muy cortos los filamentos; además

(1) El nombre mexicano de este árbol es *ahuehuatl*, y los españoles del país lo llaman *ahuehuete*; pero los que quieren hablar con pureza castellana, le dan el nombre de *sabino*; en lo que se engañan, pues no pertenece á esta especie, aunque se le parece mucho, como lo demuestra el Dr. Hernandez en el lib. 3, cap. 66, de la *Historia Natural*. Yo he visto el abeto de Atlixco en el tránsito que hice por aquella ciudad en 1756, pero no bastante de cerca para poder formar idea de sus dimensiones.

(2) Mr. de Bomare dice que los africanos hacen del hilo de la *ceiba*, el tafetan vegetal, tan raro y tan estimado en Europa. No es tan extraño que escasee tanto la tela, siendo tan difícil elaborarla. El nombre *ceiba* viene, como otros muchos de los que se usan en México, de la lengua que se hablaba en la isla de Haití. Los Mexicanos lo llaman *po-*

que se sacaría poca ventaja de esta manufactura, siendo de poca duración el tejido. El algodón de esta fruta se usa en almohadas y colchones, los que tienen la singular propiedad de esponjarse extraordinariamente con el calor del sol.

Entre otros muchos árboles dignos de atención por su singularidad, y que me veo precisado á omitir, no debo sin embargo pasar en silencio cierta especie de higuera bravia, que nace en tierras de Coahuexhi y en otros puntos del reino. Es árbol grueso, elevado, frondoso, semejante en sus hojas y frutos á la higuera común. De sus ramas, que se extienden horizontalmente, nacen ciertos filamentos que pueden hácia la tierra, progresivamente creciendo y engruesando, hasta que introducidos en ella se arraigan y forman otros tantos troncos; así que, un árbol solo basta para formar una selva (1). El fruto de este árbol es inútil, pero la madera es de buena calidad.

PLANTAS ÚTILES POR SU RESINA, GOMA,
ACEITE ó JUGO.

La tierra de Anáhuac es fecundísima en vegetales útiles por la resina, goma, aceite ó jugo que de ellos mana.

El *huiztiloxitl*, que destila el famoso bálsamo, es un árbol de mediana elevación. Sus hojas son semejantes á las del almendro, aunque algo mayores. La madera es rojiza y olorosa; la corteza cenicienta, pero

chotl, y muchos españoles, *pochote*. En Africa se llama *benten*. La *ceiba*, segun el mismo autor, es el árbol mas alto de los conocidos.

(1) Hacen mención de esta higuera, el Padre Andres Perez de Ribas, en la Historia de las misiones de Sinaloa, y Mr. de Bomare en su Diccionario, llamándolo *Figuier des Indes*, *Grand Figuier*, y *Figuier admirable*. Los historiadores de la India Oriental describen otro árbol semejante á este, que se halla en aquellas regiones.

cubierta de una película del color de la madera. Las flores, que son de un color pálido, nacen en las estremidades de las ramas. La simiente es pequeña, blanquizca y encorvada, y pende de un filamento delgado y de media pulgada de largo. En cualquiera parte que se haga una incision, especialmente despues de llover, se ve manar aquella esquisita resina, tan apreciada en Europa, y que en nada cede al famoso bálsamo de Palestina (1). El de México es de un rojo negruzco ó de un blanco amarillento; el sabor es acre y amargo, y el olor intenso, pero sumamente agradable. El árbol del bálsamo es comun en las orillas de Pánuco y de Chiapan, y en otras tierras calientes. Los reyes mexicanos lo hicieron trasportar al célebre jardin de Huaxtepec, donde prendió felizmente y de allí se propagó en todas aquellas montañas. Algunos indios para sacar mas cantidad de bálsamo, queman las ramas del árbol, despues de hacer la incision. Como estas preciosas plantas son muy comunes en aquellos países, no se curan de la pérdida de ellas por tal de no aguantar la destilación, que suele ser lenta. Los antiguos Mexicanos no solo sacaban el opobálsamo, ó ligrima destilada del tronco; mas tambien el *xitlóbálsamo*, por la decocción de las ramas (2).

Del *huacoxex* y de la *maripenda* (3) sa-

(1) El primer bálsamo que se llevó de México á Roma, se vendió á cien ducados la onza, como lo testifica el Dr. Monardé en su Historia de los simples Medicinates de América. La silla apostólica declaró que esta sustancia era materia idónea para el crisma, aunque diferente del bálsamo de Palestina.

(2) Sácase tambien del fruto de *huiztiloxitl* un aceite, semejante en olor y sabor, al de almendras, pero mas acre, y de olor mas fuerte. Es muy útil en la medicina.

(3) Los nombres *huacoxex* y *maripenda* no son mexicanos, sino adoptados por los autores que han descrito las plantas de aquellos países.

caban tambien un aceite semejante al balsamo. El *huacocox* es un árbol de mediana altura, y de madera dura y aromática, que se conserva sin alterarse muchos años, aunque esté metido en tierra. Sus hojas son pequeñas y amarillas, las flores pequeñas tambien y blanquizas, y el fruto semejante al del laurel. Se sacaba por destilacion el aceite de la corteza, haciéndola pedazos ántes, teniéndola tres días en agua natural y sacándola al sol. De las hojas se sacaba otro aceite de buen olor. La *maripenda* es un arbusto con hojas lanceadas; el fruto es semejante á la uva, y viene en racimos, verdes al principio y despues rojos. El aceite se sacaba cociendo las ramas con mezcla de alguna fruta.

El *xehicotzotl*, vulgarmente llamado liquidámbar, es el estoraque líquido de los Mexicanos. Es árbol grande (y no arbusto como dice Pluche); las hojas parecidas á las del acebo, son dentadas, dispuestas de tres en tres, blanquizas de un lado y oscuras del otro. El fruto es espinoso y poligono, con la superficie negra y los ángulos amarillos. La corteza del árbol es en parte verde y en parte leonada. Del tronco sale por incision aquella preciosa resina que los españoles llamaron *liquidámbar*, y el aceite del mismo nombre que es aun mas oloroso y apreciable. Tambien se hace el liquidámbar con la decoccion de las hojas, mas este es inferior al que procede de la destilacion.

El nombre mexicano *copalli*, es genérico y comun á todas las resinas, pero se aplica especialmente á las que se usan como incienso. Hay diez especies de árboles que dan esta especie de resina, y se diferencian, tanto en el nombre como en la forma de las hojas, del fruto, y en la calidad de aquel producto. El *copal*, llamado así por antonomasia, es una resina blanca y trasparente que sale de un árbol

grande, cuyas hojas se parecen á las de la encina, aunque son mayores que estas; el fruto es redondo y rojizo. Esta resina es bien conocida en Europa con el nombre de *goma copal*, y se emplea en la medicina y en hacer barnices. Los antiguos Mexicanos la usaban principalmente en el incienso, de que se servian ya en el culto religioso de sus ídolos, ya en obsequio de los embajadores y otras personas de alta gerarquía. Hoy lo consumen en grandes cantidades para el culto del verdadero Dios y de sus santos. El *tecopalli* ó *tepecopal*, es otra resina semejante en olor, color y sabor, al incienso de Arabia. El árbol que la destila es de mediana elevacion; nace en los montes; su fruto es una especie de bellota, que contiene un piñon, bañado de una especie de mucilago, ó saliva viscosa, y dentro del piñon hay una almendrilla, que se emplea útilmente en la medicina. Todos estos árboles, y otros de la misma especie, en cuya descripcion no puedo detenerme, son propios de las tierras calientes.

La *caraña* (1) y la *tecamaça*, resinas bien conocidas en el comercio de Europa, salen de los árboles mexicanos, altos y corpulentos. El árbol de la *caraña* tiene el tronco leonado, liso, brillante y oloroso, y las hojas, aunque redondas, parecidas en su contestura á las del olivo. El árbol de la *tecamaça* tiene las hojas anchas y dentadas, el fruto rojo, redondo, pequeño, y pendiente de la estremidad de las ramas. Uno y otro son de las tierras calientes.

(1) Los Mexicanos dieron al árbol de la *caraña* el nombre de *tlahmetitocagahuil*, es decir, árbol de la malignidad; porque creian supersticiosamente que lo tenían en horror los espíritus malignos, y que era un preservativo eficaz contra los hechizos. *Tecamaça* viene del *tocomacihayac* de los Mexicanos.

El *misquill*, ó *mezquit*, como dicen los españoles, es una especie de acacia verdadera goma arábiga, como aseguran el Dr. Hernandez y otros doctores naturalistas. Es arbusto espinoso; sus ramas están dispuestas con mucha irregularidad; las hojas son tenues, sutiles, semejantes á las plumas de las aves, dispuestas de dos en dos en las ramas, una en frente de otra. Los frutos son dulces y sabrosos, y en ellos se contiene la semilla, con la cual los salvajes Chichimecas hacian una pasta que les servía de pan. Su madera es durísima y pesada. Estos árboles son tan comunes en el territorio de México, y sobre todo en los países templados, como las cucinas en Europa (1).

La *laca ó goma laca* (como dicen los boticarios) corre con tanta abundancia de un árbol semejante al mezquite, que llega á cubrir enteramente sus ramas (2).

[1] Hay en Michuacan una especie de mezquite ó acacia, que no tiene espinas, y cuyas hojas son mas sutiles que las del mezquite comun: por lo demas se le parece en todo.

[2] García del Huerto, en la Historia de los simples de la India, asegura con el apoyo de algunos hombres prácticos del país, que la laca es producto del trabajo de cierta clase de hormigas. Esta opinion ha sido adoptada por muchos autores, y Mr. de Bomare le hace el honor de creerla demostrada; pero en primer lugar, todas estas ponderadas demostraciones no son mas que indicios equívocos y conjeturas falaces, como lo echará de ver el que lee atentamente los indicados autores. 2º De todos los naturalistas que han escrito sobre la laca, el único que la ha visto en el árbol es el Dr. Hernandez, y este docto y sincero escritor asegura que la laca es una verdadera resina, destilada del árbol que los Mexicanos llaman *tsinacancuilaquahuill*, y robate, como preocupacion vulgar, la opinion contraria. 3º El país en que abunda la laca es la fertilísima provincia de los Tlahuicas, en que todas las frutas se dan admirablemente, y de donde salen en grandes cantidades para abastecer los mercados de la capital. Y cierto que no podría hacerse tan gran

Este árbol es de mediana altura: el tronco es rojizo y abunda en las provincias de los Colhuixcas, y de los Tlahuicas.

La *sangre de drago* sale de un árbol grande, cuyas hojas son anchas y angulosas. Este árbol uace en los montes de Quauhchianaco, y en los de los Colhuixcas. Los Mexicanos llaman al jugo *ezpuilli*, es decir, medicina sanguinea, y al árbol, *ezquahuill*, ó árbol de sangre. Hay otro del mismo nombre en los montes de Quauhhuauac, que se le parece mucho; pero tiene las hojas redondas y ásperas, la corteza áspera tambien, y la raíz olorosa.

La *resina clásica*, llamada por los Mexicanos *olin* ó *olí*, y por los españoles del país, *hule*, sale del *otquahuill*, árbol elevado, de tronco liso y amarillento. Sus hojas son grandes, las flores blancas, y el fruto amarillo, redondo, auguloso. Dentro se encuentran unas almendras del tamaño de las avellanas, blancas, pero cubiertas de una película amarilla. La almendra es de sabor amargo, y el fruto nace siempre pegado á la corteza. El hule, cuando sale del árbol, es blanco, líquido y viscoso; despues amarillea, y finalmente toma un color de plomo negruzco, que conserva siempre. Los que lo recogen le dan por medio de moldes, la forma conveniente al uso á que lo destinan. Esta resina, cuando está condensada, es la sustancia mas elástica de todas las conocidas. Con ella hacian los Mexicanos balones, que aunque mas pesados que los

cosecha de frutas, si hubiése en aquel país la cantidad inmensa de hormigas que sería necesaria para fabricar la laca que cubre los árboles de aquella especie, que son allí comunísimos. 4º Si la laca es obra de las hormigas (por qué la fabrican en aquellos árboles, y no en los de otra especie). Los Mexicanos llamaban á la laca estiércol de murciélagos por no sé qué analogía que hallaban entre aquellos dos objetos.

de aire, tienen mas ligereza y bote. Hoy, ademas de este uso, lo emplean en sombreros, zapatos, y otros objetos, impenetrables al agua. Derretido al fuego, el hule da un aceite medicinal. El árbol hace en las tierras calientes, como en las de Ihuatlapan y Mecatlan, y es muy comun en Guatemala. En Michuacan hay un árbol llamado *tarantaca* por los Tarascas, que es de la misma especie que el *alquahuill*; pero se diferencia en las hojas.

El *quankziottl* es un árbol mediano, cuyas hojas son redondas, y la corteza rojiza. Hay dos especies subalternas de este vegetal: la una da una goma blanca, que puesta en agua, la tñe de un color de leche; la otra destila una goma rojiza, y ambas sustancias son remedios eficaces de la disenteria.

En esta clase de plantas deben colocarse, por el aceite que producen, el abeto, la *higuerilla* [planta semejante á la higuera], el *acote*, y una especie de pino oleoso: el brasil, el *campeche*, el *añil* y otros, por sus jugos; pero estas producciones son muy conocidas en Europa, y en adelante tendremos ocasion de hablar de ellas.

Lo poco que hemos dicho acerca del reino vegetal de Anáhuac, aviva el sentimiento que esperamos al ver tan descuidadas y perdidas las nociones exactas de historia natural, que en tan alto grado poseian los antiguos Mexicanos. Sabemos que aquellos bosques, montes y valles están cubiertos de infinitos vegetales utilísimos y preciosos, sin haber quien se digne aplicarse á estudiarlos y describirlos. No es doloroso que los inmensos tesoros sacados de aquellas riquísimas minas en el espacio de dos siglos y medio, no se haya dedicado una parte á fundar academias de naturalistas, que siguiendo los pasos del ilustre Hernandez, puedan descubrir en bien de la sociedad los dones

inapreciables, derramados allí tan liberalmente por la mano del Criador?

CUADRÍPEDOS DEL TERRITORIO DE MEXICO.

El reino animal de Anáhuac no es menos desconocido que el vegetal, á pesar de la diligencia con que el Dr. Hernandez se aplicó á su estudio. La dificultad de distinguir las especies, y la impropiedad de la nomenclatura dada por analogía, hacen difícil y escabrosa la historia de los animales. Los primeros españoles, mas prácticos en el arte de la guerra, que en el estudio de la naturaleza, en lugar de conservar, como hubieran debido hacerlo, los nombres que los Mexicanos daban á sus animales, llamaron tigres, lobos, osos, leones, perros, &c., á muchos animales de especies diferentes, guiados por la semejanza del color de la piel, ó por algun otro rasgo exterior, ó por la conformidad de ciertas operaciones y propiedades. Yo no pretendo reformar sus errores, sino dar á mis lectores alguna idea de los cuadrípedos, aves, reptiles, peces ó insectos, que se mantienen en la tierra y en las aguas de Anáhuac.

Entre los cuadrípedos los hay antiguos y modernos. Estos, que son los que se transportaron de Canarias y de Europa en el siglo XVI, son los caballos, los asnos, los toros, los carneros, las cabras, los puercos, los perros y los gatos; todos los cuales se han multiplicado allí, como lo haré ver en las Disertaciones, rebatiendo á algunos filósofos modernos, que se han empeñado en probar la degeneracion de todos los cuadrípedos en el Nuevo-Mundo.

De los cuadrípedos antiguos, es decir, de aquellos que de tiempo inmemorial se criaban en aquella tierra, unos eran comunes á los dos continentes; otros, solo propios del Nuevo-Mundo, pero comunes á México y á otros países de América;

otros en fin exclusivamente peculiares de México.

Los cuadrúpedos antiguos comunes á México y al antiguo continente son los leones, los tigres, los gatos monteses, los osos, los lobos, los zorros; los ciervos, comunes y blancos; (1) los gamos, las cabras monteses, las foinas, las martas, las ardillas, las *polabucas*, los conejos, las liebres, los lirones y los ratones. El conde de Buffon niega que hubiese en América leones, tigres y conejos; pero como su opinión se funda en la pretendida imposibilidad del paso de los animales europeos de las tierras cálidas al nuevo continente, lo que yo procuro impugnar en mis Disertaciones, no necesito interrumpir aquí el hilo de mi historia, para ocuparme en este punto.

El *miztli* de los Mexicanos es el león sin melena, de que hace mención Plinio, (2) enteramente diverso del león africano, y el *acbill* no se distingue del tigre de Africa, como lo testifica el Dr. Hernandez, que conocia unos y otros. El *tochtli* de México es el mismo conejo del antiguo continente, y tan antiguo cuando menos en aquellos países, como el calendario mexicano, en el cual la imagen del conejo era el primer símbolo del año. Los gatos monteses, que son mayores que los domésticos, son muy feroces y temibles. Los

osos son enteramente negros, y mas corpulentos que los que se ven en Italia, y vienen de los Alpes. Las liebres se distinguen de las de Europa por tener las orejas mas largas, y los lobos por tener mas voluminosa la cabeza. Estas dos especies son abundantes en aquella tierra. Damos el nombre de *polabuca*, como lo hace el conde de Buffon, al *quimichpatlan*, ó raton volante de los Mexicanos. Conviénele el nombre de raton, porque se asemeja á este en la cabeza, aunque la tiene mayor; y el de *volante*, porque teniendo en su estado natural prolongada y floja la piel del vientre, cuando quiere dar un salto violento de un árbol á otro, la estienda con los pies, y se sirve de ella á guisa de alas. El vulgo de españoles confunde este cuadrúpedo con la ardilla; pero son ciertamente dos animales diversos. Las ratas fueron llevadas á México en buques europeos; no así los ratones, que siempre fueron conocidos por los Mexicanos con el nombre de *quimichin*, el cual daban tambien metafóricamente á las espías.

Los cuadrúpedos comunes á México y á los otros países del Nuevo-Mundo, son el *cogumetli*, el *epatl*, algunas especies de monos, el *ayotochtli*, el *actucoyotl*, el *tlacuatzin*, el *tehichi*, el *tlabmolotli*, el *techtlotli*, el *amiztli*, el *mapach* y la *danta* (1).

(1) Los ciervos blancos, sean ó no de la misma especie que los comunes, son propios de los dos continentes. Fueron conocidos de los griegos y de los romanos. Los Mexicanos llamaban al ciervo blanco, rey de los ciervos. El conde de Buffon piensa que la blanqueza de estos animales es efecto de la esclavitud; pero el hecho de hallarse ciervos blancos en los Montes de México, desmiente esta opinión.

(2) Plinio distingue las dos especies de león, con melena, y sin melena, y menciona el número de los de cada especie, que Pompeyo presentó en los Juegos de Roma.

(1) Muchos autores numeran entre los animales de México, al paco ó carnero peruano, al huanaco, á la vicuña y al perzeoso; pero todos estos cuadrúpedos son propios de la América Meridional, y ninguno de ellos lo es de la Septentrional. Es cierto que el Dr. Hernandez hace mención del paco entre los cuadrúpedos de México, da su dibujo, y adopta el nombre mexicano *pelonchevali*; pero lo hizo con referencia á algunos individuos llevados del Perú, á los que dieron aquel nombre los Mexicanos, como describe tambien los de la misma especie, llevados á Filipinas. Lo cierto es que estos animales no son indígenas

El *coyamell*, que los españoles llamaron jabalí, por su semejanza con este animal, se llama en otros países de América, *pecar*, *saino tayassu*. La glándula que tiene en una cavidad de la espalda, de que destila abundantemente un líquido fétido y espeso, indujo á los primeros escritores de América á creer que en aquel país habia puercos que tenían en aquella parte el ombligo; y aun hay todavía quien así lo crea, aunque hace dos siglos que se ha destruido aquel error por la anatomía. ¡Tan difícil es combatir las preocupaciones populares! La carne del *coyamell* es buena de comer; pero inmediatamente que se mata es necesario cortar la glándula, y lavar todo el líquido que de ella ha salido, pues de lo contrario infestaria toda la carne.

El *epatl*, llamado *zorrillo* por los españoles, es menos conocido por la hermosura de su piel, que por la insufrible fétidez que arroja cuando lo persiguen los cazadores (1).

El *tlacuatsin*, que en otros países se llama *churcha*, *sarigua* ú *opassum*, ha sido descrito por muchos autores, y es célebre

de México, ni se encuentran en ningún otro país de la América Setentrional; sino que algunos individuos han sido llevados allí como objetos de curiosidad, del mismo modo que se han traído á Europa.

(1) Buffon numera cuatro especies de *epatl*, bajo el nombre genérico de *mouffetes*. Dice que las dos primeras, que él llama *caoso* y *conepata*, son de la América Setentrional, y el *chicho* y el *zorrillo*, que son las otras dos, de la América Meridional. No creo que sean cuatro especies diferentes, sino cuatro razas de una misma. Los nombres que dan los Mexicanos á las dos primeras, son *izquepatl* y *conepatl*; las cuales solo se diferencian en el tamaño y color. El nombre de *cacao* ó *squass*, que el viajero Dampierre dice ser común en México, no se ha oído jamás en aquellos países. Los indios de Yucatan, que fué donde estuvo Dampierre, dan á aquel cuadrúpedo el nombre de *pai*.

por el saco de piel que la hembra tiene en el vientre, y que le coge desde el principio del estómago hasta el orificio del útero; el cual le cubre las tetas, y tiene en medio una abertura, por la que mete á los hijos, después de haberlos parido, para tenerlos bien custodiados. Cuando anda ó salta por las parades, estiendo la piel y cierra la abertura, á fin de que no puedan escaparse los cachorros. Pero cuando quiere echarlos fuera, á fin de que coman, y volver á guardarlos, para darles de mamar ó preservarlos de algun peligro, afloja la piel y abre la boca del saco, imitando la preñez cuando lleva en él á los hijos, y el parto cuando les da salida. Este curioso cuadrúpedo es el estermio de los gallineros. El *ayotochtlí*, llamado por los españoles *armadillo* ú *encubertado*, y por otras naciones *tatí*, es conocido en Europa por las planchas oseas que le cubren la espalda, y que se parecen á la antigua armadura de los caballos. Los Mexicanos le dieron aquel nombre por la semejanza, aunque imperfecta, que tiene con el conejo cuando descubre la cabeza, y con la calabaza, cuando la oculta en las conchas; (1) pero á ningún animal se parece tanto como á la tortuga, aunque se diferencia de esta en algunas cosas. Podría llamarse cuadrúpedo testáceo. Este animal no puede huir de los cazadores, cuando lo persiguen en una llanura; pero si es en los montes, donde por lo común habita, si halla cerca algun declive, se en-

(1) *Ayotochtlí*, es palabra compuesta de *ayotli*, calabaza, y de *tochtlí*, conejo. Buffon numera ocho especies de este animal, bajo el nombre de *tatous*, dividiéndolas según el número de escamas móviles que les cubren. No puedo decir cuantas especies hay en México, puesto que he visto pocos individuos; y no pensando entonces escribir sobre este asunto, no me tomé el trabajo de contar las escamas, ni creo que le haya ocurrido á nadie este pensamiento.

coge, se hace una bola, y echándose á rodar por la pendiente, deja burlado al cazador.

El *techichú* que tambien se llama *aleo*, era un cuadrúpedo de México y de otros países de América, que por ser de la figura de perro, fué llamado así por los españoles. Era de un aspecto melancólico, y enteramente mudo, de donde tomó origen la fábula de que los perros del mundo antiguo emudecen, cuando son trasportados al nuevo. Los mexicanos comian la carne del *techichú*; y si hemos de dar fé á los españoles que tambien la comian, era gustosa y nutritiva. Los españoles, despues de la conquista de México, no teniendo todavía rebaños de ninguna especie, hacian la provision para sus buques con carne de estos cuadrúpedos, y así extinguieron muy en breve la raza, aunque era muy numerosa.

El *talmototli*, ó ardilla de tierra, llamado ardilla suiza por Buffon, es semejante á la verdadera, en los ojos, en la cola, en la ligereza y en todos sus movimientos; pero se diferencia de ella en el color, en el tamaño, en la habitacion y en algunas propiedades. El pelo del vientre es blanco, y el del resto del cuerpo, blanco, manchado de gris. Su tamaño es doble del de la ardilla comun, y no habita como esta en los árboles, sino en los agujeros que labra en la tierra, ó entre las piedras de las tapias de los sembrados, en los que hace muchos estragos, por la gran cantidad de grano que consume. Muerde furiosamente á quien se le arrima, y no es posible domesticarlo; pero tiene elegancia en las formas, y gracia en los movimientos. Esta especie es muy numerosa, sobre todo en el reino de Michuacan. El *techallat* solo se distingue del animal que acabamos de describir, en tener mas pequeña y menos peluda la cola.

El *amiztli*, ó leon acuático, es un cuadrúpedo anfibio que habita en las orillas del mar Pacifico, y en algunos ríos de aquellos países. El cuerpo tiene tres pies de largo, y la cola dos. Tiene el hocico largo, las piernas cortas, las uñas encorvadas. La piel es muy estimada por el pelo que la cubre, que es largo y suave.

El *mapach* de los Mexicanos, es, segun el conde de Buffon, el mismo cuadrúpedo llamado *raton* en la Jamaica. El mexicano tiene la cabeza negra, el hocico largo y sutil, como el del galgo; las orejas pequeñas, el cuerpo voluminoso, el pelo variado de negro y blanco, la cola larga y peluda, y cinco dedos en cada pié. Sobre cada ojo tiene una mancha blanca, y se sirve de las piernas delanteras, como la ardilla, para llevar á la boca lo que quiere comer. Aliméntase indiferentemente de granos, de frutas, de insectos, de lagartijas y de sangre de gallinas. Domésticase fácilmente, y es bastante gracioso en sus juegos; pero es traidor como la ardilla, y suele morder á su amo.

La *danta*, ó *anta*, ó *beori*, ó *tapir* (que estos nombres se le dan en diferentes países), es el cuadrúpedo mas corpulento de cuantos hay en el territorio mexicano (1); y el que mas se acerca al hipopótamo, no solo en el tamaño, sino en algunos rasgos y propiedades. La *danta* es del tamaño de una mula mediana. Tiene el cuerpo algo encorvado, como el puerco, la cabeza gruesa y larga, con un apéndice en la piel del labio superior, que estiendo ó encoge á su arbitrio; los ojos chicos, las ore-

(1) La *danta* es mucho menor que el *hucazolotl*, descrito por el Dr. Hernandez; pero no sabemos que haya existido jamas este gran cuadrúpedo en el suelo mexicano. Lo mismo debe decirse del ciervo del Nuevo-México, y del bisonte, que son mayores que la *danta*. Véase la Disertacion IV de esta obra.

jas chicas y redondas, las piernas cortas, los piés delanteros con cuatro uñas, los traseros con tres, la cola corta y piramidal, la piel gruesa y cubierta de un pelo espeso, que en la edad madura es de un color oscuro. La dentadura, compuesta de veinte dientes molares y otros tantos incisivos, es tan fuerte y penetrante, y sus mordeduras son tan terribles, que se le ha visto, como asegura el historiador Oviedo, que fué testigo ocular, arrancar de una dentellada á un perro de caza, uno ó dos palmos de pellejo, y á otro un muslo y una pierna. Su carne es buena de comer (1); la piel flexible, y al mismo tiempo tan fuerte, que resiste no solo á las flechas, sino á las balas de fusil. Este cuadrúpedo habita los bosques solitarios de las tierras calientes, y las inmediaciones de algun río ó lago, pues vive tanto en el agua como en la tierra.

Todas las especies de monos, propios de aquel país, se comprenden por los Mexicanos bajo el nombre de *ozomatli*. Los hay de varios tamaños y formas: pequeños y extraordinariamente graciosos; medianos, grandes, fuertes, feroces y bravos, y estos se llaman *zambos*. Los hay, que cuando están erguidos sobre las piernas, alcanzan la estatura del hombre. Entre los medianos hay algunos que por tener la cabeza semejante á la del perro, pertenecen á la clase de los *cinocéfalos* (2), aunque todos ellos tienen cola.

(1) Oviedo dice que las piernas de la *anta* son muy sabrosas, con tal que estén veinticuatro horas continuas al fuego.

(2) El *cinocéfalo* del antiguo continente no tiene cola; y habiéndose encontrado en el Nuevo-Mundo monos con cola y cabeza de perro, Mr. Brisson, en la clasificación que hace de los monos, da acertadamente á los de esta clase el nombre de *cinocéfalos cercopithecus*, y distingue dos especies. Buffon omite esta en las diferentes que describe.

En cuanto á los hormigueros, tan singulares por la enorme longitud del hocico, la estrechez de la garganta y la desmesurada dimension de la lengua, de que se sirven para sacar las hormigas de los hormigueros, que es la circunstancia á que deben el nombre, nunca los he visto en aquellos países; ni sé que existan en ellos; pero creo que pertenece á la misma especie el *astacoyotl*, ó sea *coyote hormiguero*, mencionado aunque no descrito por el Dr. Hernandez (1).

Los cuadrúpedos peculiares de la tierra de Anáhuac, cuya especie no se encuentra en la América Meridional, ni en otros países españoles del Norte del Nuevo-Mundo, son el *coyotl*, el *talcoyotl*, el *xolotl*, el *tepeiltecuinilli*, el *tepeiltecuinilli*, el *itacuipocozotli*, el *ocotochtlí*, el *coyopolin*, la *tuxa*, el *ahuizotl*, el *huiztlacuatzin*, y otros que no son conocidos.

El *coyotl* ó *coyote*, como dicen los españoles, es una fiera semejante al lobo en la voracidad, á la zorra en la astucia, al perro en la forma, y en otras propiedades al *adive* y al *chacal*: por lo que algunos escritores mexicanos lo han numerado entre varias de aquellas especies; pero es indudable que se diferencia de todas ellas, como lo haremos ver en las Disertaciones. Es mas pequeño que el lobo; del tamaño de un mastín, pero mas enjuto. Tiene los ojos amarillos y penetrantes; las orejas pequeñas, puntiagudas y derechas, el hocico negrozco, las piernas fuertes, y los piés armados de uñas gruesas y curvas;

(1) El oso hormiguero descrito por Oviedo, es diferente del *fourmilier* de Buffon; pues aunque uno y otro se alimentan de hormigas, y tienen desmesurados hocico y lengua, el de Buffon tiene una cola muy larga, y el de Oviedo carece absolutamente de cola. Es muy curiosa la descripción que hace Oviedo del modo que estos animales tienen de cazar las hormigas.

la cola gruesa y peluda, y la piel manchada de negro, pardo y blanco. Su voz participa del aullido del lobo, y del ladrido del perro. El coyote es de los cuadrúpedos mas comunes en México (1), y de los mas perniciosos á los rebaños. Ataca una manada entera; y si no encuentra un cordero, se apodera de una oveja por el pescuezo, carga con ella, y golpeándola con la cola, la lleva á donde quiere. Persigue á los ciervos, y suele tambien acometer á los hombres. Cuando huye, no hace mas que trotar; pero su trote es tan rápido y veloz, que apenas puede seguirlo un caballo á carrera tendida. El *cueltackoyotl*, me parece de la misma especie que el coyote, del que solo se distingue en tener el cuello mas grueso, y el pelo semejante al del lobo.

El *tlalcoyotl*, ó *tlalcoyote*, es del tamaño de un perro mediano; pero mas grueso, y á mi entender, el cuadrúpedo mas corpulento de cuantos viven en agujeros subterráneos. Se parece algun tanto al gato en la cabeza, y al leon en el color, y en lo largo del pelo. Tiene la cola larga y peluda; se alimenta de gallinas, y de otros animales pequeños que caza en la oscuridad de la noche.

El *itzcuinintepotzotli* el *tepeitzcuintli* y el *Xoloitzcuintli*, eran tres especies de cuadrúpedos, semejantes al perro. El primero, cuyo nombre significa perro jorobado, era del tamaño de un perro maltés, y tenia la piel manchada de blanco, leonado y negro. La cabeza era pequeña con respecto al cuerpo, y parecia unida intimamente á este, por ser el pescuezo

grueso y corto. Tenia la mirada suave, las orejas bajas, la nariz con una prominencia considerable en medio, y la cola tan pequeña, que apenas le llegaba á media pierna; pero lo mas singular en él, era una joroba que le cojia desde el cuello hasta el cuarto trasero. El pais en que mas abundada este euadrúpedo, era el reino de Michuacan, donde se llamaba *ahorra*. El *tepeitzcuintli*, esto es, perro montaraz, es una fiera tan pequeña, que no excede el tamaño de un cachorro; pero tan atrevida, que acomete á los ciervos, y tal vez los mata. Tiene el pelo largo, larga tambien la cola, el cuerpo y la cabeza negros, el cuello y el pecho blancos (1). El *Xoloitzcuintli* es mayor que los dos precedentes, pues en algunos individuos el cuerpo tiene cuatro piés de largo. Tiene las orejas derechas, el cuello grueso y la cola larga. Lo mas singular de este animal es estar enteramente privado de pelo; pues solo tiene sobre el hocico algunas cerdas largas y retorcidas. Todo su cuerpo está cubierto de una piel lisa, blanda, de color de ceniza, pero manchada en parte de negro y leonado. Estas tres especies de cuadrúpedos están estinguidas, ó cuando mas solo se conservan de ellas algunos individuos (2).

[1] Buffon cree que el *tepeitzcuintli* no es otro que el gloton. En las Disertaciones combatimos esta idea.

[2] Juan Fabri, académico Lincoo, publicó en Roma una larga y erudita disertacion, en que trató de probar que el *xoloitzcuintli* es el mismo animal que el lobo de México. Se dejó engañar por el retrato de aquel cuadrúpedo, que con otras pinturas envió á Roma el Dr. Hernandez; pero si hubiera leído la descripción dada por este docto naturalista en el libro *De los Cuadrúpedos de México*, se hubiera ahorrado el trabajo de escribir aquella obra, y los gastos de su impresion. Buffon abrazó el error de Fabri. Véase lo que digo sobre esto en las Disertaciones.

(1) Ni Buffon ni Bomare hacen mención del coyote, siendo una de las fieras mas comunes del territorio de México, y á pesar de estar descrita por el Dr. Hernandez, cuya Historia Natural citan con frecuencia aquellos dos escritores.

El *ocotochli*, segun la descripción del Dr. Hernández, parece pertenecer á la especie de gatos monteses; pero aquel escritor le atribuye cualidades que parecen fabulosas; no porque haya tenido intención de engañar á sus lectores, sino quizás por demasiada confianza en los informes que recogió. Dice en efecto que cuando este animal se apodera de alguna presa, la cubre con hojas y sube á un árbol inmediato, y con sus aullidos convida á otras fieras á que coman de ella, y él come lo que estas han dejado, por ser tan enérgico el veneno de su lengua, que inficionaria con él la presa, y morirían todas las otras fieras que de ella comiesen después. Todavía se oye esta fábula en boca de las gentes del vulgo.

El *coyopollin* es un cuadrúpedo del tamaño de una rata; pero tiene la cola mas larga que esta, y de ella se sirve como de una mano. En el hocico y las orejas se parece al puerco. Las orejas son transparentes, las piernas y los piés blancos, el vientre de un blanco amarillento. Habita y cria sus hijos en las ramas de los árboles. Cuando los hijos tienen miedo, se abrazan estrechamente con la madre.

El *tozan ó tuza*, que es el topo de México, es un cuadrúpedo de buenas proporciones y de siete á ocho pulgadas de largo. El hocico es semejante al de la rata; las orejas pequeñas y redondas, y la cola corta. Tiene la boca armada de dientes fortísimos, y los piés de uñas duras y encorvadas, con las cuales escava la tierra y labra los agujeros en que habita. Es animal perniciosísimo á los campos por el grano que destruye, y á los caminos por los agujeros que en ellos forma; porque cuando, á efecto de su poca vista, no encuentra uno, labra otro, multiplicando así la incomodidad y el riesgo de los que viajan á caballo. Escava la tierra con las

piernas delanteras, y con dos dientes caninos que tiene en la mandíbula superior, y que son mayores que los otros. La tierra que saca la guarda en dos bolsas membranosas, que tiene detras de las orejas, y armadas de los músculos necesarios para contraerlas y dilatarlas. Cuando estas membranas están llenas, las descarga, sacudiéndolas con las piernas delanteras, y vuelve á continuar su operacion. Esta especie es abundantísima, pero no me acuerdo haberla visto en los países en que hay ardillas de tierra.

El *ahuisotl* es un cuadrúpedo anfibio, que vive por lo comun en los rios de los países calientes. El cuerpo tiene un pié de largo; el hocico es largo y agudo, y la cola grande. Tiene la piel manchada de negro y pardo.

El *huistlacuatzin* es el puerco espín de México. Es del tamaño de un perro mediano, al que se asemeja tambien en el rostro, aunque tiene el hocico aplastado. Tiene los piés y las piernas gruesas, y la cola proporcionada al cuerpo. Todo este, excepto el vientre, la parte posterior de la cola y lo interior de las piernas, está armado de espinas huecas, agudas y de cuatro dedos de largo. En el hocico y en la frente tiene cerdas largas y derechas, que se alzan sobre la cabeza, formando una especie de penacho. La piel entre las espinas está cubierta de un pelo negro y suave al tacto. No come mas que frutas (1).

El *caconiatle* es un cuadrúpedo muy semejante á la fuina en sus principales hábitos. Tiene el tamaño y la forma de un gato comun; pero el cuerpo es mas grueso.

(1) Buffon dice que el *huistlacuatzin* es el *conudo* de la Guinea; pero este es carnívoro, y aquel frugívoro. El cuadrúpedo Africano no tiene el penacho que se nota en el de México. &c.

so, el pelo mas largo, la pierna mas corta, y el aspecto mas selvático y feroz. Su voz es un grito agudísimo. Se alimenta de gallinas y de otros animales pequeños. Habita y cria á sus hijos en los rincoues menos frecuentes de las casas. De dia vé poco, y solo sale de su escudite por la noche, para buscar que comer. Tanto el cacamiztle como el *tlacuatzin* se suelen hallar en las casas de la capital (1).

Ademas de estos cuadrúpedos, habia otros en el territorio mexicano, que no sé si deban numerarse entre los animales propios de aquel pais, ó si entre los comunes á otros paises americanos, como el *itzcuintani*, esto es, comedor de perros, el *tlalmiztli* ó leon pequeño, y el *tlalocelotl*, ó pequeño tigre. De los otros, que aunque no pertenecian á México, se hallaban en otros paises de la América Setentrional conquistados por los españoles, haremos mencion en las Disertaciones.

AVES DEL TERRITORIO MEXICANO.

La enumeracion y descripcion de las aves de Anáhuac, presentan aun mas dificultades que las de los cuadrúpedos. Su abundancia, su variedad y escelencia, dieron motivo á que algunos escritores dijessen que México es el reino de los pájaros, como Africa es el de las fieras. El Dr. Hernandez en su Historia Natural describe mas de doscientas especies propias de

aquel pais, y omite muchas dignas de memoria como el *cuilacochoi*, la *zucua* y el *matrugador*. Me limitaré á indicar algunas clases, anadiendo ciertas particularidades que les son propias. Entre las aves de rapiña hay muchas especies de águilas, halcones y gavilanes. El citado naturalista da á estos pájaros la preferencia con respecto á los de Europa. Por la notoria escelencia de los halcones mexicanos, mandó Felipe II, rey de España, que cada año se llevasen ciento á su corte. Entre las águilas de mayor tamaño, la mas hermosa y celebrada es la que se llama en el pais *itzcuanhltli*, la cual no solo caza pájaros grandes y liebres, sino que tambien ataca las fieras y los hombres.

Los cuervos del pais, llamados por los Mexicanos *cacalotl*, no se emplean en limpiar los campos de insectos y de inmundicias, como hacen en otros paises, sino mas bien en robar el grano de las espigas. Los que realmente limpian los campos, son los *zopilotes*, conocidos en la América Meridional con el nombre de *gallinazos*, en otros con el de *auras*, y en otros en fin, con el impropósito de cuervos (1). Hay dos especies diferentes de estos pájaros, la del zopilote propio, y la del *cozcacuanhltli*. Uno y otro son mayores que el cuervo, y convienen entre si en tener encorvados el pico y las uñas, y en la cabeza, en lugar de plumas, una membrana lisa, con algu-

(1) No sé el verdadero nombre mexicano del cacamiztle, y adopto el que lo dan en aquel pais los españoles. El Dr. Hernandez no hace mencion de este animal. Es cierto que describe otro con el nombre de *cacamiztli*; pero este es sin duda un yerro de imprenta; ó de los académicos romanos que cuidaron de la edición de Hernandez, puesto que debe escribirse *zucamiztli*. Ahora bien, este cuadrúpedo es de Pánuco, y el *cacamiztle* de México. El *zucamiztle* habita en el campo, y el *cacamiztle* en las casas de la ciudad. El *zucamiztle* tiene una braza castellana de largo, y el *cacamiztle* es mas pequeño.

[1] El mismo Dr. Hernandez no tuvo dificultad en hacer del zopilote una especie de cuervo; pero son grandes las diferencias que separan estas aves en el tamaño, en la forma de la cabeza, en el vuelo y en la voz. Mr. de Bomare dice que el *aura* y el *cozcacuanhltli* de México es el *tzopilot* de los indios, pero los dos nombres *cozcacuanhltli* y *zopilot* son mexicanos, y fueron adoptados por los indios, no para significar un solo pájaro, sino dos distintos. En algunas partes se da á una especie el nombre de *aura*, y á otra el de *zopilote* ó *gallinazo*.

nos pelos rizados. Elévanse en el vuelo á tal altura, que con ser tan grandes, desaparecen enteramente de la vista, y especialmente cuando sobreviene una tempestad de granizo, pues entonces giran en gran número debajo de la nube, hasta que se pierden en la lejanía. Aliméntanse con carne de animales muertos, cuyos cadáveres descubren desde la mayor altura con sus ojos perspicaces, ó con su finísimo olfato, y bajan formando con vuelo magestuoso una línea espiral hasta el objeto en que quieren cebarse. Uno y otro son casi mudos. Las diferencias que se encuentran en ellos consisten en el tamaño, en el color, en el número y en algunas propiedades. Los zopilotes tienen las plumas negras; la cabeza, el pico y los pies pardos. Vuelan á bandadas, y pasan juntos la noche sobre los árboles (1). Su especie es muy numerosa y común á todos los climas. La especie del *cococauahltli* es escasa y propia de los países calientes; tiene la cabeza y los pies rojos, el pico blanco en su estremidad y en el resto de color de sangre. Su plumage es pardo; excepto en el cuello y en las inmediaciones del pecho, donde es de un negro rojizo. Las alas son blancas en la parte inferior; y en la superior manchadas de negro y de leonado.

Los Mexicanos llaman *rey* de los zopilotes al *cococauahltli* (2), y dicen que

(1) Los zopilotes desmienten la regla general de Plinio en el lib. 9, cap. 19, *avces raras habentia omnia non congregantur et sibi quaeque praedantur*, lo cual solo puede ser cierto con respecto á los verdaderos pájaros de rapiña, como las águilas, los avestruces, los alcones, los gavilanes, &c.

(2) El pájaro que en el día se conoce en México con el nombre de *rey de los zopilotes*, parece diverso del que describimos. El moderno es del tamaño de una águila común, robusto, de magestuoso aspecto; tiene las garras fuertes, los ojos vivos y hinchados, y un

cuando acuden dos pájaros de las dos especies á comer de un cadáver, jamas lo toca el zopilote, hasta que lo ha probado el *cococauahltli*. Los zopilotes son utilísimos en aquel país: no solo limpian la tierra, sino que destruyen los huecos de los cocodrilos, en la arena en que los depositan las hembras de aquellos formidables anfibios para empollarlos. Deberia ciertamente prohibirse con penas severas el darles muerte.

En el número de las aves nocturnas de México se hayan las lechuzas, y otras comunes en Europa, á que podriamos añadir los murciélagos, aunque estos realmente no pertenecen á la clase de aves. Los murciélagos abundan en las tierras calientes y sombrías, donde hay algunos que dan terribles mordeduras, y sacan mucha sangre á los caballos y á otros animales. En los mismos países se hallan otros gruesísimos; pero no tanto como los de las islas Filipinas, y de otras regiones orientales.

Entre las aves acuáticas debemos numerar, no solo las *palmípedes*, que nadan y viven comunmente en el agua; sino tambien las *imantópodes* y otras pescadoras, que viven por lo común en las orillas del mar, de los lagos y de los rios, y se alimentan con los productos del agua. De esta clase hay en aquellos países un número

lindo plumage negro, blanco y leonado. Su carácter mas singular es la carnosidad color de grana que le circunda el pescuezo como un collar, y á guisa de corona le cinge la cabeza. Así me lo ha descrito una persona hábil y digna de fé, que dice haber visto tres individuos de aquella especie, y particularmente el que en el año de 1750 fué enviado de México al rey Fernando VI. Dice ademas ser verdadero el retrato de este pájaro publicado en la obra, *El Gacetero Americano*. El nombre mexicano *cococauahltli*, que quiere decir *águila con collar*, conviene en efecto mas bien á esta ave, que á la otra descrita en el cuerpo de la obra.

ro prodigioso de ánades, veinte especies á lo menos de patos, igual número de garzas; muchas de cisnes, gaviotas, gallinetas, alciones, martinets, que los franceses llaman *Martin pêcheur* (Martin pescador), pelicanos y otros. La muchedumbre de patos es tan considerable, que suelen cubrir los campos, y desde lejos parecen rebañes numerosos. Entre las garzas, las hay cenicientas, enteramente blancas, y otras, que teniendo blancas las plumas del cuerpo, tienen el cuello, la estremitad y la parte anterior de las alas, y una parte de la cola, hermoseadas con unas manchas de color de graná muy vivo, ó de azul. El pelicano ó onocrótao, conocido por los españoles de México con el nombre de alcatraz, es notable por el enorme buche ó vientre, como lo llama Plinio, que tiene debajo del pico. Hay dos especies de esta ave en México: la una tiene el pico liso, y la otra dentado. No sé si en Europa, donde este pájaro es conocido, se tiene noticia de la propiedad que posee de socorrer á los individuos enfermos de su misma especie. De esta propension se sirven algunos americanos para proveerse de pescado sin gran fatiga. Cogen vivo un pelicano, le rompen un ala, lo atan á un árbol, se ponen en accho en algun sitio inmediato, y esperan que lleguen los otros pelicanos con su provision; cuando estos arrojan los peces que traen, acuden con prontitud, y dejan una parte al preso, se llevan lo demas.

Pero si el pelicano es digno de admiracion por su compasion para con sus semejantes, no es menos maravilloso el *yoalcuachilli*, por las armas que le ha suministrado el Criador para su defensa. Este es un pajarillo acuático, de cuello largo y sutil, de cabeza pequeña, de pico largo y amarillo; de piés, piernas y uñas largas, y de cola corta. El color de las piernas y piés es

ceniciento, y el de la parte inferior del cuerpo, negro, con algunas plumas amarillas junto al vientre. En la cabeza tiene una coronilla de sustancia córnea, dividida en tres puntas agudísimas, y otros dos que le guarnecen la parte anterior de las alas. En el Brasil hay otra ave acuática que tiene armas semejantes á las del *yoalcuachilli*, pero muy diferente de él en lo demas.

En las otras clases de aves, las hay apreciables por su carne, por su plumaje, por su voz ó por su canto; otras en fin, por su instinto, y por algunas propiedades notables, que escitan la curiosidad de los estudios de la naturaleza.

De las aves cuya carne es alimento sano y sabroso, he contado mas de sesenta especies. Ademas de la gallina comun, trasplantada de las Canarias á las Antillas, y de estas á México, habia, y hay en la actualidad otra gallina propia del país, que por ser semejante en parte á la gallina de Europa, y en parte al pavon, fué llamada por los españoles *pavo ó gallipavo*, y por los Mexicanos, *huexolotl ó totolin*. Estas aves trasportadas á Europa, en cambio de las gallinas, se han multiplicado excesivamente, particularmente en Italia, donde en atención á sus caracteres y tamaño, se les ha dado el nombre de *gallinaccio*; pero ha sido mayor la propagacion de las gallinas europeas en México. Hay tambien gran abundancia de pavos salvajes, semejantes en todo á los domésticos; pero mayores, y en algunos países de carne muy gustosa. Abundan las perlices, las codornices, los faisanes, las grullas, las tórtolas, las palomas, y otras muchas aves apreciadas en el antiguo mundo. Cuando hablemos de los sacrificios antiguos, daremos alguna idea del número increíble de codornices de aquella tierra. Los pájaros conocidos allí con el nombre de faisanes,

son de tres especies, diferentes de los faisanes de Europa (1). El *cozolitli* y el *tepetototl* son del tamaño del ánade, y con un penacho en la cabeza, que estienen y encogen á su arbitrio. Estas dos especies se distinguen entre sí por sus colores, y por algunas propiedades. El *cozolitli*, llamado por los españoles *faisan real*, tiene las plumas leonadas, y la carne muy sabrosa. El *tepetototl* se domestica tanto, que toma la comida de mano de su amo; sale á recibirlo cuando lo ve entrar en casa con grandes demostraciones de alegría; aprende á llamar á la puerta con el pico, y en todo se muestra muy dócil de lo que podría esperarse de una ave propia de los bosques. He visto uno de estos faisanes, que habiendo estado algun tiempo en un corral de gallinas, aprendió á pelear como los gallos, y cuando combatía con ellos, erguía las plumas del penacho, como los gallos suelen erguir las del cuello. Tiene las plumas negras y lustrosas, y las piernas y los pies cenicientos. Los faisanes de la tercera especie, llamados por los españoles, *gritones*, son menores que los otros, y tiene la cola y las alas negras, y el resto del cuerpo pardo. La *chachalaca*, cuya carne es tambien buena de comer, es del tamaño de una gallina. La parte superior de su cuerpo es parda, la inferior blanquiza, y los pies y el pico azulados. Es increíble el rumor que hacen estos pájaros en los bosques con sus clamores, los cuales, aunque semejantes á los de la gallina, son mas sonoros, mas continuos y mas molestos. Hay muchas especies de tórtolas y palomas, unas comunes á Europa, y otras propias del suelo mexicano.

(1) Mr. de Bomare numera entre los faisanes el *auzetin*; mas no sé por qué; esta ave mexicana pertenece á la segunda clase de pájaros de rapiña, como los cuervos, zopilotes y otros.

Los pájaros apreciables por sus plumas son tantos y tan hermosos, que causarían admiración á los lectores, si pudiera presentarles su imagen con el brillante colorido que los adorna. He contado hasta treinta y cinco especies de pájaros mexicanos sumamente bellos, de los cuales indicaré los mas notables.

El *huitzitzilin* es aquel maravilloso pajarillo, tan encomiado por todos los que han escrito sobre las cosas de América, por su pequeñez y ligerosa, por la singular hermosura de sus plumas, por la corta dosis de alimento con que vive, y por el largo sueño en que vive sepultado durante el invierno. Este sueño, ó por mejor decir, esta inmovilidad, ocasionada por el entorpecimiento de sus miembros, se ha hecho constar jurídicamente muchas veces, para convencer la incredulidad de algunos europeos, hija sin duda de la ignorancia; pues que el mismo fenómeno se nota en Europa en los murciélagos, en las golondrinas, y en otros animales que tienen fría la sangre, aunque en ninguno dura tanto como en el *huitzitzilin*, el cual, en algunos países se conserva privado de todo movimiento desde octubre hasta abril. Hay nueve especies de estas aves, diferentes en el tamaño y en el color del plumaje (1).

El *haugquechol* es un pájaro acuático, grande, que tiene las plumas de un bellissimo color de grana, ó de un blanco rosado, excepto las del cuello, que son negras. Habita en la playa del mar y en las márgenes de los rios, y no come mas

[1] Los españoles de México lo llaman *chupamirto*, porque chupa particularmente las flores de una planta, conocida allí con el nombre impropio de mirto. En otros países de América le dan los nombres de *chupaflores*, *picaflor*, *tominejo*, *colibre*, &c. De todos los autores que describen este precioso animal, ninguno da mejor idea de la hermosura de sus plumas que el P. Acosta.

que peces vivos, sin tocar jamás á carne muerta.

El *nepayantotoll*, es un pato salvaje, que frecuente el lago mexicano, y cuyo hermoso plumaje ostenta toda clase de colores.

El *tlacuilotoll*, esto es, pájaro pintado, merece con razon su nombre, pues en sus hermosísimas plumas lucen el rojo, el azul turquí, el morado, el verde y el negro. Tiene los ojos negros con la iris amarilla y los pies cenicientos.

El *tzinicoan* es del tamaño de un palomo. Tiene el pico encorvado; corto y amarillo: la cabeza y el cuello semejantes al palomo; pero hermoseados con visos verdes y brillantes: el pecho y el vientre rojos, excepto la parte inmediata á la cola, que está manchada de blanco y de azul. La cola en la parte superior es verde, y en la inferior negra; las alas negras y blancas, y los ojos negros con el iris de un amarillo rojizo. Habita en los terrenos inmediatos al mar.

El *mezcanauhtli* es un pato salvaje del tamaño de una gallineta, pero de extraordinaria hermosura. Tiene el pico ancho, medianamente largo, azul en la parte superior, y en la inferior negro; las plumas del cuerpo blancas, pero manchadas de muchos puntos negros. Las alas son blancas y pardas por debajo; y por encima variadas de negro, blanco, azul, verde y leonado. Los pies son de un amarillo rojizo; la cabeza en parte parda, en parte leonada, y en parte morada, con una hermosa mancha blanca, entre el pico y los ojos, los cuales son negros. La cola es turquí en la parte superior, parda en la inferior, y blanca en la estrechidad.

El *tlauhtotoll* es muy semejante en los colores al *tlacuilotoll*, pero mas pequeño. Las guacamayas y los cardenales, tan estimados en Europa por su brillante

plumaje son bastante comunes en aquellos países.

Todos estos pájaros, y otros propios de México, ó trasportados allí de otros países inmediatos, eran muy estimados por los Mexicanos, que con sus plumas hacian curiosas obras de mosaico, de que en otra parte haremos mencion. Los pavones, ó pavos reales fueron llevados del antiguo continente, pero por descuido de los habitantes se han multiplicado muy poco.

Algunos autores, que conceden á los pájaros de México la superioridad en la belleza del plumaje, se la niegan en el canto; mas esta opinion es lujía de la ignorancia, puesto que es mas difícil á los europeos oír que ver las aves en aquellos países.

Ademas de los ruiseñores, hay en México veintidos especies á lo menos de pájaros cantores, en poca ó en nada inferiores á aquellos; pero escede á todos los conocidos, el celebradísimo *centzonlli*, nombre que le han dado los Mexicanos, para expresar la portentosa variedad de sus voces. No es posible dar una completa idea de la suavidad y de la dulzura de su canto, de la armonia y variedad de sus tonos, de la facilidad con que aprende á esprimir cuanto siente. Imita con la mayor naturalidad, no solo el canto de los otros pájaros, sino las diferentes voces de los cuadrúpedos. Es del tamaño de un tordo comun. El color de su cuerpo es blanco en el vientre, y en el lomo ceniciento, con algunas plumas blancas, especialmente cerca de la cola y de la cabeza. Come de todo, pero gusta con preferencia de las moscas, que toma con demostraciones de placer, de la mano de quien se las presenta.

La especie de *centzonlli* es muy numerosa en todos aquellos países, y á pesar de esto tan estimada, que he visto pagar

veinticinco pesos por uno de ellos. Se ha procurado muchas veces trasportarlo á Europa; pero no sé que se haya logrado, y creo que aunque llegase vivo, padecerían gran detrimento su voz y su instinto, por las incomodidades de la navegación, y la mudanza del clima (1).

Las aves llamadas *cardenales* no son menos agradables al oído, por la melodía de su canto, que á la vista, por la hermosura de sus plumas color de grana, y de su penacho. La *calandria* mexicana canta tambien suavísimamente, y su canto se parece mucho al del ruiseñor. Sus plumas son manchadas de blanco, amarillo y ceniciento. Teje maravillosamente su nido de filamentos vegetales, que engruesa y une con cierta materia viscosa, y lo suspende de la rama de un árbol; á guisa de saco ó bolsa. El *tigrillo*, cuyo canto no deja de ser agradable, tiene aquel nombre por las manchas de sus plumas, semejantes á las del tigre. El *cuittacochi* es semejante al *centzonlli*, no menós en el tamaño del cuerpo y en el color de las plumas, que en la escelencia del canto, así como el *coztotols*, se parece en todo al canario, llevado á México de las islas Canarias. Los gorriones mexicanos no se asemejan á los de Europa, sino en el tamaño, en el modo de andar saltando, y en hacer sus nidos en los agujeros de las paredes. Los mexicanos tienen la parte inferior del cuerpo blanca, y la superior cenicienta; pero cuando llegan á cierta

edad, los unos tienen la cabeza roja, y los otros amarilla (1). Su vuelo es cansado, quizá por la pequenez de las alas ó por la debilidad de las plumas. Su canto es dulcísimo y variado. Hay gran abundancia de estos cantores en la capital, y en otras ciudades y villas de México.

No menos abundan en Anáhuac los pájaros locuaces, ó imitadores del habla humana. Entre los cantores hay algunos que aprenden palabras, como el ya citado *centzonlli*, el *acolquiqui*, esto es, ave de espalda roja, al cual, por este distintivo dieron los españoles el nombre de *comendador*. El *echuan*, que es mayor que el tordo comun, remeda la voz humana, pero de un modo que parece burlesco; y sigue largo trecho á los caminantes. El *tzamahuei* es semejante á la urraca en el tamaño, pero se diferencia de ella en el color. Aprende á hablar, roba cautelosamente cuanto puede, y en todo hace ver un instinto superior al comun de las aves.

Pero lo mas notable de los pájaros habladores son los papagayos, de los cuales se cuentan en México cuatro especies principales, y son: la *guacamaya*, el *toznenel*, el *cocholl*, y el *quitotoll* (2).

La guacamaya es mas apreciable por sus hermosas plumas, que por su voz. Pronuncia confusamente las palabras, y tiene un metal bronco y desagradable. Es el mas grande de todos los papagayos. El *toznenel*, que es el mejor, es del tamaño de un palomo. El color de sus plu-

(1) *Centzonllatole* (pues este es el verdadero nombre, y el de *centzonlli* se usa para abreviar) quiere decir, que tiene infinitas voces. Los mexicanos usan la palabra *centzonlli* (cuatrocientos), como los latinos usaban las de *mille* y *sexcenta*, para expresar una muchedumbre indefinida é innumerable. Conviene con el nombre mexicano el griego *poliglota*, que le dan algunos ornitólogos modernos. Véase lo que digo acerca de esta ave en las Disertaciones.

(1) He oído decir que los gorriones de cabeza roja son machos, y los de amarilla hembras.

(2) El *toznenel* y el *cocholl* son llamados por los españoles de México *pericos* y *loros*. El nombre *guacamaya* es de la lengua Haitiana, que se hablaba en Santo Domingo. *Loro* es palabra tomada de la lengua Quichoa, ó sea Inca, y *toznenel*, *cocholl* y *quitotoll*, lo son de la lengua mexicana.

mas es verde; pero en la cabeza y en la parte delantera de las alas, en unos es rojo y en otros amarillo. Aprende cuantas palabras y canciones le caseñan, y las expresa con claridad. Imita con mucha naturalidad la risa y el tono burlesco de los hombres; el llanto de los niños, y las voces de diferentes animales. Del *cochotl*, hay tres especies subalternas, diversas en el tamaño y en los colores, que son todos hermosísimos, y el dominante, el verde. El mayor de los *cochotl* es casi del tamaño del *toznenott*; las otras dos especies, llamadas por los españoles *catulinas* son menores. Todos aprenden á hablar, aunque no con tanta perfeccion como el *toznenott*. El *puillototl*, que es el menor de todos, es tambien el que con mas dificultad habla. Estos pequeños papagayos, cuyas plumas son de un verde hermosísimo, van siempre en bandadas numerosas, ó haciendo un gran rumor en el aire, ó destrozando las sementeras. Cuando están en los árboles se confunden con las hojas por su color. Todos los otros papagayos van por lo comun de dos en dos: macho y hembra.

Los pájaros *matrugadores*, y los que los mexicanos llaman *tzacua*, aunque nada tienen de notable en el plumaje ni en la voz, son dignos de atencion por sus propiedades. De todas las aves diurnas son las últimas que van á descansar por la noche, y las primeras que anuncian la venida del sol. No dejan su canto ni sus juegos, hasta una hora despues de anochecido, y vuelven á cantar y á jugar mucho antes de la aurora, y nunca se muestran tan alegres, como mientras duran los crepúsculos. Una hora antes de amanecer, uno de ellos, colocado en la rama en que pasó la noche, con otros muchos de su especie, empieza á llamarlos en voz alta y sonora, repitiendo muchas veces y con to-

no alegre la llamada, hasta que oye que uno ú otro le responde. Cuando todos están despiertos, forman un rumor alegrísimo, que se oye desde muy lejos. En los viages que yo hice por el reino de Michuacan, donde mas abundan estos pájaros, me fueron de gran utilidad, porque me despertaban temprano, y podia de este modo emprender mi marcha al rayar el dia. Son del tamaño de los gorriones.

La *tzacua*, pájaro muy semejante en el tamaño, en los colores y en la fábrica del nido, á la calandria de que ya hemos hecho mencion, es todavia mas maravilloso en sus propiedades. Viven en sociedad, y cada árbol es para ellos una poblacion, compuesta de gran número de nidos que cuelgan en las ramas. Una *tzacua*, que hace de gefe, ó guarda del pueblo, reside en el centro del árbol, de donde vuela de un nido á otro, y despues de haber cantado un poco, vuelve á su residencia; así visita todos los nidos, mientras callan los otros pájaros que están en ellos. Si ve venir hácia el árbol algun pájaro de otra especie, le sale al encuentro, y con el pico y con las alas lo obliga á retroceder; pero si ve acercarse un hombre, ú otro objeto voluminoso, vuela gritando á un árbol inmediato, y si entretanto vienen del campo otras *tzacuas* de la misma tribu, sale á recibirlas, y mudando el tono de la voz, las obliga á retirarse; pero cuando observaba que ha pasado el peligro, vuelve alegre á la acostumbrada visita de los nidos. Estas particularidades, observadas por un hombre perspicaz, erudito y sincero (1), nos hacen creer que se descubrirían aun otras mas estrañas, si se hubieran reiterado las observaciones; pero dejemos estos

(1) El abate D. José Rafael Campoy, de quien haré en otra parte el debido elogio.

objetos agradables, y volvamos la vista á los terribles.

REPTILES DE MEXICO.

Los reptiles del suelo mexicano pueden reducirse á dos órdenes ó clases; estos es, reptiles cuadrúpedos, y reptiles *apodos* ó sin piés (1). A la primera clase pertenecen los cocodrilos, los lagartos, las lagartijas, las ranas y los sapos, y á la segunda todas las especies de serpientes.

Los cocodrilos mexicanos son semejantes á los de Africa en el tamaño, en la figura, en la voracidad, en el modo de vivir, y en todas las otras propiedades que los caracterizan. Abundan en muchos rios y lagos de las tierras calientes, y son perniciosos á los otros animales y aun á los hombres. Seria superflua la descripción de estos feroces animales, de que tanto se ha escrito.

Contamos entre los lagartos al *acaltetepon* y al *iguana*. Los *acaltetepones*, conocidos vulgarmente con el nombre impropio de *escorpiones*, son dos lagartos muy semejantes entre sí en el color y en la figura, pero diferentes en el tamaño y en la cola. El mas pequeño tiene de largo quince pulgadas, poco mas ó ménos; la cola larga; las piernas cortas; la lengua encarnada, larga y gruesa; la piel conicienda y aspera, salpicada, en toda su estension de verrugas que parecen perlas; el paso lento, y la mirada feroz. Desde los músculos de las piernas traseras hasta la estremidad de la cola, tiene la piel atravesada por listas circulares y amarillas. Su mor-

dedura es dolorosa; pero no mortal, como algunos piensan. Es propio de los países calientes. Del mismo clima es el otro lagarto; pero mucho mayor que el que acabamos de describir, pues segun los que lo han visto, tiene cerca de dos piés y medio de largo, y mas de un pié de circunferencia en el vientre y la espalda. Su cola es corta, y la cabeza y las piernas gruesas. Este lagarto es el azote de los conejos.

La iguana es un lagarto inocente, bastante conocido en Europa, por las relaciones de los historiadores de América. Abunda en las tierras calientes, y es de dos especies: la una terrestre, y la otra anfibia. Los hay tan grandes, que tienen hasta tres piés de largo. Son velocísimos en la carrera, y suben con gran agilidad á los árboles. Su carne y sus huevos son buenos de comer, y alabados por muchos autores; pero dañosos á las que padecen males venéreos.

Hay innumerables especies de lagartijas, diferentes en el tamaño, en el color y en las propiedades, puesto que unas son venenosas y otras inocentes. Entre estas, ocupa el primer lugar el camaleon, llamado por los Mexicanos *cuatpalcah*. Es casi en todo semejante al camaleon comun; pero se diferencia de él en carecer de oreja; y en tener orejas, que son grandes, redondas y muy abiertas. De las otras lagartijas inocentes solo merece mentarse la *tapayaxin*, tanto por su figura, como por otras circunstancias. Es perfectamente orbicular, cartilaginosa y muy fria al tacto. El diámetro de su cuerpo es de seis dedos. La cabeza es durísima, y manchada de diversos colores. Es tan lenta y perezosa, que no se mueve, ni aun cuando le dan golpes. Si se le hace daño en la cabeza, ó se le comprimen los ojos, lanza de ellos hasta la distancia de dos ó tres

[1] Sé la diversidad de opiniones que reinan entre los autores, sobre los animales que deben comprenderse en la clase de reptiles; pero como no es mi intento hacer una division exactissima de estos animales, sino describirlos con algun órden á los lectores, tomo el nombre de *reptiles* en la significacion vulgar que le dieron nuestros abuelos.

pasos, algunas gotas de sangre; pero por lo demas es animal inocente, y muestra tener placer en que lo manejen. Quizás por ser de un temperamento tan frio, siente alivio con el calor de la mano.

De las lagartijas venenosas, la peor parece ser la que por su escasez tiene el nombre mexicano de *tezauhtli*. Es pequenísima; de un color ceniciento, que amarilla en el cuerpo, y tiene visos azules en la cola. Hay otras que se creen venenosas, y que los españoles llaman *salamanguesas*, y el vulgo ignorante *escorpiones*; pero yo me he asegurado, despues de muchas observaciones, que carecen de veneno, y que si tienen alguno, no es tan activo como generalmente se cree.

Lo que he dicho de las lagartijas se puede aplicar á los sapos; pues no he visto ni he oido hablar de ninguna desgracia ocasionada por su veneno, aunque suelen cubrir la tierra en algunos países calientes y húmedos. En ellos se encuentran sapos tan gruesos, que tienen ocho pulgadas de diámetro. De las ranas hay en el lago de Chalco tres numerosísimas especies diferentes en el tamaño y en el color, y bastante comunes en la mesa de la capital. Las de Huasteca son escdentes, y tan grandes, que suelen pesar una libra española. Pero no vi ni oí hablar jamas en aquel país de las ranas de árbol, que son tan comunes en Italia y en otros países de Europa.

La variedad de serpientes es mucho mayor que la de los reptiles de que acabamos de hablar: las hay grandes y pequeñas, de muchos colores, de un solo color, venenosas é inocentes.

La que los Mexicanos llamaban *canaucocatl*, parece la mas notable por su volúmen. Tiene de largo hasta cinco ó seis toesas, y el grueso es el de un hombre regular. Poco menor era una de las

tlloas, ó culebras negras, vista por el Dr. Hernandez en las montañas de Tepoztlan, pues con el mismo grueso tenía diez y seis piés de largo; pero en el día dificilmente se hallan culebras de tanta corpulencia, si no es en algun bosque retirado, y muy lejos de la capital.

Las culebras venenosas mas notables son: el *ahueyotli*, la *cueniteotl*, el coral ó coralino, la *teiximintli*, la *ceucoatl* y la *teotlacoahuqui*. Esta última, de cuyo género hay muchas especies, es la famosa culebra de cascabel. Su tamaño varia, como tambien su color; pero ordinariamente es de tres á cuatro piés de largo. Los cascabeles pueden considerarse como un apéndice ó continuacion de las vértebras; y son unos anillos sonoros, de sustancia córnea, móviles, enlazados entre sí por las articulaciones ó coyunturas, y cada uno consta de tres huesillos (1). Suenan siempre que la culebra se mueve, y especialmente cuando se agita para morder. Es muy veloz en sus movimientos, y por esto los Mexicanos la llamaron tambien *cheucoatl*, ó culebra de aire. Su mordedura ocasiona infaliblemente la muerte, si no se acude inmediatamente con los remedios oportunos, entre los cuales se tiene por muy eficaz poner algun tiempo la parte ofendida dentro de la tierra. Muere con dos dientes caninos que tiene en la mandíbula superior, los cuales, como en la víbora y en otras especies de culebras, son móviles, cóncavos y perforados hácia la punta. El veneno, esto es, aquel jugo tan pernicioso, que es amarillento y cristizable, está contenido dentro de las glándulas, colocadas en las raices de aque-

[1] El Dr. Hernandez dice que esta culebra tiene tantos años cuantos cascabeles, porque cada año le nace uno; mas no sabemos si esta opinion se funda en observaciones propias.

los dos dientes. Estas glándulas, comprimidas al morder, lanzan el fatal licor por los canales de los dientes, y por sus agujeros lo introducen en la herida y en al masa de la sangre. De buena gana comunicariamos al público otras observaciones sobre este asunto, si la naturaleza de esta obra lo permitiese (1).

La *ahueyatlí* es poco diferente de la que acabamos de describir, pero no tiene cascabeles. Segun Hernandez, esta culebra comunica aquella especie de veneno que los antiguos llamaban *hemorrhoids*, con el cual el herido echa sangre por la boca, por la nariz y por los ojos, aunque los efectos de esta actividad pueden evitarse con ciertos antidotos.

La *cuculeatlí*, llamada así por la variedad de sus colores, tiene ocho pulgadas de largo, y es gruesa como el dedo pequeño; pero su veneno es tan activo como el de la cascabel.

La *teixminauí* es la culebra que Plinio llama *scutum*. Es larga y sutil; tiene la espalda centecienta, y el vientre morado. Muévase siempre en línea recta, y no puede volverse. Arrójase de los árboles á los viajeros, y de ahí ha tomado su nombre (2). Hay de estas culebras en los montes de Quauhhuahué y en otras tierras calientes; pero habiendo yo estado muchos años en aquellos países, jamás supe que hubiesen atacado á nadie, y lo mismo puedo decir de los terribles efectos que se atribuyen al *ahueyatlí*.

La *cencatlí* (3), que tambien es veneno-

[1] El P. Inanima, misionero jesuita de las Californias, hizo con las culebras muchas experiencias, que confirman las que Mr. Mead hizo con las víboras.

[2] Los Mexicanos dan tambien á esta culebra el nombre de *micatlí*, y los españoles el de sacifila. Uno y otro significan lo mismo que *jaculum*.

[3] Hay otras culebras, que por ser del

sa, tiene cinco piés, poco mas ó ménos de largo, y ocho pulgadas de circunferencia en la parte mas gruesa. Lo mas notable de este reptil es que brilla en la oscuridad; así es como el provido Autor de la naturaleza escita y despierta de diversos modos nuestra atención para preservarnos del mal; ora por el oído, con el ruido de los cascabeles, ora por la vista, con la impresion de la luz.

Entre las culebras inocentes, de las que hay muchas especies, no puedo omitir la *tzicatlínan*, y la *maquizcoatlí*. La primera es hermosa, de un pié de largo, y del grueso del dedo anular: vive siempre junto á los hormigueros, y se halla tambien con las hormigas, que muchas veces las acompaña en sus peregrinaciones, y vuela con ellas á su residencia. El nombre mexicano *tzicatlínan*, significa *madre de las hormigas*, y así la llaman los españoles; pero yo sospecho que esta afición nace de su propension á alimentarse de aquellos insectos.

La *maquizcoatlí* es del mismo tamaño que la precedente; pero es trasparente y plateada. Tiene la cola mas gruesa que la cabeza, y se mueve indiferentemente por cualquiera de las dos estremidades, andando bácia atras ó bácia adelante, segun le conviene. Este reptil, llamado por los griegos *amphisbaena* (1), es bas-

mismo color, tienen el mismo nombre de *cencatlí*. Todas son inocentes.

(1) Plinio, en el libro VIII, cap. 23, da dos cabezas al *amphisbaena*; pero el nombre griego solo significa movimiento por una y otra de las dos estremidades. En Europa se ha visto la culebra con dos cabezas de que habla Plinio, y aun dicen que se halla en México; pero no sé que nadie la haya visto allí; y si ha existido en efecto, no debe considerarse como una especie regular, sino como un monstruo, semejante al águila de dos cabezas que se halló, hace pocos años, en Oajaca, y fué enviada á Madrid.

tante raro, y no sé que se haya visto sino en el valle de Toluca.

Entre todas las especies de culebras que se hallan en los bosques poco frecuentados de aquellas regiones, no sé que hasta ahora se haya descubierto otra especie vivipara sino el *acoatl*, ó culebra acuática, á la cual se atribuye aquel carácter, aunque no con certeza. Tiene cerca de veinte pulgadas de largo, y una de grueso. Sus dientes son pequenísimos; la parte superior de la cabeza es negra, las laterales azuladas, y la inferior amarilla; la espalda listada de negro y azul, y el vientre enteramente azul.

Los antiguos Mexicanos, que se deleitaban en criar toda especie de animales, y que á fuerza de costumbre habían perdido el miedo natural que algunos de ellos inspiran, tomaban en los campos una especie de culebra verde é inocente, y la criaban en casa donde con el cuidado y el alimento llegaba á ser tan gruesa como un hombre. Guardábase en una tina, de donde no salía sino era para tomar el alimento de manos del amo, subiéndole á los hombros, ó enroscándose á sus piés.

PECES DE LOS MARES, DE LOS RIOS Y DE LOS LAGOS DE ANAHUAC.

Si de la tierra volvemos los ojos al agua de los mares, de los rios y de los lagos de Anáhuac, hallaremos un número mucho mas considerable de animales. No tienen guarismo las especies conocidas de peces que la pueblan; pues solo de las que sirven al alimento del hombre, he contado mas de ciento, sin incluir ningun testáceo ni crustáceo. Entre los peces, los hay comunes á los dos mares; otros propios del golfo mexicano; otros del mar Pacífico, y otros de los rios y de los lagos.

Los peces comunes á ambos mares son: las ballenas, los delfines, las espadas, los

tiburones, los manatíes, las mantas, los lobos, los puercos, los bonitos, los bacalao, los róbalo, los pargos de tres especies, los meros, los pámpanos, las palometas, las rayas, los chuchos, los barbos, los coreovados, los orates, los voladores, las guitarras, las cabrillas, las agujas, las langostas, los sollos y otros muchos; como tambien varias especies de tortugas, pulpos, cangrejos &c.

Ademas de los anteriores, el seno mexicano tiene los salmones, los congrios, las doncellas, los pegereyes, los rumbos, los sapos, los besugos, las hermejuetas, los gorriones, las linternas, los dentones, las lampreas, las muerenas, las anguilas, los nautilos, y otros.

El mar pacífico, ademas de los comunes á ambos mares, tiene los salmones, los atunes, los cornudos, los lenguatos, los silgueros, las caballas, las corvinas, las viejas, las sardinias, los ojones, los lagartos, los papagallos, los escorpiones, los gallos, las gutas, los arenques, los botetes, y otros.

Los rios y los lagos tienen los peces blancos de tres ó cuatro especies, las carpas, las truchas, los bobos, los róbalo, los barbos, los orates, las corbinas, las anguilas y otros.

La descripcion de todos estos peces, ademas de estraviarnos demasiado de nuestro intento, sería inútil á la mayor parte de los lectores; por lo cual nos limitaremos á dar algunas particularidades que podría servir para ilustrar esta parte de la historia natural.

El tiburón pertenece á aquella clase de bestias marinas, que los antiguos llamaron *cuniculae*. Es conocido por su voracidad, como tambien por su velocidad, su fuerza y su gran tamaño. Tiene dos, tres, y á veces mas órdenes de dientes, no menos agudos que fuertes, y traga cuanto se

le presenta, sírvale ó no de alimento. Alguna vez se le ha encontrado en el vientre una piel entera de carnero, y una gran cuchilla de carnicero. Suele acompañar á los buques, y segun asegura Oviedo, ha habido tiburón que ha seguido á un navío que navegaba con viento en popa y á toda vela, por espacio de quinientas millas, dando vueltas en rededor para aprovecharse de las inmundicias que echaban al agua.

El manatí, ó *lamentino*, como otros lo llaman, es de fudole muy diversa de la del tiburón, y de mayor tamaño. El mismo Oviedo dice que se han pescado manatíes tan gruesos, que para trasportar uno de ellos ha sido necesario emplear un carro con dos pares de bueyes. Es vivíparo como el tiburón; pero la hembra no pare mas que uno á la vez, aunque de enorme volúmen (1). Su carne es delicada, y semejante á la de la ternera. Algunos autores ponen al manatí en la clase de los anfibios; pero es un error, pues este animal no vive en tierra, y solo saca fuera del agua la cabeza, y una parte del cuerpo para alcanzar las yerbas de las orillas de los rios (2).

(1) Buffon conviene con el Dr. Hernandez en que la hembra del manatí no pare mas que un individuo á la vez; otros dicen que pare dos. Qué sucede con la hembra del manatí lo que con la mujer, que siendo uno ordinariamente su feto, en casos extraordinarios tiene dos ó tres. El Dr. Hernandez describe de este modo el coito de estos animales: *Hæmæno more coit, fœmina supina fere tota in litore procumbente, et celeritate, quadam supercavitæ mare.* Yo no cuento al manatí, aunque vivíparo, entre los cuadrúpedos, como hacen algunos naturalistas modernos; porque todo el mundo entiende bajo el nombre de cuadrúpedo el que marcha en cuatro piés, y el manatí no tiene mas que dos, y estos informes.

[2] Mr. de la Contamine confirma lo que decimos sobre vivir siempre en el agua el manatí, y lo mismo habian dicho dos siglos

La manta es aquel pez chato, tan pernicioso á los pescadores de perlas; de que hacen mencion Ulloa y otros escritores; y yo no dudo que sea el mismo de que hace mencion Plinio, aunque no lo conoció bien, con el nombre de nube, ó neblina (1). Quizás habrá pasado de los mares del antiguo continente á los del nuevo, como parece que han pasado otros muchos peces. Es tan grande la fuerza que tiene en los músculos, que no solo sofoca al hombre que abraza, ó que envuelve en sus pliegues, sino que se le ha visto agarrarse de la quilla de una balandra, y arrancarla del sitio en que estaba encallada. Llámase *manta*, porque cuan-

antes Oviedo y Hernandez, ambos testigos de vista. Es cierto que Hernandez parece decir todo lo contrario; pero es un error de imprenta, como lo comoverá todo el que lea el texto. Es de notarse ademas, que el manatí aunque propiamente marítimo, suele encontrarse en los rios.

(1) *Ipsi ferunt (urinatures) et nubem quandam crassescere super capita, planorum piscium simitem, prementem eos arcentemque a reciprocando, et ob id stilos præacutos lineis ancibus habere sese: quia nisi perfossæ ita non recedant caliginis et pavoris ut arbitror opere. Nubem enim sibe nebulam (cujus nomine id malum appellant) inter animalia hæcæ illam reperit quisquam.* Plin. Hist. Nat. lib. 9. cap. 46. La descripción que daban aquellos busos antiguos de la *nube*, conviene con la que dan los busos de los mares de América de la manta; y el nombre de *nube* le conviene muy propiamente, pues parece en efecto una nube á los que están debajo de este pez dentro del agua, y aun hoy día llevan los nadadores, cuchillos largos, ó bastones terminados en punta, para preservarse de sus ataques. Esta observacion, que no ocurrió á ninguno de los intérpretes de Plinio, fué hecha por mi compatriota y amigo el abate D. José Rafael Campoy, persona tan loable por sus costumbres y pundonor, como por su erudicion y su erudicion, especialmente en latinidad, historia crítica y geografía. Su muerte, harto dolorosa á mi corazón, ocurrió en 29 de diciembre de 1777, no lo permitió concluir muchas obras que tenia empezadas, y que serian de gran utilidad.

do estiene su cuerpo en la superficie del mar, como lo hace muy frecuentemente, parece una manita de lana que está nadando.

El pez de espada de aquellos mares es muy diferente del de los mares de Groenlandia. Su espada es mayor, y más semejante en su forma á la verdadera de hierro, y no está situada, como la del pez groenlandés, en la parte posterior, sino en la anterior del cuerpo, del mismo modo que en el pez llamado sierra, moviéndola en todos sentidos con suma fuerza, y sirviéndose de ella como de arma ofensiva.

El *Mateconi* de los Mexicanos, *sierra* de los españoles, es de un pié de largo, y tiene en el filo del lomo unos dientes ó puntas, semejantes á los de una sierra de carpintero.

El *róbalo* es una de las especies más numerosas de las que se crían en aquellas aguas, y su carne, particularmente la de la especie del río, es de sabor delicadísimo. El Dr. Herrera cree que es el *lupus*, y Campoy, el *asselas minor* de los antiguos; pero estas no son más que conjeturas, pues la descripción que de este pez han dejado los escritores de la antigüedad, es tan incompleta, que no parece posible hacer una comparación fundada en datos seguros.

El *corcovado* fué llamado así, á causa de una corcova ó prominencia que tiene desde el principio de la cabeza hasta la boca, la cual es pequinísima. La *picuda* tiene la mandíbula inferior mucho más larga que la superior.

El sopo es un pez de horrible aspecto; negro, perfectamente redondo y sin escamas. Su diámetro es de tres ó cuatro pulgadas. Tiene la carne gustosa y sana.

Entre las agujas hay una llamada por los Mexicanos *huistatelmichin*, que es de

tres piés de largo, y sutilísima. En vez de escamas tiene el cuerpo cubierto de unas laminas pequeñas. El hocico tiene ocho pulgadas de largo; y lo es más en la parte superior, al contrario de las otras especies de agujas, á las que escada, tanto en el buen sabor de la carne, como en el tamaño del cuerpo.

El *lobo* es un pez hermosísimo, y apreciado por la escelencia de su carne. Tiene cerca de dos piés de largo, y cuatro ó seis pulgadas en su mayor anchura. El barbo de río, conocido con el nombre de *bigre*, es del tamaño del bobo y de más esquisito sabor; pero dañoso, si ántes de comerlo no se despoja su carne, con jugo de limón ó con algun otro ácido, de cierta baba ó líquido viscoso de que está impregnada. Los bobos se pescan, segun tengo entendido, solo en los ríos que desaguan en el golfo mexicano, y los barbos en los que descargan en el mar Pacifico ó en algun lago. El sabor de estos dos peces, aunque delicado, no es comparable con el de los pámpanos y palometas, que son, con justa razon, los peces que más se aprecian en aquellos países.

La *corcova* tiene pié y medio de largo. Es delgada y redonda, y de un color morado negruzco. En la cabeza de estos peces se hallan dos piedrecillas blancas; que parecen de alabastro. Cada una tiene de largo una pulgada y media, y de ancho cerca de cuatro líneas. Se cree que son eficaces contra la retención de orina, tomando tres granos en agua.

El *botele* es un pescadillo que tiene cerca de ocho pulgadas de largo, y es desproporcionadamente grueso. Su ligalo es tan venenoso, que en media hora ocasiona la muerte á quien lo come, con fuertes dolores y convulsiones. Cuando está vivo en la arena de la playa, se hincha enormemente si lo tocan, y los mu-

chachos se divierten en reventarlo á patadas.

El *ojón* (1) es un pez chato y redondo, que tiene ocho ó diez pulgadas de diámetro. La parte inferior de su cuerpo es enteramente plana, pero la superior es convexa, y en el centro, que es donde mas se alza, tiene un ojo solo, tan grande como el de un buey, con sus párpados correspondientes. Después de muerto lo conserva abierto, causando horror al que lo mira (2).

El *iztacmichin*, ó pez blanco, ha sido siempre célebre en México, y no es ménos común hoy día en las mesas de los españoles, que lo era antiguamente en las de los Mexicanos. Los hay de tres ó cuatro especies. El *amitotl*, que es el mayor y el mas apreciado, tiene mas de un pié de largo, y cinco aletas: dos sobre la espalda, dos á los dos lados del vientre, y una debajo del mismo vientre. El *jal-michin*, un poco menor que el precedente, me parece ser de la misma especie. El *xacapitahuac*, que es el mas pequeño de todos, no tiene mas que ocho pulgadas de largo, y una y media de ancho. Todos estos peces son escamosos, sabrosos y muy sanos, y abundan en los lagos de Chalco, Pátzcuaro y Chapala. La otra especie es la del *zalnichin* de Quauhnahuac, el cual no tiene escamas, y está cubierto de una piel tierna y blanca.

(1) Este pez, que suele pescarse en California, no tiene nombre, ó si lo tiene, no ha llegado á mi noticia. Le he dado el nombre de *ojón*, que me parece convenirle.

(2) Campoy creyó que el *ojón* era el *uranoscopus* ó *callionymus* de Plinio; mas este autor no da por nombre alguno de aquel pez. El nombre *uranoscopus*, que ha servido de fundamento á su opinión, conviene igualmente á todos los peces, que por tener los ojos en la parte superior de la cabeza, miran al cielo, como las rayas y otros peces chatos.

El *axolotl*, ó *ajolote* (1), es un lagarto acuático del lago mexicano. Su figura es fea, y su aspecto ridiculo. Tiene por lo común ocho pulgadas de largo; pero hay algunos de doble dimension. La piel es blanda y negra; la cabeza larga, la boca grande, la lengua ancha, pequeña y cartilaginosa, y la cola larga. Va en diminucion desde la mitad del cuerpo hasta la mitad de la cola. Nada con sus cuatro piés, que son semejantes á los de la rana. Lo mas singular de este pez, es tener el útero como el de la muger, y estar sujeto como esta á la evacuacion periódica de sangre, segun consta de muchas observaciones, de que habla el Dr. Hernandez (2). Su carne es buena de comer y sana, y tiene casi el mismo sabor que la de la anguila. Se crée muy provechosa á los éticos. En el mismo lago mexicano hay otras especies de pececillos que no tienen ninguna particularidad digna de notarse.

Por lo que hace á las conchas, las hay de infinitas especies, y entre ellas algunas de incomparable hermosura, particularmente en el mar Pacifico. En todas las costas de aquellos mares se hizo en

(1) Mr. de Bomare no puede dar con el nombre de este pez. Lo llama *azolotl*, *azolotl*, *azolotl* y *azolotl*, y dice que los españoles lo llaman *jugueta del agua*. Lo cierto es que los Mexicanos lo llaman *azolotl*, y los españoles *ajolote*.

(2) Mr. de Bomare no se resuelve á creer lo que aqui se dice del *ajolote*; pero teniendo en favor el testimonio de los que han tenido años enteros este pez á la vista, no debemos atender á la desconfianza de un frances, que aunque docto en la *historia natural*, no ha visto jamas al *ajolote* ni aun sabe su nombre, especialmente cuando la evacuacion periódica no es tan esclusiva de las mugeres, que no se halle en algunas especies de animales. *Les femelles des singes*, dice el mismo escritor, *ont pour la plupart des menstrues comme les femelles*. Véase el artículo *Singes*.

diversas épocas la pesca de perlas. Los Mexicanos las pescaban en la costa de Tototepac, y en la de los Cuicilateques, donde hoy se pesca la tortuga. Entre las estrellas marinas, hay una especie que tiene cinco rayos, y un ojo en cada uno. Entre las esponjas y litofitos hay algunas especies curiosas y peregrinas. El Dr. Hernandez da el dibujo de una esponja que le fué enviada del mar Pacífico, que tenía la figura de una mano humana; pero con diez ó mas dedos de color de barro con puntos negros y listas rojas, y era mas callosa que la esponja ordinaria.

INSECTOS MEXICANOS.

Descendiendo finalmente á los animales mas pequeños, en los que resplandecen mas el poder y la sabiduría del Criador, podemos reducir las innumerables especies de insectos que hay en México, á tres órdenes, á saber: volátiles, terrestres y acuáticos, aunque hay muchos terrestres y acuáticos que despues se convierten en volátiles, y en uno ó en otro estado son dignos de estudiarse.

Entre los volátiles hay escarabajos, abejas, abispos, moscas, moscardones y mariposas. Los escarabajos son de muchas especies, y por la mayor parte inocentes. Los hay verdes, á los que los Mexicanos dan el nombre de *mayatl*, y con los cuales se divierten los muchachos por el gran rumor que hacen al volar. Hay otros negros, fétidos y de forma irregular, llamados *pinaratl*.

El *cucuyo* ó escarabajo luminoso, que es el mas digno de atencion, ha sido mencionado por muchos autores; pero por ninguno que yo sepa, descrito. Es de mas de una pulgada de largo, y tiene dobles alas, como los otros escarabajos volátiles. Tiene en la cabeza un cuernillo móvil de que hace gran uso, porque cuando ha caído de

espaldas y no puede moverse, se vuelve á poner en su actitud natural, por la acción de aquel cuernillo, empujándolo y comprimiéndolo dentro de una membrana, á manera de bolsa, que tiene sobre el vientre. Junto á los ojos tiene dos membranas, y una mayor en el vientre: todas ellas son sutiles, transparentes, y llenas de una materia tan luminosa, que su luz basta para leer cómodamente una carta, y para alumbar el camino á los que viajan de noche; pero nunca despide tanto resplandor como cuando vuela. Cuando duerme, no brilla, porque cubre la luz con otras membranas opacas. Esta materia luminosa es una sustancia blanca, firrosa y viscosa, que conserva algun tanto su esplendor cuando se ha sacado del cuerpo del cucuyo, y con ella suelen escribir algunos, caracteres lucides en los sombreros. Hay gran abundancia de estos animales, fosfóricos en las costas del mar, y por la noche forman en las montañas vecinas magníficos y espléndidos espectáculos. Los muchachos, para cazarlos, no hacen mas que agitar un carbon encendido, y atraídos por su luz, los cucuyos vienen á caer en manos del cazador. No han faltado autores que hayau confundido estos maravillosos insectos con las luciérnagas; pero éstas, que abundan en Europa, y no ménos en México, son mucho mas pequeñas y ménos luminosas que los cucuyos.

Tan grata es la vista del insecto que acabo de describir, como desagradable la del *temolin*. Es este un gran escarabajo de color castaño rojizo, con seis piés peludos y cuatro dedos en cada uno. Hay dos especies de *temolin*; el uno tiene la frente armada de un cuerno ó antena, y el otro de dos.

Hay á lo ménos seis especies distintas de abejas. La primera es de las conu-

nes de Europa, con las que conviene, no solo en el tamaño, en la forma y en el color, sino tambien en la fudole, en los hábitos, y en la calidad de la miel y de la cera que fabrica. La segunda especie se parece en algo á la primera, pero carece de aguijon. A ella pertenecen las abejas de Yucatan y de Chiapa, que hacen la famosa miel de *Estabentun*, la cual es clara, aromática, y de un sabor superior al de todas las clases de miel conocidas. Hácense seis cosechas de esta preciosa produccion: una cada dos meses; pero la mejor es la que se coge por noviembre, porque las abejas la hacen de una flor blanca, semejante al jazmín, muy olorosa, que nace por setiembre y se llama *Estabentun*, de donde proviene el nombre de la miel (1). La tercera especie es de unas abejas semejanles en la forma á las hormigas akidas, mas pequeñas que las abejas comunes, y sin aguijon. Estos insectos, propios de los países calientes y templados, fabrican panales semejantes, en el tamaño y en la forma, á un pan de azúcar, y algunas veces mucho mayores. Los pegan á las rocas y á las ramas de los árboles, especialmente á las de las encinas. La poblacion de estos panales es mucho mas numerosa que la de los panales de las abejas comunes. Las larvas de esta especie son blancas y redondas, á guisa de perlas, y tambien se comen. La miel es blanquiza, pero de un sabor delicado. Las abejas de la cuarta especie son amarillas, mas pequeñas que las comunes y armadas como estas de un aguijon. Su miel es inferior á la de las especies precedentes. Las de la quinta espe-

(1) La miel de *Estabentun* es muy estimada de los franceses é ingleses que van á Yucatan. Me consta que los franceses del Guariaco la suelen comprar, y la envían de regalo á su soberano.

cie son pequeñas é inermes; fabrican panales orbiculares en las cavidades subterráneas, y su miel es féida y amarga. La *halpipioli*, que forma la sexta especie, es negra y amarilla, del tamaño de las comunes, pero sin aguijon.

Las especies de abisps son, á lo ménos, cuatro. La *quetzahmiahualt* es la comun de Europa. La *tellutoca* ó *vagabunda*, se llama así, porque muda frecuentemente de habitacion, y siempre está ocupada en reunir materiales para labrala. Tiene aguijon; pero no hace miel ni cera. El *xicotli* ó *gicote* es una abispa gruesa y negra, excepto en el vientre que es amarillo. Hace una miel bastante dulce en los agujeros que forman en los muros. Está armada de un fuerte punzon, y su herida es muy dolorosa. La *cuicalmiahualt* tiene tambien aguijon, pero no sabemos que haga miel.

La *quanhxicotli* es un tábano muy negro, excepto en la cola que es roja. Su punzon es tan grande y tan fuerte, que no solo atraviesa de una á otra parte una caña de azúcar, sino tambien las raices de los árboles.

Entre las moscas, ademas de las comunes, que ni son tantas ni tan molestas como las de Italia por el verano (1), las hay luminosas como las luciérnagas. El *axayacatl* es una mosca propia de los lagos mexicanos. De los huecos innumerables que estas moscas deponen en los juncos y en los gladiolos ó iris del lago, se for-

(1) La misma observacion, acerca de las moscas, hace Oviedo. "En las islas, dios, y en tierra firme hay muy pocas moscas, y á comparacion de las que hay en Europa, se puede decir que en aqui no hay algunas."—Sumario de la historia natural de las Indias, cap. 81. Es cierto que en México no son tan pocas como dice Oviedo; pero generalmente hablando, no son tantas ni tan molestas como en Europa.

man gruesas costras, que los pescadores venden en el mercado. Esta especie de cabial, llamado *ahuauhtli*, se comia en tiempo de los Mexicanos, y aun en el dia es manjar comun en las mesas de los españoles. Tiene casi el mismo sabor que el cabial de los peces. Pero los mexicanos antiguos, no solo comian los huevos, sino tambien las moscas reducidas á masa, y cocida esta con nitro.

Los mosquitos, tan comunes en Europa, y particularmente en Italia, abundan tambien en las tierras marítimas de México, y en aquellos sitios en que el calor, las aguas muertas y la maleza fomentan su propagacion. Hay infinitos en el lago de Chalco; pero la capital, á pesar de su proximidad al lago, está exenta de esta molestia.

Hay tambien en las tierras calientes unos mosquillos que no hacen ruido al volar; pero cuya picadura ocasiona un escozor vehemente, y si se rascia la parte ofendida, fácilmente se hace una llaga.

En las mismas tierras calientes, especialmente en algunas marítimas, abundan las cucarachas, que son insectos gruesos, alados, y muy perjudiciales, porque infestan toda clase de comestibles, y sobre todo los dulces; pero son útiles en las habitaciones porque destruyen las chinches. Se ha observado que los barcos que en su viaje de Europa á México iban plagados de chinches, volvian exentos de estos fétidos insectos, por haberlos esterminado las cucarachas (1).

Las especies de mariposas son muchas numerosas y variadas en México que

en Europa. No pueden dignamente describirse su variedad y hermosura: ni el pincel mas diestro es capaz de representar la excelencia del dibujo y del colorido que el Autor de la naturaleza empleó en el adorno de sus alas. Muchos autores dignos de crédito las han celebrado en sus escritos, y el Dr. Hernandez ha hecho retratar algunas, para dar á los europeos alguna idea de su belleza.

Pero no son comparables en número las mariposas á las langostas, las cuales á veces caen sobre las tierras marítimas, oscureciendo el aire con las densas nubes que forman, y destruyendo todos cuantos vegetales hay en el campo, como lo vi por los años de 1738 y 39 en la costa de Xicayan. En la península de Yucatan hubo hace poco una gran carestia de resultas de aquella calamidad; pero en ningun otro pais de aquel continente ha sido tan frecuente este terrible azote, como en la desventurada California (1). Entre los insectos terrestres, ademas de los comunes, sobre los cuales no ocurre nada notable que decir, hay muchas especies de gusanos, escolopendras, escorpiones, arañas, hormigas, niguas y la cochinilla.

De los gusanos, unos son útiles y otros perniciosos; unos servian de alimento á los antiguos Mexicanos; otros de medicina, como el *axin* y el *polin*, de los que hablaré en otra ocasion. El *hecocilin*, ó gusano ardiente, tiene la propiedad de las cantáridas. Su cabeza es roja, el cuerpo verde, y lo demas del cuerpo leonado. El *temahuani* es un gusano todo armado de espinas amarillas y venenosas. El *t-*

[1]. Estos insectos son tambien enemigos de los literatos, pues consumen durante la noche la tinta si no se usa la precaucion de tapar el tintero. Los españoles los llaman *cucarachas*, otros *kakerlaques*, otros *dermes-tes*, etc.

(1) En la Historia de California, que saldrá á luz dentro de pocos meses, se cita las prolifas observaciones hechas sobre las langostas por el abate D. Miguel del Barco, el cual permaneció treinta años en aquel pais tan famoso como indigno de la fama que tiene.

miell es semejante al gusano de seda en sus trabajos y metamorfosis. Los gusanos de seda fueron trasportados de Europa, y se multiplicaron considerablemente. Haciause abundantes cosechas de seda, particularmente en la Mixteca (1), donde esta mercancia formaba un ramo importante de comercio; pero habiéndose visto los Mixteques obligados á abandonar lo por razones politicas, se descuidó la cria de gusanos, y hoy apenas hay quien se dedique á ella. Ademas de esta seda comun, hay otra bastante estimada, blanca, suave al tacto, y fuerte. Hállase en los bosques de los países marítimos, sobre las ramas de los árboles, especialmente en los años en que escasean las lluvias; pero de ella solamente se sirven algunos pobres, por la poca industria de aquellos pueblos, ó mas bien por los agravios que tendrían que sufrir si emprendiesen aquel género de comercio. Sabemos ademas por las cartas de Cortés á Carlos V, que en los mercados de México se vendía seda, y hasta ahora se conservan algunas pinturas en papel de seda, hecho por los antiguos Mexicanos.

Las escolopendras se hallan en los países templados, y son mas abundantes en los calientes y húmedos. El Dr. Hernandez dice haber visto algunas tan grandes, que tenían dos pies de largo y dos dedos de grueso; pero sin duda las vió en algun país demasiado húmedo é inculto. Yo me he detenido en muchos lugares de toda clase de clima y no he hallado ninguna de tan excesiva dimension.

Los escorpiones son comunes en todo aquel país; pero en los países frios y tem-

plados hay pocos, y estos no son muy dañosos. En las tierras calientes y demasiado secas, aunque el calor sea moderado abundan mas; y es tal su veneno, que basta á matar á un niño, y á ocasionar terribles dolencias á los adultos. Se ha observado que el veneno de los escorpiones pequeños y amarillos es mas activo que el de los grandes y pardos, y que son mas funestas sus mordeduras en las horas en que tiene el sol mas fuerza.

Entre las muchas especies de arañas, no puedo omitir dos muy singulares, la tarántula y la casampulga (1). Dase impropriamente en aquellos países el nombre de *tarántula* á una araña gruesa, cuyo lomo y piernas están cubiertas de una pelusa negruzca, suave y sutil. Es propia de las tierras calientes, y no solo se halla en el campo, sino tambien en las casas. Pasa generalmente por venenosa, y se cree que el caballo que la pisa, pierde inmediatamente el casco; pero no se cita ningun caso conocido en favor de esta opinion, aunque yo he vivido cinco años en un país calidísimo donde abundan aquellos insectos. La *casampulga* es pequeña; tiene los pies cortos, el vientre rojizo, y el tamaño de un guisante. Es venenosa, y comun en la diócesis de Chiapa y en otras partes. No sé si esta araña es la misma que en otros países se llama *araña capulina*, aunque las señas lo convienen.

Las hormigas mas comunes del territorio de México son de tres especies. La primera es de las negras y pequeñas, comunes á uno y otro continente. Otras son grandes y rojas, armadas de un punzon, con el que hacen dolorosos picaduros.

(2) Hay pueblos en la Mixteca que aun conservan la denominacion que les fué dada entónces con alusion á esta clase de comercio, como *San Francisco de la Seda*, *Tepeza de la Seda*.

[1] Sospecho que el nombre primitivo de esta araña era *casampulga*, corrompido despues por el vulgo, como sucede con otros muchos.

ms: los españoles las llaman *bravis*. Otras, llamadas *arrieras*, son grandes y pardas, y se les ha dado aquel nombre, porque se ocupan continuamente en el transporte de sus provisiones, con mucho más alívio que las hormigas comunes; por lo que son mucho más perniciosas á los campos. En algunos países se han multiplicado excesivamente, por el descuido de los habitantes. En la provincia de Xicayan, se ven en la tierra, por espacio de muchas millas, enormes manchas negras, que no son más que tribus de estos dañinos insectos.

Además de las referidas especies, hay una muy singular en Michuacan y quizás en alguna otra provincia. Es mayor que las otras; tiene el cuerpo cónico y la cabeza negra. En la parte posterior lleva un saco lleno de licor bastante dulce, á que son muy aficionados los muchachos, creyendo que es miel fabricada por estas hormigas; pero yo creo más bien que estos sacos son huevos. Mr. de la Barrere, en la *Historia Natural de la Francia Equinoccial*, hace mención de estas hormigas, halladas en la Cayena; pero estas son aladas y las nhestras sin alas.

La *nigua*, llamada en otros países *pique*, es un pequeñísimo insecto, no muy diferente de la pulga, que se cria en las tierras calientes entre el polvo. Se pega á los piés, y rompiendo insensiblemente la película, hace su nido entre ella y la piel: si no se quita pronto, rompe esta, y pasa á la carne, con increíble prontitud. No se siente por lo común, hasta que al perforar la piel ocasiona una picazon insoportable. Estos insectos, por su portentosa multiplicacion, bastarian á despoblar aquellos países, si no fuera tan fácil evitarlos, y si no fueran tan diestros los habitantes en exterminarlos ántes que se

propaguen. La Providencia, á fin de disminuir este azote, no solo negó alas á este dañoso bicho, sino que lo privó también de aquella conformacion de piernas y de aquellos músculos vigorosos que dió á la pulga para saltar. En los pobres, que por su miseria están obligados á dormir en el suelo, y á desenterrar el asco de sus personas, suelen multiplicarse tanto estos insectos, que les hacen grandes cavidades en las carnes, y les ocasionan llagas peligrosísimas.

Lo que hacen las niguas en las casas, hacen en el campo las garrapatas, de las cuales hay dos especies, ó más bien clases. La primera es la misma conocida en el antiguo continente. Se pega al pellejo de los caballos, de los careros y de los cuadrúpedos, y se introduce en sus orejas. A veces ataca también al hombre. La otra se halla abundantemente en las malezas de las tierras cálidas: de ellas pasa con facilidad á la ropa, y de la ropa al cuerpo de los caminantes, al que se pega con tanta fuerza por la particular configuracion de sus piés, que es muy difícil arrancarla; y si no se logra pronto, forma una llaga semejante á la de la nigua. Al principio no parece más que un puntillo negro; pero con la sangre que chupa se hincha tanto y tan prontamente, que dentro de poco tiempo se pone del tamaño de una haba, y entonces es de color de plomo. Oviedo dice que para arrancar brevemente y sin peligro la garrapata, basta untarse la parte con aceite y rasparla despues con un cuchillo.

La célebre cochinilla de México, tan conocida y apreciada en todo el mundo por la esceleucia del color que suministra, es un insecto propio de aquellos países, y el más útil de cuantos nacen en la tierra de Anáhuac, donde en tiempo de los reyes mexicanos se empleaba el mayor es-

mero en su cría (1). El país donde mas prospera es la Mixteca donde forma el ramo mas considerable del comercio (2). En el siglo XVI se criaba tambien en Tlaxcala y en otras partes, donde daba lugar á un tráfico muy activo; pero los perjuicios que ocasionaba á los indios, que son los que siempre han cuidado de su cría, la tiránica avaricia de algunos gobernadores, los obligaron á dejar una tarea, que es ademas molesta y prolija. La cochinilla en su mayor desarroyo tiene el grueso y la figura de una chinche. La hembra es desproporcionada y lenta. La boca, los ojos, los cuernecillos ó antenas y los piés se ocultan de tal modo en las arrugas del pellejo, que no se pueden distinguir sin la ayuda del microscopio; y por esto se obstinaron algunos europeos

en creer que fuese una semilla, y no ya un verdadero animal, contra el testimonio de los indios que la crían, y de Hernandez que la observó como naturalista. El macho es mas raro, y hay uno por trescientas hembras. Es tambien mas pequeño, y mas delgado que esta; pero mas despierto y activo. En la cabeza tiene dos cuernecillos articulados, y en cada articulación cuatro sedas dispuestas con simetría. Los piés son seis, cada uno compuesto de tres partes. En la parte posterior del cuerpo se alzan dos pelos, de doble ó triple longitud que el cuerpo mismo. Tiene dos grandes alas, de que está privada la hembra. Estas alas están sostenidas por dos músculos; el uno exterior que se estiende por toda la circunferencia del ala, y el otro interior, y paralelo al primero. El color interno es rojo, pero mas oscuro en la hembra; y el externo, rojo blanquecino ó ceniciento. Críase la cochinilla en una especie de nopal ó opuncia, ó higuera de indias, que se eleva á la altura de cerca de ocho piés y cuyo fruto es semejante á los higos de tuna de las otras opuncias, pero no se come. Aliméntase de las hojas de aquella planta, chupando el jugo con una trompa que tiene en el pecho, entre los dos primeros pares de piés. Allí adquiere todo su volumen, y producen una numerosa descendencia. El modo que tiene de multiplicarse estos preciosos insectos, la industria con que los indios los crían, y las precauciones que toman para defenderlos de la lluvia, que los es muy perjudicial, y de los numerosos enemigos que los persiguen, serán esplicados cuando hablemos de la agricultura de los Mexicanos (1).

[1] El cronista Herrera dice en la Decada 4. lib. 8. cap. 8, que aunque los indios poseian la cochinilla no hicieron caso de ella, hasta que los instruyeron los españoles. Pero ¿qué les enseñaron estos? ¿á criar el insecto? ¿como podían enseñar lo que ignoraban, especialmente cuando creían que era un grano lo que es un animal? ¿Les enseñaron quizás su uso para los tintes? ¿Pero si los indios no lo conocian ¿para qué se daban el trabajo de criar la cochinilla? Por qué estaban obligados Huasteca, Coyolapan y otros pueblos á pagar anualmente veinte sacos de cochinilla al rey de México, como consta en la matrícula de los tributos! ¿Cómo puede creerse que ignorasen el uso de la cochinilla aquellas naciones tan aficionadas á la pintura, y que no supiesen emplear su color, sabiendo servirse del añil, del achiate y de muchas piedras y tierras minerales?

[2] La cantidad que viene todos los años de la Mixteca á España, pasa de dos mil y quinientos sacos, como testifican algunos autores. El comercio que de ella hace la ciudad de Oaxaca, importa anualmente doscientos mil pesos. Mr. de Bomare dice que á una cierta especie de cochinilla se da el nombre de *cochinilla mexicana*, porque se cria en Meteque, provincia de Honduras; mas este es un error. Llámase *Mixteca*, porque viene de la provincia de este nombre, la cual dista mas de Honduras, que Roma de Paris.

(1) D. Antonio U'loa dice que el nopal en que se cria la cochinilla, no tiene espinas; mas no es así, pues siempre la ví en árboles espinosos durante mi permanencia de cinco

Entre los insectos acuáticos se halla el *atepitz*, que es un escarabajo, propio de los sitios pantanosos, semejante en el tamaño y en la figura al escarabajo volátil. Tiene cuatro piés, y está cubierto de una costra dura. El *atopimán* es también pantanoso, de un color oscuro, de seis dedos de largo y dos de ancho. El *ahuithuilla* es un gusano del lago mexicano, que tiene cuatro dedos de largo y es del grueso de una pluma de ánade, leonado en la parte superior, y blanco en la inferior. Pica con la cola, que es dura y venenosa. El *ocuilistac* es un gusano negro de las tierras húmedas; pero cuando se tuesta, se pone blanco. Los antiguos Mexicanos comían de todos estos insectos.

Dejando ya estos reptiles; cuyos nombres solos compondrían una larga lista, terminaré esta enumeración con una especie de zoofitos, ó plantas-animales, que ví por los años de 1751 en una casa de campo, distante diez millas, hácia el Sudeste de la Puebla de los Angeles. Eran de tres ó cuatro dedos de largo: tenían cuatro piés sutilísimos, y estaban armados de dos cuernecillos; pero su cuerpo no era otra cosa que los nervios de una hoja, de la misma figura, tamaño y color que las otras de los árboles en que estos insectos se crían. Hace mención de ellos el Dr. Hernandez, con el nombre de *cuahmecal*, y Gemelli describe otra producción de esta especie, que se halla en las cercanías de Manila (1).

años en la Mixteca. Mr. de Raynal cree que el color de la cochinilla se debe á la tuna ó higo de que se alimenta; mas este autor ha estado mal informado. La cochinilla no come el fruto sino la hoja, que es verde; y el nopal de que se trata no da bigos rojos, sino blancos. Es verdad que puede criarse en la de bigos rojos; pero no es esta su planta original.

[1] Sé que los naturalistas modernos no dan comunmente el nombre de zoofito, sino á

De lo poco que hemos dicho acerca de la historia natural de aquellos países, se podrá conocer la diferencia que hay entre las tierras calientes, las frias y las templadas, de que se componen las vastas regiones de Anáhuac. En las calientes es mas pródigo la naturaleza; en las frias y en las templadas mas benigna. En aquellas, los montes son mas fecundos de minerales y de fuentes; las llanuras mas amenas, mas frondosos los bosques. Allí se encuentran las plantas mas útiles á la vida (1); los árboles mas gruesos, las maderas mas preciosas, las flores mas bellas, las frutas mas esquisitas, las resinas mas aromáticas. Allí son mas variadas y mas numerosas las especies de los animales; sus individuos mas hermosos y corpulentos; las aves mas brillantes en su plumaje y mas suaves en su canto; pero todas estas ventajas están contrapesadas por otras tantas inconvenientes, pues en estos países están las fieras mas terribles, los reptiles mas ponzoñosos, los insectos mas perjudiciales. La tierra no sufre los síntomas funestos del invierno, ni el aire las enfadosas vicisitudes de las estaciones. En la tierra domina una perpetua primavera: en la atmósfera un verano continuo, al que se acostumbran fácilmente los habitantes; pero el incansante sudor de sus cuerpos, y

ciertos cuerpos marinos, que teniendo la apariencia de vegetales, son en su naturaleza animales. Sin embargo, yo doy aquel nombre á estos insectos terrestres, porque les conviene, con tanta, y aun con mayor propiedad que á los marinos. Me parece haber espuesto en mi física con la mayor verosimilitud posible, el mecanismo de la naturaleza en la generación de estos insectos.

(1) Es cierto que las tierras calientes no dan trigo, ni algunas frutas de Europa, como manzanas, albréchigos, peras y otras; pero qué es la falta de estos pocos vegetales comparada con la indecible abundancia y variedad de plantas fructíferas y medicinales que se hallan en aquellos países!

la abundancia de frutos gustosos, que en todos tiempos les prodiga aquella tierra deliciosa, los esponen á muchas enfermedades desconocidas en otras regiones. Las tierras frias no son tan fecundas ni tan bellas; pero son mas sanas y sus animales ménos perniciosos al hombre. En los países templados (á lo ménos en muchos de ellos, como en los del valle mexicano), se gozan las ventajas de los países frios, sin sus incomodidades, y las delicias de los calientes sin sus molestias. Las enfermedades mas comunes de las tierras cálidas son las fiebres intermitentes, el espasmo, la tisis, y en el puerto de Veracruz, de pocos años á esta parte, el vómito negro (1). En otras partes, los catarros, las fluxiones, la pleuresía y las fiebres agudas, y en la capital la diarrea. Además de estas enfermedades ordinarias, suelen sentirse extraordinariamente ciertas epidemias, que parecen periódicas, aunque su período no es fijo ni regular, como las que se experimentaron en los años de 1545, 1756, y en otros tiempos en 1736 y 1762. La viruela llevada allí por los conquistadores españoles, no se ve en aquellos países tan frecuentemente como en Europa, sino de cierto en cierto número de años, y entónces ataca á todos los que ántes no la han tenido, haciendo de una vez los mismos estagos, que en Europa hace sucesivamente.

CARACTER DE LOS MEXICANOS Y DE LAS OTRAS NACIONES DE ANAHUAC.

Las naciones que ocuparon la tierra de Anáhuac ántes de los españoles, aunque diferentes en idioma y en algunas costumbres, no lo era en el carácter. Los Mexi-

canos tenían las mismas cualidades físicas y morales, la misma índole y las mismas inclinaciones que los Acolhuís, los Tepanecas, los Tlaxcaltecas y los otros pueblos, sin otra diferencia que la que procede de la educacion; de modo que lo que vamos á decir de los unos, debe igualmente entenderse de los otros. Algunos autores antiguos y modernos han procurado hacer su retrato moral; pero entre todos ellos no he encontrado uno solo que lo haya desempeñado con exactitud y fidelidad. Las pasiones y las preocupaciones de unos, y la ignorancia y la falta de reflexion de otros, les han hecho emplear colores muy diferentes de los naturales. Lo que voy á decir se funda en un estudio serio y prolijo de la historia de aquellas naciones, en un trato íntimo de muchos años con ellas, y en las mas atentas observaciones acerca de su actual condicion, hechas por mí y por otras personas imparciales. No hay motivo alguno que pueda inclinarme en favor ó en contra de aquellas gentes. Ni las relaciones de compatriota me inducirian á bisonjearlos; ni el amor á la nacion á que pertenezco, ni el celo por el honor de sus individuos, son capaces de empeñarme en denigrarlos: así que, diré clara y sinceramente lo bueno y lo malo que en ellos he conocido.

Los Mexicanos tienen una estatura regular, de la que se apartan mas bien por exceso, que por defecto, y sus miembros son de una justa proporcion; buena carnadura, frente estrecha, ojos negros; dientes iguales, firmes, blancos y limpios; cabellos tupidos, negros, gruesos y lisos; barba escasa, y por lo comun poco vello en las piernas, en los muslos y en los brazos. Su piel es de color aceitunada. No se hallará quizás una nacion en la tierra, en que sean mas raros que en la mexicana los individuos disformes.

(1) Ulloa y otros historiadores de América no describen el espasmo ni el vómito negro. Esta enfermedad no era conocida allí ántes de 1725.

Es mas difícil hallar un jorobado, un estropeado, un tuerto entre mil Mexicanos, que entre cien individuos de otra nacion. Lo desagradable de su color, la estrechez de su frente, la escasez de su barba, y lo grueso de sus cabellos, están equilibrados de tal modo con la regularidad y la proporcion de sus miembros, que están en justo medio entre la fealdad y la hermosura. Su aspecto no agrada ni ofende; pero entre las jóvenes mexicanas se hallan algunas blancas, y bastante lindas, dando mayor realce á su belleza la suavidad de su habla y de sus modales, y la natural modestia de sus semblantes.

Sus sentidos son muy vivos, particularmente el de la vista, que conservan inalterable hasta la extrema vejez. Su complexion es sana, y robusta su salud. Están exentos de muchas enfermedades que son frecuentes entre los españoles; pero son las principales víctimas en las enfermedades epidémicas á que de cuando en cuando está sujeto aquel pais. En ellos empiezan y en ellos terminan. Jamas se exhala de la boca de un Mexicano aquella fetidez que suele ocasionar la corrupcion de los humores, ó la indigestion de los alimentos. Son de temperamento flemático; pero poco espuestos á las evacuaciones pituitosas de la cabeza, y así es que raras veces escupen. Eucanecen y se ponen calvos mas tarde que los españoles, y no son tueros entre ellos los que llegan á la edad de cien años. Los otros mueren casi siempre de enfermedades agudas.

Actualmente y siempre han sido sobrios en el comer; pero es veheméntísima su afición á los licores fuertes. En otros tiempos la severidad de las leyes les impedía abandonarse á esta propension; hoy la abundancia de licores, y la impunidad de la embriaguez trastornan el sentido á la mitad de la nacion. Esta es una de

las causas principales de los estragos que hacen en ellos las enfermedades epidémicas, ademas de la miseria, en que viven mas espuestos á las impresiones maldicas, y con ménos recursos para corregirlas.

Sus almas son radicalmente y en todo semejantes á los de los otros hijos de Adán, y dotados de las mismas facultades; y nunca los europeos emplearon mas desaceradamente su razon, que cuando dudaron de la racionalidad de los americanos. El estado de cultura en que los españoles hallaron á los Mexicanos, excede en grau manera al de los mismos españoles, cuando fueron conocidos por los griegos, los romanos, los galos, los germanos y los bretones (1). Esta comparacion bastaria á destruir semejante idea, si no se hubiese empezado en sostener la inhumana codicia de algunos malvados (2). Su ingenio es capaz de todas las ciencias, como la esperiencia lo ha demostrado (3). Entre los pocos Mexicanos

[1] D. Bernardo Aldrete en su libro sobre *El Origen de la Lengua Española* quiere hacernos creer que los españoles eran mas cultos en la época de la llegada de los fenicios, que los Mexicanos en tiempo de la conquista; pero esta paradoja ha sido suficientemente rebatida por los doctísimos autores de la *Historia Literaria de España*. Es cierto que los españoles de aquellos remotos siglos no eran tan bárbaros como los Chichimecas, los Californios y otros pueblos salvajes de América; pero tampoco tenían su gobierno tan bien arreglado, ni tan perfeccionadas sus artes, ni habian hecho, que sepamos, tantos progresos en el conocimiento de la naturaleza, como los Mexicanos al principio del siglo XVI.

[2] Léanse las amargas quejas hechas sobre este asunto por el obispo Garcés en su carta al papa Paulo III, y por el obispo Las Casas en sus memoriales á los reyes católicos Carlos V y Felipe II, y sobre todo las leyes humanísimas expedidas por aquellos piadosos monarcas en favor de los indios.

[3] Citaré en las Disertaciones las opiniones de D. Julian Garcés, primer obispo de Tlaxcala, de D. Juan Zamarraga, primer

que se han dedicado al estudio de las letras, por estar el resto de la nacion empleado en los trabajos públicos y privados, se han visto buenos geómetras, excelentes arquitectos, y doctos teólogos.

Hay muchos que conceden á los Mexicanos una gran habilidad para la imitacion; pero les niegan la facultad de inventar; error vulgar que se halla desmentido en la historia antigua de aquella nacion.

Son, como todos los hombres, susceptibles de pasiones; pero estas no obran en ellos con el mismo ímpetu, ni con el mismo furor que en otros pueblos. No se ven comunmente en los Mexicanos aquellos arrebatos de cólera, ni aquel frenesí de amor, tan comunes en otros países.

Son lentos en sus operaciones, y tienen una paciencia increíble en aquellos trabajos que exigen tiempo y prolijidad. Sufren con resignacion los males y las injurias, y son muy agradecidos á los beneficios que reciben, con tal que no tengan nada que temer de la mano bienhechora; pero algunos españoles, incapaces de distinguir la tolerancia de la indolencia, y la desconfianza de la ingratitud, dicen á modo de proverbio, que los indios no sienten las injurias, ni agradecen los beneficios (1). La desconfianza habitual en que vi-

obispo de México, y de D. Bartolomé de Las Casas, primer obispo de Chiapa, sobre la capacidad, el ingenio y las otras buenas prendas de los Mexicanos. El testimonio de estos prelados, tan respetables por sus virtudes, su doctrina, y su conocimiento práctico de los indios, vale algo mas que el de cualquier historiador.

(1) La experiencia me ha hecho conocer cuán reconocidos son los Mexicanos á los beneficios que se les hacen, con tal que estén seguros de la benevolencia y de la sinceridad del bienhechor. Su agradecimiento se ha manifestado muchas veces de un modo público y estrepitoso, que hace ver la falsedad de aquel proverbio.

ven con respecto á todos los que no son de su nacion, los induce muchas veces á la mentira y á la perdida; por lo cual la buena fe no ha tenido entre ellos toda la estimacion que merece.

Son tambien naturalmente serios, taciturnos y severos; mas inclinados á castigar los delitos, que á recompensar las buenas acciones.

La generosidad y el desprendimiento de toda mira personal, son atributos principales de su carácter. El oro no tiene para ellos el atractivo que para otras naciones (1). Dan sin repugnancia lo que adquieren con grandes fatigas. Esta indiferencia por los intereses pecuniarios, y el poco afecto con que miran á los que los gobiernan, los hace rehusarse á los trabajos á que los obligan (2), y hé aquí la exagerada pereza de los americanos. Sin embargo, no hay en aquel país gente que se afane mas, ni cuyas fatigas sean mas útiles y mas necesarias [3].

El respeto de los hijos á los padres, y el de los jóvenes á los ancianos, son imitados en aquella nacion. Los padres aman mucho á sus hijos; pero el amor de los maridos á las mugeres es menor que el de estas á aquellos. Es comun, si no ya general en los hombres, ser ménos aficionados á sus mugeres propias que á las agenas.

El valor y la cobardía, en diversos sentidos, ocupan sucesivamente sus ánimos,

[1] No hablamos de aquellos Mexicanos que por su continuo comercio con los avaros, se han infestado con el vicio de la avaricia; pero aun estos no lo son tanto como los que los inficionaron.

(2) Lo que decimos acerca de la pereza, no comprende á las naciones salvajes que habitan otros países del Nuevo-Mundo.

(3) En las Disertaciones hablaré de las faenas en que se emplean los Mexicanos. El obispo Palafox decia que cuando lleguen á faltar indios, no habrá América para los españoles.

de tal manera, que es difícil decidir cuál de estas dos cualidades es la que en ellos predomina. Se avanza intrépidamente á los peligros que proceden de causas naturales; mas basta para intimidarlos la mirada severa de un español. Esa estúpida indiferencia á la muerte y á la eternidad que algunos autores atribuyen generalmente á los americanos, conviene tan solo á los que por su rudeza y falta de instrucción, no tienen aun idea del juicio divino.

Su particular apego á las prácticas esternas de la religion, degenera fácilmente en superstición, como sucede á todos los hombres ignorantes, en cualquier parte del mundo que hayan nacido; mas su pretendida propension á la idolatría, es una quimera formada en la desarreglada fantasía de algunos necios. El ejemplo de algunos habitantes de los montes no basta para infamar á una nacion entera (1).

(1) Los pocos ejemplos de idolatría que pueden presentarse, son en cierto modo excusables; pues no hay que extrañar que unos hombres toscos y destituidos de instrucción, confundan la idolatría de algunos simulacros groseros de piedra y madera, con el culto que se debe á las imágenes sagradas. Pero ¡cuántas veces no se habrá dado, por efecto de una prevención contraria á aquellas gentes, el nombre de ídolo, á la imagen mal ejecutada de algun santo! En el año de 1764 observé cier-

Finalmente, en el carácter de los Mexicanos, como en el de cualquier otra nacion, hay elementos buenos y malos; mas estos podrian fácilmente corregirse con la educacion, como lo ha hecho ver la experiencia (1). Difícil es hallar una juventud mas dócil á la instrucción que la de aquellos países; ni se ha visto mayor sumision que la de sus antepasados á la luz del Evangelio.

Por lo demas, no puede negarse que los Mexicanos modernos se diferencian bajo muchos aspectos de los antiguos; como es indudable que los griegos modernos no se parecen á los que florecieron en tiempo de Platon y de Pericles. En los ánimos de los antiguos indios habia mas fuego, y hacian mas impresion las ideas de honor. Eran mas intrépidos, mas ágiles, mas industriosos y mas activos que los modernos; pero mucho mas supersticiosos y excesivamente crueles.

las imágenes que se creían ídolos, y eran, en mi sentir, figuras que representaban el nacimiento de Nuestro Señor.

(1) Para conocer cuánto pueda la educacion en los Mexicanos, basta saber la admirable vida que llevan las Mexicanas del colegio de Guadalupe en la capital, en los conventos de capuchinas de aquella ciudad y de Valladolid de Michuacan.



LIBRO SEGUNDO.

De los Toltecos, de los Chichimecas, de los Acolhuís, de los Olmecas, y de las otras naciones que habitaron la tierra del Anáhuac antes de los Mexicanos. Salida de los Aztecas, ó Mexicanos, del país de Aztlan su patria; sucesos de su peregrinación hasta el país de Anáhuac, y su establecimiento en Chapultepec y Colhuacan. Fundación de México y de Tlatelulco. Sacrificio inhumano de una doncella Colhua.

LOS TOLTECAS.

La historia de los primeros pobladores de Anáhuac es tan oscura, y son tantas las fábulas que la envuelven (como sucede á la de todos los pueblos del mundo), que no solo es difícil, sino casi imposible llegar al descubrimiento de la verdad, en medio de tanto cúmulo de errores. Por el testimonio venerable de los libros santos, y por la tradición universal é inalterable de aquellas gentes, consta que los primeros habitantes de Anáhuac descendieron de los pocos hombres que la Divina Providencia preservó de las aguas del diluvio para conservar la especie humana sobre la tierra. Ni tampoco puede dudarse que las naciones que antiguamente poblaron aquellos países, vinieron de los septentrionales de América, donde muchos siglos ántes se habían establecido sus abuelos. En estos dos puntos están de acuer-

do los historiadores Toltecas, Chichimecas, Acolhuís, Mexicanos y Tlaxcaltecas; pero no se sabe quienes fueron los primeros habitantes, ni el tiempo de su tránsito, ni las circunstancias de su viaje y de sus primeros establecimientos. Algunos escritores que han querido penetrar en este caos, guiados por débiles conjeturas, vanas combinaciones, y pinturas sospechosas, se han perdido en las tinieblas de la antigüedad; adoptando circamente las narraciones mas pueriles y mas absurdas.

Algunos, apoyados en la tradición de los pueblos americanos, y en el descubrimiento de cráneos, huesos, y esqueletos enteros de desmesurado tamaño, desenterrados en diversos tiempos y lugares en el territorio de México (1), creyeron que los

(1) Los puntos en que se han hallado esqueletos gigantescos son; Atlancatepec, pue-

primeros habitantes de aquella tierra fueron gigantes. Yo no dudo de su existencia, ni en aquel ni en otros países del mundo (1); ni podemos adivinar el tiempo en que vivieron, aunque hay motivos para creerlo muy remoto, ni podemos creer que haya habido una nación entera de gigantes, como se han imaginado los citados autores, sino algunos individuos extraordinariamente altos de las naciones conocidas, ó de otras mas antiguas que han desaparecido enteramente (2).

Mo de la provincia de Tlaxcala; Tezenco, Toluca, Quauhxicmalpan, y en nuestros tiempos en la California; en una colina poco distante de Kada-Kaaman.

(1) Sé que muchos filósofos de Europa, que se burlan de la existencia de los gigantes, se burlarán también de mí, ó á lo ménos compadecerán mi credulidad; mas yo no debo faltar á la verdad, por evitar la censura. Entre los pueblos incultos de América se conserva la tradición de haber existido en aquellos países ciertos hombres de desmesurada altura y corpulencia, y no me acuerdo que en ninguna nación americana haya memoria de elefantes, hipopótamos, ó de otros cuadrúpedos de las mismas dimensiones. El haberse encontrado cráneos humanos y esqueletos de extraordinario tamaño, consta por la deposición de innumerables autores, y especialmente por el testimonio de dos testigos oculares que están al abrigo de toda sospecha, enales son el Dr. Hernandez y el P. Acosta, que no carecían de doctrina, ni de crítica, ni de sinceridad; pero no sé que en las innumerables excavaciones hechas en México, se haya visto jamás un esqueleto de hipopótamo, ni aun un colmillo de elefante. Quizás se dirá que pertenecen á estos animales los huesos de que hemos hecho mención; pero ¿cómo podrá ser así, cuando la mayor parte de ellos se han encontrado en sepulcros?

(2) Algunos historiadores de México dicen que los gigantes fueron muertos á traición por los Tlaxcaltecos; pero esta noticia, además de fundarse tan solo en algunas poesías de estos pueblos, no está de acuerdo con la cronología de los mismos escritores, los cuales hacen á los gigantes demasiado antiguos, y á los Tlaxcaltecos demasiado modernos en el país de Anáhuac.

La nación de los Toltecas es la primera de que se conservan noticias, aunque muy escasas. Desterrados estos, según decían ellos mismos, de su patria Hueltlucapallan, pueblo, en cuanto puede conjeturarse, del reino de Tollan (1), de donde tomaron su nombre, situado al Nordeste del Nuevo-México, empezaron su peregrinación el año primero Teccatl, es decir, el de 596 de la era vulgar. Detuviéronse sucesivamente en muchos puntos de su tránsito el tiempo que les dictaba su capricho, ó el que permitían las provisiones que encontraban. Donde quiera que juzgaban oportuno hacer una larga mansion fabricaban casas, y cultivaban la tierra sembrando maiz, algodón y otras plantas, cuyos semillas llevaban consigo para no carecer nunca de lo necesario. De este modo anduvieron vagando, y dirigiéndose siempre hácia Mediodía por espacio de ciento y cuatro años, hasta que llegaron á un punto, al que dieron el nombre de Tollantzinco, distante cincuenta millas del sitio en que algunos siglos despues fué fundada la famosa ciudad de México. Marcharon durante toda su expedición bajo las órdenes de ciertos capitanes ó señores, que eran siete en la época de su llegada á Tollantzinco (2). No quisieron establecerse en este país, á pesar de ser suave su clima, y fértil su terreno; sino que pasados apenas veinte años, se retiraron, cuarenta millas hácia Poniente, donde en las orillas de un río fundaron la ciudad de Tollan, ó Tula, del nombre de su patria. Esta ciudad, la mas antigua, según parece, de la tierra de

(1) *Toltecatl*, en mexicano quiero decir, natural de Tollan, como *Tlaxcaltecatl*, natural de Tlaxcala, *Chalaltecatl*, de Chalula, &c.

(2) Los siete gefes Toltecas se llamaban Zacatl, Chalactzin, Cohuatzon, Tzihuacatl, Metzotzin y Tlapalmetzotzin.

Anáhuac, y una de las mas celebradas en la historia de México, fué la metrópoli de la nacion Tolteca, y la corte de sus reyes. Principió su monarquía en el año octavo Acatl, es decir, el 667 de la era vulgar cristiana, y duró 384 años. Hó aquí la serie de sus reyes, con la expresion del año vulgar en que empezaron á reinar (1).

| | | |
|------------------------|----|------|
| Chalchiutlanetzin..... | en | 667 |
| Ixtlilcochlahuac..... | en | 719 |
| Huetzin..... | en | 771 |
| Totepuh..... | en | 823 |
| Nauyac..... | en | 875 |
| Mitl..... | en | 927 |
| Xiutaltzin, reina..... | en | 979 |
| Topiltzin..... | en | 1031 |

No es de estrañar que solo reinasen ocho monarcas en poco ménos de cuatro siglos; pues una ley estravagante de aquella nacion mandaba que ninguno de sus reyes reinase ni mas ni ménos que un siglo tolteca, el cual, como despues veremos, constaba de cincuenta y dos años. Si el rey cumplia el siglo en el trono, dejaba inmediatamente el gobierno, y entraba otro á reinar; si moria antes de aquel término, la nobleza tomaba el mando, y gobernaba hasta cumplirlo en nombre del rey muerto. Así sucedió en tiempo de la reina Xiutaltzin, la cual murió en el año quinto de su reinado, y los nobles gobernaron los cuarenta y ocho años restantes.

CIVILIZACION DE LOS TOLTECAS.

Los Toltecas fueron celebradísimos entre todas las naciones de Anáhuac, por su cultura y por su excelencia en las artes; tanto, que en los siglos posteriores, se da-

(1) Hemos indicado los años en que empezaron á reinar los monarcas Toltecas, supuesta la época de su salida de Huehuélapallan. La cifra no es cierta, sino, cuando mas, verosímil.

ba el título de Tolteca, en señal de honor, á los artistas de sobresaliente mérito. Vieron siempre en sociedad, congregados en ciudades bien gobernadas, bajo el dominio de los soberanos y el saludable yugo de las leyes. Eran poco inclinados á la guerra, y mas propensos al cultivo de las artes que al ejercicio de las armas. Las naciones posteriores deben á su industria rural el maiz, el algodón, el pimiento, y otros frutos utilísimos. No solo se empleaban en las artes de primera necesidad, sino tambien en las de lujo. Sabian fundir el oro y la plata, y por medio de moldes daban á estos metales toda especie de formas. Trabajaban diestramente las piedras preciosas, y esta fué la clase de industria que les dió mas celebridad. Pero nada los hace mas acreedores al aprecio de la posteridad, que el haber sido los inventores, ó á lo menos los reformadores del arreglo del tiempo, adoptado despues por todas las naciones de Anáhuac; lo que supone, como despues veremos, muchas observaciones y conocimientos exactos en astronomía.

El caballero Boturini (1) apoyado en las historias antiguas de los Toltecas, dice: que observando estos en su antigua patria Huehuélapallan, la diferencia de cerca de seis horas entre el año solar y el civil que tenian en uso, los pusieron de acuerdo por medio de un día intercalar que introducian de cuatro en cuatro años; cuya innovacion se verificó ciento y mas años ántes que la era cristiana (2). Dice

[1] En su obra impresa en Madrid en 1746 con el título de: *Idea de una Historia de la Nueva España, fundada en una gran coleccion de figuras, símbolos, caracteres, zroglíficos, cánticos y manuscritos de autores indios, sucesivamente descubiertos.*

[2] Todos los que han estudiado en sus fuentes la historia de las naciones de Anáhuac, saben que aquellas gentes acostumbraban

ademas, que en el año 660, reinando Ixtlilincuehualuc en Tula, un célebre trónomo llamado Huematzin, convocó, con el beneplácito del rey, á todos los sabios de la nacion, y con su auxilio trazó aquel famoso libro, que llamaron *Teoacuehli*, esto es, libro divino; en el cual se espone, por medio de diferentes figuras, el origen de los indios, su dispersion despues de la confusion de las lenguas en Babel, sus peregrinaciones en el Asia, sus primeros establecimientos en el continente de América, la fundacion del imperio de Tula y sus progresos hasta aquella época. Describíanse en el mismo libro los cielos, los planetas, las constelaciones; el calendario de los Toltecas, con sus cielos; las transformaciones mitológicas, en que se comprendia la filosofía moral de aquellos pueblos y los arcanos de la sabiduría vulgar, bajo los emblemas ó geroglíficos de los dioses, con todo lo relativo á la religion y á las costumbres. Añade el mismo Boturini, que en las pinturas de los Toltecas se notaba el eclipse solar ocurrido en la muerte de nuestro Redentor, el año sétimo Tochtli, y que algunos españoles doctos, versados en la historia y en las pinturas de los Toltecas, confrontaron su cronología con la nuestra y hallaron que aquella nacion contaba desde la erencion del mundo hasta el tiempo del nacimiento de Jesu-Cristo, 5199 años; lo que está de acuerdo con la cronología del calendario romano.

han notar en sus pinturas los eclipses, los cometas, y otros fenómenos celestes. Despues de leer lo que dice Boturini, me he tomado el trabajo de comparar los años toltecas con los nuestros, y he visto que el año 34 de Jesu-Cristo, ó sea 30 de la era vulgar, corresponde con el sétimo Tochtli. Hice esto por mera curiosidad, y no con el objeto de confirmar, ni para buscar razones de creer las anécdotas de aquel autor.

Sea lo que fuere de estas curiosas anécdotas, que dejó al juicio de lectores sensatos, es cierto é indudable para todos aquellos que han estudiado la historia de las naciones en que nos ocupamos, que los Toltecas tenían ideas claras y distintas del diluvio universal, de la confusion de las lenguas y de la dispersion de las gentes; y aun nombraban sus primeros progenitores que se separaron de las otras familias en aquella division universal. Tambien es cierto, como lo haremos ver despues, por mas increíble que parezca á ciertos críticos de Europa, acostumbrados á medir á todos los americanos con la misma medida; que los Mexicanos y todas las otras naciones cultas de Anáhuac, tenían su año civil, tan de acuerdo con el solar por medio de los dias intercalares, como lo tuvieron los romanos despues del arreglo de Julio César, debiéndose esta exactitud á la ilustracion de los Toltecas. Por lo que hace á la religion, eran idólatras, y segun lo demuestra la historia, fueron los inventores de la mayor parte de la mitología mexicana; pero no sabemos que practicasen aquellos sacrificios bárbaros y sangrientos, que despues se hicieron tan frecuentes entre las naciones. Los historiadores texcucanos creyeron á los Toltecas inventores de aquel famoso idolo que representaba al dios de las aguas, y estaba colocado en el monte Tlaloc. Es indudable que fabricaron en honor de su dios preferido Quetzalcoatl la altísima pirámide de Cholula, y probablemente tambien la de Teotihuacan en honor del sol y de la luna; monumentos que, aunque desfigurados, subsisten todavía (1). Boturini creyó que los Toltecas

[1] Betancourt atribuye á los Mexicanos la construccion de las pirámides de Teotihuacan; pero esto es contrario á la opinion de todos los autores, tanto españoles como améri-

erigieron la pirámide de Cholula en imitación de la torre de Babel; pero la pintura en que se apoya su error (muy común en el vulgo de México) es obra de un Cholulteca moderno é ignorante, y no es mas que un conjunto de despropósitos (1).

canos. El Dr. Sigüenza las creó obras de los Olmecas; pero careciendo de modelos de la arquitectura de esta nación, y siendo aquellas pirámides hechas por el gusto de los de Cholula, nos inclinamos á pensar que los Toltecas fueron los arquitectos de unas y otras, como dicen Torquemada y otros escritores.

(1) La pintura citada por Boturini, representaba la pirámide de Cholula con esta inscripción mexicana: *Toltecatl Chalchikwatt omazta Ehecatetepell*, que aquel autor traduce así: *Monumento ó piedra preciosa de la nación Toltéca, que con su cruz recorre la región del aire*; pero pasando por encima de la incorrección de la dición, y el barbarismo *Chalchikwatt*, todo el que tenga algun conocimiento de la lengua mexicana, verá cuán imaginaria es aquella interpretación. Al pie de la pintura, dice el mismo Boturini, puso el autor una nota, en que hablando á sus compatriotas, los amonestaba de este modo: "No- biles señores, ved aquí vuestras escrituras, el espejo de vuestra antigüedad y la historia de vuestros abuelos; los cuales, impulsados por el temor del diluvio, fabricaron este asilo, como un refugio oportuno, en caso de verse otra vez afligidos por tamaña calamidad." Pero la verdad es que los Toltecas hubieran estado fuera de su juicio, si por el temor del diluvio hubieran emprendido, con tantos gastos y fatigas, la obra de aquella portentosa pirámide, cuando tenían en las altísimas montañas, poco distantes de Cholula, un asilo mucho mas seguro contra las inundaciones, y menor riesgo de morirse de hambre. En la misma pintura se representaba, dice Boturini, el bautismo de Hlamateuctli, reina de Cholula, conferido por el diácono Aguilar, el día 6 de agosto de 1521, juntamente con la aparición de la Virgen á un religioso franciscano que se hallaba en Roma, mandándole que partiese para México, donde en un monte hecho á mano (esto es la pirámide de Cholula) debería colocar aquella santa imagen. Todo esto no es mas que un tejido de sueños y mentiras; porque ni en Cholula hubo jamas reyes, ni aquel bautismo, de que ningún escritor habla, pudo celebrarse el 6 de agosto de 1521, época en que Aguilar se hallaba con los otros espa-

DESTRUCCION DE LOS TOLTECAS.

En los cuatro siglos que duró la monarquía de los Toltecas, se multiplicó considerablemente aquella nación, estendiéndose por todas partes la poblacion en muchas y grandes ciudades; pero las estupezas calamidades que les sobrevinieron en los primeros años del reino de Topiltzin, debilitaron su poder, y disminuyeron su ventura. El cielo les negó, durante mucho tiempo, la lluvia necesaria á sus campos, y la tierra les escaseó los frutos con que se sustentaban. El aire, inficionado por exhalaciones mortíferas, destruyó millares de personas, llenando de consternacion los ánimos de los que sobrevivian al esterminio de sus compatriotas. Así murió de hambre y de contagio una parte de la nación. Tambien murió Topiltzin en el año segundo Teepal, vigésimo de su reinado, que probablemente sería el de 1052 de la era vulgar, y con él acabó la monarquía de los Toltecas. Los miseros restos de la nación, pensando sustraerse á la comun calamidad, buscaron oportuno remedio á sus males en otros países. Algunos se dirijieron hácia Onohualco, ó Yucatan; otros hácia Guatemala, quedándose algunas familias en el reino de Tula, esparcidas en el gran valle donde despues se fundó México, y en Cholula, Tlaximoloyan y otros puntos. De este número fueron los dos príncipes hijos del rey Topiltzin, cuyos

Boles en lo mas fuerte del asedio de la capital, que siete dias despues debía rendirse á las armas de los vencedores. De la pretendida aparición de la Madre de Dios no hallo la menor traza en los escritores franciscanos, en cuyas crónicas no se omite ningún suceso de esta clase. Hemos demostrado la falsedad de esta relacion, para que sean mas cautos en dar crédito á pinturas modernas, los que de ahora en adelante escriban la historia de México.

descendientes se emparentaron, en las épocas posteriores, con las familias reales de México, de Texcoco y de Colhuacan.

Estas escasas noticias acerca de los Toltecas son las únicas que parecen dignas de crédito, dejando muchas narraciones fabulosas, de que se han servido algunos escritores (1). Quisiera haber visto el *Libro divino* citado por Boturini, y por D. Fernando de Alba Ixtlilxochitl en sus preciosos manuscritos, para dar mayor ilustración á la historia de aquel celebre pueblo.

LOS CHICHIMECAS.

Con la destrucción de los Toltecas quedó solitaria y casi enteramente despoblada la tierra de Anáhuac, por espacio de mas de un siglo, hasta la llegada de los Chichimecas (2). Eran estos, como los Toltecas que les precedieron, y las otras naciones que les vivieron en pos, originarios de los países setentrionales; pudiéndose con razon llamar el Norte de América, como el de Europa, la almárga del género humano. De uno y otro salieron, á guisa de enjambres, naciones numerosísimas á poblar las regiones del Mediodía. El país nativo de los Chichimecas, cuya situación ignoramos, se llamaba *Amaque-*

(1) Dice Torquemada que en un baile dado por los Toltecas, se les apareció el diablo en figura de gigante, y abrazándolos con sus desmesurados brazos, los iba ahogando en medio de la fiesta: que despues se dejó ver bajo el aspecto de un muchacho, con la cabeza podrida, y les comunicó la peste; y que, finalmente, á persuasión del mismo diablo abandonaron el país de Tula. Aquel buen hombre tomó al pié de la letra ciertas pinturas simbólicas, en que ellos representaban con aquellas figuras, la peste y el hambre que les sobrevinieron cuando se hallaban en el colmo de su felicidad.

(2) En mi *Disertacion II* contradigo á Torquemada, el qual no cuenta mas que once años entre la ruina de los Toltecas y la llegada de los Chichimecas.

mecan, donde, segun decian, los matancas de su nacion habian dominado mucho tiempo (1).

Era singular, como parece por su historia, el carácter de los Chichimecas; porque á cierta especie de civilizacion, unian muchos rasgos de barbarie. Vivian bajo la autoridad de un soberano, y de los gefes y gobernadores que lo representaban: su sumision no cedía á la de las naciones mas cultas. Habia distincion de plebeyos y nobles: los primeros estaban acostumbrados á reverenciar á los que eran superiores á su condicion por el nacimiento, por el mérito ó por la voluntad del príncipe. Vivian congregados en lugares compuestos, como debe creerse, de infensas cabanas (2); pero no se empleaban en la agricultura, ni en las artes compañeras de la vida civil. Se alimentaban de la caza, de las frutas y de las raices que les daba la tierra inculta. Su ropa se componia de las toscas pieles de las fieras que cazaban, y no conocian otras armas que el

[1] Nombra Torquemada tres reyes Chichimecas de Amaquemecan, y dá al primero 180 años de reinado, al segundo 156, y al tercero 133. Véase lo que digo en mi segunda *Disertacion sobre la designada cronología* de aquel autor. El mismo afirma positivamente que Amaquemecan distaba seis-cientas millas del sitio en que hoy se halla Guadaluajara; pero en mas de mil y doscientas millas de país poblado que hay mas allá de aquella ciudad, no se encuentra vestigio ni memoria del reino de Amaquemecan; por lo que creemos que este país, aun no conocido, es mucho mas setentrional que lo que se imagina Torquemada.

(2) Torquemada dice que los Chichimecas no tenian casas, sino que habitaban en las cavernas de los montes; pero en el mismo capítulo afirma que *la ciudad, capital de su reino, se llamaba Amaquemecan*: grosera y manifiesta contradiccion, á menos que Amaquemecan fuese una ciudad sin casas, ó que haya ciudades compuestas de cavernas. Este defecto es muy comun en aquel autor, apreciable bajo otros aspectos.

arce y la flecha. Su religion se reducía al simple culto del sol, al que ofrecían la yerba y las flores del campo. En cuanto á sus costumbres, eran ciertamente ménos ásperos y rudos, que lo que permite la índole de un pueblo cazador.

XOLOTL, PRIMER REY DE LOS CHICHIMECAS
EN ANAHUAC.

El motivo que tuvieron para dejar su patria, es incierto, como también lo es la etimología del nombre Chichimecañl (1). El último rey que tuvieron en Amaquemecan, dejó dividido el gobierno entre sus dos hijos Acheauhtli y Xolotl. Este, ó disgustado, como suele suceder al ver dividida su autoridad, quiso probar si la fortuna le deparaba otros países en que pudiera reinar sin rivalidad, ó viendo que los montes de su reino no bastaban al alimento de los habitantes, cuyo número aumentaba, intentó remediar la necesidad mudando de residencia. Tomada aquella resolución por uno ó por otro motivo, y hecho por los exploradores el reconocimiento de una gran parte de las tierras meridionales, salió de su patria con un gran ejército de sus súbditos, que ó por afecto ó por interés quisieron seguirlo. En su viaje iban encontrando las ruinas de las poblaciones Toltecas, y especialmente las de la gran ciudad de Tula, á la que llegaron despues de diez y ocho meses de marcha. Dirigiéronse en seguida hácia Cempoalla y Tepepolco, á distancia de cua-

(1) Torquemada dice que este nombre se deriva de *Techichimani*, que quiere decir *chupador*, porque chupaban la sangre de los animales que cogían. Pero esta etimología es violenta, mayormente entre aquellos pueblos que no alteraban tanto los nombres. Betancourt cree que se deriva de *Chichime*, que significa *perro*, nombre que les daban por burla otros pueblos; pero si así fuera, ellos no se gloriarían, como se gloriarían en efecto con el nombre de *Chichimecañl*.

renta millas del sitio de México. De allí mandó Xolotl á su hijo el príncipe Nopaltzin á observar el país. El príncipe recorrió las orillas de los dos lagos y las montañas que circundan el delicioso valle de México, y habiendo observado el resto del país desde una elevacion, tiró cuatro flechas á los cuatro puntos cardinales, en señal de la posesion que en nombre del rey su padre tomaba de toda aquella tierra. Informado Xolotl de las circunstancias del territorio, tomó la resolución de establecerse en Tenayuca, á seis millas de México, hácia el Norte, y distribuyó toda su gente en las tierras comarcanas; pero por haberse agolpado la mayor parte de la poblacion hácia el Norte y hácia el Nordeste, aquellas tierras tomaron el nombre de *Chichimecañl*, es decir, tierra de los Chichimecas. Los historiadores dicen que en Tenayuca se hizo la revista de la gente, y que por eso se le dió el nombre de *Nepohualco*, que significa numeracion; pero es increíble lo que dice Torquemada, á saber: que de la revista resultó mas de un millon de Chichimecas, y que hasta su tiempo se conservaron doce montones de piedras de las que ellos iban echando al pasar la reseña. No es verosímil que tan numeroso ejército se pudiese en camino para una jornada tan larga, ni parece posible que un distrito tan pequeño bastase á un millon de cazadores (1).

Establecido el rey en Tenayuca, que desde entónces destinó para corte de sus estados, y dadas las órdenes oportunas para la fundacion de las otras ciudades y villas, mandó á uno de sus capitanes, llamado Achitomatl, que fuese á reconocer el origen de ciertos rios, que él habia observado durante la expedicion. Achito-

(1) Torquemada dice que el país ocupado entónces por los Chichimecas tenía veinte leguas, ó sesenta millas de largo.

matl encontró en Chapultepec, en Coyahuacan y en otros puntos, algunas familias Toltecas, de las cuales supo la causa y la época de la destrucción de aquel pueblo. No solo se abstuvieron los Chichimecas de inquietar aquellos míseros restos de tan célebre nación, sino que contrajeron alianza con ellos, casándose muchos nobles con mugeres Toltecas, y entre ellos el mismo príncipe Nopaltzin se casó con Azcaxochitl, doncella, descendiente de Pochotl, uno de los dos príncipes de la casa real de los Toltecas, que sobrevivieron á la ruina de su nación. Esta conducta humana y benévola produjo grandes bienes á los Chichimecas; pues con el trato de la laboriosa nación que los habia precedido, empezaron á aficionarse al maiz y á otros frutos de su industria: aprendieron la agricultura, el modo de extraer los metales, el arte de fundirlos, el de trabajar las piedras, el de hilar y tejer algodón, y otras muchas, con cuyo auxilio mejoraron su alimento, su trage, sus habitaciones y sus costumbres.

LLEGADA DE LOS ACOLHUIS Y OTROS PUEBLOS.

No contribuyó ménos eficazmente á mejorar la condicion de los Chichimecas, la llegada de otras naciones civilizadas. Apenas habian pasado ocho años despues del establecimiento de Xolotl en Tenayuca, cuando llegaron á aquel pais seis personajes, que parecian de alta condicion, con un séquito considerable de gente (1). Eran estos de un pais setentrional, próximo al reino de Amaquemecan, ó á lo menos no muy distante de él, cuyo nombre no dicen los historiadores; pero tenemos motivos para creer que era

Aztlan, patria de los Mexicanos, y que estas nuevas colonias eran aquellas seis tribus célebres de los Nahuatlacas, de que hablan todos los historiadores de México, y de que luego haré mención. Es probable que Xolotl enviase á su patria el aviso de las ventajas de aquel pais, donde se habia establecido; y que escurcillas estas noticias entre las naciones circunvecinas, muchas familias se decidiesen á seguir sus pasos, para ser partícipes de su felicidad. Tambien puede pensarse que sobrevino una escasez en aquellas tierras del Norte, y que esta circunstancia obligó á muchos pueblos á buscar su sustento en las del Mediodía. Como quiera que sea, los seis personajes que vinieron á Tenayuca, fueron recibidos por el rey Chichimeca, el cual, informado del motivo de su viaje, y de su deseo de establecerse en aquellas regiones, les señaló tierras en que pudieran vivir y propagarse.

Pocos años despues llegaron otros tres príncipes con un grueso ejército, de la nación Acolhua, originaria de Teoacahuacan, pais vecino, ó no muy remoto del reino de Amaquemecan. Llamábanse estos magnates *Acolhuatzin Chicocauatl*, *Tzontecomatl*, y eran de la nobilísima casa de Citin: su nación era la mas culta y civilizada de cuantas habian venido á aquellas tierras despues de los Toltecas. Fácil es de imaginarse el rumor que produciria tan estraña novedad en aquel reino, y la inquietud que inspirarla á los Chichimecas tanta multitud de gente desconocida. No parece verosímil que el rey les permitiese entrar en su territorio, sin informarse ántes de su condicion y del motivo de su venida. Hallábase á la sazón el rey en Tezococ, adonde habia trasladado su corte, ó caussado de vivir en Tenayuca, ó atraído por la ventajosa si-

(1) Los nombres de estos caudillos eran: *Tzotzilzin*, *Tzontecomatl*, *Zacatitcheochli*, *Huikatzin*, *Tepotzotema* ó *Izcucua*.

tuacion de aquella nueva residencia. A ella se dirigieron los tres príncipes; y presentados al rey, despues de una profunda inclinacion, y de aquella ceremonia de veneracion, tan comun entre ellos, que consiste en besarse la mano, despues de haber tocado con ella el suelo, le dijeron en sustancia: "Hemos venido, ó gran rey, del reino de Teocolhuacan, poco distante de vuestra patria. Los tres somos hermanos ó hijos de un gran señor; pero instruidos de la felicidad de que gozan los Chichimecas bajo el dominio de un rey tan humano, hemos preferido á las ventajas que nos ofrecia nuestra patria, la gloria de ser vuestros súbditos. Os rogamos, pues, que nos deis un sitio en vuestra venturosa tierra, en que podamos vivir dependiendo de vuestra autoridad, y sometidos á vuestros mandatos." Quedó muy satisfecho el rey, ménos de la gallardía y de los modales cortesanos de aquellos nobilísimos jóvenes, que de la honsera vanidad de ver humillados á su presencia tres príncipes atraídos de tan remotos países por la fama de su poder y de su clemencia. Respondió con agrado á sus espresiones, y les prometió condescender con sus deseos; pero en tanto que deliberaba sobre el modo de hacerlo, mandó á su hijo Nopalitzin que alojase aquellos extranjeros, los cuidase y atendiese.

Tenia el rey dos hijas en edad de casarse, y pensó darlas por esposas á los dos príncipes mayores; mas no quiso descubrir su proyecto, hasta haberse informado de su índole, y estar cierto de la aprobacion de sus súbditos. Cuando quedó satisfecho sobre ambos puntos, llamó á los príncipes, que no dejaban de estar inquietos acerca de su suerte, y les manifestó su resolucion; no solo de darles estados en su reino, sino tambien de unirlos en casamiento con sus dos hijas; queján-

dose de no tener otra á fin de que niuguno de los ilústres extranjeros quedase escluido de la nueva alianza. Los príncipes le manifestaron su gratitud en los términos mas espresivos, y se ofrecieron á servirlo con la mayor fidelidad.

Llegado el dia de las bodas, concurrió tanta muchedumbre de gente á Tenayuca, lugar destinado para la celebracion de aquella gran funcion, que no siendo la ciudad bastante á contenerla, quedó una gran parte de ella en el campo. Casóse Acolhuatzin con la mayor de las dos princesas llamada *Chicellazochiltl*, y Cliticoneauhtli con la menor. El otro príncipe se casó con Coatetl, doncella nacida en Chalco de padres nobilísimos, en los cuales se habia mezclado la sangre tolteca con la chichimeca. Las fiestas públicas duraron sesenta dias, en los cuales hubo lucha, carreras, combates de fieras, ejercicios análogos al génio de los Chichimecas, y en los cuales sobresalió el príncipe Nopalitzin. A ejemplo de la familia real, se fueron uniendo poco á poco en casamiento otras muchas de las dos naciones, hasta formar una sola, que tomando el nombre de la mas noble, se llamó *Acolhua*, y el reino *Acolhuacan*. Conservaron, sin embargo, el nombre de Chichimecas, aquellos que, apreciando mas bien las fatigas de la caza que los trabajos de la agricultura, ó incapaces de someterse al yugo de la subordinacion, se fueron á los montes que están al Norte del valle de México, donde abandonándose al ímpetu de su bárbara libertad, y viviendo sin gefes, sin leyes, sin domicilio fijo y sin las otras ventajas de la vida social, corrian todo el dia en pos de las bestias salvajes, y se echaban á dormir donde les cogia la noche. Estos bárbaros, mezclados con los Otomites, que seguian el mismo sistema de vida, ocuparon un terreno de mas de trescientas mi-

llas de estension, y sus descendientes estuvieron muchos años molestando á los españoles despues de la conquista de México.

DIVISION DE LOS ESTADOS, Y REVUELTAS.

Terminadas las fiestas de las bodas, dividió Xolotl su reino en muchos estados, repartiéndolos entre sus yernos y varios nobles de una y otra nacion. Al príncipe Acolhuatzin confirió las tierras de Azcapozalco, á diez y ocho millas al Poniente de Tezcoco, y de él descendieron los reyes, bajo cuyo yugo estuvieron mas de cincuenta años los Mexicanos. A Chiconauhlli dió el estado de Xaltocan, y á Tzontecomatl el de Coatlichan.

Aumentábase de dia en dia la poblacion, y con ella la cultura de los pueblos; pero al mismo tiempo se despertaron en sus ánimos la ambicion y otras pasiones que habian estado adormecidas, por falta de ideas, durante su vida salvaje. Xolotl, que en la mayor parte de su reinado habia gobernado con gran suavidad á sus súbditos, y los habia hallado siempre dóciles y sumisos, se vió obligado, en los últimos años de su vida, á echar mano de medidas severas para reprimir la inquietud de algunos rebeldes, ora privándolos de sus empleos, ora mandando dar muerte á los mas criminales. Estos justos castigos, en vez de intimidarlos, los exasperaron en tales términos, que formaron el detestable designio de quitar la vida al rey, para lo cual se presentó muy en breve una ocasion favorable. Había el rey manifestado poco ántes su intencion de aumentar las aguas de sus jardines en que solia divertirse, y donde muchas veces, oprimido por los años y atraído por la frescura y amenidad del sitio, se entregaba al sueño, sin tomar la menor precaucion para su seguridad. Noticiosos de

esto los rebeldes, hicieron un dique al arroyo que atravesaba la ciudad, y abrieron un conducto para introducirle en los jardines; como el rey estaba dormido en ellos, alzaron el dique, y dejaron correr el agua con intencion de anegarlos. Lisurjábanse con la esperanza de que no se descubriría jamas su delito, pues la desgracia del rey podría atribuirse á un accidente imprevisto, ó á medidas mal tomadas por súbditos que descaban sinceramente complacer á su soberano; pero no les salió bien su intento. El rey tuvo aviso secreto de aquella conjuracion, y disimulando que la sabia, fué á la hora acostumbra al jardin, y se echó á dormir en un sitio elevado donde no corria peligro. Cuando vió entrar el agua, aunque la traicion quedaba descubierta, continuó disimulando para burlarse de sus enemigos. "Yo, dijo entónces, estaba bien convencido del amor de mis súbditos; pero ahora veo que me anan mas de lo que creia. Quería aumentar el agua de mis jardines, y mis súbditos realizan mis deseos, sin ocasionarme el menor gasto. Conviene celebrar esta nueva ventura." En efecto, mandó hacer fiestas públicas en la corte, y cuando hubieron terminado, partió para Tenayuca, lleno de pena y enojo, y resuelto á imponer severo castigo á los conjurados; mas no tardó en caer gravemente enfermo, con lo cual se calmó su cólera.

MUERTE Y EXEQUIAS DE XOLOTL.

Sintiendo Xolotl que se aproximaba la muerte, llamó al príncipe Nopaltzin, á sus dos hijas y á su yerno Acolhuatzin (los otros dos hermanos habian muerto), para recomendarles que viviesen en paz entre sí, que cuidasen de sus pueblos, que protegiesen á la nobleza, y que tratasen con benignidad á todos sus súbditos.

tos: de allí á pocas horas, en medio de las lágrimas y sollozos de sus hijos, dejó de vivir, en edad muy avanzada, y despues de haber reinado en aquel país, segun parece, por espacio de cuarenta años. Era hombre robusto y animoso; pero fierisimo para con sus hijos, y benigno para con su vasallos. Su reinado hubiera sido mas feliz, si hubiera durado ménos (1).

Esparecióse inmediatamente la noticia de la muerte del monarca por toda la nación, y se comunicó con prontitud su aviso á todos los magantes, á fin de que asistiesen á las exequias. Adornaron el cadáver con figuras de oro y plata, que ya habian empezado á trabajar los Chichimecas, adotrinnados por los Toltecas, y lo colocaron en una silla hecha de goma de copal y de otras sustancias aromáticas. Allí estuvo cinco dias, en tanto que llegaban los personajes convocados. Despues que se reunieron estos, y una inñanta muchedumbre de gente, fué quemado el cadáver, segun el uso de los Chichimecas, y sus cenizas colocadas en una urna de piedra durísima. Esta se mantuvo espuesta por espacio de cuarenta dias, en una sala de la casa real, donde diariamente concurría la nobleza á tributar al difunto soberano el homenaje de sus lágrimas. Despues fué trasportada la urna á una gruta situada en las inmediaciones de la ciudad, con las mismas demostraciones de dolor.

NOPALTZIN, SEGUNDO REY DE LOS
CHICHIMECAS.

Terminadas las exequias de Xolotl, se celebró durante otros cuarenta dias, la exaltacion al trono del príncipe Nopaltzin, con grandes fiestas y regocijos. Al despe-

(1) Torquemada da á Xolotl 113 años de reinado, y mas de 200 de vida. Véase acerca de esto mi Disertacion.

dirse del nacyo rey los nobles, para volver á sus respectivos estados, uno de ellos le dirigió esta breve arenga: "Gran rey y señor, nosotros, como súbditos y siervos vuestros, vamos, en obediencia de vuestras órdenes, á regir los pueblos que habeis cometido á nuestro cuidado. Llevamos en el alma el placer de haberos visto en el trono, de que sois tan digno por vuestra virtud, como por vuestro nacimiento. Declaramos que es incomparable la ventura de que disfrutamos en servir á un señor tan alto y tan poderoso, y os rogamos que nos mireis con ojos de verdadero padre, y que nos protejais con vuestro poder, á fin de que vivamos seguros á vuestra sombra. Vos sois agua restauradora y fuego devorador: en vuestras manos tenéis igualmente nuestra muerte y nuestra vida."

Despedidos los señores, permaneció el rey de Tenayuca con su hermana Cihuaxochitl, viuda del príncipe Chiconcuauhtli. Entónces, segun mis conjeturas, era de cerca de sesenta años de edad; tenía hijos y nietos. Los hijos legítimos de su casamiento con la reina Tolteca, eran: Tlotzin, Quauhtequihua y Apozoc. A Tlotzin, que era el primogénito, confirió el gobierno de Tezcoco, para que fuese aprendiendo el arte difícil de regir á los hombres; y á los otros dos dió la investidura de los estados de Zacatlan y de Tenamitic (1).

Un año se detuvo el rey en la corte de Tenayuca, arreglando los negocios del es-

[1] Si se adopta la cronología de Torquemada, es necesario dar á Nopaltzin, cuando subió al trono, 150 años de edad; porque cuando llegó con su padre al país de Anáhuac, tenía á lo ménos 18 ó 20 años, puesto que tuvo el encargo de reconocer la tierra. Ahádanse 113, que segun Torquemada duró el reinado de Xolotl, y harán 131 ó 132 años. Véase acerca de esto mi segunda Disertacion.

tado, que ya no gozaba de la antigua tranquilidad. De allí pasó á Tezcoco para tratar con su hijo acerca de los medios que deberian adoptarse á fin de restablecerla. Estando en aquella ciudad, entró una vez en los jardines reales con su hijo y con otros señores de la corte, y en medio de la conversacion que con ellos tenia, prurrió de repente en amargo llanto. Habiéndolo preguntado la causa de su afliccion, "dijo, son las causas de estas lágrimas que me veis derramar: una, la memoria de mi difunto padre, que me despierta la vista de este sitio en que solia recrearse; otra, la comparacion que hago entre aquellos tiempos y los amargos en que vivimos. Cuando mi padre plantó estos jardines, tenia súbditos mas pacíficos, que lo servian con fidelidad en los empleos que les conferia, y que ellos aceptaban con humildad y agradecimiento; mas hoy, por todas partes reina la discordia y la ambicion. Me aflige el verme obligado á tratar como enemigos á los súbditos que ántes, en estos mismos sitios, trataba como amigos y hermanos. Tú, hijo mio, añadió, dirigiéndose á Tlotzin, ten siempre á los ojos la imagen de tu gran abuelo: esfuerzate en imitar los ejemplos de prudencia y de justicia que nos ha dejado. Fortalece tu corazon con todas las prendas de que despues necesitarás para regir dignamente tus pueblos." Despues de haberse consolado con su hijo, partió á la corte de Tenayuca.

El príncipe Acolhuatzin, que aun vivia, oyendo demasiado estrechos los límites de su estado de Azcapozalco, resolvió apoderarse del de Tepotzotlan, y lo tomó en efecto por fuerza, á pesar de la resistencia que le opuso Chalchiuhca, señor de aquel territorio. Es probable que Acolhuatzin no empuñase aquella violencia sin el expreso consentimiento del rey, que quizás

se vengó de este modo de alguna ofensa que le habria hecho Chalchiuhca.

Algo mas sanguinosa fué la confienda que estalló de allí á poco, por intereses de otra naturaleza. Huetzin, señor de Coatlíchan, hijo del difunto príncipe Tzontecomatl (1), queria casarse con Atotoztli, noble y hermosa doncella, sobrina de la reina. La misma pretension tenia Xacazozotl, señor de Tepetlaoztoc; mas este, ó mas enamorado, ó de carácter mas violento, no satisfecho con pedirla á su padre, quiso apoderarse violentamente de ella, y con este objeto reunió un pequeño ejército de sus súbditos, á los que se reunió Tochintecuhtli, que habia sido señor de Cuauhucan, y que por sus crímenes habia sido despojado de sus bienes y desterrado á Tepetlaoztoc. Noticioso Huetzin de aquel atentado, le salió al encuentro con mayor número de tropas, y le presentó batalla en las inmediaciones de Tezcoco, en la cual murió Xacazozotl, con parte de su gente, quedando destrizado el resto de su ejército. Tochintecuhtli huyó á la ciudad de Huexotzinco, mas allí de los montes. Huetzin, libre de su rival, se apoderó, con beneplácito del rey, de la doncella y del estado de Tepetlaoztoc.

Despues de estas pequeñas guerras entre feudatarios, se movió otra, mas importante, entre la corona y la provincia de

(1) Dice Torquemada en el capítulo 30 del libro 1, que Huetzin fué hijo de Itzmilt, y este de Tzontecomatl: en el 40 dice, que Itzmilt fué uno de los que vinieron con Xolotl de Amnquemecan; de modo que segun esto, nació ántes que su padre, el cual era jóven cuando vino á Anáhuac, y esta venida no se verificó sino en el año 47, del reinado de Xolotl, como afirma el mismo autor. Ademas de esto, en una parte dice que Itzmilt era Chichimeca, y en otra lo hace hijo de un Acolhua. Pero quién será capaz de numerar todas las contradicciones y anacronismos de Torquemada?

Tollantzinco, que se habia rebelado. El rey fué á ella en persona, con un gran ejército; pero como los rebeldes eran en gran número, y bien aguerridos, las tropas reales sufrieron grandes pérdidas, en los diez y nueve días que duró la guerra, hasta que reforzadas por nuevas huastes, que envió el príncipe Tlotzin, los rebeldes fueron derrotados, y castigados con el último suplicio los gefes de la rebelion. Aquel ejemplo fué seguido por otros señores, pero con igual resultado.

Ya habia Nopaltzin tranquilizado el reino, cuando murió el célebre príncipe Acolhuatzin, primer señor de Azcapozalco, dejando aquellos dominios á su hijo Tezozomoc. Celebráronse con gran magnificencia sus exéquias, asistiendo á ellas el rey con la nobleza de las dos naciones, Acolhua y Chichimeca.

TLOTZIN, REY TERCERO DE LOS CHICHIMECAS.

No tardó en morir el rey, despues de treinta y dos años de reinado, habiendo antes declarado sucesor á la corona á su hijo primogénito Tlotzin. Las exéquias se celebraron en la corte, con el mismo aparato y ceremonias que las del rey Xolotl, á quien fué muy semejante no ménos en la indole, que en la robustez y en el valor. Entre los señores que asistieron á la exaltacion del nuevo rey, estaban dos de sus hermanos, Cuauhquechilua y Apopozoc, los cuales permanecieron un año en palacio. Era Tlotzin de carácter tan benigno y amable, que formaba las delicias de sus vasallos. Todos los nobles buscaban pretextos para ir á visitarlo, y gozar de la suavidad de su trato. No obstante su enérgica propension á la paz, cuidó mucho de las cosas de la guerra, haciendo que sus súbditos se ejercitasen en el manejo de las armas. La caza era

su ocupacion favorita; pero no tenemos pormenores de sus acciones, ni de los sucesos de su reinado, en los treinta y seis años, durante los cuales ocupó el trono de Acolhuacan. Murió afligido por gravísimos dolores, en Tenayuca. Sus cenizas se depositaron en un vaso de piedra preciosa, donde estuvieron cuarenta días espuestas á la vista del pueblo, en un pabellon.

QUINATZIN, CUARTO REY DE LOS CHICHIMECAS.

Sucedió á Tlotzin su hijo Quinatzin, llamado tambien *Tlaltecatzin*, cuya madre Cuauhquechilua era hija del señor de Huexotla. Su exaltacion fué celebrada con mayor pompa que la de sus antecesores, no en Tenayuca, sino en Tezcoaco, donde estableció su corte, y que, desde entónces hasta la conquista de los españoles, fué siempre la capital del reino de Acolhuacan. Para pasar de la antigua á la nueva corte, se hizo trasportar en una litera descubierta, llevada en hombros por cuatro señores principales, y debajo de un dosel ó sombrilla, que otros cuatro llevaban. Hasta aquel tiempo todos los caudillos habian caminado á pié: él fué el primer rey á quien la vanidad sugirió aquella especie de magnificencia, y este ejemplo fué despues imitado por todos sus sucesores, por todos los señores y magnates de aquel pais, esforzándose cada cual en superar á los otros en lujo. Emulacion no ménos perniciosa á los estados que á los príncipes mismos.

Los principios del gobierno de este monarca fueron tranquilos; pero despues se rebelaron los estados de Meztilan y Tototepec, situados en los montes al Norte de la capital. Cuando el rey tuvo noticia de aquel suceso, marchó con su gran ejército, y mandó decir á los gefes de los

rebeldes, que si su valor era igual á su pérdida, bajasen dentro de dos dias á la llanura de Tlaximolco, donde una batalla decidiria su suerte; y que si así no lo hacian, estaba resuelto á incendiar sus pueblos, sin perdonar mugeres ni niños. Los rebeldes, que estaban prevenidos, bajaron ántes del término señalado á la llanura, para ostentar su valor. Dada la señal del ataque, combatieron furiosa y obstinadamente unos y otros, hasta que la noche los separó, dejando indecisa la victoria. Así continuaron por el término de cuarenta dias en frecuentes encuentros, sin desanimarse los rebeldes, á pesar de las ventajas que no cesaban de obtener las tropas reales; pero viendo que la muerte, y la desercion de las tropas aceleraba el término de su ruina, se rindieron á su soberano, el cual, castigando rigorosamente á los gefes de la rebelion, perdonó á los pueblos su delito. Lo mismo hizo con el estado de Tepepolco, que tambien se habia rebelado.

Este espíritu de insubordinacion se iba propagando por todo el reino, á guisa de contagio; pues apenas se hubo comprimido la de Tepepolco, se declararon rebeldes Huehuetoca, Mizquic, Totolapa y otras cuatro ciudades. Quiso el rey ir en persona, con un buen cuerpo de tropas contra Totolapa, y envió contra las otras seis ciudades, otros tantos cuerpos, bajo el mando de generales valerosos y fieles; y fué tanta su ventura, que dentro de poco tiempo, y sin pérdida considerable, volvió á colocar bajo su obediencia á las siete ciudades. Estas victorias se celebraron por ocho dias en la corte, con grandes regocijos, y se dieron premios á los caudillos y soldados que mas se habian distinguido. Como el mal ejemplo de algunos estados habia despertado en otros el espíritu de revuelta y desobediencia, así el

mal éxito que aquellos tuvieron, sirvió para comprimir á los que maquinaban novedades, contra la debida sumision á su legitimo soberano; de modo que en el resto de su reinado, que segun dicen los escritores, duró sesenta años, gozó Quinatzin de una gran tranquilidad.

Cuando murió este rey se hicieron con él algunas demostraciones que no se habian hecho con ninguno de sus predecesores. Se abrió su cadáver, y sacadas las entrañas, lo prepararon con no se qué composicion aromática, á fin de preservarlo algun tiempo de la corrupcion. Colocáronlo despues en una gran silla, vestido con los trages reales, armado de arco y flechas, y le pusieron á los pies un sguila de madera, y detrás un tigre, como símbolos de su intrepidez y valor. En esta disposicion lo tuvieron cuarenta dias al público: despues del llanto acostumbrado, lo quemaron, y depositaron sus cenizas en una caverna de los montes vecinos á Tezcoco.

Sucedió á Quinatzin su hijo Techofalla; pero los acacimientos de este y de los siguientes reyes chichimecas están ligados con los de los Mexicanos, los cuales, ya por aquel tiempo (siglo 14 de la era vulgar) habian fundado su famosa capital: por lo que los reservamos para otra ocasion, contentándonos ahora con presentar á los lectores la série de todos sus reyes, en cuanto se sabe, y el año de la era vulgar que empezaron á reinar, dando despues algunas noticias acerca de las otras naciones que ocuparon aquellos países ántes de los Mexicanos.

REYES CHICHIMECAS.

| | |
|----------------|----------------|
| Xolotl..... | en el siglo 12 |
| Nopaltzin..... | en el siglo 13 |
| Tlotzin..... | en el siglo 13 |
| Quinatzin..... | en el siglo 14 |

Techotlalla..... en el siglo 14.

Ixtlilxochitl... en el año de 1406.

Entre este y el rey siguiente ocuparon el trono de Acolhuacan los tiranos Tezozonoc y Maxtla.

Nezahualcoyotl... en el año de 1426.

Nezahualpilli... en el año de 1470.

Cacamatzin.... en el año de 1516.

Cuicuitzcatzin... en el año de 1520.

Coanacotzin... en el año de 1520.

No podemos saber en qué años empezaron los cinco primeros reyes, porque ignoramos cuánto tiempo reinaron Xolotl y Techotlalla. Es verosímil que la monarquía chichimeca tuvo principio en Anáhuac hacia fines del siglo 12, y duró 330 años, hasta el de 1521, en que cayó con el reino de México. Ocuparon el trono once reyes legítimos á lo ménos, y dos tiranos (1).

Los Acolhuas, ó Acolhuas, llegaron al país de Anáhuac, ya entrando el siglo 13. Por lo que respecta á las otras naciones, es increíble la diversidad de opiniones, y la confusion de los historiadores sobre su origen, su número, y sobre el tiempo de su llegada. El gran estudio que he hecho para averiguar la verdad, solo ha servido para aumentar mi incertidumbre, y hacerme perder la esperanza de saber lo que hasta ahora he ignorado. Dejando, pues, aparte las fábulas, diré tan solo lo cierto, ó á lo menos lo probable.

(1) No contamos entre los reyes chichimecas á Ixtlilxochitl II, porque mas bien que rey, fué gobernador de Tezoco, nombrado por los españoles. Tambien podria dudarse si Cuicuitzcatzin deba contarse entre los reyes; pues á despecho, y contra el derecho de Coanacotzin, fué instalado en el reino de Acolhuacan por Moctezuma, y por las intrigas del conquistador Cortés; pero á lo ménos, Cuicuitzcatzin, fué aceptado por la nacion, cuando aun no estaba sometida al yugo español.

LOS OLMECAS Y LOS OTOMITES.

Los Olmecas y los Xicalanques, ora se consideren como una sola nacion, ó como dos naciones, perpetuamente juntas y aliadas, fueron tan antiguas en el país de Anáhuac, que algunos autores las creen anteriores á los Toltecas. Nada se sabe acerca de su origen (1): lo que únicamente se puede colegir de las pinturas antiguas de aquellos pueblos, es que habitaron el país circunvecino á la gran montaña Matlalcoyey, de donde, arrojados por los Teoichichimecas ó Tlaxcaltecas, se trasladaron á las costas del golfo mexicano (2).

Los Otomites, que eran una de las naciones mas numerosas, fueron probablemente de los mas antiguos en aquel país; pero se conservaron por muchos siglos en la barbarie, viviendo esparcidos en las cavernas de los montes, y sustentándose de la caza, en que eran diestrisimos. Ocuparon un territorio que se extendia á mas de trescientas millas de las montañas de Izmiquilpan, confinando por Levante y Poniente con otras naciones no ménos salvajes. En el siglo XV empezaron, como despues diremos, á vivir en sociedad, sometidos á la corona de Acolhuacan, ó por la fuerza, ó estimulados por el ejemplo de las otras naciones. Fundaron infinitos pueblos en el país de Anáhuac, y aun en el mismo valle de México: la mayor parte de ellos, y especialmente los mas grandes,

(1) Algunos autores, y entre ellos el Dr. Sigüenza, dicen que los Olmecas pasaron de la isla Atlántida, y que fueron los únicos que llegaron á Anáhuac, por la parte de Oriente, pues todos los demas entraron por el Norte; pero ignora los fundamentos de esta opinion.

(2) Boturini conjetura que los Olmecas, arrojados de su país, se fueron á las Islas Antillas, y á la América Meridional. Todo puede ser, mas no se sabe.

como los de Xilotepec, Huizapan, en las inmediaciones del país que ántes ocupaban: otros esparcidos entre los Matlatzincas y los Tlaxcaltecas, y en otras provincias del reino, conservando hasta nuestros tiempos, sin alteracion, su lenguaje primitivo, aun en las colonias aisladas y rodeadas de otras naciones. No se crea, sin embargo, que toda la nacion estuviese entonces reducida á la vida civil; pues una parte de ella, y quizás la mayor, quedó en el estado salvaje con los Chichimecas. Los bárbaros de ambas naciones, confundidos por los españoles bajo esta última denominacion, se hicieron famosos por sus correrías, y hasta el siglo XVII no fueron enteramente sometidos por los conquistadores. Los Otomites han sido siempre reputados por la nacion mas tosca de Anáhuac, tanto por la dificultad que todos hallan en entender su idioma, como por su vida servil, pues aun en los tiempos de los reyes mexicanos eran tratados como esclavos. Su lenguaje es bastante difícil, lleno de aspiraciones gutturales y nasales; pero no carece de abundancia ni de expresion. Antiguamente fueron célebres por su destreza en la caza: hoy comercian, por lo comun, en faldas toscas, de que se visten los otros indios.

LOS TARASCOS.

La nacion de los Tarascos ocupó el vasto, rico y ameno país de Michuacan, en que se multiplicaron considerablemente, y fundaron muchas ciudades é infinitos pueblos. Sus reyes fueron rivales de los Mexicanos, y tuvieron frecuentes guerras con ellos. Sus artistas rivalizaron con los de las otras naciones, y aun los escudieron: á lo ménos despues de la conquista de Mexico se hicieron en Michuacan las mejores obras de mosaico, y solo allí

se conservó hasta nuestros tiempos aquel arte precioso. Los Tarascos eran idólatras, pero no tan crueles como los Mexicanos en su culto. Su lengua es abundante, dulce y sonora. Usu frecuentemente de la r suave; sus sílabas constan por lo comun de una consonante y de una vocal. Ademas de las ventajas naturales de su país, sirvió de mucho á los Tarascos tener por primer obispo á D. Vasco de Quiroga, uno de los mas insignes prelados que ha producido España, digno de compararse á los antiguos padres del cristianismo, y cuya memoria se ha conservado hasta nuestros dias, y se conservará eternamente entre aquellos pueblos. El país de Michuacan, uno de los mas hermosos del Nuevo-Mundo, fué agregado á la corona de España, por la libre y espontánea cesion de su legitimo soberano, sin que costase á los españoles una gota de sangre; aunque es de creer que el temor que le inspiraria la reciente destruccion del imperio mexicano, indujese á aquel monarca á ceder á la necesidad (1).

LOS MAZAHUAS, LOS MATLATZINCAS Y OTRAS NACIONES.

Los Mazahuas fueron algun tiempo parte de la nacion Otomite, pues aquellos dos

[1] Boturini dice que hallándose los Mexicanos sitiados por los españoles, enviaron una embajada al rey de Michuacan, para negociar una alianza con él; que este reunió cien mil Tarascos, y otros tantos Teochichimecas en la provincia de Avalos; pero amedrentado por una vision que tuvo una hermana suya, muerta y restituida á la vida, licenció las tropas y abandonó su primer desigño de socorrer á los Mexicanos. Pero todas estas son fábulas. 1° Ningun autor de aquel siglo hace mencion de semejante suceso. 2° ¿Dónde estaban esos cien mil hombres que tan pronto se reunieron? 3° ¿Por qué reunió el ejército en la provincia mas distante de México? ¿Quién ha visto que el rey de Francia reuna sus tropas en Flándes para socorrer á España?

idiomas no son mas que dialectos de uno mismo; mas esta diversidad entre naciones tan celosas de conservar incorrupta su lengua, es un argumento claro de la antigüedad de su separación. Los principales lugares habitados por ellos, estaban en las montañas occidentales del valle de México, y componian la provincia de Mazahuacan, perteneciente á la corona de Tacuba.

Los Matlatzincas formaron un estado considerable en el fértil valle de Toluca; y por grande que fuese su antigua reputacion de valor, fueron sin embargo sometidos á la corona de México por el rey Axayacatl, como despues diremos.

Los Mixtecas y los Zapotecas poblaron los vastos países, que despues tuvieron aquellos dos nombres, y que estaban al Sudeste de Tezococo. Los diferentes estados en que se dividieron aquellos territorios, estuvieron gran tiempo gobernados por otros tantos gefes y señores de las mismas naciones, hasta que los conquistaron los Mexicanos. Eran pueblos civilizados é industriosos; tenian leyes, practicaban las artes de los Mexicanos, y adoptaban el mismo método para computar el tiempo, y las mismas pinturas para perpetuar la memoria de los sucesos. En ellas representaban la creacion del mundo, el diluvio universal y la confusion de lenguas, aunque mezclado todo esto con fábulas absurdas (1). Despues de la conquista, los Mixtecas y los Zapotecas eran de los pueblos mas industriosos de México. Mientras duró el comercio de la se-

ña? La resurreccion de aquella princesa es una fábula compuesta sobre el memorable suceso de la hermana de Moctezuma, de que despues hablaremos.

[1] Véase sobre la mitología de los Mixtecas la obra de Fr. Gregorio García, dominicano, intitulada: *Origen de los Indios*, libro 5, cap. 4.

da, ellos fueron los que criaron los gusanos, y á sus fatigas se debe toda la cochinilla que de muchos años á esta parte se ha traído de México á Europa.

Los Chiapauecas, si hemos de dar crédito á sus tradiciones, fueron los primeros pobladores del Nuevo-Mundo. Decian que Votan, nieto de aquel respetable anciano que fabricó la barca grande para salvarse á sí mismo y á su familia del diluvio, y uno de los que emprendieron la obra del grande edificio que se hizo para subir al cielo, fué por espreso mandato del Señor á poblar aquella tierra. Decian tambien que los primeros pobladores habian venido de la parte del Norte; y que, cuando llegaron á Xoconochco, se separaron, yendo los unos á habitar el país de Nicaragua, y permaneciendo los otros en el de Chiapan. Esta nacion, segun dicen los historiadores, no estaba gobernada por un rey, sino por dos gefes militares, nombrados por los sacerdotes. Asi se mantuvieron hasta que los últimos reyes mexicanos los sometieron á aquella corona. Hacian el mismo uso de las pinturas que los Mexicanos, y tenian el mismo modo de computar el tiempo; pero empleaban diferentes figuras que aquellos para representar los años, los meses y los dias.

Con respecto á los Colhuixcos, á los Cuiclatecos, á los Jopes, á los Mazatecos, á los Popoloccos, á los Chinantecos y á los Totouacos, nada sabemos de su origen, ni del tiempo de su llegada al territorio de Anáhuac. De sus costumbres particulares diremos lo que pueda contribuir á ilustrar la historia de los Mexicanos.

LOS NAHUATLACAS.

Pero de todos los pueblos que residieron en el país de Anáhuac, y en él se propagaron, los mas famosos, y los que

mas papel hacen en la historia de México, son los que vulgarmente se llaman *Nahuatlacas*. Fué dado principalmente este nombre, cuya etimología hemos espuesto al principio de esta historia, á las siete naciones, ó por mejor decir, á las siete tribus de la misma nacion, que llegaron á aquel país despues de los Chichimecas, y poblaron las isletas, las orillas y los alrededores de los lagos mexicanos. Estas tribus fueron las de los Xochimilcos, Chalqueses, Tepanecas, Colhuas, Tlahuicos, Tlaxcaltecas y Mexicanos. El origen de todas estas gentes fué la provincia de Aztlan, de donde salieron los Mexicanos, ó quizas otra contigua á ella, y poblada por la misma nacion. Todos los escritores las representan como originarias de un mismo país: todos ellos hablaban el mismo idioma. Los diversos nombres con que son conocidas, se tomaron de los lugares que fundaron, ó de aquellos en que se establecieron.

Los Xochimilcos tomaron su nombre de la gran ciudad de Xochimilco, que fundaron en la orilla meridional del lago de agua dulce ó de Chalco. Los Chalqueses tomaron el suyo de la ciudad de Chalco, situada en la orilla oriental del mismo lago; los Colhuas, de Colhuacan; los Mexicanos, de México; los Tlaxcaltecas, de Tlaxcala; y los Tlahuicos, de la tierra en que se establecieron, la qual, por ser abundante en cinabrio se llamó *Tlahuican* (1). El nombre de Tepanecas se deriva quizas de algun sitio llamado *Te-*

pan (1), donde residirian antes de fundar su célebre ciudad de Azcapozaleo.

Es indudable que estas tribus no llegaron todas juntas á aquel país, sino en diversos tiempos, y en el órden en que hemos indicado; pero hay gran variedad de opiniones acerca del tiempo exacto de su llegada. Las razones que he espuesto en mis Disertaciones me hacen creer que las primeras seis tribus vinieron conducidas por aquellos seis caudillos que aparecieron en Anáhuac inmediatamente despues de los Chichimecas, y que no hubo el gran intervalo de tiempo que creó el P. Acosta, entre su llegada y la de los Mexicanos.

Los Colhuas, que la mayor parte de los historiadores confunden, por la afinidad del nombre con los Acolhuas, fundaron la pequeña monarquía de Colhuacan, la cual se agregó despues á la corona de México por el casamiento de una princesa, heredera de aquel estado, con un rey mexicano.

Los Tepanecas tuvieron igualmente sus gefes, el primero de los cuales fue el príncipe Acolhuatzin, despues de haberse casado con la hija de Xolotl. Sus descendientes usurparon, como despues diré, el reino de Acolhuacan, y dominaron toda aquella tierra, hasta que las armas de los Mexicanos, aliados con las del heredero legitimo de Acolhuacan, destruyeron con el tirano la monarquía Tepaneca.

LOS TLAXCALTECAS.

Los Tlaxcaltecas, llamados por Torquemada y por otros escritores *Teochichimecas*, y considerados como una tribu de la

[1] *Tlahuic* es el nombre mexicano de cinabrio, y *Tlahuican* quiere decir lugar ó país del cinabrio. Los autores los llaman comunmente *Tlahuicos*, y dicen que tomaron aquel nombre de un sitio de aquel país llamado *Tlahuic*; pero ademas de que ignoramos la existencia de semejante lugar, el nombre parece poco conforme á la gramática mexicana.

[1] Algunos autores los llaman *Tepanecas*; uno y otro son nombres mexicanos. *Tepanecat* quiere decir habitante de palacio; *Tepanecatli*, habitante de lugar de piedras. Otros dan á este nombre una etimología muy violenta.

nacion Chichimeca (1), se establecieron en Poxauhita, lugar situado en la orilla oriental del lago de Tezcoco, entre aquella corte y el pueblo de Chimalhuacan. Allí vivieron algun tiempo con gran miseria, por no tener tierras que cultivar, y

sosteniéndose con los productos de la caza; pero habiéndose multiplicado, y queriendo ampliar los términos de su territorio, se atrajeron el enojo de las naciones circunvecinas. Los Xochimilcos, los Colhuas, los Tepanecas, y probablemente tambien los Chalchiques, que por ser mas próximos eran los mas perjudicados, se unieron y alzaron un ejército considerable, para arrojar del valle de México á tan peligrosos pobladores. Los Tlaxcaltecas, á quienes tenía siempre alerta la conciencia de sus usurpaciones, les salieron bien ordenados al encuentro. La batalla fué de las mas sangrientas y memorables que se leen en la historia mexicana. Los Tlaxcaltecas, aunque inferiores en número, hicieron tanto estrago en sus enemigos, que dejaron el campo cubierto de cadáveres y teñida en sangre una parte del lago, cuyas orillas fueron la escena de la batalla. Aunque salieron victoriosos de ella, determinaron abandonar aquel sitio, convencidos de que mientras en él permaneciesen, no cesarian de ser molestados por sus vecinos; por lo que, despues de haber reconocido el pais por medio de los exploradores, y no hallando terreno en que poder establecerse todos juntos, convinieron en separarse, dirigiéndose unos hácia el Norte y otros hácia el Mediodía. Aquellos, despues de un pequeño viaje, se establecieron, con permiso del rey de los Chichimecas, en Tolanzinco y en Cuauhchihuanco; los otros, caminando en torno del volcan Popocatepec, por Tetela y Xochimilco, fundaron en las cercanias de Atlisco la ciudad de Cuauhquecholan; y pasando algunos adelante, fundaron la de Anahuacan y otros pueblos, extendiéndose hasta el Poyauhtecatl, ó sea monte de Orizava, al que probablemente dieron aquel nombre en memoria del valle de México, de que habian salido.

[1] Torquemada no solo dice que los Tlaxcaltecas eran Teochichimecas, sino que afirma que estos Teochichimecas eran Otomites. Si los Tlaxcaltecas eran de esta nacion ¿por qué no hablaban su lengua? Y si la hablaban, ¿por qué la dejaron por la mexicana? ¿Dónde se ha visto jamás una nacion libre abandonar su idioma para adoptar el de sus enemigos? No es menos increíble la otra especie de que los Chichimecas eran Otomites, como supone el mismo autor, aunque en otra parte dice lo contrario. ¿Quien obligó á los Chichimecas á dejar su lengua nativa? Los que no conocen el carácter de aquellas naciones, ni sepan cuán constantes son en conservar su lengua nacional, serán los únicos que crean que los Chichimecas, por su comunicacion y alianza con los Acolhuas, dejaron el otomite por el mexicano. Si los verdaderos Otomites no han abandonado en tantos siglos su idioma, ni bajo el dominio de los Mexicanos, ni bajo el de los españoles, ¿cómo puede creerse que los Chichimecas dejaron enteramente el suyo, siendo dueños de aquel pais, y ocupando siempre el trono de Acolhuacan, desde Xolotl, fundador de aquel reino, hasta la conquista de los españoles? Yo no dudo que la lengua propia de los Chichimecas antiguos fuese la misma de los Acolhuas y los Nahuatlacas, esto es, la mexicana. Lo mismo me parece de los Toltecas, por mas que digan otros autores; ni he podido convencerme de lo contrario, despues del mas diligente estudio de la historia. Sabemos que los nombres de los sitios de que salieron los Toltecas y Chichimecas, de los que fundaron en Anahuac, de las personas de una y otra nacion, y de los años de que se servian, eran mexicanos. Sabemos que desde los principios de la ocupacion, los Toltecas y los Chichimecas, estos y los Acolhuas, se entendian y comunicaban recíprocamente sin intérprete. El hallarse la lengua mexicana difundida hasta Nicaragua, no puede atribuirse á otro motivo, sino á la dispersion de los Toltecas que la hablaban; pues no se sabe que los Nahuatlacas pasasen de Chitapan. Finalmente, no hallamos un solo argumento en que pueda apoyarse la opinion contraria, aunque tan comun entre los autores.

Pero la mayor y mas notable parte de la tribu se dirigió por Cholula á la falda del gran monte Matlaleneye, de donde arrojaron á los Olmecas y á los Gicalaucas, antiguos habitantes de aquel pais, y dieron muerte á su rey Colopechtli. Allí se establecieron bajo las órdenes de un gefe llamado Colhuacatenctli, procurando fortificarse, para poder resistir mejor á los pueblos vecinos, en caso de que estos quisiesen atacarlos. En efecto, poco tiempo despues, los Huexotzings y otros pueblos, sabedores de la valentía y de la fuerza de los nuevos huéspedes, temerosos de que con el tiempo llegasen á serles perjudiciales, levantaron un gran ejército con el designio de arrojarnos del pais. El golpe fué tan violento, que los Tlaxcaltecas se vieron obligados á abandonar el terreno de que se habian aposeouado, y retirarse hácia la cimá de la gran montaña de que ya hemos hecho mencion. Hallándose allí en la mayor consternacion, imploraron, por medio de los embajadores, la proteccion del rey Chichimeca, y obtuvieron de él un gran cuerpo de tropas. Los Huexotzings, no teniendo bastantes fuerzas para hacer frente al ejército real, llamaron á su auxilio á los Tepanecas, creyendo que no desperdiciarian aquella ocasion de vengarse; mas estos, acordándose del trágico suceso de Foyahatlan, aunque enviaron tropas, les dieron órden de no hacer daño á los Tlaxcaltecas, y pasaron aviso á estos á fin de que no los tuvieran por enemigos, y estuviesen seguros de que habian enviado aquellos refuerzos para engañar á los Huexotzings, y para no turbar la buena armonía en que con ellos vivian. Con el socorro de los Texcocauos, y con el pérfido artificio de los Tepanecas, los Huexotzings fueron completamente derrotados, y obligados á volver con ignominia á sus

tierras. Los Tlaxcaltecas, libres de tan gran peligro, hicieron la paz con sus vecinos, y regresaron á sus establecimientos para continuar la comenzada poblacion.

Tal fué el origen de la famosa ciudad y república de Tlaxcala, eterna rival de México, y causa de su ruina. Al principio obedecia toda la nacion á un gefe; pero aumentada considerablemente la poblacion, quedó la ciudad dividida en cuatro cuarteles, que se llamaron *Tepeticpac, Ocotelaco, Quiahuitlan y Tizatlan*. Cada cuartel obedecia á su gefe, á quien prestaban tambien obediencia todos los lugares que de aquel cuartel dependian: así que, todo el estado se dividia en cuatro monarquías pequeñas; pero aquellas cuatro cuadillos, juntamente con los otros nobles de la primera clase, formaban una especie de aristocracia con respecto al comun del estado. Esta dieta ó senado decidia la paz y la guerra, y el número de tropas que debian armarse, nombrando el gefe que las debia mandar. En el estado, aunque pequeño, habia muchas ciudades y villas populosas, en las cuales, por los años de 1520, se contaban mas de ciento cincuenta mil casas, y mas de quinientos mil habitantes. El distrito de la república, por la parte de Occidente, estaba fortificado con fosos y trincheras; por la de Oriente, con una muralla de seis millas de largo; por el Medio día lo defendia naturalmente el Matlaleneye, y otras altas montañas por el Norte.

Los Tlaxcaltecas eran guerreros, valerosos, muy celosos del honor y de la libertad. Conservaron mucho tiempo el esplendor de su república, á pesar de las luchas que tuvieron que sostener con sus enemigos, hasta que habiéndose confederado con los españoles contra los Mexicanos, sus antiguos rivales, quedaron envueltos en la comun ruina. Enra idóla-

tras, tan supersticiosos y crueles en su culto, como los Mexicanos. Su nimen principal era el que llamaban *Cumartle*, el mismo que los Mexicanos reverenciaban con el nombre de *Huitzilopochtli*. Sus artes eran las mismas que las de las naciones vecinas. Su comercio consistia principalmente en maiz y en cochinilla. Por la abundancia de maiz se dió á su capital el nombre de *Tlaxcallan*, esto es, tierra de pan. Su cochinilla era la mas apreciada de todas, y despues de la conquista producía anualmente á la capital un ingreso de doscientos mil pesos; pero las causas, de que hablo en otra parte, los obligaron á abandonar totalmente aquel comercio.

VIAJE DE LOS MEXICANOS AL PAIS DE ANAHUAC.

Los Aztecas ó Mexicanos, que fueron los últimos pobladores del país de Anahuac, y son el asunto principal de esta Historia, vivieron hasta cerca del año 1160 de la era vulgar de Aztlan, país situado al Norte del golfo de California, segun se infiere del viaje que hicieron en su peregrinacion, y de los datos que adquirieron despues los españoles en sus expediciones á aquellos países (1). La razon que tuvieron para abandonar su patria, habrá quizás sido la misma que impulsó á las otras naciones; pero como quiera que sea, me parece oportuno someter al libre juicio del lector lo que los autores mexi-

canos cuentan del origen de aquella resolucion.

Habia, dicen, entre los Aztecas un personaje de gran autoridad llamado *Huitziton*, cuya opinion era la que prevalecia en aquellas gentes. Este se empeñó, no sé por qué motivo, en inducir á sus compatriotas á mudar de país; y mientras se ocupaba en semejante proyecto, oyó acaso cantar en las ramas de un árbol á un pajarillo, cuya voz imitaba la palabra mexicana *Tihui*, que quiere decir *vamos*. Parecióle aquella una ocasion oportuna de realizar su designio. Llamando, pues, á otra persona de gerarquía, llamada *Tecpaltzin*, la condujo cerca del árbol donde el pájaro solia cantar, y le dijo: "¿No entendeis, amigo *Tecpaltzin*, lo que está diciendo esa avecilla? Ese *Tihui*, *Tihui*, que no cesa de repetir, ¿qué otra cosa significa sino que ya es tiempo de dejar este país, y buscar otro? Sin duda este es aviso de algun nimen oculto que desea nuestro bien. Obedezcamos, pues, á su voz, y no nos atraigamos su cólera con nuestra desobediencia." Convino plenamente *Tecpaltzin* en la interpretacion de *Huitziton*, ya por el gran concepto que tenia de su saber, ya por que él tenia los mismos deseos; y puestos de acuerdo aquellos dos personajes, que de tanto influjo gozaban en la nacion, no tuvieron gran dificultad en decidirla á ponerse en marcha.

Aunque yo no me fio mucho de esta narracion, no por esto me parece inverosímil; pues no es difícil á una persona que goza de la reputacion de sábia, el persuadir lo que quiera, por motivos de religion, á un pueblo ignorante y supersticioso. Mas duro me seria creer lo que comunmente dicen los autores españoles, á saber, que los Mexicanos comprendieron aquel viaje por espreso mandato del demo-

(1) Hablo en mis Disertaciones de estos viajes hechos desde Nuevo-México hácia Occidente. Betancourt hace mención de ellos en su *Teatro Mexicano*. Este autor dice que Aztlan distaba 2700 millas de México. Daturin dice que Aztlan era provincia de Asia; mas no sé en qué funda tan singular opinion. En algunos mapas geográficos, publicados el siglo XVI, se vé esta provincia situada al Norte del seno de California, y yo no dudo que estoviera hácia aquella parte, pero á gran distancia del golfo; así que la distancia mencionada de Betancourt me parece verosímil.

nio. Los sencillos historiadores del siglo XVI, y los que los han copiado, suponen como cosa indudable el comercio continuo y familiar del demonio con todas las naciones idólatras del Nuevo-Mundo, y apenas refieren un suceso que no atribuyan á su influjo. Pero aunque sea cierto que la malignidad de aquel espíritu se esfuerza en hacer á los hombres todo el daño que puede, y que algunas veces se les ha aparecido en forma visible para seducirlos, especialmente á los que no han entrado por la regeneracion en el seno de la Iglesia, no puede creerse sin embargo, que las apariciones fuesen tan frecuentes, ni su comercio con aquellas naciones tan franco y libre, como dicen los autores citados; porque Dios, que cuida con amorosa providencia de sus criaturas, no concede tanta libertad á aquellos declarados enemigos del género humano. Los lectores que hayan visto en otras obras algunos sucesos de los que yo refiero en mi historia, no deben estrañar mi incredulidad en este punto. El testimonio de los historiadores mexicanos no me basta para atribuir ningun efecto al demonio, conociendo cuán fácil es que se engañen, ya por las ideas supersticiosas que los obsecaban, ya por el artificio de sus sacerdotes, tan comun en las naciones idólatras.

El viaje de los Aztecas, sobre el cual no puede haber duda, cualquiera que fuese su motivo, se verificó, segun las conjeturas mas verosímiles, hácia el año 1160 de la era vulgar. Tórquemada dice haber visto representado en todas las pinturas antiguas de este viaje, un brazo de mar ó gran rio (1). Si en efecto hay en

ellas la representacion de un rio, no puede ser otro que el Colorado, que desagua en el golfo de California, á los 32½° de latitud, pues es el mas considerable de cuantos hallaron en el camino que siguen.

Despues de haberlo pasado, mas allá del 35°, caminaron hácia Sudeste hasta el rio Gila, donde se detuvieron algun tiempo; pues aun se ven las ruinas de los edificios que construyeron en sus márgenes. De allí volvieron á pensarse en camino, siguiendo casi la misma direccion ó hicieron alto en la latitud, poco mas ó ménos, de 29°, en un sitio distante mas de doscientas cincuenta millas de Chihuahua, hácia el Norueste. Este lugar es conocido con el nombre de *Casas Grandes* á causa de un vastísimo edificio, que aun subsiste, y que segun la tradicion general de aquellos pueblos, fué erigido por los Mexicanos durante su peregrinacion. Este edificio está construido bajo el mismo plan que los que se ven en el Nuevo-México, esto es, con tres pisos, sobre ella una azotea, y sin puerta ni entrada en el piso inferior. La puerta está en el segundo, y por consiguiente se necesita de una escalera para entrar por ella. Así lo hacen los habitantes del Nuevo-México, para estar menos espuestos á los ataques de sus enemigos, valiéndose de una escala de mano, que franquean á los que quieren admitir en sus habitaciones. Igual motivo tuvieron sin duda los Aztecas para edificar sus moradas de aquella forma. En

señaló el célebre Dr. Signenza. Boturini cree que este brazo de mar era el golfo de California, suponiendo que los Mexicanos pasaron de Aztlan á esta provincia, y de ella, por el golfo, á Culiacan; pero habiéndose encontrado orillas del rio Gila, y en la Pimeria, restos de los edificios construidos por aquel pueblo en su emigracion, no hay motivo para creer que pasase por mar al punto de su final establecimiento.

[1] Creo que este supuesto brazo de mar no es otra cosa que la imagen del diluvio universal, representado en las pinturas mexicanas anteriores al viaje, como se vé en la copia publicada por Gemelli de una pintura que le en-

las *Casas Grandes* se notan los caracteres de una fortaleza, defendida de un lado por un monte altísimo, y rodeada en el resto por una muralla de cerca de siete pies de grueso, cuyos cimientos se conservan. Vense en esta construcción piedras tan grandes como las ordinarias de molino; las vigas son de pino, y bien trabajadas. En el centro de aquella vasta fábrica hay una elevación hecha á propósito, según se colige, para poner centinelas y observar de lejos á los enemigos. Se han hecho algunas escavaciones en aquel sitio, y se han hallado varios utensilios, como platos, ollas, vasos, y espejos de la piedra llamada *Itztili* (1).

Desde este punto, atravesando los montes de Tarahumara, y dirigiéndose hácia Mediodía, llegaron á Hueicohuacan, llamado actualmente *Culiacan*, lugar situado sobre el golfo de California á los 244°, donde permanecieron tres años (2). Es probable que fabricasen allí casas y cabañas para su alojamiento, y que sembrasen para su sustento los granos que consigo llevaban, como hacían donde quiera que por algun motivo se defendían. Allí formaron una estatua de madera, que representaba á Huitzilopochtli, número protector de la nación, á fin de que los acompañase en su viaje. Hicieron tam-

(1) Estos datos me han sido suministrados por dos personas que han visto las *Casas Grandes*. Sería necesario tener un pormenor de su forma y dimensiones; pero esto es muy difícil en el día, por haberse despoblado aquel país, de resultas de las furiosas incursiones de los Apaches y otras naciones bárbaras.

(2) La mansión de los Aztecas en Hueicohuacan consta por el testimonio de todos sus historiadores, como también su separación en Chicomoctoc. De su paso por la Tarahumara hay tradiciones entre aquellos pueblos setentrionales. Cerca del Nayarit, hay trincheras hechas por los Coras para defenderse de los Mexicanos, en el viaje que estos hicieron de Hueicohuacan á Chicomoctoc.

bien una silla de juncos y cañas paró conducirlo, á la que dieron el nombre de *Tcoicpalli* (silla de Dios), y eligieron los sacerdotes que debían llevarlo en hombros, que eran cuatro á la vez, y se llamaban *Tcollanacatzque* (siervos de Dios), y al acto de llevarlo llamaron *Neomama*, esto es, llevar en hombros á Dios.

De Hueicohuacan, caminando muchos días hácia Levante, llegaron á Chicomoctoc, donde se detuvieron. Hasta allí habían viajado juntas las siete tribus de Nahuatlacas; mas en aquel punto se dividieron, y pasando adelante los Xochimilcos, los Tepanecas, los Colhuas, los Chalqueses, los Tlahuicas y los Tlaxcaltecas, quedaron allí los Mexicanos con su ídolo. Estos dicen que la separación se hizo por espreso mandato de su dios; mas verosímil es sin embargo, que se originase de alguna discordia suscitada entre aquellas tribus. No es conocida la situación de Chicomoctoc, donde los Mexicanos residieron nueve años: yo creo sin embargo que debía estar á veinte millas de Zacatecas, hácia Mediodía, en el sitio en que hoy se ven las ruinas de un gran edificio, que sin duda fué obra de los Mexicanos durante su viaje; porque ademas de la tradición de los Zacatecas, antiguos habitantes de aquel país, siendo estos enteramente bárbaros, ni tenían casas ni sabían hacerlas, ni puede atribuirse sino á los Aztecas aquella construcción descubierta por los españoles. La disminución que allí experimentó su número de resultas de la separación, sería sin duda la causa de no haber fabricado otros edificios en el resto de su caminata.

Del país de los Zacatecas, andando hácia Mediodía, por Ameca, Cocula y Zacuala, pasaron á la provincia marítima de Colima, y de esta á la de Zacatula; de donde, volviendo hácia Levante, subieron á Malinalco, lugar colocado en las montañas que rodean el valle de Toluca (1),

(1) Consta de los manuscritos del P. Juan

y dirigiéndose al Norte, llegaron en 1196 á la célebre ciudad de Tula (1).

En el viaje de Chiconoztoc á Tula, se detuvieron un poco en Coaticamac, donde la tribu se dividió en dos facciones, que fueron después eternos rivales, y se hicieron mutuamente gravísimos perjuicios.

Las causas de esta discordia fueron, según dicen, dos bultos ó envoltorios que se aparecieron de un modo maravilloso en medio del campamento. Acercándose algunos de ellos á reconocer uno de aquellos objetos, encontraron una piedra preciosa, sobre cuya posesion hubo una gran contienda, pues cada uno quería apoderarse de ella, creyendo que era un don de su divinidad. Pasaron después á ver lo que contenía el otro bulto, y solo hallaron en él dos leños. A primera vista los despreciaron como cosa vil; pero advertidos por el sabio Huitziton de la utilidad que de ellos podrían sacar para hacer fuego, los apreciaron mucho mas que la piedra.

Los que se habian apoderado de esta, fueron los que después de la fundacion de México se llamaron *Tlaltelolcos*, del sitio en que se establecieron cerca de aquella ciudad: los otros que tomaron los leños, fueron los que se llamaron *Mexicanos* ó *Tenocheas*. Esta relacion no es una verdadera historia, sino un apólogo ideado para enseñar que se debe preferir lo útil

Tobar, jesuita muy versado en las antigüedades de aquellas naciones, que los Mexicanos pasaron por poblaciones de Michuacan; y no pudieron ser otras que las de Colima y Zacatula, que entonces verosimilmente pertenecian á su reino, como hoy pertenecen á la misma diócesis. Si hubieran hecho por otro camino el viaje á Tula, no hubieran pasado por Malinalco.

(1) La época de la Hogaña de los Mexicanos á Tula, en 1196, está confirmada por una historia manuscrita, en lengua mexicana, citada por Boturini. En este punto de cronología están de acuerdo todos los autores.

á lo bello. A pesar de la enemistad, los dos partidos vinieron juntos por el inagotable interes de la proteccion de su número (1).

No es de estrañar que los Aztecas diesen tantos rodeos, y caminasen en millas mas de lo que necesitaban para llegar á Anáhuac; pues que no se habia propuesto término fijo, y solo andaban buscando un pais en que pudiesen gozar ventajosamente todas las comodidades de la vida. Tampoco hay que maravillarse de que erigiesen en algunos puntos vastos edificios, creyendo sin duda que cada lugar en que se detenian era el término de su peregrinacion. Muchos les parecieron al principio oportunos para formar un establecimiento, y después los abandonaron por la esperiencia de los inconvenientes que no habian previsto. Donde quiera que se detenian, alzaban un altar á sus dios, y al irse dejaban allí á los enfermos probablemente otros que los cuidasen, y los que, cansados de tan larga romería, no querian exponerse á nuevos trabajos.

En Tula estuvieron nueve años, y después once en otros sitios poco distantes de allí, hasta que en 1216 llegaron á Zumpanco, ciudad considerable del valle de México. Teohpanecatli, señor de aquella ciudad, los acogió con extraordinaria benignidad; y no contento con darles cómodo alojamiento y regalarlos abundantemente, aficionándolos cada vez mas con el trato y familiaridad, pidió á los gefes de la nacion alguna doncella noble, para muger de su hijo Ilhuicatli. Los Mexicanos, agradecidos á tanta benevolencia, le dieron á Tlapacantzin, la cual se casó muy en breve con aquel jóven ilustre, y de es-

(1) Es indudable que esta historia es un apólogo; pues los Aztecas sabian muchos siglos antes el modo de hacer fuego con la fraccion de los leños.

te enlace descendien, como veremos despues, los reyes mexicanos.

Despues de una residencia de siete años en Zimapan, se fueron con el jóven Ilhuicatl á Tizayocan, ciudad poco distante de aquella. Allí dió á luz Tlapacantzin un niño, que se llamó *Huitzilhuicatl*, y al mismo tiempo dieron otra doncella á Xocuatzin, señor de Cuauhtitlan. De Tizayocan pasaron á Tolyetlac, y Tepeyacac, donde actualmente está el pueblo y el famosísimo santuario de la Virgen de Guadalupe. Todos estos sitios están en las orillas del lago de Tezcoco, y muy próximos al terreno en que despues estuvo México. Allí vivieron veintidos años.

Desde que se aparecieron en aquel país los Mexicanos, fueron reconocidos por orden de Xolotl, que á la razon reinaba, el cual, no teniendo que temer nada de ellos, les permitió establecerse donde pudiesen; pero hallándose en Tepeyacac muy molestados por Tenanacaltzin, caudillo de los Chichimecas, se refugiaron en Chapultepec, monte situado á la orilla occidental del lago, á dos millas escasas del sitio en que se fundó Mexico. Ocurrió esta retirada por los años de 1245, reinando Nopalztin, y no Quinatzin (1), como dicen Torquemada y Boturini.

Las persecuciones que allí sufrieron de muchos caudillos, y especialmente del de Xaltocan, los obligó á retirarse, despues de una permanencia de diez y siete años, para buscar un asilo mas seguro en Acoacole, que era un grupo de islas, en la estrechidad meridional del lago. Allí pasa-

ron por espacio de cincuenta años la vida mas miserable. Sustentábanse de peces, de insectos y de raices, y cubríanse con las hojas de una planta llamada *Amoztli*, que nace abundantemente en el lago, por haberse gastado enteramente sus ropas y no hallar medios de hacer otras nuevas. Sus habitaciones eran pobrísimas chosas, hechas de caña y juncos que el lago produce. Seria increíble que hubiesen podido vivir tantos años en un sitio tan incómodo y llevar una existencia tan desventurada, si no constase por el testimonio de sus historiadores, y por los sucesos ocurridos despues.

ESCLAVITUD DE LOS MEXICANOS EN COLHUACAN.

Allí á lo ménos, en medio de sus miserias, eran libres, y la libertad sucuzaba algun tanto sus infortunios; pero en 1314 se agregó á todos ellos la esclavitud. Los historiadores no están de acuerdo acerca de aquel suceso. Unos dicen que el gefe ó rey de Colhuacan, ciudad poco distante del sitio en que vivian los mexicanos, no pudiendo sufrir que se mantuviesen en su territorio sin pagarle tributo, les declaró la guerra, y habiéndolos vencido, los hizo esclavos. Otros cuentan que aquel caudillo les envió una embajada, diciéndoles: que compadecido de sus desgracias, y de los males que sufrían en aquellas islas, les concedia un sitio mas cómodo donde pudiesen vivir con mas anchura: que los Mexicanos, deseosos de mudar de condicion, aceptaron inmediatamente aquella gracia, y dejaron la morada en que hasta entónces habian residido; pero que apenas salieron de ella, fueron atacados por los Colhuas, y hechos prisioneros. Fuese de un modo ó de otro, lo cierto es que los Mexicanos pasaron en calidad de esclavos á Tizapan, lugar perteneciente entónces al estado de Colhuacan.

[1] Si reinaba entónces Quinatzin, es necesario suponer que su reinado y el de su sucesor comprendieron un espacio de 161 años, y aun mas si se adopta la cronología de Torquemada, el cual supone que aquel monarca reinaba cuando los Mexicanos entraron en el valle.

Después de algunos años de esclavitud, se suscitó una guerra entre los Colhuas y los Xochimilcos sus vecinos, con tanta desventaja de los primeros, que en todos los encuentros fueron vencidos. Aflijidos por tantas pérdidas, echaron mano de sus prisioneros, á quienes mandaron disponer para la guerra; mas no les suministraron las armas necesarias, ó porque se habían consumido las que tenían en las batallas anteriores, ó por dejarlos en libertad de armarse á su modo. Los mexicanos, viendo que aquella era una excelente ocasión de grangearse la gracia de sus señores, se determinaron á hacer en defensa de estos los últimos esfuerzos del valor. Armáronse todos con bastones largos y fuertes, cuya punta endurecieron al fuego, tanto para atacar con ellos á sus enemigos, como para saltar de un islote á otro, si llegaba el caso de combatir en el agua. Hicieron escudillos de itzthl, y escudos de cañas. Conviniéron en no detenerse, como solían hacerlo, en recoger prisioneros, sino contentarse con cortarles una oreja y dejarlos ir sin hacerles mas daño. Con estas disposiciones salieron al campo, y mientras combatían con los Colhuas y los Xochimilcos, ó por tierra en las orillas del lago, ó por agua en barcos, se arrojaron impetuosamente á los enemigos, sirviéndose de sus bastones en el agua, y cortando á los prisioneros una oreja, que guardaban en las cestas que llevaban con este fin; pero matando al que se resistía. De este modo lograron los Colhuas una victoria tan completa, que los Xochimilcos no solo abandonaron el campo, sino que no teniendo valor para permanecer en su ciudad, huyeron á los montes.

* Terminada aquella acción con tanta gloria, se presentaron los soldados Colhuas al general con los prisioneros que habían hecho; porque no se estimaba entre ellos

el valor de las tropas por el número de enemigos que dejaban muertos en el campo de batalla, sino por el de los que traían, y presentaban vivos á su jefe. No puede negarse que esta práctica era conforme á la razón y á la humanidad. Si el príncipe puede vengar sus derechos, y rechazar sus enemigos sin matarlos, la humanidad exige que se les conserve la vida. Si se considera la utilidad, un enemigo muerto no puede hacer daño, pero tampoco puede servir, y de un prisionero se puede sacar mucha ventaja, sin recibir ningún perjuicio. Si se considera la gloria, mayor esfuerzo se necesita para privar á un enemigo de la libertad, que para quitarle la vida en el calor de la acción. Fueron llamados á su vez los Mexicanos para ver cuantos prisioneros habían hecho; pero no presentando ninguno (porque cuatro que tenían los habían escondido, con el fin que después veremos), fueron tratados de cobardes por el general, y vilipendiados por los soldados Colhuas. Entónces ellos, sacando los canastos llenos de orejas, "inferid, dijeron, por el número de estos despojos, el de los prisioneros que hubiéramos podido hacer, si hubiéramos querido; pero no nos ha parecido bien perder el tiempo en atarlos, y hemos preferido acelerar la victoria." Con esta respuesta quedaron los Colhuas algo amedrentados, no ménos de la astucia, que del valor de sus esclavos.

Los Mexicanos, restituidos al lugar de su residencia, que según parece, era entonces Huiztilopocho, erigieron un altar á su dios protector; pero queriendo en dedicación ofrecerle algun objeto precioso, se lo pidieron á su señor. Este les mandó por desprecio un saco sucio de tela gruesa, y dentro un pajarito muerto con otras inmundicias, que los sacerdotes Colhuas llevaron al altar, y se retiraron sin

hablar palabra. Por grande que fuese el enojo de los Mexicanos, á vista de una burla tan indigna, reservando para otro tiempo la venganza, pusieron sobre el altar, en lugar de aquellos inmundicios, un cuchillo de itzli y una yerba olorosa. Llegado el día de la ceremonia, quisieron asistir á ella el jefe de la nacion, y la nobleza, no para honrar la fiesta, sino para burlarse de sus esclavos. Comenzaron la función los Mexicanos con un baile solemne, al que comparecieron con las mejores ropas que tenían; y cuando mas atentos estaban los circunstantes, sacaron á los cuatro prisioneros Xochimilcos, que hasta aquel tiempo habian tenido ocultos: despues de haberlos hecho bailar un rato, los sacrificaron sobre una piedra, rompiéndoles el pecho con el cuchillo de itzli, y sacándoles los corazones, que aun calientes y palpitantes ofrecieron á su dios.

Tan inhumano sacrificio, el primero de esta especie que sepamos se haya hecho en aquel pais, causó tanto horror á los Colhuas, que regresando inmediatamente á Colhuacan, determinaron deshacerse de aquellos crueles esclavos, que con el tiempo podrian serles muy perjudiciales. En consecuencia, Coxcox, que así se llamaba el caudillo, les dió orden de salir de su territorio, y de ir á donde quisiesen. Salieron contentos los Mexicanos de su esclavitud, y encaminándose hácia el Norte, llegaron á Acatzitzitlan, lugar situado entre los dos lagos, llamado despues por ellos *Mexicacaltenco*, nombre que significa lo mismo que *México*, y se lo dieron por el mismo motivo que tuvieron en seguida para dárselo á la capital, como en otra parte veremos; pero no hallando allí la comodidad que buscaban, y queriendo alejarse mas de los Colhuas, pasaron á Iztacalco, aproximándose al sitio en que despues estuvo México. Allí hicieron un

montecillo de papel, en el que probablemente representaban á Colhuacan (1), y pasaron una noche entera bailando en torno, cantando su victoria sobre los Xochimilcos, y dando gracias á su dios por haberlos libertado del dominio de los Colhuas.

Despues de haber vivido dos años en Iztacalco, pasaron finalmente á aquel sitio del lago, donde debian fundar su ciudad. Hallaron allí un nopal, ó sea tuna, ú opuncia, nacida en una piedra, y sobre aquella planta un águila: por esto dieron á aquel pais, y despues á su ciudad el nombre de *Tenochtitlan* (2). Dicen todos, ó casi todos los historiadores de México, que aquellas eran precisamente las señas dadas por el oráculo para la fundacion de la ciudad: sobre lo cual añaden otros sucesos fuera del curso de la naturaleza, que yo omito, por parecerme fabulosos, ó inciertos á lo ménos.

FUNDACION DE MEXICO.

Luego que los Mexicanos tomaron posesion de aquel sitio, edificaron una cabaña á su dios Huitzilopochtli. La dedicacion de aquel santuario, aunque miserable, no se hizo sin efusion de sangre humana; porque habiendo salido un atrevido Mexicano á buscar un animal para inmolarlo en las aras de la divinidad, se encontró con un Colhua llamado *Xomimitl*, y habiendo venido de las palabras á las manos, por causa de la antigua enemistad de aquellos dos pueblos, lo venció el Mexi-

[1] Los Mexicanos representaban á Colhuacan en sus pinturas, bajo la imágen de un monte corcovado, que es lo que significa aquella palabra.

[2] Muchos autores españoles y de otras naciones, han alterado aquel nombre, por la ignorancia de la lengua mexicana; así que, en sus obras se lee *Tenoztitlan*, *Temistitan*, *Tenchtitlan*, &c.

cano, y lo llevó atado á sus compatriotas, los cuales lo sacrificaron inmediatamente, y con gran júbilo presentaron sobre el altar el corazón que le habían arrancado del pecho, sirviendo aquella crueldad, no ménos de desahogo á su cólera contra los Colhuas, que de culto sanguinario de aquel falso númer. En torno del santuario fabricaron sus pobrísimas cabañas de cañas y juncos, por carecer entonces de otros materiales. Tal fué el principio de la gran ciudad de Tenochtitlan, que con el tiempo debía ser la corte de un vasto imperio, y la mayor y mas hermosa ciudad del Nuevo-Mundo. Llamóse tambien *México*, que es el nombre que conservó, cuya denominacion, tomada del nombre de su dios tateclur, significa *lugar de Méxi-clli ó Huitzilopochtli*, pues de estos dos modos se llamaba (1).

La fundacion de México ocurrió en el año 2 de Calli, correspondiente al 1325

(1) Hay una gran variedad de opiniones entre los autores sobre la etimología de la palabra *México*. Algunos dicen que vienen de *Metzi*, que significa luna, porque vieron la luna reflejada en el lago, como el oráculo habia predicho. Otros dicen que *México* quiere decir fuente, por haber descubierto una de buen agua en aquel sitio. Mas estas dos etimologías son violentas, y la primera, ademas de violenta, ridicula. Ya oí en algun tiempo que el nombre verdadero era *México*, que quiero decir en el centro del maguey ó pita, ó aloe mexicano; pero me desengañó el estudio de la historia, y ahora estoy seguro de que *México* es lo mismo que lugar de *Mexitli ó Huitzilopochtli*, es decir, el Marte de los Mexicanos, á causa del santuario que en aquel sitio se le erigió; de modo que México era para aquellos pueblos lo mismo que *Fanua Martis* para los romanos. Los Mexicanos quitán en la composicion de los nombres de aquella especie, la sílaba final *li*: el *co* que les añaden es nuestra preposicion *en*. El nombre *Mexicatlitzinco* significa sitio de la casa ó templo del dios *Mexitli*; de modo que lo mismo valen *Huitzilopochtli*, *Mexicatlitzinco* y *México*, nombre de los tres puntos que sucesivamente habitaron los Mexicanos.

de la era vulgar, reinando en aquel pais el Chichimeca Quinatzin. Pero no por haber mudado de residencia los Mexicanos cambió repentinamente de aspecto su fortuna; pues aislados en medio del lago, sin tierras que sembrar, sin ropas de que cubrirse, y en perpétua desconfianza de sus vecinos, llevaban una vida tan miserable, como en los otros puntos en que antes habian habitado, sosteniéndose tan solo de animales y de vegetales acuáticos.

Pero ¿de qué no es capaz la industria humana estimulada por la necesidad? La mayor que sentian los Mexicanos era de terreno para sus habitaciones, pues la isla de Tenochtitlan no bastaba á toda la poblacion. Ocurrieron á esta exigencia haciendo estacadas en los sitios en que estaban unas bajas las aguas, terraplenándolas despues con piedras y ramazon, y uniéndolas á la isla principal algunas otras mas pequeñas que estaban poco distantes. Para proveerse despues de piedras, de leña, de pan, y de todo lo que necesitaban para sus habitaciones, su ropa y su sustento, se aplicaron con sumo esmero á la pesca, no solo del pez blanco, de que ya hemos hecho mencion, sino tambien de otros peces ó insectos acuáticos, y á la caza de innumerables especies de aves, que acuden allí á buscar alimento. Con la venta de estos objetos que hacian en los pueblos situados en las orillas del lago, adquirían todo lo que les hacia falta.

Pero donde hizo el mayor esfuerzo su industria, fué en los huertos flotantes que hicieron con ramas, y con el fango del mismo lago, de cuya estructura hablaré despues; en los cuales sembraban maíz, pinueto, chin, judías y calabazas.

DIVISION DE LOS MEXICANOS.

Así pasaron los Mexicanos los trece primeros años de su establecimiento, arre-

glando, como mejor podian, su órden civil, y remediando sus miserias á fuerza de industria y trabajo. Hasta aquel tiempo se habia conservado siempre unida toda la tribu, á pesar de la discordia de las dos facciones que se habian formado en el tiempo de su peregrinacion. Esta discordia, que se habia transmitido de padres á hijos, estalló al fin por los años de 1338. No pudiendo soportarse mutuamente las dos facciones, una de ellas tomó la resolucion de separarse; pero no pudiendo alejarse tanto como se lo sugeria su concono, se detuvo en otra isla, poco distante de la primera, y situada al Norte de ella, la cual, por haberse encontrado allí un monton de arena, fué llamada *Xaltitolo*, y despues, por el terraplen que hicieron, *Tlaltitolo*, nombre que hasta ahora ha conservado (1). Los que se establecieron en la nueva isla, que despues fué unida con la primera, se llamaron *Tlaltitolo*s, y los que permanecieron en el primer sitio, *Tenocheas*; pero nosotros los llamaremos Mexicanos, como los llaman todos los escritores.

Poco ántes, ó poco despues de este acacimientto, dividieron los Mexicanos su miserable ciudad en cuatro cuarteles, señalando á cada uno un dios tutelar, además del que protejia á toda la nacion. Esta division subsiste actualmente con los nombres de San Pablo, San Sebastian, San Juan y Santa María (2). En medio

de los cuatro estaba el santuario de Huitzilopochtli, á quien tributaban los principales cultos.

SACRIFICIO INHUMANO.

En honor de esta funesta divinidad hicieron por aquel tiempo un horrendo sacrificio, que no se puede oír sin espanto. Mandaron al caudillo de Colhuacan una embajada, rogándole que les diese alguna de sus hijos, para consagrarla como madre de su dios protector, significándole ser esta una órden espresa de aquel número, para exaltarla á tan sublime gerarquía. El caudillo, envanecido con la esperanza de tener una hija deificada, ó quizás atemorizado con las desgracias que podrian sobrevenirle, si desobedecia á un dios, concedió á los Mexicanos lo que le pedian, tanto mas fácilmente, cuanto que no preveía lo que iba á suceder. Los Mexicanos condujeron con gran júbilo aquella noble doncella á su ciudad; pero apenas llegó, maudó el demonio, segun dicen los historiadores, que le fuese sacrificada, y desollada despues de muerta, y que con su pellejo se vistiese alguno de los principales jóvenes de la nacion. Fuese en efecto órden del demonio, ó lo que es mas verosímil, cruel invencion de aquellos bárbaros sacerdotes, lo cierto es que el plan se ejecutó puntualmente. Convidado el caudillo por los Mexicanos á la apoteosis de su hija, fué á ser espectador de aquella gran funcion, y uno de los adoradores de la nueva divinidad. Entró en el santuario, donde al lado del idolo estaba en pié el jóven, vestido con la sanguinosa piel de la victima; pero la obscuridad no le permitió ver lo que pasaba. Pusiéronle en la mano un incensario, y un poco de copal, á fin de que hiciese las ceremonias del cul-

(1) Los antiguos representaban á Tlaltitolo en sus pinturas, bajo la figura de un monton de arena. Si hubieran sabido esto los que enprehendieron la interpretacion de las pinturas mexicanas, que con las Cartas de Cortés se publicaron en México el año de 1770, no hubieran llamado á dicho sitio *Tlaltitolo*, traduciendo este nombre por horno.

[2] El cuartel que hoy es de San Pablo fué llamado por los Mexicanos *Teopan* y *Nochimilca*; el de San Sebastian *Azacualco*; el de

San Juan *Moyotla*; el de Santa María, *Cacopan* y *Tlaquechahuacan*.

to; pero habiendo visto á la luz de la llama que hizo el copal, aquel horrible espectáculo, se le conmovieron de dolor las entrañas, y arrebatado por violentos afectos, salió gritando como un loco, y mandando á su gente que tomase venganza de tan bárbaro atentado: mas no se atrevieron á obedecerle, sabiendo que inmediatamente hubieran sido oprimidos por la muchedumbre; con lo que el desconsolado padre se

volvió á su casa, á llorar su infortunio todo el resto de su vida. Su infeliz hija fué diosa, y madre honoraria, no solo de Huitzilopochtli, sino de todos sus dioses, que es lo que significa el nombre de *Tecotiman*, con el cual fué desde entónces conocida y reverenciada. Tales fueron en aquella nueva ciudad los principios del bárbaro sistema de religion, cuyos parmenores daré en otro libro.



LIBRO TERCERO.

Fundacion de la monarquía mexicana; sucesos de los Mexicanos bajo sus cuatro primeros reyes, hasta la derrota de los Tepanecas y la conquista de Azcapotzalco. Proezas y acciones ilustres de Moctezuma Ihuicamina. Gobierno y muerte de Techotlalla, quinto rey chichimeca. Revoluciones del reino de Acolhuacan. Muerte del rey Xatlilxochitl y de los tiranos Tezozomoc y Maxtlaton.

ACAMAPITZIN, PRIMER REY DE MEXICO.

Hasta el año de 1352, el gobierno de los Mexicanos habia sido aristocrático, obediendo toda la nacion á un cuerpo compuesto de las personas mas notables por su nobleza y sabiduría. Los que la regia cuando se fundó México, eran veinte (1), y el principal de ellos *Tenoch*, como parece en sus pinturas. La suma humillacion en que se hallaban, el daño que les hacian sus vecinos, y el ejemplo de los Chichimecas, de los Tepanecas y de los Colhuas, los estimularon á erigir su pequeño estado en monarquía, no dudando que la autoridad régia daría mas esplendor al pueblo, y lisonjearse con la esperanza de hallar en el nuevo gefe un padre, que

[1] Los veinte señores que entonces regian la nacion se llamaban *Tenoch, Atzin, Acacitli, Ahucxotl ó Ahuciotl, Ocoapan, Xominilitl, Xihucac, Axolotl, Nanacatzin, Quetzin, Tlatala, Tzonitlayauh, Cozcotl, Tezcotl, Tochpan, Mimich, Tepepan, Tezcotl, Acolhuatl y Achitomecatl.*

guardaria del bien del estado, y un buen general que los defendiera de los insultos de sus enemigos. Fué de comun consentimiento elegido *Acamapitzin*, ó por aclamacion del pueblo, ó por los sufragios de algunos electores, á cuya decision se sometieron voluntariamente todos, como despues se hizo.

Era *Acamapitzin* uno de los mas ilustres y prudentes personajes que entonces habia en la nacion. Su padre era *Opochtli*, Azteca de la primera nobleza (1), y su madre *Atozotli*, princesa de la casa

[1] Algunos historiadores dicen que *Acamapitzin*, que suponen nacido en la esclavitud de Colhuacan, fué hijo de *Huitzilhuilit* el viejo; pero no es verosímil. *Huitzilhuilit*, nacido cuando los Mexicanos estaban en Tizayuca, no tenia menos de noventa años cuando la esclavitud. Luego no pudo ser padre, sito abuelo de *Acamapitzin*. En esto seguimos al Dr. Sigüenza, que averiguó con mas critica que Torquemada la genealogía de los reyes mexicanos.

real de Collhuacan (1). Por parte de padre, traía su origen de Tochpanecatl, aquel gefe de Zumpanco, que tan benignamente acogió á los Mexicanos cuando llegaron á su ciudad. Aun no se habia casado; por lo que se determinó buscarle una jóven de las primeras casas de Anáhuac. Pero ántes enviaron sucesivamente embajadas al gefe de Tacuba y al rey de Azcapozalco; mas de todos fueron desechadas sus proposiciones con desprecio. Entónces, sin desanimarse por tan ignominiosa acogida, hicieron la misma demanda á Acolmiztli, señor de Coatlichan, y descendiente de uno de los tres príncipes Acolhuas, rogándole que les diese por reina alguna de sus hijas. Cedió aquel personaje á sus plegarias, y les dió á su hija Ilanucitl, la que llevaron en triunfo los Mexicanos, y celebraron con gran alegría las bodas.

CUACUAUHPIZAHUAC, REY PRIMERO DE TLATELOLCO.

Los Tlatelolcos, que por ser vecinos y rivales de los Mexicanos, observaban siempre lo que pasaba en Tenochtitlan, ya para enular su gloria, ya para no verse con el tiempo oprimidos por su poder, crearon tambien un rey; pero no teniendo por conveniente que fuese de su nacion, sino de los Tepanecas, en cuyo territorio estaban Tlatelolco y México, pidieron al rey de Azcapozalco uno de sus hijos, á fin de que los rigiese como monarca, y ellos como vasallos lo obedeciesen. El rey les dió al príncipe Cuacuahpitzahuac, el cual fué inmediatamente coronado como primer rey de Tlatelolco el año de 1353.

(1) Es de extrañar que Opochtli se case con una dama tan ilustre, en la época del envilecimiento de su nacion; mas no dejan duda sobre aquel casamiento las pinturas de los Mexicanos y de los Colhuas, que vió el doctísimo Sigüenza.

Es de creer que los Tlatelolcos, al hacer esta demanda al rey, tanto por adularlo, como por irritarlo contra sus rivales los Mexicanos, le exageraron la insolencia de estos en crear un rey sin su permiso; pues el rey convocó á sus consejeros y les habló así: "¿Que os parece, nobles Tepanecas, del atentado de los Mexicanos? Ellos se han introducido en nuestros dominios, y van aumentando considerablemente su ciudad y su comercio; y lo que es peor, han tenido la osadía de elegir un rey de su nacion, sin esperar nuestro consentimiento. Si esto hacen en el principio de su establecimiento, ¿qué puede esperarse que hagan cuando se hayan multiplicado y aumentado sus fuerzas? ¿No es de temer que en el porvenir, en lugar de pagarnos el tributo que les hemos impuesto, pretendan que nosotros se lo paguemos, y que el reyozuelo de los Mexicanos quicra ser tambien monarca de los Tepanecas? Yo creo necesario aumentar sus cargas, á fin de que fatigándose para pagarlas, se consuman, ó no pagándolas, sufran nuevos males, y se vean al fin obligados á salir de nuestros dominios."

NUEVAS CARGAS IMPUESTAS A LOS MEXICANOS.

Aplaudieron todos esta resolucíon, como debia esperarse; pues el príncipe, que al consultar á otros, descubre sus intencíones, mas bien busca panegristas que lo ayuden, que consejeros que lo iluminen. Envió pues el rey á decir á los Mexicanos, que siendo tan reducido el tributo que hasta entónces le habian pagado, quería duplicarlo para en adelante: ademas de lo cual debian darle no só cuántos millares de haces de sauces y abetos, para plantarlos en los caminos y en los jardines de Azcapozalco, y llevarle á su corte un gran

huerto flotante en que estuviesen sembradas y nacidas todas las plantas de uso común en Anáhuac.

Los Mexicanos, que hasta entónces no habian pagado otro tributo que cierta cantidad de peces, y cierto número de pájaros acuáticos, se afigieron al recibir esta noticia, temiendo que se aumentasen progresivamente sus cargas; pero hicieron cuanto se les habia prescrito, llevando en el tiempo señalado, con las aves y los peces, las buces y el huerto. Los que no hayan visto los bellísimos jardines que hasta nuestros tiempos se han cultivado sobre el agua, y con la facilidad con que se trasportan á donde se quiere, no podrán sin dificultad persuadirse de la verdad de aquel hecho; pero los que los han visto, como yo, y todos los que han navegado en aquel lago, donde los sentidos hayan el mas suave recreo de cuantos pueden gozar, no vacilarán en darle ascenso. Pagado aquel tributo, les mandó el rey que el año siguiente llevasen otro huerto, y en el una ánaco y una garza, empoynando una y otra sus huevos; pero de tal modo, que al llegar á Anáhuac, empezasen á salir los pollos. Obedecieron los Mexicanos, y con tanto acierto tomaron sus medidas, que el insensato rey tuvo el gusto de ver salir á los pollos de los cascarrones. Para el año siguiente ordenó que le llevasen otro huerto con un ciervo vivo. Este mandato era de difícil ejecucion, pues para cazar al ciervo era necesario ir á los montes de tierra firme, con evidente peligro de hallar á sus contrarios; sin embargo, lo ejecutaron puntualmente, para evitar mayores perjuicios. Esta dura opresion de los Mexicanos no duró menos de cincuenta años. Los historiadores de México aseguran que aquel pueblo imploraba en todas sus aflicciones la proteccion de sus dioses, y que estos le facilitaban la ejecucion de

aquellas órdenes tiránicas: yo sin embargo soy de distinta opinion.

El pobre rey Acamapitzin, tuvo ademas de estos disgustos, el de la esterilidad de la reina Ilancueitl; por lo que se casó con Tezcatlamiahuatl, hija del señor Tetzepanco, de la que nacieron muchos hijos, y entre ellos Huitzililuitl y Quimilpopoca; sus sucesores en el trono. Tomó esta segunda muger sin dejar á la primera; ántes bien las dos vivian en tanta concordia, que Ilancueitl se encargó de la educacion de Huitzililuitl. Tuvo ademas con el título de reina, otras mugeres, y entre ellas una esclava, de que nació Tezcoatl, uno de los mejores y mas célebres reyes que hubo en Anáhuac. Gobernó Acamapitzin pacíficamente su ciudad, á que se reducía entónces todo su reino, por espacio de treinta y siete años. En su tiempo se aumentó la poblacion, se fabricaron algunos edificios de piedra, y se empezaron los canales, que no sirvieron menos á la hermosura de la ciudad, que á la utilidad de los habitantes. El traductor de la *Coleccion* de Mendoza atribuye á este rey la conquista de Mizquic, de Cuiclahuac, de Cuauhnahuac y de Xoquimilco. Pero ¿quién podrá creer que los Mexicanos emprendiesen la conquista de cuatro ciudades tan populosas, cuando apenas podian sostenerse en su propio establecimiento? La pintura de aquella *Coleccion* que representa las cuatro ciudades vencidas por los Mexicanos, debe entenderse como símbolo del auxilio que estos prestaron á otros estados, á la manera en que despues sirvieron al rey de Tezcoaco contra los Xaltocanenses.

Poco ántes de morir convocó Acamapitzin á los magnates de la ciudad, y les hizo un breve discurso, recomendándoles sus mugeres, sus hijos y el celo por el bien público. Les dijo, que habiendo re-

cibido la corona de sus manos, se la restituía para que la diesen al que estimasen mas capaz de ser útil á la nacion, y les espresó el sentimiento que tenia por dejarla tributaria de los Tepanecas. Su muerte acaecida en 1389, fué muy sensible á los Mexicanos, y sus exéquias se celebraron con toda la solemnidad que permitia la miseria de la nacion.

Desde la muerte de Acamapitzin hasta la eleccion del nuevo rey, hubo, segun dice el Dr. Sigüenza, un interregno de cuatro meses: lo que no volvió á ocurrir en lo sucesivo, pues desde entónces, pocos días despues de muerto el rey, se nombraba el sucesor. Aquella vez pudo retardarse la eleccion, por estar ocupada la nobleza en arreglar el número de electores, y establecer las ceremonias de la coronacion, que empezaron desde entónces á observarse.

Reunidos los electores escogidos por los nobles, el mas anciano los habló de este modo: "Mi edad me da derecho de hablar el primero. Grande es, jó nobles Mexicanos! la desgracia que hemos experimentado con la muerte de nuestro rey, y nadie debe llorarla mas que nosotros, que éramos las plumas de sus alas, y las pupilas de sus ojos. Tan grande desventura debe parecernos mayor, por el estado calamitoso en que nos hallamos, bajo el dominio de los Tepanecas, con oprobio del nombre mexicano. Vosotros, pues, á quienes tanto urge el remedio de las presentes calamidades, pensad en elegir un rey que cuide del honor de nuestro poderoso dios Huitzilopochtli, que venga con su brazo las afrontas hechas á nuestra nacion, y que ponga bajo la soubra de su clemencia á los huérfanos, á las viudas y á los ancianos."

HUITZILHUTTL, SEGUNDO REY DE MEXICO.

Acabada aquella breve arenga, dieron los nobles sus votos, y salió electo Huitziluhuitl, hijo del difunto Acamapitzin. Salieron los electores, y dirijiéndose á la casa del nuevo soberano, lo llevaron consigo al *tlatocacipalli*, ó sea trono, ó silla real; y haciéndole tomar asiento, lo ungieron del modo que despues explicaré: le pusieron en la cabeza el *copilli* ó corona, y uno á uno le prestaron obediencia. Entónces uno de los personajes de mas alta gerarquía alzó la voz, y habló al rey en estos términos: "No os desaniméis, generoso jóven, con el nuevo cargo que os hemos impuesto, de ser gefe de una nacion encerrada entre las gentes y juncos de este lago. Desventura es sin duda tener un pequeño estado, establecido en distrito ajeno, y regir una nacion, que siendo en su origen libre, ha llegado á ser tributaria de los Tepanecas. Pero consolaos, sabiendo que estamos bajo la proteccion de nuestro gran dios Huitzilopochtli, cuya imágen sois, y cuyo lugar ocupais. La dignidad á que habeis sido elevado por él, no debe servir de pretexto para daros al ocio y á la holgura, sino mas bien de estímulo para el trabajo. Tened siempre á la vista los nobles ejemplos de vuestro padre, el cual ne ahorró fatiga alguna para promover el bien de su pueblo. Quisieramos, jó Señor! haceros regalos dignos de vuestra persona; mas pues no lo permite la condicion en que nos hallamos, dignaos recibir nuestros deseos y las promesas de nuestra constante fidelidad."

Aun no estaba casado Huitziluhuitl cuando subió al trono: por lo que se pensó muy en breve darle muger, y quisieron los nobles que esta fuese alguna hija del mismo rey de Azcapotzalco; pero por un

esponerse á una respuesta tan ignominiosa como la que tuvieron en tiempo de Acamapitzin, resolvieron hacer esta vez la demanda con las mayores demostraciones de sumision y respeto. Fueron pues algunos nobles á Azcapozalco; y presentados al rey, puestos de rodillas en su presencia, espusieron en estos términos su pretension: "Ved aquí, gran señor, á vuestros piés á los pobres Mexicanos, esperando de vuestra benignidad una gracia harto superior á sus merecimientos; pero ¿á quién debemos acudir sino á vos, que sois nuestro señor y padre? Vednos aquí pendientes de vuestra boca, y prontos á obedecer la menor de vuestras señales. Os rogamos, pues, con el mas profundo respeto, que os compadezcáis de nuestro amo y siervo vuestro, Huitzilihuitl, encerrado en las espesas cañas del lago. Está sin muger, y nosotros sin reina. Dignaos, señor, dejar escapar de vuestras manos alguna joya, ó alguna pluma de vuestras alas. Dadnos una de vuestras hijas, á fin de que venga á reinar en vuestra tierra."

Estas expresiones, que son singularmente elegantes en la lengua mexicana, ablandaron de tal modo el ánimo de Tezozomoc, (que así se llamaba el rey), que inmediatamente entregó su hija Ayauhcihuatl á los embajadores, con indecible júbilo de estos; los cuales la condujeron en pompa á México, donde se celebró el casamiento con la acostumbrada ceremonia de atar la estremidad de la ropa de los novios. De este enlace nació el primer año un hijo, á quien dieron el nombre de *Acolnahuacatl*; pero deseoso de ennoblecer su nacion con nuevas alianzas, pidió y obtuvo Huitzilihuitl, del señor de Cuauhahuac una de sus hijas, llamada *Miahuacchitl*, de quien tuvo á Moctezuma *Ihuicamina*, el rey mas famoso de los Mexicanos.

TECOTLALA, REY DE ACOLHUACAN.

Reinaba á la sazón en Acolhuacan Tecotlala, hijo del rey Quinatzin. Los treinta años primeros de su reinado fueron bastante pacíficos; pero después se rebeló contra la corona Tzompan, señor de Xaltocan, el cual viendo que no tenia bastantes fuerzas para hacer frente á su soberano, llamó en su ayuda á los estados de Otompan, Meztitlan, Cuauhacan, Tecomic, Cuauhuitlan y Tepozotlan. Elrey Tecotlala les prometió el perdon, con tal que dejasen las armas y se sometiesen. Quizás usó de esta clemencia en consideracion á la ilustre sangre del gefe de la rebelion; pues era el último descendiente de Chiconcuahitl, uno de los tres príncipes Acolhuas.

Pero ensoberbecido este con el gran número de tropas que habia reunido, desechó con desprecio el perdon. Irritado entónces el monarca, envió contra los rebeldes un ejército, al que se unieron los Mexicanos y los Tepanecas llamados por él á su socorro. La guerra fué obstinada, y duró mas de dos meses; pero declarada finalmente la victoria por el rey, Tzompan y los otros gefes rebeldes fueron castigados con el último suplicio, terminando en aquel desacordado la clara estirpe de Chiconcuahitl. Esta guerra, hecha por los Mexicanos, como auxiliares del rey de Acolhuacan contra Xaltocan y los otros estados confederados, es la representada en la tercera pintura de la *Coleccion* de Mendoza; pero el intérprete se engañó creyendo que aquellas ciudades habian sido conquistadas por la corona de México.

Acabada la guerra, los Mexicanos volvieron gloriosos á su ciudad, y el rey Tecotlala, para evitar el porvenir nuevas rebeliones, dividió su reino en sesenta y cinco estados, dando á cada uno un

señor que lo rigiese, con subordinación á la corona. De cada estado sacó alguna gente para establecerla en otro, quedando sin embargo sometida al señor de cuyo estado salía, queriendo de este modo someter á los pueblos por medio de los extranjeros que en ellos establecía: política en verdad útil para evitar revueltas; pero dañosa á los súbditos inocentes, é incómoda á los gefes que los gobernaban. Además de esto, honró á muchos nobles con cargos eminentes. Hizo á Tetlato, general de los ejércitos; á Yalqui, aposentador é introductor de embajadores; á Tlami, mayordomo de palacio; á Anechichi, inspector de la policía de las casas reales, y á Colhuatl, director de los plateros de Ocoaco. Ninguno podía trabajar el oro y la plata para el servicio del rey, sino los hijos del mismo director, que para esto habian aprendido aquel arte. El aposentador de los embajadores tenia á sus órdenes cierto número de oficiales Colhuas; el mayordomo, los Chichimecas, y el inspector de la policía un número igual de Tepanecas. Con estas medidas aumentó el esplendor de la corte, y avanzó el trono de Acolhuacan, aunque no le fué dado evitar las revoluciones que despues vemos. Estos, y otros rasgos de política que se irán descubriendo en el curso de esta historia, demuestran el agravio que hicieron á los americanos, los europeos que los creyeron animales de otra especie y los que los juzgan incapaces de mejora.

La nueva alianza entre el rey de México y el de Azcapozalco, y la gloria que los Mexicanos adquirieron en la guerra de Xaltocan, contribuyeron no menos á vigorizar su situación política, que á mejorar su condicion privada; porque gozando de mas libertad y estension en su comercio, comenzaron en aquel tiempo á vestirse de algodón, del que en los tiempos

de su miseria habian estado privados, sin vestirse de otra cosa que de telas groseras, hechas con hilo de maguey ó con palmas silvestres. Pero apénas empezaron á respirar, salió contra ellos, de la misma familia real de Azcapozalco, un nuevo enemigo y sangriento perseguidor.

ENEMISTAD DE MAXTLATON CONTRA LOS MEXICANOS.

Maxtlaton, señor de Coyocacan, hijo del rey de Azcapozalco, hombre ambicioso, indómito y cruel, temido aun por su mismo padre, habia llevado muy á mal el casamiento de su hermana Ayauheihuatl con el rey de México. Disimuló algun tiempo su disgusto, por respeto á su padre; pero en el décimo año del reinado de Huiztilihuitl, se trasladó á Azcapozalco, y convocó á la nobleza, para esponerle sus quejas contra los Mexicanos y contra su rey. Representóle el aumento de la poblacion de México; exageró el orgullo y la arrogancia de aquella nacion, y los fatales efectos que podrian temerse de sus disposiciones, y sobre todo, se lamentó del gravísimo perjuicio que le habia hecho el rey de México quitándole su propia muger. Es necesario saber que Maxtlaton y Ayauheihuatl, aunque hijos de Tezozomoc, habian nacido de diversas madres, y quizás eran entónces licitos estos enlaces entre los Tepanecas. Sea que en efecto quisiese Maxtlaton casarse con su hermana, sea que se sirviese de aquel pretexto para dar rienda suelta á sus crueles designios, en aquella reunion se tomó la resolucion de llamar á Huiztilihuitl, para echarle en cara su temeridad. Fúé en efecto el rey de México á Azcapozalco; lo que no debe extrañarse, pues era costumbre entre los señores de aquella tierra visitarse unos á otros en sus territorios respectivos; además de que en Huiztilihuitl concurría la circunstancia particu-

lar de ser feudatario de aquella corona; porque aunque desde el nacimiento de Acolnahuacatl, la reina de México obtuvo de su padre Tezozomoc que aliviasse á los Mexicanos de las cargas á que por espacio de tantos años habian estado sujetos, siempre quedó México en la condicion de feudo de Azcapozalco, y los Mexicanos debían presentar cada año al rey tepaneca dos ándes, en reconocimiento de su alto dominio.

Maxtlaton recibió á Huiztilihuitl en una sala de palacio, y despues de haber comido con él en presencia de los cortesanos, que bisonjeaban sus proyectos, le hizo una severísima reprension sobre la injuria que creía haber recibido por su matrimonio con Ayauhehuatl. El rey mexicano protestó su inocencia con la mayor humildad, diciendo que jamas hubiera él pedido la mano de la princesa, ni el rey su padre se la hubiera concedido, si hubiese estado comprometida con otro. Pero á pesar de la sinceridad de sus excusas, y de la eficacia de sus razones, Maxtlaton le respondió con el mayor enojo: "Bien podria imponerte silencio, y darte muerte aquí mismo, y así quedaria castigada tu temeridad y vengado mi honor; pero no quiero que se diga que un príncipe tepaneca mata á traicion á un enemigo. Anda por ahora en paz, que el tiempo me ofrecerá la ocasion de tomar de tí venganza mas decorosa."

Fuése el mexicano lleno de despecho y furor, y no tardó en conocer los efectos de la enemistad de su cruel cuñado. La verdadera causa de aquel odio fué el temor que tenia Maxtlaton de que reayese con el tiempo el señorío de los Tepanecas en su sobrino Acolnahuacatl, que habia nacido de una hija del rey Tezozomoc, de lo que resultaria la sumision de su nacion á la mexicana. Para libertarse de

este temor, formó el bárbaro proyecto de dar muerte á su sobrino, como lo ejecutó, por medio de unos malvados, que se sirvieron de esta crueldad para grangearse el favor de su gefe; pues nunca faltan á los poderosos, hombres perversos y vanales, que sean ministros de sus pasiones (1). Tezozomoc no consintió en aquel atentado, pero no sabemos que lo desaprobase. En el curso de esta Historia veremos que el orgullo, la ambicion y la crueldad de Maxtlaton, toleradas y aun favorecidas por su indulgente padre, fueron la causa de su ruina, y del esterminio de su pueblo. Huiztilihuitl sufrió á su despecho un golpe tan doloroso; pero no se hallaba con bastantes fuerzas para vengarse.

TLACATEOTL, SEGUNDO REY DE TLA- TELOLCO.

En el mismo año en que sucedió en México la tragedia que acabo de referir (1399), murió en Tlatelolco, el primer rey Cuacuauhpuitzahuac, dejando la ciudad considerablemente aumentada con buenos edificios y hermosos jardines, y con cierto grado de civilizacion y policia. En su lugar fué elegido Tlacateotl, de cuyo origen hablan diversamente los historiadores; pues unos los creen Tepaneca, como su antecesor, y otros Acolhua, y dado á los Tlatelolcos por el rey de Acolhuacan. La rivalidad que existía entre los Mexicanos y Tlatelolcos, contribuyó en gran manera al engrandecimiento de los pueblos, pues

[1] No hay autor que refiera las circunstancias de la trágica muerte del príncipe Acolnahuacatl, ni se puede entender cómo lograron los Tepanecas cometer aquel atentado en México; pero no podemos dudar del hecho, atestigüado por los autores nacionales, aunque entre los españoles no falta quien, como el Padre Acosta, confunda aquella muerte con la de Quinalpopoca, tercer rey de México.

cada uno aspiraba á superar en todo al otro. Los Mexicanos por su parte se habian emparentado con las naciones vecinas: habian extendido su agricultura, multiplicando los huertos flotantes del lago, y tenian ademas mayor número de barcos, con lo que habian aumentado su pesca y su comercio; así que, pudieron celebrar su año secular, primero Tochtili, correspondiente al 1402 de la era vulgar, con mayor aparato que los cuatro que habian trascurrido desde su salida del país de Aztlan.

Reinaba aun por aquel tiempo en Acolhuacan, Techotlala, ya decrepito; el cual, previendo la cercanía de la muerte, llamó á su hijo y sucesor Ixtlixochitl, y entre las instrucciones que le dió, le acusó que se grangeara los ánimos de los señores sus feudatarios, porque podría suceder que Tezozomoc, viejo astuto y ambicioso, que hasta entónces no se habia atrevido á dar rienda suelta á sus planes, quisiese conspirar contra el imperio. No eran vanos los temores de Techotlala, como despues veremos. Murjó por fin este rey en 1406, despues de un largo reinado, aunque no tanto como dicen algunos autores (1).

IXTLIXOCHITL, REY DE ACOLHUACAN.

Despues de celebradas las exequias reales con las acostumbradas ceremonias y asistencia de los señores feudatarios y gefes dependientes de aquella corona, se solemnizó la exaltación de Ixtlixochitl. Entre aquellos personajes se hallaba el señor de Azcapozalco; quien no tardó en descu-

bir *cúan bien lo conocia al rey difunto*; pues sin prestar obediencia á su sucesor, se fué á sus estados, para suscitar los ánimos de los feudatarios á la rebelión. Convocó á los reyes de México y de Tlatelolco, y les dijo, que habiendo muerto Techotlala, que por tantos años habia tiranizado aquel país, queria poner en libertad á los señores feudatarios, á fin de que cada uno gobernase su territorio con absoluta independencia del rey de Acolhuacan: que para conseguir un fin tan glorioso, necesitaba de sus auxilios, y esperaba de su valor, ya conocido entre todas las naciones, que procurarian ser partícipes de la gloria á que él aspiraba; y á fin de que el golpe fuese mas seguro, él haria entrar en la confederación á otros señores que estaban animados por los mismos sentimientos. Los dos reyes, ó movidos por el miedo de la preponderancia de Tezozomoc, ó por el deseo de aumentar la gloria de sus armas, se ofrecieron á servirlo con sus tropas; y lo mismo respondieron los otros caudillos á quienes dirigió sus proposiciones.

Entre tanto procuraba Ixtlixochitl arreglar los negocios de su corte y conciliarse los ánimos de sus súbditos; pero reconoció, no sin grave pesadumbre, que muchos de ellos se habian sustraído á su obediencia, y habian abrazado el partido del pérfido Tezozomoc: así, para impedir los progresos de sus enemigos, mandó á los señores de Coatlichan, de Hnuxotla y de otros estados próximos á su corte, que armasen sin tardanza cuantas tropas pudiesen. El mismo rey queria mandar en persona el ejército; pero lo disuadieron de esta idea sus cortesanos, creyendo mas necesaria su presencia en la corte; pues en medio de aquellas turbulencias, podrian algunos enemigos ocultos, ó de equívoca fidelidad, prevalerse de su ausencia para

(1) Torquemada y Betancourt dan 104 años de reinado á Techotlala; lo que ciertamente no es imposible, pero sí inverosímil, quando no hay graves testimonios que lo acrediten, especialmente siendo tan desatinada la cronología de aquellos dos autores.

apoderarse de la capital, y precipitario del trono. Fué, pues, nombrado general del ejército, Tochintecuhtli, hijo del señor de Coatlichan; y para sustituirlo en caso de su muerte, ó de algun otro accidente, Cuauhxiolotl, señor de Iztapalilcoan. Escogieron para teatro de la guerra la llanura de Cuauhtitlan, quince millas al Norte de Azeapozalco. Las tropas rebeldes eran mas numerosas que las del ejército real, pero estas eran mas disciplinadas. Este ejército, ántes de llegar á Cuauhtitlan, arrasó seis estados de los caudillos rebeldes, tanto por debilitar á sus enemigos, como por no dejar á retaguardia quien pudiese hacerles daño. La guerra fué de las mas obstinadas, equilibrándose la disciplina de los Tezococanos, con el número de los Topanecas, los cuales en breve tiempo hubieran sido completamente vencidos, si no hubiesen reclutado continuamente nuevas tropas. Los aliados de los rebeldes no cesaban de destacar gruesos cuerpos contra los estados fieles, seguros de hallar en ellos poca resistencia, por estar congregadas en Cuauhtitlan casi todas las fuerzas de los Tezococanos. Entre los muchos males que ocasionaron, se cuenta la muerte de Cuauhxiolotl, señor de Iztapalilcoan, el cual, vuelto del campo de Cuauhtitlan, murió con gloria, defendiendo intrépidamente su ciudad. Vióse por esto obligado el rey de Acolhuacan á dividir sus huestes, destinando para guarnición de las ciudades una buena parte de la gente que de muchos puntos remotos acudia á su defensa. Tezozomoc, viendo que en vez de las ventajas que aguardaba, cada dia se disminuian sus soldados, y que los que sobrevivian llevaban con impaciencia los peligros y fatigas de la guerra, despues de tres años de continua lucha, pidió la paz con intencion de terminar á traicion lo que habia empezado

á viva fuerza. El rey de Acolhuacan, aunque no podia fiarse del Tepaneca, consentió en lo que se le pedia, sin exigir alguna condicion que lo asegurase para lo venidero, por hallarse sus tropas tan cansadas como las de sus enemigos.

QUIMALPOPOCA, TERCER REY DE MEXICO.

Terminada apénas aquella guerra, ó poco ántes de su conclusion, murió por los años de 1409, Huitzililuid, despues de veinte años de reinado, y despues de haber promulgado algunas leyes útiles á la nacion, dejando á la nobleza en posesion de su prerogativa de elegir sucesor. Fué elegido su hermano Quimalpopoca, y desde entónces, segun parece, quedó establecida la ley de elegir uno de los hermanos del rey difunto, ó un sobrino, por falta de hermanos. Esta práctica fué observada constantemente, como lo haremos ver, hasta la ruina del imperio mexicano.

Mientras Quimalpopoca procuraba asegurarse en el trono de México, Ixtlixochitl vacilaba en el de Acolhuacan. La paz que Tezozomoc le habia pedido, era un pretexto para dejarlo adornecer, y promover entre tanto con mas eficacia sus negociaciones. Cada dia crecia su partido, y se aminoraba el de Ixtlixochitl. Vióse en fin este desgraciado monarca reducido á tal estremidad, que no creyéndose seguro en su corte, andaba errante en los montes vecinos, escoltado por un pequeño ejército, y acompañado de los señores de Huexotla y de Coatlichan, que le fueron constantemente fieles. Los Tepanecas, para mas apretarlo, interceptaban los víveres que se llevaban á su campamento; por lo que tuvo que pedir que comer á sus propios enemigos. ¡Tan fácil es precipitarse de la cúspide de la felicidad humana al abismo de la miseria!

HECITO MEMORABLE DE CHIHUAQUECUE-
NOTZIN.

Dió pues á un sobrino suyo, llamado *Cihuaquecuenotzin* el encargo de ir á Otompan, una de las ciudades rebeldes, y de rogar á sus habitantes que socorriesen á su monarca con víveres, de que tanto necesitaba, y que abandonasen el partido de los traidores, recordando los antiguos juramentos de fidelidad que le habían prestado. Bien conoció aquel personaje el peligro de la empresa; pero siendo mas poderosos que su temor, la nobleza de sus sentimientos, la fortaleza de su ánimo, y la fidelidad á su soberano, se prestó sin dificultad á obedecer sus preceptos. "Voy, señor, le dijo, á poner en ejecución vuestros mandatos, y á sacrificar mi vida á la obediencia que os debo. No ignorais cuánto se han alejado de vos los Otompanecas para unirse con vuestros enemigos. Todas estas tierras están ocupadas por Tepanecas y sembradas de peligros: mi vuelta es demasiado incierta. Mas si perezo en vuestro servicio, y si el sacrificio que os hago de la vida es digno de alguna recompensa, os ruego que protejais á dos hijos tiernos que dejo sin apoyo." Estas palabras, interrumpidas por el llanto de quien las proferia, enternecieron el corazón del rey, el cual le dijo al despedirlo: "Nuestro dios te acompañe y te restituya con vida. Quizás á tu vuelta habré yo cedido á cosas males que para tí temes; pues ¿cómo podré escapar de los innumerables enemigos que buscan mi muerte?" Dirigióse inmediatamente *Cihuaquecuenotzin* á Otompan, y ántes de entrar en el pueblo, supo que habían llegado unos Tepanecas enviados por Tezozomoc á publicar un bando. No por esto se intimidó; ántes bien con ánimo intrépido llegó á la plaza, donde los Tepanecas

habían congregado al pueblo para publicar el bando, y después de haber saludado cortesmente á todos, espuso francamente el objeto de su embajada.

Los Otompanecas se burlaron de él; y respondieron con carcajadas de risa á sus proposiciones; mas ninguno de ellos osó pasar adelante, hasta que hubo un desalmado que le tiró una piedra, y excitó á los otros á que le diesen muerte. Los Tepanecas que se habían estado quietos, observando en silencio lo que harían los Otompanecas, viéndolos ya abiertamente declarados contra el rey de Acolhuacán y contra su embajador, gritaron: *¡Muera el traidor!* acompañando estos gritos con pedradas. *Cihuaquecuenotzin* hizo frente al principio á sus enemigos; pero viéndose oprimido por la muchedumbre, y queriendo salvar la vida con la fuga, fué muerto en medio de un diluvio de piedras. ¡Hombre verdaderamente digno de mejor fortuna! ¡Ejemplo memorable de fidelidad, que los poetas y los historiadores hubieran inmortalizado, si el héroe en vez de ser americano, hubiera nacido en Grecia ó en Roma!

Los Tepanecas se envanecieron con un hecho tan inhumano y tan contrario al derecho de gentes, y espresaron al pueblo el placer que tendrían en poder asegurar á su dueño, como testigos oculares, de la inviolable fidelidad de los Otompanecas. Dijeron también que venían enviados para intimarles la orden de no dar socorro de ninguna especie al rey de Tezozomoc, y para exhortarlos á tomar las armas contra él y en defensa de su propia libertad. El señor de Otompan y los primeros personajes de la nobleza, respondieron que obedecían gustosos la orden del rey de Azcapozalco, y se dispusieron á coadyuvar á sus miras.

MUERTE TRAGICA DEL REY IXTLIXOCHITL,
Y TIRANIA DE TEZOZOMOC.

Dióse prontamente aviso de aquel suceso al señor de Acolman, y este, que era hijo de Tezozomoc, lo puso en noticia de su padre, el cual, creyendo que era llegado el tiempo de poner en ejecución su pensamiento, llamó á los señores de Otompan y de Chalco, en cuya fidelidad tenia mas confianza, y cuyos estados se hallaban en situación favorable á su intento, y les encargó que armasen en el mayor secreto un ejército numeroso, y lo embosasen en un monte vecino al campamento del rey de Tezococ: que de allí le enviasen dos capitanes de los mas diestros y valerosos, los cuales, con pretexto de comunicar al rey un negocio de gran importancia, procurasen alejarlo cuanto les fuese posible de su gente, y le diesen muerte sin tardanza. Todo sucedió como el malvado príncipe habia pensado. Hallábase á la sazón el rey en las cercanías de Tlaxcala: no tuvo la menor sospecha de los dos capitanes que se le presentaron, y cayó incautamente en la acechanza que le habian apercebido. Ejecutóse el atentado á vista del ejército real, aunque á cierta distancia. Acudieron inmediatamente las tropas fieles á castigar aquellos perversos; pero sobrevino el ejército de los conjurados, que era numeroso, y los derrotó completamente. Apenas se pudo salvar el cadáver del rey para hacerle las debidas exequias, y el príncipe heredero, testigo del trágico fin de su padre, se vió obligado á esconderse entre unas malezas, para sustraerse al furor de sus enemigos. Así acabó sus días el malaventurado rey Ixtlixochitl, despues de siete años de reinado, en el de 1410.

Dejó muchos hijos, y entre ellos á Nezahualcoyotl, heredero de la corona, cu-

ya madre fué Matlaleihuatzin, hija de Aca-mapitzin, rey de México (1).

Era este príncipe dotado de gran ingenio y de incomparable magnanimidad, y mas digno que ningún otro de ocupar el trono de Acolhuacan; mas por la preponderancia de Tezozomoc, no pudo tomar posesion del trono que por tantos títulos se le debían, sino despues de algunos años, de infinitos peligros y contratiempos.

El pérfido Tezozomoc habia preparado gruesos cuerpos de tropas, á fin de que, dado el proyectado golpe en la persona del rey, invadiesen las ciudades de Tezococ, Huexotla, Coatlichan, Coatepec ó Iztapalcoac, que habian sido los mas fieles á su señor, y las entregasen á las llamas. Los habitantes de aquellos pueblos, que pudieron huir, pasaron los montes, y se refugiaron entre los Huetzotzingos y los Tlascaltecas; todos los otros murieron en defensa de su patria; pero vendieron muy caras sus vidas, pues fué infinita la sangre que se derramó por una y otra parte. Si se investiga la causa de estos desastres, se hallará que no fué otra que la ambicion de un príncipe. ¡Pluguiese á Dios que fuesen menos frecuentes y menos violentos en el mundo los estragos de las pasiones! Cuando no se ponen freno á las de un monarca ó á las de un ministro, bastan para inundar los campos de sangre humana, para arruinar la ciuda-

[1] Torquemada dice que Matlaleihuatzin era hija de Huitzilhuilit; pero ¿cómo puede ser esto? Añade que este rey, cuando subió al trono, no tenia mas que diez y siete años, que no estaba aun casado, y que reinó veintidos, ó cuando mas, veintiseis años. Por otra parte representa á Nezahualcoyotl, en la muerte de su supuesto abuelo, en edad de poder ir á la guerra, y de hacer negociaciones para asegurarse la corona; con que deberá decirse que Huitzilhuilit, antes de cumplir 26 años de matrimonio, tenia nietos de 20 á lo ménos.

des, para destruir los estados, y para trastornar toda la tierra.

Satisfecha finalmente la crueldad del tirano con la opresion de sus enemigos, se hizo proclamar rey de Acollhuacan en la ciudad de Tezcoco, concediendo á los que habian tomado las armas contra él, indulto general y permiso de volver á sus casas. Dió en feudo la ciudad de Tezcoco á Quimalpopoca, rey de México, y la de Huexotla á Tlatcoatl, rey de Tlateloleo, en premio de los grandes servicios que le habian prestado en aquella guerra. Puso gobernadores fieles á su partido en otros puntos, y declaró la ciudad de Azeapozalco corte y capital de todo el reyno de Acollhuacan.

Halláronse presentes á aquella solemnidad, aunque disfrazados, algunos personajes del partido opuesto al tirano, y entre ellos el príncipe Nezahualcoyotl. El dolor y la rabia que estos sintieron en aquella ocasion, escitaron sus juveniles ardores; y ya iban á precipitarse, cometiendo una accion temeraria, contra sus enemigos, cuando los detuvo un confidente que los acompañaba, representándoles las fatales consecuencias de su arrojó, y haciéndoles ver quanto mejor seria esperar del tiempo una ocasion mas oportuna para recobrar la corona, y tomar venganza de sus opresores: que siendo ya de edad muy avanzada el tirano, su muerte, que no podría tardar, mudaría enteramente el estado de las cosas: que los pueblos mismos se someterian entónces espontáneamente á sus señores legítimos, escitados por la crueldad y por la injusticia del usurpador. Al mismo tiempo un oficial mexicano de alta graduacion (probablemente Itzcoatl, hermano del rey, y general de las armas mexicanas), ó por su propia autoridad, ó por órden del rey Quimalpopoca, subió al templo que en aquella corte tenia la na-

cion Toltéca, y habló en estos términos al inmenso pueblo que se habia reunido: "Oid, Chichimecas; oid, Acollhuas, y todos los que presentes os hallais: ninguno se atreva á causar el menor daño á nuestro hijo Nezahualcoyotl: nadie permita que se le haga, si no quiere esponerse á un rigoroso castigo." Este aviso sirvió de mucho á la seguridad del príncipe heredero, pues todos querian evitar el enojo de una nacion que ya empezaba á inspirar respeto.

Poco tiempo despues, muchos nobles de aquellos que por sustraerse al furor de las tropas tepanecas, se habian refugiado en Huexotzingo y en Tlaxcala, se reunieron en Papalotla, lugar próximo á Tezcoco, para deliberar sobre el partido que debian tomar en aquellas circunstancias; y todos convinieron en someterse á los nuevos señores nombrados por el usurpador, tanto por evitar nuevas persecuciones, como para poderse entregar tranquilamente al cuidado de sus casas y familias.

CARGAS IMPUESTAS POR EL TIRANO.

El tirano, despues de haber satisfecho su ambicion con la usurpacion del reino de Acollhuacan, y su crueldad con los estragos que en aquel territorio habia hecho, quiso tambien satisfacer su codicia con el bienestar de sus súbditos. Impúsoles, ademas del tributo que en víveres y en ropas pagaban á su rey, otro de oro y de piedras preciosas, sin conocer quanto se exasperarian de este modo los ánimos, que debería mas bien conciliarse con la moderacion y con la suavidad, para asegurar la posesion de un trono fundado en la crueldad y en la injusticia. Los nobles Toltécas y Chichimecas manifestaron deseos de presentarse al rey para hablarle de este asunto. Parecióles excesiva la codicia del tirano, y barto diferente su conducta de la moderacion de los antiguos re-

yes, sus progenitores. Resolvieron, pues, enviarle dos eminentes oradores, uno Tolteca y otro Chichimeca, á fin de que cada uno de ellos, á nombre de su nacion respectiva, le espusiesen enérgicamente el daño que les hacia con aquellas exacciones. Fueron en efecto á Azcapotzalco, é introducidos á presencia del tirano, despues de una profundísima reverencia, habló primero el Tolteca, por ser mas antigua su nacion en aquel país, y le representó los humildes principios de los Toltecas, los trabajos que habian pasado ántes de llegar al esplendor y gloria de que por algun tiempo gozaron, y la miseria á que habian quedado reducidos despues de su último vencimiento: describió la dispersion lamentable en que Xolotl los habia encontrado cuando llegó á aquella tierra; y recorriendo los anales de los dos siglos siguientes, hizo una patética enumeracion de los desastres que habian padecido, á fin de excitar la compasion del tirano, y evitar á sus compatriotas las nuevas cargas que este les imponia.

Apenas hubo terminado su arenga el Tolteca, tomó la palabra su compañero. "Yo, señor, dijo, puedo hablar con mas confianza y libertad. Soy Chichimeca, y hablo con un príncipe de la misma nacion, descendiente de los grandes reyes Xolotl, Nopaltzin y Tlotzin. No ignorais, que aquellos divinos Chichimecas, vuestros abuelos, despreciaban el oro y las piedras preciosas. La corona que usaban era una guirnalda de yerbas y flores del campo; el arco y la flecha eran sus adornos. Manteníanse al principio de carne cruda y de vegetales insípidos, y su ropa se componia de la piel de ciervos y fieras que mataban en la caza. Cuando aprendieron de los Toltecas la agricultura, los reyes mismos trabajaban la tierra, para estimular con su ejemplo á sus súbditos.

La opulencia y la gloria, á que los alzó despues la fortuna, no ensobreció sus ánimos generosos. Servíanse, como reyes de sus vasallos; pero los amaban como á hijos, y se contentaban con que reconociesen su superioridad, ofreciéndoles los humildes dones de la tierra. Yo señor, no os traigo á la memoria estos claros ejemplos de vuestros antepasados, si no es para suplicaros humildísimamente, que no exijais mas de nosotros, que lo que ellos exigian de nuestros abuelos." Escuchó el tirano los dos discursos; y aunque lo ofendió la comparacion que habia hecho el último orador entre él y los reyes antiguos, disimuló su enojo, y despidiendo á los diputados, confirmó la orden publicada sobre los nuevos tributos.

Entre tanto, Nezahualcoyotl recorría solícito muchas ciudades, á fin de conciliarse los ánimos, y adquirir medios de recuperar el trono. Pero aunque lo amaban sus súbditos, y deseaban verlo en posesion del reino, no se atrevian á favorecerlo abiertamente, por miedo del tirano. Abandonáronlo muchos de sus deudos y amigos, y entre ellos su tío Chinalpan, y Tecpanecatl, hermano de su segunda mujer, Nezahualxochitl, de la estirpe real de México. Continuando él sin embargo sus negociaciones, llegó una tarde á una villa de la provincia de Chalco, perteneciente á una señora viuda, Tziltomiah. Observó que habia allí una planta de magney, de que la viuda sacaba vino, no solo para uso de su familia, sino tambien para venderlo; lo cual estaba severamente prohibido por las leyes de los Chichimecas. A vista de esto se inflamó de tal manera en celo por las leyes de sus padres, que sin que lo contuviese la adversidad de su fortuna, ni ningun otro respecto, dió muerte con su propia mano á la viuda delincuente: accion inconsiderada y

reprehensible, en que tuvo mas parte el ardor de la edad que la prudencia. Hizo gran ruido este suceso en la provincia, y el señor de Chalco, que era su enemigo, y habia sido cómplice en la muerte de su padre, procuró con el mayor empeño haberlo á las manos; mas el príncipe, previendo las consecuencias de su atentado, se habia ya puesto en salvo.

MUERTE DEL TIRANO TEZOZOMOC.

Ocho años habia estado Tezozomoc poseyendo tranquilamente el reino de Colhuacan, pretendido en vano por Nezahualcoyotl, cuando tuvo unos sueños funestos que lo pusieron en gran consternacion. Soñó, pues, que Nezahualcoyotl, transformado en águila, le destrozaba el pecho, y le devoraba el corazon; y otra vez, que convertido aquel príncipe, en leon, le lamia el cuerpo, y le chupaba la sangre. De tal modo lo amedrentaron estas trágicas visiones, obra de la conciencia de su injusticia y tiranía, que llamando á sus tres hijos Tayatzin, Teucizintli y Maxtlaton, despues de haberles espuesto sus sueños, les encargó que diese muerte cuanto ántes á Nezahualcoyotl; pero con tanto secreto, que ninguno pudiese sospechar el autor de aquel delito. Apenas sobrevivió un año á este suceso. Era tan viejo, que no pudiendo calentarse, ni estar sentado, lo tenían cubierto de algodón, en una canasta, á guisa de cuna; pero desde esta especie de sepultura, continuaba tiranizando á sus pueblos, y pronunciando oráculos de injusticia. Poco ántes de morir, nombró por sucesor á su hijo Tayatzin, y volvió á encargarle la muerte de su enemigo, conservando hasta el último aliento sus perversos designios. Así terminó su larga vida aquel monstruo de ambicion, de perfidia y de injusticia, por los años de

1422, despues de haber tiranizado nueve años el reinado de Acollhuacan, y poseído mas largo tiempo el estado de Azcapotzalco (1).

Aunque tocaba á Tayatzin, como á heredero del trono, dar las órdenes oportunas para las exequias de su padre, arrogóse aquella autoridad su hermano Maxtlaton, como mas atrevido y activo, y empezó desde entónces á mandar con tanta arrogancia, como si estuviese en posicion del trono á que aspiraba, creyendo que no lo seria difícil oprimir á su hermano, que era en efecto tímido y poco práctico en el gobierno. Pasó Maxtlaton aviso á los reyes de México y de Tlatelolco, y á otros potentados, á fin de que honrasen con su presencia y con sus higrimas las exequias de su monarca. Nezahualcoyotl, aunque no convidado, quiso hallarse presente para observar por sí mismo, segun se colige, la disposicion de los espíritus en la corte. Acudió, pues, acompañado de un íntimo confidente, y de alguna comitiva, y entrando en la sala de palacio, donde estaba espuesto el real cadáver, encontró en ella á los reyes de México y de Tlatelolco; á los tres príncipes, hijos del tirano, y á otros personajcs. Saludólos uno á uno, segun el órden en que estaban sentados, empezando por el de México, y presentóles ramos de flores, segun el uso

(1) Torquemada dice que Tezozomoc fué hijo del primer príncipe Acollhua, dándole por consiguiente un reinado de 160 á 180 años, pero de la arenga del orador chichimeca se infiere que Tezozomoc descendia de Xolotl, de Nopalzin y de Tlotzin. La hermana de Nopalzin se casó con el príncipe Acolhuatzin, y sus hijos eran por consiguiente primos de Tlotzin, hijo de Nopalzin. En todo esto conviene Torquemada. ¿Cómo es posible que un hombre descienda de su primo? El que lea la genealogía de los reyes chichimecas en la obra de aquel autor, no podrá menos de echar de ver las equivocaciones que ha padecido.

chre para Azcapozalco, fué en derecho á palacio, y obtenida audiencia de Maxtlaton, le reveló cuanto había oído. Hallóse en aquel instante combatido su ánimo por la cólera, por el temor, y por la pesadumbre que en él produjo tan horrible descubrimiento; pero, como político y diestro en ocultar sus sentimientos, fingió despreciar el aviso, y reconvino ásperamente al delator por su temeridad en calumniar á dos personas tan elevadas: aparentó atribuir aquella accion á embriaguez del que se la descubria, y lo mandó á su casa á dormir la borrachera. Pasó toda la noche deliberando sobre el partido que debía tomar, y determinó finalmente prevenir los designios que atribuía á su hermano, y hacerlo caer en sus redes.

MAXTLATON, TIRANO DE ACOHUACAN.

En la mañana del día siguiente convocó al pueblo de Azcapozalco, y le dijo: que no pudiendo permanecer en el alcázar de su padre, que pertenecía á Tayatzin, y necesitando tener casa en aquella corte para alojarse en ella, cuando algun grave motivo lo llamase de sus estados de Coyahuacan, queria que le diesen una prueba de su amor, construyéndole, cuanto antes, un edificio. Fué tal la diligencia de los Azcapozalquenses, y tanta la muchedumbre de operarios que acudió al llamamiento del príncipe, que á pesar de no haberse detenido Tayatzin mas que tres dias en México, á su regreso á la capital, halló empezada la fábrica. Maravillóse de aquella novedad; y preguntando el motivo á su hermano, le respondió este: que no queriendo perjudicar sus intereses, ocupando la casa real, había pensado labrar otra, para residir en ella cuando viniere á la corte. Quedó satisfecho el buen Tayatzin con esta contestacion, y se persuadió fácilmente que Maxtlaton no pensaba

ya en la usurpacion de la corona. Terminada en poco tiempo la obra, convidó Maxtlaton á comer en su nueva casa á sus hermanos, al rey de México, al de Tlateloleco, y á otros personajes. Tayatzin, ignorando la traicion de su criado, no sospechó el lazo en que iba á caer; pero Quimalpopoca, que era mas astuto y mas cauto, receló la perfidia, y se excusó cortesmente de asistir al convite. Llegado el día del banquete, concurrieron los huéspedes á la nueva casa; y cuando estaban mas engolfados en la alegría, y quizás tambien en los excesos del vino, entró de improviso gente armada, y acometió con tal violencia al cuidado Tayatzin, que apenas fijó sus ojos en los asesinos, cuando se los cerró para siempre la muerte. Turbóse todo el concurso con tan inesperada tragedia: Maxtlaton tomó entónces la palabra, y espuso la traicion contra él proyectada, asegurando á los presentes que solo había tratado de evitar el golpe que lo amenazaba. Con este y otros discursos cambió de tal modo los ánimos, que en vez de vengar la muerte de su legítimo señor, aclamaron rey al pérfido tirano; pero si la injusticia lo subió al trono, fué para precipitarlo desde mayor altura.

AGRAVIOS QUE HIZO EL TIRANO AL REY DE MEXICO.

Aun mayor era el enojo de Maxtlaton contra el rey de México; mas no le pareció conveniente atentar contra su vida, hasta hallarse bien seguro en el trono. Desfogó entre tanto su rabia en injurias contra su persona, y en ultrajes á su dignidad. Poco tiempo despues de haber usurpado el reino, le envió el rey de México el regalo que le solia hacer todos los años en reconocimiento de su alto dominio. Este presente, que consistia en tres

canastas de peces, cangrejos y ranas, y en algunas legumbres, fué llevado por algunas personas notables de la corte de Quimalpopoca, las cuales pronunciaron un elocuente discurso, lleno de espresiones de sumision y de respeto. Maxilatón manifestó recibirlo con agradecimiento; pero debiendo, segun la costumbre de aquellas naciones, responder con otro regalo, y queriendo aprovechar aquella ocasion para vengarse, despues de haber consultado con sus confidentes, hizo entregar á los embajadores mexicanos, para su rey, un *eneitl*, que era un traje mugeril, y una camisa de muger, significando de este modo que lo tenia por afeminado y cobarde: injuria la mas sensible que pudiera hacerse á aquellas gentes, las cuales nada estimaban en tanto como el valor y el atrevimiento. Fué grande el disgusto de Quimalpopoca al recibir esta afrenta; de la que hubiam querido vengarse, pero carecia por entónces de los medios de hacerlo.

A tan notable ofensa siguió otra mas dolorosa, porque atacaba mas directamente el honor. Supo el tirano que entre las mugeres del rey de México habia una singularmente hermosa; ó inflamado por esta sola noticia en perversos designios, determinó sacrificar á sus deseos la honestidad y la justicia. Para conseguir su intento, se valió de unas damas tepanecas, encargándoles que cuando visitasen, como solian hacerlo, á la mexicana, la convidasen á pasar algunos dias en Azeapozalco. Siendo entónces muy frecuentes estas visitas entre personas de la primera clase y de diversas naciones, no fué difícil al protervo príncipe hallar la ocasion que tanto deseaba de satisfacer su pasion, sin que bastasen á contenerlo las lágrimas ni los esfuerzos con que aquella infeliz procuró oponerse á su osadia. Volviése esta á México, llena de ignominia, y con el co-

razon penetrado de dolor se quejó á su marido de aquel atentado. Este rey malhadado, no queriendo sobrevivir á su deshonra, ó temeroso de morir á manos del tirano, resolvió poner término á su amarga existencia, sacrificándose á su dios Huitzilopochtli, como lo habian hecho algunos héroes de su nacion, creyendo que de este modo borraria la infamia recibida, y se libertaria del fin ignominioso que debia tener de su enemigo. Comunicó esta determinacion á sus cortesanos, los cuales obcecados por sus falsas ideas religiosas, no solo la aplaudieron, sino que muchos de ellos quisieron participar de la gloria de tan bárbaro sacrificio.

PRISION Y MUERTE DEL REY QUIDAL- POPOCA.

Llegado el dia señalado para aquella religiosa tragedia, comparó el rey vestido como representaban á su dios Huitzilopochtli, y todos los otros que debian acompañarlo, llevaban las mejores ropas que tenian. Dióse principio á la fiesta con un solemne baile, durante el cual iban los sacerdotes sacrificando una á una aquellas desventuradas victimas, reservando al rey para lo último. No era posible que el tirano ignorase una novedad tan extraordinaria. Súpola en efecto algunos dias ántes; y á fin de que su enemigo no se estrajese á su venganza por medio de una muerte espontánea, envió un cuerpo de tropas á sorprenderlo ántes del sacrificio. Llegaron en efecto cuando apenas quedaban dos victimas, despues de las cuales debia ser inmolado el rey. Fué preso este infeliz príncipe por los Tepanecas, y conducido sin pérdida de tiempo á Azeapozalco, donde lo pusieron en una fuerte jaula de madera, que era la cárcel usada por aquellas gentes, como despues veremos, y fué custodiado por una guardia nu-

merosa. En toda esta historia hay circunstancias harto inverosímiles; mas yo lo refiero como lo hallo en los historiadores de México. Es extraño que los Teyahuacas se atreviesen á entrar en aquella ciudad, á cometer un atentado tan peligroso, y que los Mexicanos no se armasen en defensa de su rey; mas tambien es cierto que el gran poderío del tirano pudo animar á los unos, é intimidar á los otros.

Con el cautiverio de Quimalpopoca se avivó en el ánimo de Maxtlaton el deseo de apoderarse tambien del príncipe Nezahualcoyotl; y para lograrlo mas fácilmente, lo mandó llamar, prestando un convenio que con él queria celebrar acerca de la corona de Acolhuacan. El astuto príncipe conoció la intencion maligna de su perseguidor; pero el ardor de la ciudad y el denuedo ó temeridad de su fudole, lo hacian arrostrar intrépidamente los mas graves riesgos. En su tránsito por Tlatelolco visitó á un confidente suyo, llamado *Quiquincatl*, el cual le hizo saber que el tirano, no solo maquinaba contra su vida y contra la del rey de Tlatelolco, sino que deseaba aniquilar, si podía, toda la nacion Acolhua. Sin arredrarse por esto, pasó aquella misma tarde á Azcapozalco, y se fué en derecha á casa de un amigo. Por la mañana temprano fué á buscar á Chachaton, favorito del rey, y que sin embargo habia dado al mismo Nezahualcoyotl grandes muestras de afecto, y se encomendó á él, á fin de que disuadiese á Maxtlaton de intentar algo contra su persona. Pasaron los dos á palacio, y se adelantó Chachaton para avisar á su señor la llegada del príncipe, y hablarle en su favor. Entró en seguida el príncipe, y despues de saludar al tirano, le habló en estos términos: "Sé que habeis aprehendido al rey de México, y no sé si habeis mandado darle muerte, ó si vive aun

en su prision. He oido tambien que queréis quitarme la vida. Si así es, aquí estoy; matadme con vuestras manos, á fin de que se desahogue vuestra cólera con un príncipe no menos inocente que desgraciado." Al terminar estas palabras, la memoria de sus infortunios arrancó algunas lágrimas de sus ojos. "¿Qué te parece esto?" preguntó entónces Maxtlaton á su favorito. "¿No es admirable que un jóven que apenas ha empezado á gozar de la vida, busque tan intrépidamente la muerte?" Volviéndose despues al príncipe, le aseguró que no era su intento privarlo de la vida: que el rey de México no habia muerto, ni pensaba hacerlo morir; y procuró tambien justificarse del cautiverio en que tenia á aquel monarca. Terminada esta conversacion dió orden de que el príncipe fuese alojado como correspondia á su dignidad.

Noticioso Quimalpopoca de la llegada del príncipe su cuñado á la corte, le envió un recado, suplicándole que fuese á verlo en su prision. Condescendió Nezahualcoyotl con este deseo, obtenida ántes licencia de Maxtlaton; y al verse aquellos dos infelices, se abrazaron, manifestando la mayor ternura en sus semblantes y en sus espresiones. Espuso Quimalpopoca á su cuñado la série de sus desgracias; le hizo saber las malignas intenciones del tirano contra ellos dos, y le rogó que no volviese mas á la corte, porque si lo hacia, lo haria morir infaliblemente el comun enemigo, y quedaria la nacion Acolhua en la orfandad y en el abandono. "Finalmente, le dijo, pues mi muerte es inevitable, te ruego euarcadamente que cuides de mis pobres Mexicanos. Sé para ellos un verdadero amigo y un padre afectuoso; y en prenda de mi afecto, acepta este pendiente, que fué de mi hermano Huitzilihuitl;" y quitándose del

labio un pendiente de oro, y otros de las orejas, con otras joyas que conservaba en su prision, se las dió al príncipe, haciendo otros regalos á un sirviente que lo acompañaba. Separáronse en seguida con grandes muestras de dolor, no queriendo prolongar la entrevista, por no inspirar sospechas á los guardias. Nezahualcoyotl, tomando el consejo que su cuñado acababa de darle, salió inmediatamente de la corte, y no volvió mas á presentarse al tirano. Pasó á Tlatelolec, y tomando allí un barco con buenos remeros, se dirigió apresuradamente á Tezcoco.

Quimalpopoca quedó en su amarga soledad, envuelto en las mas tristes consideraciones. Cada dia le era mas insupportable la prision, y ni tenia esperanza de recobrar la libertad, ni de ser útil á su nacion en el breve tiempo que le quedaba de vida. "Si debo morir, decia, muero mejor y mas glorioso no será morir por mis manos, que á las de un pérfido y cruel opresor! Ya que no puedo vengarme de él de otro modo, á lo menos no le dejaré el placer de escojer el tiempo y el género de muerte con que debo acabar mis tristes dias. Quiero ser dueño de mi existencia, ponerle término cuando y como quiera, y ser el ejecutor de mi muerte, para que ella sea tanto menos ignominiosa, cuanto menos dependa de la voluntad de mi enemigo (1)." Con esta resolucion, tan propia de sus ideas de aquella gente, se ahorró de una de las vigas de su jaula, valiéndose, como es de creerse, del cinturón que usaba.

Con este trágico fin terminó su calamitosa vida el tercer rey de México. No

(1) Estas últimas palabras de Quimalpopoca, referidas por los historiadores mexicanos, no pudieron ser sabidas sino por la deposición de los guardias que estaban al rededor de la jaula.

tenemos datos mas circunstanciados que los que hemos expuesto, acerca de su carácter, ni de los progresos que hizo la nacion durante su reinado, el cual fué de cerca de trece años, habiendo finalizado en 1423, un año, poco mas ó menos, despues de la muerte de Tezozomoc. Sábese de él ademas, que en el undécimo año de su reinado, hizo llevar á México una gran piedra, para que sirviese de altar en el sacrificio comun de los prisioneros, y otra mayor y redonda para el de los gladiadores, de que hablaré despues. En la cuarta pintura de la *Coleccion* de Mendoza se representaban las victorias que los Mexicanos consiguieron en tiempo de Quimalpopoca, y la batalla naval que tuvieron con los Chalquesees, con pérdida de alguna gente, y de algunos barcos que echaron á pique los enemigos. El intérprete de aquella *Coleccion* añade, que Quimalpopoca dejó muchos hijos de sus concubinas.

PERSECUCION DEL PRINCIPE NEZAHUALCOYOTL.

Cuando Maxtlaton tuvo noticia de la muerte de su ilustre prisionero, encolerizado por ver frustrados sus proyectos, y temeroso de que Nezahualcoyotl se sustrajese tambien á su venganza, resolvió anticiparle de cualquier modo la muerte, que hasta entónces no le habia dado, ó por no haberlo podido ejecutar del modo conforme á las instrucciones de su padre, ó porque lo habian ameduntado, como dicen algunos autores, ciertos agüeros de los sacerdotes: mas ya su cólera era tal, que no podian contenerla, motivos de religion; así que, llamó á cuatro capitanes de los mas arrojados de su ejército; y les mandó que buscasen por todas partes á aquel príncipe, y le quitasen irremisiblemente la vida, donde quiera que lo halla-

Esta página no está disponible

Este mensaje se intercala en los documentos digitales donde el documento original en papel no contenía esta página por algún error de edición del documento.

Al momento los creadores de este documento no han localizado esta página.

Preguntas frecuentes:

¿Qué puedo hacer?

Ten por seguro que hemos informado al creador original del documento y estamos intentando reemplazar esta página.

¿Quién convierte estos documentos a formato digital?

Esta tarea se realiza por un grupo de personas que laboran en el proyecto de Biblioteca Digital. Nos esforzamos por convertir documentos originales a una versión digital fidedigna y comunicar a los creadores del documento original de estos problemas para solucionarlos. Puedes contactarnos visitando nuestra página principal en:



<http://biblioteca.itesm.mx>

Esta página no está disponible

Este mensaje se intercala en los documentos digitales donde el documento original en papel no contenía esta página por algún error de edición del documento.

Al momento los creadores de este documento no han localizado esta página.

Preguntas frecuentes:

¿Qué puedo hacer?

Ten por seguro que hemos informado al creador original del documento y estamos intentando reemplazar esta página.

¿Quién convierte estos documentos a formato digital?

Esta tarea se realiza por un grupo de personas que laboran en el proyecto de Biblioteca Digital. Nos esforzamos por convertir documentos originales a una versión digital fidedigna y comunicar a los creadores del documento original de estos problemas para solucionarlos. Puedes contactarnos visitando nuestra página principal en:



<http://biblioteca.itesm.mx>

general de los ejércitos mexicanos, que por espacio de mas de treinta años habia desempeñado. Gozaba la reputacion de ser el hombre mas prudente, mas recto y mas honrado de todo su pueblo. Ocupó en seguida el *Huacacipalli*, ó sillón real, y fué saludado como rey por toda la nobleza, con extraordinarias aclamaciones. Entónces uno de los oradores le dirigió el siguiente discurso sobre las obligaciones de un soberano: "Todos, gran rey, dependemos de vos de ahora en adelante. En vuestros hombros se apoyan los viejos, los huérfanos y las viudas; ¿tenéis ánimo para sostener esta carga? ¿Permitiréis que parezcan á manos de nuestros enemigos los niños que se rastrean por la tierra? Vamos, señor, empezad á estender vuestro manto para llevar en hombros á los pobres Mexicanos, que se sisonjean con la esperanza de vivir seguros bajo la fresca sombra de vuestra benignidad." Terminada la ceremonia, se celebró la exaltacion del nuevo monarca con bailes y juegos públicos. No fué menos aplaudido aquel suceso por Nezahualcoyotl y todo su partido, porque todos creian que el nuevo rey seria aliado constante del príncipe su cuñado, y esperaban grandes ventajas de sus excelentes prendas, y de su pericia militar; pero á los Tepanecas, á sus aliados, y al tirano especialmente, fué muy desagradable aquella eleccion.

Itzcontl, que pensaba seriamente en remediar los males que padecia su nacion bajo el duro dominio de los Tepanecas, envió una embajada al príncipe Nezahualcoyotl, para darle parte de su exaltacion y para asegurarle su determinacion de unirse á él con todas sus fuerzas contra el tirano Maxtlaton. Esta embajada, que confió el rey á un sobrino suyo, fué recibida por Nezahualcoyotl poco despues de su salida de Capollalpan, y á ella respondió,

dando la enhorabuena á su cuñado, aceptando y agradeciendo el socorro prometido.

El príncipe habia empleado todo el tiempo de su mansion en Capollalpan, en hacer los preparativos de la guerra. Cuando le pareció que era llegado el tiempo de poner en ejecucion sus grandes designios, salió con su gente, con las tropas auxiliares de Tlaxcala y de Huexotzínco, con el proyecto de tomar por asalto la ciudad de Tezcoco, y de castigar á sus habitantes, por haberle sido infieles en su adversa fortuna. Hizo alto con todo su ejército á vista de la ciudad, en un sitio llamado *Oztopolco*. Allí pasó la noche, disponiendo su tropa, dando las órdenes necesarias para el asalto, y al rayar el día se puso en marcha; pero antes de llegar á la ciudad, temerosos los Tezcocanos del rigoroso castigo de los aguardaba, salieron humillados á su encuentro, pidiendo perdon, y presentándole los ancianos enfermos, las mugeres embarazadas, y las madres con sus tiernos hijos en los brazos, las cuales, con amargo llanto y otras demostraciones de dolor, le decian: "Tened piedad, clementísimo señor, de estos vuestros siervos atribulados. ¿En qué os ha ofendido estos miserables viejos, estas pobres mugeres y estas inocentes criaturas? No confundais con los culpados los que no tienen la menor parte en las ofensas que quereis vengar." Enternecido el príncipe á vista de tantos desgraciados, concedió el perdon á toda la poblacion; pero al mismo tiempo envió á ella algunas tropas, y mandó á sus gefes que matasen á los gobernadores y demas representantes de la autoridad del tirano, y todos cuantos Tepanecas hubiese en aquellos muros. Mientras se ejecutaba este terrible castigo en Tezcoco, las tropas tlaxcaltecas y huexotzincas, descaidas

del ejército, atacaron con indecible furor la ciudad de Acolluau, matando á cuantos encontraron desde las puertas hasta la casa del caudillo, que era hermano del tirano; el cual, no teniendo bastantes fuerzas para defenderse, murió á manos de sus enemigos. El mismo día, los Chalqueses, auxiliares del príncipe, se apoderaron sin mucha resistencia de la ciudad de Conlitchan, dando muerte al gobernador, que se habia refugiado en el templo principal: así que, en un solo día redujo el príncipe á su obediencia, la capital y dos ciudades principales del reino de Acolluauan.

AVENTURAS DE MOCTEZUMA HUICAMINA.

El rey de México, noticioso, de los progresos de su cuñado, le envió otra embajada, para darle la enhorabuena y ratificar su alianza. Dió este encargo á un sobrino suyo, hijo de Huitzilhuilitl, llamado Moctezuma, hombre de gran fuerza y de invencible valor, al que, por sus inmortales acciones, dieron además el nombre de *Tlacacel*, ó sea hombre de gran corazón, y el de *Huicamina*, es decir flechador del cielo; y para indicarlo en las antiguas pinturas representan sobre su cabeza el cielo herido por una flecha, como se ve en las pinturas séptima y octava de la *Colección* de Mendoza. Este es aquel héroe mexicano, que bajo el nombre de *Tlacacel*, ha sido celebrado por el padre Acosta, ó mas bien, por el P. Tobar, de quien aquel autor copió el elogio, aunque se haya equivocado en algunas acciones que le atribuye (1). Bien veian el rey y

(1) No solo se engañó el P. Acosta, ó sea el P. Tobar, en la historia de algunas acciones de nuestro héroe, sino tambien en la indicación de su persona; pues creyó que *Tlacacel* y *Moctezuma* eran dos personas diversas, no siendo sino una sola con distintos nombres. Créese tambien que *Tlacacel* era hijo de Itz-

su sobrino cuán peligrosa era la empresa; pues el tirano, para impedir los progresos de su rival, y su comunicación con los Mexicanos, ocupaba con sus tropas todos los caminos. Pero ni esta consideración estorbó que el rey enviase la embajada, ni Moctezuma dió la menor señal de cobardía; ántes bien, deseoso de ejecutar con prontitud la orden de su soberano, ni aun quiso defenderse en ir á su casa, y proveerse de lo que necesitaba para el viaje, contentándose con mandar á uno de los nobles de su comitiva que le llevase la ropa con que debía presentarse al príncipe.

Desempeñada felizmente su comisión, pidió licencia á este para regresar á México; pero en el camino dió en una emboscada que le habian dispuesto sus enemigos: fué hecho prisionero con toda su comitiva, conducido á Chalco, y presentado á Toteotzín, señor de aquella ciudad, y enemigo capital de los Mexicanos. Este lo hizo encerrar en una estrecha prision, y los confió á Cuateotzín, persona de alto carácter, mandándole que no suministrase á los prisioneros otro alimento que el prescrito por él mismo, hasta que se determinase el género de muerte con que debian terminar sus dias. Cuateotzín, no queriendo ejecutar tan cruel mandato, los proveia abundantemente á su costa. Pero el bárbaro Toteotzín, creyendo hacer un gran obsequio á los Huexotzincos, les envió los prisioneros, para que, si lo tenían á bien, los sacrificasen en Huexotzincó, con asistencia de los Chalqueses, ó en Chalco, con la de los Huexotzincos. Estos, que habian sido siempre mas huma-

coatl, y tio de Moctezuma: lo cual es evidentemente falso, pues se sabe que Moctezuma era hijo de Huitzilhuilitl, hermano de Itzcoatl; con que no podía ser sobrino del sobrino de Itzcoatl.

nos que los Chalqueses, desecharon con enojo la proposición: "¿Qué motivo hay, decían, para privar de la vida á unos hombres, cuyo delito no es otro sino ser fieles mensajeros de su señor? Y en caso de que deban morir, no consiente nuestro honor en que mueran á nuestras manos los que otros han hecho prisioneros. Andad en paz, y decid á vuestro señor, que la nobleza huexotzinea no se infama con tan alevnes acciones."

Con esta respuesta, y con los prisioneros, volvieron los Chalqueses á Toteotzin, el cual, resuelto á congozarse amigos por medio de aquellos infelices, dió parte de lo que ocurría al tirano Maxtlaton, pidiéndole que tomase una resolución acerca de la muerte que debía dárselos; esperando, con este rasgo de hisonja, calmar el enojo que le había causado con su perfidia y con su inconstancia, en abandonar el partido de los Toltecas por el de Nezahualcoyotl. Mientras llegaba la respuesta del tirano, los prisioneros fueron colocados en el mismo encierro, y confiados al mismo Cuateotzin. Este, con doléndose de la desgracia de un jóven tan ilustre y tan valiente, llamó en la noche anterior al día en que se aguardaba la respuesta de Maxtlaton, á un criado en quien tenía gran confianza, y le mandó poner en libertad aquella misma noche á los prisioneros, diciendo de su parte á Moctezuma, que se había decidido á salvarle la vida, con riesgo evidente de perder la suya propia: que si venía á morir por este motivo, como era de temerse, no se olvidase de mostrar su gratitud, protegiendo á los hijos que dejaba: finalmente, que no fuese por tierra á México, porque caería otra vez en manos de las tropas que estaban en el camino; sino que se encaminase por Iztapalcoan á Chimalhuacan, y de allí se embarcase para su ciudad.

Observó el criado la órden, y Moctezuma el consejo de Cuateotzin. Salieron aquella noche los presos de su encierro y se encaminaron cautamente á Chimalhuacan, donde estuvieron ocultos el siguiente día; y por no tener otra cosa que comer, se sustentaron con yerbas del campo. Embarcáronse por la noche, y con suma prontitud llegaron á México, donde los creían muertos, y donde fueron recibidos con extraordinarias demostraciones de júbilo.

Quando el bárbaro Toteotzin tuvo noticia de la fuga de los prisioneros, enojóse sobremanera; y no dudando que Cuateotzin les hubiese dado libertad, mandó al punto quitarle la vida y descurtizarlo, juntamente con su muger y sus hijos, de los cuales se salvaron un hijo y una hija. Esta se refugió en México, donde fué muy honrada, por respeto á la memoria de su padre, que había sacrificado la vida, por hacer tan importante servicio á la nación Mexicana.

Después de esta pesadumbre, tuvo Toteotzin otra no menos amarga al recibir la respuesta del tirano Maxtlaton. Irritado este contra los Chalqueses, por el socorro que habían prestado á Nezahualcoyotl, y por los estragos que habían hecho en Coatlíchan, envió á Toteotzin una severísima reprensión, llamándolo hombre doble y traidor, y mandándole poner inmediatamente los prisioneros en libertad. ¡Premio digno de un pérfido adulador! No tomó esta resolución Maxtlaton para favorecer á los Mexicanos, á quienes odiaba mortalmente; sino para manifestar el desprecio que hacía del obsequio de Toteotzin, y para oponerse á su voluntad. Tan lejos estaba de favorecer á la nación Mexicana, que nunca se había mostrado tan empeñado como entónces en destruirla, y ya había alistado tropas para dar un gol-

pe decisivo contra México, y pasar desde allí á reconquistar todo lo que le habia quitado Nahuatlacoatl. Este príncipe, noticioso de los designios de Maxlaton, pasó á México á tratar con su prudente monarca del plan que debian adoptar en aquella guerra, y de las medidas mas oportunas para desconcertar los designios del enemigo; y quedaron de acuerdo en unir las tropas Tezoacanas con las de México, para la defensa de esta ciudad, de cuya suerte parecia depender el éxito de la campaña.

Con el rumor de las próximas hostilidades se consternó de tal modo la plebe mexicana, por creerse incapaz de resistir á los Tapanecas, á quienes hasta aquel tiempo habian reconocido como superiores, que acudió en tropel á palacio, rogando con lágrimas y clamores al rey, que no emprendiese una lucha tan peligrosa, cuyo resultado seria la ruina de la ciudad, y el estermio de la nacion. "¿Qué queréis que haga, respondió el monarca, para libertaros de tanta calamidad?" "Que pidamos la paz al rey de Azcapozalco, clamó el pueblo, y le ofrezcamos nuestros servicios; y para moverlo á compasion, que se lleve á su presencia nuestro dios en hombros de los sacerdotes." Fueron tales los gritos y las amenazas de los Mexicanos, que el prudente rey, temiendo una sedicion popular, mas pernicioso que la guerra de los enemigos, se vió obligado á ceder á los deseos de los súbditos. Hallábase presente á esta escena Moctezuma; y no pudiendo sufrir que una nacion tan celosa de su honor, abrazase tan ignominioso partido, habló en estos términos á la muchedumbre: "¿Qué haceis Mexicanos? habeis perdido el juicio? ¿Cómo se ha introducido mañana baja en vuestros corazones? ¿Olvividis que sois Mexicanos, descendientes

de aquellos héroes que fundaron nuestra ciudad, de aquellos hombres animosos que la han conservado á despecho de los esfuerzos de nuestros enemigos? O mudad de resolucion, ó renunciad de la gloria que habeis heredado de vuestros abuelos." Y volviéndose al rey, "¿cómo permitis, le dijo, esta ignominia de vuestro pueblo? Habladle otra vez, y decidle que nos deje tomar otro partido, ántes de ponernos tan necia y tan infamemente en manos de nuestros verdugos."

El rey, que nada deseaba tanto como poner en ejecucion aquellas ideas, habló otra vez al pueblo, recomendando el consejo de Moctezuma, que al fin fué adoptado: despues, dirijiéndose á la nobleza: "¡quién de vosotros, la dijo, que sois la flor de la nacion, tendrá valor para llevar una embajada al señor de los Tapanecas?" Empezaron los nobles á mirarse confusos unos á otros, sin que ninguno se decidiese á arrostrar tan gran peligro, hasta que Moctezuma se presentó con gran intrepidez, y dijo: "Yo iré, porque si debo morir, poco importa que sea hoy ó mañana, y no puede ofrecerme una ocasion mas gloriosa de perder la vida, puesto que será sacrificarla en honor de mi nacion. Vedme aquí, señor, pronto á obedecer vuestro mandato: mandad lo que gustéis." El rey, lleno de gozo al ver aquel rasgo de intrepidez, le ordenó que fuese á proponer la paz al tirano; pero sin admitir condiciones ignominiosas. Salió inmediatamente el animoso jóven; y encontrando á las guardias tepanecas, obtuvo de ellas que le dejasen pasar, manifestándoles que llevaba á su jefe una embajada importante. Presentado al tirano, le pidió la paz en nombre de su rey y de su nacion, con cláusulas decorosas. El tirano respondió que necesitaba deliberar con sus consejeros, y que al dia siguiente daría una

respuesta decisiva; y habiéndole Moctezuma pedido un salvo conducto, no le dió otro que el que podría él mismo proporcionarse con su maña y diligencia: con lo que se restituyó á México, prometiendo volver al siguiente día. La poca confianza y seguridad que tenia en aquel pueblo, y la brevedad del viaje, que no era mas que de cuatro millas, serian sin duda las razones que lo indujeron á no aguardar allí la decision del tirano. Volvió pues á Azcapozalco al día siguiente, como habia prometido, y habiendo recibido de boca del tirano la resolution de la guerra, hizo con él las ceremonias acostumbradas entre los caudillos que se desafiaban. Le presentó ciertas armas defensivas, le untó la cabeza, y le puso en ella unas plumas, como se hacia con los muertos; protestándole ademas que, por no querer aceptar la paz que se le ofrecia, iba sin duda á ser esterminado él mismo, y toda la nacion de los Tepanecas. El tirano, sin manifestar enojo por aquellas ceremonias y amenazas, le dió tambien armas para que las presentase de su parte al rey de México, y aconsejó á Moctezuma, que para seguridad de su persona, saliese disfrazado por una puerta falsa de palacio.

No habria el tirano observado en aquella ocasion el derecho de gentes con tanta escrupulosidad si hubiese previsto que aquel embajador, de cuya vida cuidaba, debia ser el principal instrumento de su ruina. Moctezuma aprovechó el aviso; pero cuando se vió fuera de peligro, se puso á insultar á las guardias, echándoles en cara su desecuido, y amenazándolas con su pronta perdicion. Los soldados lo acometieron, mas él se defendió con tanto valor, que mató uno ó dos hombres; y como acudiesen otros, se retiró precipitadamente á México, llevando la noticia de que

estaba declarada la guerra, y desafiados los gefes de las dos naciones.

GUERRA CONTRA EL TIRANO.

Con esta noticia volvió á revolverse el pueblo, y acudió al rey para pedirle licencia de abandonar la ciudad, porque creia inevitable su ruina. El rey procuró animarlo con la esperanza de la victoria. "Pero ¿qué haremos, decia la muchedumbre, si somos vencidos?" "Si eso sucede, respondió el rey, desde ahora me obligo á ponerme en vuestras manos, para que me sacrifiqueis, si así lo juzgais oportuno." "Así lo haremos, replicó el pueblo; pero si salis victorioso, desde ahora tambien nos obligamos por nosotros y por nuestros descendientes, á ser vuestros tributarios, á labrar vuestras tierras y las de los nobles, á fabricar vuestras casas, y á llevaros, siempre que salgais á campaña, vuestras armas y equipaje." Hecho este convenio entre los nobles y los plebeyos, y conferido el mando de las tropas al valiente Moctezuma, dió el rey pronto aviso al príncipe Nezahualcoyotl, á fin de que viniese con su ejército á México, como en efecto lo hizo un día antes de la batalla.

No puede dudarse que en la época de que vamos hablando, los Mexicanos habian ya construido calzadas sobre el lago para mayor comodidad en sus comunicaciones con el continente; pues de otro modo no pueden entenderse los movimientos y escaramuzas de ambos ejércitos. Sabemos por la historia que las calzadas estaban cortadas por medio de fosos, sobre los cuales tenian puentes levadizos; pero ningun historiador indica el tiempo de su construccion (1). Lo admi-

(1) Yo creo que en la época de que vamos hablando, estaban construidas las calzadas de Tacubaya y de Tepeyacac: mas no las de Iztapalapan, que es la mayor, y en el sitio en que es mas profundo el lago.

nable es, que en medio de una vida tan llena de calamidades inviesen ánimo aquellas gentes de emprender obras tan grandes y difíciles.

El día siguiente al de la llegada del príncipe Nezahualcoyotl, se dejó ver en el campo el ejército de los Tepanecas, numeroso y brillante, no menos por las placas de oro, con que las tropas se habían adornado, que por los hermosos penachos que llevaban en la cabeza, quizás con el designio de parecer de mas alta estatura. Acompañaban su marcha los gritos y aclamaciones, anuncio prematuro de la victoria. Mandaba aquellas tropas un famoso general llamado *Mazatl*. El tirano *Maxtlaton*, aunque aceptó el reto de su contrario, no quiso moverse de su palacio, ó porque creía degradarse, midiendo sus armas con las del rey de México, ó lo que es mas verosímil, porque temia las vicisitudes de la guerra.

Cuando los Mexicanos tuvieron noticia de los movimientos de los Tepanecas, salieron bien ordenados á su encuentro; y dada por el rey *Itzcoatl* la señal del ataque, con un tamborcillo que llevaba al hombro, se acometieron con indecible furia las dos huestes contrarias, persuadidos unos y otros, que de aquella accion pendia el éxito final de la guerra. Durante la mayor parte del día no se pudo conocer á qué parte se inclinaba la victoria; pues las ventajas que los Tepanecas ganaban, las perdían poco despues. Pero, antes de ponerse el sol, viendo la plebe mexicana que las tropas enemigas se aumentaban con nuevos refuerzos, empezó á desanimarse, y á prorumpir en quejas contra sus caudillos. “¿Qué hacemos? decian. ¿Será preciso sacrificar nuestras vidas á la ambicion de nuestro rey y de nuestro general? ¿Cuánto mas saludable no seria rendirnos, confesando nuestra te-

meridad, para conseguir el perdón y la vida!”

Oyó el rey con sumo pesar estas voces; y viendo que con ellas se desalentaba mas y mas la gente, llamó á consejo al príncipe y al general, para pedirles parecer sobre lo que convendría hacer para escitar el valor de las tropas, que tan abatido parecia. “¿Qué respondió Moctezuma, combatir hasta la muerte. Si morimos con las armas en la mano, defendiendo nuestra libertad, haremos nuestro deber; si sobrevivimos vencidos, quedaremos cubiertos de eterna confusion. Vamos, pues: vamos á morir.” Ya empezaban á prevalecer los clamores de los casi vencidos Mexicanos, entre los cuales hubo algunos tan viles, que llamando á sus enemigos les decian: “¡O fuertes Tepanecas! dueños del continente! refrenad vuestro enojo; nosotros cedemos. Si quereis, aquí á vuestra vista daremos muerte á nuestros gefes, para merecer de vosotros el perdón de la teneridad á la que nos ha inducido su ambicion.” Fué tanta la ira que produjeron estos gritos en el rey, el príncipe, el general y los nobles, que en aquel momento hubieran castigado con la muerte la infamia de aquellos cobardes, á no haberlos detenido el temor de facilitar la victoria á sus enemigos; pero disimulando su disgusto, gritaron todos ellos de consuno: *Vamos á morir con gloria*; y al mismo tiempo arremetieron con tal ímpetu á sus enemigos, que los rechazaron de un foso que ocupaban, y los hicieron volver atras. En el ardor del conflicto se encontró Moctezuma con el general tepaneca, que estaba envanecido con el terror que sus tropas habían inspirado á los contrarios, y le dió tan fiero golpe en la cabeza, que lo dejó á sus piés exámine. Esparciose de súbito por el campo el rumor de la victoria, y con esto, cobraron vigor los Mexicanos:

los Tepanecas se consternaron de tal modo con la pérdida de su bravo general Mazatl, que muy en breve empezaron á desordenarse. La noche impidió á los Mexicanos continuar sus progresos, y unos y otros se retiraron á sus ciudades respectivas: los Mexicanos llenos de orgullo, ó impacientes porque la oscuridad les estorbaba consumir la victoria; los Tepanecas, desconsolados y tristes, aunque no enteramente destituidos de la esperanza de vengarse al día siguiente.

Maxtlaton, harto afligido por la muerte de su general, y por la derrota de sus huestes, pasó aquella noche (la última de su vida) animando á sus capitanes, y representándoles, por una parte la gloria del triunfo, y por otra los males á que quedarían sujetos, si fuesen vencidos; pues los Mexicanos, que hasta entónces habían sido tributarios de los Tepanecas, obligarían á estos á pagarles tributo, si quedaban victoriosos (1).

CONQUISTA DE AZCAPOZALCO Y MUERTE
DEL TIRANO MAXTLATON.

Vino finalmente el día que debía decidir la suerte de los tres monarcas. Salieron ambos ejércitos al campo, y empezaron, con extraordinario furor la batalla, que se mantuvo con mucho vigor hasta medió día. Los Mexicanos, animados por las ventajas del día precedente, y por la firme esperanza que tenían de lograr una victoria decisiva, hicieron tan gran estrago en sus enemigos, que cubrieron el campo de cadáveres: los derrotaron, los obligaron á huir, y los siguieron hasta

dentro de los muros de Azcapozalco, apareciendo por todas partes el terror y la muerte. Viendo los Tepanecas que ni aun en sus cascos podían sustraerse al furor de los vencedores, huyeron á los montes, 10 ó 12 millas distante de su ciudad. El orgulloso Maxtlaton, que hasta entónces habia despreciado á sus enemigos, y se creia superior á todos los golpes de la fortuna, viendo ya en su capital á los Mexicanos, oyendo los sollozos de los vencidos, careciendo de fuerzas para resistir, y teniendo que lo alcanzasen en su fuga, si la emprendia, tomó el partido de esconderse en un *temazcalli*, ó hipocausto, de que hablaré despues; pero no tardaron en hallarlo los vencedores, que con gran diligencia lo buscaban, y no bastando á compadecerlos sus ruegos ni sus lágrimas, fué muerto á palos y pedradas, y su cadáver arrojado al campo, para que sirviese de pasto á las aves de rapiña. Tal fué el trágico fin de Maxtlaton, antes de cumplir los tres años de su tiránico dominio. Así terminaron la injusticia, la crueldad, la ambicion y la perfidia de aquel malvado, y los gravísimos daños hechos por él al legítimo heredero del reino de Acolhuacan, á su hermano Tayatzin y al rey de México. Su memoria es odiosa y execrable en los anales de aquellas naciones.

Este memorable suceso, que cambió enteramente el sistema de aquellos países, señaló el año de 1425 de la era vulgar, un siglo despues de la fundacion de México.

La noche siguiente se emplearon los vencedores en saquear la ciudad, en arruinar las casas y en quemar los templos, dejando en tal estado aquella célebre capital, que en muchos años no pudiese reparar sus desastres. Mientras los Mexicanos y los Acolhuas recogian los frutos de su victoria, los Tlaxaltecans y Hue-

(1) De estas espresiones se infiere, que cuando el tirano se apoderó de la corona de Azcapozalco, por muerte de su hermano Tayatzin, volvió á imponer á los Mexicanos el tributo que les habia exigido su padre Tezozomoc.

xotzincos destacados del ejército, tomaron por asalto la antigua corte de Temayuca, y el día siguiente vinieron á unirse con ellos, para apoderarse de la ciudad de Cuetlaxtēpec.

Los fugitivos Tepanecas, hallándose en los montes reducidos á la mayor miseria, y temiendo que los alcanzasen allí los vencedores, pensaron en rendirse, y en *implorar su clemencia*; y para *obtenerla*, mandaron al rey de México un ilustre personaje, acompañado de otros nobles de diferentes pueblos de su nación. Este embajador pidió humildemente perdon al rey en nombre de sus compatriotas, le prestó obediencia, y le prometió que la nación entera de los Tepanecas lo reconocería por su legítimo señor, y que todos sus individuos lo servirían como vasallos. Felicitóse al mismo tiempo de la fortuna de los Tepanecas, en medio de tan gran desastre, por tener que someterse á un rey tan digno, y dotado de tan excelentes prendas; y finalmente, terminó su arenga rogándole encarecidamente que les concediese la vida, y la libertad de volver á sus casas. Itxcoatl acogió al embajador con gran benignidad, concedió cuanto le pedía, y prometió recibirlos, no ya como súbditos, sino como hijos, ofreciéndose á servirlos de padre; pero también los amenazó con el último estermínio en caso que osasen infringir la fidelidad que le jura-

ban. Volvieron en efecto los fugitivos para reedificar sus moradas, para cuidar de sus intereses y familias, y desde entónces quedaron siempre sujetos al rey de México, aumentando con su desgracia el catálogo de las vicisitudes que se observan cada día en la felicidad humana. Pero no todos los Tepanecas se redujeron á la obediencia del conquistador; pues que los de Coyuacan, ciudad, y estado considerables de la misma nación, se mantuvieron obstinados, como veremos, en su primer partido.

El rey Itxcoatl, despues de esta famosa conquista, hizo que el pueblo ratificase el convenio propuesto con la nobleza, obligándose á servirla, como siempre lo hizo desde entónces en adelante; pero los que con sus lamentos y lágrimas habian desalentado á los otros en la pelea, fueron separados del cuerpo de la nación y del estado, y desterrados para siempre como infames y cobardes. A Moctezuma, y á los otros que se habian señalado en la guerra, dió el rey la propiedad de una parte de las tierras conquistadas, y otras á los sacerdotes para su subsistencia; y despues de haber tomado las disposiciones necesarias para consolidar su dominio, volvió con su ejército á México, á fin de celebrar con públicos regocijos los triunfos de sus ejércitos, y dar gracias á los dioses por la protección con que se imaginaba que estos lo habian favorecido.



LIBRO CUARTO.

Restablecimiento de la familia real de los Chichimecas en el trono de Acolhuacan. Fundación de la monarquía de Tlacuba. Triple alianza de los reyes de México, de Tlacuba y de Acolhuacan. Conquistas y muerte del rey Itzcoatl. Conquistas y sucesos de los Mexicanos en los reinados de Moctezuma I y Axayacatl. Guerra entre México y Tlatelolco. Conquista de Tlatelolco, y muerte de su rey Moquihuiz. Gobierno, muerte y elogio de Nezahualcoyotl, y exaltacion al trono de su hijo Nezahualpilli.

RESTABLECIMIENTO DE LA FAMILIA REAL DE LOS CHICHIMECAS.

Cuando Itzcoatl se vió afianzado en su trono, y en la pacífica posesion de Azcapozalco, para recompensar al príncipe Nezahualcoyotl por el socorro que le habia dado en la defensa de México y en la conquista de la capital de los Tepanecas, determinó suministrarle auxilios para recobrar los estados que le pertenecian. Si el rey de México hubiera querido sacrificar la fidelidad y la justicia á la ambicion, no le hubieran faltado pretextos para hacerse dueño de aquellas posesiones. El tirano Tezozomoc habia dado á Quimalpopoca el señorío de Tezcoco, y este habia mandado en aquella capital, como dominador absoluto. Itzcoatl, heredero de todos los derechos de su antecesor, podia considerar aquel estado como incorporado desde mucho tiempo á la corona de México. Habiendo ademas conquistado legítimamente la ciudad de Azcapo-

zalco, y sometido á los Tepanecas, parecia justo que se apoderase de los derechos de los vencidos; tanto mas, cuanto que tenia en su favor una posesion de doce años, y el consentimiento de los pueblos. Pero desechando estas consideraciones, pensó seriamente en poner á Nezahualcoyotl en posesion del trono, que por legítima sucesion le correspondia, y de que por tantos años lo habia privado la usurpacion de los Tepanecas.

Despues de la derrota de estos, habia muchas ciudades en el reino que no querian someterse al príncipe heredero, por miedo del castigo que merecian. Una de ellas era Huexotla, próxima á Tezcoco, y cuyo señor Huitzaahutl (1) se habia obsti-

(1) La ciudad de Huexotla habia sido dada por Tezozomoc al rey de Tlatelolco; por lo que se debe creer que el tirano Maxtilan se la quitó para darla á Huitznahuatl.

mado en seguir el partido de los rebeldes. Salieron de México las tropas aliadas, y encaminándose por la llanura llamada hoy de Santa Marta, hicieron alto en Chimalhuacan, desde donde el rey y el príncipe ofrecieron perdón á los habitantes, si se rendían, y los amenazaron con incendiar el pueblo, si persistían en la rebelión; mas ellos, lejos de aceptar aquella oferta, salieron en orden de batalla contra el ejército real. Poco duró la pelea; porque habiendo el invicto Moctezuma hecho prisionero al caudillo contrario, echaron á huir sus tropas, y pidieron perdón humildemente, presentando al vencedor, como solían hacerlo, las mugeres embarazadas, los niños y los viejos, á fin de moverlo á compasión. Allanado, en fin, el camino al trono de Acolhuacan, y restituido este al príncipe, fueron licenciadas las tropas auxiliares de Huexotzinco y Tlaxcala, con singulares demostraciones de agradecimiento, y con una buena parte del botín de Azcapotzalco.

CONQUISTA DE COYOHUACAN Y DE OTROS PUEBLOS.

De allí pasó el ejército de los Mexicanos y de los Acolhuas contra los rebeldes de Coyohuacan, de Atlacuihuayan y de Huiztilopocho. Los Coyohuacaneses habían procurado escitar los ánimos de todos los otros Tepanecas á sacudir el yugo de los Mexicanos. Cedieron á sus instigaciones aquellas ciudades y algunas vecinas; pero las otras, amedrentadas por el desastre de Azcapotzalco, no quisieron esponerse á nuevos peligros. Antes de estallar los rebeldes, empezaron á insultar á las mugeres mexicanas que iban á su mercado, y aun á los hombres que pasaban por la ciudad; por lo que Itzcoatl mandó que ningun Mexicano fuese á Coyohuacan, á fin de no tener motivos de castigar

la insolencia de sus habitantes. Terminada la expedición de Huexotla, marchó contra ellos. En las tres primeras batallas que les dió, apenas consiguió otra ventaja que la de hacérslos retroceder algun poco; pero en la cuarta, mientras combatían furiosamente los dos ejércitos, Moctezuma, con algunos valientes que habia puesto en emboscada, acometió con tal ímpetu á la retaguardia de los contrarios, que los desordenó, los obligó á dejar el campo, y á refugiarse en la ciudad. Siguiólos denodadamente; y conociendo que pensaban fortificarse en el templo principal, lo ocupó antes que ellos llegasen, y quemó las torres de aquel edificio. Con este golpe se consternaron de tal modo los rebeldes, que abandonando el pueblo, huyeron á los montes, situados á Mediodía de Coyohuacan; pero hasta allí los siguieron las tropas reales por espacio de treinta millas, hasta que en un monte á Poniente de Quauhnhuac, los fugitivos, cansados y privados de toda esperanza de salvarse, echaron las armas á tierra, en señal de rendirse, y se entregaron á discrecion.

Con esta victoria quedó Itzcoatl dueño de todo el estado de los Tepanecas, y Moctezuma lleno de gloria. Es cosa admirable, dicen los historiadores, que la mayor parte de los prisioneros hechos en aquella guerra de Coyohuacan, lo fueron por manos de Moctezuma y de tres valientes oficiales Acolhuas; pues habiendo convenido los cuatro, á ejemplo de los antiguos Mexicanos en la guerra contra los Xochimilcos, en cortar un tufo de cabellos á todos los que cogiesen, se encontró esta señal en la mayor parte de los prisioneros.

MONARQUÍA DE TACUBA, Y ALIANZA DE LOS TRES REYES.

Terminada tan felizmente aquella expedición, arreglados los negocios de Coyo-

huacan y de las otras ciudades sometidas, volvieron los dos reyes á México. Pareció conveniente á Itzcoatl poner á la cabeza de los Tepanecas alguna persona de la familia de sus antiguos señores, á fin de que viviesen mas tranquilos y con menos disgusto, bajo el yugo de los Mexicanos. Escogió para esta dignidad á Totoquihuatzin, nieto del tirano Tezozomoc. No se sabe que este príncipe hubiera tenido parte en la guerra contra los Mexicanos; quizás se abstuvo de ello por secreta inclinacion que los profesase, ó por aversion á su tío Maxtlaton. Itzcoatl lo mandó llamar á México, y lo creó rey de Tlacopan ó Tacuba, ciudad considerable de los Tepanecas, y de todo el territorio que estaba á Poniente, incluso tambien el pais de Mazahuacan; pero Coyoahuacan, Azcapozalco, Mixcoac y otras ciudades de los Tepanecas, quedaron inmediatamente dependientes de la corona de México. Diéronse aquellos estados á Totoquihuatzin, con obligacion de servir con todas sus fuerzas al rey de México, siempre que este las requiriese, reservándole la quinta parte de los despojos que se tomasen á los enemigos. Igualmente fué puesto Nezahualcoyotl en posesion del trono de Acolhuacan, con la misma condicion de servir á los Mexicanos en la guerra, y derecho á la tercera parte del botin, despues de sacada la del rey de Tacuba, y quedando las otras dos terceras partes para el rey de México. Ademas de esto, los dos reyes fueron creados electores honorarios del rey de México (1): prerogativa que se reducía á ratificar la

eleccion hecha por cuatro nobles Mexicanos, que eran los verdaderos electores. El rey de México, en cambio, se obligó á socorrer á cada uno de los otros dos, cuando lo necesitasen. Esta alianza de los tres reyes, que se mantuvo firme é inalterable por espacio de cerca de un siglo, fué la causa de las rápidas conquistas que despues hicieron los Mexicanos. No fué esta la única sabia combinacion de la política de Itzcoatl: premió tambien ventajosamente á todos los que se habian distinguido en la guerra, no haciendo tanto caso de la gerarquía y de las dignidades de los agraciados, cuanto del valor que habian mostrado, y de los servicios que habian hecho. Así es como la esperanza del galardón lo estimulaba á las mas heroicas empresas, estando seguros de que su gloria y sus ventajas no dependian de ciertos accidentes de fortuna, sino del mérito de sus propias acciones. Esta política fué generalmente adoptada por los reyes posteriores con gran utilidad del estado. Establecida esta famosa alianza, fué Itzcoatl con el rey Nezahualcoyotl á Tezcoco, para coronarlo por sus propias manos. Esta funcion se celebró con la mayor solemnidad en 1426. De allí volvió el rey de México á su corte, y el de Acolhuacan se aplicó con el mayor esmero al gobierno de sus estados.

REGLAMENTOS NOTABLES DEL REY NEZAHUALCOYOTL.

El reino de Acolhuacan no estaba tambien arreglado como lo dejó Techotlala. La dominacion de los Tepanecas, y las revoluciones sobrevénidas en aquellos veinte años, habian alterado el gobierno de los pueblos, debilitado el vigor de las leyes, y corrompido en gran parte las costumbres. Nezahualcoyotl, que amaba entrañablemente á sus pueblos, que estaba dotado de singular prudencia y sabiduría,

(1) Muchos historiadores creen que los reyes de Tezcoco y de Tacuba eran verdaderos electores; pero de la misma historia consta lo contrario, ni se encuentra dato alguno para creer que se hallasen presentes á alguna eleccion.

tomó tan acertadas medidas para la reforma del reino, que muy en breve se vió mas floreciente que nunca lo habia estado. Dió nueva forma á los consejos ya establecidos por su abuelo, y los compuso de las personas mas aptas y seguras. Habia un consejo para las causas civiles, al cual, ademas de los individuos natos, asistian cinco señores, que le habian sido constantemente fieles en sus mayores adversidades. Otro juzgaba las causas criminales, y lo presidian dos príncipes, hermanos del rey, hombres de suma integridad. El consejo de guerra se componia de los mas famosos capitanes, entre los cuales, tenía el primer lugar el señor de Teotihuacan, yerno del rey, y uno de los trece magnates del reino. El consejo de hacienda constaba de los mayordomos de la casa real y de los primeros traficantes de la ciudad. Tres eran los principales mayordomos que cuidaban de los tributos y de los ingresos de las arcas reales. Estableció juntas, á guisa de academias, para el cultivo de la poesia, de la astronomía, de la música, de la historia, de la pintura y del arte divinatorio: llamó á la corte á los profesores mas acreditados del reino: les mandó que se reuniesen en dias señalados, para comunicarse mutuamente sus conocimientos é invenciones; y para cada una de aquellas ciencias y artes, aunque imperfectas, fundó escuelas en la capital. Con respecto á las artes mecánicas, señaló el ejército de cada una de ellas, con exclusion de las otras, uno de los treinta barrios en que dividió la ciudad de Tezcoco: así que, en uno estaban los plateros, en otro los carpinteros, en otro los tejedores, y así los demas. Para el fomento de la religion, edificó nuevos templos; creó ministros para el culto de los dioses, les dió casas, les señaló rentas para su sustento, y para los gastos de las

fiestas y sacrificios. Con el objeto de aumentar el esplendor de su corte, construyó grandes edificios, dentro y fuera de la ciudad; plantó nuevos jardines y bosques, que en parte se conservaron muchos años despues de la conquista, y aun en el dia se ven algunos vestigios de aquella magnificencia.

CONQUISTA DE XOCHIMILCO, DE CUICUILHUAC Y DE OTRAS CIUDADES.

Mientras el rey de Acolhuacan se empleaba en el gobierno de sus pueblos, los Xochimilcos, temerosos de que los Mexicanos se apoderasen en el porvenir de su territorio, como habian hecho con el de los Tapanecas, se reunieron en consejo, para deliberar sobre los medios que deberian adoptar con el fin de evitar aquella desgracia. Algunos fueron de opinion de someterse voluntariamente al dominio de los Mexicanos, puesto que al fin habian de ceder á su imperio; pero dominó el parecer de los otros, que querian declararles la guerra, ántes que se hiciesen mas formidables con nuevas conquistas. Apénas supo su resolucion el rey de México, alistó un buen ejército, al mando de Moctezuma, y avisó al rey de Tacuba para que lo auxiliase con sus tropas. La batalla se dió en las inmediaciones de Xochimilco; y aunque era grande el número de los de esta nacion, no peleaban con el buen órden que los Mexicanos, de modo que fueron derrotados en breve, y se acogieron huyendo á su ciudad. Los Mexicanos, siguiéndoles el alcance, entraron en ella, y pegaron fuego á las torres de los templos y á otros edificios. No pudiendo los habitantes hacer frente á su impetu, huyeron á los montes, y habiendo sido alcanzados en ellos por sus enemigos, entregaron las armas y se les rindieron. Moctezuma fué recibido por los sacerdotes Xochimilcos con música de flautas y

tambores, habiendo concluido tan importante expedicion en el breve espacio de once dias. Pasó en seguida el rey de México á tomar posesion de aquella ciudad, que, como ya he dicho, era la mayor del valle despues de las capitales: en ella fué reconocido y aclamado rey, recibiendo el homenaje de sus nuevos súbditos, y prometiéndoles amarlos como padre, y cuidar de sus intereses.

La derrota de los Xochimilcos no bastó á intimidar á los habitantes de Cuiclahuac; ántes bien la ventajosa situacion de su ciudad, colocada en una isla del lago de Chalco, los incitó á provocar á los Mexicanos á la guerra. Itzcoatl quiso acometerlos con todas las fuerzas de México; pero Moctezuma se ofreció á abatir su orgullo con menor número de tropas. Para ello armó algunas compañías de jóvenes, especialmente de los que se educaban en los seminarios de México; y habiéndolos ejercitado en el manejo de las armas, en el modo y órden que debian observar en aquella guerra, dispuso un número proporcionado de barcos, y se dirigió con aquel ejército á la ciudad rebelde. Ignóranse las circunstancias particulares de aquella expedicion; pero se sabe que la ciudad fué tomada despues de siete dias de asedio, y sometida á la obediencia del rey de México; que los jóvenes volvieron cargados de despojos, y condujeron un buen número de prisioneros para sacrificarlos al dios de la guerra. No se sabe en qué tiempo ocurrieron estos sucesos y la guerra contra Cuauhnahuac, aunque esta pertenece probablemente á los últimos años del reinado de Itzcoatl.

El señor de Xiuhtepec, ciudad del pais de los Tlahuicas, á mas de treinta millas al Mediodía de México, habia pedido al señor de Cuauhnahuac, su vecino, una hija suya para muger, y este se la habia

prometido. Pretendíola despues el de Tlaltexcal, y á este la concedió inmediatamente, sin hacer caso de la palabra empeñada con el primero, ó por alguna ofensa que de él habia recibido, ó por otra causa que ignoramos. Gravemente resentido de tamaná ofensa el señor de Xiuhtepec, determinó tomar venganza; pero no pudiendo hacerlo por sí mismo, en razon de la inferioridad de sus fuerzas, imploró el favor del rey de México, prometiéndole perpetua amistad y alianza, y servirlo siempre que lo necesitase, con su persona y con su gente. Itzcoatl, creyendo que aquella guerra era justa, y oportuna la ocasion que se le presentaba de ensanchar sus dominios, armó sus tropas, y convocó las de Acolhuacan y Tlacuba. Era en efecto necesario hechar mano de fuerzas considerables, por ser muy poderoso el señor de Cuauhnahuac, y muy fuerte su ciudad, como lo esperimentaron despues los españoles cuando la sitiaron. Mandó Itzcoatl que todo el ejército atacase al mismo tiempo la ciudad: los Mexicanos por Ocuilla, en la parte de Occidente; los Tepanecas por Tlatzacapechco, en la del Norte; y los Tezoacanos unidos con los Xiuhtepequeses, por Tlalquiteanaco, en la de Oriente y Mediodía. Los Cuauhnahuacqueses, fiados en la natural fortaleza de la plaza, quisieron esperar el asalto. Subieron desde luego los Tepanecas, y fueron vigorosamente rechazados; pero sobreviniendo al instante todas las otras tropas, los sitiados tuvieron que ceder, y rendirse al rey de México, al que desde entónces pagaron un tributo anual de algodon, papel y otros géneros, como veremos despues. Con la conquista de aquella grande, amena y fuerte ciudad, que era la capital de los Tlahuicas, quedó, gran parte del pais bajo el dominio del rey de México, y de allí á poco se agre-

garon á estas conquistas las de Cuauhtitlan y Toltitlan, ciudades considerables, á quince millas de México hácia el Norte; pero se ignoran las circunstancias de aquellos sucesos.

Así fué como una ciudad, que poco ántes era tributaria de los Tepanecas, y no muy respetada de las otras naciones, se halló en menos de doce años en estado de mandar á los mismos que la dominaban, y á los pueblos que se creian superiores á ella. Tanto importa á la felicidad de las sociedades humanas, la subiturnidad y el valor de los que las rigen! Marió por fin despues de tan glorioso reinado, y en edad muy avanzada, el gran Itzcoatl, el año 1436 de la era vulgar: rey justamente celebrado de los Mexicanos por sus singulares prendas, y por los incomparables servicios que les hizo. Sirvió á la nacion por espacio de treinta años en el empleo de general, y por el de trece la rigió como soberano. Libertóla del yugo de los Tepanecas; engrandeció sus dominios; repuso la familia real de los Chichimecas en el trono de Acolhuacan; enriqueció su corte con los despojos de las ciudades vencidas; echó, con la triple alianza, los fundamentos de su futura grandeza, y hermoseó su capital con bellos edificios, entre los cuales eran los mas notables el templo de la diosa Cihuacoatl, y el de Huitzilopochtli, que crigió despues de la conquista de Cuiclahuac. Celebraron los Mexicanos sus exéquias con extraordinaria solemnidad, con las mayores demostraciones de dolor, y depositaron sus cenizas en el sepulcro de sus antepasados.

MOCTEZUMA I, QUINTO REY DE MEXICO.

No tuvieron que deliberar los cuatro electores acerca de la eleccion del nuevo rey; pues no existiendo ninguno de los hermanos del último, debía recaer en uno

de sus sobrinos, y ninguno parecia mas digno de tan alta dignidad que Moctezuma Ilhuicamina, hijo de Huitzilauhítl, tanto por sus virtudes, como por los grandes servicios que habia hecho á la nacion. Fué pues elegido con general aplauso, y dióse cuenta inmediatamente de su exaltacion á los reyes aliados, que no solo ratificaron la eleccion, sino que la celebraron con grandes elogios del nuevo monarca, enviándole regulos dignos de su grandeza, y del aprecio con que lo miraban. Despues de las acostumbradas ceremonias, y las arengas gratulatorias de los sacerdotes, de los nobles y de los militares, se hicieron grandes regocijos, banquetes, bailes é iluminaciones. Pero antes de proceder á la coronacion, salió á campaña, sea por la ley establecida en la nacion, sea por su propia voluntad, á fin de hacer prisioneros que fuesen sacrificados en aquella solemne ocasion. Determinó que estas victimas fuesen Chalqueseas, queriendo así vengarse de las afrentas que le habian hecho, y del trato indigno que le habian dado, cuando volviendo de Texcoco, con el carácter de embajador, fué preso y conducido á la cárcel de Chalco. Salió pues en persona contra ellos; los derrotó, les hizo muchos prisioneros, y no quiso detenerse en someter aquel estado, por no diferir la coronacion. El dia señalado para aquella funcion, entraron en México los tributos y presentes que le hacian los pueblos vencidos. Iban delante los mayordomos del rey y los recaudadores de sus rentas: seguian los hombres que llevaban los regalos, divididos en tantas cuadrillas, cuantos eran los pueblos que los remitian; y tan bien ordenados, que causaron general satisfaccion á los espectadores. Llevaban oro, plata, hermosas plumas, una inmensa cantidad de aves y otros comestibles. Es de presumir, aun-

que no lo dicen los historiadores, que concurrirían los reyes aliados, con otros muchos señores forasteros, y una gran muchedumbre de habitantes de los diversos pueblos del valle de México.

ATROCIDAD DE LOS CHALQUESES Y SU CASTIGO.

La primera atención de Moctezuma cuando se vió en el trono, fué edificar un gran templo en la parte de la ciudad que llamaban Huitznahuac. Los reyes aliados, á quienes pidió su ayuda para esta obra, le proveyeron de tantos materiales y operarios, que en breve se terminó y consagró aquel edificio. Durante esta obra parece que estalló la guerra contra Chalco. Los habitantes de aquella ciudad, además de las injurias que habian hecho á Moctezuma, provocaron nuevamente su furor con un cruel y horrendo atentado, que ha merecido la execración de la posteridad. Sucedió, pues, que yendo á caza dos príncipes reales de Tezcoco, en los montes que dominan las llanuras de Chalco, engolfados en su diversion, se alejaron de su comitiva con solos tres señores mexicanos, y dieron en manos de una cuadrilla de soldados chalqueses, los cuales, creyendo hacer un gran servicio á las crueles pasiones de su señor, los licieron prisioneros y los condujeron á Chalco. El bárbaro dominador de aquella ciudad, que probablemente seria el mismo Tototzín, de quien recibió tan mal trato Moctezuma, sin respetar el carácter de sus prisioneros, y sin tener los funestos efectos de su inhumana resolución, mandó dar muerte á los cinco: mas para que nunca careciesen sus ojos de un espectáculo tan grato á su fútil sanguinaria, hizo secar y salar sus cadáveres; y cuando estuvieron bien secos, los puso en una sala de su casa á fin de que sirviesen á sostener las rajás de pino

con que se alumbraban de noche aquellas gentes.

La fama de tan horrible suceso se esparció inmediatamente por todo el país. El rey de Tezcoco, á quien penetró el corazon de dolor aquella noticia, pidió socorro á los reyes aliados, para vengar la muerte de sus hijos. Determinó Moctezuma que el ejército Tezcocano atacase por tierra la ciudad de Chalco, y mientras él y el rey de Tacuba, con sus tropas respectivas, la atacarían por agua; y para no errar el golpe, reunió un número increíble de barcos, en que poder transportar su ejército, tomando él á su cargo el mando de la expedición. Los Chalqueses, á pesar de la superioridad numérica de sus enemigos, les hicieron una vigorosa resistencia; porque además de ser naturalmente belicosos, aquella vez el despecho aumentó sus bríos. El señor de aquel estado, aunque tan viejo que no podía hacer uso de sus piés, se hizo llevar en una litera al campo de batalla, para animar con su presencia y su voz á sus súbditos. Sin embargo, fueron vencidos, la ciudad saqueada, y el gefe castigado con la pena del último suplicio, por sus atroces crímenes. El botín, según el convenio hecho con el rey Itzcoatl, se dividió entre los tres monarcas; pero la ciudad con todo su territorio quedó desde entonces sometida al rey de México. Esta victoria, según dicen los historiadores, se debió en gran parte al valor de Acoqueztzín, hijo de Nezahualcoyotl.

CASAMIENTO DEL REY DE ACÓTLHUACAN CON UNA PRINCESA DE TACUBA.

Este famoso rey, aunque desde su juventud se habia casado con muchas mugeres, y de ellas tenia muchos hijos, no concedió á ninguna el título de reina, por ser todas hijas de sus súbditos, ó esclavas

(1). Pero creyendo ya conveniente tomar una esposa digna de tan gran honor, y que diese un sucesor á la corona de Acolhuacan, se casó con Matlalcohuatzin, hija del rey de Teotuba, jóven hermosa y modesta, que fué conducida á Texcoco por su padre y por el rey de México. Celebráronse estas bodas con grandes regocijos, que duraron ochenta días; y un año despues nació de este enlace un príncipe que se llamó Nezahualpilli, que, como despues veremos, heredó la corona. De allí á poco se hicieron otras grandes fiestas para celebrar la conclusion de la obra del Hueictepan, ó gran palacio, de cuya magnificencia fueron testigos los españoles. Estos regocijos, á que concurrieron los reyes aliados, terminaron con un esplendísimo banquete, á que estuvo convidada la nobleza de las tres cortes. En esta ocasion hizo Nezahualcoyotl que sus músicos cantasen al son de los instrumentos, una oda compuesta por él mismo, y que empezaba por estas palabras: *Xochitl manantl in ahuehuatlán*. El argumento de aquella composicion era recordar á los circunstantes la brevedad de la vida, y de todos los placeres de que gozan los mortales, semejantes á una flor hermosa que prontamente se marchita. Las patéticas imágenes de la cancion artancaron lágrimas á todos los prescutes, á quienes la memoria de la muerte hacia mas preciosa y mas cara la existencia.

MUERTE DE CCAUHTLATOA, REY DE TLATELOLCO.

Restituido Moctezuma á su capital, se vió obligado á luchar con un enemigo,

[1] Nezahualcoyotl se casó en su juventud como ya hemos dicho, con Nezahualcochtli, que siendo de la casa real de México, era digna de subir al trono; pero esta señora murió ántes que el príncipe su esposo recobrase la corona que los Tepanecas le habían usurpado.

que, por ser vecino y casi doméstico, podia acarrear graves perjuicios al estado. Ccauhtlatoa, tercer rey de Tlatelolco, impulsado por el ambicioso deseo de estender sus dominios, ó quizás por la envidia que su vecino y rival le inspiraba, habia ya pensado quitar la vida al rey Itzcoatl, y apoderarse de México: para lograrlo, no teniendo bastante con sus fuerzas, se confederó con otros caudillos de los territorios inmediatos; pero todas sus diligencias fueron vanas, porque Itzcoatl, noticioso de aquel intento, se dispuso oportunamente á la defensa, y frustró completamente las miras de su enemigo. De aquí se originó tal desconfianza y enemistad entre los Mexicanos y los Tlatelolcos, que estuvieron muchos años sin comunicarse entre sí, á escepcion de algunos plebeyos, que furtivamente asistian á los reciprocos mercados. En tiempo de Moctezuma planteó de nuevo Ccauhtlatoa sus perversos designios; mas esta vez no quedaron impunes. Prevenido Moctezuma del crimen meditado, se anticipó á su enemigo, dando un furioso asalto á la ciudad, y mandando quitar la vida á su inquieto dominador. Mas no queriendo someter por entónces aquel estado á la corona de México, hizo que los habitantes eligiesen por caudillo al benemérito Moquihuix.

CONQUISTA DE MOCTEZUMA.

Desembarazado Moctezuma de aquel peligroso vecino, pasó á la provincia de los Colhuixcos, al Sur de México, á vengar la muerte dada por aquellos pueblos á unos Mexicanos. En aquella gloriosa expedicion añadió á sus estados los territorios de Huaxtepec, Yauztepec, Tepoztlau, Yaacpichitla, Tototlapan, Tlalozañtítlan, Quilapan ó Chilapa, á más de ciento y cincuenta millas de la corte: Coixco, Oztomantla, Tlachmalac y otros muchos; y di-

riéndose hácia el Poniente, se apoderó de Tzompahuacan, dejando desde entónces sometidos al dominio de los reyes mexicanos, el gran país de los Colhuixcos, que habian sido los autores de aquel atentado, y algunos otros circunvecinos, que quizás habian provocado su enojo con semejantes insultos. De vuelta á su capital, amplió el templo de Huitzilopochtli, y lo adornó con los despojos de los pueblos vencidos. Moctezuma hizo todas estas conquistas en los nueve primeros años de su reinado.

INUNDACION DE MEXICO.

En el décimo año, que fué el 1446 de la era vulgar, hubo en México una gran inundacion ocasionada por las lluvias excesivas, las cuales aumentaron de tal modo el volúmen de las aguas del lago, que no pudiendo contenerse en su lecho, inundaron la ciudad, en términos que arruinaron muchas casas, y no dejaron calle alguna en que se pudiera transitar de otro modo que por medio de barcos. Moctezuma, afligidísimo con esta calamidad, recurrió al rey de Tezocco, esperando de su sabiduría que le sugiriese algun remedio. Aquel prudente monarca fué de parecer que se construyese un gran dique para refrenar las aguas, prescribiendo al efecto sus dimensiones, y el sitio en que debia construirse. Agradó el consejo á Moctezuma, y mandó que se pudiese en ejecucion con la mayor prontitud posible. Los habitantes de Azcapozalco, de Coyohuacan y de Xochimilco, tuvieron orden de suministrar algunos millares de gruesas estacas, y á otros pueblos se encargó la conduccion de las piedras necesarias. Convocó ademas para la ejecucion de la empresa á los de Tacuba, Iztapalapan, Colhuacan y Tenayuca: los reyes mismos y magnates dieron á los otros el ejem-

plo del trabajo; con lo que se estimularon de tal manera los súbditos que en poco tiempo se vió concluida aquella obra, que de otro modo no hubiera podido terminarse en muchos años. El dique tenia nueve millas de largo y once brazas de ancho. Componíase de dos estacadas paralelas, cuyo espacio medio estaba rellenado de piedras y arena. La mayor dificultad era trabajar dentro del lago, y especialmente en algunas sitios en que las aguas eran muy profundas; pero todo lo superó el ingenio del director, ayudado por la constancia de los operarios. Fué ciertamente aquella construccion utilísima á la ciudad, aunque no bastó á preservarla enteramente de inundaciones; lo que no debe parecer extraño, si se tiene presente que los españoles, aun empleando ingenieros europeos, no consiguieron evitar aquel inconveniente, ni con dos siglos y medio de trabajo, ni con el gasto de algunos millones de pesos. Mientras los Mexicanos se empleaban en aquella obra, se rebelaron los Chalquenses; pero fueron prontamente comprimidos, aunque con pérdida de algunos capitanes del ejército real.

HAMBRE EN MEXICO.

A la calamidad de la inundacion siguió muy en breve la del hambre, por haber sido muy escasa la cosecha de maiz en los años de 1448 y 1449, de resultas de los yelos que sobrevinieron cuando estaban aun tiernas las mazorcas. En 1450 se perdió tambien la cosecha por falta de agua. En 1451 ademas de lo rigoroso de la estacion, apenas se pudo sembrar grano, habiéndose consumido casi todo, por la escasez de las cosechas anteriores; de modo que en 1452 fué tan grande la necesidad de los pueblos, que no bastando á socorrerla la liberalidad del rey y de los

magnates, que abrieron sus graneros en lieu de sus súbditos, se vieron estos reducidos á comprar su subsistencia á costa de la propia libertad. Moctezuma, no pudiendo aliviarlos, les permitió trasladarse á otros países; pero sabiendo que algunos se vendían por la subsistencia de dos ó tres días, publicó un bando en que mandaba que ninguna muger se vendiese por menos de cuatrocientas, y ningún hombre por menos de quinientas mazoreas de maíz. Pero nada bastó á evitar los perniciosos efectos de la carestía. Algunos de los que pasaban á buscar remedio en otros países, morían de necesidad en los caminos: otros no volvieron mas á su patria. La mayor parte de la plebe mexicana se mantuvo, como sus antepasados, con los pájaros, peces, insectos y yerbas del lago. El año siguiente no fué tan calamitoso; y al fin, en 1454, que era secular, hubo cosecha abundantísima, no solo de maíz, sino de legumbres y de toda clase de frutas.

NUEVAS CONQUISTAS Y MUERTE DE MOCTEZUMA.

Pero no pudieron los Mexicanos gozar tranquilamente de su abundancia; pues les fué preciso tomar las armas contra Atonalzin, señor de la ciudad y del estado de Coxtilahuacan, en el país de los Mixtecas. Era este un poderoso caudillo, el cual no sé por qué negaba el paso por sus tierras á los mexicanos: y si alguno casualmente llegaba á ellas, le hacía todo el daño que estaba á su alcance. Gravemente resentido Moctezuma de estas hostilidades, le envió una embajada para saber la causa de tan extraña conducta, amenazándolo con la guerra, si no le daba la debida satisfacción. Atonalzin recibió con desprecio aquel mensaje; y haciendo traer á presencia de los embajadores una

parte de sus riquezas, "llevad, les dijo, este regalo á vuestro monarca, y decidle que por él conocerá cuánto me dan mis súbditos, y cuán grande es el amor que me profesan: que acepto gustoso la guerra, y que en ella quedará decidido, si mis pueblos han de pagar tributo al rey de México, ó los Mexicanos á mí." Moctezuma comunicó inmediatamente aquella arrogante respuesta á los dos reyes aliados, y mandó un ejército considerable contra su enemigo, el cual lo aguardaba bien apercebido en la frontera de sus estados. Las tropas al encontrarse vinieron á las manos; pero el empuje de los Mixtecas fué tan violento, que los Mexicanos quedaron destruidos, y tuvieron que abandonar la empresa.

Con la victoria creció el orgullo de Atonalzin; mas previendo que los Mexicanos volverían con mas fuerza, pidió auxilio á los Huexotzincos y á los Tlaxcaltecas, y estos lo enviaron sin tardanza, alegrándose de aquella ocasion de interrumpir la felicidad de las armas mexicanas. Moctezuma, afligido por el éxito infuasto de aquella campaña, pensó seriamente en restablecer el honor de su corona: armó en poco tiempo un ejército formidable, y quiso mandarlo en persona con los dos monarcas aliados; pero antes de marchar supo que los Tlaxcaltecas y los Huexotzincos habian atacado á Tlachiquahuco, pueblo de Mixtecas, degollando á las tropas mexicanas que lo guarnecían, quitando á muchos habitantes la vida, y á otros la libertad (1). Dirigióse pues lleno de in-

[1] No sabemos en qué tiempo se agregó Tlachiquahuco á la corona de México. En las pinturas de la *Coleccion* de Mendoza, donde se indican las principales conquistas de los Mexicanos, se hace mención de aquella en tiempo de Moctezuma; mas yo creo que este recuperó aquella ciudad; no que la conquistó por primera vez.

dignacion contra la Mixteca, y en aquella ocasion no valieron á Atonaltzin su poder, ni los socorros de sus amigos. En el primer encuentro quedó derrotado su ejército, y muertos muchos de sus combatientes, con casi todos los de sus aliados. Los pocos de estos que escaparon del furor de los Mexicanos, murieron á manos de los Mixtecos, los cuales vengaron en ellos el mal éxito de la batalla.

Atonaltzin se rindió á Moctezuma; el que no solo quedó dueño de la ciudad y del territorio de Coaxtlahuacan, sino que pasando adelante, se apodó de Tochtepéc, de Tzapotlan, de Tototlan y de Quiantla, y en los años siguientes, de Cozamalapan y de Cuauhcolecó. La causa de esta guerra fué la misma de muchas de las anteriores; es decir, el asesinato de algunos mercaderes y correos mexicanos, cometido en tiempo de paz por los habitantes de aquellos pueblos.

Mas difícil y mas famosa fué la expedicion emprendida el año de 1457, contra Cuetlachtlan, ó sea Cotasta. Esta provincia, situada, como ya hemos dicho, en la costa del seno mexicano, y fundada, ó habitada á lo menos, por los Olmecas, arrojados por los Tlaxcaltecas, contenia una poblacion muy considerable. Ignoramos la causa de esta guerra; sabemos sin embargo, que los Costateses, previendo la tormenta que los amenazaba, imploraron los socorros de los Tlaxcaltecas y de los Huexotzincos. Estos, que no habian olvidado la última derrota, y queriendo vengarla, no solo se prestaron á darles ayuda, sino que persuadieron á sus vecinos los Cholultecas á que entrasen en la confederacion. Estas tres repúblicas enviaron tropas numerosas á Cotasta, para aguardar allí á los enemigos. Moctezuma, por su parte, preparó un grande y brillante ejército, en que se alistaron los principales

nobles Mexicanos, Acolhuas, Tlatelcoles y Tepanecas. Entre los personajes que se distinguian en las tropas, se hallaban Azayueatl, general, Tizoc y Ahuitzotl, hermanos los tres, y de la familia real de México: las cuales ocuparon sucesivamente aquel trono, despues de Moctezuma su sobrino. Habia ademas otros caudillos de Colhuacan y Tenayuca; pero el principal de todos ellos por su dignidad, era Moquihuix, rey de Tlatelcolecó, sucesor del desventurado Cuauhtlatocá. Cuando salió este ejército de Mexico, aun no habia llegado allí la noticia de la confederacion de las tres repúblicas con los Costateses. Inmediatamente que la supo Moctezuma, despachó correos á sus generales, con orden de no pasar adelante, y de regresar sin pérdida de tiempo á la capital. Entraron en deliberacion los gefes: de los que unos opinaban que se obedeciesen sin réplica las órdenes del soberano; mientras los otros decian que no estaban obligados á someterse á un precepto tan injurioso á su honor, pues quedaria desacreditada y envilecida su nobleza, si desperdiciaban una ocasion tan oportuna de ostentar su intrepidez. Prevalció, sin embargo, como mas seguro el primer dictámen; pero al volver á marchar hácia México, dijo á los suyos el rey Moquihuix: "Retrocédan los que tengan ánimo de volver la espalda al enemigo, que yo con mis Tlatelcoles conseguiré el honor de la victoria." Esta resolucion agujoneó de tal manera á los otros generales, que todos de consuno determinaron arrostrar el peligro. Dióse finalmente la batalla, en la cual, aunque los Costateses pelearon briosamente, fueron vencidos con sus aliados. De estos quedó la mayor parte en el campo de batalla, y de unos y otros se hicieron seis mil y doscientos prisioneros, que poco despues fueron sacrificados en México en la

fiesta de la dedicacion del *Cuaxicalco*, ó edificio religioso dedicado á conservar los huesos de las víctimas. Quedó entónces toda aquella provincia sometida á la corona de Mexico, y el rey estableció en ella una guarnicion para mantener á los habitantes en su obediencia. Tan noble victoria se debió principalmente á la proteccion del rey Moquihuix, y hasta nuestros tiempos se ha conservado una oda ó cancion mexicana, compuesta en aquella ocasion (1). Moctezuma, mas satisfecho con el éxito feliz de la guerra, que ofendido por la desobediencia con que habian sido recibidas sus órdenes, premió al rey de Tlatelco, dándole por muger una prima suya, hermana de los tres príncipes ya mencionados.

Entre tanto los Chalqueses se hacian cada vez mas dignos de castigo no solo por su rebeldía, sino tambien por otros crímenes. En aquel tiempo tuvieron la temeridad de hacer prisionero á un hermano del mismo rey Moctezuma, que era; segun creemos, señor de Ehecatepec, y con él cogieron á otros Mexicanos. Este atentado, cometido en una persona tan inmediata á su soberano, fué sin duda un medio de que se valieron para sustraerse al dominio de los Mexicanos; y hacer á la ciudad de Chalco émula de la de México; pues quisieron hacer rey de Chalco á aquel personaje, su prisionero, y muchas veces se lo propusieron aunque en vano. Viéndolos él obstinados con su resolucion, les dijo al último que aceptaba la corona que le ofrecian; y á fin de que el acto de su exaltacion fuese mas solemne, queria que se plantase un árbol altísimo en la plaza del mercado, y sobre él se hiciese un ta-

blado ó parapeto, desde donde pudieran verlo todos sus nuevos súbditos. Hizo todo como lo habia indicado; y reuniendo á los Mexicanos al redor del árbol, subió al tablado con un ramo de flores en las manos, y desde aquella altura, habló así á los suyos: "Sabel, valientes Mexicanos, que los Chalqueses me quieren dar la corona de este estado; pero no permita nuestro dios que yo haga traicion á la patria, ántes bien con mi ejemplo os enseñaré á estimar en mas que la propia vida, la fidelidad que se le debé." Dicho esto, se precipitó de aquella elevacion. Accion ciertamente bárbara, pero conforme á las ideas que los antiguos tenian de la magnanimidad; y tanto menos digna de censura, que la de Caton y la de otros héroes de la antigüedad, cuanto era mas noble el motivo, y mayor la grandeza de ánimo del Mexicano. Con esta accion, de tal modo se inflamó la cólera de los Chalqueses, que allí mismo atacaron á los otros Mexicanos, y á lanzadas les dieron muerte. La noche siguiente oyeron acaso el canto melancólico de un ave nocturna, y como hombres dados á la supersticion, lo creyeron triste agüero de su próxima ruina. No se engañaron en aquel presentimiento; pues Moctezuma, gravemente irritado por su rebeldía, y por sus enormes delitos, declaró inmediatamente la guerra, y mandó encender hogueras en las cimas de los montes, en señal de la sentencia de esterminio que habia fulminado contra los rebeldes. Marchó en seguida contra aquella provincia, é hizo tan grandes estragos en ella, que la dejó casi despoblada. Los pocos de sus habitantes que sobrevivieron á tan formidable castigo, huyeron á las cuevas de los montes que dominan las llanuras de Chalco, y otros para alejarse mas del peligro, se refugiaron en Huexotzincó y Atlixco. La

(1) De esta oda hace mencion Boturine, que la tenía entre los MS y pinturas de su precioso Museo.

ciudad de Chalco fué entregada al saqueo. Al furor de la venganza, sucedió en Moctezuma, como sucede en todos los corazones, la compasion de los desventurados. Publicó un indulto general en favor de los fugitivos, y especialmente de los viejos, de las mugeres y de los niños, convidándolos á volver sin recelo á su patria; y no satisfecho con esto, dispuso que sus tropas recorriesen los montes, para buscar á los que, huyendo de los hombres, se habian refugiado entre las fieras. Volvieron en efecto muchos, y fueron distribuidos en Amaquemecan, Tlalmanalco y otros lugares; pero algunos, ó por desconfianza del perdon, ó por despecho, se abandonaron á la muerte en las montañas. Moctezuma dividió una parte del territorio de Chalco entre los capitanes que se habian señalado en la guerra.

Despues de esta expedicion conquistaron los Mexicanos á Tamazollan, Piaztlan, Xilotepec, Acatlan y otros pueblos. Con tan rápidas adquisiciones, engrandeció de tal modo Moctezuma sus dominios, que por Levante se estendian hasta el golfo mexicano; por Sudeste, hasta el centro del gran pais de los Mixtecas; por Mediodía, hasta Quilapan, y mas allá; por Sudoeste, hasta el centro del pais de los Otomites, y por el Norte, hasta la estremidad del valle.

Mas las atenciones de la guerra no estorbaron á aquel famoso rey cuidar de lo que pertenecia al gobierno civil y á la religion. Publicó nuevas leyes, aumentó el esplendor de su corte, é introdujo en ella cierto ceremonial desconocido de sus antepasados. Edificó un gran templo al dios de la guerra, instituyó muchos ritos, y aumentó el número de los sacerdotes. El intérprete de la *Coleccion* de Mendoza añade que Moctezuma fué sobrio y extraordinariamente severo en el castigo de

la embriaguez; y que con su justicia, su prudencia, y el arreglo de sus costumbres, se hizo temer y respetar de sus súbditos. Finalmente, despues de un reinado glorioso de veintiocho años y algunos meses, murió, llorado de todos, en 1464. Sus exéquias se celebraron con tanto mayor aparato, cuanto mayor era la magnificencia de la corte y el poder de la nacion.

AXAYACATI, SEXTO REY DE MEXICO.

Antes de morir Moctezuma, habia con vocado á los primeros personajes de la corte; y despues de haberlos exhortado á la concordia, encargó á los electores que diesen el trono al príncipe Axayacatl, por creerlo el mas capaz de promover la gloria de los Mexicanos. Los electores, ó por deferencia al parecer de un rey tan benemérito de la nacion, ó porque realmente conociu el mérito de Axayacatl, lo prefirieron á su hermano mayor Tizoc, y le dieron la corona. Era Axayacatl hijo de Tezozomoc, el cual habia sido hermano de los tres reyes predecesores de Moctezuma, y, como ellos, hijo del rey Acamapatzin.

Despues de la fiesta de la eleccion, salió el rey á la guerra, con el solo objeto, como habian hecho sus antecesoros, de tener prisioneros que sacrificar en la solemnidad de su coronacion. Hizo una expedicion contra la provincia de Tecuantepec, situada en la costa del mar Pacifico, cerca de cuatrocientas millas de México, hácia el Sudeste. Los Tecuantepequeses se habian preparado y aliado con sus vecinos, para resistir á las tentativas de los Mexicanos. En la batalla furiosa que se dió entre ambos ejércitos, Axayacatl, que mandaba en gefe, fingió retirarse para atraer los enemigos á una emboscada. Los Tecuantepequeses siguieron á los Mexicanos, cautando ya la victoria; euan-

do de repente se vieron atacados á retaguardia por una parte del ejército contrario, que salió de la emboscada, al mismo tiempo que los que habian volvieron caras, y empezaron á pelear de nuevo: así que, estrechados por una y otra parte, fueron derrotados completamente. Los que pudieron salir del conflicto, fueron perseguidos por los Mexicanos hasta la misma ciudad de Tecuantepec, que entregaron á las llamas. Los vencedores, aprovechándose de la consternacion de aquellos pueblos, escudieron sus conquistas hasta Coatulco, lugar marítimo, cuyo puerto fué frecuentado en el siglo siguiente por los buques españoles. De aquella expedicion volvió Axayacatl cargado de despojos, y fué coronado con aparato extraordinario de tributos y sacrificio de prisioneros. En los primeros años de su reinado solo pensó en hacer nuevas conquistas, segun el ejemplo de sus predecesores. En 1467 reconquistó á Cotasta y á Tochtepec, que se le habian rebelado. En 1468 ganó una completa victoria á los Huexotzincos y á los Atlitxqueses, y restituido á México, emprendió la fábrica de un templo, que llamó *Coatlan*. Los Tlatelolcos hicieron á competencia otro, que llamaron *Coaxolotl*; de lo que resultaron, entre los dos reyes, nuevas discordias, que terminaron, como despues veremos, en daño de los Tlatelolcos. En 1469 murió Totoquihuatzán, primer rey de Tacuba, el cual, en los cuarenta años y mas que rijió aquel pequeño estado, fué constantemente fiel á los Mexicanos, y los sirvió con celo en casi todas las guerras que emprendieron contra sus enemigos. Le sucedió su hijo Quimalpopoca, que le fué muy semejante en valor y en fidelidad.

MUERTE Y ELOGIO DEL REY NEZAHUALCOYOTL.

Mucho mas deplorable fué la pérdida que sufrieron los Mexicanos, el año de 1470, con la muerte de Nezahualcoyotl. Este monarca fué uno de los héroes mas famosos de la América antigua. Su gran valor que en su juventud pasó á temeridad, fué una de las dotes menos apreciables de su ánimo. Su fortaleza y su constancia en los trece años en que estuvo privado de la corona, y perseguido por el usurpador, fueron ciertamente admirables. Mostróse inflexiblemente recto en la administracion de justicia. Para perfeccionar la civilizacion de sus pueblos, y corregir los desórdenes introducidos en su reino en tiempo de los tiranos, promulgó ochenta leyes, que despues fueron compiladas por su noble descendiente D. Fernando de Alba Ixtlilxochitl, en su *Historia MS de los Chichimecas*. Maudó que ninguna causa civil ni criminal pudiese prolongarse por mas de ochenta dias, ó cuatro meses mexicanos. Cada ochenta dias se celebraba una gran reunion en el palacio real, á la que concurrían todos los jueces y los reos. Entónces se juzgaban irremisiblemente todas las causas que no se habian terminado en el periodo anterior; y los reos, de cualquiera clase de delitos, sufrían allí mismo, y en presencia de aquella asamblea, la pena á que habian sido condenados. Señaló penas á los crímenes, manifestándose especialmente severo con el adulterio, la sodomía, el hurto, el homicidio, la embriaguez y la traicion á la patria. Si hemos de dar crédito á los historiadores tezcocanos, mandó dar muerte á cuatro de sus hijos por incestuosos.

Era sin embargo extraordinaria su clemencia con los desgraciados. En su reinado estaba prohibido, bajo pena de muerte, tomar algo del campo ajeno; y tan ri-

gorosa era la ley, que bastaba robar cuatro mazorcas de maíz, para incurrir en la pena. Nezahualcoyotl, para socorrer de algun modo á los caminantes pobres, sin detrimento de la ley, mandó que en los dos lados de los caminos se sembrasen maíz y otras plantas, de que pudiesen servirse los necesitados. Gastaba en limosnas una gran parte de sus ingresos, dándolas con preferencia á los viejos, á los enfermos y á las viudas. Para impedir la destruccion de los bosques, prescribió ciertos límites á los leñadores, y prohibió bajo graves penas, su trasgresion. Queriendo saber si se observaba exactamente aquella disposicion, salió un día disfrazado, con un príncipe hermano suyo, y pasó á la falda de un monte cercano, donde estaban los límites prescritos. Allí encontró un muchacho que estaba recojiendo leña menuda, de la que habian dejado los leñadores, y le preguntó por qué no iba al bosque á coger pedazos mas gruesos: "Porque el rey, contestó el muchacho, nos ha prohibido pasar de estos límites, y si no lo obedecemos, seremos rigurosamente castigados." El rey no pudo conseguir, ni con promesas, ni con regalos, que el muchacho infringiese la ley. La compasion que le inspiró este suceso, lo movió á ampliar los límites determinados.

Miró siempre con gran celo la fiel administracion de la justicia; y á fin de que, con pretexto de necesidad, no se dejasen corromper los jueces por los litigantes, ordenó que de la casa real se les suministrasen víveres, ropa y todo lo necesario, segun la clase y calidad de la persona. Era tanto lo que anualmente se espendia en su familia y casa, en el mantenimiento de los ministros y magistrados, y en el alivio de los pobres, que sería increíble, y yo no osada escribirlo, si no constara por las pin-

turas originales, vistas y examinadas por los primeros misioneros que se emplearon en la conversion de aquellos pueblos; y si no lo confirmara el testimonio de un descendiente de aquel monarca, convertido á la fé cristiana, y llamado, despues del bautismo, D. Antonio Pimentel (1). Era, pues, el gasto de Nezahualcoyotl, reducido á medidas castellanas, el siguiente:—

| | |
|---|--------------------|
| De maíz | 4.900,300 fanegas. |
| De cacao | 2.744,000 idem. |
| De chile y tomate | 3,200 idem. |
| De chiltepin, ó pimiento pequeño muy fuerte para salsas | 240 idem. |
| De sal | 1,300 panes grues. |
| Pavos | 8,000 |

No tiene guarismo el consumo que se hacia de chin, habichuelas y otras legumbres; de ciervos, conejos, patos, codornices y toda especie de aves. Bien puede calcularse el número exorbitante de gente que era necesaria para recoger tan gran cantidad de maíz y de cacao, especialmente cuando se tiene presente que este provenia del comercio con los países calientes, no habiendo en todo el reino de Anáhuac terreno propio para el cultivo de aquella planta. Catorce ciudades suministraban aquellas provisiones durante medio año, y otros quince, durante el otro medio (2). A los jóvenes tocaba la pro-

(1) Torquemada asegura haber tenido en sus manos aquellas pinturas.

(2) Las catorce ciudades primeras eran: Texcoco, Iluexotla, Coatlichan, Atenco, Chian-tla, Tezonoyocan, Papalotla, Tepetlaoztoc, Acoblan, Tepechpan, Xaltocan, Chimalhuacan, Izlapalocan y Coatepec. Las otras quince: Otompan, Azlaquemecan, Teotihuacan, Compaellan, Axapocho, Tlalanapan, Tepepolco, Tizayocan, Ahuatepec, Oztoticpac, Quauhlatzincan, Coyac, Oztotlauhacan, Achichilacaehocan y Tetlitzacac.

vision de leña, de la que se consumía en la casa real una cantidad inmensa.

Los progresos que hizo aquel célebre rey en las artes y en las ciencias, fueron todos los que podía hacer un gran ingenio, sin libros en que estudiar, y sin maestros de quienes aprender. Era diestro en la poesía nacional, y compuso muchas piezas poéticas, que fueron universalmente aplaudidas. En el siglo XVI eran célebres, aun entre los españoles, los sesenta himnos que compuso en loor del Criador del cielo. Dos de aquellas odas ó cánciones, traducidas al castellano por su descendiente D. Fernando de Alba Ixtlixochilil, se han conservado hasta nuestros tiempos (1). Una de ellas fué compuesta poco después de la ruina de Azeapozalco. Su argumento, semejante al de la otra de que ya hemos hecho mención, era una lamentación de la inestabilidad de las grandezas humanas en la persona del tirano, el cual, á guisa de un árbol grande y robusto, había extendido sus raíces, y ensanchado sus ramas, hasta dar sombra á todo el territorio del imperio; pero al fin, seco y podrido, cayó al suelo sin esperanza de recobrar el antiguo verdor.

Pero en nada se deleitaba tanto Nezahualcoyotl como en el estudio de la naturaleza. Adquirió muchos conocimientos astronómicos, con la frecuente observación que hacía del curso de los astros. Aplicóse también al conocimiento de las plantas y de los animales; y por no poder tener en su corte los que eran propios de otros climas, mandó pintar en su palacio, al vivo, los que nacían en la tierra de Anáhuac. De estas pinturas habla el Dr. Hernández, que las vió é hizo uso de ellas; y por cierto que son mas útiles y mas dig-

nas de la mansion de un rey, que las que representan la perversa mitología de los griegos. Investigaba atentamente la causa de los fenómenos naturales, y esta continua observación le hizo conocer la vanidad de la idolatría. Decía privadamente á sus hijos, que cuando adorasen con señales exteriores los ídolos, para conformarse con los usos del pueblo, detestasen en su interior aquel culto despreciable, dirigido á seres inanimados; que él no reconocía otra divinidad, sino el Criador del cielo, y que no prohibía en sus reinos la idolatría, como deseaba, porque no lo acusasen de contradecir la doctrina de sus mayores. Prohibió los sacrificios de víctimas humanas; pero viendo después cuán difícil es apartar á los pueblos de las antiguas ideas en materias de religion, volvió á permitirlos, prohibiendo sin embargo otro sacrificio que el de prisioneros de guerra. Fabricó en honor del Criador del cielo, una alta torre de nueve pisos. El último era oscuro; su bóveda estaba pintada de azul, y adornada con coronas de oro. Residían en ella hombres encargados de tocar en ciertas horas del día, unas hojas de finísimo metal, á cuyo aviso se arrodillaba el rey para hacer oración al Criador del cielo, y en su honor ayunaba una vez al año (1).

Su esclarecido ingenio, y el amor que tenía á sus súbditos, contribuyeron en gran manera á ilustrar aquella corte, la cual se consideró después como la patria de las artes y el centro de la civilización. Tezcoco era la ciudad donde se hablaba con mayor pureza y perfección la lengua mexicana; donde se hallaban los mejores artífices, y donde mas abundaban los pœ-

(1) Estas dos odas se hallaban entre las preciosidades de Boturine. Bien quisiera yo tenerlas para publicarlas en esta Historia.

[1] Estas anécdotas han sido tomadas de los preciosos MS de D. Fernando de Alba, el cual, como cuarto nieto de aquel rey, pudo saber auténticamente muchas particularidades de boca de sus padres y abuelos.

tas, los oradores y los historiadores (1). De allí tomaron muchas leyes los Mexicanos y otros pueblos; de modo que puede decirse que Tezcoco fué la Atenas y Nezahualcoyotl el Solón de Anáhuac.

En su última enfermedad, habiendo convocado en torno de sí á todos sus hijos, declaró por heredero y sucesor á la corona de Acolhuacan, á Nezahualpilli; el cual, aunque mas jóven que los otros, les fué preferido, tanto por haber nacido de la reina Matlaléhustzin, como por su notoria rectitud y superior ingenio. Encargó á su primogénito Acapipiltzin, que ayudase al nuevo rey con sus consejos, hasta que aprendiese el arte difícil de gobernar. A Nezahualpilli recomendó encarecidamente el amor de sus hermanos, la proteccion de sus súbditos, y el celo por la justicia. En fin, para evitar todo alboroto que pudiera ocasionar la noticia de su muerte, mandó que se ocultase del modo posible al pueblo, hasta que Nezahualpilli estuviese seguro en la pacífica posesion de la corona. Los príncipes recibieron con lágrimas los últimos consejos de su padre; y saliendo á la sala de audiencia, donde la nobleza los aguardaba, fué Nezahualpilli aclamado rey de Acolhuacan, habiendo ántes declarado su hermano mayor ser aquella la voluntad de su padre, el cual debiendo hacer un gran viaje, queria ántes nombrarse un sucesor. Todos prestaron obediencia al nuevo soberano, y en la mañana siguiente murió Nezahualcoyotl, á los cuarenta y cuatro años de reinado, y cerca de los ochenta de edad. Sus hijos ocultaron su muerte, probablemente quemando en secreto su cadáver; y en vez de exéquias fúnebres,

celebraron juegos y regocijos extraordinarios, para solemnizar la coronacion del nuevo rey. Sin embargo, no tardó en saberse la verdad en despecho de sus precauciones, y vinieron á la corte muchos mngantes á darle el pésame; pero el vulgo creyó siempre que aquel grande hombre habia sido trasferido á la mansion de los dioses, en premio de sus virtudes.

CONQUISTA DE TLATELOLCO Y MUERTE DEL REY MOQUILUIC.

Poco tiempo despues de la exaltacion de Nezahualpilli, ocurrió la memorable guerra de los Mexicanos con sus vecinos y rivales los Tlatelolcos. Su rey Moquiluic, no pudiendo sobrellevar la gloria del de México, empleaba cuantos medios estaban á su alcance para oscurecerla. Estaba casado, como ya hemos visto, con una hermana de Azayacatl, habiéndosele dado Moctezuma en premio de la famosa victoria que ganó á los Cotasteces. En esta desgraciada señora desfogaba comunmente su rabia contra el cañado; y no satisfecho con aquellas demostraciones de odio, procuró aliarse con otros pueblos que llevaban con impaciencia el yugo mexicano. Tales fueron Cúaleo, Xilotepec, Toltitlan, Tenayuca, Mexicaltzingo, Huizilopochco, Xochimilco, Cuiclahuac y Miscuic; los cuales convinieron en atacar por retaguardia á sus enemigos, despues que hubiesen empezado la accion los Tlatelolcos. Los Cuauhpanquescos, los Huexotzincos y los Matlatzincas, cuyos auxilios habian tambien implorado, debian incorporar sus tropas á las de los Tlatelolcos, para la defensa de la ciudad. Supo la reina estas negociaciones, y ya por odio á su marido, ya por amor á su hermano y á su patria, avisó de todo al rey Axayacatl, á fin de que evitase un golpe que amenazaba la destruccion de su trono.

[1] En la lista que daremos al fin de este tomo de los historiadores de aquel reino, se verá que algunos de ellos fueron de la familia real de Tezcoco.

Moquihuíx, seguro de la ayuda de los confederados, convocó á los nobles de su corte para estimularlos á la empresa. Alzó la voz en la asamblea un sacerdote viejo y que gozaba de mucha autoridad, llamado Poyahuitl, y en nombre de todos, se ofreció á pelear denodadamente contra los enemigos de la patria. En seguida hizo un sacrificio, y dió á beber al rey y á todos los caudillos, agua teñida con sangre humana; con lo que sintieron, segun decian, aumentarse su valor; y yo no dudo que sentirían nuevos ímpetus de odio y de crueldad. La reina, entre tanto, no pudiendo ya sufrir el mal trato que recibia, y atemorizada de los peligros de la guerra, dejó á su marido, y pasó á México con sus cuatro hijos, á ponerse bajo la proteccion de su hermano. La proximidad de las dos cortes pudo facilitar esta fuga. Tan extraordinaria novedad exasperó de tal modo el aborrecimiento de los dos pueblos, que donde quiera que se encontraban sus individuos, se maltrataban de palabras, venian á las manos, y peleaban hasta morir.

Acercándose ya la época de empezar la guerra, hizo Moquihuíx, con sus capitanes y muchos de los confederados, un solemne sacrificio en el monte mas próximo á la ciudad, para grangearse la proteccion de los dioses, y allí se determinó el dia en que debian hacerse las primeras hostilidades. De allí pasó aviso á los confederados, á fin de que estuviesen apercebidos á socorrerlo, cuando empezase el ataque. Xiloman, señor de Colhuacan, queria acometer desde luego á los Mexicanos, y simulando despues una retirada, empeñarlos en ella, para que los Tlatelolcos los atacasen por retaguardia. El dia siguiente al de aquella embajada, hizo Moquihuíx la ceremonia de armar á sus tropas: pasó al templo de Huitzilopochtli, para

invocar su auxilio: bebieron todos otra vez de aquella nefanda pocion que les habia dado el sacerdote en el primer congreso, y todos los soldados pasaron uno á uno delante del ídolo, haciéndolo cada cual una profunda reverencia. Terminada apenas aquella ceremonia, entró en la plaza del mercado una partida de Mexicanos, matando á cuantos encontraban; pero sobreviniendo de pronto las tropas de Tlatelolco, los arrojaron, haciendo algunos prisioneros, los cuales fueron inmediatamente sacrificados en un templo llamado *Tiltlan*. Aquel mismo dia, al ponerse el sol, tuvieron algunas mugeres Tlatelcoas el arroyo de entrar en las calles de México, insultando á los habitantes, diciéndoles injurias y amenazándolos con su próxima ruina; pero ellos las trataron con el desprecio que merecian.

Los Tlatelolcos tomaron las armas aquella noche, y al romper el dia siguiente empezaron á atacar á los Mexicanos. En lo mas encendido de la refriega llegó Xiloman con sus tropas; pero viendo que el rey de Tlatelolco habia entrado en accion sin aguardarlo, ni hacer caso de sus consejos, se retiró indignado; mas queriendo hacer algun daño á los Mexicanos, hizo cerrar los canales por los que podrian recibir socorros de barcos: tentativa que le salió frustrada, pues Axayacatl le hizo reparar prontamente. Todo aquel dia se combatió con indecible ardor por una y otra parte, hasta que la noche obligó á los Tlatelolcos á retirarse. Los Mexicanos quemaron las casas próximas á Tlatelolco, porque quizás les estorbaban para pelear; mas al ponerles fuego, veinte de ellos fueron hechos prisioneros y sacrificados al punto.

Axayacatl pasó la noche distribuyendo su gente en los caminos que conducian á Tlatelolco, y al despuntar la aurora se pu-

sieron en marcha hacia la plaza del mercado, que era el punto de su reunion. Los enemigos, viéndose cercados por todas partes, se iban retirando hacia aquella gran plaza, para congregarse sus fuerzas, y poder resistir con mejor éxito; pero al llegar á ella se encontraron aun mas embarrizados por el excesivo número de gente que se habia amontonado en su recinto. No bastaban ya las voces con que Moquihuix procuraba alentar á los suyos desde lo alto del gran templo. Sus súbditos caian muertos ó heridos, y desfogaban en improperios su rabia contra el rey. "Corbarte, le decian, baja y toma las armas: que no es de hombres de pro estar mirando tranquilamente á los que pelean, y pierden la vida en defensa de la patria." Mas estos lamentos, arrancados por el dolor de las heridas, ó por las agonías de la muerte, eran injustos; pues Moquihuix no faltaba á sus obligaciones de general y rey, procurando no esponer tanto su vida, como los soldados la suya, para serles mas útil con el consejo y con la voz. Entre tanto, los Mexicanos llegaron á la escalera del templo, y subiendo por ella, dieron con Moquihuix, que animaba á su gente, y se defendia como un desesperado; pero un capitán mexicano, llamado *Quetzalhuac*, lo arrojó de un golpe por la escalera abajo, y unos soldados, cogiendo en brazos el cadáver, le presentaron á Axayacatl, el cual abriéndole el pecho, le arrancó el corazón: acción horrible, pero á lo que ellos estaban acostumbrados en sus sacrificios (1). Así acabó el valiente Moquihuix, y con él la pequeña monarquía de los Tla-

[1] El intérprete de la *Colección de Mendoza* dice que, habiendo Moquihuix perdido la batalla, se acogió á lo alto del templo, y desde allí se precipitó, por no poder sufrir los improperios de un sacerdote; pero la relación de los otros historiadores me parece mas conforme al carácter del rey.

teloclos, gobernada por cuatro reyes en el espacio de cerca de ciento diez y ocho años. Los Tlateloclos, viendo muerto á su monarca, se desordenaron, y procuraron salvar la vida con la fuga, pasando por medio de sus enemigos; pero quedaron muertos en la plaza cuatrocientos sesenta, y entre ellos algunos oficiales de alto grado. Despues de aquella conquista, se unió perfectamente la ciudad de Tlateloleo á la de México, ó por mejor decir, no se consideró como una ciudad distinta, sino como parte ó arrabal de ella, como sucede en la actualidad. El rey de México puso allí un gobernador, y los Tlateloclos, ademas del tributo que le pagaban en granos, ropas, armas y armaduras, estaban obligados á reedificar el templo de Huitznahuae, siempre que fuese necesario.

No sabemos si los Cuauhpanqueses, los Huexotzincos y los Matlazincas, que se habian confederado con los Tlateloclos, se hallaron en efecto en aquella guerra. De los otros aliados, dicen los historiadores que habiendo llegado al socorro de los Tlateloclos, cuando ya era muerto Moquihuix, se retiraron sin tomar parte en la lucha. Cuando Axayacatl se vió desbarazado de enemigos, mandó dar muerte á Poyahuitl, y á Ehecatzitzimil, que eran los que mas habian escitado á sus compatriotas contra los Mexicanos. La misma suerte tuvieron poco tiempo despues los caudillos de Xochimilco, de Cuitlahuac, de Colhuacan, de Huiztlopocho y otros, por haber tomado parte en la guerra.

NUEVAS CONQUISTAS Y MUERTE DE AXAYACATL.

Para vengarse despues de los Matlazincas, nacion numerosa y fuerte, establecida en el valle de Toluca, y aun no sometida á los Mexicanos, les declaró la guerra; y saliendo de México, con los reyes alia-

dos tomó de paso los pueblos de Atlapalco, y Xalatlauco: despues conquistó en el mismo valle á Toluca, Tetenanco, Metepec, Tzacantepec, Calimaya, y otros lugares de la parte meridional, quedando desde entónces la nacion tributaria de la corona de México. Pasado algun tiempo, volvió á la misma provincia, para ocupar la parte setentrional del valle, llamado en el día *valle de Ixtlahuacan*, y principalmente Xiquipilco, ciudad y estado considerable de los Otomites, cuyo señor Tlilcuezpalin era famoso por su valor. Axayacatl, que aun se jactaba del suyo, quiso pelear cuerpo á cuerpo con él en la batalla que presentó á los Xiquipilqueses; pero el éxito le fué funesto, pues habiendo recibido una gran herida en un muslo, sobreviniendo dos capitanes otomites, lo arrojaron al suelo, y lo hubieran hecho cautivo, á no haberse presentado unos jóvenes mexicanos, que viendo á su rey en tan gran peligro, combatieron en su defensa, salvándole la libertad y la vida. A pesar de esta desgracia, los Mexicanos consiguieron una completa victoria, é hicieron, segun dicen sus cronistas, once mil sesenta prisioneros, entre ellos al mismo Tlilcuezpalin, y á los dos capitanes que habian atacado al rey. Con este glorioso triunfo, agregó Axayacatl á su corona los estados de Xiquipilco, Xocotitlan, Atlacomolco, y todos los demas que no poseia ántes en aquel ameno valle.

Cuando sanó Axayacatl de su herida, aunque siempre quedó estropeado de la pierna, dió un gran banquete á los reyes aliados y á los magnates de México, durante el cual mandó dar muerte á Tlilcuezpalin, y á los ya mencionados capitanes otomites. No parecia á aquellas gentes inportuna esta ejecucion en las delicias de un convite; porque acostumbrados á derramar sangre humana, el horror que es-

ta debe inspirar, se habia convertido en deleite. ¡Tan grande es la fuerza de la costumbre, y tan fácil al hombre familiarizarse con los objetos mas espantosos!

En los últimos años de su reinado, pareciéndole demasiado estrechos por la parte de Occidente los límites de su imperio, salió de nuevo á campaña por el valle de Toluca, y pasando los montes, se apoderó de Tochpan y de Tlaximaloyan, quedando desde entónces en aquel punto fijada la frontera del rio Michuacan. Volviendo desde allí hácia Oriente, se hizo dueño de Ocuilla y de Malcatepec. La muerte interrumpió el curso de sus victorias en el décimo año de su reinado, y en el 1477 de la era vulgar. Fué hombre belicoso, y severo en el castigo de las trasgresiones de las leyes promulgadas por sus abuelos. Dejó de muchas mugeres un gran número de hijos, y entre ellos el celebre Moctezuma II, de quien en breve hablaremos.

TIZOC, SÉTIMO REY DE MÉXICO.

Por muerte de Axayacatl, fué elegido Tizoc, su hermano mayor, el cual habia servido el empleo de general de los ejércitos (1). No sabemos los pormenores de la primera expedicion que hizo, con el fin de tener prisioneros, para sacrificarlos en la solemnidad de su coronacion. Su reinado fué breve y oscuro. Sin embargo, en la pintura décima de la *Coleccion* de Mendoza se representan catorce ciudades conquistadas por aquel monarca, entre las cuales se cuentan Toluca y Teacacic, que se habian rebelado á su corona; Chilian y Yancuitlan, en el pais de los Mixtecas; Tlapan y Tamapachico. Torquemada ha-

(1) El P. Acosta dice que Tizoc era hijo de Moctezuma I, y el intérprete de la *Coleccion* de Mendoza lo hace hijo de Axayacatl; uno y otro se engañan. Tambien se engaña el P. Acosta en el órden de los reyes, colocando á Tizoc ántes de Axayacatl.

ce mención de una victoria ganada por él á Tlacotepec.

GUERRA ENTRE LOS TEZCOCANOS Y LOS HUEXOTZINCOS.

En el tiempo de este rey ocurrió la guerra entre los Tezcoacanos y Huexotzincos. Su origen fué la ambición de los príncipes, hermanos del rey Nezahualpilli; los cuales aunque se mostraron satisfechos al principio, de la exaltación de su hermano menor, habiéndose enfriado después la memoria de su difunto padre, y no pudiendo ya sufrir la autoridad del que ellos creían su inferior, tramaron contra él una conjuración secreta. Para la ejecución de sus perversos designios, convidaron desde luego á los Chalqueses, que siempre estaban prontos á semejantes atentados; pero frustrados los medios con que contaban, solicitaron con el mismo fin á los Huexotzincos. Nezahualpilli, informado de aquellos planes, aprestó sin tardanza un buen ejército, y marchó contra ellos. El general de los enemigos había indagado las señas del rey, para dirigir contra él sus ataques, y aun había prometido grandes premios al que se lo presentase muerto ó vivo. No faltó quien informase de todo esto al rey, el cual, ántes de entrar en la acción, cambió de ropas y de insignias con uno de sus capitanes. Este desgraciado oficial fué muy en breve rodeado de la muchedumbre enemiga, y muerto á sus manos. Mientras saciaban en él su furor Nezahualpilli acometió por retaguardia al general de los Huexotzincos, y lo mató, no sin gran peligro de ser víctima de los soldados que acudieron al socorro de su jefe. Los Tezcoacanos, que estaban en el mismo error que los Huexotzincos, por no haber tenido noticia del cambio de la ropa, se desanimaron cuando creyeron ver muerto al rey; pero ya desengañados, cobraron nuevos bríos, corrieron á su defen-

sa, y después de haber derrotado á sus enemigos, saquearon la ciudad de Huexotzincos, y cargados de despojos, volvieron á Tezcoco. Nada dicen los historiadores del fin que tuvieron los príncipes, autores de la conjuración: puede creerse que murieron en la batalla, ó que evitaron con la fuga el castigo que merecían. Nezahualpilli, que poco ántes había mandado edificar un hermoso palacio, para dejar un monumento durable de su victoria, hizo construir un muro que encerraba tanto espacio de tierra, cuanto ocupaban los Huexotzincos, que acudieron á socorrer á su general, y dió á este edificio el nombre del día en que ganó su triunfo. Así procuraban immortalizar sus nombres, los que, en sentir de algunos, no se curaban del porvenir.

BODAS DEL REY NEZAHUALPILLI CON DOS SEÑORAS MEXICANAS.

Tenia á la sazón Nezahualpilli muchas mugeres, todas de ilustre prosapia; pero ninguna tenía el título de reina, reservando aquel honor á la que pensaba tomar de la familia real de México. Pidióla al rey Tizoc, y este le dió una sobrina suya, hija de Tzotzocatzin. Celebráronse las bodas en Tezcoco, con gran concurso de la nobleza de ambas naciones. Tenía esta señora una hermana de singular belleza, llamada Xocotzin, y amábase tanto las dos, que no pudiendo separarse, la reina obtuvo de su padre el permiso de llevar á su hermana consigo á Tezcoco. Con la frecuente vista y el trato diario, se enamoró el rey de tal modo de su cuñada, que determinó casarse con ella, y exaltarla también á la dignidad de reina. Estas segundas bodas fueron, según dicen las autoras, las mas solemnes y magníficas que se vieron jamás en aquel país. Poco tiempo después tuvo el rey, de la primera reina, un

hijo llamado *Cacamatzin*, que fué su sucesor á la corona, y hecho prisionero por los españoles, murió desgraciadamente. De la otra tuvo á *Huexotzincahtin* (1), de quien despues hablaremos; á *Coanacotzin*, que fué tambien rey de Acolhuacan, y poco tiempo despues de la conquista, murió ahorcado por orden de Hernan Cortes; y á *Ixtlixochitl*, que se confederó con los españoles contra los mexicanos, y convertido al cristianismo, tomó el nombre y el apellido de aquel conquistador.

MUERTE TRAGICA DEL REY TIZOC.

Mientras *Nezahualpilli* procuraba multiplicar su descendencia, y vivir tranquilamente en sus estados, maquinaban la muerte del rey de México algunos de sus feudatarios. *Techotlalla*, señor de *Iztapalapan*, ó resentido por algun agravio que de él habia recibido, ó no queriendo permanecer mas tiempo bajo su yugo, concibió el perverso designio de atentar contra su vida, y no quiso descubrirlo sino á quienes le parecieron capaces de ponerlo en ejecución. El y *Maxtlaton*, señor de *Tlatchco*, se pusieron de acuerdo sobre el modo de llevar al cabo un atentado tan peligroso. Los historiadores no convienen en este punto.

Los unos dicen que se valieron de ciertas hechicerías, cuyas artes le quitaron la vida; mas esto me parece una fábula popular. Los otros aseguran que hallaron modo de darle veneno. Sea como fuere, lo cierto es que lograron su intento. Murió *Tizoc* en el quinto año de su reinado, y el de 1482 de la era vulgar. Era hombre circunspecto, grave y severo, como sus antecesores y sucesores, en el castigo de los delincuentes. Como en su tiempo

eran ya tan grandes el poder y la opulencia de aquella corona, proyectó erigir al dios protector de la nacion un templo, que en dimensiones y magnificencia, superase á todos los de aquel país, y con este fin habia preparado inmensidad de materiales, y aun empezado la obra, cuando vino la muerte á trastornar sus designios.

AHUITZOTL OCTAVO REY DE MEXICO.

Conociendo los Mexicanos que no habia sido natural la muerte de su monarca, determinaron vengarla antes de proceder á nueva eleccion. Sus indagaciones fueron tan activas, que en breve descubrieron á los autores del atentado; los cuales fueron castigados con el último suplicio en la plaza mayor de México, en presencia de los reyes aliados y de la nobleza mexicana y tezcocana. Congregados despues los electores, nombraron á *Ahuitzotl*, general de los ejércitos y hermano de los dos reyes precedentes. Desde los tiempos del rey *Quinalpopoca* se habia introducido la costumbre de no dar la corona, sino al que hubiese ejercido aquella dignidad, creyendo oportuno que diese muestras de su valor el que debia ser gefe de una nacion guerrera, y aprendiese en el mando de las tropas el arte de regir á los pueblos.

DEDICACION DEL TEMPLO MAYOR DE MEXICO.

El primer cuidado del nuevo rey fué la conclusion de la obra del magnífico templo, diseñado y comenzado por su antecesor. Continuaron con la mayor actividad los trabajos, y habiéndose empleado en ellos un número increíble de operarios, se concluyó en el término de cuatro años. Entre tanto salió el rey muchas veces á la guerra, y todos los prisioneros que caian en manos de sus tropas, se reservaban para la fiesta de la dedicacion. Las guerras

(1) Véase á aquel príncipe el nombre de *Huexotzincahtin* en memoria de la victoria ganada á los *Huexotlhuocs*.

de aquellos cuatro años fueron dirigidas contra los Mazahuas, que habian suendido el yugo de Tacuba; contra los Zapotecas, y contra otros muchos pueblos. Terminado el edificio, convidó el rey, para la ceremonia, á sus dos aliados, y á toda la nobleza de ambos pueblos. El concurso fué el mas numeroso que hasta entonces se habia visto en México (1), pues acudieron genes de los paises mas remotos. La fiesta duró cuatro dias, y en ellos se sacrificaron, en el átrio mayor del templo, todos los prisioneros hechos en los cuatro años anteriores. No están de acuerdo los autores acerca del número de víctimas. Torquemada dice que fueron setenta y dos mil trescientos cuarenta y cuatro; otros afirman que fueron sesenta y cuatro mil sesenta. Para hacer con mayor aparato tan horrible matanza, se dispusieron aquellos infelices en dos filas, cada una de milla y media de largo, que empezaban en las calles de Tacuba y de Iztapalapan, y venian á terminar en el mismo templo (2), en donde se les daba muerte á medida que iban llegando. Acabada la fiesta, hizo regalos el rey á todos los convidados; lo que debió ocasionar un gasto inmenso. Sucedió todo esto el año de 1486.

El mismo año, Mozaulqui, señor de Xa-

(1) Algunos autores aseguran que el número de personas que concurren á aquella funcion, llegó á seis millones. Quizás será esta una exageracion; mas no me lo parece, atendida la vasta poblacion de aquellos paises, la grandeza y novedad de la fiesta, y la facilidad con que pasaba la gente de unos puntos á otros, caminando á pié y sin el embarazo del equipaje.

(2) Betancourt dice que la fila de prisioneros dispuesta en el camino de Iztapalapan, empezaba en el sitio que hoy se llama *la Candelaria Macuilapico*, nombre que significa cola ó estremidad de prisioneros. Es conjetura verosímil, y no veo que pueda esplicarse de otro modo aquella apelacion.

latlauheo, á imitacion de su rey, á quien era muy aficionado, dedicó otro gran templo que habia edificado poco antes, y sacrificó tambien un gran número de prisioneros. ¡Tales eran los estragos que hacia la bárbara y cruel supersticion de aquellos pueblos!

El año de 1487 solo fué memorable por un gran terremoto, y por la muerte de Quimalpopoca, rey de Tacuba, á quien sucedió Totoquihuatzin II.

CONQUISTAS DEL REY AHUITZOTL.

Ahuitzotl, cuyo genio belicoso no le permitia entregarse á las dulzuras de la paz, salió de nuevo á campaña, contra los habitantes de Cozacuauhutenanco, y obtuvo una completa victoria; pero por haberle hecho gran resistencia, se mostró con ellos demasiado severo y cruel. Despues sometió á los de Cuapiltlan: en seguida pasó á pelear contra Quetzalcuhtlappilan, provincia grande, y poblada de gente guerrera (1); y finalmente, contra Cuauhtla, lugar situado en la costa del seno mexicano, en cuya campaña se señaló Moctezuma, hijo de Axayacatl, y sucesor de Ahuitzotl en el reino. De allí á poco, los Mexicanos, unidos con los Tezeocanos, se dirigieron contra los Huexotzincos; y en esta guerra se distinguieron, por su valor, Tezcatzin, hermano del mismo Moctezuma, y Tiltototl, noble Mexicano, que despues llegó á ser general del ejército. No hallamos en los historiadores las causas, ni las circunstancias de estas guerras. Terminada la expedicion contra Huexotzincos, celebró Ahuitzotl la dedicacion de un nue-

[1] Torquemada dice que habiendo Ahuitzotl emprendido muchas veces la conquista de Quetzalcuhtlappilan, no pudo conseguirla; mas esta provincia se halla entre las sometidas por aquel monarca en la pintura 9 de la *Coleccion de Mendoza*.

vo templo, llamado *Tlaeteco*, en la cual fueron sacrificados los prisioneros hechos en las guerras anteriores; pero el incendio de otro templo llamado *Tlitlan*, turbó la alegría que ocasionó aquella solemnidad.

Así vivió aquel monarca en continuas guerras, hasta el año de 1496, en que se hizo la de *Atlixco*. La entrada de los Mexicanos en este valle, fué tan repentina, que los habitantes no tuvieron otra noticia que el verlos invadir su territorio. Armáronse inmediatamente para la defensa; pero no hallándose con fuerzas suficientes para resistir largo tiempo, pidieron auxilio á los *Huexotzincos* sus vecinos. Cuando llegaron á *Huexotzincó* los embejadores *Atlixqueses*, estaba jugando al balón un famoso capitán llamado *Toltecatl*, cuyo valor no cedía á la fuerza extraordinaria de su brizo. Enterado de lo que pasaba, dejó el juego, para dirigirse á *Atlixco* con las tropas auxiliares; y entrando desarmado en la batalla, para hacer alarde de su intrepidez, y del desprecio que hacia de sus enemigos, abatió con las manos al primero que se le presentó, le quitó las armas, y con ellas hizo grandes estragos en las filas de los *mxicaucos*.

No pudiendo estos superar la resistencia de sus enemigos, abandonaron el campo, y volvieron á México cubiertos de ignominia. Los *Huexotzincos*, para remunerar á *Toltecatl*, lo hicieron jefe de su república. Esta habia estado sometida á los Mexicanos, cuyo enojo habian provocado con sus insultos; mas como los conquistados no sufren el yugo del conquistador, si no es cuando no pueden sacudirlo, siempre que los *Huexotzincos* se hallaban con fuerzas suficientes para resistir, alzaban el estandarte de la rebelion, y lo mismo sucedía con la mayor parte de los pueblos sometidos por fuerza á la corona de México; de modo que el ejército mexi-

cano estaba en continuo movimiento para reconquistar tantas y tan frecuentes pérdidas. *Toltecatl* aceptó el cargo que se le habia conferido; pero apenas pasó un año, se vió obligado á dejar el empleo y la patria.

Los sacerdotes y otros ministros de los templos, abusando de su autoridad, entraban en las casas de los particulares, y se apoderaban de sus provisiones, cometiendo otros excesos impropios de su dignidad. *Toltecatl* quiso poner remedio á tanto desorden, y los sacerdotes se armaron contra él. El pueblo se dividió en facciones, y entre ellas se encendió una guerra, que, como todas las civiles, ocasionó gravísimos males. *Toltecatl*, causado de regir un pueblo tan indócil, y temiendo perecer en la tempestad, se ausentó de la ciudad con otros nobles, y pasando los montes, llegó á *Tlahmalco*. El gobernador de esta ciudad dió aviso al rey de México, el cual hizo morir á todos aquellos fugitivos, en pena de su rebeldía, y envió sus cadáveres á *Huexotzincó* para aterrar á los que habian abrazado la misma causa.

NUEVA INUNDACION DE MEXICO.

El año de 1498, pareciéndole al rey de México, que la navegacion del lago se habia hecho difícil por falta de agua, quiso aumentar su volúmen con la del manantial de *Huitzilopochco*, de que se servían los *Coyoacanenses*. Mandó llamar con este objeto á *Tzotzomatzin*, señor de *Coyoacan*, y este le hizo ver que aquella fuente no era perpetua: que unas veces estaba seca, y otras salian sus aguas con tanta abundancia, que podría ocasionar graves daños á la capital. *Ahuizotl*, creyendo que las razones de *Tzotzomatzin* eran pretextos que buscaba para no servirlo, insistió en su orden; y viendo que el otro insistía en sus dificultades, lo despidió enojado, y mandó darle muerte. Tal

suele ser la recompensa de los buenos consejos, cuando los príncipes, obstinados en algún capricho, desoyen las sensatas advertencias de sus súbditos fieles. Ahuítzotl, no queriendo de ningún modo abandonar su proyecto, mandó hacer un vasto acueducto de Coyoacan á México (1), por el cual se condujo el agua con muchas ceremonias supersticiosas; pues algunos sacerdotes lo incensaban, otros sacrificaban codornices, otros untaban con su sangre las márgenes del canal, otros tocaban instrumentos, y todos solemnizaban la venida del agua. El sumo sacerdote llevaba el mismo vestido con que solían representar á Chalchihuitlicue, diosa que presidía aquel elemento (2).

Con este ceremonial llegó el agua á México; pero no tardó en convertirse en llanto la común alegría, porque habiendo sido las lluvias de aquel año extraordinariamente copiosas, creció tanto el agua, que inundó la ciudad, en términos que muchas casas se arruinaron, y no se podía transitar por las calles sino en barcos. Hallándose un día el rey en un cuarto bajo de su palacio, entró de repente el agua, en tanta abundancia, que dándose prisa á salir por la puerta, la cual no era muy alta, se hizo en la cabeza tan terrible contusión, que poco después le ocasionó la muerte. Afligido con los males de la inundación, y con los clamores del pueblo, llamó en su ayuda al rey de Acolhuacan, el cual hizo sin tardanza reparar el dique hecho por consejo de su padre Nezahualcoyotl en el reinado de Moctezuma.

[1] Este acueducto fué enteramente deshecho por alguno de los sucesores de Ahuítzotl, pues no quedaban trazas de él cuando llegaron á México los españoles.

[2] El P. Acosta dice que todos estos sucesos estaban representados en una pintura mexicana que existía en su tiempo, y quizás existirá ahora en la biblioteca del Vaticano.

Apénas libres los Mexicanos de aquella calamidad, tuvieron que sufrir el año siguiente la de la escasez de grano, por haberse perdido el maíz de resultas de la abundancia de agua; pero al mismo tiempo tuvieron la fortuna de descubrir en el valle de México una cantera de *tezontli*, que fué después un gran recurso para la construcción de los edificios de aquella gran ciudad. Empezó inmediatamente el rey á emplear aquella especie de piedra en los templos, y á su imitación los particulares la emplearon en sus casas. Además de esto hizo reedificar todas las que se habían arruinado, dándoles mejor forma, y aumentando notablemente la hermosura y la magnificencia de su corte.

NUEVAS CONQUISTAS, Y MUERTE DEL REY AHUÍTZOTL.

Pasó este rey los dos últimos años de su vida en frecuentes guerras contra Iquizochilán, Amatlan, Tlacuilollán, Xaltepec, Tecauatepec y Huexotla. Tliltotl, general mexicano, terminada la primera de estas campañas, llevó sus armas victoriosas hasta Cuahutenánhu, ó Guatemala, á unas de novecientas millas al Sudeste de México, en cuya expedición hizo, según los historiadores, prodigios de valor; pero ninguno da pormenores sobre sus hazañas, ni sabemos tampoco que aquel territorio quedase sujeto á la corona de México.

Finalmente, el año de 1502, después de cerca de veinte años de reinado, murió Ahuítzotl de la enfermedad que le ocasionó la contusión de que hemos hablado. Era aficionadísimo á la guerra, y fué uno de los monarcas que mas ampliaron los dominios de aquella corona. En la época de su muerte, los mexicanos poseían casi todo lo que tenían á la llegada de los españoles. Además del valor, tuvo otras

prendas reales, como la magnificencia y la liberalidad, que le dieron gran celebridad en aquellos pueblos. Hermosó de tal manera la ciudad con suntuosos edificios, que llegó á ser, bajo su reinado, la mayor y mas bella del Nuevo-Mundo. Cuando recibia los tributos de las provincias, congregaba al pueblo, y por sus manos distribuía víveres y ropa á los necesitados. Remuneraba á los capitanes y soldados que se señalaban en la guerra, á los ministros y empleados de la corona que lo servian fielmente, con oro, plata, joyas y hermosas plumas. Estas virtudes estaban oscurecidas por algunos defectos; pues era caprichoso, vengativo, cruel á veces, y tan dado á la guerra, que parecia mirar con odio la paz, de modo que su nombre se usa todavía, aun por los españoles de aquel pais, para significar un hombre que con sus molestias y vejaciones no deja vivir á nadie (1). Por otro lado, era de buen

humor, y tanto se deleitaba en la música, que ni de dia ni de noche faltaba esta diversion en palacio, con gran perjuicio de los negocios públicos; pues le robaba gran parte del tiempo y de la atencion que hubiera debido emplear en el gobierno de los pueblos. No era menos inclinado al amor de las mujeres. Sus antepasados solian tener muchas, creyendo ostentar mayor autoridad y grandeza, en razon del número de personas destinadas á sus placeres secretos. Ahuizotl, habiendo ampliado tanto sus dominios, y engrandecido el poder de la corona, quiso significar su superioridad en el número excesivo de las mugeres con quienes sucesivamente se casó. Tal era el estado de la corte de México al principio del siglo XVI; de aquel siglo tan fecundo en grandes sucesos, y en que debía mudar de aspecto el reino, y trastornarse la situacion política y moral del Nuevo-Mundo.

(1) Los españoles dicen: *Fulano es mi Ahuizote, á nadie le falta su Ahuizote, &c.*



LIBRO QUINTO.

Sucesos de Moctezuma II, nono rey de México, hasta el año de 1519. Noticias de su vida, de su gobierno, y de la magnificencia de sus palacios, jardines y bosques.

Guerra de Tlaxcala, y sucesos de Tlauhcoatl, capitán tlaxcalteca. Muerte y elogio de Nezahualpilli, rey de Acolhuacan, y nuevas revoluciones de aquel reino.

Presagios de la llegada y de la conquista de los españoles.

MOCTEZUMA II, NONO REY DE MEXICO.

Muerto Ahuitzotl, y celebradas sus exequias con extraordinaria magnificencia, se procedió á la eleccion del nuevo soberano. No existía ya ninguno de los hermanos de los últimos reyes, y segun las leyes del reino, debía suceder al rey difunto, alguno de sus sobrinos, hijo de sus antepasados. Estos eran muchos, porque de los hijos de Axayacatl, aun vivian Moctezuma (1), Cuiclahuac, Matlatzincatl, Piahuitzin, Cecepahticatzin; y de los de Tizoc, Imactlacuixatzin, Tepelhuatzin, y otros cuyos nombres ignoramos. Fué preferido á los otros Moctezuma, á quien, para distinguirle del otro rey del mismo nombre, fué dado el título de *Xocoyotzin* (2). Era

(1) El autor de las Anotaciones sobre las Cartas del conquistador Hernan Cortés, impresas en México el año de 1770, dice que Moctezuma II era hijo del primer rey del mismo nombre: error desmentido por un gran número de autoridades.

(2) Los Mexicanos llamaron al primer Moctezuma *Huehac*, y al segundo *Xocoyotzin*; nombres equivalentes al *senior* y *junior* de los latinos.

generalmente estimadísimo este príncipe, no solo por el valor que habia manifestado en las batallas, mientras fué gefe de los ejércitos, sino por el cargo que desempeñaba de sacerdote; por su gravedad, por su circunspeccion y por su celo religioso. Hablaba poco, y era notable su mesura en acciones y palabras, de modo que su opinion era oída con gran respeto en el consejo real. Dióse parte de la eleccion á los reyes aliados, y estos pasaron inmediatamente á la corte á darle la enhorabuena. Moctezuma, noticioso de esto, se retiró al templo, dando á entender que se creia indigno de tan alto honor. Allí pasó la nobleza á darle cuenta de su eleccion, y lo condujo con gran acompañamiento á palacio, donde los electores le intimaron solemnemente el nombramiento que en el habian hecho para ocupar el trono de México. Volvió en seguida al templo para hacer las ceremonias acostumbradas; y terminadas estas, recibió en el trono los homenajes de los nobles, y es-

cuchó las arengas gratulatorias de los oradores. La primera fué la de Nezahualpilli, rey de Acolhuacan, que vamos á presentar á nuestros lectores, como la han conservado los Mexicanos.

“La gran ventura, dijo, de la monarquía mexicana se manifiesta en la concordia que ha reinado en esta eleccion, y en los grandes aplausos con de que todos ha sido celebrada. Justa es en verdad esta alegría; porque el reino de México ha llegado á tal engrandecimiento, que no bastaria á sustentar tan grave peso, ni menor fuerza que la de vuestro invencible corazón, ni menor sabiduría que la que en vos admiramos. Claramente veo cuán grande es el amor con que favorece á esta nacion el Dios Omnipotente, pues la ha iluminado para escoger lo que mas puede convenirle. ¿Quién pondrá en duda que el que siendo particular supo penetrar los secretos del cielo, conocerá, siendo monarca, las cosas de la tierra, para emplearlas eu bien de sus súbditos (1)? Quien tantas veces ha ostentado la grandeza de su ánimo ¿qué no hará ahora, cuando tanto necesita aquella emifiente cualidad? ¿Quién puede creer que donde hay tanto valor y sabiduria, no se halle tambien el socorro de la vinda y del huérfano? El imperio mexicano ha llegado, sin duda, á la cúspide del poder; pues tanto os ha dado el Criador del ciclo, que inspirais respeto á cuantos os miran. Alégrate, pues, nacion venturosa, por haberte tocado en suerte un príncipe que será el apoyo de tu felicidad, y en quien los súbditos hallarán un padre y un hermano. Tienes en efecto un soberano que no se aprovechará de su autoridad para darse á la molície, y estar-

se en el lecho, abandonado á los pasatiempos y á los deleites; antes bien, en medio de su reposo, le inquietará el corazon, y lo despertará el cuidado que tendrá de tí, ni hallará sabor en el manjar mas delicado, por la inquietud que le ocasionará el deseo de tu bien. Y vos, nobilísimo príncipe y poderoso señor, tened ánimo, y confiad en que el Criador del cielo, que os ha exaltado á tan eminente dignidad, os dará fuerzas para desempeñar las obligaciones anexas á ella. Quien ha sido hasta ahora tan liberal con vos, no os negará sus preciosos dones, habiendoo el mismo subido á esta altura, en que os anuncio muchos y muy felices años.”

Escuchó Moctezuma atentamente este discurso, y tanto se enterneció, que tres veces quiso responder, y se le estorbaron las lágrimas producidas por una dulce satisfaccion, que tenia toda la apariencia de la humildad; pero al fin, habiendo podido reprimir el llanto, respondió en pocas palabras, reconociéndose indigno del honor á que lo habian exaltado sus compatriotas, y dando gracias al rey su aliado, por los elogios con que lo favorecia; habiendo escuchado las otras arengas, permaneció en el templo, para hacer el ayuno de cuatro dias, y de allí fué con gran aparato reconducido á palacio.

Pensó despues en hacer la guerra para proporcionarse las victimas que debian morir en la coronacion. Tocó aquella desgracia á los Atlixquese, que poco antes se habian rebelado contra la corona. Salió pues el rey de su corte, con la flor de la nobleza, con sus hermanos y primos. En esta guerra perdieron los Mexicanos algunos valientes caudillos; pero sin embargo, volvieron á imponer á los rebeldes el antiguo yugo, y Moctezuma regresó victorioso, conduciendo consigo los des-

[1] Estas espressiones dan á entender que Moctezuma se habia dedicado al estudio de la astronomía.

venturados prisioneros que iban á ser sacrificados. Celebróse la funcion con tal aparato de juegos, bailes, representaciones teatrales é iluminaciones, y con tal abundancia de tributos enviados por las provincias, que acudieron á presenciarla habitantes de pueblos remotísimos, que nunca se habian visto en México: aun los Tlaxcaltecas y Michuacanos se disfrazaron para confundirse entre los espectadores; mas habiéndolos descubierto Moctezuma, los hizo alojar y regalar con real magnificencia, mandando disponer unos tabladros de donde pudiesen ver mas cómodamente los festejos y ceremonias.

CONDUCTA Y CEREMONIAL DE MOCTEZUMA.

El primer hecho notablé de Moctezuma, despues de su coronacion, fué recompenzar con el estado de Tlachuheco los grandes servicios que habia hecho á sus antecesores, en muchas campañas, un célebre capitán llamado Tlilxochitl: principio verdaderamente feliz, si á él hubieran correspondido los actos que le siguieron. Pero apénas comenzó á usar de su autoridad, empezó á descubrir el orgullo que hasta entonces habia ocultado en su corazon bajo las apariencias de la modestia. Todos sus antecesores habian acostumbrado conferir los empleos á los hombres de mas mérito, ó á los que les parecian mas capaces de desempeñarlos, sin distincion de nobles y plebeyos, no obstante el convenio celebrado entre la nobleza y el pueblo en tiempo de Itzcoatl. Cuando Moctezuma tomó las riendas del gobierno, se mostró de otra opinion, y desaprobó la conducta de los otros reyes, bajo el pretexto de que los plebeyos obraban segun su clase, manifestando en todas sus acciones la bajeza de su origen y de su educacion. Animado por estos principios, los despojó de los puestos que ocupaban en su palacio y cor-

te, declarándolos incapaces de obtenerlos en lo sucesivo. Un prudente anciano que habia sido su ayo, le hizo ver que esta providencia podria atraerle el ódio de una gran parte de sus súbditos; mas nada bastó á disuadirlo.

Toda la servidumbre de su palacio se componia de personas principales. Ademas de las que lo habitaban, que eran muchas, cada mañana entraban en él seiscientos señores feudatarios y nobles para hacerle la corte. Estos pasaban todo el día en las autecáuaras, donde no podian entrar los de la servidumbre, hablando bajo, y aguardando las órdenes del rey. Los criados que acompañaban á estos personajes eran tantos, que llenaban los tres patios de palacio, y muchos quedaban en la calle. No era menor el número de las mugeres que habia en la casa real, entre señoras, criadas y esclavas. Toda esta muchedumbre vivia encerrada en una especie de serrallo, bajo la custodia de algunas nobles matronas, que velaban sobre su conducta; pues aquellos reyes eran muy celosos, y cualquier exceso que notaban en palacio, lo castigaban con el mayor rigor, por pequeño que fuese. De estas mugeres tomaba el rey para sí las que mas le agrataban y con las otras recompensaba los servicios de sus súbditos (1). Todos los feudatarios de la corona debian residir algunos meses del año en la corte, y al volver á sus estados dejaban en ella á sus hijos ó hermanos, como rehencos exigidos por el rey, para asegurarse de su fidelidad; por lo que les era preciso tener casa en México.

Otro rasgo del despotismo de Moctezuma fué el ceremonial que introdujo en la

(1) Algunos historiadores dicen que Moctezuma tuvo al mismo tiempo ciento y cinquenta mugeres embarazadas; mas esto parece increíble.

corte. Nadie podía entrar en palacio para servir al rey, ó para tratar con él de algun asunto, sin descalzarse ántes á la puerta. A nadie era lícito parecer en su presencia con trages de lucimiento, porque se creía que esto era falta de respeto á su dignidad; así que, los magnates mas distinguidos, excepto los parientes del monarca, se despojaban de sus galas, ó á lo menos las cubrían con un ropaje ordinario, en señal de humildad. Todos al entrar en la sala de audiencia, y ántes de hablar al rey, hacían tres inclinaciones, diciendo en la primera *señor*, en la segunda *señor mío*, y en la tercera *gran señor* (1). Hablaban en voz baja y con la cabeza inclinada, recibiendo la respuesta del rey por medio de un secretario, con tanta humillacion y respeto, como si fuera la de un oráculo. Al despedirse, no podían volver la espalda al trono.

Comía Moctezuma en la misma sala en que daba audiencia. Servíale de mesa un gran almohadon, y de silla un banco bajo. La vajilla era del barro fino de Cholollan: la mantelería era de algodón; pero muy fina, blanca y limpiísima. Ninguno de los utensilios que usaba para comer, le servía mas de una vez; pues los daba inmediatamente á alguno de los nobles. Las copas en que le presentaban el chocolate y las otras bebidas hechas con cacao, eran de oro ó de conchas hermosas del mar, ó ciertos vasos naturales, curiosamente barnizados, de que despues hablaremos. Tenía tambien platos de oro; pero solo los usaba en el templo y en ciertas solemnidades. Los manjares eran tantos y tan varios, que los españoles que los vieron quedaron admirados. Cortés dice que llenaban el pavimento de una gran

sala, y que se presentaban á Moctezuma fuentes de toda especie de volatería, peces, frutas y legumbres. Llevaban la comida trescientos ó cuatrocientos jóvenes nobles, en bien ordenadas filas. Ponían los platos en la mesa ántes que el rey se sentase, é inmediatamente se retiraban, y á fin de que no se enfriase la comida, cada plato tenía un brasero debajo. El rey señalaba con una vara que tenía en la mano, los platos de que quería comer, y lo demas se distribuía entre los nobles que estaban en las antecámaras. Antes de sentarse, le ofrecían agua para lavarse las manos, cuatro de sus mugeres, las mas hermosas del serrallo, las cuales permanecían en pié todo el tiempo de la comida, juntamente con los principales ministros y el mayordomo.

Inmediatamente que el rey se ponía á la mesa, cerraba el mayordomo la puerta de la sala, á fin de que ninguno de los otros nobles lo viese comer. Los ministros se mantenían á cierta distancia y sin hablar, excepto cuando respondían á lo que el rey les preguntaba. El mayordomo y las cuatro mugeres le servían los platos, y otros dos el pan de maíz, amasado con huevos. Muchas veces se tocaban instrumentos durante la comida: otras se divertía el rey con los dichos burlescos de ciertos hombres disformes que mantenía por ostentacion. Tenía gran placer en oírlos, y decía que entre las burlas solían darle avisos importantes. Despues de la comida, fumaba tabaco mezclado con ámbar, en una pipa ó caña preciosamente barnizada, y con el humo conciliaba el sueño.

Despues de haber dormido un poco, daba audiencia á sus súbditos, oyendo atentamente cuanto le decían, animando á los que no se atrevían á hablar, y respondiendo por medio de sus ministros ó secretarios. A la audiencia seguía un rato de música;

(1) Las palabras mexicanas son *Tlatonati*, *Notlatocatzin* y *Hucuilatoni*.

pues una de las cosas que mas lo deleitaban, era oír cantar las acciones ilustres de sus antepasados. Otras veces se divertía en ver ciertos juegos, de que hablaremos despues. Cuando salia de casa, lo llevaban en hombros los nobles, en una litera abierta, y bajo un espléndido dosel. Acompañábalo un séquito numeroso de cortesanos, y por donde pasaba, todos se detenían y cerraban los ojos, como si temiesen que los deslumbrase el esplendor de la magestad. Cuando bajaba de la litera para andar, se extendían alfombras, á fin de que sus pies no tocasen la tierra.

MAGNIFICENCIA DE LOS PALACIOS Y CASAS REALES.

Correspondian á todo este pomposo aparato la grandeza y magnificencia de las casas reales, de las quintas, bosques y jardines. El palacio de su ordinaria residencia era un vasto edificio de piedra y cal, con veinte puertas, que daban á la plaza y á las calles; tres grandes patios, y en uno de ellos una hermosa fuente; muchas salas, y mas de cien piezas pequeñas. Algunas de las cámaras tenían los muros cubiertos de mármol ó de otra hermosa piedra. Los techos eran de cedro, de ciprés ó de otra excelente madera, bien trabajada y adornada. Entre las salas habia una tan grande, que, segun un testigo de vista, cabian en ella tres mil hombres (1). Ademas de aquel palacio, tenia otros dentro y fuera de la ciudad. En México, ademas del serrallo para sus mugeres, tenia habitaciones para sus consejeros y ministros, para todos los empleados de su servidumbre y de su corte, y aun para alojar á los extranjeros ilustres, especialmente á los dos reyes aliados.

(1) El conquistador anónimo en su apreciable relacion: y añade, que habiendo estado cuatro veces en el palacio, y andado por él hasta cansarse, no pudo verlo todo.

Tenia dos casas en México para animales: una para las aves que no eran de rapina; otra para estas, para los cuadrúpedos y reptiles. En la primera habia muchas cámaras y corredores, con columnas de mármol de una pieza. Estos corredores daba á un jardín, donde entre la frondosidad de los árboles, se veian diez estanques: los unos de agua dulce, para las aves acuáticas de río, y los otros de agua salada, para las del mar. En lo demas de la casa habia tantas especies de pájaros, que los españoles que los vieron, quedaron maravillados, y no creian que faltaba ninguna de las especies que hay en la tierra. A cada una se suministraba el mismo alimento de que usaba en estado de libertad, ora de granos, de frutas, ó de insectos. Solo para los pájaros que vivian de peces, se consumian diez canastas de estos diarios, como dice Cortés en sus Cartas á Carlos V. Treientos hombres, segun dice él mismo, se empleaban en cuidar de aquellas aves, ademas de los médicos que observaban sus enfermedades, y aplicaban los remedios oportunos. De aquellos treientos empleados, unos buscaban lo que debia servir de alimento á las aves, otros lo distribuian, otros cuidaban de los huevos, y otros las desplumaban en la estacion oportuna; pues ademas del placer que el rey tenia en ver allí reunida tanta multitud de animales, se empleaban las plumas en los famosos mosaicos de que despues hablaremos, y en otros trabajos y adornos. Las salas y cuartos de aquellas casas eran tan grandes, que, como dice el mismo conquistador hubieran podido alojarse en ellas dos príncipes con sus comitivas. Una de ellas estaba situada en el lugar que hoy ocupa el convento grande de San Francisco.

La otra casa destinada para las fieras, tenia un grande y hermoso patio, y estaba

dividida en varios departamentos. En uno de ellos estaban todas las aves de presa, desde la águila real hasta el cercoalco, y de cada especie habia muchos individuos. Estos estaban distribuidos, segun sus especies, en estancias subterráneas, de mas de siete piés de profundidad, y mas de diez y siete de ancho y largo. La mitad de cada pieza estaba cubierta de losas, y ademas tenian estacas fijas en la pared, para que pudieran dormir y defenderse de la lluvia: la otra mitad estaba cubierta de una celosía, con otras estacas, para que pudiesen gozar del sol. Para mantener á estas aves, se mataban cada dia quinientos pavos. En el mismo edificio habia muchas salas bajas, con gran número de jaulas fuertes de madera, donde estaban encerrados los leones, los tigres, los lobos, los coyotes, los gatos monteses y todas las otras fieras, á las que se daban de comer ciervos, conejos, liebres, *techichis*, y los intestinos de los hombres sacrificados.

No solamente mantenía el rey de México todas aquellas especies de animales, que los otros príncipes mantienen por ostentacion; sino tambien los que por su naturaleza parecen exentos de la esclavitud, como los cocodrilos y las culebras. Estas, que eran de muchas especies, estaban en grandes vasijas, y los cocodrilos en estanques circundados de paredes. Habia tambien otros muchos estanques para peces, de los cuales aun se conservan dos hermosos, uno de los cuales he visto yo en el palacio de Chapultepec, á dos millas de México.

No contento Moctezuma con tener en su palacio toda clase de animales, habia reunido tambien todos los hombres, que ó por el color del cabello, ó por el del pellejo, ó por alguna otra deformidad, podian mirarse como rarezas de su especie. Vanidad ciertamente provechosa, pues

aseguraba la subsistencia de tantos miserables, y los preservaba de los crueles insultos de los otros hombres.

En todos sus palacios tenia hermosísimos jardines, donde crecian las flores mas preciosas, las yerbas mas fragantes, y las plantas de que se hacia uso en la medicina. Tambien tenian bosques, rodeados de tapias y llenos de animales, en cuya caza se solia divertir. Uno de estos bosques era una isla del lago, conocida actualmente por los españoles con el nombre de *Peñon*.

De todas estas preciosidades no queda mas que el bosque de Chapultepec, que los virreyes españoles han conservado para su recreo; todo lo demas fué destruido por los conquistadores. Arruinaron los magníficos edificios de la antigüedad mexicana, ya por un celo indiscreto de religion, ya por venganza, ya en fin para servirse de los materiales. Abandonaron el cultivo de los jardines reales, abatieron los bosques, y redujeron á tal estado aquel pais, que hoy no se podria erger la opulencia de sus reyes, si nó constase por el testimonio de los mismos que la aniquilaron.

Tanto los palacios como los otros sitios de recreo, se tenian siempre con la mayor limpieza, aun aquellos á los que nunca iba Moctezuma; pues no habia cosa en que tanto se esmerase, como en el uso de su persona, y de todo lo que le pertenecia. Bañábase cada dia, y para esto tenia baños en todos sus palacios. Cada dia se mudaba cuatro veces de ropa, y la que una vez le servia no volvia, á servirle mas, sino que la regalaba á los nobles y á los soldados que se distinguian en la guerra. Empleaba diariamente, segun dicen los historiadores, mas de mil hombres en barrer las calles de la ciudad. En una de las casas reales habia una gran armería,

donde se guardaban toda especie de armas ofensivas y defensivas, las insignias y adornos militares usados en aquellos pueblos. En la construcción de estos objetos empleaba un número increíble de operarios. Para otros trabajos tenía plateros, artesanos de mosaico, escultores, pintores y otros. Había un distrito entero habitado por bailarines destinados á su diversion.

LO BUENO Y LO MALO DE MOCTEZUMA.

Su celo por la religion no era inferior á su lujo y magnificencia. Edificó muchos templos á sus dioses, y les mandaba hacer frecuentes sacrificios, observando escrupulosamente los ritos y las ceremonias establecidas. Cuidaba mucho de los templos, y especialmente el principal de México, estuviesen bien servidos, y sumamente aseados; pero envilecia su ánimo el vano temor de los agüeros, y de los supuestos oráculos de aquellas falsas divinidades. Celaba con esmero la observancia de sus mandatos, y la ejecución de las leyes del reino, y era inexorable en el castigo de los trasgresores. Tentaba á veces, por medio de otra persona y con regalos, la codicia de los jueces; y si hallaba á alguno culpable, lo castigaba irremisiblemente; aunque fuese de la mas alta nobleza.

Era implacable enemigo del ocio; y para estirparlo, en cuanto fuese posible en sus estados, procuraba tener siempre ocupados á sus súbditos: á los militares, en continuos ejercicios de guerra; á los otros en el cultivo de los campos, en la construcción de nuevos edificios y de otras obras públicas: aun á los mendigos, á fin de darles ocupacion, les impuso el deber de contribuir con cierta cantidad de aquellos inmundos insectos, que son los productos del desaseo y los compañeros de la miseria. Esta opresion en que tenia á los pueblos, los inmensos tributos que les habia

impuesto, su altanería, su orgullo, y su extraordinaria severidad en castigar las mas pequeñas faltas, producian general descontento en toda clase de habitantes; mas por otro lado sabia atraerse su afecto, socorriendo generosamente sus necesidades, y recompensando con profusion á los que lo servian. Un rasgo, que merece los mayores elogios, y que debería ser imitado por todos los príncipes, fué el destino que dió á la ciudad de Colhuacan, convirtiéndola en hospital de inválidos, para todos aquellos que, despues de haber servido fielmente á la corona en los empleos militares y políticos, necesitaban asistencia y esmero, sea por su edad, sea por sus achaques. Allí, á expensas del erario, eran curados y asistidos. Tales eran las cualidades buenas y malas del célebre Moctezuma, y de ellas me ha parecido oportuno dar alguna idea al lector, ántes de presentarle la série de sus sucesos.

Al principio de su reinado mandó dar muerte á Malinalli, señor de Tlachiquahuco por haberse rebelado contra la corona de México: volvió á souctar aquel estado, y conquistó el de Achiotlan. De allí á poco estalló otra guerra mas grave y mas peligrosa, cuyo éxito no fué tan feliz para sus armas.

GUERRA DE TLAXCALA.

En medio de tantas provincias sometidas á los Mexicanos, por la fuerza de las armas las unas, y las otras por miedo de su poderío, la república de Tlaxcala se habia conservado firme, sin doblar el cuello á su yugo, á pesar de estar tan poco distante de la capital de aquel imperio. Los Huexotzincos, los Cholultecas, y otros estados vecinos, que habian sido aliados de aquella república, envidiosos de su prosperidad, habian irritado contra ella á los Mexicanos, bajo el pretexto de que los

Thlaxcaltecas querian apoderarse de las provincias maritimas del seno, y de que por medio de su comercio con ellas, aumentaban continuamente su poder y su riqueza, procurando seducir á los habitantes, para ponerlos bajo su dominio. Este comercio, de que se quejaban los descontentos, estaba justificado por la necesidad; pues ademas de ser los pobladores de aquellas provincias originarios de Thlaxcala, y reputarse parientes de los Thlaxcaltecas, estos no podian proveerse en otros puntos del algodón, del cacao, y de la sal de que carecian. Sin embargo, de tal manera exasperaron el ánimo de los Mexicanos las representaciones de los Huexotzincos y de los otros rivales de Thlaxcala, que empezando por Moctezuma I, todos los reyes de México trataron á los Thlaxcaltecas como á los mayores enemigos de su corona, y pusieron fuertes guarniciones en la frontera de aquella república, para impedir su comercio con las provincias.

Los Thlaxcaltecas, viéndose privados de la libertad del tráfico, y por consiguiente de las cosas necesarias á la vida, determinaron enviar una embajada á la nobleza mexicana (probablemente en el tiempo de Axayacatl), quejándose del daño que les hacian las siniestras noticias de sus rivales. Los Mexicanos, ensoberbecidos con su prosperidad, respondieron que el rey de México era señor universal del mundo, y todos los mortales eran sus vasallos, como tales, los Thlaxcaltecas debian prestarle obediencia, y pagarle tributo á ejemplo de las otras naciones; pero que si se rehusaban á someterse, perecerian sin remision, sus ciudades serian arruinadas, y su país habitado por otras gentes. A respuesta tan arrogante y tan insensata, contestaron los embajadores con estas animosas palabras: "Poderosísimos señores, los Thlax-

caltecas no os deben tributo alguno, ni lo han pagado jamas á ningun príncipe, desde que sus antepasados salieron de los países setentrionales para habitar estas regiones. Siempre han vivido en el goce de su libertad; y no estando acostumbrados á esa esclavitud á que pretendis reducirlos, léjos de ceder á vuestro poderio, derramarán mas sangre que la que vertieron sus mayores en la famosa batalla de Poauhtlan."

Los Thlaxcaltecas, afligidos por las ambiciosas pretensiones de los Mexicanos, y perdida toda esperanza de reducirlos á aceptar condiciones moderadas, pensaron en fortificar mas sus fronteras para impedir una invasion. Ya habian circundado las tierras de la república con grandes fosos, y colocado fuertes guarniciones en la raya; pero con las nuevas amenazas de los Mexicanos, aumentaron el número de las fortalezas, doblaron el de las tropas que las guarnecian, y fabricaron aquella famosa muralla de seis millas de largo, que impedía la entrada á su territorio por parte de Oriente, donde era mayor el peligro. Muchas veces fueron atacados por los Huexotzincos, por los Cholultecas, por los Iztocanese, por los Tecamachalcos, y por otros estados vecinos, á poco distantes de Thlaxcala; mas todos ellos no pudieron conquistar un palmo de tierra de la república; tal era la vigilancia de los Thlaxcaltecas, y el valor con que hacian frente á los invasores.

Habíanse entretanto acogido á su territorio muchos vasallos de la corona de México, especialmente Chalquese y Otomites de Xaltocan, que se salvaron de las ruinas de sus ciudades en las guerras anteriores. Estos aborrecian de muerte á los Mexicanos, por los males que de ellos habian recibido; por lo que los Thlaxcaltecas vieron en ellos los hombres mas aptos

para oponerse á las tentativas de sus enemigos. No se engañaron; pues en efecto, la mayor resistencia que hallaron los Mexicanos, fué la que les hicieron aquellos prófugos, especialmente los Otomites, que eran los que guardaban las fronteras, y que por los grandes servicios que hacían á la república, fueron por ella magníficamente recompensados.

Durante los reinados de Axayacatl y de sus sucesores, los Tlaxcaltecas estuvieron privados de todo comercio con las provincias marítimas, de lo que resultó tal escasez de sal, que los habitantes se acostumbraron á comer los manjares sin aquel condimento, y no volvieron á usarlo hasta muchos años despues de la conquista de los españoles. Pero los nobles, ó á lo menos algunos de ellos, tenían correspondencia secreta con los Mexicanos, y por su medio se proveían de todo lo necesario, sin que llegase esto á noticia de la plebe de una y otra ciudad. Nadie ignora que en las calamidades generales, los pobres son los que soportan todo el peso de la tribulacion, mientras los ricos saben hallar medios de evitarla, ó cuando menos de mitigar su rigor.

Moctezuma entre tanto, no pudiendo sufrir que la pequeña república de Tlaxcala le negase la obediencia y la adoracion, que le tributaban tantos pueblos, aun de los mas remotos de su capital, mandó al principio de su reinado que los estados vecinos á los Tlaxcaltecas alistasen tropas, y atacasen por todas partes aquella república. Los Huexotzincos, confederados con los Cholultecas, pusieron sus fuerzas bajo el mando de Tecayahuatzin, gefe del estado de Huexotzinco; y este, prefiriendo por entónces la astucia á la fuerza, procuró con dones y promesas, atraer á su partido á los habitantes de Hueyctipan, ciudad de la república, situada en la fron-

tera del reino de Acolhuacan, y á los Otomites, que guardaban los otros puntos de la raya. Ni unos ni otros cedieron á sus halagos, ántes bien protestaron que estaban dispuestos á morir en defensa de la república. Los Huexotzincos, viéndose ya en el caso de echar mano de la fuerza, entraron con tanto impetu en las tierras de Tlaxcala, que no bastando á detenerlos las guarniciones de la frontera, llegaron, haciendo grandes estragos, hasta Xiloxochitl, pueblo distante solo tres millas de la capital. Allí les hizo gran resistencia Tizaltlacatzin, célebre caudillo tlaxcalteca; mas al fin murió, oprinado por la muchedumbre de sus enemigos, los cuales, á pesar de hallarse tan cerca de la capital, tuvieron miedo de la venganza de los Tlaxcaltecas, y volvieron precipitadamente á sus territorios. Este fué el origen de las continuas batallas y hostilidades que hubo entre aquellos pueblos, hasta la llegada de los españoles. La historia no dice si en la ocasion de que vamos hablando, tomaron parte en la guerra los otros estados vecinos á Tlaxcala: quizás los Huexotzincos y los Cholultecas no les permitieron participar de su gloria.

Los Tlaxcaltecas quedaron tan exasperados contra los Huexotzincos, que no queriendo ya limitarse á la defensa del estado, pasaron muchas veces las fronteras, y atacaron á los enemigos en su propio territorio. Una vez fué acometieron por las faldas de los montes que están al Occidente de Huexotzinco (1), y de tal modo los apretaron, que no pudiendo resistirles los Huexotzincos, pidieron socorro á Moctezuma, el cual les envió un numeroso ejército al mando de su hijo primogénito. Estas tropas marcharon por la falda meri-

(1) La ciudad de Huexotzinco no estaba entónces donde hoy se halla la del mismo nombre, sino mas á Poniente.

dional del volcan de Popocatepec, donde se les agregaron las de Chiltan y de Itzocan, y de allí por Cuauhquecholan entraron en el valle de Atlixco. Los Tlaxcaltecas, enterados del camino que habian tomado sus enemigos, determinaron hacerles una diversion, y atacarlos por retaguardia antes que se uniesen con los Huexotzincos. Fué tan impetuosa su arremetida, que los Mexicanos sufrieron una derrota completa, y aprovechándose de su desórden los Tlaxcaltecas, hicieron en ellos sangrientísimo estrago. Cayó entre los muertos el príncipe general en jefe, á quien se habia conferido aquel cargo mas bien en consideracion á su alto carácter, que por su pericia en el arte de la guerra. Los restos del ejército huyeron, y los vencedores, cargados de despojos, regresaron á Tlaxcala. Es de extrañar que no se dirigiesen inmediatamente á Hnuxotzinc, pues debian esperar que no fuere larga su resistencia; pero quizás no fué tan completa la victoria, que no experimentasen tambien ellos una pérdida considerable, y tendrian por mas conveniente ir á gozar los frutos de su triunfo, para entrar despues con mayores fuerzas en campaña. Volvieron en efecto; pero fueron rechazados por los Huexotzincos, que se habian fortificado, y regresaron á Tlaxcala sin otra ventaja, que la de haber hecho grandes daños en los campos de los enemigos; lo que les ocasionó tan gran escasez de víveres, que les fué preciso pedir socorros á los Mexicanos y á otros pueblos.

Moctezuma se apesadumbró, como debia, por la muerte de su hijo, y por la pérdida de sus tropas: deseoso pues de tomar venganza, hizo apercibir otro ejército en las provincias vecinas á Tlaxcala, para bloquear toda la república; pero los Tlaxcaltecas, previendo lo que iba á suceder, se habian fortificado extraordinaria-

mente, y aumentado las guarniciones. Combatíase vigorosamente por una y otra parte; pero al fin las tropas reales fueron rechazadas, dejando considerables riquezas en manos de sus enemigos. La república celebró con grandes regocijos estas prosperidades, y remuneró á los Otomites, á quien principalmente se debian, confiriendo á los mas distinguidos de entre ellos la dignidad de Texctli, que era la mas alta del estado, y dando á los gefes de aquella nacion las hijas de los mas nobles Tlaxcaltecas.

No hay duda que si el rey de México se hubiera empeñado seriamente en aquella lucha, hubiera al cabo sometido los Tlaxcaltecas á su corona; porque aunque la república tenia grandes fuerzas, tropas aguerridas, y fronteras bien guardadas, su poder era muy inferior al de los Mexicanos. Por lo que me parece verosímil lo que dicen los historiadores, á saber: que los reyes de México dejaron con toda intencion subsistir aquel estado rival, distante apenas sesenta millas de su capital, tanto para tener frecuentes ocasiones de ejercitar sus tropas, como tambien, y principalmente, para proporcionarse los prisioneros necesarios á sus sacrificios. Uno y otro objeto conseguian en los frecuentes ataques que daban á los pueblos de Tlaxcala.

TLAHUICOLE FAMOSO GENERAL DE LOS TLAXCALTECAS.

Entre las víctimas tlaxcaltecas, es memorable en las historias de aquel país un famosísimo general llamado *Tlahuicóle* (1), en quien no se sabia si era mas admirable

[1] El suceso de Tlahuicóle ocurrió verosímilmente en los últimos años del reinado de Moctezuma; pero me ha parecido conveniente anticiparlo por la relacion que tiene con la guerra de Tlaxcala.

el denuedo de su ánimo, que la fuerza extraordinaria de su cuerpo. El *macuahuitl*, ó espada mexicana con que combatía, era tan pesada, que apenas podía alzarla del suelo un hombre de fuerzas ordinarias. Su nombre era el terror de los enemigos de la república, y todos huían, donde quiera que lo veían parecer con su formidable armamento. Este, pues, en un asalto que dieron los Huexotzincos á una guarnición de Otomites, se empeñó incautamente, en el calor de la acción, en un sitio pantanoso, de donde no pudiendo salir con la prontitud que quería, fué hecho prisionero, encerrado en una fuerte jaula, y de allí llevado á México y presentado á Moctezuma. Este monarca, que sabía apreciar el mérito, aun en sus enemigos, en vez de darle muerte, le concedió generosamente la libertad de volver á su patria; pero el arrogante Tlaxcalteca no quiso aceptar aquella gracia, bajo el pretexto de no osar presentarse ante sus compatriotas cubierto de ignominia. Dijo que quería morir, como los otros prisioneros, en honor de sus dioses. Moctezuma, viéndolo tan resuelto á no volver á su patria, y no queriendo privar al mundo de un hombre tan célebre, lo tuvo entretenido en su corte, con la esperanza de hacerlo amigo de los Mexicanos, y de emplear sus servicios en bien de la corona. Entre tanto se encendió la guerra con los de Michuacan, cuyas causas y pormenores ignoramos enteramente, y el rey encargó á Tlahuicole el mando de las tropas que envió á Tlaximaloyan, frontera, como ya he dicho de aquel reino. Tlahuicole correspondió á la confianza que había merecido; y no habiendo podido desalojar á los Michuacanos del sitio en que se habían fortificado, hizo muchos prisioneros, y les tomó gran cantidad de oro y plata. Moctezuma apreció sus servicios, y volvió á con-

cederle la libertad; pero rehusándola él, como ántes había hecho, le ofreció el rey el alto empleo de Tlacatecatl, ó sea general de los ejércitos mexicanos. A esto respondió el valiente republicano que no quería ser traidor á su patria, y que quería absolutamente morir, con tal que fuese en el sacrificio gladiatorio, que, como destinado á los prisioneros de mas nota, le sería mucho mas honroso que el ordinario. Tres años vivió aquel general en México, con una de sus mujeres que había ido á Tlaxcala á reunirsele, y es de creer que los Mexicanos proporcionasen esta union, á fin de que les dejase una gloriosa posteridad, que ennobciese con sus hazañas la corte y el reino de México. Finalmente, viendo el rey la obstinacion con que rehusaba todos los partidos que se le ofrecian, condescendió con su bárbaro desseo, y señaló el día del sacrificio. Ocho dias ántes empezaron los Mexicanos á celebrarlo con bailes: cumplido aquel término, en presencia del rey, de la nobleza y de una gran muchedumbre del pueblo, pusieron al prisionero tlaxcalteca atado por un pié en el *temalacatl*, que era una piedra grande y redonda en que se hacian aquellos sacrificios. Salieron uno á uno para combatir con él, muchos hombres animosos, de los que mató, segun dicen, ocho é hirió á veinte; hasta que cayendo medio muerto en tierra de un golpe que recibió en la cabeza, fué llevado ante el ídolo Huitzilpochtli, y allí le abrieron el pecho, le sacaron el corazon los sacerdotes, y precipitaron el cadáver por las escaleras del templo segun el rito establecido. Así terminó sus dias aquel valiente general, cuyo valor y fidelidad á su patria, lo hubieran elevado á la clase de héroe, si lo hubieran dirigido las luces de la religion.

HAMBRE EN LAS PROVINCIAS DEL IMPERIO, Y OBRAS PUBLICAS EN LA CORTE.

Mientras se hacia la guerra con los Tlaxcaltecas, se padeció hambre en algunas provincias del imperio, ocasionada por la sequedad de los años anteriores. Consumido todo el grano que tenían los particulares, tuvo ocasion Moctezuma de ejercer su liberalidad: abrió sus graneros, y distribuyó entre sus súbditos todo el maíz que contenian; mas no bastando este á remediar su necesidad, permitió, á imitacion de Moctezuma I, que fuesen á otros países á proporcionarse lo necesario para vivir. El año siguiente, que era el de 1505, habiendo habido una cosecha abundante, salieron los Mexicanos á la guerra contra Cuauhtemallan, provincia distante mas de novecientas millas de México hácia el Sudeste. Mientras se hacia esta guerra, ocasionada probablemente por alguna hostilidad cometida por los Cuauhtemaltecos contra los súbditos de la corona, se terminó en México la fábrica de un templo erigido en honor de la diosa Centeotl, cuya solemne dedicacion fué celebrada con el sacrificio de los prisioneros hechos en la guerra.

Habian por aquel tiempo los Mexicanos ensanchado el camino que iba sobre el lago de Chapultepec á México, y reconstruido el acueducto que en el mismo camino habia; pero la alegría que ocasionó la terminacion de aquellas obras, se turbó con el incendio de la torre de un alto templo llamado *zonollí*, de resultas de un rayo que cayó en ella. Los habitantes de la parte de la ciudad remota del templo, y particularmente los Tlatelolcos, no habiendo tenido noticia del rayo, se persuadieron que el incendio habia sido ocasionado por algunos enemigos que habian llegado repentinamente á la ciudad; por lo que se armaron para defenderla, y acudieron en

tropel al templo. Tanto indignó á Moctezuma aquella inquietud, atribuyéndola á un mero pretexto de los Tlatelolcos para promover una sedicion, (pues siempre estaba desconfiando de ellos), que les privó de los empleos públicos que servian, y aun les prohibió que se presentasen en la corte, no bastando á disuadirlo de aquella resolucion, ni las protestas que hicieron de su inocencia, ni los ruegos con que imploraban la clemencia real; pero cuando se apaciguó aquel primer ímpetu de su cólera, los restituyó á sus empleos y á su gracia.

NUEVAS REVUELTAS.

Entre tanto se rebelaron contra la corona los Mixtecas y los Zapotecas. Los principales gefes de la rebelion, en que tomaron parte los nobles de ambas naciones, fueron Cetopatl, señor de Coaxitlahuacan y Nahuixochitl, señor de Tzotzollan. Antes de todo mataron á traicion á todos los Mexicanos que estaban en las guarniciones de Huagayacac y de otros puntos. Cuando Moctezuma tuvo noticia de estos sucesos, mandó contra ellos un grueso ejército, compuesto de Mexicanos, Texcoanos y Tepanecas, bajo las órdenes del príncipe Cuitlahuac, su hermano, y sucesor á la corona. Los rebeldes fueron prontamente vencidos, muchísimos de ellos hechos prisioneros con sus gefes, y saqueada su ciudad. El ejército volvió á México cargado de despojos: los cautivos fueron sacrificados, y el estado de Tzotzollan fué dado á Cozacauhtli, hermano de Nahuixochitl, por haber sido fiel al rey, anteponiendo la obligacion de súbdito á los vínculos de la sangre; pero se difirió el sacrificio de Cotocpatl, hasta que hubo descubierto los cómplices de su crimen, y los designios de los rebeldes.

DISENCION ENTRE HUEXOTZINCOS Y
CHOLULTECAS.

Poco tiempo despues de esta expedicion, se suscitó una reyerta entre los Huexotzincos y los Cholultecas, sus amigos y vecinos, no sé por qué causa, y remitiendo la decision á las armas, se dieron una batalla campal. Los Cholultecas, como mas prácticos en el ejercicio de la religion, del comercio y de las artes, que en de la guerra, fueron vencidos y obligados á retirarse á su ciudad, á donde sus enemigos los persiguieron, mándoles mucha gente, y quemándoles algunas casas. Apenas consiguieron este triunfo los Huexotzincos, cuando se arrepintieron amargamente, temerosos del castigo que les amenazaba. Para evitarlo, enviaron á Moctezuma dos personas de carácter, llamadas *Tolimpaneatl* y *Tzoncostli*, procurando justificarse, é inculpar á los Cholultecas. Los embajadores, ó por exaltar el valor de sus compatriotas, ó por otro motivo que ignoro, exageraron de tal modo la pérdida de los Cholultecas, que hicieron creer al rey que todos habian perecido, y que los pocos que se habian salvado habian abandonado la ciudad. Moctezuma, al oír estos pormenores, se affligió estraordinariamente, y temió la venganza del dios Quetzalcoatl, cuyo santuario, que era de los mas célebres y reverenciado de aquel país, creia profanado por los Huexotzincos. Habiéndose aconsejado con los dos reyes aliados, mandó á Chohullan algunos personajes de su corte, para informarse exactamente de todo lo que habia ocurrido: noticioso de que los embajadores le habian exagerado la verdad, se encolerizó de tal modo por este engaño, que sin detenerse, despachó á Huexotzincos un ejército, mandando al general que castigase severamente á los habitantes, si no le daban la debida satisfaccion. Los

Huexotzincos, previendo la tempestad que iba á descargar sobre ellos, salieron ordenados en forma de batalla á recibir á los Mexicanos, cuyo general se adelantó y les espuso en estos términos la comision que llevaba: "Nuestro señor Moctezuma, que tiene su corte en medio de las aguas, Nezahualpilli, que manda en las orillas del lago, y Totoquiuhatzin, que reina al pié de los montes, me mandan decirnos que han sabido por vuestros embajadores la ruina de Chohullan, y la muerte de sus habitantes; que esta noticia los ha penetrado de dolor, y que se creen obligados á vengar tamaño atentado contra el venerable santuario de Quetzalcoatl." Los Huexotzincos respondieron que aquella noticia habia sido muy exagerada; pero que la ciudad no tenia la culpa de la propagacion de la mentira, y en prueba de ello se ofrecieron á satisfacer á los tres reyes con el castigo de los culpables. Hicieron conducir en seguida á los embajadores, y los entregaron al general, despues de haberles cortado las orejas y las narices; que era la pena de los que propagaban falsedades contrarias al bien público. Así terminaron los males de la guerra, que de otro modo hubieran sido inevitables.

EXPEDICION CONTRA ATLIXCO Y OTROS
PUEBLOS.

Muy diferente fué la suerte de los Atlixqueses, que se habian rebelado contra la corona; pues fueron derrotados por los Mexicanos, que les hicieron un gran número de prisioneros. Ocurrió esto el mes de febrero de 1506, cuando por haber terminado el siglo, se celebraba la fiesta de la renovacion del fuego, con mucho mas aparato y solemnidad, que en tiempo de Moctezuma I, y en los otros años seculares. Aquella fué la mas magnífica y la última que celebraron los Mexicanos. En ella fueron sacrificados muchos prisioneros,

reservando otros para la dedicacion de Tzompantli, que, como despues diremos, era un edificio inmediato al templo mayor, donde se guardaban las calaveras de las victimas.

PRESAGIOS DE LA GUERRA DE LOS ESPAÑOLES.

Parece que no hubo guerra alguna en aquel año secular, pero en el de 1507, los Mexicanos, hicieron una expedicion contra Tzolan y Mictlan, pueblos mixtecas, cuyos habitantes huyeron á los montes, sin dejar otras ventajas á los Mexicanos, que algunos prisioneros que hicieron de los pocos que se habian quedado en sus casas. De allí pasaron á subyugar á los de Cuauhquechallan, que se habian rebelado; en cuya ocasion ostentó su valor el príncipe Cuiclahuac, general del ejército. Murieron algunos valientes caudillos mexicanos; pero volvieron á imponer el yugo á los rebeldes, y les hicieron tres mil y doscientos prisioneros, que fueron sacrificados, parte en la fiesta de Tlacaxipehualiztli, que se hacia en el segundo mes mexicano, y parte en la dedicacion del santuario Zomolli, el cual, despues del ya mencionado incendio, habia sido magníficamente reconstruido.

El año siguiente salió el ejército real, compuesto de Mexicanos, Texcocanos y Tepanecas, contra la remota provincia de Amatlan. Al pasar por una altísima montaña, sobrevino una gran tempestad de nieve, que ocasionó terrible estrago en el ejército; pues los unos, que viajaban casi desnudos, y estaban acostumbrados á un clima suave, murieron de frio, y otros de la caída de los árboles que arrancaba el viento. Del resto de las tropas, que continuaron muy disminuidas su viaje, murió la mayor parte en las acciones.

Esta y otras calamidades, unidas á la aparicion de un cometa, pusieron en gran

consternacion á aquellos pueblos. Moctezuma, que era demasiado supersticioso para ver con indiferencia aquel fenómeno, consultó á los astrólogos; y no habiendo podido estos darle una respuesta satisfactoria, hizo la misma pregunta al rey de Acolhuacan, que era muy dado á la astrología y á la adivinacion. Estos reyes, aunque parientes, y perpetuamente aliados, no vivian en muy buena armonía, desde que el de Acolhuacan habia mandado dar muerte á su hijo Huexotzincatzin, sin dar oidos á los ruegos de Moctezuma, que como tío de este príncipe, habia implorado su perdon. Habia ya mucho tiempo que no se trataban con la frecuencia y confianza que ántes; pero en aquella época, el vano terror que se apoderó del ánimo de Moctezuma lo escitó á valerse del saber de Nezahualpilli: así que, le rogó que pasase á México, para tratar de aquel asunto, que á uno y otro era tan interesante. Condescendió con sus ruegos el rey de Acolhuacan, y despues de haber discurrido largo tiempo con Moctezuma, fué de opinion, segun dicen los historiadores, que el cometa anunciaba las futuras desgracias de aquel reino, de resultas de la llegada de gentes estrañas. Pero no agrandando tampoco esta interpretacion á Moctezuma, Nezahualpilli lo desafió á jugar al balon, que era diversion muy comun entre aquellas gentes, y aun entre los mismos monarcas: ademas, conviniéron en que si el rey de México ganaba, el de Acolhuacan renunciaria á su interpretacion, y la creeria falsa; y si ganaba este, aquel la adoptaria como verdadera. Insensatez verdaderamente ridicula de aquellos hombres, como si el éxito de una predicción dependiese de la destreza del jugador ó de la suerte del juego; pero menos pernicioso que la de los antiguos europeos, que hacia depender de la barbarie del duelo, y de

la incertidumbre de las armas, el honor, la inocencia y la verdad. Quedó Nezahualpilli vencedor en el juego, y desconsolado Moctezuma por la pérdida, y por la confirmacion de tan triste vaticinio. Sin embargo, quiso tomar otras medidas, esperando hallar una explicacion mas favorable, que contrapesase la del rey de Acolhuacau. Hizo, pues, consultar á un famosísimo astrólogo muy versado en las supersticiones de la adivinacion, con las que habia adquirido tanta celebridad y tanto influjo, que sin salir de su casa daba respuestas como un oráculo á los potentados y á los reyes. Este hombre, sabiendo lo que habia ocurrido entre los dos monarcas, en lugar de dar una respuesta favorable á su soberano, ó equívoca á lo menos, como hacen comunmente los que viven de semejantes patrañas, confirmó plenamente los funestos anuncios del rey de Acolhuacau; con lo que se indignó de tal manera Moctezuma, que en recompensa mandó destruir la casa del pobre astrólogo, quedando él sepultado en las ruinas.

Estos y otros vaticinios de la ruina de aquel imperio, se ven en las pinturas mexicanas y en las obras de los españoles. Estoy muy lejos de pensar que todo lo que hallamos escrito sobre este asunto, sea digno de crédito; pero tampoco puedo dudar de las tradiciones que existian entre los Mexicanos; acerca de la próxima ruina de aquel imperio, de resultados de la venida de gentes extrañas, que se apoderarian de toda la tierra. No ha habido en todo el pais de Anáhuac una sola nacion, culta ó inculta, que no haya admitido aquella creencia, como lo prueban las tradiciones verbales de las unas, y las historias de las otras. Es imposible adivinar el primer origen de una opinion tan general; pero desde que en los siglos XV y XVI, los navegantes, ayudados por la in-

vencion de la brújula, empezaron á perder el miedo á la alta mar, y los europeos, estuñulados por la ambicion y por la sed insaciable del oro, se habian familiarizado con los peligros del Océano, aquel maligno espíritu, enemigo capital del género humano, que no cesa de espiar en toda la tierra las acciones de los mortales, pudo fácilmente conjeturar los progresos marítimos de los pueblos de Oriente, el descubrimiento del Nuevo-Mundo, y una parte de los grandes sucesos que allí debian ocurrir; y no es inverosímil que los predijese á la nacion consagrada á su culto, para confirmar con la misma prediccion del porvenir, la crónea persuasion de su pretendida divinidad. Pero si el demonio pronosticaba futuras calamidades para engañar á aquellos miserables pueblos, el pindosísimo autor de la verdad las anunciaba tambien para disponer sus espíritus á la admision del Evangelio. El suceso que voy á referir en confirmacion de esta verdad, fue público y estrepitoso, ocurrido en presencia de dos reyes y de toda la nobleza mexicana. Hallábase ademas representado en algunas pinturas de aquella nacion, y de él se envió un testimonio jurídico á la corte de España.

SUCESO MEMORABLE DE UNA PRINCESA MEXICANA.

Papantzín, princesa mexicana, y hermana de Moctezuma, se habia casado con el gobernador de Tlatelolco: muerto este, permaneció en su palacio hasta el año de 1503, en que murió tambien de enfermedad natural. Celebráronse sus exéquias con la magnificencia correspondiente al esplendor de su nacimiento, con asistencia del rey su hermano, y de toda la nobleza de ambas naciones. Su cadáver fué sepultado en una cueva ó gruta subterránea, que estaba en los jardines del mismo

palacio, próxima á un estanque en que aquella señora solia bañarse, y la entrada se cerró con una piedra de poco peso. El día siguiente, una muchacha de cinco á seis años, que vivía en el palacio, tuvo el capricho de ir desde la habitación de su madre á la del mayordomo de la difunta, que estaba mas allá del jardín: al pasar por el estanque, vió á la princesa sentada en los escalones de este, y oyó que la llamaba con la palabra *cocoton*, de la que se se sirven en aquel país para llamar y acorricar á los niños. La muchacha, que por su edad no era capaz de reflexionar en la muerte de la princesa, y pareciéndole que esta iba á bañarse, como lo tenía de costumbre, se acercó sin recelo, y la princesa le dijo que fuese á llamar á la muger del mayordomo. Obedeció en efecto; mas esta muger, sonriendo y haciéndole cariños, le dijo: "Hija mia, Papantzin ha muerto, y ayer la hemos enterrado." Mas como la muchacha insistía, y aun la tiraba del traje, que allí llaman *huépilli*, ella, mas por complacerla que por creer lo que le decía, la siguió al sitio al que la condujo; y apenas llegó á presencia de aquella señora, calló al suelo horrorizada y sin conocimiento. La muchacha avisó á su madre, y esta con otras dos mugeres, acudieron á socorrer á la del mayordomo; mas al ver á la princesa, quedaron tan desparovidas, que tambien se hubieran desmayado, si ella misma no les hubiera dado ánimo, asegurándoles que estaba viva. Mandó por ellas llamar al mayordomo, y le encargó que fuese á dar noticia de lo ocurrido al rey su hermano; pero él no se atrevió á obedecerla, porque temió que el rey no diese crédito á su noticia, y sin examinarla, lo castigase con su acostumbrada severidad. "Id, pues, á Tezcoco, le dijo la princesa, y rogad en mi nombre al rey Nezahualpilli que venga á verme."

Obedeció el mayordomo, y el rey no tardó en presentarse. A la sazón, la reina había entrado en uno de los aposentos de palacio. Saludóla el rey lleno de temor, y ella le rogó que pasase á México, y dijese al rey su hermano que estaba viva, y que necesitaba verlo para descubrirle algunas cosas de suma importancia. Desempeñó Nezahualpilli su comision, y Moctezuma apenas podía creer lo que estaba oyendo. Sin embargo, por no faltar al respeto debido á su aliado, fué con él, y con muchos nobles mexicanos á Tlatelolco, y entrando en la sala donde estaba la princesa, le preguntó si era su hermana. "Yo soy, Señor, respondió ella, vuestra hermana Papantzin, la misma que habeis entrado ayer: estoy viva en verdad, y quiero manifestaros lo que he visto; porque os importa." Dicho esto, se sentaron los dos reyes, quedando todos los demas en picé, maravillados de lo que veían.

Entónces la princesa volvió á tomar la palabra, y dijo: "Después que perdí la vida, ó si esto os parece imposible, después que quedé privada de sentido y movimiento, me hallé de pronto en una vasta llanura, á la cual por ninguna parte se descubría término. En medio observé un camino, que se dividía en varios senderos, y por un lado corría un gran río, cuyas aguas hacían un ruido espantoso. Queriendo ocharme á él, para pasar á nado á la orilla opuesta, se presentó á mis ojos un hermoso jóven, de gallarda estatura, vestido con un ropaje largo, blanco como la nieve, y resplandeciente como el sol. Tenía dos alas de hermosas plumas, y llevaba esta señal en la frente (al decir esto la princesa, hizo con los dedos la señal de la cruz), y tomándome por la mano, me dijo: "Detente: aun no es tiempo de pasar este río. Dios te ama, aunque tú no lo conoces."—De allí me condujo por las

orillas del río, en las que ví muchos cráneos y huesos humanos, y oí gemidos tan lastimeros, que me movieron á compasion. Volviendo despues los ojos al río, vi en él unos barcos grandes, y en ellos muchos hombres, diferentes de los de estos países, en traje y color. Eran blancos y barbudos; tenian estandartes en las manos y yelmos en la cabeza. "Dios, me dijo entonces el jóven, quiere que vivas, á fin de que des testimonio de las revoluciones que van á sobrevenir en estos países. Los clamores que has oído en estas márgenes, son de las almas de tus antepasados, que viven, y vivirán siempre atormentadas, en castigo de sus culpas. Esos hombres que ves venir en los barcos, son los que con las armas se harán dueños de estas regiones, y con ellos vendrá tambien la noticia del verdadero Dios, Criador del cielo y de la tierra. Cuando se haya acabado la guerra, y promulgado el baño que lava los pecados, tú serás la primera que lo reciba, y guie con su ejemplo á todos los habitantes de estos países." Dicho esto, desapareció el jóven, y yo me encontré restituída á la vida: me alcé del sitio en que yacía, levanté la lápida del sepulcro, y sañí al jardín, donde me encontraron mis domésticos."

Atónito quedó Moctezuma al oír estos pormenores: turbada su mente con los mas tristes pensamientos, se levantó y se dirigió á un palacio que tenia para los tiempos de luto, sin hablar á su hermana, ni al rey de Tezoco, ni á ninguno otro de los que lo acompañaban, aunque algunos de los aduladores, para tranquilizarlo, procuraron persuadirle que la enfermedad que habia padecido la princess, le habia trastornado el sentido. No quiso volver á verla, por no afligirse de nuevo con los melancólicos presagios de la ruina de su imperio. La princess vivió muchos años

despues, enteramente consagrada al retiro y á la abstiniencia. Fué la primera que en el año de 1524 recibió en Tlatelolco el sagrado bautismo, y se llamó desde entonces *Doña María Pepaulcín*. En los años que sobrevivió á su regeneracion, fué un perfecto modelo de virtudes cristianas, y su muerte correspondió á su vida, y á su maravillosa vocacion al cristianismo.

FENÓMENOS NOTABLES.

Ademas de este memorable suceso, ocurrió en 1510 el repentino y violento incendio de las torres del templo mayor de México, en una noche serena, sin haberse podido jamás averiguar su causa: y el año anterior se habian agitado de pronto, y con tanta violencia las aguas del lago, que arruinaron las casas de la ciudad, sin haber habido viento, terremoto, ni otra causa natural á que se pudiera atribuir aquel extraño acaecimiento. Tambien se dice que en 1511 se vieron en el aire hombres armados, que combatian entre sí, y se mataban. Estos y otros fenómenos referidos por Acosta, Torquemada y otros escritores, se hallan exactamente descritos en las historias mexicanas y acolhuas. No es inverosímil que habiendo Dios anunciado con varios prodigios la pérdida de algunas ciudades, como consta por la Sagrada Escritura y por el testimonio de Josefo, de Eusebio de Cesarea, de Osorio y de otros escritores, quisiese tambien usar de la misma providencia con respecto al trastorno general de un mundo entero, que es sin duda el suceso mas grande y extraordinario de cuantos encierra la historia profana.

ERECION DE UN NUEVO ALTAR PARA LOS SACRIFICIOS Y NUEVAS ESPEDICIONES DE LOS MEXICANOS.

La consternacion que estos presagios inspiraron á Moctezuma, no lo distrajo de

sus proyectos belicosos. Muchas fueron las expediciones emprendidas por sus ejércitos en el año de 1508, especialmente contra los Tlaxcaltecas, los Huexotzincos, los Atlixqueses, y los habitantes de Xepatepec y de Malinaltepec. En ellas hicieron mas de cinco mil prisioneros, que despues fueron sacrificados en la capital. En 1509 hizo el rey la guerra á los de Xochitepec, que se le habian revelado. El año siguiente, pareciendo á Moctezuma demasiado pequeño el altar de los sacrificios, y poco correspondiente á la magnificencia del templo, mandó buscar una piedra de desmesurada grandeza, la cual fué hallada en las inmediaciones de Coyoacan. Despues de haberla hecho pulir y labrar primorosamente, mandó que se llevase con gran solemnidad á México. Concurrió un gentío inmenso á tirar de ella; pero al pasar por un puente de madera, que habia sobre un canal, á la entrada de la ciudad, con el enorme peso de la piedra se rompieron las vigas y cayó al agua, arrastrando consigo algunas personas, y entre ellas el sumo sacerdote que la iba incensando. Mucho sentimiento causó al rey y al pueblo esta desgracia; pero sin abandonar la empresa, sacaron la piedra del agua con extraordinaria fatiga, y la llevaron al templo, donde fué dedicada con el sacrificio de todos los prisioneros que se habian reservado para aquella gran fiesta, la cual fué una de las mas solennes celebradas por los Mexicanos. Para ella convocó el rey á los principales individuos de la nobleza de todo el reino, y gustó grandes tesoros en los regalos que hizo á nobles y plebeyos. Aquel mismo año se celebró tambien la dedicacion del templo *Tlanatzinco*, y del de Cuaxicalco, de que despues hablaremos. Las victimas sacrificadas en estas dos ceremonias, fueron, segun los historiadores, doce mil

doscientas diez. Número á la verdad demasiado considerable.

Para suministrar tan gran número de infelices, era necesario hacer continuamente la guerra. En 1511 se rebelaron los Xopes, y quisieron asesinar á toda la guarnicion mexicana de Tacotepec; pero descubiertó prematuramente su designio, fueron castigados, y doscientos de ellos conducidos prisioneros á la capital. En 1512 marchó un ejército de Mexicanos hácia el Norte, contra los Quetzalapanecas y con pérdida de solo noventa y cinco hombres, hicieron mil trescientos treinta y dos prisioneros, que fueron tambien llevados á México. Con estas, y otras conquistas hechas en los tres años siguientes, llegó el imperio mexicano á su mayor amplitud, cinco ó seis años ántes de su ruina, á la que contribuyeron en gran parte aquellos rápidos triunfos. Cada provincia, cada pueblo conquistado era un nuevo enemigo, que sufriendo con impaciencia el yugo á que no estaba acostumbrado, é irritado contra la violencia de los conquistadores, solo esperaba una buena ocasion para vengarse, y recobrar la libertad perdida. La felicidad de un reino no consiste en la estension de dominios, ni en la multitud de vasallos; ántes bien nunca se aproxima tanto á su ruina, como cuando por su desmesurada estension, no puede mantener la union necesaria entre sus partes, ni aquel vigor que se necesita para resistir á la muchedumbre de sus enemigos.

MUERTE Y ELOGIO DEL REY NEZAHUALPILLI.

No contribuyeron menos á la ruina del imperio mexicano las revoluciones que en aquel mismo tiempo ocurrieron en el reino de Acolhuacan, ocasionadas por la muerte de Nezahualpilli. Aquel célebre monarca, despues de haber ocupado el

trono cuarenta y cinco años, ó cansado del gobierno, ó consternado por los funestos presagios de que había sido testigo, dejó el mandó á dos príncipes reales y se retiró á su casa de campo en Tezcotzincó, llevando consigo á su favorita Xocotzin, y á unos pocos servidores; dando órden á sus hijos que no saliesen de la corte, sino que en ella aguardasen sus ulteriores disposiciones. En los seis meses que pasó en aquel retiro, se divertía frecuentemente en el ejercicio de la caza, y empleaba la noche en la observacion de las estruallas, para lo que había mandado construir en la azotea de su palacio un pequeño observatorio, que se conservó hasta el siglo siguiente, y fué visto por algunos historiadores españoles que de él hacen mencion. Allí no solo observaba el movimiento y el curso de los astros, sino que conferenciaba con algunos inteligentes en astronomía; estudio muy apreciado siempre en aquellos pueblos, y al cual se dedicaron muchos, estimulados por el ejemplo de aquel gran rey y de su sucesor.

Después de seis meses de esta vida privada, volvió á la corte, mandó á su querida Xocotzin que se retirase con sus hijos al palacio llamado Teopilpan, y él se encerró en el de su ordinaria residencia, sin dejarse ver sino de alguno de sus confidentes, con designio de ocultar su muerte, á imitacion de su padre. En efecto, nunca se supo nada acerca de la época, ni de las otras circunstancias de aquel suceso: solo que ocurrió en 1516, y que poco ántes de morir, mandó á sus confidentes que quemasen secretamente su cadáver. De sus results, el vulgo, y no pocos de la nobleza creyeron que no había muerto, sino que había ido al reino de Amaquemecan, donde tuvieron origen sus antepasados, como muchas veces lo había anunciado.

Las opiniones religiosas de aquel monarca, fueron en todo conformes á las de su padre. Despreciaba interiormente el culto de los ídolos, aunque en lo exterior seguía las prácticas comunes. Imitó tambien á su padre en el celo de las leyes, y en la severidad de su justicia; de lo que dió un raro ejemplo en los últimos años de su vida. Había una ley que prohibía bajo la pena de muerte decir palabras indecentes en el real palacio. Violó esta ley uno de los príncipes sus hijos, llamado Huexotzincatzin, que era justamente el que mas amaba, tanto por su fidelidad y por las virtudes que descubría en su juventud, como por ser el mayor de los que tuvo de su favorita Xocotzin; pero las palabras del príncipe habían sido mas bien efecto de inconsideracion juvenil, que de perverso designio. Súpelo el rey por una de sus concubinas, á quien se habían repetido aquellas expresiones. Preguntó si había ocurrido el lance en presencia de otras personas; y sabiendo que había sido en presencia de los ayos del príncipe, se retiró á un aposento de palacio, destinado para las épocas de luto. Hizo comparecer allí á los ayos, para examinarlos. Ellos, temerosos de ser severamente castigados, si ocultaban la verdad, la confesaron claramente; mas al mismo tiempo procuraron escusar al príncipe, diciendo que ni sabía con quien hablaba, ni las expresiones habían sido obscenas. Pero en despecho de sus representaciones, mandó inmediatamente que se prendiese al príncipe, y el mismo dia pronunció su sentencia de muerte. Consternóse toda la corte al saber tan rigorosa disposicion: la nobleza intercedió con lágrimas y ruegos: la madre del príncipe, confiada en el gran amor que el rey le profesaba, se le presentó llorosa, y para moverlo mas á compasion, llevó consigo á sus otros hijos; pero ni ra-

zones, ni plegarias, ni sollozos bastaron á disuadir al monarca. "Mi hijo, decia, ha violado la ley: si lo perdono, se dirá que las leyes no son para todos. Sepan, pues, mis súbditos que á ninguno de ellos será perdonada la trasgresion, puesto que la castigó en el hijo que mas amo." La reina, traspasada de dolor, y perdida toda esperanza de ablandar al rey, "ya que por tan ligera causa, le dijo, arrojaís de vuestro corazón todos los sentimientos de padre y de esposo, y queréis ser el verdugo de vuestro hijo, consumad la obra: dadme la muerte, y á estos príncipes que os he dado." El rey entónces con grave aspecto le mandó que se retirase, puesto que ya no habia remedio. Fuése la reina desconsolada á su aposento, y allí, en compañía de algunas señoras que fueron á visitarla, se abandonó á todo el exceso de su dolor. Entre tanto los que estaban encargados del suplicio del príncipe, lo iban difiriendo, para dar tiempo á que entibiado el celo por la justicia, diese lugar al amor paterno y á la clemencia; pero penetrando su intencion el rey, mandó que se ejecutase la sentencia sin pérdida de tiempo, como se verificó, con general descontento de los pueblos, y con gravísimo disgusto del rey Moctezuma, no solo por su parentesco con el príncipe, sino tambien por el desprecio con que el rey habia mirado su interposicion. Muerto el príncipe, se encerró su padre por espacio de cuarenta dias en una sala, sin dejarse ver de nadie, para entregarse sin estorbo á su pesadumbre, y mandó tapar las puertas de la habitacion del príncipe, para apartar de sus ojos cuanto fuese parte á recordarle mañana desventura.

Esta severidad en el castigo de los culpables, estaba contrapesada por la compasion que le inspiraban los males de sus súbditos. Habia en su palacio una ven-

tana que daba á la plaza del mercado, y estaba cubierta con una celosía, desde la cual miraba, sin que nadie lo observase todo lo que allí ocurría: cuando notaba alguna muger mal vestida, la mandaba llamar, se informaba de su vida y de sus necesidades, y la proveia de todo lo necesario, para ella y para sus hijos, si los tenia. Daba todos los dias limosnas en su palacio á los huérfanos y á los enfermos. Habia en Tezcoco un hospital para todos los que se habian inutilizado en la guerra, allí, á espensas del rey se mantenian, segun la condicion de cada cual, y muchas veces él mismo los visitaba. De este modo gastaba gran parte de sus rentas.

Su ingenio ha sido muy celebrado por los historiadores de aquel pais. Propúsose imitar en sus estudios y en su conducta, el ejemplo de su padre, y en efecto le fué muy semejante. Con él se puede decir que acabó la gloria de los reyes chichimecas; pues la discordia que estalló entre sus hijos, disminuyó el esplendor de la corte, debilitó las fuerzas del estado, y lo dispuso á su última ruina. No declaró Nezahualpilli quién debia suceder en la corona, como habian hecho sus antecesores: mas ignoramos el motivo de este desecido, que fué tan pernicioso al reino de Acolhuacan.

REVOLUCION DEL REINO DE ACOLHUACAN.

Quando el consejo supremo del rey estuvo seguro de su muerte, se creyó obligado á elegir un sucesor, á ejemplo de los Mexicanos. Reuniéronse, pues, sus miembros para deliberar sobre un asunto de tanta importancia; y empezando á discurrir el mas anciano y condecorado, representó los gravísimos perjuicios que podrian sobrevenir al estado, si se diera la eleccion que su opinion era que la corona pertenecia al príncipe Cocamatzin;

pues además de su prudencia y valor, era el primogénito de la princesa mexicana, con quien se había casado el rey. Todos los otros consejeros se adherieron á aquel dictámen, que parecía tan justo, y provenia de persona tan respetable. Los príncipes, que aguardaban en una sala inmediata la resolución del consejo, recibieron la invitación de entrar para tener noticia de su resultado. Cuando hubieron entrado, se dió el principal asiento á Cacamatzin, jóven de veinte años, y á sus lados se sentaron sus hermanos Coanacotzin, de veinte, ó Ixtlilxochitl, de diez y nueve. Levantóse el anciano que había tomado la palabra, y declaró la decisión del consejo, á la cual se había sometido de antemano, toda la nación. Ixtlilxochitl, que era un jóven ambicioso y emprendedor, se opuso, diciendo, que si el rey hubiese muerto en verdad, hubiera nombrado sucesor: que el no haberlo hecho, era señal segura de estar aun en vida; y estando vivo el soberano, era un atentado en los súbditos el nombrar quien le sucediese. Los consejeros, conociendo la índole de aquel príncipe, no osaron por entonces contradecirlo, sino que rogaron á Coanacotzin dijese su parecer. Este alabó y confirmó la determinación del consejo, manifestando los inconvenientes que se seguirían de diferir su ejecución. Ixtlilxochitl se le opuso, tachándole de ligero y de inconsiderado; puesto que abrazando aquel partido, favorecía los designios de Moctezuma, que era muy amigo de Cacamatzin, y procuraba colocarlo en el trono, esperando tener en él un rey de cera, á quien podría amoldar á su arbitrio. "No es prudente, dijo Coanacotzin, hermano mio, oponerse á una resolución tan sábia y tan justa. ¿No echáis de ver que aun cuando no fuese rey Cacamatzin, la corona me pertenecería á mí, y no á vos?" "Es cierto, respondió

Ixtlilxochitl, que si no se considera otro derecho que la edad, la corona se debe á Cacamatzin, y á vos por su falta; pero si se prefiere, como es justo, el valor, corresponde á mí solo." Los consejeros, viendo que se iba encendiendo cada vez mas la cólera de los príncipes, les impusieron silencio, y levantaron la sesión.

Los dos príncipes fueron entónces á su madre, la reina Xocotzin, para continuar en su presencia el debate: Cacamatzin, acompañado de muchos nobles pasó inmediatamente á México, y dió cuenta á Moctezuma de todo lo que había pasado. Moctezuma, que además del amor que le tenia, conocía la legitimidad de sus derechos, sancionados además por el consentimiento de la nación, le aconsejó ántes de todo poner en salvo el real tesoro, y le prometió interponer su mediación con el hermano, ó emplear las armas mexicanas en su favor, dado caso de que nada se consiguiera con las negociaciones.

Ixtlilxochitl, cuando supo la salida de Cacamatzin, y previó las consecuencias de su visita á Moctezuma, dejó la corte con todos sus partidarios, y se fué á los estados que sus ayos poseían en los montes de Mexitlan. Coanacotzin dió pronto aviso de esta novedad á Cacamatzin, á fin de que sin tardanza volviese á Texcoco, y se aprovechase de tan oportuna ocasión para coronarse. Tomó Cacamatzin el saludable consejo de su hermano, y pasó á la capital, en compañía de Cuítlahuazin, hermano de Moctezuma, y de muchos nobles Mexicanos. Cuítlahuazin, sin perder tiempo, convocó á la nobleza texcocana, en el Hueitecpan, ó sea gran palacio de los reyes de Acolhuacan, y le presentó al príncipe electo, para que lo reconociese como á legítimo soberano. Aceptáronlo todos, y quedó señalado el día para la solemnidad de la coronación; mas fué preciso sus-

penderla, por la noticia que llegó á la corte, de que el príncipe Ixtlilxochitl bajaba de las sierras de Meztitlan, á la cabeza de un ejército numeroso.

Este inquieto jóven, al llegar á Meztitlan, convocó á todos los señores de los pueblos de aquellas grandes montañas, y les hizo saber su designio de oponerse á su hermano Cacamatzin, prestando su eelo por el honor y por la libertad de las naciones Chichimeca y Acolhua: que era cosa indigna y peligrosa someterse á un rey tan flexible á la voluntad del de México: que los Mexicanos, olvidados de cuanto debían á los Acolhuas, querían aumentar sus íntimas usurpaciones con la del reino de Acolhuacan: que él por su parte estaba resuelto á emplear todo el valor que Dios le habia dado, en defender á su patria de la tiranía de Moctezuma. Con estas razones, sugeridas probablemente por sus ayos, enardeció en tal manera los ánimos de aquellos señores, que todos ellos se ofrecieron á ayudarlo con sus fuerzas; y en efecto, tantas tropas alzaron, que cuando el príncipe bajó de los montes, su ejército llegaba, segun dicen, á mas de cien mil hombres. En todos los sitios por donde pasaba era bien recibido, ya por miedo de su poder, ya por inclinacion á favorecer sus designios. Desde Tepepolco mandó una embajada á los Otompanecas, previniéndoles que lo obedeciesen, como á su propio rey; mas ellos respondieron, que por muerte de Nezahualpilli, no reconocian otro monarca que su hijo Cacamatzin, el cual habia sido aceptado pacíficamente por la corte, y se hallaba en posesion del reino de Acolhuacan. Irritado el príncipe con esta respuesta, marchó contra aquella ciudad. Los Otompanecas le salieron al encuentro en órden de batalla; mas aunque hicieron alguna resistencia, fueron vencidos, y la ciudad cayó en

manos del vencedor. Entre los muertos se hallaba el mismo señor de Otompan, y esta circunstancia facilitó al príncipe su triunfo.

Este suceso puso en gran inquietud á Cacamatzin y á toda su corte. Fortificóse en la capital, teniendo que el enemigo quisiese atacarla; mas el príncipe, viéndose temido y respetado, no se movió por entónces de Otompan. Puso guardias en los caminos, con órden de no molestar á ninguno, de no impedir el paso á los particulares que saliesen de la capital á cualquier otro punto, y aun de obsequiar á las personas de distincion que por allí transitasen. Cacamatzin, viendo las fuerzas y la resolucion de su hermano; conociendo que era menos malo sacrificar una parte, aunque grande del reino, que perderlo todo, envió una embajada á su enemigo, con el consentimiento de Coanacotzin, haciéndole proposiciones de convenio. Mandó á decirle que conservase, si queria, todos los dominios de los montes, pues él se contentaba con la capital y con los estados de la llanura: que tambien queria dividir con Coanacotzin las rentas de la corona: pero que le rogaba abandonase toda otra pretension, y no continuase turbando la tranquilidad del reino.

Los embajadores fueron dos personajes de la sangre real de Acolhuacan, á quienes Ixtlilxochitl miraba con gran respeto. Este respondió que sus hermanos podrían hacer cuanto les agradase: que él deseaba que Cacamatzin quedase en posesion de Acolhuacan: que nada maquinaba contra él ni contra el estado: que si mantenía aquel ejército, era con el designio de oponerse á los planes ambiciosos de los Mexicanos, los cuales habian acarreado muchos disgustos, é inspirado graves sospechas al rey su padre: que si entónces se dividia el reino, por el comun interes de la nacion,

esperaba verlo reunido dentro de poco: y que sobre todo, se guardasen de caer en los lazos que les habia armado el astuto Moctezuma. No se engañaba Ixtlilxochitl en esta desconfianza; pues en efecto, aquel rey fué quien puso al infeliz Cacamatzin en manos de los españoles, á pesar del amor que le profesaba, como despues veremos.

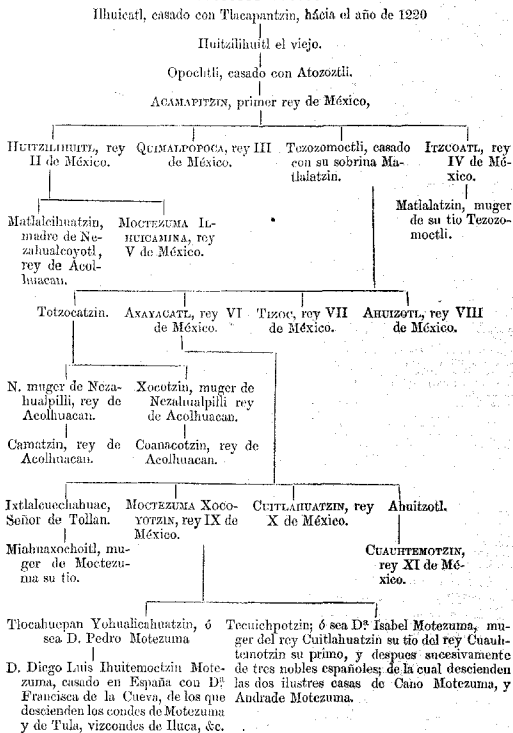
Despues de un convenio entre ambos hermanos, quedó Cacamatzin en pacífica posesion del reino de Acolhuacan; pero con gran disminucion en sus dominios, pues lo que habia cedido era una parte muy considerable de sus posesiones. Ixtlilxochitl mantuvo siempre sus huestes en movimiento, y muchas veces se dejó ver con ellas en las cercanías de México, desafiando á Moctezuma á pelear cuerpo á cuerpo. Mas este monarca no se hallaba ya en estado de aceptar aquel desafio: el fuego de su primera juventud se habia apagado con los años, y las delicias domésticas habian debilitado notablemente sus brios: ni hubiera sido prudencia esponerse á aquel combate con un jóven tan resuel-

to, que con secretas negociaciones habia atraído á su faccion una gran parte de las provincias mexicanas. Sin embargo, muchas veces midieron los Mexicanos sus fuerzas con aquel ejército, quedando unas veces vencido, y otras vencedor. En una de estas acciones quedó prisionero un pariente del rey de México, que habia salido á la campaña con la resolucion de coger á Ixtlilxochitl, y conducirlo atado á México: así lo habia prometido á Moctezuma. Supo el príncipe aquella arrogante promesa, y para vengarse lo mandó atar sobre un monton de cañas secas, y quemar vivo en presencia de todo su ejército.

En el curso de esta historia haré ver cuánta parte tuvo aquel inquieto príncipe en la ventura de los españoles, los cuales empezaron á dejarse ver por aquel tiempo, en las costas del golfo mexicano; pero antes de emprender la relacion de una guerra que trastornó completamente aquellas regiones, conviene dar alguna idea de la religion, del gobierno, de las artes y de las costumbres de los Mexicanos.



GENEALOGIA DE LOS REYES MEXICANOS DESDE EL PRINCIPIO DEL SIGLO XIII.



LIBRO SESTO.

Religion de los Mexicanos, esto es, sus dioses, templos, sacerdotes, sacrificios y obligaciones; sus ayunos, y su austeridad; su cronología, calendario y fiestas; sus ritos en el nacimiento, en el casamiento y en las exequias.

DOGMAS RELIGIOSOS.

La religion, la política y la economía son los tres elementos que forman principalmente el carácter de una nacion; de modo que sin conocerlos, es imposible tener una idea exacta del génio, de las inclinaciones y de la ilustracion que la distinguen. La religion de los mexicanos, de que voy á tratar en este libro, era un tejido de errores, de ritos supersticiosos y crueles. Semejantes flaquezas del espíritu humano son inseparables de un sistema religioso que tiene su origen en el capricho ó en el miedo, como lo vemos aun en las naciones mas cultas de la antigüedad. Si se compara, como yo lo haré en otra ocasion, la religion de los Mexicanos con la de los griegos y romanos, se hallará que esta es mas supersticiosa y ridicula; aquella, mas bárbara y sanguinaria. Aquellas célebres naciones de la antigua Europa multiplicaban escesivamente sus dioses á causa de la desventajosa idea que tenían de su poder; reducian á estrechos límites su imperio; los atribuian los cri-

menes mas atroces, y solemnizaban su culto con execrables impurezas, que con justa razon censuraron los padres del cristianismo. Los númenes de los Mexicanos eran menos imperfectos, y en su culto, aunque supersticioso, no intervenia ninguna accion contraria á la honestidad.

Tenia alguna idea, aunque imperfecta, de un Ser Supremo, absoluto, independiente, á quien ercian debía tributarse adoracion y temor. No tenían figura para representarlo, porque lo creian invisible, ni le daban otro nombre que el genérico de *Dios*, que en su lengua es *Teotli*, algo mas semejante en el sentido que en la pronunciacion, al *Theos* de los griegos; pero usaban de epítetos sumamente expresivos para significar la grandeza y el poder de que lo creian dotado. Llamábalo *Ipatnemocani*, esto es, aquel por quien se vive; y *Tlôqu Nahuáque*, esto es, aquel que tiene todo en sí. Pero el conocimiento y el culto de esta Suma Esencia, estaban oscurecidos por la mul-

titud de números que inventó su superstición.

Creían que había un espíritu maligno, enemigo del género humano, al que daban el nombre de *Tlacatecolotli*, ó ave nocturna racional, y decían muchas veces que se dejaba ver de los hombres, para hacerles daño, ó espantarlos.

Acerca del alma, los bárbaros Otómites creían, segun dicen, que se extinguía con el cuerpo; pero los Mexicanos y las otras naciones de Anáhuac, que habian salido del estado de barbarie, la creían inmortal, aunque atribuían este mismo don al alma de las bestias, como veremos cuando tratemos de sus ritos fúnebres.

Tres lugares distinguían para las almas separadas de los cuerpos. Creían que las de los soldados que morían en la guerra, las de los que caían en manos de los enemigos, y las de las mugeres que morían de parto, iban á la casa del sol, que llamaban señor de la gloria, y allí tenían una vida llena de delicias: que cada día al salir el sol, lo festejaban con himnos, bailes y música, y lo acompañaban hasta el zenit, donde le salían al encuentro las almas de las mugeres, y con las mismas demostraciones de alegría, lo conducían al Ocaso. Si la religion no tuviese otro objeto que el servir á la política, como se lo imaginan neciamente algunos incrédulos de nuestro siglo, no podían aquellas naciones haber inventado un dogma mas oportuno para dar brío á los soldados, que el que les aseguraba tan relevante galardón despues de la muerte. Añadían que despues de cuatro años de aquella vida gloriosa, pasaban los espíritus á animar las nubes, los pájaros de hermoso plumaje y canto dulce, quedando desde entónces en libertad de subir al cielo y bajar á la tierra, á cantar y á chupar flores. Los Tlaxaltecas creían que todas las almas de los

nobles animaban despues pájaros hermosos y canoros, y cuadrúpedos generosos; que las de los plebeyos pasaban á los escarabajos y á otros animales viles. Así pues, el insensato sistema de la trasmigración pitagórica, que tanto se propagó y arraigó en los países de Oriente, tuvo tambien sus partidarios en el Nuevo-Mundo (1). Las almas de los que morían heridos por un rayo, ó ahogados, ó de hidropesía, tumores, llagas, y otras dolencias de esta especie; como tambien las de los niños, ó al menos, las de los sacrificados á *Tlaloc*, dios del agua, iban, segun los Mexicanos, á un sitio fresco y ameno, llamado *Tlalocan*, donde residía aquel número, y donde tenían á su disposición toda especie de placeres y de manjaras delicadas. En el recinto del templo mayor de México habia un sitio donde creían que en cierto día del año asistían invisibles todos aquellos niños. Los Mixtecas estaban persuadidos de que una gran cueva que habia en una montaña altísima de su provincia, era la puerta del paraiso; por lo que todos los señores y nobles se hacían sepultar en aquellas inmediaciones, á fin de estar mas cerca del sitio de las delicias eternas. Finalmente, el lugar destinado para los que morían de otra cualquiera manera, se llamaba *Mictlan*, ó infierno, lugar oscuroísimo, donde reinaba un dios llamado *Mictlantecuhtli*, ó señor del infierno, y una diosa llamada *Mictlancihuatl*. Segun mis conjeturas, colocaban este infierno en el

[1] ¿Quién creería que una opinion tan añeja y tan absurda, fuese promovida por un filósofo cristiano, en el centro del cristianismo, y en el ilustrado siglo XVIII? Sin embargo, no hace mucho que la ha sacado á relucir un frances, en un libro publicado en Paris, con el título estravagante del *Año de 2440*. A tales excesos conduce la libertad de pensar en materia de religion.

centro de la tierra (1); pero no creían que las almas sufriesen allí otro castigo, sino el de la oscuridad.

Tenían los Mexicanos, como todas las naciones cultas, noticias claras, aunque alteradas con fábulas, de la creación del mundo, del diluvio universal, de la confusión de las lenguas, de la dispersión de las gentes, y todos estos sucesos se hallan representados en sus pinturas. Decían que habiéndose ahogado el género humano en el diluvio, solo se salvaron en una barca un hombre llamado *Coxcox* (á quien otros dan el nombre de *Tuocipactli*) y una muger llamada *Xchiquetzal*; los cuales, habiendo desembarcado cerca de una montaña, á que dan el nombre de *Colhuacan*; tuvieron muchos hijos, pero todos mudos, hasta que una paloma les comunicó los idiomas desde las ramas de un árbol, tan diversos, que no podían entenderse entre sí. Los Tlaxcaltecas decían que los hombres que escaparon del diluvio, quedaron convertidos en monjas; pero poco á poco fueron recobrando el habla y la razón (2.)

Entre los dioses particulares adorados por los Mexicanos, que eran muchos, aunque no tantos como los de los romanos, los principales eran trece, en cuyo honor consagraron este número. Espondré, acerca de estas divinidades y de las otras de su creencia, lo que he encontrado en la

[1] El Dr. Sigüenza creyó que los Mexicanos situaban el infierno en la parte setentrional del globo, porque la palabra *mielampa* quiere decir *hacia el Norte*, como si dijieran *hacia el infierno*; pero mi opinión es que lo situaban en el centro de nuestro planeta, aunque quizás había entre ellos diversos pareceres acerca de la situación de aquel lugar.

[2] Los que deseen conocer las creencias de los Mexicanos y de otras naciones americanas, acerca de la creencia del mundo, lean lo que escribo el P. Gregorio García, dominicano, en su obra intitulada: *Origen de los Indios*.

mitología mexicana, sin hacer caso de las magníficas conjeturas, ni del fantástico sistema de Boturini.

DIOS DE LA PROVIDENCIA Y DEL CIELO.

Tescallipoca. Este era el dios mayor, que en aquellos países se adoraba después del dios invisible, ó Supremo Ser, de quien ya he hablado. Su nombre significa *espéjulo reluciente*, y su ídolo tenía uno en la mano. Era el dios de la providencia, el alma del mundo; el creador del cielo y de la tierra, y el señor de todas las cosas. Representábase jóven, para dar á entender que no envejecía nunca, ni se debilitaba con los años. Creía que premiaba con muchos bienes á los justos, y castigaba á los viciosos con enfermedades y otros males. En las esquinas de las calles había asientos de piedra, para que este dios descansase cuando quisiese, y á ninguno era lícito sentarse en ellos. Decían algunos que había bajado del cielo por una cuerda hecha de telarañas; que había perseguido y arrojado de aquel país á Quetzalcoatl, gran sacerdote de Tuia, que después fué colocado también en el número de los dioses.

Su principal ídolo era *teotli* (piedra divina), que es una piedra negra y reluciente, semejante al mármol negro, y estaba vestido de gala. Tenía en las orejas pendientes de oro, y del labio inferior le colgaba un cañoncillo de cristal, dentro del cual había una plumilla verde ó azul, que á primera vista parecía una joya. Sus cabellos estaban atados con un cordón de oro, del que pendía una oreja del mismo metal con ciertos vapores ó humos pintados, y estos, según su interpretación, eran los ruegos de los afligidos. El pecho estaba cubierto de oro macizo. En ambos brazos tenía brazaletes de oro; en el ombligo una esmeralda, y en la mano izquier-

da un abanico, tambien de oro y de hermosas plumas, tan brillante que parecia un espejo, con lo que denotaban que aquel dios veia todo lo que pasaba en el mundo. Otras veces, para simbolizar su justicia, lo representaban sentado en un banco, circundado de un paño rojo, donde estaban figurados cráneos y huesos humanos, teniendo en la mano izquierda un escudo con cuatro flechas, y la diestra levantada en actitud de lanzar un dardo; el cuerpo pintado de negro, y la cabeza coronada de plumas de codorniz.

Ometeuctli y *Omecihuatl* (1). Esta era una diosa y aquel un dios, que segun ellos, habitaban en el cielo, en una ciudad gloriosa y abundante de placeres, desde donde velaban sobre el mundo, y daban á los mortales sus respectivas inclinaciones: *Ometeuctli* á los hombres, y *Omecihuatl* á las mugeres. Contaban que habiendo tenido esta diosa muchos hijos en el cielo, dió á luz en un parto un cuchillo de pederal: con lo que indignados los hijos lo echaron á la tierra, y al caer, nacieron de él mil y seiscientos héroes, que, noticiosos de su noble origen, y viéndose sin nadie que los sirviese, por haber perecido todo el género humano en una gran calamidad (2), convinieron en enviar una embajada á su madre, pidiéndole el don de crear hombres para su servicio. La madre respondió que si tuviesen pensamientos mas nobles y mas elevados, procurarian hacerse dignos de vivir eternamente con ella en el cielo: mas pues gustaban de vivir en la tierra, acudiesen á *Mictlan-teuctli*, dios del infierno, y le pidiesen algun hueso de muerto, del cual, regándolo

con su propia sangre, sacarian un hombre y una muger, que despues se multiplicarian; pero que se guardasen de *Mitlanteuctli*, pues podria arrepentirse despues de haberles dado el hueso. En virtud de las instrucciones de su madre, fué *Xolotl*, uno de aquellos héroes, al infierno, y habiendo obtenido lo que deseaba, se echó á correr hácia la superficie de la tierra: con lo que indignado el númen infernal, corrió tras de él; pero no pudiendo darle alcance, se volvió al infierno. *Xolotl* tropezó en su precipitada fuga, dió una caída, y el hueso se rompió en pedazos desiguales. Recogiólos, y siguió corriendo hasta el punto en que lo aguardaban sus hermanos, los cuales pusieron aquellos fragmentos en una vasija, y los regaron con la sangre que sacaron de diferentes partes de sus cuerpos. Al cuarto dia se formó un niño, y continuando los riegos de sangre por otros tres dias, al fin de ellos se formó una niña. Los dos fueron entregados al mismo *Xolotl*, quien los crió con leche de cardo. De este modo crecian que se habia hecho aquella vez la reparacion del género humano. De aquí tuvo origen, segun ellos afirman, el uso de sacarse sangre de varias partes del cuerpo, que era tan comun en aquellas naciones; y la desigualdad de los pedazos del hueso, era, en su opinion, la causa de las diferentes estaturas en los hombres.

Cihuacohuatl, ó muger sierpe, llamada tambien *Quilaztli*. Creian que está era la primera muger que habia tenido hijos, y que paria hijos mellizos. Gozaba de alta gerarquía en la clase de diosa, y decian que se dejaba ver muchas veces llevando en los hombros un niño en una cuna.

APOTEOSIS DEL SOL Y DE LA LUNA.

Tonatiuh y *Metzli*, nombres del sol y de la luna, divinizados por aquellas nacio-

(1) Daban tambien á estos dioses los nombres de *Citlallatonic* y *Citlalicue*, á causa de las estrellas.

(2) Aquellos pueblos creian que la tierra habia padecido tres calamidades universales, en las que habian perecido todos los hombres.

nes. Decían que reparado y multiplicado el género humano, cada uno de los mencionados héroes ó semidioses, tenía sus servidores y partidarios: que habiéndose extinguido el sol, se reunieron todos ellos en Teotihuacan, en rededor de un gran fuego, y dijeron á los hombres, que el primero de ellos que se echase á las llamas, tendría la gloria de ser convertido en sol. Arrojóse inmediatamente á la hoguera un hombre mas intrépido que los otros, llamado *Nanahuatzin*, y bajó al infierno. Quedaron todos en espectacion del éxito, y entre tanto los héroes hicieron una apuesta con las codornices, con las langostas y con otros animales, sobre el sitio por donde debía salir el nuevo sol: y no habiendo podido adivinarlo aquellos animales, fueron sacrificados. Nació finalmente el astro por la parte que despues se llamó *Lecante*, pero se detuvo á poco rato de haberse alzado sobre el horizonte; lo que observado por los héroes, mandaron decirle que continuase su carrera. El sol respondió que no lo haría, hasta verlos á todos muertos; noticia que les ocasionó tanto miedo, como pesadumbre: por lo que uno de ellos, llamado *Citli*, tomó el arco y tres flechas, de que le tiró una; pero el sol, inclinándose, la evitó. Disparó las otras dos, pero no llegó ninguna. El sol entónces irritado, rechazó la última flecha contra Citli, y se la clavó en la frente, de cuya herida murió de allí á poco. Conternados los otros con la desgracia de su hermano, y no pudiendo hacer frente al sol, se determinaron á morir por manos de Xolotl, el cual, despues de haber abierto el pecho á todos, se mató á sí mismo. Los héroes, ántes de morir, dejaron sus ropas á sus servidores, aun despues de la conquista de los españoles se hallaron unas mantas viejas, que los indios tenían en gran veneracion, por creer

que las habian heredado de aquellos famosos personajes. Los hombres quedaron muy tristes por la pérdida de sus señores. El dios Tezcatlipoca mandó á uno de ellos que fuese á la casa del sol, y de allí trajese música para celebrar sus propias fiestas, y le dijese que para cierto viaje que el sol debía hacer por mar, se le disponría un puente de ballenas y tortugas, y al hombre encargó que fuese entonando una cancion que el mismo le enseñó. Decían los Mexicanos que aquel habia sido el origen de la música y de los bailes con que celebraban las fiestas de los dioses: que del sacrificio que hicieron á los héroes con las codornices, se derivó el que ellos hacian diariamente de estos pájaros al sol; y del que hizo Xolotl con sus hermanos, los bárbaros holocaustos de victimas humanas, tan comunes despues en aquellas tierras. Semejante á esta fábula era la que contaban sobre el origen de la luna, á saber: que otro de los hombres que concurrieron en Teotihuacan, imitando el ejemplo de *Nanahuatzin*, se echó tambien al fuego; pero habiéndose disminuido las llamas, no quedó tan luminoso, y fué transformado en luna. A estos dos números consagraron los dos famosos templos erigidos en la llanura de Teotihuacan.

EL DIOS DEL AIRE.

Quetzalcoatl, siempre armada de plumas. Este era en todas las naciones de Anáhuac el dios del aire. Decían que habia sido gran sacerdote de Tula, y que era hombre blanco, alto, corpulento, de frente ancha, de ojos grandes, de cabellos negros y largos, de barba poblada; que por honestidad llevaba siempre la ropa larga; que era tan rico, que tenía palacios de plata y de piedras preciosas; que era muy industrioso, pues habia inventado el arte de fundir los metales y de labrar las piedras: que era muy sabio y prudente, co-

no lo iban á entender las leyes que habia dado á los hombres, y sobre todo, su vida era austera y ejemplar; que cuando queria publicar alguna ley, mandaba al monte Tzatzitepec (monte de clamores), cerca de Tula, un pregonero cuya voz se oia á trescientas millas de distancia; que en su tiempo crecia el maiz tan abundante, que con una mazorca habia bastante para la carga de un hombre; que las calabazas eran tan largas como el cuerpo humano; que no era necesario teñir el algodón, pues nacia de todos colores, y que todos los demas frutos y granos eran de correspondiente grandeza y abundancia; que en la misma época habia una muchedumbre increíble de aves bellísimas y canoras; que todos sus súbditos eran ricos: en una palabra, los Mexicanos creian que el pontificado de Quetzalcoatl, habia sido tan feliz, como los griegos fingian el reino de Saturno, al que tambien fué semejante en el destierro; pues hallándose rodeado de tanta prosperidad y queriendo Tezcatlipoca, no se por qué razon, arrojarlo de aquel pais, se le apareció en figura de un viejo, y le dijo que la voluntad de los dioses era que pasase al reino de Tlapalla, y al mismo tiempo le presentó una bebida, de la que Quetzalcoatl bebió con esperanza de adquirir por su medio la inmortalidad á que aspiraba; pero apenas la hubo tomado, sintió tan vivos deseos de ir á Tlapalla, que se puso inmediatamente en camino, acompañado de muchos súbditos, los cuales lo faceron obsequiando con músicas durante el viaje. Decian que cerca de la ciudad de Cuauhtitlan, arrojó piedras á un árbol, quedando todas ellas clavadas en el tronco; y que cerca de Tlalnepantla estampó su mano en una piedra, la cual enseñaban los Mexicanos á los españoles despues de la conquista. Cuando llegó á Cholula, lo detuvieron aquellos

habitantes, y le confiaron las riendas del gobierno. Contribuyó mucho á la estimacion que de él hacian los Cholultecas, además de la integridad de su vida y de la suavidad de sus modales, la aversion que mostraba á toda especie de crueldad, tanto que no podia oír hablar de guerra. A él debian los Cholultecas, segun sus tradiciones, el arte de la fundicion, en que tanto se distinguieron despues; las leyes con que desde entónces se gobernaron; los ritos y las ceremonias de su religion, y segun otros, el arreglo del tiempo y el calendario.

Despues de haber estado veinte años en Cholula, determinó continuar su viaje al reino imaginario de Tlapallan, conduciendo consigo cuatro nobles y virtuosos jóvenes. En la provincia marítima de Coatzacoalcó los despidió, y por su medio mandó decir á los Cholultecas que estuviesen seguros de que dentro de algun tiempo volveria á regirlos y consolarlos. Los Cholultecas dieron á aquellos jóvenes el gobierno, en consideracion al cariño que les profesaba Quetzalcoatl, de los cuales unos contaban que habia desaparecido, otros que habia muerto en la costa. Como quiera que sea, aquel personaje fué consagrado dios por los Toitecas de Cholula, y constituido protector principal de su ciudad, en cuyo centro le construyeron un alto monte, y sobre él un santuario. Otro monte con su templo le fué despues erigido en Tula. De Cholula se propugó su culto por todos aquellos paises, donde era venerado como dios del aire. Tenia templos en México y en otros lugares: aun algunas naciones enemigas de Cholula, tenian en aquella ciudad templos y sacerdotes dedicados á su culto, y de todas partes acudian allí gentes en romería, á hacerle oracion, y á cumplir votos. Los Cholultecas conservaban con suma veneracion unas piedrecillas verdes, bien labra-

das, que decían habían pertenecido á su nómén favorito. Los Yucatecos se gloraban de que sus señores descendían de Quetzalcoatl. Las mugeres estériles se encomendaban á él para obtener la fecundidad. Eran grandes y célebres las fiestas que se le hacían, especialmente en Cholula en el *Tecxihuítl*, ó año divino, á las que precedía un rigoroso ayuno de ochenta días, y espantosas austeridades de los sacerdotes consagrados á su culto. Decían que Quetzalcoatl barria el camino al dios de las aguas, porque en aquellos países precede siempre el viento á la lluvia.

El Dr. Sigüenza creyó que Quetzalcoatl era el apóstol Santo Tomas, que predicó el Evangelio en aquellos países. Publicó esta opinion con erudicion esquisita en una obra que, como otras muchas suyas, todas apreciables, se perdió por descuido de sus herederos (1). En ella comparaba los dos nombres *Didymos* y *Quetzalcoatl* (2), los hábitos de aquellos dos personajes, sus doctrinas, sus predicciones; examinaba los sitios por donde transitaron, las trazas que dejaron en ellos, y los portentos que publicaron sus discípulos. Como no he tenido ocasion de examinar aquellos manuscritos, me abstengo de hablar de semejante opinion, á la cual diré sin embargo, que no puedo conformarme, á pe-

sar del respeto con que miro á su autor, tanto por su sublime ingenio, como por su vasta literatura.

Muchos escritores de las cosas de México han creído que algunos siglos ántes de la llegada de los españoles, había sido predicado el Evangelio en América. Fúndase en las cruces que se han hallado en diversos sitios y tiempos, en aquellos países, y que parecen hechas ántes de la llegada de los conquistadores (3); en el ayuno de cuarenta días que observaban muchos pueblos del Nuevo-Mundo (2); en la tradicion de la futura llegada de gente estrangera y barbuda (3), y en las pisadas humanas, impresas en algunas piedras, que se atribuyen al apóstol Santo Tomas

(1) De esta obra de Sigüenza hacen mención Betancourt en su *Teatro Mexicano*, y el Dr. Eguilera en su *Biblioteca Mexicana*.

(2) Betancourt, comparando los dos nombres de *Didymos* y *Quetzalcoatl*, dice que este se compone de *Coatl*, gemelo, y de *Quetzalli*, piedra preciosa, y que significa *gemelo precioso*. Pero Torquemada, que sabía perfecta mente el mexicano, y que había recibido de los antiguos la interpretacion de aquellos nombres, dice que *Quetzalcoatl* quiere decir *serpiente armada de plumas*. En efecto, *Coatl* significa *propriadamente serpiente*, y *Quetzalli*, *pluma verde*; así que, solo se aplican metafóricamente al gemelo y á la joya.

(3) Son célebres entre otras las cruces de Yucatan, de la Mixteca, de Querétaro, de Tepic y de Tlanquitztepec. De la de Yucatan habla el P. Cogolludo, franciscano, en el libro II, cap. XII de su Historia. De la de la Mixteca, el P. Barga, dominicano, en su Crónica, y Boturini en su obra. De la de Querétaro escribió un religioso franciscano del colegio de *Propaganda* de aquella ciudad, y de la de Tepic, el docto jesuita Sigismundo Tarabal, cuyos manuscritos se conservan en el colegio de Jesuitas de Guadalajara. La de Tlanquitztepec fué descubierta por Boturini, que habla de ella en su obra. Las cruces de Yucatan eran adoradas por aquellos habitantes, en virtud, segun dicen, de las doctrinas de su profeta Chilam Cambal, el cual les dijo que cuando viesen de Levante ciertos hombres barbudos, y los viesen adorar aquel leño, abrazarian su doctrina. De todos estos monumentos hablaré en la Historia Eclesiástica de México, si Dios favorece mis desiguos.

(2) El ayuno de cuarenta dias no prueba nada; pues igualmente se observaba el de tres, cuatro, cinco, veinte, ochenta, ciento sesenta dias y aun el de cuatro años, como despues veremos: el de cuarenta dias no era el mas comun.

(3) En el libro V he dicho mi opinion sobre los presagios de la llegada de los españoles. Si se han realizado las profecias de Chilam Cambal, pudo, sin ser cristiano, estar iluminado por Dios, para anunciar el cristianismo, como Balaam lo fué para anunciar el nacimiento del Redentor.

(1). Yo no he sido nunca de semejante opinión; pero el exámen de este punto exige una obra muy distinta de la presente.

DIOSES DE LOS MONTES, DEL AGUA, DEL FUEGO, DE LA TIERRA, DE LA NOCHE Y DEL INFIERNO.

Tlaloc, ó *Tlalocateuctli*, señor del paraíso era el dios del agua. Llamábanlo fecundador de la tierra, y protector de los bienes temporales, y creían que residía en las mas altas montañas, donde se forman las nubes, como las de Tlaloc, Tlaxcala y Toluca; por lo cual muchas veces iban á aquellos sitios á implorar su proteccion. Cuentan los historiadores nacionales que habiendo llegado á aquel país los Acolhuas, en el tiempo del primer rey chichimeca Xolotl, hallaron en la cima del monte Tlaloc, un ídolo de este dios, hecho de piedra blanca bastante ligera, que tenia la forma de un hombre sentado sobre una piedra cuadrada, con una vasija delante, llena de resina elástica y de toda especie de semillas, y todos los años repetian esta oblation, en accion de gracias por las cosechas que habian recogido. Este ídolo se creía el mas antiguo de todos los de aquella tierra, pues fué colocado por los antiguos Toltecas, y allí estuvo hasta fines del siglo XV, ó principios del XVI: en cuyo tiempo Nezahualpilli, rey de Acolhuacan, para conciliarse la benevolencia de sus súbditos, lo quitó de aquel sitio, y colocó en él otro ídolo de piedra negra muy dura; pero habiendo sido desfigurado por un rayo, y diciendo los sacerdotes que era castigo del cielo, fué vuelta á colocar la estatua antigua, y allí se conservó, en po-

(1) Tambien se encuentran impresas en la piedra pisadas de animales. No se sabe qué objeto se propusieron los que se dedicaron á esculpir estas representaciones.

sesion de su culto, hasta que, promulgado el Evangelio, se hizo pedazos por órden del primer obispo de México.

Creían tambien los antiguos que en todos los montes habia otros dioses, subalternos de Tlaloc. Todos ellos tenian el mismo nombre, y eran venerados, no solo como dioses de los montes, sino tambien como del agua. El ídolo de Tlaloc estaba pintado de azul y verde, para significar los diversos colores que se ven en el agua. Tenia en la mano una vara de oro, espiral y aguda, con la que significaban el rayo. Tenia un templo en México, dentro del recinto del mayor, y los Mexicanos le hacian muchas fiestas al año.

Chalchihqueye, ó *Chalchihuitlicue*, diosa de las aguas, y compañera de Tlaloc. Era conocida con otros nombres esquivos (1), que ó significaban los diversos efectos que causan las aguas, ó los colores que forman con su movimiento. Los Tlaxcaltecas la llamaban *Mutalcueye*, es decir, vestida de azul, y el mismo nombre daban á la altísima montaña de Tlaxcala, en cuya cima se forman nubes tempestuosas, que por lo comun van á descargar hácia la Puebla de los Angeles. A aquellas alturas iban los Tlaxcaltecas para hacer sacrificios y oraciones. Esta es la misma diosa del agua, á la que da Torquemada el nombre de *Xochiquetzal*, y Boturini el de *Macuilzochiquetzalli*.

Guhtuectli, señor del año y de la yerba, era en aquellas naciones el númer del fuego, al que daban tambien el nombre de *Ixcosashqui*, que expresa el color de la llama. Era muy reverenciado en el imperio Mexicano. En la comida le ofre-

(1) *Apozotlatotl* y *Acuacacpottl*, esprimen la hinchazon y vacilacion de las olas: *Atlacamani*, las tempestades excitadas en el agua: *Auic* y *Ayauh*, sus movimientos hácia una ú otra parte: *Xiziquipitlhu*, el ascenso y descenso de sus olas, &c.

cian el primer bocado de cada manjar, y el primer sorbo de la bebida, echando uno y otro al fuego, y en ciertas horas del día quemaban incienso en su honor. Le hacían cada año dos fiestas fijas muy solemnes: una en el séptimo y otra en el décimo séptimo mes; además una fiesta movable, en que se nombaban los magistrados ordinarios, y se renovaba la investidura de los feudos del reino. Tenía templo en México y en otras muchas partes.

Centēōtl, diosa de la tierra y del maíz. Llamábanla también *Tonacayhuac* (1), es decir, la que nos sustenta. En México tenía cinco templos, y se le hacían tres fiestas en los meses tercero, octavo y undécimo; pero ninguna nación la reverenció tanto como los Totonacas que la veneraban como su principal protectora, y le edificaron un templo en la cima de un alto monte, servido por muchos sacerdotes exclusivamente consagrados á su culto. La miraban con gran afecto, porque creían que no gustaba de víctimas humanas, sino que se contentaba con el sacrificio de tórtolas, codornices, conejos y otros animales, que le inmolaban en gran cantidad. Esperaban que ella los libertaría finalmente del tiránico yugo de los otros dioses los cuales los obligaban á sacrificarle tantos hombres. Pero los Mexicanos eran de distinta opinión, y en sus fiestas derramaban mucha sangre humana. En el referido templo de los Totonacas había un oráculo de los mas famosos de aquel país.

Mictlantēuctli, dios del infierno, y *Mictlanāhuicēōtl* su compañera, eran muy célebres entre los Mexicanos. Creían, como ya hemos dicho, que estos nómenes residían en un sitio oscurísimo que había en

las entrañas de la tierra. Tenían templo en México, y su fiesta se celebraba en el mes décimo séptimo. Hacíanles sacrificios y oblacones nocturnas, y el ministro principal de su culto era un sacerdote llamado *Tliltlanātemāmac*, el cual se pintaba de negro para desempeñar las funciones de su empleo.

Xoaltēuctli, dios de la noche, era, según creo, el mismo *Mectli*, ó luna. Otros dicen que era el *Touutich*, ó sol, y otros que era un nómén diferente de aquellos dos. A esta divinidad encomendaban sus hijos para que les diese sueño.

Xoalticētl, médico nocturno, diosa de las curas, á quien también encomendaban los niños, para que cuidase de ellos durante la noche.

DIOSES DE LA GUERRA.

Huitzilopochtli, ó *Mexitli*, dios de la guerra, era el nómén mas célebre de los Mexicanos, y su principal protector (1). De este nómén decían algunos que era puro espíritu, y otros que había nacido de muger, pero sin cooperacion de varon, y contaban de este modo el suceso: vivía en Coatpec, pueblo inmediato á la antigua ciudad de Tula, una muger inclinadísima al culto de los dioses, llamada Coa-

(1) *Huitzilopochtli* es un nombre compuesto de dos, á saber: *Huitzilin*, nombre del hermoso parajillo llamado *chupador*, y *opochtli*, que significa *sinistra*. Llamóse así, porque su idolo tenía en el pié izquierdo unas plumas de aquella ave. Boturini, que no era muy instruido en la lengua mexicana, deduce aquel nombre de *Huitzilón*, conductor de Mexicanos en sus peregrinaciones; y afirma que aquel conductor no era otro que aquella divinidad; pero además de que la etimología es muy violenta, esta supuesta identidad es desconocida por los Mexicanos, los cuales, cuando empezaron su nomería, conducidos por Huitzilón, adoraban ya de tiempo inmemorial aquel nómén guerrero. Los españoles, no pudiendo pronunciar el nombre de Huitzilopochtli, decían *Hachitobos*.

(2) Dábase también el nombre de *Tzinēōtl* (diosa original), y los de *Xilonen*, *Ictacēōtōtl* y *Tliltlanāhuicēōtl*, mudando el nombre según el estado del maíz.

tlieue, madre de Centzonhuiznahui. Un día en que, según su costumbre, se ocupaba en barrer el templo, vió bajar del cielo una bola formada de plumas: tomóla y guardóla en el seno, queriendo servirse de las plumas para adorno del altar; pero cuando la buscó despues de haber barrido, no pudo dar con ella, de lo que se maravilló mucho, y mas cuando se sintió embarazada. Continuó el embarazo, hasta que lo conocieron sus hijos, los cuales, aunque no sospechaban de su virtud, temiendo la afrenta que les resultaría del parto, determinaron evitarlo dando muerte á su madre. Ella tuvo noticias de su proyecto, y quedó sumamente afligida; pero de repente oyó una voz que salía de su seno, y que decía: "No tengais miedo, madre, que yo os salvaré con honor vuestro y gloria mia." Iban ya los desapiadados hijos á consumir el crimen, conducidos y alentados por su hermana Coyolxauhqui, que habia sido la mas empeñada en la empresa, cuando nació Huitzilopochtli, con un escudo en la mano izquierda, un dardo en la derecha y un penacho de plumas verdes en la cabeza; la cara listada de azul, la pierna izquierda adornada de plumas, y listados tambien los muslos y los brazos. Inmediatamente que salió á luz, hizo aparecer una serpiente de pino, y mandó á un soldado suyo, llamado Tochancalqui, que con ella matase á Coyolxauhqui, por haber sido la mas culpable, y él se arrojó á los otros hermanos con tanto ímpetu, que á pesar de sus esfuerzos, sus armas y sus ruegos, todos fueron muertos, y sus casas saqueadas, quedando los despojos en poder de la madre. Este suceso consternó á todos los hombres, que desde entonces lo llamaron *Tetzahuitl* (espanto), y *Tetzahuitool*, dios espantoso.

Encargado de la proteccion de los Me-

xicanos aquel número, según ellos decian, los condujo en su peregrinacion, y los estableció en el sitio en que despues se fundó la gran ciudad de México. Allí erigieron aquel soberbio templo, que fué tan celebrado aun por los mismos españoles, en el cual cada año hacian tres solemnísimas fiestas, en los meses nono, quinto y decimoquinto, ademas de las que celebraban de cuatro en cuatro, de trece en trece años, y al principio de cada siglo. Su estatua era gigantesca, y representaba un hombre sentado en un banco azul, con cuatro ángulos, de cada uno de los cuales salia una gran serpiente.

Su frente era tambien azul, y la cara cubierta de una máscara de oro, igual á otra que le cubria la nuca. Sobre la cabeza tenia un hermoso penacho de la forma de un pico de pájaro; en el cuello una gargantilla compuesta de diez figuras de corazones humanos; en la mano derecha un baston espiral y azul, y en la izquierda un escudo, en que habia cinco bolas de plumas, dispuestas en forma de cruz. De la parte superior del escudo se alzaba una banderola de oro con cuatro flechas, que según los Mexicanos, le habian sido enviadas del cielo, para ejecutar aquellas gloriosas acciones que hemos visto en la historia. Tenia el cuerpo rodeado de una gran serpiente de oro, y salpicado de muchas figurillas de animales, hechas de oro y piedras preciosas. Cada uno de aquellos adornos é insignias tenia su significacion particular. Cuando determinaban los Mexicanos hacer la guerra, imploraban la proteccion de aquella divinidad con oraciones y sacrificios. Era el dios á que se sacrificaba mayor número de victimas humanas.

Tlacahuepan-Cuexotzin, otro dios de la guerra, hermano menor y compañero de Huitzilopochtli. Su ídolo era venerado con el de este en el principal santuario de

México; pero en ninguna parte se le daba mas culto que en la capital de Texcoco. *Painalon*, vejel ó apresurado. Dios de la guerra, y teniente de Huitzilopochtli. Invocabánlo en los casos repentinos de guerra, como al otro despues de declarada en virtud de una séria deliberacion. En semejantes ocasiones iban los sacerdotes corriendo por todas las calles de la ciudad, con la imágen del dios, que se veneraba con las de los otros dioses guerreros. Llamábanlo á gritos, y le hacian sacrificios de codornices y de otros animales. Todos los militares estaban entónces obligados á tomar las armas en defensa de la ciudad.

DIOS DEL COMERCIO, DE LA CAZA, DE LA PESCA, &C.

Xacalcuatl, el señor que guia, Dios del comercio, á quien hacian los Mexicanos dos grandes fiestas anuales, en el templo que tenia en la capital: una en el mes nono, y otra en el decimoséptimo, con muchos sacrificios de víctimas humanas y magníficos banquetes.

Mixcoatl, diosa de la caza, y número principal de los Otomites, los cuales por vivir en los montes, eran casi todos cazadores. Honrábala tambien con culto especial los Matlazincas. En México tenia dos templos, y en uno de ellos, llamado *Teotlapan*, le hacian en el mes décimo cuarto, una gran fiesta y sacrificios de animales montaraces.

Oyochtli, dios de la pesca. Crefanlo inventor de la red y de los otros instrumentos de pesca, por lo que los pescadores lo veneraban como á protector. En Cuiclahuac, ciudad situada en una islilla del lago de Chalco, habia un dios de la pesca, llamado *Amimil*, que quizás era el mismo *Oyochtli* con distinto nombre.

Huitzicohuatl, dios de la sal, célcbre en-

tre los Mexicanos, por las salinas que tenian á poca distancia de la capital. Hacíanle una fiesta en el sétimo mes.

Tzapotlaenan, diosa de la medicina. La erian inventora del aceite llamado *Oxill*, y de los otros remedios. Honrábala anualmente con sacrificios de víctimas humanas, y con himnos compuestos en su honor.

Tezcatzoncaltl, dios del vino, á quien daban otros nombres análogos á los efectos del vino, como *Tequehneccaniani*, el que ahorea, y *Teatlahuiani*, el que anega. Tenia templo en México, en que habia eunucios sacerdotes consagrados á su culto; y donde cada año hacian en el mes décimotercero, una fiesta á él y á los otros dioses sus compañeros.

Atliltlon, el que tiene la cara negra, parece haber sido tambien dios de la medicina; por que llevaban á su templo niños enfermos, á fin de que los curase. Presentábanlos los padres, y los hacian bailar delante del ídolo, si se hallaban en estado de hacerlo, dictándoles las oraciones que debian decir para pedir la salud: despues les hacian beber un agua que los sacerdotes bendecian.

Coatlícué ó Coatlantloma, diosa de las flores. Tenia en la capital un templo llamado *Topico*, donde le hacian fiesta los Xochimalquenses, ó mercaderes de flores, en el mes tercero, que caia justamente en la primavera. Entre otras cosas le ofrecian ramos de flores priuerosamente entretrejidos. No sabemos si esta diosa era la misma que algunos creian madre de Huitzilopochtli.

Tlazoteotl, era el dios que invocaban los Mexicanos para obtener el perdon de sus culpas, y evitar la infamia que de ellas resultaba. Los principales devotos de esta divinidad eran los hombres lascivos, que con oblacones y sacrificios imploraban su

proteccion. Boturini dice que este número era la Venus impúdica y plebeya, *Macuil-xochiquetzalli*, la Venus *promba*; pero lo cierto es que los Mexicanos no atribuyeron nunca á sus divinidades los vergonzosos efectos con que los griegos y los romanos infamaron á su Venus.

Xipe es el nombre que dan los historiadores al dios de los plateros (1), el cual estaba en gran veneracion en México; porque creian que todos los que descuidaban su culto, debian ser castigados con sarna, postemas, y otras enfermedades en la cabeza y en los ojos. Eran muy crueles los sacrificios que le hacian en su fiesta, la cual se celebraba en el segundo mes.

Naypateuelli, cuatro veces señor, era el dios de los alfareros. Decian que era benigno, fácil en perdonar las injurias que se le hacian, y muy liberal para con todos. Tenia dos templos en México, donde le hacian una fiesta en el mes décimotercero.

Omacatl era el dios de los regocijos. Cuando los señores Mexicanos daban algun convite, ó celebraban alguna fiesta, sacaban del templo la imagen de este dios, y la ponian en el sitio de la reunion, creyendo que se esponian á una desgracia, si dejaban de hacerlo.

Tonantzin, nuestra madre, era, segun creo, la misma diosa Centeotl, de que ya he hablado. Su templo estaba en un monte, á tres millas de México, hacia el Norte, y á él acudian de tropel los pueblos á venerarla con un número extraordinario de sacrificios. En el dia está al pié del mismo monte el mas famoso santuario del Nuevo-Mundo, consagrado al verdadero Dios, á donde van gentes de los países

mas remotos, á venerar la celeberrima y prodigiosa imagen de la Virgen Santisima de Guadalupe, transformándose en propiciatorio aquel lugar de abominacion, y difundiendo abundantemente sus gracias el Señor en favor de los hombres, en el sitio bañado con la sangre de sus abuelos.

Tetecocin era la madre de los dioses, como su nombre lo indica; pero como los Mexicanos se creian hijos de los dioses, la llamaban tambien *Tocizín*, que quiere decir nuestra abuela. Del origen y del apoteosis de este falso número he hablado ya en otra parte, á propósito de la trágica muerte de la princesa de Acolhuacan. Tenia un templo en México, y su fiesta se celebraba solemnissimamente en el mes undécimo. Los Tlaxcaltecas le daban un culto particular, y las lavanderas la miraban como á su protectora. Casi todos los escritores confunden á Tetecocin con Tonantzin; pero son realmente distintas:

Ilamateuelli, á quien hacian fiesta el dia tercero del mes décimoséptimo, parece haber sido la diosa de las viejas. Su nombre significa *señora vieja*.

Tepitoton, pequenitos, era el nombre que daban á los penates; ó dioses domésticos, y á los ídolos que los representaban. De estos debian tener seis en sus casas los reyes y los caudillos; cuatro los nobles, y dos los plebeyos. En los caminos y calles los habia con profusion.

Ademas de estos dioses, que eran los mas notables, y otros que omito, por no cansar á los lectores, tenian doscientos y sesenta, á los que se consagraban otros tantos dias del año, dando á cada dia su nombre correspondiente. Estos nombres son los que se ven en los primeros trece meses del calendario.

Las otras naciones de Anáhuac tenian casi los mismos dioses que los Mexicanos: solo variaban en las solemnidades, en los

(1) *Xipe* no significa nada. Creo que los escritores españoles, ignorando el nombre mexicano de este dios, le dieron el de su fiesta *Xipeualiztli*, tomando tan solo las dos primeras sílabas.

ritos y en los nombres. El número más celebrado en México era Huitzilopochtli; en Cholula y en Huexotzinco, Quetzalcoatl; entre los Totonacos, Centeotl, y entre los Otomites, Mixcoatl. Los Tlaxcaltecas, aunque rivales eternos de los Mexicanos, adoraban las mismas divinidades que ellos: su dios favorito era también Huitzilopochtli, pero con el nombre de *Camaxtlé*. Los texcocanos, como amigos, confederados y vecinos de los Mexicanos, se conformaban con ellos en todo lo relativo al culto.

ÍDOLOS Y MODO DE REVERENCIAR A LOS DIOS.

Las representaciones ó ídolos de aquellas divinidades, que se veneraban en los templos, en las casas, en los caminos y en los bosques, eran infinitos. El señor Zumárraga, primer obispo de México, asegura que los religiosos franciscanos habían hecho pedazos, en el espacio de ocho años, más de veinte mil ídolos; pero este número es pequeño con respecto á los que había tan solo en la capital. Las materias de que ordinariamente se hacían, eran barro, algunas especies de piedra y madera; pero los formaban también de oro y otros metales, y aun algunos de piedras preciosas. Benédicto Fernandez, célebre misionero dominicano, halló en un último monte de Achiauhltla, en Mixteca, un ídolo llamado por aquellos pueblos *Covazon del pueblo*. Era una preciosísima esmeralda, de cuatro dedos de largo y dos de ancho, en que estaba esculpida la figura de un pajarillo, rodeado de una sierpe. Los españoles que lo vieron, ofrecieron por él mil y quinientos pesos; pero el celoso misionero lo redujo á polvo, con grande aparato, y en presencia de todo el pueblo. El ídolo más extraordinario de los Mexicanos era el de Huitzilopochtli, que

hacían con algunos granos, amasados con sangre de las víctimas. La mayor parte de los ídolos eran feos y monstruosos, por las partes extravagantes de que se componían, para representar los atributos y funciones de los dioses simbolizados en ellos.

Reconocían la falsa divinidad de aquellos números, con ruegos, genuflexiones y postraciones, con ayunos y otras austeridades, con sacrificios y oraciones, y con otros ritos, en parte comunes á otros pueblos, y en parte propios exclusivamente de su religión. Les rezaban comunmente de rodillas, y con el rostro vuelto á Levante, y por esto edificaban la mayor parte de sus santuarios con la puerta á Poniente. Les hacían votos para sí mismos y para sus hijos, y uno de ellos solía ser el de consagrar estos al servicio de los dioses en algun templo ó monasterio. Los que peligraban en algun viaje, ofrecían ir á visitar el templo de Omacatl, y ofrecerle sacrificios de incienso y papel. Valíanse del nombre de algun dios para asegurar la verdad. La fórmula de sus juramentos era esta: "*¿Cuic amo nechtila in Toleolain?*" "*¿Por ventura no me está viendo nuestro dios?*" Cuando nombraban al dios principal ó á otro cualquiera de su especial devoción, se besaban la mano, después de haber tocado con ella la tierra. Este juramento era de gran valor en los tribunales, para justificarse de haber cometido algun delito; pues creían que no había hombre tan temerario que se atreviese á abusar del nombre de dios, sin evidente peligro de ser gravísimamente castigado por el cielo.

TRANSFORMACIONES.

No faltaban en aquella mitología metamorfosis ó transformaciones. Entre otras contaban que habiendo emprendido un hombre llamado *Xapan* hacer penitencia

en un monte, tentado por una muger, cometió adulterio; por lo cual lo decapitó inmediatamente Xaotl, á quien los dioses habian dado el encargo de velar sobre la conducta de Xapan. Este fué transformado en escorpion negro. No contento Xaotl con aquel castigo, persiguió tambien á su muger Tlahuitzin, la cual fué transformada en escorpion rubio, y el mismo Xaotl, por haber traspasado los límites de su encargo, quedó convertido en langosta. A la vergüenza de aquel delito atribuyen la propiedad del escorpion de huir de la luz, y de esconderse entre las piedras.

EL TEMPLO MAYOR DE MEXICO.

Tenian los Mexicanos y los otros pueblos de Anáhuac, como todas las naciones cultas del mundo; templos, ó lugares destinados al ejercicio de su religion, donde se reunian para tributar culto á sus dioses, ó implorar su proteccion. Llamaban al templo *Teocalli*, es decir, casa de dios, y *Teopan* lugar de dios; cuyos nombres, despues que abrazaron el cristianismo, dieron con mayor propiedad á los templos erigidos en honor del verdadero Dios.

La ciudad y el reino de México empezaron por la fábrica del templo de Huitzilopochtli, ó sea *Mexitli*, de donde tomó su nombre la ciudad. Este edificio fué desde luego una pobre cabaña. Amplióla Itzcoatl, primer rey conquistador de aquella nacion, despues de la toma de Azcapotzalco. Su sucesor, Moctezuma I, fabricó un nuevo templo, en que habia algunos indicios de magnificencia. Finalmente, Ahnizotl construyó y dedicó aquel vasto edificio que habia sido planteado por su antecesor Tizoc. Este fué el santuario que tanto celebraron los españoles despues de haberlo arruinado. Quisiera

que hubiera sido tanta la exactitud que nos dejaron de sus medidas, como su celo en egular por tierra aquel soberbio monumento de la supersticion; pero escribieron con tanta variedad, que despues de haberme fatigado en comparar sus descripciones, no he podido adquirir datos seguros sobre sus medidas. Daré lo mas verosímil que he podido sacar de la confrontacion de cuatro testigos oculares, omitiendo lo dudoso, para no sobrecargar la imaginacion con datos inútiles (1).

Ocupaba este gran templo el centro de la ciudad, y comprendia, con otros templos y edificios anexos, todo el sitio que hoy ocupa la iglesia catedral, parte de la plaza mayor, parte de las calles y casas de las inmediaciones. El muro que rodeaba aquel lugar, formando un cuadro,

(1) Los cuatro testigos oculares, cuyas descripciones he comparado, son el conquistador Cortés, Bernal Diaz, el conquistador Anónimo y Sahagun. Los tres primeros vivieron muchos meses en el palacio del rey Azayacatl, cerca del templo, y á cada instante lo veian. Sahagun, aunque no lo alcanzó entero, vió una parte de él, y pudo reconocer el sitio que ocupaba. Gomara, aunque no estuvo en México, recogió noticias de los que se habian hallado en la conquista. Acosta, cuya descripcion copiaron Herrera y Solís, en lugar de hablar del templo mayor, habla de otro muy diferente. Este autor, aunque digno de fé en muchas cosas, no estuvo en México, sino sesenta años despues de la conquista; cuando ya no existia el templo. En una edicion holandesa de Solís, se publicó un dibujo del templo mayor, sumamente inexacto, el cual sin embargo copiaron despues los autores de la *Historia General de los Viajes*, y se halla tambien en una edicion de las Cartas de Cortés, hecha en México en 1770; Cortés dice en su primera carta (aunque hiperbólicamente) que el templo mayor de México era mas alto que la torre de la catedral de Sevilla. Cortés dice que en el atrio superior del templo se fortificaron quinientos nobles Mexicanos. En fin, y dejando otras muchas contradicciones, Cortés dice que el templo tenia de tres á cuatro cuerpos, con sus corredores ó terrados.

era tan grande, que dentro de su recinto cabía, según el mismo Cortés, un pueblo de quinientos hogares (1). Este muro, fabricado de piedra y cal, era bastante grueso, tenía ocho pies de alto, y lo coronaban unos merlones, con adornos de figuras de piedra á modo de serpientes. Tenía cuatro puertas, que miraban á los cuatro puntos cardinales. En la del lado de Oriente empezaba un ancho camino que conducía al lago de Texcoco: las otras tres miraban á las tres principales calles de la ciudad, las mas largas y derechas; las cuales comunicaban con las calzadas del lago, por las que se iba á Tzamalapan, Tacuba y Tepeyacac. Sobre cada puerta habia una armería, abundantemente provista de toda clase de armas ofensivas y defensivas, á donde, en caso de necesidad, acudían á armarse las tropas.

El patio, que estaba dentro del recinto exterior del muro, estaba curiosamente empedrado de piedras tan lisas y brufiadas, que no podían dar un paso en ellas los caballos de los españoles, sin resbalar y caer. En medio del patio se alzaba un vasto edificio cuadrilongo (2), todo macizo, revestido de ladrillos cuadrados é iguales, y compuesto de cinco cuerpos, casi iguales, en la altura, pero desiguales en longitud y

(1) El conquistador anónimo dice que lo que habia en el recinto del templo parecia una ciudad. Gomara dice que el largo de cada costado era como un grandísimo tiro de ballesta. Torquemada, despues de haber repetido lo mismo, dice que el circuito del muro, era de tres mil pasos; lo que evidentemente es falso. El Dr. Hernández en su prolija relación de aquel templo, que se conserva MS. en la biblioteca del Escorial, y de la cual se sirvió Nieremberg en su Historia Natural, da á cada lado del muro doscientas brazas toledanas, que son cerca de ochenta y seis toesas.

(2) Sahagun dice que el edificio era un cuadro perfecto; el anónimo, tanto en la descripción como en el dibujo, lo representa cuadrilongo, y así eran los templos de Teotihuacan, que sirvieron de modelo á todos los otros.

y latitud, pues los mas altos eran menores que los inferiores. El primero, ó base del edificio, tenia, de Levante á Poniente, mas de cincuenta toesas, y cerca de cuarenta y tres de Norte á Mediodia (1). El segundo era de una toesa menos largo que el inferior, y de otra menos de ancho: los otros iban disminuyendo en las mismas proporciones; de modo que sobre cada cuerpo habia un espacio ó corredor abierto, por el cual podían andar tres y aun cuatro hombres de frente, girando en torno del cuerpo superior.

Las escaleras, que estaban hácia Mediodia, eran de piedras grandes, bien trabajadas, y constaban de ciento catorce escalones, cada uno del alto de un pie. No era una sola escalera continuada, como la representan los autores de la *Historia General de los Viajes*, y los editores mexicanos de las *Cartas de Cortés*; sino que habia tantas escaleras, cuantos eran los cuerpos del edificio, así que, subida la primera escalera, no se podia subir á la segunda, sin dar una vuelta por el primer corredor, en torno del segundo cuerpo; ni subida la segunda, se podia llegar á la tercera, sin dar la vuelta por el segundo corredor, en rededor del tercer cuerpo, y así de los demas (2).

Sobre el quinto y último cuerpo habia una plataforma, mejor llamada utrio supe-

(1) Sahagun da trescientos sesenta pies toledanos á cada uno de los costados del primer cuerpo; pero esta medida solo se debe aplicar al largo. Gomara le da cincuenta brazas, y esta es la medida del ancho. Trescientos sesenta pies toledanos hacen trescientos ocho de Paris, ó poco mas de cincuenta toesas. Cincuenta brazas hacen doscientos cincuenta y siete pies de Paris, ó casi cuarenta y dos toesas.

(2) Una copia del dibujo del anónimo se halla en la coleccion de Juan Remusio, y otra en la obra del P. Kirker, *Cedipus Aegyptiacus*.

rior, de cuarenta toesas de largo (1) y treinta y cuatro de ancho, la cual estaba tan bien empedrada como el patio ó atrio inferior. En la estremidad oriental de aquel espacio se alzaban dos torres á la altura de cincuenta y seis pies, ó poco mas de nueve toesas. Cada una estaba dividida en tres cuerpos; el inferior de piedra y cal, y los otros dos de madera, bien trabajada y pintada. El cuerpo inferior, ó base, era propiamente el santuario donde, sobre un altar de piedra de cinco pies de alto, estaban colocados los ídolos tutelares. Uno de estos santuarios estaba consagrado á Huitzilopochtli y á los otros dioses, de la guerra, y el otro á Tezcatlipoca. Los otros cuerpos servian para guardar los utensilios necesarios al culto de los ídolos, y las cenizas de algunos reyes y señoras, que por devocion particular lo habian dejado dispuesto así. Los dos santuarios tenian la puerta á Poniente, y las dos torres terminaban en hermosas cúpulas de madera; pero ningun autor habla del adorno y disposicion interior de los santuarios, como tampoco del grueso de las torres. Lo que puedo asegurar, sin temor de errar, es que la altura del edificio no era menos de diez y nueve toesas, y con la de las torres pasaba de veintiocho. Desde aquella elevacion se alcanzaba á ver el lago, las ciudades que lo rodeaban, y una gran parte del valle; lo que formaba, segun los testigos oculares, un golpe de vista de incomparable hermosura.

(1) Sabegun, cuyas medidas adoptó Torquemada, no da al atrio superior mas de sesenta pies toledanos en cuadro, que son diez toesas; mas no es posible que en tan estrecho espacio combatiesen contra los españoles quinientos nobles Mexicanos, como afirma Cortés, y mucho menos si damos fé á Bernal Diaz, que dice que los Mexicanos fortificados en aquel punto eran cuatro mil, ademas de algunas compañías que estaban abajo cuando subieron los nobles.

En el atrio superior estaba el altar de los sacrificios ordinarios, y en el inferior el de los sacrificios gladiatarios. Delante de los dos santuarios habia dos hogares de piedra, de la altura de un hombre, y de la figura de las piscinas de nuestras iglesias, en los cuales de dia y de noche se mantenia fuego perpétuo, que atizaban y conservaban con la mayor vigilancia, porque creian que si llegaba á extinguirse, sobrevendrían grandes castigos del cielo. En los otros templos y edificios religiosos, comprendidos en el recinto del muro exterior, habia hasta seisientos hogares del mismo tamaño y forma, y en las noches en que todos se encendian, formaban un vistoso espectáculo.

EDIFICIOS ANEXOS AL TEMPLO MAYOR.

En el espacio que mediaba entre el muro exterior y el templo, ademas de una plaza para los bailes religiosos, habia mas de cuarenta templos menores, consagrados á los otros dioses, algunos colegios de sacerdotes, seminarios de jóvenes de ambos sexos, y otros varios edificios, de los que, por su singularidad, daré aquí alguna noticia.

Entre los templos, los mas considerables eran los tres de Tezcatlipoca, Tlaloc y Quetzalcoatl. Todos, aunque diferentes en el tamaño, eran semejantes en la forma, y tenian la fachada vuelta hácia el templo mayor, siendo así que en los demás templos, construidos fuera de aquel circuito, la fachada daba siempre á Poniente. Solo el templo de Quetzalcoatl se diferenciaba en la forma de los otros, porque estos eran cuadrilongos, y aquel era circular. La puerta de este santuario era la boca de una enorme serpiente de piedra, con sus dientes. Muchos españoles que por curiosidad entraron en aquel diabólico edificio, confesaron que

se habían llenado de horror. Entre los otros templos había uno llamado *Ihuicatlán*, dedicado al planeta Véus, y dentro una gran columna en que estaba pintada ó esculpida la imagen de aquel astro. Cerca de la columna se sacrificaban prisioneros al planeta, en el tiempo de su aparición.

Había varios colegios de sacerdotes y seminarios contenidos en el recinto de dicho templo: en particular sabemos de cinco colegios ó monasterios de sacerdotes, y de tres seminarios de jóvenes; mas estos sin duda, no eran todos, pues era excesivo el número de personas que allí vivían, todas consagradas al servicio de los dioses.

Entre los edificios notables comprendidos en aquel circuito, además de las cuatro arnerías colocadas sobre las puertas, había otra, cerca del templo *Tezcacalli* ó casa de espejos. Había otro pequeño templo llamado *Teccizcalli*, todo cubierto de conchas, con una casa inmediata, á la que se retiraba el rey de México, para hacer sus oraciones y ayunos. Otra casa de retiro había para el gran sacerdote, llamada *Poyauhtlan*, y otras para los particulares; un buen hospicio para alojar á los forasteros de distincion, que iban por devoción á visitar el templo, ó por curiosidad á ver las grandezas de la corte; estanques para el baño de los sacerdotes, y fuentes para suministrarles el agua de su uso. Entre las fuentes había una llamada *Toxpalatl*, cuya agua creían que era santa: bebíanla tan solo en las fiestas solemnes, y fuera de ellas á nadie era lícito tomarla (1). Había sitios para la cria de pájaros que sa-

crificaban, jardines en que se cultivaban flores y plantas olorosas para el ornato de los altares; por último, tenían tambien entre los muros un bosquecillo, con representaciones artificiales de montes, lagos y peñas, y allí se hacía la caza general, de que hablaré á su tiempo.

En el templo había piezas destinadas á guardar los ídolos, los ornamentos, y todo lo perteneciente al culto de los dioses; entre ellas dos salas tan grandes, que los españoles quedaron maravillados al verlas. Pero los edificios mas notables por su singularidad, eran una gran cárcel, á manera de jaula, en que encerraban los ídolos de las naciones vencidas, y otros en que se conservaban las calaveras de las victimas. Estas últimas construcciones eran de dos especies: las unas no eran mas que montones de huesos; en las otras, las calaveras estaban curiosamente embutidas en el muro, ó enfiladas en palos, formando dibujos simétricos, no tan curiosos cuanto horribles. El mayor de estos espantosos monumentos, aunque no estaba comprendido en el recinto de los muros, distaba poco de su puerta principal. Era un vasto terraplen cuadrilongo y medio piramidal. En la parte mas baja tenía ciento cincuenta y cuatro pies de largo. Subíase á la parte superior por una escalera de treinta escalones, y encima estaban erijidas mas de sesenta vigas altísimas, con muchos agujeros practicados en toda su longitud, y colocadas á cuatro pies de distancia una de otra. De los agujeros de una viga á los de otra, había bastones atravesados, y en cada uno de ellos cierto número de cráneos enfilados por las sienas. En los escalones había tambien un cráneo entre piedra y piedra. Además se alzaban en dos estremidades de aquel edificio dos torres construidas tan solo, segun dicen, de cráneos y cal.

(1) La fuente *Toxpalatl*, cuya agua era bastante buena, se cegó cuando los españoles arruinaron el templo. Volvióse á abrir en el año de 1682, en la plazuela del Marques, que hoy se llama el *Empedradillo*, próximo á la catedral; mas no sé por qué causa la volvieron á cegar despues.

Quando algun cráneo se deterioraba, los sacerdotes lo reemplazaban con otro nuevo, para que no faltase el número ni la simetría. Los cráneos de las víctimas comunes se conservaban despojados de tegumentos; pero si el sacrificado era persona de distincion, se procuraba guardar la cabeza entera, lo que hacia mas horroroso aquellos trofeos de su bárbara superstición. Eran tantos los cráneos conservados en aquellos edificios, que algunos de los conquistadores españoles, que se tomaron el trabajo de contar solo los que habia en los escalones y entre las vigas, hallaron ciento treinta y seis mil (1). Si el lector desea tener mas pormenores acerca de todo lo que contenian los muros del templo, lea la relacion de Sahagun en la obra de Torquemada, y la descripción que hizo el Dr. Hernandez de sus setenta y ocho edificios, que se halla en la *Historia Natural* de Nieremberg.

OTROS TEMPLOS.

Ademas de los templos de que acabamos de hablar, habia otros esparcidos en diversos puntos de la ciudad. Segun algunos autores, el número de los de la capital, comprendidos sin duda los mas pequenios, no bajaba de dos mil, y las torres eran trescientas sesenta; mas no consta que alguno las haya contado por si mismo. No se puede dudar sin embargo que eran muchos, entre los cuales siete ú ocho eran los mayores; pero sobre todos se alzaba el de Tlatelolco, consagrado tambien al dios Huitzilopochtli.

Fuera de México, los templos mas célebres eran los de Texcoco, Cholula y Teotihuacan. Bernal Diaz, que tuvo la cu-

(1) Andres de Tapia, uno de los capitanes de Cortés, y uno de los que contaron los cráneos, dió estas noticias al historiadoreador Gomara.

riosidad de contar sus escalones, dice que el de Texcoco tenia ciento diez y siete, y el de Cholula ciento veinte. No sabemos si aquel famoso templo de Texcoco era el mismo de Tezcutzinco, tan celebrado por Valadés en su *Retórica Cristiana*, ó el de aquella célebre torre de nueve cuerpos, consagrada por Nezahualcoyotl al Criador del cielo. El templo mayor de Cholula, como otros muchos de aquella ciudad, estaba dedicado á su protector Quetzalcoatl. Todos los historiadores antiguos hablan con admiracion del número de templos que hay en Cholula. Cortés aseguro al emperador Carlos V, que desde lo alto de un templo habia contado mas de cuatrocientas torres, todas pertenecientes á edificios religiosos (1). Subsiste alli aun la altísima pirámide construida por los Toltecas, donde antes hubo un templo consagrado á aquella falsa divinidad, y hoy existe en el mismo sitio un devoto santuario de la Madre del verdadero Dios, pero por causa de su antigüedad se ha embuelto de tal modo la pirámide de tierra y maleza, que mas parece un monte natural que un edificio. Ignoro cuáles eran sus dimensiones, pero su circunferencia en su parte inferior no bajaba de media milla (2). Se sube á la cima por un ca-

(1) "Certifico á V. A. que yo conté desde una mezquita cuatrocientas y tantas torres en la dicha ciudad de Cholula, y todas son de mezquitas." Carta á Carlos V, del 30 de octubre de 1520. El conquistador anónimo contó, segun afirma, ciento noventa torres, entre palacios y templos. Bernal Diaz dice que pasaban de ciento, pero probablemente contaria las mas notables por su altura. Algunos escritores posteriores dijeron que estas torres eran tantas, cuantos los dias del año.

(2) Belancourt dice que la altura de la pirámide de Cholula era de mas de cuarenta estadios, es decir, mas de doscientos cinco pies de Paris; pero está medida no es exacta, pues indudablemente aquella elevacion no bajaba de quinientos pies.

mino espiral en rededor de la pirámide, por el cual subí yo á caballo en 1744. Este es aquel famoso monte que Boturini creyó construído por los toltecas, para en caso de sobrevenir otro diluvio como el de Noé, y sobre el cual se refieren tantas fábulas.

Subsisten todavía los famosos templos de Teotihuacan, á tres millas al Norte de aquel pueblo, y á mas de veinte de México. Estos vastos edificios, que sirvieron de modelo á los demas templos de aquel país, estaban consagrados uno al sol y otro á la luna, representados en dos ídolos de enorme tamaño, hechos de piedra, y cubiertos de oro. El del sol tenia una gran concavidad en el pecho, y en ella la imagen de aquel planeta, de oro finísimo. Los conquistadores se aprovecharon del metal, y los ídolos fueron hechos pedazos por órden del primer obispo de México; pero los fragmentos se conservaron hasta fines del siglo pasado, y aun quizás hay algunos todavía. La base ó cuerpo inferior del templo del sol, tiene ciento veinte toesas de largo, ochenta y seis de ancho, y la altura de todo el edificio corresponde á su mole (1). El de la luna tiene en su base ochenta y seis toesas de largo, y sesenta y tres de ancho. Cada uno de estos edificios está dividido en cuatro cuerpos, y con otras tantas escaleras, dispuestas como las del templo mayor de México;

(1) Gemille midió aquellos templos en largo y ancho; mas no pudo medir la altura por falta de instrumentos. Boturini midió la altura; pero cuando escribió la obra, no tenía consigo las medidas, aunque le parecia haber hallado en el templo del sol doscientas brazas castellanas de alto, esto es, ochenta y seis toesas. Este autor dice que aquellos edificios estaban vacíos en su interior; pero se olvidó de su figura, cuando dijo que eran exactamente cuadrados. El Dr. Sigtienza observó curiosa y diligentemente aquellos célebres monumentos de la antigüedad americana; mas se perdieron sus preciosos manuscritos.

mas ahora no se descubren por estar en parte arruinadas, y enteramente cubiertas de tierra. En rededor de aquellas construcciones se veian muchos montecillos, que segun dicen, eran otros tantos templos, consagrados á diferentes planetas y estrellas; y por estar todo aquel sitio cubierto de monumentos religiosos, fué llamado por los antiguos Teotihuacan.

El número de los templos que habia en todo el imperio mexicano era muy considerable. Torquemada dice que eran mas de cuarenta mil; pero creo que pasaban de este número, si se cuentan los pequeños, pues no habia lugar habitado, sin su templo, ni pueblo de alguna estension que no tuviese muchos.

La estructura de los templos grandes era, por lo comun, como la del templo mayor de México; pero habia otros muchos de diversa arquitectura. Algunos constaban de un solo cuerpo piramidal y de una escalera; otros de un cuerpo y de varias escaleras.

No contenta la supersticion de aquellos pueblos con tan gran número de templos construídos en sus ciudades y villas, habia muchos altares en las cimas de los montes, en los bosques y en los caminos, para excitar donde quiera la idólatra devociou de los viandantes, y para celebrar sacrificios á los dioses de los montes, y á los otros números campestres.

RENTAS DE LOS TEMPLOS.

Las rentas del templo mayor de México, como las de los otros de la corte y del imperio, eran cuantiosas. Cada uno tenia sus posesiones y tierras propias, y aun labradores para trabajarlas. De estos bienes salia todo lo necesario para la manutencion de los sacerdotes, y la leña que en gran cantidad se consumia en los templos. Los sacerdotes, que hacian de ma-

yordomos, iban frecuentemente á aquellas haciendas, y los que en ellas trabajaban se creían muy felices por contribuir con sus fatigas al culto de los dioses, y á la manutención de sus ministros. En el reino de Acolhuacan, las veintinueve ciudades que suministraban las provisiones al real palacio, las daban también á los templos. Es de creer que el distrito llamado *Teotlalpan* (tierra de los dioses), tendría este nombre por ser una posesion religiosa. A esto se añadian las infinitas oblaciones que espontáneamente hacían los pueblos, y que se componian, por lo comun, de víveres; las primicias que ofrecían por las lluvias oportunas y por los otros beneficios del cielo. Cerca de los templos habia almacenes en que guardaban los comestibles para el mantenimiento de los sacerdotes, y anualmente se distribuía lo que sobraba entre los pobres, para los cuales habia hospitales en los pueblos grandes.

NUMERO Y GERARQUIAS DE LOS SACERDOTES.

A la muchedumbre de los dioses y de los templos mexicanos, correspondia el número de los sacerdotes, y la veneracion con que se miraban, no era inferior al culto supersticioso de las divinidades. El número prodigioso de sacerdotes que habia en el imperio, se puede calcular por el de los que residían en el templo mayor, pues subia, segun los historiadores, á cinco mil. No debe extrañarse, pues solo los consagrados al dios Tezcatzoncatl en aquel sitio, eran cuatrocientos. Cada templo tenia un cierto número de ministros, por lo que no sería temeridad asegurar que no habia menos de un millon en todo el imperio. Contribuían á su multiplicacion el sumo respeto con que eran tratados, y el alto honor anexo al servicio de las divinidades. Los señores consagraban sus hijos

á porfia por algun tiempo al servicio de los santuarios; la nobleza inferior empleaba los suyos en las funciones exteriores, como llevar leña, atizar y conservar el fuego, y otras análogas; persuadidos unos y otros de que era la mayor distincion con que podían condecorar á sus familias.

Habia muchos grados ó gerarquias entre los sacerdotes. Los gefes supremos de todos eran los dos sumos sacerdotes, á quienes llamaban *Toteuelli*, señor divino, y *Huicteopizqui*, gran sacerdote. Aquella alta dignidad no se confería sino á las personas mas ilustres, por su nacimiento, por su probidad, y por su inteligencia en las ceremonias religiosas. Los sumos sacerdotes eran los oráculos que los reyes consultaban en los mas graves negocios del estado, y nunca se emprendía la guerra sin su consentimiento. Ellos eran los que ungían á los reyes despues de su eleccion; los que abrían el pecho, y arrancaban el corazon á las víctimas humanas en los mas solemnes sacrificios. El sumo sacerdote era siempre en el reino de Acolhuacan el hijo segundo del rey. El de los Totonaecas era ungido con sangre de niños; y esta ceremonia se llamaba *uncion divina* (1): lo mismo dicen algunos autores del de México.

De lo referido podrá inferirse que los sumos sacerdotes de México eran gefes de la religion en aquel estado, y no en las otras naciones conquistadas, las cuales aun despues de haber sido agregadas á la corona, conservaban sus sacerdotes independientes.

El sumo sacerdocio se confería por eleccion; pero ignoro si los electores eran los mismos sacerdotes, ó los que elegían el

(1) El P. Acosta confunde la uncion divina del sumo sacerdote con la del rey; pero eran enteramente diferentes. La uncion del rey se hacia con cierta tinta.

gefe político del estado. La insignia de los sumos sacerdotes de México era una borla de algodón pendiente del pecho, y en las fiestas grandes usaban trajes muy adornados, en que se veían las insignias del número, cuya fiesta celebraban. El sumo sacerdote de los Mixtecas se ponía en semejantes ocasiones una túnica, en que estaban representados los principales sucesos de su mitología: sobre ella un roquete blanco, y sobre todo una gran capa. En la cabeza llevaba un penacho de plumas verdes curiosamente tejidas, y adornadas con algunas figurillas de dioses. De los hombros le pendía un lienzo, y otro del brazo.

Después de esta suprema dignidad sacerdotal, la más elevada era la del *Mexicoteohuatzin*, que el mismo gran sacerdote confería. Su obligación era velar sobre la observancia de los ritos y ceremonias, y sobre la conducta de los sacerdotes que estaban á la cabeza de los seminarios, y castigar á los ministros delincuentes. Para desempeñar tan vastas funciones tenia dos ayudantes ó vicarios, cuyos títulos eran *Huilsnahuateohuatzin* y *Te-panteohuatzin*. Este último era el superior general de los seminarios. La insignia principal del *Mexicoteohuatzin* era un saquillo de copal que llevaba siempre consigo.

El *Tlatquimiltoteutli* era el economo de los santuarios; el *Ometochitli*, el primer compositor de los himnos que se cantaban en las fiestas; el *Epoacuiltzin* (1), el maestro de ceremonias; el *Tlapixcatzin*, el maestro de capilla, el cual no solo disponia la música, sino que dirigia el canto; y corregia á los cantores. Habia otros superiores inmediatos de los colegios de los

(1) Torquemada llama á este sacerdote *Epoacuatitli*, y el Dr. Hernandez *Epoacuacuatitli*; pero los dos se engañan.

sacerdotes consagrados á diversos dioses, cuyos nombres omito por no parecer difuso (1). A los sacerdotes daban, como hoy dan á los del verdadero Dios, el nombre de *Tepixqui*, es decir, custodio ó ministro de Dios.

En cada barrio de la capital, y lo mismo puede creerse de las otras ciudades, habia un sacerdote preeminente, que era como el párroco de aquel distrito, á quien tocaba dirigir allí las fiestas y otros actos religiosos. Todos estos ministros dependían del Mexicoteohuatzin.

FUNCIONES, TRAJE Y VIDA DE LOS SACERDOTES.

Todos los ministerios relativos al culto se dividían entre los sacerdotes. Los unos eran sacrificadores, y los otros alivinos; unos compositores, y otros cantores de himnos. Entre estos, unos cantaban de día, y otros de noche. Los habia para cuidar de la limpieza de los templos y del ornato de los altares. A los sacerdotes tocaba la instruccion de la juventud; el arreglo del calendario, de las fiestas y de las pinturas mitológicas.

Cuatro veces al día incensaban á los ídolos, esto es, al amanecer, á medio día, al anochecer y á media noche. Esta última ceremonia se hacia por el sacerdote á quien tocaba el turno, pero con asistencia de los ministros mas condecorados del templo. Al sol incensaban nueve veces, cuatro de día y cinco de noche. El perfume de que usaban era copal, ó alguna otra resina olorosa; pero en ciertas fiestas se servian de chamopotli ó betun judaico. Los incensarios eran ordinariamente de

[1] Quien desee saber los otros empleos y nombres de los sacerdotes, podrá leer el libro 8 de Torquemada, y la relacion de Hernandez, que insertó Nierenberg en su Historia Natural.

barro, pero habia algunos de oro. Los sacerdotes, ó al menos algunos de ellos, se tenían diariamente el cuerpo con tinta hecha del hollin de ocotil, que era una especie de pino bastante aromático: sobre aquella costra se ponian ocre ó cinabrio, y todas las noches se bañaban en los estanques del recinto del templo.

El hábito de los sacerdotes mexicanos no era otro que el comun del pueblo, con la sola diferencia de una especie de gorra negra de algodón; pero los que en los monasterios profesaban una vida mas austera, iban enteramente vestidos de negro, como los sacerdotes comunes de las otras naciones del imperio. Se dejaban crecer los cabellos, y á veces les llegaban á los pies. Los trenzaban con gruesos cordones de algodón, y los untaban con tinta; resultando un grueso vólumen, no menos incómodo para ellos, que horrible y asqueroso á la vista.

Ademas de la uncion ordinaria de tinta, usaban otra extraordinaria y mas abominable, siempre que hacian sacrificios en las cimas de los montes y en las cavernas tenebrosas de la tierra. Tomaban una buena cantidad de insectos venenosos, como escorpiones, arañas y gusanos, y aun de eulebras pequeñas; quemábanlos en uno de los hogares del templo, y amasaban sus cenizas en un mortero con hollin de ocotil, con tabaco, con la yerba olóliuhqui, y con algunos insectos vivos. Presentaban en vasos pequeños esta diabólica confeccion á sus dioses, y despues se unjian con ella todo el cuerpo. Despues arrostraban con denuedo los mayores peligros, persuadidos de que no podrían hacerles ningun mal, ni las fieras de los bosques, ni los insectos mas malélicos. Llamaban á aquella untura *teopalli*, es decir, medicamento divino, y la creian eficaz contra toda especie de enfermedades:

por lo que solian darla á los enfermos y á los niños. Los muchachos de los seminarios eran los encargados de recoger los bichos necesarios para su composicion; por lo que, acostumbrados desde pequeños á aquel oficio, perdian el miedo á los animales venenosos, y los manejaban sin escrúpulo. Servíanse tambien del *teopalli* para los encantos, y de otras ceremonias supersticiosas y ridiculas, juntamente con cierta agua que bendecian á su modo, particularmente los sacerdotes del dios Ixtlilón. De esta agua daban á los enfermos. Los sacerdotes practicaban muchos ayunos y austeridades; no se embriagaban jarnas, antes bien raras veces bebían vino. Los de Tezcatzoncatl, despues de terminado el canto con que celebraban á sus dioses, echaban cada dia al suelo trescientas tres cañas, número correspondiente al de los cantores; entre ellas habia una agujereada: cada uno tomaba la suya; y aquel á quien tocaba la agujereada, era el único que podia beber vino. Durante el tiempo que empleaban en el servicio del templo, se abstienen de tocar á otra muger que á la legitima, afectando tanta modestia y compostura, que cuando encontraban casualmente á otra cualquiera, bajaban los ojos para no mirarla. Cualquier exceso de incontinencia era severamente castigado en los sacerdotes. El sacerdote que en Teotihuacan estaba convicto de haber faltado á la castidad, era entregado al pueblo, que le mataba de noche á palos. En Ichtatlan el sumo sacerdote estaba obligado á vivir siempre en el templo, y á abstenerse de toda comunicacion con mugeres. Si por su desgracia faltaba á este deber, moria irremisiblemente, y se presentaban sus miembros sangrientos á su sucesor, para que le sirviesen de ejemplo. A los que por pereza no se levantaban para los ejer-

cicios nocturnos de la religion, bañaban la cabeza con agua hirviendo, ó les perforaban los labios ó las orejas; y los que reincidían en esta ó en otra culpa, morían ahogados en el lago, despues de haber sido arrojados del templo, en la fiesta que hacían al dios de las aguas en el sexto mes del año. Los sacerdotes vivían ordinariamente en comunidad, bajo la vigilancia de algunos superiores.

LAS SACERDOTISAS.

El sacerdocio no era perpetuo entre los Mexicanos: sin embargo, había algunos que se consagraban por toda la vida al servicio de los altares; pero otros lo hacían por algun tiempo, ó para cumplir un voto de sus padres, ó por su propia devoción. Tampoco era el sacerdocio propiedad esclusiva del sexo masculino, pues había mugeres que ejercían aquellas funciones. Incensaban los ídolos, cuidaban del fuego sagrado, barrían el templo, preparaban la oblacion de comestibles que se hacía diariamente, y la presentaban en el altar; pero no podían hacer sacrificios y estaban escluidas de las primeras dignidades sacerdotales. Entre ellas había algunas consagradas desde la niñez por sus padres: otras, en virtud de algun voto que hacían por enfermedad, ó para obtener un buen casamiento, ó para implorar de los dioses la prosperidad de sus familias, servían en el templo por espacio de uno ó dos años. La consagracion de las primeras se hacía del modo siguiente: cuando nacía la niña, la ofrecían sus padres á alguna divinidad, y avisaban al sacerdote del barrio, y este al Tepanteohuatzin, que era, como ya hemos dicho, el superior general de los seminarios. Despues de dos meses la llevaban al templo, y le ponían en las manos una granadilla y un pequenito incensario, con un poco de copal, para significar su

futuro destino. Cada mes reiteraba la visita al templo, y la oblacion, juntamente con la de algunas cortezas de árbol, para el fuego sagrado. Cuando la niña llegaba á la edad de cinco años, la entregaban sus padres al Tepanteohuatzin, y este la ponía en un seminario, donde la instruían en la religion, en las buenas costumbres, y en las ocupaciones propias de su sexo. Con las que entraban á servir por algun voto particular, lo primero que hacían era cortarles los cabellos. Las unas y las otras vivían con mucho recogimiento, silencio y retiro, bajo la vigilancia de sus superiores, y sin tratar con hombres. Algunas se levantaban dos horas ántes de media noche, otras á media noche, y otras al rayar el día, para atizar y avivar el fuego, y para incensar á los ídolos; y aunque asistían algunos sacerdotes á la misma ceremonia, había una separacion entre ellos, formando los hombres una ala, y las mugeres otra, aquellos y estas á vista de sus superiores, para que no hubiese el menor desorden. Todas las mañanas preparaban las oblaciones de comestibles, y barrían el atrio inferior del templo. Los ratos que les dejaban libres sus ocupaciones religiosas, los empleaban en hilar y tejer hermosas telas, para vestir á los ídolos y adornar los altares. La continencia de estas doncellas era el objeto del esmero particular de sus superiores. Cualquier delito de este género era imperdonable: Si quedaba oculto, la delincuente procuraba aplacar la cólera de los dioses con ayunos y austeridades, pues temía que en castigo de su culpa se le pudriesen las carnes. Cuando la doncella consagrada desde su infancia al culto de los dioses llegaba á la edad de diez y siete años, que era, en la que por lo comun se casaban, sus padres le buscaban marido, y estando ya de acuerdo con él, presen-

taban al Tepanteohuatzin, en platos curiosamente labrados, un cierto número de codornices, y cierta cantidad de copal, de flores y de comestibles, con un discurso en que le daban gracias por el esmero que habia puesto en la educacion de su hijo, y le pedian licencia de llevarla consigo. Aquel personaje respondia con otra arenga, concediendo el permiso que se le pedia, y exhortando á la jóven á la perseverancia en la virtud, y al cumplimiento de las obligaciones del matrimonio.

DIFERENTES ÓRDENES RELIGIOSAS.

Entre las diferentes órdenes ó congregaciones religiosas de hombres y de mugeres, merece particular mencion la de Quetzalcoatl. En los colegios ó monasterios de uno y otro sexo, dedicados á este imaginario númer, se observaba una vida extraordinariamente rígida y austera. El hábito de que usaban era muy honesto: bañábanse todos á media noche, y velaban hasta dos horas ántes del dia, cantando himnos á su dios, y ejercitándose en varias penitencias. Tenian libertad de ir á los montes, á cualquier hora del dia y de la noche, á derramar su propia sangre: privilegio de que gozaban, en virtud de su gran reputacion de santidad. Los superiores de los monasterios tomaban tambien el nombre de Quetzalcoatl, y tenian tanta autoridad, que á nadie visitaban si no es al rey, en casos extraordinarios. Estos religiosos se consagraban en la infancia. El padre del niño convidaba á comer al superior, el cual enviaba en su lugar á uno de sus súbditos. Este le presentaba el niño, y él tomándolo en brazos, lo ofrecia, pronunciando una oracion á Quetzalcoatl, y le ponía al cuello un collar, que debia llevar hasta la edad de siete años. Cuando cumplía dos años, le hacia el superior una incision en el pecho, la cual, como el collar, era la señal de su consagracion. Cumplidos los siete

años, entraba en el monasterio, despues de haber oído de sus padres un largo discurso, en que le recordaban el voto hecho por ellos á Quetzalcoatl, y lo exhortaban á cumplirlo, á observar las buenas costumbres, á obedecer á sus superiores, y á rogar á los dioses por los autores de su vida y por toda la nacion. Esta orden se llamaba *Tlamacaxayotl*, y sus individuos *Tlamacaxques*.

Otra orden habia consagrada á Tezcatlipoca, que llamaban *Telpochtili*, ó coleccion de jóvenes, por componerse de jóvenes y niños. Consagrábanse tambien desde la infancia, casi con las mismas ceremonias que acabamos de describir; pero no vivian en comunidad, sino cada uno en su casa. Tenian en cada barrio de la ciudad un superior que los dirigia, y una casa en que al ponerse el sol se reunian á bailar, y á cantar los elogios de su dios. Concurrían á esta ceremonia ambos sexos; pero sin cometer el menor desorden, pues los observaban con el mayor cuidado los superiores, y castigaban rigorosamente á quien faltaba á las reglas establecidas.

En los Totonacas habia una orden de monges dedicados al culto de la diosa Centeotl. Vivian en gran retiro y austeridad, y su conducta, dejando aparte la supersticion y la vanidad, era realmente irreprochable. En este monasterio no entraban sino hombres de mas de sesenta años, viudos, de buenas costumbres y sobre todo, castos y honestos. Habia un número fijo de monges, y cuando moria uno, le sustituía otro. Eran tan estimados, que no solo los consultaban las gentes humildes, sino los personajes mas encumbrados, y el mismo gran sacerdote. Escuchaban las consultas sentados en un banco, fijos los ojos en el suelo, y sus respuestas eran recibidas como oráculos hasta por los mismos reyes de México.

Empleábanse en hacer pinturas históricas, las que se entregaban al sumo sacerdote, para que las enseñase al pueblo.

SACRIFICIOS COMUNES DE VÍCTIMAS
HUMANAS.

Pero el empleo mas importante del sacerdocio, la principal funcion del culto de los Mexicanos, eran los sacrificios que hacian, ya para obtener alguna gracia del cielo, ya para darle gracias por los beneficios recibidos. Omitiria de buena gana el tratar de este asunto, si las leyes de la historia me lo permitiesen, para evitar al lector el disgusto que debo producirle la relacion de tanta abominacion y crueldad; pues aunque apénas hay nacion en el mundo que no halla practicado aquella clase de sacrificios, dificilmente se hallará una que los haya llevado al esceso que los Mexicanos.

No sabemos cuáles eran los sacrificios que usaban los antiguos Toltecas. Los Chichimecas estuvieron mucho tiempo sin practicarlos; pues al principio no tenían ídolos, templos ni sacerdotes, ni ofrecian otra cosa á sus dioses, el sol y la luna, sino yerbas, frutas, flores y copal. No se ocurrió á aquellos pueblos la inhumanidad de sacrificar víctimas humanas, hasta que dieron el ejemplo los Mexicanos, borrando entre las naciones vecinas, las primeras ideas inspiradas por la naturaleza. Ya hemos indicado lo que ellos decian acerca del origen de tan bárbara práctica, y lo que se halla en sus historias sobre el primer sacrificio de los prisioneros Xochimilcos, cuando los Mexicanos se hallaban en Colhuacan. Mientras estos se hallaban encerrados en el lago, y sometidos al yugo de los Tepanecas, es de creer que no serian muy comunes aquellos sangrientos holocaustos; pues ni tenían prisioneros, ni podian adquirir esclavos. Pero desde que extendieron sus

dominios, y multiplicaron sus victorias, empezaron á repetirse con frecuencia los sacrificios, y en algunas fiestas eran muchas las víctimas.

Los sacrificios variaban con respecto al número, al lugar y al modo, segun las circunstancias de la fiesta. Por lo comun abrían el pecho á las víctimas; pero algunas otras eran ahogadas en el lago, otras morian de hambre, encerradas en las cavernas en que enterraban á los muertos, y otras finalmente en el sacrificio gladiatorio. El lugar en que mas comunemente se consumaban aquellas atrocidades, era el templo, en cuyo atrio superior estaba el altar destinado á los sacrificios ordinarios. El del templo mayor de México, era de una piedra verde, jazpe probablemente, convexa en la parte superior, de cerca de tres piés de alto, de otro tanto de ancho y de cinco piés de largo. Los ministros ordinarios del sacrificio eran seis sacerdotes, el principal de los cuales era el Topiltzin, cuya dignidad era preeminente y hereditaria; mas en cada sacrificio tomaba el nombre de la divinidad en cuyo honor se hacia. Vestíase para aquella funcion con un traje rojo, de hechura de escapulario, y adornado con flecos de algodon: en la cabeza llevaba una corona de plumas verdes y amarillas; en las orejas pendientes de oro y piedras verdes, (quizás esmeraldas), y en el labio superior otro pendiente de una piedra azul. Los otros cinco ministros estaban vestidos de trages blancos, de la misma forma, y bordados de negro: tenían los cabellos sueltos; la frente ceñida de correas, y adornada con ruedas de papel de varios colores, y todo el cuerpo pintado de negro. Estos desapiadados ministros se apoderaban de la víctima, la llevaban desnuda al atrio superior del templo, y después de haber indicado á los circunstantes

el ídolo á quien se hacia el sacrificio, para que lo adorasen, la estendian sobre el altar. Cuatro sacerdotes aseguraban al infeliz prisionero por los piés y los brazos, y otro lo afirmaba la cabeza con un instrumento de madera, hecho en figura de sierpe enroscada, el cual le entraba hasta el cuello; y como el altar era convexo, segun hemos dicho, quedaba el cuerpo arqueado, levantado el pecho y el vientre, é incapaz de hacer la menor resistencia. *Acercábase entonces el inhumano Topiltzín, y con un cuchillo agudo de pedernal, le abria prestisimamente el pecho, le arrancaba el corazon, y todavia palpitante, lo ofrecia al sol, y lo arrojaba á los piés del ídolo: lo ofrecia despues al mismo ídolo, y lo quemaba, mirando con veneracion las cenizas.* Si el ídolo era gigantesco y cóncavo, solian introducirle el corazon en la boca con una especie de cuchará de oro.

Tambien solian untar con sangre de las victimas los labios del ídolo, y la cornisa de la entrada del templo. Si la victima era prisionero de guerra, le cortaban la cabeza para conservarla, como ya hemos dicho, y precipitaban el cuerpo por las escaleras al atrio inferior, donde lo tomaba el oficial ó soldado que lo habia hecho prisionero, y lo llevaba á su casa, para cocerlo y condimentarlo, y dar con él un banquete á sus amigos. Si no era prisionero de guerra, sino esclavo comprado para el sacrificio, su amo tomaba el cadáver del altar, y se lo llevaba para el mismo objeto. Comian tan solo las piernas, los muslos y los brazos, y quemaban lo demas, ó lo reservaban para mantener las fieras de las casas reales. Los Otómites hacian á la victima peduzos, y vendian estos en el mercado público. Los Zapotecas sacrificaban los hombres á los dioses, las mugeres á las diosas, y los niños á ciertos nómenes pequeños.

Tal era el modo mas ordinario de sacrificar, con algunas circunstancias mas bárbaras, como veremos despues; pero tenian otras especies de sacrificios, que solo se celebraban en ciertas ocasiones. En la fiesta de Teooinan, la muger que representaba esta diosa era decapitada, mientras otra muger la sostenia en sus hombros. En la de la llegada de los dioses, las victimas morian en las llamas. En una de las fiestas que hacian á Tlaloc, lo sacrificaban dos niños de ambos sexos, ahogándolos en el lago. En otra fiesta del mismo dios, compraban tres muchachos de seis ó siete años, y encerrándolos con abominable inhumanidad en una caverna, los dejaban morir de hambre y horror.

SACRIFICIO GLADIATORIO.

Pero el mas célebre sacrificio de los Mexicanos era el que los españoles llamaron con razon *gladiatorio*. Este era sumamente honroso, y solo se destinaban á él los prisioneros mas afamados por su valor. Habia cerca del templo mayor de las ciudades grandes, en un sitio capaz de contener una inmensa muchedumbre de gente, un terraplen redondo, de ocho piés de alto, y sobre él una gran piedra redonda, semejante á las de molino, pero mucho mayor, de casi tres piés de alto, lisa y adornada con algunas figuras. Sobre esta piedra, que ellos llamaban *Temalcual*, ponian al prisionero, armado de rodela y espada corta, y atado al suelo por un pié. Con él subia á pelear un oficial ó soldado mexicano, á quien daban mejores armas que las del prisionero. Cada cual puede figurarse los esfuerzos que haria aquel infeliz para evitar la muerte, y los que emplearia su contrario para no perder su reputacion militar, delante de tan gran número de testigos. Si el prisionero quedaba vencido, acudia inmediatamente el sa-

cerdote llamado *Chalekiutepehua*, y muerto ó vivo, lo llevaba al altar de los sacrificios comunes, donde le abría el pecho, y le arrancaba el corazón. El vencedor era aplaudido de la muchedumbre, y recompensado por el rey con alguna insignia militar. Pero si el prisionero venía á aquel y á otros seis, que según el conquistador anónimo, subían á pelear sucesivamente con él, se le concedía la vida, la libertad y todo cuanto le habían quitado, y se volvía lleno de gloria á su patria (1). El mismo autor refiere que en una batalla que dieron los Cholultecas á sus vecinos los Huexotzincos, el principal señor de Cholula se empeñó de tal modo en la refriega, que habiéndose alzado de los suyos, fué hecho prisionero y conducido á Huexotzincó: que puesto sobre la piedra del sacrificio, venció á los siete combatientes, que se requerían allí para declarar la victoria; pero los Huexotzincos, previendo el daño que podría hacerles un enemigo tan animoso, si le concedían la libertad, le dieron muerte, contra la costumbre universal, y desde entonces quedaron infamados á los ojos de todas aquellas naciones.

NÚMERO INCIERTO DE LOS SACRIFICIOS.

Acerca del número de víctimas que se sacrificaban anualmente, nada podemos asegurar, por ser muy diversas las opiniones de los historiadores (2). El número

[1] Algunos escritores dicen que vencido el primer combatiente, quedaba libre el prisionero; pero yo doy mas crédito al conquistador, pues no parece probable que á tan poca costa diesen libertad á un prisionero que podía serles tan perjudicial por su valor, y privasen á los dioses de una víctima tan grata á su crueldad.

[2] El Sr. Zumarraga, primer obispo de México, en su carta de 12 de junio de 1531, escribió al capítulo general de su orden, con-

de veinte mil, que es el que parece acercarse mas á la verdad, comprende todos los hombres sacrificados en el imperio, y no me parece exagerado; pero si se limita á los niños ó á las víctimas sacrificadas tan solo en el monte Tepeyacac, ó en la capital, como quieren algunos, lo creo enteramente inverosímil. Es cierto que no había número fijo de sacrificios, sino proporcionado al de prisioneros que se hacían en la guerra, á las necesidades del estado, y á la calidad de las fiestas, como se vió en la dedicación del templo mayor de México, que fué cuando la crueldad de los Mexicanos traspasó los límites de la verosimilitud. Lo cierto es que eran muchos, porque las conquistas de los Mexicanos fueron rapidísimas, y en sus frecuentes guerras no procuraban tanto matar enemigos, cuanto hacerlos prisioneros para los sacrificios. Si á estas víctimas se añaden los esclavos que compraban con el mismo objeto, y los delincuentes destinados á expiar de aquel modo sus crímenes, hallaremos un número algo mayor que el que señala el Sr. Las Casas, demasiado propenso á escusar á los americanos de los excesos de que los acusaban los españoles

gregado en Tolosa, dice que en aquella sola capital se sacrificaban anualmente veinte mil víctimas humanas. Otros, citados por Gomara, afirman que el número de los sacrificios llegaba á cincuenta mil. Acosta escribe que había días en que en diversos puntos del imperio mexicano se sacrificaban cinco mil, y en alguno también veinte mil. Otros creyeron que solo en el monte Tepeyacac se sacrificaban veinte mil á la diosa Tonantzin. Torquemada, citando, aunque infelizmente, la carta del Sr. Zumarraga, dice que se sacrificaban anualmente veinte mil niños. Por el contrario, el Sr. Las Casas en su impugnación del sangriento libro del Dr. Sepúlveda, limita estos sacrificios á tan pequeño número, que apenas da lugar á creer que fuesen diez, ó cuando mas ciento. No dado que todos estos escritores exageraran: Las Casas por defecto, y los demás por exceso.

(1). Los sacrificios se multiplicaban en los años divinos, y mucho mas en los seculares.

Acostumbraban los Mexicanos en sus fiestas vestir á la víctima con el mismo ropaje, y adornarla con las mismas insignias que se atribuían al dios en cuyo honor se sacrificaba. Así pasaba toda la ciudad, pidiendo limosna para el templo, en medio de una guardia de soldados, para que no se escapase. Si se escapaba, sacrificaban en su lugar al cabo de la guardia, en pena de su descuido. Cebaban á estos desventurados, como nosotros hacemos con algunos animales.

No se limitaba á esta clase de víctimas la religion mexicana: hacíase tambien de varias especies de animales. Sacrificaban á Huizilopochtli codornices y esparavanes; á Mixcoatl, liebres, conejos, ciervos y coyotes. Al sol inmolaban todos los dias codornices. Cada dia, al salir aquel astro, estaban en pié muchos sacerdotes, con el rostro vuelto hácia Levante, cada uno con una codorniz en la mano; y al despuntar el disco del planeta, lo saludaban con música, cortaban la cabeza á los pájaros, y se los ofrecían. Despues incensaban al sol, con gran estrépito de instrumentos músicos.

Ofrecían tambien á sus dioses, en reconocimiento de su dominio, varias especies de plantas, flores, joyas, resinas y otros objetos inanimados. A Tlaloc y á Coatlicue presentaban las primicias de las flores, y á Centocotl las del maiz. Las obla-ciones de pan, de masas y de otros manjares; eran tan cuantiosas, que bastaban á saciar á todos los ministros del templo.

[1] No sé por qué el Sr. Las Casas, que en sus escritos se vale, contra los conquistadores, del testimonio del Sr. Zúñarraga, y de los primeros religiosos, los contradice cuando trata del número de sacrificios.

Cada mañana se veían al pié de los altares innumerables platos y escudillas, calientes todavia, á fin de que su vapor llegase á las narices del ídolo, y fuese alimento de los dioses inmortales.

Pero la oblacion mas frecuente era de copal. Todos incensaban diariamente á sus ídolos; así que, el incensario era mueble indispensable en la casa. Usaban incensar hácia los cuatro puntos cardinales, los sacerdotes en los templos, los padres de familia en sus moradas, y los jueces en los tribunales, cuando iban á fallar una causa grave, civil ó criminal. Esta ceremonia no era en aquellos pueblos un acto puramente religioso, sino tambien un obsequio civil que hacían á los maguates y á los embajadores.

La crueldad y la supersticion de los Mexicanos sirvieron de ejemplo á todas las naciones que conquistaron, y á las inmediatas á sus dominios, sin otra diferencia que la de ser monor entre ellas el número de aquellos abominables sacrificios, y de practicarlos con algunas ceremonias particulares. Los Tlaxcaltecas, en una de sus fiestas; ataban un prisionero á una cruz alta, y lo mataban á flechazos; en otras ocasiones ataban la víctima á una cruz baja, y la mataban á palos.

SACRIFICIOS INHUMANOS EN CUAUH-TITLAN.

Eran célebres los inhumanos y espantosos sacrificios que de cuatro en cuatro años celebraban los Cuauhítlanenses al dios del fuego. El dia antes de la fiesta plantaban seis árboles altísimos en el atrio inferior del templo, sacrificaban dos esclavas, les arrancaban el pellejo, y les sacaban los huesos de los muslos. Al dia siguiente se vestían dos sacerdotes, de los de mas dignidad, con aquellos sangrientos despojos, y con los huesos en la mano,

bajaban á paso lento, y profiriendo agudos gritos, por las escaleras del templo. El pueblo, agolpado al pié del templo, repetía en alta voz: "Hé aquí á nuestros dioses que se acercan." Cuando llegaban los sacerdotes al atrio inferior, comenzaban al son de instrumentos un baile que duraba casi todo el día. Entre tanto el pueblo sacrificaba tan gran número de codornices, que á veces llegaban á ocho mil. Terminadas estas ceremonias, los sacerdotes llevaban seis prisioneros á lo alto de los árboles, y atándolos á ellos, bajaban; pero apenas habían llegado al suelo, ya habían perecido aquellos desgraciados, con la muchedumbre de flechas que les tiraba el pueblo. Los sacerdotes subían de nuevo á los árboles, para desenterrar á los cadáveres, y los precipitaban desde aquella altura. Al punto les abrían el pecho y les sacaban el corazón, según el uso general de aquellos pueblos. Así estas víctimas humanas, como las codornices, se distribuían entre los sacerdotes y los nobles de la ciudad, para que sirviesen en los banquetes, con que daban fin á tan detestable solemnidad.

AUSTERIDAD Y AYUNOS DE LOS MEXICANOS.

No eran aquellos habitantes menos desapiadados consigo mismos que con los otros. Acostumbrados á los sacrificios sangrientos de sus prisioneros, se hicieron también pródigos de su misma sangre, pareciéndoles poca la que derramaban sus víctimas para aplacar la sed infernal de sus dioses. No se pueden oír sin espanto las penitencias que hacían, ó en expiación de sus culpas, ó para disponerse dignamente á celebrar las fiestas religiosas. Maltrataban sus carnes como si fueran insensibles, y vertían su sangre, como si fuera un líquido superfluo.

Algunos sacerdotes llamados *Tlamacazqui*, se sacaban sangre casi diariamente. Clavábanse las agudísimas espinas del maguey, y se perforaban algunas partes del cuerpo, especialmente, las orejas, los labios, la lengua, los brazos y las pantorrillas. En los agujeros que se hacían con aquellas espinas, introducían pedazos de caña, agudísimos al principio, y cuyo volumen aumentaban progresivamente. La sangre que salía, la guardaban cuidadosamente en ramos de la planta llamada *Axoxoyatl* (1). Clavaban despues las espinas ensangrentadas en unas bolas de lino, que esponían en los merlones del templo, á fin de que constase la penitencia que hacían por el pueblo. Los que se daban á estas prácticas en el recinto del templo, se bañaban en un estanque, el cual por tener siempre las aguas teñidas de sangre, se llamaba *Ezapan*. Había un cierto número señalado de cañas para esta penitencia, las cuales se guardaban para memoria.

Ademas de estas y otras austeridades, de que despues hablaremos, eran frequentísimos entre los Mexicanos los ayunos y las vigiliás. Apenas había fiesta á la que no se preparasen con ayunos de mas ó menos días, según lo prescrito en su ritual. El ayuno se reducía, según pudo colegir de la historia, á abstenerse de carne y vino, y á comer una sola vez al día; lo que algunos hacían á medio día, otros despues, y muchos estaban sin probar becado hasta la noche. Acompañaban por lo comun el ayuno con vigilia y con efusión de sangre, y entre tanto no les era permitido acercarse á ninguna muger, ni aun á la legítima.

[1] *Axoxoyatl* era la planta de muchos tallos derechos, de hojas largas y fuertes, y dispuestas con simetría. De estas plantas hacían, y hacen actualmente buenas escobas.

Entre los ayunos habia algunos generales, á los cuales estaba obligado todo el pueblo, como el de los cinco dias, que precedia á la fiesta de Tezcatlipoca, y el que se hacia en honor del sol (1). En semejantes casos, el rey se retiraba á cierto sitio del templo, donde velaba y se sacaba sangre, segun el uso de la nacion. Otros no eran obligatorios sino para algunos particulares, como el que hacian los dueños de las victimas el dia antes del sacrificio. Veinte dias ayunaban los dueños de los prisioneros de guerra, que se inmolaban al dios Xipe. Los nobles tenían como el rey, una casa dentro del recinto del templo, con muchas piezas, á las que se retiraban á hacer penitencia. En una de las fiestas, todos los que servian empleos públicos, despues de haber pasado el dia en el ejercicio de sus funciones, empleaban la noche en aquel retiro. Durante el mes tercero, velaban todas las noches los Tlamacazques ó penitentes, y durante el cuarto mes, ellos y los nobles.

En la Mixteca, donde habia muchos monasterios, antes de tomar posesion de sus estados los primogénitos de los señores, se sometian por espacio de un año á una rigurosa penitencia. Conducian al primogénito en pompa á uno de los monasterios, donde, despojado de sus ropas, le vestian otras impregnadas en goma clástica; le untaban con ciertas yerbas fétidas el rostro, el vientre y la espalda, y le entregaban una lauceta de itzli, para que se sucase sangre. Obligábanlo á una rigurosa abstinencia, le imponian las mas

duradas fatigas, y castigábanlo severamente por la menor falta que cometia. Cumplido el año, lo conducian á su casa con gran aparato y música, despues de haberlo lavado cuatro doncellas con aguas olorosas.

En el templo principal de Teohuacan habitaban cuatro sacerdotes celebres por la austeridad de su vida. Vestianse como la gente pobre; su comida se reducía á un pan de maíz de dos onzas, y su bebida á un vaso de *atollí*, que era un brebaje hecho con el mismo grano. Cada noche velaban dos de ellos, y pasaban el tiempo cantando himnos á sus dioses, incensando los ídolos cuatro veces en la noche, y derramando su propia sangre en los hogares del templo. El ayuno no era continuo en los cuatro años que duraba aquella vida, excepto en un dia de fiesta, que habia cada mes, y en el cual les era lícito comer cuanto querian; mas para cada fiesta se preparaban con la acostumbrada penitencia, perforándose las orejas con espigas de maguey, y pasándose por los agujeros hasta sesenta pedazos de cañas de diferentes tamaños. Pasados los cuatro años, entraban otros cuatro sacerdotes á ejercer la misma vida; y si ántes de espirar el término, moria uno de ellos, lo sustituía otro, á fin de que nunca faltase el número. Era tan grande la fama de aquellos sacerdotes, que hasta los mismos reyes de México los veneraban; pero desgraciado del que faltaba á la continencia! pues si despues de una menuda indagacion se hallaba ser cierto el delito, era muerto á palos, quemando el cadáver, y las cenizas esparcidas al viento.

En ocasiones de alguna calamidad pública, los sumos sacerdotes de México hacian un ayuno extraordinario. Retirábanse á un bosque, donde se construía una cabaña, cubierta de ramos siempre verdes,

[1] El ayuno que se hacia en honor del sol, se llamaba *Nelomatihzahualo*, ó *Natomatihzahualitzli*. El Dr. Hernandez dice que se hacia despues de cada período de doscientos ó de trescientos años. Oreo que seria en el dia 1 *olin*, que caia cada doscientos sesenta dias.

pues cuando uno se secaba, se ponía en su lugar otro nuevo. Encerrado en aquella morada, privado de toda comunicacion, y sin otro alimento que maiz crudo y agua, pasaba el sumo sacerdote nueve ó diez meses, y á veces un año, en continua oracion y frecuente efusion de sangre.

PENITENCIA CELEBRE DE LOS TLAX-
CALTECAS.

Éra tambien famoso en aquel pais el ayuno que los Tlaxcaltecas hacian en el año divino, en el cual celebraban una fiesta solemnisima á su dios Comaxtlé. Llegado el tiempo de empezarlo, convocaba á todos los Tlaxcazques ó penitentes, su gefe llamado *Achcauhltli*, y los exhortaba á la penitencia, advirtiéndoles que si algúno no se hallaba con las fuerzas necesarias para practicarla, se lo hiciese saber en el término de cinco dias; pues si pasado aquel plazo faltase al ayuno, ó lo infringiese una vez empezado, seria calificado, de indigno de la compania de los dioses, despojado del sacerdocio y de todo cuanto poseia.

Después de los cinco dias concedidos para tomar una resolucion, subia aquel personaje con todos los que tenian ánimo de hacer la penitencia, que solian ser mas de doscientos, al altísimo monte Matlacueye, en cuya cima habia un santuario dedicado á la diosa del agua. El *Achcauhltli* llegaba solo á la mayor altura, para hacer una oblation de piedras preciosas y copal; los otros quedaban á medio monte, rogando á la diosa les diese fuerza y valor para aquella austeridad. Bajaban entónces del monte, y mandaban hacer navajas de itztlí, y unas varillas de diferentes tamaños y grueso. Los operarios de aquellos instrumentos ayunaban cinco dias antes de hacerlos, y si rompian un cuchillo ó vara; se tenia á mal agüero, pues indicaba que el operario habia roto

el ayuno. En seguida empezaba el de los Tlaxcazques, que no duraba menos de ciento sesenta dias. El primer dia se hacian un agujero en la lengua para introducir las varas; y á pesar del grave dolor que sentian, y de la mucha sangre que derramaban, se esforzaban en cantar á sus dioses. De veinte en veinte dias repetian aquella cruel operacion. Pasados los primeros ochenta dias de ayuno de los sacerdotes, empezaba el del pueblo, de que ninguno se eximia, ni aun los gefes de la república. A nadie era lícito en aquel tiempo bafiarse, ni comer la pimienta con que condimentaban sus manjaras. Tales son los excesos de crueldad que el fanatismo inspiraba á las desgraciadas naciones de Anáhuac.

EDADES, SIGLO Y AÑO DE LOS MEXICANOS.

Todo lo que hemos dicho hasta ahora no da tanto á conocer la religion de los Mexicanos, ni los excesos de su execrable supersticion, como el catálogo de las fiestas que hacian á sus dioses, y de los ritos que en ellas practicaban; pero ántes de tratar de este asunto, conviene dar cuenta de la distribucion que hacian del tiempo, y del método que tenian en contar los dias, los meses, los años y los siglos. Lo que vamos á decir sobre este asunto, ha sido escrupulosamente investigado por hombres inteligentes y dignos, bajo todos aspectos, de la mayor confianza, los cuales se aplicaron con el mayor empeño á este estudio, examinando atentamente las pinturas antiguas, y consultando á los Mexicanos y Acolhuas mas instruidos. Soy particularmente deudor de estos datos á los religiosos apostólicos Motolinia y Sahagun (de los que sacó Torquemada cuanto hay de bueno en su obra), y al doctísimo mexicano D. Carlos Sigüenza, la verdad de cuyas opiniones he confirma-

do despues por el exámen que he hecho de muchas pinturas mexicanas, en que están claramente representadas, con sus propias figuras, todas las divisiones cronológicas de aquella nacion.

Distinguían los Mexicanos, los Acolhuas, y todas las naciones mexicanas, cuatro edades diferentes, con otros tantos soles. La primera llamada *Atlatlauh*, esto es, sol ó edad de agua, empezó en la creacion del mundo, y continuó hasta la época en que perecieron el sol y casi todos los hombres en una inundacion general. La segunda *Tlaltlauh*, edad de tierra, duró desde aquella catástrofe hasta la ruina de los gigantes, y los grandes terremotos, que dieron fin del segundo sol. La tercera *Ehcatlanauh*, edad de aire, empezó en la caída de los gigantes, y acabó con los grandes torbellinos que estermnaron el tercer sol y todos los hombres. La cuarta *Tletonauh*, edad del fuego, comprende desde la última restauracion del género humano, según hemos dicho en la mitología, hasta que el cuarto sol y la tierra seau consumidos por el fuego. Creían que esta última edad debía terminar al fin de uno de sus siglos, y tal era el motivo de las estrepitosas fiestas que al principio de cada uno hacían al dios del fuego, como en accion de gracias de haber escapado de su voracidad, y prorogado el término del mundo.

En el cómputo de los siglos, de los años y de los meses, los Mexicanos y las otras naciones cultas del Anáhuac seguían el método de los antiguos Toltecas. Su siglo constaba de cincuenta y dos años, distribuidos en cuatro períodos, cada uno de ellos de trece años; y de dos siglos se componía una edad, llamada *Huehueltlitzilli*, es decir, vieja, de ciento y cuatro años (1). Daban al fin del siglo el nombre de

(1) Algunos autores dan á la edad el nombre de siglo, y á este el de medio siglo; mas esto poco importa, pues esta denominacion no altera el cálculo cronológico.

Toxihmolpilli, que quiere decir, *ligadura de nuestros años*, porque en él se unían los dos siglos para formar una edad. Los años tenían cuatro nombres, á saber: *Tochtli*, conejo, *Acatl*, caña, *Tepatl*, pedernal y *Calli*, casa, y con ellos, y diferentes números se componía el siglo. El primer año del siglo era *primer conejo*; el segundo, *segunda caña*; el tercero, *tercer pedernal*; el cuarto, *cuarta casa*; el quinto, *quinto conejo*, y así continuaba hasta el año decimotercio, que era *decimotercio conejo*, con el cual terminaba el primer período. Comenzaba el segundo con *primera caña*, y seguía *segundo pedernal*, *tercera casa*, *cuarto conejo*, hasta acabar con *decimotercia caña*. El tercer período empezaba con *primer pedernal*, y terminaba en *decimotercio pedernal*; el cuarto empezaba *primera casa*, y acababa con *decimotercia casa*: así que, siendo seis los nombres, y trece los números, no había un año que pudiera confundirse con otro (1). Se entenderá mas fácilmente todo esto con la ayuda de la tabla que se hallará al fin de este volúmen.

El año mexicano, constaba, como el nuestro de trescientos sesenta y cinco dias; porque aunque los meses eran diez y ocho, cada uno de veinte dias, lo que forma tan solo trescientos sesenta, añaden al último mes cinco dias, que llaman *Nemontémi* es decir inútiles, porque en ellos no hacían mas que visitarse unos á otros. El año *primer conejo*, primero del siglo,

(1) Noturini asegura, contra el dictámen comun de los autores, que no empezaban todos los siglos por el *primer conejo*, sino por alguno de los otros primeros; pero se engaña, pues todo lo contrario consta en los buenos autores antiguos y en las pinturas. Dice además que nunca entraba en cuatro siglos el mismo nombre, con el mismo número; pero cómo puede ser esto, cuando no había mas que cuatro nombres ó caracteres, y trece números?

empezaba en 26 de febrero; pero cada cuatro años se anticipaba un día el año mexicano, por causa del día intercalar de nuestro año bisiesto, de modo que los últimos años empezaban el 14 de febrero, por causa de los trece días que interponían en el curso de cincuenta y dos años. Terminado el siglo, volvía á principiar el año en 26 de febrero, como se verá despues (1).

Los nombres que daban á sus meses, se tomaban de las fiestas, de las operaciones que en ellos se hacian, y de los accidentes ó particularidades de sus respectivas operaciones. Estos nombres se leen con alguna variedad en los autores, porque variaban en efecto, no solo entre los diversos pueblos, sino tambien entre los mismos Mexicanos. Los mas comunes eran los siguientes:—

- | | |
|------------------------|----------------------|
| 1. Atlacahualco (2). | 10. Xochhuezi. |
| 2. Tlacaxipehualiztli. | 11. Ochpaniztli. |
| 3. Tozoztoutli. | 12. Tootleco. |
| 4. Hucitozotli. | 13. Tepilhuitl. |
| 5. Toxcatl. | 14. Quecholli. |
| 6. Etzalcualiztli. | 15. Panquetzaliztli. |
| 7. Tecuilhuitontli. | 16. Atemoztli. |
| 8. Hueitecuilhuitl. | 17. Tititl. |
| 9. Tlaxochimaco. | 18. Izcalli. |

MESES MEXICANOS.

Los meses se componian, como ya hemos dicho, de veinte días, que se llamaban:

(1) Son diversos los pareceres de los autores acerca del día en que empezaba el año mexicano. La causa de esta variedad, fué la que resulta de nuestros años bisiestos. Quizás alguno de aquellos escritores habló del año astronómico mexicano, y no ya del religioso, que es el asunto de este artículo.

(2) Gomara, Valadés y otros autores, dicen que el primer mes del año mexicano era el Tlacaxipehualiztli, que es el segundo de la tabla anterior. Los editores mexicanos de las Cartas de Cortés, dicen que era el Atemox-

- | | |
|-----------------|---------------------------|
| 1. Cipactli. | 11. Ozomatli. |
| 2. Ehecatl. | 12. Malinalli. |
| 3. Calli. | 13. Acatl. |
| 4. Cuetzpallin. | 14. Ocelotl. |
| 5. Coatl. | 15. Cuauhli. |
| 6. Miquiztli. | 16. Cozcauahli (1). |
| 7. Mazatl. | 17. Ollinotliltli, ó Olin |
| 8. Tochtli. | 18. Tecpatl. |
| 9. Atl. | 19. Quiahuitl. |
| 10. Itzcuintli. | 20. Xochitl. |

Aunque los signos y caracteres significados por estos nombres, estaban distribuidos en los veinte días según el orden citado, sin embargo al contarlos no se hacía caso de la división de los meses, sino á ciertos períodos de trece días, semejantes á los trece años del siglo, que corrían sin interrupción, aun despues de terminado el mes y el año. El primer día del siglo era el *primero Cipactli*; el *segundo, segundo Ehecatl*, ó viento; el *tercero, tercera Calli*, ó casa, y así hasta el *decimotercero*, que era *decimotercero Acatl*, ó caña. El día *decimocuarto* empezaba otro período, contando *primero Ocelotl*, ó tigre, *segundo Cuauhli*, ó aguilá, hasta concluir el mes con *séptimo Xochitl*, flor; y en el *segundo mes* continuaban *octavo Cipactli*, *nono Ehecatl*, &c. Veinte de estos períodos hacían en trece meses un siglo de doscientos sesenta días, y en todo aquel tiempo no se repetía el mismo signo ó carácter con el mismo número, como puede verse en el calendario al fin de este volúmen. En el primer día del mes *decimocuarto*, empezaba otro siglo con el mismo orden de caracteres, y

tti, que es el *decimosesto* de la misma tabla. Pero Motolinia, cuya autoridad es de gran peso, señala por primero el Atlacahualco. Lo mismo piensan otros autores graves é inteligentes.

(1) Este es el nombre de un pájaro que he descrito en el primer libro. Boturini pone en su lugar Tomatlil, que significa piedra para machacar el maíz y el cacao.

con el mismo número de períodos que el primero. Si el año no tuviese, además de los diez y ocho meses, los cinco días Nemouténi, ó si en estos días no se continuasen los períodos, el primer día del segundo año del siglo, sería como en el anterior, *primero Cipactli*, y así mismo el último día de todos los años sería siempre *Xochitli*; pero como en aquellos días intercalares seguía el período de los trece días, los signos ó caracteres mudaban de lugar, y el signo *Miquiztli*, que en todos los meses del primer año, ocupaba el sexto lugar, ocupa el primero en el segundo año, y por el contrario, el signo *Cipactli*, que en el primer año ocupaba el primer lugar, tiene el decimosesto en el segundo. Para conocer el signo del primer día de cualquier día del año, había una regla general, que es la siguiente:—

Año *Tochtli* empieza por *Cipactli*.

Año *Acatl* empieza por *Miquiztli*.

Año *Tecpatl* empieza por *Ozomatli*.

Año *Caltli* empieza por *Coccucauhtli*, dando siempre al signo del día el mismo número del año; de modo que el año *primero Tochtli* empieza por *primero Cipactli*; año *segundo Acatl*, empieza por *segundo Miquiztli*, &c (1).

De lo dicho se infiere cuánto precio daban los Mexicanos al número trece. De trece años eran los cuatro períodos de que se componía el siglo; de trece meses, el ciclo de doscientos sesenta días, y de trece días, los períodos de que hemos hecho mención. La causa de esta predilección, según el Dr. Sigüenza, fué el haber sido aquel número el de los dioses mayores.

[1] Boturini dice que el año del conejo empezaba siempre con el día del conejo; el año de la caña con el día de la caña, &c; pero yo doy más fe á Sigüenza por su mayor conocimiento en la antigüedad Mexicana. El sistema de Boturini está lleno de contradicciones.

Poco menos valor tenía á sus ojos el número cuatro. Como contaban en el siglo cuatro períodos de trece años, así contaban trece períodos de cuatro años, y al fin de cada uno de ellos hacían fiestas extraordinarias. Ya he hablado del ayuno de cuatro meses, y del *Napophuallatelli*, ó audiencia general que se hacía en el mismo término periódico.

Por lo que respecta al gobierno civil; dividían el mes en cuatro períodos de cinco días, y en un día fijo de cualquiera de ellos se hacía la feria, ó mercado general, pero como la religión gobernaba también la política, se hacía esta feria en la capital en los días del conejo, de la caña, del pedernal y de la casa, que eran sus signos favoritos.

El año mexicano constaba de setenta y tres períodos de trece días, y el siglo de setenta y tres períodos de trece meses, ó ciclos de doscientos sesenta días.

DIAS INTERCALARES.

El sistema mexicano ó tolteca de la distribución del tiempo, aunque complicado á primera vista, era, sin duda alguna, ingenioso y bien entendido; de lo que se infiere que no pudo ser obra de gentes bárbaras ó ignorantes. Pero lo mas maravilloso de su cómputo, y lo que ciertamente no parecerá verosímil á los lectores poco iniciados en las antigüedades mexicanas, es que conociendo ellos el exceso de algunas horas que había del año solar con respecto al civil, se sirvieron de días intercalares para igualarlos; pero con esta diferencia del método de Julio César en el calendario romano, que no intercalaban un día de cuatro en cuatro años, sino trece días, para no descuidar su número privilegiado, de cincuenta y dos en cincuenta y dos años, lo que vale lo mismo para el arreglo del tiempo. Al terminar el siglo, rompían,

como despues diremos, toda la vajilla de su uso, teniendo que terminarse con él la cuarta edad, el sol y el mundo; y la última noche hacian la famosa ceremonia de la renovacion del fuego. Cuando se habian asegurado con el nuevo fuego, segun creian, de que los dioses habian concedido otro siglo á la tierra, pasaban los trece dias siguientes en proveerse de nueva vajilla, hacerce ropa nueva, componer los templos y las casas, y hacer todos los preparativos para la gran fiesta del siglo nuevo. Estos trece dias eran los intercalares, señalados en sus pinturas con puntos azules. No los contaban en el siglo último, ni en el siguiente, ni continuaban en ellos los períodos de los dias, que numeraban siempre desde el primero hasta el último dia del siglo. Pasados los dias intercalares, empezaba el siglo con año *primero Tochtli*, y dia *primero Cipacili*, que era el 26 de Febrero, así como lo habian hecho al principio del siglo precedente. No me atreveria á publicar estos datos, si no se apoyasen en el respetable testimonio del Dr. Sigüenza, el cual, ademas de su vasta erudicion, crítica y sinceridad, fué el hombre que mas diligencia empleó en aclarar aquellos puntos, ya consultando á los Mexicanos y á los Texcocanos mas instruidos, ya estudiando las historias y las pinturas de aquellos paises.

Boturini asegura que mas de cien años antes de la era cristiana, corrigieron los Tultecas su calendario, añadiendo, como nosotros hacemos, un dia de cuatro en cuatro años; y que así se practicó por algunos siglos, hasta que los Mexicanos establecieron el método que acabo de describir: que la causa de esta novedad fué el haber caido en un mismo dia dos fiestas religiosas, la una movable de Tescatlípoca, y la otra fija de Huitzilpochtli, y el haber los Collhuas celebrado esta, tras-

firiendo aquella; por lo que, indignado Tezcatlipoca, predijo la destruccion de la monarquía de Collhuacan y del culto de los dioses antiguos, juntamente con la admision de aquel pueblo al culto de una sola divinidad, jamas vista ni oida, y al dominio de ciertos estrangeros venidos de paises remotos: que noticioso de esta prediccion el rey de México, mandó que cuando concurriesen en un mismo dia dos fiestas, se celebrase en aquel dia la principal, y la otra en el siguiente, y que se omitiese el dia que se solia añadir de cuatro en cuatro años, y terminando el siglo se introdujesen los trece dias atrasados. Pero yo no tengo suficientes motivos para dar fé á estos pormenores.

Dos cosas parecerán estrañas en el sistema de los Mexicanos: la una, el no tener meses arreglados por el curso de la luna; la otra el carecer de signos particulares para distinguir un siglo de otro. Por lo que hace á lo primero, yo no dudo que sus meses astronómicos se arreglasen á los períodos lunares, como lo prueba el nombre *Mezli*, que significa igualmente luna y mes. El mes de que he hablado hasta ahora es el religioso, que era el que les servia para las fiestas y adivinaciones; pero nó el astronómico, del cual solo sabemos que lo dividian en dos partes, llamadas sueño y vigilia de la luna. Tambien estoy persuadido de que tenian algun carácter para distinguir un siglo de otro, lo que seguramente les era tan fácil como necesario; pero ningun autor habla de este punto.

ADIVINACION.

La distribucion de los signos ó caracteres, tanto de los dias como de los años, servia á los Mexicanos para sus pronósticos supersticiosos. Predecian la buena ó mala suerte de los niños segun el signo del dia de su nacimiento; mas la felicidad de

los casamientos, de las guerras, y de cualquier otro negocio, por el signo del día en que se emprendían y empezaban. No solo consultaban el carácter propio del día y del año, sino el dominante en cada período de años y otros, que era el primero de cada uno de ellos. Cuando los mercaderes se ponían en viaje, procuraban hacerlo en un día en que dominase el signo *Coatl*, serpiente, prometéndose buen éxito en su expedición. Los que nacían bajo el signo *Cuanaballi*, águila, debían ser, en la creencia de aquellos pueblos, burlones y mordaces, si eran niños; y si niñas, locas y descaradas. La coincidencia del año y del día del *conejo*, se creía la más venturosa.

FIGURAS DEL SIGLO, DEL AÑO Y DEL MES.

Para significar el mes, pintaban un círculo ó rueda, dividida en veinte figuras, que representaban los veinte días. La representación del año era otra rueda dividida en las diez y ocho figuras de los meses, y algunas veces ponían en medio la imagen de la luna (1). El siglo se simbolizaba en otra rueda dividida en cincuenta y dos figuras, ó mas bien en cuatro figuras repetidas trece veces. Solían pintar una serpiente enroscada en torno, indicando en cuatro pliegues de su cuerpo, los cuatro puntos cardinales, y los principios de los cuatro períodos de trece años cada uno.

AÑOS Y MESES CHIAPANECAS.

El método adoptado por los Mexicanos para el cómputo de los meses, años y siglos, era, como ya hemos visto, común á

(1) Tres copias distintas se han publicado del año mexicano: la de Valdés, la de Sigüenza, dada á luz por Gemillo, y la de Boturini. En la de Sigüenza, se ve la rueda del año dentro de la del siglo, y en la de Valdés, la del mes dentro del año.

todas las naciones de Anáhuac, sin otra diferencia que en los nombres y en las figuras (1). Los Chiapanecas, que de los tributarios de la corona de México eran los mas distantes de la capital, usaban, en lugar de las cuatro figuras y nombres del conejo, la caña, el pedernal y la casa, las palabras *volan*, *lambat*, *been* y *chiuax*: para los días empleaban los nombres de veinte hombres ilustres de su naciou, entre los cuales, los cuatro referidos observaban el mismo orden que los cuatro mexicanos que acabamos de citar. Los nombres chiapanecas de los veinte días del mes eran—

| | |
|--------------------|---------------------|
| 1. Mox. | 11. Batz. |
| 2. Igh. | 12. Enoh. |
| 3. <i>Volan</i> . | 13. <i>Been</i> . |
| 4. Glanan. | 14. Hix. |
| 5. Abagh. | 15. Tziquin. |
| 6. Tox. | 16. Chabín. |
| 7. Moxic. | 17. Chix. |
| 8. <i>Lambal</i> . | 18. <i>Chinax</i> . |
| 9. Molo ó mula. | 19. Cabogh. |
| 10. Elah. | 20. Aghual. |

No había mes en que los Mexicanos no celebrasen algunas fiestas, ó fijas, ó establecidas para un día cualquiera del mes, ó movibles, por estar anexas á algunos signos, que no correspondían á los mismos días todos los años. Las principales fiestas movibles, segun Boturini, eran diez y seis, la cuarta de las cuales era la del dios del vino, y la decimatercia la del dios del fuego. En cuanto á las fijas, diré brevemente lo que baste á dar una idea completa de la religion y del genio supersticioso de aquellas gentes.

FIESTAS DE LOS CUATRO MESES PRIMEROS.

El segundo día del primer mes hacían una gran fiesta á Tlaloc, con sacrificio de niños que se compraban con aquel objeto, y con el gladiatorio. No se sacrificaban

(1) Boturini dice que los indios de la diócesis de Oaxaca tenían sus años de trece meses; probablemente sería el año astronómico ó civil, pero no el religioso.

de una vez todos los niños comprados, sino en ciertos períodos de los meses correspondientes á marzo y abril, para impetrar de aquel dios la lluvia necesaria al maiz. El primer día del segundo mes, que correspondía al 18 de marzo (1), en el primer año de su siglo, hacían fiesta solemnísimá al dios Xipe, con sacrificios extraordinariamente crueles. Conducían á las víctimas, tirándolas por los cabellos al atrio superior del templo, y allí despues de haberles dado muerte, del modo acostumbrado, las desollaban, y los sacerdotes se vestían con sus pellejos, ostentando muchos días aquellos sangrientos desposjos. Los dueños de los prisioneros sacrificados debían ayunar veinte días, y despues hacían grandes banquetes con la carne de las víctimas. Además de los prisioneros sacrificaban á los que habían robado plata á oro, los cuales por las leyes del reino estaban condenados á aquel suplicio. La circunstancia de desollar las víctimas, fué la causa de dar á este mes el nombre de *Tlacaxipehualistli*, es decir, desolladura de hombres. En esta fiesta hacían los militares ejercicios de armas y simulacros de guerra, y los nobles celebraban con canciones los hechos ilustres de sus antepasados. En Tlaxcala había bailes de nobles y plebeyos, vestidos todos de pieles de animales, con adornos de oro y plata. Por causa de estos bailes, comunes á toda clase de personas, daban al mes y á la fiesta el nombre de *Coailhuatl*, ó sea fiesta general.

En el mes tercero, que empezaba el 7 de abril, se celebraba la segunda fiesta de Tlaloc, con el sacrificio de algunos niños. Las pieles de las víctimas sacrificadas á

Xipe en el mes anterior, se llevaban entonces procesionalmente á un templo llamado Xopico, que estaba dentro del recinto del templo mayor, y se depositaban en una caverna que había en él. En el mismo mes, los Xochimanques ó mercederos de flores, celebraban la fiesta de su diosa Coatlicue, y le presentaban ramilletes primorosos. Antes que se hiciese la oblacion, á nadie era lícito olerá aquellas flores. Todas las noches de este mes velaban los ministros de los templos, y hacían grandes hogueras; por lo que se llamó *Toxostotli*, ó pequeña vigilia.

El cuarto mes se llamaba *Hueitowastli*, ó vigilia grande; porque no velaban solo los sacerdotes, sino también la nobleza y la plebe. Sacábanse sangre de las orejas, de los párpados, de la nariz, de la lengua, de los brazos y de los muslos, para expiar las culpas cometidas con todos sus sentidos, y con la sangre tenían unas ranas que colocaban á las puertas de sus casas, sin otro objeto probable que hacer ostentación de su penitencia. De este modo se preparaban á la fiesta de la diosa Centcotl, que celebraban con sacrificios de hombres y animales, especialmente de codornices, y con simulacros de guerra que hacían delante del templo de la diosa. Las muchachas llevaban al templo mazores de maiz, y despues de haberlas ofrecido á la divinidad, las llevaban á los graneros, á fin de que, sacrificadas con aquella ecomonia, preservasen de insectos á todo el granero. Este mes empezaba el 27 de abril.

FIESTA GRANDE DEL DIOS TEZCATLIPOCA.

El quinto mes, que principiaba el 17 de mayo, era casi todo festivo. La primera fiesta, una de las cuatro principales de los Mexicanos, era la que hacían á su gran dios Tezcatlipoca. Diez días antes su vestía y adornaba un sacerdote como estaba

(1) Cuando establecemos la correspondencia de los meses mexicanos con los nuestros, se deba entender de los del primer año de su siglo.

representado aquel número, y salía del templo con un ramo de flores en la mano, y una flautilla de barro, que daba un son agudísimo. Después de haber vuelto el rostro, primero á Levante, y después á los otros puntos cardinales, tocaba con fuerza aquel instrumento, y tomando del suelo un poco de polvo, lo llevaba á la boca, y lo tragaba. Al oír el son del instrumento, todos se arrodillaban. Los que habian cometido algun crimen, llenos de espanto y consternacion, rogaban llorando al dios, que les perdonase su culpa, y que no permitiese fuese descubierta por los hombres: los militares le pedian valor y fuerza, para combatir con los enemigos de la nacion, grandes victorias y muchos prisioneros para los sacrificios; y todo el pueblo, repitiendo la ceremonia de tragar el polvo, imploraba con amargo llanto la clemencia de los dioses. Repetíase el toque de la flauta todos los otros días que precedian á la fiesta. El día antes, los nobles llevaban un nuevo traje al ídolo, del cual lo vestian inmediatamente los sacerdotes, guardando el viejo como reliquia en una arca del templo: después lo adornaban de ciertas insignias particulares de oro y plata, y plumas hermosas, y abazaban el portalon que cerraba siempre el ingreso del templo, á fin de que todos los circunstantes viesan y adorasen á la imagen. Llegado el día de la fiesta, el pueblo concurría al atrio inferior del templo. Algunos sacerdotes, pintados de negro, y vestidos como el ídolo, lo llevaban sobre una litera, que los jóvenes y doncellas ceñían con cuerdas gruesas, hechas de hileras de granos de maiz tostado, y de ellas se le hacia un collar y una guirnalda. Esta cuerda, simbolo de la sequedad, que era muy temida entre aquellas gentes, se llamaba *Toxcatl*, nombre que por aquella razon se dió al mes. Todos los jóvenes y

doncellas del templo, y los nobles, llevaban hileras semejantes al cuello y á las manos. De allí salian en procesion por el atrio inferior, cuyo pavimento estaba cubierto de flores y yerbas fragantes: dos sacerdotes incensaban al ídolo, que otros llevaban en hombros. En tanto el pueblo estaba de rodillas, azotándose las espaldas con cuerdas gruesas y anudadas. Terminada la procesion, y con ella la disciplina, volvian á colocar el ídolo en el altar, y hacíale copiosas oblaciones de oro, joyas, flores, plumas, animales y manjares, que preparaban las doncellas y otras mugeres, dedicadas por voto particular á servir el templo en aquellos días. Las doncellas llevaban en procesion aquellos platos, conducidas por un sacerdote de alta gerarquía, vestido de un modo estravagante, y los jóvenes los distribuían en las habitaciones de los otros sacerdotes, á quien estaban destinados.

Hacíase después el sacrificio de la víctima que representaba al dios Tezcatlipoca. Este era el joven mejor parecido y mas bien conformedo de todos los prisioneros. Escogíalo un año antes, y durante todo aquel tiempo iba vestido con ropa igual á la del ídolo. Paseaba libremente por la ciudad, aunque escoltado por una buena guardia, y era generalmente adorado como imagen viva de aquella divinidad suprema. Veinte días antes de la fiesta, aquel desgraciado se casaba con cuatro hermosas doncellas, y en los cinco últimos le daban comidas opíparas, prodigándole ademas todo clase de placeres. El día de la fiesta lo conducian con gran acompañamiento al templo; pero antes de llegar, despedían á sus mugeres. Acompañaba al ídolo en la procesion, y á la hora del sacrificio lo estendian en el altar, y el gran sacerdote le abría con gran reverencia el pecho, y le sacaba el corazón.

Su cadáver no era arrojado por las escaleras como el de las otras víctimas, sino llevado en brazos de los sacerdotes al pie del templo, y allí decapitado. El cráneo se ensartaba en el Tzompantli, donde se conservaban todos los de las víctimas sacrificadas á Tezcatlipoca; mas las piernas y brazos, cocidos y condimentados, se enviaban á las mesas de los señores. Después del sacrificio había un gran baile de los colegiales y nobles que habían asistido á la fiesta. Al ponerse el sol, las doncellas del templo hacían otra oblacion de pan amasado con miel. Este pan, con no sé que otra cosa, se ponía delante del altar, y servía de premio á los jóvenes que, en la carrera que hacían por las escaleras del templo, salían victoriosos. También se les galardonaba con ropas, y eran muy festejados por los sacerdotes y por el pueblo. Dábase fin á la fiesta, licenciando de los seminaristas á los jóvenes y doncellas que estaban en edad de casarse. Los que se quedaban, los ultrajaban con expresiones satíricas y burlescas, y les tiraban haces de juncos y otras yerbas, echándoles en cara el abandonar el servicio de los dioses por los placeres del matrimonio. Los sacerdotes les permitían estos excesos, como desahogos propios de la edad.

FIESTA GRANDE DE HUITZILOPOCHTLI.

En el mismo quinto mes se celebraba la primera fiesta de Huitzilopochtli. Fabricaban antes los sacerdotes la estatua de aquel dios, de la altura regular de un hombre. Hacíanle las carnes de la masa de *Tzohuatli*, que era un grano de que solían hacer uso en sus comidas; los huesos, de madera de mizquitl, ó acacia. Vestíanlo con ropas de algodón, de magüey, y con un manto de plumas. Le ponían sobre la cabeza un parasol de papel, adornado de plumas hermosas, y sobre el un

cuchillo de pedernal ensangrentado. En el pecho le fijaban una plancha de oro: en el vestido se veían muchos figurillas que representaban huesos y hombres descuartizados, con lo que significaban el poder de aquel dios en las batallas, ó la terrible venganza, que, según su mitología, tomó de los que conspiraron contra el honor y la vida de su madre. Colocaban la imagen en una litera dispuesta sobre cuatro sierpes de madera, que llevaban los cuatro oficiales mas distinguidos del ejército, desde el sitio en que se había hecho la estatua, hasta el altar. Muchos jóvenes, formando círculo con unas flechas que agarraban, los unos por la punta, y los otros por el mango, procedían á la litera, llevando un gran pedazo de papel, en que probablemente irían representadas las acciones gloriosas del dios, las que ellos cantaban al mismo tiempo, al son de instrumentos músicos.

Llegado el día de la fiesta, se hacía por la mañana un gran sacrificio: de codornices, que echaban al pie del altar, después de cortarles las cabezas. El primero que sacrificaba era el rey, después los sacerdotes, y en seguida el pueblo. De tan gran muchedumbre de aves, una parte se condimentaba para la mesa del rey, otra para los sacerdotes, y el resto se guardaba para otra ocasión. Todos los que asistían á la solemnidad llevaban incensarios de barro y cierta cantidad de resina, para quemarla, é incensar á su dios; y todas las brasas que servían en aquella ceremonia, se ponían después en un gran caldero llamado *Texictli*. Por esta circunstancia daban á la fiesta el nombre de *incensar á Huitzilopochtli*. Seguía inmediatamente el baile de las doncellas y de los sacerdotes. Las doncellas se tenían el rostro, y llevaban plumas encarnadas en los brazos; en la cabeza, guirnaldas de granos

de maíz tostados, y en las manos unas cañas con banderolas de algodón y papel. Los sacerdotes se tenían el rostro de negro; en la frente se ponían unas ruedas de papel, y se untaban con miel los labios; cubriábanse las partes obsecas con papel, y cada uno llevaba en la mano un cetro que terminaba en una flor y en un globo de plumas. Sobre el borde del hogar del fuego sagrado, bailaban dos hombres, cargados con una jaula de pino. Durante el baile, los sacerdotes tocaban de cuando en cuando el suelo con los cetros, en actitud de apoyarse en ellos. Todas estas ceremonias tenían su particular significación, y el baile, por causa de la fiesta en que se hacía se llamaba *Toxcochocholla*. En otro sitio separado bailaban los cortesanos y los militares. Los instrumentos músicos, que en los otros bailes ocupaban el centro, en aquel estaban fuera del círculo, de modo que se oyese el son, sin ver á los que lo hacían.

Un año antes se escogía, con la víctima de Tezcatlipoca, el prisionero que debía ser sacrificado á Huitzilopochtli, y le daban el nombre de *Ictococatl*, que quiere decir, sabio señor del cielo. Los dos se presentaban juntos todo el año, con esta diferencia, que adoraban al de Tezcatlipoca, y no al de Huitzilopochtli. En el día de la fiesta vestían al prisionero con un primoroso ropaje de papel pintado, y le ponían en la cabeza una mitra de plumas de águila, con un penacho en la punta. En la espalda llevaba una red, y sobre ella una bolsa, y con este atavío tomaba parte en el baile de los cortesanos. Lo más singular de este prisionero era que él mismo debía señalar la hora de su muerte. Cuando le parecía, se presentaba á los sacerdotes, en cuyos brazos, y no en el altar, le rompía el sacrificador el pecho, y le sacaba el corazón. Terminado el sa-

crificio, empezaban los sacerdotes el baile, que duraba todo el resto del día, interrumpiéndolo tan solo para incensar al ídolo. En esta misma fiesta hacían los sacerdotes una pequeña incisión en el pecho y en el vientre á todos los niños nacidos un año antes. Este era el carácter ó distintivo con que la nación mexicana se reconocía especialmente consagrada al culto de sus dios protector, y esta es la razón que tuvieron algunos escritores para creer que la circuncisión estaba en uso entre aquellas gentes (1). Pero si acaso practicaban esta ceremonia los Yucatecos, y los Totonacas, no así los Mexicanos, ni ninguna otra nación del imperio.

(1) El P. Acosta dice que "los Mexicanos sacrificaban en sus hijos las orejas y el miembro genital, en lo que de algun modo imitaban la circuncisión de los Judios." Pero si este autor habla de los descendientes de los antiguos Aztecas, que fundaron la ciudad de México y cuya historia escribimos, la noticia es enteramente falsa; porque despues de la mas diligente observacion, no se ha podido hallar en ellos el menor vestigio de semejante rito. Si habla de los Totonacas, que por haber sido súbditos del rey de México son llamados Mexicanos por algunos autores, es cierto que hacían á los niños aquella mutilacion. El insípido y mordaz autor de la obra francesa *Recherches philosophiques sur les Americains*, adopta la relacion del P. Acosta, y hace una larga disertacion sobre el origen de la circuncisión, que creó inventada por los egipcios, ó por los etíopes, para preservarse, segun dice, de los gusanos que crian los incircuncisos en la zona tórrida. Afirma que de los egipcios pasó á los hebreos, que no siendo un remedio físico, el fanatismo la convirtió despues en ceremonia religiosa. Quiere hacernos creer que el calor de la zona tórrida es la causa de aquella enfermedad, y que para librarse de ella, adoptaron la circuncisión los Mexicanos y los otros pueblos de América. Pero dejando aparte la falsedad de sus principios, su falta de respeto á los libros santos, su afición á apurar todos los asuntos obscenos, y reduciéndome á lo que tiene relacion con mi historia, protesto que no he hallado jamas entre los Mexicanos, ni entre las naciones sometidas á ellos, el menor vestigio de circuncisión, excepto entre los Totonacas, ni haber tenido noti-

FIESTAS DE LOS MESES SESTO, SEPTIMO, OCTAVO Y NONO.

En el sexto mes, que empezaba á 6 de junio, se celebraba la tercera fiesta de Tlaloc. Adornaban curiosamente el templo con junco del lago de Citlaltepēc. Los sacerdotes que iban á tomarlos, hacian impunemente cuanto daño querian á las gentes que hallaban en el camino, despojándolas de cuanto llevaban, hasta dejarlas algunas veces enteramente desnudas, y dándoles de golpes si hacian la menor resistencia. Era tal la osadía de aquellos hombres, que no solo atacaban á la plebe, sino que quitaban los tributos reales á los recaudadores si acaso daban con ellos, sin que los particulares osasen quejarse de tales excesos, ni el rey imponerles el debido castigo. En el dia de la fiesta comian todo cierto manjar llamado *Etsalli*, de donde el mes tomó el nombre de *Etsalcaualietli*. Llevaban al templo una gran cantidad de

cia de esa enfermedad de gusanos en aquellos países, aunque todos están situados en la zona tórrida, y aunque he pasado en ellos trece años, continuamente visitando enfermos. Además de que si el calor es la causa de la tal dolencia: mas comun debería ser esta en el país nativo del autor, que en las regiones mediterráneas de México, donde el calor es moderadísimo. También se engañó Mr. Maller, citado por él mismo, el cual en su diatriba sobre la circuncision, inserta en la Enciclopedia, creyó, por no haber entendido las espresiones de Acošta, que los Mexicanos cortaban realmente á todos los niños las orejas y las partes genitales, y pregunta maravillado si podian quedar muchos vivos despues de tan cruel operacion. Pero si yo creyese lo que el tal Mr. Maller, preguntaria con mas razon ¿cómo es posible que hubiese habido Mexicanos en el mundo? A fin de que no haya equivocaciones en la lectura de los antiguos historiadores españoles de América, conviene saber, que cuando ellos dicen que los Mexicanos ú otros pueblos de aquel continente *sacrificaban* la lengua, las orejas ú otro miembro, no quieren decir sino que se hacian una incision en él, y se sacaban sangre.

papel de color y de resina elástica, y con esta untaban el papel y la garganta de los ídolos. Despues de tan ridicula ceremonia, sacrificaban algunos prisioneros vestidos como Tlaloc y sus compañeros; y para consumar su crueldad, iban embreados los sacerdotes, con gran muchedumbre de pueblo, á un sitio del lago, donde habia un remolino ó sumidero, y allí sacrificaban dos niños de ambos sexos, ahogándolos en las aguas, á las que arrojaban tambien los corazones de los prisioneros sacrificados en aquella fiesta, con el objeto de impetrar de los dioses la lluvia necesaria á los campos. En aquella misma ocasion privaban del sacerdocio á los ministros del templo, que en el curso del año se habian manifestado negligentes en el desempeño de sus funciones, ó habian sido sorprendidos en un gran delito, que sia embargo no era de pena capital: el modo que tenian de castigarlos era semejante á la burla que hacen los marineros con el que por primera vez pasa la línea; con esta diferencia, que las inmersiones eran tan repetidas y largas, que el pobre tenia que irse á su casa á curarse de una grave enfermedad.

En el sétimo mes, que empezaba á 26 de junio, se celebraba la fiesta de Huixtocihuatl, diosa de la sal. Un dia antes de la fiesta habia un gran baile de mugeres, que bailaban en círculo, agarrándose á una cuerda hecha de ciertas flores, y con guirnaldas de agenjo en la cabeza. En el centro del círculo, habia una muger prisionera vestida como la diosa. Acompañaban el baile con canto, bajo la direccion, uno y otro, de dos sacerdotes viejos y de alta dignidad. El baile duraba toda la noche, y en la mañana siguiente empezaba el de los sacerdotes, que duraba todo el dia, interrumpiéndolo algunas veces con los sacrificios de los prisioneros. Los sacerdo-

tes iban vestidos con mucha decencia, y llevaban en las manos aquellas hermosas flores llamadas en México *compolcochitl*, y en Europa claveles de Indias. Al ponerse el sol se hacia el sacrificio de la prisionera, y terminaba la funcion con grandes banquetes.

Todo aquel mes era de gran alegría para los Mexicanos. En él se ponian la mejor ropa, daban frecuentes bailes, y tenian grandes diversiones en los jardines. Las poesías que cantaban eran de amores ó de otros asuntos agradables. Los plebeyos iban á cazar á los montes, y los nobles hacian juegos y ejercicios militares, ó en el campo, ó con barcos en el lago. Estas alegrías de la nobleza dieron al mes el nombre *Tecuilhuil*, fiesta de los señores, y de *Tecuilhuiontl*, fiesta pequeña de los señores, porque en efecto era pequeña comparada con la del mes siguiente.

Este empezaba el 16 de julio, y en él hacian una gran fiesta á la diosa Centeotl, bajo el nombre de *Xilonen*; pues como ya hemos dicho, le mudaban el nombre segun los progresos del maiz en su crecimiento. En esta ocasion llamábala *Xilonen*, porque la mazorea, cuando aun está tierno el grano, se llama *Xilotl*. Duraba la fiesta ocho días, en los cuales era casi continuo el baile en el templo de la diosa. El rey y los señores daban de comer y beber al pueblo en aquellos días. Los que participaban de aquella generosidad, se ponian en filas en el atrio inferior del templo, y allí se traía la *chiampinotli*, que era cierta bebida, de las mas comunes entre ellos; el *tamalli*, ó pasta de maiz, hecha á modo de rabioles, y otros manjares de que hablaré despues. Enviábase regalos á los sacerdotes: los señores se convidaban mutuamente á comer, y se daban unos á otros, oro, plata, plumas hermosas y animales raros. Cantaban los hechos gloriosos de

sus abuelos, la nobleza y la antigüedad de sus casas. Al ponerse el sol, y despues de la comida del pueblo, bailaban los sacerdotes por espacio de cuatro horas, y entro tanto habia una gran iluminacion en el templo. El último dia era el baile de los nobles y de los militares, en el cual tomaba parte una muger prisionera, que representaba á la diosa, y que era sacrificada despues con las otras víctimas. Así la fiesta como el mes, se llamaban *Huetecuilhuil*, es decir, la gran fiesta de los señores.

En el nono mes, que empezaba en 5 de agosto, se celebraba la segunda fiesta de *Huitzilopochtli*, en la cual, ademas de las ceremonias ordinarias adornaban con flores, no solo los ídolos de los templos, sino tambien los de las casas; por lo cual se llamó el mes *Tlaxochimaco*. La noche antes de la fiesta, se empleaba en preparar las viandas, que al dia siguiente comian con gran algazara y regocijo. Los nobles de ambos sexos bailaban poniéndose las manos en los hombros recíprocamente. Este baile, que duraba todo el dia, terminaba con el sacrificio de algunos prisioneros. Tambien se celebraba con sacrificios, en el mismo mes, la fiesta de *Xacateuctli*, dios del comercio.

FIESTAS DE LOS MESES DECIMO, UNDECIMO, DUODECIMO Y DECIMOTERCIO.

En el décimo mes, que empezaba en 25 de agosto, se hacia la fiesta de *Xiuhtecuati*, dios del fuego. En el mes anterior traian del bosque los sacerdotes un gran árbol, y lo fijaban de pié en el atrio inferior del templo. El dia antes de la fiesta le quitaban las ramas y la corteza, lo adornaban con papel de varios colores, y desde entónces era reverenciado como la imagen del dios. Los dueños de las víctimas se teñian el cuerpo de ocre, para imitar

Esta página no está disponible

Este mensaje se intercala en los documentos digitales donde el documento original en papel no contenía esta página por algún error de edición del documento.

Al momento los creadores de este documento no han localizado esta página.

Preguntas frecuentes:

¿Qué puedo hacer?

Ten por seguro que hemos informado al creador original del documento y estamos intentando reemplazar esta página.

¿Quién convierte estos documentos a formato digital?

Esta tarea se realiza por un grupo de personas que laboran en el proyecto de Biblioteca Digital. Nos esforzamos por convertir documentos originales a una versión digital fidedigna y comunicar a los creadores del documento original de estos problemas para solucionarlos. Puedes contactarnos visitando nuestra página principal en:



<http://biblioteca.itesm.mx>

Esta página no está disponible

Este mensaje se intercala en los documentos digitales donde el documento original en papel no contenía esta página por algún error de edición del documento.

Al momento los creadores de este documento no han localizado esta página.

Preguntas frecuentes:

¿Qué puedo hacer?

Ten por seguro que hemos informado al creador original del documento y estamos intentando reemplazar esta página.

¿Quién convierte estos documentos a formato digital?

Esta tarea se realiza por un grupo de personas que laboran en el proyecto de Biblioteca Digital. Nos esforzamos por convertir documentos originales a una versión digital fidedigna y comunicar a los creadores del documento original de estos problemas para solucionarlos. Puedes contactarnos visitando nuestra página principal en:



<http://biblioteca.itesm.mx>

con ella el rostro al nuevo rey de México, y al general de las armas, después de su elección; pero el general, después de rociado, tenía que beberla. Acabada la consagración de las estatuas, empezaba el baile de ambos sexos, que en todo aquel mes duraba tres ó cuatro horas cada día. Durante el mes había gran efusión de sangre, y los cuatro días anteriores á la fiesta, ayunaban los dueños de los prisioneros que iban á ser sacrificados, los cuales se escogían algún tiempo antes, y se les pintaba el cuerpo de varios colores. En la mañana del día vigésimo, en que se celebraba la fiesta, hacían una grande y solemne procesion. Precedía un sacerdote, alzando en las manos una sierpe de madera, que llamaban *ezpanitli*, y era la insignia de los dioses de la guerra; otro, llevando uno de los estandartes que servían en la guerra. Detrás iba otro sacerdote con la estatua del dios Painalton, vicario de Huitzilopochtli; seguían después las víctimas, los otros sacerdotes y el pueblo. Enemansábase la procesion desde el templo mayor al barrio de *Teotlachco*, donde se detenían para sacrificar dos prisioneros de guerra, y algunos esclavos comprados: seguían á Tlatelolco, á Popoila, á Chalpoltepec; de donde volvían á la ciudad, y después de haber girado por algunos barrios, se restituían al templo.

En este viaje de nueve á diez millas pasaban la mayor parte del día, y donde quiera que se paraban, hacían sacrificios de codornices, y tal vez de víctimas humanas. Cuando llegaban al templo, ponían la estatua de Painalton y el estandarte sobre el altar de Huitzilopochtli. El rey incensaba la estatua hecha de los granos que hemos dicho, y después había otra procesion en torno del templo, la que concluía con el sacrificio de los prisioneros y esclavos que quedaban. Estos sacrifi-

cios se hacían al anochecer. Aquella noche velaban los sacerdotes, y en la mañana siguiente llevaban la estatua de masa de Huitzilopochtli á una gran sala que había en el recinto del templo: allí, sin mas testigos que el rey, los cuatro sacerdotes principales y los cuatro superiores de los seminarios, el sacerdote Quetzalcoatl, que era el jefe de los Tlamacaques ó penitentes, tiraba un dardo á la estatua, con la que le atravesaba de parte á parte. Decían entónces que había muerto su dios, y uno de los sacerdotes sacaba el corazón á la estatua, y lo daban á comer al rey. El cuerpo se dividía en dos partes, una para los Tlatelolcos y otra para los Mexicanos. Esta volvía á dividirse en cuatro partes para los cuatro barrios de la ciudad, y cada una de ellas en tantos pedacillos, cuantos hombres había en el barrio. Esta ceremonia se llamaba *Tecuvalo*, que vale tanto como *dios comido*. Las mugeres no probaban aquella pasta, quizás por estar escluidas del ejercicio de las armas. No sabemos si hacían el mismo uso de la estatua del hermano del dios. Daban á este mes los Mexicanos el nombre de *Panquetzalitzli*, que significa enarbolarse el estandarte, con alusion al que llevaban en la procesion que hemos descrito. En este mes se ocupaban en reparar los limites y vallados de los campos.

En el mes décimosesto, que empezaba á 23 de diciembre, se hacía la quinta y última fiesta de los dioses del agua y de los montes. Preparábase á ella con las acostumbradas penitencias, con oblaciones de copal y de otras resinas aromáticas. Hacían por voto ciertas figurillas de montes, que consagraban á aquellos númenes, y unos idollitos de masa de varias semillas, á los cuales, después de haberlos dorado, abrían el pecho, sacaban el corazón y cortaban la cabeza, imitando las cere-

monias de los sacrificios. El cuerpo se dividía por cada cabeza de familia entre sus domésticos, á fin de que comiéndolo se preservasen de ciertas enfermedades, á que creían que estaban espuestos los negligentes en el culto de los ídolos. Quitaban las ropas que habían puesto á los idolillos, y guardaban las cenizas en los oratorios, como también las vasijas en que los habían amasado. Además de estos ritos que se hacían en las casas, inmolaban víctimas humanas en los templos. En los cuatro días que precedían á la fiesta, había un rigoroso ayuno, con efusión de sangre. Llamaban á este mes *Atemostli*, que significa descenso de las aguas, por lo que después veremos (1).

En el mes décimoséptimo, que empezaba el 12 de enero, se celebraba la fiesta de la diosa *Iamatecutli*. Escogían una prisionera que la representase, y la vestían como el ídolo. Hacía bailar sola, al compás de una canción que entonaban unos sacerdotes, y permitíanle afigirse por su próxima muerte, lo que en los otros prisioneros se creía ser de mal agüero. El día de la fiesta, al ponerse el sol, los sacerdotes, adornados con las insignias de varios dioses, la sacrificaban del modo ordinario: cortábanle la cabeza, y tomándola en las manos uno de ellos, empezaba á bailar, y los otros lo seguían. Los sacerdotes corrían por las escaleras del templo, y al día siguiente se divertía el pueblo en un juego algo parecido á los lupercales de los romanos; pues corría por las calles y

golpeaba con sacos de heno á todas las mugeres que encontraba. El mismo mes se celebraba la fiesta de *Mictlanteuctli*, dios del infierno, con el sacrificio nocturno de un prisionero, y la segunda de *Xacateuctli*, dios de los mercaderes. El nombre *Tititl* (1), que daban á este mes, significa el espeluzno que por aquel tiempo ocasiona el frío.

En el décimo-octavo y último mes, que empezaba á 1º de febrero, se hacía la segunda fiesta del dios del fuego. El día 10 salía toda la juventud á caza de fieras en los bosques, y de pájaros en el lago. El 16 se apagaba el fuego del templo y de las casas, y hacían el nuevo delante del ídolo, que estaba adornado para esta solemnidad con plumas y joyas. Los cazadores presentaban á los sacerdotes todo cuanto habían cogido, y de aquello se ofrecía una parte en holocausto á los dioses, la otra se sacrificaba y condimentaba para la nobleza y los sacerdotes. Las mugeres hacían oblacones de tamalli, que se distribuían entre los cazadores. Una de las ceremonias de esta fiesta era perforar las orejas á los niños de uno y otro sexo, para ponerles pendientes; pero lo más singular era que no se hacía sacrificio de víctimas humanas.

Celebrábase además en el mismo mes la fiesta segunda de la madre de los dioses, de la que nada se sabe sino la práctica ridícula de levantar en el aire por las orejas á los muchachos, creyendo que de este modo llegarían á una alta estatura. Tampoco puedo decir nada acerca del nombre *Izcalli* que daban á este mes. *Izcalli* quiere decir, hé aquí la casa; pero la

[1] El dominicano Martín de León dice que *Atemoztli* significa el altar de los dioses; pero su verdadero nombre es *Teomoztli*. Boturini dice que aquel nombre es síncope de *Ateomoztli*; pero estas síncoas no estaban en uso entre los Mexicanos: además de que la figura de este mes, que es la imagen de las aguas, atravesada en la escalera de un gran edificio, expresa claramente el descenso de las aguas, significado por la voz *Atemoztli*.

(1) León dice que *Tititl* significa nuestro vientre: los que saben la lengua mexicana echarán de ver que este nombre sería un gran solecismo.

interpretación que le dan Torquemada y Leon, me parece demasiado violenta.

Cumplidos el 20 de febrero los diez y ocho meses del año mexicano, empezaban en el 21 los cinco días Nemoctémi, en los cuales no se celebraba ninguna fiesta, no se emprendía ningún negocio ni pleito, porque se creían infaustos. El que nacía en estos días, si era varón se llamaba *Nemogüichli*, es decir, hombre inútil; y si muger, *Nemihuatl*, muger inútil.

Las fiestas anuales eran mas solemnes en el *Teoxihuill*, ó año divino, que era el que tenia por carácter el conejo. Entónces eran mas numerosos los sacrificios, mas abundantes las oblacones, y mas solemnes los bailes, especialmente en Tlaxcala, Huextotzaco y Cholula. Igualmente era mas solemne la celebracion de las fiestas en el principio de cada período de trece años, esto es, en los años primer conejo, primera caña, primer pedernal y primera casa.

FIESTA SECULAR.

Pero la mayor y mas solemne de las fiestas, no solo entre los Mexicanos, sino en todas las naciones de aquel imperio, y en las vecinas á él, era la secular que se hacia de cincuenta y dos en cincuenta y dos años. La última noche del siglo apagaban el fuego en los templos y en las casas, y rompian los vasos, las ollas y toda su vajilla. Así se preparaban al fin del mundo, que temian debia de llegar al fin de cada siglo. Salian del templo y de la ciudad los sacerdotes, vestidos y adornados como los diferentes dioses, y acompañados de un tropel inmenso, se encaminaban al monte Huixachtli, cerca de la ciudad de Iztapalapan, á mas de seis millas de la capital. Arreglaban de tal modo su viaje, por la observacion de las estrellas, que pudiesen llegar al monte un poco antes de media noche, en cuya cima

debía hacerse la renovacion del fuego. Entre tanto el pueblo estaba en gran sobresalto, esperando por un lado la seguridad de un nuevo siglo, con el nuevo fuego y temiendo por otro la ruina del mundo, si por disposicion de los dioses no se hubiera encendido. Los maridos cubrian el rostro á las mugeres preñadas con hojas de maguey, y las encerraban en los graneros, temerosos de que se convirtiesen en fieras, y los devorasen. Tambien cubrian el rostro á los niños, y no los dejaban dormir, para evitar que se transformasen en ratones. Los que no habian ido con los sacerdotes, subian á las azoteas, para observar el éxito de la ceremonia. El oficio de sacar el fuego tocaba esclusivamente á un sacerdote de Cozaco, que era uno de los barrios de la ciudad. Los instrumentos con que se sacaba, eran, como despues diremos, dos pedazos de leña, y la operacion se hacia sobre el pecho de un prisionero de alta gerarquía, que despues sacrificaban. Cuando se encendia el fuego, todos prorrumpan en exclamaciones de gozo. Hacíase una gran hoguera en el mismo monte, para que se viese de léjos, y en ella quemaban á la víctima sacrificada. Todos iban con anhelo á tomar de aquel fuego sagrado, para llevarlo con la mayor prontitud posible á sus casas. Los sacerdotes lo llevaban al templo mayor de México, de donde se proveian todos los habitantes de aquella capital. Los trece dias siguientes á la renovacion del fuego, que eran los intercalares, que se introducian entre uno y otro siglo, para ajustar el año al curso solar, se ocupaban en componer y blanquear los edificios públicos y privados, y en comprar nueva vajilla y nueva ropa, para que todo fuese, ó pareciese nuevo, al principio del nuevo siglo. El primer día de aquel año y de aquel siglo, que era,

como hemos dicho, el 26 de febrero, á nada era lícito beber agua ántes de medio día. A la misma hora empezaban los sacrificios, cuyo número correspondía á la solemnidad de la fiesta. Resonaban por todas partes las voces de júbilo, y las mutuas enhorabuenas por el nuevo siglo que el cielo les concedía. Las iluminaciones de las primeras noches eran magníficas, y no meos espléndidos y suntuosos los convites, los bailes, las galas y los juegos públicos. Entre ellos se hacía, en medio de un gran concurso, y con las mayores demostraciones de alegría, el juego de los voladores, de que despues hablaremos, en el cual había cuatro voladores, y cada uno daba trece vueltas, para significar los cuatro períodos de trece años de que se componía el siglo.

Lo que hemos dicho hasta ahora acerca de las fiestas de los Mexicanos, muestra claramente cuán supersticiosos eran los pueblos antiguos de Anáhuac; y todavía se hará mas patente en los pormenores que vamos á ofrecer al lector sobre los ritos que observaban en el nacimiento de sus hijos, en sus matrimonios y en sus exéquias fúnebres.

RITOS DE LOS MEXICANOS EN EL NACIMIENTO DE SUS HIJOS.

Cuando salía á luz el niño, la partera, despues de haberlo cortado el cordón umbilical, y enterrado la secundina, le lavaba el cuerpo, diciéndole estas palabras: "Recibe el agua, pues tu madre es la diosa Chalchiucueye. Este baño te lavará las manchas que sacaste del vientre de tu madre, te limpiará el corazon, y te dará una vida buena y perfecta." Despues, volviéndose á la diosa, le pedia la misma gracia; tomando otra vez el agua con la mano derecha, y soplando en ella, humedecía la boca, la cabeza y el pecho del niño. Seguía á esto un baño general, du-

raute el cual decía la partera: "Descienda el dios invisible á esta agua, y te borre todos los pecados y todas las inmundicias, y te libre de la mala fortuna;" y dirigiendo la palabra al niño, continuaba: "Niño gracioso, los dioses Ometeuctli y Omecihuatl te criaron en el lugar mas alto del cielo, para enviarte al mundo; pero ten presente que la vida que empiezas es triste, dolorosa, llena de males y de miserias: no podrás comer pan sin trabajar. Dios te ayude en las muchas adversidades que te aguardan;" y acababa la ceremonia dando la enhorabuena á los padres y parientes del recién nacido. Si este era hijo de rey ó de algun señor, visitaban al padre sus principales súbditos, para felicitarlos, y vaticinar buena suerte al niño (1).

Dado aquel primer baño, consultaban á los adivinos sobre la buena ó mala dicha del niño, informándolos ántes, del día y de la hora de su nacimiento. Los adivinos consideraban la calidad del signo propio de aquel día, y del signo dominante en aquel período de trece años, y si había nacido á media noche, comparaban el del día que acababa, y el del que empezaba: hechas estas observaciones, declaraban la buena ó mala fortuna del infante. Si era infausta, y lo era tambien

(1) En Guatemala y otras provincias vecinas se celebraba el nacimiento de los hijos con mas solemnidad y supersticion. Inmediatamente despues de aquel suceso, se sacrificaba un pavo. El baño se verificaba en algun río ó fuente, donde hacían oblationes de copal, y sacrificios de papagayos. El cordón umbilical se cortaba sobre una mazorca de maiz, y con un cuchillo nuevo, el cual se arrojaba inmediatamente al río. Sembraban el grano de aquella mazorca, y la cuidaban con el mayor esmero, como una cosa sagrada. La cosecha que de él provenia, se dividía en tres partes una para el adivino, otra para que sirviese de alimento al niño, y guardaban la tercera, para que este la sembrase cuando estuviere en edad de hacerlo.

el quinto día después del nacimiento, que era cuando se daba el segundo baño, se prorrogaba esta ceremonia para otro día más favorable. A esta ceremonia, que era más solemne que la primera, convidaban á todos los parientes y amigos, y á muchos niños; y si eran gentes acomodadas, daban un gran banquete, y regalaban vestidos á todos los convidados. Si el padre era militar, preparaba para aquel día un pequeño arco, cuatro flechas del mismo tamaño, y un traje acomodado al cuerpo del niño, de la misma hechura que el que había de usar siendo adulto. Si era artesano ó labrador, preparaba algunos instrumentos pequeños, análogos á su oficio ó profesión. Si era niña, le apercebían un traje correspondiente á su sexo, un huso pequeño, ó algún otro utensilio para tejer. Encendían muchas luces, y la partera, tomando al niño en brazos, lo llevaba por todo el patio de la casa, y lo colocaba sobre un montón de hojas, junto á una vasija llena de agua, y puesta en medio del patio. Allí lo desnudaba diciendo: "Hijo mío, los dioses Omecuecutli y Omecihualli, señores del cielo, te han mandado á este triste y calamitoso mundo. Recibe esta agua, que ha de darte la vida." Después de haberle limpiado la boca, la cabeza y el pecho, con fórmulas semejantes á las del primer baño, le lavaba todo el cuerpo, y frotándole cada uno de sus miembros, le decía: "¿Dónde estás, mala fortuna! anda fuera de este niño." Dicho esto, lo alzaba para ofrecerlo á los dioses, rogándoles que lo adornasen con todas las virtudes.

La primera oración se hacía á las dos divinidades mencionadas; la segunda á la diosa de las aguas; la tercera, á todos los dioses, y la cuarta al sol y á la tierra: "Tú, sol, decía la partera, padre de todos los vivientes, y tú, tierra, nuestra madre,

acoged á este niño, y protegedlo como á hijo vuestro; y pues nació para la guerra (si su padre era militar), muera en ella defendiendo el honor de los dioses, á fin de que pueda gozar en el cielo las delicias destinadas á todos los hombres valientes, que por tan buena causa sacrifican sus vidas." Poníale en seguida en las manitas los instrumentos del arte que debía ejercer, con una oración dirigida al dios tutelar de aquella profesión. Si el niño era hijo de militar, las pequeñas armas que servían en aquella ceremonia se enterraban en un campo, donde se sospechaba que podría pelear en el porvenir; y los utensilios mugeriles, si era hembra, en la misma casa, debajo del metlatl, ó piedra para moler el maíz. En aquella misma ocasión se hacía, según Boturini, la ceremonia de pasar cuatro veces al niño por sobre las llamas.

Antes de poner los instrumentos en las manos del recién nacido, rogaba la partera á los niños convidados, que le pusiesen nombre, y ellos le daban el que les habían sugerido los padres. Después lo vestía la partera, y lo ponía en la cuna, rogando á Xoalticiltl, diosa de las cunas, que lo calentase y guardase en su seno, y á Xoaltecutli, dios de la noche, que lo adornase.

El nombre que se daba al niño se tomaba á veces del signo del día de su nacimiento (lo que sucedía más frecuentemente entre los Mixtecos) como *Macuil-coatl*, ó quinta sierpe, *OmeCALLI*, ó segunda casa. Otras veces de las circunstancias ocurridas en el nacimiento, como sucedió á uno de los cuatro gefes que regían la república de Tlaxcala cuando llegaron los españoles, pues se le llamó *Cittalpopoca*, ó estrella humeante por haber nacido en tiempo de un cometa. Al que nacía el día de la renovación del fue-

go si era varon, se le llamaba *Molpilli*, y si era hembra *Gidmeneth*, aludiendo ambos nombres á las particularidades de aquella fiesta. Tambien se daban frecuentemente á los varones nombres de animales, y á las hembras de flores, en lo que probablemente seguirian los sueños de los padres, ó los consejos de los adivinos. Por lo comun no se daba mas que un nombre; pero los varones solian adquirir un sobrenombre con sus proezas, como sucedió á Moctezuma I, que por sus hazañas se llamó *Ihuicamina*, y *Tlacote*.

Terminadas las solemnidades del baño, se daba el convite, en el cual cada uno procuraba lucir segun sus facultades. En estos casos solian beber mas de lo acostumbrado; pero no salia de casa el desconcierto de la embriaguez. Las luces se tenían encendidas hasta consumirse, y se tenía particular esmero en conservar el fuego, durante los cuatro dias que mediaban entre el primero y el segundo baño; porque si se apagaba, creían que era mal agüero para el niño. Esta misma celebridad se repetía cuando lo destetaban, que era á la edad de tres años (1).

RITOS NUPCIALES.

En los casamientos, aunque habia ritos supersticiosos, como en todas las operaciones de aquellas gentes, nada se hacia sin embargo contrario á las leyes del pudor. Estaba severamente prohibido, como despues veremos, tanto por las leyes de México, como por las de Michuacan, todo enlace matrimonial entre parientes en primer grado de consanguinidad ó de afinidad, es-

(1) En Guatemala se hacían las mismas fiestas cuando el niño empezaba á andar, y por siete años continuos se celebraba el aniversario de su nacimiento.

cepto entre cuñados (1). Los padres eran los que contrataban el matrimonio, y jamas se celebraba sin su consentimiento. Cuando el hijo llegaba á la edad de poder sostener las cargas del estado, que en los hombres era de veinte á veintidos años, y en las mugeres á los diez y siete ó diez y ocho, buscaban sus padres una esposa que le conviniese; pero ántes consultaban á los adivinos, y estos, despues de haber considerado los dias del nacimiento de los novios, decidían de la felicidad ó la desgracia del consorcio. Si por la combinacion de los signos declaraban infausta la alianza, se dejaba aquella doncella y se buscaba otra. Si el pronóstico era feliz, se pedía la doncella á sus padres, por medio de unas mugeres, que se llamaban *cihuatlanque*, ó solicitadoras, que eran las mas respetables de la familia del novio. Estas iban por primera vez á media noche á casa de la futura, llevaban un regalo á sus padres, y la pedían con palabras humildes y discretas. La primera demanda era infaliblemente desechada, por ventajoso que fuese el casamiento, y por mucho que

(1) En el libro IV, tít. 2, del tercer concilio provincial de México, se supone que los gentiles de aquel Nuevo-Mundo se casaban con sus hermanas; pero es necesario saber que el celo de aquellos padres no se limitaba al imperio mexicano, en que no se permitían aquellos consorcios, sino que se estendía á los bárbaros Chichimecas y Panuquees, y á otras naciones mas desarregladas en sus costumbres. No hay duda que el concilio habia de aquellos bárbaros que á la sazón (en 1685) se iban reduciendo al cristianismo, no ya de los Mexicanos, ni de los otros pueblos sometidos á ellos, que se habían convertido muchos años ántes. Además que en el intervalo de los cuatro años que mediaron entre la conquista y la publicacion del Evangelio, se introdujeron en aquellas naciones muchos abusos que no habían sido tolerados en tiempo de sus reyes, como lo testifican los misioneros apóstólicos que se emplearon en su conversion.

gustase á los padres, los cuales pretestaban de cualquier modo su repugnancia. Pasados algunos dias volvian aquellas mugeres á hacer la misma peticion, usando de ruegos y razones para apoyarla, y dando cuenta de las preudas y bicus del jóven, de lo que podia dar en dote á la doncella, y preguntando en fin lo, que esta poseia. Esta segunda vez respondian los padres que ántes de resolverse era necesario consultar la voluntad de su hija, y la opinion de los parientes. Las mugeres no volvian mas, y los padres enviaban la respuesta decisiva por medio de otras de su familia.

Obtenida finalmente una respuesta favorable, y señalado el dia de la boda, despues de haber los padres de la doncella exhortádola á la fidelidad y á la obediencia á su marido, y á observar una conducta honrosa á su familia, la conducian con gran acompañamiento y música á casa del suegro, y si era noble la llevaban en una litera. El novio y los suegros la recibian á la puerta de su casa, precedidos por cuatro mugeres que llevaban luces en las manos. Al llegar se encensaban mutuamente los novios. El jóven tomaba por la mano á la doncella, y la conducia á la sala destinada á celebrar la boda. Ponianse los dos en una estera nueva, y curiosamente labrada, que estaba colocada en medio de la pieza, y junto al fuego que se habia preparado para aquella ocasion. Entónces un sacerdote ataba una punta del *huepilli*, ó camisa de la doncella, con otra del *tilmathí*, ó capa del jóven, y en esto consistia esencialmente el contrato matrimonial. Daba despues ella siete vueltas en torno del fuego, y vuelta á la estera, ofrecia con el novio un poco de copal á los dioses, y ambos se hacian algunos mútuos regalos. Seguia el banquete. Los esposos comian

en la estera, sirviéndose uno á otro, y los convidados en sus sitios. Cuando estos se habian animado con el vino, que no se caseaba en aquellas ocasiones, salian á bailar al patio, quedando los esposos en aquella estancia durante los cuatro dias siguientes, sin salir de ella sino á media noche para incensar á los ídolos y hacerles oblaciones de diversas especies de manjares. Aquel tiempo lo pasaban en oracion y ayuno, vestidos con trages nuevos y adornados con las insignias de los dioses de su devocion, sin abandonarse al menor exceso indecente, porque creian que seria inevitable el castigo del cielo, si cometiesen tal debilidad. En aquellas noches sus camas eran dos esteras nuevas de junco, cubiertas con unos lienzos pequeños, teniendo en medio unas plumas y una piedra preciosa llamada *chalchihuitl*. En los cuatro ángulos ponian cañas verdes, y espinas de maguey, para sacarse sangre de la lengua y de las orejas, en honor de sus dioses. Los sacerdotes eran los que hacian las camas para santificar el matrimonio; pero ignoro el misterio de la joya, de las plumas y de las cañas. Hasta la cuarta noche no se consumaba el matrimonio, creyendo que seria infausto, si se anticipaba la consumacion. En la mañana siguiente se lavaban, se vestian de nuevo, y los convidados se adornaban la cabeza con plumas blancas, las manos y los piés con plumas rojas. Conclufese la funcion con regalar trages á los convidados, segun las facultades de los esposos, y con llevar al templo las esteras, los lienzos, las cañas y los manjares presentados á los ídolos.

Estos usos no eran tan generales en el imperio que no hubiese algunas particularidades en ciertos países. En Icheatlan, el que queria casarse, se presentaba á los sacerdotes y estos lo conducian al templo,

donde delante de los ídolos que en él se adoraban, le cortaban algunos cabellos, y enseñándolo al pueblo, gritaban: "Este quiero casarse." De allí lo hacían bajar y tomar la primer mujer libre que encontraba, como si aquella fuese la que le destinasen los dioses. La que no lo quería por marido evitaba acercarse al templo en aquella ocasion, á fin de no verse obligada á casarse con él. Por lo demas se conformaban á los ritos nupciales de los Mexicanos.

A los Otomites era lícito abusar de cualquiera soltera, antes de casarse. Cuando alguno de ellos se casaba, si en la primera noche hallaba en la mujer algo que le desagradase, podia repudiarla el día siguiente; pero si se mostraba contento aquella vez, ya no le era permitido dejarla. Ratificado de este modo el matrimonio, se retiraban los esposos á hacer penitencia de los antiguos deslices, por veinte ó treinta dias, durante los cuales se abstentian de los placeres sensuales, se sacaban sangre, y se bañaban frecuentemente.

Entre los Mixtecas, ademas de la ceremonia de anudar los trajes de los esposos, les cortaban parte de los cabellos, y el novio llevaba en hombros á la novia.

La poligamia era permitida en el imperio mexicano. Los reyes y los señores tenian gran número de mugeres; pero es de creer que solo con las principales observasen todas aquellas ceremonias, limitándose con las otras al acto de anudar los vestidos.

Los teólogos y los canonistas españoles que pasaron á México inmediatamente despues de la conquista, como no estaban instruidos en los usos de aquellos pueblos, tuvieron dudas acerca de sus matrimonios; pero habiendo aprendido despues la lengua, y examinando diligentemente este y otros puntos importantes, reconocieron

sus casamientos por verdaderos y legítimos. El papa Paulo III, y los concilios provinciales de México, mandaron, segun los cánones, que todos aquellos que abrazasen la fe cristiana, conservasen la primera mujer con quien se habian casado, y se separase de las otras.

EXEQUIAS.

En nada eran tan supersticiosos los Mexicanos como en sus ritos fúnebres. Cuando alguno moria, se llamaba á ciertos maestros de ceremonias mortuorias, que eran por lo comun hombres de cierta consideracion. Estos, habiendo cortado muchos pedazos de papel, cubrian con ellos el cadáver, y tomando un vaso de agua, se le esparcian por la cabeza, diciendo que aquella era el agua que se formaba durante la vida del hombre. Vestíanlo despues de un modo correspondiente á su condicion, á sus facultades y á las circunstancias de su muerte. Si el muerto habia sido militar, lo vestian como el ídolo de Huitzilopochtli; si mercader, como el de Xacatectli; si artesano, como el del protector de su oficio. El que moria ahogado, se vestia como el de Tlaloc; el que era ajusticiado por adúltero, como el de Tlazoteotl, y el borracho como el de Tezcatzoncatl, dios del vino. Así que, como dice Gomara, mas ropa se ponian despues de muertos, que cuando estaban en vida.

Poníanle despues entre los vestidos un jarro de agua, que debia de servirle para el viaje al otro mundo, y dábanle sucesivamente algunos pedazos de papel, explicándole el uso de cada uno de ellos. En el primero decian al muerto: "Con este pasarás sin peligro entre los dos montes que están peleando." Al segundo: "Con este caminarás sin estorbo por el camino defendido por la gran serpiente."

“Al tercero: “Con este irás seguro por el sitio en que está el gran cocodrilo Xochitonal.” El cuarto era un salvoconducto para los ocho desertos; el quinto para los ocho collados; y el sexto para el viento agudo, pues fingían que debían pasar por un sitio llamado *Izehocayan*, donde reinaba un viento tan fuerte que levantaba las piedras, y tan sutil que cortaba como un cuchillo. Por lo mismo quemaban los vestidos del muerto, sus armas y algunas provisiones, para que el calor de aquel fuego lo preservase del frío de aquel viento terrible.

Una de las principales y mas ridículas ceremonias era la de matar un *techichi*, cuadrúpedo doméstico, como ya hemos dicho, semejante á nuestros perros, con el objeto de que acompañase al difunto en su viaje. Atábanle una cuerda al cuello, para que pasase el profundo río de *Chinahuayan*, ó de las nueve aguas. Enterraban al *techichi*, ó lo quemaban con su amo, segun el género de muerte que este habia tenido. Mientras los maestros de ceremonias encendían el fuego en que debía quemarse el cadáver, los otros sacerdotes entonaban un himno fúnebre. Despues de haberlo quemado, recogían en una olla todas las cenizas, y entre ellas ponían una joya de poco ó mucho precio, segun las facultades del muerto, la cual decían que debía servirle de corazón en el otro mundo. La olla se enterraba en una huesa profunda, y durante cuatro dias hacían sobre ella oblationes de pan y vino.

Tales eran los ritos fúnebres de la gente ordinaria; pero en las exéquias de los reyes, y respectivamente en las de los señores y otras personas de alta gerarquía, intervenían otras particularidades dignas de notarse. Cuando el rey enfermaba, dice Gomara, se ponían máscaras á los ídolos de Huitzilopochtli y Tezcatlipoca, y no

se las quitaban, hasta que sanaba ó moría; pero lo cierto es que el ídolo de Huitzilopochtli tenía siempre dos máscaras. Al punto que el rey de México espiraba, se publicaba la noticia con gran aparato, y se avisaba á todos los señores, ora estuviesen en la corte, ora fuera de ella, para que asistiesen á las exéquias. Entre tanto colocaban el cadáver real en primorosas esteras, y le hacían la guardia sus domésticos. Al cuarto ó quinto dia, cuando ya habian llegado los señores con sus trages de gala, hermosas plumas, y los esclavos que debían acompañarlos en la ceremonia, ponían al cadáver quince ó mas vestidos finísimos de algodón de varios colores; adornábanlo con joyas de oro, plata y piedras preciosas; le suspendían del labio inferior una esmeralda, que debía servirle de corazón; cubríanle el rostro con una máscara, y sobre los tragos le ponían las insignias del dios en cuyo templo ó atrio debían enterrarse las cenizas. Cortábanle una parte del cabello, y con otra que le habian cortado en su infancia, la guardaban en una cajita para perpetuar, como ellos decían, la memoria del difunto. Sobre esta cajita colocaban su retrato, de madera ó de piedra. Despues mataban al esclavo que le habia servido de capellan, ó cuidado de su oratorio, y de todo lo correspondiente al culto privado de sus dioses, á fin de que tuviese el mismo empleo en el otro mundo.

Hacían despues la procesion fúnebre, llevando el cadáver, acompañado de los parientes, de toda la nobleza, y de las mugeres del muerto, las cuales expresaban su dolor con llantos y otras demostraciones. La nobleza llevaba un gran estandarte de papel, y las armas ó insignias reales. Los sacerdotes cantaban sin acompañamiento instrumental. Al llegar al atrio inferior del templo, salían los sumos sacerdotes,

con sus ministros, á recibir el cadáver, y sin detenerse lo colocaban en la pira, que estaba dispuesta en el mismo atrio, y se componia de leña olorosa y resinosa, con una gran cantidad de copal y otros aromas. Mientras ardía el real cadáver, con todas sus ropas, insignias y armas, sacrificaban al pié de la escalera del templo un gran número de esclavos, tanto de los del rey muerto, como de los que habian presentado para aquella solemnidad los señores. Tambien se sacrificaban algunos hombres irregulares y monstruosos de los que tenia en sus palacios, para que lo divirtiesen en el otro mundo, y por la misma razon mataban algunas de sus mugeres (1). El número de víctimas correspondia á la grandeza del funeral, y segun algunos autores, llegaban algunas veces á doscientas. No faltaba entre tantos infelices el techichi, pues creian que sin aquel conductor, no era posible salir de algunos senderos tortuosos que se hallaban en el camino del otro mundo.

Al dia siguiente recogian las cenizas, los dientes que habian quedado enteros y la esmeralda que le habian puesto en el labio, y todo junto se guardaba en la cajita que contenia los cabellos, y esta se depositaba en el sitio destinado para sepulcro. En los cuatro dias siguientes hacian sobre él oblaçiones de manjares. A los cinco dias sacrificaban algunos esclavos, y el mismo sacrificio se repetia á los

veinte, á los cuarenta, á los sesenta y á los ochenta. Desde entónces ya no se sacrificaban mas víctimas humanas; sino que cada año se celebraba un aniversario con sacrificios de conejos, de mariposas, de codornices y otros pájaros, y con oblaçiones de pan, vino, copal, flores y unas cañas llenas de materias aromáticas, que llamaban *acayótl*. Este aniversario se celebraba cuatro años seguidos.

La mayor parte de los cadáveres se quemaban: solo se enterraban enteros los de aquellos que morian ahogados ó de hidropesía, ó de no sé que otra enfermedad; pero ignoro la causa de esta diferencia.

LOS SEPULCROS.

No habia sitios determinados para enterrar los cadáveres. Algunas veces se enterraban las cenizas cerca de algun templo ó altar; otras en el campo, otras en los lugares sagrados de los montes donde solian hacer los sacrificios. Las cenizas de los reyes y de los otros señores se depositaban por lo comun en las torres de los templos, especialmente en las del templo mayor (1). Junto á Teotihuacan, ciudad célebre por los muchos templos que contenia, habia innumerables sepulcros. Los de los que enterraban enteros, eran, segun el conquistador anónimo, que los vió, unas huesas profundas, revestidas por dentro de piedra y cal, y el cadáver estaba sentado sobre un *icpalli* ó silla baja con los instrumentos de su arte ó profesion. El militar se enterraba con un escudo y una espada; la muger, con un huso, una escoba y un *xicalli*, cierto vaso natural de que despues hablaremos; los ricos con oro y joyas, y todos con gran provision de co-

(1) El P. Acosta dice que en las exéquias de los señores se sacrificaban todas las personas que estaban en su casa. Pero esto es absolutamente falso ó increíble, pues si así hubiera sido, en poco tiempo se hubiera estinguído toda la nobleza mexicana. No hay memoria de haberse sacrificado en las exéquias del rey ninguno de sus hermanos, como afirma aquel autor. ¿Cómo es posible que existiese tal uso cuando entre los hermanos del rey muerto se debia escoger su sucesor segun las leyes del reino?

(1) Solís, en su Historia de la conquista de México, afirma que las cenizas de los reyes se depositaban en Chapultepec; mas esto es falso y contrario á la deposicion de Cortés, cuyo panegirico escribió, de Bernal Diaz y de otros testigos oculares.

mestibles para el largo viaje que iban á emprender. Los conquistadores españoles, noticiosos del oro que contenian los sepulcros de los señores mexicanos, escavaron algunos, y encontraron grandes cantidades de aquel precioso metal. Cortés dice en sus Cartas, que en una entrada que hizo en la capital, cuando estaba sitiada por su ejército, los soldados hallaron mil y quinientos castellanos, ó doscientas cuarenta onzas de oro, en un sepulcro que habia en la torre del templo. El conquistador anónimo asegura haber presenciado la escavacion de un sepulcro, del cual se sacaron cerca de tres mil castellanos.

Los Chichimecas enterraban los cadáveres en las cuevas de los montes; pero cuando se civilizaron algun tanto, adoptaron en este y en otros usos, los ritos y costumbres de los Acolhuas, que eran casi las mismas que las de los Mexicanos.

Los Mixtecas conservaron en parte los usos antiguos de los Chichimecas, pero en algunas cosas se singularizaron. Cuando se enfermaba alguno de sus señores, se hacian oraciones públicas, votos y sacrificios por su salud. Si sanaba, habia grandes regocijos; si moria, continuaban hablando de él, como si aun estuviese vivo: ponian delante del cadáver á uno de sus esclavos, lo vestian con la ropa de su señor, le cubrian el rostro con una máscara, y por espacio de un día le hacian los mismos ho-

nores que solian al difunto. A media noche, se apoderaban cuatro señores del cadáver, para sepultarlo en algun bosque ó cueva, especialmente la que se creia ser la puerta del paraíso; y al volver, sacrificaban al esclavo y lo ponian en una laca, con los adornos é insignias de su efímera autoridad, pero sin cubrirlo de tierra. Cada año se hacia una fiesta del último señor que habia muerto, en la cual se celebraba su nacimiento; pero de su muerte no se hablaba jamas.

Los Zapotecas embalsamaban el cadáver del señor principal de su nacion. Ya en los tiempos de los primeros reyes chichimecas, estaba en uso en aquellas naciones los compuestos aromáticos para preservar algun tiempo los cadáveres de la corrupcion; pero no sabemos lo que hiciesen con frecuencia.

Lo que he dicho hasta ahora, es cuanto sé acerca de la religion de los Mexicanos. La vanidad de su culto, la supersticion de sus ritos, la crueldad de sus sacrificios, y los rigores de su austeridad, harán mas manifiestas á sus descendientes las incomparables ventajas que les ha traído la dulce, pura y santa doctrina de Jesucristo; y los escitarán á dar gracias al Padre de las misericordias, por haberlos llamado á la luz maravillosa del Evangelio, habiendo dejado perecer á sus antepasados en las tinieblas del error.



LIBRO SETIMO.

Gobierno político, militar y económico de los Mexicanos, esto es, el rey, los señores, los doctores, los embajadores, las dignidades y los magistrados; los jueces, leyes, juicios y penas; milicia, agricultura, caza, pesca y comercio; jergos, trages, alimentos y muebles; idioma, poesía, música y baile; medicina, historia y pintura; escultura, fundicion y mosaicos; arquitectura, y otras artes de aquella nacion.

EDUCACION DE LA JUVENTUD MEXICANA.

En el gobierno público, y en el doméstico de los Mexicanos, se notan rasgos tan superiores de discernimiento político, de celo por la justicia, y de amor al bien general, que parecerian de un todo inverosímiles, si no constasen por sus mismas pinturas, y por la deposicion de muchos autores diligentes é imparciales, que fueron testigos oculares de una gran parte de lo que escribieron. Los que insensatamente creen conocer á los antiguos Mexicanos en sus descendientes, ó en las naciones del Canadá y de la Luisiana, atribuirian á fábulas inventadas por los españoles, cuanto vamos á decir acerca de su civilizacion, de sus leyes y de sus artes. Por no violar, sin embargo, las leyes de la historia, ni la fidelidad debida al público, espondré sinceramente cuanto me ha parecido cierto, sin temor de la censura de los críticos.

La educacion de la juventud, que es el

principal apoyo de un estado, y lo que mejor da á conocer el carácter de cualquiera nacion, era tal entre los Mexicanos, que bastaria por sí sola á confundir el orgulloso desprecio de los que creen limitado á las regiones europeas el imperio de la razon. En lo que voy á decir sobre este asunto, tendré por guias las pinturas de los Mexicanos, y los escritores mas dignos de crédito.

“Nada, dice el P. Acosta, me ha maravillado tanto, ni me ha parecido tan digno de alabanza y de memoria, como el orden que observaban los Mexicanos en la educacion de sus hijos.” En efecto es difícil hallar una nacion que halla puesto mayor diligencia en un artículo tan importante á la felicidad del estado. Es cierto que viciaban la enseñanza con la supersticion; pero el celo con que se aplicaban á educar á sus hijos, debe llenar de confusion á muchos padres de familia de Europa, y

muchos de los documentos que daban á su juventud, podrían servir de lección á la nuestra. Todas las madres, sin escluir las reinas, criaban los hijos á sus pechos. Si alguna enfermedad se lo estorbaba, no se confiaba tan fácilmente el niño á una nodriza, sino que se tomaban menudos informes acerca de su condicion, y de la edad de la leche. Acostumbrábanlo desde su infancia á tolerar el hambre, el calor y el frio. Cuando cumplieran cinco años, ó se entregaban á los sacerdotes para que los educasen en los seminarios, como se hacia con casi todos los hijos de los nobles, y con los de los reyes, ó si debian educarse en casa, empezaban los padres á doctrinarlos en el culto de los dioses, y á enseñarles las fórmulas que empleaban para implorar su proteccion, conduciéndolos frecuentemente á los templos para que se aficionasen á la religion. Inspirábanles horror al vicio, modestia en sus acciones, respeto á sus mayores, y amor al trabajo. Los hacian dormir en una estera: no les daban mas alimento que el necesario para la conservacion de la vida; ni otra ropa que la que habia para la decencia y la honestidad. Cuando llegaban á cierta edad, les enseñaban el manejo de las armas; y si los padres eran militares, los conducian consigo á la guerra, á fin de que se instruyesen en el arte militar, se acostumasen á los peligros, y les perdiesen el miedo. Si los padres eran labradores ó artesanos, les enseñaban su profesion. Las madres enseñaban á las hijas á hilar y tejer, las obligaban á bañarse con frecuencia para que estuviesen siempre limpias, y en general procuraban que los niños de ambos sexos estuviesen siempre ocupados.

Una de las cosas que mas encarecidamente recomendaban á sus hijos, era la verdad en sus palabras; y si los cogian en una

mentira, les punsaban los lábios con espigas de maguey. Ataban los piés á las niñas que gustaban salir mucho á la calle. El hijo desobediente y discolo era azotado con ortigas, y castigado con otras penas, correspondientes en su opinion á la culpa.

ESPLICACION DE SIETE PINTERAS MEXICANAS RELATIVAS A LA EDUCACION.

El sistema de educacion que daban los Mexicanos á sus hijos, y el esmero con que cuidaban de la regularidad de sus acciones, pueden inferirse de las siete pinturas que existen en la *Coleccion de Mendoza*, de la cuádragesima nona hasta la quincuagésima sesta. En ellas se representan la cantidad y la calidad de los alimentos que le daban, las faenas en que los ocupaban, y las penas con que los corregian. En la última, se figura un niño de cuatro años, empleado por órden de sus padres en algunas manipulaciones fáciles, para irse acostumbrando al trabajo; otro de cinco años, que cargado con un pequeño fardo, acompaña á su padre al mercado; una niña de la misma edad que empieza á hilar, y otro niño de seis años, que ayuda á su padre recogiendo del suelo granos de maíz y otras frioleras en la plaza del mercado.

En la pintura quincuagésima primera se muestra un padre que enseña á pescar á un hijo de siete años, y una madre que enseña á hilar á su hija de la misma edad; algunos muchachos de ocho años, á quienes amenazan con el castigo, si no hacen su deber; otro de nueve años, á quien su padre pellizca en varias partes del cuerpo, para corregir su indocilidad, y una muchacha de la misma edad, á quien su madre pellizca solo en las manos; un muchacho y una muchacha de diez años, á quienes sus padres azotan con una vara, porque no hacian lo que se les habia mandado.

En la pintura quincuagésima segunda, se representan dos muchachos de once años, á los que, por no haberse enmendado con otros castigos, obligan sus padres á recibir por la nariz el humo del chile ó pimiento; otro de doce años, que en pena de sus yerros ha sido atado un día entero por sus padres á un leño, y una muchacha de la misma edad, á quien su madre obliga á barrer por la noche toda la casa y parte de la calle; un muchacho de trece años que conduce una burquilla cargada de juncos, y una muchacha de la misma edad que está moliendo maíz por órden de su madre; un jóven de catorce años empleado en la pesca, y una jóven, en tejer.

En la pintura siguiente se figuran dos jóvenes de quince años: uno, entregado por sus padres á un sacerdote, á fin de que le enseñe los ritos religiosos; y otro, entregado al *achcautli*, ú oficial de la milicia, para que lo instruya en el arte militar. La quincuagésima cuarta hace ver á los jóvenes del seminario empleados por los sacerdotes en barrer el templo; en llevar ramas de los árboles y yerbas para adorno de los santuarios, leña para los hogares, junco para las esteras, y piedra y cal para reparar los muros. En la misma y en la siguiente se ven diferentes castigos impuestos á los jóvenes de los seminarios por sus superiores. Uno de ellos pincha á un alumno con espinas de maguey, por haber descuidado su obligacion; dos sacerdotes echan ascuas encendidas en la cabeza de otro, por haberlo sorprendido en conversacion familiar con una muchacha; á otro por el mismo delito, hieren el cuerpo con pedazos de pino, y á otro queman los cabellos por desobediencia. En la última pintura se ve un jóven que lleva el equipaje de un sacerdote, el cual iba á la guerra á exhortar á los soldados, y á practicar ciertas ceremonias supersticiosas.

Educábanse los hijos con tanto respeto á sus padres, que aun ya grandes y casados, apénas osaban hablar en su presencia. Las instrucciones que les daban eran tales, que no puedo menos de copiar aquí una de las exhortaciones que les dirigian, y que ha sido conservada por los primeros misioneros apostólicos, que se emplearon en su conversion, especialmente por Motolinia, Olmos y Sahagun, los cuales aprendieron perfectamente su lengua, y se aplicaron con suma diligencia á investigar sus usos y costumbres.

EXHORTACION DE UN MEXICANO A SU HIJO.

“Hijo mio, le decia el padre, has salido á luz del vientre de tu madre, como el pollo del huevo, y creciendo como él, te preparas á volar por el mundo, sin que nos sea dado saber por cuanto tiempo nos concederá el cielo el goce de la piedra preciosa que en tí poseemos; pero sea el que fuere, procura tú vivir rectamente rogando continuamente á Dios que te ayude. El te crió, y él te posee. El es tu padre, y te ama mas que yo: pon en él tus pensamientos, y dirígele día y noche tus suspiros. Reverencia y saluda á tus mayores, y nunca les des señales de desprecio. No estés mudo para con los pobres y atribulados; ántes bien date prisa á consolarlos con buenas palabras. Honra á todos, especialmente á tus padres, á quienes debes obediencia, temor y servicio. Guárdate de imitar el ejemplo de aquellos malos hijos, que á guisa de brutos, privados de razon, no reverencian á los que les han dado el ser, ni escuchan su doctrina, ni quieren someterse á sus correcciones; porque quien sigue sus huellas tendrá un fin desgraciado, y morirá lleno de despecho, ó lanzado en un precipicio, ó entre las garras de las fieras.

“No te burles, hijo mio, de los ancia-

nos, y de los que tienen alguna imperfección en su cuerpo. No te mojes del que veas cometer alguna culpa ó flaqueza, ni se la eches en cara: confúndete al contrario, y teme que te suceda lo mismo que te ofende en los otros. No vayas á donde no te llaman, ni te injerías en lo que no te importa. En todas tus palabras y acciones procura demostrar tu buena crianza. Cuando converses con alguno, no lo molestes con tus manos, ni hables demasiado, ni interrumpas ó perturbes á los otros con tus discursos. Si oyes hablar á alguno desacertadamente, y no te toca corregirlo, calla: si te toca, considera ántes lo que vas á decirle, y no le hables con arrogancia, á fin de que sea mas agradecida tu corrección.

“Cuando alguno hable contigo, óyelo atentamente y en actitud comedida, no jugando con los piés, ni mordiendo la capa, ni escupiendo demasiado, ni abáñdote á cada instante si estás sentado; pues estas acciones son indicios de jigereza y de mala crianza.

“Cuando te pongas á la mesa, no comas aprisa, ni des señal de disgusto, si algo no te agrada. Si á la hora de comer viene alguno, parte con él lo que tienes, y cuando alguno coma contigo, no fijes en él tus miradas.

“Cuando andes, mira por donde vas, para que no te tropieces con los que pasan. Si ves venir á alguno por el mismo camino, desviate un poco para hacerle lugar. No pases nunca por delante de tus mayores, sino cuando sea absolutamente necesario, ó cuando ellos te lo ordenen. Cuando comas en su compañía, no bebas ántes que ellos, y sírvales lo que necesitan para granjearse su favor.

“Cuando te den alguna cosa, acéptala con demostraciones de gratitud. Si es grande, no te envanezcas: si es pequeña,

no la desprecies, no te indignes, ni ocasiones disgusto á quien te favorece. Si te enriqueces, no te insolentes con los pobres, ni los humildes, pues los dioses que negaron á otros las riquezas para dárteles á tí, disgustados de tu orgullo, pueden quitártelos para darlos á otros. Vive del fruto de tu trabajo, porque así te será mas agradable el sustento. Yo, hijo mio, te he sustentado hasta ahora con mis sudores, y en nada he faltado contigo á las obligaciones de padre; te he dado lo necesario sin quitárselo á otros: haz tu lo mismo.

“No mientas jamas, que es gran pecado mentir. Cuando refieras á alguno lo que otro te ha contado, di la verdad pura, sin añadir nada. No hables mal de nadie. Calla lo malo que observes en otro, si no te toca corregirlo. No seas noticiero, ni amigo de sembrar discordias. Cuando lleves algun recado, si el sugeto á quien lo llevas se enfada y habla mal de quien lo envia, no vuelvas á él con esta respuesta; sino procura suavizarla, y disimula cuanto puedas lo que hayas oído, á fin de que no se susciten disgustos y escándalos, de que tengas que arrepentirte.

“No te entretengas en el mercado mas del tiempo necesario; pues en estos sitios abundan las ocasiones de cometer excesos.

“Cuando te ofrezcan algun empleo, haz cuenta que lo hacen para probarte: así que, no lo aceptes de pronto, aunque te reconozcas mas apto que otro para ejercerlo; sino escúsate hasta que te obligen á aceptarlo, pues así serás mas estimado.

“No seas disoluto, porque se indignarán contra tí los dioses, y te cubrirán de infamia. Reprime tus apetitos, hijo mio, pues aun eres jóven, y aguarda á que llegue á edad oportuna la doncella que los dioses te han destinado para muger. Déjalo á su cuidado, pues ellos sabrán disponer lo que mas te convenga. Cuando llegue el tiempo de casarte, no te atre-

vas á hacerlo sin el consentimiento de tus padres, porque tendrás un éxito infeliz.

“No hurtes, ni te des al robo; pues serás el oprobio de tus padres, debiendo mas bien servirles de honra, en galardón de la educacion que te han dado. Si eres bueno, tu ejemplo confundirá á los malos. No mas, hijo mio: esto basta para cumplir las obligaciones de padre. Con estos consejos quiero fortificar tu corazón. No los desprecies ni los olvides, pues de ellos depende tu vida y toda tu felicidad.”

Tales eran las instrucciones que los Mexicanos inculcaban en el ánimo de sus hijos. Los labradores y los mercaderes les daban otros avisos particulares, relativos á su profesion, que omito por no fastidiar á los lectores; pero no quiero omitir los discursos que las madres dirigian á sus hijos, pues los creo oportunos para dar á conocer su educacion y sus usos.

EXPORTACION DE UNA MEXICANA A SU HIJA.

“Hija mia, decia la madre, nacida de mi sustancia, parida con mis dolores, y alimentada con mi leche, he procurado criarte con el mayor esmero, y tu padre te ha elaborado y pulido aguisa de esmeralda, para que te presentes á los ojos de los hombres, como una joya de virtud. Esfuérzate en ser siempre buena: porque si no lo eres, ¡quien te querrá por mujer! Todos te despreciarán. La vida es trabajosa, y es necesario echar mano de todas nuestras fuerzas, para obtener los bienes que los dioses nos quieren enviar; pero conviene no ser perezosa ni descuidada, sino diligente en todo. Sé ascada, y ten tu casa en buen órden. Da agua á tu marido para que se lave las manos, y haz el pan para tu familia. Donde quiera que vayas, preséntate con modestia y compostura, sin apresurar el paso, sin reirte de las personas que encuentres, sin fijar las

miradas en ellas, sin volver ligeramente los ojos á una parte y otra, á fin de que no padezca tu reputacion. Responde cortésmente á quien te salute ó pregunte algo.

“Empléate diligentemente en hilar, en tejer, en coser y en bordar; porque así serás estimada, y tendrás lo necesario para comer y vestirse. No te des al sueño, ni descansas á la sombra, ni vayas á tomar el fresco, ni te abandones al reposo; pues la inaccion trae consigo la pereza y otros vicios.

“Cuando trabajes, no pienses mas que en el servicio de los dioses, y en el alivio de tus padres. Si te llaman ellos, no aguardes á la segunda vez, sino acude pronto para saber lo que quieren, y á fin de que tu tardanza no les cause disgusto. No respondas con arrogancia, ni muestres repugnancia á lo que te ordenan: si no puedes hacerlo, escúsate con humildad. Si llaman á otra, y no acude, responde tibi: oye lo que mandan, y hazlo bien. No te ofrezcas nunca á lo que no puedes hacer. No engañes á nadie, pues los dioses te miran. Vive en paz con todos: ama á todos honesta y discretamente, á fin de que todos te amen.

“No seas avara de los bienes que los dioses te han concedido. Si ves que á otra se dan, no sospeches mal en ello; porque los dioses, de quienes son todos los bienes, los dan como y á quien les agrada. Si quieres que los otros no te disgusten, no los disgustes tú á ellos.

“Evita la familiaridad inocente con los hombres, y no te abandones á los perversos apetitos de tu corazón; porque serás el oprobio de tus padres, y ensuciarás tu alma, como el agua con el fango. No te acompañes con mugeres disolutas, ni con las embusteras, ni con las perezosas; porque infaliblemente inficiourán tu corazón

con su ejemplo. Cuida de tu familia, y no salgas á menudo de casa, ni te vean vagar por las calles y por la plaza del mercado, pues allí encontrarás tu ruina. Considera que el vicio, como yerba venenosa, da muerte al que lo adquiere, y una vez que se introduce en el alma, difícil es arrojarlo de ella. Si encuentras en la calle algun jóven atrevido, y te insulta, no le respondas, y pasa adelante. No hagas caso de lo que te diga: no des oído á sus palabras: si te sigue, no vuelvas el rostro á mirarlo, para que no se inflamen mas sus pasiones. Si así lo haces, se detendrá, y te dejará ir en paz.

“No entres en casa ajena sin urgente motivo, porque no se diga ó se piense algo contra tu honor; pero si entras en casa de tus parientes, saludalos con respeto, y no estés ociosa, sino toma inmediatamente el huso, ó empleate en lo que sea necesario.

“Cuando te cases, respeta á tu marido, y obedéclole diligentemente en lo que te mande. No le ocasiones disgusto, ni te muestres con él desdenosa ni airada: acógelo amorosamente en tu seno, aunque sea pobre y viva á tus espensas. Si en algo te apesadumbra, no le des á conocer tu desazon cuando te mande algo: disimula por entónces, y despues le espondrás con mansedumbre lo que sientes, á fin de que con tu suavidad, se tranquilice, y no te afija mas. No lo denuestes en presencia de otro, porque tú serás la deshonrada. Si alguno entrase en tu casa para visitar á tu marido, muéstrate agradecida, y obséquialo como puedas. Si tu marido es desacordado, sé tú discreta. Si no maneja bien tus bienes, dale buenos consejos; pero si absolutamente es inútil para aquel encargo, tómalo tú por tu cuenta, cuidando esmeradamente de tus posesiones, y pagando exactamente á los operarios.

Guárdate de perder algo por tu descuido. Sigue, hija mia, los consejos que te doy. Tengo muchos años y bastante práctica del mundo. Soy tu madre, y quiero que vivas bien. Fija estos avisos en tu corazón, pues así vivirás alegre. Si por no querer escucharme, ó por descuidar mis instrucciones, te sobrevienen desgracias, culpa tuya será, y tu serás quien lo sufra. No mas, hija mia: los dioses te amparen.”

ESCUELAS PUBLICAS Y SEMINARIOS.

No contentos los Mexicanos con estas instrucciones, propias de la educación, todos enviaban sus hijos á las escuelas públicas, que estaban cerca de los templos, en las cuales, durante tres años, se instruian en la religion y en las buenas costumbres. Ademas de esto, casi todos, y especialmente los nobles, procuraban que sus hijos fuesen educados en los seminarios anexos á los mismos templos. Habia muchos de estos establecimientos en las ciudades del imperio mexicano, tanto para los niños, como para los jóvenes de ambos sexos. Los de niños y jóvenes del sexo masculino, estaban á cargo de los sacerdotes, únicamente consagrados á su educación: los de muchachas dependian de matronas, respetables por su edad y por sus costumbres. No habia comunicacion entre los seminarios de personas de sexo diferente, y cualquier descuido en esta parte era severamente castigado. Habia seminarios distintos para nobles y para plebeyos. Los jóvenes nobles se educaban en los ministerios interiores y mas inmediatos al santuario, como barrer el atrio superior, atizar y mantener el fuego sagrado: los plebeyos llevaban la leña necesaria, piedra y cal para la reparacion de los edificios sagrados. Los unos y los otros tenían superiores que los instruian en la religion, en la historia, en la pintura, en la

música, y en las otras artes convenientes á su clase.

Las muchachas barrían el atrio inferior del templo, se levantaban tres veces en la noche para ofrecer copal á los ídolos, preparaban las viandas que servían en las oblacones, y tejían toda clase de telas. Aprendían además las ocupaciones propias de su sexo; con lo que, además de evitar la ociosidad, tan perjudicial en la edad juvenil, se acostumbraban insensiblemente á las fatigas domésticas. Dormían en grandes salas á vista de las matronas, las cuales de nada cuidaban tanto como de la modestia de las alumnas, y de la compostura de sus acciones. Cuando algun alumno ó alumna del seminario iba á visitar á sus padres, lo que sucedía raras veces, siempre lo acompañaban algunos discípulos suyos y un superior. Después de haber escuchado con humildad y silencio las instrucciones y consejos que le daba su padre, volvía prontamente al seminario. Allí permanecía hasta la época del matrimonio, que, como ya hemos dicho, era en los jóvenes, de veinte á veintidos años, y en las doncellas, de diez y siete á diez y ocho. Cuando llegaba aquella época ó el mismo joven pedía permiso al superior para ir á casarse, ó, lo que era mas comun, el padre hacía la petición con el mismo objeto, dando antes las debidas gracias al superior por el cuidado que había tenido de su hijo. El superior, al licenciar en la fiesta grande de Tezcatlipoca todos los jóvenes de ambos sexos que iban á casarse, pronunciaba un discurso, exhortándolos á la perseverancia en la virtud, y al cumplimiento de las obligaciones del nuevo estado. Eran muy apreciadas para esposas las jóvenes educadas en los seminarios, tanto por sus arregladas costumbres, cuanto por su destreza en todas las labores peculiares de su sexo. El

jóven que á la edad de veintidos años no se casaba, se reputaba perpetuamente consagrado al servicio de los dioses; y si después de aquella consagracion, se arrepentía del celibato, y quería tomar muger, se hacía infame para siempre, y no había muger que lo quisiera por marido. En Tlaxcala se cortaba el cabello á los que, llegada la edad conveniente, no se casaban, y aquella señal era entre ellos deshonrosa.

Los hijos aprendían, por lo comun, el oficio de sus padres, y abrazaban su profesion: así se perpetuaban las artes en las familias, con beneficio del estado. Los jóvenes destinados á la magistratura eran conducidos por sus padres á los tribunales, donde aprendían las leyes del reino, las prácticas y fórmulas de los juicios. En una de las pinturas de la *Coleccion* de Mendoza, se representan cuatro magistrados examinando una causa, y detras á sus cuatro jóvenes *teteuctin*, ó caballeros, que escuchan sus deliberaciones. A los hijos de los reyes, de los nobles y de los señores principales, se daban ayos que velasen sobre su conducta, y mucho antes que pudiesen entrar en posesion del reino ó del estado, se les confería comunmente el gobierno de alguna ciudad ó distrito, para que se acostumbrasen al arte difícil de regir á los hombres. Esta práctica tuvo origen en tiempo de los primeros reyes chichimecas; pues que Nopaltzin, desde que fué coronado rey de Acolhuacan, puso á su primogénito Tlotzin en posesion de la ciudad de Texcoco. Cuitlahuac, penúltimo rey de México, obtuvo el estado de Iztapalapan; y su hermano Moctezuma, el de Ehecatepec, antes de subir al trono de México. Sobre este fundamento de la educacion alzaron los Mexicanos el sistema político de su reino que voy á esponer.

ELECCION DEL REY.

Desde el tiempo en que los Mexicanos, á ejemplo de todas las naciones circunvecinas, pusieron á Acamapichtzin á la cabeza de su nacion, revistiéndolo del nombre, de los honores y de la autoridad de monarca, quedó establecido que la corona seria electiva. Algun tiempo despues crearon cuatro electores, en cuya opinion se comprometian todos los votos de la nacion. Eran aquellos funcionarios, magnates y señores de la primera nobleza, comunmente de sangre real, y de tanta prudencia y probidad, cuanta se necesitaba para un cargo tan importante. No era empleo perpétuo; su voto electoral terminaba en la primera eleccion que hacian, é inmediatamente se nombraban otros, ó los mismos, si así lo decretaba el consentimiento general de la nobleza. Si antes de morir el rey, faltaba uno de los electores, se nombraba otro que lo reemplazase. Desde el tiempo del rey Izcoatl hubo otros dos electores mas, que eran los reyes de Acolhuacan y de Tacuba; pero estos empleos eran puramente honorarios. Ratificaban aquellos monarcas la eleccion hecha por los cuatro verdaderos electores; pero no sabemos que interviniesen en el acto de la eleccion.

Para no dejar demasiada amplitud á los electores, y para evitar, en cuanto fuese posible, los inconvenientes de los partidos y de las facciones, fijaron la corona en la casa de Acamapichtzin, y despues establecieron por ley que al rey muerto debia suceder uno de sus hermanos; faltando estos uno de sus sobrinos; y si no hubiese sobrinos, uno de sus primos, quedando al arbitrio de los electores el nombramiento del que mas digno les pareciese. Esta ley se observó inviolablemente desde el segundo hasta el último rey. A Huitzilihuitl, hijo de Acamapichtzin, sucedieron

sus dos hermanos Quimilpopoca é Itzcoatl; á este su sobrino Moctezuma, Ihuicamina; á Moctezuma, Axayacatl su primo; á Axayacatl, sus dos hermanos Tizoc y Ahuizotl; á este, su sobrino Moctezuma II; á Moctezuma, su hermano Cuilhauatzin, y á este, finalmente, su sobrino Cuauhtemotzin. Esto se verá mas claro en la genealogía de los reyes mexicanos que se halla en esta obra.

No se consideraba en la eleccion el derecho de primogenitura: así se vió en la muerte de Moctezuma I, en cuyo lugar fué elegido Axayacatl, preferido por los electores á sus hermanos mayores, Tizoc y Ahuizotl.

POMPA Y CEREMONIA EN LA PROCLAMACION Y UNION DEL REY.

No se procedia á la eleccion del nuevo rey, hasta despues de haber sido celebradas con la debida pompa y magnificencia las exéquias de su antecesor. Hecha la eleccion, se daba cuenta de ella á los reyes de Acolhuacan y de Tacuba, á fin de que la confirmasen, y á los señores feudatarios que habian asistido al funeral. Los dos reyes, acompañados por toda la nobleza, conducian el nuevo soberano al templo mayor. Abrian la procesion los señores feudatarios con las insignias propias de sus estados y despues los nobles de la corte con las de sus dignidades y empleos; seguian los dos reyes aliados, y detras de ellos el rey electo, desnudo, y sin otro vestido que el maxtlatl, ó cintura ancha, con que se cubria las partes obscenas. Subia al templo apoyado en los hombros de los dos principales señores de la corte, y allí lo aguardaba uno de los sumos sacerdotes, con las personas mas condecoradas del servicio del templo. Adoraba al ídolo de Huitzilopochtli, tocando con la mano el suelo, y llevándola á la boca. El sumo

sacerdote teñía despues todo el cuerpo del monarca con una especie de tinta, y lo rociaba cuatro veces con agua bendita, segun su rito, en la gran fiesta de la misma divinidad, valiéndose para aquella aspersión de ramas de cedro, de sauce y de maiz. Vestíale un manto en que se veian pintados cráneos y huesos de muerto, y le cubria la cabeza con dos velos ó mantillas, uno azul y otro negro, que tenían las mismas figuras. Le colgaba al cuello una calabacilla, llena de ciertos granos que se creian eficaces preservativos contra ciertos males, contra los hechizos y contra los engaños. ¡Feliz por cierto seria el pueblo cuyo rey poseyese tan precioso talisman! Despues le ponía en las manos un incensario y un saquillo de copal, para que *incensase á los ídolos*. Terminado este acto religioso, durante el cual el rey estaba de rodillas, el sumo sacerdote se sentaba, y pronunciaba un discurso, en que, despues de haberlo felicitado por su exaltacion, le advertía las obligaciones que habia contraido con sus súbditos, por haberlo estos elevado al trono, y le recomendaba eficazmente el celo por la religion y por la justicia, la proteccion de los pobres, la defensa de la patria y del reino. Seguian las arengas de los reyes aliados y de la nobleza, dirigidas al mismo fin; á las cuales respondía el monarca manifestando su gratitud, y ofreciéndose á emplearse con todas sus fuerzas en la ventura del estado. Gomara, y otros autores que lo han copiado, afirman que el sumo sacerdote le tomaba el juramento de mantener la antigua religion, de observar las leyes de sus antepasados, de hacer andar al sol, traer la lluvia, dar aguas á los rios y frutos á la tierra. Si es cierto que los reyes de México hacían aquel juramento tan extravagante, no podia significar otra cosa, sino la obligacion de no desmerecer

con su *ejemplar conducta la proteccion del cielo*.

Despues de las arengas bajaba el rey con todo su acompañamiento al atrio inferior, donde lo aguardaba el resto de la nobleza, para tributarle obediencia, y hacerle regalos de joyas y vestidos. De allí pasaba á una sala que habia en el recinto del mismo templo, llamado *Thacatecco*, donde lo dejaban solo por espacio de cuatro dias, en los cuales comia una sola vez al día; pero podia comer carne, ó cualquiera otro manjar. Bañábase diariamente dos veces: despues se sacaba sangre de las orejas, y la ofrecía á *Huitzilpochtli* con algun copal, quemando ambas cosas en su honor, haciendo entre tanto ardentísimas y continuas plegarias á los dioses para impetrar las luces de que necesitaba á fin de regir sábiamente la monarquía. El quinto dia volvía al templo la nobleza para conducir al nuevo rey á su palacio, donde acudían los feudatarios á recibir la confirmacion de sus investiduras. Seguian los regocijos del pueblo, los convites, los bailes y las iluminaciones.

CORONACION, CORONA, TRAGE E INSIGNIAS DEL REY.

Para proceder á la coronacion, era necesario, segun las leyes del reino, ó la práctica introducida por Moctezuma I, que el rey electo saliese á la guerra, á fin de tener víctimas que sacrificar en aquella gran funcion. No faltaban nunca enemigos con quienes combatir, ya por haberse rebelado alguna provincia del reino, ya por haber sido muertos en un pueblo algunos mercaderes mexicanos, de lo que se hallan muchos ejemplos en la historia. Las armas y las insignias con que el rey iba á la guerra, el aparato con que eran conducidos sus prisioneros á la corte, y las circunstancias que intervenían en sus

sacrificios, se hallarán en otra parte de esta obra: por lo demás, se ignoran las ceremonias particulares de la coronación. El rey de Acolhuacan era el que le ponía la corona. Esta, que se llamaba *capilli*, era una especie de mitra pequeña, cuya parte anterior se alzaba y terminaba en punta, y la posterior colgaba sobre el cuello. Era de diferentes materias, según el gusto del rey: ya de hojas sutiles de oro, ya de hilos del mismo metal, y siempre la adornaban hermosas plumas. El traje que ordinariamente usaba en palacio, era el *xihuitlmatli*, esto es, un manto tejido de blanco y azul. Cuando iba al templo, llevaba vestido blanco. Las ropas con que asistía al consejo y á las otras funciones públicas, variaban según las circunstancias: tenía una para las causas civiles, otra para las criminales; una para los actos de justicia y otra para las fiestas públicas. En todas estas ocasiones usaba la corona. Siempre que salía de palacio lo acompañaba parte de la nobleza, y lo precedía un noble, que llevaba en las manos unas varas hechas, en parte de oro y en parte de madera aromática, con lo que anunciaba al pueblo la presencia del monarca.

DERECHOS DEL REY.

El poder y la autoridad de los reyes de México, variaban según las circunstancias. Al principio de la monarquía fué muy restringido su mando, y puramente paternal; humana su conducta, y moderados los derechos que exigía á sus súbditos. Con la estension de sus conquistas se aumentaron sus riquezas, su magnificencia y su lujo, y á proporcion crecieron, como suele suceder, las cargas de los pueblos. Su orgullo los indujo á traspasar los límites fijados á su autoridad por el consentimiento de la nación, hasta degenerar el odioso despotismo que ya hemos visto en el reinado de

Moctezuma II; pero en despecho de su tiranía, los Mexicanos conservaron siempre el respeto debido al carácter real, excepto en el último año de la monarquía, cuando no pudiendo ya sufrir el envilecimiento de aquel rey, su cobardía, y su excesiva condescendencia con sus enemigos, lo vilipendiaron, asactearon y apedrearon, como despues veremos. El esplendor á que llegaron los reyes de México se puede inferir de lo que hemos dicho hablando del reinado de Moctezuma, y lo que diremos en la historia de la conquista.

Los reyes de México fueron émulos de los de Acolhuacan en la magnificencia, como estos de aquellos en la política. El gobierno de los Acolhuas sirvió de modelo al de los Mexicanos; pero variaron considerablemente los dos con respecto al derecho de sucesion á la corona, pues en Acolhuacan, y lo mismo en Tacuba, los hijos sucedían á los padres, no ya en el orden del nacimiento, sino según su calidad, siendo antepuestos los que nacían de reina ó muger principal. Así se observó desde el primer rey chichimeca, Xolotl, hasta Cacamatzin, á quien sucedió su hermano Cuicuitzenzin, por las intrigas de Moctezuma y del conquistador Cortés.

CONSEJOS REALES, Y EMPLEADOS DE LA CORTE.

Tenia el rey de México, así como el de Acolhuacan, tres consejos supremos, compuestos de hombres de la primera nobleza, en los cuales se trataban todos los negocios pertenecientes al gobierno de las provincias, á los ingresos de las arcas reales y á la guerra; y el rey, por lo comun, no tomaba ninguna medida importante, sin la aprobacion de los consejeros. En la historia de la conquista veremos á Moctezuma deliberar muchas veces con ellos sobre las pretensiones de los españoles.

No sabemos el número de individuos de que se componía cada consejo, ni se halla en los historiadores dato alguno que pueda ilustrar aquel punto: solo nos han conservado los nombres de algunos consejos, especialmente de los de Moctezuma II. En una de las pinturas de la *Colección* de Mendoza se presenta la sala del consejo, con alguno de los nobles que lo componían.

Entre los muchos empleados de la corte había un tesorero general que llamaban *huicacpiqueui*, ó gran mayordomo, que recibía todos los tributos que los recaudadores sacaban de las provincias, y llevaba cuenta, por medio de ciertas figuras, de la entrada y salida, como lo testifica Bernal Díaz que las vió. Había otro tesorero para las joyas y alhajas de oro, el cual era también director de los artifices que las trabajaban, y otro para los trabajos de plumas, cuyos operarios tenían sus laboratorios en la casa real de los pájaros. El proveedor general de animales, que se llamaba *huezamingui*, cuidada de los bosques reales, y de que nunca faltase caza en ellos. Por lo que respecta á los otros empleados, bastante he dicho hablando de la magnificencia de Moctezuma II, y del gobierno de los reyes de Acolhuacan, Techotlala y Nezahualcoyotl.

EMBAJADORES.

Para las embajadas se buscaban siempre personas nobles y elocuentes. Componíanse aquellas comisiones, de tres, cuatro ó mas individuos; y para hacer respetar su carácter, llevaban ciertas insignias, con las que eran desde luego conocidos por todos, especialmente un traje verde, hecho á guisa de escapulario, con unos flecos de algodón. Usaban sombreros adornados con hermosas plumas, y flecos de diversos colores; en la mano derecha una

flecha con la punta hácia arriba; en la izquierda una rodela y pendiente del mismo brazo una red con sus provisiones. Por donde quiera que pasaban eran bien recibidos, y tratados con la consideración debida á su carácter, con tal de que no desajasen el camino principal que conducía al punto á que iban enviados. Cuando llegaban al término de su embajada, se detenían antes de entrar: allí aguardaban hasta que saliese la nobleza de aquella ciudad á recibirlos, y conducirlos á la casa pública, donde eran alojados y bien tratados. Los nobles los incensaban, y les presentaban ramos de flores: despues que habían reposado, los conducían á la casa del rey ó señor, y los introducían en la sala de audiencia, donde los aguardaban aquel personaje y sus consejeros, todos sentados. Allí, despues de haber hecho una profunda reverencia, se sentaban en el suelo en medio del salon, y sin alzar los ojos ni proferir una palabra, esperaban que hiciesen señal de hablar. Entonces el principal de los embajadores, despues de otra reverencia, esponía en voz baja su embajada, con un discurso bien hablado, que escuchaban atentamente el señor y sus consejeros, con las cabezas inclinadas hasta las rodillas. Concluida la arenga, volvían los embajadores á su alojamiento. Entre tanto consultaba el señor con sus consejeros, y hacía saber su resolución á los embajadores por medio de sus ministros; proveíalos abundantemente de víveres para el viaje, les hacía además algunos regalos, y salían á despedirlos los mismos que los habían recibido. Si el señor á quien se hacía la embajada era amigo de los Mexicanos, se tenía á gran afrenta no aceptar los regalos; pero si era enemigo, no podían admitirlos sin el expreso consentimiento de su monarca. No siempre se observaban aquellas ceremonias, ni

siempre se enviaba la embajada al jefe de la nación ó del estado; pues á veces iba dirigida al cuerpo de la nobleza ó al pueblo.

CORREOS Y POSTAS.

Los correos de que se servían los Mexicanos con mucha frecuencia, usaban diferentes insignias, según la noticia ó el negocio de que eran portadores. Si la noticia era de haber perdido los Mexicanos una batalla, llevaba el correo los cabellos sueltos, y al llegar á la capital, se iba en derecha á palacio, donde puesto de rodillas delante del rey, daba cuenta del suceso. Si era por el contrario, alguna batalla ganada, llevaba los cabellos atados con una cuerda de color, y el cuerpo ecñido con un paño blanco de algodón, en la mano izquierda una rodela, y en la derecha una espada, que manejaba como en actitud de combatir, demostrando de este modo su júbilo, y cantando los hechos gloriosos de los antiguos Mexicanos.

El pueblo, recogido al verlo, lo conducía con iguales demostraciones al palacio real. A fin de que los mensajes llegasen prontamente, había en los caminos principales del reino unas torrecillas, distantes seis millas una de otra, donde estaban los correos, dispuestos siempre á ponerse en camino. Cuando se despachaba el primer correo, andaba con toda la celeridad posible hasta la primera posta ó torrecilla, donde comunicaba á otro el mensaje, ó le entregaba, si las traía consigo, las pinturas que representaban la noticia ó el negocio, y de que se servían en lugar de cartas; el segundo corría del mismo modo hasta la posta inmediata; y así continuaban por grande que fuera la distancia. Hay autores que dicen que de aquel modo atravesaba un mensaje la distancia de trescientas millas en un día. Moctezuma

se servía del mismo medio para proveerse diariamente de pescado fresco, del seno Mexicano, que por la parte mas corta distaba de la capital mas de doscientas millas. Estos correos se ejercitaban desde niños en su oficio, y para estimularlos, los sacerdotes que los educaban, daban premios á los vencedores.

NOBLEZA, Y DERECHOS DE SUCESION.

La nobleza de México y de todo el imperio, estaba dividida en muchas clases, que fueron confundidas por los españoles bajo el nombre general de *caciques* (1). Cada clase tenia privilegios é insignias particulares; de modo que aunque el traje de aquellas gentes era muy sencillo, desde luego se conocía el carácter de la persona. Solo los nobles podían llevar en la ropa adornos de oro y de piedras preciosas, y á ellos pertenecían esclusivamente hasta principios del reinado de Moctezuma II, las principales cargas de la casa real, de la magistratura y de la milicia.

El primer grado de nobleza en Tlaxcala, en Huexotzínco y en Cholula, era el de *Tecuelli*. Para obtenerlo era necesario ser de sangre noble, haber dado pruebas de valor en muchos encuentros, tener cierta edad, y sobre todo, grandes riquezas, para sufrir los grandes gastos que aquella dignidad atraía. Debía además el candidato hacer un año de rigorosa penitencia, que consistía en ayuno perpetuo, en frecuentes efusiones de sangre, en la privación de todo trato con mugeres, y en sufrir resignadamente los insultos, los oprobios y los malos tratamientos, con que ponían á prueba su constancia. Perforábanles los

(1) El nombre *cacique*, que quiere decir señor ó príncipe, se tomó de la lengua haitiana, que se hablaba en la isla Española, ó de Santo Domingo. Los Mexicanos llamaban al señor *Tlatoani*, y al noble *Palli* ó *Tecuelli*.

cartilagos de la nariz, para colgarles unos granos de oro, que eran la principal insignia de su clase. El dia en que tomaba posesion de ella, le quitaban el traje de penitencia y le ponian brillantes galas; atábanles los cabellos con una correa de encro, teñida de escarlata, de la que pendian hermosas plumas, y le suspendian de la nariz los granos de oro. Esta ceremonia se hacia por un sacerdote en el atrio superior del templo mayor, y despues de haberle conferido la dignidad, le dirigian una arenga gratulatoria. De allí bajaba al atrio inferior, donde asistia con la nobleza á un gran baile, al que seguia un espléndido banquete, que daba á sus espensas á todos los señores del estado. Regalaba á estos innumerables vestidos, y tal era la abundancia de manjares que se consumian en aquella ocasion, que segun algunos autores, se servian mil y cuatrocientos, y aun mil y seiscientos pavos, otros tantos ciervos, conejos y otros animales; una increíble cantidad de cacao en muchas bebidas, y las frutas mas delicadas de aquella tierra. El título de *teuctli* se añadia, como apellido, al nombre propio de la persona que gozaba aquella dignidad, como *Chichimco-teuctli*, *Piltteuctli*, y otros. Los *teuctli* precedian á todos los otros en el senado, tanto en los asientos como en la votacion, y podian llevar detras un criado con un banquillo, lo cual se consideraba como privilegio altamente honroso.

La nobleza mexicana era por lo comun hereditaria. Conserváronse hasta la ruina del imperio con grande esplendor, muchas familias descendientes de aquellos ilustres Aztecas, fundadores de México, y aun ahora existen ramas de aquellas casas antiquísimas, aunque envilecidas por la miseria, y confundidas entre la plebe mas oscura (1). No hay duda que hubiera sido

(1) No puede verse sin dolor el envile-

mas sábia la política de los españoles, si en vez de conducir á México mugeres de Europa y esclavos de Africa, se hubiesen empeñado en formar de ellos mismos y de los Mexicanos, una sola nacion, por medio de enlaces matrimoniales. Si la naturaleza de esta obra lo permitiera, haria aquí una demostracion de las ventajas que de aquella medida se hubieran seguido á las dos naciones, y de los perjuicios que del sistema opuesto han resultado.

En México y en casi todo el imperio, los hijos sucedian á los padres en todos sus derechos, excepto en la casa real, como ya he dicho. Por falta de hijos sucedian los hermanos, y por falta de estos los sobrinos.

DIVISION DE LAS TIERRAS, TITULOS DE POSESION Y PROPIEDAD.

Las tierras del imperio mexicano estaban divididas entre la corona, la nobleza, el comun de vecinos y los templos, y habia pinturas que representaban distintamente lo que á cada cual pertenecia. Las tierras de la corona estaban indicadas con color de púrpura; las de los nobles, con grana, y las de los plebeyos, con amarillo claro. En aquellos dibujos se distinguian á primera vista la estension y los límites de cada posesion. Los magistrados españoles se sirvieron de estas representaciones para decidir algunos pleitos entre in-

miento á que se hallan reducidas muchas familias de las mas ilustres de aquel reino. Poco tiempo ha que murió en el patibulo un descendiente de los antiguos reyes de Michuacan. Yo conocí en México un pobre sastre descendiente de una nobilísima casa de Coyoacan, á quien se quitaron las posesiones que habia heredado de sus claros abuelos. Estos ejemplos no son raros, y aun los hay en las familias reales de México, de Acobahuacan y de Tacuba, no bastando á preservarlas de la comun ruina, las reiteradas órdenes dadas en su favor por la clemencia y equidad de los reyes católicos.

dios, sobre la propiedad y la posesión de las tierras.

En las de la corona, llamadas por ellos *tecpantlalli*, reservado siempre el dominio del rey, gozaban el usufructo ciertos señores, llamados *tecpasponque* y *tecpantluca*, esto es, gente de palacio. Estos no pagaban tributo alguno, ni daban otra cosa al rey, que unos ramos de flores y ciertos pajarrillos, en señal de vasallaje. Hacían esto siempre que lo visitaban; pero tenían la obligación de componer y reparar los palacios reales, cuando fuese necesario, y de cultivar los jardines del rey, corriendo ellos con la dirección de la obra, y los plebeyos de su distrito con el trabajo. Debían también hacer la corte al rey, y acompañarlo siempre que salía en público; lo cual les atraía muchas honras y obsequios. Cuando moría uno de aquellos señores, entraba el primogénito en posesión de las tierras, con todas las obligaciones de su padre; pero si se establecía en otro punto del imperio, perdía aquellos derechos, y el rey los transmitía á otro usufructuario, ó dejaba la elección de este á cargo del común de habitantes del distrito en que se hallaban las tierras.

Las llamadas *piltalli*, es decir, tierras de nobles, eran posesiones antiguas de estos, transmitidas por herencia de padres á hijos, ó concedidas por el rey en galardón de los servicios hechos á la corona. Los unos y los otros podían enagenar sus posesiones, pero no podían darlas ni venderlas á los plebeyos. Había sin embargo tierras de concesión real; pero con la cláusula de no enagenarlas, sino dejarlas en herencia á los hijos.

En la herencia de los estados se observaba el orden de la primogenitura; pero si el primogénito era inepto, ó incapaz de administrar sus bienes, el padre podía instituir por heredero á otro cualquiera de sus hijos, con tal que este asegurase ali-

mentos á su hermano mayor. Las hijas, á lo menos en Tlaxcala, no podían heredar, para que no pasasen los bienes á un extranjero. Erán tan celosos los Tlaxcaltecas, aun después de la conquista por los españoles, de conservar los bienes de las familias, que rehusaron dar la investidura de uno de los cuatro principados de la república, á D. Francisco Pimentel, nieto de Coanacotzín, rey de Acolhuacan (1), casado con Doña María Maxixcatzín, nieta del príncipe del mismo nombre, el cual, como después veremos, era el principal de los cuatro señores que regían aquella república cuando llegaron los españoles.

Los feudos empezaron en aquel reino cuando el rey Xolotl dividió la tierra de Anáhuac entre los señores Chichimecas y los Acolhuas, con la condición feudal de una fidelidad inviolable, de un cierto reconocimiento del supremo dominio, y la obligación de ayudar al señor, cuando fuese necesario, con su persona, con sus bienes y con sus vasallos. En el imperio mexicano eran pocos, según creo, los feudos propios, y ninguno, si queremos hablar con rigor jurídico; pues no eran en su institución perpetuos, sino que cada año se necesitaba una nueva renovación ó investidura, ni los vasallos de los feudatarios estaban exentos de los tributos que pagaban al rey los otros vasallos de la corona.

Las tierras que se llamaban *atepetlalli*; esto es, de los comunes de las ciudades y villas, se dividían en tantas partes, cuantos eran los barrios de aquella población, y cada barrio poseía su parte con entera

(1) Coanacotzín, rey de Acolhuacan, fué padre de D. Fernando Pimentel, y este tuvo á D. Francisco, doña señora Tlaxcalteca. Es de advertir que muchos Mexicanos, y especialmente los nobles, tomaron en el bautismo, con el nombre cristiano, algun apellido español.

exclusion ó independencia de los otros. Estas tierras no se podian enagenar bajo ningun pretexto. Entre ellas habia algunas destinadas á suministrar víveres al ejército en tiempo de guerra, las cuales se llamaban *mitchinalli*, ó *cacalomilli*, segun la especie de víveres que daban. Los reyes católicos han asignado tierras á los pueblos de Mexicanos (1), y dado las órdenes convenientes para asegurar la perpetuidad de aquellas posesiones; pero estas providencias se han frustrado en gran parte por la prepotencia de algunos particulares, y la iniquidad de algunos jueces.

TRIBUTOS E IMPUESTOS DE LOS SUBDITOS DE LA CORONA.

Todas las provincias conquistadas por los Mexicanos eran tributarias de la corona, y le pagaban frutos, animales ó minerales de los respectivos países, segun la tarifa establecida. Ademas los mercados contribuian con una parte de sus géneros, y los artesanos con otra de los productos de sus trabajos. En la capital de cada provincia habia un almacén para custodiar los granos, las ropas, y todos los efectos que percibian los recaudadores en el término de su distrito. Estos hombres eran generalmente odiados por los males que ocasionaban á los pueblos. Sus insignias eran una vara que llevaban en una mano, y un abanico en la otra. Los tesoreros del rey tenian pinturas en que estaban especificados los pueblos tributarios, la cantidad y la calidad de los tributos. En la *Coleccion* de Mendoza hay treinta y seis pinturas de esta clase (2), y en cada

una se ven representados los principales pueblos de una ó varias provincias del imperio. Ademas de un número excesivo de ropas de algodón, y cierta cantidad de granos y plumas, que eran pagos comunes á todos los pueblos tributarios, daban otros diferentes objetos segun la naturaleza del país. Para dar alguna idea á los lectores, espondremos algunos tributos de los contenidos en aquellas pinturas.

Xocochocho, Huehuetlan, Mazatlan y otras ciudades de aquella costa, daban anualmente á la corona, ademas de las ropas de algodón, cuatro mil manojos de hermosas plumas de diversos colores, doscientos sacos de cacao, cuarenta pieles de tigre, y ciento sesenta pájaros de cierta y determinada especie. Huayyacac, Coyalapan, Atlacuechahuacan y otros lugares de los Zapotecas, cuarenta pedazos de oro de ciertas dimensiones, y veinte sacos de cochinilla. Tlachquianhco, Axotlan y Teotzapotlan, veinte vasos de cierta medida llenos de polvo de oro. Tochtepéc, Otlafitlan, Cozamallopán, Michapan y otros lugares de la costa del golfo Mexicano, ademas de las ropas de algodón, del oro y el cacao, veinticuatro mil manojos de bellisimas plumas de diversos colores y calidades; seis collares, dos de esmeraldas finisimas, y cuatro de ordinarias; veinte pendientes de ámbar engarzados en oro, y otros tantos de cristal; cien botes de líquidámbar, y diez y seis mil cargas de hule ó resina elastica. Tepeyacac, Quecholac, Tecamachalco, Acatzincó y otros lugares de aquel país, cuatro mil

[1] Las leyes reales conceden á cada pueblo de indios el terreno de los alrededores, hasta la distancia de seiscientas brazas castellanas.

(2) Las treinta y seis pinturas son desde la XIII hasta la XLVIII. En la copia publicada por Thevenot, faltan la XXI y la

XXII, y la mayor parte de las ciudades tributarias. La copia publicada en México en 1770 está mas mutilada, pues faltan seis pinturas de la *Coleccion* de Mendoza, ademas de los muchos errores que contiene la interpretacion; pero tiene sobre la de Thevenot la ventaja de contener las figuras de las ciudades, y estar grabada en cobre.

sacos de eal, cuatro mil cargas de *atull*, ó cañas sólidas para los edificios; otras tantas de las mismas cañas mas pequeñas para dardos, y ocho mil cargas de *acaxell*, ó sea cañas llenas de materias aromáticas. Malinaltepec, Tlalcozauhtitlan, Olinallan, Ichcatlan, Cuahac, y otros lugares meridionales de los países cálidos, seiscientas medidas de mil, cuarenta cántaros grandes de *tecozahuill*, ó sea ocre amarillo para la pintura, ciento sesenta haucos de cobre, cuarenta hojas redondas de oro de ciertas dimensiones, diez pequeñas medidas de turquesas finas, y una carga de las ordinarias. Xiutepec, Huizilac y otros pueblos de los Tlahuicas, diez y seis mil hojas grandes de papel, y cuatro mil *xicalis* (vasos naturales de que hablaré á su tiempo), de diferentes tamaños. Cuauh-titlan, Tehuiloacan y otros pueblos vecinos, ocho mil esteras y otros tantos baquillos. Otros pueblos contribuian con leña, piedras y vigas para los edificios; otros con copal. Habia algunos obligados á enviar á los bosques y cascos reales, cierto número de pájaros y de cuadrúpedos, como Xilotepec, Michualoxan, y otros de los Otomites, los cuales debian mandar cada año al rey cuarenta águilas vivas. De los Matlatzincas sabemos, que habiendo sido sometidos á la corona de México por el rey Axayacatl, se les impuso, ademas del tributo representado en la pintura vigésimaséptima de la *Coleccion* de Mendoza, la obligacion de cultivar, para suministrar víveres al ejército real, un campo de setecientas tocas de largo, y de la mitad de ancho. Finalmente, al rey de México se pagaba tributo de todas las producciones útiles, naturales y artificiales de sus estados.

Estas escesivas contribuciones, unidas á los grandes regulos que hacian al rey los gobernadores de las provincias, y los

señores feudatarios, y á los despojos de la guerra, formaban aquella gran riqueza de la corte, que ocasionó tanta admiracion á los conquistadores españoles, y tanta miseria á los desventurados súbditos. Los tributos, que al principio eran muy ligeros, llegaron á ser exorbitantes, pues con las conquistas crecieron el orgullo y el fausto de los reyes. Es cierto que una gran parte, y quizás la mayor, de estas rentas, se espendian en bien de los mismos súbditos, ora sustentando un gran número de ministros y magistrados para la administracion de justicia; ora premiando á los beneméritos del estado; ora socorriendo á los desvalidos, especialmente á las viudas, á los huérfanos y á los ancianos, que eran las tres clases que mas compasion escitaban á los Mexicanos; ora, en fin, abriendo al pueblo en tiempo de carestía los graneros reales. Pero cuántos infelices, que podian apénas pagar su tributo, no habrian cedido al peso de su miseria, sin que les alcanzase una parte de la munificencia de los soberanos! A lo pesado de estas cargas se añadia la dureza con que se exigian. El que no pagaba el tributo, era vendido como esclavo, para que pagase su libertad, lo que no habia podido su industria.

MAGISTRADOS DE MEXICO Y DE ACOLHUACAN.

Los Mexicanos tenian varios tribunales y gefes para la administracion de la justicia. En la corte y en las principales ciudades habia un supremo magistrado, llamado Cihuacoatl, cuya autoridad era tan grande, que de las sentencias que pronunciaba en materia civil ó criminal no se podia apelar á ningun tribunal, ni aun al mismo rey. A él pertenecia el nombramiento de los jueces subalternos, y tomar cuenta á los recaudadores de las

rentas de su distrito. Era reo de muerte el que usurpaba sus funciones, ó usaba sus insignias.

Inferior á este, aunque muy preeminente sin embargo, era el tribunal de *tlacatecatl*, que se componia de tres jueces: á saber, el *tlacatecatl*, que era el principal, y de quien tomaba su nombre aquel cuerpo, y otros dos llamados *cuauhnochtli* y *tlailotlac*. Conocian de las causas civiles y criminales, en primera y segunda instancia, aunque la sentencia solo se pronunciaba en nombre del *tlacatecatl*. Reuniase diariamente en una sala de la casa pública, á la que daban el nombre de *Tlatzontecoyan*, esto es, lugar donde habia gran número de porteros y alguaciles. Allí escuchaban con gran paciencia á los litigantes, examinaban diligentemente la causa, y fallaban segun la ley. Si la causa era civil, no habia apelacion; pero si era criminal, podia apelarse al *cihuacoatl*. La sentencia se pronunciaba por el *tepozotl*, ó pregonero, y se ponía en ejecucion por el *cuauhnochtli*, que, como ya he dicho, era uno de los tres jueces. Tanto el pregonero como el ejecutor de la justicia, estaban en alto aprecio entre los Mexicanos, pues se miraban como imágenes del rey.

En cada barrio de la ciudad habia un *teuctli* ó lugar teniente de aquel tribunal, que se elegia anualmente por los vecinos de aquella demarcacion. Conocia en primera instancia de las causas de su distrito, y diariamente se presentaba al *cihuacoatl* ó al *tlacatecatl*, para darles cuenta de lo que ocurría, y recibir sus órdenes. Ademas de los *teuctlis*, habia en cada barrio ciertos comisarios, elegidos tambien por los vecinos, y llamados *centectlayixques*, los cuales, segun parece, no podian juzgar, sino que tenian á su cargo observar un cierto número de familias, confiadas á su vi-

gilancia, y dar cuenta á los magistrados de lo que en ellas ocurría. Bajo las órdenes de los *teuctlis* estaban los *tequiltlaquis* ó correos, que llevaban las notificaciones de los magistrados, y citaban á los reos; los *topillis* ó alguaciles, que hacian los arrestos.

En el reino de Acolhuacan, la jurisdiccion estaba dividida entre seis ciudades principales. Los jueces estaban en los tribunales desde al rayar el día hasta el anochecer. Se les llevaba la comida á la misma sala de audiencia: y á fin de que no se distrajesen de sus funciones para cuidar de la manutencion de sus familias, ni tuviesen pretexto alguno para dejarse seducir, tenian (y lo mismo en el reino de México) posesiones señaladas, y esclavos que las cultivasen. Estos bienes eran anexos al empleo, no ya á la persona, y no pasaban á los herederos, sino á los sucesores en la magistratura. En las causas graves no podian sentenciar, á lo menos en la capital, sin dar cuenta al rey. Cada veinte dias se reunian los jueces de la corte, bajo la presidencia del rey, para terminar las causas pendientes. Si por ser demasiado oscuras ó intrincadas, no podian fallarse entónces, se reservaban para otra reunion general y mas solemne, que se celebraba de ochenta en ochenta dias, por lo cual se llamaba *nappopaallili*, es decir, conferencia de los ochenta, en la cual todas las causas quedaban decididas, y allí delante de los vocales, se aplicaba la pena á los reos sentenciados. El rey pronunciaba la sentencia, haciendo con la punta de una flecha una raya en la cabeza del reo pintada en el proceso.

En los juicios de los Mexicanos las partes eran las que hacian sus defensas y alegatos: al menos, se ignora si habia entre ellos abogados. En las causas criminales no se permitía al actor otra prueba que la

de testigos; pero el reo podía hacer uso del juramento en su defensa. En los pleitos sobre términos de las posesiones, se consultaban las pinturas de las tierras, como escrituras auténticas.

Todos los magistrados debían juzgar según las leyes del reino, como las expresaban las pinturas. De estas he visto muchas, y de ellas he sacado una parte de lo que voy á decir sobre el asunto. La potestad legislativa en Texcoco residía siempre en el rey, el cual hacía observar rigurosamente las leyes que publicaba. Entre los Mexicanos, las primeras leyes salieron, según parece, del cuerpo de la nobleza; pero después los reyes fueron los legisladores de la nación: y mientras su autoridad se mantuvo en sus justos límites, celaron con esmero la ejecución de las leyes publicadas por ellos y por sus antepasados. En los últimos años de la monarquía, el despotismo las alteró según su capricho. Citaré aquí las que estaban en vigor cuando entraron en México los españoles. En algunas se ven rasgos de prudencia y humanidad, y un gran celo por las buenas costumbres; en otras, un rigor extraordinario, que degenera en crueldad.

LEYES PENALES.

El traidor al rey ó al estado era descuartizado, y los parientes, que noticiosos de la traición, no la habían descubierta, perdían la libertad.

Había pena de muerte y de confiscación de bienes, para el que se atreviese á usar en la guerra ó en alguna festividad pública, las insignias del rey de México, de Acolhuacan y de Tacuba, y aun las del cihuacoatl.

El que maltrataba á un embajador, ó ministro, ó correo del rey, perdía la vida; pero los embajadores y correos no debían

separarse del camino señalado, so pena de perder la inmunidad.

Eran también reos de muerte los que suscitaban alguna sedición en el pueblo, los que destruían y mudaban los límites puestos en los campos con autoridad pública, los jueces que daban una sentencia injusta ó contraria á las leyes, y los que hacían al rey ó al magistrado superior una relación infiel de un negocio, ó se dejaban corromper con regalos.

El que en la guerra hacía alguna hostilidad al enemigo sin orden del gefe, ó lo atacaba ántes de darse la señal, ó abandonaba la bandera, ó infringía la orden general, era decapitado sin remisión.

El que en el mercado alteraba las medidas establecidas por los magistrados, era reo de muerte, cuya sentencia se ejecutaba sin tardanza en la plaza misma.

El homicida pagaba con la vida, aunque el muerto fuese su esclavo. El que mataba á la muger propia, aunque sorprendida en adulterio, era reo de muerte; porque decían que usurpaba la autoridad de los Magistrados, á quienes pertenecía juzgar y castigar los delitos. El adulterio se castigaba con el último suplicio. Los adúlteros eran apedreados, ó se les aplastaba la cabeza entre dos piedras. Esta ley de lapidación contra aquel crimen es una de la que he visto representadas en las antiguas pinturas que se conservan en la biblioteca del colegio Máximo de Jesuitas en México. También se ve en la última de la *Colección de Mendoza*, y de ella hace mención Gomara, Torquemada y otros autores. Pero no se reputaba adulterio, ó á lo menos, no se castigaba como tal, con alguna muger soltera; así que, no se exigía tanta fidelidad del marido como de la muger. En todo el imperio se castigaba el delito de que vamos hablando, pero en algunos pueblos con

mas rigor que en otros. En Icheatlan, la adúltera comparecía ante los jueces; y si las pruebas del delito eran convincentes, allí mismo se la descuartizaba, y se dividían los cuartos entre los testigos. En Iztepec, los magistrados mandaban al marido que cortase la nariz y las orejas á la muger infiel. En algunas partes del imperio se daba muerte al marido que cohabitaba con su muger, constándole su infidelidad.

No era lícito el repudio sin autorizacion de los magistrados. El que queria repudiar á su muger, se presentaba en juicio, y esponía sus razones. Los jueces lo exhortaban á la concordia, y procuraban disuadirlo; pero si persistía en su pretension, y parecían justas sus razones, le decían que hiciese lo que le pareciese mas oportuno, sin autorizar el repudio con una sentencia formal. Si, finalmente, la repudiaba, no podia volver á juntarse con ella.

El reo de incesto en el primer grado de consanguinidad ó de afinidad, tenia pena de horca, y todo casamiento entre personas de aquellos grados de parentesco, era severamente prohibido por las leyes; excepto el de cuñados, porque entre los Mexicanos, como entre los hebreos, era costumbre que los hermanos del marido difunto se casasen con sus cuñadas viudas; pero habia esta diferencia, que entre los hebreos, solo se verificaba este enlace cuando el primer marido habia muerto sin sucesion, y entre los Mexicanos era indispensable que el difunto dejase hijos, de cuya educacion se encargase su hermano, adquiriendo todos los derechos de padre. En algunos pueblos distantes de la capital, solian los nobles casarse con las mastras viudas, cuando no habian tenido hijos de los padres de ellos; pero en las cortes de México y de Texcoco, y en los pueblos inmediatos á ellas, se miraban es-

tos enlaces como incestuosos, y comó tales se castigaban.

El reo del pecado nefando era ahorcado, ó quemado vivo, si era sacerdote. En todos los pueblos de Anáhuac, escepto entre los Panuqueses, se miraba con abominacion aquel crimen, y en todos se castigaba con rigor. Sin embargo, algunos hombres malignos, para justificar sus propios excesos, infamaron con tan horrendo vicio á todas las naciones americanas, pero la falsedad de esta calumnia, que con culpable facilidad adoptaron muchos escritores europeos, está demostrada por el testimonio de otros mas imparciales, y mejor instruidos.

El sacerdote que, en la época en que estaba dedicado al servicio del templo, abusaba de alguna soltera, era desterrado, y privado del sacerdocio.

Si alguno de los jóvenes de ambos sexos, que se educaban en los seminarios, incurria en algun exceso contra la continencia que profesaban, sufría un castigo rigoroso, y aun la muerte, segun algunos autores. Pero no habia pena establecida para la simple fornicacion, aunque conocian la malicia de aquel pecado, y aunque los padres exhortaban á los hijos á evitarlo.

A la muger pública quemaban los caballos en la plaza, con haces de pino, y le cubrian la cabeza de resina del mismo árbol. Cuanto mas notables eran las personas con quienes se abandonaba á sus excesos, tanto mas rigoroso era el castigo que se le imponia.

La ley condenaba á la pena de horca al hombre que se vestia de muger, y á la muger que se vestia de hombre.

El ladrón de objetos de poco valor, no tenia otra pena sino la restitucion de la cosa robada. Si el hurto era de consideracion, el ladrón quedaba esclavo del robado: si el objeto robado no existia, y el

ladron no tenia bienes con que satisfacerlo, moria apedreado: si lo robado era oro ó joyas, el ladron, despues de haber sido paseado por todas las calles de la ciudad, era sacrificado en la fiesta que los plateros y joyistas hacian á su dios Xipa. El que robaba un cierto número de mazorcas de maíz, ó quitaba del campo ageno algunas plantas útiles, era esclavo del dueño del campo (1); pero los caminantes pobres podian tomar del maíz ó de los árboles plantados al borde del camino, los granos ó las frutas necesarias á su manutencion. El que robaba en el mercado, era apaleado allí mismo. El robo de armas ó de insignias militares en el ejército, tenia pena de muerte.

El que, ballando un muchacho perdido lo hacia esclavo, vendiéndolo como si fuera su hijo, perdía, en pena de su delito, la libertad y los bienes; de los cuales se aplicaba la mitad al muchacho para sus alimentos, y de la otra se satisfacía al comprador el precio que habia dado. Si eran muchos los delinquentes, todos sufrían la misma pena.

Tambien perdía la libertad y los bienes el que vendía los agenos, que habia tomado en arrendamiento.

Los tutores que no daban cuenta exacta de los bienes de sus pupilos, eran irremisiblemente ahorcados. La misma pena tenian los hijos que gastaban en vicios la herencia paterna; porque decian que era gran delito hacer tan poco caso de las fatigas de los padres.

El que usaba de hechizos era sacrificado á los dioses. La embriaguez en los jóvenes era delito capital. El joven que co-

metia aquel exceso moria á palos en la cárcel, y la jóven era apedreada. En los hombres hechos se castigaba con rigor, aunque no con la muerte. Si era noble, lo privaban de su empleo y de la nobleza, y quedaba infame: si era plebeyo, le cortaban el pelo (que era para ellos una gran pena), y le arruinaban la casa, diciendo que no era digno de habitar entre los hombres el que espontáneamente se privaba de juicio. Esta ley no prohibía la embriaguez en las bodas y en otras festividades, en que era licito beber dentro de casa mas de lo acostumbrado; ni comprendía á los que pasaban de sesenta años, que en razon de su edad podian beber cuanto quisiesen, como consta por una pintura de la *Coleccion de Mendoza*.

Al que decia una mentira que acarcase grave perjuicio, cortaban una parte de los labios, y á veces las orejas.

LEYES SOBRE LOS ESCLAVOS.

Habia entre ellos tres clases de esclavos: los prisioneros de guerra, los que se vendian, y ciertos malhechores, que en castigo de sus delitos quedaban privados de su libertad. La mayor parte de los primeros eran sacrificados á los dioses. El que en la guerra quitaba á otro su prisionero, ó lo ponía en libertad, era reo de muerte.

La venta de un esclavo no era válida, si no se hacia delante de cuatro festigos de edad madura. Comunmente acudían en mayor número y esta clase de contrato se celebraba con gran solemnidad. El esclavo podia tener bienes, adquirir posesiones, y aun comprar otros esclavos que lo sirviesen, sin que el amo pudiera impedirselo, ni servirse de ellos; pues la esclavitud no era mas que una obligacion de servicio personal, limitada á ciertos términos. Tampoco era hereditaria. Todos naciañ libres, aun los hijos de las esclava-

(1) El conquistador anónimo dice que el que robaba tres ó quatro mazorcas, incurria en la misma pena. Torquemada añade que tenia pena de muerte; mas esto era en el reino de Acolhuacan, y no en el de México.

vas. Si un hombre libre tenia comercio ilecito con la esclava agena, y esta quedaba preñada y moria en la preñez, aquel quedaba esclavo del dueño de esta; pero si la esclava paria felizmente, el hijo y el padre eran libres.

Los pobres podian vender alguno de sus hijos para remediar sus miserias, y á cualquier hombre libre era licito venderse con el mismo objeto; pero los amos no podian vender un esclavo sin su consentimiento. Los esclavos fugitivos, contumaces y viciosos, eran amonestados dos ó tres veces por sus amos, los cuales, para su mayor justificación, hacian llamar testigos en aquellas ocasiones. Si el esclavo no se enmendaba, le ponian un collar de madera, y entónces podian venderlo en el mercado sin su consentimiento. Si despues de haber mudado de amo dos ó tres veces, persistian en su indocilidad, se vendian para los sacrificios; pero esto ocurría muy pocas veces. El esclavo de collar que se escapaba del encierro en que su amo lo tenia, y se acogia al palacio del rey, era libre, y todo el que le impedia tomar este asilo, quedaba privado de su libertad; excepto su amo y los hijos de este, que estaban autorizados á estorbárselo.

Las personas que mas comunmente se vendian, eran los jugadores, para satisfacer con el precio su pasion dominante; los que, por su pereza ó sus infortunios, se hallaban reducidos á la miseria, y las mugeres públicas, para comprar trages de lucimiento, pues las de aquel pais no buscaban otro interes en sus desórdenes, que la satisfaccion de sus perversos apetitos. No era tan dolorosa á los Mexicanos la esclavitud como á otros pueblos, por no ser allí tan dura la condicion de esclavo. El trabajo que hacian era moderado, y benigno el trato que les daban los dueños, los cuales, comunmente les concedian

libertad cuando morian. El precio ordinario de un esclavo era una carga de ropa.

Habia ademas en México una especie de esclavitud que se llamaba *huchuetlacolli*, y era cuando una ó dos familias se obligaban por su pobreza á suministrar perpetuamente un esclavo á cualquier señor. Para esto le daban uno de sus hijos; y despues de haberle servido cierto número de años, lo retiraban para casarlo, ó con cualquier otro objeto, y ponian á otro en su lugar. Hacíase esto sin repugnancia del amo: ántes bien solia dar espontáneamente otro precio por el nuevo esclavo. Muchas familias hicieron este contrato el año de 1506, de resultas de la carestía que affligió aquellos países; pero Nezahualpilli, rey de Acolhuacan, las puso á todas en libertad, por los inconvenientes que se experimentaron, y á su ejemplo, Moctezuma II hizo lo mismo en sus estados.

Los conquistadores, que se creian poseedores de todos los derechos de los antiguos señores Mexicanos, tuvieron muchos esclavos de aquellas naciones; pero los reyes católicos, informados por personas doctas, celosos del bien público, y bien instruidas en los usos de aquellos países, los declararon libres á todos, prohibieron bajo las mas graves penas atentar contra su libertad, y recomendaron enérgicamente tan importante negocio á la conciencia de los virreyes, de los tribunales superiores y de los gobernadores. Ley justísima, y digna del celo cristiano de aquellos monarcas; porque los primeros que se emplearon en la conversion de los Mexicanos, entre los cuales habia hombres de gran doctrina, declararon despues de un diligente exámen, no haberse hallado entre tantos esclavos uno solo que hubiera sido privado de su libertad por medios legítimos.

Lo que hemos dicho hasta ahora es cuanto sabemos de la legislación de los Mexicanos: quisiéramos dar razón mas estensa de un punto tan importante, sobre todo, en lo relativo á contratos, á juicios y á testamentos, pero la pérdida deplorable de la mayor parte de las pinturas mexicanas, y de algunos manuscritos de los primeros españoles, nos ha privado de las luces con que pudieran aclararse estas materias.

LEYES DE LOS OTROS PAISES DE ANAHUAC.

Las leyes de la capital no habian sido tan generalmente recibidas en las provincias conquistadas, que no hubiese entre ellas gran variedad de instituciones; porque como los Mexicanos no obligaban á los vencidos á hablar su idioma, tampoco los forzaban á aceptar su legislación. La de Acolhuacan era algo análoga á la de México, aunque con alguna diferencia, y ya mucho mas severidad.

Segun las leyes publicadas por el célebre rey Nezahualcoyotl, el ladrón era arrastrado por las calles, y ahorcado despues. El homicida era decapitado. El sodomita activo moria ahogado en un monton de ceniza: al pasivo arrancaban las entrañas, se llenaba el vientre de cenizas, y se quemaba el cadáver. El que suscitaba discordia entre dos estados, era atado á un árbol, y quemado vivo. El que se embriagaba hasta perder la razón, si era noble, moria ahogado, y su cadáver se arrojaba al lago ó á un río; si plebeyo, por la primera vez perdía la libertad, y por la segunda, la vida: y habiendo uno preguntado al legislador por qué era mas rigoroso con el noble que con el plebeyo, respondió que el delito del primero era tanto mas grave, cuanto mayor era su obligación de dar buen ejemplo. El mismo rey Nezahualcoyotl prescribió pena de

muerte á los historiadores que espresasen hechos falsos en sus pinturas. También condenó al último suplicio á los ladrones del campo, declarando que incurria en la pena el que robase siete mazorecas de maíz.

Los Tlaxcaltecas adoptaron la mayor parte de las leyes de Acolhuacan. Los hijos que faltaban gravemente al respeto debido á sus padres, morian por orden del senado. Los que hacian algun daño de importancia al público, eran condenados á muerte ó á destierro. Hablando en general, todas las naciones civilizadas de Anáhuac, castigaban con rigor el homicidio, el hurto, la mentira, el adulterio, y todos los delitos contra la continencia. En todo se verificaba la observacion que hemos hecho hablando de su carácter, á saber: que eran naturalmente inclinados, como lo son en el día, al rigor, y mas propensos al castigo del vicio, que al premio de la virtud.

PENAS Y CARCELES.

De las penas impuestas por los legisladores mexicanos á los malhechores, una de las mas infames parece haber sido la horea. El destierro traía tambien infamia, pues suponía en el reo un vicio congioso. El azote no estaba prescrito por las leyes, ni sabemos que lo usasen sino los padres con los hijos, y los maestros con los discípulos.

Tenian dos géneros de cárceles: la una, semejante á las nuestras, que se llamaba *teipitoyan*, para los deudores que se rehusaban á pagar sus deudas, y para los reos que no eran de muerte; y otra mas estrecha, llamada *cuanacalli*, hecha á modo de jaula, para los prisioneros destinados al sacrificio, y para los reos de pena capital. Todas ellas estaban siempre bien custodiadas. A los reos de muerte se daba poco alimento, á fin de que gustasen antici-

padamente las amarguras del suplicio. Los prisioneros, por el contrario, recibían abundantes provisiones, para que se presentasen robustos al sacrificio. Si por descuido de la guardia se escapaba algun prisionero, los habitantes del barrio á quienes tocaba la custodia de aquellos infelices, pagaban al amo del prófugo una esclava, cierto número de trajes de algodón, y una rodela.

OFICIALES DE GUERRA, Y ORDENES MILITARES.

Habiendo hablado ya del gobierno político de los Mexicanos, conviene decir algo de sus instituciones militares. No había en aquellos países profesion mas estimada que la de las armas. El número que mas reverenciaban, era el de la guerra, como principal protector de la nacion. Ningun príncipe era elegido rey, si antes no había dado pruebas de valor y pericia militar en muchas batallas, hasta merecer el alto empleo de general del ejército; y el rey no podía ser coronado, si no hacia por sí mismo los prisioneros que habían de ser inmolados en su coronacion.

Todos los reyes mexicanos, desde Itzcoatl hasta Cuauhtotzin, que fué el último, pasaron del mando del ejército al trono. Aun en la óm vida, segun su creencia, las almas mas felices eran las de aquellos que morían con las armas en la mano, en defensa de su patria. Por la gran estima en que tenían á la carrera militar, procuraban inspirar valor á sus hijos, y endurecerlos desde su niñez en las fatigas de la guerra. Este ventajoso concepto de la gloria de las armas, fué el que formó aquellos héroses, cuyas ilustres acciones hemos referido; el que les hizo sacudir el yugo de los Tepanecas, y elevar de tan humildes principios tan clara y tan famosa monarquía; el que amplió, final-

mente su dominio, desde las márgenes del lago, hasta la costa de uno y otro acéano.

La suprema dignidad militar era la de general del ejército; pero había cuatro grados diferentes de generales, y cada grado tenia sus insignias particulares. El mas alto era el de *tlacochcalcatl*, palabra que, segun algunos autores, significa príncipe de los dardos, aunque significa realmente habitante de la armería ó de la casa de los dardos. No sabemos si los otros tres grados estaban de algun modo subordinados al primero: ni tampoco es fácil señalar sus nombres, por la variedad con que se leen en los autores (1). Despues de los generales venían los capitanes, cada uno de los cuales mandaba un cierto número de hombres.

Para recompensar los servicios de los militares, y para darles estímulo, inventaron los Mexicanos tres órdenes militares llamadas *Achcautin*, *Cuauhticiny Ocelo*, esto es, príncipes, águilas y tigres. Los mas estimados eran los que en la órden de príncipes llamaban *cuauhticin*. Estos llevaban los cabellos atados en la parte superior de la cabeza con una cuerda roja, de la que pendían tantas borlas de algodón, cuantas habían sido sus acciones gloriosas. Era de tanto honor este distintivo, que aun los reyes, no solo los generales, se jactaban de usarlo. A esta órden pertenció Moctezuma II, como dice el P. Acosta, y aun el rey Tizoc, como se ve en sus retratos. Los tigres se distinguían por cierta armadura manchada como la de aquella fiern. Estos trages solo se usaban

(1) El intérprete de la *Coleccion de Mendoza* dice que los cuatro grados de generales se llamaban *tlacochcalcatl*, *atempamecatl*, *czhuacatecatl* y *tlilancatlqui*. El P. Acosta en vez de *atempamecatl*, dice *tlacatecatl*, y en vez de *czhuacatecatl*, *czhuahuaratl*, añadiendo que estos eran los nombres de los cuatro electores. Torquemada adopta el nombre *tlacatecatl*, pero confunde todos los grados.

en la guerra: en la corte, todos los oficiales del ejército usaban una ropa tejida de varios colores, que llamaban *tlacahuahco*. Los que iban por primera vez á la guerra, no llevaban ninguna insignia, sino un ropón tosco y blanco de tela de maguey. Observáse esta regla con tanto rigor, que aun los príncipes reales debían dar muestras de valor, ántes de cambiar aquel vestido por otro mas honroso que se llamaba *tencatliuhqui*. No solo se distinguían las órdenes militares en sus insignias, sino en las estancias que ocupaban en el palacio real cuando estaban de guardia. Podían tener utensilios de oro, vestirse de la tela mas fina, y usar de fajas mas ligeras que la plebe; lo que no se permitía á los soldados, hasta haber merecido algun adelantamiento por sus acciones. Había un traje particular llamado *tlacatzihqui* destinado á premiar al militar que, cuando se destinaba al ejército, lo incitaba á continuar vigorosamente en la acción.

TRAJE MILITAR DEL REY.

Cuando el rey salía á la guerra, ademas de su armadura, llevaba ciertas insignias particulares: en las piernas unas medias botas cubiertas de planchuelas de oro; en los brazos, otros adornos del mismo metal, y pulseras de piedras preciosas; en el labio inferior, una esmeralda engarzada en oro; en las orejas, pendientes de lo mismo, al cuello una cadena de oro y piedras, y en la cabeza un penacho de hermosas plumas, que caían sobre la espalda (1). Generalmente los Mexicanos cuidaban mucho de distinguir las personas por sus insignias, y sobre todo en la guerra.

(1) Cada una de estas reales insignias tenía sus nombres particulares. Las botas se llamaban *cozchnaitl*; los brazaletes, *matmecatl*; las pulseras, *matzopeztli*; la cameralda del labio, *tentatl*; los pendientes, *nacochelli*; el collar, *cozcapetlatl*, y la principal insignia de plumas, *cuachicilli*.

ARMAS DE LOS MEXICANOS.

Eran varias las armas ofensivas y defensivas de que se servían los Mexicanos y otras naciones de Anáhuac. Las defensivas, comunes á nobles y plebeyos, á oficiales y soldados, eran los escudos, que ellos llamaban *chimalli* (1), los cuales eran de diversas formas y materias. Algunos eran perfectamente redondos, y otros solo en la parte inferior. Los había de *otalli*, ó cañas sólidas y flexibles, sujetas con gruesos hilos de algodón, y cubiertas de plumas, y los de los nobles, de hojas delgadas de oro; otros eran de conchas grandes de tortugas, guarnecidos de cobre, de plata ó de oro, según el grado militar y las facultades del dueño. Unos eran de tamaño regular; otros tan grandes que cubrían todo el cuerpo cuando era necesario, y cuando nó, los doblaban y ponían bajo el brazo, á guisa de nuestros paraguas. Probablemente serían de cuero, ó de tela cubierta de hule, ó resina elástica (2). Los había tambien muy pequeños, menos fuertes que vistosos, y adornados de plumas; pero estos no servían en la guerra, sino en los bailes que hacían imitando una batalla.

Las armas defensivas propias de los oficiales eran unas corazas de algodón de uno y aun dos dedos de grueso, que resistían bastante bien á las flechas, y por esto las adoptaron los españoles en sus guerras contra los Mexicanos. El nombre *icheahuapilli*, que estos les daban, fué cambiado por aquellos en el de *escanapil*. Sobre

(1) Solís dice que solo los señores se servían de escudo; pero el conquistador anónimo, que vió muchas veces á los Mexicanos armados, y se halló en muchas batallas contra ellos, dice espresamente que aquella armadura era comun á todos. Este escritor es el que mas exactamente describe las armas de los Mexicanos.

(2) Hacen mención de estos escudos grandes el conquistador anónimo, Diego Godoy y Bernal Díaz, los tres testigos oculares.

esta coraza, que solo cubría el tronco del cuerpo, se ponían otra armadura, que cubría además los muslos y la mitad de los brazos. Los señores solían llevar una gruesa sobrevesta de plumas, sobre una coraza compuesta de pedazos de oro y de plata dorada, con la que no solo se preservaban de las flechas, sino de los dardos y de las espadas españolas, como lo asegura el conquistador anónimo. Además de estos arneses, que servían de defensa al cuerpo, á los brazos, á los muslos y aun á las piernas, metían la cabeza en una de figre ó de serpiente, hecha de madera, con la boca abierta, y enseñando los dientes, para inspirar miedo al contrario.

Todos los nobles y oficiales se adornaban la cabeza con hermosos penachos, procurando por estos medios dar mayor realce á su estatura. Los simples soldados iban desnudos, sin otro vestuario que la cintura que usaban por decencia; pero fingían el vestido que les faltaba, por medio de los diversos colores con que se pintaban el cuerpo. Los historiadores europeos, que tanto se maravillan de este y otros usos estravagantes de los americanos, no saben que los mismos eran comunísimos en las antiguas naciones de Europa.

Las armas ofensivas de los Mexicanos eran la flecha, la honda, la maza, la lanza, la pica, la espada y el dardo. El arco era de una madera elástica, y difícil de romperse; la cuerda, de nervios de animales y de pelo de ciervo hilado. Había arcos tan grandes (y aun los hay todavía en algunas naciones de aquel continente), que la cuerda tenía cinco pies de largo. Las flechas eran varas duras armadas de un hueso afilado, ó de una gruesa espina de pez, de puntas de pedernal, ó de iztli. Eran aguilisimos en el manejo de esta arma, á cuyo ejercicio se acostumbran des-

de la niñez, estimulados por los premios que les daban sus padres y maestros. Los Tehuacaneses principalmente eran famosos por su destreza en tirar tres ó cuatro flechas al mismo tiempo. Las cosas maravillosas que se han visto hacer en nuestros tiempos á los Tarambaros, á los Hiaqueses y á otros pueblos de aquellas regiones, que conservan el arco y la flecha, nos hacen conocer lo que hacían antiguamente los Mexicanos (1). Ninguno de los pueblos de Anáhuac se sirvió jamás de flechas envenenadas, quizá porque desearan coger vivos á los prisioneros para sacrificarlos.

El *micuahuilitl*, llamado por los españoles espada, porque era el arma que entre los Mexicanos equivalía á la espada del antiguo continente, era una especie de baston, de tres pies y medio de largo, y de cuatro dedos de ancho, armado por una y otra parte de pedazos agudos de piedra iztli, fijos en el baston, y tenazmente pegados á él con goma loca (2). Estos pedazos tenían tres dedos de largo, uno ó dos de ancho, y el grueso de las antiguas espadas españolas. Eran tan cortantes, que, según el testimonio del P. Acosta, se ha visto con una de aquellas armas cortar la cabeza á un caballo de un solo golpe;

[1] La destreza de aquellos pueblos en tirar la flecha, no sería creíble, si no constara por la deposición de millares de testigos oculares. Reunidos muchos flecheros en círculo, echan al aire una mazorca de maíz, y disparan con tanta prontitud y tino, que no la dejan caer en el suelo hasta que no le queda un solo grano. Echan también una moneda del tamaño de medio peso, y con los tiros la mantienen en el aire cuanto tiempo quieren.

(2) Herrera dice que pegaban los pedernales á las espadas con el jugo de la raíz *ca-calle*, mezclado con estiercol de murciélago; pero ni se servían de pedernal en las espadas, ni pegaban el iztli sino con laca, que, como ya he dicho, se llamaba entre ellos estiercol de murciélago.

pero solo el primero era temible, porque las piedras se embotaban muy pronto. Llevaban esta arma atada al brazo con una cuerda, para que no se escapase al dar los golpes. La forma del *mucuhuitl* se halla en las obras de muchos escritores.

(1). Las picas de los Mexicanos tenían en vez de hierro una gran punta de piedra ó de cobre. Los Chiuantecas y algunos pueblos de Chiapan usaban picas tan desmesuradas, que tenían diez y ocho piés de largo, y de ellas se sirvió Cortés contra la caballería de su rival Pánfilo Narvaez.

El *tlacochtili*, ó dardo mexicano, era de *etatl* ó de otra madera fuerte, con la punta endurecida al fuego, ó armada de cobre, de ítzli ó de hueso, y muchos tenían tres puntas, para hacer tres heridas á la vez. Lanzaban los dardos con una cuerda (2), para arrancarlos despues de haber herido. Esta es el arma que mas temian los españoles, pues solian arrojarla con tanta fuerza, que pasaba de parte á parte á un hombre. Los soldados iban por lo comun armados de espada, arco, flecha, dardo y honda. No sabemos si se servian tambien en la guerra de las segures, de que hablaremos despues.

ESTANDARTES Y MUSICA MILITAR.

Usaban en la guerra estandartes y música militar. Los estandartes mas semejantes al *signum* de los romanos, que á las banderas de Europa, eran unas hastas de

(1) Hernandez dice que con un golpe de *mucuhuitl* se podia partir un hombre por medio, y el conquistador anónimo asegura que en una accion vió á un Mexicano sacar de un golpe los intestinos á un caballo, y á otro que, de un golpe dado á un caballo en la cabeza, lo dejó muerto á sus piés.

(2) El dardo mexicano era de la especie de los que los romanos llamaban *hasta*, *jaculum*, ó *telum amantatum*, y el nombre español *amanto* ó *amanto*, de que se sirven los historiadores de México, significa lo mismo que el *amentum* de los latinos.

ocho á diez piés de largo, sobre los cuales se ponian las armas ó la insignia del estado, hecha de oro, de plumas ó de otra materia preciosa. La insignia del imperio mexicano era un águila en actitud de arrojarle á un tigre; la de la república de los Tlaxcaltecas, un águila con alas extendidas (1); pero cada una de los cuatro señorios que componian la república, tenían una insignia diferente. La de Ocotelco era un pájaro verde sobre una roca; la de Tzatlán, una garza blanca sobre una peña elevada; la de Tepecticpac, un lobo feroz con algunas flechas en la garga, y la de Quahuiztlan, un parasol de plumas verdes. El estandarte que tomó Cortés en la famosa batalla de Otompan, era una red de oro, que probablemente sería la insignia de alguna ciudad del lago. Ademas del estandarte comun y principal del ejército, cada compañía, compuesta de doscientos ó trescientos soldados, llevaba su estandarte particular, distinguiéndose no solo en las plumas que lo adornaban, sino tambien en la armadura de los nobles y oficiales que á ella pertenecian. La obligacion de llevar el estandarte del ejército, tocaba, á lo menos, en los últimos años del imperio, al general y el de las compañías, segun conjeturo, á sus gefes respectivos. Llevaban el hasta del estandarte atada tan estrechamente á la espalda, que era imposible apoderarse de ella, sin hacer pedazos al que la llevaba. Los Mexicanos la ponian siempre en el centro del ejército: los Tlaxcaltecas la colocaban en las marchas á vanguardia, y á retaguardia en las acciones.

La música militar, en la cual habia mas rumor que armonía, se componia de tam-

(1) Gomara dice que la insignia de la república tlaxcalteca era una grulla; pero otros historiadores, mejor informados, desmientan esta opinion.

boriles, cornetas y ciertos caracoles marítimos que daban un sonido agudísimo.

MODO DE DECLARAR Y DE HACER LA GUERRA.

Para declarar la guerra se examinaba antes en el consejo la causa de emprenderla, que era por lo comun la rebelion de alguna ciudad ó provincia, la muerte dada á un correo, ó mercader mexicano, Acolhua ó Tepaneca, ó algun insulto hecho á sus embajadores. Si la rebelion era solo de algunos gefes, y no de los pueblos, se hacian conducir los culpables á la capital para castigarlos. Si el pueblo era tambien culpable, se le pedia satisfaccion en nombre del rey. Si se humillaba, ó manifestaba un verdadero arrepentimiento, se le perdonaba su culpa y se lo exhortaba á la enmienda; pero si en vez de humillarse, respondia con arrogancia, y se obstinaba en negar la satisfaccion pedida, ó cometia nuevos insultos contra los mensajeros que se le enviaban, se ventilaba el negocio en el consejo, y tomada la resolucion de la guerra, se daban las órdenes oportunas á los generales. A veces el rey, para justificar mas su conducta, ántes de emprender la guerra con algun estado, le enviaba tres embajadas consecutivas: la primera al señor del estado culpable, pidiéndole una satisfaccion conveniente, y prescribiéndole el tiempo en que debía darla, so pena de ser tratado como enemigo; la segunda, á la nobleza, invitándola á que persuadiese al señor evitase con la sumision el castigo que le aguardaba, y la tercera al pueblo, para hacerle saber las causas de la guerra. A veces, segun dice un historiador, eran tan eficaces las razones propuestas por los embajadores, y se ponderaban de tal modo las ventajas de la paz, y los males de la guerra, que se lograba prontamente una conciliacion. So-

lian tambien mandar con los embajadores al ídolo de Huitzilopochtli, exigiendo de los que ocasionaban la guerra, que le diesen lugar entre sus divinidades. Si estos se hallaban con fuerzas suficientes para resistir, rechazaban la proposicion, y despedian al dios extranjero; pero si no se reconocian en estado de sostener la guerra, acogian al ídolo y lo colocaban entre los dioses provinciales, respondiéndole á la embajada con un buen regalo de oro y piedras, ó de hermosas plumas, y repitiendo las seguridades de su sumision al soberano.

En caso de decidirse á emprender la guerra, ántes de todo se daba aviso á los enemigos, para que se apercibiesen á la defensa, creyendo que era bajaza indigna de hombres de valor atacar á los desprevenidos. Tambien se les enviaban algunos escudos, en señal de desconfianza y vestidos de algodón. Si un rey desafiaba á otro, se añadia la ceremonia de unirlo y pegarle plumas á la cabeza, por medio del embajador, como sucedió en el reto de Itzcoatl al tirano Maztlaton. Despues enviaban espías, á quienes se daba el nombre de *quimichtin*, ó ratones, para que fuesen disfrazados al pais enemigo, y observasen los movimientos de los contrarios, el número y la calidad de las tropas que alistaban. Si las espías desempeñaban bien su comision, tenian una buena recompensa.

Finalmente, despues de haber hecho algunos sacrificios al dios de la guerra, y á los nùmenes protectores del estado ó de la ciudad, contra la cual se iba á combatir, para merecer su proteccion, marchaba el ejército, no formado en alas ni en filas, sino dividido en compañías, cada una con su gefe y estandarte. Cuando el ejército era numeroso se dividia en *xiquipillis*, y cada *xiquipilli* constaba de ocho mil

hombres. Es verosímil que cada uno de estos cuerpos fuese mandado por un tlacatecatl, ó otro general. El lugar en que se daba comunmente la primera batalla, era un campo destinado á aquel objeto, en cada provincia, llamado *xaotlalli*, esto es, tierra ó campo de batalla. Dábase principio á la acción con un rumor espantoso (como se hacía antiguamente en Europa, y como hacían los romanos), y para ello se valían de instrumentos militares, de clamores, y de silbidos tan fuertes, que causaban terror á quien no estaba acostumbrado á oírlos, como refiere por experiencia el conquistador anónimo. En el ejército texcocano, y quizás en el de alguna otra nación, el rey ó el general daba la señal del ataque con un tamborcillo que llevaba á la espalda. El primer ímpetu era furioso; pero no se empeñaban todos desde luego en la acción, como dicen algunos autores, pues de su historia consta que tenían cuerpos de reserva para los lances apurados. A veces empezaban la batalla con flechas ó con dardos, ó con piedras, y cuando se habían agotado las armas arrojadas, echaban mano de las picas, de las mazas y de las espadas. Procuraban con particular esmero conservar la unión de sus huestes, defender el estandarte, retirar los heridos y los muertos de la vista de sus enemigos. Había en el ejército cierto número de hombres que se empleaban en apartar estos objetos, á fin de evitar que el contrario los echase de ver, y cobrase nuevos bríos. Usaban de cuando en cuando de emboscadas, ocultándose entre las malezas, ó en zarzales hechas á propósito, como lo experimentaron mas de una vez los españoles; y frecuentemente fingían una retirada, para atraer al enemigo que se empeñaba en seguirles, á un sitio peligroso, donde les era fácil atacarlo con nuevas tro-

pas por retaguardia. Su mayor empeño en la guerra no era tanto matar, cuanto hacer prisioneros para los sacrificios; ni el valor del soldado se calculaba por el número de muertos que dejaba en el campo de batalla, sino por el de prisioneros que presentaba al general despues de la acción. Esta fué una de las principales causas de la conservación de los españoles en medio de tantos peligros, y especialmente en la horrible noche en que salieron vencidos de la capital. Cuando algun enemigo vencido procuraba escapar, lo desjarretaban á fin de que no pudiera correr. Cuando perdían el general ó el estandarte, echaban á huir, y entónces no había fuerza humana que bastase á detenerlos.

Terminada la batalla, los vencedores celebraban con gran júbilo su triunfo, y el general premiaba á los oficiales y soldados que habían hecho algunos prisioneros. Cuando el rey de México hacía algun prisionero, le enviaban embajadas y regalos todas las provincias del reino, para darle la enhorabuena. Vestían á aquel malaventurado con las mejores ropas, lo cubrían de preciosos adornos, y lo llevaban en una litera á la capital, de donde salían á recibirlo los habitantes con música y grandes aclamaciones. Llegado el día de su sacrificio, despues de haber ayunado el rey el día anterior, como hacían los dueños de las víctimas, llevaban al real prisionero, con las insignias del sol, al altar comun de los sacrificios, y moría á manos del gran sacerdote. Este hacía con la sangre de la víctima una aspersion á los cuatro puntos cardinales, y mandaba un vaso de ella al rey, para rociar todos los ídolos que estaban en el recinto del templo, en acción de gracias por la victoria conseguida contra los enemigos del estado. Enfilaban la cabeza en un palo altísimo, y cuando se había secado el pelle-

jo, lo llenaban de algodón, y lo colgaban en algún sitio del palacio, para recuerdo de un hecho tan glorioso, en lo que no tenía poca parte la adulación.

En los asedios de las ciudades, la primera precaución de los sitiados era poner en seguro sus hijos, sus mujeres y los enfermos, enviándolos en tiempo oportuno á otra ciudad, ó á los montes. Así los salvaban del furor de los enemigos, y evitaban el consumo inútil de los víveres de la guarnición.

FORTIFICACIONES.

Para la defensa de los pueblos usaban diferentes clases de fortificaciones, como muros y baluartes, con sus parapetos, escarpadas, fosos y trincheras. De la ciudad de Cuauhquechollan sabemos que estaba fortificada con una buena muralla de piedra y cal, de veinte pies de alto y doce de grueso.

Los conquistadores que describen las fortificaciones de aquella ciudad, hacen mención de otras muchas, entre las cuales es muy notable la que construyeron los Tlaxcaltecas en los confines orientales de su república, para defenderse de las invasiones de las tropas mexicanas, que estaban de guarnición en Iztacmaztilan, Xocothan y otros puntos. Esta muralla, que se extendía de una montaña á otra, tenía seis millas de largo, ocho pies de alto, sin el parapeto, y diez y ocho de grueso. Era de piedra, y de una mezcla tenaz y fuerte (1). No tenía mas que una salida estrecha, de ocho pies de ancho, y de cuarenta pasos de largo, que era el es-

pacio que mediaba entre las estremidades del muro, encurvada una en torno de otra, y formando, como la de Cuauhquechollan, dos semicírculos concéntricos. Aun se ven en el día algunos restos de esta construcción.

Subsiste tambien una fortaleza antigua, fabricada sobre la cima de un monte, á poca distancia del pueblo de Molcaxac. Está circundada de cuatro muros, separados unos de otros, desde el pié del monte hasta la cima. En las inmediaciones se ven muchos baluartes de piedra y cal, y sobre una colina, á dos millas de aquel monte, los restos de una antigua y populosa ciudad, de que no han dejado memoria los historiadores. A veinticinco millas de distancia de Córdoba, existe aun la antigua fortaleza de Cuauhtochco, ó Guatuseo, rodeada de altos muros de piedra durísima, y en la cual no se puede entrar sino es por unas escaleras altas y estrechas. Así era la entrada comun de las fortalezas de aquellas naciones. De este antiguo edificio, cubierto hoy de maleza, por el descuido de los habitantes de las cercanías, sacó, hace pocos años, un caballero, cordobés algunas estatuas bien labradas, con que adornó su residencia. Cerca de la antigua corte de Texcoco se conserva una parte de la alta muralla que circundaba la ciudad de Coatlican. Quisiera que mis compatriotas preservasen aquellos pocos restos de la arquitectura militar de los Mexicanos, ya que han dejado perecer tantos vestigios preciosos de su antigüedad (1).

[1] Bernal Diaz dice que la muralla de Tlaxcala era de piedra y cal, y de un beton tan fuerte, que era necesario usar de picas de hierro para deshacerlo. Cortés afirma que era de piedra seca; pero debe darse mas crédito al primero, que observó por sí mismo aquella obra.

(1) Estas escasas noticias de aquellos restos de la antigüedad mexicana, recogidas de testigos oculares, y dignos de toda fe, me hacen creer que hay otros muchos, de los cuales no se tiene noticia, por la negligencia de mis compatriotas. Véase lo que digo acerca de este punto en mis Disertaciones, combatiendo la opinion del Dr. Robertson.

La corte de México, fuerte ya en aquellos tiempos por su posición, se hizo insuperable á sus enemigos, por la industria de sus habitantes. No se podía entrar en la ciudad, sino por los caminos construidos sobre el lago; y para que fuera más difícil en tiempo de guerra, habían construido muchos baluartes en el mismo camino, y abierto muchos fosos profundos, con puentes levadizos y trincheras, para su defensa. Estos fueron los sepulcros de tantos españoles y Thaxcaltecas en la terrible noche del primero de julio, de que después hablaremos, y los que tanto retardaron la reducción de aquella gran ciudad, á un ejército tan numeroso y tan bien armado como el que Cortés empleó en su asedio. Mayor hubiera sido la tardanza, y más caro le hubiera costado el triunfo, si los bergantines no hubieran favorecido tan eficazmente sus operaciones. Para defender por agua la ciudad necesitaban de millares de barcas, y muchas veces se ejercitaban en aquel género de combates.

Pero las fortificaciones más extraordinarias de México eran los templos de sus dioses, y particularmente el mayor, que parecía una ciudadela. La muralla que circundaba todo el recinto, las cinco armerías, provistas siempre de toda clase de armas ofensivas y defensivas, y la misma arquitectura del templo que hacía tan difícil la subida, dan claramente á entender, que en aquella fábrica no tenía menos interés la política, que la religión; y que al construirla, no se pensaba tanto en el culto de los dioses, como en la defensa de los hogares. Nos consta por la historia que se fortificaban en los templos, cuando no podían impedir á los enemigos la entrada en las ciudades, y desde allí los molestaban con flechas, con dardos y con piedras. En el libro último de esta Historia ver-

nos cuánto costó á los españoles la toma del templo mayor, donde se habían fortificado quinientos nobles Mexicanos.

CAMPOS Y HUERTOS FLOTANTES EN EL LAGO DE MEXICO.

El alto aprecio en que aquellos pueblos tenían la profesión de las armas, no los distraía del ejercicio de las artes útiles. La agricultura, que es una de las principales ocupaciones de la vida civil, fué practicada de tiempo inmemorial por los Mexicanos, y por casi todas las naciones de Anáhuac. Los Toltecas se aplicaron á ella con el mayor esmero, y la enseñaron á los Chichimecas, que eran cazadores. En cuanto á los Mexicanos, sabemos que en toda la larga romería que hicieron desde su patria Aztlan hasta el lago, donde fundaron á México, labraron la tierra en todos los puntos donde se detenían, y vivían de sus cosechas. Vencidos después por los Colhuas y por los Tepanecas, y reducidos á las miserables islitas del lago, cesaron por algunos años de cultivar la tierra, porque no la tenían, hasta que doctrinados por la necesidad, é impulsados por la industria, formaron campos y huertos flotantes sobre las mismas aguas del lago. El modo que tuvieron entonces de hacerlo, y que aun en el día conservan, es bastante sencillo. Hacen un tejido de varas y raíces de algunas plantas acuáticas y de otras materias leves, pero capaces de sostener unida la tierra del huerto. Sobre este fundamento colocan ranas ligeras de aquellas mismas plantas, y encima el fango que sacan del fondo del lago. La figura ordinaria es cuadrilonga: las dimensiones varían; pero por lo común son, si no me engaño, ocho toesas, poco más ó menos de largo, tres de ancho, y menos de un pié de elevación sobre la superficie del agua. Estos fueron los primeros campos que tu-

vieron los Mexicanos despues de la fundacion de su ciudad, y en ellos cultivaban el maiz, el chile y todas las otras plantas necessarias á su sustento. Habiéndose despues multiplicado excesivamente aquellos campos movibles, los hubo tambien para jardines de flores y de yerbas aromáticas, que se empleaban en el culto de los dioses, y en el recreo de los magnates. Ahora solo se cultivan en ellos flores y toda clase de hortalizas. Todos los dias del año, al salir el sol, se ven llegar por el canal á la gran plaza de aquella capital, innumerales barcos cargados de muchas especies de flores y otros vegetales, criados en aquellos huertos. En ellos prosperan todas las plantas maravillosamente, porque el fango del lago es fertilisimo, y no necesita del agua del cielo. En los huertos mayores suele haber arbustos, y aun una cabaña para preservarse el dueño, del sol y de la lluvia. Cuando el año de un huerto, ó como ellos dicen, de una *chinampa*, quiere pasar á otro sitio, ó por alejarse de un vecino perjudicial, ó para aproximarse á su familia, se pone en su barca, y con ella sola, si el huerto es pequeño, ó con el auxilio de otras si es grande, lo tira á remoique y lo conduce á donde quiere. La parte del lado donde están estos jardines, es un sitio de recreo, donde los sentidos gozan del mas suave de los placeres.

MODO DE CULTIVAR LA TIERRA.

Despues que los Mexicanos sacudieron el yugo de los Tepanecas, empezaron con sus conquistas á adquirir tierras de labor, y se aplicaron con extraordinaria diligencia á la agricultura. No teniendo ni arados, ni bueyes, ni otros animales que emplear en el cultivo de la tierra, suplían su falta con la fatiga, y con algunos sencillos instrumentos. Para cavar ó menear la tierra, se servían del *coatl*, ó *coa*, instrumento

de cobre con el mango de madera; pero muy diferente de la azada y del azadon. Para cortar los árboles empleaban una hoz ó segur, tambien de cobre, de la misma forma que la muestra, con un ojo ó anillo del mismo metal en que se encajaba el mango de madera. Tenian sin duda otros instrumentos rurales; pero el descuido de los escritores antiguos nos ha privado de los datos necesarios para describirlos.

Para regar los campos se servían de las aguas de los rios, y de acequias que bajaban de los montes, con diques para detener el agua, y conductos para dirigirla. En los sitios altos, y en las pendientes de los montes no sembraban todos los años, sino que dejaban reposar la tierra, hasta que se cubriese de yerbas, para quemarlas y reemplazar con sus cenizas las sales arrebatadas por las lluvias. Cercaban los campos con tapias de piedra, ó con vallados de maguey, que son excelentes para aquel objeto, y en el mes de *Panquetzaliztli*, que empezaba, como hemos dicho, en 2 de diciembre, los reparaban, si era necesario.

El modo que entónces tenian, y aun conservan ahora en algunas partes, de sembrar el maiz, era como sigue: hace el sembrador un pequeño agujero en la tierra con la punta de un baston endurecida al fuego; y hecha en él uno ó dos granos de maiz, de una espuerta que le cuelga al hombro, y lo cubre con un poco de tierra, sirviéndose de sus piés para esta operacion. Pasa adelante, y á cierta distancia, que varia segun el terreno, abre otro agujero, y así continúa en línea recta hasta el término del campo, y de allí vuelve, formando otra línea paralela á la primera. Estas líneas son tan derechas como si se hubieran hecho á cuerda, y la distancia de una á otra planta tan igual, como si se hubiera empleado un compas ó medida.

Este modo de sembrar, apenas usado en el dia por algunos indios, aunque lento, es muy ventajoso (1), porque proporciona con exactitud la cantidad de grano á las fuerzas del terreno, y no ocasiona ademas el menor desperdicio de semilla. En efecto, los campos cultivados de aquel modo, dan cosechas abundantes. Cuando la planta llega á cierta elevacion, le cubren el pié con un monton de tierra, para que tenga mas jugo y pueda resistir al viento.

Las mugeres ayudaban á los hombres en las fatigas del campo. A los hombres tocaba cavar y preparar la tierra, sembrar y cubrir las plantas y segar: á las mugeres deshojar las mazoreas y limpiar el grano. Aquellos y estas se empleaban igualmente en escardar y desgranar.

ERAS Y GRANEROS.

Tenian eras para deshojar y desgranar las mazoreas, y graneros para guardar el grano. Estos eran cuadrados, y por lo común de madera. Servíanse para esto del *oyamec* árbol altísimo de pocas ramas, y estas muy delgadas, de corteza tenue y lisa, y de contestura flexible, pero difícil de romperse y rajarse. Formaban el granero, disponiendo en cuadro, unos sobre otros, los troncos redondos é iguales del *oyamec*, sin otra trabazon que una especie de horquilla en su estremidad, para ajustarlos y unirlos tan perfectamente, que no dejasen paso á la luz. Cuando llegaban á cierta altura, los cubrían con otra trabazon de pinos, y sobre ella construian el techo, para defender el grano de la lluvia. Estos graneros no tenian otra salida que dos solas ventanas: una pequeña en la parte inferior y otra grande en la superior. Los habia tan espaciados, que podian conte-

ner cinco ó seis mil, y aun mas fuegas de maiz. Hay todavía estos graneros en algunos puntos distantes de la capital, y entre ellos algunos tan antiguos, que parecen construídos ántes de la conquista, y segun me ha dicho un agricultor inteligente, en ellos se conserva mucho mejor el grano, que en los que se acostumbra hacer al uso de Europa.

Cerca de los sembrados solian hacer unas torrecillas de madera, ranas y esteras, en las que un hombre, al abrigo del sol y de la lluvia, estaba de guardia, y echaba con la honda á los pájaros que seudían á comer el grano. Aun se usan estos sombrajos en los campos de los españoles por causa de la abundancia de pájaros que hay en aquellos paises.

HUERTOS, JARDINES Y BOSQUES.

Los Mexicanos eran muy dados á la cultura de los huertos y jardines, en los que plantaban con buen órden árboles frutales, plantas medicinales y flores, de que hacian gran uso, no solo por la gran aficion que les tenian, sino por la costumbre nacional de presentar ramilletes á los reyes, señores y embajadores, ademas de la excesiva cantidad de ellas que se consumia, tanto en los templos, como en los oratorios privados. Entre los huertos y jardines antiguos, de que se conserva memoria, eran muy célebres los jardines reales de México y Texcoco, de que ya hemos hecho mencion, y los de los señores de Iztapalapan y Huaxtepec. Uno de los pertenecientes al señor de Iztapalapan lleó de admiracion á los conquistadores españoles, por su grandeza, su disposicion y su hermosura. Estos jardines estaban divididos en cuadros, y en ellos se sembraban diferentes especies de plantas, dando no menos placer al olfato que á la vista. Entre los cuadros habia calles formadas, las

[1] La lentitud no es tanta como parece; pues los labradadores acostumbrados á aquel ejercicio, lo hacen con admirable velocidad.

mas de árboles frutales, las otras de espinas de flores y plantas aromáticas. El terreno estaba cortado de canales, cuya agua venia del lago, y en uno de los canales podian navegar canoas.

En el centro del jardín habia un estanque cuadrado, tan grande, que tenia mil y seiscientos piés de circuito, ó sea cuatrocientos de cada lado, donde vivian innumerables pájaros acuáticos, y en los lados habia escalones para bajar al fondo. Este jardín, de que hacen mención, como testigos oculares, Cortés y Diaz, fué plantado, ó mejorado á lo menos, por Cuiclahuatzin, hermano y sucesor de Moctezuma II. En él hizo plantar muchos árboles exóticos, como lo testifica el Dr. Hernandez que los vió.

Mayor y mas celebre que el de Iztapalapan fué el jardín de Huaxtepec. Tenia seis millas de circuito, y por en medio de él pasaba un rio que lo regaba. Habia plantadas con buen órden y simetría, innumerables especies de árboles y plantas deliciosas, y de trecho en trecho muchas casas llenas de primores y preciosidades. Entre las plantas se veian muchas que se habian traído de países remotísimos. Conservaron por muchos años los españoles esta bella hacienda, y en ella cultivaren toda especie de yerbas medicinales convenientes al clima, para el uso del hospital que en ella habian fundado, y en que sirvió muchos años el admirable anacoreta Gregorio Lopez (1).

(1) Cortés en su carta á Carlos V, del 15 de mayo de 1522, le dice que el jardín de Huaxtepec era el mayor, el mas bello, y el mas delicioso que habia visto en su vida. Bernal Diaz asegura que era maravilloso, y digno de un príncipe. Hernandez lo menciona muchas veces en su Historia Natural, y nombra algunas plantas que en él se criaban, es pecialmente el árbol del bálsamo. El mismo Cortés, en otra carta, refiere que habiendo rogado á Moctezuma mandase hacer en Mali-

Ni cuidaban con menor celo de la conservacion de los bosques, que suministraban leña para quemar, madera de construccion y caza para el recreo del monarca. Ya he hablado de los bosques de Moctezuma, y de las ordenanzas de montes de Nezahualcoyotl. ¡Ojalá subsistiesen aquellas leyes, ó á lo menos, ojalá no hubiera tanta libertad de cortar árboles, sin necesidad de reponerlos porque muchos, prefiriendo su utilidad privada al bien público, destruyen sin necesidad el arbolado, para ensanchar sus tierras de labor (1).

PLANTAS CULTIVADAS POR LOS MEXICANOS.

Las plantas que mas comunmente cultivaban los Mexicanos, ademas del maiz, eran el algodón, el cacao, el *mell* ó maguay, la chia y el pimiento, todas las cuales les daban grandes utilidades. El maguay suministraba por sí solo casi todo lo necesario para la vida de los pobres. Ademas de servir de excelente cercado para las comenteras, su tronco se empleaba en los techos de las chosas, como vigas, y sus hojas, como tejas. De estas hojas sacaban papel, hilo, agujas, vestido, calzado y cuerdas; y de su abundantísimo jugo hacian vino, miel, azúcar y vinagre. Del tronco y de la parte mas gruesa de las ho-

naltepec una casa de campo para Carlos V, apenas pasaron dos meses, cuando ya se habian construido en aquel punto cuatro buenas cascas; sembrado sesenta fanegas de maiz, y diez de judías; plantado dos mil piés de cacao, y abierto un gran estanque, donde se criaban quinientos patos, así como en las cascas mil y quinientos pavos.

(1) En muchos pueblos se deploran ya los perniciosos efectos de la libertad de cortar árboles. La ciudad de Querétaro se provee antes de la madera necesaria, en el bosque inmediato al monte *Cimatario*; hoy es menester ir mucho mas lejos, por estar aquel monte enteramente desnudo.

jas, cocidos debajo de tierra, sacaban un manjar agradable. En aquella planta tenían, finalmente, un eficaz remedio para muchos males, y especialmente para los de la orina. Aun en el día es uso de los productos más apreciados, y mas ventajosos á los españoles, como despues veremos.

CRIA DE ANIMALES.

Aunque los Mexicanos no conocian el ramo del pastoreo, accesorio de la agricultura, por carecer enteramente de rebaños, criaban en sus casas innumerables especies de animales desconocidos en Europa. Los sujetos particulares tenían *techichis*, cuadrúpedos semejantes, como ya hemos dicho, á los perros de Europa; pavos, codornices, ánades, patos y otras especies de pájaros: los ricos y señores, además de las aves, peces, ciervos y conejos; y en las casas reales se veían casi todos los cuadrúpedos y animales volátiles de aquellos países, y muchos de los acuáticos y reptiles. Puede decirse que Moctezuma II sobrepusó en esta clase de magnificencia á todos los reyes del mundo, y que no habia nacion comparable á la mexicana en la destreza con que sus individuos sabian cuidar tantos animales diferentes, y en el conocimiento de sus inclinaciones, del alimento que á cada uno convenia, y de los medios mas oportunos de mantenerlos y propagarlos.

Ento los animales que los Mexicanos criaban, ninguno es mas digno de atencion que el *nochiatl*, ó cochinilla mexicana, descrita en el primer libro de esta obra. Este insecto, tan apreciado en Europa por su uso en los tintes, siendo por una parte tan delicado, y por otra tan espuesto á los ataques de muchas clases de enemigos, requiere en su crianza mucho mayor cuidado que la de los gusanos de seda. Hácen-

le igualmente daño la lluvia, el frio y el viento. Los pájaros, los ratones, los gusanos y otros animales lo persiguen con furia, y lo devoran: de modo que es necesario tener siempre limpias las plantas de opuucia ó nopal en que los insectos se orian, alejar continuamente á los pájaros dañinos, hacer nidos de heno en las hojas de la planta, de cuyo jugo se nutre la cochinilla, y quitarla de ella, juntamente con las hojas, cuando viene la estacion de las lluvias, para custodiaria en las habitaciones. Las hembras antes de parir, mudan de piel, y para quitarles este despojo es preciso valerse de la cola del conejo, manejándola con mucha delicadeza, á fin de no quitar el insecto de la hoja, ni hacerle daño. En cada hoja hacen tres nidos, y en cada uno ponen quince cochinillas. Cada año hacen tres cosechas, reservando en cada una cierto número de insectos para la generacion futura. La última cosecha es la menos estimada, porque la cochinilla es mas pequeña, y va mezclada con raspaduras de nopal. Matan comunmente el insecto en agua caliente, pero la calidad del color depende del modo de sacarlo. La mejor es la que seca el sol. Algunos la secan en el *comalli*, ó tortera en que cuecen el pan de maíz, y otros en el *temacalli*, ó hipocausto, de que despues hablaremos.

CAZA DE LOS MEXICANOS.

No hubieran podido los Mexicanos reunir tantas especies de animales, á no haber sido diestrisimos en el ejercicio de la caza. Servíanse del arco y flechas, de dardos, de redes, de lazos y de cerbatanas. Las cerbatanas que usaban los reyes y los magnates, estaban curiosamente labradas y pintadas, y aun guarnecidas de oro y plata. Además de la caza que hacian los particulares, para proveerse de víveres, ó

para su diversion, hacian otras generales y extraordinarias, ó prescritas por los reyes, ó establecidas por costumbre, para proporcionarse las víctimas que habian de sacrificarse. Para esta se escogia un gran bosque, y por lo comun era el de Zacatepec, que estaba poco distante de la capital, y en él se señalaba el sitio mas oportuno para tender los lazos y las redes. Hacian entre muchos millares de cazadores, un gran cerco al bosque, á lo menos de seis ó ocho millas de circunferencia, segun el número de animales que deseaban coger; pegaban fuego por diferentes puntos al bosque, y hacian al mismo tiempo un rumor espantoso de tamboriles, cornetas, gritos y silbidos. Los animales espantados del fuego y del ruido, huían hácia el centro del bosque, donde estaban preparados los lazos. Los cazadores se encaminaban al mismo sitio, y continuando siempre el rumor, estrechaban el círculo, hasta dejar un pequenísimó espacio á los animales. Entónces los atacaban todos con las armas que llevaban apercebidas. De los animales unos morian y otros caian vivos en las redes y lazos, ó en las manos de los cazadores. Tan grande era la muchedumbre y variedad de animales que se cazaban, que habiéndolo oido decir el primer virey de México, y no pareciéndole creible, quiso hacer por sí mismo la experiencia. Señalóse para la caza la llanura que está en el país de los Otomites, entre los pueblos de Xilotepec y San Juan del Rio, y se dispuso que los indios la hiciesen del mismo modo que en el tiempo de su gentilismo. El mismo virey pasó á la llanura con gran séquito de españoles, para cuyo alojamiento se habian dispuesto algunas casas de madera. Once mil Otomites formaron un cerco de mas de quince millas de circunferencia; y hechas todas las operaciones que hemos des-

critó, resultó tanta caza en la llanura, que maravillado el virey, mandó dar libertad á una gran parte de los animales que se habian cogido, y sin embargo, fueron tantos los que quedaron, que pareciera inverosímil su número, si no hubiera sido un hecho público, y probado por el dicho de muchos testigos, y entre ellos uno digno de todo crédito (1). Se mataron mas de seiscientas piezas entre coyotes y cabras monteses, mas de cien lobos, y un número extraordinario de liebres, conejos y otros cuadrúpedos. Hasta ahora conserva aquel sitio el nombre español del *Casadero* que entónces se le dió.

Ademas del modo ordinario de cazar, tenian otros particulares, y proporcionados á la naturaleza de los animales. Para cazar monas, hacian fuego en el bosque, y ponian entre las brasas una piedra llamada por ellos *cacaloteitl* (piedra negra, ó del cuervo,) la cual tiene la propiedad de estallar con gran estrépito, cuando está bien inflamada. Cubrian el fuego con tierra, y esparcian en torno un poco de maíz. Acudian atraidas por el grano las monas, con sus hijos en brazos, y mientras estaban tranquilamente comiendo, estallaba la piedra. Entónces echaban á correr despavoridas, dejando á sus hijos en el peligro, y los cazadores que estaban en asecho, los tomaban ántes que volbiesen por ellos las madres.

Tambien es curioso el modo que tenian, y aun tienen de cazar patos. Hay en los lagos del valle y en otros del reino, una multitud prodigiosa de patos, ánades y otros pájaros acuáticos. Dejaban los Mexicanos nadar en las aguas, á que ellos acudian, algunas calabazas vacías, para que acostumbrándose á su vista, se acer-

(1) El P. Toribio de Benavente, ó sea Motolinia.

casen á ellas sin temor. Entraba el cazador en el agua, ocultando todo el cuerpo debajo de ella, y cubierta la cabeza con otra calabaza vacía; el pato se acercaba para picarla, y él lo cogía por los piés, y lo ahogaba. De este modo cazaba cuantos podía llevar.

Cogian vivas á las culebras, ó atrayéndolas con gran destreza, ó atacándolas intrépidamente, cogiéndolas por el cuello con una mano, y cosiéndoles la boca con otra. Todavía se sirven de este género de caza, y continuamente se ven en las boticas de las ciudades, muchas culebras vivas, cogidas de aquel modo.

Mas nada es tan maravilloso como su tino en seguir las fieras por la huella. Aunque no dejen traza ninguna en la tierra por estar esta cubierta de yerba, ó de las hojas secas que caen de los árboles, pueden sin embargo seguirlas, especialmente si están heridas, observando atentísimamente á las gotas de sangre que dejan en las hojas, ó la yerba que han pisado y abatido (1).

PESCA.

Mas que á la caza eran aficionados los Mexicanos á la pesca, de resultas de la situacion de su capital, y de la proximidad del lago de Chalco, tan abundante en peces. En este ejercicio se emplearon desde su llegada al país, y con la pesca se proveían de todo cuanto necesitaban. Los instrumentos de que mas frecuentemente se servian, eran la red, el anzuelo, la nasa y otros.

Cogian los cocodrilos de dos diferentes modos. El uno era enlazándolos por el

cuello; y este era el mas comun, segun dice el Dr. Hernandez, aunque no explica la manera de ejecutar una accion tan arrojada contra tan terrible animal. El otro modo, que aun está en práctica, es el mismo de que se servian los egipcios, contra los célebres cocodrilos del Nilo. Presentábase el pescador, llevando en la mano un baston fuerte, cuyas dos puntas eran agudísimas. Cuando la bestia abría la boca para devorarlo, le metía el baston en la boca, y yendo á cerrarla el cocodrilo, quedaba clavado por las dos puntas. El pescador aguardaba que se debilitase con la pérdida de sangre, y le daba muerte.

COMERCIO.

La pesca, la caza, la agricultura y las artes, suministraban á los Mexicanos otros tantos ramos de comercio. Empezaron á practicarlo en el país de Anáhuac, desde su establecimiento en las islas del lago de Texcoco. Con el pescado, y con las esteras que hacian de los juncos del lago, compraban el maiz, el algodón, la piedra, la cal y la madera de que necesitaban para su subsistencia, ropa y habitaciones. A medida que se engrandecian con las armas, aumentaban y ampliaban el comercio: así que, limitado este al principio á los alrededores de la ciudad, se extendió despues á las provincias mas remotas. Habia infinitos traficantes mexicanos que iban continuamente de ciudad en ciudad, comprando géneros en una, y vendiéndolos en otra.

En todos los pueblos del imperio mexicano, y del vasto país de Anáhuac, habia mercado diario; pero de cinco en cinco dias tenian uno general. Los pueblos poco distantes entre sí, celebraban este gran mercado en diferentes dias, para no perjudicarse unos á otros; pero en la capital se tenia en los dias de la casa, del conejo,

(1) Ann es mas maravilloso lo que se ve en los Taramares, en los Opatas y en otros pueblos de mas allá del trópico; pues por la observacion de las pisadas de sus enemigos los Apeches, conocen el tiempo de su tránsito. Lo mismo se refiere de los Yucatecos.

de la caña y del pedernal, que en el primer año del siglo, eran el tercero, el octavo, el decimotercero y el decimoctavo de cada mes.

Para dar una idea de estos mercados, ó ferias tan célebres en los escritos de los historiadores mexicanos, bastará decir algo del de la capital. Esto, hasta los tiempos de Axayacatl, se había hecho en la plaza que estaba delante del palacio del rey; pero después de la conquista de Tlatelolco, se trasportó á este barrio. La plaza de Tlatelolco, era, según dice Cortés, dos veces mayor que la de Salamanca, una de las mas hermosas de España (1), cuadrada y rodeada de pórticos, para comodidad de los traficantes. Cada especie de mercancía se vendía en un sitio señalado por los jueces del comercio. En uno estaban las pederías, y las alhajas de oro y plata, en otro los tejidos de algodón, en otro las labores de plumas, y así los demás; no siendo lícito vender unos géneros en los puestos destinados á otros. Como en la plaza, aunque grande, no podían colocarse todas las mercancías, sin estorbar el paso y la circulación, se dejaban en el canal ó en las calles inmediatas, las mas voluminosas, como las piedras, las vigas y otras semejantes. El número de mercaderes que concurría diariamente al mercado, pasaba, según Cortés, de cincuenta mil (2). Los ronciones que allí se vendían

[1] En tres ediciones de las Cartas de Cortés que he visto, se lee que la plaza de Tlatelolco era dos veces mayor que la ciudad de Salamanca, debiendo decir, que la de la ciudad de Salamanca.

[2] Aunque Cortés afirma que concurrían diariamente á la plaza de Tlatelolco mas de 50,000 personas, parece que debía entenderse del gran mercado de cada cinco días; pues el conquistador anónimo, que escribe con mas individualidad, dice que la concurrencia diaria era de 20 á 25,000, y la del gran mercado de 40 á 50,000, como dice Cortés.

y permutaban, eran tantos y tan varios, que los historiadores que los vieron, después de haber hecho de ellos una larga y prolija enumeración, concluyen diciendo que era imposible comprenderlos todos. Yo, sin apartarme de su relación, procuraré abrazarlos en pocas palabras, á fin de no causar molestia á los lectores. Iban á venderse ó cambiarse en aquella plaza todas las producciones del imperio mexicano, y de los países vecinos que podían servir á las necesidades de la vida, y á la comodidad, al deleite, á la curiosidad y á la vanidad del hombre; innumerables especies de animales muertos y vivos; todas las clases de comestibles de que usaban; todos los metales y piedras preciosas que conocían; todos los simples medicinales, yerbas, gomas, resinas y tierras minerales, todos los medicamentos que sabían preparar, como bebidas, confecciones, aceites, emplastos y ungüentos; todo género de manufactura y trabajo de hilo de magüey, de palma silvestre, de algodón, de plumas, de pelo de animales, de madera, de piedra, de oro, de plata y de cobre. Vendíanse también esclavos, y barcas enteras de estiércol humano para preparar las pieles de los animales. En fin, al mercado se llevaba todo lo que se vendía en la ciudad, pues no había tiendas ni se compraba nada fuera de aquel sitio, si no es los comestibles. Allí concurrían los alfareros y los joyistas de Cholula, los plateros de Azcapozalco, los pintores de Texcoco, los zapateros de Tenayocan, los cazadores de Xilotepec, los pescadores de Cuauhac, los fruteros de los países calientes, los fabricantes de esteras y bancos de Cuauhtitlan, y los floristas de Xochimilco.

MONEDA.

El comercio, no solo se hacía por medio de cambios, como dicen algunos autores,

sino tambien por compra y venta. Tenian cinco clases de moneda corriente, aunque ninguna acuñada, que les servian de precio para comprar lo que querian. La primera era una especie de cacao, diferente del que les servia para sus bebidas, y que giraba sin cesar entre las manos de los traficantes, como la moneda de cobre ó la plata menuda entre nosotros. Contaban el cacao por xichipilli, que como ya he dicho, valia ocho mil; y para ahorrarse el trabajo de contar, cuando la mercancía era de gran valor, calculaban por sacos, estimado cada uno de ellos en valor de tres xichipillis, ó veinticuatro mil almendras. La segunda especie de moneda consistia en unos pedazillos de tela de algodón, que llamaban patolcuachtli y que casi únicamente servian para comprar los renglones de primera necesidad. La tercera era el oro en grano, contenido en plumas de ánade, los cuales por su transparencia dejaban ver el precioso metal que contenian, y segun su grueso, eran de mayor ó menor precio. La cuarta, que mas se aproximaba á la moneda acuñada, consistia en unos pedazos de cobre, cortados en figura de T, y solo servian para los objetos de poco valor. La quinta, de que hace mencion Cortés en sus Cartas, eran unos pedazos de estaño.

Vendíase y permutábanse las mercancías por número y por medida: pero no sabemos que se sirviese de peso, ó porque lo creyesen espuesto á fraudes, como dicen algunos escritores, ó porque no lo juzgasen necesario, como dicen otros, ó porque si lo usaron en efecto, no llegó á noticia de los españoles (1).

[1] Gomara dice que los Mexicanos no conocian la invencion del peso; pero no es verosímil que una nacion tan laboriosa y traficante, ignorase la utilidad de pesar los géneros de comercio, cuando de otras mucho menos cultas del continente americano, consta, segun el

ORDEN EN LOS MERCADOS.

Para impedir los fraudes en los contratos, y el desorden en los negocios, habia ciertos comisarios que giraban continuamente por el mercado, observando cuanto en él pasaba; y un tribunal de comercio, compuesto de doce jueces, que tenian sus sesiones en una casa de la plaza, y se encargaban de decidir las disputas entre los traficantes, y de entender en todos los delitos cometidos en el mercado. De todos los efectos que se introducian en él, se pagaban derechos al rey, el cual por su parte se obligaba á que los mercaderes tuvieran la imparcial administracion de la justicia y la seguridad de sus bienes y personas. Raras veces se veia un robo en el mercado: tal era la vigilancia de los empleados, y tan pronto y rigoroso el castigo que se les imponia. Pero ¿qué estrafalario es que se castigase el hurto, cuando ni aun se toleraban desórdenes mucho menores? El laborioso y sincero Motolinia, cuenta como testigo ocular, que habiendo tenido dos mugeres una disputa en el mercado de Texcoco, y habiéndose atrevido una de ellas á poner las manos en la otra y hacerle sangre, con horror del pueblo que no estaba acostumbrado á semejantes excesos en aquel lugar, la culpable fué inmediatamente condenada á muerte.

Todos los españoles que concurrieron á aquellos mercados, los celebran con singulares elogios, y no hallan palabras con que describir su bella disposicion, y el orden admirable que reinaba en tan gran muchedumbre de traficantes y mercancías.

Los mercados de Texcoco, Tlaxcala, Cholula, Huexotzinco y otros pueblos, se

mismo autor, que se servian de balanzas para pesar el oro. ¿Cuántas cosas se ignoran de la antigüedad americana por falta de investigaciones diligentes y oportunas!

celebraban del mismo modo que el de México. Del de Tlaxcala afirma Cortés que concurrían á él diariamente mas de treinta mil vendedores, aunque quizás deberá entenderse esto del mercado grande. Del de Tepeyacac, que no era ciudad muy considerable, dice el mismo Motolinia, que veinte y cuatro años despues de la conquista, cuando ya estaba muy decaido el comercio de aquellos pueblos, no se vendian en el mercado de cada cinco dias, meaos de ocho mil gallinas europeas, y que otras tantas se vendian en Acapetlayocan.

USOS DE LOS TRAFICANTES EN SUS VIAGES.

Quando un traficante ó mercader queria emprender un largo viage, convidaba á comer á los principales de su profesion que, por su edad, no salian á las mismas expediciones; les declaraba su intento, y los motivos que tenia para trasladarse á otros paises. Los convidados alababan su resolucion, lo estimulaban á seguir las huellas de sus abuelos, especialmente si aquel era el primer viage, y le daban consejos saludables para su manejo y conducta. Viajaban por lo comun muchos juntos, para mayor seguridad. Cada uno llevaba en la mano un baston negro y liso, que decian ser la *imágen* de su dios Teateuetli, y con él se creian seguros de toda clase de peligros. Quando llegaban á una posada, reunian y ataban todos los bastones, les tributaban culto y por la noche se sacaban sangre dos ó tres veces, en honor de aquella divinidad. Durante el tiempo de la ausencia del mercader, su muger y sus hijos no se lavaban la cabeza, (aunque podian bañarse), sino de ochenta en ochenta dias tanto en señal de pesadumbre, como por atarse con aquella penitencia la proteccion de los dioses. Si el

mercader moria en la expedicion, se enviaba la noticia á los mercaderes mas cercanos de su pais, y estos la comunicaban á sus parientes, los cuales inmediatamente hacian una estátna de pino, que representaba al difunto, y celebraban con ella todas las ceremonias fúnebres, como si fuera el cadáver verdadero.

CAMINOS, POSADAS, BARCAS, FUENTES, &C.

Para comodidad de los traficantes y otros viajeros, habia caminos públicos, que se componian todos los años, pasada la estacion de las lluvias. En los montes y en los sitios desiertos habia casas labradas á propósito para albergar á los caminantes; y en los rios, barcas, puentes y otras máquinas en que podian fácilmente pasarse. Las barcas eran cuadradas, chatas, sin quilla ni palos, ni velas, ni otro artificio que los remos para manejarlas. Eran varias sus dimensiones. Las mas pequeñas apénas llevaban dos ó tres personas, pero las habia para veinte ó treinta. Algunas eran hechas de un tronco de árbol hueco. El número de las que navegaban continuamente en el lago mexicano, pasaba de cincuenta mil, segun los antiguos historiadores. Ademas de las barcas, se servian para el paso de los rios, de un amaño particular, llamado *balsa* por los españoles. Era un tablado cuadrado, y de cerca de cinco piés de largo, compuesto de otatlí ó cañas sólidas, atadas sobre algunas calabazas grandes, duras y vacías. Sentábanse en ella cuatro ó cinco pasajeros á la vez, y eran conducidos de una orilla á otra, por uno, dos ó cuatro nadadores, que tomaban un ángulo de la balsa con una mano, y nadaban con la otra. Todavía se usa de este artificio lejos de la capital, y yo pasé así un rio de la Mixteca el año de 1739. Es un modo seguro de atravesar los rios,

cuando la corriente es igual ó tranquila; pero arriesgado en las impetuosas y rápidas.

Sus puentes eran de piedra ó de madera; pero los primeros no eran muy comunes. El puente mas singular de los usados en aquellos países, era el que los españoles llamaron *hamaca*. Era un tejido de cuerdas naturales de cierto árbol, mas flexible que el mimbre, pero mas grueso y fuerte, llamado en América *bejuco*, cuyas estremidades colgaban de dos árboles de las orillas opuestas, quedando el tejido colgando en medio, á guisa de columpio (1). Todavía se ven puentes de esta especie en algunos rios. Los españoles no se atreven á pasarlos; pero los indios lo hacen con tanta intrepidez, como si pasasen el mas sólido puente de piedra, sin curarse de las oscilaciones del tejido, ni de la profundidad de la corriente. En general puede decirse, que siendo todos los antiguos Mexicanos buenos nadadores, no tenían necesidad de puente, sino cuando por la rapidez del agua, ó por el peso que llevaban al hombro, no podían pasar á nado.

Nada nos dicen los historiadores del comercio marítimo de los Mexicanos. Probablemente no sería de mucha importancia; y sus barcas, que apenas se alejaban de la costa, en uno y otro mar, serian principalmente empleadas en la pesca. Donde se hacia mayor tráfico por agua, era en el lago mexicano. Toda la piedra, la leña, la madera, el pescado; la mayor parte del maiz, de las legumbres, de las flores y de las frutas, se trasportaban por agua; el comercio de la capital con Texcoco, con Xochimilco, con Chalco, con

Cuithhuac y con las otras ciudades del lago, se hacia tambien por agua; por lo que no es extraño que hubiese el gran número de barcos de que ya se ha hecho mencion.

HOMBRES DE CARGA.

Lo que no se trasportaba por agua, se llevaba al hombro; y para esto habia una infinidad de hombres de carga, llamados *Tlamanca*, ó *Tlameme*. Acostumbrábase desde niños á aquel ejercicio, en que habian de emplearse toda su vida. La carga regular era de cerca de sesenta libras, y el camino diario que hacian, quince millas; pero hacian viajes de doscientas y trescientas millas, atravesando á veces escabrosas malezas y montes empinados. A tan insoportables fatigas los condenaba la falta de bestias de carga, y aun hoy día, á pesar de abundar estas en aquellos países, se ve frecuentemente á los Mexicanos emprender grandes caminatas con una buena carga al hombro. Transportaban el algodón, el maiz y otros efectos en los *petlacallis*, que eran unas cajas hechas de cierta especie de cañas, y cubiertas de cuero, las cuales eran ligeras y preservaban al mismo tiempo las mercancías de las injurias del sol y del agua. Usaban los españoles en sus viajes, y les dan el nombre de *petacas*.

LENGUA MEXICANA.

No perjudicaban al comercio mexicano las muchas y diferentes lenguas que se hablaban en aquellos países; porque en todos se aprendía y hablaba la mexicana, que era la dominante. Esta era la lengua propia y natural de los Acolhuas y de los Aztecas (1), y segun he dicho en

(1) Algunos puentes tienen las cuerdas tan tirantes que no vacilan, y todos están atados á los árboles con las mismas cuerdas de que se componen.

(1) Boturini dice que la escasez de la lengua mexicana fué causa de que la adoptasen los Chichimecas, los Mexicanos y los Teochichimecas, dejando sus idiomas nativos; pe-

otra parte, la de los Chichimecas y Toltecas.

La lengua mexicana, de que voy á dar alguna idea á los lectores, carece enteramente de las consonantes B, D, F, G, H, y S. Abundan en ella la L, la X, la T, la Z, y los sonidos compuestos TL y TZ; pero con hacer tanto uso de la L, no hay una sola palabra que empiece con aquella letra. Tampoco hay voces agudas, sino tal cual vocativo. Casi todas las palabras tienen la penúltima sílaba larga. Sus aspiraciones son suaves, y ninguna de ellas es nasal.

A pesar de la falta de aquellas seis consonantes, es idioma rico, culto y sumamente expresivo: por lo que la han elogiado extraordinariamente todos los europeos que la han aprendido, y muchos la han creído superior á la griega y á la latina, pero aunque yo conozco sus singulares ventajas, nunca osaré compararla á la primera de aquellas dos lenguas clásicas (1).

De su abundancia tenemos una buena prueba en la Historia Natural del Dr. Hernandez; pues describiendo en ella mil y doscientas plantas del país de Anáhuac, doscientas y mas especies de pájaros, y un gran número de cuadrúpedos, reptiles, insectos y metales, apenas hay un objeto de estos al que no dé su nombre propio. Pero ¿qué extraño es que abunde en voces significativas de objetos materiales

ro ademas de que esta opinion es opuesta á la de todos los historiadores, y á la de los indios, no se halla en la historia la menor traza de semejante cambio. ¿Cuándo se ha visto una nacion dejar su lengua por otra mejor, y especialmente una nacion como la mexicana, y todas las otras de aquellos países, tan adictas á sus respectivos idiomas?

(1) Entre los encomiadores de la lengua mexicana, se hallan algunos franceses y flamencos, y muchos alemanes, italianos y españoles.

cuando ninguna le falta de las que se necesitan para expresar las cosas espirituales? Los mas altos misterios de nuestra religion se hallan bien esplicados en lengua mexicana, sin necesidad de emplear voces extranjeras. El P. Acosta se maravilla de que teniendo idea los Mexicanos de la existencia de un Ser Supremo, Criador del cielo y de la tierra, carezcan de una voz correspondiente al *Dios* de los españoles, al *Deus* de los latinos, al *Theos* de los griegos, al *El* de los hebreos y al *Allah* de los árabes; por lo que los predicadores se han visto obligados á servirse del nombre español. Pero si esté autor hubiese tenido alguna noticia de la lengua mexicana, hubiera sabido que lo mismo significa el *Teotl* de aquel idioma, que el *Theos* de los griegos; y que la razon que tuvieron los predicadores para servirse de la voz *Dios*, no fué otra que su escusivo escrúpulo, pues así como quemaron las pinturas históricas de los Mexicanos, sospechando en ellas alguna supersticion, de lo que se queja con razon el mismo Acosta, así tambien desecharon el nombre *Teotl*, porque habia servido para significar los falsos diómenes que aquellos pueblos adoraban. Pero ¿no hubiera sido mejor adoptar el ejemplo de San Pablo, el cual hallando en Grecia adoptado el nombre *Theos*, para expresar unos dioses mucho mas abominables que los de los Mexicanos, no solo se abstuvo de obligar á los griegos á adorar el *El*, ó el *Adonai* de los hebreos, sino que se sirvió de la voz nacional, haciendo que desde entonces en adelante se entendiese por ella un Ser infinitamente perfecto, supremo y eterno?

En efecto, muchos hombres sabios que han escrito despues en lengua mexicana, se han valido sin inconveniente del nombre *Teotl*, así como se sirven de *Ipalme-*

moani, *Tloque*, *Nahuoque* y otros que significan Ser Supremo, y que los Mexicanos aplicaban á su Dios invisible. En una de mis Disertaciones daré una lista de los autores que han escrito en mexicano sobre la religion y sobre la moral cristiana; otra de los nombres numerales de aquella lengua, y otra de las voces significativas de las cosas metafísicas y morales, para confundir la ignorancia y la insolencia de un autor frances (1), que se atrevió á publicar que los Mexicanos no podian contar mas allá del número tres, ni espresar ideas morales y metafísicas, y que por la dureza de aquella lengua no ha habido español que haya podido pronunciarla. Daré sus voces numerales con que podian contar hasta cuarenta y ocho millones, á lo menos, y haré ver cuán comun ha sido entre los españoles aquella lengua, y cuán bien la han sabido los que en ella han escrito.

Faltan á la lengua mexicana, como á la hebrea y á la francesa, los nombres superlativos, y, como á la hebrea y á la mayor parte de las vivas de Europa, los comparativos; pero los suplen con ciertas particulas equivalentes á las que en aquellas lenguas se adoptaron con el mismo fin. Es mas abundante que la italiana en diminutivos y aumentativos, y mas que la inglesa y todas las conocidas, en nombres verbales y abstractos, pues apenas hay verbo de que no se formen verbales, y apenas hay sustantivo y adjetivo, de que no se formen abstractos. Ni es menos fecunda en verbos que en nombres, pues de cada verbo salen otros muchos de diferente significacion. *Chihua* es hacer; *chichihua*, hacer aprisú; *chihuita*, hacer á otro; *chihuita*, mandar hacer; *chihuitiuh*, ir á

hacer; *chihua*, venir á hacer; *chihuitiuh*, ir haciendo &c. Mas pudiera decir sobre este asunto, si me fuera lícito traspasar los límites de la historia.

El modo de conversar en mexicano varía segun la condiccion de la persona de quien se habla, ó con quien se habla; para lo cual sirven ciertas particulas que denotan respeto, y que se añaden á los nombres, á los verbos, á las proposiciones y á los adverbios. *Tatti* quiere decir padre; *amota*, vuestro padre; *amotatzin*, vuestro señor padre. *Teco* es subir; pero usado como mandato á una persona inferior, es *xitleco*: si como ruego á un superior ó persona respetable, *ximotlēcchui*; y si aun se quiere manifestar todavia mas sumision, *maximotlēcchuitzino*. Esta variedad, que tanta urbanidad y cultura da al idioma, no lo hace por eso mas difícil, porque depende de reglas fijas y fáciles, en términos que no creo que exista uno que lo esceda en método y regularidad.

Los Mexicanos tienen, como los griegos y otras naciones, la ventaja de componer una palabra de dos, tres, y cuatro simples; pero lo hacen con mas economía que los griegos, porque estos adoptan las voces casi enteras en la composicion, y los Mexicanos las cortan, quitándoles sílabas, ó á lo menos letras. *Tlazotli* quiere decir apreciado ó amado; *mahuiztic*, honrado y reverenciado; *teopizqui*, sacerdote; voz compuesta de *Teotl*, Dios, y del verbo *pia* que significa guardar; *tatti* es padre, como ya hemos dicho. Para formar de estas cinco palabras una sola, quitan ocho consonantes y cuatro vocales, y dicen, por ejemplo, *notlazomahuizteopizcatzin*, que quiere decir, mi apreciable señor padre y reverenciado sacerdote, añadiendo el *no*, que corresponde al pronombre *mi*, ó igualmente el *tein*, que es particula reverencial. Esta palabra es familiarísima á

(1) El autor de la obra intitulada *Recherches Philosophiques sur les Americains*.

los indios cuando hablan con los sacerdotes, y especialmente cuando se confiesan; y aunque se compone de tantas letras, no es de las mayores que tienen, pues hay algunas que por causa de las muchas voces de que se componen, tienen hasta quince ó diez y seis sílabas.

De estas composiciones se valen para dar en una sola voz la definición ó la descripción de un objeto. Así se ve en los nombres de animales y plantas, que se hallan en la Historia Natural de Hernandez, y en los de los pueblos, que tan frecuentemente ocurren en la historia. Casi todos los nombres que impusieron á las ciudades y villas del imperio mexicano, son compuestos, y expresan la situación ó localidad de aquel punto, ó alguna acción memorable de que fué teatro. Hay muchas locuciones espresivas, que son otras tantas hipotiposis de los objetos, y particularmente en asunto de amor. En fin, todos los que aprenden aquella lengua, y ven su abundancia, su regularidad y sus hermosísimas espresiones, son de parecer que semejante idioma no puede haber sido el de un pueblo bárbaro.

ORATORIA Y POESÍA.

En una nación que poseía tan hermoso idioma no podían faltar oradores y poetas. Cultivarou en efecto los Mexicanos aquellas dos artes, aunque estuvieron muy lejos de conocer sus ventajas. Los que se destinaban á la oratoria, se acostumbraban desde niños á hablar con elegancia, y aprendían de memoria las mas famosas arengas de sus mayores, que la tradición conservaba, trasmitiéndolas de padres á hijos. Su elocuencia lucía especialmente en las embajadas, en los consejos, y en las arengas gratulatorias que se dirigian á los nuevos reyes. Aunque sus mas célebres arengadores no pueden compararse con los oradores de las naciones cultas de Eu-

ropa, es preciso confesar que sabian emplear graves raciocinios, y argumentos sólidos y elegantes, como se echa de ver en los trozos que se conservan de su elocuencia. Aun hoy, reducidos á tanta humillacion, y privados de sus antiguas instituciones, hacen en sus juntas razonamientos tan justos y bien coordinados, que causan maravilla á quien los oye.

Los poetas eran aun mas numerosos que los arengadores. Sus versos observaban el metro y la cadencia. En los fragmentos que aun existen, hay versos que, en medio de las voces significativas, tienen ciertas interjecciones, ó sílabas privadas de significacion, que solo sirven para ajustarse al metro; mas quizás este era un abuso de que solo echaban mano los poetas. Su lenguaje poético era puro, ameno, brillante, figurado y lleno de comparaciones con los objetos mas agradables de la naturaleza, como las flores, los árboles, los arroyos &c. En la poesía era donde con mas frecuencia se servian de las voces compuestas, solian ser tan largas que con una sola se formaba un verso de los mayores.

Los argumentos de sus composiciones eran muy variados. Componian himnos en honor de sus dioses, ó para implorar los bienes de que necesitaban, y los cantaban en los templos y en los bailes sacros, poemas históricos en que se referian los sucesos de la nación y las acciones gloriosas de sus héroes, y se cantaban en los bailes profanos; odas que contenian alguna moralidad ó documento útil; finalmente, piezas amatorias, ó descriptivas de la caza ó de algun otro asunto agradable, para cantarlas en los regocijos públicos del sétimo mes. Los compositores eran por lo comun los sacerdotes, y enseñaban las poesías á los niños, á fin de que las cantasen cuando llegasen á mayor edad. En otra parte he hecho men-

ción de las composiciones poéticas del célebre rey Nezahualcoyotl. El aprecio que aquel monarca hacia de la poesía, impulsó á sus súbditos á cultivarla, y multiplicó los poetas en su corte. De uno de estos se cuenta en los anales de aquel reino, que habiendo sido condenado á muerte por no sé qué delito, hizo en la cárcel unos versos, en los cuales se despedía del mundo de un modo tan tierno y tan patético, que los músicos de palacio, sus amigos, formaron el proyecto de cantarlos al rey, y este se entermejó de tal manera, que concedió la vida al reo: suceso extraordinario en la historia de Acolhuacan, en que solo se hallan ejemplos de la mayor severidad. Quisiera tener á las manos algunos fragmentos de los que he visto de la poesía de aquellas naciones, para satisfacer la curiosidad del público (1).

TEATRO MEXICANO.

No solamente apreciaban los Mexicanos la poesía lírica, sino también la dramática. El teatro en que representaban sus dramas era un terraplen cuadrado, descubierta, situado en la plaza del mercado, ó en el atrio inferior de algun templo, y bastante alto para poder ser visto por todos los espectadores. El que había en la plaza de Tlatelolco, era de piedra y cal, según afirma Cortés: tenía trece pies de alto, y de largo, por cada lado, treinta pasos.

Buturini dice que las comedias mexicanas eran excelentes, y que entre las antigüedades que poseía en su curioso museo, había dos composiciones dramáticas sobre las célebres apariciones de la madre de Dios al neófito Mexicano Juan Diego, en las que se notaba singular delicadeza, y

dulzura en la expresión. Yo no he visto ninguna obra de esta especie, y aunque no dudo de la suavidad del lenguaje usado en ellas, jamás podre creer que observasen las reglas del drama, ni que mereciesen los pomposos elogios que les da aquel escritor. Algo más digna de crédito, y más conforme al carácter de aquellos pueblos, es la descripción de su teatro y de sus representaciones, dada por el P. Acosta, en la que hace mención de las que se daban en Cholula, con motivo de la fiesta del dios Quetzalcoatl. "Había, dice, en el atrio del templo de aquel dios, un pequeño teatro de treinta pies en cuadro, curiosamente blanqueado, que adornaban con ramos, y aseaban con el mayor esmero, guarneciéndolo con arcos de plumas y flores, y suspendiendo en ellos pájaros, conejos, y otros objetos curiosos (1). Allí se reunía el pueblo después de comer. Presentábase los actores, y hacían sus representaciones burlescas, fingiéndose sordos, resfriados, cojos, ciegos y tullidos, los cuales figuraban ir á pedir la salud al ídolo. Los sordos respondían despropósitos; los resfriados, tosiendo; los cojos, cojeando, y todos refiriendo sus males y miserias, con lo que escitaban la risa del auditorio. Seguían otros actores que hacían el papel de diferentes animales: unos vestidos á guisa de escarabajos, otros de sapos, otros de lagartijas, y se explicaban unos á otros sus respectivas funciones, cada uno ponderando las suyas. Erán muy aplaudidos, porque sabían desempeñar sus papeles con sumo ingenio. Venían después unos muchachos del templo con alas

(1) El P. Horacio Carochi, docto jesuita milanés, publicó algunos versos elegantes de los antiguos Mexicanos, en su excelente Gramática mexicana, impresa en México á mitad del siglo pasado.

[1] Los indios usan todavía los mismos adornos de arcos, hechos con diferentes especies de frutas, flores y animales. Los que yo ví dispuestos para la procesion del Corpus en el pueblo de Xamittepec, capital de la provincia de Xicayan, eran de las cosas más bellas y curiosas que se puede imaginar.

de mariposa y de pájaros de diferentes colores, y subiéndolo á los árboles, dispuestos al efecto; los tiraban los sacerdotes bolas de barro con las ceñatanas, añadiendo expresiones rídiculas en favor de unos, y en contra de otros. Por fin se hacia un gran baile compuesto de todos los actores, y así terminaba la función. Esto se hacia en las fiestas mas solemnes (1).⁹⁹ Esta descripción del P. Acosta recuerda las primeras escenas de los griegos, y no dudamos que si el imperio mexicano hubiera durado un siglo mas, su teatro se hubiera reformado, como el de los griegos se fué mejorando poco á poco.

Los primeros religiosos que anunciaron el Evangelio á aquellas gentes, viéndolas tan inclinadas al canto y á la poesía, y notando que en todas las composiciones del tiempo de su gentilismo habia muchas ideas supersticiosas, compusieron cánticos en lengua mexicana, en loor del verdadero Dios. El laborioso franciscano Bernardino Sahagún, compuso en puro y elegante mexicano, é imprimió en México, trescientos sesenta y cinco cánticos, una para cada día del año, llenos de los mas devotos y tiernos sentimientos religiosos, y aun hubo indios que escribieron muchos sobre los mismos asuntos (2). Buturini cita las composiciones de D. Francisco Plácido, gobernador de Acazapalco, en loor de la Madre de Dios, y cantados por él en los bailes sacros que, con otros nobles Mexicanos, hacia delante de la famosa imagen de la Virgen de Guadalupe. Los celosos franciscanos de aquel pais hicieron tam-

bien composiciones dramáticas en mexicano, sobre los misterios de nuestra religion. Entre otras fué muy celebrada la del juicio final, que compuso el infatigable misionero Andres de Olmos, y fué representada en la iglesia de Tlatelolco, en presencia del primer virey y del primer arzobispo de México, con gran concurso de nobleza y pueblo.

MUSICA.

Mas imperfecta aun que su poesía era su música. No conocian los instrumentos de cuerda. Todos los que usaban se reducian al *huehuatl*, al *teponaztli*, á las cornetas, á los caracoles marítimos y á unas flautillas que despedian un son agudísimo. El huehuatl ó tambor mexicano, era un cilindro de madera de tres piés de alto, curiosamente labrado, pintado por la parte exterior, y cubierto en la superior de una piel de ciervo, bien preparada y estendida, que aflojaban ó apretaban de cuando en cuando, para que el sonido fuese mas grave ó mas agudo. Tocábase con los dedos, y requería gran destreza en el tocador. El teponaztli, que aun usan los indios, es tambien cilindrico y hueco; pero todo de madera y sin piel, y sin otra abertura que dos rayas largas en el medio, paralelas y poco distantes una de otra. Se toca golpeando en el intervalo que media entre las dos rayas, con dos palos semejantes á los de nuestros tambores; pero cubiertos comunmente en su estremidad, de hule ó resina elástica, para que sea mas suave el sonido. El tamaño de este instrumento varia considerablemente; los hay pequeños, que se suspenden al cuello, medianos, y otros de cinco piés de largo. El son que despiden es melancólico, y el de los mayores tan fuerte, que se oye á distancia de mas de dos millas. Este era todo el instrumental con que acompañaban

[1] Acosta, Historia natural y moral de los indios, lib. V, cap. 29.

[2] La obra de Sahagún se imprimió, segun me pareció, en 1549. El Dr. Eguíara se queja en su Biblioteca Mexicana de no haber podido tener á las manos un solo ejemplar de ella. Yo he visto uno en la librería del colegio de Jesuitas de la Puebla de los Angeles.

sus himnos. Su canto era duro, y fastidioso á oídos europeos; mas á ellos daba tanto placer, que solian estarse cantando en sus fiestas un día entero. Este fué el arte en que menos sobresalieron los Mexicanos.

BAILE.

Mas aunque su música era imperfecta, tenían hermosísimos bailes, en que se ejercitaban desde niños, bajo la direccion de los sacerdotes. Eran de varias especies, y tenían otros tantos nombres que significaban, ó la calidad del baile, ó las circunstancias de la fiesta en que se hacian. Bailaban unas veces en círculo y otras en fila; en ciertas ocasiones hombres solos, y en otras hombres y mugeres. Los nobles se vestían para el baile con sus trages de gala: poníase brazaletes, pendientes y otros adornos de oro, joyas y plumas: llevaban en una mano un escudo, cubierto tambien de bellas plumas, y en otra el *ayacaxtli*, que era una cierta vasija, de que despues hablaré, semejante á una calabacilla, redonda ó ovalada, con muchos agujeros y llena de piedrecillas que sacudían, y con cuyo sonido, que no era desagradable, acompañaban el de los instrumentos. Los plebeyos se disfrazaban á guisa de animales, con vestidos de papel, de plumas ó de pieles.

El baile pequeño, que se hacia en los palacios para diversion de los señores, ó en los templos por devocion particular, ó en las casas cuando había boda ó alguna funcion doméstica, se componia de pocos bailarines, que formando dos líneas derechas y paralelas, bailaban, ó con el rostro vuelto hácia una de las estremidades de su línea, ó mirando cada uno al que tenia en frente, ó cruzándose los de una línea con los de la otra, ó separándose uno de cada línea, y bailando en el espacio inter-

medio, mateniéndose entre tanto quietos los otros.

El baile grande, que se hacia en las plazas principales, ó en el atrio inferior del templo mayor, era diferente del pequeño en el órden, en la forma, y en el número de los que lo componian. Este era tan considerable, que solian bailar juntos muchos centenares de personas. La música ocupaba el centro del atrio ó de la plaza: junto á ella bailaban los señores, formando dos ó tres círculos concéntricos segun el número de ellos que concurría. A poca distancia de ellos se formaban otros círculos de personas de clase inferior, y despues de otro pequeño intervalo, otros mayores compuestos de jóvenes. Todos estos círculos tenían por centro el huecuel y el teponaxtli. Todos describian un círculo bailando, y ninguno salia de su raya ó línea. Los que bailaban junto á la música se movian con lentitud y gravedad, por ser menor el giro que debían hacer, y por esto era aquel sitio de los señores y de los nobles mas provechos en edad; pero los que formaban el círculo exterior, ó mas léjos de la música, se movian velocísimamente, para no perder la línea recta, ni faltar al compás que hacian y dirigian los señores.

El baile se hacia casi siempre con acompañamiento de canto; pero tanto este, cuanto los movimientos de los que bailaban, se sujetaban al compás de los instrumentos. En el canto entonaban dos un verso, y les respondían todos. Comúnmente empezaba la música en tono grave, y los cantores en voz baja. Progresivamente apresuraban el compás, y levantaban la voz, y al mismo tiempo era mas vivo el movimiento de los bailarines, y mas alegre el argumento de la cancion. En el intervalo que dejaban las líneas de bailarines, solian bailar algunos bufones,

invitando á otros pueblos en el traje, ó con disfraces de fieras y otros animales, y procurando hacer reir al pueblo con sus bufonadas. Cuando una comparsa ó cuadrilla de bailarines se cansaba, la reemplazaba otra, y así continuaba el baile seis y ocho horas.

Tales eran las formas de la danza ordinaria; pero habia otras muy diferentes, en que ó representaban algun misterio de su religion, ó algun suceso de su historia, ó alguna escena alusiva á la guerra, á la caza ó á la agricultura.

No solo bailaban los señores, los sacerdotes y las muchachas de los seminarios, sino tambien el rey en el templo, por ceremonia de su religion, ó para recreo en su palacio, teniendo en ambas circunstancias un puesto señalado, por respeto á su carácter.

Habia, entre otros, un baile muy curioso, que aun usan los Yucatecos. Plantaban en el suelo un árbol de quince á veinte piés de alto, de cuya punta suspendian veinte ó mas cordones (segun el número de bailarines) largos, y de colores diversos. Cada cual tomaba la estremidad inferior de un cordón, y empezaban á bailar al son de los instrumentos, cruzándose con mucha destreza, hasta formar en torno del árbol un tejido con los cordones, observando en la distribución de sus colores, cierto dibujo y simetría. Cuando á fuerza de vueltas se habian acortado tanto los cordones que apenas podian sujetarlos, aumentando mucho los brazos, deshacian lo hecho con otras figuras y pasos. Tambien usan los indios de México un baile antiguo, llamado vulgarmente *tocotín*, tan bello, honesto y grave, que se practica en los templos cristianos.

JUEGOS.

El teatro y el baile no eran las únicas diversiones de los Mexicanos. Tenian tam-

bien juegos públicos para ciertas solemnidades, y privados para recreo doméstico. A la primera clase pertenecia la carrera, en que empezaban á adiestrarse desde niños. En el segundo mes, y quizás en otros del año, habia juegos militares, en que las tropas representaban al pueblo una batalla campal: recreos ciertamente útiles al estado; pues además del inocente placer que daban á los espectadores, ofrecian á los defensores de la patria los medios mas oportunos de agilitarse y acostumbrarse á los peligros que les aguardaban.

Menos útil, pero mucho mas célebre que los otros, era el juego de los voladores, que se hacia en algunas grandes fiestas, y particularmente en las seculares. Buscaban en los bosques un árbol altísimo, fuerte y derecho, y despues de haberle quitado las ramas y la corteza, lo llevaban á la ciudad y lo fijaban en medio de una gran plaza. En la estremidad superior metian un gran cilindro de madera, que los españoles llamaron *mortero*, por su semejanza con este utensilio. De esta pieza pendian cuatro cuerdas fuertes, que servian para sostener un bastidor cuadrado, tambien de madera. En el intervalo entre el cilindro y el bastidor, ataban otras cuatro cuerdas, y les daban tantas vueltas al rededor del árbol, cuantas debian dar los voladores. Estas cuerdas se enfilaban por cuatro agujeros hechos en el medio de los cuatro pedazos de que constaba el bastidor. Los cuatro principales voladores, vestidos de algodón ó de otra clase de pájaros, subian con extraordinaria agilidad al árbol, por una cuerda que lo rodeaba hasta el bastidor. De este subian uno á uno sobre el cilindro, y despues de haber bailado un poco, divirtiendo á la muchedumbre de espectadores, se ataban con la estremidad de las cuerdas enfiladas en el bastidor, y arrojándose con ímpetu, empezaban su vue-

lo con las alas extendidas. El impulso de sus cuerpos ponía en movimiento al bastidor y el cilindro: el primero con sus giros desenvolvía las cuerdas de que pendían los voladores; así que, mientras mas se alargaban, mayores eran los círculos que ellos describían. Mientras estos cuatro giraban, otro bailaba sobre el cilindro, tocando un tamboril, ó tremolando una bandera, sin que lo amedrentase el peligro en que estaba de precipitarse desde tan grande altura. Los otros que estaban en el bastidor, pues solían subir diez ó doce, cuando veían que los voladores daban la última vuelta, se lanzaban agarrados á las cuerdas, para llegar al mismo tiempo que ellos al suelo, entre los aplausos de la muchedumbre. Los que bajaban por las cuerdas, solían, para dar mayor muestra de habilidad, pasar de una á otra, en aquella parte en que por estar próximas podían hacerlo con seguridad.

Lo esencial de este juego consistía en proporcionar de tal modo la elevación del árbol, y la longitud de las cuerdas, que con trece vueltas exactas llegasen á tierra los cuatro voladores, para representar con aquel número el siglo de cincuenta y dos años, compuesto, según he dicho, de cuatro períodos de trece años cada uno. Todavía se usa esta diversion en aquellos países; pero sin atención al número de vueltas, y sin arreglarse en otras circunstancias á la forma antigua, pues el bastidor suele tener seis á ocho ángulos, según el número de los voladores. En algunos pueblos ponen ciertos resguardos en el bastidor, para evitar las desgracias que han ocurrido con frecuencia después de la conquista; porque siendo tan común en los indios la embriaguez, subían privados de razón al árbol y perdían fácilmente el equilibrio en aquella altura, que, por lo común, es de sesenta pies.

Entre los juegos peculiares de los Mexicanos, el mas común y el que mas los divertía, era el del balón. El sitio en que se jugaba, que se llamaba *tlacuco*, era, según Torquemada, un espacio llano y cuadrilongo, de cerca de diez y ocho toesas de largo, y una anchura proporcionada, encerrado entre cuatro muros, mas gruesos en la parte inferior que en la superior, y mas bajos los laterales que los dos de los frentes. Estos muros estaban blanqueados, y eran muy lisos. Su coronación se componía de merlones, y sobre los dos bajos había dos ídolos, que se colocaban á media noche, en la que precedía á la inauguración del juego, con muchas ceremonias supersticiosas, mientras los sacerdotes bendecían el edificio con otras del mismo género.

Así lo describe Torquemada; pero en algunas pinturas mexicanas que he visto, se representa la planta del juego muy diferente de la que indica aquel autor. Quizás habrá diversas formas de edificios para jugarlos. Los ídolos colocados sobre los muros eran los de los dioses protectores del juego, cuyos nombres ignoro; pero sospecho que uno de ellos sería Omacatl, dios de la alegría. El balón era de hule, ó resina elástica, de tres ó cuatro pulgadas de diámetro, y aunque pesado, botaba mas que el de aire, que se usa en Europa. Jugaban partidas de dos contra dos, y tres contra tres. Los jugadores estaban desnudos, y solo llevaban la cintura ó *maxtlatl* que la decencia requería. Era condición esencial del juego no tocar el balón sino con la rodilla, con la coyuntura de la muñeca, ó con el codo; y el que lo tocaba con la mano, con el pié ó con otra parte del cuerpo, perdía un punto. El jugador que lanzaba el balón al muro opuesto, ó lo hacia botar en él, ganaba otro punto. Los pobres jugaban

mazorcas de maiz, y aun á veces la libertad; otros jugaban cierto número de frutos de algodón, y los ricos alhajas de oro, joyas y plumas preciosas. En el espacio que mediaba entre los jugadores habia dos grandes piedras, como las de nuestros molinos, algo mayor que el balón. El que hacia pasar el balón por el agujero, lo que raras veces sucedia, no solamente ganaba la partida, sino que por ley del juego se apoderaba de los vestidos de todos los presentes, y aquel golpe se celebraba como proeza inmortal.

Este juego era muy apreciado por los Mexicanos, y por todos los pueblos de aquel país; y tan comun, cuando se puede inferir del número extraordinario de balones que pagaban anualmente, como tributo á la corona de México, Tlachtepec, Otatitlan y otros pueblos, que solian enviar hasta diez y seis mil. Los reyes jugaban con frecuencia, y se desafiaban unos á otros, como hicieron Moctezuma II y Nezahualpilli. Hoy no está en práctica en las naciones del imperio mexicano; pero lo han conservado los Nayaritas, los Apatas, los Tanumaros y otros pueblos del Norte. Cuantos españoles han visto este juego en aquellas regiones, se han maravillado de la prodigiosa agilidad con que lo ejecutaban.

Deleitábanse los Mexicanos en otro, que nuestros escritores han llamado *pato-li*, aunque es voz genérica que significa toda clase de juego. Describían sobre una estera fina de palma, un cuadro, dentro del cual trazaban dos líneas diagonales y dos transversales. Echaban, en vez de dados, unas judías grandes, señaladas con puntos. Según el punto que resultaba, quitaban ó ponian unas piedrecillas en los ángulos de las líneas, y el primero que tenia tres de ellas en fila, ganaba el juego.

Bernal Diaz habla de otro juego en que solia divertirse el rey Moctezuma, durante su prision, con el conquistador Cortés, y que, según él dice, se llamaba totoloque. Tiraba desde lejos aquel rey ciertos pelotillas de oro muy lisas, á unos pedazos del mismo metal que se ponian por blanco, y el primero que hacia cinco puntos, ganaba algunas joyas, que era lo que se atravesaba.

Habia entre los Mexicanos hombres diestrisimos en juegos de manos y piés. Echábase uno de espaldas en tierra, y alzando los piés, sostenia en ellos una gruesa viga redonda, y de ocho piés de largo. Arrojábala á cierta, y volvía á recibirla y sostenerla en los piés: despues la tomaba entre los dos, y la hacia girar violentísimamente, y lo mas extraño es, que solian ponerse dos hombres á horcajadas en las dos estremidades, como yo lo he visto hacer muchas veces. Hicieron este ejercicio en Roma dos Mexicanos enviados por Cortés, á presencia del papa Clemente VII y de muchos príncipes romanos, con singular satisfacion de aquellos ilustres espectadores. Era tambien muy comun entre ellos otro juego llamado en algunos países *las fuerzas de Hércules*. Poníase un hombre á bailar; otro en pié sobre sus hombros, lo acompañaba con algunos movimientos, y otro en pié sobre la cabeza del segundo, bailaba y daba otras pruebas de agilidad. Otro ejercicio practicaban alzando una viga sobre los hombros de dos bailarines, y otro se ponía en pié y bailaba sobre su estremidad. Los primeros españoles que vieron estos y otros juegos de los Mexicanos, se maravillaron tanto de su agilidad, que sospecharon la intervencion del demonio, sin hacerse cargo de lo que puede el ingenio humano, ayudado por la constancia y la aplicacion.

PINTURA.

Pero los juegos, los bailes y la música, servian mas al placer que á la utilidad; no así la historia y la pintura, artes que no deben separarse en la historia de México, puesto que no tenían aquellos pueblos otros historiadores que sus pintores, ni otros escritos que las pinturas en que conservaban la memoria de sus sucesos. Los Toltecas fueron en el Nuevo-Mundo los primeros que se sirvieron de la pintura para la historia: al menos no sabemos que otra nacion los haya precedido. También la usaron de tiempo inmemorial los Acolhuas, las siete tribus de Aztecas, y todas las naciones de Anáhuac que habian salido del estado de barbarie. De los Acolhuas y de los Toltecas la aprendieron los Chichimecas y los Otomites, que abandonaron la vida salvaje.

Entre las pinturas de los Mexicanos y de todas aquellas naciones, habia muchas que no eran otra cosa que imágenes ó retratos de sus dioses, de sus reyes y de sus hombres ilustres, ó de los animales y plantas de que estaban llenos los palacios reales de México y de Texcoco. Otras eran históricas, que espresaban sucesos memorables, como las trece primeras de la *Coleccion* de Mendoza, y la del viaje de los Aztecas, que se halla en la obra del viajero Gemelli. Otras mitológicas, en que se representaban los misterios de su religion, y á esta clase pertenecen las del volúmen que se conserva en la gran biblioteca del Instituto de Bolonia. Otras eran códigos, en que estaban compiladas sus leyes, sus ritos, sus costumbres, y los tributos que los pueblos pagaban, como son todas las de la *Coleccion* de Mendoza, desde la decimacuarta hasta la sexagésimatercia. Las habia cronológicas, astronómicas y astrológicas, en que se figuraban su calendario, la posicion de los as-

tros, los aspectos de la luna, los eclipses y los pronósticos meteorológicos. Esta especie de pintura se llamaba Tonalamatl. El Dr. Sigüenza en su *Libro Astronómico*, impresa en México, hace mención de una pintura de pronósticos de esta especie, que insertó despues en su *Ciclografía Mexicana*. El P. Acosta cuenta que en la provincia de Yucatan habia ciertos volúmenes, plegados á uso de aquellos pueblos, en que los indios tenían señalada la distribucion del tiempo; el conocimiento de los planetas, de los animales, y de otras producciones de la naturaleza, y las antiguaceladas nacionales: cosas todas muy curiosas, y escritas con mucha diligencia. Las cuales segun dice el mismo autor, perecieron por el celo indiscreto de un párroco, que creyéndolas llenas de errores supersticiosos las quemó en despecho del llanto de los indios, y de la opinion de los españoles curiosos. Otras pinturas eran topográficas y corográficas, las cuales servian, no solo para determinar la estension y lindes de sus posesiones, sino la situacion de los pueblos, la direccion de las costas y el curso de los rios. Cortés dice en su primera carta á Carlos V, que queriendo saber si habia en el golfo mexicano algun puerto seguro para los buques, el rey Moctezuma le presentó un mapa en que estaba figurada toda la costa desde el puerto de Chalchiuhuecan, donde hoy está Veracruz, hasta el rio de Coatzacoalco. Bernal Diaz cuenta que el mismo Cortés se sirvió, en el largo y penoso viaje que hizo á la provincia de Honduras, de un mapa que le presentaron los señores de Coatzacoalco, en que estaban indicados todos los pueblos y rios de la costa, desde aquella ciudad hasta Hueyucallan.

De todas estas clases de pinturas estaba lleno el imperio mexicano; pues eran

innumerables los pintores, y no habia objeto alguno que no representasen. Si se hubieran conservado, nada se ignoraria de la historia de México; mas los primeros predicadores del Evangelio, sospechando que hubiese en ellas figuras supersticiosas, las persiguieron con furor. De todas las que pudieron haber á las manos en Texcoco, donde estaba la principal escuela de pintura, hicieron en la plaza del mercado, tan crecido rincero, que parecia un monte, y le pegaban fuego, quedando sepultada entre aquellas cenizas, la memoria de muchos importantes sucesos. La pérdida de tantos preciosos monumentos de su antigüedad, fué amargamente deplorada por los indios, y aun los mismos autores del incendio se arrepintieron, cuando echaron de ver el desierto que habian cometido: pero procuraron remediar el daño, ora informándose verbalmente de los mismos habitantes, ora buscando las pinturas que se habian escapado de las primeras investigaciones; y aunque recogieron muchas, no fueron tantas cuantas se necesitaban, porque los que las poseian las ocultaban con empeño, de los españoles, y no se deshucian de ellas tan fácilmente.

Pintaban comunmente sobre papel ó pieles adobadas, ó telas de hilo de maguey, ó de la palma llamada Ixotl (1). Hacian el papel con hojas de cierta especie de maguey, macerándola ántes como cáñamo, y despues lavándola, estendiéndola y puliéndola. Tambien lo fabricaban con la palma Ixotl; con la corteza sutil de ciertos árboles, preparada con goma, con seda, con algodón y con otras materias, aunque ignoramos las manipulaciones que empleaban en este género.

(1) La tosca tela sobre que está pintada la famosa imagen de la Virgen de Guadalupe, es de palma de Ixotl.

de manufactura. He tenido en mis manos muchos pliegos de este papel mexicano. Es bastante semejante al carton de Europa, aunque mas blando y liso, y se puede escribir en él cómodamente.

Los pliegos de su papel eran grandísimos, y los conservaban en rollos, como los antiguos MS. europeos ó doblados en la misma forma que los biombos comunes. El volúmen de pinturas mexicanas que se conserva en la biblioteca del Instituto de Bolonia, es una piel gruesa y mal curtida, hecha de muchas piezas, pintada en toda su estension, y plegada como acabo de decir.

Los hermosísimos colores que empleaban en sus pinturas y en sus tintes, se formaban con madera, con hojas y con flores de muchas plantas, y con diversas producciones minerales. Para el blanco se servian de la piedra *chimaltziatl*, que despues de calcinada, se parece mucho al yeso fino; ó de la tierra mineral *tizatlaltl*, que despues de amasada con el barro y reducida á bolas, es semejanísima á la sustancia llamada comunmente en Europa *blanco de España*. Hacian el negro de otra tierra mineral y fétida, á la que por esta razon daban el nombre de *tlahihicac*, ó del hollin del *ocotl*, cierta especie de pino oloroso, recogiendo su humo en vasijas de tierra; el azul turquí y el celeste, con la flor de *mattalcixhuilit*, y de *xinikuitzahuac*, que es la planta del añil (1), aunque el modo de prepararla enton-

(1) La descripción de la planta del añil se halla en muchos autores, y especialmente en la obra del Dr. Hernandez, la cual es enteramente diversa de la que da Rainal en su *Historia filosófica y política*. Este asegura que aquella planta fué trasportada de la India Oriental al Nuevo-Mundo, y que habiéndose experimentado en muchos paises, se estableció su cultura en la Carolina, en Santo Domingo y en México. Mas en esto se engañó aquel filósofo, como en otras muchas

ces se diferenciaba mucho del moderno. Ponían las hojas de la planta una á una, en vasijas de agua caliente, ó mas bien tibia, y despues de haberlas mencado con una pala, pasaban el agua tenida á unas orzas ó peroles, donde la dejaban reposar, hasta que se precipitaban al fondo las partes sólidas de la tintura, y entonces vaciaban el agua poco á poco. Este selimento se secaba al sol, y despues se ponía entre dos platos al fuego, para que se endureciese. Tenían los Mexicanos otra planta del mismo nombre, de que sacaban el azul, pero de inferior calidad. Para el rojo se servían de la semilla del achiote, que los franceses llaman *rocou*, cocida en agua; para el morado y el púrpura, de la cochinilla. El amarillo se hacia con *tecoahuilt*, ó sea ocre, y con el *achipalli*, planta cuyas hojas se parecen á las de la artemisa. Las hermosas flores de la misma planta, cocidas en agua con nitro, les suministraban un bello color de naranja. Como se servían del nitro para aquel color, para otros empleaban el alumbre. Despues de haber macerado y desleído en agua la tierra aluminosa llamada *tlaxocotl*, la cocían al fuego en vasijas de tierra; sacaban por destilacion el alumbre puro, blanco y diáfano, y ántes de que se endureciese de un todo, lo hacían pedazos para venderlo mas cómodamente en el mercado. Para dar mas consistencia á los colores, los mezclaban con el ju-

cosas. Consta por el testimonio de D. Fernando Colon, en el capítulo LXI, de la vida de su famoso padre Cristóbal Colon, que una de las plantas, propias de la isla Española, era el añil. Sabemos tambien por los historiadores de México, y particularmente por el Dr. Hernandez, que los antiguos Mexicanos sabían hacer uso de aquel precioso vegetal. De todos los escritores sobre cosas de América, que he habido á las manos, no he hallado uno solo que pueda servir de apoyo á la opinion de Raynal.

go glutinoso del *tzauhtli*, (1), ó con el excelente aceite de chia (2).

CARACTER GENERAL DE LA PINTURA, Y MODO DE PINTAR LOS OBJETOS.

Las figuras de montes, rios, edificios, plantas, animales, y sobre todo, las de hombres, que se ven en las pinturas mexicanas antiguas, son, por lo comun, desproporcionadas y disformes: lo que, segun me parece, debe atribuirse, no tanto á su ignorancia de las reglas de proporcion, ó á su falta de habilidad, cuanto á la prisa que se deban en pintar, de la que fueron testigos los conquistadores españoles; así que, pensando tan solo en representar los objetos, no cuidaban de la perfeccion de la imágen, y muchas veces se contentaban con los contornos. Sin embargo, he visto entre muchas pinturas antiguas, algunos retratos de reyes de México, en los que, ademas de la belleza singular del colorido, se notaba una observancia exacta de las proporciones; pero no niego, hablando en general, que distaban mucho aquellos pintores de la perfeccion del dibujo, y de la inteligencia del claro oscuro.

Servírnse, no solo de las simples imágenes de los objetos, como han dicho algunos escritores, sino de geroglíficos y caracteres. Representaban las cosas materiales con sus propias figuras; aunque para ahorrar tiempo, trabajo, colores y pa-

(1) El *tzauhtli* es una planta bastante comun en aquel país. Tiene las hojas largas, el tallo derecho y nudoso, las flores de un amarillo vivo, la raíz blanca y fibrosa. Para sacar el jugo, la hacían pedazos, y la sacaban al sol.

(2) Creyendo yo hacer un gran servicio á los pintores italianos, cultivé con sumo esmero tres plantas de chia, de semilla que me habían enviado de México. Prosperaron, y tuve el gusto de verlas cargadas de flores, en setiembre de 1777; pero vinieron temprano los yelos aquel año, y se perdieron las plantas.

pel, se contentaban con una parte del objeto, que bastaba para darlo á conocer á los inteligentes; pues así como nosotros no podemos entender lo escrito sin aprender ántes á leer, así aquellos americanos debían instruirse ántes en el modo de figurar los objetos, para comprender el sentido de sus pinturas, con que suplían el lenguaje escrito. Para los objetos que carecen de forma material, ó cuya imitación sería muy difícil, se valían de ciertos caracteres algebráicos y astronómicos.

Con respecto á los caracteres numerales, debe observarse, que ponían tantos puntos, cuantos eran las unidades hasta veinte. Este número tiene su carácter ó figura especial. Doblaban este signo hasta veinte veces veinte, esto es, cuatrocientos.

El signo de cuatrocientos se repetía hasta veinte veces, ú ocho mil, y este se repetía tambien. Con estos cuatro caracteres y los puntos, expresaban todas las cantidades, á lo menos, hasta veinte veces ocho mil, ó ciento sesenta mil. Es de creer, aunque no lo sabemos, que tuviesen otro signo para este número.

Para representar una persona determinada, pintaban un hombre ó una cabeza humana, y sobre ella una figura que expresaba la significacion de su nombre, como se ve en el catálogo de los reyes mexicanos. Para expresar una ciudad ó villa, pintaban otra figura significativa del sentido de su nombre. Para formar sus anales ó historia, pintaban en la orla de la tela ó del papel, las figuras de los años, en otros tantos cuadritos, y junto á cada uno de ellos los sucesos correspondientes á aquel año; y si por ser muchos los años cuya historia referian, no podian caber todos en la misma tela, continuaban en otra. Por lo que respecta al órden de representar los años y los sucesos, el pintor podia empezar por el ángulo que se le antojase;

pero con esta regla observada constantemente en cuantas pinturas he visto: esto es, que si empezaba por el ángulo superior á mano derecha, continuaba hácia la izquierda; si empezaba, como era mas comun, por el ángulo superior de la izquierda, seguía perpendicular hácia abajo, si pintaba el primer año en el ángulo inferior á mano izquierda, continuaba hácia la derecha, y si en el ángulo inferior de la derecha, seguía perpendicularmente hácia arriba; de modo que en la parte superior de la tela, no pintaban nunca de izquierda á derecha, ni en la inferior de derecha á izquierda, ni subian por la izquierda, ni bajaban por el lado opuesto. Sabido este método, es fácil conocer á primera vista donde empezaba la serie de los años en una pintura histórica.

No puede negarse que este modo de representar las cosas, era imperfecto, embrollado y equívoco; mas no por esto deja de ser digno de alabanza el conato de aquellos pueblos en perpetuar la memoria de sus acaecimientos, y su industria en suplir aunque imperfectamente, la falta de letras, á cuyo descubrimiento hubieran llegado quizás, atendidos los progresos de su civilizacion, si no hubiera sido de tan breve duracion su imperio, ó á lo menos, habrían abreviado considerablemente, y facilitado su escritura, con la multiplicacion de caracteres.

Sus pinturas no deben considerarse como una historia ordenada y completa, sino como monumento ó apoyos de la tradicion. No se puede elogiar dignamente el cuidado que tenian los padres y maestros en instruir á sus hijos y discipulos en la historia nacional. Les hacian aprender las arengas y discursos que no podian expresar con el pinceles; ponian en verso los sucesos de sus antepasados, y les enseñaban á cantarlos. Esta tradicion aclaraba las

dadas, y evitaba las equivocaciones que podrian ocasionar las pinturas; y ayudada al mismo tiempo con estos monumentos, ctenizaba la memoria de sus héroes, los ejemplos de virtud, su mitología, sus ritos, sus leyes y sus costumbres.

Ni solamente se servian aquellos pueblos de la tradicion, de las pinturas y de los cánticos, para conservar la memoria de los sucesos; sino tambien de hilos de diversos colores, y diferentemente anudados, llamados *xiupa* por los peruanos, y por los Mexicanos *nepohualtzintin*. Este extraño modo de representar las cosas, tan usado en el Perú, no parece que haya sido adoptado en los paises de Anáhuac, sino en los siglos mas remotos, pues no se encuentran vestigios de aquellos remotos monumentos. Boturini dice que despues de la mas diligénte investigacion, apénas pudo hallar uno en un pueblo de Tlaxcala; pero los hilos estaban gastados, y casi consumidos por el tiempo. Si los pobladores de la América Meridional pasaron á Anáhuac, como algunos opinan, pudieron haber dejado allí aquel arte, que poco á poco fué abandonado, por la pintura que introdujeron los Toltecas, ó quizás otra nacion mas antigua.

Despues que aprendieron de los españoles el uso de las letras, muchos hábiles Mexicanos, Texcocanos y Tlaxcaltecas, escribieron sus historias, parte en español, y parte en elegante estilo mexicano, cuyos escritos se conservan aun en algunas bibliotecas de México, como ya he dicho.

ESCULTURA.

Mas felices que en la pintura fueron los Mexicanos en la escultura, en la fundicion y en el mosaico; y mejor espresaban en la piedra, en la madera, en el oro, en la plata y con las plumas, las imágenes de sus héroes, ó las obras de la naturaleza, que

en el lienzo ó en el papel: bien fuese porque la mayor dificultad de aquellos trabajos escitaba mas su aplicacion y su diligéncia, ó porque el sumo aprecio que de ellos hacian los pueblos, despertaba su diligéncia, ó porque el sumo aprecio que de ellos hacian los pueblos, despertaba su ingenio, y aguijoneaba su industria.

La escultura fué una de las artes conocidas y practicadas por los antiguos Toltecas. Hasta el tiempo de los españoles se conservaron algunas estátuas de piedra, trabajadas por los artistas de aquella nacion, como el idolo de Tlaloc, colocado en el monte del mismo nombre, que tanto reverenciaban los Chichimecas y los Acolhuas, y las estátuas gigantescas erigidas en los dos célebres templos de Teotihuacan. Los Mexicanos tenian ya escultores cuando salieron de su patria Aztlan; pues sabemos que en aquella época hicieron el idolo de Huitzilopochtli, que llevaron consigo en su larga peregrinacion.

Sus estatuas eran por lo comun de piedra ó de madera. Trabajaban la primera sin hierro ni acero, ni otro instrumento que uno de piedra dura. Toda su incomparable paciencia y constancia se necesitaba para superar tantas dificultades, y sufrir la lentitud de aquella clase de trabajos; pero lo conseguian en despecho de la imperfeccion de los medios que empleaban. Sabian espresar en sus estátuas todas las actitudes y posturas de que es capaz el cuerpo humano, observando exactamente las proporciones, y haciendo, cuando era preciso, las labores mas menudas y delicadas. No solo hacian estátuas enteras, sino que esculpian en la piedra figuras de bajo relieve, como los relieves de Moctezuma II y de un hijo suyo, que se veian en una piedra del monte Chalpoltepec, citados y celebrados por el P. Acosta. Formaban tambien estátuas de

barro y madera, sirviéndose para estas de un utensilio de cobre. El número increíble de sus estatuas se puede inferir por el de los ídolos, de que ya hablé en el libro precedente. Aun en esto tenemos que deplorar el celo del primer obispo de México, y de los primeros predicadores del Evangelio; pues por no dejar á los necófitos ningún incentivo de idolatría, nos privaron de muchos preciosos monumentos de la escultura de los Mexicanos. Los cimientos de la primera iglesia que se construyó en México, se componian de fragmentos de ídolos; y tantas fueron las estatuas que se destruyeron con aquel objeto, que habiendo abundado tanto en aquel país, apenas se hallan algunas pocas en el día, aun despues de la mas laboriosa investigación. La conducta de aquellos buenos religiosos fué sumamente loable, ora se considere el motivo, ora los efectos que produjo: mejor hubiera sido, sin embargo, preservar las estatuas inocentes, de la ruina total de los simulacros gentílicos, y aun poner en reserva algunas de estas, en sitios que no hubieran podido servir de tropiezo á la conciencia de los recién convertidos.

FUNDICION.

Los Mexicanos tenian en mas precio los trabajos de fundicion, que todas las otras obras de escultura, tanto por el mayor valor de la materia, cuando por la escelencia del trabajo mismo. No serian verosímiles las maravillas que hacian en aquel arte, si ademas del testimonio de los que las vieron, no se hubieran enviado como curiosidades á muchas partes de Europa. Los trabajos de oro y plata enviados de regalo á Carlos V por Cortés, llenaron de admiracion á los artifices europeos, los cuales, como aseguran muchos escritores de aquel tiempo (1), declararon que eran realmente

inimitables. Hacian los fundidores mexicanos, con plata y oro, las imágenes mas perfectas de los objetos naturales. Fundian de una vez un pez, que tenia las escamas alternativamente de plata y oro; un papagayo, con la cabeza, la lengua y las alas movibles; un mono con la cabeza y con los piés movibles, y con un huso en la mano en actitud de hilar. Engarzaban las piedras preciosas en oro y plata, y hacian joyas preciosas curiosísimas y de gran valor. Finalmente, tan preciosas eran aquellas alhajas, que aun los mismos soldados españoles, á pesar de la sed de oro que los devoraba, preferian en ellas el trabajo á la materia. Esta arte maravillosa, ejercitada ya por los Toltecas, que atribuian su invencion ó su perfeccion al dios Quetzalcoatl, se ha perdido enteramente por el civilicimiento de los indios, y por descuido de los españoles. No sé que queden restos de aquellas preciosas labores: á lo menos mas fácil será hallarlas en algun gabinete de Europa, que en toda la Nueva-España. La curiosidad cedió á la codicia, y la belleza de la ejecucion fué sacrificada al valor de la materia.

Tambien se servian del martillo para la elaboracion de los metales; pero no sobresalian en esta clase de obras como en las fundidas, ni podian compararse con las de los artifices de Europa, por no tener otro instrumento que la piedra. Con todo, se sabe que trabajaban bien el cobre, y que los españoles elogiaron sus escudos y sus picas. Los fundidores y los plateros de México formaban un cuerpo respetable. Tributaban un culto particular á Xipe, su dios protector, y en su honor hacian una gran fiesta el segundo mes, con sacrificios inhumanos.

trabajos dice el historidor Gomara, el qual los tuvo en sus manos, y oyó lo que de ellos oplanaban los plateros sevillanos.

(1) Véase particularmente lo que de estos

MOSAICO.

Pero nada tenían en tan alta estima los Mexicanos como los trabajos de mosaico, que hacían con las plumas más delicadas y hermosas de los pájaros. Para esto criaban muchas especies de las aves bellísimas que abundan en aquellas regiones, no solo en los palacios de los reyes, donde mantenían, como ya hemos dicho, toda clase de animales, sino también en las casas de los particulares, y en cierto tiempo del año les quitaban las plumas, para servirse de ellas con aquel fin, ó para venderlas en el mercado. Preferían las de aquellos maravillosos pajarillos, que ellos llamaban *huiztivilin*, y los españoles *picaflores*, tanto por su sutileza, como por la finura y variedad de colores. En estos y otros lindos animales, les había suministrado la naturaleza cuantos colores puede emplear el arte, y otros que él no puede imitar. Reuníanse para cada obra de mosaico muchos artífices, y después de haber hecho el dibujo, tomado las medidas y las proporciones, cada uno se encargaba de una parte de la obra, y se esmeraba en ella con tanta aplicación y paciencia, que solía estarse un día entero para colocar una pluma, poniendo sucesivamente muchas, y observando cual de ellas se acomodaba mejor á su intento. Terminada la parte que á cada uno tocaba, se reunían todos para juntarlas, y formar el cuadro entero. Si se hallaba alguna imperfección, se volvía á trabajar hasta hacerla desaparecer. Tomaban las plumas con cierta sustancia blanca para no maltratarlas, y las pegaban á la tela con *tzakullí*, ó con otra sustancia glutinosa: después unían todas las partes sobre una tabla, ó sobre una lámina de cobre, y las pulían suavemente hasta dejar la superficie tan igual y tan lisa, que parecía hecha á pincel.

Tales eran las representaciones ó imá-

genes que tanto celebraron los españoles y otras naciones de Europa, sin saber si en ellas era más admirable la viveza del colorido, ó la destreza del artífice, ó la ingeniosa disposición del arte. "Obras, dice el P. Acosta, justamente encomiadas: siendo cosa maravillosa, cómo podían hacerse con plumas de pájaros, dibujos tan finos y delicados, que parecían hechos con pincel; bien que ni el pincel ni la pintura artificial pueden imitar la viveza y el esplendor que en ellos se veía. Algunos indios, sobresalientes en este arte, imitan con tanta exactitud, por medio de las plumas, las obras del pincel, que no ceden á los mejores pintores de España. Al príncipe de España, D. Felipe, regaló su maestro tres pequesísimas imágenes, para que le sirvieran de registro en su Diario: su alteza las enseñó al rey D. Felipe II de este nombre, su padre; y habiéndolas considerado su magestad, dijo que jamás había visto en tan pequeñas figuras, trabajo más escelente. Habiéndose también presentado al papa Sixto V otro cuadro mayor de San Francisco, y díchole que era obra hecha de plumas por los indios, quiso Su Santidad tocarlo, para asegurarse que no era pintura, pareciéndole cosa maravillosa que estuviere tan bien ajustada y lisa, que los ojos no sabían distinguir si los colores eran artificialmente dados con el pincel, ó naturales de las plumas con que estaba construida. La unión que hace el verde con el naranja ó dorado, y otros varios colores, es hermosísima, y mirada la imagen á otra luz, los mismos colores parecen amortiguados.

Los Mexicanos gustaban tanto de estas obras de pluma, que las estimaban en más que el oro. Cortés, Bernal Díaz, Gomara, Torquemada y todos los otros historiadores que las vieron, no hallan expresiones con que encomiar bastantemente

sus perfecciones (1). Poco tiempo ha vivía en Pátzcuaro, capital del reino de Michuacau, donde mas que en ninguna otra parte floreció el arte de que vamos hablando, el último arte de mosaico que quedaba, y con él habrá acabado, ó estará por acabar un ramo tan precioso, aunque hace dos siglos no se cultiva con la perfeccion que supieron darle los antiguos. Consérvanse hasta ahora algunos restos en los museos de Europa, y muchos en México; pero pocos, segun creo, del siglo XVI, y ninguno, que yo sepa, anterior á la conquista. Tambien hacian un mosaico de concuillas, que hasta nuestros dias se ha conservado en Guatemala.

A imitacion de aquellos eminentes artistas, habia otros que con diversas flores y hojas formaban para las fiestas hermosos dibujos, sobre esteras de diferentes clases. Despues de la propagacion del Evangelio, los hacian para adornos de los templos cristianos, y eran muy estimados de la nobleza española, por la singular belleza de su arteficio. En la actualidad hay muchas personas en aquel reino, que se emplean en imitar los mosaicos de pluma del modo que he dicho; pero sus obras no pueden compararse de ningun modo á los de los antiguos.

ARQUITECTURA DOMESTICA.

Un pueblo tan industrioso en los trabajos de curiosidad y lujo, no podia carecer de los que son necesarios á la vida. La

(1) Juan Lorenzo de Anaguia, docto italiano del siglo XV, hablando en su Cosmografía de estas imágenes de los Mexicanos, dice: "Entre otras me ha causado gran admiracion un San Gerónimo con su crucifijo y un loon, que me enseñó la señora Diana Loredo, tan notable por la hermosura y viveza de los colores, y por el arte con que estaban distribuidos, que creo no haber visto cosa semejante, no diré mejor, en los antiguos ni en los mejores pintores modernos."

arquitectura, que es una de las artes inspiradas por la necesidad desde el principio de las sociedades, fué conocida y practicada por los habitantes del pais de Anahuac, á lo menos desde la época de los Toltecas. Los Chichimecas, sus sucesores, los Acolhuas, y todas las otras naciones de los reinos de Acolhuacan, de México, de Michuacan, de la república de Tlaxcala, y de las otras provincias, excepto los Otomites, fabricaron casas, y formaron ciudades desde tiempo inmemorial. Cuando los Mexicanos llegaron á aquellos países, los encontraron cubiertos de grandes y bellas poblaciones. Ellos, que antes de salir de su patria, eran ya muy inteligentes en arquitectura, y estaban acostumbrados á la vida social, construyeron durante su larga romería, muchos edificios, en los puntos donde se detenian algunos años. Consérvanse restos de ellos, como ya he dicho, á las orillas del rio Gila, en la Pimeria, y cerca de la ciudad de Zacatecas. Reducidos despues á la mayor miseria en las orillas del lago texcocano, construyeron humildes cabañas de cañas y fango, hasta que con el comercio de la pesca pudieron adquirir mejores materiales. A medida que crecian su poder y su riqueza, se aumentaban y mejoraban sus edificios: hasta que llegaron los conquistadores, y hallaron mucho que admirar, y no menos que destruir.

Las casas de los pobres eran de cañas y de ladrillos crudos, ó de piedra y fango, y el techo de un heno largo y grueso, que es muy comun en aquellos campos, particularmente en las tierras calientes; ó de hojas de maguey, puestas unas sobre otras, á guisa de tejas, á las que se parecen ademas en el grueso y en la figura. Una de las columnas ó apoyos de estos edificios solia ser un árbol de proporcionadas dimensiones, el cual, ademas del recreo que

les proporcionaba su frondosidad, solía ahorrarles algún gasto y trabajo. Ordinariamente estas casas no tenían más que un piso, donde estaban el hogar y los muebles, y en que residían la familia y los animales. Si la familia no era tan pobre, había otras 2 ó 3 piezas, un *ayashcalli*, ú oratorio, un *temazcalli*, ó baño, y un pequeño granero.

Las casas de los señores y de la gente acomodada, eran de piedra y cal; tenían dos pisos, con sus salas y cámaras bien distribuidas, y sus patios; el techo llano, de buena madera, bien labrado, y con azotea; los muros tan blancos, bruñidos y relucientes, que los primeros españoles que los vieron de lejos, los creyeron de plata; el pavimento de una mezcla igual y lisa.

Muchas de estas estaban coronadas de almenas; tenían torres, y á veces un jardín con estanque, y calles trazadas con simetría. Las casas grandes de la capital tenían por lo común dos entradas: la principal que daba á la calle, y otra al canal. En ellas no tenían puertas de madera, creyendo sin duda que sus habitaciones no necesitaban de otra custodia que la severidad de las leyes; mas para evitar la vista de los pasajeros, cubrían la entrada con cortinas, y junto á ellas suspendían algunos pedazos de vasija, ú otra cosa capaz de avisar con su ruido á los de casa, cuando alguno alzaba la cortina para entrar. A ninguno era lícito entrar sin el beneplácito del dueño. Cuando la necesidad, ó la urbanidad, ó el parentesco, no justificaban la entrada del que llegaba á la puerta, allí se le escudaba, y prontamente se le despedía.

Supieron los Mexicanos fabricar arcos y bóvedas (1), como consta por sus pin-

(1) Torquemada dice que cuando los españoles construyeron una bóveda en la primera iglesia de México, los Mexicanos, asombrados,

y como se ve en sus baños, en las ruinas del palacio real de Texcoco, y en los otros edificios que se preservaron del furor de los conquistadores. También hacían uso de las cornisas y de otros adornos de arquitectura. Gustaban de otros que labraban en la piedra, y en torno de las puertas y ventanas, á manera de lazos, y en algunos edificios había una gran serpiente de piedra, en actitud de morderse la cola, después de haber girado el cuerpo, en torno de todas las ventanas de la casa. Los muros eran derechos y perpendiculares, aunque no sabemos de qué instrumento se servían para su construcción, porque el descuido de los historiadores nos ha privado de datos sobre este y otros puntos curiosos, relativos á sus artes. Algunos creen que los albañiles de aquellos países, cuando alzaban un muro, amontonaban tierra por uno y otro lado, aumentando estos montones, á medida que el muro se alzaba, de modo que cuando se concluía, se hallaba como enterrado y cubierto por la tierra que se había amontonado; con lo que no necesitaban de andamios. Pero si bien es cierto que este modo de fabricar haya estado en uso entre los Mixtecos y otras naciones de aquellos países, no creo que lo practicasen los Mexicanos, atendida la suma profusión con que terminaban sus edificios. Sus columnas eran cilíndricas ó cuadradas, pero no sabemos que tuviesen bases ni chapiteles. Ponían particularmente empeño en tenerlas de una sola pieza, y tal vez las adornaban con figuras de bajo relieve. Los cimientos de las casas grandes de la capital,

no querían entrar en ella, temerosos de que se desplomase; pero si en realidad tuvieron algún temor, no fué seguramente de la bóveda, de que, como ya hemos dicho, usaban en sus edificios, sino de alguna otra circunstancia que intervino en su construcción, y que probablemente sería nueva para ellos.

se echaban, por causa de la poca solidez de aquel terreno, sobre un plano de gruesas estacas de cedro, clavadas en tierra, como después han seguido haciendo los españoles. El techo de estas casas era de cedro, de abeto, de ciprés de pino ó de oyamel; las columnas, de piedra ordinaria, y en los palacios, de mármol y aun de alabastro, que algunos españoles creyeron jaspé. Antes del reinado de Anitzotl, los muros eran de piedra común; pero habiéndose descubierto en su tiempo las canteras de *tezontli*, á orillas del lago mexicano, se adoptó esta como la mas idónea para los edificios de la capital, porque es dura, ligera y porosa, como una esponja, y la cal se une á ella fortísimamente. Por esta razon, y por su color, que es un rojo oscuro, se prefiere aun en la época presente. Los empedrados de los patios y de los templos eran por lo común de piedra de Tenayocan; pero habia otros hechos con pedazos de mármol y de otras piedras finas.

Por lo demas, aunque los Mexicanos no hayan tenido un gusto arquitectónico, comparable al de los europeos, no es menos cierto que los españoles quedaron tan sorprendidos y admirados al ver los palacios reales de México, que Cortés, en sus Cartas á Carlos V, no hallando expresiones con que enarecerlos, le decia: "Tenia (Moctezuma) dentro de la capital, casas tan grandes y maravillosas, que no puedo dar á entender de otro modo su excelencia y grandeza, sino es diciendo que no las hay iguales en España." Las mismas expresiones usa Cortés en otros lugares de sus Cartas, el conquistador anónimo en su apreciable relacion, y Bernal Diaz en su sincerísima historia. Los tres eran testigos oculares.

ACUEDUCTOS Y CAMINOS SOBRE EL LAGO. RUINAS.

Construyeron tambien los Mexicanos, para comodidad de las poblaciones, muchos y buenos acueductos. Los que conducian el agua á la capital desde Chapultepec, que distaba dos millas, eran dos, hechos de piedra y mezcla, de cinco piés de alto, y de dos pasos de anchura, contruidos sobre un camino abierto propósito, por los cuales llegaba el agua hasta la entrada de la ciudad, y de allí se distribuía por conductos menores en muchas fuentes, y particularmente en las de los palacios reales. Aunque los acueductos eran dos, el agua solo pasaba por uno á la vez, y entre tanto componian el otro, para que el agua estuviese siempre limpia. Aun se ve en Tezcuitcainco, antiguo sitio de recreo de los reyes de Texcoco, el acueducto por donde pasaba el agua á los jardines reales.

El mencionado camino de Chapultepec, como los otros contruidos sobre el lago, y de que he hablado anteriormente, son monumentos innegables de la industria de los Mexicanos; pero mas luce en el suelo mismo de su capital, pues si en otras partes los arquitectos no tienen mas que hacer que echar los fundamentos y alzar el edificio, allí fué necesario formar el terreno en que se habia de edificar, uniendo con terrapienes muchas islas separadas. Ademas de esta gran tarea, tuvieron la de construir diques y murallones en varios puntos de la ciudad, para mayor seguridad de la poblacion. Pero si en estas empresas se descubre la industria de los Mexicanos, en otras brilla su magnificencia. Entre los monumentos de la antigua arquitectura, que aun quedan en el imperio mexicano, son muy célebres los edificios de Mitlan en la Mixteca, en los que hay

cosas maravillosas, y entre otras una gran sala cuyo techo está sostenido sobre varias columnas cilíndricas de piedra, de ochenta piés de altura, y cerca de veinte de circunferencia, cada una de una pieza.

Pero ni esta ni ninguna otra de las ruinas que se conservan de la antigüedad mexicana, pueden compararse con el famoso acueducto de Cempoallan. Esta gran obra, digna de rivalizar con las mayores de Europa, fué construida á mitad del siglo XVI. Dirigióla, sin saber siquiera los principios de la arquitectura, el misionero franciscano Francisco Tembleque, y ejecutáronla con suma perfeccion, los Cempoaltecas. Movido á piedad aquel insigne religioso por la escasez de agua que padecian sus neófitos, pues la que habian recogido en pozos habia sido consumida por los ganados de los españoles, se propuso socorrer á toda costa la necesidad de aquellos pueblos. El agua estaba demasiado léjos, y el terreno por el cual debia pasar, era desigual y montuoso; pero todos los obstáculos cedieron al celo activo del misionero, á la industria y fatiga de los indios. Hicieron, pues, un acueducto de piedra y cal, de treinta y dos millas de largo, por causa de las vueltas que tuvo que dar en los montes (1). La mayor dificultad consistió en tres grandes barraneos ú hondonadas que se hallaban en el camino. Superóse, sin embargo, por medio de tres puentes: el primero de cuarenta y siete arcos; el segundo de trece, y el tercero, que es el mayor y el mas admirable, de sesenta y siete. El arco mayor, que es el de en me-

dio, situado en la mayor profundidad, tiene ciento diez piés geométricos de alto, y sesenta y uno de ancho; así que, podría pasar por debajo un gran navío. Los otros sesenta y seis arcos, situados á una y otra parte de aquel, van disminuyendo por los dos lados, hasta llegar al bordo del barranco, y poner el acueducto al nivel del terreno. Este gran puente tiene de largo tres mil ciento sesenta y ocho piés geométricos. Cinco años se emplearon en su construcción, y diez y siete en la de todo el acueducto. No me parece importante en mi Historia la descripción de esta soberbia fábrica; porque si bien fué emprendida por un español despues de la conquista, fué ejecutada por Cempoaltecas que sobrevivieron á la ruina del imperio.

El ignorante autor de las *Indagaciones Filosóficas (des Recherches Philosophiques)* niega á los Mexicanos el conocimiento y el uso de la cal; pero consta por el testimonio de todos los historiadores de México, por la matricula de los tributos, y sobre todo, por los edificios antiguos que aun existen, que todas aquellas naciones hacian de la cal el mismo uso que los europeos. El vulgo de aquellos países cree que los Mexicanos mezclaban huevos con la cal para darle mas tenacidad; mas este es un error, ocasionado por el color amarillento de las paredes antiguas. Consta igualmente por el dicho de los primeros historiadores, que tambien se servian de ladrillos cocidos, y que se vendian, como otras muchas cosas, en el mercado.

PICAPEDREROS, JOYISTAS Y ALFABREROS.

Los picapedreros, que cortaban y trabajaban la piedra para los edificios, no se servian de picas de hierro, sino de unos instrumentos de piedra muy dura; sin embargo, hacian relieves y adornos. Pero

(1) Torquemada dice que el largo del acueducto era de 160,416 piés de *marca*, "que son, añade, mas de quinée leguas;" pero si habla, como parece, de piés geométricos, son solamente 32 millas y 83 piés, ó poco mas de 11 leguas. Si hablase de piés toledanos, seria algo menos; pues este es al geométrico como 1240 á 1117.

mas que estos trabajos, ejecutados sin el uso del hierro, causan asombro las piedras de estupendo tamaño y peso que se hallaron en la capital, trasportadas de muy lejos, y colocadas en lugares altos, sin el auxilio de los recursos que ha inventado la mecánica. Ademas de la piedra comun, trabajaban el mármol, el jaspe, el alabastro, el itztlí y otras piedras finas. Del itztlí lucian espejos guarnecidos de oro, y aquellas escolentes navajas que empleaban en sus espadas, y de las que se servian tambien sus barberos. Hacíanlas con tal prontitud, que en una hora fabricaban ciento. El método de que se valian se halla descrito en las obras de Hernandez, Torquemada y Betancourt.

Los joyistas mexicanos, no solo tenian conocimiento de las piedras preciosas, sino que sabian pulirlas, labrarlas y cortarlas, dándoles cuantas figuras querian. Los historiadores aseguran que estos trabajos se hacian con una especie de arena; pero lo cierto es que no era posible hacerlo sin algun instrumento de piedra, ó del cobre duro que hay en aquellos países. Las piedras preciosas que mas usaban los Mexicanos eran las esmeraldas, las amatistas, las coruorinas, las turquesas, y otras desconocidas en Europa. Las esmeraldas eran tan comunes, que no habia señor que no poseyese un gran número de ellas; y ninguno se enterraba, sin tener una colgada al labio, para que le sirviese de corazon, segun ellos decian. Fueron infinitas las que enviaron á la corte de España, en los primeros años despues de la conquista.

Cuando Cortés volvió por primera vez á España, trajo consigo, entre otras joyas inestimables, cinco esmeraldas, que segun asegura Gomara, que vivia á la sazón, fueron apreciadas en cien mil ducados, y por una de ellas querian darle cuarenta mil, ciertos mercaderes genoveses, para ven-

derla al gran señor (1); y ademas dos vasos de esmeralda, apreciados, segun Mariana, en trescientos mil ducados, y que el mismo Cortés perdió en el naufragio que hizo en la desgraciada expedicion de Carlos V contra Argel. En el día no se trabajan aquellas piedras, ni aun se sabe de donde las sacaban los antiguos; pero subsisten enormes pedazos de esmeralda, como un ara que hay en la catedral de Puebla de los Angeles, y otra en la iglesia parroquial de Quechula, (si no es la misma que aquella) que tenian sujeta con cadenas de hierro, como dice Betancourt, para mas seguridad.

Los alfareros hacian con barro, no solo toda especie de vajilla necesaria para los usos domésticos, sino otros trabajos de pura curiosidad, que pintaban de varios colores; pero no consta que conociesen el vidriado. Los mas famosos alfareros eran los de Cholula, cuyas obras eran muy apreciadas por los españoles. En el día son famosos los de Cuauhtitlan.

CARPINTEROS TEJEDORES &c.

Los carpinteros trabajaban muy bien toda clase de madera, con sus instrumentos de cobre, de los cuales aun se ven algunos.

(1) Una de las esmeraldas de Cortés tenia la forma de una rosa; otra la de una corneta; otra la de un pez con los ojos de oro; otra era una campanilla, con una perla fina en lugar de badajo, y en la orla esta inscripcion en letras de oro: *Bendito quien te crió*. La mas preciosa, por la cual querian dar los genoveses los 40,000 ducados, era una copa con el pie de oro, y cuatro cadenillas del mismo metal, que se unian en una perla á guisa de boton. La orla era un anillo de oro, con esta inscripcion: *Inter natos mulierum non serrexit major*. Estas cinco piedras, trabajadas por los Mexicanos de orden de Cortés, fueron regaladas por él á su segunda muger, la noble señora Doña Juana Ramirez de Arellano y Zúñiga, hija del conde de Aguilar: "Joyas, dice Gomara que las vió, superiores á cuantas tenian las señoras españolas."

Las fábricas de toda especie de tela eran muy comunes en todos aquellos países, y esta era una de las artes más propagadas en ellos. Carecían de lana, de seda común y de cáñamo; pero suplían la lana con algodón; la seda, con pluma, con pelo de conejo y de liebre, y el cáñamo con ixcoctli ó palma silvestre, y con diferentes especies de magüey. Del algodón hacían telas gruesas, y otras tan finas y delicadas como la holandá. Estas últimas fueron, con razón, apreciadas por los españoles. Pocos años después de la conquista se llevó á Roma un traje sacerdotal de los Mexicanos, que, según afirma Boturini, causó general admiración en aquella corte, por su finura y escelencia. Tejian estas telas con figuras de diversos colores, que representaban flores y animales. Con plumas tejidas en el mismo algodón hacían capas, colchas, tapetes, cots, y otras piezas no menos suaves al tacto que hermosas á la vista. He visto algunos hermosos mantos de esta especie, que hasta ahora conservan varios señores del país, y los usan en las fiestas extraordinarias, como en la coronación del rey de España. También tejían con algodón el pelo más sutil del vientre de los conejos y de las liebres, después de teñido é hilado, resultando una tela blandísima con que los señores se vestían en invierno. De las hojas de dos especies de magüey, llamadas *pati* y *quetsalichli*, sacaban un hilo delgado, para hacer telas equivalentes á las de lino: de las de otras especies de la misma planta, y de la palma silvestre, otro hilo más grueso, semejante al cáñamo. El modo que tenían de preparar estos materiales, era el mismo que los europeos emplean para sus dos hilazas favoritas: maceraban las hojas en agua, las limpiaban, las ponían al sol, y separaban el hilo, hasta ponerlo en estado de poder hilarlo.

De las mismas hojas de palma silvestre, y de las de otra especie, llamada *ichuati*, hacían finísimas esteras de varios colores. En otras empleaban el junco que nace abundantemente en aquel lago.

Del hilo de magüey se servían también para cuerdas, zapatos y otros utensilios.

Curtían bastante bien las pieles de los cuadrúpedos y de las aves, dejándoles unas veces el pelo y la pluma, ó quitándoselos, según el uso que de ellas querían hacer.

Finalmente, para dar alguna idea del gusto de los Mexicanos en las artes, me parece oportuno transcribir la lista de los primeros regalos que envió Cortés á Carlos V, á los pocos días de su llegada al territorio de México (1).

LISTA DE LAS CURIOSIDADES ENVIADAS
POR CORTES A CARLOS V.

Dos ruedas de diez palmos de diámetro: una de oro con la imagen del sol, y otra de plata con la de la luna; formadas una y otra de hojas de aquellos metales, con muchas figuras de animales, y otras de bajo relieve, trabajadas con singular artificio. La primera sería probablemente la figura del siglo, y la segunda la del año, según lo que dice Gomara, aunque no lo asegura.

Un collar de oro, compuesto de siete piezas, con ciento ochenta y tres pequeñas esmeraldas engarzadas, y doscientas treinta y dos piedras semejantes al rubí. Pendían de ella veintisiete campanillas de oro, y algunas perlas.

Otro collar de oro de cuatro piezas, con ciento y dos piedras como rubíes, ciento

(1) Esta lista es copiada de la Historia de Gomara, que vivía á la sazón en España, omitiendo algunos objetos poco importantes, y apartándome del orden seguido por aquel autor.

setenta y dos esmeraldas, diez hermosas perlas engarzadas, y veintiseis campanillas de oro. "Estos dos collares, dice Gomara, eran dignos de verse, y tenían otras preciosidades ademas de las referidas."

Un morrion de madera cubierto de oro, guarnecido de piedras, con veinticinco companillas de oro que de él pendian; y en lugar de penacho, un pájaro verde con los ojos, los pies y el pico de oro.

Una celada de oro cubierto de pedrería, de la que pendian algunas campanillas.

Un brazalete de oro muy fino. Una vâra á guisa de cetro, con dos anillos de oro en las dos estremidades, guarnecidos de perlas.

Cuatro tridentes adornados con plumas de varios colores, con las puntas de perlas, atadas con hilo de oro.

Muchos zapatos de piel de ciervo, cocidos con hilo de oro, y con las suelas de piedra itztlí, blanca y azul, y muy sutiles. Gomara no dice espresamente que la piedra fuese itztlí; pero se infiere de su descripcion. Es probable que estos zapatos no se hacian sino por curiosidad, aunque tambien puede ser que los usasen los señores cuando iban en litera, como solian hacerlo.

Una rodela de madera y cuero, con campanillas pendientes al rededor, y en medio una lámina de oro, en que se veía esculpida la imágen del dios de la guerra, entre cuatro cabezas de leon, de tigre, de águila y de buho, representadas al vivo, con sus pieles y sus plumas.

Muchas pieles curtidas de cuadrúpedos y aves, con su pluma y pelo.

Veinticuatro rodelas, bellas y curiosas, de oro, de plumas y de perlas menudas, y otras cinco solo de plumas y plata.

Cuatro peces, dos patos y otros pájaros de oro fundidos.

Dos lagartos de oro, y un gran cocodrilo revestido de hilo del mismo metal.

Un espejo grande guarnecido de oro, y muchos pequeños. Muchas mitras y coronas de plumas y oro, adornadas de piedras y perlas.

Muchos penachos, grandes y hermosos, de plumas de varios colores, con adornos de oro y de piedras pequeñas.

Muchos abanicos de oro y plumas, ó de plumas solas de diversas hechuras; pero todos hermosísimos.

Una capa grande de algodón y de plumas de varios colores, con una rueda negra en medio, con sus rayos.

Muchas capas de algodón, enteramente blancas; ó blancas y negras, de cuadrados; ó rojas, verdes, amarillas y azules, peludas por fuera, como felpa, y por dentro lisas y sin color.

Muchas camisolas, jubones, pañuelos, colchas, cortinas y tapetes de algodón.

Todos estos objetos eran, segun dice Gomara, mas preciosos por su artificio, que por su materia. "Los colores del algodón, añade, eran bellísimos, y los de las plumas eran naturales. En cuanto á los renglones de fundicion, nuestros artífices no podian comprender cómo habian sido ejecutados." Este regalo, que era parte del que hizo Moctezuma á Cortés, pocos dias despues de haber desembarcado este en Chalchihuecan, fué enviado por el conquistador á Carlos V, en julio de 1519, y este fué el primer oro y la primera plata que el Nuevo Mundo envió al antiguo: pequeño ensayo de los inmensos tesoros que debia enviar en el porvenir.

CONOCIMIENTO DE LA NATURALEZA; MEDICINA.

De todas las artes practicadas por los Mexicanos, la medicina fué la que meos llamó la atencion de los historiadores es-

pañoles, aunque pertenece esencialmente al conocimiento de aquellos pueblos. Los escritores de que hemos hablado, se contentan con decir que los médicos mexicanos tenían un gran conocimiento de las yerbas, y que con ellas hacían curas maravillosas; pero sin especificar los progresos que hicieron en una ciencia tan provechosa al género humano. Sin embargo, no puede dudarse que las mismas necesidades que obligaron á los griegos á formar una colección de experimentos y observaciones sobre la naturaleza de las enfermedades, y sobre la virtud de los medicamentos, condujeron igualmente á los Mexicanos al estudio de estas dos partes esencialísimas de la medicina.

No sabemos que se valiesen de sus pinturas, como los griegos de sus escritos, para comunicar sus luces á la posteridad. Los profesores de medicina instruían á sus hijos en el carácter, y en las variedades de las dolencias á que está sometido el cuerpo humano, y en el conocimiento de las yerbas que la Divina Providencia ha criado para su remedio, cuyas virtudes habían sido experimentadas por sus mayores. Enseñábanles el modo de distinguir los diferentes grados de la misma enfermedad, de preparar las medicinas, y de aplicarlas. De todo esto nos ha dejado pruebas convincentes el Dr. Hernandez, en su *Historia Natural de México* (1).

[1] El Dr. Hernandez, siendo médico de Felipe II, y muy famoso por las obras que publicó sobre la *Historia Natural* de Plinio, fué enviado por aquel monarca á México para examinar las producciones naturales de aquel país. Empléose en aquella tarea, con otros doctos naturalistas, y por espacio de muchos años, valiéndose de las luces de los médicos mexicanos. Su obra, digna de los 60.000 ducados que en ella se gastaron, constaba de 24 libros de historia, y 11 tomos de esenciales pinturas de plantas y animales; pero creyéndola el rey demasiado voluminosa,

Aquel docto y laborioso escritor tuvo siempre por guía á los médicos mexicanos en el estudio de la naturaleza, que hizo en aquel vasto imperio. Ellos le dieron á conocer mil y doscientas plantas con sus propios nombres mexicanos, doscientas y mas especies de pájaros, y un gran número de cuadrúpedos, de reptiles, de peces, de insectos y de minerales. De esta apreciabilísima, aunque imperfecta historia, podría formarse un cuerpo de medicina práctica para aquel reino, como la formaron en efecto el Dr. Furfan en su libro de *Curaciones*, el admirable anacoreta Gregorio López y otros célebres médicos; y si desde entonces en adelante no se hubiera descuidado el estudio de la naturaleza, ni hubiera sido tan grande la prevención en favor de todas las cosas ultramarinas, se hubieran ahorrado los habitantes de México una gran parte de las sumas que han gastado en drogas de Europa y Asia, y hubieran sacado mucha ventaja de los productos de su país.

A los médicos mexicanos debe la Europa el tabaco, el bálsamo americano, la goma copal, el liquidámbar, la zarzaparrilla, la tocamaca, los piñones purgantes, y otros simples que han sido y son de gran uso en

mandó compendiarla á un médico napolitano, Nardo Antonio Recchi. Este compendio se publicó en lengua española en México por el dominicano Francisco Jimenez, en 1615, y despues en Roma en latin por los académicos Linceos, en 1651, con notas y disertaciones eruditás, pero demasiado largas y fastidiosas. Los manuscritos de Hernandez se enviaron á la biblioteca del Escorial, y de ellos tomó el P. Nierenberg una gran parte de lo que escribió sobre la historia natural, como él mismo lo confiesa. El P. Claudio Clemente, jesuita francés, hablando sobre los manuscritos de Hernandez, dice así: "Qui omnes libri et commentarii, si pro ut affecti sunt, ita forent perfecti, et absoluti. Philippus Secundus, et Franciscus Ferrandus, haud quaquam Alexandro et Aristoteli hac in parte concederent."

la medicina; pero hay infinitos de que carece la Europa por la ignorancia y el desdiseño de los traficantes.

Ademas de los purgantes que hemos nombrado, y otros, hacian grandísimo uso del Michoacan, tan conocido en Europa (1); del *Izitepalli*; tan celebrado por el Dr. Hernandez, y del *Anamaxtla*, conocido vulgarmente con el nombre de *Ruibarbo de los frailes*.

Tenian muchos eméticos, como el *Mexochilli* y el *Neixcottlapalli*; diuréticos, como el *Agixpalli* y el *Agixtlacotl*, que tambien celebra Hernandez; antídotos, como la famosa *contrayerba*, llamada por su su figura *Coanepilli* (lengua de serpiente), y por sus efectos *Coapalli*, esto es, remedio contra las serpientes; estornutatorios, como el *Zozoyatic*, planta tan eficaz, que bastaba acercar la raíz á la nariz para excitar el estornudo; febrifugos, como el *Chatahuic* para las fiebres intermitentes, y para las comunes, el *Chiantzulli*, el *Iztacxalli*, el *Huehuetzontecomatl*, y sobre todo el *Iztiepalli*. Para preservarse del mal que solian contraer cuando jugaban demasiado al balon, solian comer la corteza del *Apitzalpalli*, macerada en agua. Seria infinita la enumeracion que podria hacer de las plantas, resinas, minerales y otras medicinas, tanto simples como compuestas, de que se servian como remedios en todas las especies de enfermedades que conocian. Quien desée tener noticias mas individuales sobre este asunto, podrá consultar la mencionada obra del Dr. Hernandez, y

[1] La célebre raíz de Michoacan se llama en lengua tarasca *Tucnache*, y en mexicano *Tlalantlacuillapilli*. Dióla á conocer un médico del rey de Michoacan á los primeros religiosos que fueron á predicar el Evangelio á aquellos paises, curándolos de las dolencias que padecian. De los religiosos se comunicó la noticia á los españoles, y de estos á toda la Europa.

los dos tratados publicados por el Dr. Monardes, médico sevillano, sobre las drogas medicinales que se suelen traer de América.

ACEITES, UNGUENTOS, INFUSIONES &C.

Servíanse los médicos mexicanos de infusiones, decocciones, emplastos, unguentos y aceites, y todas estas cosas se vendian en el mercado, como refieren Cortés y Bernal Diaz, testigos oculares. Sus aceites mas comunes eran los de hule ó resina elástica; de *tlapatl*, árbol semejante á la higuera; de *chile* ó pimienta; de *chia*, y de *cootl*, que era una especie de pino. Este último se sacaba por destilacion, y los otros por decoccion. El de chia servia mas á los pintores que á los médicos.

Del *huiztilaxitl* sacaban, como ya he dicho, las dos clases de bálsamo, de que hace mencion Plinio y otros naturalistas antiguos: á saber, el opobálsamo, que era el destilado del árbol, y el globálsamo, sacado por decoccion de las ramas. De la corteza del *huacoxez*, macerada por espacio de cuatro dias continuos en agua, formaban otro líquido semejante al bálsamo. De la planta llamada por los españoles *Maripenda* (nombre tomado, segun parece, de la lengua tarasca) sacaban igualmente un licor semejante al bálsamo, tanto en su buen olor, cuanto en sus maravillosos efectos, cociendo en agua los tallos tiernos con el fruto de la planta, hasta espesarse aquella como mosto. De este modo formaban otros aceites y licores preciosos, como el del liquidámbar y el de abeto.

SANGRIAS Y BAÑOS

“Era comunísimo entre los Mexicanos y otros pueblos de Anáhuac, el uso de la sangría, que sus médicos ejecutaban con des-

treza y seguridad, sirviéndose de lancetas de itzili. La gente del campo se sacaba sangre, como lo hacen todavía, con puntas de maguey, sin valerse de otra persona, y sin suspender el trabajo en que se emplean. En lugar de sanguijuelas se servían de los dardos del puerco espin americano, que tienen un agujero en la punta.

Entre los medios que empleaban para conservar la salud, era bastante común el baño, que muchos usaban diariamente en el agua natural de los ríos, de los lagos, de los canales y de los estanques. La experiencia ha hecho conocer á los españoles las ventajas de estos baños, y sobre todo en los países calientes.

TEMAZCALLIS Ó HIPOCAUSTOS.

Poco menos frecuentes eran entre los Mexicanos y otros pueblos de Anáhuac los baños de *temazcalli*, que siendo una de las singularidades más notables de aquellos países, no ha sido descrita por ningún autor español, en cuyas obras se suelen hallar grandes pormenores de objetos mucho menos importantes; de modo que si este uso no se hubiera conservado hasta nuestros días, hubiera perecido enteramente su memoria.

El *temazcalli*, ó hipocausto mexicano, se fabrica por lo común de ladrillos crudos. Su forma es muy semejante á la de los hornos de pan; pero con la diferencia que el pavimento del *temazcalli* es algo convexo, y más bajo que la superficie del suelo, en lugar que el de nuestros hornos es llano y elevado, para mayor comodidad del panadero. Su entrada, semejante también á la boca de un horno, tiene la altura suficiente para que un hombre entre de rodillas. En la parte opuesta á la entrada, hay un hornillo de piedra ó de ladrillos, con la boca hácia la parte exterior, y con un agujero en la superior, para dar

salida al humo. La parte en que el hornillo se une al hipocausto, la cual tiene dos pies y medio en cuadro, está cerrada con piedra seca de *tezontli*, ó con otra no menos porosa que ella. En la parte superior de la bóveda hay otro agujero como el de la hornilla. Tal es la estructura común del *temazcalli*, pero hay otros que no tienen bóveda ni hornilla, y que se reducen á unas pequeñas piezas cuadrilongas, bien cubiertas, y defendidas del aire.

Lo primero que se hace antes de bañarse, es poner dentro del *temazcalli* una estera, en lugar de la cual los españoles ponen un colchon para más comodidad; un jarro de agua, y unas yerbas ó hojas de maíz. Después se hace fuego en el hornillo, y se conserva encendido hasta que estén hechas ascua las piedras de que he hecho mención. El que quiere bañarse entra ordinariamente desnudo, y solo, ó acompañado de un sirviente, si su enfermedad lo exige, ó si así le acomoda. Inmediatamente cierra la entrada, dejando un poco abierto el agujero superior, á fin de que salga el humo que puede introducirse del hornillo, y cuando ha salido todo, la cierra también. Entonces empieza á echar agua en la piedra encendida, de la que se alza un denso vapor, que va á ocupar la parte superior del *temazcalli*. Echase en seguida en la estera, y si tiene consigo un sirviente, este atrae hácia abajo el vapor con las yerbas, ó con el maíz, y con las mismas, mojadas en el agua del jarro, que ya está tibia, golpea al enfermo en todo el cuerpo, y sobre todo en la parte dolorida. Inmediatamente se presenta un sudor copioso y suave, que se aumenta ó disminuye según conviene. Conseguida la deseada evacuación, se deja salir el vapor, se abre la puertecilla, y se viste el enfermo; ó si no, bien cubierto, lo

Hevan sobre la estera, ó sobre el colchon, á una pieza inmediata, pues siempre hay alguna habitacion en las cercanías del baño.

Siempre se ha hecho uso del temazcalli en muchos enfermedades, especialmente en las calenturas ocasionadas por alguna constipacion. Usanlo comunmente las indias despues del parto, y los que han sido heridos ó picados por algun animal venenoso.

Es ademas un remedio eficaz para los que necesitan evacuar humores gruesos y tenaces, y yo no dudo que seria utilísimo en Italia, donde se padecen tan frecuentes y graves reumatismos. Cuando se necesita un sudor mas copioso, se coloca el enfermo algo mas cerca del techo, donde es mas espeso el vapor. Es tan comun, aun en el dia, el temazcalli, que no hay poblacion de indias donde no se vean muchos baños de esta especie.

CIRUGIA.

En cuanto á la cirugia de los Mexicanos, los mismos conquistadores españoles aseguran, por su propia esperiencia, la prontitud y la felicidad con que curaban las heridas (1). Ademas del bálsamo y de la Maripenda, les aplicaban el tabaco y otros vegetales. Para las úlceras se servian del *nanahuapalli*, del *sacatléyalli* y del *itscuintéyalli*, para los accesos y otros tumores, del *tlalamail*, y del electuario de *chilpalli*, y para las fracturas de huesos, del *nacazól* ó *tolocatsin*. Despues de haber secado y pulverizado las semillas de estas plantas, las mezclaban con cierta resina, y aplicaban la composicion á la parte adolorida, cubriéndola con plumas, y

poniendo encima unas tablillas para unir el hueso roto.

Los médicos eran por lo comun los que preparaban y aplicaban los remedios; mas para hacer mas misteriosa la cura, la acompañaban con ceremonias supersticiosas, con invocaciones á sus dioses, y con imprecaciones contra las dolencias. Veneraban, como protectora de la medicina, á la diosa *Tzapotalenan*, creyéndola inventora de muchos remedios, y entre ellos del aceite que sacaban por destilacion del ocoíl.

ALIMENTOS DE LOS MEXICANOS.

Es extraño que los Mexicanos, y especialmente los pobres, no estuviesen espuestos á muchas enfermedades, atendida la cualidad de sus alimentos. En este ramo tuvieron algunas singularidades notables; porque habiendo estado tantos años, despues de la fundacion de la ciudad, reducidos á vivir miserablemente en las islas del lago, la necesidad los obligó á sostenerse con todo lo que encontraban en las aguas. En aquellos tiempos calamitosos aprendieron á comer, no solo las raíces de las plantas acuáticas, sino las culebras, el *axólotl*, el *atetepis*, el *atopinani*; otros animalillos ó insectos; las hormigas; las moscas y los huevos de estas. De las moscas llamadas *axayacatl*, cogian tan gran cantidad, que tenian para comer, para cebar muchas especies de pájaros, y para vender en el mercado. Amasábanlas, y con la pasta hacian unos panes que ponian á cocer en agua con nitro, en hojas de maiz. Esta comida no desagradó á los historiadores españoles que la probaron. De los huevos que estas moscas ponen en gran abundancia, sobre los junco del lago, formaban aquella especie de cabial, llamada *ahuauhtli*, de que ya he hecho mencion.

(1) El mismo Cortés fué perfectamente curado por los médicos tlaxcaltecas de una grave herida que recibió en la cabeza en la famosa batalla de Otompan, á Otumba.

Hacían también uso de una sustancia fangosa, que nada en las aguas del lago, secándola al sol, y conservándola para comérsela, á guisa de queso, al que se parecía mucho en el sabor. Dábanle el nombre de *locuítatl*, ó sea escremento de piedra. Acostumbrados á estos viles alimentos, no los abandonaron despues de los tiempos de su mayor prosperidad; de modo que sus mercados estaban siempre llenos de innumerables clases de insectos crudos, fritos y asados, que se vendían especialmente á los pobres. Sin embargo, cuando con el tráfico del pescado empezaron á proporcionarse mejores comestibles, y á cultivar con su industria los huertos flotantes, mejoraron el sistema de sus comidas, y nada dejaban que desear sus banquetes, ni por la abundancia ni por la variedad, ni por el buen gusto de los manjares, como lo testifican los conquistadores (1).

Entre ellos merece el primer lugar el maiz, que llaman *tlualli*, grano que la Providencia concedió á aquella parte del mundo, en lugar del trigo de Europa, del arroz del Asia, y del mijo de Africa, aunque con algunas ventajas sobre todos ellos; pues ademas de ser sano, gustoso y mas nutritivo, su multiplicación es mas copiosa, se presta á los climas calientes y á los frios, no exige tanto cultivo, ni es tan delicado como el trigo, ni necesita como el arroz de un terreno húmedo y dañoso á la salud de los labradores. Trian muchas especies de maiz, diferentes en tamaño, en color y en calidad. Con él hacían pan, enteramente diverso del de Europa, no menos en el sabor y en la figura, que en el modo que tenían de hacerlo, y que aun conservan hasta ahora. Crecen el

grano en agua con un poco de cal: cuando empieza á ponerse blando, lo aprietan entre las manos, para quitarle la piel: despues lo muelen en el *metlatl*, (1), toman un poco de la masa, y estendiéndola entre ambas manos, forman el pan, que crecen últimamente en el *comalli*. Estos panes son ovalados y delgados: su diámetro es de cerca de ocho dedos, y su grueso poco mas de una linea; pero los hacen mas pequeños y menos gruesos, y en tiempos antiguos los hacían tan sutiles, para la gente principal, como un papel fuerte. Solían poner en el maiz algun otro ingrediente para que el pan fuese mas gustoso ó mas saludable. El pan de los nobles y ricos era por lo comun de maiz rojo, amasado con la hermosísima flor *coatzacoatzóchil*, ó con otras plantas medicinales, para escitar calor en el estómago. Tal es el pan que han usado siempre los Mexicanos y los otros pueblos de aquellos vastos países, hasta nuestros dias, prefiriéndolo al mejor de trigo. Muchos españoles han adoptado su uso; pero es necesario confesar que aunque el pan de maiz sea muy sano, sustancioso y de buen gusto, cuando está recién hecho, tiene un sabor desagradable cuando se enfria. En todos aquellos pueblos ha sido siempre atribucion propia de las mugeres, hacer el pan, y preparar toda clase de manjares. Ellas lo hacían para sus familias, y para venderlo en el mercado.

Hacían también con maiz otras muchas clases de comidas y bebidas, añadiéndoles algunos ingredientes, y adoptando diversas preparaciones. El *atolli* es una especie de poleadas, que se hace con la masa del maiz bien molido, cocida, desleída en agua y colada. Ponen al fuego el liquido, despues de esta última operacion, y lo

(1) Véase sobre este asunto la primera Carta de Cortés, la Historia de Bernal Diaz, y la relacion del conquistador anónimo.

(1) Los españoles llaman al *metlatl*, metate; al *comalli*, comal; y al *atolli*, atole.

cuecen hasta darle la consistencia necesaria. Es insípido al paladar de los españoles; pero lo usan en sus enfermedades, endulzándolo con azúcar, en lugar de miel que los indios emplean. Para estos es manjar tan grato, que no pueden vivir sin él. En todos tiempos les ha servido de almuerzo, y les da bastante fuerza para sobrelevar los trabajos del campo, y las demas fatigas en que se emplean. El Dr. Hernandez distingue hasta diez y siete especies de atollí, todas diferentes, tanto por los condimentos, cuanto por el modo de prepararlo.

Después del maíz, los granos de que mas uso hacian, eran el cacao, la chia y las judías. Con el cacao formaban varias bebidas comunes, y entre ellas las que llamaban *chocolatl*. Molian igual cantidad de cacao y de semilla de *psychotl*; ponian todo junto en una vasija, con una cantidad proporcionada de agua; allí lo meneaban y agitaban con el instrumento de madera llamado *molinillo* en español: hecho esto, ponian aparte la porcion mas oleosa que quedaba encima. En la parte restante mezclaban un puñado de pasta de maíz cocido, y lo ponian al fuego, hasta darle cierto punto; y después de apartado le añadian la parte oleosa, y esperaban á que se entibiase para tomarlo. Tal es el origen del famoso chocolate, que, con el nombre y con los instrumentos para su elaboracion, han adoptado todas las naciones cultas de Europa, aunque alterando el nombre y los ingredientes, segun el idioma y el gusto de cada cual. Los Mexicanos solian perfumar su chocolate y las otras bebidas de cacao, ó para realizar su sabor, ó para hacerlas mas saludables, con *tlizochitl* ó vainilla, con flor de *xochinacastli* (1), ó con el fruto del *mecaxochitl*

(1) El *xochinacastli* es un árbol que tiene las hojas largas y estrechas, y de un verde

(1), y las dulcificaban con miel, como nosotros hacemos con azúcar.

Con el grano de la chia hacian una bebida muy fresca, usadisima aun en aquellos países; y mezclado con el maíz, otra, llamada *chiansotsolatolli*, que era de esceleute sabor, y que apreciaban mucho los antiguos, particularmente en tiempo de guerra. La provision ordinaria de un soldado en campaña se reducía á un saquillo de maíz y chia. Cuando necesitaba alimento, cocia en agua la cantidad que le parecia oportuna de aquellos dos ingredientes, y con esta bebida, deliciosa y nutritiva, como la llama el Dr. Hernandez, toleraba los ardores del sol, y las fatigas de la guerra.

No hacian tanto consumo de carne como los europeos: sin embargo, en los grandes banquetes, y diariamente en las mesas de los ricos, se servia la de muchas especies de animales, como ciervos, conejos, javalies (mexicanos), tusas y techichis, que se cebaban como los puercos en Europa, y otros varios cuadrúpedos, peces y aves. De estas, las mas comunes eran los pavos y las codornices.

Las frutas de que mas gustaban, eran el mamey, el *tlizapotl*, el *cochitzapotl*, el *chiczapotl*, la piña, la *chirimoya*, el *ahuacatl*, la *anona*, la *pitahaya*, el *capolin* ó cereza mexicana, y diversas especies de

oscuro. La flor consta de seis pétalos, color de púrpura en su interior, verdes por de fuera, y suavemente olorosos. De su figura, semejante á una oreja, proviene el nombre mexicano, y el de *orejeta* que le dan los españoles. El fruto es anguloso, color de sangre, y viene dentro de una vaina de seis pulgadas de largo, y de un dedo de grueso. Es árbol propio de los países calientes. La flor era muy apreciada por los Mexicanos, y nunca faltaba en sus mercados.

(1) El *mecaxochitl* es una pequeña planta, cuyas hojas son grandes y gruesas. El fruto se parece á la pimienta.

higos de nopal, ó tunas, con las cuales suplían la falta de las peras, de las manzanas y de los melocotones.

En medio de tan gran abundancia de víveres, los Mexicanos carecían de leche y grasa; pues ni tenían vacas, ni ovejas, ni cabras, ni puercos. No sabemos que comiesen otra especie de huevos que los de pavo ó iguana. La carne de este último animal era antiguamente, y es en la actualidad, una de sus comidas favoritas.

El condimento de sus manjares, además de la sal, era el pimientó ó chile, y el tomate, los cuales son también comunísimos entre los españoles que habitan aquellos países.

VINO.

Usaban muchas especies de vino ó bebidas equivalentes, sacadas de la palma, de la caña del maíz y del mismo grano: de esta última, llamada *chicha*, hacen mención casi todos los historiadores de América, por ser la más general en el Nuevo-Mundo. El vino más común y el mejor de los Mexicanos, es el de maguey, que ellos llaman *octli*, y los españoles *pulque* (1). Hácese del modo siguiente: cuando el maguey llega á cierto tamaño y madurez, le cortan el tallo, ó por mejor decir, las hojas tiernas de que sale el tallo, que están en el centro de la planta, y dejan allí una cavidad proporcionada. Raspan después la superficie interior de las hojas gruesas que circundan aquella cavidad, y de ella sacan un jugo dulce, en tanta cantidad, que una sola planta suele dar en seis meses más de seiscientas libras, y en todo el tiempo de la cosecha más de dos mil.

[1] *Pulque* no es palabra española ni mexicana, sino tomada de la lengua araucana que se habla en Chile: en la cual, pulque es nombre general de las bebidas que los indios usan para embriagarse; pero es difícil adivinar como pasó este nombre á México.

Sacan el jugo de la cavidad con una caña, ó más bien con una calabaza larga y estrecha, y después lo ponen en una vasija hasta que fermenta, lo cual sucede ántes de las veinticuatro horas. Para facilitar la fermentación, y dar más fuerza á la bebida, le ponen una yerba que llaman *ocpalli*, ó remedio del vino. El color del pulque es blanco; el sabor algún tanto áspero, y la fuerza bastante para embriagar, aunque no tanto como el vino de uva. Es bebida sana, y apreciable por muchas razones; pues es excelente diurético, y remedio eficaz para la diarrea. Es increíble el consumo que se hace de pulque en aquellos países, y muy considerable la ventaja que produce á los españoles. El impuesto sobre el consumo solo de la capital, asciende anualmente á cerca de trescientos mil pesos, pagando un real mexicano por cada veinticinco libras castellanas. La cantidad de pulque que se consumió allí en 1774, subió á dos millones, doscientas catorce mil, doscientas noventa y cuatro arrobas y media, sin contar el que se introduce por contrabando, y el que despachan en la plaza mayor los indios privilegiados.

TRAGE.

No eran los Mexicanos tan singulares en el traje como en la comida: su ropa ordinaria era muy sencilla, reduciéndose en los hombres al *maxtlal* y al *tilmatli*, y en las mugeres al *cueitl* y al *huqipilli*. El *maxtlal* era una cintura larga, ó faja, con las estremidades pendientes por delante y por detrás. El *tilmatli* era una capa cuadrada, de cerca de cuatro pies de largo, cuyas estremidades ataban sobre el pecho, ó sobre un hombro. El *cueitl* eran las naguas comunes de que se servían las mugeres: se reducía á una pieza también cuadrada, con que se envolvían desde la cin-

tura hasta media pierna. El *hucpilli* era una camisa de muger sin mangas.

La ropa de la gente pobre era de hilo de maguey, ó de palma silvestre, ó de tela gruesa de algodón: la de los ricos de excelente tela de esta última clase, teñida de varios colores, y con adornos de figuras de flores ó de animales; ó entretejida con hermosas plumas, ó con pelo fino de conejo, y guarnecida con figurillas de oro, y con vistosos flecos, especialmente en la faja. Los hombres solian llevar dos ó tres capas, y las mugeres otras tantas camisas y naguas, dejando debajo las mas largas, para que se viese parte de ellas. La ropa de invierno de los señores era siempre de algodón con plumas ó pelo de conejo. Las señoras llevaban, ademas del *hucpilli*, un ropón semejante al alba de los eclesiásticos, pero con las mangas mas anchas.

El calzado consistia en una suela de cuero ó de tejido fuerte de maguey, atada con cordones, de modo que solo cubria las plantas de los piés. Los reyes y los señores adornaban los cordones con hermosas trenzas de oro y piedras preciosas.

ADORNOS.

Todos los Mexicanos dejaban crecer el cabello, y tenían á deshonra el cortarlo, excepto las doncellas que se consagraban al servicio del templo. Las mugeres llevaban la cabellera suelta, y los hombres atada de diversos modos, y adornada con hermosos penachos, especialmente en los bailes y en la guerra.

Es difícil hallar una nacion que riuniese tanta sencillez en el traje, á tanta vanidad y lujo en los adornos del cuerpo. Ademas de las plumas y joyas de que cubrian la ropa, usaban pendientes en las orejas, en el labio inferior, y muchos en la nariz; collares, ajorcas, pulseras, y ar-

gollas, á guisa de collares, en las piernas. Los pendientes de la gente pobre eran de conchas, de cristal, de ámbar ó de alguna piedrecilla reluciente; los de los ricos, de perlas, esmeraldas, amatistas, y otras piedras preciosas engarzadas en oro.

MUEBLES Y OCUPACIONES DOMESTICAS.

Los muebles no correspondian á tanta vanidad. La cama se reducía á una ó dos esteras fuertes de junco, á las cuales los ricos añadian otras finas de palma, y sábanas de algodón, y los señores, unas telas tejidas con plumas. La almohada de los pobres era una piedra ó un pedazo de madera: los ricos la usarian quizás de algodón. La gente comun no se cubria en la cama sino con el mismo tilmatl ó capa; pero los ricos y nobles se servian de colchas de algodón y pluma.

Para comer, en lugar de mesa, estendian en el suelo una estera. Tenian servilletas, platos, fuentes, ollas, orzas, y otra vajilla de barro fino; mas no parece que conociesen el uso de la cuchará ni del tenedor. Sus asientos eran unos banquillos bajos de madera, de junco, de palma, ó de una especie de caña, que llamaban *icpalli*, y los españoles equipales. En ninguna casa faltaba el *metlatl* ni el *comalli*. El *metlatl* era la piedra en que molian el maiz y el cacao. Todavía es usadísimo aquel instrumento en todo el territorio mexicano, y en la mayor parte de los países de América. Lo han adoptado tambien los europeos para hacer el chocolate. El *comalli* era, y es todavía, una especie de tortera redonda, y algun tanto cóncava, que tiene un dedo de grueso, y ceren de quince pulgadas de diámetro. Se usa tanto como el *metlatl*.

Los vasos de los Mexicanos eran de ciertas frutas semejantes á las calabazas, que nacen en los países cálidos, en árbo-

les de mediano tamaño. Los uros son grandes y perfectamente redondos, y se llaman *xicalli* (1); los otros, mas pequeños y cilíndricos, á los que dan el nombre de *tecomatl*. Ambos frutos son sólidos y pesados: la corteza es dura, leñosa, de un color verde oscuro, y la semilla parecida á la de la calabaza. El *xicalli* tiene cerca de ocho pulgadas de diámetro; el *tecomatl* poco menos de largo, y cerca de cuatro dedos de grueso. Cada fruto, dividido por medio, da dos vasos iguales: le sacan la parte interior, y con una tierra mineral le dan un barniz permanente, de buen olor, y de varios hermosos colores, especialmente rojo. Hoy suelen platearlos y dorarlos.

No usaban los Mexicanos ni candeleros, ni velas de cera ó sebo, ni aceite para luces. Aunque tenían muchas especies de aceite, solo los empleaban en la medicina, en la pintura y en los barnices; y aunque extraían gran cantidad de cera de los panales, ó no quisieron, ó no supieron aprovecharse de ella para el alumbrado. En los países marítimos solían servirse para esto de los *cucuyos*, ó escarabajos luminosos; pero el alumbrado común se hacia con teas ó rajas de *ocotl*; que aunque daban buena luz y buen olor, exhalaban demasiado humo, y con él empujaban las habitaciones. Uno de los usos europeos que mas apreciaron los Mexica-

(1) Los españoles de México llamaron *jicara* al *xicalli*; los de Europa adoptaron aquel nombre para significar la taza en que toman el chocolate, y tal es el origen de la voz italiana *chicchera*. Mr. de Bomare hace mención del árbol del *xicalli*, con el nombre de *calabassier d'Amérique*; y dice que en México se conoce con el de *Choyne, cayete ó liguero*; pero no es verdad. El nombre de *hibuero* era el que daban á aquel árbol los indios de la isla Española: usáronlo los conquistadores españoles, y no se ha vuelto á usar en aquellos países. Los otros nombres son enteramente desconocidos.

nos despues de la conquista, fué el de las velas; pero lo cierto es que aquellas gentes no necesitaban de medios exteriores de alumbrarse, pues consagraban al reposo todas las horas de la noche, despues de haber dado al trabajo todas las del dia. Los hombres trabajaban en sus artes y oficios, y las mugeres en coser, hilar, bordar, hacer el pan, preparar la comida y limpiar la casa. Todos hacían oración diaria á sus dioses, y quemaban copal en su honor; por lo cual, en todas las casas había ídolos ó incensarios.

El modo que tenían los Mexicanos y las demas naciones de Anáhuac de hacer fuego, era el mismo que empleaban los antiguos pastores de Europa (1), esto es, la violenta frotacion de dos leños secos. Los Mexicanos en estos casos usaban del achiotte, que es el *Roucou* de los franceses. Boturini asegura que sabían hacer uso del pedernal.

Tomaban por la mañana, despues de algunas horas de trabajo, el almuerzo ordinario, que se reducía al *atollí* ó poleadas de harina de maiz. Comían despues de medio dia; pero ningun historiador de los muchos que he consultado, hace mención de su cena. Eran pocos en comer; pero bebían mucho y con frecuencia. Sus bebidas comunes eran vino de maguety, ó de maiz, ó de chia, ó las que hacían con cacao, ó agua natural.

Despues de comer, los señores solían conciliar el sueño con el humo del tabaco (2). De esta planta hacían gran uso. Fin-

(1) *Cálda morus, laurus, hedera, et omnes exquibus ignis fieri. Exploratorum hoc usus in castris pastorumque reperit: quoniam ad excitandum ignem, non semper lapidis est occasio. Teritur ergo lignum tigno, ignemque concipit attritu, excoipiente materia arida fomitis, fuzgi, vel foliorum succillime conceptum.*—Plin. Hist. Nat. lib. XVI, cap. 40.

(2) *Tabaco* es voz de la lengua haitiana. Los Mexicanos tenían dos especies de tabaco,

plecábase en emplastos, ó para fumar, ó en polvo por la nariz. Para fumar ponían en un tubo de caña ó de otra materia mas fina, la hoja, con resina de liquidámbar, ó con otras yerbas olorosas. Recibían el humo, apretando el tubo con la boca, y tapándose la nariz con la mano, á fin de que pasase mas prontamente al pulmon. ¿Quién hubiera creído que el uso del tabaco, que inventó la necesidad de aquellas naciones fleemáticas, llegaría á ser un vicio ó moda general de casi todos los pueblos del mundo; y que una planta tan humilde, de la que escribieron tan desventajosamente los autores, se convertiría en un manantial de riqueza para los pueblos de Europa! Pero lo mas extraño es, que siendo tan comun actualmente el uso del tabaco en las mismas naciones que lo consuraron al principio, sea tan raro entre sus inventores; pues de los indios de México pocos lo fuman, y ninguno lo toma en polvo.

PLANTAS USADAS EN VEZ DE JABON.

No conocían los Mexicanos el modo de hacer jabon, aunque tenían en abundan-

cia las materias animales de que se saca; pero suplían su falta con una fruta y una raíz. La fruta era la del *copacocotl*, árbol de mediana altura, que nace en Michuacan, en Yucatan, en la Mixteca y en otras partes (1). La pulpa, que está bajo la corteza, es viscosa y demasiado amarga; pone blanca el agua, forma espuma, y sirve como jabon para limpiar la ropa. La raíz es la del *amolli*, planta pequeña y comunísima en aquellos países, á la que conviene mas justamente el nombre de *saponaria americana*, por su semejanza con la saponaria del antiguo continente. Pero el *amolli* no se usa tanto para la ropa, como para el aseo del cuerpo (2).

Lo que he dicho hasta aquí acerca del gobierno político y económico de los Mexicanos, es cuanto he hallado digno de crédito y de luz pública. Tales eran sus costumbres públicas y privadas, su gobierno, sus leyes y sus artes, cuando llegaron al país de Anáhuac los españoles, cuya guerra y sucesos memorables voy á contar en los libros siguientes.

(1) El Dr. Hernandez la llama *copalzo-cotl*, pero nada dice de su virtud. Betancourt habla de ella con el nombre de *árbol de jabon*, que es el que le dan los españoles. Mr. Valmont la describe con el nombre de *saponier*, ó *saponaria americana*. La raíz se usa como jabon, pero no es tan buena como el fruto.

(2) Hay una especie de *amolli*, cuya raíz tiñe los cabellos de amarillo. Vi este singular efecto en un hombre de cierta edad, que habia canecido, habiendo sido rubio en su juventud.

(3) Hay una especie de *amolli*, cuya raíz tiñe los cabellos de amarillo. Vi este singular efecto en un hombre de cierta edad, que habia canecido, habiendo sido rubio en su juventud.

ADICIONES

NECESARIAS PARA LA INTELIGENCIA DE LA HISTORIA.

EL SIGLO MEXICANO.

| Años. | Años. |
|----------------|----------------|
| I. Tochtli. | I. Teccatl. |
| II. Acatl. | II. Calli. |
| III. Teccatl. | III. Tochtli. |
| IV. Calli. | IV. Acatl. |
| V. Tochtli. | V. Teccatl. |
| VI. Acatl. | VI. Calli. |
| VII. Teccatl. | VII. Tochtli. |
| VIII. Calli. | VIII. Acatl. |
| IX. Tochtli. | IX. Teccatl. |
| X. Acatl. | X. Calli. |
| XI. Teccatl. | XI. Tochtli. |
| XII. Calli. | XII. Acatl. |
| XIII. Tochtli. | XIII. Teccatl. |
| I. ACATL. | I. CALLI. |
| II. Teccatl. | II. Tochtli. |
| III. Calli. | III. Acatl. |
| IV. Tochtli. | IV. Teccatl. |
| V. Acatl. | V. Calli. |
| VI. Teccatl. | VI. Tochtli. |
| VII. Calli. | VII. Acatl. |
| VIII. Tochtli. | VIII. Teccatl. |
| IX. Acatl. | IX. Calli. |
| X. Teccatl. | X. Tochtli. |
| XI. Calli. | XI. Acatl. |
| XII. Tochtli. | XII. Teccatl. |
| XIII. Acatl. | XIII. Calli. |

Los años escritos con letras mayúsculas son aquellos en que empezaban los periodos de trece años, cuatro de los cuales formaban el siglo.

AÑOS MEXICANOS

DESDE LA FUNDACION HASTA LA CONQUISTA DE MEXICO, CON LA
CORRESPONDENCIA DE LOS DE NUESTRO CALENDARIO.

Los años escritos con letras mayúsculas son los primeros del período: los señalados con una estrella, son los señalados: las llamadas sirven para indicar los sucesos notables, ó el principio del reinado de algun monarca.

| Años mexicanos. | Años cristianos. | Años mexicanos. | Años cristianos. |
|--------------------|------------------|--------------------|------------------|
| II. Calli..... | *1325 | XII. Teapatl..... | 1348 |
| III. Tochtli..... | 1326 | XIII. Calli..... | 1349 |
| IV. Acatl..... | 1327 | * I. Tochtli..... | 1350 |
| V. Teapatl..... | 1328 | II. Acatl..... | 1351 |
| VI. Calli..... | 1329 | III. Teapatl..... | *1352 |
| VII. Tochtli..... | 1330 | IV. Calli..... | *1353 |
| VIII. Acatl..... | 1331 | V. Tochtli..... | 1354 |
| IX. Teapatl..... | 1332 | VI. Acatl..... | 1355 |
| X. Calli..... | 1333 | VII. Teapatl..... | 1356 |
| XI. Tochtli..... | 1334 | VIII. Calli..... | 1357 |
| XII. Acatl..... | 1335 | IX. Tochtli..... | 1358 |
| XIII. Teapatl..... | 1336 | X. Acatl..... | 1359 |
| I. CALLI..... | 1337 | XI. Teapatl..... | 1360 |
| II. Tochtli..... | *1338 | XII. Calli..... | 1361 |
| III. Acatl..... | 1339 | XIII. Tochtli..... | 1362 |
| IV. Teapatl..... | 1340 | I. ACATL..... | 1363 |
| V. Calli..... | 1341 | II. Teapatl..... | 1364 |
| VI. Tochtli..... | 1342 | III. Calli..... | 1365 |
| VII. Acatl..... | 1343 | IV. Tochtli..... | 1366 |
| VIII. Teapatl..... | 1344 | V. Acatl..... | 1367 |
| IX. Calli..... | 1345 | VI. Teapatl..... | 1368 |
| X. Tochtli..... | 1346 | VII. Calli..... | 1369 |
| XI. Acatl..... | 1347 | VIII. Tochtli..... | 1370 |

a Fundacion de México.

b Division de los Tenoccos y Tlatelolcos.

c Acamapichtzin, I rey de México.

d Cuacuauhtzahuac, I rey de Tlatelolco.

| Años mexicanos. | Años cristianos. | Años mexicanos. | Años cristianos. |
|--------------------|------------------|------------------|------------------|
| VIII. Calli..... | 1513 | I. ACATL..... | '1519 |
| IX. Tochtli..... | 1514 | II. Teepatl..... | '1520 |
| X. Acatl..... | 1515 | III. Calli..... | '1521 |
| XI. Teepatl..... | "1516 | | |
| XII. Calli..... | 1517 | | |
| XIII. Tochtli..... | 1518 | | |

a Cacamatzin, rey de Acolhuacan.

b Entrada de los españoles en México.
 c Cuñlahuatzin, X rey, y Cuauhtemotzin, rey XI de México. Muerte de Moctezuma, y derrota de los españoles.
 d Toma de México, y ruina del imperio mexicano.



CALENDARIO MEXICANO

DEL

AÑO Y TOCHTLI, PRIMERO DEL SIGLO.

| | | |
|--------------------------------|----------------------------------|----------|
| Días de nuestro calendario. | Días del calendario mexicano. | Fiestas. |
|--------------------------------|----------------------------------|----------|

Atlahualco, 1 mes.

| | | | |
|---------|---------|-----------------------|--|
| | 26..... | I. CIPACTLI (1)..... | La gran fiesta secular. |
| Febrero | 27..... | II. Ehecatl..... | Fiesta de Tlalocatencilli y de los |
| | 28..... | III. Calli..... | otros dioses del agua, con sacri- |
| Marzo | 1..... | IV. Cuetzpalin..... | ficios de niños y el gladiatorio. |
| | 2..... | V. Coatl..... | |
| | 3..... | VI. Miquiztli..... | |
| | 4..... | VII. Mazatl..... | |
| | 5..... | VIII. Tochtli..... | |
| | 6..... | IX. Atl..... | |
| | 7..... | X. Iztuinatl..... | |
| | 8..... | XI. Ozomatli..... | Sacrificio nocturno de los prisioneros |
| | 9..... | XII. Malinalli..... | cebados. |
| | 10..... | III. Acatl..... | |
| | 11..... | I. OCELOTL..... | |
| | 12..... | II. Cuauhtli..... | |
| | 13..... | III. Cozacauhtli..... | |
| | 14..... | IV. Olin..... | |
| | 15..... | V. Tecpatl..... | |
| | 16..... | VI. Quiahuitl..... | |
| | 17..... | VII. Xochitl..... | |

Tlacuicpichualiztli, 3 mes.

| | | | |
|--|---------|----------------------|--|
| | 18..... | VIII. Cipactli..... | La gran fiesta de Xipe, dios de los |
| | 19..... | IX. Ehecatl..... | plateros, con sacrificio de prisioneros, |
| | 20..... | X. Calli..... | y ejercicios militares. |
| | 21..... | XI. Cuetzpalin..... | |
| | 22..... | XII. Coatl..... | Ayuno de veinte días de los dueños |
| | 23..... | XIII. Miquiztli..... | de los prisioneros. |
| | 24..... | I. MAZATL..... | |
| | 25..... | II. Tochtli..... | |

(1) Los días señalados con letras mayúsculas, son aquellos en que empezaban los pequeños períodos de trece días.

| Días de nuestro calendario. | Días del calendario mexicano. | Fiestas. |
|-----------------------------|-------------------------------|---|
| Marzo | 26..... III. Atl. | |
| | 27..... IV. Itzcuintli. | |
| | 28..... V. Ozomatli. | |
| | 29..... VI. Malinalli. | |
| | 30..... VII. Acatl..... | Fiesta del dios Chicomacatl. |
| | 31..... VIII. Ocelotl. | |
| Abril | 1..... IX. Cuauhtli..... | Fiesta del dios Tequizimacatl. |
| | 2..... X. Cozacauhtli. | |
| | 3..... XI. Olin. | |
| | 4..... XII. Tecpatl. | |
| | 5..... XIII. Quiahuitl..... | Fiesta del dios Chanecotl, con sacrificios nocturnos. |
| | 6..... I. Xochitl. | |
| <i>Tozontotli, 3 mes.</i> | | |
| | 7..... II. Cipactli..... | Vigilia de los ministros del templo |
| | 8..... III. Ehecatl. | todas las noches de este mes. |
| | 9..... IV. Calli. | |
| | 10..... V. Cuetzpalin. | |
| | 11..... VI. Coatl..... | Segunda fiesta de los dioses del |
| | 12..... VII. Miquistli. | agua, con sacrificios de niños y |
| | 13..... VIII. Mazatl. | oblaciones de flores. |
| | 14..... IX. Tochtli. | |
| | 15..... X. Atl. | |
| | 16..... XI. Itzcuintli. | |
| | 17..... XII. Ozomatli. | |
| | 18..... XIII. Malinalli. | |
| | 19..... I. ACATL..... | Fiesta de la diosa Coatlicue, con |
| | 20..... II. Ocelotl. | oblaciones de flores y procesion. |
| | 21..... III. Cuauhtli. | |
| | 22..... IV. Cozacauhtli. | |
| | 23..... V. Olin. | |
| | 24..... VI. Tecpatl. | |
| | 25..... VII. Quiahuitl. | |
| | 26..... VIII. Xochitl. | |
| <i>Huitozostli, 4 mes.</i> | | |
| | 27..... IX. Cipactli..... | Vigilia en los templos, y ayuno general. |
| | 28..... X. Ehecatl. | |
| | 29..... XI. Calli. | |
| | 30..... XII. Cuetzpalin..... | Fiesta de Centcotl, con sacrificios |
| Mayo | 1..... XIII. Coatl. | de victimas humanas y codornices. |
| | 2..... I. MIQUISTLI. | |
| | 3..... II. Mazatl. | |
| | 4..... III. Tochtli. | |
| | 5..... IV. Atl. | |
| | 6..... V. Itzcuintli..... | Convocacion solemne para la gran |
| | 7..... VI. Ozomatli. | fiesta del mes siguiente. |
| | 8..... VII. Malinalli. | |

| Días de nuestro calendario. | Día del calendario mexicano. | Fiestas. |
|-----------------------------|-------------------------------|---------------------------------|
| Mayo | 9..... VIII. Acañ. | |
| | 10..... IX. Ocelotl. | |
| | 11..... X. Cuauhtli. | |
| | 12..... XI. Cozacuauhtli..... | Ayuno preparatorio de la fiesta |
| | 13..... XII. Olin. | siguiente. |
| | 14..... XIII. Tecpatl. | |
| | 15..... J. QUILAHUITL. | |
| | 16..... II. Xochitl. | |

Toxcatl, 5 mes.

| | | |
|-------|----------------------------|---|
| | 17..... III. Ciepatti..... | La gran fiesta de Tezcatlipoca, con |
| | 18..... IV. Ehecatl. | solemne procesion de penitencia, |
| | 19..... V. Calli. | sacrificio de un prisionero, y |
| | 20..... VI. Cuetzpalin. | salida del templo de las doncellas. |
| | 21..... VII. Coatl. | |
| | 22..... VIII. Miquiztli. | |
| | 23..... IX. Mazatl. | |
| | 24..... X. Tochtli. | |
| | 25..... XI. Atl..... | Primera fiesta de Huitzilopochtli. |
| | 26..... XII. Itzcuinlti. | Sacrificios de victimas humanas |
| | 27..... XIII. Ozomatli. | y codornices. Se incensaban |
| | 28..... I. MALINALLI. | con <i>chayopotti</i> ó betun de Judea. |
| | 29..... II. Acatl. | Baile solemne del rey, de los |
| | 30..... III. Ocelotl. | sacerdotes y del pueblo. |
| | 31..... IV. Cuauhtli. | |
| Junio | 1..... V. Cozacuauhtli. | |
| | 2..... VI. Olin. | |
| | 3..... VII. Tecpatl. | |
| | 4..... VIII. Quilahuilt. | |
| | 5..... IX. Xochitl. | |

Etzacuauhtli, 6 mes.

| | | |
|--|------------------------------|---------------------------------------|
| | 6..... X. Ciepatti. | |
| | 7..... XI. Ehecatl. | |
| | 8..... XII. Calli..... | La tercera fiesta de los dioses del |
| | 9..... XIII. Cuetzpalin. | agua, con sacrificios y baile. |
| | 10..... I. Coatl. | |
| | 11..... II. Miquiztli. | |
| | 12..... III. Mazatl. | |
| | 13..... IV. Tochtli. | |
| | 14..... V. Atl. | |
| | 15..... VI. Itzcuinlti. | |
| | 16..... VII. Ozomatli. | |
| | 17..... VIII. Malinalli..... | Castigo de los sacerdotes negligentes |
| | 18..... IX. Acatl. | en el servicio del templo. |
| | 19..... X. Ocelotl. | |
| | 20..... XI. Cuauhtli. | |
| | 21..... XII. Cozacuauhtli. | |

| Días de nuestro calendario. | Días del calendario mexicano. | Fiestas. | |
|------------------------------|--------------------------------|-----------------------|--|
| Junio | 22..... | XIII. Olin. | |
| | 23..... | I. Tecpatl. | |
| | 24..... | II. Quiahuitl. | |
| | 25..... | III. Xochitl. | |
| | <i>Tecuilhuitontli, 7 mes.</i> | | |
| Julio | 26..... | IV. Cipactli. | |
| | 27..... | V. Ehecatl. | |
| | 28..... | VI. Calli. | |
| | 29..... | VII. Cuetzpalin. | |
| | 30..... | VIII. Coatl. | |
| | 1..... | IX. Mizquitli..... | Fiesta de Huixtocihuatl, con sacrificios de prisioneros, y baile de sacerdotes. |
| | 2..... | X. Mazatl. | |
| | 3..... | XI. Tochtl. | |
| | 4..... | XII. Atl. | |
| | 5..... | XIII. Itzcuintli. | |
| | 6..... | I. Ozomatli. | |
| | 7..... | II. Malinalli. | |
| | 8..... | III. Acatl. | |
| | 9..... | IV. Ocelotl. | |
| | 10..... | V. Cuauhli. | |
| 11..... | VI. Cozacacuauhtli. | | |
| 12..... | VII. Olin. | | |
| 13..... | VIII. Tecpatl. | | |
| 14..... | IX. Quiahuitl. | | |
| 15..... | X. Xochitl. | | |
| <i>Huixtocihuatl, 8 mes.</i> | | | |
| Agosto | 16..... | XI. Cipactli..... | Segunda fiesta de Centeotl, con sacrificio de una esclava, iluminación del templo baile y limosna. |
| | 17..... | XII. Ehecatl. | |
| | 18..... | XIII. Calli. | |
| | 19..... | I. CUETZPALIN. | |
| | 20..... | II. Coatl. | |
| | 21..... | III. Mizquitli. | |
| | 22..... | IV. Mazatl. | |
| | 23..... | V. Tochtl..... | Fiesta de Maculitochtl. |
| | 24..... | VI. Atl. | |
| | 25..... | VII. Itzcuintli. | |
| | 26..... | VIII. Ozomatli. | |
| | 27..... | IX. Malinalli. | |
| | 28..... | X. Acatl. | |
| | 29..... | XI. Ocelotl. | |
| | 30..... | XII. Cuauhli. | |
| | 31..... | XIII. Cozacacuauhtli. | |
| 1..... | I. Olin. | | |
| 2..... | II. Tecpatl. | | |
| 3..... | III. Quiahuitl. | | |
| 4..... | IV. Xochitl. | | |

| Dias de nuestro calendario. | Dias del calendario mexicano. | Fiestas. |
|-----------------------------|-------------------------------|--|
| <i>Tlazochimaco, 9 mes.</i> | | |
| Agosto | 5..... V. Cipactli..... | Fiesta de Macuilcipactli. |
| | 6..... VI. Ehecatl. | |
| | 7..... VII. Calli. | |
| | 8..... VIII. Cuetzpalin. | |
| | 9..... IX. Coatl. | |
| | 10..... X. Miquiztli..... | Segunda fiesta de Huitzilopochtli, |
| | 11..... XI. Mazatl. | con sacrificio de prisioneros, |
| | 12..... XII. Tochtli. | oblacion de flores, baile general, y banquete solemne. |
| | 13..... XIII. Atl. | |
| | 14..... I. ITZCUNTLL. | |
| | 15..... II. Ozomatli. | |
| | 16..... III. Malinalli. | |
| | 17..... IV. Acatl..... | Fiesta de Xacatzuctli, dios de los |
| | 18..... V. Ocelotl. | mercaderes, con sacrificios y banquetes. |
| | 19..... VI. Cuauhtli. | |
| | 20..... VII. Cozacacauhtli. | |
| | 21..... VIII. Olin. | |
| | 22..... IX. Tecpatl. | |
| | 23..... X. Quiahuitl. | |
| | 24..... XI. Xochitl. | |

Xocohuetzi, 10 mes.

| | | |
|-----------|-------------------------------|---|
| | 25..... XII. Cipactli..... | Fiesta de Xiuhtecuhtli, dios del fuego, con baile solemne y sacrificios de prisioneros. |
| | 26..... XIII. Ehecatl. | |
| | 27..... I. CALLI. | |
| | 28..... II. Cuetzpalin. | |
| | 29..... III. Coatl. | |
| | 30..... IV. Miquiztli. | |
| | 31..... V. Mazatl. | |
| Setiembre | 1..... VI. Tochtli. | |
| | 2..... VII. Atl. | |
| | 3..... VIII. Itzcuintli. | |
| | 4..... IX. Ozomatli. | |
| | 5..... X. Malinalli. | |
| | 6..... XI. Acatl. | |
| | 7..... XII. Ocelotl. | |
| | 8..... XIII. Cuauhtli. | |
| | 9..... I. COZCACUAUHTELL..... | Cesaban en estos cinco dias todas las fiestas. |
| | 10..... II. Olin. | |
| | 11..... III. Tecpatl. | |
| | 12..... IV. Quiahuitl. | |
| | 13..... V. Xochitl. | |

Ochpanitli, 11 mes.

| | | |
|--|---------------------------|--|
| | 14..... VI. Cipactli..... | Baile preparatorio de la fiesta siguiente. |
| | 15..... VII. Ehecatl. | |

| Días de nuestro calendario. | Días del calendario mexicano. | Fiestas. |
|-----------------------------|-------------------------------|---|
| Septiembre 16..... | VIII. Calli. | |
| 17..... | IX. Cuetzpalin. | |
| 18..... | X. Coatl. | |
| 19..... | XI. Miquiztli. | |
| 20..... | XII. Mazatl. | |
| 21..... | XIII. Tochtli. | |
| 22..... | I. Atl. | Fiesta de Tetcoinan, madre de los dioses, con sacrificio de una esclava. |
| 23..... | II. Itzcuintli. | |
| 24..... | III. Ozomatli. | |
| 25..... | IV. Malinalli. | |
| 26..... | V. Acatl. | |
| 27..... | VI. Ocelotl. | Tercera fiesta de la diosa Centeotl en el tiempo Xiuhcalco, con procesion y sacrificio. |
| 28..... | VII. Cuauhtli. | |
| 29..... | VIII. Cozacuauhtli. | |
| 30..... | IX. Olin. | |
| Octubre 1..... | X. Teepatl. | |
| 2..... | XI. Quauhuitl. | |
| 3..... | XII. Xochitl. | |

Teotleo, 12 mes.

| | | |
|---------|-------------------|---|
| 4..... | XIII. Cipactli. | |
| 5..... | I. Ehecatl. | |
| 6..... | II. Calli. | |
| 7..... | III. Cuetzpalin. | |
| 8..... | IV. Coatl. | |
| 9..... | V. Miquiztli. | |
| 10..... | VI. Mazatl. | |
| 11..... | VII. Tochtli. | |
| 12..... | VIII. Atl. | |
| 13..... | IX. Itzcuintli. | Fiesta de Chiucahuitzcuintli, Nahuatlilli y Centeotl, dioses de los lapidarios. |
| 14..... | X. Ozomatli. | |
| 15..... | XI. Malinalli. | |
| 16..... | XII. Acatl. | |
| 17..... | XIII. Ocelotl. | |
| 18..... | I. Cuauhtli. | |
| 19..... | II. Cozacuauhtli. | |
| 20..... | III. Olin. | Vigilia de la fiesta siguiente. |
| 21..... | IV. Teepatl. | Fiesta de la llegada de los dioses, con gran cena y sacrificios de prisioneros. |
| 22..... | V. Quauhuitl. | |
| 23..... | VI. Xochitl. | |

Tepehuilli, 13 mes.

| | | |
|---------|-----------------|--|
| 24..... | VII. Cipactli. | Fiesta de los dioses de los montes, con sacrificio de cuatro esclavas y un prisionero. |
| 25..... | VIII. Ehecatl. | |
| 26..... | IX. Calli. | |
| 27..... | X. Cuetzpalin. | Fiesta del dios Chochinco, con sacrificio de un prisionero. |
| 28..... | XI. Coatl. | |
| 29..... | XII. Miquiztli. | |

| Días de nuestro calendario. | Días del calendario mexicano. | Fiestas. |
|-----------------------------|-------------------------------|---|
| Octubre 30..... | XIII. Mazatl. | |
| 31..... | I. Tōcātli. | |
| Noviembre 1..... | II. Atl. | |
| 2..... | III. Itzcuintli. | |
| 3..... | IV. Ozomatli. | |
| 4..... | V. Malinalli..... | Fiesta de Centzonotochtli, dios del vino, con sacrificio de tres esclavos de tres pueblos diferentes. |
| 5..... | VI. Acatl. | |
| 6..... | VII. Ocelotl. | |
| 7..... | VIII. Cuauhtli. | |
| 8..... | IX. Cozcacuauhtli. | |
| 9..... | X. Olin. | |
| 10..... | XI. Teepatl. | |
| 11..... | XII. Quiahuitl. | |
| 12..... | XIII. Xochitl (1). | |

Quechollí, 14 mes.

| | | |
|------------------|---------------------|---|
| 13..... | I. Cipactli..... | Ayuno de cuatro días para la fiesta siguiente. |
| 14..... | II. Ehecatl. | |
| 15..... | III. Calli. | |
| 16..... | VI. Cuetzpalin..... | Fiesta de Mixcoatl, dios de la caza, |
| 17..... | V. Coatl. | Caza general, procesion y sacrificio de animales. |
| 18..... | VI. Miquiztli. | |
| 19..... | VII. Mazatl. | |
| 20..... | VIII. Tōcātli. | |
| 21..... | IX. Atl. | |
| 22..... | X. Itzcuintli. | |
| 23..... | XI. Ozomatli. | |
| 24..... | XII. Malinalli. | |
| 25..... | XIII. Acatl. | |
| 26..... | I. OCELOTL. | |
| 27..... | II. Cuauhtli. | |
| 28..... | III. Cozcacuauhtli. | |
| 29..... | IV. Olin..... | Fiesta de Tlamazincatl, con sacrificios de prisioneros. |
| 30..... | V. Teepatl. | |
| Diciembre 1..... | VI. Quiahuitl. | |
| 2..... | VII. Xochitl. | |

Panquetzaliztli, 15 mes.

| | | |
|--------|------------------|--|
| 3..... | VIII. Cipactli. | |
| 4..... | IX. Ehecatl..... | Tercera y principal fiesta de Huitzilopochtli y de sus compañeros. |
| 5..... | X. Calli. | |
| 6..... | XI. Cuetzpalin. | Ayuno rigoroso, procesion solemne, sacrificios de prisioneros y de codornices. Ceremonia de coover |
| 7..... | XII. Coatl. | la estátua de masa de aquel dios. |
| 8..... | XIII. Miquiztli. | |
| 9..... | I. MAZATL. | |

(1) Aquí termina el primer ciclo de 260 días, que comprende 20 períodos de 13 días cada uno.

| Días de nuestro calendario. | Días del calendario mexicano. | Fiestas. |
|-----------------------------|-------------------------------|----------|
| Diciembre 10..... | II. Tochtli. | |
| 11..... | III. Atl. | |
| 12..... | IV. Itzcuintli. | |
| 13..... | V. Ozomatli. | |
| 14..... | VI. Malinalli. | |
| 15..... | VII. Acatl. | |
| 16..... | VIII. Ocelotl. | |
| 17..... | IX. Cuauhtli. | |
| 18..... | X. Cozcacuauhtl. | |
| 19..... | XI. Olin. | |
| 20..... | XII. Tecpatl. | |
| 21..... | XIII. Quiahuitl. | |
| 22..... | I. Xocurril. | |

Atemoztli, 16 mes.

| | | |
|---------------|------------------------|--|
| 23..... | II. Cipactli. | |
| 24..... | III. Ehecatl. | |
| 25..... | VI. Calli. | |
| 26..... | V. Cuetzpalin. | |
| 27..... | VI. Coatl. | |
| 28..... | VII. Miquiztli. | |
| 29..... | VIII. Mazatl. | |
| 30..... | IX. Tochtli. | |
| 31..... | X. Atl. | |
| Enero. 1..... | XI. Itzcuintli. | |
| 2..... | XII. Ozomatli. | |
| 3..... | XIII. Malinalli. | |
| 4..... | I. Acatl. | |
| 5..... | II. Ocelotl. | |
| 6..... | III. Cuauhtli. | |
| 7..... | IV. Cozcacuauhtli..... | Ayuno de cuatro dias para la fiesta siguiente. |
| 8..... | V. Olin. | |
| 9..... | VI. Tecpatl. | |
| 10..... | VII. Quiahuitl. | |
| 11..... | VIII. Xochitl..... | Cuarta fiesta de los dioses del agua. |

Tzitzil, 17 mes.

| | | |
|---------|-------------------|---|
| 12..... | IX. Cipactli. | |
| 13..... | X. Ehecatl. | |
| 14..... | XI. Calli..... | Fiesta de la diosa Ilimatcuclli, con baile, y sacrificio de una esclava. |
| 15..... | XII. Cuetzpalin. | |
| 16..... | XIII. Coatl. | |
| 17..... | I. Miquiztli..... | Fiesta de Mictlantecuclli, dios del infierno, con sacrificio nocturno de un prisionero. |
| 18..... | II. Mazatl. | |
| 19..... | III. Tochtli. | |
| 20..... | IV. Atl. | |
| 21..... | V. Itzcuintli. | |

| Días de nuestro calendario. | Días del calendario mexicano. | Fiestas. |
|-----------------------------|-------------------------------|---|
| Enero | 22..... VI. Ozomatli..... | Segunda fiesta de Xacateuctli, dios de los mercaderes, con sacrificio de un prisionero. |
| | 23..... VII. Malinalli. | |
| | 24..... VIII. Acatl. | |
| | 25..... IX. Occlotl. | |
| | 26..... X. Cuauhtli. | |
| | 27..... XI. Cozacacuauhtli. | |
| | 28..... XII. Olin. | |
| | 29..... XIII. Tecpatl. | |
| | 30..... I. Quiahuitl. | |
| | 31..... II. Xochitl. | |

Izcalli, 18 mes.

| | | |
|---------|------------------------------|---|
| Febrero | 1..... III. Cipactli. | |
| | 2..... IV. Ehecatl. | |
| | 3..... V. Calli. | |
| | 4..... VI. Cuetzpalin. | |
| | 5..... VII. Coatl. | |
| | 6..... VIII. Miquiztli. | |
| | 7..... IX. Mazatl. | |
| | 8..... X. Tochtli. | |
| | 9..... XI. Atl. | |
| | 10..... XII. Itzomintli..... | Caza general para los sacrificios de la fiesta siguiente. |
| | 11..... XIII. Ozomatli. | |
| | 12..... I. MALINALLI. | |
| | 13..... II. Acatl. | |
| | 14..... III. Occlotl. | |
| | 15..... IV. Cuauhtli. | |
| | 16..... V. Cozacacuauhtli. | |
| | 17..... VI. Olin..... | Segunda fiesta de Xiuhctli, dios del fuego, con sacrificio de animales. |
| | 18..... VII. Tecpatl | |
| | 19..... VIII. Quiahuitl. | |
| | 20..... IX. Xochitl..... | Renovacion del fuego en las casas. |

Nemontémi, 6 dias inútiles.

| | | |
|---------|-------------------|--|
| 21..... | X. Cipactli..... | En estos cinco dias no habia fiestas de ninguna clase. |
| 22..... | XI Ehecatl. | |
| 23..... | XII Calli. | |
| 24..... | XIII. Cuetzpalin. | |
| 25..... | I. COATL. | |

El año siguiente, 2 Acatl empezaba en 2 Miquiztli, y los demas continuaban en el mismo orden.

ESPLICACION DE LAS FIGURAS OSCURAS.

FIGURAS DEL SIGLO MEXICANO.

En la rueda del siglo mexicano hay cuatro figuras repetidas trece veces, para significar, como ya he dicho, los cuatro períodos, llamados indicciones por algunos historiadores, de trece años cada uno, de que se componía el siglo. Las cuatro figuras son: 1.^a una cabeza de conejo, para representar á este cuadrúpedo: 2.^a una caña; 3.^a un cuchillo, ó punta de lanza, que representa el pedernal; 4.^a un trozo de edificio, que significa la caza. Empiezan á contarse los años del siglo desde el doblez superior de la sierpe, bajando hácia la izquierda. La primera figura con un punto denota I conejo; la segunda con dos, II caña; la tercera con tres, III pedernal; la cuarta con cuatro, IV casa; la quinta con cinco, V conejo, y así se sigue hasta el doblez de la mano izquierda: allí empieza el segundo período con la figura de la caña, y termina en el doblez inferior. En este empieza el tercer período &c.

FIGURAS DEL AÑO.

La primera figura es la del agua, esparsida sobre un edificio, para denotar el primer mes, cuyo nombre es *Acahualeo* ó

Atlahualteo, que significa cesacion del agua; porque en el mes de marzo cesan las lluvias en los países setentrionales, que es donde tuvo origen el calendario de los pueblos de Anáhuac. Llamábanlo tambien *Cuahuitlcua*, ó germinacion de los árboles, porque estos empiezan á echar hojas hácia aquel tiempo en los países fríos. Los Tlaxcaltecas llamaban á este mes *Gitomanitlitzli*, ó sea oblacion de las mazoras de maiz; porque en él ofrecian á sus dioses las del año anterior, para favorecer la siembra, que empezaba en aquella época en los países altos.

La figura del segundo mes parece á primera vista un pabello; pero yo creo que es mas bien una piel humana mal dibujada, para espresar lo que significa el nombre *Tlacaxipehualiztli*, que daban á este mes, y quiere decir *desollamiento de hombres*, con alusion al bárbaro rito de desollar las víctimas humanas en la fiesta del dios de los plateros. Los Tlaxcaltecas llamaban á este mes *Coaithuilli*, ó fiesta general, y lo representaban con la figura de una sierpe enroscada en torno de un abanico, y de un *ayucaxtli*.

Estos dos objetos son símbolos de los bailes que entónces se hacian, y la sierpe enroscada significa su generalidad.

La figura del tercer mes es la de un pájaro sobre una lanceta. La lanceta significa el derramamiento de sangre que hacian en las noches de este mes; pero no sabemos la significacion del pájaro.

El cuarto mes se representa con la figura de un pequeño edificio, sobre el cual se ven algunas hojas de junco, para significar la ceremonia que en este mes hacian de poner á las puertas de las casas juncos y otras yerbas, salpicadas con la sangre que se sacaban en honor de sus dioses.

Los Tlaxcaltecas representaban el mes tercero con una lanceta, para significar la penitencia; y el cuarto, con una lanceta mayor, para dar á entender que en él era mas rigorosa.

La figura del quinto mes es la de una cabeza humana con un collar, para representar las sartas de maiz tostado que se ponian al cuello, y con las cuales adornaban tambien al ídolo de Tezcatlipoca; por lo que el mes se llamó Toxcatl, como ya he dicho.

El sexto se representa con una olla, para denotar un manjar que entónces comian, y se llamaba *etzalli*; por lo que el mes se llamó Etzcalcaliztli.

Las dos figuras de los meses sétimo y octavo, parecen alusivas á los bailes que en ellos se hacian; y porque eran mayores los del octavo, es tambien mayor la figura correspondiente. Junto á estas figuras se ve la lanceta, símbolo de la penitencia con que se preparaban á aquella funcion. Los Tlaxcaltecas figuraban estos dos meses con dos cabezas de señores: la del mes *Tecuilhuiltonli*, ó fiesta pequeña, parece de joven, y la del *Hueicuilhuiltli*, ó fiesta grande, de un anciano.

Las figuras de los meses nono y décimo,

son significativas del luto de que se vestian, y del duelo que practicaban por los muertos; por lo cual el nono se llamó *Miccolhuiltli*, esto es, fiesta de muertos, y el décimo, *Hueicuilhuiltli*, esto es, fiesta grande de muertos: diferencia que se nota tambien en ser mayor la figura de éste que la de aquel. Los Tlaxcaltecas pintaban en ambos meses una calavera con dos huesos siendo mayor la del décimo mes.

La figura del mes undécimo es una escoba, símbolo de la ceremonia de barrer el templo, que se hacía entónces en todas partes; por cuya razon se llamó *Ocupeniztli*. Los Tlaxcaltecas pintaban una mano con la escoba.

La figura de los meses duodécimo y decimotercero, es la de una planta parásita, llamada por los mexicanos *pachtli*, que crece en este mes sobre las encinas. De ella tomó nombre el primero de estos dos meses; y como en el siguiente la planta está mas crecida, se representa en él de mayor tamaño, y el mes se llama *Hueiyachitli*. Estos nombres, aunque mas frecuentes entre los Tlaxcaltecas, eran tambien usados algunas veces por los mexicanos; pero yo he adoptado en la Historia los de *Teoteco* y *Tepehuiltli*, porque eran los que mas comunmente empleaban estos.

La figura del mes décimocuarto es muy semejante á la del segundo; pero no sabemos qué signifique. Los Tlaxcaltecas lo representaban con la figura del pájaro que nosotros llamamos *flamenco*, y los Mexicanos *quecholtli*; nombre que unos y otros impusieron al mes, por ser la estacion en que aquellas aves empiezan á dejarse ver en el lago.

La figura del mes décimoquinto es un pedazo del estandarte mexicano, para significar el que se llevaba en la solemnisima procesion de *Huitzilopochtli*, que se hacía en este mes. El nombre *Punguetzabiltli*,

con que se designaba, quiere decir *el acto de tremolar el estandarte*.

La figura del mes décimosesto es la del agua sobre una escalera, para denotar la bajada de las aguas, que es el sentido de la voz *Atemoztli*. Llamaban así á este mes, ó porque en él empiezan las lluvias en los países setentrionales, ó por la fiesta que se hacia entónces á los dioses de los montes y de las aguas, para obtener la lluvia oportuna.

La figura del mes décimosétimo es la de dos ó tres leños atados con una cuerda, y una mano que, tirando fuertemente de esta, aprieta los leños, para significar la compresion que en este tiempo ocasiona el frio; pues tal es el sentido de la voz *Titli*, nombre del mes. Los Tlaxcaltecas pintaban dos bastones.

La figura del mes décimooctavo es la cabeza de un cuadrúpedo sobre un altar, para significar los sacrificios de animales que se hacian en este mes al dios del fuego. Los Tlaxcaltecas pintaban un hombre que sostenia á un niño por la cabeza. Esta representacion da alguna verosimilitud á la interpretacion del nombre *Izcalli*, que, segun autores, es resucitado, ó nueva creacion.

La figura de la luna, que está en el centro de la rueda ó círculo del año, se ha copiado de una pintura mexicana, de la que se infiere que los antiguos indios sabian que la luna recibe su luz del sol.

He visto algunas ruedas del año mexicanos en que, despues de los diez y ocho meses, habia cinco puntos gruesos, para denotar los cinco dias *Nemontémi*.

FIGURAS DEL MES.

Los autores no están de acuerdo sobre la significacion de *Cipactli*, nombre del dia primero. Boturini dice que es una sierpe, Torquemada el pez espada, y Betan-

court el tiburon. En la única rueda del mes mexicano, publicada hasta ahora, que es la de Valadés, la figura del dia primero es muy semejante á la del lagarto del cuarto dia. Yo he colocado la cabeza del tiburon, adoptando la interpretacion de Betancourt.

El segundo dia se llama *Ehecatl*, viento, y se representa con una cabeza humana en actitud de soplar.

El tercer dia *Calli*, significa casa, y su representacion es un pequeño edificio.

El nombre del cuarto dia es *Cuotepalín*, lagartija, y su figura es la de este reptil. El quinto se llama *Cuatl*, serpiente, como lo denota su figura.

El sexto dia se llama *Miquiztli*, muerte, y se representa con una calavera.

El dia sétimo se llama *Mazatz*, ó ciervo, y se representa con la cabeza de este cuadrúpedo, como la del conejo figura el dia octavo, cuyo nombre es *Tochtli*.

El nono *Atl*, ó agua, se representa con la figura de este elemento.

El décimo se llama *Itzcuintli*, nombre de un cuadrúpedo mexicano semejante al perro, y se representa con la figura de aquel animal.

El undécimo se llama *Ozomatli*, mona, y la figura es la de este cuadrúpedo.

El duodécimo se llama *Molinilli*, nombre de cierta planta, cuya figura la representa.

El dia décimotercero se llama *Acatl*, ó caña, y la figura es la de esta planta.

El dia décimocuarto es *Ocelotl*, tigre, y el décimoquinto *Cauachtli*, águila, ámbas figuras corresponden.

El dia décimosesto es *Cocacauachtli*, nombre de un pájaro mexicano, descrito en el primer libro de esta Historia, y se representa con su figura, aunque imperfecta.

El décimosétimo es *Olin tonatiuh*, esto

es, movimiento del sol, y la figura es la de este planeta.

El décimo octavo es *Tecpall*, pedernal, y la figura es la punta de una lanza, que comunmente era de aquella piedra.

El día décimonoeno es *Quiahuitl*, lluvia, y la figura es una nube.

El día vigésimo es *Xochitl*, flor, y corresponde la figura.

En el centro de la rueda se ha colocado la figura del mes décimo quinto, para reduciría á un mes determinado.

FIGURAS DE CIUDADES.

La primera figura es la de un nopal sobre una piedra, símbolo de la ciudad de *Tenochtitlan*, ó México. El primero de estos dos nombres significa lugar donde está el nopal sobre la piedra, con alusión á lo que ya he dicho sobre la fundación de aquella gran ciudad.

La segunda figura es la que empleaban para significar *joya*. Chalco quiere decir *en la joya*. El P. Acosta dice que significa *en las bocas*; pero se engaña, pues el nombre mexicano de boca es *camatl*, y para expresar *en las bocas*, decían *camac*.

La tercera es la de la parte trasera de un hombre junto á una planta de junco, y la cuarta es la misma, junto á una flor, para simbolizar las ciudades *Tollantzinco* y *Xochitzinco*, cuyos nombres significaban *en el fin de los juncos* y *en el fin de las flores*. Casi todos los nombres de los pueblos que tienen la terminación en *zinco*, que son muchos, tienen una significación análoga, y se representan con semejantes figuras.

La figura quinta es la de una rama del árbol *Huaxin*, sobre una nariz, para representar la ciudad de *Huazyacac*, nombre compuesto de *Huaxin* y de *Yacatl*, que quiere decir *en la estremidad del árbol*. *Huaxin*. *Yacatl* es propiamente nariz; pe-

ro tambien se aplica á toda especie de estremidad. Así es como *Tepeyacac*, nombre de dos pueblos significa *en la punta del monte*.

En la figura sexta se vé una olla sobre tres piedras, como la ponen aun los indios para tenerla al fuego, y en la boca de la olla, la figura del agua, para representar la ciudad de *Atotonilco* (1), cuyo nombre significa *en el agua caliente* ó sea *lugar de los baños calientes*.

La figura sétima es la del agua, en que se ve un hombre con los brazos abiertos, en señal de alegría, para representar la ciudad de *Ahuizotpan*, llamada por los españoles Orizaba. El primero de estos dos nombres significa *en el agua del placer*, ó *en el rio alegre*.

La figura octava es también la del agua en una boca, para representar la ciudad de *Atenco* (2). Este nombre se compone de *Atl*, agua, y *tentli*, labio, ó orilla, ó márgen, con la proposición *co*, que equivale á *en*; por lo que *Atenco* quiere decir *en la orilla*, y todos los pueblos llamados así, están situados en la márgen de alguna corriente.

La figura nona es la de un espejo mexicano, para representar la ciudad de *Tehuillozocan*, que significa *lugar de espejos*.

La figura décima es la de una mano en actitud de contar por los dedos para representar al pueblo *Nepohualco*, que significa *lugar donde se cuenta* ó *lugar de la numeración*.

La figura undécima es la de un brazo que toma un pez, para representar la ciu-

(1) Había y en el día hay, muchos pueblos del mismo nombre de *Atotonilco*; pero el principal ha sido siempre el que está al norte de México, hácia *Tollantzinco*.

[2] Hay tambien muchos pueblos llamados *Atenco*; pero el mas notable es el que está cerca de *Texcoco*.

dad de *Michmaloyan*, que significa *lugar donde se toma el pez ó lugar de pesca*.

La figura duodécima es un trozo de edificio, con una cabeza de águila, para representar la ciudad de *Quashlinchan*, que significa *casa de águilas*.

La figura décimatercia es la de un monte, como lo representaban en sus pinturas los mexicanos, y encima un cuchillo, para representar la ciudad de *Tlaco-tepec*, que quiere decir *monte cortado*.

La figura décimacuarta es una flor, y sobre ella cinco puntos, de los que usaban para numerar desde uno hasta veinte. Así representaban el pueblo de *Macuít-xochitl*, que significa *cinco flores*. Este nombre se aplica tambien á un día del año, y probablemente el pueblo se llamó así por haber empezado á fundarse on aquel día.

La figura décimaquinta es la de un juego de balon para representar la ciudad *Tlatchco*, llamada *Tusco* por los españoles, cuyo nombre significa *el sitio en que se juega al balon*. Las dos figurillas redondas que se ven en medio son las dos piedras agnereadas que se ponian en el juego, para hacer pasar el balon por ellas. Habia dos pueblos llamados así.

La figura décimasesta representa el pueblo de *Tecobzauhtla*, cuyo nombre quiere decir *lugar que abunda en ocre*.

FIGURAS DE LOS REYES MEXICANOS.

Estas figuras no son retratos de reyes, sino símbolo de sus nombres. En todas se ve una cabeza coronada á la mexicana, y cada una tiene una señal distinta, para representar el rey significado en ella.

Acamapitzin, nombre del primer rey mexicano, significa *el que tiene cañas en el puño*, y esto mismo representa la figura.

Huitzililhuitt, segundo rey, significa *pluma del pájaro chupador*; y por esto se re-

presenta, aunque mal, aquel pájuro, con una pluma en el pico.

Quinalpopoca, tercer rey, quiere decir *escudo humeante*, y esto mismo indica la figura.

Itzcoatl, cuarto rey, significa *serpiente de itzli*, esto es, *armada con lanzetas ó navajas de la piedra itzli*, y á esto alude la figura.

Ihuicamina, sobrenombre de Moctezuma I, quinto rey de México, quiere decir *el que tira flechas al cielo*; y por esto se figura una flecha tirada hácia el cielo, como lo representaban las pinturas mexicanas.

Azayacatl, nombre del rey sexto, es el de una mosca del lago, y significa *rostro de agua*; por lo que la figura representa un rostro humano, sobre el cual se ve el dibujo de que usaban para representar el agua.

Tizoc, nombre del rey sétimo, quiere decir *agnereado*, y la figura representa una pierna con muchas heridas.

Akutzotl, nombre del rey octavo, es el de un cuadrúpedo anfíbio, de que ya hice mencion en el libro primero, y por esto se representa este animal, aunque de un modo incorrecto; y para dar á entender que vive en el agua, pusieron en su espalda, y en su cola, la figura de aquel elemento.

Moctezuma, nombre del rey nono, quiere decir *señor indignado*; mas no entiendo la figura.

Faltan las figuras de los dos últimos reyes, *Cuitalhuatzin* y *Cuauhtemotzin*: la del primero será probablemente un águila, como lo significa su nombre.

FIGURAS DEL DILUVIO Y DE LA CONFUSION DE LAS LENGUAS.

El agua significa el diluvio: la cabeza humana y la de ave, que se ven en el

agua, dan á entender el sumergimiento de los hombres y de los animales. La barca con un hombre dentro, representa la que sirvió para salvar del diluvio á un hombre y á una muger, á fin de conservar la especie humana en la tierra. La figura que se ve en uno de los ángulos, es la del monte Colhuacan, cerca del cual, segun decian los Mexicanos, desembarcaron el hombre y la muger que se salvaron del diluvio. En todas las pinturas mexicanas en que se hace alusion á aquel monte, se representa con aquella figura. El pájaro sobre el árbol, significa una paloma, que segun

sus tradiciones, comunicó el habla á los hombres que habian quedado mudos despues de aquella catástrofe. Las comas que salen del pico de la paloma, son figuras de los idiomas. Cada vez que en las pinturas mexicanas se simbolizan las lenguas, se hace uso de aquellas comas. La muchedumbre de ellas, denota el gran número de lenguages comunicados por la paloma. Los quince hombres que las reciben, denotan otras tantas familias, separadas del resto del género humano, las cuales fundaron las naciones de Anáhuac.

CARTA DE DON LORENZO HERVAS

AL AUTOR,

SOBRE EL CALENDARIO MEXICANO.

El Sr. Hovás, autor de la obra intitulada *Idea del Universo*, habiendo leído mis manuscritos, y habiendo hecho sobre el calendario mexicano algunas observaciones curiosas y eruditas, me las comunicó en la apreciable carta siguiente; que publico, omitiendo los elogios y los cumplimientos, porque creo que será agradable á los lectores.

“Por la obra de V. conozco con gran sentimiento mio, cuán deplorable es la falta de los documentos que sirvieron al célebre Dr. Sigüenza, para escribir su *Ciclografía*, y al caballero Boturini, para su *Idea de la Historia General de México*. Al mismo tiempo me confirmo mas y mas en la opinion de ser contemporáneo ó anterior al diluvio el uso del año solar, como pienso probarlo en el tomo XI de mi obra, donde inserto el *Viaje estático al mundo planetario*, y donde propongo sobre el calendario algunas reflexiones, que voy á insinuar, sometiéndolas al juicio de Vd.

“El arreglo del año y del siglo, como lo hacian los Mexicanos, denota una inteligencia superior á la que correspondia al estado de sus ciencias y de sus artes.

Fueron sin duda en este punto inferiores á los griegos y romanos; pero el ingenio que se descubre en su calendario, no cede al de las naciones mas ilustradas. Debemos, pues, conjeturar que no fué obra de los Mexicanos, sino de una nacion mas adelantada en la civilizacion; y pues esta no se halla en América, será preciso buscarla en otra parte, como en Asia ó en Egipto. Vd. mismo confirma esta suposicion cuando dice que los Mexicanos recibieron su calendario de los Toltecas, que procedian del Asia, los cuales, segun Boturini, tenian su año exactamente ajustado al curso del sol, mas de 100 años ántes de la era cristiana; y lo prueba tambien que otras naciones, como los Chiapanecas, usaron el mismo cómputo, sin otra diferencia que en las figuras.

“El año mexicano empezaba el 26 de febrero, dia célebre en la era de Nabonasar, la cual fué fijada por los sacerdotes egipcios, 747 años ántes de la era cristiana; pues al medio dia de aquel mismo dia correspondia el principio del mes Toth. Ahora bien, si aquellos sacerdotes fijaron aquel dia en la época, porque era célebre

en Egipto (1), tenemos el calendario mexicano conforme al egipcio. Mas esta misma conformidad se prueba con otras muchas razones. Del calendario egipcio dice Herodoto, que se arregló dando al año 12 meses de 30 dias, y añadiendo cinco dias á cada año, á fin de que volviese á empezar el círculo anual; que los principales dioses de Egipto eran doce, y que cada mes estaba bajo el patrocinio ó tutela de uno de ellos. Los Mexicanos añadían tambien cinco dias cada año, que eran los que llamaban *Nemontémi*, ó inútiles, porque en ellos no trabajaban. Plutarco dice que en aquellos dias celebraban los egipcios el nacimiento de sus dioses.

“Es cierto que los Mexicanos dividían su año en 18 meses, no ya en 12 como los egipcios; pero habiendo dado al mes el nombre de *monthi*, ó luna, como Vd. observa, parece innegable que su antiguo mes fué lunar, como el de los egipcios y el de los chinos, verificándose en el mes mexicano lo que la Sagrada Escritura dice: *A luna signum dici festi... mensis secundum nomen ejus*. Así que, habiendo recibido la division lunar de sus abuelos, la alteraron despues por algunos fines particulares. Vd. afirma en su Historia, con el apoyo de Boturini, que los Mixtecos tenían el año de 13 meses, cuyo número era sagrado en el calendario mexicano, por ser 13 sus divinidades principales: por la misma razon era sagrado el número 12 entre los egipcios.

“Es admirable en el calendario mexicano el uso de los símbolos, el de los periodos de los años meses y dias. En cuanto á los periodos, creo que podría decirse que el de 5 dias era su semana civil;

y el de 13 la religiosa. Del mismo modo, el de 20 dias pudo haber sido el mes civil; el de 26, el religioso, y el de 30, el lunar y astronómico. En el siglo puede creerse que el periodo de cuatro años seria el civil, y el de 13 el religioso. Con la multiplicacion de estos dos periodos, tenían el siglo de 52 años y doblando este, la edad de 104 años. En todo esto se nota un amaño no menos admirable que el de nuestros ciclos é indicciones. El periodo de semanas civiles se comprendía perfectamente en el mes civil y en el astronómico: este tenia 6, aquel 4, y el año contenía 70 semanas completas. En esta parte el calendario mexicano era superior al nuestro; pues nuestras semanas no se comprenden exactamente en el mes, ni en el año. El periodo de semanas religiosas se contenía dos veces en el mes religioso, y 28 veces en el año; pero en este adelantaba un dia, como sucede con nuestras semanas. De los periodos de 13 dias multiplicados por los 20 caracteres del mes, resultaba el ciclo de 260 dias de que Vd. hace mención; pero como el año solar, despues de las 28 semanas religiosas, adelantaba un dia, resultaba igualmente otro ciclo de 260 años, de tal modo que los Mexicanos podían conocer qué año era, con saber por qué dia empezaba. El periodo de los meses civiles multiplicado por el número de las dias, esto es, 18 por 20; y el periodo de los meses lunares multiplicado tambien por los dias, esto es, 12 por 30, dan el mismo producto, 360: número tan inmemorial entre los Mexicanos, como entre otras naciones cultas y antiguas: número que desde los tiempos mas remotos es importantísimo en la geometría y en la astronomía, por su relacion con el círculo, que se divide en 360 grados, 6 partes iguales. En ninguna nacion del mundo

(1) El 26 de febrero comenzaba propiamente el año segun el meridiano de Alejandria.

hay nada semejante á este claro y admirable modo de computar el tiempo. Del pequeño período de 4 años, multiplicado por el dicho ciclo de 260 años, resulta otro maravilloso ciclo de 1040 años. Los Mexicanos combinaban el pequeño período de 4 años con la *semana de 13 años*, de que resultaba su siglo de 52 años; y así, con las cuatro figuras que indicaban el período de 4 años, tenían, como nosotros, con las letras dominicales, un período que excede al nuestro, pues este es de 28 años, y aquel de 52; el suyo era perpetuo, y el nuestro en los años gregorianos no lo es. Tanta variedad y sencillez de períodos de semanas, meses, años y ciclos, es ciertamente digno de admiración: tanto más, cuanto que se descubren á primera vista sus diversas relaciones con fines determinados; pues, como dice Boturini,—aquel calendario era de cuatro especies: natural para la agricultura, cronológico para la historia, ritual para las fiestas, y astronómico con respecto al curso de los astros, y el año era luni-solar.—Este año, si no lo ponemos al concluir tres edades mexicanas, no lo encuentro, á pesar de los muchos cálculos que he hecho.

El mismo Boturini determina, en virtud de las pinturas mexicanas, el año de la confusión de las lenguas, y los años de la creación del mundo, cuya determinación no debe parecer difícil; pues notándose en aquellas pinturas los eclipses, no hay duda que por ellos puede calcularse la verdadera época de la cronología, como el P. Soucier infiere la de los chinos, por el eclipse solar que fijó en el año 2135 ántes de la era cristiana. Un eclipse bien circunstanciado, como lo prueba el P. Briga Romagnoli, puede dar luz para fijar la época de la cronología, en el espacio de 20,000 años; y si bien es cierto que las pinturas mexicanas no indican exactamente las circuns-

tancias de los eclipses, esta falta se suple con el número de ellos que señalan. Por esto los señores Mexicanos, que conservan un gran número de pinturas, podrían sacar grandes ventajas de ellas para el estudio de la cronología.

Con respecto á los símbolos de los meses y años mexicanos, se descubren ideas totalmente conformes á las de los antiguos egipcios. Distinguan estos, como se ve en sus monumentos, cada mes, ó parte del Zodiaco en que estaba el sol, con figuras características de lo que sucedía en cada estación del año. Por esto vemos los signos de Aries, Tauro y las dos cabrillas, que después fué Géminis, en los meses en que nacían aquellos animales; Cancer, Leon y Virgo con espiga, en los meses en que el sol retrocede como el cangrejo, en que el calor aumenta, y en que se hace la cosecha; los signos de Escorpión (que en la esfera egipcia ocupaba el espacio que hoy ocupa libra) y Sagitario, en los meses de enfermedades venenosas, y de caza; y últimamente, los signos de Capricornio, Acuario y Piscis, en los meses en que el sol retrocede hácia nosotros, en que llueve mucho, y en que empieza la pesca. Ideas son estas muy semejantes á las que los Mexicanos acomodaron á su clima.

Llamaban *cahuilco*, esto es, cesación de aguas, al primero de sus meses, que empezaba el 26 de febrero, y lo simbolizaban con una casa, y sobre ella la figura del agua. Le daban también el nombre *Ciahuilchua*, germinación ó movimiento de los árboles. Tenían, pues, para el primer mes dos nombres: el primero de los cuales no convenia á su clima, en el cual las aguas cesan por octubre; pero conviene á los campos de Sanaar, y á los países del Norte de América, en que habian estado sus progenitores, y de aquí se infiere

el antiquísimo origen del nombre. El segundo, *Cachuilchua*, conviene con la palabra *Kinath*, usada por Job para significar las Pleyades, que en su tiempo anunciaban la primavera, época de la germinación.

El símbolo del segundo mes era un pabellón: lo que indica el gran calor que se siente en México por abril, antes de empezar las lluvias de mayo. El símbolo del mes décimoséptimo era unos leños atados con una cuerda, y una mano que la tiraba, queriendo significar cuánto comprime el frío en enero, que es el mes correspondiente, y á esto alude el nombre que se le daba de *Tíritl*. La constelación *Kesil*, de que Job habla para significar el invierno, significa en su raíz árabe *Kesol*, estar frío y atormentado, y en el texto de Job se lee así: "¿Podrás tú romper las cuerdas ó ligaduras de Kesil?"

"Y ahora, prescindiendo de la clara conformidad que los símbolos y expresiones mexicanas de primavera y de invierno tienen con las de Job, que, á mi entender, floreció poco tiempo después del diluvio, nótese como dichos símbolos, que son verdaderamente excelentes para mantener invariable el año, demuestran el uso de los años intercalares de los Mexicanos; porque de lo contrario se vería que en el espacio de dos siglos, el símbolo del mes del frío vendría á caer en el mes del calor. Así pues, si de las pinturas mexicanas se infiere que en ellas se notaba la conquista de México en el nono mes llamado *Tlaxoclimaco*, también se inferirá de ellas haber estado en uso los días intercalares. Lo mismo se deducirá, viendo que los Mexicanos en la entrada de los españoles conservaban aquel orden de meses, que según la significación de sus nombres, convenia á las estaciones del año, y á los productos de la tierra. Para conocer además como

arreglaban los Mexicanos los años bisiestos, y si su año era justo, debería examinarse y compararse algún gran suceso que hubiese sido conocido en el antiguo y en el nuevo mundo. Vd. fija, por ejemplo, la muerte de Moctezuma en 29 de junio de 1520. Si las pinturas mexicanas fijan este mismo suceso en el día séptimo *cutzapalin* del séptimo mes, se inferirá que su año era justo, y que los bisiestos se intercalaban de cuatro en cuatro años: si correspondía al día cuarto *cipaactli*, será señal de que el año era justo, y que los bisiestos se contaban después del siglo: si correspondía al séptimo *cozauacatl*, se inferirá que sus bisiestos se contaban después del siglo, y que su año era tan errado como lo era el nuestro en la misma época. El ejemplo propuesto se apoya en el calendario que Vd. pone al fin del tomo II, lo que ha hecho para mayor claridad; pero si se tratara de hacer el cálculo con exactitud, debería tenerse presente que el calendario de Vd. corresponde al año I del siglo mexicano, y que el año 1520 corresponde al año XIV de dicho siglo, de modo que el orden de los días es diferente.

Últimamente, el símbolo que Vd. pone para significar el siglo mexicano, es el mismo que tenían los egipcios y los caldeos. En el símbolo mexicano se ve el sol, medio eclipsado por la luna, circundado de una serpiente, que forma cuatro nudos, y abraza los cuatro periodos de trece años: esta misma idea es antiquísima en el mundo, para representar el curso periódico y anual del sol. En la astronomía vemos que los puntos en que sucedera los eclipses, como observa el P. Briga Romagnoli, se llaman de tiempo inmemorial *cabeza y cola de dragon*. Los chinos, con ideas falsas, pero análogas á esta alusión, creen que en los eclipses hay un dragon que procura tragar al sol. Los egipcios

convienen mas particularmente con los mexicanos, porque para simbolizar el sol usaban un circulo con una ó dos serpientes: aun mas convienen los antiguos persas, entre los cuales, el *Mitra*, que era el sol, adorado por griegos y romanos, se simbolizaba con el sol y con la serpiente, y el P. Montfaucon cita en sus *Antigüedades* un monumento en que se ve una serpiente que con sus giros en torno del *Zodiaco*, lo corta en diferentes partes. En vista de estos innegables ejemplos, permítame Vd. hacer una reflexión que erco convincente: no hay duda que el símbolo de la serpiente es una cosa totalmente arbitraria para representar el sol, con el cual no tiene ninguna relacion física; ¿por qué, pues, tantas naciones dispersas, y de las cuales muchas no han tenido entre sí el menor punto de contacto, sino en los primeros siglos despues del diluvio, han convenido en usar un mismo símbolo tan arbitrario, y han querido significar con él el mismo objeto? El hallar la palabra *sarco* en las lenguas hebrea, griega, teutónica, latina, &c., nos obliga á creer que pertenece á la lengua primitiva de los hombres despues del diluvio; y al ver que los Mexicanos, los persas, los antiguos egipcios y los chinos adoptan el mismo emblema para representar el sol y su curso, ¿no hemos de ver en esta figura su verdadera época, que es el tiempo de Noé, ó el de los primeros hombres despues del diluvio?

Esta consecuencia se confirma por el calendario chiapaneca, que es todo mexicano, en el cual, segun el Sr. Nuñez de la Vega, obispo de Chiapas, en su *Proemio á las Constituciones Sinodales*, se pone por primer símbolo ó nombre del primer año del siglo, el de un cierto Votan, sobrino de otro del mismo nombre, que fué el que construyó una muralla hasta el ciclo, y dió á los hombres los idiomas que ahora hablan.

Hé aquí el calendario mexicano, con un hecho claramente relativo á la torre de Babel, y á la confusion de las lenguas. Otras muchas reflexiones podrian hacerse sobre los hermosos documentos que Vd. publica, &c.

Cesena, 31 de Julio de 1780."

Hasta aquí la carta del Sr. Hervás. Pero sea cual fuere el uso del año solar entre los primeros hombres, cuestion de que prosiendo, no puedo persuadirme que los Mexicanos ó los Toltecas recibiesen su calendario de ninguna nacion del antiguo continente.

¿Quién les enseñó la edad de 104, el siglo de 52, el año de 18 meses, los meses de 20 días, los periodos de 13 años y de 13 días, el ciclo de 260 días, y sobre todo, los 13 días intercalares, con que ajustaban su cómputo anual al curso del sol? Los egipcios, que fueron los mejores astrónomos de aquellos remotos tiempos, no adoptaron ninguna correccion intercalar para remediar el retardo anual del sol de cerca de 6 horas. Ahora bien, si los Toltecas conocieron por sí mismos esta circunstancia, no es extraño que conociesen otras menos prolijas y difíciles. El mismo Boturini, en cuyo testimonio se apoya el Sr. Hervás, dice espresamente, fundándose en los anales toltecas, que vió él mismo, que habiendo observado aquellos astrónomos, en su patria Huchuetlapalan, país setentrional de América, el exceso de cerca de 6 horas del año solar con respecto al civil de que usaban, corrigieron esta diferencia, introduciendo los días intercalares, ciento y mas años ántes de la era cristiana. Por lo que respecta á la analogía entre Mexicanos y egipcios, hablaré de esto en las *Disertaciones*.

ADVERTENCIA DEL AUTOR

SOBRE LA OBRA

INTITULADA "CARTAS AMERICANAS."

ALGUNAS de las reflexiones del Sr. Hervás, se hallan en las *Cartas Americanas*, obra moderada y llena de erudición, publicada en el *Almacén Literario de Florencia*, y que llegó á mis manos cuando estaban en prensa los últimos pliegos de este volúmen. El autor, en la impugnación que hace de los despropósitos de Mr. de Paw, da una idea verdadera, aunque no completa, de la cultura de los Mexicanos; generalmente raciocina bien sobre sus costumbres, usos, artes, y especialmente sobre sus conocimientos astronómicos; espone su calendario y su ciclo, y en todo esto los confronta con los antiguos egipcios, como hizo en el siglo pasado el doctísimo Mexicano Sigüenza, para probar su conformidad, y la antigüedad de la población de América. Al recorrer estas Cartas he tenido el placer de ver ilustradas algunas de mis opiniones; pero he encontrado algunos errores, ademas de cier-

tos rasgos injuriosos á la nacion española, é impropios de un literato honrado é imparcial. Casi todos los nombres mexicanos están aliterados, y tan desfigurados, que ni aun yo puedo entenderlos, con ser tan práctico en aquella lengua y en aquella historia. A veces se ve el nombre de un rey en lugar del de un pueblo, como cuando dice la *ciudad de Quinalpopoca*, hablando de la pintara IV de la *Colección de Mendoza*, &c.

En la carta IX de la segunda parte, en que habla del año mexicano, cita el autor á Gemelli, y le echa injustamente en cara un error. Dice Gemelli, que el año mexicano del principio del siglo, empezaba á 10 de abril; pero que cada cuatro años se anticipaba un día, por causa de nuestro bisiesto: así que, al fin de cuatro años, empezaba á 9 del mismo mes: á los ocho años, en 8; y así se anticipaba por el mismo órden hasta el fin del siglo, en que

por la interposicion de los 13 días intercalares, omitidos en el curso de este, volvía el año á empezar á 10 de abril. "Esta, dice el autor de las Cartas, es una manifiesta contradiccion, porque el año, despues de los cuatro, debería empezar á los 11, y no á los 9, y así de cuatro en cuatro años debería crecer un día; en cuyo caso era superflua la correccion de los 13 días despues de los 52 años; ó bien, admitido el retroceso de un día en cada cuatro años, la diferencia del año sidereal al término del ciclo, hubiera sido doble, es decir, de 26 días."

Yo me maravillo que un literato que parece buen calculador, se haya equivocado en una cuenta tan sencilla. El año 1506 fué secular para los Mexicanos. Ahora, para mayor claridad, supongamos que su año empezaba, como el nuestro, en 19 de enero. Este primer año del siglo mexicano, compuesto, como el nuestro, de 365 días, terminó, como el nuestro, en 31 de diciembre, y lo mismo el año segundo, correspondiente á 1507; pero el 1508 debió terminar en el calendario mexicano un día ántes que el nuestro, porque este, como bisiesto, tuvo 366 días, y el mexicano no pasó de 365. Con que el año IV de aquel siglo mexicano, correspondiente al 1509, debió empezar un día ántes que el nuestro, esto es, en 31 de diciembre de 1508. Igualmente el año VIII, correspondiente al 1513, debió empezar el 30 de diciembre de 1512, por la misma razon de haber sido bisiesto. El año XII, correspondiente á 1517, debió empezar en 29 de diciembre de 1516; y así hasta el 1557, último de aquel siglo mexicano, en el cual su año debió anticiparse tantos años al nuestro, cuantos habian sido los años bisiestos. En 52 años hay 13 bisiestos; luego el último año del siglo debía anticiparse 13 días, y no

26, al nuestro. No era, pues, superflua la interposicion de los 13 días, terminado el siglo, para ajustar el año al curso solar. En lo que erró Gemelli fué en decir que el año mexicano empezaba á 10 de abril; pues empezaba, como tantas veces he dicho, á 26 de febrero. El autor de las Cartas eró que los Mexicanos empezaban el año en el equinoccio de primavera; y yo soy de la misma opinion con respecto al año astronómico, aunque no me atrevo á decirlo con seguridad, porque no lo sé. Los antiguos historiadores españoles de México no eran astrónomos, y en sus escritos no cuidaron tanto de esponer los progresos de los Mexicanos en las ciencias, cuanto sus ritos supersticiosos. La *Ciclografía Mexicana* compuesta por el gran astrónomo Sigüenza, despues de un diligente estudio de las pinturas mexicanas, y de muchos cálculos de eclipses y de cometas señalados en las pinturas, no ha llegado á nosotros.

No puedo perdonar al autor de las Cartas el agravio que hace á aquel gran Mexicano en la Carta 3 del tomo 2, cuando discurre sobre la pirámide de Teotihuacan segun los datos que Gemelli le suministra. "Carlos Sigüenza, dice, opina que aquellos edificios son anteriores al diluvio." No es así. ¿Cómo podia ser de esta opinion Sigüenza, que eró que la poblacion de América es posterior á la confusion de las lenguas, y que sus primeros pobladores descendian de Nophtuin, biznieto de Noé, como asegura Botarini, que vió algunas obras de aquel escritor? El mismo Gemelli, citado por el autor de las Cartas, lo contradice espresamente en el tomo VI, lib. II, cap. 8. "Ningun historiador indio, dice aquel viajero, ha sabido investigar el tiempo de la ereccion de las pirámides de América; pero D. Car-

los Sigüenza las eré antiquísimas y poco posteriores al diluvio." Tampoco es esto explicar con exactitud el parecer de Sigüenza; pues el Dr. Eguiana, hablando en la Biblioteca Mexicana de las obras de este escritor, y sobre todo de la que escribió sobre la población de América, dice que en ella fija la primera población

de aquel Nuevo-Mundo *paulo post babilonicam confusionem*; que es algo después de lo que indica Gemelli.

En cuanto á otros puntos más importantes discutidos en las Cartas, hablaré de ellos en mis Disertaciones, conviniendo en parte, y en parte separándome de las opiniones de aquel autor.



INDICE.

| | |
|---|------------|
| A la Universidad de estudios de México..... | Páginas. V |
| Prefacio | VII |

LIBRO PRIMERO.

| | |
|--|----|
| Descripción del país de Anáhuac, ó breve relación de la tierra, del clima, de los montes, de los ríos, de los lagos, de los minerales, de las plantas, de los animales y de los hombres del antiguo reino de México..... | 11 |
|--|----|

LIBRO SEGUNDO.

| | |
|---|----|
| De los Toltecas, de los Chichimecas, de los Acolhuas, de los Olmecas, y de las otras naciones que habitaron la tierra de Anáhuac antes de los Mexicanos. Salida de los Aztecas, ó Mexicanos, del país de Aztlan, su patria; sucesos de su peregrinación hasta el país de Anáhuac, y su establecimiento en Chapultepec y Colhuacan. Fundación de México y de Tlatelolco. Sacrificio inhumano de una doncella Colhua..... | 67 |
|---|----|

LIBRO TERCERO.

| | |
|---|----|
| Fundación de la monarquía mexicana; sucesos de los Mexicanos bajo sus cuatro primeros reyes, hasta la derrota de los Tepanecas y la conquista de Azcapotzalco. Proezas y acciones ilustres de Moctezuma Ilhuicamina. Gobierno y muerte de Techtotlā, quinto rey chichimeca. Revoluciones del reino de Acolhuacan. Muerte del rey Ixtlixochitl y de los tiranos Tezozomoc y Maxtlaton..... | 97 |
|---|----|

LIBRO CUARTO.

| | Páginas. |
|--|----------|
| Restablecimiento de la familia real de los Chichimecas en el trono de Acolhuacan. | |
| Fundacion de la monarquia de Tacuba. Triple alianza de los reyes de México, de Tacuba y de Acolhuacan. Conquistas y muerte del rey Itzcoatl. Conquistas y sucesos de los Mexicanos en los reinados de Moctezuma I y Axayacatl. | |
| Guerra entre México y Tlateloleo. Conquista de Tlateloleo, y muerte de su rey Moquihuix. Gobierno, muerte y elogio de Nezahualcoyotl, y exaltacion al trono de su hijo Nezahualpilli..... | 126 |

LIBRO QUINTO.

| | |
|---|-----|
| Sucesos de Moctezuma II, nono rey de México, hasta el año de 1519. Noticias de su vida, de su gobierno, y de la magnificencia de sus palacios, jardines y bosques. Guerra de Tlaxcala, y sucesos de Tlahuicole, capitán tlaxcalteca. Muerte y elogio de Nezahualpilli, rey de Acolhuacan, y nuevas revoluciones de aquel reino. Presagios de la llegada y de la conquista de los españoles..... | 152 |
|---|-----|

LIBRO SESTO.

| | |
|---|-----|
| Religion de los Mexicanos, esto es, sus dioses, templos, sacerdotes, sacrificios y oblacones; sus ayunos, y su austeridad; su cronologia, calendario y fiestas; sus ritos en el nacimiento, en el casamiento y en las exéquias..... | 176 |
|---|-----|

LIBRO SÉTIMO.

| | |
|---|-----|
| Gobierno político, militar y económico de los Mexicanos, esto es, el rey, los señores, los electores, los embajadores, las dignidades y los magistrados; los jueces, leyes, juicios y penas; milicia, agricultura, caza, pesca y comercio; juegos, tragos, alimentos y muebles; idioma, poesia, música y baile; medicina, historia y pintura; escultura, fundicion y mosaicos; arquitectura, y otras artes de aquella nacion..... | 291 |
|---|-----|

ADICIONES NECESARIAS

PARA LA

INTELEGENCIA DE LA HISTORIA.

| | Páginas. |
|---|----------|
| El siglo mexicano..... | 304 |
| Años mexicanos, desde la fundacion hasta la conquista de México, con la correspondencia de los de nuestro calendario..... | 305 |
| Calendario mexicano del año I Tochtli, primero del siglo..... | 309 |
| Explicacion de las figuras oscuras..... | 318 |
| Carta de D. Lorenzo Hervás al autor, sobre el calendario mexicano..... | 324 |
| Advertencia del autor sobre la obra intitulada "Cartas Americanas"..... | 339 |



HISTORIA ANTIGUA

—DE—

MEXICO Y DE SU CONQUISTA

sacada de los mejores historiadores españoles, y de los manuscritos
y pinturas antiguas de los indios:

DIVIDIDA EN DIEZ LIBROS

ILUSTRADA CON DIBUJACIONES

SOBRE LA TIERRA, LOS ANIMALES Y LOS HABITANTES DE MEXICO

ESCRITA

POR D. FRANCISCO J. CLAVIGERO

Y TRADUCIDA DEL ITALIANO

POR D. JOAQUIN DE MORA.



JALAPA: 1868.

TIPOGRAFIA DE AGUSTIN RUIZ.

Calle 2.ª de Zaragoza, núm. 167.

HISTORIA ANTIGUA DE MEXICO.

LIBRO OCTAVO.

Llegada de los españoles á las costas de Anáhuac. Inquietudes, embajadas y regalos del rey Moctezuma. Confederación de los españoles con los toltonacas; su guerra y alianza con los tlaxcaltecas; su severidad con los cholultecas, y su solemnidad en México. Noticia de la célebre india Doña Marina. Fundación de Veracruz, primera colonia de los españoles.

PRIMEROS VIAJES DE LOS ESPAÑOLES A LAS COSTAS DE ANAHUAC.

Los españoles, que en el año de 1492 habían descubierto el Nuevo-Mundo, guiados por el famoso genoves Cristóbal Colon, y sometido en pocos años á la corona de Castilla las principales islas Antillas, salian de ellas con frecuencia para descubrir nuevos países, y para cambiar las bujerías de Europa por el oro americano. Entre otros zarpó el año de 1517 del puerto de Ajaruco (hoy Habana) Francisco Hernandez de Córdoba, con ciento diez soldados, y dirigiéndose hacia Poniente, por consejo de Antonio de Alaminos, uno de los mas expertos y famosos pilotos de aquel tiempo, y doblando despues hacia

el Sur descubrió á principios de marzo el cabo oriental de la península de Yucatan, que llamó Cabo Cotoche. Costearon los españoles una parte de aquel país, admirando los bellos edificios y altas torres que descubrian desde el mar (1), y los trages de diversos colores que usaban los indios: objetos que hasta entónces no habian visto

(1) Robertson dice que los españoles "pusieron pié en tierra, ó internándose en el país de Yucatan, observaron con admiración grandes casas de piedra." Así habla del viaje de Hernandez; pero pocas páginas ántes, hablando del de Grijalva, dice así: "Habia muchos pueblos esparidos por la costa, en la que vieron los españoles casas de piedra, que á cier-

en el Nuevo-Mundo. No menos se maravillaban los yucatecos de la forma, del tamaño y del aparato de sus buques. En dos puntos en que se desembarcaron los españoles, tuvieron dos encuentros con los indios; y en ellos, y en otras desgracias que les sobrevinieron, perdieron la mitad de sus soldados, y el mismo capitán recibió doce heridas, que en pocos días le ocasionaron la muerte. Regresaron apresuradamente á Cuba, y encendieron, con su relacion y con algun oro que trajeron por muestra, robado en un templo de Yucatan, la codicia de Diego Velazquez, uno de los conquistadores, y á la sazón gobernador de aquella isla; de modo que el año siguiente envió á su pariente Juan de Grijalva con cuatro buques, y doscientos cuarenta soldados. Este comandante, despues de haber reconocido la isla de Cozumel distante pocas millas de la costa oriental de Yucatan, costeó todo el pais que media

ta distancia parecían blancas y soberbias. En el calor de la imaginacion se figuraron que eran ciudades adornadas con torres y cúpulas." Entre todos los historiadores de México que he leído, no he hallado uno que diga que los españoles se imaginaron ver cúpulas en Yucatan. Esto ha salido de la cabeza de Robertson, y no de la de los españoles. Estos creyeron ver torres y casas grandes, como en efecto las vieron; porque los templos de Yucatan, como los de Anáhuac, estaban fabricados á guisa de torres, y algunos eran muy altos. Bernal Díaz, escritor sincerísimo, y testigo ocular de cuanto ocurrió á los españoles en los primeros viajes á Yucatan, cuando habla del desembarco que hicieron en la costa de Campeche, dice así: "Nos condujeron los indios á ciertas casas muy grandes y bien edificadas de piedra y cal." Así que, no solo vieron de lejos los edificios; sino tan de cerca, como que entraron en ellos. Siendo tan común en aquellos pueblos el uso de la cal, no es extraño que se sirviesen de ella para blanquear las casas. Véase lo que digo acerca de esto en el libro VII de mi Historia. Lo que ya no puedo entender, es que una casa que no está blanqueada, pueda aparecer blanca desde lejos.

hasta el río Pánuco, cambiando cuentas de vidrio y otras bagatelas, con el oro que tanta ansiaba, y con los víveres de que tenían gran necesidad.

Cuando llegaron á la isllita que llamaron San Juan de Ulúa (1), distante poco mas de una milla de la costa de Chalchihuecan, los gobernadores mexicanos, atónitos al ver buques tan grandes, y hombres de tan estraña figura y traje, consultaron entre sí lo que debían hacer, y decidieron ir en persona á la corte, para dar cuenta al rey de una novedad tan extraordinaria; y á fin de darle ideas mas exactas, hicieron representar por sus pintores los buques, la artillería, las armas, la ropa y el aspecto de aquella nueva gente, y sin tardanza partieron á la capital, y espusieron verbalmente al rey lo ocurrido, presentándole las pinturas, y algunas cuentas de vidrio que los españoles les habian dado. Turbóse Moctezuma al oír aquellas nuevas; y para no precipitar su resolucion en negocio tan grave, consultó con Cacamatzin, rey de Acolhuacan, su sobrino, con Cuiclahuatzin, señor de Iztapalapan, su hermano, y con otros doce personajes, sus consejeros ordinarios. Despues de una larga conferencia, fué opinion de todos, que el que se habin presentado en aquellas playas con tanto aparato, no podia ser otro que el dios del aire Quetzalcoatl, á quien ya desde muchos años esperaban;

(1) Dieron á la isla el nombre de San Juan, porque la descubrieron el día de aquel santo, y por que este era el nombre de su comandante; el de Ulúa, por que habiendo encontrado en ella dos víctimas humanas recién sacrificadas, y preguntado por señas la causa de aquella inhumanidad, respondieron los indios Acolhua, Acolhua, dando á entender que lo habían por orden de los Mexicanos, que como todos los pueblos del valle, eran llamados Acolhua por los indios remotos de la capital. En esta isllita hay actualmente una buena fortaleza que defiende la entrada del puerto de Veracruz.

pues era antigua tradicion de aquellas naciones, como ya en otra parte he dicho, que el dios del aire, despues de haberse grangeado la veneracion de los pueblos de Tollan, Cholula y Onohualco, con su inocente vida y singular beneficencia, habia desaparecido de entre ellos, prometiéndoles ántes volver al cabo de algun tiempo, para regirlos en paz, y hacerlos felices. Los reyes se creian vicarios de aquel número, y depositarios de la corona, que debieran cederle cuando se presentase. Aquella tradicion inmemorial; algunas circunstancias que observaron en los españoles, conformes con las que su mitología atribuía á Quetzalcoatl; las estraordinarias dimensiones de los buques, comparadas con las de sus barcas y canoas; el estrépito y violencia de la artillería, tan semejantes á las de las nubes, los indujeron á creer que no podia ser otro que el dios del aire el que se aparecía en las costas con el terrible aparato de relámpagos, rayos y truenos. Lleno de esta creencia, mandó Moctezuma á cinco personajes de su corte, que pasasen inmediatamente á Chalchicuecan, á felicitar á la supuesta divinidad por su feliz llegada, en su nombre y en el de todo el reino, y á llevarle al mismo tiempo como homenaje, un rico presente; *mas ántes de enviarlos, dió órden á los gobernadores de las costas que pusiesen centinelas en los montes de Nauhlan, Quauhla, Mictlan y Tochlan, para que observaran los movimientos de la escuadra, y diesen pronto aviso á la corte de lo que ocurriese.* Los embajadores mexicanos no pudieron, á pesar de su diligencia, alcanzar á los españoles, los cuales, habiendo hecho sus negocios en aquellas playas, siguieron costeaado hasta el río Pánuco, de donde volvieron á Cuba, con diez mil pesos en oro, adquiridos en parte con la venta de las bujerías, y en parte con un gran

regalo que habia hecho al comandante un señor de Onohualco.

CARAETER DE LOS PRINCIPALES CONQUISTADORES DE MÉXICO.

Mucho pesó al gobernador de Cuba que Grijalva no hubiese establecido una colonia en aquel nuevo país, que todos pintaban como el mas rico y dichoso del mundo: por lo que, á toda prisa mandó alistar otro armamento mas considerable, cuyo mando pidieron á porfia muchos colonos *de los principales de aquella isla; mas el gobernador, por consejo de dos de sus confidentes, encargó á Hernán ó Fernando Cortés, hombre de noble extraccion, y bastante rico para poder soportar con su capital y con el auxilio de sus amigos, una buena parte de los gastos de la empresa.*

Nació Cortés en Medellín, pequeña ciudad de Estremadura, el año de 1485. Por parte de padre era Cortés y Monroy, y por el lado materno, Pizarro y Altamirano, habiéndose reunido en él la sangre de los cuatro linajes mas ilustres y antiguos de aquella ciudad. Enviáronlo sus padres á la edad de catorce años á Salamanca, para que aprendiendo en aquella famosa universidad la latinidad y la jurisprudencia, pudiera ser útil á su casa, que se hallaba muy decaída de su antigua riqueza; pero apenas estuvo allí algunos dias, cuando su genio emprendedor y belicoso lo apartó del estudio, y lo llevó al Nuevo-Mundo, en pos de muchos ilustres jóvenes de su nacion. Acompañó á Diego Velasquez en la conquista de la isla de Cuba, donde adquirió bienes, y se grangeó mucha autoridad. Era hombre de gran talento y destreza, valeroso, hábil en el ejercicio de las armas, feeundo en medios y recursos para llegar al fin que se proponia, sumamente ingenioso en hacerse respetar y obedecer aun de sus iguales, mag-

número en sus designios y en sus acciones, cauto en obrar, modesto en la conversacion, constante en las empresas y paciente en la mala fortuna. Su celo por la religion no fué inferior á su constante é invariable fidelidad á su soberano; pero el esplendor de estas y otras buenas calidades, que lo elevaron á la clase de los héroes, fué eclipsado por otras acciones indignas de la grandeza de su ánimo. Su desordenado amor á las mugeres, ocasionó algun desarreglo en sus costumbres, y ya en tiempos anteriores le habia acarreado graves disgustos y peligros. Su demasiada obstinacion y ahínco en las empresas, y el temor de menoscabar sus bienes, le hicieron á veces faltar á la justicia, á la gratitud y á la humanidad; pero ¿dónde se vió jamas un caudillo conquistador formado en la escuela del mundo, en quien no se equilibrasen las virtudes con los vicios? Cortés era de buena estatura, de cuerpo bien proporcionado, robusto y ágil. Tenia el pecho algo elevado, la barba negra, los ojos vivos y amorosos. Tal es el retrato que del famoso Conquistador de México nos han dejado los escritores que lo conocieron.

Cuando se vió honrado con el cargo de general de la armada, se aplicó con la mayor diligencia á preparar su viaje, y empezó á tratarse como gran señor, tanto en su porte como en su servicio, convencido de que estas exterioridades son eficaces para deslumbrar al vulgo, y dar autoridad al que las emplea. Tremoló inmediatamente el estandarte real á la puerta de su casa, y mandó publicar un bando en toda la isla para alistar soldados. Concurrieron á porfia á ponerse bajo su mando los hombres principales de aquel pais, tanto por su nacimiento, como por sus empleos: de cuyo número fueron Alfonso Hernandez de Portocarrero, primo del

conde de Medellín; Juan Velasquez de Leon, pariente inmediato del gobernador; Diego Ordaz, Francisco de Montejo, Francisco de Lugo; y otros cuyos nombres se verán en el curso de esta Historia. Mas entre todos merecen particular mencion Pedro de Alvarado, de Badajoz, Cristóbal de Olid, de Baeza en Andalucía, y Gonzalo de Sandoval, de Medellín, por haber sido los primeros comandantes de las tropas empleadas en aquella conquista, y los que mas papel hicieron en ella: los tres eran guerreros distinguidos, animosos, duros en los trabajos de la guerra, peritos en el arte militar; pero de luto diferente carácter. Alvarado era un jóven bien formado y aguilisimo, rubio, gracioso, festivo, popular, dado al lujo y á los pasatiempos, sediento del oro que necesitaba para mantener su ostentacion, y segun afirman los primeros historiadores, poco escrupuloso en el modo de adquirirlo; inhumano ademas, y violento en su conducta. Olid era membrudo, turvo y de dobles intenciones. Uno y otro hicieron grandes servicios á Cortés en su conquista; mas despues fueron ingratos, y tuvieron un trágico fin. Alvarado murió en la Nueva-Galicia, bajo el peso de un caballo que precipitó de un monte. Olid fué decapitado por sus enemigos en la plaza de Naco, en la provincia de Honduras. Sandoval, jóven de buena cuna, apenas tenia veintidos años cuando se enganchó en la expedicion de su compatriota Cortés. Era de proporcionada estatura, de complexion robusta, de cabello castaño y rizado, de voz fuerte y gruesa, de pocas palabras, y de grandes acciones. A él fué á quien Cortés encargó las operaciones mas árduas y peligrosas, y de todas salió con honor. En la guerra contra los Mexicanos, mandó una parte del ejército español, y en el asedio de la capital tuvo bujo sus órdenes mas de treinta

mil hombres, merecido siempre con su buena conducta la amistad de su general, el respeto de los soldados, y el afecto de sus mismos enemigos. Fundó la colonia de Medellín en la costa de Chalchicuecan, y la del Espíritu Santo en las orillas del río Coatzacoalco. Fué comandante del presidio de Veracruz, y por algun tiempo gobernador de México, y en todos sus empleos dió repetidos testimonios de su equidad. Fué constante y asiduo en el trabajo, obediente y fiel á su general, benigno para con los soldados, humano para con sus enemigos (1), y enteramente libre del comun contagio de la avaricia. Para decirlo en pocas palabras, no hallo en toda la serie de los conquistadores un hombre mas perfecto, ni mas digno de elogio; pues ninguno hubo entre ellos que supiese mejor que el reunir el ardor juvenil con la prudencia, el valor y la intrepidez con la humanidad, el comeditamiento con el mérito, y la modestia con la fortuna. Murió en la flor de la edad, en un pueblo de Andalucía, cuando se dirigia á la corte en compañade Cortés: hombre ciertamente digno de mejor suerte, y de vida mas larga.

(1) Robertson echa la culpa á Sandoval del espantoso ejemplo de severidad hecho en los panqueses, cuando los españoles quemaron sesenta señores y cuatrocientos nobles, á vista de sus hijos y parientes: y en favor de esta opinion cita el testimonio de Cortés y de Gomara: pero Cortés no afirma que Sandoval ejecutase aquel castigo, ni aun lo nombra. Bernal Diaz, cuya autoridad en este punto vale mas que la de Gomara, dice que habiendo Sandoval venido á los panqueses, y hecho prisioneros á veinte señores, con algunas otras personas notables, escribió á Cortés preguntándole lo que debía de hacer con ellos: que Cortés, para justificar su castigo, cometi6 el proceso á Diego de Ocampo, juez de aquella provincia, el cual, oida la confesion de los reos, los condenó al suplicio del fuego, que en efecto fué ejecutado. Bernal Diaz no cita el número de los reos. Cortés dice que fueron

ARMADA Y VIAJE DE CORTÉS.

Ya estaban hechos casi todos los preparativos del viaje, cuando el gobernador de Cuba, cediendo á las sugerencias y manejos de los enemigos de Cortés, revocó la comision que le habia dado, y mandó prenderlo; pero los que fueron encargados de esta órden, no se atrevieron á ponerla en ejecución, viendo tantos hombres respetables y animosos, empeñados en sostener el partido del nuevo general: así que, Cortés, que no solo habia gastado en los preparativos todo su capital, sino que habia contraido grandes deudas, retuvo el mando á despecho de sus enemigos, y teniendo ya ordenada su expedicion, zarpó del puerto de Ajaruco á 10 de febrero del año de 1519. Componíase su armada de once bajeles; de cincuenta y ocho soldados, distribuidos en once compañías; de ciento nueve marineros; de diez y seis caballos; de diez cañones y de cuatro falconetes. Navegaron bajo la direccion del piloto Alaminos, hasta la isla de Cozumel, donde recobraron al diácono español Gerónimo de Aguilar, que viajando algunos años ántes, del Darien á la isla de Santo Domingo, habia naufragado en las costas de Yucatan, y habia sido hecho esclavo de los indios; el cual, noticioso de

quemados cuatrocientos, entre señores y gente principal. Este castigo fué sin duda excesivo y cruel; pero Robertson, que tan amargamente se lo echa en cara á los españoles, debería, para proceder con imparcialidad, declarar los motivos que estos tuvieron para obrar con tanto rigor. Los panqueses, despues de haberse sometido á la corona de España, sacudieron el yugo, tomaron las armas y alborotaron toda la provincia; mataron cuatrocientos españoles, de los cuales cuarenta fueron quemados vivos en una casa, y comieron menos odiosa su severidad. Robertson leyó en Gomara los atentados de los panqueses y la venganza de los españoles; pero exagera esta y omite aquella.

la llegada de los españoles, obtuvo de su amo la libertad, y se agregó á la expedición. Con el largo trato de los yucatecos, había aprendido la lengua maya, que era la que se hablaba en aquellos países; por lo que Cortés lo hizo su intérprete.

VICTORIA DE LOS ESPAÑOLES EN
TABASCO.

De Cōzumel procedieron costeano la península de Yucatan, hasta el río de Chiapa, en la provincia de Tabasco, por el cual se internaron en el país, con los botes y buques mas pequeños, hasta llegar á un palmar, donde desembarcaron con el pretexto de buscar agua y víveros. De allí se dirigieron hácia una gran villa, que distaba apénas dos millas de la costa, combatiendo á cada paso con una multitud de indios, que con flechas, dardos y otras armas, les cerraban el paso, y superando las estacadas que habian formado para su defensa. Dueños finalmente los españoles de la villa, salian de ella con frecuencia, para hacer correrías en los lugares vecinos, en los cuales tuvieron algunos encuentros peligrosos, hasta que el 25 de marzo se empeñó una batalla campal y decisiva. Dióse esta en las llanuras de Centla, villa poco distante de la ya mencionada. El ejército de los tabasqueños era muy superior en número; pero á pesar de su muchedumbre, fueron completamente vencidos, por la mejor disciplina de los españoles, la superioridad de sus armas, y el terror que inspiraron á los indios la grandeza y la fogosidad de sus caballos. Ochocientos tabasqueños quedaron muertos en el campo de batalla, los españoles tuvieron un muerto, y mas de sesenta heridos. Esta victoria fué el principio de la felicidad de los españoles, y en su memoria fundaron despues allí una pequeña ciudad, con el nombre de la

Virgen de la Victoria (1), que por mucho tiempo fué la capital de la provincia. Procuraron justificar su hostilidad con las reiteradas protestas que, ántes de venir á las manos, hicieron á los tabasqueños, de no haber venido á aquel país como enemigos, ni con intenciones de hacer daño, sino como navegantes que deseaban adquirir, con el cambio de sus mercancías, todo lo que necesitaban para continuar su viaje; á cuyas protestas respondieron los indios con una lluvia de flechas y dardos. Tomó Cortés solemne posesion del país, en nombre de su soberano, con una estrafia ceremonia, conforme á los usos y las ideas caballerescas de aquel siglo: empuzó la rodela, desenvainó la espada, y dió con ella tres golpes en el tronco de un árbol que estaba en la villa principal, protestando que si alguno osaba oponerse á aquella posesion, él estaba pronto á defenderla con su acero.

Para consolidar el dominio de su rey, convocó á los señores de aquella provincia, y los persuadió á tributarle obediencia, y á reconocerlo como su legítimo señor; y para darles mas alta idea del poder de aquel monarca, mandó disparar un cañon, y les hizo creer que los relinchos de los caballos eran muestras de su enojo contra los enemigos de los españoles. Todos se mostraron dóciles á las proposiciones del vencedor, y escucharon con admiracion y agradecimiento las primeras verdades de la religion cristiana, que les declaró, por medio del intérprete Aguilar,

(1) La ciudad de la Victoria se despobló enteramente hácia la mitad del siglo pasado, de resultas de las frecuentes invasiones de los ingleses. Fundóse despues á mayor distancia del mar otra pequeña ciudad, que llamaron Villa Hermosa; pero la capital de aquella provincia, y la residencia del gobernador, es *Tlacotalpan*.

el P. Bartolomé de Olmedo, religioso docto y ejemplar de la orden de la Merced, y espellan de la armada. Presentaron despues á Cortés, en señal de su sumision, algunas frioleras de oro, trages de tela gruesa, que era la única que se usaba en aquella provincia, y veinte esclavas que fueron distribuidas entre los oficiales de la expedicion.

NOTICIA DE LA FAMOSA INDIA DOÑA
MARINA.

Entre ellas habia una doncella noble, hermosa, de mucho ingenio y de gran espíritu, natural de Pinala, pueblo de la provincia mexicana de Coatzacoalco (1). Su padre habia sido feudatario de la corona de México, y señor de muchos pueblos. Habiendo quedado viuda su madre, se casó con otro noble, de quien tuvo un hijo. El amor que los dos esposos profesaban á este fruto de su union, les sugirió el infeco designio de fingir la muerte de la primogénita, á fin de que toda la herencia pasase al hijo. Para dar color á su mentira, habiendo muerto á la sazón la hija de una de sus esclavas, hicieron el duelo como si la muerta fuese su propia hija, y entregaron esta clandestinamente á unos mercaderes de Xicalanco, ciudad

(1) En una historia MS. que se conservaba en el colegio de San Pedro y San Pablo de jesuitas de México, se leía que Doña Marina era natural de Huilotla, pueblo de Coatzacoalco. Gomara, á quien siguieron Herrera y Torquemada, dice que nació en Xalisco, y que de allí la llevaron los mercaderes á Xicalanco; mas esto es falso, pues Xalisco dista de Xicalanco mas de novecientas millas, y no se sabe, ni es verosímil que haya habido comercio entre provincias tan distantes. Bernal Diaz, que vivió largo tiempo en Coatzacoalco, y conoció á la madre y al hermano de Doña Marina, confirma la verdad de mi noticia, y dice que lo supo de su misma boca. A esto se añade la tradicion conservada hasta ahora en Coatzacoalco, conforme á lo que he dicho.

situada en los confines de Tabasco. Los xicalancos la dieron ó la vendieron á los tabasqueños sus vecinos, y estos la presentaron á Cortés, estando muy léjos de pensar que aquella joven debia contribuir tan eficazmente á la conquista de aquellos paises. Sabia, ademas de la lengua mexicana, que era la suya, la maya que se hablaba en Yucatan y en Tabasco, y en breve aprendió tambien la española. Instruida en poco tiempo en dogmas de la religion cristiana, fué bautizada solemnemente con las otras esclavas, y recibió el nombre de Marina (1). Fué constantemente fiel á los españoles, y no se pueden encomiar bastante los servicios que los hizo; pues no solo sirvió de intérprete y de instrumento en sus negociaciones con los Tlaxcaltecas, con los mexicanos y con las otras naciones de Anáhuac, sino que les salvó muchas veces la vida, anunciándoles los peligros que los amenazaban, é indicándoles los medios de eludirlos. Acompañó á Cortés en todas sus expediciones, sirviéndole siempre de intérprete, muchas veces de consejero, y por su desventura, de dama. El hijo que de ella tuvo aquel conquistador, se llamó D. Martín Cortés, caballero de la orden de Santiago, el cual, por infundadas sospechas de rebelion, fué puesto en el tormento en México, el año de 1568, olvidando aquellos inicuos y bárbaros jueces los incomparables servicios que los padres del ilustrado rey habian hecho al rey católico y á toda la nacion española (2).

(1) Los Mexicanos, adaptando á su idioma el nombre de Doña Marina, la llaman *Malintzin*, de donde viene el nombre de Malinche, con que es conocida por los españoles de México.

(2) Los que dieron tortura á D. Martín Cortés, y pusieron preso al marqués del Valle, su hermano, fueron dos formidables jueces enviados á México por Felipe II. El prin-

Después de la conquista se casó Doña Marina con un español llamado Juan de Jaramillo. En el largo y peoso viaje que hizo en compañía de Cortés á la provincia de Honduras, en 1524, tuvo ocasión, al pasar por su patria, de ver á su madre y hermano, los cuales se le presentaron cubiertos de lágrimas y de consternación, temerosos de que viciados en tanta prosperidad, con el apoyo de los españoles, quisiese vengar el agravio que le habian hecho en su niñez; mas ella los acogió con mucha amabilidad, mostrando de este modo que su piedad y grandeza de ánimo no eran inferiores á las otras prendas con que el cielo la habia dotado. No me ha parecido justo omitir estos datos acerca de una mujer que fué la primera cristiana del imperio mexicano, que hace un papel tan importante en la historia de la conquista, y cuyo nombre es tan célebre entre los Mexicanos y los españoles.

LLEGADA DE LOS ESPAÑOLES A CHALCHIHUECAN.

Asegurada la tranquilidad de los Tlaxcaltecas, y conociendo Cortés que no podía ganar mucho oro de aquel país, resolvió continuar su viaje para buscar otros más ricos; pero acercándose el domingo de Ramos, quiso dar á los Tlaxcaltecas, antes de separarse de ellos, alguna idea de la santidad de la religion cristiana. Celebróse aquel día la santa misa con el mayor aparato que se pudo, se bendijeron los ramos, y se hizo una solemne procesion con la música militar, á la que asistieron atónitos y edificadós aquellos gentiles, quedando desde entónces en sus corazos-

pal llamado Muñoz, hizo tales estragos, que murió el rey por las quejas de los Mexicanos, se llamó á la corte, y le dió tan severa reprobacion, que al día siguiente se le encontró muerto en una silla.

nes la semilla de la gracia, que iba á germinar y fructificar en época mas conveniente.

Terminada la funcion, y dada la despedida á los señores de Tabasco, se puso en camino la armada, y dirigiéndose hácia Poniente, después de haber costado la provincia de Coatzacoalcas, y atravezando la boca del rio Papalapan, entró en el puerto de San Juan de Ulúa el juéves santo, 21 de abril. Apenas habian echado el ancla, cuando vieron venir de la costa de Chalchiuhecuan hácia la capitana, dos canoas con muchos Mexicanos enviados por el gobernador, para saber qué gente era aquella, qué negocio traian, y para ofrecerle todos los auxilios que les fuesen necesarios á la continuacion de su viaje: lo que hizo ver la vigilancia de aquel caudillo, y la hospitalidad de aquella nacion. Admitidos á bordo de la capitana, y presentados á Cortés, con modales civiles le espusieron su embajada por medio de Doña Marina y de Aguilar; pues por no saber este todavía el mexicano, ni aquella el español, fué necesario en aquellos primeros tratos emplear tres lenguas y dos intérpretes. Doña Marina esponia á Aguilar en lengua maya lo que los Mexicanos decian en la suya, y Aguilar lo esplicaba á Cortés en español. Este general acogió cortesmente á los Mexicanos, y sabiendo cuánto habian gastado el año anterior de las bujorías de Europa, les respondió que solo habia venido á aquellas tierras para comerciar con sus habitantes, y para tratar con su rey de asuntos de la mayor importancia; y para mas complacerlos les dió á probar el vino de España, y les regaló algunas frioleras que creyó les serian agradables (1).

(1) Torquemada dice que prevenido Moc-

El primer día de pascua, después que los españoles hubieron puesto pié en tierra, y desembarcaron sus caballos y artillería: después que con la ayuda de los Mexicanos se hubieron construido con ramas algunas barracas en aquella playa arenosa en que está actualmente la ciudad de la nueva Veracruz, llegaron dos gobernadores de aquella costa, llamados Teuhtitli y Cuitalpitoc (1), con un gran séquito de criados; y hechas por una y otra parte las ceremonias convenientes de urbanidad y respeto; antes de entablar la conversacion quiso Cortés, no menos para empezar bajo buenos auspicios su empresa, que para dar á aquellos idólatras alguna idea de nuestra religion, que se cele-

tezuma de la llegada de la nueva expedicion, por las cénitelas de los montes, despachó inmediatamente á sus embajadores para reverenciar al supuesto dios Quetzalcoatl; los cuales, dirigiéndose con gran celeridad á Chalchihuecan, pasaron inmediatamente á bordo de la capitana, el mismo día en que aparecieron allí los españoles: que Cortés, viendo el error que padecian, y queriendo aprovecharse de él, los recibió sentado en un alto trono, que hizo disponer á toda prisa donde se dejó adorar, vestido con el traje sacerdotal de Quetzalcoatl, adornado el cuello con un collar de piedras, y la cabeza con una ceñida de oro, salpicada con joyas &c.; pero todo esto es falso. El Ejército salió del río de Tabasco el lunes santo, y llegó el juéves al puerto de Ulúa. Los montes de Tochlan y de Mictlan, de donde se pudo ver la expedicion, no están de la capital menos de 300 millas, ni está de Ulúa menos de 220: así que, aunque se hubiese visto la expedicion el mismo día en que zarpó de Tabasco, era imposible que los embajadores llegasen el juéves á Ulúa. No hay escritor que haga mención de esta circunstancia; ántes bien de la relacion de Bernal Diaz se infiere que todo es invencion, y que los Mexicanos habian ya conocido el error que ocasionó la primera armada.

[1] Bernal Diaz escribe *Teuhtli* en lugar de *Teuhtitli*, y *Pitalpitoc* en lugar de *Cuitalpitoc*. Herrera lo llama *Pitalpitoc*; Solís y Robertson, que quisieron reformarlo, *Pit-*

brase en su preseucia el santo-sacrificio de la misa. Cantóse con la mayor solemnidad posible, y esta fué la primera que se celebró en los dominios mexicanos (1).

Convidó en seguida á los embajadores á comer en su compañía y en la de sus capitaneas, procurando atraerse su benevolencia con grandes obsequios. Dijoles que era súbdito de D. Carlos de Austria, el mayor monarca de Oriente, cuya bondad, grandeza y poder, encareció con las mas magníficas expresiones: añadiendo que su soberano, habiendo tenido noticia de aquellas tierras, y del señor que en ellas reinaba, lo curiaba á visitarlo en su nombre, y á comunicarlo verbalmente algunas cosas de suma importancia; por lo que deseaba saber dónde le convendria recibir la embajada. "Apénas, respondió Teuhtitli, habeis llegado á este pais, y ya queris ver á nuestra rey! He escuchado con satisfaccion lo que habeis dicho acerca de la grandeza y bondad de vuestro soberano; pero sabed que el nuestro no le cede en una ni en otra calidad, ántes bien me maravillo que pueda haber en el mando otro que le esceda en poder; pero pues vos lo afirmis, lo haré saber al rey, de cuya bondad confio, que no solo oirá con placer las nuevas de tan gran príncipe, sino que honrará á su embajador. Acep-

(1) Solís reconviene á Bernal Diaz y á Herrera, por haber afirmado, segun él creia, que se habia celebrado la misa en viernes santo. El autor del Prefacio de la edicion de Herrera de 1730, emplea una erudicion importante y fastidiosa, para justificar la supuesta celebracion de la misa en aquel día; pero con licencia de este escritor y de Solís, diré que no entendieron el texto. Bernal Diaz dice en el capítulo 38, que el viernes santo desembarcaron los caballos y la artillería. Échimos, añade, un altar en que muy breve se dijo misa." No dice en aquel mismo día se hizo el altar; ántes bien dice claramente que se hizo en domingo, después de la llegada de Teuhtitli.

tad, entre tanto, este regalo que en su nombre os presento;" y sacando de un *petlacalli*, 6 caja hecha de cañas, algunas excelentes alhajas de oro, so las presentó al caudillo español, juntamente con algunas obras curiosas de plumas, diez cargos de tráges finos de algodón; y una gran provision de víveres (1).

Aceptó Cortés el regalo, con singulares demostraciones de gratitud, y correspondió con otro de objetos de poco valor; pero muy apreciados por aquellos naturales, ó por ser para ellos enteramente nuevos, ó por su aparente brillo. Había traído consigo Teuhitile varios pintores, á fin de que dividiéndose entre sí los diferentes objetos de que se componía la expedicion, pudiesen en breve representarla en su totalidad, y ofrecer al rey la imagen de lo que iba á referirle verbalmente. Conocido por Cortés su intento, mandó, para dar á los pintores un asunto capaz de hacer mayor impresion en el ánimo del rey, que su caballería corriese por la playa, haciendo algunas evoluciones militares, y que se disparase á un mismo tiempo toda la artillería; lo que fué observado, con el asombro que puede imaginarse el lector, por los dos gobernadores y por su numerosa comitiva, que, segun Gomara, no bajaba de cuatro mil hombres. Entre las armas de los españoles, observó Teuhitile una celada dorada, la cual, por ser muy semejante á otra que tenia uno de los principales ídolos de México, pidió

(1) Solís y Robertson dicen que Teuhitile era general, y lo privan del gobierno político de aquella costa. Bernal Díaz, Gomara y otros escritores antiguos, dicen que era gobernador de Cuetzochlan. Los dos primeros añaden que Teuhitile se opuso desde luego al viaje de Cortés á la capital; pero consta por mejores autoridades, que no manifestó esta oposicion, hasta haber tenido órden positiva del rey.

á Cortés, á fin de hacerla ver á Moctezuma. Cortés la concedió, con la obligacion de devolvérsela llena de oro en polvo, bajo el pretexto de ver si el oro que se sacaba de las minas de México era igual al de su patria (1).

Terminadas las pinturas, se despidió cariñosamente Teuhitile de Cortés, ofreciéndose á volver dentro de pocos dias con la respuesta de su soberano; y dejando en su lugar á Cuiclalpitoc, para que proveyese á los españoles de cuanto podrian necesitar: pasó á Cuetzochlan, lugar de su residencia ordinaria, de donde llevó en persona á la corte la embajada, las pinturas y el regalo, como afirman Bernal Díaz y Torquemada, ó bien, como dice Solís, envió todo por las postas, que estaban siempre dispuestas á marchar en los caminos principales.

INQUIETUD DE MOCTEZUMA; SU PRIMERA EMBAJADA, Y REGALO A CORTÉS.

Fácil es de imaginarse la gran inquietud y perplejidad en que pondrian á Moctezuma aquellas noticias, y los pormenores que supo acerca del carácter de aquellos estrangeros, del ímpetu de sus caballos, y de la violencia destructora de sus armas. Como dado á la supersticion, mandó consultar inmediatamente á sus dioses, sobre la pretension de los estrangeros, y la respuesta fué, segun dicen, que no los admitiese jamas en su capital. Proviniese este oráculo del demonio, como algunos autores creen, el cual procuraba cerrar la entrada al Evangelio, ó de los sacerdotes, como yo pienso, por su in-

[1] Algunos historiadores dicen que Cortés, para exigir la celada llena de oro, se valió del pretexto de cierto mal de corazón que padecian él y sus compañeros, y que solo se curaba con aquel precioso metal; mas esto poco importa á la verdad histórica.

teres propio, y por el de toda la nacion, lo cierto es que Moctezuma se decidió desde entónces á no recibir á los españoles; mas para proceder con acierto, y de un modo conforme á su carácter, les mandó una embajada, con un regalo ciertamente digno de su régia magnificencia. El embajador fué un gran personaje de su corte, muy semejante, tanto en la estatura como en las facciones, al general español, segun lo asegura un testigo ocular (1). Apénas habian pasado siete dias de la despedida de Teuhtitlan, cuando volvió acompañado de este sugeto, y de mas de cien hombres de carga que traian el regalo (2). Cuando se halló el embajador en presencia de Cortés, tocó con la mano el suelo, y despues lo llevó á la boca, segun el uso de aquellas gentes: incensó al general (3) y á los otros oficiales, que estaban á su lado, lo saludó respetuosamen-

(1) Bernal Diaz del Castillo.

(2) Bernal Diaz llama á este embajador *Quetzalcoatl*; mas este nombre no es, ni pudo ser mexicano. Robertson dice que los mismos oficiales que hasta entónces habian tratado con Cortés, fueron los encargados de la respuesta del rey, sin hacer mención del embajador; pero tanto Bernal Diaz del Castillo, como otros historiadores españoles, afirman lo que refero. Solís, en vista del corto intervalo de siete dias, y de la distancia de setenta leguas entre aquel puerto y la capital, no quiso creer que fuese entónces un embajador á ver á Cortés; pero habiendo dicho poco ántes que las postas mexicanas eran mas diligentes que las de Europa, no es de extrañar que llevasen en poco mas de un dia la noticia de la llegada de los españoles, y que en cuatro ó cinco dias hiciese el viaje el embajador en litera, y á hombres de los mismos correos, como muchas veces se hacia. Pues el hecho no es inverosímil, debemos creer á Bernal Diaz, testigo ocular y sincero.

(3) Este acto de incensar á los españoles, aunque no fuese mas que un obsequio puramente civil, y el nombre de *teotocin* (señores) con que los llamaban, y que es algo semejante al de *teotoc* (Dios), les hicieron creer que los Mexicanos los creian seres superiores á la humanidad.

te, y sentándose en un asiento que le presentó Cortés, pronunció su arenga, que se redujo á felicitarlo por su llegada, en nombre del rey; á manifestar el placer que su magestad habia tenido al saber que habian llegado á sus dominios hombres tan valientes, y al oír las noticias que le traian de tan gran monarca, mostrándole al mismo tiempo su agradecimiento por el regalo que le habia hecho, y que en prueba de su aprecio le enviaba otro. Dicho esto, mandó estender por el suelo unas esteras finas de palma, y telas de algodón, sobre las cuales se colocó en buen orden y simetría todo el presente. Este consistía en muchos objetos de oro y plata, aun mas preciosos por su maravilloso artificio, que por el valor de su materia, entre los cuales habia algunos con piedras preciosas, y otros representaban figuras de leones, tigres, monos y otros animales; en treinta cargas de telas finísimas de varios colores, y en parte tejidas de hermosas plumas; en muchos excelentes trabajos de plumas con adornos de oro, y en la celada llena de este metal en polvo, como lo habia pedido Cortés, la cual importaba mil y quinientos pesos; pero lo mas admirable de todo eran dos grandes láminas, hechas en figuras de ruedas, una de oro y otra de plata. La de oro representaba el siglo mexicano, y en medio tenia la imágen del sol, y en rededor otras de bajo relieve. Su circunferencia era de treinta palmos toledanos, y su valor diez mil pesos (1). La de plata, en que estaba figurado el año mexicano, era aun de mayores dimensiones; y tenia en medio la imágen de la luna, y otras al rededor, tambien de bajo relieve. Los españoles

(1) Varian considerablemente los autores acerca del valor de estas alhajas; pero yo doy mayor crédito á Bernal Diaz, que lo sabia bien, como que debió tener parte en el regalo.

quedaron no menos maravillados que contentos al ver tanta riqueza. —Este regalo, añadió el embajador hablando con Cortés, es el que mi soberano envía para vos y para vuestros compañeros, pues para vuestro rey os dirigirá en breve ciertas joyas de inestimable valor. Entre tanto podreis deteneros todo el tiempo que gustéis en estas playas, para reposaros de las fatigas de vuestro viaje, y para proveeros de cuanto necesiteis ántes de regresar á vuestra patria. Si alguna otra cosa quereis de esta tierra para vuestro monarca, pronto os será franqueada; pero por lo que respecta á vuestra solicitud de pasar á la corte, estoy encargado de disuadirlos de tan difícil y peligroso viaje, pues sería necesaria caminar por ásperos desiertos, y por países de enemigos.²⁷ Cortés recibió el presente con las mayores expresiones de gratitud á la real beneficencia, y correspondió á ella como pudo; pero lejos de desistir de su pretension, suplicó al embajador que hiciese ver al rey los males y peligros que había padecido en tan larga navegación, y el disgusto que tendría su soberano al ver frustradas sus esperanzas; que por lo demás, los españoles eran de tal condicion, que ni las fatigas, ni los peligros eran capaces de apartarlos de sus empresas. El embajador prometió decir al rey lo que Cortés le encargaba, y se despidió urbanamente con Teuhtitile, quedando Cuicilapitoc con gran número de Mexicanos, en un caserío que había formado de cabañas, poco distante del campo de los españoles.

Bien conocía Cortés, en medio de tanta prosperidad, que no podía subsistir largo tiempo en aquel sitio; pues además de la incomodidad del calor, y de la importunidad de los mosquitos, que abundan en demasía en toda aquella playa, temía que ocasionase algún daño á sus navés la vio-

lencia del norte, á que está muy espuesto aquel puerto: por lo que despachó dos buques, al mando del capitán Montejo, á fin de que costeando hacía Panamá, buscasen un puerto mas seguro. Volvió aquella expedicion al cabo de pocos dias, con la noticia de haber hallado, á treinta y seis millas de Ulúa, un puerto próximo á una ciudad, edificada en una posición fuerte.

REGALO DE NOCTEZUMA PARA EL REY CATÓLICO.

Entre tanto volvió Teuhtitile al campo de los españoles, y llamando aparte á Cortés con los intérpretes, le dijo que su señor Moctezuma había agradecido los regalos que le había enviado: que el que aquel soberano le remitía entonces, era para el gran rey de España: que le deseaba muchas felicidades; pero que no le enviase nuevos mensajes, ni se tratase mas del viaje á la capital. El presente para el rey católico se componía de muchas alhajas de oro, que importaban mil y quinientos pesos; de diez cargas de trabajos curiosísimos de pluma, y de cuatro joyas tan estimadas por los Mexicanos, que según afirmó el mismo Teuhtitile, cada una de ellas valía cuatro cargas de oro. Pensaba aquel mal aconsejado rey que con su liberalidad obligaría á los españoles á dejar aquellos países, sin echar de ver que el amor del oro es un fuego que tanto mas se inflama, cuanto mas abundante es el alimento que se le echa. Mucho sintió Cortés la repulsa de Moctezuma; pero no desistió de su pensamiento, pues el aliciente de la riqueza escitaba mas y mas la natural constancia de su ánimo.

Observó Teuhtitile, ántes de despedirse, que los españoles al oír los toques de la campana del Ave María, se arrodillaban delante de una cruz, y lleno de admiración preguntó por qué adoraban aquel le-

ño. De allí tomó ocasion el P. Olmedo para declararle los principales artículos de la fé cristiana, y para echarle en cara el culto abominable de sus ídolos, y la intemperancia de sus sacrificios; mas este discurso era de un todo inútil, pues aun no habia llegado para aquellos pueblos el tiempo de la santificación.

Al día siguiente se hallaron los españoles tan abandonados por los Mexicanos, que ni uno solo se dejaba ver en toda aquella playa: efecto de la órden dada por el rey, de retirar del campo de aquellos extranjeros la gente destinada á su servicio, y las provisiones, si persistían en su temeraria resolucion. Esta inesperada novedad ocasionó gran consternacion entre los españoles, porque á cada momento temian que se desplomase sobre su miserable campamento todo el poder de aquel vasto imperio; por lo que Cortés mandó asegurar los víveres en los barcos, y poner la tropa sobre las armas. No hay duda que tanto en esta, como en otras muchas ocasiones, que aparecerán en el curso de esta Historia, pudo fácilmente Moctezuma desbaratar aquellos pocos extranjeros, que despues debian hacerle tanto daño; pero Dios los conservaba á fin de que fuesen instrumentos de su justicia, sirviéndose de sus armas para castigar la supersticion, la crueldad y otros delitos con que aquellas naciones habian provocado su ira. No trato de justificar el intento ni la conducta de los conquistadores; pero tampoco puedo dejar de conocer en la serie de la conquista, y en despecho de la incredulidad, la mano de Dios que iba preparando la ruina de aquel imperio, y so valia de los mismos desaciertos de los hombres para los altos designios de su Providencia.

EMBAJADA DEL SEÑOR DE CEMPOALA
Y SUS CONSECUENCIAS.

En este mismo día, de tanta consternacion para los españoles, tuvieron su embargo un testimonio de la proteccion Divina. Dos soldados que hacian la guardia fuera del campo, vieron venir hacia ellos cinco hombres, algo diferentes de los Mexicanos en sus trages y adornos, los cuales, conducidos á presencia del general español, dijeron en mexicano, (por no haber allí quien entendiese su idioma) que erari de la nacion Totonaca, y enviados por el señor de Cempoala, ciudad distante veinticuatro millas de aquel punto, para saludar á aquellos extranjeros, y para rogarles pasasen á aquel pueblo, donde serian bien recibidos; añadiendo que no habian venido ántes, por miedo de los Mexicanos. Era el señor de Cempoala uno de aquellos feudatarios que vivian impacientes del yugo de Moctezuma. Informado de la victoria obtenida por los españoles en Tabasco, y de su llegada al puerto en que entonces residian, le pareció aquella una ocasion favorable de recobrar su independencia, con el auxilio de tan animosos guerreros. Cortés, que nada deseaba tanto como una alianza de aquella especie para aumentar sus fuerzas, despues de haber tomado menudos informes acerca del estado y de la condicion de los Totonacas, y de los daños que sufrían por la preponderancia de los Mexicanos, respondió dando gracias al cempoalteca por su cortesía, y prometiéndole hacerle una visita sin tardanza.

En efecto, inmediatamente publicó su salida para Cempoala; mas ántes le fué preciso vencer los obstáculos que halló en sus mismas tropas. Algunos parciales del gobernador de Cuba, cansados de las incomodidades que habian sufrido, aterrorizados por los peligros que presagiaban,

y deseosos del descanso y de las holguras de sus casas, rogaron enérgicamente al general que volviese á Cuba, exagerando la escasez de víveres, la temeridad de tamaña empresa, como era la de oponer tan pequeño número de soldados á todas las fuerzas del rey de México, especialmente después de haber perdido en aquellos arenales treinta y cinco hombres, parte de resultas de las heridas recibidas en la batalla de Tabasco, parte por el aire insalubre de la playa. Cortés, ya con dones, ya con promesas, ya con un poco de rigor oportunamente aplicado, y con otros medios inventados por su raro ingenio, maneó tan bien los ánimos, que no solo aquietó á los descontentos, sino que logró que se decidiesen gustosos á permanecer en aquel delicioso país: y adelantándose ademas en sus negociaciones, obtuvo que el ejército, en nombre del rey, y con entera independencia del gobernador de Cuba, lo confirmase en el mando supremo, tanto político como militar; y que para los gastos que habia hecho, y que despues hiciese en la expedicion, se le adjudicase desde entónces en adelante el quinto del oro que se adquiriese, sacada ántes la parte que al rey pertenecía. Despues creó las magistraturas, y los otros cargos públicos necesarios para una colonia que intentaba establecer en aquellas costas.

Habiendó superado estos obstáculos, y tomando las medidas convenientes para la ejecucion de sus vastos designios, se puso en camino con sus tropas. Su intento no era solo buscar aliados, y proporcionar á su gente algun alivio á los males que habian sufrido; sino tambien escoger un buen sitio para la fundacion de la colonia, por estar Cempoala en el camino de Quauhuitzla (1) en cuyo dis-

trito estaba el puerto descubierto por el capitán Montejo. El ejército, con una parte de la artillería, marchó en buen órden hácia Cempoala, y apercebido á la defensa, en caso de ser atacado por los Totonacas, de cuya buena fe no estaban seguros, ó por los Mexicanos, á quienes suponian ofendidos por su resolucion: disposiciones que ningun buen general juzgará inútiles, y que nunca descendió Cortés, ni aun en los tiempos de su mayor prosperidad; pues siempre son útiles para mantener la disciplina militar, y casi siempre necesarias á la seguridad propia. Los buques se dirigieron por la costa al puerto de Quauhuitzla.

Tres millas ántes de llegar á Cempoala, salieron de aquella ciudad al encuentro de Cortés veinte sugetos de distincion, le presentaron un refresco de piñes y de otras frutas del país, lo saludaron á nombre de su señor, y lo escusaron de no haber venido en persona, por impedirselo sus dolencias. Entraron en la ciudad en órden de batalla, temiendo alguna traicion de los habitantes. Un soldado de caballería que se adelantó hasta la plaza mayor, habiendo visto un bastion del palacio, que por estar recién blanqueado y bruñido, resplandecía á los rayos del sol, creyó que aquel edificio era de plata, y volvió á toda brida á dar tan buena noticia al general. Semejantes engaños son demasiado frecuentes en aquellos que tienen la mente ofuscada por la pasion. Marcharon los españoles por las calles no menos alegres que maravillados al ver aquella ciudad, la mayor que hasta entonces habian visto en el Nuevo-Mundo; con tanto número de gente, y tan hermosos huertos y jardines. Algunos, por su tamaño, la lla-

nombre de *Quiabistan*, que ni es ni puede ser mexicano.

(1) Solís y Robertson dan á este puerto el

maron Sevilla, y otros, por su amenidad, Villa Viciosa (1).

Cuando llegaron al templo mayor, salió á recibirlos á la puerta del atrio el señor de aquel estado, que aunque casi incapaz de movimiento, á causa de su desmesurada gordura, era hombre hábil y de buen ingenio. Despues de haber saludado á incensado á Cortés, segun el uso del pais, pidió venia para retirarse, prometiendo volver cuando todos hubiesen descansado de las fatigas del viaje. Alojó á toda la tropa en unos grandes y hermosos edificios que habia en lo interior del templo, que quizás serian la residencia habitual de los sacerdotes, ó estarian destinados para albergue de los forasteros, como los habian en el recinto del templo mayor de México. Allí fueron tratados, y provistos de cuanto necesitaban, á espensas de aquel caudillo, el cual volvió á verlos despues de comer, en una silla portátil, ó litera, y acompañado de muchos nobles. En la conferencia secreta que tuvo con Cortés, ponderó este general, por medio de sus intérpretes, la grandeza y poder de su soberano, que lo habia enviado á aquellos países, encargándole muchas comisiones importantes, y entre ellas la de dar auxilio á la inocencia oprimida. "Por tanto, añadió si puedo servirlos en algo con mi persona, ó con mis tropas, decidmelo y lo haré de buena voluntad." Al oír el cempoalteca esta oferta, introduci-

[1] No puede dudarse de la antigua grandeza de Cempoala, si se atiende al testimonio de los que la vieron, y á la estension de sus ruinas; mas no debe hacerse caso del cómputo de Torquemada, que unas veces le da 25,000 habitantes, otras 50,000, y hasta 150,000 en el índice del primer tomo. A Cempoala sucedió lo mismo que á otras ciudades del Nuevo-Mundo: á saber, que con las enfermedades y los otros desastres del siglo XVI, fué desmuyéndose hasta despoplarse de un todo.

da con mucha destreza en la conversacion, lanzó un profundo suspiro, al que siguió una lamentacion amarga sobre las desventuras de su pueblo. Dijo que habiendo sido libres los Totonaecas desde tiempo inmemorial, y regidos por señores de su propia nacion, hacia pocos años que se hallaban oprimidos por el yugo de los Mexicanos; que estos por el contrario, de humildes principios se habian alzado á tanta grandeza, por su estrecha y constante alianza con los reyes de Acolhuacau y de Tlacopan, que se habian hecho señores de toda aquella tierra, que su poder era desmesurado, y su tiranía igual á su poder; que el rey de México se apoderaba del oro de sus súbditos, y los recaudadores de los tributos requerian sus hijas para violarlas, y sus hijos para sacrificarlos, ademas de otras inauditas vejaciones. Cortés mostró compadecerse de sus desgracias, y se ofreció á darle auxilios, dejando para otra ocasion el tratar sobre el modo de verificarlo, porque por entónces le urgia pasar á Quahuiztlan, para informarse del estado de sus buques. En esta visita le hizo el cempoalteca un regalo de alhajas de oro, que importó, segun dicen algunos autores, cerca de mil pesos.

Al dia siguiente se presentaron á Cortés cuatrocientos hombres de carga, que le enviaba aquel señor para trasportar su bagaje; y entónces supo por doña Marina el uso de aquellas naciones de suministrar espontáneamente y sin interes, aquel modo de conduccion á las personas de consideracion que transitaban por sus pueblos.

PRISION DE CINCO MINISTROS.

De Cempoala pasaron los españoles á Quiahuiztlan, pequeña ciudad, colocada sobre un monte áspero y peñascoso, á poco más de doce millas de Cempoala, hácia el Norte, y á tres del nuevo puerto. Allí tuvo Cortés otra conferencia con el señor

de aquel estado, y con el de Cempoala, que con este objeto se hizo llevar á aquel punto. En tanto que discurrían sobre los negocios de la independencia, llegaron con gran séquito cinco nobles Mexicanos, recaudadores de los tributos regios, mostrándose extraordinariamente coléricos contra los Totonacas por haber osado admitir aquellos estrangeros, sin aguardar el beneplácito del monarca, y exigiendo víctimas humanas para sacrificarlas á los dioses en expiación de tanto delito. Turbóse toda la ciudad con aquella nueva, y especialmente los dos señores que se reconocían mas culpables. Cortés, informado por Doña Marina de la causa de su consternación, imaginó un modo extraordinario de salir de aquel aprieto. Sugirió, pues, á los dos señores el atrevido consejo de apoderarse de los recaudadores y ponerlos en la cárcel; y aunque al principio se negaron á hacerlo, pareciéndoles un atentado tan temerario como peligroso, cedieron finalmente á sus instancias. Fueron pues encarcelados en las jaulas aquellos cinco personajes que habían entrado tan orgullosos en la ciudad, y con tanto desprecio de los españoles, que ni siquiera se dignaron mirarlos cuando pasaron por delante de ellos.

Apénas dieron aquel primer paso los Totonacas, cuando reanimando su valor, se adelantaron hasta el exceso de querer sacrificar aquella misma noche á los Mexicanos; pero los disuadió Cortés, el cual habiéndose conciliado con aquella medida el amor y respeto de los Totonacas, quiso captarse el agradecimiento de los Mexicanos con la libertad de sus compatriotas. Esta conducta artificiosa y doble, daba sin duda muestras de su gran ingenio; mas solo podrá alabarla aquellos cortesanos, cuya política se reduce al arte de engañar á los hombres, y que, no

haciendo caso de lo justo, solo buscan lo útil en sus operaciones. Cortés, pues, dió orden á sus guardias de sacar por la noche de las jaulas á dos de los Mexicanos, y de conducirlos cautelosamente á su presencia, sin que lo echasen de ver los Totonacas. Así se ejecutó, y los Mexicanos quedaron tan reconocidos al general español, que le hicieron mil demostraciones de gratitud, y le aconsejaron que no se fiase de sus bárbaros y pérfidos huéspedes. Cortés les encargó que manifestasen á su soberano cuánto lo había afligido el atentado cometido por aquellos montañeses contra sus ministros, asegurándole al mismo tiempo que pondría á los otros tres en libertad, como con ellos había hecho. Ellos marcharon inmediatamente para su capital, conducidos por los españoles en una barca, hasta mas allá de los límites de aquella provincia, y Cortés al día siguiente se mostró muy encolerizado contra sus guardias, por el descuido que habían tenido de dejar escapar á aquellos prisioneros. Añadió, que para que no sucediese lo mismo con los otros, quería ponerlos en prisión mas estrecha; y para hacerlo creer así, los mandó conducir encadenados á sus buques: de allí á poco los puso en libertad, como á los dos primeros.

CONFEDERACION DE LOS TONACAS CON LOS ESPAÑOLES.

Hizo inmediatamente correr la voz por todas aquellas montañas, de que los habitantes eran libres del tributo que pagaban al rey de Mexico, y que si llegaban otros recaudadores, se lo hiciesen saber, para apoderarse de ellos. Con esta noticia se despertó en toda la nación la dulce esperanza de la libertad, y empezaron á venir á Quiahuiztla otros muchos señores, no menos para dar gracias á su pretendi-

do libertador, que para deliberar sobre los medios de asegurar su independencia. Algunos, que aun no habian arrojado de sus ánimos el miedo de los Mexicanos, eran de dictámen que se pidiese perdon al rey por el atentado cometido con sus ministros; mas prevaleció, por sugestion de Cortés y de los dos señores de Cempoala y Quiahuitzla, la opinion opuesta de sustraerse al tiránico dominio de Moctezuma con el auxilio de aquellos valientes extranjeros, ofreciéndose á poner un ejército formidable bajo las órdenes del general español.

Cortés, despues de haberse asegurado suficientemente de la sinceridad de los Totonacas, é informádose de sus fuerzas, se valió de aquel momento favorable para inducir aquella numerosa nacion á prestar obediencia al rey católico. Celebróse este acto con intervencion del notario del ejército, y con todas las otras formalidades legales.

FUNDACION DE VERACRUZ.

Concluido felizmente aquel gran negocio, se despidió Cortés de aquellos señores para ir á poner en ejecucion un proyecto de suma importancia, que habia formado poco ántes, y era el de fundar en aquella costa una colonia fuerte, que pudiera servir á los españoles de refugio en sus desgracias, de punto de apoyo para mantener á los Totonacas en la fidelidad jurada, de escala para las nuevas tropas que viniesen de España ó de las islas Antillas, y de almacén y depósito de los efectos que les enviasen los naturales de aquellos paises, ó que pudieran recibir de Europa. Fundóse en efecto la colonia en el pais mismo de los Totonacas, en una llanura situada al pié del monte Quiahuitzla, á doce millas al Norte de Cempoala, y cerca del

nuevo puerto (1). Llamáronla Villa Rica de la Veracruz, por las muestras de riqueza que habian visto, y por haber desembarcado en viérnes santo, y aquella fué la primera colonia de los españoles en el continente de la América Setentrional. Cortés fué el primero que echó mano á la obra para estimular á los otros con su ejemplo, y con el auxilio de los Totonacas se construyó en breve un número suficiente de casas, y una pequeña fortaleza, capaz de hacer alguna resistencia á los Mexicanos.

NUEVA EMBAJADA Y REGALO DE MOCTEZUMA.

Entre tanto habian llegado á México aquellos dos recaudadores que Cortés puso en libertad, y dado noticia á Moctezuma de todo lo que habia ocurrido, elogiando altamente al general español. Moctezuma, que ya estaba decidido á enviar un ejército, para castigar la insolente temeridad de los extranjeros, y arrojados de sus dominios, se detuvo con aquella noticia, y agradecido á los servicios que aquel general habia hecho á sus ministros, le envió dos príncipes sobrinos suyos (hijos quizás de su hermano Cuithlauhztzin),

(1) Casi todos los historiadores se engañan acerca de la fundacion de Veracruz; pues cuando dicen que la primera colonia de los españoles fué la antigua, fundada sobre el rio del mismo nombre, creen que no ha habido mas que dos ciudades con el nombre de Veracruz, esto es, la antigua, y la moderna edificada en el mismo arenal en que desembarcó Cortés; pero no hay duda en que ha habido tres con el mismo nombre: la primera, fundada en 1519 cerca del puerto de Quiahuitzla, que conservó despues el nombre de Villa Rica; la segunda, la antigua Veracruz, fundada en 1523 ó 1524 y la tercera, la nueva Veracruz, que hoy conserva este segundo nombre y fué fundada por orden del conde de Monterey, virrey de México, á fines del siglo XVI, y recibió de Felipe III el título de ciudad en 1615.

acompañados de muchos nobles y servidores, y con un regalo de alhajas de oro que importaban mas de dos mil pesos. Dieron gracias á Cortés en nombre del rey, y juntamente se le quejaron de haber hecho amistad con los rebeldes Totonaecas, porque esta nacion habia tenido la insolencia de negar el tributo que debía á su soberano. Añadieron, que solo por respeto á tales huéspedes, no habia venido ya un ejército á castigar la rebelion de aquellos pueblos; pero que al fin no quedarían impunes. Cortés, despues de haber significado con las espresiones mas convenientes su gratitud; procuró defendese de la acusacion sobre la amistad de los Totonaecas, alegando la necesidad en que se habia visto de buscar víveres para sus tropas, á causa de haber sido abandonado por los Mexicanos. Dijo ademas, que por lo que respectaba al tributo, no era posible que aquella nacion sirviese juntamente á dos señores: que él esperaba pasar en breve á la corte para satisfacer mas completamente al rey, y hacerle ver la sinceridad de su conducta. Los dos príncipes, despues de haber visto con gran placer y admiracion el ejercicio militar de la caballería española, regresaron á la capital.

DESTRUCCIÓN DE LOS IDOLOS DE CEMPOALA.

El señor de Cempoala, á quien habia desagrado mucho la última embajada de los Mexicanos, para estrechar mas y mas su alianza con los españoles, presentó á Cortés ocho doncellas bien vestidas, á fin de que só casasen con los capitanes, y entre ellas habia una sobrina suya que destinaba al mismo general. Cortés, que habia hablado muchas veces con él sobre la religion, le respondió que no podia aceptarlas, si antes no renunciaban la idolatría, y abrazaban el cristianismo; y de aquí to-

mó ocasion para esplicarle de nuevo las puras y santas verdades de nuestra religion, y declamó con la mayor energía contra el culto de aquellos falsos númenes, especialmente contra la horrenda crueldad de sus sacrificios. A tan ferrosas exhortacion, respondió el cempoalteca, que aunque apreciaba altamente su amistad, no podia complacerlo en abandonar el culto de sus dioses, de cuyas manos recibian aquellos pueblos la salud, la abundancia y todos los bienes que poseian, y de cuya cólera, provienda por su ingratitude, debian temer los mas severos castigos. Inflamóse mas con esta respuesta el celo de Cortés, y volviéndose á sus soldados, les dijo: "Vamos, españoles, ¿qué aguardamos? Cómo podemos sufrir que estos, que se jactan de ser nuestros amigos, den á las estátuas é imágenes abominables del demonio, el culto que se debe á nuestro único y verdadero Dios? ¿Cómo permitimos que diariamente y á nuestra vista les sacrifiquen vietimas humanas? Animo, soldados: ahora es ocasion de manifestar que somos españoles, y que hemos heredado de nuestros abuelos el celo ardiente en favor de nuestra religion. Destroecemos sus ídolos, y quitemos de la vista de estos infieles ese perverso fomento de su supersticion. Si así lo conseguimos, haremos un servicio á Dios: si morimos en la empresa, él nos recompensará con la gloria eterna el sacrificio que le haremos de nuestras vidas."

El Cempoalteca, que en el semblante de Cortés, y en los movimientos de los soldados descubria claramente su intento, hizo señal á su gente que apercibiese á la defensa de sus dioses. Empezaban ya los españoles á subir las escaleras del templo, cuando los Cempoaltecas, atónitos é indignados, gritaron que se guardasen de cometer aquella tropelía, si no querian que se

déplomase sobre ellos toda la cólera de los números. No siendo Cortés capaz de intimidarse con sus amenazas, les respondió que ya muchas veces los había amonestado que dejasen aquella infame superstición: que pues no habían querido tomar un consejo tan provechoso, tampoco quería él conservar por mas tiempo su amistad: que si los mismos Totonacas no se decidían á quitar de en medio aquellos abominables simulacros, él con su gente los haría pedazos; y por último, que se guardasen de cometer la menor hostilidad contra los españoles, porque inmediatamente los atacarían ellos con tanto furor, que ni uno dejarían con vida. A estas amenazas añadió Doña Marina otra mas eficaz: á saber, que si querían oponerse al intento de aquellos estrangeros, en vez de aliarse con los Totonacas contra los Mexicanos, se unirían con los Mexicanos contra los Totonacas, y en este caso sería inevitable su ruina. Esta razon entibió el primer ardor del celo del cempoalteca; y siendo mas poderoso en su ánimo el miedo de los Mexicanos, que el de sus dioses, dijo á Cortés que hiciese lo que le agradase, pues él no tenia bastante valor para poner suerlegamente las manos en los simulacros de sus divinidades. Apénas tuvieron el permiso los españoles, cuando cincuenta soldados, subiendo apresuradamente á la parte superior del templo, arrebataron los ídolos de los altares, y los arrojaron por las escaleras. Los Totonacas, entre tanto, llorando á lágrima viva, y cubriéndose los ojos por no ver aquella profanacion, rogando con voz doliente á sus dioses que no castigasen en la nacion la temeridad de aquellos estrangeros pues ellos no podían impedirla, sin ser sacrificados al furor de los Mexicanos. Sin embargo, algunos, ó menos cobardes, ó mas celosos del honor de sus números, se disponían á tomar

vinganza de los españoles; y hubieran venido á las manos, si estos no se hubieran apoderado del señor cempoalteca, y de cinco de los principales sacerdotes, y si amenazándolos con la muerte, no los hubieran obligado á comprimir el ímpetu de sus computriotas.

Después de una accion tan osada, en la que no tuvo parte la prudencia, mandó Cortés á los sacerdotes que quitasen de su vista y arrojasen al fuego los fragmentos de los ídolos. Fué prontamente obedecido, y lleno entónces de júbilo, como si al aniquilar los ídolos hubiera destruido la idolatría, y estirpado en aquellos pueblos la supersticion, dijo al señor de Cempoala que aceptaba de buena voluntad las ocho doncellas que le ofrecia; que de entónces en adelante miraría á los Totonacas como sus amigos y hermanos, y que en todas sus necesidades los ayudaría contra sus enemigos; que pues ya no debían ser adoradas aquellas detestables imágenes del demonio; queria colocar en el mismo templo la de la Madre del verdadero Dios, á fin de que la reverenciasen, é implorasen su proteccion. Entró en seguida en un largo razonamiento sobre la sanctidad de la religion cristiana; y cuando lo hubo concluido, mandó á los albañiles cempoaltecas, quitasen de las paredes del templo aquellas horrosas manchas de sangre humana que se conservaban como trofeos de su inhumano culto, y que las puliesen y blanqueasen. Después mandó construir un altar, al uso de los cristianos, y colocó sobre él la imagen de Maria Santísima. Cometió al cuidado de quatro sacerdotes cempoaltecas, el nuevo santuario, encargándoles que estuviesen siempre ascados y vestidos de blanco, en lugar del triste ropaje negro de que usaban, por causa de su ministerio. A fin de que nunca faltasen luces delante de aquella

sagrada imagen, les enseñó el uso de la cera que las abejas trabajaban en sus montañas; y para que en el tiempo de su ausencia no fuesen repuestos los ídolos, ni profanado de ningún modo el santuario, dejó en él á uno de sus soldados, llamado Juan Torres, que por su avanzada edad era poco útil en la guerra, y que hizo á Dios el sacrificio de permanecer entre aquellos infieles, para promover su culto. Las ocho doncellas, despues de haber sido suficientemente instruidas, recibieron el santo bautismo, tomando el nombre de Doña Catalina, la sobrina del señor de Cempoala, y el de Doña Francisca; la hija de Cuexco, uno de los principales señores de aquella nacion.

De Compaña volvió Cortés á la nueva colonia de Veracruz, donde tuvo el consuelo de reforzar su pequeño ejército con dos capitanes y diez soldados que llegaron de Cuba, á los que se agregaron, de allí á poco, otros seis hombres, que fueron tomados por engaño de un buque de la Jamaica.

CARTAS DE CORTÉS Y DEL EJERCITO AL REY CATÓLICO.

Antes de emprender el viaje á México, quiso Cortés dar cuenta á su soberano de todo lo que hasta entónces le habia ocurrido; y á fin de que sus noticias fueran mejor recibidas, envió todo el oro que se habia reunido, cediendo su parte, por sugestion del mismo general, cada uno de los oficiales y soldados de la expedicion. Cortés en aquella carta prevenia al rey contra las tentativas del gobernador de Cuba. Otras dos se le escribieron, una firmada por los magistrados de la nueva colonia, y otra por los principales oficiales de las tropas, y en ellas le rogaban que aprobase cuanto habian hecho, y que confirmase los cargos de capitán general y

de primer juez, conferidos por los votos de toda la armada á Cortés, á quien recomendaban con los mas magníficos elogios. Estas cartas, juntamente con el regalo de oro, fueron enviadas á España con los dos capitanes Alonso Hernandez de Porto-carro y Francisco de Montejo, que se hizo á la vela el 16 de julio de 1519.

ACCION FAMOSA DE CORTÉS.

Apénas habian salido aquellos procuradores, cuando Cortés, que siempre tenia ocupada la mente en altos designios, llevó á cabo una empresa, que por sí sola bastaria á dar á conocer su magnanimidad, y á immortalizar su nombre. Para quitar á sus soldados toda esperanza de volver á Cuba, y para reforzar su ejército, con los marineros de la escuadra, despues de haber castigado con el último suplicio á dos de sus soldados que maquinaban traicion y fuga en uno de los buques, y con otras menores penas corporales á tres de sus cómplices, indujo á fuerza de razones y ruegos á dos de sus confidentes, y á uno de los pilotos de quien mas se fiaba, á barrenar en secreto uno ó dos de los buques, y á persuadir á todos que se habian perdido por estar agujerados por la broma, manifestándole á él, de un modo público, que los otros no podian servir por la misma causa; lo que no debia parecer extraño, habiendo estado parados tres meses en el puerto. Valióse de este engaño para que no se conjurase contra él la gente, hallándose reducida á la necesidad de vencer ó morir. Todo se hizo como lo habia dispuesto, y con el consentimiento de todo el ejército, despues de haber sacado de los bajeles las velas, las cuerdas, la clavazon y todo cuanto podia ser de alguna utilidad. "Así fué, dice Robertson, como por un esfuerzo de magnanimidad, que no tiene ejemplo en la historia, qui-

nientos hombres convinieron voluntariamente en encerrarse en un país enemigo, lleno de naciones poderosas y desconocidas, cerrados todos los caminos á la fuga y sin otro recurso que su valor y su perseverancia." Yo no dudo que la atrevida empresa que Cortés meditaba hubiera sido del todo imposible, á no haber tomado aquella resolución; pues los soldados, á vista de los grandes obstáculos que á cada paso encontraban, hubieran esquivado el peligro con la fuga, y el mismo general se hubiera visto obligado á seguirlos.

VIAJE DE LOS ESPAÑOLES AL PAIS DE LOS TLAXCALTECAS.

Libre de estas inquietudes, ratificada la alianza con los Totonacas, y dadas las órdenes convenientes para el adelanto y la seguridad de la nueva colonia, pensó Cortés en hacer su viaje á México. Dejó en Veracruz cincuenta hombres al mando del capitán Juan de Escalante, uno de los mejores oficiales del ejército; encargó á los Compaltecas que ayudasen á los españoles á concluir la fortaleza, y que les suministrasen los víveres necesarios, y se puso en camino el 16 de agosto, con cuatrocientos quince peones españoles, diez y seis caballos, doscientos *Tlanama*, ú hombres de carga, para, el transporte de los bagajes y de la artillería, y con algunas tropas totonacas, entre las cuales iban cuarenta nobles, que Cortés tomó consigo, ó como auxiliares para la guerra, ó como rehenes de aquella nación. Los tres principales se llamaban, según algunos autores, *Toueh*, *Mamexi* y *Tamalli*.

Encaminóse por Talapan y Texotla; y despues de haber atravesado con suma fatiga algunas montañas desiertas, donde el aire era en extremo rígido, llegó á Xocotla (1), ciudad considerable, y con bue-

nos edificios, entre los cuales se alzaban trece templos, y el palacio del señor, construido de cal y canto, compuesto de un gran número de buenas salas y cámaras, y que era la fábrica mas completa que los españoles habian visto hasta entonces en el Nuevo Mundo. Tenia el rey de México en aquel pueblo, y en los caseríos que de él dependian, veinte mil vasallos, y cinco mil Mexicanos de guarnición. Olintetl (que así se llamaba el señor de Xocotla), salió á recibir á los españoles, y los alojó cómodamente en la ciudad; pero en el suministro de víveres se mostró al principio algun tanto escaso, hasta que por los informes de los Totonacas adquirió una idea mas ventajosa de su valor, de la fuerza de sus armas y de sus caballos. En la conferencia que tuvo con el general español, uno y otro ponderaron á porfía la grandeza y el poder de sus respectivos soberanos. Cortés exigia inconsideradamente que aquel señor prestase obediencia al rey católico, y diese alguna cantidad de oro en reconocimiento de su vasallaje. "Tengo mucho oro," respondió Olintetl; pero no quiero darlo sin consentimiento espreso de mi rey." "Yo haré dentro de poco," respondió Cortés, que os mande darme el oro y todo cuanto poseeis." "Si así lo manda," repuso Olintetl, no solo os daré el oro y todo cuanto poseo, sino tambien mi persona." Pero lo que no pudo obtener Cortés de aquel señor con sus amenazas, lo consiguió de la liberalidad de dos personajes de aquel valle, que fueron á visitarlo á Xocotla, y le prescitaron algunos collares de oro y siete ú ocho esclavas. Hallóse perplejo Cortés sobre el camino que debía tomar

ciudad *Xocotla*; lo que puede inducir á error á los lectores, pues sería fácil confundirla con la de *Zacatlan*, situada á distancia de treinta millas de Tlaxcala, hácia el Norte.

(1) Bernal Diaz y Solís llaman á esta

para llegar á México. El señor de Xocotlan y los comandantes de la guarnición mexicana, le aconsejaban que se encaminase por Cholula; pero él creyó mas seguro el dictámen de los Totonacas, que preferían pasar por Tlaxcala; y en efecto hubiera perecido en Cholula con toda su tropa, si hubiese ido allí en derechura, como se inferirá de lo que despues diré. Para obtener de los Tlaxcaltecas el permiso de pasar por su país, envió al senado cuatro mensajeros, de los mismos Cempoaltecas que lo acompañaban; mas estos, como luego veremos, no hicieron la propuesta en nombre de los españoles, sino en el de los Totonacas, ó porque así se lo mandó el general español, ó porque á ellos les pareció mas conveniente.

De Xocotlan pasó el ejército á Iztacmaxtitlan, cuya poblacion se extendia por diez ó doce millas, en dos filas no interrumpidas de casas edificadas sobre las dos márgenes de un riachuelo, que corrí por medio de aquel largo y estrecho valle. La ciudad, que propiamente tenía aquel nombre, que se componia de bellos edificios y de una poblacion de cerca de seis mil almas, ocupaba la cima de un monte alto y escabroso, cuyo señor fué uno de aquellos dos personajes que visitaron y regalaron á Cortés en Xocotlan. A la natural aspereza del sitio, habia añadido el arte buenas murallas, con sus barbacanas y fosos (1); puez siendo aquella plaza fronteriza de los Tlaxcaltecas, estaba mas espuesta á sus invasiones. Allí fueron muy bien acogidos y regalados los españoles.

ALTERACIONES DE LOS TLAXCALTECAS.

Entre tanto se ventilaba en el senado de Tlaxcala su solicitud, toda aquella gran ciudad se habia alterado con la

(1) Cortés en sus cartas compara aquella fortaleza á las mejores de España.

noticia de la llegada de los extranjeros, y especialmente con los pernocteros que dieron los mensajeros cempoaltecas, de su aspecto y de su valor, del tamaño de sus buques, de la agilidad y violencia de sus caballos, y del espantoso tronido y fuerza destructora de su artillería. Regian á la sazón aquella república Xicotencatl, señor del cuartel de Tizatlan; Maxicatzin, señor del de Ocotelolco, y general de las armas de la república; Tlехuexolotzin, señor de Tlөpicpac, y Citlalpopocatzin, señor de Quiahuiztlan. Los Cempoaltecas fueron cortesmente recibidos y alojados en la casa destinada para morada de los embajadores (1), y despues que reposaron y comieron, se les introdujo en la sala del senado, para esponer su mensaje. Allí, despues de haber hecho una profunda inclinacion, todas las otras ceremonias acostumbradas en semejantes casos, uno de ellos tomó la palabra y dijo: "Muy grandes y valientes señores, los dioses os den prosperidad, y victoria contra todos vuestros enemigos. El señor de Cempoala y con él toda la nacion de los Totonacas os saludan, y os hacen saber que de parte de Levante han llegado á nuestro país en unos grandísimos barcos, ciertos héroes fuertes y sumamente valerosos, con cuyo auxilio venimos á libertaros del tiránico dominio del rey de México. Ellos dicen que son súbditos de un poderoso monarca, en cuyo nombre quieren visitaros, ofre-

(1) Bernal Díaz del Castillo dice que los mensajeros fueron dos, y que inmediatamente despues de su llegada á Tlaxcala, fueron puestos en la cárcel; pero el mismo Cortés que los envió, afirma que eran cuatro, y del contexto de su relacion, se infiere que Bernal Díaz no tuvo buenos informes acerca de lo que ocurrió en Tlaxcala. La narracion de este escritor, contraria á la de los otros historiadores españoles é indios, ha inducido á error á muchos escritores modernos, y entre ellos á Robertson.

ciéndose á daros noticia del verdadero Dios y á prestaros ayuda contra vuestro antiguo y capital enemigo. Nuestra nacion, por la estrecha amistad con vuestra república, que constantemente ha cultivado, os aconseja que recibais como amigos á estos héroes, los cuales, aunque pocos, valen por muchos." Maxixcatzin les respondió en nombre del senado, que daban gracias á los señores Totonacas por la noticia y por el consejo, y á los valientes extranjeros por el socorro que se ofrecian á prestarles; mas que se necesitaba algun tiempo para deliberar sobre un punto de tanta importancia: que entre tanto se restituyesen á su alojamiento, donde serian tratados con la distincion que correspondia á su nacimiento y á su carácter. Retiráronse los mensajeros, y el senado quedó en deliberacion.

Maxixcatzin, que gozaba del aprecio general por su benignidad y por su prudencia, dijo que no se debía desochar aquel consejo, pues lo daban unos amigos tan fieles, y tan contrarios al gran enemigo de la república; que aquellos extranjeros, segun lo que de ellos decian los Cempoaltecas, parecian ser los héroes, que segun su tradicion, debian llegar á aquellos países: que los terremotos que poco ántes se habian sentido, el cometa que á la sazón se dejaba ver en el cielo, y otros semejantes sucesos de aquellos últimos años, eran indicios de acercarse el cumplimiento de la referida tradicion; que si los extranjeros eran inmortales, en vano seria hacerles resistencia, y oponerse á su entrada.

"Nuestra oposicion, añadió, podria ocasionar daños gravísimos y para el rey de México seria motivo de maligno placer; el ver introducidos por fuerza en la república á los que no queremos aceptar de buena voluntad; por todo lo cual es mi opinion que se deban recibir amigable-

mente." Esta opinion fué acogida con aplausos; pero la contradijo inmediatamente Xicotencatl (1); anciano de gran autoridad por su larga práctica en los negocios civiles y militares. "Nuestras leyes, dijo, nos mandan dar acogida á los extranjeros; mas no á los enemigos, que puedan ser perjudiciales al estado. Estos hombres, que pretenden entrar en nuestra ciudad, mas parecen monstruos arrojados por el mar, no pudiendo ya sufrirlos en su seno, que dioses bajados del cielo, como neclamente se imaginan algunos. ¿Es posible que sean dioses los que buscan con tanta avidéz el oro y los placeres? ¡Y qué no debemos temer de ellos, en un país tan pobre como el nuestro, que hasta de sal carece para el condimento de nuestros manjares! Agravio hace al valor de la nacion quien la cree capaz de ser vencida por unos pocos extranjeros. Si son mortales, las almas de los Tlaxcaltecas lo harán ver al mundo; y si son inmortales, tiempo tendremos de aplacar con obsequios su enojo, y de implorar con el arrepentimiento su perdon. Rechacemos pues su demanda, y si quieren entrar por fuerza, sea reprimida con las armas su temeridad." Esta contradiccion de opiniones entre dos personajes de tanto respeto, dividió los ánimos de los otros senadores. Los que eran inclinados al comercio, y estaban acostumbrados á la vida pacífica, se agregaron al parecer de Maxixcatzin, y los militares abrazaron el de Xicotencatl. Temiloltecatl, uno de los senadores (2) sugirió un arbitrio para

(1) Solís atribuye al jóven Xicotencatl el razonamiento de su anciano padre; pero yo doy mas crédito á los autores antiguos que estuvieron informados por los mismos Tlaxcaltecas.

(2) Herrera y Torquenada dicen que Temiloltecatl era uno de los cuatro señores de Tlaxcala; pero de las Memorias de Camargo.

conciiliar ambos dictámenes. Propuso que se enviase al gefe de aquellos estrangeros una respuesta cortés y amigable, concediéndole el permiso de entrar en el territorio de la república; pero que al mismo tiempo se diese órden á Xicotencatl el jóven, de salir con las tropas otomites de la república, á cerrarles el paso, y á probar sus fuerzas. "Si quedamos vencedores, dijo, será inmortal la gloria de nuestras armas: si somos vencidos, cearemos la culpa á los Otomites, y daremos á entender que emprendieron la guerra sin nuestra órden (2)." Artificio político, que se practica muy frecuentemente en el mundo, y especialmente por las naciones cultas; pero no menos contrario á la buca fé que se deben entre sí los hombres. *Aceptó el senado el consejo de Temiloltecatl*; pero ántes de despedir á los mensajeros con la respuesta, dió á Xicotencatl las órdenes convenientes. Este era un jóven intrépido, enemigo del reposo, y aficionado en demasía á la gloria militar; por lo que aceptó con gusto un encargo que le daba ocasion de lucir su esfuerzo y su arrojo.

Cortés, despues de haber aguardado ocho dias la respuesta del senado, creyendo que aquella tardanza seria efecto de la lentitud que suele afectar la magestad de los potentados, y no dudando por esto lo que los Cempoaltecas le decian, que se-

y de otros Tlaxcaltecas, y aun de lo que dice el mismo Torquemada se infiere claramente que los cuatro señores eran los que he nombrado en el texto. Quizá podria conciliarse esta anomalia suponiendo que *Tlehuelotzin* se llamaba ademas *Temiloltecatl*, como tambien tepia el nombre de *Tezcaacatl*; pues sabemos que muchas personas tenian dos y tres nombres.

(2) Ya he dicho que muchos Otomites se habian refugiado á Tlaxcala para sustraerse al dominio de los Mexicanos, y que hacian servicios importantes á la república.

ria bien recibido por los Tlaxcaltecas, salió de *Iztacmaxtitlan* con todo su ejército, que ademas de los Totouacas y de los españoles, se componia de un competente número de tropas mexicanas de la guarnicion de Xocotla, y marchó en buen órden, como solia, hasta la muralla, que por aquella parte separaba los estados de México y Tlaxcala. Esta gran fortaleza, cuya descripcion y modulos he dado, hablando del arte militar de aquellos pueblos, habia sido construida por los Tlaxcaltecas, para defenderse de sus antiguos enemigos por la parte de Levante (1), y con el mismo objeto habian hecho fosos y trincheras por la de Poniente. La salida del muro, que siempre estaba guardada por tropas otomites, se halló, no sé por qué, enteramente abandonada en aquella importante ocasion; de modo que las tropas españolas entraron sin inconveniente en el territorio de la república, lo que de otro modo no hubieran podido hacer, sin derramar mucha sangre.

Aquel mismo dia, que fué el 31 de agosto, se dejaron ver algunos indios armados, y queriendo alcanzarlos la caballería de descubierta, para tener por ellos algunos datos de la resolucion del senado, fueron muertos dos caballos, heridos otros tres y dos hombres: pérdida ciertamente grande para una caballería tan reducida. Presentóse en seguida una fuerza, que parecia como de cuatro mil hombres, contra los cuales se avanzaron los españoles y los aliados, y muy en breve los pusieron en derrota, quedando muertos ochenta Otomites. De alli á poco llegaron dos de los mensajeros cempoaltecas, con algunos

(1) De lo que dijeron los Mexicanos á Cortés acerca de la muralla podria inferirse que fueron ellos los que la fabricaron; pero no tiene duda que fueron los Tlaxcaltecas.

Tlaxcaltecas (1), los cuales cumplimentaron á Cortés en nombre del senado, y le hicieron saber el permiso que se le concedía de ir con su ejército á Tlaxcala, manifestándole al mismo tiempo que las hostilidades cometidas hasta entónces habian sido culpa de los Otomites, y ofreciéndose á pagarle los caballos muertos. Cortés fingió dar crédito á su mensaje, y manifestó su gratitud al senado. Los Tlaxcaltecas se despidieron, y retiraron del campo sus muertos para quemarlos. Cortés mandó enterrar los dos caballos, para evitar que con su vista se animasen los enemigos á cometer nuevas hostilidades.

Al día siguiente marchó el ejército hasta la proximidad de unas montañas, entre las cuales habia unos barrancos. Allí lo alcanzaron los otros dos mensajeros cempoaltecas, que habian quedado en Tlaxcala, bañados de sudor y de lágrimas, y maldeciendo la perfidia y la crueldad de los Tlaxcaltecas; pues violando el derecho de gentes, los habian maltratado y aprisionado, destinándolos para el sacrificio, del que se habian libertado, habiendo tenido la fortuna de poderse desatar uno á otro. Esta relacion era ciertamente falsa; pues era imposible que se libertasen por sí las víctimas, tauto por la estrechez de las jaulas en que las tenian, cuanto por la vigilancia de las guardias que los custodiaban; ademas que no habia ejemplo de haber faltado los Tlaxcaltecas al respeto debido al

(1) Bernal Diaz dice que los primeros mensajeros cempoaltecas volvieron á Cortés ántes de haber entrado este en el país de Tlaxcala; pero Cortés afirma lo contrario. En cuanto á la relacion de los otros dos que quedaron en Tlaxcala, aunque casi todos los historiadores españoles le han dado fe, es enteramente increíble por las razones dadas en el Texto. Robertson hace algunas conjeturas para darle verosimilitud; pero no convencen.

carácter de los embajadores, y mucho menos siendo estos de una nacion tan estrechamente unida con ellos por los vínculos de la amistad. Lo que parece mas verosímil es, que el senado, despues de haber despedido los primeros mensajeros, entretuvo á los otros dos, para despacharlos cuando hubiesen sido probadas las fuerzas de los españoles, y que ellos impacientes de volver al ejército, se fugaron ocultamente, y procuraron justificar su resolucion con aquel pretesto.

GUERRA DE TLAXCALA.

Apéus habian terminado los Cempoaltecas su relacion, cuando se dejó ver una hueste de cerca de mil Tlaxcaltecas, los cuales, luego que descubrieron á los españoles, empezaron á tirarles flechas, piedras y dardos. Cortés, despues de haberles protestado delante del notario regio del ejército, y por medio de tres prisioneros, que no venian con intenciones hostiles, rogándoles al mismo tiempo que no le tratasen como á enemigo, viendo que sus reconveniones eran inútiles, dió orden de rechazarlos. Los Tlaxcaltecas se retiraron, atrayendo á los españoles á los barrancos de que he hecho mencion, donde no podian manejar sus caballos, y donde los esperaba un gran ejército (1). Allí se dió un encuentro terrible, en que los españoles se creyeron perdidos; pero reunidos en el mejor órden que pudieron, y animados por las exhortaciones y el ejemplo de su general, se desembarazaron

(1) Bernal Diaz dice que el ejército Tlaxcalteca era de cuarenta mil hombres; Cortés creyó que pasaba de cien mil; otros escritores dicen treinta mil. Es difícil conocer á ojo el número de hombres de un ejército, sobre todo, no observando este el órden de la milicia europea. Por no esponerme á errar, me contento con decir que el ejército era grande.

de aquel peligro, y entrando en la llanura, hicieron tan grande estrago en los enemigos con la artillería y con los caballos, que los obligaron á retirarse. De los Tlaxcaltecas hubo un gran número de heridos, y no poco de muertos. De los españoles, aunque hubo quince gravemente heridos, solo uno murió al día siguiente. En esta ocasión hubo un famoso duelo entre un capitán tlaxcalteca y un noble cempoalteca, de los que habian ido con el mensaje á Tlaxcala. Los dos pelearon bravamente largo rato á vista de ambos ejércitos; mas al fin venció el cempoalteca, que habiendo arrojado al suelo á su contrario, le cortó la cabeza, y la llevó en triunfo á los suyos. Celebróse la victoria con aclamaciones y con música militar. El sitio en que se dió esta batalla se llamaba Tévatzitron; es decir, lugar del agua divina.

Aquella noche acampó el ejército español en una colina, en que había una torre á distancia de cerca de diez y ocho millas de la capital de Tlaxcala. Construyéronse barracas para comodidad de las tropas, y se hicieron trincheras para su defensa. Allí estuvo el campo de los españoles hasta la paz con aquella república.

Cortés para obligar con sus hostilidades á los Tlaxcaltecas á recibir la paz y la amistad que les ofrecía, salió el tres de setiembre con su caballería, cien peones españoles, cuatrocientos Cempoaltecas y trescientos Mexicanos de la guarnición de Iztacmaxtitlan: quemó cinco ó seis caseríos vecinos, é hizo cuatrocientos prisioneros, los cuales, despues de haberlos obsequiado y regalado, puso en libertad, á los principales de entre ellos que fueran de su parte á ofrecer la paz á los caudillos de su nacion. Estos fueron en derecho á Xicotencatl el jóven, el cual estaba acampado con un gran ejército á seis

millas de distancia de aquella colina. El orgulloso Tlaxcalteca respondió que, si los españoles querian tratar de paz, se encaminasen á la capital, donde seria victinns consagradas á sus dioses, y sus carnes, manjar de los Tlaxcaltecas; que por su parte, al día siguiente les enviaria una persona con la respuesta decisiva. Esta resolución, notificada á los españoles por los mismos mensajeros, los puso en tanta consternación, que pasaron la noche preparándose á la muerte con la confesion sacramental, sin descuidar por esto las precauciones necesarias á su defensa.

Al día siguiente, 5 de setiembre, se presentó el ejército tlaxcalteca, no menos terrible á la vista por su innumerable muchedumbre (1), que hermoso por la variedad de penachos y otros adornos militares que ostentaban los guerreros. Dividíase en cinco huestes de diez mil hombres cada una; llevaban estas sus respectivos estandartes, y á retaguardia, segun el uso de aquellas naciones, venia la insignia comun y principal de la república, que como ya he dicho, era una águila de oro, con las alas extendidas. El arrogante Xicotencatl, para dar á entender el poco caso que hacia de los españoles, y que no queria vencerlos por hambre, sino con las armas y con el valor, les envió un regalo de trescientos pavos y doscientas canastas de *taualli*, exhortándolos á restaurar sus

(1) Cortés dice que el ejército tlaxcalteca era de mas de 149,000 hombres: Bernal Diaz asegura como cosa averiguada y sabida, que constaba de 50,000, esto es, 10,000 de Maxicatzin; 10,000 de Xicotencatl; 10,000 de Tohuexolotzin; 10,000 de Chichimeca-teotitl, uno de los señores principales de aquella república; 10,000 de Tecpanecatil, señor de Topoxanco, ciudad considerable de la misma. Estos nombres fueron sin embargo muy alterados por aquel escritor. Su cálculo parece verosímil: el que se lee en las Cartas de Cortés pudo ser error de imprenta.

fuerzas para la batalla. De allí á poco destacó dos mil hombres animosos para que asaltasen el campamento de los españoles. Este asalto fué tan violento, que forzando las trincheras, entraron en el campo y combatieron cuerpo á cuerpo con los españoles. Los Tlaxcaltecas hubieran conseguido la victoria en aquella ocasion, tanto por el número superior de sus tropas, cuanto por su valor y la igualdad de sus armas, que eran picas, espadas, y dardos de dos y tres puntas, si la discordia suscitada entre ellos, no hubiera facilitado el triunfo á sus enemigos. El hijo de Chichimeca-tenctli, que mandaba el cuerpo de tropas de su padre (1), habiendo sido injuriado con palabras por el arrogante Xicotencatl, se indignó de tal modo, que lo desafió á combate singular, que decidiese de su valor y de su suerte; y no pudiendo obtener de él aquella satisfaccion, para vengarse de algun modo, retiró del campo las tropas que estaban bajo sus órdenes, é indujo á Tlehu-xolotzin á que hiciera lo mismo. A pesar de tan gran disminucion del ejército, la batalla fué obstinada y sangrienta. Los españoles, despues de haber rechazado valerosamente las tropas que habian asaltado su campamento, marcharon en órden de batalla contra el cuerpo del ejército tlaxcalteco. Los estragos que hacia en su agolpada muchedumbre la artillería, no bastaban á hacerles volver la espalda, ni impedian que se llenasen prontamente los vacíos que los muertos dejaban; ántes bien con su firmeza é intrepidez habian puesto en confusion y derrota á los españoles, no obstante los gritos y reconvencciones de Cortés y de sus capitanes. Fi-

nalmente, despues de cuatro horas de combates volviéron victoriosos los españoles á su campo, aunque no cesaron los Tlaxcaltecos de molestarlos en el curso de aquel mismo dia. De los españoles faltó un solo hombre, habiendo sido heridos sesenta, y todos los caballos. Los Tlaxcaltecos tuvieron muchos muertos; pero no se vió un solo cadáver, por la suma diligencia y prontitud con que los retiraban del campo de batalla.

Disgustado Xicotencatl de aquella expedicion, hizo consultar á los adivinos de Tlaxcala, y estos respondieron que aquellos extranjeros, como hijos que eran del sol, no podian ser vencidos durante el dia; pero cuando llegaba la noche, y les faltaba el calor de aquel planeta, les faltaban tambien las fuerzas para defenderse. En virtud de aquel oráculo, resolvió el general dar de noche un asalto al campamento de los españoles. Entre tanto Cortés salió de nuevo para hacer hostilidades en los pueblos inmediatos, de los cuales quemó diez y entre ellos uno de tres mil vecinos, y se volvió con algunos prisioneros.

Xicotencatl, para no errar el golpe que meditaba, quiso informarse de las disposiciones y de las fuerzas del campamento de los enemigos. Envió para esto cincuenta hombres á Cortés, con un regalo, y con expresiones de benevolencia y de urbanidad, encargándoles al mismo tiempo que observasen atentamente la disposicion interior de aquel sitio; mas no pudieron hacerlo con tanto disimulo, que no lo echase de ver Tench, uno de los tres principales cempoaltecas, el cual dió parte inmediatamente á Cortés de sus sospechas. Este general, habiendo llamado aparte á algunos de los mensajeros, los obligó con amenazas á declarar que Xicotencatl pensaba dar el asalto la noche siguiente, y que ellos habian sido envia-

(1) Solís dice que Chichimeca-tenctli era aliado de la república, pero se engaña, pues sabemos por todos los historiadores que era uno de los principales señores de ella.

dos para averiguar el punto por donde sería mas fácil la entrada. Cortés, oída su confesion les hizo cortar las manos á todos los cincuenta (1), y los mandó á su jefe, encargándoles hacerle saber que, viniése de día ó de noche á su campo, le haría conocer que eran españoles; y pareciéndole aquella ocasion favorable para la batalla, ántes que los enemigos estuviesen aperebidos al asulto, salió al anocheecer con un buen número de tropas y con sus caballos, á los que hizo poner campanillas en los pretales, y marchó al encuentro de los enemigos, que ya se encaminaban hácia el campamento.

La vista del castigo ejecutado en los espías, y el ruido de las campanillas en el silencio y en la oscuridad de la noche, inspiraron tanto miedo á los Tlaxcaltecas, que inmediatamente echaron á huir, y el mismo Xicotencatl volvió lleno de confusion y vergüenza á la capital. Tomó de allí ocasion Maxixcatzin para inculcar su primer sentimiento, añadiendo á las razones que ya habia espuesto, la esperiencia funesta de tantas acciones perdidas: lo que bastó á mover el ánimo de todo el senado á la paz.

NUEVA ENBAJADA Y REGALOS DE MOCTEZUMA.

Mientras se ventilaba este negocio en Tlaxcala, se consultaba en México sobre lo que debía hacerse con aquellos extranjeros. Moctezuma, noticioso de las victorias de los españoles, y temiendo su confederacion con los Tlaxcaltecas, llamó al rey de Texcoco, su sobrino, al príncipe Cuítlahuatzin y á otros sus consejeros: les espuso el estado de las cosas, les des-

cribió sus temores, y les pidió su parecer sobre el partido que le convendría tomar en tan arduas circunstancias. El rey de Texcoco se mantuvo en su primer parecer: esto es, que los extranjeros fuesen magníficamente tratados por donde quiera que pasasen; que fuesen benignamente admitidos en la capital, y se diese oídos á sus proposiciones, como á las de cualquier vasallo, mostrando siempre el rey su superioridad, y guardando aquel decoro que convenia á la magestad del trono; que si llegaban á maquinarse contra la persona del rey ó contra la seguridad del estado, se empleasen contra ellos la fuerza y la severidad. El príncipe Cuítlahuatzin repitió lo que habia dicho en la otra conferencia: que no era conveniente admitir á los extranjeros en la capital; que se enviase á su jefe un buen regalo, y que se le preguntase qué era lo que deseaba de aquel pais para el gran señor en cuyo nombre venia, y se le ofreciese la amistad y la buena correspondencia de los Mexicanos; pero que al mismo tiempo se le hiciesen nuevas instancias para que regresase á su patria. De los consejeros, unos abrazaron el dictámen del rey de Texcoco, y otros el del señor de Iztapalapan, al que se mostró mas inclinado Moctezuma. Este desventurado rey no hallaba por todas partes sino objetos y motivos de tenor. La inminente confederacion de los Tlaxcaltecas con los españoles, lo ponía en suma inquietud. Por otra parte recelaba de la alianza de Cortés con el príncipe Itlixochitl, su sobrino, y su enemigo jurado, el cual desde que conspiró contra el rey de Texcoco, su hermano, no habia dejado las armas, y á la sazón se hallaba en Otompan, á la cabeza de un ejército formidable. Aumentaban sus temores la rebelion de algunas provincias que habian seguido el ejemplo de los Totonacas.

(1) Algunos historiadores españoles dicen que á los espías tlaxcaltecas solo los dedos se les cortaron; pero el mismo Cortés asienta que les hizo cortar las manos.

Envió pues seis embajadores á Cortés con mil trages curiosos de algodón y una buena cantidad de oro y hermosas plumas, encargándoles que le diesen la enhorabuena por sus victorias, y le ofreciesen mayores regalos si desistía del viaje á México, representándole las dificultades del camino, y otros obstáculos que no podían ser superados fácilmente. Partieron los embajadores con un séquito de mas de doscientos hombres, y llegados al campo de los españoles ejecutaron puntualmente lo que les había mandado. Cortés los recibió con agrado y los honores debidos á su carácter, y los manifestó cuán agradecido estaba á la bondad de tan gran monarca; pero los entretuvo con varios pretextos, esperando que se empeñase algun encuentro con los Tlaxcaltecas, que acreditase á los Mexicanos el valor de sus tropas y la superioridad de las armas europeas, ó que hecha la paz con la república, fuesen testigos de la severidad con que pensaba recouvenir á los Tlaxcaltecas por su obstinacion. En efecto, no tardó en presentarse la ocasion que tanto deseaba. Tres batallones enemigos atacaron el campamento español con aullidos espantosos y con una tempestad de dardos y flechas. Cortés, á pesar de haber tomado aquel dia un purgante, montó á caballo, y salió intrépidamente contra los Tlaxcaltecas, á los que derrotó sin mucho esfuerzo, á vista de los embajadores.

PAZ Y CONFEDERACION CON LOS TLAXCALTECAS.

Persuadidos al fin los partidarios del viejo Xicotencatl que no convenia á la república la guerra con los españoles, y temiendo ademas que estos se aliasen con los Mexicanos, resolvieron de comun acuerdo hacer la paz, y tomaron por mediador de ella al mismo que había sido general en

la guerra. Xicotencatl, aunque al principio rehusó aquel encargo, por la vergüenza que tenia del éxito infausto de la campaña, se vió obligado al fin á aceptar la comision. Pasó, pues, al campo de los españoles, con una noble y numerosa comitiva; saludó á Cortés en nombre de toda la república; se escusó de las hostilidades, con el pretexto de haberlo creído aliado de los Mexicanos, tanto por causa de los soberbios regalos que se le habían enviado de México, como por el gran número de gente de aquella nacion que traia consigo; prometió una paz firme, y una alianza eterna entre Tlaxcaltecas y españoles, y le presentó un poco de oro, y algunas cargas de ropas de algodón, escusando la pequeñez del regalo con la pobreza de su pais, efecto de la guerra perpetua con los Mexicanos, que impedían su comercio con las otras provincias. Cortés no omitió ninguna demostracion de respeto para con Xicotencatl; fingió quedar satisfecho de sus escusas; pero exigió que la paz fuese sincera y durable, pues si llegaban á romperla, tomaria de ellos tan terrible venganza, que serviria de ejemplo á las otras naciones.

Hecha la paz, y despedido Xicotencatl, hizo Cortés celebrar el santo sacrificio de la misa, en accion de gracias al Altísimo. Fácil es de imaginarse el disgusto con que verian los embajadores mexicanos aquel convenio. Quejáronse á Cortés, y le echaron en cara su demasiada facilidad en dar crédito á las promesas de unos hombres tan pérdidas como los Tlaxcaltecas. Decíanle que aquellas apariencias de paz no tenían otro objeto que inspirarle confianza para atraerlo á su capital, y hacer allí sin peligro lo que no habían podido conseguir con las armas en el campo; que comparase la conducta del senado con la del rey de México. Los Tlaxcaltecas,

después de haberles concedido pacíficamente el permiso de entrar en su país, no habían cesado de hacerles la guerra, hasta que conocieron que sus esfuerzos eran inútiles. Los Mexicanos, por el contrario, no les habían hecho la menor hostilidad, ántes bien les habían prodigado los obsequios y los servicios en todos los pueblos de su territorio á donde habían llegado, y su soberano les había dado las pruebas mas relevantes de amistad y benevolencia. Cortés respondió que no creía hacer daño con aquel tratado á la corte de México, á la cual se manifestaba sumamente reconocido, pues su intención era tener paz con todos: que por lo demás, no temía á los Tlaxcaltecas, en caso de que quisieran ser sus enemigos; que para él y para los otros españoles, tanto valía ser atacados en los muros de una ciudad, como en medio del campo; tanto de dia, como de noche; que ántes bien, por lo mismo que de los Tlaxcaltecas le decían, quería ir á su ciudad, para tomar en ella una estrepitosa venganza de su perfidia.

Muy lejos estaban los Tlaxcaltecas de aquella deslealtad que les imputaban los Mexicanos, porque desde el momento en que el senado decretó la paz, fueron siempre los mas fieles aliados de los españoles, como se verá en el discurso de esta Historia. Deseaba el senado tener á Cortés con todo su ejército en Tlaxcala, para estrechar la mútua amistad de ambas naciones, y para tratar seriamente de la confederación contra los Mexicanos; y ya los senadores habían enviado mensajeros á Cortés, convidándole á tomar alojamiento en sus casas, pues no podían sufrir que tan ilustres amigos de la república pudiesen la menor incomodidad.

NUEVAS EMBAJADAS.

No fué la alianza de los Tlaxcaltecas el único fruto que los españoles sacaron de

sus victorias; pues en el mismo campo en que habían oido á sus embajadores, recibió Cortés á los de la republica de Huexotzinco, y á los del príncipe Ixtlixochitl. Los Huexotzincos, que habían sido vasallos de la corona de México, y enemigos de los Tlaxcaltecas, se habían sustraído al dominio de aquella, y confederado con estos, que eran sus vecinos, y por esto siguieron su ejemplo uniéndose con los españoles. El príncipe Ixtlixochitl envió embajadores á Cortés, para felicitarlo por sus victorias, y para convidarlo á seguir su viaje por Teotlalpan, donde quería unir sus fuerzas con las de los españoles, para hacer la guerra al rey de México. Cortés, después de haberse informado de la calidad de las pretensiones, y de las fuerzas de aquel príncipe, aceptó de buena voluntad su alianza, y se ofreció á colocarlo en el trono de Acolhuacan.

Al mismo tiempo volvió de la capital el embajador mexicano que se esperaba, con un presente de joyas de oro, que importaban una suma considerable, y de doscientos preciosos trages de plumas, y con nuevas instancias de Moctezuma para disuadirlo de su viaje á México, y de la alianza con los Tlaxcaltecas: inútiles esfuerzos de la pusilanimidad de aquel monarca; pues el oro que prodigaba en sus regalos á aquellos estrangeros, no era otra cosa que el precio con que compraba las cadenas que en breve debían esclavizarlo.

SUMISION DE TLAXCALA AL REY CATOLICO.

Seis dias habían pasado después de la paz hecha con los Tlaxcaltecas, cuando los cuatro gefes de aquella república, para obligar á Cortés á ir á su capital, se hicieron llevar en sillas portátiles á su campo, con gran acompañamiento. Las demostraciones de júbilo y respeto, fueron es-

traordinarias por una y otra parte. Aquel ilustre senado, no contento con ratificar su alianza, prestó obediencia espontánea al rey católico; lo que fué tanto mas agradable á los españoles, cuanto mas cara era á los Tlaxcaltecas la libertad que de tiempo inmemorial habian gozado. Quedáronse en términos amistosos de la desconfianza del caudillo español, y con sus ruegos lo indujeron á ponerse en camino al dia siguiente para Tlaxcala.

Faltaban cincuenta y cinco españoles de los que se habian alistado en Cuba, y la mayor parte de los que quedaban, estaban heridos ó maltrados, y esto causó tanto desaliento en los soldados, que no solo murmuraban del general, sino que le rogaban volviese á Veraeruz; pero Cortés los reconvinó, y con eficaces razones de honor, y con su propio ejemplo de brio y de constancia en los peligros, enardeció sus ánimos, y los dispuso á seguir en la empresa comenzada. Contribuyó en gran manera á restablecer sus esperanzas, la alianza que acababa de celebrarse.

ENTRADA DE LOS ESPAÑOLES EN TLAXCALA.

Los embajadores mexicanos, que Cortés tenia aun consigo, rehusaron acompañarlo á Tlaxcala; pero él los persuadió á acompañarlo, prometiéndoles que á su lado estarían seguros. Superado este obstáculo, marchó el ejército con buen orden, y preparado para cualquier novedad. En las ciudades de Tecompantzinco y de Atlhuetzian fué recibido con toda la magnificencia posible, aunque no comparable á la de la capital, de la que salieron al encuentro de los españoles los cuatro señores de la república con una bella danza de la nobleza, y con tan gran muchedumbre de pueblo, que de algunos fué estimada en cien mil personas; número vero-

simil, atendida la poblacion de Tlaxcala, la novedad que produjeron aquellos hombres extranjeros, y la curiosidad que escitaron en los pueblos circunvecinos. En todas las calles de la ciudad se habian formado, segun el uso de aquellas naciones, arcos de flores y ramas de árboles, y por todas partes sonaba una música confusa de instrumentos y aclamaciones, con tan grandes demostraciones de júbilo, que mas parecian celebrar el triunfo de la república, que el de sus enemigos. Este dia, tan memorable en los anales de Tlaxcala, fué el 26 de setiembre de 1519.

Era entonces aquella ciudad una de las mas considerables del pais de Anáhuac. Cortés, en sus cartas á Carlos V, afirma que en el tamaño, en la poblacion, en la calidad de los edificios, y en la abundancia de las cosas necesarias á la vida, era superior á Granada cuando fué conquistada á los moros; y que en su mercado, cuya descripcion hace concurrir diariamente hasta treinta mil traficantes. El mismo conquistador asegura, que habiendo obtenido del senado un censo de la poblacion de la república, en las ciudades, villas y caseríos, resultaron ciento y cincuenta mil casas, y mas de quinientos mil habitantes.

Habian preparado los Tlaxcaltecas, para los españoles y para todos sus aliados, un bello y cómodo alojamiento. Cortés quiso que los embajadores mexicanos se alojasen en una habitacion próxima á la suya, tanto para hacerles honor, quanto para quitar de sus ánimos todo recelo de los Tlaxcaltecas. Los gefes de la república, para dar á los españoles un nuevo testimonio de su sincera amistad, presentaron á Cortés, segun el uso de aquellos pueblos, trescientas bellas jóvenes. Cortés las rehusó al principio, alegando que la ley cristiana condenaba la poligamia;

mas despues aceptó algunas, por no disgustarlos, para que sirviesen y acompañasen á Doña Marina. A pesar de su repulsa, volvieron muy en breve á regalarle cinco de la primera nobleza, que aceptó para estrechar mas y mas los vínculos de su amistad con la república. Estas doncellas y las otras fueron prontamente instruidas, y renunciando á la supersticion de sus padres, recibieron solemnemente el bautismo, en un templo que Cortés mandó ascar y componer, para celebrar en él los sacrosantos misterios de nuestra religion. Una de las cinco señoras, que era hija del príncipe Maxixcatzin, tomó en el bautismo el nombre de Doña Elvira, y fué dada al capitán Juan Velazquez de León: otra, hija del viejo Xicotencatl, se llamó Doña Luisa Techquihuatzin, y se dió al capitán Pedro de Alvarado (1); y las otras tres se dieron á los capitanes Cristóbal de Olid, Gonzalo de Sandoval y Alonso de Avila.

Estimulado por tan felices principios, quiso Cortés persuadir á los gefes de la república y de la nobleza, á detestar su supersticion y reconocer al verdadero Dios; mas ellos, aunque convencidos por sus razones, confesaron la bondad y el poder del Dios que adoraban los españoles, no quisieron renunciar á sus supuestas divindades, porque las creian necesarias á la felicidad humana. "Nuestro dios *Camaxtle*, decian, nos concede la victoria sobre nuestros enemigos; nuestra diosa *Matlacueye* envia la lluvia necesaria á nuestros campos, y nos defiende de las inundaciones del rio Zahuapan. A cada uno de

nuestros dioses debemos una parte de la felicidad de nuestra vida, y su cólera, provocada por nuestra ingratitud, podría atraernos los mas terribles castigos." Cortés, animado de un celo demasiado ardiente y violento, queria hacer con los ídolos de Tlaxcala, lo mismo que habia hecho con los de Cempoala; pero el padre Olmedo y otras personas prudentes lo disuadieron de tan temerario atentado, haciéndole ver que aquella violencia, ademas de no ser conveniente á la pacífica promulgacion del Evangelio, podría ocasionar la total ruina de los españoles, en una ciudad tan populosa y tan adicta al culto supersticioso que profesaba. No cesó, sin embargo, en los veinte dias que allí se detuvo, de reconvenir á los Tlaxcaltecas por la abominable crueldad de sus sacrificios, inculcándoles la pureza y la santidad de la religion cristiana, la falsedad de aquellos númenes que adoraban, y la existencia de un Ser Supremo, que rige todas las causas naturales, y vela con admirable providencia sobre la conservacion de sus criaturas. Estas exhortaciones, hechas por un hombre de tanta autoridad, y de quien habian formado los Tlaxcaltecas tan sublime concepto, aunque no produjeron todo el fruto que se deseaba, fueron muy útiles; pues movido por ellas el senado, mandó que se rompiesen las jaulas, y que se pusiesen en libertad los prisioneros y los esclavos que se guardaban para ser sacrificados á sus dioses en las fiestas solemnes, ó en las necesidades públicas del estado.

Así se establecia cada dia mas, con nuevas demostraciones, la alianza de los Tlaxcaltecas, en despecho de las continuas sugerencias que los embajadores mexicanos hacian para romperla. Cortés, aunque bien persuadido de la sinceridad de los Tlaxcaltecas, habia dado orden á

(1) Tuvo Alvarado de Doña Luisa dos hijos, Don Pedro y Doña Leonor. Esta se casó con Don Francisco de la Cueva, caballero del órden de Santiago, gobernador de Guatemala y primo del duque de Alburquerque. De este matrimonio nacieron muchos hijos.

sus tropas para que estuviesen siempre armadas, por lo que pudiera sobrevenir. Ofendióse de esto el senado, y se quejó amargamente de la desconfianza de Cortés, después de tantas y tan incontestables pruebas de buena fé como los Tlaxcaltecas le habian dado; pero Cortés se escusó, protestando que aquello no se hacia por desconfianza, sino por ser costumbre establecida entre los españoles. Con esta respuesta quedaron satisfechos, y tanto les gustó aquella disciplina, que Maxixatzin quiso introducirla en las tropas de la república.

Finalmente, Cortés después de haber adquirido en el tiempo de su mansión en Tlaxcala, una noticia mas exacta de la situación de la ciudad de México, de las fuerzas de aquel reino, y de todo lo que podia coadyuvar al éxito de sus designios, determinó continuar su viaje; mas ántes de partir, regaló á los Tlaxcaltecas un gran número de los trages mas hermosos que le habia enviado Moctezuma. Estaba dudoso sobre el camino que debía tomar para dirigirse á la capital del imperio. Los embajadores mexicanos querian que fuese por Cholula, donde se habia preparado un gran alojamiento para toda su gente; los Tlaxcaltecas lo disuadieron de aquel plan, manifestándole la perfidia de los Cholultecas, y aconsejándole que se encaminase por Huexotzincó, estado confederado con los Tlaxcaltecas y con los españoles; mas Cortés se resolvió á ir por Cholula, tanto por complacer á los embajadores, como para acreditar á los Tlaxcaltecas el poco caso que hacia de los esfuerzos de sus enemigos.

Los Cholultecas habian sido aliados de Tlaxcala; pero á la llegada de los españoles se habian confederado con los Mexicanos, y eran enemigos jurados de la república. La causa de esta gran enemistad

habia sido la perfidia de los mismos Cholultecas. Estos, en una batalla que, como aliados de Tlaxcala, habian dado á las tropas de México, estando en la vanguardia del ejército, se pusieron, por una repentina evolución á retaguardia, y atacando á los Tlaxcaltecas por la espalda, mientras los Mexicanos peleaban de frente, hicieron en ellos grandes estragos. El odio que encendió en los Tlaxcaltecas esta detestable traición, solo buscaba ocasiones de venganza, y ninguna les pareció mas oportuna que la de aquella alianza con los españoles. Para inspirar el mismo odio á Cortés, y moverlo á declarar la guerra á Cholula, le hicieron ver que la conducta de aquellos pueblos para con él, era muy sospechosa; pues no le habian enviado mensajeros para complimentarlo, como lo hicieron los Huexotzincos, no obstante la distancia á que se hallaban. Referianle ademas el mensaje que decian haber recibido de ellos, reconviniéndolos por su alianza con los españoles, llamándolos cobardes y viles, y amenazándolos que morirían todos anegados en el punto y hora en que emprendiesen algún ataque contra aquella santa ciudad; pues entre otros errores de su creencia, se figuraban que siempre que quisieran, podian, solo con echar abajo los muros del templo de Quetzalcoatl, hacer brotar rios caudalosos, que en un momento inundarian la ciudad; y aunque los Tlaxcaltecas no debaban de temer aquel infortunio, el deseo de la venganza era mas poderoso que el miedo en sus corazones.

Convencido Cortés por aquellas sugerencias, envió cuatro nobles Tlaxcaltecas á Cholula, para saber de los señores de aquella ciudad el motivo de no haber tenido con él la consideracion de que habian usado los Huexotzincos. Los Cholultecas se escusaron con la enemistad de

los Tlaxcaltecas, de los cuales no podían fiarse (1). Esta respuesta fué enviada por cuatro plebeyos, lo que era una manifiesta demostración de desprecio. Aconsejado Cortés por los Tlaxcaltecas, mandó decir á aquellos señores por medio de cuatro Cempoaltecas, que la embajada de un monarca tan grande como el rey de España, no debía confiarse á tan viles mensajeros, cuando ni aun ellos mismos eran dignos de recibirla: que supiesen que el rey católico era el verdadero dueño de aquellos países, y que él venía en su nombre á exigir homenaje de sus pueblos: que los que se sometiesen serían honrados, y los rebeldes, castigados como merecían; que, por tanto, compareciesen en el término de tres días á tributar obediencia á su verdadero soberano, y que si así no lo hacían, serían tratados como enemigos. Los Cholultecas, aunque se burlaron interiormente, como era probable, de tan arrogante embajada, para disimular su maligno intento, se presentaron al siguiente día á Cortés, rogándole que escusase su falta, ocasionada por la enemistad de los Tlaxcaltecas, y reconociéndose, no solo amigos de los españoles, sino vasallos de su rey.

ENTRADA DE LOS ESPAÑOLES EN CHOLULA.

Resuelto, pues, el viaje por Cholula, salió Cortés de Tlaxcala con toda su gente,

(1) Torquemada añade que los Cholultecas retuvieron al principal de los mensajeros tlaxcaltecas, llamado *Pallahuatzin*, y que con inaudita crueldad le desollaron el rostro y los brazos, y le cortaron la nariz; mas esto es falso, porque aquella crueldad no podía ser ignorada por los españoles, pues ni Bernal Díaz ni Cortés, ni ninguno de los historiadores antiguos hace mención de ella. Cortés no la hubiera omitido en su carta á Carlos V. en justificación del castigo que impuso á los Cholultecas; ni es verosímil que después de tamaño atentado cometido contra uno de sus mensajeros, hubiese aguardado otros indicios de la mala fe de aquella gente.

y con un gran número de tropas de aquella república (1), que muy en breve licenció, conservando solo seis mil hombres. Poco ántes de llegar á Cholula, salieron á su encuentro los principales señores y sacerdotes, con incensarios en las manos; y después de las acostumbradas ceremonias de respeto, dijeron al general que entrase con todos sus españoles y con los Totonaecas, pero que no permitiese lo acompañasen los Tlaxcaltecas, á quienes miraban como enemigos. Consintió en ello Cortés por complacerlos, y los Tlaxcaltecas quedaron acampados fuera de la ciudad, imitando en la disposición del campo, en el orden de las centinelas, y en todo lo demás, la disciplina militar de los españoles. A la entrada del ejército español, hubo la misma concurrencia, y las mismas ceremonias, aclamaciones y obsequios que en Tlaxcala; mas no con la misma sinceridad.

Era entónces Cholula una ciudad populosa, distante diez y ocho millas de Tlaxcala, y cerca de sesenta de México, y no menos célebre por el comercio de sus habitantes, que por su religion. Su situación, como en la actualidad, era una bella llanura, á poca distancia de aquel grupo de altas montañas que circundan el valle de México, por la parte de Levante. Su población en aquel tiempo, según afirma Cortés, era de cerca de cuarenta mil casas, y casi habia otras tantas en los lugares vecinos que le servían como de arrabales. Su comercio consistía en manufacturas de algodón, joyas y vajillas de barro, siendo muy famosos sus joyistas y alfahareros. Por lo que respecta á la religion, puede de-

(1) Cortés dice que los Tlaxcaltecas que lo acompañaron hasta seis millas ántes de llegar á Cholula, eran cien mil guerreros, poco mas ó menos. Bernal Díaz cuenta tan solo dos mil de los diez mil que ofreció el senado; mas esta seguramente es una distracción de aquel escritor.

cirse que Cholula era la Roma de Anáhuac. Como el célebre Quetzalcoatl se había detenido tanto tiempo en aquella ciudad, y había favorecido tanto á sus habitantes, despues de su *apoteósis* se le consagró allí un culto especial. La extraordinaria muchedumbre de templos que allí habia, y especialmente el mayor, erigido sobre un monte artificial, que hasta ahora subsiste, atraian á aquel pueblo, que se reputaba santo, un número infinito de peregrinos, no solo de las ciudades vecinas, sino tambien de las provincias mas remotas.

Fué alojado Cortés con todas sus tropas en unas casas grandes, donde los dos primeros dias fueron abundantemente provistos de víveres; pero muy en breve empezaron á escaseárselos, hasta que llegó el caso de que solo les suministraban agua y leña. Ni fué este el único indicio que dieron de sus torcidas intenciones, pues á cada momento se ofrecian nuevos anuncios de la traicion que meditaban. Los aliados Cempoaltecas habian observado que en las calles de la ciudad se habian construido unos grandes agujeros, en que se habian plantado estacas agudas, cubriéndolas despues con tierra; lo cual no podía tener otro objeto, que el de inhabilitar los caballos. Ocho hombres, venidos del campo tlaxcalteca, le avisaron que habian visto salir de la ciudad gran muchedumbre de mugeres y niños; señal indudable en aquellas naciones de una guerra inminente. Ademas de esto se sabia que en algunas calles se formaban trincheras, y que habia grandes montones de guijarros en las azoteas de las casas. Finalmente, una señora cholulteca, que se habia prendado de la hermosura, del ingenio y de la discrecion de Doña Marina, la rogó que se salvase en su casa del peligro que amenazaba á los españoles:

con lo que esta tuvo ocasion de informarse de toda la trama, y de ella dió cuenta inmediatamente á Cortés. Este supo, de boca de la misma señora cholulteca, que sus compatriotas habian concertado el estermínio de todos los españoles, con el auxilio de veinte mil Mexicanos; acampados cerca de la ciudad (1). No satisfecho con todos estos datos, encargó á Doña Marina que emplease todas sus artes en hacer venir á su alojamiento dos sacerdotes, los cuales confirmaron todo lo que la señora habia descubierto.

Viéndose Cortés en tan grave peligro, determinó emplear todos los medios oportunos para salvarse. Mandó llamar á su presencia á las personas de mas alto carácter de la ciudad, y les dijo que si tenian alguna queja contra los españoles, la espusiesen claramente, como convenia á hombre de honor, y se les daria la competente satisfaccion. Ellos respondieron que estaban satisfechos de su conducta, y prontos á servirlo; que cuando resolviesen marchar, sería abundantemente provisto de todo cuanto necesitase para el viaje, y que aun se le darian fuerzas para su seguridad. Aceptó Cortés la oferta, y señaló el dia siguiente para su marcha. Los Cholultecas se fueron couteutas, porque les parecia que todo se preparaba felizmente para el éxito de sus designios; y para asegurarlo mas, sacrificaron á sus dioses, segun dicen, diez niños, cinco de cada sexo. Cortés reunió á sus capitanes, les descubrió las intenciones malvadas de aquellos hombres, y les mandó que le dicesen su dictámen sobre lo que debia hacerse en tanto aprieto. Algunos querian que se evi-

(1) Bernal Diaz dice que el ejército mexicano, segun se supo, era de veinte mil hombres; Cortés dice que los mismos señores de Cholula le confesaron que no bajaba de cincuenta mil.

tase el peligro, retirándose á la ciudad de Huexotzincó; distante apénas nueve millas de Cholula, ó bien á Tlaxcala; pero la mayor parte se sometieron á lo que decidiese el general. Cortés dió las órdenes que le parecieron mas conducentes á su intento, protestando que no se creia seguro en México, si no dejaba bien castigada aquella pérdida ciudad. Mandó á las tropas auxiliares de Tlaxcala, que al dia siguiente, al despuntar el sol, cayesen de pronto sobre ella, destruyendo cuanto encontrasen, y respetando tan solo las mugeres y los niños.

CATASTROFE DE CHOLULA.

Llegó finalmente aquel dia que debia ser tan infausto para los Cholultecas. Aparejaron los españoles sus caballos, apercibieron la artillería y las armas, y se formaron en un gran patio de su alojamiento, que debia ser el teatro principal de aquella tragedia. Llegaron los Cholultecas al rayar el dia. Los señores, con unos cuarenta nobles y los hombres de carga, entraron en las salas y en las cámaras para tomar el equipaje; mas en breve se les pusieron guardias para que no pudieran salir. Las tropas cholultecas, á lo menos una gran parte de ellas, entraron en el patio con otros nobles, á petición sin duda del mismo Cortés, el cual, montado á caballo, les habló en estos términos: "Yo, señores, me he esmerado en granjearme vuestra amistad: entré pacíficamente en esta ciudad, y ni yo, ni ninguno de los míos, os hemos hecho el menor perjuicio; ántes bien, para que no tuvierais queja, no quise permitir que entrasen conmigo las tropas tlaxcaltecas. Además, os he rogado que me digais claramente si habeis recibido de nosotros algo agravio, para daros la debida satisfaccion; pero vosotros con detestable perfidi-

dia, habeis urdido, bajo semblante de amistad, la mas cruel traicion, para que yo perezca con mi gente. Nada ignoro de vuestros malignos proyectos." Y llamando aparte á cuatro ó cinco Cholultecas, les preguntó qué razon habian tenido para maquinár tan execrable atentado. Ellos respondieron que los embajadores mexicanos, para complacer á su soberano, los habian inducido á esterninar á los españoles. Cortés entonces, con el rostro encendido en cólera, habló así á los embajadores que se hallaban presentes: "Estos malvados, para escusar su delito, acusan de traicion á vosotros y á vuestro rey; pero ni yo os creo capaces de tanta maldad, ni puedo persuadirme que el gran monarca Moctezuma quiera ser tan cruel enemigo mio, al mismo tiempo que me concede las pruebas mas relevantes de amistad, ni que pudiendo abiertamente oponerse á mis pretensiones, se valga de la traicion para frustrarlas. Yo haré respetar vuestras personas con el escarmiento que voy á dar á estos perversos. Hoy perecerán, y su ciudad será destruida. Llamo al cielo y á la tierra por testigos, que su perdición es la que arma nuestros brazos, para una venganza tan opuesta á nuestra indole."

Dicho esto, y dada la señal del ataque, que era un tiro de mosquete, partieron tan furiosamente los españoles contra aquellas miserables víctimas, que de todos los que se hallaban en el patio, que eran muchos, no quedó uno solo con vida. Los arroyos de sangre que corrian por el patio, y los tristes lamentos de los moribundos, hubieran bastado á mover á piedad todo corazon que no estuviese animado por el furor de la venganza. No quedando ya nada que hacer en aquel recinto, salieron por las calles ensangrentando con el mismo furor las espadas en

cuantos Cholultecas se les presentaban. Los Tlaxcaltecas entre tanto vivieron á la ciudad como leones sangrientos, aguijonada su ferocidad por el odio á sus enemigos, y por el deseo de complacer á sus nuevos aliados. Tan horrendo é inesperado golpe, puso en el mayor desorden á los habitantes; pero habiéndose reunido en muchas huestes, hicieron por algun tiempo una vigorosa resistencia, hasta que notando los estragos que en ellos hacia la artillería, y reconociendo la superioridad de las armas europeas, de nuevo se desordenaron, retirándose confusos y desparvoridos.

La mayor parte procuró salvarse con la fuga: otros recurrieron á la supersticion de arrasar los muros del templo para inundar la ciudad; pero viendo que aquella diligencia era inútil, procuraron fortificarse en las templos y en las casas. Nada de esto les sirvió, porque sus enemigos empezaron á pegar fuego á todos los edificios en que hallaron alguna resistencia. Arden las casas y las torres de los santuarios: por las calles no se ven mas que cadáveres ensangrentados, ó á medio devorar, por las llamas; solo se oyen los clamores insultantes y amenazadores de los confederados, los débiles suspiros de los moribundos, las imprecaciones de los vencidos contra los vencedores, y los lamentos que dirigen á sus dioses, por haberlos abandonado en tan gran calamidad. De los muchos que se refugiaron á las torres de los templos no hubo mas que uno solo que se rindiere á sus verdugos: todos los otros perecieron en las llamas, ó buscaron una muerte menos dolorosa, arrojándose desde aquella altura.

Con este horrible estrago (1), en que perecieron mas de seis mil Cholultecas,

(1) En los escritos de Las Casas se lee muy desfigurado este suceso de Cholula. Es

quedó por entónces despoblada la ciudad. Los templos y las casas fueron saqueadas, apoderándose los españoles de las joyas, del oro y de la plata; los Tlaxcaltecas de las ropas, de las plumas y de la provision de sal. Terminada apenas la catástrofe, se presentó un ejército de veinte mil hombres, enviados por la república de Tlaxcala, bajo el mando del general Xicotencatl: probablemente seria efecto de algun aviso despachado ántes al senado, por los gefes de las tropas tlaxcaltecas, que acamparon fuera de la ciudad. Cortés agradeció el socorro, regaló á Xicotencatl y á sus capitanes una parte del botín, y le rogó que se volviese con su ejército á Tlaxcala, puesto que no lo necesitaba: sin embargo, conservó consigo los seis mil hombres que le habian ayudado en el castigo

cierto que fué demasiado rigorosa la venganza, y horrible el destrozo; mas no crecieron los españoles, para castigar á los Cholultecas, de las razones que he indicado en el texto: y sin embargo, ninguna mención hace de ellas aquel prelado. Tampoco es cierto que interviniesen aquellas odiosas circunstancias que él cita, y que no se hallan en ningún historiador antiguo. Para hacernos creer que los españoles hicieron aquel escarniento por mero capricho, y que mientras los soldados deramaban torrentes de sangre, el general cantaba alegremente unas coplas, seria necesario á lo menos que el mismo prelado lo refiriese como testigo ocular, ó que alegase algunos documentos que bastasen á borrar la idea que nos dan de Cortés los que lo conocieron. De este modo seria algun tanto verosímil, lo que es enteramente increíble. Pero ni Las Casas se halló presente, ni cita prueba alguna digna de fé. Sin duda se valió ligeramente de alguna noticia dada por uno de los muchos enemigos del Conquistador. Yo no soy panegirista, ni excuso sus yerros; pero soy historiador, hombre y cristiano, y bajo ninguno de estos aspectos puedo afirmar lo que he creído, ni creer de un individuo de mi especie tanta maldad, sin graves fundamentos. Describo el hecho de Cholula como lo hallo en los historiadores sinceros que se hallaron presentes, ó que se informaron, tanto de los antiguos españoles, como de los indios.

de Cholula á fin de que lo acompañasen en su viaje á México. De este modo quedó mas consolidada la alianza de españoles y Tlaxcaltecas.

SUMISION DE LOS CHOLULTECAS Y DE LOS TEPEYAQUESES A LA CORONA DE ESPAÑA.

Vuelto Cortés á su alojamiento, en que habian quedado como prisioneros cuarenta Cholultecas de la primera nobleza, estos le rogaron que diese lugar entre tanto rigor á la clemencia, y que permitiese á uno ó dos de ellos, ir á llamar á las mugeres, niños y otros fugitivos que andaban aterrados y llenos de espanto por los montes. Movido Cortés á compasion, mandó cesar el furor de las armas, y publicó un indulto general. Promulgado este bando, se vieron de repente alzarse de entre los muertos, algunos que habian fingido estarlo, para preservar la vida, y acudir á la ciudad bandadas de fugitivos, deplorando, quién la muerte del esposo, quién la del hijo, quién la del hermano. Mandó Cortés quitar de los templos y de las calles los cadáveres que empezaban á corromperse, y poner en libertad á los nobles prisioneros; y dentro de pocos dias quedó aquella ciudad tan bien poblada, que no parecia faltar ninguno de sus habitantes. En seguida recibió las enhorabuenas de los Huexotzincos y de los Tlaxcaltecas, y el juramento de fidelidad á la corona de España; de los mismos Cholultecas y de los Tepeyaqueses: ajustó los disturbios que reinaban entre las dos repúblicas de Tlaxcala y Cholula, y restableció su antigua amistad y alianza que se mantuvo firme desde entonces en adelante. Finalmente, para cumplir con las obligaciones de la religion y de la caridad, mandó romper las jaulas, y poner en libertad á todos los prisioneros y esclavos destinados á los sacrificios. Hizo ademas limpiar

el templo mayor, y enarboló en él el estandarte de la cruz, despues de haber dado á los Cholultecas, como á todos los otros pueblos, entre los cuales se detenia, algunas ideas de la religion cristiana.

OTRA EMBAJADA Y REGALOS DE MOCTEZUMA.

Orgullosa el general español por tan felices sucesos, y deseoso de amedrentar á Moctezuma, encargó á los embajadores mexicanos dijese á su señor, que si hasta entonces se habia propuesto entrar pacíficamente en México, despues de lo ocurrido en Cholula, se habia determinado á entrar como enemigo, y haciéndole cuanto daño pudiese. Los embajadores respondieron que ántes de tomar aquella resolucion, hiciese mas diligentes investigaciones sobre los sucesos últimamente ocurridos, para asegurarse de las buenas intenciones de su soberano; y que, si le parecia bien, uno de ellos pasaria á la corte á representar al rey las quejas que de él tenia Cortés. Consintió este en aquella medida, y al cabo de seis dias volvió el embajador, trayendo un gran regalo, que consistia en diez platos de oro, de valor de muchos miles de pesos; mil y quinientos vestidos, y una gran provision de comestibles: dando gracias al general español, en nombre del monarca, por el castigo que habia dado á los Cholultecas, y asegurando que el ejército que se habia alistado, para sorprender á los españoles en el camino, era de Acatzinqueses y de Itzacances, aliados de Cholula, los cuales, aunque súbditos de la corona, habian tomado las armas sin orden de su soberano. Los embajadores aseguraron esto mismo con su juramento, y Cortés fingió darles crédito.

No es fácil descubrir la verdad en este negocio, ni puedo menos de censurar la

ligereza con que los autores aseguran tan francamente lo que de un todo ignoraban. ¿Por qué se ha de dar asenso á los Cholutecas, hombres *dobles y falsos*, como todos confiesan, y no á los Mexicanos, y al mismo Moctezuma, que por la eminencia de su carácter es mas digno de confianza? La conducta constantemente pacífica de aquel monarca para con los españoles, á quienes no hizo el menor daño, en tantas y tan oportunas ocasiones como tuvo de exterminarlos, y la moderacion con que siempre habló de ellos, como confiesan los mismos historiadores, hacen increíble la excusa de los Cholutecas: por otro lado, le dan alguna apariencia de verdad, ciertos indicios, aunque oscuros, de la indignacion de Moctezuma, y sobre todo, las hostilidades cometidas en aquella misma época contra la guarnicion de Veracruz por un poderoso feudatario de la corona de México.

REVOLUCION DE TONACAPAN.

Cauhpopoca (1), señor de Nauhltlan, ciudad llamada por los españoles Almería, situada en la costa del seno Mexicano, á treinta y seis millas al Norte de Veracruz, y cerca de los confines del imperio, tuvo orden de Moctezuma de reducir á los Totonacas á la debida obediencia, inmediatamente *despues que Cortés se retirase de aquellas costas*. Para cumplir este mandato aquel caudillo, requirió con amenazas de los pueblos desobedientes, el tributo que *debían pagar á su soberano*. Los Totonacas, insolentados con el favor de sus nuevos amigos, respondieron con arrogancia que no debían homenaje alguno á quien ya no era su rey. Viendo entonces Cauhpopoca que de nada servían sus amonestaciones, y que no conse-

guia reducir aquellos hombres, demasiado fiados en la proteccion de los españoles, y ya resueltos á no respetar á su monarca, *poniéndose á la cabeza de las tropas mexicanas de la frontera*, empezó á hacer correrías en los pueblos de Totonacapan, castigando con las armas su rebelion. Los Totonacas se quejaron á Juan de Escalante, gobernador de Veracruz, y le rogaron que se opusiese á la crueldad de los mexicanos, ofreciéndose á poner á sus órdenes un buen número de tropas. Escalante envió al jefe de los Mexicanos una cortés embajada para disuadirlo de aquella empresa, que segun creia, no podía ser agradable al rey Mexicano, á quien tantas pruebas de favor debían los españoles, amigos de los Totonacas. Cauhpopoca respondió que él sabía mejor que los españoles si era ó no grato á su rey el castigo de los rebeldes; que si los españoles querían favorecerlos, él con sus tropas los aguardaría en las llanuras de Nauhltlan, á fin de que las armas decidiesen de su suerte. No pudo sufrir esta respuesta el gobernador, y sin pérdida de tiempo marchó al punto señalado con dos caballos, dos pequeños cañones, cincuenta peones españoles, y cerca de diez mil Totonacas. Estos se desbarataron al primer ataque de los Mexicanos, y la mayor parte de ellos se pusieron en fuga; pero con vergüenza suya, los españoles continuaron valientemente el empeño, haciendo no poco daño á los Mexicanos; los cuales, no habiendo experimentado la violencia de la artillería, ni el modo de combatir de los españoles, se retiraron desparvoridos á la próxima ciudad de Nauhltlan. Los españoles los persiguieron furiosamente, y pegaron fuego á algunos edificios; mas esta victoria costó la vida al gobernador, el cual murió al cabo de tres dias de sus heridas; á seis ó siete soldados, y á muchos

(1) Bernal Diaz lo llama Quetzálpopoca, que tambien es nombre mexicano.

Totonacas. Uno de aquellos soldados que tenía la cabeza gruesa, y el aspecto feroz, fué hecho prisionero y enviado á México; pero habiendo muerto en el camino, de sus heridas, solo llevaron á Moctezuma la cabeza, cuya vista lo horrorizó en tales términos, que no permitió que se ofreciese á sus dioses en ningún templo de la capital.

Tuvo Cortés noticia de estas revoluciones antes de salir de Cholula (1); pero no quiso decir nada, ni descubrir sus inquietudes, por no desanimar á sus soldados.

VIAJE DE LOS ESPAÑOLES A TLALMANALCO.

No teniendo ya nada que hacer en Cholula, continuó Cortés su viaje hácia México, con sus españoles, con seis mil Tlaxcaltecas, y con algunas tropas Huexotzincas y Cholultecas. En Izcaltan, pueblo de Huexotzínco, á quince millas de Cholula, salieron de nuevo á cumplimentarlo los señores de aquel estado, y á prevenirle que desde aquel punto había dos caminos para México: uno abierto y cómodo, que pasaba por unos barrancos donde podía temerse alguna emboscada de los enemigos; otro embarazado con árboles cortados á propósito, y que sin embargo era el mas corto y seguro. Cortés se aprovechó del aviso, y en despecho de los Mexicanos, hizo desembarazar el camino de los obstáculos que lo obstruían, alegando que la dificultad era mayor aliciente para el valor de los españoles. Siguió caminando por aquellos grandes pinales y encinales, hasta llegar á la cima de un alto monte llamado Ithualco, entre los dos volcanes, Popocatepec ó Iztaccihuatl, donde encontraron unas casas grandes,

(1) Todos ó casi todos los historiadores dicen que Cortés recibió esta noticia hallándose en México; pero el mismo Cortés asegura que la tuvo en Cholula.

destinadas al alojamiento de los mercaderes mexicanos. Allí tuvieron noticia de la atrevida empresa del capitán Diego de Ordaz, el cual pocos días antes, para dar á conocer á aquellos pueblos el valor de su nación, subió con otros nueve soldados á la altísima cumbre del Popocatepec, aunque no pudo observar la boca ó cráter de aquel gran volcan, por causa de la alta nieve que en él había, y de las nubes de humo y ceniza que lanzaba de sus entrañas (1).

De la cima de Ithualco observaron los españoles el bellissimo valle de México; pero con bien diversos sentimientos: unos se deleitaron con la perspectiva que ofrecían sus lagos, sus amenas llanuras, sus verdes montañas, y las muchas y hermosas ciudades que lo cubrían: en otros se reanimó la esperanza de enriquecerse con la prosa de tan prósperos países; pero algunos, mas prudentes y cautos, se estremecieron al contemplar la temeridad de arrostrar tan graves peligros, y de tal modo se amedrentaron, que hubieran regresado desde allí á Veracruz, á no haberlos estimulado Cortés á seguir en la empresa comenzada, valiéndose de su autoridad, y de las razones que le sugirió su buen ingenio.

Entre tanto Moctezuma, consternado por el suceso de Cholula, se retiró al palacio *Tliltlacalcacatl*, destinado para tiempos de duelo, y allí estuvo ocho dias ayu-

(1) Bernal Diaz, y casi todos los historiadores, dicen que Ordaz subió á la cima del Popocatepec, y observó la boca de aquel famoso monte; pero Cortés, que lo sabia mejor, dice lo contrario. Sin embargo, Ordaz obtuvo del rey católico el permiso de poner un volcan en su escudo de armas. Esta gran empresa estaba reservada para Montañó y otros españoles, que despues de la conquista de México, no solo observaron el espantoso cráter, sino que entraron en él, con evidente peligro de la vida, y de allí sacaron una gran cantidad de azufre para hacer la pólvora que necesitaban.

nando, y ejercitándose en las acostumbradas austeridades, para granjearse la protección de los dioses. Desde aquel mismo retiro envió á Cortés cuatro personajes de su corte, con un regalo y nuevos ruegos y pretextos para disuadirlo de su viaje, ofreciéndose á pagar anualmente un tributo al rey de España, y á dar al general cuatro cargas de oro, y una á cada uno de sus oficiales y soldados (1), si volvían atrás desde aquel punto en que se hallaban. ¡Tan grande era el recelo que inspiraban los españoles á aquel supersticioso príncipe! No hubiera hecho mas urgentes diligencias para evitar su presencia, aun habiendo previsto los males que debían hacerle. Los embajadores alcanzaron á Cortés en Iztualco: el regalo que traían era de muchas alhajas de oro, que importaban una crecida suma. Cortés les hizo los mayores obsequios, y respondió dando gracias al rey por su generosidad, y por sus magníficas promesas, á las cuales esperaba corresponder con buenos servicios; mas protestando al mismo tiempo que no podía volver atrás sin ser culpable de desobediencia para con su soberano, y que procuraría no hacer el menor perjuicio con su venida al estado: que si despues de haber manifestado verbalmente á su magestad la embajada que traía, y que no podía confiar á otra persona, juzgaba aquel monarca no convenir al bien de su reino la permanencia de los españoles en la corte, sin tardanza volvería á ponerse en camino para restituirse á su patria.

Aumentaban la iniquidad de Moctezuma las sugerencias de los sacerdotes, y es-

pecialmente lo que le dijeron de ciertos oráculos de sus falsos nómenes, y de visiones que referían habérseles aparecido aquellos últimos dias. Estos artificios le consternaron en tales términos, que sin esperar el éxito de la última embajada, celebró otro consejo con el rey de Texcoco, con su hermano Cuitlahuatzin, y con los otros personajes que solía consultar, los cuales se mantuvieron en sus primeras opiniones: Cuitlahuatzin, en la de no permitir á los españoles la entrada en la corte, y de hacerlos salir del reino por fuerza, si era necesario; y Cacamatzin, en la de recibirlos como embajadores, puesto que no faltaban recursos al rey de Méjico para reprimirlos, en caso de que maquinasen algo contra su real persona, ó contra el estado. Moctezuma, que siempre habia seguido el parecer de su hermano, abrazó en aquella ocasion el del rey de Texcoco; pero encargó á este que fuese al encuentro de los estrangeros, y procurase disuadir al general de su viaje. Entónces Cuitlahuatzin, vuelto al rey su hermano, le dijo: "Los dioses quieren, señor, que no admitais en vuestra casa al que de ella, os arroje, y que quando querais poner remedio al daño, tengais medios y ocasion de hacerlo. "¿Qué hemos de hacer! respondió el monarca. Nuestros amigos, y lo que es mas, nuestros dioses mismos, en vez de favorecernos, amparan á nuestros contrarios. Estoy resuelto, y quisiera que todos se resolviesen á no huir, ni mostrar la menor cobardía, suceda lo que sucediere; pero me compadece la suerte de los viejos y de los niños, que no pueden oponerse á la violencia que nos amenaza."

(1) Siendo la carga ordinaria de un Mexicano de cincuenta libras españolas, á ochocientas onzas, podemos conjeturar, en vista del número de españoles, que la contribucion que ofrecía Moctezuma valía mas de seis millones de pesos.

Cortés, despedidos los embajadores, se dirigió con sus tropas á Iztualco encaminándose por Amaquemecan y Tlahmualco; ciudades que distaban entre sí cerca

de nueve millas, y que estaban situadas en la pendiente de aquellas grandes montañas. Amaquemecan, con los caseríos inmediatos, contenía una población de veinte mil habitantes (1). En estos pueblos fueron bien recibidos los españoles, y muchos señores de aquella provincia visitaron á Cortés, y le presentaron cierta cantidad de oro y algunas esclavas. Estos personajes se quejaron amargamente de las vejaciones que sufrían del rey de México y de sus ministros, en los mismos términos que lo habían hecho los de Cempoala y de Quiauitzla, y por sugestión de los Cempoaltecas y de los Tlaxcaltecas, que acompañaban á Cortés, se confederaron con los españoles, para mantener su independencia. Así que, mientras más se internaban aquellos extranjeros en aquel país, más aumentaban sus fuerzas, á guisa de un arroyo que con las aguas que recibe en su curso crece hasta llegar á ser un gran río.

De Tlalmanalco marchó el ejército hacia Ayotzinco, pueblo situado á la orilla meridional del lago de Chalco (2), donde estaba el puerto para los barcos que hacen el comercio con los países situados á Mediodía de México. La curiosidad de observar el campo de los españoles costó caro á muchos Mexicanos, pues las centinelas, creyéndolos espías, por el miedo que siempre tenían de alguna traición, mataron quince aquella noche.

VISITA DEL REY DE TEXCOCO A CORTÉS.

Al día siguiente, cuando estaban los españoles prontos á marchar, llegaron cun-

tro nobles Mexicanos con la noticia de que el rey de Texcoco venía á visitar al general español, en nombre del rey de México. No tardó en llegar aquel personaje, en una litera adornada con hermosas plumas, llevada por cuatro domésticos, y seguida de una numerosa y brillante comitiva de nobleza mexicana y toxcocona. Cuando llegó á vista de Cortés, bajó de la litera, y empezó á andar, precedido por algunos de sus servidores, que iban quitando del camino todo cuanto podía ofender sus pies ó su vista. Los españoles quedaron maravillados de tanta grandeza, y por ella conjeturaron cuánta sería la del rey de México. Cortés salió á recibirlo á la puerta de su alojamiento, y le hizo una profunda reverencia, á la que respondió el rey tocando la tierra con la mano derecha y llevándola á la boca. Entró con aire noble y magestuoso en una de las salas, y habiendo tomado asiento, dió la enhorabuena al general y á sus capitanes por su feliz llegada, y aseguró los grandes descos que tenía su tío el rey de México de estrechar amistad, y vivir en buena correspondencia con el gran monarca de Levante, que los había enviado á aquellos países; pero al mismo tiempo exageró las grandes dificultades que era necesario superar ántes de llegar á la capital, y rogó á Cortés que mudase de propósito, si quería complacer al rey. Cortés respondió que si volvía atrás sin desempeñar su embajada, faltaría á su obligación y daría disgusto á su soberano, especialmente hallándose tan cerca de la corte, y habiendo

como él dice, en las orillas del lago, sino distante de él más de 12 millas, á la falda de un monte. La visita del rey de Texcoco fué sin duda en Ayotzinco, como afirman los historiadores bien informados, y como se infiere de la relación de Cortés. Bernal Díaz dice que la visita se verificó en Iztapaltecoco; mas este es un error, hijo de poca memoria.

(1) Amaquemecan, que los españoles llaman Mecameca, es ahora un pueblo, conocido por haber nacido en él la célebre monja Inés de la Cruz, mujer de prodigioso ingenio, y de no vulgar literatura.

(2) Solís confunde Amaquemecan con Ayotzinco. Amaquemecan no ha estado nunca,

vencido tantos obstáculos y peligros en tan largo viaje. "Si así es, dijo entónces el rey, en la corte nos veremos;" y despidiéndose cortesmente, despues de haber recibido algunas frioleras de Europa, dejó allí una parte de la nobleza, á fin de que acompañase á Cortés en su viaje.

De Ayotzinco marcharon los españoles á Cuiclahuac, ciudad fundada en una isla del lago de Chalco, y aunque pequeña, la mas hermosa, segun dice Cortés, que habian visto hasta entónces. Comunicaba con tierra firme por medio de anchos y cómodos caminos, construidos sobre el lago: el uno, á Mediodía, que tenia dos millas de largo, y el otro que tenia algo mas, y estaba al Norte. Marchaban los españoles alegrísimos, al ver la muchedumbre y hermosura de los pueblos que habia en el lago, los templos y las torres que se erguan sobre los otros edificios, las arboledas que hermoseaban los sitios habitados, los huertos y jardines flotantes, los innumerables barcos que navegaban en todos sentidos; pero no menos se amedrentaban al verse rodeados de la inmensa multitud de gente que de todas partes acudia á verlos: por lo que mandó Cortés que marchasen en buen orden y apercebidos, y previno á los indios que no les embarazasen el paso, ni se acercasen á las filas, si no querían ser tratados como enemigos. En Cuiclahuac fueron bien alojados y obsequiados. El señor de aquella ciudad se quejó secretamente á Cortés de la tiranía del rey de México, se confederó con él, y le hizo saber cuán cómodo era el camino para la capital, la consternacion en que habían puesto á Moctezuma los oráculos de sus dioses, los fenómenos del cielo, y la felicidad de las armas españolas.

VISITA DE LOS PRINCIPALES DE TEXCOCO, Y
ENTRADA DE LOS ESPAÑOLES EN AQUE-
LLA CAPITAL.

De Cuiclahuac se dirigieron por el otro camino á Iztapalapan, y en él aguardaban á Cortés nuevas prosperidades. El príncipe Ixtlixochitl, viendo que Cortés no habia querido hacer el viaje por Calpolalpan, donde lo aguardaba, resolvió salirle al encuentro en el camino de Iztapalapan. Marchó con este objeto á la cabeza de un gran número de tropas, y pasó por junto á Texcoco. Noticioso de esta novedad el príncipe Connacotzin, su hermano, que desde los disgustos que con él habia tenido tres años ántes, y de que he hecho mencion, no lo trataba, ni tenia la menor comunicacion con él, ó movido por el amor fraterno, ó seducido por la esperanza de mayores ventajas, que con su union podria granjearse, salió á encontrarlo en el camino, donde los dos hermanos tuvieron una esplicacion, se reconciliaron y se pusieron de acuerdo en unirse con los españoles. Caminaron juntos hasta Iztapalapan, y allí los alcanzaron. Cortés, viendo venir tanta gente armada, tuvo alguna inquietud; pero informado de la calidad de aquellos personajes, y del motivo de su venida, salió á recibirlos, y hechos mutuamente los debidos cumplimientos, convidaron los dos príncipes á Cortés á ir á Texcoco, y él se dejó fácilmente persuadir, por la gran utilidad que pensaba sacar de Ixtlixochitl, cuyo afecto á los españoles era ya bastante conocido.

Era entónces Texcoco, aunque algo inferior á México en la magnificencia y en el esplendor, la ciudad mas vasta y populosa de todo el pais de Anhuac. Su poblacion, comprendida la de Huexotla, Coatlichan y Atenco (que por estar contiguas á ella se consideraban como sus arrabales), era, segun dice Torquemada, de

ciento cuarenta mil casas. A los españoles pareció de doble estension que Sevilla. La grandeza de los templos y palacios reales, la hermosura de las calles, de las fuentes y de los jardines, eran á sus ojos otros tantos objetos de admiracion.

Entró Cortés en aquella gran ciudad (1) acompañado por los dos príncipes, y por mucha nobleza Acolhua, en medio de un concurso inmenso de espectadores. Fué alojado, con todo su ejército, en el palacio principal del rey, donde el trato de su persona correspondió á la dignidad del alojamiento. Allí le espuso el príncipe Ixtlilxochitl sus pretendidos derechos al reino de Acolhuacan, sus quejas contra su hermano Cacamatzin y contra el rey de México, su tío. Cortés le prometió ponerlo en posesion de la corona, inmediatamente despues de haber terminado sus negocios con Moctezuma, y sin detenerse en aquella corte, marchó á Iztapalapan (2).

ENTRADA DE LOS ESPAÑOLES EN
IZTAPALAPAN.

Era aquella una grande y hermosa ciudad, situada hácia la punta de la peque-

(1) Cortés no hace mención de la entrada de los españoles en Texcoco. Tampoco hablan de ella Bernal Díaz, Acosta, Gomara, ni Torquemada; pero se infiere claramente de un pasaje de la carta escrita por Cortés á Carlos V. en 1522. Herrera y Solís hacen mención de aquel suceso, pero con circunstancias opuestas á la verdad. Dicen que ántes fueron los españoles á Texcoco, y despues á Cuiclahuac; en lo que manifiestan ignorar la situacion de aquellos lugares. Afirman que Cacamatzin acompañó á Cortés á Texcoco; pero lo contrario consta de la relacion del mismo Cortés, y por los MS antiguos citados por D. Fernando Alba Ixtlilxochitl. Nada dicen de la reconciliacion de los dos príncipes, ni del motivo que tuvo Cortés para ir á Texcoco, separándose del camino que conducia á México. Yo sigo en esta parte á Betancourt, que escribió con el auxilio de las Memorias de Alba y de Sigüenza.

(2) Un historiador indio, citado por Alba,

ha península que media entre los dos lagos, el de Chaleo á Mediodía, y el de Texcoco al Norte. Base de esta península á la isla de México, por un camino empedrado, de siete millas de largo, y construido sobre las aguas muchos años ántes. La poblacion de Iztapalapan era de mas de doce mil casas, fabricadas por la mayor parte en muchas isletas, próximas unas á otras, junto á las cuales habia innumerables buertos y jardines flotantes. Mandaba á la sazón en la ciudad el príncipe Cuiclahuatzin, hermano de Moctezuma, y su inmediato sucesor en la corona de México. Aquel personaje y su hermano Matlatzincatzin, señor de Coyohuacan, acogieron al caudillo español con las mismas demostraciones que habian hecho los otros señores de los pueblos por donde habia pasado. Cumplimentó Cuiclahuatzin con una elegante arenga, y lo alojó, con las tropas que lo acompañaban, en su mismo palacio. Era este un vastísimo edificio de cal y canto, recién construido, y aun no completamente amueblado. Ademas de las muchas salas y estancias cómodas, cuyos techos eran de cedro y cuyas paredes estaban cubiertas de telas finas de algodón; ademas de los grandes patios en que se acuartelaron las tropas aliadas de los españoles, tenia un jardin de extraordinario tamaño y amenidad, de que ya he hablado, cuando traté de la agricultura de los Mexicanos. Despues de comer, condujo el príncipe á sus huéspedes al jardin, donde se recrearon mucho, formando una gran idea de la magnificencia de aquellos pueblos. En esta ciudad observaron los españoles, que en lugar de las quejas y murmuraciones que en otras

dice que en esta ocasion se bautizó Ixtlilxochitl, con otros doscientos nobles de su corte; mas esta es una fabula tan inverosímil, que no necesita impugnacion.

partes habian oido, solo resonaban encoimios del gobierno, porque la proximidad de la corte hacia mas cautos y prudentes á los habitantes.

Al dia siguiente muy temprano, marcharon los españoles por aquel gran camino, que, como he dicho, unia á Iztapalapan con México. Estaba cortado por siete pequeños canales, para el paso de los barcos, y sobre ellos habia otros tantos puentes de madera, para la comodidad de los pasajeros. Estos puentes se alzaban con facilidad, cuando querian impedir el paso á los enemigos. Despues de haber pasado por Mexicaltzingco, y vistas las ciudades de Collhuacán, Huiztilopochco, Coyuhuacan y Mixcoac, fundadas en la orilla del lago, llegaron en medio de una multitud increíble de gente á un lugar llamado Xoloe, en que se unia aquel camino con el de Coyuhuacan. En el ángulo que formaban los dos, y que solo distaba media legua de la capital, habia un buen baluarte, con dos torrecillas, circundado por un muro de diez piés de alto, con parapeto y almenas, dos salidas, y un puente levadizo: sitio memorable en la historia de México, por haber sido el campo del general español en el asedio de aquella capital. Allí hizo alto el ejército, para recibir el parabien de mas de mil nobles Mexicanos, que venian todos uniformemente vestidos, y que al pasar por delante del general español, y le hacian el acostumbrado cumplimiento de tocar la trieta y besar la mano.

ENTRADA DE LOS ESPAÑOLES EN MEXICO.

Terminada aquella etiqueta, que duró mas de una hora, continuaron los españoles su viaje, tan bien ordenados, como si fuesen á dar una batalla. Poco antes de llegar á la ciudad, tuvo Cortés aviso de que salia á recibirlo el rey de México, y

de allí á poco se dejó ver con un numeroso y lucido acompañamiento. Precedian tres nobles que alzaban las manos, y llevaban en ellas unas varas de oro, insignias de la magestad, con las cuales, se anunciaba al público la presencia del soberano. Venia Moctezuma ricamente vestido, sobre una litera cubierta de planchas de oro, y bajo un parasol de plumas verdes, salpicadas de alhajas del mismo metal. Llevaba pendiente de los hombros un manto adornado con riquísimas joyas, en la cabeza una corona ligera de oro, y en los piés unas suelas, tambien de oro, atadas con cordones de cuero, cubiertas de oro y piedras preciosas. Acompañábalo doscientos señores, mejor vestidos que los otros nobles; pero todos descalzos, de dos en dos, y muy arrimados á los muros de una y otra parte de la calle, para manifestar su respeto al monarca. Cuando llegaron á verse el rey y el general español, desmontaron: aquel de su litera, y este de su caballo, y Moctezuma echó á andar, apoyado en los brazos del rey de Texcoco y del señor de Iztapalapan. Cortés, despues de haberse inclinado profundamente, se acercó al rey para ponerle al cuello un cordón de oro con cuentas de vidrio, que parecian piedras preciosas, y el rey inclinó la cabeza para recibirlo; pero queriendo Cortés abrazarlo, no se lo permitieron los dos señores que apoyaban al monarca (1). Declaróle el general, en una breve arenga, como lo querian las circunstancias, su afecto, su veneración, y el placer que experimentaba al conocer

[1] Solís al referir este encuentro comete cuatro errores. Dice que el regalo de Cortés era una banda; que los dos señores que acompañaban á Moctezuma, no permitieron que se la pudiese al cuello; que hicieron esto con muestras de enojo, y que el monarca los reprehendió y contuvo. Todo esto es falso, y opuesto á la relación del mismo Cortés.

un rey tan grande y tan poderoso. Moctezuma respondió en pocas palabras, y hecha la ceremonia de estilo, le recompensó el presente de las cuentas de vidrio, con dos collares de hermoso nácar, de que pendían algunos cangrejos de oro, hechos al natural. Encargó al príncipe Cuiclahuatzin que condujese á Cortés á su alojamiento, y se volvió con el rey de Texcoco.

Tanto la nobleza, como el pueblo inmenso que desde las azoteas, puertas y ventanas observaba aquella escena, estaban maravillados y aturridos, no menos por la novedad de tantos objetos extraordinarios, que por la inaudita dignacion de su rey, la cual contribuyó muy eficazmente á engrandecer la reputacion de los españoles. Estos marchaban tambien llenos de admiracion al ver la grandeza de la ciudad, la magnificencia de los edificios, el número de habitantes; y siguieron andando por aquel grande y ancho camino, que, sin separarse de la línea recta, servia de continuacion sobre las aguas del lago, al de Iztapalapan, hasta la puerta meridional del templo mayor, alternando en sus ánimos, con la admiracion, el temor de su suerte, viéndose solos en medio de un reino extraño. Así procedieron, por espacio de milla y media, dentro de la ciudad, hasta el palacio que habia sido del rey Axayacatl, destinado para servirles de alojamiento, y que estaba cerca del mencionado templo. Allí los esperaba Moctezuma, que con este objeto los habia precedido. Cuando llegó Cortés á la puerta del palacio, lo tomó el rey por la mano, y lo introdujo en una gran sala: hizo sentar en un reclinatorio, semejante á los que usan en nuestras iglesias, cubierto de un hermoso tapete de algodón, cerca de un muro, cubierto tambien de una colgadura adornada de oro y piedras,

y despidiéndose cortesmente, le dijo: "Vos y vuestros compañeros, estais ahora en vuestra propia casa; comed y descansad, que yo volveré en breve."

Retiróse el rey á su palacio, y Cortés mandó inmediatamente hacer una salva de artillería, para amedrentar con su estrépito á los Mexicanos. En seguida pasó á examinar todas las estancias del palacio, para distribuir los alojamientos de su tropa. Era tan grande aquel edificio, que se alojaron en él cómodamente los españoles y sus aliados, los cuales, con las mugeres, y servidumbre que los acompañaban, pasaban de siete mil personas. Reinaba por do quiera un asco esquisito: casi todas las piezas tenian camas de esteras de junco y de palma, segun el uso de aquellos países, con rollos de lo mismo para servir de almohadas; cortinas de algodón, y bancos hechos de una sola pieza. Algunas tenian el piso esterado, y los muros cubiertos de tapetes de algodón de varios colores.

Los muros eran gruesos, y tenian torres de distancia en distancia; así que, los españoles encontraron allí cuanto podian apetecer para su seguridad. El diligente y cauto general distribuyó inmediatamente las guardias, formó con sus cañones una batería, enfrente de la puerta de palacio, y empleó todo su esmero en fortificarse, como si aguardase ser atacado aquel mismo dia por sus enemigos. No tardó en presentarse á Cortés y á sus capitanes un magnífico banquete, servido por la nobleza, mientras se distribuian al ejército diversos y copiosos víveres, aunque de inferior calidad. Este dia tan memorable para los españoles y Mexicanos, fué el 8 de noviembre de 1519, siete meses despues de la llegada de aquellos al país de Anáhuac.

LIBRO NONO.

Conferencias de Moctezuma con Cortés. Prision de Moctezuma, del rey de Acolhuacan y otros señores. Suplicio atroz de Cuauhpopoca. Tentativas del gobernador de Cuba contra Hernan Cortés, y derrota de Pánfilo Narvaez. Muerte de muchos nobles, y sublevacion del pueblo de México contra los españoles. Muerte del rey Moctezuma. Combates, peligros, y derrota de los españoles. Batalla de Otompan, y retirada de los españoles á Tlaxcala. Eleccion del rey Cuiclahuatzin. Victoria de los españoles en Tepayacac, en Xalatsinco, en Tecamachalco y en Cuauquecholan. Estragos hechos por las viruelas. Muerte del rey Cuiclahuatzin, y de los príncipes Maxixcatzin y Cuicuitatzin. Eleccion en México del rey Cuauhtemotzin.

PRIMERA CONFERENCIA Y NUEVOS REGALOS DE MOCTEZUMA.

Después de haber comido los españoles, y dispuesto cuánto convenia á su seguridad, volvió á visitarlos el rey con gran acompañamiento de nobleza. Cortés salió á recibirlo con sus capitanes, y los dos juntos entraron en la sala principal, donde inmediatamente se colocó otro reclinatorio al lado del general español. El rey le presentó muchas alhajas curiosas de oro, plata y plumas, y mas de cinco mil vestidos finisimos de algodón. Habiendo Moctezuma tomado asiento, hizo sentar tambien á Cortés, y todos los circunstancias permanecieron en pié. Cortés le manifestó su gratitud con espressiones elocuentes, y queriendo continuar su discurso, lo interrumpió Moctezuma con estas palabras.

“Valiente general, y vosotros sus compañeros, todos mis cortesanos y domésticos son testigos de la satisfaccion que me ha causado vuestra feliz llegada á esta capital, y si hasta ahora he aparentado mirarla con repugnancia, ha sido únicamente para condescender con mis súbditos. Vuestra fama ha engrandecido los objetos, y turbado los ánimos. Decian que érais dioses inmortales, que veniais montados sobre fieras de portentosa grandeza y ferocidad, y que lanzábais rayos, con los cuales haciais estremecer la tierra. Otros creian que érais monstruos arrojados del seno del mar; que la sed del oro os habia obligado á dejar vuestra patria; que os dominaba el amor de los deleites, y que tal era vuestra gula, que uno de

vosotros comia tanto como diez de mis súbditos. Pero todos estos errores se han disipado con el trato que ellos mismos han tenido con vosotros. Ya se sabe que sois hombres mortales como todos, aunque algo diferentes de los demas, en el color y en la barba. Hemos visto por nosotros mismos que esas fieras tan ferosas no son mas que ciervos mas corpulentos que los nuestros, y que vuestros supuestos rayos son unas cerbatanas mejor construidas que las comunes, cuyas bolas se despiden con mas estrépito, y hacen mas daño que las de aquellas. En cuanto á vuestras prendas personales, estamos bien informados por los que os conocen de cerca, que sois humanos y generosos, que tolerais con paciencia los males, que no usais de rigor sino con los que escitan vuestro enojo con su enemistad, y que no os servís de las armas, sino para la justa defensa de vuestra persona. No dudo que vosotros igualmente habreis desechado, ó desechardis, las falsas ideas que de mí os habré dado la adulacion de mis vasallos, ó la malevolencia de mis enemigos. Os habrán dicho que soy uno de los dioses que se adoran en esta tierra, y que tomo, cuando quiero, la forma de leon, de tigre ó de otro cualquier animal; pero ya veis (y al decir esto se tocó un brazo, como para hacer ver que estaba formado á guisa de los otros hombres) que soy de carne y hueso como los demas mortales, aunque mas noble que ellos por mi nacimiento, y mas poderoso por la elevacion de mi dignidad. Los Cempoaltecas, que con vuestra proteccion se han sustraido á mi obediencia (aunque no quedará impune su rebelion), os habrán hecho creer que los muros y los techos de mi palacio son de oro; pero vuestros ojos pueden desmentirlos. Este es uno de mis palacios, y ya veis que los muros son de cal y canto, y

los techos de madera. No niego que son grandes mis riquezas; pero las aumenta la exageracion de mis súbditos. Algunos se os habrán quejado de mi crueldad y de mi tiranía; pero ellos llaman tiranía al uso legitimo de mi autoridad, y crueldad, á la necesaria severidad de la justicia. Depuesto así por una y otra parte todo concepto desventajoso ocasionado por falsas noticias, acepto la embajada del gran monarca que os envia, aprecio su amistad, y ofrezco á su obediencia todo mi reino; pues en vista de las señales que hemos observado en los cielos, y de lo que vemos en vosotros, nos parece llegado el tiempo de que se cumplan los oráculos de nuestros antepasados, en los cuales se anunciaba que debian venir de la parte de Levante ciertos hombres diferentes de nosotros en trages y costumbres, y que al fin serian señores de estos paises. Nosotros no somos originarios de ellos; hace muchos años que nuestros progenitores vinieron de las regiones setentrionales, y nuestro dominio no ha sido hasta ahora, sino como lugar-tenientes de Quetzalcoatl, nuestro dios y legitimo señor."

Cortés respondió dándole gracias por los singulares beneficios que de su mano habia recibido, y por el concepto ventajoso que de los españoles habia formado. Dijo que era enviado por el mayor monarca de Europa, el cual, aunque podia aspirar á algo mas, como descendiente de Quetzalcoatl, se contentaba con establecer una confederacion y amistad perpetua con su magestad y con sus sucesores: que el fin de su embajada no era quitar á nadie lo que poseia, sino anunciarle la verdadera religion, y darle algunos consejos importantes para mejorar su gobierno y hacer felices á sus vasallos; lo que habia en otra ocasion, si su majestad se dignaba concedérselo. Aceptólo el rey, y habiéndose

informado del grado y condicion de cada uno de los españoles, se despidió, y de allí á poco le envió un gran regalo, que consistia en ciertas alhajas de oro y tres cargas de preciosos trages de pluma, para cada uno de los capitanes, y dos de trages de algodón para cada soldado. Tan felices principios hubieran podido asegurar á los españoles la pacífica posesion de aquella vasta monarquía, si se hubiesen dejado conducir mas bien por la prudencia, que por el valor (1).

VISITA DE CORTÉS AL REY.

Al día siguiente, queriendo Cortés pagar la visita al rey, mandó á pedirle audiencia, y la obtuvo tan prontamente, que los mismos que le llevaban la respuesta, eran los introductores de embajadores que debian conducirlo, é instruirlo en el ceremonial de la corte. Vistióse Cortés de las mas vistosas galas que tenia, y condujo en su compañía á los capitanes Alvarado, Sandoval, Velazquez de Leon y Ordaz, y cinco soldados de su ejército. Llegaron al real palacio por en medio de un gentío innumerable, y al entrar por la primera puerta, los que lo acompañaban se ordenaron en dos filas, pues el entrar de tropel se creia falta de respeto á la magestad. Despues de haber pasado por tres patios, y por algunas salas, á la última antecámara, para llegar á la sala de

audiencia, fueron cortesmente recibidos por algunos señores que estaban de guardia, y obligados á descalzarse y á cubrirse las galas con ropas groseras. Cuando entraron á presencia del rey, este dió algunos pasos hácia Cortés, lo tomó por la mano, y mirando á todos los demas con semblante agradable, les hizo tomar asiento. *La conversacion fué larga y sobre diversos asuntos.* El rey hizo muchas preguntas, tanto sobre el gobierno político, como sobre las producciones naturales de España; y Cortés, despues de haberlo satisfecho en todo, se introdujo á hablar de religion. Espúsolo la unidad de Dios, la Encarnacion del Verbo, la creacion del mundo, la severidad del juicio de Dios, la gloria con que premia á los justos, y las penas eternas á que condena á los pecadores. Despues racionó sobre los ritos del cristianismo, y particularmente sobre el inercueto sacrificio de la misa, comparándolo con los inhumanos que practicaban los Mexicanos, y declamando fuertemente contra la bárbara crueldad de inmolar víctimas humanas, y de alimentarse de su carne. Moctezuma, respondió que en cuanto á la creacion del mundo estaban de acuerdo, pues lo mismo que Cortés referia, habian oido de boca de sus antepasados; que por lo demas, sus embajadores lo habian informado de la religion que los españoles profesaban. “Yo no dudo, dijo, de la bondad del Dios que adorais; pero si el es bueno para España, nuestros dioses son tambien buenos para los Mexicanos, como lo ha hecho ver la experiencia de tantos siglos. Escusad, pues, el trabajo de quererme inducir á dejar su culto. En cuanto á los sacrificios, no sé por qué se ha de censurar el que se sacrifican á los dioses los hombres que, ó por sus delitos, ó por la suerte que han experimentado en la guerra,

(1) El docto y juicioso P. Acosta, hablando de esta primera conferencia de Moctezuma, dice: “Muchos son de opinion, que atendido el estado de las cosas en aquel primer día, hubiera sido fácil á los españoles hacer lo que hubieran querido del rey y del reino, y comunicarle la ley de J. C. con gran paz y contento de todos; pero los juicios de Dios son profundos, y muchos eran los pecados de ambas naciones: por lo que no sucedió lo que debia esperarse, aunque al fin cumplió Dios sus designios de hacer misericordia á aquellas gentes, despues de haber juzgado y castigado á los que lo merecian.”

están destinados á sufrir la muerte." Aunque Cortés no logró persuadir á Moctezuma la verdad de la religion cristiana, obtuvo, sin embargo, segun dicen, que no se volviese á servir á su mesa carne humana, ó porque con las razones de Cortés se despertase en su ánimo el natural horror que debe inspirar, ó porque quisiese complacer á lo menos en aquella condescendencia á los españoles. Dió ademas en aquella ocasion nuevos testimonios de su magnificencia, regalando á Cortés y á los cuatro capitanes algunas alhajas de oro, y diez cargas de trages finos de algodón, y á cada soldado un collar de oro.

Habiendo regresado Cortés á sus cuarteles (que así llamaremos de ahora en adelante al palacio del rey Axayacatl, en que se alojaron los españoles), empezó á reflexionar sobre el peligro en que se hallaba en el centro de una ciudad tan fuerte y populosa, y resolvió conciliarse el afecto de los nobles, con una buena conducta, con modales obsequiosos y amables, y mandó á su gente que se comportasen de manera que no pudieran quejarse de ellos los Mexicanos; pero mientras parecía esperarse en la conservacion de la paz, agitaba en su mente pensamientos temerarios, nada favorables á ella: y como para madurarlos era necesario, ántes de todo, informarse por sí mismo del estado de las fortificaciones de la capital, y de las fuerzas militares del imperio, pidió permiso al rey de ver los palacios reales, el templo mayor y la plaza del mercado. Concediólo benignamente Moctezuma, no teniendo la menor sospecha del astuto general, ni previniendo los resultados de su demasiada fácil indulgencia. Vieron, pues, los españoles cuanto quisieron, hablando en todas partes grandes motivos de extrañeza y de admiracion.

DESCRIPCION DE LA CIUDAD DE MEXICO.

Estaba entónces la ciudad de México, situada, como hemos dicho, en una isla pequeña del lago de Texcoco, á quince millas al Poniente de esta capital, y á cuatro de Tlacopan, por la parte opuesta. Se pasaba del continente á la isla por tres grandes calzadas de tierra y piedra, construidas á propósito sobre el lago: la de Itztapalapan, á Mediodía; de siete millas de largo; la de Tlacopan, á Poniente, de cerca de dos millas, y la de Tepeyacac (1), al Norte, de tres. Todas eran tan anchas, que podian ir por ellas diez hombres á caballo, de frente.

Ademas, habia otra algo mas estrecha, para los dos acueductos de Chapultepec. El circuito de la ciudad, no comprendidos los arrabales, era de mas de nueve millas, y el número de las casas, sesenta mil, á lo menos (2). Estaba dividida en

(1) Robertson pone en lugar del camino de Tepeyacac, el de Texcoco, el cual, cuando describe á México, lo situa al Nordeste, y cuando habla de la distribucion del ejército español, durante el asedio, á Levante, habiendo ya dicho que hacía Levante no habia camino sobre el lago; pero lo cierto es que no hubo, ni pudo haber nunca alguno sobre el lago de México á Texcoco, por la gran profundidad de su lecho en aquella parte, y en caso que hubiese alguno, no seria de tres millas, sino de quince, que es la distancia entre ambos puntos.

(2) Torquemada afirma que la poblacion de la capital era de 120.000 casas; pero el conquistador anónimo, Herrera y otros escritores, convienen en el número de 60.000 casas y no de 60.000 habitantes, como dice Robertson; no hay autor que le estime tan pequeña. Es cierto que en la traduccion italiana del conquistador andrino se traduce 60.000 habitantes por 60.000 vecinos, debiendo decir *fuegos*, pues de otro modo se diría que Chulula, Xochimilco, Itztapalapan y otras ciudades, eran mas populosas que México. Pero en el referido número no se comprendian los arrabales. Nos consta por el testimonio de Herrera y de Bernál Diaz del Castillo, que hacía Poniente continuaban las casas, por una y otra parte del

cuatro' cuarteles, y cada cuartel en muchos barrios, cuyos nombres mexicanos se conservan aun entre los indios. Las líneas divisorias de los cuatro cuarteles, eran cuatro calles principales, correspondientes á las cuatro puertas del atrio del templo mayor. El primer cuartel, llamado *Tecpan*, y hoy S. Pablo, comprendia toda la parte de la poblacion que estaba entre las dos calles correspondientes á las puertas meridional y oriental. El segundo, *Moyotla*, hoy S. Juan, la comprendida entre las calles meridional y occidental. El tercero, *Tlaquechimean*, hoy Santa María, la comprendida entre las calles occidental y setentrional. El cuarto, *Azacualco*, hoy S. Sebastian, la comprendida entre las calles setentrional y oriental. A estas cuatro partes, en que fué dividida la ciudad desde su fundacion, se agregó despues, como quinta parte, la ciudad de Tlatelolco, quedando, por las conquistas del rey Axayacatl, unida á la de Tenochtitlan, y compuesta de todas ellas la capital del imperio mexicano.

Habia al rededor de la ciudad muchos diques y esclusas, para contener las aguas en caso necesario, y dentro de ella tantos canales, que apenas habia barrio por el cual no se pudiese transitar en barco: lo que no menos contribuia á hermosear la poblacion, que á facilitar el transporte de los viveres y de todos los renglones de comercio, asegurando de este modo á los ciudadanos contra las tentativas de sus enemigos. Las calles principales eran anchas y derechas. De las otras habia al-

camino de Tlacopan, hasta tierra firme; lo que forma un espacio de dos millas. Los otros arrabales eran Azacualco, Acatlan, Malcuitlapilco, Atenco, Izacalco, Zancopinoá, Huiznahuac, Xocotitlan, Coltonco y otros. Probablemente Torquemada incluyó en su cálculo los arrabales; pero aun de este modo me parece cesivo el número de 120.000 casas.

gunas que no eran mas que canales; muchas empedradas y sin agua, y no pocas que tenian en medio una acequia entre dos terraplenes, que servian á la comodidad de los pasajeros, y á descargar las mercancías, ó en su lugar, plantios de árboles y flores.

Entre los edificios, ademas de los muchos templos y palacios de que se ha hablado, habia otros palacios ó casas grandes, construidas por los señores feudatarios para su habitacion, en el tiempo en que se les obligaba á residir en la corte. Sobre todas las casas, excepto sobre las de los pobres, habia azóteas con sus parapetos, y en algunas, almenas y torres, aunque mas pequeñas que las de los templos; así que, los templos, las calles y las casas, eran otros tantos medios de defensa para los habitantes.

Ademas de la grande y famosa plaza de Tlatelolco, donde se hacia el mercado principal, habia otras mejores distribuidas por toda la ciudad donde se vendian las provisiones de boca mas comunes. En otros puntos habia fuentes y estanques, especialmente en las cercanías de los templos, y muchos jardines plantados, los unos al nivel de la tierra, y los otros en altos terrados. Los muchos y bellos edificios, primorosamente blanqueados y bruñidos, las altas torres de los templos esparcidos por los cuarteles de la ciudad, los canales, los vergeles y los jardines, formaban tan hermoso conjunto, que los españoles no se cansaban de admirarlo, especialmente cuando lo contemplaban desde el atrio superior del templo mayor, el cual, no solo dominaba la poblacion de la corte, sino los lagos y las bellas y grandes ciudades de los bordes. No menos maravillados quedaron al ver los palacios reales, y la variedad infinita de plantas y animales que en ellos se criaban; mas nada los dejó

tan arduos como la gran plaza del mercado. No hubo español que no la celebrase con singulares encomios, y algunos de ellos, que habian viajado por casi toda la Europa, aseguraron, como dice Bernal Diaz, no haber visto jamas en ninguna plaza del mundo, ni tan gran número de traficantes, ni tanta variedad de mercaderías, ni tanta regularidad y orden en el conjunto.

DESALOGOS DEL CELO DE CORTES POR LA RELIGION.

Cuando los españoles subieron al templo mayor, encontraron allí al rey, que se les habia anticipado, para evitar con su presencia que cometiesen algun atentado, contra sus ídolos. Despues de haber observado desde aquella altura la ciudad, que el mismo rey le indicaba, Cortés le pidió permiso de ver los santuarios, y él lo concedió, habiendo ántes consultado á los sacerdotes. Entraron en ellos los españoles, y contemplaron, no sin compasion ni horror, la ceguedad de aquellos pueblos, y el borrendo estrago que en ellos hacia la crueldad de sus sacrificios. Cortés, volviéndose entónces á Moctezuma, le dijo: "Me maravillo, señor, que un monarca tan sabio como vos, adore como dioses esas figuras abominables del demonio." "Si yo hubiese sabido, respondió, que debiais hablar con tanto desprecio de nuestros nùmenes, no hubiera cedido jamas á vuestras instancias." Cortés, viéndolo tan enojado, se excusó como pudo, y se despidió para retirarse á sus cuarteles. "Id en buen hora, respondió el monarca, que yo me quedo aquí para aplacar á los dioses, irritados con vuestras blasfemias."

A pesar de este disgusto obtuvo Cortés del rey, no solo el permiso de construir dentro del recinto de sus cuarteles una

capilla en honor del verdadero Dios, sino tambien los materiales y operarios para la fabrica, en la cual se celebró el santo sacrificio de la misa, mientras duró la provision de vino, y diariamente concurrían á ella los soldados á encomendarse á Dios. Plantó ademas en el patio principal una cruz, á fin de que los Mexicanos viesan la suma veneracion en que los españoles toman aquel santo instrumento de la redencion del linaje humano. Quiso despues consagrar al culto del verdadero Dios el templo mismo de Huitzilopochtli; pero lo detuvo el miedo del rey y de los sacerdotes, aunque lo consiguió mas tarde, habiendo aumentado su autoridad, de resultas de la prision del rey, y de otras acciones no uenos temerarias, que referiré muy en breve.

Despedazó los ídolos que allí se veneraban, hizo limpiar el santuario, colocó en él un Crucifijo y una imagen de la Madre de Dios (1); y arrodillado delante de aquellos simulacros, dió gracias al Altísimo por haberle concedido la gracia de adorarle en aquel lugar, que por tanto tiempo habia sido consagrado á la mas abominable y cruel idolatria. Este mismo celo lo indujo á repetir muchas veces á Moctezuma sus razonamientos sobre las santas verdades de nuestra fé; y aunque aquel monarca no estaba dispuesto á abrazarlas, sin embargo, movido por sus argumentos mudó que no se sacrificasen mas victi-

(1) La imagen de la Virgen que colocó Cortés en aquel santuario, se creó ser la misma que en la actualidad se venera con el título de los Remedios ó del Socorro, en un magnífico templo, á ocho millas de la capital hacia Panicutla. Se dice que la llevó consigo á México un soldado de Cortés llamado Villafuente, y que el día despues de la terrible noche que fueron derrotados los españoles, la escondió en el sitio en que se encontró algunos años despues, que es el mismo en que hoy se venera.

mas humanas, y aunque no complaciese al general español en renunciar á su creencia, siguió tratándolo con cariño, y no pasaba día en que no hiciese nuevas finezas y regalos á los españoles. La órden que dió á los sacerdotes acerca de los sacrificios no fué observada con exacta puntualidad, y la gran armonía que reinaba entre Cortés y Moctezuma fué turbada por el inaudito atentado que voy á referir.

PRISION DE MOCTEZUMA.

No habian pasado mas de seis días despues de la entrada de los españoles en México, cuando viéndose Cortés aislado en medio de un pueblo inmenso, y conociendo el peligro en que se hallaba su vida y la de los suyos, si mudaba de sentimientos el rey, como podia suceder, llegó á persuadirse que no podia adoptar otro medio para su seguridad, que el de apoderarse de la persona de aquel soberano; pero siendo esta una medida tan opuesta á la razon, como al respeto, y al agradecimiento que le debía, buscó pretextos para aquietar su conciencia, y poner á cubierto su honor (1), y no halló otro que

(1) Que el intento de Cortés era apoderarse de cualquier modo de la persona de Moctezuma, y que la revolucion de Veracruz no era mas que un pretexto para cubrir su designio, se infiere claramente de su carta á Carlos V. de 30 de Octubre de 1520. "Pasados, invictísimo príncipe, seis días despues que en la gran ciudad de Tenistitan entré (debía decir *Tenochtitlan*), y habiendo visto algunas cosas de ella, aunque pocas, según lo que hay que ver y notar, por aquellas me pareció, y aun por lo que de la tierra había visto, que convenia al real servicio y á nuestra seguridad, que aquel señor (Moctezuma) estuviera en mi poder, y no en toda su libertad; porque no mudase el propósito que mostraba en servir á V. A. mayormente que los españoles somos algo incomportables é importunos, é porque enojándose, nos podia hacer mucho daño, y tanto que no hubiese memoria de nosotros, según su gran poder; é tambien, porque teniéndole con-

puiera convenirle sino la revolucion de Veracruz, cuya noticia, que recibí de Cholula, había tenido hasta entónces reservada en su pecho." Queriendo, pues, en fin, sacar partido de ella, la comunicó á sus capitanes, para que seriamente pensasen en los medios que podrian libertarlos de tantos peligros; y para justificar la temeridad que pensaba, y obligar á los españoles á prestarse á ella, mandó llamar á muchos personajes principales de los aliados (cuyo testimonio debía ser sospechoso, á causa de su enemistad con los Mexicanos), y les preguntó si habían observado alguna novedad en la conducta de los habitantes de aquella corte. Ellos respondieron que la plebe estaba divertida en los regocijos públicos que el rey había dispuesto para solemnizar la llegada de tan nobles estrangeros; pero que en la nobleza se notaba cierto aspecto sospechoso, y entre otras cosas, han oido decir á sus individuos que sería fácil levantar los puentes de los canales, lo que indicaba alguna conspiracion secreta contra los españoles.

Tan grande era la inquietud de Cortés, que no pudo dormir aquella noche, y la pasó dando vueltas, pensativo y agitado, por sus cuarteles. Una centinela le notó entónces que en una de las cámaras había una salida tapada con una pared que parecia recién hecha. Cortés la hizo abrir,

moigo, todas las otras tierras que á él eran súbditas, vendrian mas áína al conocimiento y servicio de V. M., como despues sucedió." Todavía descubre con mayor claridad su intento en otro pasaje de la misma carta, citando otra que había escrito al mismo Carlos V. desde Veracruz. "Certifiqué á V. A. que lo que habría (á Moctezuma) ó preso, ó muerto, é súbdito á la corona real de V. M., y con este propósito y demanda me partí de la ciudad de Cempoala." Ahora bien, cuando Cortés salió de Cempoala, no habían ocurrido los sucesos de Veracruz, ni había recibido agravio alguno del rey, sino mas bien finezas singulares, y magníficos presentes.

y halló muchas piezas en que estaba depositado el tesoro del rey Axayacatl. Vió allí muchos ídolos; una gran cantidad de alhajas de oro, plata y piedras preciosas; ricos tejidos de pluma y algodón, y otros objetos que pagaban á la corona los pueblos tributarios, ó que regalaban los señores feudatarios á su soberano. Después de haber examinado atónito tantas riquezas, mandó hacer de nuevo el muro, dejándolo todo en el mismo estado en que se hallaba.

En la mañana siguiente reunió á sus capitanes, les representó las hostilidades cometidas por el señor de Nauhflan contra la guarnición de Veracruz, y contra los Totonacas sus aliados; escosos que, segun decian estos, no se hubieran llevado á efecto sin la órden ó el permiso del rey Moctezuma. Espúoles con la mayor energía el gravísimo peligro en que se hallaban, y les declaró su desigmo, exagerando las ventajas que debian aguardarse de su ejecución, y disminuyendo los funestos resultados que podía tener. Hubo variedad en los dictámenes de los otros gefes. Los unos desaprobaban el proyecto, como impracticable y temerario, diciendo que seria mejor pedir licencia al rey para retirarse de la corte; pues el que con tantas instancias y regalos habia procurado disuadir á Cortés de su resolución de ir á México, fácilmente les daría permiso de salir de allí. Los otros creían necesaria la salida; pero opinaban que debía hacerse de pronto y en secreto, para no dar ocasion á que los Mexicanos pusiesen por obra alguna perfidia. Sin embargo, la mayor parte de ellos, inducidos de antemano, como es de creerse, por el mismo general, se adhirieron á su voto, oponiéndose á los otros, como vergonzosos y mas arriesgados. "¿Qué se dirá de nosotros, preguntaban, viéndonos salir intempesti-

vamente de una corte, donde con tantas honras hemos sido acogidos? ¿Habrá quien no crea que el miedo es el que nos pone espuelas? Y si perdemos la reputacion de valientes, ¿qué seguridad podemos prometernos? ¿Qué no harán con nosotros en los puntos del territorio mexicano, ó del de nuestros aliados, por donde tengamos que transitar, cuando ya no los detenga el respeto de nuestras armas?" Tomóse finalmente la resolución de apoderarse de Moctezuma en su palacio, y de llevarlo preso á los cuarteles: proyecto bárbaro y extravagante, sugerido por el temor de los males que podrian sobrevenirles, ó por la esperiencia de su propia felicidad, que, mas que ninguna otra consideracion, estimula á los hombres á acometer las mas arduas empresas, y frecuentemente los arroja á los mas hondos precipicios.

Para la ejecución de tan peligroso atentado puso Cortés en arma á toda su tropa, y la distribuyó en los puntos convenientes. Mandó á cinco de sus capitanes, y á veinticinco de sus soldados, en quienes mas confianza tenia, que se dirigiesen de dos en dos á palacio; pero de tal modo, que acudiesen todos á un tiempo, y como si fuese por casualidad: él se encamino al mismo punto, con su intérprete Doña Marina, obteniendo ántes el beneplácito del rey, á la hora en que solia visitarlo. Fué introducido con los otros españoles en la sala de la audiencia, donde Moctezuma, lejos de pensar lo que iba á suceder, los recibió con la misma amabilidad que siempre. Mandóles tomar asiento, les regaló algunos efectos de oro, y ademas presentó á Cortés una de sus hijas. Cortés, después de haberle significado con las mas urbanas expresiones su gratitud, se excusó de aceptarla, alegando que estaba casado en Cuba, y que segun la ley divina de los

cristianos, no le era lícito tener dos mugeres; pero al cabo la admitió en su compañía, por no disgustarlo, y con el objeto de reducirla al cristianismo, como lo verificó en efecto. A los otros capitanes dió tambien algunas hijas de los señores Mexicanos, que tenía en su serrallo. Hablaron despues algun rato sobre varios asuntos; pero viendo Cortés que la conversacion lo distraia de su intento, dijo al rey que aquella visita tenia por objeto darle parte de la conducta del señor de Nauhltan, su vasallo: quejósse de las hostilidades que habia cometido contra los Totomecas, solo por su amistad con los españoles; de la guerra que habia hecho á la guarnicion de Veracruz, de la muerte del gobernador Escalante y de seis soldados de aquella plaza. "Yo, dijo, debo dar cuenta á mi soberano de la muerte de estos hombres, y para poder satisfacerlo dignamente, he hecho varias indagaciones acerca de un procedimiento tan irregular. Todos os inculpan, como al principal autor de aquellos sucesos; mas yo estoy léjos de creer tanta perfidia en tan gran monarca, cual seria la de tratar como enemigo en aquella provincia, al que al mismo tiempo colmáis de favores en la corte." "No dudo, respondió Moctezuma, que los que me atribuyen la guerra de Nauhltan sean los Tlaxcaltecas, mis eternos enemigos; pero yo os protesto que no he tenido en ella el menor influjo. Cuauhpopoca ha obrado sin órden mio: ántes bien contra mis intenciones; y á fin de que os conste la verdad, lo haré venir inmediatamente á la corte, y lo pondré en vuestras manos." Llamó en seguida á dos de sus cortesanos, y entregándoles una joya, en que estaba esculpida la imágen del dios de la guerra, que siempre llevaba pendiente del brazo, y servia en vez de sello para la ejecucion de sus mandatos, les mandó que

se dirigiesen con la mayor celeridad posible á Nauhltan, y de allí condujesen á la corte á Cuauhpopoca, y á las otras personas principales que habian contribuido á la muerte de los españoles, autorizándolos á listar tropas, y apoderarse de ellos por fuerza, en caso de negarse á obedecer sus órdenes.

Los dos cortesanos partieron sin tardanza para poner en cumplimiento su comision, y el rey dijo á Cortés: "¿Qué mas puedo hacer para aseguraros de mi sinceridad?" "No dudo de ella, respondió Cortés; mas para disipar el error en que están vuestros mismos vasallos, de qué el atentado de Nauhltan se ha ejecutado por órden vuestra, necesito una demostracion extraordinaria, que haga manifiesta la benevolencia con que nos mirais. Ninguna me parece mas conveniente á este fin, que la de que os digneis venir á vivir con nosotros, hasta que lleguen los reos, y por su confesion, se aclare vuestra inocencia. Esto servirá para satisfacer á nuestro soberano, para justificar vuestra conducta, para honrarnos, y para ponerlos á cubierto, bajo la sombra de vuestra magestad." A pesar de las palabras artificiosas con que procuró Cortés dorar su atrevida é injuriosa pretension, el rey la penetró inmediatamente, y se turbó. "¿Dónde se ha visto, dijo, que un soberano se deje llevar preso? Y aunque yo consintiese en evieler de ese modo mi persona y mi dignidad, ¿no tomarian las armas al instante todos mis vasallos para libertarme? No soy yo hombre de los que pueden esconderse y huir á los montes. Sin someterme á tal infamia, aquí estoy pronto á satisfacer vuestras quejas." "La casa, señor, á que os convidamos, dijo entónces Cortés, es uno de vuestros palacios, y vuestros súbditos, acostumbrados á veros mudar de residencia, no podrán extrañar que

paseis á la de vuestro difunto padre Axayacatl, bajo el pretexto de darnos este nuevo testimonio de amistad. En caso de que intenten algo contra vuestra persona, ó contra nosotros, tenemos valor, brazos fuertes, y armas poderosas para reprimir su temeridad. Por lo demas, yo empeño mi palabra que sereis honrado por nosotros y servido, como por vuestros súbditos." El rey perseveró en su repugnancia, y Cortés en su pretension, hasta que uno de los capitanes españoles, demasiado atrevido é inconsiderado, llevando á mal que se retardase la ejecucion de aquel designio, dijo en tono colérico, que se dejasen las palabras, y que seria mejor llevarse al rey por fuerza, ó quitarle la vida. Moctezuma, que en el semblante del español conoció su intento, preguntó á Doña Marina qué decia aquel furioso extranjero. "Yo, señor, respondió ella con discrecion, como súbdita vuestra, deseo vuestra ventura, y como confidente de estos hombres, poseo sus secretos, y conozco su índole. Si os dignais hacer lo que solicitan, sereis tratado por ellos con todo el honor y distincion que se debe á vuestra real persona: mas si persistís en vuestra determinacion, corre peligro vuestra vida." Aquel infeliz monarca, que desde la primera llegada de los españoles se habia dejado dominar por un terror supersticioso, y cuya pusilanimidad aumentaba de dia en dia, viéndose en tanto apuro, y creyendo que antes que llegasen sus guardias, podria haber perecido á manos de aquellos hombres tan osados y resueltos, cedió finalmente á sus instancias. "Quiero, dijo, fiarme de vos: vamos, vamos, pues que los dioses lo quieren así;" y dando órden de que se le preparase la litera, se puso en ella para ir á los cuarteles de los españoles.

No dudo que los lectores sentirán al leer, y al considerar las circunstancias de

este extraordinario suceso, el mismo disgusto que yo experimento al referirlo; mas en este, no menos que en otros acaecimientos de nuestra historia, es necesario levantar la mente al cielo, y reverenciar con el mas profundo respeto los altísimos consejos de la Divina Providencia, que se valió de los españoles como de instrumentos de su justicia, y de su misericordia, castigando en algunos la supersticion y la crueldad, é iluminando á los otros con la luz del Evangelio. No cesaremos de inculcar este principio, ni de dar á conocer, aun en las acciones mas irregulares de las criaturas, la bondad, la sabiduría, y la omnipotencia del Criador.

Salió finalmente Moctezuma de su palacio, para no volver á entrar mas en sus muros, protestando al mismo tiempo á sus cortesanos, que por ciertos motivos que habia consultado ya con los dioses, se iba por su gusto á vivir algunos dias con aquellos extranjeros, y mandándoles que lo publicasen así por toda la ciudad. Iba con todo el tren y magnificencia que solia llevar consigo, cuando se dejaba ver en público, y los españoles marchaban á su lado guardándolo, con protesto de honrarlo. Divulgóse inmediatamente por la ciudad la noticia de tan extraordinario suceso, y concurrió en tropel el pueblo á presentarlo: los unos lloraban enternecidos, y los otros se arrojaban al suelo como desesperados. El rey procuraba aquietarlos, significándoles el placer con que iba á residir entre sus amigos; pero temiendo algun alboroto, dió órden á sus ministros de despejar el camino de la plebe, é impuso pena de muerte al que ocasionase la menor inquietud. Llegado á los cuarteles, acogió con suma benignidad á los españoles que salieron á su encuentro, y tomó por su alojamiento la habitacion que mas le acomodó, y que fué muy en breve

ameublada por su servidumbre con finos tapetes de algodón y de plumas, y con los mejores muebles del real palacio. Cortés puso guardia á la puerta de aquella habitación, y dobló la ordinaria de los cuarteles. Intimó á todos los españoles y aliados que tratasen y sirviesen al rey con el respeto debido á su alto carácter, y permitió que entrasen á visitarlo cuantos Mexicanos quisiesen, con tal de que fuesen pocos á la vez: así que, Moctezuma no carecía de nada de lo que tenía en su palacio, sino de libertad.

VIDA DEL REY EN LA PRISIÓN.

Daba Moctezuma libremente audiencia á sus vasallos, oía sus preguntas, pronunciaba sentencias, y gobernaba el reino con la ayuda de sus ministros y consejeros. Servíanlo sus criados con la diligencia y puntualidad acostumbradas. Asistíanlo á la mesa una muchedumbre de nobles, distribuidos de cuatro en cuatro, llevando en alto los platos, por ostentación. Después de haber escogido lo que le gustaba, distribuía lo demás entre los españoles que lo guardaban, y los Mexicanos de su servidumbre. No satisfecha con esto su generosidad, hacia frecuentes y magníficos regalos á los españoles. Cortés, por su parte, mostraba tanto celo en que sus soldados lo respetasen como debían, que mandó dar de palos á uno de ellos por haberle respondido con aspereza, y lo habría mandado ahorcar, según afirman los historiadores, si el mismo rey no hubiera intercedido en favor del reo. Mas si este era digno de tan severo castigo, por haber faltado con su respuesta al respeto debido á la magestad del monarca, ¿que pena merecía él, que lo había privado enteramente de su libertad? Cada vez que Cortés iba á visitarlo, le hacia los mismos acatamientos y ceremonias, que cuando

estaba en su palacio. Para distraerlo en su prisión, mandaba á sus soldados hacer ejercicios de armas, ó jugar en su presencia, y el mismo rey se dignaba también jugar con él, ó con el capitán Alvarado, á un juego que los españoles llamaban *bolabocue*, y mostraba placer en perder, para tener nuevos motivos de ejercer su liberalidad. Después de comer, perdió en una ocasión, cuarenta pedazos de oro en bruto, que formaban, según conjeturo, ciento y sesenta onzas á lo menos. Así disipan fácilmente sus riquezas los que las han adquirido sin fatiga.

Viendo Cortés la liberalidad, ó por mejor decir, la prodigalidad del rey, le dijo un día que algunos soldados atrevidos habían tomado del tesoro de su difunto padre Axayacatl, unos pedazos de oro, mas que ya habia mandado reponerlos donde estaban. "Con tal que no toquen, dijo el rey, á las imágenes de los dioses, ni á lo que está destinado á su culto, tomen cuanto quieran." Con este permiso, los españoles sacaron de aquel depósito mas de mil vestidos de algodón. Cortés mandó restituirlos; pero Moctezuma se opuso, diciendo que jamas volvía á tomar lo que habia dado. Quiso ademas el general español que se arrestasen otros soldados que del mismo tesoro habían tomado cierta cantidad de liquidámbur, mas á petición del rey, fueron puestos en libertad. No contento con prodigar sus riquezas á los extranjeros, presentó á Cortés otra de sus hijas, que él aceptó para casarla con Cristóbal de Olid, maestro de campo de las tropas españolas. Esta princesa, como la otra que habia Moctezuma dado ántes, fué prontamente instruida y bautizada, sin que su padre hiciese la menor oposición.

No dudando ya Cortés de la buena voluntad del rey, descubierta, no solo en tan

extraordinarias demostraciones de liberalidad, sino tambien en el placer que tenia de tratar con los españoles, le concedió, despues de algunos dias de prision, licencia para salir de los cuarteles, y lo exhortó á que fuese, cuantas veces quisiese, á divertirse en la caza, ejercicio á que era aficionadísimo. No rehusó el envilecido monarca aquel uso miserable de su libertad; pues salia muchas veces, é iba ó á los templos á practicar sus devociones, ó al lago á cazar aves acuáticas, ó al bosque de Chapultepec, ú otro sitio de recreo, siempre guardado por un buen número de soldados españoles. Cuando iba al lago, lo escoltaban muchas barcas, y dos bergantines que mandó hacer Cortés, poco despues de su entrada en aquella capital (1). Cuando iba á los bosques, lo acompañaban dos mil Tlaxcaltecas, ademas de la numerosa comitiva de Mexicanos que lo servian continuamente; mas nunca pasaba la noche fuera de su alojamiento.

SUPPLICIO DEL SEÑOR DE NAUHTLAN Y NUEVO INSULTO A LA MAGESTAD DEL REY.

Mas de quince dias habian pasado despues que Moctezuma mudó de residencia, cuando volvieron los dos sujetos que havia enviado á Nauhtlan, trayendo consigo á Cuauhpopoca, á un hijo soyo, y á quince nobles cómplices de la muerte de Escalante. Cuauhpopoca venia ricamente vestido sobre una litera. Cuando llegó á los cuarteles se descalzó, segun el ceremonial de palacio, y se cubrió de un ropaje tosco. Introducido á presencia del rey, y hechas las acostumbradas reverencias, le dijo: "Ved aquí, muy grande y poderoso señor, á vuestro siervo, obediente á vuestras órdenes, y pronto á cumplir en todo vues-

tra voluntad." "Harto mal os habeis conducido en esta ocasion, le respondió indignado el rey, tratando como enemigos á unos extranjeros que yo recibo amigablemente en mi corte, y grande ha sido vuestra temeridad en inculparme tamaño atentado: seréis por tanto castigado como traidor á vuestro soberano;" y queriendo Cuauhpopoca excusarse, no quiso darle oidos, y mandó entregarlo á Cortés con sus cómplices, á fin de que, examinando el delito, lo castigase con la merecida pena. Cortés les hizo varios interrogatorios, y ellos confesaron claramente el hecho, sin inculpar al principio al rey, hasta que viéndose amenazados del tormento, y creyendo inevitable el suplicio, declararon que cuanto habian hecho, les habia sido mandado por el rey, sin cuyas órdenes no hubieran osado intentar la menor cosa contra los españoles.

Oida la confesion por Cortés, y fingiendo no dar crédito á sus excusas, mandó que fuesen quemados vivos delante del real palacio, como reos de lesa magestad. Pasó inmediatamente á la estancia del monarca, con tres ó cuatro capitanes, y un soldado que llevaba unos grillos, y sin detenerse en las acostumbradas ceremonias, y cumplimientos, le dijo: "Ya, señor, han sido examinados los reos y todos han confesado su delito, inculpándoos á vos, como autor de la muerte de mis españoles. Yo los he condenado al suplicio que merecen, y que merecis vos mismo, en virtud de su confesion; pero considerando, por otra parte, los grandes beneficios que nos habeis hecho, y el afecto que habeis manifestado á mi soberano y á mi nacion, quiero concederos la gracia de la vida, ya que no puedo evitar que sufrais una parte de la pena á que os habeis hecho acreedor por vuestro delito." Dicho esto mandó altamente al soldado que le pusiese los gri-

(1) Para esponer de una vez la vida de Moctezuma en la prision, cito algunos sucesos posteriores á los que voy á referir.

llos en los piés, y sin querer oírlo, le volvió la espalda, y se retiró. Fué tan grande el asombro del monarca, viendo sometida á tanto ultraje su persona, que no hizo la menor resistencia, ni prorumpió en una palabra que denotase su dolor. Mantúvose algun rato privado de sentido. Los criados que lo asistian declararon con mudas lágrimas su dolor, y echándose á sus piés le aliviaban con sus manos el peso de los grillos, y con montones de algodón le evitaban su contacto. Pasada aquella primera sorpresa, prorumpió en ademanes de impaciencia; pero serenóse muy en breve, atribuyendo su desventura á la soberana disposicion de los dioses.

Terminada apénas aquella atrevida accion, acometió Cortés otra empresa no menos temeraria. Despues de haber prohibido la entrada en los cuarteles á los Mexicanos que venian á visitar al rey, mandó conducir al suplicio á Cuauhpopoca, á su hijo y á los otros cómplices. Escoltáronlos los mismos españoles armados y en órden de batalla, para contener al pueblo, si intentaba oponerse á la ejecucion; pero ¿qué podría hacer aquel pequeño número de estrangeros contra la muchedumbre inmensa de Mexicanos, que debian ser espectadores de aquel gran suceso, si Dios, que lo disponia todo para la ejecucion de sus altos designios, no hubiese impedido los efectos de tan inaudito atentado? Encendióse la hoguera delante del palacio principal del rey, y la leña consistia en una gran cantidad de arcos, flechas, dardos, lanzas, espadas y escudos, que estaban en una armería; porque así lo exigió Cortés del rey para libertarse de la inquietud que le ocasionaba la vista de tantas armas. Cuauhpopoca, atado de piés y manos, y puesto sobre la hoguera en que iba á perecer, protestó de nuevo su inocencia, y repitió que cuanto habia he-

cho, habia sido por espreso mandato de su rey; despues hizo oracion á sus dioses, y exhortó á sus compañeros á que muriesen con valor. Encendióse el fuego y en pocos minutos fueron consumidos (1) á vista de un pueblo innumerable, que so mantuvo quieto, porque se persuadió, como es de creerse, que aquella sentencia se ejecutaba por órden del rey, y es verosímil que se publicaria en su nombre.

No puede justificarse de modo alguno la conducta de Cortés; porque ademas de haberse arrogado una autoridad que no le competia, si creia en efecto que el rey era el verdadero autor de las resoluciones de Veracruz ¿por qué condenar á muerte, y á una muerte tan acerba, á los que no tenian otro delito que haber ejecutado puntualmente las órdenes de su soberano? Si no creia culpable al rey, ¿por qué someterlo á tanta ignominia, dejando aparte el respeto debido á su carácter, la gratitud que requería su generosidad, y la seguridad á que es acreedora la inocencia? Yo conjeturo que Cuauhpopoca tuvo órden del rey de someter á los Totonacas á la obediencia de su corona, y no pudiendo obedecer este mandato sin indisponerse con los españoles, como protectores de los rebeldes, llevó las cosas al estremo que dejó referido.

(1) Solís, cuando habla de la sentencia de Cortés contra Cuauhpopoca, dice: "Juzgóse militarmente la causa, y se les dió sentencia de muerte, con la circunstancia de que fuesen quemados públicamente sus cuerpos." Con lo que, sin esplicar claramente el suplicio de los reos, da á entender que no fueron quemados vivos: este modo de hablar no conviene á la sinceridad que se requiere de un historiador. Procuró disimular lo que no cuadraba con el panegirico de su héroe; pero de poco sirve su artificio, cuando no solo los otros historiadores, sino el mismo Cortés lo afirma positivamente en su carta á Carlos V. Véase ademas la Decada 2, libro VIII, capítulo 9, del cronista Herrera.

Terminada la ejecución, pasó Cortés á la habitacion de Moctezuma, y saludándolo afectuosamente, y ponderando la gracia que le hacia concediéndole la vida, mandó quitarle los hierros. El júbilo que experimentó en aquella ocasion Moctezuma, fué proporcionado á la afliccion que habia sentido cuando se los pusieron. Disipóse enteramente el temor que habia tenido de perder la vida, y recibió la libertad como un beneficio incomparable. ¡Tanto se habia envilecido su ánimo! Abrazó con suma ternura á Cortés, manifestándole con singulares espresiones su gratitud, y aquel día hizo grandes finezas á los españoles y á sus vasallos. Cortés mandó retirar la guardia que le habia puesto, y le dijo que podia restituirse cuando quisiera á su palacio; pero estaba seguro que no lo haria, pues repetidas veces le habia oído decir que no le convenia volver á su antigua habitacion, *interin* estuviesen en la capital los españoles. En efecto, no quiso dejar los cuarteles, alegando el riesgo que corrian Cortés y los suyos, si los abandonaba; mas tambien puede creerse que contribuyó á esta determinacion su propio peligro, no ignorando cuánto desaprobaban sus vasallos el envilecimiento á que se habia reducido, y su demasiada condescendencia con los estrangeros.

TENTATIVAS DEL REY DE ACOLHUACAN
CONTRA LOS ESPAÑOLES.

Es verosímil que el suplicio de Cuauhpopoca ocasionase alguna fermentacion en la nobleza; pues de allí á pocos días Camatzin, rey de Acolhuacan, no pudiendo sufrir la preponderancia que iban adquiriendo los españoles en la corte de México, y avergonzándose de ver á Moctezuma, su tío, en tan miserable estado, le *usadó á decir* que se acordase de su alta dignidad, y que no quisiese ser esclavo de

aquellos desconocidos; pero viendo que no hacia caso de sus consejos, resolvió hacer la guerra por sí mismo á los españoles. La ruina de estos hubiera sido inevitable, si el concepto que tenian aquellos pueblos de Camatzin, hubiera correspondido á su intrepidez y resolucion; pero los Mexicanos sospechaban que bajo color de celo por el honor de su tío, ocultaba miras ambiciosas y el designio de usurparle la corona: los Totonacas no lo amaban, por su orgullo, y por el mal que habia hecho á su hermano Cuicuitcatzin, el cual, para huir de su persecucion, se habia refugiado en México, y era generalmente estimado por su gallardía y popularidad.

Pasó, pues Camatzin á Texcoco, y habiendo convocado á sus consejeros y á los principales personajes de su corte, les representó el deplorable estado en que se hallaba la corte de México, por el soberbio arrojo de los españoles, y por la pusilanimidad del rey su tío: la autoridad que aquellos pocos estrangeros se iban arrogando; las gravísimas injurias que habian hecho á la persona del monarca, aprisionándolo como si fuera un vil esclavo, y aun á los dioses mismos, introduciendo en aquel reino el culto de números estranos: exageró las funestas consecuencias que de aquellos principios podian resultar contra la corte y el reino de Acolhuacan. “*Es tiempo, decís, de combatir por nuestra religion, por nuestra patria, por nuestra libertad y por nuestro honor, ántes que se aumente el poder de estos hombres, ó con nuevos refuerzos que vengan de su país, ó con nuevas alianzas que en este contraigan.*” Finalmente, les mandó que descubriesen libremente su opinion.

La mayor parte de los consejeros se pronunciaron por la guerra, ó para complacer al rey, ó porque en efecto eran del

mismo dictámen; pero algunos ancianos, á quienes todos miraban con veneracion, dijeron al rey sin empacho que no se dejase tan fácilmente llevar por el ardor de la juventud: que antes de tomar una resolucion, considerase que los españoles eran hombres belicosos y resueltos, y peleaban con armas superiores: que no considerase tanto su parentesco con Moctezuma, como la alianza y amistad de este con los españoles: que esta amistad de que existian pruebas tan positivas, lo induciria á sacrificar á la ambicion de aquellos extranjeros, todos los intereses de la sangre y de la patria.

A pesar de estas representaciones se abrazó el partido de la guerra, y empezaron á hacerse inmediatamente, con el mayor secreto los preparativos; pero no dejaron de saberlo Moctezuma y Cortés. Este entró en gravísima inquietud; mas considerando por otro parte que salia bien en todas las empresas temerarias, pensó en evitar el golpe, marchando con sus tropas á dar el asalto á Texcoco. Moctezuma lo disuadió de tan osado proyecto, informándolo de las fuerzas de aquella corte, y de la inmensa muchedumbre de sus habitantes. Determinó pues, Cortés, enviar una embajada á aquel monarca, recordándole la amistad que mutuamente se habían prometido en Ayotziaco, cuando fué á verlo de parte de su tío, y diciéndole que reflexionase cuán fácil es emprender la guerra, y cuán difícil terminarla ventajosamente; por fin, que mas le convendria mantenerse en buena correspondencia con el rey de Castilla y con la nacion española. Cacamatzin respondió que no podia tener por amigos á los que le quitaban el honor, á los que oprimian la patria, á los que ultrajaban á su familia y despreciaban su religion; que no sabia, ni le importaba saber quién era el rey de Castilla; que si

queria evitar el golpe que le amenazaba, saliese inmediatamente de México, y regresase á su pais.

A pesar de ser tan violenta la respuesta, Cortés le envió otro mensaje; pero habiéndole contestado en el mismo tono que la vez primera, se quejó amargamente á Moctezuma, y para mas empeñarlo, fingió sospéchar de él que tenia algun influjo en los designios hostiles de su sobrino. Moctezuma se justificó de aquel agravio con las protestas mas sinceras, y se ofreció á interponer su autoridad. Envió, pues, á decir á Cacamatzin que viniese á visitarlo á su corte, y que él hallaria modo de ajustar aquella disension. Cacamatzin, indignado al ver á Moctezuma mas empeñado en favor de los que oprimian su libertad, que en el de quien se esforzaba en restituírsela le respondió, que si despues de tanta infamia hubiera quedado en su alma el menor sentimiento de honor, se avergonzaria de verse hecho esclavo de cuatro aventureros, que mientras lo alhagaban con palabras, lo ultrajaban con sus hechos: que pues no bastaba á moverlo ni el celo de la religion y de los dioses acolhuas, despreciados por aquellos hombres, ni la gloria de sus abuelos, eclipsada y envilecida por su cobardia, él queria defender su religion, vengar á los dioses, conservar su reino, y recobrar el honor y libertad de la nacion Mexicana y de su monarca: que iria en efecto á la corte, como se lo rogaba; pero nó con las manos en el seno, sino empuñando la espada, para borrar el oprobio de los Mexicanos con la sangre de los españoles.

PRISION DEL REY DE ACOLHUACAN Y DE OTROS SEÑORES, Y EXALTACION DEL PRÍNCIPE CUCUITZCÁTZIN.

Consternóse Moctezuma al oír esta respuesta, temiendo ser víctima, en aquella

tempestad, ó de la venganza de los españoles, ó del furor de Cacamatzin; por lo que se decidió á tomar un partido estremo para impedirlo, y salvar su vida por medio de una traicion. Dió instrucciones secretas á unos oficiales mexicanos, que servian en la guardia del rey su sobrino, para que con la mayor diligencia y astucia se apoderasen de él y lo condujesen cautelosamente á México, porque así convenia al bien público del estado. Sugirióles el modo de ejecutarlo, y quizás les haria algun regalo, ó les ofreceria alguna recompensa para estimularlos á llevar á cabo su designio. Ellos se confabularon con otros oficiales y domésticos del rey Cacamatzin, que reconocieron dispuestos á ayudarlos, y con su socorro obtuvieron todo lo que Moctezuma deseaba. Uno de los palacios del rey de Acolhuacan estaba construido á orillas del lago, de tal manera, que por un canal que corría por debajo, podian entrar y salir barcos. Allí residia entonces Cacamatzin, y los conjurados dispusieron un buen número de barcos con gente armada, y en la oscuridad de la noche, que tantos delitos cubre y favorece, atacaron de improviso al rey, con tanta prontitud, que ántes que viniese á su socorro, lo pusieron en un barco y lo llevaron sin perder tiempo á México. Moctezuma, sin respeto alguno al carácter de soberano, ni á su parentesco con el príncipe Cacamatzin, lo entregó inmediatamente á Cortés. Este general, que segun aparece en toda su conducta, no tenia la menor idea del respeto que se debe á la magestad real, aun en la persona de un bárbaro, mandó encadenarlo y encerrarlo bajo la custodia de una buena guardia. Las reflexiones á que dan lugar este y otros extraordinarios sucesos de esta historia, son tan triviales, que no juzgo necesario interrumpir

con ellas el importante curso de mi narracion.

Cacamatzin, que habia empezado su infausto reinado con las disensiones de su hermano Ixtlilxochitl y con la division de sus dominios, lo acabó con la pérdida de la corona, de la libertad y de la vida. Determinó Moctezuma, con aprobacion de Cortés, que la corona de Acolhuacan se diese al príncipe Cuicuitzcatzin, que habia sido hospedado en el palacio de su tio, desde que por huir de la persecucion de Cacamatzin, se refugió en México, é imploró su proteccion (1). En esta eleccion se hizo agravio á los príncipes Coanacotzin é Ixtlilxochitl, que por haber nacido de la reina Xocotzin, tenian mas derecho á la corona. No se puede saber el motivo que tuvo el rey de México para desechar á Coanacotzin; y por lo que hace á Ixtlilxochitl, parece que no quiso aumentar el poder de un enemigo tan formidable. Como quiera que sea, Moctezuma hizo proclamar rey á Cuicuitzcatzin, y lo acompañó con Cortés hasta el barco en que debia pasar el lago, recomendándole la amistad de los Mexicanos y de los españoles, pues á unos y á otros era deudor de la corona.

Pasó Cuicuitzcatzin á Texcoco, acompañado de muchos nobles de una y otra corte y allí fué recibido con aclamaciones, con bailes y arcos de triunfo, llevándolo la noblez en una litera desde el barco hasta su palacio, donde el noble mas au-

(1) Cortés, en su carta á Carlos V. dice que Cuicuitzcatzin era hijo de Cacamatzin; mas esto es error del copista ó del mismo Cortés, pues consta que eran hermanos de padre: ademas, Cortés dice que Cacamatzin era un jóven de veinticinco años, y representa á Cuicuitzcatzin en edad de poder ya gobernar. Finalmente, en otra carta de 15 de Mayo de 1522, afirma que estos dos príncipes eran hermanos.

ciano lo felicitó en un largo discurso, á nombre de toda la nacion, exhortándolo á amar á sus vasallos, y prometiendo que ellos lo amarian como padre, y lo respetarian como señor. No es posible expresar el dolor que estas nuevas ocasionaron á Cacamatzin, viéndose en la flor de la juventud (pues no tenia mas de veinticinco años) privado de la corona que tres años ántes habia heredado de su padre, y reducido á la estrechez y soledad de una cárcel, por el mismo rey á quien deseaba libertar, y por los mismos estrangeros que habia pensado arrojar de aquellos estados.

Tenia ya Cortés en su poder á los dos mas poderosos soberanos de Anáhuac, y no tardó mucho en apoderarse tambien del rey de Tlacopan, de los señores de Iztapalapan y Coyohuacan, hermanos los dos de Moctezuma, de dos hijos de este mismo rey, de Itzcuanhtzin, señor de Tlateloleo, de uno de los sumos sacerdotes de México y de muchos otros personajes de la mas alta gerarquía. Ignóranse las circunstancias de todos estos arrestos; mas es de presumir que los prendoria uno á uno, cuando iban á visitar á Moctezuma.

SUMISION DEL REY MOCTEZUMA Y DE LA NOBLEZA MEXICANA AL REY DE ESPAÑA.

Aunado el general español con tan prósperos sucesos, y viendo al rey de México enteramente sometido á su voluntad, le dijo que era ya tiempo de que él y sus súbditos reconociesen al rey de España por legítimo soberano, como descendiente del rey y dios Quetzalcoatl. Moctezuma, que ya no tenia valor para contradecirlo, convocó á la principal nobleza de la corte y de las ciudades circunvecinas. Acudieron todos prontamente á recibir sus órdenes, y reunidos en una gran sala del cuartel, en presencia de Cortés y de otros españoles, les dirigió el rey un largo

discurso, en que les manifestó el amor que á todos tenia como padre, de quien no debian temer que les propusiese lo que no fuera justo y ventajoso. Les recordó la antigua tradicion sobre la devolucion del imperio mexicano á los descendientes de Quetzalcoatl, de quien habian sido lugar-tenientes él y todos sus predecesores; y los fenómenos observados en los elementos, que significaban, segun la interpretacion de los sacerdotes y de los adivinos, ser llegado el tiempo de que se cumpliesen aquellos oráculos. Yo no dudo que tambien haria mencion del memorable suceso y vaticinio de su hermana Papantzin, que ya he referido, el cual habria sido en gran parte la causa de su apocamiento. Siguió comparando las circunstancias de los españoles con las de la tradicion, y concluyó diciendo que el rey de España era en realidad el legítimo descendiente de Quetzalcoatl, y que por tanto le cedia el reino y le prestaba obediencia, mandando á todos á hacer lo mismo (1). Al confesarse súbdito de otro sobe-

(1) Las circunstancias de este suceso se refieren en las historias con tanta variedad, que no hay dos de ellas que estén perfectamente de acuerdo. En mi narracion he procurado seguir á Cortés y á Bernal Diaz, que fueron testigos oculares. Solís afirma que el reconocimiento de Moctezuma fué un mero artificio; que no tuvo jamas intencion de cumplir lo que prometia; que su intento era desembarazarse de los españoles, y contemporizar, para dar rienda despues á su ambicion, sin curarse de su palabra. Pero si el acto de Moctezuma fué un mero artificio, si no pensaba cumplir su promesa, ¿por qué al confesarse vasallo de otro monarca, sintió tanto dolor, que se le turbó la voz y derramó lágrimas, como el mismo escritor afirma? No necesitaba de tanta flocion para quitarse de encima á los españoles. ¿Cuántas veces pudo, con hacer una señal á sus súbditos, ó sacrificar los españoles á sus dioses, ó dejándoles la vida, hacerlos conducir atados al puerto, para que de allí pasasen á Cuba! Toda la conducta de Moctezuma está en contradiccion con los sentimientos que Solís le atribuye; pero

rano, sintió tan gran pena, que no pudo seguir hablando, y las lágrimas substituyeron las palabras. Al llanto del rey siguieron tan amargos sollosos de los concurrentes, que enternecieron y movieron á piedad á los españoles. Cesaron aquellas demostraciones de dolor, y quedaron todos sumergidos en un melancólico silencio, que interrumpió uno de los mas distinguidos señores Mexicanos, diciendo: "Pues es llegado el tiempo de que se cumplan los oráculos antiguos, y los dioses quieren, y vos mandais que seamos súbditos de otro señor, qué hemos de hacer nosotros sino someternos á las soberanas disposiciones del cielo, intimadas por vuestra boca?"

Cortés entónces dió gracias al rey y á todos los señores que estaban presentes, por su pronta y sincera sumision, y declaró que su soberano no pretendia quitar la corona al rey de México, sino hacer reconocer su alto dominio en aquellos estados; que Moctezuma no solo seguia mandando á sus súbditos, sino que ejerceria la

nada desmintiendo tanto su acusacion, como el claro testimonio dado por el gobierno español, el cual, en muchos documentos, espeditos en favor de la real descendencia de aquel monarca, concediéndole exenciones y privilegios extraordinarios, declara que estos privilegios no pueden servir de ejemplo á ninguna otra casa, pues "ninguna alade, ha hecho á la España tan gran servicio, como el que le hizo el emperador Moctezuma, incorporando á aquella corona, con su voluntaria cesion, un reino tan rico y tan grande como el de México." Si la obediencia prestada por Moctezuma al rey Católico hubiera sido como la representa Solís, se diria que la corte de España creia incorporado el reino de México á la corona de Castilla, en virtud de una cesion fingida y engañosa, y de un mero artificio de Moctezuma; lo que seria gravemente injurioso á la rectitud de los reyes católicos. Betancourt, en la segunda parte, tratado primero de su Teatro Mexicano, cita los referidos documentos, los cuales se conservarán sin duda originales en los archivos de los condes de Moctezuma y Tula.

misma autoridad sobre todos los otros pueblos que se sometiese al rey de España. Disuelta la asamblea, mandó hacer Cortés un instrumento público de aquel acto, con todas las solemnidades que juzgó convenientes, para enviarlo á su corte.

PRIMER HOMENAJE DE LOS MEXICANOS
A LA CORONA DE CASTILLA.

Dado con tanta felicidad este primer paso, Cortés representó á Moctezuma, que pues habia ya reconocido al rey de España como soberano de aquellos países, era necesario manifestar su subordinacion, por medio de alguna contribucion de oro ó plata: alegando para esto el derecho que los soberanos tenian de exigir este homenaje de sus vasallos para mantener el esplendor de su corona, para pagar á sus ministros, para soportar los gastos de la guerra, y para las otras necesidades del estado. Moctezuma con régia magnificencia le dió el tesoro de su padre Axayacatl, que se conservaba, como hemos dicho, en aquel mismo palacio, y del cual nada habia tomado aun Cortés, aunque el rey le habia dado el permiso expreso de tomar cuanto quisiese. Todo aquel gran depósito de riquezas pasó á manos de los españoles, juntamente con todo lo que contribuian los vasallos feudatarios de la corona; lo que componia tan considerable suma, que despues de haber separado la quinta parte para el rey de España, tuvo Cortés lo bastante para pagar las deudas que habia contraido en Cuba en el armamento de su expedicion, y remunerar á sus oficiales y soldados, quedándole una provision suficiente para los gastos que podria hacer en el porvenir. Para el rey se destinaron, además del quinto del oro y la plata, varios objetos que parecian dignos de conservarse enteros por su maravilloso artificio, y que, segun el cómputo del

mismo general, importaban mas de cien mil ducados; mas la mayor parte de estas riquezas se perdieron, como despues veremos.

INQUIETUDES DE LA NOBLEZA DE MEXICO,
Y NUEVOS TEMORES DE MOCTEZUMA.

Triunfaban los españoles al verse dueños á tan poca costa de tantas riquezas, y por haber sometido á su rey, sin esfuerzo, un estado tan vasto y opulento; mas esta felicidad los habia envanecido, y era necesario, segun la condicion de la especie humana, que alternasen los sucesos prósperos con los adversos. La nobleza mexicana, que hasta entónces se habia mantenido en un respetuoso silencio, por su gran deferencia al soberano, viéndolo ya reducido á tanta humillacion, aherrojados el rey de Acolhuacan y otros altos personajes, y sometida la nacion á un príncipe estrangero, á quien no conocia, empezó desde luego á murmurar, y despues á esplicarse con mas franqueza, á formar juntas y reuniones, á censurar su propia tolerancia, y por último, segun parece, á levantar tropas para sacudir la opresion que el rey y el pueblo padecian. Hablaron á Moctezuma algunos de sus favoritos y le representaron la pena que experimentaban sus vasallos al verlo en aquella condicion, disminuido su poder, y oscurecido el esplendor de su corona, y la fermentacion que empezaba á notarse, tanto en la nobleza, como en la plebe, impacientes del yugo estrangero que se les imponia, y ofendidas de verse condenadas á sacrificar á un rey desconocido el fruto de sus sudores. Exhortáronlo á disipar el temor que se habia apoderado de su alma, y á recobrar su autoridad primera; pues si no lo hacia, lo harian por él sus vasallos, los cuales estaban decididos á echar de la capital y del reino aquellos huéspe-

des tan insoleptes y perniciosos. Por otra parte, los sacerdotes le exageraban el detrimento que sufría la religion, y lo amedrentaban con las amenazas que atribuian á sus dioses irritados, de negar la lluvia á los campos, y su proteccion á los Mexicanos, si no arrojava aquellos hombres tan contrarios á su culto. Algunos escritores, demasiado fáciles en creer sucesos maravillosos, dicea que el demonio se apareció al rey, amenazándolo con los males que haria á su persona y á su reino si sufría mas tiempo á los españoles, y prometiéndole, si los arrojava, perpetuar en su familia la corona de México y prodigar las venturas á sus súbditos.

Movido Moctezuma por tantas representaciones y amenazas; avergonzado de la cobardía que se le ocbaba en cara, y enternecido al ver la desgracia de su sobrino Cacamatzin, á quien siempre habia amado con la mayor ternura, la de su hermano Cuilhahatzin, y la de otros personajes de la primera nobleza: aunque no courtió en sacrificar la vida de los españoles, como algunos le aconsejaban, se resolvió á decirles claramente que saliesen de sus estados. Mandó pues, llamar á Cortés, el cual, noticioso de las conferencias secretas que habia tenido el rey los dias anteriores, con sus ministros, con los nobles y con los sacerdotes, sintió gran turbacion en su ánimo al recibir aquel mensaje; pero disimulando cuanto pudo su inquietud, se presentó á Moctezuma acompañado por doce españoles.

El rey lo recibió con menos agrado que el que acostumbraba mostrarle, y le descubrió claramente su resolucio. "No podeis dudar, le dijo, del grande amor de que es he dado tantos y tan repetidos testimonios. Hasta ahora no solo os he visto con placer en mi corte, sino que he querido venir á residir en vuestra compa-

ña, por la singular satisfaccion que he experimentado en vuestra familiaridad y trato. Por mi parte no tengo el menor inconveniente en dejaros permanecer aquí, dándoos cada día mayores pruebas de mi benevolencia; pero no puede ser, pues ni los dioses lo permiten, ni lo consenten mis vasallos. Me hallo amenazado con los mas terribles castigos del cielo, si os consiento mas tiempo en mis Estados, y ya se ha empezado á notar tanta inquietud en mis súbditos, que si no estirpo prontamente la causa, me será despues imposible contenerla. Es necesario, pues, tanto por mi bien y el vuestro, como por el de estos paises, que os aperceibais á regresar prontamente á vuestra patria." Cortés, aunque penetrado del mas acerbo dolor, afectando una gran serenidad, le dijo que su ánimo era obedecerlo; pero que careciendo absolutamente de barcos para su vuelta, por haberse destruído los que lo trajeron de Cuba, necesitaba tiempo, operarios y materiales para construir otros. Moctezuma, lleno entonces de júbilo, al ver la prontitud con que el general español se disponia á complacerlo, lo abrazó y le dijo que no corría tanta prisa su viaje; que construyese los buques, y que él le suministraría así la madera necesaria, como la gente que la cortase y la llevase al puerto. En efecto, mandó que se dispusiese un buen número de trabajadores, y que se cortase la madera de un piuar, poco distante del puerto de Chiahuitlan; y Cortés, por su parte, envió algunos españoles que dirijiesen el corte, esperando que entre tanto mudaría el aspecto de las cosas en México, ó que le llegasen nuevos socorros de las islas ó de España (1).

(1) Algunos historiadores dicen que cuando Moctezuma llamó á Cortés para intimarle la orden de su partida, habia preparado un ejército, con el fin de hacerse obedecer por

Ocho dias despues de tomada aquella resolucion, mandó Moctezuma llamar otra vez á Cortés, lo que puso á este en mayor sobresalto. El rey le dijo que no necesitaba construir los buques, pues acababan de llegar al puerto de Chalchihuecan diez y ocho, semejantes á los suyos destruidos, en los cuales podia embarcarse con su gente; que aligerase por tanto su salida, pues así convenia al bien del reino. Cortés, disimulando el júbilo que le ocasionaba aquella noticia, y dando gracias interiormente á Dios, por haberle enviado tan oportuno socorro, respondió que si aquellos barcos debian hacer viaje á Cuba, estaba pronto á partir; pero que de otro modo, le era preciso continuar la obra empezada. Vió y examinó las pinturas de aquella armada, que enviaban al rey los gobernadores de la costa, y no dudó que fuese española; pero léjos de pensar que se componia de enemigos suyos, se persuadió que habian vuelto los procuradores enviados por él un año ántes á la corte de España, y que traian consigo los despachos reales, y un buen número de tropas para la conquista.

ARMADA DEL GOBERNADOR DE CUBA CONTRA CORTÉS.

Este gran consuelo le duró hasta que le llegaron las cartas de Gonzalo de Sandoval, gobernador de la colonia de Veracruz, en que le noticiaba que aquella expedicion, compuesta de once navios y siete bergantines, ochenta y cinco cabal-

— fuerza, si los españoles resistian; pero hablan de esto con gran variedad, pues unos dicen que el ejército preparado era de 100.000 hombres, otros reducen este número á la mitad, y otros, finalmente lo reducen á 5000. Yo creo que hubo algunos preparativos hostiles; mas no por orden del rey, sino por la de algunos nobles de los que habian tomado tanto empeño en el negocio.

los, ochocientos infantes y mas de quinientos marineros, con doce piezas de artillería y abundantes municiones de guerra, al mando del general Pánfilo Narvaez, era enviada por Diego Velasquez, gobernador de Cuba, contra el mismo Cortés, como vasallo rebelde y traidor á su soberano. Recibió este fuerte golpe Cortés en presencia de Moctezuma; pero sin dejar ver en su semblante la menor turbación, le dió á entender que los que habian aportado á Chalchihuecan, eran nuevos compañeros que venian de Cuba. Del mismo disimulo usó para con sus españoles, hasta que tuvo bien preparados sus ánimos.

No hay duda que esta fué una de aquellas ocasiones en que Cortés hizo alarde de su invicta constancia y magnanimidad. Hallábase, de un lado, amenazado por todo el poder de los Mexicanos, si permanecia en la corte: por otro, veía contra sí un ejército de sus mismos compatriotas, muy superior al suyo; pero su penetracion, su singular destreza y su maravilloso brio, hicieron muy en breve mudar de aspecto al mal que lo amenazaba. Procuró, tanto por cartas, como por el ministerio de algunos medidores, de quienes mas se fiaba, conciliarse el ánimo de Narvaez, haciéndole varios partidos y representándole las ventajas que resultarían á los españoles si se unian y obraban de acuerdo los dos ejércitos, y por el contrario los males que acarrearía á unos y á otros la discordia. Narvaez, por consejo de tres desertores de Cortés, habia ya desembarcado toda su tropa en la costa de Compoala, y se habia acuartelado en aquella ciudad, cuyo señor, conociendo que aquellos extranjeros eran españoles y creyendo que venian á unirse con su amigo Cortés, ó temeroso de su poder, los acogió con grandes honores, y los proveyó de todo

cuanto necesitaban. Moctezuma, creyendo lo mismo al principio, envió á Narvaez ricos presentes, y dió orden á sus gobernadores que le hiciesen los mismos obsequios que á Cortés; pero de allí á poco, conoció la discordia que entre ellos existia, á pesar del gran disimulo de este, y de los esfuerzos con que procuraba impedir que llegase aquella noticia á oídos del rey y de sus súbditos.

Tuvo entónces Moctezuma la mejor ocasion que podia apetecer para destruir los dos ejércitos españoles, si hubiese abrigado en su corazón los sangrientos designios que muchos historiadores le imputan. Narvaez procuró indisponerlo con Cortés, y con su partido, acusándolo de traidor, prometiendo castigar la inaudita temeridad de aprisionar al mismo rey, y ofreciéndose á libertarlo á él y á toda la nacion de la opresion en que gozian; pero Moctezuma, lejos de ceder á estas sugerencias, y de proceder de modo alguno contra Cortés, cuando este le dió parte de la expedicion que proyectaba contra Narvaez, se mostró apesadumbrado por el riesgo que iba á correr, peleando contra fuerzas tan superiores, y ofreciéndole un gran ejército en su auxilio.

Ya habia agotado Cortés todos los recursos de que podia echar mano para proporcionar un convenio pacífico y ventajoso á ambos ejércitos, sin otro resultado que nuevos desprecios y amenazas del arrogante y fiero Narvaez. Viéndose pues obligado á hacer la guerra á sus compatriotas, y no atreviéndose á fiarse del socorro que le ofrecia Moctezuma, rogó al senado de Tlaxcala que aperebiese cuatro mil soldados, para llevarlos consigo, y envió á Chinanda uno de los suyos, llamado Tobilla, hombre práctico en la guerra, á fin de que pidiese dos mil hombres á aquella belicosa nacion, y se proveyese de tres-

cientas picas de las que usaban los mismos Chinantecas, que por ser mas fuertes y largas que las de los españoles, lo parecian excelentes para resistir á la caballería contraria. Dejó en México ciento cuarenta españoles, con todos sus aliados, bajo el mando del capitán Pedro de Alvarado (1); recomendándoles que guardasen y tratasen bien al rey, y procurasen mantenerse en buena armonía con los Mexicanos, especialmente con la familia real y con la nobleza. Al despedirse de Moctezuma, le dijo que dejaba en su lugar al capitán *Tonalih*, (con este nombre del sol apellidaban á Alvarado, porque era rubio), encargándole que complaciese en todo á su magestad; que lo rogaba continuase protegiendo á los españoles; que él salia al encuentro de aquel capitán recién venido, y á poner por obra cuanto estuviere á sus alcances para ejecutar sus reales órdenes. Moctezuma, despues de haberle hecho nuevas protestas de su benevolencia, lo mandó proveer abundantemente de víveres, y de hombres de carga para la conduccion del bagaje, y lo despidió con la mayor amabilidad.

Salíó Cortés de México á principios de mayo de 1520, despues de haber estado seis meses en aquella corte, con setenta españoles y alguna nobleza mexicana, que quiso acompañarlo por una parte del camino. Algunos historiadores dicen que estos Mexicanos iban á espiar lo que ocurriese, y dar cuenta de ello al rey; mas Cortés no lo creyó así aunque tampoco se

(1) Bernal Diaz dice que los españoles que quedaron en México fueron ochenta y tres. En las ediciones modernas de las Cartas de Cortés, se dice que fueron 500; pero en una edicion antigua se halla 140, lo que me parece cierto, atendido el número total de las tropas españolas. El número de 500 es falso y contrario á la relacion del mismo Cortés.

habia mucho de ellos. Hizo su viaje por Cholula, donde se unió con el capitán Velazquez, que volvía de Coatzacoalco, á donde lo habia enviado Cortés con alguna tropa, para buscar un puerto cómodo. Allí recibió nuevas provisiones de víveres que le enviaba el senado de Tlaxcala; pero no los cuatro mil hombres que habia pedido, ó porque los Tlaxcaltecos no osasen venir otra vez á las manos, como dice Bernal Diaz, ó porque no quisiesen alzarse tanto de su patria, como conjeturan otros historiadores, ó porque viendo á Cortés con fuerzas tan desproporcionadamente inferiores á las de su enemigo, temiesen quedar vencidos en aquella expedicion. Algunas jornadas ántes de llegar á Cempoala, se le unió el soldado Tobifán, con las trescientas picas de Chimautila, y en Tapanacueta, pueblo distante cerca de treinta millas de aquella ciudad, se encontró con el famoso capitán Sandoval, que venia con sesenta soldados de la guarnicion de Veracruz.

VICTORIA DE CORTÉS CONTRA NARVAEZ.

Finalmente, despues de haber hecho nuevas proposiciones á Narvaez, y distribuido algun oro entre los partidarios de aquel arrogante general, entró Cortés en Cempoala á media noche, con doscientos cincuenta hombres (1), sin caballos, ni otras armas que picas, espadas, rodela y puñales, y encaminándose cautelosamente, y sin hacer ruido, al templo mayor de aquella ciudad, donde se habian acuartelado sus enemigos, les dió tan furioso asalto, que ántes de venir el dia, se habia hecho dueño del puesto, de toda la tropa contraria, de la artillería, de las armas y

(1) Bernal Diaz dice que Cortés fué á Cempoala con 206: Torquemada cuenta 266, y 5 capitanes; pero Cortés, que lo sabia mejor que ellos, afirma que eran 250.

de los caballos, quedando muertos solo cuatro de sus soldados, quince de los de Narvaez, y muchos heridos de una y otra parte (1). *Hízose reconocer por todos capitán general y supremo magistrado, mandó encadenar en la fortaleza de Veracruz á Narvaez, y á Salvatierra, hombre distinguido y enemigo jurado suyo, y dispuso que se quitasen de los buques las velas, las brújulas y los timones. Apénas empezó á rayar el día, que era el domingo de Pentecostes, 27 de mayo, llegaron los Chinantecas (2), en buen orden y bien armados, los cuales vinieron á ser testigos del triunfo de Cortés, y de la vergüenza de los partidarios de Narvaez, que habían sido vencidos por tan pocos contrarios, y no tan bien armados como ellos. La felicidad de esta expedición se debió en gran parte al incomparable valor de Sandoval, el cual subió al templo, con ochenta hombres, en medio de una lluvia de saetas y balas, asaltó el santuario, donde se había fortificado Narvaez, y se apoderó de su persona.*

Hallándose entonces Cortés con diez y ocho buques, cerca de dos mil hombres de tropa española, y de cien caballos, y suficiente número de provisiones de guerra, pensó en hacer nuevas expediciones en la costa del golfo; y había ya nombrado los gefes que debían mandarlas, y la gente que debía componerlas, cuando le lle-

garon noticias infaustas de México, que trastornaron sus planes; y lo obligaron á volver precipitadamente á aquella capital.

SUBLEVACION DEL PUEBLO DE MEXICO CONTRA LOS ESPAÑOLES.

Durante la ausencia de Cortés, ocurrió en México la fiesta de la incensacion de Huitzilopochtli, que se hacia en el mes Toxcatl, el cual empezó aquel año á 13 de mayo. Esta funcion, la mas solemne del año, se celebró con baile del rey, de la nobleza, de los sacerdotes y del pueblo. Rogaron los nobles al capitán Alvarado que permitiese que el rey pasase al templo, á cumplir con los deberes que la religion le imponia; pero Alvarado no quiso ceder á sus instancias, ó porque así se lo había mandado Cortés, ó porque temiese que los Mexicanos maquinasen alguna tropelia, viéndose con el rey en su poder, y sabiendo cuán fácilmente se vuelven en tumulto los regocijos públicos. Tomóse por tanto el partido de hacer el baile en el patio de palacio, que servia de cuartel á los españoles (1), ó por disposicion de aquel capitán, ó por orden del mismo rey, que quiso de aquel modo tomar parte en las ceremonias del día. Llegada la hora, concurrieron al patio muchos sujetos de la primera nobleza (cuyo número no cons-

[1] Hay variedad en los autores acerca del número de los muertos en el asalto: yo pongo el que me parece mas verosímil, atendidos los datos de diversos historiadores.

[2] Algunos dicen que los Chinantecas tomaron parte en el asalto; pero Bernal Diaz estuvo presente, y afirma lo contrario. Cortés no hace mención de esta circunstancia. Quien desee informarse de todos los pormenores de aquella gloriosa expedición de Cortés, podrá consultar á los historiadores de la conquista: yo los omito por no pertenecer oclusivamente á mi asunto.

(1) Los historiadores de la conquista dicen que el baile se hizo en el atrio del templo mayor; pero no es verosímil que la inmensa concurrencia que allí asistia permitiese hacer tan horrendo estrago en la nobleza, especialmente estando tan cerca las armerías, donde podian tomar armas para oponerse á la temeridad de aquellos pocos extranjeros, ni es creíble que los españoles se espusiesen á tan inminente peligro. Cortés y Bernal Diaz no hacen mención del lugar en que se hizo el baile. El P. Acosta dice que fué el palacio, mas no puede ser otro que el que habitaba el rey. La inverosimilitud que se nota en la relacion de los historiadores, y el juicio y antigüedad del P. Acosta, me obligan á preferir su autoridad á la de aquellos.

ta, pues los autores varían de seiscientos á dos mil) cubiertos todos de adornos de oro, piedras y plumas. Empezaron á cantar, y á bailar al son de los instrumentos, y entre tanto mandó Alvarado que algunos soldados ocupasen las puertas: cuando vió á los Mexicanos mas distraídos, y quizás fatigados del baile, hizo señal á su tropa que los atacase; lo que verificó con furia contra aquellos desventurados, que por estar desarmados y rendidos de cansancio, no pudieron hacer resistencia, ni huir, hallándose bien guardadas las puertas. Fueron terribles los estragos, lamentables los gritos que exhalaban al cielo los moribundos, y copiosa la sangre que se derramó. Este golpe fatal fué en extremo sensible á los Mexicanos, porque en él perdieron la flor de su nobleza, y para perpetuar su memoria, compusieron sobre áquel argumento, tristes elegías, que se conservaron muchos años despues de la conquista. Terminada aquella trágica y horrenda escena, los españoles despojaron á los cadáveres de toda la riqueza que los cubría.

Ignórase el motivo que pudo inducir al capitán Alvarado á un hecho tan temerario y cruel. Algunos dicen que no tuvo otro que la maldita sed de oro (1): otros afirman, y parece mas verosímil, que habiendo tenido noticia de que los Mexicanos querían en aquella fiesta dar un golpe á los españoles, para sustraerse á su opresion, y poner en libertad al rey que tenían aprisionado, el jefe español

(1) Los historiadores mexicanos, el P. Sahagun en su Historia MS, Las Casas en su formidable escrito sobre la *Destruccion de los indios*, y Gomara en su *Crónica de la Nueva España*, atribuyen el arrojé de Alvarado á su codicia; mas yo no puedo creerlo sin pruebas convincentes. Gomara y Las Casas siguieron á Sahagun, y este á los informes de los Mexicanos, que, como enemigos de los españoles, no son dignos de fé en este caso.

quiso anticiparse, siguiendo el dicho vulgar de que *el que ataca vence* (1). Como quiera que sea, no se puede negar que su conducta fué tan bárbara como imprudente.

Irritada la plebe con tan sensible golpe, trató desde entónces á los españoles como enemigos capitales de la patria. Atacaron algunas tropas mexicanas el cuartel, con tanto ímpetu, que arruinaron una parte del muro, minaron en diversas partes el palacio, y quemaron las municiones; pero fueron rechazados por el fuego de la artillería y de los mosquetes, con lo que los españoles tuvieron tiempo de reedificar el muro destruido. Aquella noche descansaron de las fatigas del dia; pero al siguiente fué tan terrible el asalto, que los españoles se creyeron perdidos: y en efecto no hubiera quedado uno solo con vida, como sucedió á seis ó siete, á no haberse mostrado el rey al tropel de combatientes, y refrenado con su autoridad el furor que los animaba. El respeto á la persona del monarca contuvo al pueblo, y desde entónces no atacó con armas el cuartel; mas no dejó de cometer otras hostilidades, pues quemó los cuatro bergantines que Cortés habia mandado construir para escaparse en ellos, caso de no poder hacerlo por las calzadas, y resolvió sitiarse por hambre á los españoles, regándoles los víveres, é impidiendo que se in-

(2) Es enteramente increíble que los Mexicanos quisieran aprovecharse de la ocasion del baile para maquinarse una traicion contra los españoles, como muchos historiadores suponen; y absurdo lo que dice Torquemada, que tenían ya preparadas las bolas para cocer sus cadáveres. Estas son fábulas inventadas para justificar á Alvarado. Lo que me parece mas verosímil es, que los Tlaxcaltecas, por el gran odio que tenían á los Mexicanos, hicieron creer á este capitán la supuesta traicion. En la historia de la conquista tenemos muchos ejemplos de esta clase de sugerencias inventadas por los Tlaxcaltecas.

trujeron en el cuartel, con cuyo objeto abrió un foso en rededor.

En esta situación se hallaban los españoles en México, cuando Alvarado avisó á Cortés, por dos mensajeros Tlaxcaltecas, rogándole que apresurase su vuelta si no quería hallarlos muertos á todos. Lo mismo le envió á decir Moctezuma, haciéndole saber cuán sensible le habia sido la sublevacion de sus vasallos, ocasionada por el sangriento y temerario atentado del capitán Tonatiuh.

Cortés, despues de haber dado las órdenes convenientes para transferir la colonia de Veracruz á un sitio mas próximo á Chachiuhcuetcan, lo que no pudo ejecutarse por entónces, marchó con su gente, á grandes jornadas, hácia la capital. En Tlaxcala fué magníficamente hospedado en el palacio del príncipe Maxizetzin. Allí hizo la reseña de sus tropas, y halló noventa y seis caballos, y mil trescientos peones españoles, á los que se unieron dos mil Tlaxcaltecas que le dió la república. Con este ejército entró en México el 21 de junio, sin hallar oposicion alguna en la entrada, pero muy en breve echó de ver síntomas de la fermentacion popular, tanto por la poca gente que vió en las calles, quanto por algunos puentes de los canales que se habian levantado. Cuando llegó á los cuarteles, con grandes demostraciones de júbilo de una y otra parte, Moctezuma salió al patio á recibirlo con las mas obsequiosas demostraciones de amistad; pero Cortés, ó insolentado por la victoria que habia conseguido contra Narvaez, ó por las fuerzas respetables que traía á sus órdenes, ó persuadido de que le convenia fingirse enfadado con el rey, como creyéndolo culpable del alboroto de sus súbditos, pasó de largo, sin fijar en él la atencion. El rey, atravesado del mas vivo dolor al verse tratado

tan indignamente, se fué á su estancia, donde se le aumentó la pesadumbre con la noticia que inmediatamente le trajeron sus servidores, de las palabras injuriosas que habia proferido contra su magestad, el general español (1).

Reprendió Cortés severísimamente al capitán Alvarado, y le hubiera impuesto el castigo que merecia, si lo hubiesen permitido las circunstancias del tiempo y del culpable. Preveía la borrasca que iba á estallar sobre su ejército, y no le pareció prudente en aquella ocasion tener por enemigo á uno de los mas valientes capitanes de sus tropas.

Con los refuerzos que trajo Cortés á México, tenia un ejército de nueve mil hombres, y no pudiendo caber todos en el alojamiento, ocuparon algunos de los edificios del recinto del templo mayor, en la parte mas próxima á los cuarteles. Con la muchedumbre creció la penuria de víveres, ocasionada por la falta del mercado. Mandó Cortés entónces á decir á Moctezuma, con grandes amenazas, que diese orden de que se celebrase el mercado, á fin de que ellos se proveyesen de cuanto necesitaban. Moctezuma respondió que los personajes de mas autoridad de que podia fiarse para la ejecucion de

(1) Solís no da crédito al desprecio que Cortés hizo de Moctezuma, y por defender á su héroe, agravia á Bernal Diaz que lo afirma, como testigo ocular, y al Cronista Herrera, que lo asegura, fundado en buenos documentos. Acusa injustamente á Diaz de parcialidad contra Cortés, y de Herrera dice que quizás adoptaria aquella version, para aplicarle una sentencia de Tácito, "ambicion, añado, peligrosa en el historiador," pero en ningun tanto como en el mismo Solís, pues todo hombre imparcial que lea su obra, verá que este autor, en lugar de ajustar las sentencias á la narracion, ajusta la narracion á las sentencias. Por fin, si no aloga mejores razones que las que usa contra Bernal Diaz, debemos creer á este, que presencié el lance.

aquella órden, se hallaban, como él, privados de libertad; que soltase algunos de ellos, para que se le complaciese en lo que podia. Cortés sacó de la prision al príncipe Cuicahuatzin, hermano de Moctezuma, estando muy léjos de pensar que la libertad de aquel personaje ocasionaria la ruina de los españoles; pues no solo no regresó al cuartel, ni restableció el mercado, ó porque no quisiese favorecer á los estrangeros, ó porque no consintiesen en ello los Mexicanos, sino que estos lo obligaron á ejercer su empleo de general, y él fué quien desde entónces mandó las tropas, y dirigió las hostilidades, hasta que por muerte de su hermano fué elegido rey de México.

COMBATES ENTRE MEXICANOS Y ESPAÑOLES
EN LA CAPITAL.

El día en que Cortés entró en México, no hicieron ningun movimiento sus habitantes; pero al siguiente empezaron á hacer uso de las bondas, y dispararon tantas piedras á los españoles, que parecia, segun dice Cortés, una tempestad. Siguieron las flechas en tanto número, que cubrieron todo el patio, siendo tan excesivo el de los combatientes, que no se veia el suelo de las calles. No pareció bien á Cortés mantenerse en la defensiva, porque no se atribuyese á cobardía, y cobrasen mas ánimo sus enemigos; hizo por tanto, una salida con cuatrocientos hombres, parte españoles y parte Tlaxcaltecas. Los Mexicanos se fueron retirando con poca pérdida, y Cortés, despues de haber pegado fuego á algunas casas, volvió á sus cuarteles; pero viendo que los enemigos continuaban sus hostilidades, mandó salir al capitán Ordaz con doscientos soldados. Los Mexicanos fingieron huir y desordenarse, para alejarlos de su alojamiento, como en efecto lo obtuvieron; pero de re-

rente se vieron los españoles rodeados de enemigos, y atacados por frente y retaguardia, aunque tan tumultuariamente, que los Mexicanos se embarzaban unos á otros. Al mismo tiempo se dejó ver sobre las azoteas una gran muchedumbre, que no cesaba de tirar piedras y flechas. Halláronse entónces los españoles en gran peligro, y aquella ocasion fué una de las muchas en que dió pruebas de su arrojo el valiente Ordaz. El combate fué muy sangriento, aunque sin gran daño de los españoles, los cuales, con los mosquetes y las ballestas limpiaron las azoteas, y con las picas y espadas rechazaron á la turba que inundaba la calle: así pudieron finalmente retirarse, dejando muertos muchos Mexicanos, y de los suyos no mas de ocho; pero todos salieron heridos, incluso el animoso gefe. Uno de los daños que hicieron aquel dia los Mexicanos á los españoles, fué el pegar fuego al cuartel en varios puntos, y en uno de ellos fué tal el incendio, que los sitiados tuvieron que echar abajo el muro, y defender la brecha con la artillería, y con la mucha gente que en ella pusieron, hasta que llegó la noche, y los sitiadores les dejaron tiempo de reedificar el muro, y curar los heridos.

El siguiente dia, 26 de junio, fué mas terrible el empeño y mayor la furia de los Mexicanos. Los españoles se defendieron con doce piezas de artillería, que hacían grandes estragos en el tropel de enemigos; pero como estos eran tantos, muy en breve acudian otros á llenar los vacios que dejaban los muertos. Cortés, viendo su obstinacion, salió con la mayor parte de sus tropas, y se encaminó, peleando siempre, por una de las tres calles principales de la ciudad: se apoderó de algunos puentes, pegó fuego á muchas casas, y despues de haber combatido casi todo el dia, se retiró á sus cuarteles, con mas de cincuen-

ta españoles heridos, dejando muertos innumerables Mexicanos.

La experiencia hizo conocer á Cortés que el mayor daño que recibían sus tropas, procedía de las azoteas, y para evitarlo, mandó construir tres máquinas de guerra, llamadas *mantas* por los españoles, tan grandes, que cada una podía llevar veinte hombres armados, cubiertas de fuertes tablones, para defenderlos de los tiros de las azoteas, provistas de ruedas para facilitar su movimiento, y de troneas ó *ventanillas* para poder disparar las armas de fuego.

Mientras se construían estos anaños, ocurrieron grandes novedades en la capital. *Moctezuma* había observado uno de los combates desde la torre de palacio, y distinguido entre la muchedumbre á su hermano Cuítlahuatzin, mandando las tropas mexicanas. A vista de tantos objetos lamentables, asaltaron su espíritu un tropel de tristes pensamientos. Consideraba por una parte el peligro que corría de perder la corona y la vida, y por otra se le presentaba la destrucción de los edificios de la capital, la muerte de sus vasallos, y el triunfo de sus enemigos, no hallando otro remedio á tantos males, que la pronta salida de los españoles. Pasó la noche agitado por aquellas ideas, y al día siguiente muy temprano llamó á Cortés, y le habló sobre el asunto, rogándole encarecidamente que no difiriese su viaje. No necesitaba Cortés de tantos ruegos; pues se hallaba tan escaso de víveres, que ya se daban por rucida á los soldados, y en tan corta cantidad, que bastaban á mantener la vida, pero no á dar la fuerza necesaria para oponerse á tantos enemigos como continuamente los molestaban. Finalmente, conocía que léjos de serle posible hacerse dueño de la ciudad, ni aun podría lograr sostenerse en ella; por otra parte,

lo affigia la idea de tener que abandonar la empresa comenzada, perdiendo en un momento con su salida, todas las ventajas que se habían proporcionado con su valor, con su destreza y con su felicidad; pero cediendo á tan imperiosas circunstancias, le dijo que estaba pronto á partir, por la paz del reino, con tal que depusieran las armas sus vasallos.

DISCURSO DEL REY AL PUEBLO
Y SUS EFECTOS.

Apénas terminada aquella conferencia, gritaron á las armas en el cuartel, por venir los Mexicanos resueltos á dar un asalto general. En efecto, por todas partes procuraban subir á los muros, mientras otras huestes, colocadas en puntos ventajosos, disparaban un número increíble de flechas para superar la resistencia de los sitiados, y otros se arrojaban, á pesar del fuego de la artillería y de los mosquetes, hasta poner el pié en el recinto de los cuarteles, y combatir cuerpo á cuerpo con los españoles. Estos, creyéndose ya vencidos por la superioridad del número, pelabán como desesperados. *Moctezuma*, viendo su conflicto, y el riesgo en que el mismo se hallaba, resolvió mostrarse á sus vasallos, para reprimir con su presencia y con su voz, el furor que los animaba. Púsose las insignias reales, y escoltado por algunos de sus ministros, y por doscientos españoles, subió á la azotea, y se presentó al pueblo, mientras sus ministros le imponían silencio para que se oyese la voz del soberano. Cesó al verlo el ataque, emudecieron todos, y aun algunos, penetrados de respeto, se arrodillaron. Alzó entónces la voz, y les hizo en sustancia este breve discurso: "Si el motivo que os induce á tomar las armas contra estos extranjeros, es el deseo de mi libertad, yo os agradezco el amor y la fidelidad que

me mostráis; pero os engañais creyéndome su prisionero, pues en mi mano está dejar este palacio de mi difunto padre, y trasladarme al mio cuando quiera. Si vuestra cólera nace de su permanencia en esta corte, os hago saber que me han dado palabra de salir de ella, y yo os aseguro que lo harán, inmediatamente que depongais las armas. Cese pues vuestra inquietud; mostradme en esto vuestra fidelidad, si queréis desmentir las voces que han llegado á mis oídos acerca de haber vosotros jurado á otro señor la obediencia que solo á mí me debéis tributar, lo que yo no he podido creer, ni vosotros podéis ejecutar, sin acarrearos toda la cólera de los dioses.”

Quedó todo en silencio por algun rato; hasta que un hombre mas atrevido que los otros (1) alzó la voz llamando al rey cobarde y afeminado, y mas digno de manejar el huso y la rueca, que de gobernar una nacion tan valerosa como la Mexicana, y echándole en cara que por su pusilanimidad se habia constituido vilmente prisionero de sus enemigos. No satisfecho con estas injurias, el mismo que las habia proferido, tomó el arco y disparó una flecha al monarca. La plebe tan fácil á seguir el impulso que se le da, siguió su ejemplo, y por todas partes empezaron á oirse improperios, á llover piedras y flechas hácia el punto en que el rey se hallaba. Los historiadores españoles dicen que aunque la persona de Moctezuma estaba cubierta con dos rodela, fué herido de una pedrada en la cabeza, de otra en una pierna, y de una flecha en el brazo. De allí fué llevado por sus ministros á su habitacion, mas atormentado por la indig-

nacion y por la rabia, que por las heridas. Entre tanto persistian los Mexicanos en el asalto, y los españoles en la defensa, hasta que algunos nobles llamaron á Cortés al mismo sitio en que habia sido herido el rey, y discurreieron con él acerca de ciertas condiciones que los historiadores no declaran. Cortés les preguntó por qué lo trataban como enemigo, no habiéndoles hecho el daño alguno. “Si queréis, le respondieron, evitar nuestras hostilidades, salid pronto de esta ciudad: si no, estamos resueltos á morir, ó á daros muerte á todos.” Cortés añadió que no se quejaba de ellos porque les temiese, sino porque ellos mismos lo obligaban á esterminarlos y á destruir tan hermosa ciudad. Los nobles se fueron repitiendo sus amenazas.

Concluidas finalmente las tres máquinas de guerra, salió con ellas Cortés el día 28 ó 29 de junio, muy temprano (1), por una de las tres calles principales de la ciudad, á la cabeza de tres mil Tlaxcaltecas, y de otras fuerzas auxiliares, con la mayor parte de los españoles, y con doce piezas de artillería. Llegados que fueron al puente del primer canal, acercaron á las casas las máquinas y las escalas, para arrojar la turba que cubria las azoteas; pero fueron tantas y tan gruesas las piedras que les arrojaron, que las máquinas fueron muy en breve destrozadas. Los españoles combatieron animosamente hasta medio día, sin poder pasar el puente; por lo que, volvieron avergonzados á los cuarteles, dejando uno de ellos muerto, y conduciendo con ellos muchos heridos.

COMBATE TERRIBLE EN EL TEMPLO.

Envanecidos con estas ventajas los Mexicanos, se fortificaron quinientos nobles

[1] El P. Acosta dice que el Mexicano que dirigió aquellas injurias al rey, fué Cuauhtemotzin, su sobrino, y despues último rey de México; pero yo no lo creo.

[1] Es increíble la variedad de los autores sobre el órden y las circunstancias de aquellos combates; yo sigo la relacion de Cortés, que me parece la mas segura.

en el atrio superior del templo mayor, bien provistos de armas y víveres, y de allí empezaron á hacer gran daño á los españoles con piedras y flechas, mientras otras tropas los atacaban por la calle. Mandó Cortés un capitán con cien soldados á rechazar á los nobles de aquel punto, que por estar muy alto, y próximo á los cuarteles, los dominaba enteramente; pero habiendo emprendido la subida, fueron vigorosamente rechazados. Determinóse por tanto el general á dar él mismo el asalto, á pesar de tener desde el primer ataque una grave herida en la mano izquierda. Atóse la rodela al brazo, y habiendo circundado el templo de un número competente de españoles y Tlaxcaltecas, empezó á subir por las escaleras con una gran parte de su tropa. Los nobles sitiados defendían briosamente la subida, echaron por tierra á algunos españoles, mientras otras fuerzas mexicanas, que habian entrado en el atrio inferior, luchaban furiosamente con los que lo rodeaban. Cortés, aunque con mucha fatiga y dificultad, logró poner el pié con los suyos en el atrio superior. Allí fué el mayor peligro y el mas árduo empeño del conflicto, el cual duró tres horas. De los Mexicanos, unos murieron á los filos de la espada, otros se arrojaron á los atrios inferiores, donde siguieron peleando, hasta perder todos la vida. Cortés mandó pegar fuego á los santuarios, y se retiró un buen orden á sus cuarteles. La accion costó la vida á cuarenta y seis españoles, y todos los otros salieron heridos y cubiertos de sangre. Este famoso combate fué uno de los mas terribles y encarnizados de aquella guerra: por esto lo representaron despues de la conquista, tanto los Mexicanos como los Tlaxcaltecas en sus pinturas.

Algunos historiadores añaden á esto el

gran peligro en que dicen que se halló Cortés de ser precipitado por dos Mexicanos, los cuales, resueltos á sacrificar la vida en bien de su patria, lo agarraron en el borde del atrio superior, para dejarse caer con él á los atrios bajos, creyendo poner fin á la guerra con la muerte del general; pero este hecho de que no hacen mencion Cortés, Bernal Diaz, Gomara, ni ninguno de los historiadores antiguos, se ha hecho todavia mas inverosímil por las circunstancias que le añaden algunos escritores modernos (1).

Regresado Cortés á los cuarteles, se abocó de nuevo con unos Mexicanos de alta clase, representándoles el daño que recibian los habitantes, de las armas españolas. Ellos respondieron que nada los importaba, con tal que todos los españoles pudiesen; lo cual habria de verificarse, si nó á manos de los Mexicanos, de resultas de hambre que padecerian encerrados en aquel edificio. Cortés, habiendo observado aquella noche algun descuido en los ciudadanos, salió con algunas compañías, y encaminándose por una de las

(1) Solís dice que los dos Mexicanos se acercaron de rodillas á Cortés, en actitud de implorar su clemencia, y sin tardanza se lanzaron sobre él, y lo arrojaron al suelo, aumentando la violencia del impulso con la fuerza natural de sus cuerpos: que Cortés se desembarazó de ellos y los rechazó, aunque no sin dificultad. Yo la tengo muy grande en creer una fuerza tan extraordinaria en Cortés. Los humanísimos Rinal y Robertson, movidos á compasion, segun parece, de la situacion de Cortés, lo socorren, aquel con unas almenas, y esto con unas rejas, en que pudo apoyarse para deshacerse de los Mexicanos; pero ni estos usaron jainas rejas, ni el templo mayor tenia almenas en el atrio superior. Es extraño que estos autores, tan incrédulos de lo que dicen los historiadores españoles é indios, crean lo que no se halla en ningún escritor antiguo, siendo, ademas, un hecho tan inverosímil.

tres calles principales, incendió mas de trescientas casas (1).

Al día siguiente, despues de reparadas las máquinas, salió con ellas y con la mayor parte de sus tropas, y marchó por el gran camino de Iztapalapan, con mejor éxito que la primera vez; porque á despecho de la vigorosa resistencia que hacian los enemigos en las trincheras que habian construido para defenderse del fuego de los españoles, ganó los cuatro primeros puentes, y quemó algunas casas, aprovechándose de los materiales para llenar los fosos, á fin de que no hubiese dificultad en el paso, si los enemigos llegaban á levantar los puentes. Dejó en aquellos puestos suficiente guarnicion, y volvió al cuartel con muchos soldados heridos, dejando diez ó doce muertos.

A otro día continuó sus ataques por el mismo camino, ganó los tres puentes que le faltaban, y persiguiendo á los que los defendian, llegó por fin á tierra firme. Mientras se empleaba en llenar los fosos para verificar, como es de creerse, su retirada de la corte, por el mismo camino por donde habia entrado en ella siete meses ántes, se le dijo que los Mexicanos querian capitular, y deseoso de oír sus proposiciones, volvió apresuradamente con la caballería, dejando á la infantería de guardia en los puentes. Los Mexicanos le dijeron que estaban prontos á suspender las hostilidades; mas que para efectuar la capitulacion, necesitaban tener la persona de un sumo sacerdote, que habia sido hecho prisionero en el ataque del

(1) Cortés dice que quemaba las casas; mas esto no quiere decir que ardian todas, quedando reducidas á cenizas, sino que les pegaba fuego, el cual en algunas hacia mucho daño, en otras poco, y en otras ninguno. Bernal Diaz dice que costaba trabajo hacerlas arder, porque todas tenian azotecas, y estaban separadas unas de otras.

templo mayor. Cortés mandó ponerlo en libertad, y en seguida quedó ajustado el armisticio. Esta parece haber sido una estratagemá de los electores, para recobrar al gefe de su religion, de cuya presencia necesitaban para la union del nuevo rey que habian elegido ó iban á elegir; porque apénas tuvo Cortés la satisfaccion de haber concluido aquel convenio, cuando llegaron algunos Tlaxcaltecas con la nueva de que los Mexicanos habian vuelto á tomar los puentes, y dado muerte á algunos españoles, y que se aproximaba una multitud de guerreros hacia los cuarteles. Cortés salió á su encuentro con la caballería y recobró los puentes, rompiendo por medio de los contrarios, con gran peligro y fatiga; pero cuando estaba ganando los últimos, ya los Mexicanos habian vuelto á tomar á los españoles los cuatro primeros, quitando tambien los materiales con que estos habian llenado los fosos. Cortés volvió á recobrarlos, y se retiró á los cuarteles con toda su gente cansada, mal parada y herida.

En su carta á Carlos V, Cortés le habla del gran peligro que corrió aquel día, de perder la vida, y atribuye á una particular providencia de Dios el haber podido preservarla, en medio de tan gran muchedumbre de enemigos. Es cierto que desde el momento en que los Mexicanos se sublevaron contra los españoles, hubieran podido en poco tiempo exterminarlos á ellos y á sus aliados, si hubieran observado mejor orden en los ataques, y si hubiera reinado mayor concordia entre los gefes subalternos que los dirigian; mas estos no estaban de acuerdo, como diré despues, y el populacho se dejaba llevar tan solo por el ímpetu de su desordenado furor. Por otra parte, los españoles parecian hechos de hierro, pues ni cedian al rigor del hambre, ni á la necesidad del

sueño, ni á las heridas, ni á la fatiga incesante. Despues de haber empleado todo el dia peleando, pasaban la noche enterando á los muertos, curando á los heridos, y reparando los males que los Mexicanos habian hecho en el edificio que ocupaban; y aun durante el poco tiempo que dedicaban al reposo necesario, no dejaban jamas las armas de la mano, hallándose siempre dispuestos á presentarse á sus enemigos. Pero aun mas se conocerá la dureza de aquellos hombres, en los terribles combates que referiré muy en breve.

MUERTE DE MOCTEZUMA II Y DE OTROS PERSONAJES.

En uno de aquellos dias, que probablemente seria el 30 de junio, murió, dentro del alojamiento de los españoles, el rey Moctezuma, á los cincuenta y cuatro años de edad, y diez y ocho de reinado, en el sétimo mes de su encarcelamiento. Acerca de la causa, y de las circunstancias de este acacimientto, reina tanta variedad entre los historiadores, que parece imposible averiguar la verdad. Los historiadores mexicanos atribuyen su muerte á los españoles, y los españoles á los Mexicanos. Yo no puedo creer que los españoles se decidiesen á quitar la vida á un rey á quien debían tantos bienes, y de cuya muerte solo podian aguardar grandes males. Segun Bernal Diaz, autor sincerísimo, y testigo ocular, su pérdida fué llorada, no menos por Cortés, que por todos los capitanes y soldados, como si todos hubieran perdido en él un padre. En efecto, Moctezuma los favoreció extraordinariamente, sea por inclinacion, sea por miedo: *siempre se les mostró benévolo y sincero; á lo menos no hay razon para creer lo contrario, ni se sabe que recibie-*

sen de él un solo disgusto, como ellos mismos lo confesaron (1).

Sus buenas y malas calidades pueden inferirse de la relacion de sus hechos. Fué circunspecto, magnífico, liberal, celoso defensor de la justicia, agradecido á los beneficios de sus súbditos; pero su altanera circunspeccion hacia inaccesible el trono á los lamentos de los oprimidos; su magnificencia y su liberalidad, se ejercian á expensas de la sustancia de los pueblos, y su justicia degeneraba á veces en crueldad. Fué exacto y puntual en los deberes de la religion, muy adicto al culto de sus dioses y á la observancia de los ritos (2). En su juventud fué animoso y dado á la guerra, habiendo quedado victorioso, segun dicen, en nueve batallas; pero en los últimos años de su reinado, los placeres domésticos, la fama de las primeras victorias de los españoles, y sobre todo, los errores de la supersticion, habian degradado de tal manera su ánimo, que parecia haber mudado de sexo, como decian

(1) Cortés y Gomara aseguran que Moctezuma murió de la pedrada, que recibió de sus vasallos. Solís dice que la muerte fué efecto de no haber querido curarse la herida. Bernal Diaz añade á esta omision la voluntaria inedia. Herrera dice que la herida no era mortal, sino que murió de pesadumbre y despecho. Sabagun y los historiadores mexicanos y texcocanos, afirman que los españoles lo mataron y uno de ellos refiere que un soldado lo atravesó por una ingle. Entre estos historiadores, unos dicen que la muerte ocurrió la noche de la derrota de los españoles, otros que fué antes. Acosta, Torquemada y Betancourt, se refieren al juicio divino.

(2) Solís dice que aquel monarca apenas doblaba la cerviz á sus dioses, que tenia mas alta idea de sí mismo que de ellos &c. Pero estas y otras especies, que afirma aquel escritor, son contrarias á la verdad y al testimonio de los autores indios y españoles que conocieron á Moctezuma. El mismo Solís añade que el demonio lo favorecia con frecuentes visitas; credulidad estraña en un cronista mayor de las Indias.

sus súbditos. Deloitábase en la música y en la caza, y era tan diestro en el ejercicio del arco, como en el de la cerbatana. Era de alta estatura y buena complexión, y tenía el rostro largo y los ojos vivos.

Dejó muchos hijos, tres de los cuales perecieron en la infansta noche de la derrota de los españoles, ó á manos de los Mexicanos, como aquellos aseguran. De los que sobrevivieron, el mayor era Tonalicahuatzin, que en el bautismo se llamó D. Pedro Moctezuma, y de quien descienden los condes de Moctezuma y Tula. Tuvo Moctezuma este hijo de Miahuaxochil (1), hija de Ixtlilcuehualuac, señor de Tula, ó Tollan. De otra muger tuvo á Tecuichpotzin, hermosa princesa, de quien descienden las dos nobles casas de Cano Moctezuma, y Andrade Moctezuma. Además de estos, se sabe que tuvo otro hijo, señor de Tenayocan, el cual habiéndose escapado, y refugiándose en Tepozotlan, cuando los españoles salieron derrotados de México, fué despues solemnemente bautizado, próximo ya á morir, á fines del año de 1524, ó á principios del siguiente (2).

Los reyes católicos concedieron singulares privilegios á la posteridad de Moctezuma, en atención al inapreciable servicio que les hizo aquel monarca, incorporando á la corona de Castilla, por sucesión voluntaria, un reino tan grande y ri-

(1) Solís, adulterando, como suele, el nombre de esta reina, la llama Niagua Suchil. Sobrevivió á la conquista, y tomó en el bautismo el nombre de Doña María Miahuaxochtil.

(2) Este príncipe tomó en el bautismo el nombre de su padrino Rodrigo de Paz, primo del conquistador Cortés. Asistieron á la solemnidad los magistrados españoles de aquella corte, y su cadáver fué enterrado con la pompa correspondiente en la iglesia de S. José de padres franciscanos, primera parroquia de México.

co como el de México. ¡Dichoso si despues de haber cedido á la España su reino, hubiera sabido grangearse el del cielo! Pero ni las reiteradas instancias que le hizo Cortés, durante el tiempo de su encarcelamiento, ni las continuas exhortaciones que empleó el P. Olmedo, especialmente en los últimos dias de su vida, pudieron inducirlo á abrazar la fé de Jesucristo (1), que despues adoptaron tan fácilmente sus vasallos. ¡Consejos altísimos de la predestinación, que no pueden indagar los mortales!

Cortés notició la muerte del rey al príncipe Cuicahuatzin por medio de dos ilustros prisioneros, que habian sido testigos de aquel suceso, y de allí á poco envió el real cadáver con seis nobles Mexicanos, acompañados de muchos sacerdotes que estaban en su poder (2). Su vista escitó un gran llanto en el pueblo (último homenaje que le tributaban), y ya encomiaban con magníficas espresiones sus virtudes los mismos que poco ántes no hallaban en él sino vicios ó infamia. La nobleza, despues de haber derramado

(1) Diego Muñoz Camargo, noble Tlaxcalteca, dice en sus MS. que Moctezuma recibió el bautismo poco ántes de morir, y aun nombra sus padrinos, que fueron Cortés, Alvarado y Olid; mas todo esto es falso, pues no puede creerse que aquel general, en su carta á Carlos V. omitiese un hecho tan importante y que tanto conducía á su justificación. Bernal Diaz, testigo ocular, cita la pesadumbre del P. Olmedo por no haber podido reducir aquel monarca al cristianismo. Gomara dice que Moctezuma pidió el bautismo en el carnaval de aquel año; que se difirió hasta la pascua, para hacerlo con mas solemnidad, y que entónces todo se trastornó con la llegada de Pánfilo Narvaez; pero no tiene duda que la noticia de la expedición de este gefe llegó á México despues de pascua.

(2) Torquemada y otros dicen que el cadáver de Moctezuma fué arrojado con los otros al Tehuayoc; pero Cortés y Bernal Diaz dicen que fué enviado fuera del cuartel, en los hombros de cuatro nobles.

copiosas lágrimas sobre los frios rostos de su desventurado rey, llevó el cadáver á un sitio de la ciudad, llamado Copalco (1), donde fué quemado con las ceremonias de estilo, y enterradas con suma reverencia las cenizas, aunque no faltaron hombres indignos que las insultaron con demuestos.

En aquella misma ocasion, si es cierto lo que refieren algunos historiadores, mandó Cortés arrojar á un sitio llamado Tehuayoc, los cadáveres de Itzcuauhtzin, señor de Tlatelolco, y de otros señores prisioneros, muertos todos, según afirman, por orden del mismo Cortés, aunque ninguno expresa el motivo de aquella resolución, que en caso de ser justa, nunca pudo ser prudente; pues la vista de aquellos estragos debía necesariamente irritar la cólera de los Mexicanos, á inducirlos á la sospecha de haber sido también aquellos extranjeros autores de la muerte de su monarca (2). Los Tlatelolcos llevaron en un barco el cadáver de su señor, y celebraron con grandes demostraciones de pesar sus exéquias.

Entre tanto, continuaban los Mexica-

(1) Herrera conjetura que las cenizas de Moctezuma fueron depositadas en Chapultepec, y se funda en el llanto que los españoles oyeron hacia aquella parte: Solís afirma lo mismo, y añade que en Chapultepec estaba el sepulcro de los reyes; mas todo esto es contrario á la verdad, pues Chapultepec no distaba menos de tres millas de los cuarteles, y no era fácil oír el llanto á tanta distancia, especialmente en una ciudad tan populosa, tan agitada y turbulenta á la sazón. Los reyes no tenían sepultura determinada, y consta además por la deposición de los Mexicanos que las cenizas de Moctezuma se enterraron en Copalco.

(2) De la muerte de aquellos señores no hablan Cortés, Bernal Díaz, Gomara, Herrera ni Solís; pero la dan por cierta Sahagún, Torquemada, Betancourt y los historiadores mexicanos. Yo cedo al respeto de estos nombres, y al del público, pero con alguna desconfianza acerca del suceso, en que hallo mucha inverosimilitud.

nos con mayor ardor sus ataques. Cortés, aunque hacía gran daño á los enemigos, y casi siempre salía vencedor, consideraba que las ventajas de sus triunfos no compensaba la sangre que costaba á sus compatriotas, y que al fin la falta de víveres y de municiones, y la superioridad de fuerzas contrarias, debían prevalecer sobre el valor de sus tropas, y la escelencia de sus armas. Creyendo, pues, absolutamente necesaria la pronta salida de su ejército, llamó á consejo á sus capitanes, para deliberar sobre el tiempo y modo de ejecutarla. Fueron diversos los dictámenes. Unos opinaban que debía hacerse de día, abriéndose camino con las armas, si los Mexicanos se les oponían: otros preferían la noche, y esta fué la opinion de un soldado llamado Botello, que la echaba de astrólogo, y en quien Cortés confiaba mas de lo que debía, seducido por haber visto algunas de sus predicciones casualmente realizadas. Resolvió pues, prefiriendo los consejos de aquel ignorante á la luz de la prudencia militar, verificar su salida de noche, y con el mayor silencio posible, como si pudiesen bastar todas sus precauciones para ocultar á la vigilancia de tan gran número de enemigos, la marcha de nueve mil hombres con sus armas, caballos, artillería y bagaje. Señalóse la noche de 1º de julio (1), tan infausta y memorable para los españoles, que por los grandes males que en ella sufrieron, le dieron el nombre de *noche triste*, con el cual es conocida en la historia. Mandó Cortés hacer un puente de madera, que pudiesen llevar cuarenta hombres,

(1) Bernal Díaz dice que la derrota de los españoles ocurrió en la noche de 20 de julio; pero es yerro de imprenta. Cortés dice que llegó á Tlaxcala el 10, y del diario de su marcha se infiere que la derrota debió ser en la noche del primero.

para servirse de él en el paso de los fosos. Después sacó todas las riquezas de oro, plata y joyas que tenía en su poder; separó la quinta parte, que pertenecía al rey; y la consignó á los oficiales de S. M., protestando la imposibilidad en que se hallaba de sacarla. Dejó todo lo demás á disposicion de sus oficiales y soldados, para que cada uno tomase lo que quisiese, aunque les hizo ver cuánto mejor sería dejarlo todo á los enemigos; pues libres de aquel peso, podrian mas fácilmente salvar sus vidas. Muchos, no queriendo privarse del principal objeto de sus deseos, y del único fruto de sus fatigas, cargaron con aquellas preciosidades, bajo cuyo peso perecieron, víctimas, no menos de su codicia, que de la venganza de sus enemigos.

TERCER DEBROTA DE LOS ESPAÑOLES EN SU RETIRADA.

Ordenó Cortés su marcha en el mayor silencio de la noche, que oscurecían las nubes, y que una lluvia pequeña, pero incessante, hacía mas peligrosa y molesta. Confió el mando de la vanguardia al invicto Sandoval, con otros capitanes, con doscientos infantes y veinte caballos: la retaguardia á Pedro de Alvarado, con la mayor parte de las tropas españolas. En el cuerpo del ejército se conducian los prisioneros, la gente de servicio y el bagaje, á las órdenes de Cortés, con cinco caballos y cien infantes, para llevar pronto auxilio á donde fuese mas necesario. Las tropas auxiliares de Tlaxcala, Cholula y Cempoala, que componian mas de siete mil hombres, se dividieron en los tres cuerpos del ejército. Implorada, ántes de todo, la proteccion del cielo, se rompió la marcha por el camino de Tlacopan. La mayor parte de las tropas pasaron felizmente el primer foso ó ca-

nal, por el puente que consigo llevaban, sin encontrar otra resistencia que la poca que hicieron las centinelas que guardaban aquel punto; pero habiendo notado aquella novedad los sacerdotes que velaban en el templo, gritaron á las armas, y con las cornetas despertaron á los habitantes. En un momento se vieron los españoles cercados por agua y por tierra de un número infinito de enemigos, los cuales con su misma muchedumbre se estorbaban é impedían en el ataque. Fué muy terrible y sangriento el combate en el segundo foso, estremo el peligro, y extraordinarios los esfuerzos para sobrepujarlo. La oscuridad de la noche, el estrépito de las armas, los clamores amenazantes de los combatientes, los lamentos y sollozos de los heridos, y los lánguidos suspiros de los moribundos, formaban un conjunto no menos lastimoso que horrible. Aquí se oían las voces de un soldado que pedia auxilio á sus compañeros; allí la de otro que clamaba á Dios misericordia. Todo era confusion, clamores, heridos y muerte. Cortés, como buen general, acudia intrépidamente á todas partes, pasando muchas veces los fosos á nado, animando á los unos, ayudando á los otros, y poniendo en los restos de su ejército el órden que podia, no sin gran riesgo de morir, ó de caer en manos de sus contrarios. El segundo foso se llenó de tal modo de cadáveres, que la retaguardia pudo pasar cómodamente sobre ellos. Alvarado, que la mandaba, se halló en el tercer foso tan furiosamente embestido por los enemigos, que no pudiendo hacerles frente, ni pasar á nado, sin evidente peligro de morir á sus manos, fijó la lanza en el fondo del canal, y afirmando la otra estremidad con los brazos, y dando un extraordinario impulso á su cuerpo, se lanzó de un salto á la orilla opuesta. Este prodigio de agilidad dió á

aquel sitio el nombre que hasta hoy conserva del *Salto de Alvarado* (1).

Grande fué la pérdida de los Mexicanos en aquella noche. De la de los españoles hablan con variedad los historiadores, como sucede en otros muchos cómputos de aquella época (2). Yo doy crédito al cálculo de Gomara, que hizo diligentes observaciones, y se informó del mismo Cortés y de otros conquistadores. *Aquel escritor dice que perecieron cuatrocientos cincuenta españoles, y mas de cuatro mil hombres de las tropas auxiliares, entre ellos, segun el mismo Cortés, todos los Cholultecas. Fueron tambien muertos todos, ó casi todos los prisioneros (3), todos los hombres y mugeres de servicio de los españoles, y cuarenta y seis caballos: se perdieron todas las riquezas que habian recogido, toda la artillería, y todos los manuscritos de Cortés, que contenian la relacion de cuanto habia*

(1) Bernal Diaz se burla de los que creian en el salto de Alvarado, y dice que era absolutamente imposible, atendida la anchura y profundidad del foso; pero los otros autores lo citan por cierto, y la constante tradicion lo confirma.

(2) Cortés dice que perecieron 150 españoles; pero ó disminuyó el número, por miras particulares, ó fué yerro de los copistas, ó del primer impresor de sus Cartas. Bernal Diaz cuenta 570 muertos; pero en este número comprende, como él dice, no solo los que perecieron en aquella infamada noche, sino los que murieron en los dias siguientes hasta la llegada á Tlaxcala. Solís no cuenta mas que 200. En el número de las tropas auxiliares que perecieron están de acuerdo Gomara, Herrera, Torquemada y Betancourt. Solís dice tan solo que faltaron mas de 1000 Tlaxcaltecas; pero esto no está de acuerdo con la relacion de Cortés, ni con los otros autores.

(3) Cortés afirma que murieron todos los prisioneros; pero se debe exceptuar á Cuicuitzacatzin, á quien Cortés habia dado el trono de Acolhuacan. Sabemos por el mismo Cortés que este príncipe era prisionero, aunque ignoramos la causa, y por otra parte consta que murió en Texcoco, como despues veremos.

ocurrido hasta entónces á los españoles. Entre los que faltaron de esta nacion, los mas notables fueron los capitanes Juan Velazquez de Leon, íntimo amigo de Cortés, Anador de Lariz, Francisco Morla y Francisco de Saucedo, hombres de gran mérito y valor: entre los prisioneros perecieron el desventurado rey Cacamatzin, y un hermano, un hijo y dos hijas de Moctezuma (1). La misma suerte tuvo Doña Elvira, hija del príncipe tlaxcalteca Maxixcatzin.

No pudo Cortés, á pesar de la grandeza de su corazon, reprimir las lagrimas á vista de tanta calamidad. En Popotla, aldea próxima á Tlacopan, se sentó sobre una piedra, no ya á descansar de sus fatigas, sino á llorar la pérdida de sus amigos y compañeros. En medio de tantos desastres tuvo el consuelo de saber que se habian salvado sus mas valientes capitanes, Sandoval, Alvarado, Olid, Ordaz, Avila y Lugo; sus intérpretes, Aguilar y Dona Marina, y su ingeniero Martin Lopez, en quienes cifraba principalmente su confianza de reparar su honor y conquistar á México.

MARCHA PENOSA DE LOS ESPAÑOLES.

Halláronse los españoles tan débiles y malparados por el cansancio y las heridas, que si los Mexicanos los hubiesen seguido, no hubiera quedado uno solo con vida; pero apenas llegaron al último foso del camino, regresaron á la ciudad, ó porque se contentaron con los estragos que habian hecho, ó porque habiendo encontrado los cadáveres del rey de Acolhuacan, de los príncipes reales de México y de otros per-

(1) Torquemada afirma, como cosa segura, que pocos dias despues de haberse apoderado Cortés de Cacamatzin, le mandó dar garrote en la prision. Cortés, Bernal Diaz, Betancourt y otros, dicen que murió, como los otros prisioneros, en aquella terrible noche.

sonajes, solo pensaron por entónces en llorar su muerte y en celebrar sus exequias. Lo mismo hicieron con sus amigos y parientes muertos, dejando aquel día limpios los fosos y caminos, y quemando los cadáveres, ántes que inficionaran el aire con su corrupción.

Al rayar el día, se encontraron los españoles en Popotla, esperecidos, cansados, penetrados de dolor; y habiéndolos reunido y ordenado Cortés, se pusieron en marcha para Tlacopan, perseguidos sin cesar por algunas tropas de aquella ciudad, y por las de Azcapotzalco hasta Otomacpalco, templo situado en la cima de un pequeño monte, á nueve millas á Poniente de la capital, donde hoy está el célebre santuario y magnífico templo de nuestra Señora de los Remedios, ó sea del Socorro. Allí se fortificaron, según sus pocos recursos, para defenderse con menos fatigas, de las tropas contrarias que los molestaron todo el día. Descansaron algun tanto por la noche, y tuvieron algun refresco que les suministraron los Otomites de dos caseríos próximos, que vivían impacientes bajo el yugo de los Mexicanos. Desde aquel punto empezaron á encaminarse hácia Tlaxcala, su único refugio en aquel desastre, por Cuauhuitlan, Citlaltepec, Xoloc y Zacamolco, perseguidos en toda la marcha, por algunos cuerpos volantes enemigos. En Zacamolco se hallaron tan hambrientos, y reducidos á tanta miseria, que cenaron la carne de un caballo, que murió en una accion de aquel día, y el general participó, como todos, de aquel alimento. Los Tlaxcaltecas se echaban al suelo para comer yerbas, implorando á gritos el socorro de sus dioses.

BATALLA DE OTOMAPAN.

El día siguiente, apénas se pusieron en camino por el monte de Aztaquemecan,

vieron de lejos en la llanura de Tonanpoco, poco distante de Otompan, un numeroso y brillante ejército, ó de Mexicanos, como dicen comunmente los historiadores, ó, como yo creo, de las tropas de Otompa, Cuipolalpan, Teotihuacan, y de otros pueblos vecinos, escitados por los Mexicanos á tomar las armas contra los españoles. En efecto, todos ellos se persuadieron que aquel día debía ser el último de su vida. Ordenó el general sus abatidas tropas, entendiendo cuanto pudo el frente de su mezquino ejército, á fin de que quedasen de algun modo cubiertos sus flancos con pequeño número de caballos que aun conservaba, y con el rostro enardecido, dijo á sus soldados: "En tal estrecho nos hallamos, que solo debemos pensar en vencer ó morir. Valor, castellanos, y confiad en que quien nos ha librado hasta ahora de tantos peligros, nos preservará del que nos amenaza." Dióse la batalla, que fué muy sangrienta, y duró mas de cuatro horas. Cortés, viendo sus tropas disminuidas, y en gran parte desanimadas, miéntras los enemigos se mostraban cada vez mas orgullosos, á pesar del daño que recibian, tomó una resolucion tan atrevida como peligrosa, con la cual obtuvo el triunfo, y puso en salvo aquellos pobres restos de su ejército. Acordóse de haber oido decir muchas veces que los Mexicanos se desordenaban y huían: siempre que en la accion perdían al general, ó el estandarte. Cihuacatzin, general de aquel ejército iba en una litera, llevada en hombros de algunos soldados, vestido con un rico traje militar, cubierta la cabeza con un hermoso penacho, y con un escudo dorado en el brazo. El estandarte, que, según el uso de aquellas gentes, llevaba el mismo, era una red de oro, puesta en la punta de una lanza, que se habia atado fuertemente al cuerpo, y

que se alzaba cerca de diez palmos sobre su cabeza (1). Observó Cortés, en el centro de aquella multitud de combatientes, y resuelto á dar un golpe decisivo, mandó á sus valientes capitanes Sandoval, Alvarado, Olid y Avila, que le guardasen las espaldas, y con otros que lo acompañaron, se adelantó, por donde le parecia mas fácil la empresa, con tanto ímpetu, que arrojó al suelo á cuantos halló al paso. Así fué internándose por las huestes contrarias, hasta llegar al general, á quien echó al suelo de un lanzazo, no obstante la escolta de oficiales que lo defendia. Juan de Salamanca, valiente soldado, de los que acompañaban á Cortés, desmontó con gran prontitud, quitó la vida al gefe enemigo, y arrancándole el penacho, lo presentó inmediatamente al candillo español (2). El ejército contrario, viendo á su general muerto, y perdido su estandarte, se desordenó y huyó en tropel. Los españoles, estimulados por tan gloriosa hazaña, le siguieron el alcance, y le hicieron grandes estragos.

Esta victoria fué una de las mas famosas que tuvieron los españoles en el Nuevo-Mundo. Señalóse en ella sobre todos el general español, de quien decian sus capitanes y soldados, que no habian visto jamas tanta actividad ni tanto valor, como el que habia mostrado en aquella jornada; pero recibió una gran herida en la cabeza, que fué empeorándose de dia en dia, y puso su vida en gran riesgo. Bernal Diaz alaba justamente el denuedo de Sandoval, y hace ver la parte que tuvo este fumoso oficial en la victoria, inspiran-

do valor á todos con su ejemplo y con sus exhortaciones. Tambien elogian los historiadores á Maria de Estrada, mujer de un soldado español, la cual, armada de lanza y rodela, corria tras las huestes enemigas, hiriendo y matando con un arroyo extraño á su sexo. De los Tlaxcaltecas dice Bernal Diaz que pelearon como leones, distinguiéndose entre ellos Culmechua, capitan de las tropas de Mexicoatzin. Aquel valiente gefe tomó en el bautismo el nombre de D. Antonio y fué célebre, mas que por su valor, por su larga vida de ciento y treinta años.

La pérdida de los enemigos fué considerable, aunque no tanto como lo dicen algunos escritores, que la calculan en veinte mil hombres: número, increíble si se considera el miserable estado á que habian quedado reducidos los españoles, la falta de artillería y otras armas de fuego. La de estos no fué tan pequeña como pretende Solís; pues perecieron casi todos los Tlaxcaltecas, y muchos españoles, á proporcion de su número, y todos salieron heridos (1).

[1] Solís para exagerar la victoria de Otompan, dice que en los españoles hubo algunos heridos, de los que murieron dos ó tres en Tlaxcala; mas este autor, atento únicamente á la cultura del lenguaje, á los elogios y á las sentencias, no se cura de la exactitud de los números. Dice que Cortés condujo consigo á México, despues de la derrota de Narvaez, 1100 hombres, los cuales, con los 80 que, segun él dice, quedaron con Alvarado, forman 1180. En los combates precedentes á la derrota de México, apenas hace mención de algun muerto. En la salida, cuenta 200, y en el viaje á Tlaxcala, los dos ó tres heridos en Otompan. ¿Qué se hicieron los 500 ó mas que faltan para componer 1180? Diversa es la idea que nos dan de aquella accion los que en ella se hallaron, como puede verse en las Cartas de Cortés, y en la Historia de Bernal Diaz. "O cuánta era furiosa, y espantosa de verse aquella batalla! dice este último: "Como combatian cuerpo á cuerpo, y con qué furia se lanzaban los perros! (Así llama á los Mexicanos) ¡Que

(1) Los Mexicanos llaman á estos estandartes *Tlahuizmatlazotepilli*.

[2] Carlos V concedió algunos privilegios á Juan de Salamanca, y entre otros el de un escudo de armas para su casa con un penacho, para recuerdo del que habia quitado al general Cihuacatzin, cuando le dió muerte.

Cansados de seguir á los fugitivos, volvieron á tomar el camino de Tlaxcala, por la parte oriental de aquella llanura. Allí pasaron la noche á descubierto, y el mismo general, á pesar de su cansancio y de su herida, hizo personalmente la guardia para mayor seguridad. Los españoles no eran ya mas que cuatrocientos cuarenta. Además de los muertos en los combates precedentes á la noche infausta de su retirada, perecieron en ella, y en los seis dias siguientes, ochocientos sesenta, como asegura Bernal Diaz, muchos de los cuales, habiendo sido hechos prisioneros por los Mexicanos, fueron inhumanamente sacrificados en el templo mayor de la capital.

RETIRADA DE LOS ESPAÑOLES A
TLAXCALA.

El dia siguiente, 8 de julio de 1520 (1), entraron, alzando las manos al cielo, y dando gracias al Altísimo, en los dominios de los Tlaxcaltecas, y llegaron á Hueyotlipan, pueblo considerable de aquella república. Temian hallar alguna novedad en la fidelidad de los Tlaxcaltecas, sabiendo cuán comun es que los hombres se vean abandonados en sus infortunios, aun por sus mejores amigos; pero muy en breve se desengañaron viendo sus sinceras demostraciones de aprecio y compasion, por las desgracias que habian sufrido. Apenas tuvieron la noticia de su llegada los cuatro gefes de la república, cuando pasaron á Hueyotlipan á cumplimentar-

heridas y matawa hacían en nosotros con sus lanzas y espadas!" y luego añade: "vuelvo á decir que nos hirieron y mataron muchos soldados."

(1) Bernal Diaz dice que la batalla de Otompan fué el 14 de Julio; mas esta es una ilustracion, pues Cortés asegura que entraron en los dominios de Tlaxcala el 8, un dia despues de la accion.

los, acompañados por uno de los principales señores de Huexotzinco, y por un gran número de nobles. El principe Maxixcatzin, aunque afligido por la muerte de su querida hija D^a Elvira, procuró consolar á Cortés, con la esperanza de nuevos triunfos, asegurándole que llegaría el dia de la venganza, y que para tomarla, bastaban el valor de los españoles y las fuerzas de la república, que desde entonces le prometia. Lo mismo ofrecieron muchos señores. Cortés les dió gracias por su singular benevolencia, y tomando el estandarte del general mexicano, lo regaló á Maxixcatzin, y á los demas señores presentó otros despojos. Las mugeres tlaxcaltecas rogaron á Cortés que vengase la muerte de sus hijos y parientes, y desfogaron su dolor con imprecaciones contra la pérdida de los Mexicanos.

Despues de haber descansado tres dias en aquel pueblo, pasaron á la capital de la república, distante de allí quince millas, para curar sus heridas, de las que murieron ocho soldados. El concurso que asistió á su regreso en Tlaxcala, fué igual, y quizá mayor que el que salió á recibirlos en su primera entrada. La acogida que les hizo Maxixcatzin, y el cuidado que tuvo de ellos, fueron dignos de su ávido generoso y de su sincera amistad. Los españoles se mostraban cada dia mas reconocidos á aquella nacion, cuya amistad constantemente cultivada fué el medio mas eficaz que emplearon, no solo para la conquista del imperio mexicano, sino tambien para la de todas las provincias que se opusieron á los progresos de sus armas, y para la suasion de los bárbaros Chichimecas y Otomites, que tanto los molestaron.

ELECCION Y MEDIDAS DEL REY CERRIL-
HUATZIN EN MEXICO.

Mientras los españoles descansaban en Tlaxcala de sus fatigas, y curaban sus ma-

les, los Mexicanos se empleaban en remediar los que habían sufrido la capital y el reino. En el espacio de un año habían experimentado grandes desventuras; pues además de las considerables sumas de oro, plata, piedras, y otras preciosidades que habían gastado, parte en regalos á los españoles, y parte al rey de España, de las cuales recobraron sin embargo algunos restos, se habían oscurecido la fama de sus armas, y disminuido el esplendor de la corona: habíanse sustraído á la obediencia los Totonacas y otros pueblos, ó insolentado en demasía sus enemigos: hallábanse mal parados los templos, y arruinadas muchas casas de la capital, y sobre todo faltaba el rey, muchas personas reales, y una gran parte de la nobleza. A estos daños que habían recibido de los españoles, se añadían los que ellos mismos se ocasionaban con la guerra civil, cuya noticia debemos á los escritos de un historiador mexicano, que se hallaba á la sazón en aquella corte, y que sobrevivió algunos años á la ruina del imperio.

Cuando los españoles se hallaban en la capital, molestados por el hambre y por las hostilidades del pueblo, algunos señores de la primera nobleza, ó por favorecer el partido de los estrangeros, ó, por lo que parece mas verosímil, para socorrer á su rey, que hallándose entre los sitiados, debía participar de sus penurias, los proveían secretamente de víveres, y fiados en la autoridad que les daba su nacimiento, se declararon abiertamente en favor de Cortés. De aquí resultó tan funesta discencion entre los Mexicanos, que solo pudo estinguirse con la muerte de muchos ilustres personajes, y entre ellos, Cihuacoatl, Tzihuacopoca, Cipocoatl y Teneuonotzin, hijos los unos, y los otros hermanos del rey Moctezuma.

Necesitaba la nación un jefe capaz de

restablecer su honor, y de reparar las pérdidas sufridas en los últimos tiempos del reinado de aquel monarca. Fué elegido rey Cuítlahuatzin, poco ántes ó poco después de la derrota de los españoles, y era, como ya he dicho, señor de Iztapalapan, consejero íntimo de su hermano Moctezuma, y Tlachoocalcatl, ó sea general de las tropas. Era hombre sabio y de gran talento, como asegura su enemigo Cortés, y tan liberal y magnífico como su hermano. Gustaba de la arquitectura y de la jardinería, como se vió en el magnífico palacio que edificó en Iztapalapan, y el célebre jardín que en él plantó, de que hacen grandes elogios casi todos los historiadores antiguos. Su valor y su pericia militar le adquirieron la estimación de sus pueblos, y algunos españoles, bien informados de su carácter, aseguran que si la muerte no hubiera abreviado su carrera, no habria sido posible apoderarse de la capital (1). Es probable que los sacrificios que se hicieron en la época de su coronacion, fueron de los españoles que él mismo hizo prisioneros la noche de la retirada.

Terminada aquella solemnidad, se aplicó el nuevo soberano á remediar los males de la capital y del imperio. Mandó re-

(1) Solís da á este rey el nombre de *Cuítlabaca*, y dice que vivió pocos dias en el trono, y que estos bastaron á borrar su memoria; mas lo contrario aseguran Cortés, Bernal Diaz, Gomara, y Torquemada. ¿Cómo podían olvidar su nombre los Mexicanos, cuando los españoles lo conservaban indeleble, considerándolo autor de los desastres de su retirada? Cortés se acordaba tanto de Cuítlahuatzin, y conservaba tal indignacion contra él, que cuando se balló con fuerzas suficientes para emprender el asedio de México, queriendo vengarse del rey, y no pudiendo hacerlo en su persona, por haber ya muerto, se vengó en su ciudad favorita; y no fué otro el motivo de su expedicion contra Iztapalapan, como él mismo confiesa.

parar los templos y reedificar las casas arruinadas; aumentó y mejoró las fortificaciones; envió socorros á las provincias, escitándolas á la defensa comun del estado, contra aquellos nuevos enemigos, y prometió absolver de todo tributo á los que tomaran las armas en defensa de la corona. Mandó ademas embajadores á la república de Tlaxcala, con un buen regalo de plumas, ropas y sal; los cuales fueron recibidos con honor, segun los usos establecidos en aquellas naciones. El objeto de esta embajada era representar al senado que aunque hasta entonces habian sido enemigos capitales los Mexicanos y los Tlaxcaltecas, era ya tiempo de unirse, como originarios del mismo pais, como pueblos de una misma lengua, y como adoradores de unos mismos dioses, contra los enemigos comunes de la patria y de la religion: que ya tenia noticia de los sangrientos estragos que habian hecho en México, y en otros pueblos aquellos hombres orgullosos é inhumanos; sus sacrilegos atentados contra los santuarios, y contra las venerables imágenes de sus dioses; su ingratitude y perfidia contra su hermano y predecesor, y contra los mas respetables personajes del reino, y su insaciable sed de oro, que los inducia á violar las santas leyes de la amistad: que si la república continuaba apoyando los perversos designios de aquellos monstruos, tendria el mismo galardón que Moctezuma, en cambio de la humanidad con que los acogió en su corte, y de la liberalidad con que los favoreció en todo tiempo: que los Tlaxcaltecas serian detestados generalmente, por haber dado auxilio á tan infelices usurpadores, y los dioses descargarían sobre la república todo el furor de su cólera, por haberse confederado con los enemigos de su culto: que si por el contrario, se declaraban, como el rey lo pe-

dia, enemigos de aquellos hombres odiosos del cielo y de la tierra, la corte de México haria perpetua alianza, y tendria comercio libre con la república, con lo que esta podria evitar la miseria á que hasta entónces habia estado reducida; todas las naciones de Anáhuac le agradecerian tan importante servicio, y los dioses, aplacados con la sangre de las victimas, enviarian á sus campos la lluvia necesaria, darian felicidad á sus armas, y harian célebre en toda la tierra el nombre de Tlaxcalteca.

El senado, despues de haber oido el mensaje, y despedido los embajadores de la sala de audiencia, segun costumbre, quedó reunido para deliberar sobre aquel gran negocio. No faltaron miembros á quienes parecieron sensatas las proposiciones de los Mexicanos, y convenientes á la felicidad de la república, exagerando las ventajas que se les ofrecian, el éxito infausito de la expedicion de los españoles á México, y la pérdida de las tropas tlaxcaltecas que habian estado bajo sus órdenes. Alzó la voz entre ellos el jóven Xicotencatl, que siempre habia sido enemigo capital de los españoles, y procuró apoyar, con cuantas razones pudo, la alianza con los Mexicanos, añadiendo que seria mucho mejor conservar las antiguas costumbres de su nacion, que someterse á las nuevas y estravagantes usanzas de aquella gente indómita é imperiosa: que no podia ofrecerse una ocasion mas oportuna para desembarazarse enteramente de los españoles, que aquella en que estaban tan cansados, débiles y abatidos. Maxicatzin, por el contrario, que les era sinceramente afecto, y que tenia mas luces para conocer el derecho de gentes, y mejor voluntad de observarlo, rechazó el voto de Xicotencatl, censurando como abominable perfidia el designio de sacrificar á los

Mexicanos aquellos hombres perseguidos por la fortuna, y que habian buscado un asilo en Tlaxcala, fiados en las protestas, y en las demostraciones del senado y de la nacion. Añadió que si los lisonjaban las ventajas que los Mexicanos ofrecian, mayores las esperaba él del valor de los españoles; y que si no convenia fiarse en estos, menos confianza debian inspirar aquellos, de cuya falsía tenían tantas pruebas: finalmente, que ningun delito seria capaz de irritar tanto la cólera de los dioses, ni de oscurecer tanto las glorias de la nacion, como la horrible maldad que se proponia contra aquellos huéspedes inocentes. Xicotencatl inculcaba su primer dictámen, presentando á los senadores un odioso retrato de la indole y de las costumbres de los españoles. La alteracion fué tan animada y escitó á tal punto los ánimos, que Mexixcatzin, arrebatado de cólera, dió un golpe á Xicotencatl, y lo precipitó por las gradas de la sala de audiencia, llamándolo sedicioso, y traidor á la patria. Esta demostracion, hecha por un hombre tan circunspecto, tan respetado y amado por la nacion, obligó al senado á mandar prender á Xicotencatl.

La resolucion en que convinieron los senadores fué la de responder á la embajada, que la república estaba pronta á aceptar la paz y la amistad de la corte de México, con tal que no se exigiese una accion tan indigna, y un delito tan enorme, como era el de sacrificar á sus huéspedes y amigos; pero cuando se envió á buscar á los embajadores para intimarles la respuesta, se echó de ver que habian salido ocultamente de Tlaxcala, porque habiendo observado en la plebe alguna inquietud de resultas de su llegada, temieron que cometiesen algun atentado contra el respeto debido á su carácter. Es probable que el senado enviaria embaja-

dores tlaxcaltecas para llevar su contestacion. Los senadores procuraron ocultar á los españoles todo lo que habia ocurrido; pero á pesar de sus precauciones, lo supo Cortés, el cual dió gracias, como debia á Maxixcatzin, por sus buenos oficios, y ofreció corresponder á la idea ventajosa que tenia del valor y amistad de sus compatriotas.

BAUTISMO DE CUATRO SEÑORES TLAXCALECAS.

No satisfecho el senado con estas pruebas de su cordialidad, prestó de nuevo obediencia al rey Católico; y lo que es mas, movidos los cuatro gefes de la república por la gracia del Espíritu Santo, renunciaron á la idolatria, y despues de haber sido instruidos competentemente, fueron bautizados por el P. Juan Diaz, capellan del ejército español, siendo sus padrinos Cortés y sus principales capitanes. Celebróse esta funcion con grandes demostraciones de júbilo, tanto de los españoles como de los Tlaxcaltecas. Llamóse Maxixcatzin en el bautismo D. Lorenzo; Xicotencatl el viejo, D. Vicente; Tlehuexólotzin, D. Gonzalo, y Citlalpopoca, D. Bartolomé (1). Sigueron su ejemplo algunos Tlaxcaltecas; pero de estos no todos perseveraron en la fe, por no

[1] Ni Cortés ni Bernal Diaz hablan de este bautismo. Herrera hace mencion del de Maxixcatzin, y Solís añade el de Xicotencatl. Unos autores dicen que fué administrado por el P. Olmedo, y otros que Maxixcatzin lo recibió en su última enfermedad; pero lo cierto es que los cuatro gefes fueron bautizados, aunque Torquemada y Betancourt no convienen en el tiempo. Fambien se sabe que Maxixcatzin no aguardó á la última enfermedad, y que los cuatro fueron bautizados por el P. Diaz. Todo esto consta, ademas de otras pruebas, por las pinturas antiguas tlaxcaltecas, que estaban en muchos conventos de franciscanos, y que vió el historiador Torquemada.

estar frotamente persuadidos de la verdad del cristianismo.

ABANDONAMIENTO DE ALGUNOS ESPAÑOLES.

Ya estaba Cortés fuera del peligro á que habia espuesto su vida el golpe que habia recibido en la última accion, y algunos españoles habian curado de sus heridas con la ayuda de los cirujanos tlaxcaltecas. Durante su enfermedad, Cortés no habia pensado sino en los medios de conseguir la grande empresa de la conquista de México, y para esto habia mandado cortar una gran cantidad de madera, con el objeto de construir trece bergantines; pero mientras formaba estos vastos proyectos, muchos de sus soldados trazaban designios harto diferentes. Vefanse disminuidos, pobres, estropeados, desprovistos de armas y caballos. No podian olvidar el terrible conflicto de la trágica noche del 1.º de julio; ni querian esponerse á semejantes calamidades. Comunicábanse mutuamente sus temores, y censuraban la obstinacion de su general en una empresa tan temeraria. De las murmuraciones privadas pasaron á presentarle una súplica legal, queriendo obligarlo con muchas razones á volver á Veracruz, donde podrian tener socorros de tropas y municiones, para emprender con mayores fuerzas la conquista, que entónces juzgaban imposible. Turbóse Cortés con esta novedad, que frustraba totalmente sus designios; pero valiéndose del talento que poseia para persuadir cuanto queria á sus soldados, les habló con tanta energia, que los indujo á desistir de su pretension. Echóles en cara su miedo; despertó en sus almas los sentimientos de honor; hizóles un cuadro lisonjero de sus hechos gloriosos, y de las protestas llenas de ardor y de intrepidez que tantas veces les habian hecho ellos mismos; manifestóles cuánto mas peligroso era el regreso á

Veracruz, que la permanencia en Tlaxcala; aseguróles la fidelidad de aquella república, de la cual dudaban; finalmente, les rogó que suspendiesen su resolucion hasta ver el éxito de la guerra que pensaba hacer contra la provincia de Tepeyacac, en la que esperaba tener nuevos testimonios de la sinceridad de los Tlaxcaltecas.

GUERRAS DE TEPEYACAC, DE CUAHUQUECHOLLAN, DE ITZOCAN, DE TALATZINCO, DE TECAMACHALCO Y DE TOCHTEPEC.

Los señores de la provincia de Tepeyacac, confinante con la república de Tlaxcala, se habian declarado amigos de Cortés y súbditos del rey de España, desde el horrendo destrozo que los españoles hicieron en Cholulá; pero viéndolos despues abatidos, y victoriosos á los Mexicanos, volvieron á someterse á estos, y para granjearse la voluntad de su rey, dieron muerte á algunos españoles, que, ignorando la tragedia de sus compatriotas, iban de Veracruz á la capital: admitieron guarniciones mexicanas en sus pueblos, ocuparon el camino de Veracruz á Tlaxcala, y entraron varias veces de mano armada en las tierras de aquella república. Decidió Cortés hacerles la guerra, no menos para castigar su perfidia, que para asegurar aquel camino, por el cual debian llegarle los socorros que aguardaba. Incitóbalo tambien á aquella expedicion el jóven Xicotencatl, que por mediacion del mismo general español habia sido puesto en libertad, y que, para borrar todas las sospechas que podia inspirar su conducta, despues de lo ocurrido en el senado, ofreció ayudarlo en aquella guerra con un ejército numeroso. Cortés aceptó la oferta; mas ántes de tomar las armas, exigió amigablemente alguna satisfaccion de los Tepeyaqueses, y los exhortó á dejar el partido de los Mexicanos, prometiendo per-

donarles el asesinato de los españoles. Pero habiendo sido rechazadas sus proposiciones, marchó contra aquella provincia con cuatrocientos veinte españoles, y con 6,000 flecheros tlaxcaltecas, en tanto que Xicotencatl reunía un ejército de cincuenta mil hombres. En Tzimpatzincó, ciudad de Tlaxcala, se le agregaron tantas fuerzas de aquella república, de Huexotzincó y de Cholula, que se erigió no bajaban de ciento y cincuenta mil hombres.

La primera expedición fué contra Zacatepec, pueblo de la confederación de los Tepeyaqueses. Sus habitantes hicieron una emboscada contra los españoles: el combate fué sostenido con tenacidad por una y otra parte; pero fueron vencidos los Zacatepequeses, quedando muchos de ellos muertos en el campo (1). De allí marchó el ejército contra Acatzincó, ciudad distante diez millas de Tepeyacac, hácia Levante, y en ella entraron triunfantes los españoles, despues de haber ganado otra acción, poco menos árdua que la de Zacatepec. De Acatzincó mandó Cortés muchos destacamentos á quemar unos pueblos de los alrededores, á someter otros á su obediencia; y cuando le pareció ser tiempo de atacar la ciudad principal, se encaminó con todo su ejército á Tepeyacac, donde entró sin ninguna resistencia de los habitantes. Allí declaró esclavos á muchos prisioneros, hechos en aquella provincia, y los hizo marcar con un hierro ardiendo, segun la bárbara cos-

(1) Muchos historiadores dicen que la noche siguiente á la batalla de Zacatepec, tuvieron los aliados de los españoles una gran cena de carne humana, parte asada en un número increíble de asadores de madera, parte cocida en cincuenta mil ollas; pero esto me parece una fábula. No es probable que pasasen por alto aquel suceso ni Cortés, ni Bernal Díaz, el cual es demasiado prolijo y enojoso en este género de atrocidades.

tumbre de aquel siglo, aplicando la quinta parte al rey de España, como se hacia con todo lo que tomaban, dividiendo el resto entre los españoles y aliados. Allí fundó, segun el modo de hablar de aquel tiempo, una ciudad que llamó *Segura de la Frontera*, cuyo acto se redujo á establecer magistrados españoles, y erigir una pequeña fortificación (1).

Las tropas mexicanas, que estaban de guarnición en aquella provincia, se retiraron de ella, por no tener bastantes fuerzas para resistir á sus enemigos; pero al mismo tiempo se dejó ver sobre la ciudad de Cuahquechollan (2), distante de la de Tepeyacac, mas de cuarenta millas, un ejército mexicano, mandado por el rey Cuiclahuatzin, para impedir á los españoles el paso á la capital por aquella parte, en caso de que lo intentasen. Era Cuahquechollan una ciudad considerable, cuya población subia de cinco á seis mil familias, muy amena, y no menos fortificada por la naturaleza que por el arte. Defendíala por un lado, un monte alto y escabroso, y por otro, dos rios poco distantes entre sí. Toda la ciudad estaba circundada de un fuerte muro de cal y canto, de veinte pies de alto, y de doce de grueso, con un buen parapeto que la coronaba en toda su estension, y que tenía cerca de tres pies de altura. No se podía entrar en ella sino por cuatro puertas, situadas en los puntos en que se doblan las estremidades del muro, formando dos semicírculos concéntricos. Aumentaba

(1) Aun subsiste la ciudad de Tepeyacac, ó Tepeaca; pero el nombre de Segura de la Frontera fué muy en breve puesto en olvido. Carlos V le dió el título de ciudad en 1545. Hoy pertenece al marquesado del valle.

(2) Los españoles llaman á Cuahquechollan, *Guaquechula* ó Huaschula. Hoy es un amensísimo pueblo de indios, abundante en excelente fruta.

la dificultad del ingreso, la elevacion del piso de lo interior, que era tanta, cuanta la altura del muro, de modo que para entrar era forzoso subir algunos escalones bastante altos.

El señor de aquella ciudad, que era el parcial de los españoles, envió una embajada á Cortés, declarándose vasallo del rey de España, reconocido ya señor de aquella tierra en la solemne reunion que celebró el rey Moctezuma con la nobleza mexicana en presencia de Cortés; que él deseaba dar pruebas de su fidelidad, pero que no se lo permitian los Mexicanos; que á la sazón habia en aquella ciudad y en los pueblos circunvecinos, gran número de oficiales de aquella nacion, y hasta treinta mil soldados, para impedir toda confederacion con los españoles; que por tanto, le rogaba viniese á socorrerlo y á libérralo de las muchas vejaciones que de aquellas numerosas tropas sufría. Agradeció Cortés el aviso, y envió inmediatamente con los mensajeros un socorro de trece caballos, de doscientos pones españoles, y de veinte mil hombres de las huestes auxiliares, al mando del capitán Olid. Los mensajeros, por orden de su señor, se ofrecieron á conducir el ejército por un camino poco frecuentado, y avisaron al comandante Olid, que cuando se acercase á la ciudad, los habitantes atacarían de mano armada los alojamientos de los oficiales mexicanos, y procurarían tomarlos ó matarlos, á fin de que entrando despues los españoles, fuese mas fácil vencer á los enemigos, privados ya de sus gefes. Pero doce millas ántes de llegar á Cuauhquechollan, el comandante español entró en sospechas de que los Huexotzincos se hubiesen confederado secretamente con los Cuauhquecholeses y con los Mexicanos, para destruir á los españoles. Estos recelos fundados en siniestros

informes, y que despues se hicieron mas verosímiles, por el gran número de Huexotzincos que se agregaron espontáneamente al ejército, lo obligaron á volver á Cholula, donde mandó prender á los Huexotzincos de mas autoridad, y á los mensajeros de Cuauhquechollan, y los mandó con buena escolta á Cortés, para que hiciese las averiguaciones necesarias.

Mucho desaprobó Cortés aquella conducta contra unos amigos tan fieles como los Huexotzincos: sin embargo, los examinó diligentemente, descubrió la inocencia y la buena fe de unos y otros, y conoció que las desgracias pasadas habian hecho medrosos á los españoles, y el miedo, como suele, los inducia á formar sospechas injustas y precipitadas. Acarició y regaló cuanto pudo á los Huexotzincos y Cuauhquecholeses, y acompañado por ellos, marchó inmediatamente para Cholula, con cien pones españoles y diez caballos, determinado á dirigir personalmente aquella empresa (1). Halló á las tropas de Olid amedrentadas; por lo que, les inspiró valor, y siguió la marcha á Cuauhquechollan, con todo el ejército, que á la sazón constaba de mas de trescientos españoles, y de mas de cien mil aliados: tanta era la prontitud de aquellos pueblos en armarse contra los Mexicanos, para sustraerse á su dominio. Antes de llegar á Cuauhquechollan, le avisó aquel señor que ya estaban tomadas todas las medidas: que los Mexicanos confiaban en

[1] Bernal Diaz niega que Cortés se hallase en persona en estas expediciones; pero el mismo Cortés lo asegura, y habla de tal modo de las dos ciudades, que aunque no lo dijese, deberiamos inferir que intervino en la guerra. Bernal Diaz escribió cuarenta años despues del suceso, y pudo padecer alguna falta de memoria. Cortés escribió su segunda carta á Carlos V, en la que habla de aquella campaña, pocos dias despues de ella.

las centinelas que habian puesto en los caminos y en las torres; pero que los ciudadanos se habian apoderado en secreto de ellas.

Apénas vieron los de la ciudad el ejército que venia á su socorro, asaltaron con tanta violencia los alojamientos de los Mexicanos, que ántes de entrar Cortés, le presentaron cuarenta prisioneros. Cuando entró aquel general, atacaban tres mil ciudadanos el cuartel principal de aquellos oficiales, que aunque muy inferiores en número, se defendieron con tanto brío, que los Cuauhquecholoses no pudieron entrar en la casa, á pesar de haberse hecho dueños de las azoteas. Cortés la tomó por asalto; pero en despecho de sus conatos para hacer algun prisionero que lo informase del estado actual de la corte, no lo pudo conseguir, pues ellos pelearon con tanto tezon, que todos murieron, y solo de un oficial moribundo se pudieron sacar algunas noticias. Los otros Mexicanos esparcidos por la ciudad, huyeron precipitadamente á incorporarse con el grueso del ejército, acampado en una elevacion que dominaba todos los contornos, el cual se puso en un momento en órden de batalla, y entró en la ciudad, pegando fuego á las casas. Cortés afirma que no habia visto jamas tropa de mas bello aspecto, por las alhajas de oro y los penachos que en ella lucian. Los españoles corrieron á la defensa con su caballería y con muchos millares de aliados, y obligaron á los enemigos á huir á una posicion alta y escabrosa, pero viéndose todavia perseguidos en ella, se recobraron en un monte elevadísimo, dejando muchos muertos en el campo. Los vencedores, despues de haber saqueado el de los enemigos, volvieron á la ciudad, llenos de gloria y cargados de despojos.

Tres dias descansó el ejército, y al cuar-

to pasó á Itzacan, llamada por los españoles Izúcar, ciudad de tres á cuatro mil familias, situada á la falda de un monte, á cerca de diez millas de Cuauhquechollan, rodeada de un rio profundo y de una pequeña muralla. Sus calles eran bien ordenadas, y tantos sus templos, que entre grandes y pequeños contó Cortés hasta ciento: su clima es cálido, por estar en un valle profundo, encerrado entre altas montañas; y el terreno, como el de Cuauhquechollan, fertilísimo, y sombreado por árboles de hermosas flores y excelentes frutos. Mandaba en aquel pais un personaje de la sangre real de México, á quien Moctezuma lo habia dado en feudo, despues de haber mandado dar muerte, no sé por qué motivo, al legitimo señor que lo poseía. A la sazón tenia una guarnicion de cinco á seis mil hombres de tropas mexicanas. Todos estos datos, comunicados por el señor de Cuauhquechollan á Cortés, lo movieron á emprender aquella expedición. Hallándose con un ejército, según él mismo afirma, de cerca de ciento veinte mil hombres, dió el asalto á la ciudad, por la parte que le pareció menos difícil. Los Itzacanese, ayudados por las tropas reales, hicieron al principio alguna resistencia; pero vencidos por fuerzas tan superiores, se desbarataron, y huyeron por la parte opuesta á la del ataque, pasando el rio, y alzando los puentes, á fin de no ser perseguidos por sus contrarios. Los españoles y los aliados, en despecho de las dificultades que hallaron para vadear el rio, los siguieron por mas de cuatro millas, matando á unos, haciendo prisioneros á otros, y aterrando á todos con su furor y violencia. Vuelto Cortés á la ciudad, mandó pegar fuego á todos los santuarios, y por medio de algunos prisioneros llamó á los habitantes, que estaban esparcidos en los

montes, dándoles salvo conducto, para que volviesen sin temor á sus casas.

El señor de Itzocan se habia ausentado de la ciudad, y puesto en camino para México, cuando se descubrió el ejército contrario. Esto bastó á la nobleza, que quizás no le era muy afecta, para declarar el estado vacante: por lo que, con aprobacion y bajo el amparo de Cortés, convinieron en darlo á un príncipe, hijo del señor de Cuauhquechollan y de una señora hija del antiguo poseedor, condenando á muerte por Moctezuma, y por ser de tierna edad, se le nombraron por tutores á su padre, á su tío y á dos nobles. Aquel mancebo fué muy en breve instruido en la religion cristiana, y bautizado.

La fama de las victorias de los españoles voló inmediatamente por aquellos países, y atrajo muchos pueblos á la obediencia del rey de España. Ademas de Cuauhquechollan, Itzocan, y Ocopetlayocan, gran ciudad, poco distante de aquellas dos (1), vinieron á tributar homenaje á la corona de Castilla, los señores de ocho pueblos de Coaxtlahuacan (2), parte de la vasta provincia de Mixtepan, distan-

(1) Ocopetlayocan es llamado por Cortés *Ocupatayo*, por causa de la ignorancia de la lengua, y el autor de las notas á sus Cartas creyó que fuese Ocutitico; mas este pueblo no estaba tan cerca de Cuauhquechollan, como, según Cortés, estaba Ocupatayo. Torquemada, aunque exacto en los nombres, lo llama *Acopetlayocan* y *Acopetlahuacan*.

(2) Coaxtlahuacan es llamada por Cortés *Coastoca*, y dice que está cerca de Tamazola, á donde pocos meses antes habia enviado unos españoles á buscar minas. El autor de dichas notas dice que Tamazola está en Cinaloa; mas este es uno de los grandes despropósitos que se hallan en aquella obra. El mismo Cortés asegura que Tamazola dista 40 leguas de Itzocan, y Cinaloa dista mas de 400. Tampoco habla Cortés de Huaxyacac, ni Onjaca, donde dice Coastoca, como pretende aquel escritor, sino de Coaxtlahuaca, llamada por los españoles *Jastlahuaca*.

te mas de ciento veinte millas de Cuauhquechollan, solicitando todos á porfia la amistad de aquellos hombres invencibles.

Cortés volvió á Tepeyacac, y por medio de sus capitanes hizo la guerra á varias ciudades que habian cometido hostilidades contra los españoles. Los habitantes de Xalatzinco, ciudad poco distante del camino de Veracruz, fueron vencidos por el famoso Sandoval y los principales de entre ellos conducidos prisioneros á Cortés, el cual, viéndolos arrepentidos y humillados, los puso en libertad. Los de Tecamaehalco, ciudad considerable de la nacion Popoloca, hicieron una vigorosa resistencia; mas al fin se rindieron, y dos mil de ellos fueron hechos esclavos. Contra Tochtepec, ciudad grande, á orillas del rio de Papaloapan, donde habia guarnicion mexicana, envió al capitán Salcedo, con ochenta españoles, de los cuales no quedó uno vivo para traer la noticia á Cortés. Mucho sintió esta pérdida, que en efecto era muy grande, atendido el pequeño número de gente propia que le quedaba. Para vengarla, envió á los dos valientes capitanes Ordaz y Avila, con algunos caballos y veinte mil aliados, los cuales, á pesar del valor con que los Mexicanos se defendieron, tomaron la ciudad y mataron muchos enemigos.

No fué la pérdida de aquellos soldados la que mas amargó á Cortés: los mismos que poco antes le habian suplicado que regresase á Veracruz, persistieron tan obstinadamente en su demanda, que se vió obligado á concederles permiso de volver, no ya á Veracruz, para aguardar allí nuevos refuerzos, sino á Cuba para estar mas lejos de los peligros de la guerra, pareciéndole menos malo disminuir sus tropas, que tener consigo malcontentos, que con su disgusto enfriasen el valor de los otros; pero esta pérdida fué pronta y ventajosa-

mente reparada con un buen número de soldados, que con caballos, armas y municiones, llegaron al puerto de Veracruz, enviados los unos por el gobernador de Cuba, en socorro de Narvaez, y los otros por el gobernador de la Jamaica, para la expedición de Pánuco. Todos se agregaron gustosos al partido de Cortés, mudándose en instrumentos de felicidad los mismos recursos que sus enemigos empleaban para su ruina.

ESRAGOS DE LAS VIRUELAS.—SUCEOS EN MEXICO.

Las victorias de los españoles y la muchedumbre de sus aliados, engrandecieron de tal modo su nombre, y grangearon tanta preponderancia á Cortés, que era el arbitrio de los disturbios de aquellos pueblos, y á él, como á supremo señor de aquella tierra, se dirijian para obtener la confirmación de la investidura de los estados vacantes, como sucedió con los de Cholula y de Ocoteloleo en Tlaxcala, que vacaron de resultas de las muertes ocasionadas por las viruelas. Este azote del genero humano desconocido enteramente hasta entonces en el Nuevo-Mundo, fué llevado á él por un negro esclavo de Narvaez. Esto lo comunicó á los Cempoaltecas, y de estos se propagó el contagio por todo el imperio mexicano, con indecible daño de aquellas naciones.

Los que por ser dotados de una fuerte complexion, resistieron á la violencia del mal, quedaron tan desfigurados por las profundas trazas de la erupción, que hacian horror á cuantos los miraban. Entre los otros males ocasionados por tan terrible enfermedad, fué muy sensible á los Mexicanos la muerte de su rey Cuitlahuatzi, despues de tres ó cuatro meses de reinado, y á los Tlaxcaltecas y españoles la del príncipe Maxixcatzin.

Los Mexicanos dieron la corona á Cuauhtemotzin, sobrino de Cuitlahuatzi, por no quedar ya ningun hermano de los dos últimos reyes. Era jóven de veinticinco años, de ánimo intrépido, y aunque por su corta edad, no muy practico en la guerra, continuó las disposiciones militares de su prodecesor. Casóse con su prima Tecuichpotzin, hija de Moctezuma, y viuda de su tío Cuitlahuatzi.

Cortés lloró la pérdida de Maxixcatzin, tanto por la amistad que con él habia estrechado, cuanto por haber sido aquel personaje el que mas habia influido en la armonía que hasta entonces habia reinado entre españoles y Tlaxcaltecas. Por tanto, despues de haber asegurado el camino de Veracruz, y de haber mandado á la corte de España al capitán Ordaz, con una relacion exacta, dirigida al emperador Carlos V, de cuanto hasta entonces le habia ocurrido, y al capitán Avila á la isla de Santo Domingo, solicitando nuevos socorros para la conquista de México, salió de Tepeyacac para Tlaxcala; y entró allí vestido de luto, y haciendo grandes demostraciones de dolor, por la muerte del príncipe su amigo. Confió, á petición de los mismos Tlaxcaltecas, y á nombre del rey Católico, el estado vacante de Ocoteloleo, uno de los cuatro principales de aquella república, á un hijo del difunto príncipe, mancebo de doce años, que en el bautismo tomó el nombre de D. Juan Maxixcatzin (1), siendo desde entonces el nombre del padre apellido del hijo y de toda su ilustre descendencia, y para honrarlo de un modo particular, en atención á los méritos de su padre, lo armó caballero al uso de Castilla.

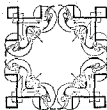
(1) Solís dice que se llamaba Lorenzo; mas este fué el nombre del padre; el hijo se llamó Juan, como dice Torquemada, que lo supo por los mismos Tlaxcaltecas.

EXALTACION DEL PRINCIPE COANACOTZIN,
Y MUERTE DE CUICUITZCATZIN.

En aquel mismo tiempo, aunque por muy distinta causa, ocurrió la muerte del príncipe Cuicuitzcatzin, á quien Moctezuma y Cortés habian puesto en el trono de Acolhuacan, en lugar de su desventurado hermano Cacamatzin. No le fué dado gozar largo tiempo de su postiza dignidad, pues muy en breve lo privó de la libertad, el mismo que le habia dado la corona. Salíó de México con los otros prisioneros, en la noche de la derrota de los españoles; mas entónces tuvo la fortuna, ó mas bien la desgracia de salvar la vida, que debia perder despues de un modo ignominioso. Acompañó á los españoles hasta Tlaxcala, donde permaneció hasta que, ó impaciente de la opresion, ó desoso de recobrar el trono, se huyó secretamente á Texcoco. Reinaba á la sazón en aquella corte su hermano Coanacotzin, á quien

por muerte de Cacamatzin tocaba por ley del reino la corona. Apenas se presentó Cuicuitzcatzin, cuando fué preso por los ministros reales, que dieron cuenta inmediatamente al rey, el cual se hallaba en México. Este lo hizo saber á su primo Cuauhtemotzin, el cual, creyendo que el príncipe fugitivo era espía de los españoles, fué de opinion que se le diese muerte. Coanacotzin, ó por complacer á aquel monarca, ó mas bien por deshacerse de un rival peligroso, mandó ejecutar sin tardanza aquel designio. Así terminó su vida aquel desventurado, cuya elevacion solo sirvió para hacer mas estrepitosa su caída (1).

(1) No hay un historiador español, escepto Cortés, que haga mención de la fuga, de la prision y de la muerte de Cuicuitzcatzin. Gomara solo habla de su muerte, y lo llama *Cocuzca*; Herrera, *Quisquizca* y Cortés *Cocacacasa*. Añade que se llamaba también *Ipatzuchil*, esto es, *Ipatzochitl*.



LIBRO DECIMO.

Marcha de los españoles á Texcoco; sus negociaciones con los Mexicanos; sus correrías y batallas en las cercanías de los lagos; sus expediciones contra Yacapichtlan, Cuauhnahuac y otras ciudades. Construcción de los bergantines. Conjuración de algunos españoles contra Cortés. Reseña, división y puestos del ejército español. Asedio de México; prisión del rey Cuauhtemotzin y ruina del imperio mexicano.

MARCHA DE LOS ESPAÑOLES A TEXCOCO.

CORTÉS, que no apartaba nunca de su espíritu la idea de la conquista de México, se empleaba en Tlalxcala con suma diligencia en la construcción de los bergantines, y en la disciplina de sus tropas. Obtuvo de aquel senado algunos centenares de hombres de carga para la conducción de las velas, jarcias, elabazon y otros materiales de los navíos que había mandado desbaratar el año anterior. De ellos pensaba servirse para los bergantines, y con el mismo objeto hizo sacar una gran cantidad de resina de los pinos del monte de Matlatcucy (1). Avisó á los Huexotzin-

cos, á los Cholultecas, á los Tepeyaqueses y á otros aliados, á fin de que alistasen sus tropas, é hizo reunir una gran provisión de municiones de guerra y de boca, para el numeroso ejército que pensaba emplear en el asedio de México. Cuando le pareció oportuno ponerse en marcha, pasó reseña á su tropa, que se componía de cuarenta caballos, y de quinientos cincuenta peones. Dividió aquella poca caballería en cuatro partes, y la infantería en nueve compañías, armada la una de mosquetes, la otra de ballestas, la tercera de espada y rodela, y la cuarta de picas. Puesto á caballo en frente de su pequeño ejército, despues de ordenarlo, habló de este modo á sus guerreros: "Amigos y compañeros, todo lo que yo pudiera deciros para escitar vuestro valor, sería ente-

(1) Solís dice que en aquella ocasión sacaron azufre los españoles del volcan de Popocatepec para hacer pólvora; que el que lo sacó se llamaba Montano, y para confirmarlo alega el testimonio de Laet; pero lo cierto es que no se sacó azufre de aquel volcan ántes de la conquista de México, y que quien lo sacó en 1522 se llamaba Montano, no Montano, como dice Solís. Para probar la verdad de estos datos, no es necesario ir á buscar el

apoyo de un escritor holandés, pues consta por el testimonio de muchos autores españoles, y por los privilegios que concedió el rey Católico á la posteridad de Montano.

ramente inútil; pues todos nos reconocemos obligados á reparar el honor de nuestras armas, y á vengar la muerte de nuestros aliados. Vamos á la conquista de México, empresa la mas gloriosa de cuantas se nos pueden ofrecer en el discurso de nuestra vida: vamos á castigar de un golpe la perfidia, el orgullo y la crueldad de nuestros enemigos; á ensacchar los dominios de nuestro soberano, agregándoles un reino tan grande y tan rico; á facilitar los progresos del Evangelio, abriendo las puertas del cielo á tantos millones de almas; á asegurar en pocos dias de trabajo el bienestar de nuestras familias, y á inmortalizar nuestros nombres: estímulos todos capaces de aguijonear á los mas cobardes, cuanto mas á corazones tan nobles y generosos como los vuestros. Yo no veo dificultad alguna que no pueda sobrepujar vuestro brio. Son muchos nuestros contrarios; pero les somos superiores en el valor, en la disciplina y en las armas. Tenemos ademas á nuestras órdenes un número tan crecido de tropas auxiliares, que, ayudados por ellas, podremos conquistar no una, sino muchas ciudades como México. No hay duda que es fuerte; pero no tanto, que pueda resistir á los ataques que vamos á darle por agua y por tierra. Finalmente, Dios, por cuya gloria peleamos, se ha declarado favorable á nuestros designios. Su Providencia nos ha conservado en medio de tantos desastres y peligros; nos ha enviado nuevos compañeros en lugar de los que hemos perdido, y ha convertido en nuestro bien los mismos instrumentos que nuestros enemigos habian empleado en nuestro daño. ¿Qué no debemos esperar en el porvenir de su misericordia? El es nuestro conductor en esta grande empresa; merezcamos pues su proteccion, y no nos hagamos indignos de ella con nuestra pusilánimidad y desconfianza."

Los Tlaxcaltecas, que procuraban imitar la disciplina de los españoles, quisieron hacer tambien reseña de sus tropas en presencia de Cortés. Rompia la marcha la música militar de cornetas, caracoles y otros instrumentos de viento, y detras venian los cuatro gefes de la república, adornados con hermosísimos penachos de dos piés de alto. Llevaban los caballos atados con cordones de oro, pendientes de joyas en los labios y en las orejas, y en los piés calzados de gran valor. Seguíanles cuatro escuderos, armados de arco y flechas, y en pos los cuatro estandartes principales de la república, cada cual con su insignia propia, hecla de plumas. Despues empezaron á pasar en filas bien ordenadas las tropas de flecheros de veinte en veinte, dejando ver de trecho en trecho los estandartes particulares de sus compañías, compuesta cada una de trescientos ó cuatrocientos hombres; seguían las tropas armadas de espada y rodela, y al fin armadas de pica. Herrera y Torquemada afirman que los flecheros eran sesenta mil, los piqueros diez mil, y los de espada y escudo cuarenta mil (1).

Xicotencatl el joven, hizo tambien una arenga, á ejemplo de Cortés, en la que dijo á sus tropas, que al dia siguiente, como

(1) Solís, siguiendo, como él dice, á Bernal Diaz, no cuenta en la reseña de los Tlaxcaltecas mas de 10,000 hombres y critica á Herrera porque dice que habia 80,000; pero en esta, como en otros muchos puntos, se nota el descuido de Solís en consultar los autores. Bernal Diaz no hace mencion de la reseña de los Tlaxcaltecas: solo dice que Cortés pidió al senado 10,000 hombres, y el senado respondió que estaba pronto á darle mayor número de tropas. Herrera no cuenta 80,000 hombres, como dice Solís, sino 110,000, y en este cómputo lo han seguido Torquemada y Betancourt. Ojeda, que estuvo presente, y mandaba las tropas aliadas, dice que eran 150,000; pero incluye á los Huexotzincos, á los Cholultecas y á los Tepeyaquenses.

ellos sabian, debian marchar con los valientes españoles contra México, enemiga eterna de la república; que aunque el nombre solo de los Tlaxcaltecas bastaba para amedrentar á todas las naciones de la tierra, debian aperebirse á ganar nueva gloria con sus acciones.

Cortés por su parte convocó á los principales señores de los ejércitos aliados, y los exhortó á una fidelidad constante para con los españoles, ponderándoles las ventajas que debian esperar de la ruina de los Mexicanos, y los males que los amenazaban, si por sugestion de estos, ó por miedo de la guerra, ó por inconstancia de ánimo, faltaban á la fe que habian empeñado. Despues publicó un bando, para gobierno de sus tropas, que contenia los artículos siguientes:

1. *Nadie blasfeme de Dios, de la Santa Virgen, ni de sus santos.*
2. *Ninguno riña con otro, ni ponga mano á la espada ú otra arma para herirlo.*
3. *Nadie juegue las armas, ni el caballo, ni otra prenda del servicio.*
4. *Nadie fuerce á muger alguna, so pena de muerte.*
5. *Ninguno se apodere de los bienes ó prendas que no le pertenecen, ni castigue á ningun indio, si no es su esclavo.*
6. *Ninguno haga correrías sin permiso del general.*
7. *Ninguno prenda á los indios, ni saque sus casas, sin permiso del general.*
8. *Ninguno trate mal á los aliados, antes bien procuren todos conserear su amistad.*

Y porque de nada sirven las leyes cuando no se ceta su observancia, y no se castigan los delinquentes, mandó ahorcar dos negros esclavos suyos, porque habian robado un pavo y dos capas de algodón. Con estos y otros ejemplos hizo respetar.

aquellas disposiciones, tan necesarias para la conservacion de sus pequeñas fuézas.

Despues que hubo tomado las medidas que le parecieron conducentes al buen éxito de su empresa, marchó finalmente con todos sus españoles, y con un buen número de aliados, el dia 28 de diciembre de 1520, despues de haber oido misa é invocado el Santo Espiritu. No quiso desde luego llevar consigo todo el ejército aliado que habia pasado reseña el dia ántes, tanto por la dificultad de mantener tan gran número de gente en Texcoco, como porque creyó mas oportuno dejar la mayor parte en Tlaxcala, para seguridad de los Bergantines, cuando llegase el tiempo de trasportarlos (1). De los tres caminos que habia para ir á Texcoco, tomó Cortés el mas difícil, creyendo prudentemente que no debiendo aguardarlo por allí los Mexicanos, seria mas segura su marcha. Pasó por Tetxmelocan, pueblo perteneciente al estado de Huexotzinco. El 30 contemplaron, desde la cima mas alta de aquellos montes, el hermoso valle de México, parte con júbilo; por ser aquel el término de sus deseos, partió con disgusto, por el recuerdo de sus desastres. Al comenzar á bajar hácia el llano, hallaron el camino embarazado con troncos de árboles, puestos á propósito, y tuvieron que emplear mil Tlaxcaltecas en remover aquel obstáculo. Cuando llegaron al valle, los atacaron algunas tropas volantes de enemigos; pero habiendo los españoles dado muerte á algunos de ellos, los demas se pusieron en fuga. Aquella noche se alojaron en Coatépéc, lugar distante ocho millas de Tex-

(1) "No hay duda, dice Solís, que Cortés salió de Tlaxcala con mas de 60,000 hombres." Lo cierto es que no se sabe positivamente su número, pues ni Cortés ni Bernal Diaz lo mencionan. Gomara dice que eran mas de 80,000.

coco, y al día siguiente, cuando se encaminaban á aquella capital, inciertos de la disposición de los Texcocanos, pero resueltos á no volver atrás, sin haber tomado venganza de sus enemigos, vieron venir hácia ellos cuatro personajes sin armas, con una bandera de oro, y conociendo Cortés que esta era señal de paz, se adelantó para abocarse con ellos. Eran en efecto mensajeros enviados por el rey Coanacotzin, para cumplimentar al general español, para convidarlo á ir á su corte, y para rogarle que no cometiese hostilidad alguna en sus estados. Al mismo tiempo le presentaron la bandera, que pesaba treinta y dos onzas. Cortés, á pesar de estos indicios de amistad, le echó en cara la muerte dada pocos meses ántes, por los habitantes del pueblo de Zoltepec, á cuarenta y cinco españoles, cinco caballos, y trescientos Tlaxcaltecas, que los acompañaban cargados de oro, plata y armas para los españoles que estaban entonces en Mexico, con tanta inhumanidad, que habian colgado como trofeos en el templo de Texcoco, los pellejos de los españoles, con sus armas y trages, y los de los caballos con sus arneses. Añadió que ya que no era posible compensar la pérdida de aquella gente, debian al menos pagarle el oro y la plata que habian robado; que si no le daban la debida satisfacción, por cada español muerto, haría él morir mil Texcocanos. Los mensajeros respondieron que su nacion no era la culpable de aquel exceso, sino los Mexicanos, por cuya orden obraron los Zoltepequesos: que sin embargo, ellos se ofrecian á emplear toda la diligencia posible, para que se resistyese todo lo que se habia quitado; y despidiéndose cortesmente del general, volvieron á toda prisa á Texcoco, con la noticia del pronto arribo de los españoles.

LLEGADA DE LOS ESPAÑOLES A TEXCOCO,
Y REVOLUCIONES EN AQUELLA CORTE.

Entró Cortés con su ejército en Texcoco, el último día de aquel año. Salieron á su encuentro algunos nobles, y lo condujeron á uno de los palacios del difunto rey Nezahualpilli, el cual era tan grande, que no solo se alojaron en él los seiscientos españoles, sino que aun cabian cómodamente otros seiscientos. Muy en breve notó el general que el concurso de las calles habia disminuido considerablemente, pareciéndole que no habia la tercera parte de la poblacion que viera en otras ocasiones, y sobre todo, observó que faltaban las mugeres y los niños, indicio manifiesto de alguna mala disposición de aquella corte. Para no aumentar la desconfianza de los ciudadanos, y para no esponer su gente á nuevos infortunios, publicó un bando en que prohibió á los soldados la salida de los cuarteles, so pena de la vida. Despues de comer, observaron desde las azoteas del palacio, que salia mucha gente de la ciudad, encaminándose los unos á los bosques vecinos, y los otros á los diversos pueblos del lago. La noche siguiente se ausentó el rey Coanacotzin, pasando á México en una barca, en despecho de Cortés, que deseaba apoderarse de él como habia hecho de sus tres hermanos Cacamatzin, Cuicuitzcatzin é Ixtlixochitl. En verdad, Coanacotzin no podia tomar otro partido, porque ¿cómo era posible que se creyese seguro entre los españoles, despues de lo que habian hecho con sus hermanos, con Moctezuma su tio; y mayormente teniendo que muchos de sus súbditos se aprovechaban de aquella ocasion, para declararse en contra, los unos por miedo de los españoles, y por los intereses particulares de sus familias, los otros por vengar

la muerte de Cuicuitzacatzin, y muchos por poner en el trono á Ixtlilxochitl?

Las revoluciones que inmediatamente ocurrieron en aquella capital justificaron su fuga. Apenas habia estado allí tres dias Cortés, cuando se le presentaron los señores de Huexotla, de Contlicchan y de Atenco, tres ciudades tan inmediatas á Texcoco, segun hemos dicho, que podian considerarse como sus arrabales. El objeto de su venida era ofrecer su amistad y alianza á Cortés, y este, que nada deseaba tanto como aumentar su partido, los acogió benignamente, y les ofreció su proteccion. Informada de esta novedad la corte de México, envió una severa reprehension á aquellos señores, mandándoles decir, que si la causa de haber abrazado tan vil partido era el miedo que tenían del poder de aquellos enemigos, supiesen que los Mexicanos se hallaban con fuerzas superiores, y que con ellas exterminarian muy en breve á los españoles, juntamente con sus aliados favoritos los Tlaxcaltecas; que si se habian reducido á tanta estreñidad por conservar los estados y dominios que tenían en Texcoco, pasasen á México, en cuyo territorio se les darian mejores posesiones. Mas aquellos señores, en lugar de amedrentarse con las amenazas, y de ceder á las promesas, se apoderaron de los mensajeros, y los enviaron á Cortés. Este les preguntó el motivo de su embajada, y ellos respondieron que sabiendo que aquellos señores estaban en su gracia, venian á interponer su mediacion, á fin de negociar la paz entre los españoles y los Mexicanos. Cortés, fingiendo dar crédito á lo que decian, los puso en libertad, y les encargó dijese á su soberano, que él no queria la guerra, ni la haria jamas, si los Mexicanos no lo obligaban á ello con sus hostilidades; que por tanto viviese aperebido, y se guarda-

se de hacer el menor daño á los suyos ó á sus aliados, pues en este caso serian sus enemigos, y darian lugar á la total ruina de la ciudad.

Mucho importaba en efecto á Cortés la alianza de aquellas tres ciudades; mas ántes de todo era necesario ganarse la corte misma de Texcoco, tanto por la gran nobleza que en ella habia, cuanto por su influjo en las otras ciudades del reino. Desde su entrada procuró granjearse los ánimos con su afabilidad y buenos modales, y lo mismo habia recomendado á los suyos, prohibiendo severisimamente toda clase de hostilidad contra los habitantes. Conoció desde luego entre los nobles un partido favorable á Ixtlilxochitl á quien tenia detenido, no sé por qué razon en Tlaxcala. Hizolo conducir á la corte por un buen número de españoles y Tlaxcaltecas, presentólo á la nobleza, y obtuvo que fuese aclamado rey, y coronado con las mismas ceremonias y regocijos que se solian hacer con los soberanos legítimos (1.) Pro-

(1) Solís en la relacion de este suceso, ademas de las imaginarias arengas que pone en boca de Cortés y de los Texcocanos, incluye en siete errores sustanciales. 1. Supone vivo en aquel tiempo á Cacamatzin, siendo así que, por testimonio de Cortés y de otros historiadores, consta que fué muerto en la noche de la derrota de los españoles 6 poco ántes. 2. Duda al principio, y luego afirma positivamente que en el mismo tiempo reinaba en Texcoco Cacamatzin, siendo indudable que el príncipe reinante era Coanacotzin. 3. Hace á Cacamatzin hermano de Nezahualpilli (á quien llama *Nezabal*), de quien era hijo, como saben los que han saludado la historia de aquellos pueblos. 4. Supone que Cacamatzin mató á Nezahualpilli, fábula jamas oida en la historia de Texcoco. 5. Créa muerto á Nezahualpilli cuando reinaba el antecesor de Moctezuma. Ahora bien: el antecesor de Moctezuma murió en 1502: luego Nezahualpilli fué muerto aquel mismo año, cuando nas tarde, por Cacamatzin. Cuando tuvo el arrojado matar á su rey, se debe creer que tendria á lo menos 16 años: luego en 1519, cuando el mismo Cacamatzin visitó

movió Cortés la exaltacion de aquel príncipe, tanto por vengarse de Coanacotzin, como por tener á la nacion dependiente de su voluntad. El pueblo lo aceptó sin dificultad, ó porque no osase oponerse á los españoles, ó porque estaba cansado de su antiguo gefe.

Era Ixtlilxochitl jóven de cerca de veintitres años. Desde la primera entrada de Cortés en Tlaxcala, se habia declarado abiertamente en su favor, se le habia ofrecido con su ejército, y convidádolo á hacer su viaje á México por Otompan, donde á la sazón se hallaba; pero en despecho de su buena voluntad y de sus obsequios, fué prisionero de los españoles, cuando estos salieron derrotados de México, y detenido en Tlaxcala hasta el suceso de que voy hablando. Todas estas circunstancias me hacen creer que su cautiverio no fué mas que una decorosa privacion de su libertad, dorada con alguno de aquellos pretextos que suelen inventar la política de los hombres, cuando los guia la desconfianza ó el deseo de la propia seguridad. Con la larga práctica de los españoles, se acostumbró á sus usos y modales. Fué instruido en la religion cris-

á Cortés en Ayotzincó, tenía á lo menos 32 años, y sin embargo, el mismo Solís en otra parte solo lo da 25. Pero la verdad es que Nezahualpilli murió en 1516. 6. Supone á Cacamatzin usurpador de la corona, cuando consta de la historia que era el sucesor legitimo. 7. Finge que el nuevo rey se hallaba en Texcoco quando llegó Cortés; que este no lo habia visto antes; que la primera vez que se le presentó, quedó el caudillo español tan prendado de su elocuencia y gentileza, que lo abrazó sin poderse contener: todo lo cual es un tejido de fabulas; pues por las cartas del mismo Cortés, y por muchos historiadores consta, que aquel príncipe (cuyo nombre ignoró Solís) habia sido conocido por Cortés un año antes de su elevacion, que habia sido seis meses su prisionero, y que lo hizo venir de Tlaxcala para coronarlo, como se refiere en el testo de esta historia.

tiana, y tomó en el bautismo el nombre de D. Fernando Cortés Ixtlilxochitl, por respeto al general español que fué su padrino. No gozó sino de la apariencia de la magestad; pues mas que señor de sus súbditos, fué ministro de la voluntad de los españoles, á quienes hizo grandes servicios, no solo en la conquista de México, en que sirvió con su persona y con sus tropas, sino en la reedificacion de aquella capital, para la cual suministró millares de arquitectos, albañiles y operarios. Murió todavia jóven en 1523, y le sucedió en el señorío de Texcoco su hermano D. Cárlos, de quien haré honrosa mención despues. Con la exaltacion de Ixtlilxochitl, y con los obsequios que Cortés le hacia, se aumentó considerablemente el partido de los españoles, y todas las familias texcocanas que se habian ausentado de la corte, por miedo de sus hostilidades, volvieron seguras y alegres á sus casas.

Cortés habia resuelto fijar su cuartel general en Texcoco, por lo que dispuso fortificar el palacio que servia de alojamiento á sus tropas. No podia abrazar un partido mas conducente á sus miras. Texcoco, como capital del reino de Acapulucan, y ciudad tan grande y populosa, abundaba en toda clase de viveres, para el mantenimiento de sus tropas: tenia buenos edificios para su habitacion, buenas fortificaciones para su defensa, y gran número de artifices de toda clase para los trabajos de que podría necesitar el ejército. Los dominios de aquel estado confinaban con los de Tlaxcala, y de este modo estaban seguras las comunicaciones con la república: la proximidad del lago era de suma importancia para la conduccion de los bergantines, y la ventajosa situacion de la ciudad proporcionaba á los españoles la noticia de todos los movimien-

tos de sus enemigos, sin esponerse á sus hostilidades.

ESPECIDION PELIGROSA CONTRA IZTAPALAPAN.

Despues de haber arreglado los negocios de Texcoco, resolvió Cortés atacar la ciudad de Iztapalapan, para vengar en ella y en sus ciudadanos las ofensas que habia recibido de su señor Cuñlahuatzin, á quien atribuia la causa de las desgracias de la noche memorable de la retirada. Dejó en Texcoco una guarnicion de mas de trescientos españoles, y muchos aliados, al mando de Sandoval, y él marchó con mas de doscientos de los suyos, mas de tres mil Tlaxcaltecas, y muchos nobles de Texcoco. Antes de llegar á Iztapalapan, salieron á su encuentro algunas tropas, las cuales, fingiendo oponerse á su entrada, y peleando parte en tierra, parte en agua, se iban retirando hácia el pueblo, como si no pudieran resistir á los invasores. Empeñados españoles y Tlaxcaltecas en alcanzarlos, entraron en la ciudad, cuyas calles hallaron en gran parte desiertas, pues los ciudadanos se habian retirado con sus mugeres é hijos, y la mayor parte de sus bienes, á unas casas que tenian en las islas del lago; pero aun allí fueron perseguidos por sus enemigos, que peleaban igualmente por agua y tierra. Era ya muy entrada la noche, cuando los españoles, alegres por la victoria que creian haber conseguido, se ocupaban en saquear las casas, y los Tlaxcaltecas en pegar fuego, cuando en pocos instantes se convirtió su júbilo en espanto, pues á la luz del incendio observaron que salia el agua de los canales, y empezaba á cundir en la ciudad. Conocido el peligro, se dió el toque de retirada, y se abandonó precipitadamente el pueblo, tomando el camino de Texcoco; mas á pesar de la diligencia

de las tropas, llegaron á un punto donde se habian acumulado de tal modo las aguas que los españoles pasaron con gran trabajo; de los Tlaxcaltecas se ahogaron algunos, y se perdió la mayor parte del botín. No hubiera quedado uno solo vivo, si hubieran detenido tres horas en la ciudad, como el mismo Cortés asegura, porque los ciudadanos, queriendo deshacerse de aquel modo de sus enemigos, rompieron los diques del lago, y anegaron la ciudad. Al dia siguiente continuaron su marcha por las orillas del lago, continuamente perseguidos é insultados por los enemigos. Esta espedicion disgustó mucho á los españoles; pero aunque perdieron los despojos, y muchos fueron heridos, solo murieron dos de ellos y un caballo. La pérdida de los de Iztapalapan fué mucho mas considerable; pues ademas del menoscabo que sus casas sufrieron, quedaron, segun Cortés, mas de seis mil muertos.

CONFEDERACION DE OTOMPAN Y DE OTRAS CIUDADES CON LOS ESPAÑOLES.

La pesadumbre que produjo á Cortés aquel suceso, fué muy en breve compensada por la satisfaccion de recibir la sumision que le enviaron por medio de sus embajadores, las ciudades de Mizquic, Otompan y otras de aquellos contornos, alegando, para obtener su gracia, que habiéndolos escitado los Mexicanos á tomar las armas en su favor, ellos no habian querido jamas ceder á sus deseos. Cortés, cuya autoridad se extendia tan rápidamente como se aumentaba su partido, les exigió, como condicion necesaria para conseguir su alianza, que se apoderasen de cuantos mensajeros les fuesen enviados de México, y de cuantos Mexicanos llegasen á su ciudad. Ellos le prometieron así, aunque no sin grandes dificultades, y des-

de entónces fueron constantemente aliados de los españoles.

A esta confederación siguió muy en breve la de Chalco, ciudad y estado considerable de la orilla oriental del lago dulce. Sabiendo Cortés que sus habitantes deseaban unirse á su partido, pero no osaban declararse por miedo de las guarniciones mexicanas que estaban en sus plazas, les envió á Sandoval con veinte caballos, doscientos peones españoles, y un buen número de aliados, dándole orden de acompañar á unos Tlaxcaltecas que deseaban llevar á su patria la parte que habían salvado del botín de Iztapalapan, y volver sobre Chalco para arrojar á los Mexicanos. Dió Sandoval la vanguardia á los Tlaxcaltecas: algunas tropas enemigas que se habían puesto en accecho, los atacaron de improviso, los desordenaron, les mataron mucha gente, y les quitaron el botín; pero sobrevinieron los españoles, y vengaron aquel triunfo, devotando á los Mexicanos, y quitándoles los despojos. Los Tlaxcaltecas continuaron sin peligro su viaje, y Sandoval marchó á Chalco; pero ántes de llegar á la ciudad, salió al encuentro la guarnición mexicana, compuesta, segun algunos autores, de doce mil combatientes. Se dió la batalla, que duró dos horas, y terminó con la muerte de muchos enemigos, y con la fuga de los otros. Los Chalqueses, noticiosos de la victoria, salieron con gran júbilo á recibir á los españoles, y los acompañaron triunfantes á la ciudad (1.) El señor de aquel estado,

(1) Solís, en la relacion de este suceso, incurre en dos errores geográficos. primero. Supone que Chalco estaba contigua á Otompan, no sabiendo que entre ellas estaban la corte de Texcoco y otras ciudades importantes de Acolhuacan. Segundo. Dice que los estados de Chalco y de Tlaxcala eran confinantes, cuando habia entre ellos un bosque vastísimo, y una parte de los dominios de

que habia muerto de viruelas pocos dias ántes, habia recomendado eficazmente, en los últimos momentos de su vida, á los dos hijos que dejaba, que se confederasen con los españoles, que cultivasen su amistad, y que tuviesen á Cortés por padre. Por respecto á su última voluntad, pasaron aquellos dos jóvenes á Texcoco, acompañados del ejército español, y de muchos nobles Chalqueses; presentaron á Cortés una suma considerable de oro, y establecieron la alianza, en que se mantuvieron constantemente fieles. La causa de rebelarse tan fácilmente aquellos pueblos contra el imperio, era, en unos, el miedo de las armas españolas, y del poder de sus aliados, y en otros el odio de la dominación mexicana. No es posible que sea constante la fidelidad de los pueblos, cuando en la subordinación influye mas el terror que la beneficencia, ni hay trono mas vacilante que el que se sostiene mas bien en la fuerza de las armas, que en el amor de los pueblos. Cortés, despues de haber obsequiado á los dos príncipes, dividió entre ellos el estado, ó porque así lo pidieron ellos mismos, ó porque le sugirieron este plan los nobles. Dió al mayor la investidura de la ciudad principal, con otros pueblos, y al menor la de Tlalmanalco, Chimalhuacan, Ayotzinco y otros.

No cesaban entre tanto los Mexicanos de hacer correrías en los estados que se habian unido con los españoles; pero la diligencia de Cortés en enviar socorros á donde eran necesarios, inutilizaba completamente sus esfuerzos. Entre otros, vinieron los Chalqueses á Texcoco á pedir socorro á los españoles, pues habian sabido que los Mexicanos se apercebían á dar-

Huexotzinco, y por otro lado mediaban los distritos mas poblados de Acolhuacan.

les un golpe en castigo de su rebelion. No pudo condescender el general español con sus deseos, pues habiéndose concluido el corte de la madera que debia servir en los bergantines, necesitaba de toda su gente para trasportarla con seguridad de Tlaxcala á Texcoco; pero les aconsejó que se confederasen con los Huexotzincos, con los Choluhtecas y con los Cuauhquechuleses. Ellos rehusaron este partido, por la enemistad que siempre habian tenido con aquellos pueblos; pero al fin lo aceptaron, movidos por las instancias de Cortés, y obligados por la necesidad. Apenas se habian despedido los Chalququeses, cuando llegaron oportunamente á Texcoco tres mensajeros de Huexotzincos y de Cuauhquechollan, enviados por aquellos señores á Cortés, para darle parte de su inquietud, de resultas de unas humaredas que sus centinelas habian descubierto desde las cimas de los montes, y que eran indicios manifiestos de próximas hostilidades: al mismo tiempo le ofrecían sus tropas, que estaban apercibidas á ponerse bajo sus órdenes cuando necesitase de ellas. Aprovechóse Cortés de tan favorable ocasion para confederar aquellos estados con el de Chalco, obligándolos á renunciar, por el bien comun, á sus particulares resentimientos. Fué tan sólida aquella alianza, que desde entónces se ayudaron mutuamente sus miembros contra los Mexicanos.

TRASPORTE DE LOS MATERIALES PARA LOS BERGANTINES.

Siendo ya tiempo de llevar á Texcoco el maderaje, las velas, la jarcia y la clavazon de los bergantines, dió Cortés esta comision á Sandoval, con doscientos infantes españoles y quince caballos, encargándole que fuese ántes á Zoltepec á castigar rigorosamente á sus habitantes, por

la muerte de los cuarenta y cinco soldados españoles, y trescientos Tlaxcaltecas; de que ya he hablado. Los Zoltepecqueses, cuando vieron acercarse la borrasca, abandonaron sus casas para salvar la vida con la fuga; pero habiéndolos alcanzado los españoles, muchos de ellos fueron pasados á cuchillo, y otros hechos esclavos. De allí marchó Sandoval á Tlaxcala, donde halló todo dispuesto para la conduccion de los materiales. El primer bergantin fué construido por Martin Lopez, soldado español que hacia de ingeniero en el ejército de Cortés, y se echó al agua para prueba, en el rio de Zahuapan. Por aquel modelo hicieron los Tlaxcaltecas los otros doce. Hizose la conduccion con el mayor aparato y júbilo de los Tlaxcaltecas, pareciéndoles ligera aquella carga que debia contribuir á la ruina de sus enemigos. Ocho mil Tlaxcaltecas llevaban á hombro la madera, las velas y todos los demas objetos necesarios á la construccion; dos mil llevaban los viveres, y treinta mil marchaban armados para la defensa del convoy, mandados por tres caudillos principales, que eran Chichimecatl, ó sea Chichimeca-teuctli (1), Ayotecatl, y Teotepil, ó Teotlypil. Este acompañamiento ocupaba, segun Bernal Diaz, una estension de mas de seis millas. Cuando salieron de Tlaxcala mandaba la van-

(1) Este Chichimecatl, que hace tanto papel en nuestra historia, no parece que fuese el padre, que ya era muy viejo, sino el hijo que tenia el mismo nombre, y que en la guerra de españoles y Tlaxcaltecas tuvo el grave disgusto de que he hablado. Ayotecatl es llamado así por Torquemada en la Historia; pero en el índice lo llama Ayotecatl. Al otro jefe da en la Historia el nombre de Teotepil, y en el índice el de Teotlypil. No sospecho que aquel noble Tlaxcalteca fuese Ayotecatl, padre inhumano, que en odio de la cristiana mató despues á dos hijos suyos. Cortés llama á estos jefes Teotecatl y Teotlypil.

guardia Chichimeatl; mas al poner el pié fuera de los confines de la república, Sandoval lo puso á retaguardia, porque temia alguna sorpresa de los enemigos. Esta disposicion ocasionó un grave disgusto á los Tlaxcaltecas, pues se jactaban de valientes, y decian que en todas las acciones en que hasta entónces se habian hallado, habian ocupado, á ejemplo de sus mayores, el puesto mas peligroso; de modo que Sandoval tuvo que emplear razones y ruegos para contentarlos. Cortés, vestido de brillantes galas, y acompañado de todos sus oficiales, salió á recibir el convoy, y abrazó y dió gracias á los señores tlaxcaltecas por sus buenos oficios. Su entrada en Texcoco, que se hizo con el mayor órden, duró tres horas: Las tropas de una y otra nación gritaban *Castilla, Castilla, Tlaxcala, Tlaxcala*, en medio del estrépito de la música militar.

ESPECEDIONES CONTRA LAS CIUDADES DE
XALTOCAN Y TLACOPAN.

Apénas llegó Chichimeatl, cuando sin descansar del viaje rogó á Cortés que lo émplese á él y á su tropa en alguna expedicion contra los enemigos. Cortés, que solo aguardaba la llegada de las tropas auxiliares de Tlaxcala para ejecutar un desigño que desde largo tiempo meditaba, dejando en Texcoco una buena guarnicion, y dadas las órdenes oportunas acerca de la obra de los bergantines, se puso en marcha al principio de la primavera de 1521, con veinticinco caballos, seis pequeños cañones, trescientos cincuenta infantes españoles, treinta mil Tlaxcaltecas, y una parte de la nobleza texcocana; y porque temia que los Texcocanos, de quienes no se fiaba, diesen aviso secreto á los enemigos, y trastornasen sus proyectos, salió de aquella ciudad sin descubrir á nadie el término de su viaje. Caminó el ejér-

cito doce millas hácia el Norte, y pasó la primera noche á descubierto. El dia siguiente se dirigió á Xaltocan; ciudad fuerte, situada en medio de un pequeño lago, con una calzada que á ella conducia, y que, como México, estaba cortada con fosos. La infanteria española, sostenida por un buen número de aliados, los pasó entre una densa lluvia de dardos y flechas que hirieron á muchos; mas no pudiendo los habitantes sufrir los estragos que en ellos hacian las armas españolas, abandonaron la ciudad, y huyeron. Los vencedores saquearon las casas y quemaron algunas.

Terminada esta expedicion, se encaminó el ejército á Cuauhtitlan, grande y hermosa ciudad, como Cortés la llama con razon; pero la hallaron despoblada, pues los habitantes, amedrentados con lo que habian oido de Xaltocan, procuraron ponerse en seguro.

De allí pasaron á Tenayocan y á Azcapotzalco, donde no hicieron daño por no haber hallado resistencia. Finalmente, llegaron á la corte de Tlacopan, término que se habia propuesto Cortés, con el objeto de negociar algun convenio con México, y si no lo lograba, para proporcionarse algunas noticias sobre los desigños que allí se trazaban. Los habitantes se manifestaron dispuestos á oponerse á los invasores. Atacaron en efecto con su acostumbrado ímpetu á los españoles, y pelearon valerosamente largo rato; mas al fin, no pudiendo resistir los estragos de las armas de fuego, ni el impulso de los caballos, se retiraron á la ciudad. Los españoles, por ser ya entrada la noche, se alojaron en una gran casa de los arrabales. Al dia siguiente, los Tlaxcaltecas pegaron fuego á una parte de la poblacion, y en los seis dias que permanecieron allí los españoles, tuvieron continuos encuentros, y hubo

de los famosos entre Tlaxcaltecas y Tlacopanec. Unos y otros combatieron con extraordinario valor, y desfogaron en oprobios el odio que mutuamente se profesaban. Los Tlacopanec llamaban á los Tlaxcaltecas damas de los españoles, sin cuya proteccion nunca se hubieran atrevido á llegar hasta los muros de aquella ciudad. Los Tlaxcaltecas respondian, que á los Mexicanos y á todos sus partidarios se debía mas bien el titulo de mugeres; pues siendo tan superiores en número á ellos, no habian podido dominarlos en ningun tiempo. Tambien prodigaron los enemigos insultos y demuestos á los españoles, convidándolos, por burla, á entrar en México, para mandar allí como señores, y gozar de todos los placeres de la vida. "Te parece, cristiano, decian á Cortés, que irán ahora las cosas como ántes? ¿Piensas que reina en México un Moctezuma, sacrificado á tus caprichos? Entra en la corte, y serás en breve inmolado, con todos los tuyos, á los dioses." En las acciones que sostuvieron aquellos dias los españoles, entraron en aquel fatal camino, y se acercaron á los memorables fosos en que habian sufrido tan sangrienta derrota. Hallaron en ellos una terrible resistencia, y todos estuvieron próximos á perecer; porque empeñados en perseguir á unas tropas mexicanas, que habian salido á insultarlos para atraerlos al peligro, se hallaron de pronto atacados de una y otra parte del camino, por tan gran número de contrarios, que no pudieron retirarse sin suma dificultad, combatiendo furiosamente hasta llegar á tierra firme. En este conflicto, tuvieron cinco españoles muertos y muchos heridos. Cortés, disgustado del mal éxito de su expedicion, volvió con su ejército por el mismo camino, á Texcoco, recibiendo en la marcha nuevos insultos de los enemigos, que atribuian su

retirada á cobardía y desaliento (1). Los Tlaxcaltecas que acompañaron á los españoles, habiendo tomado muchos y ricos despojos, pidieron permiso á Cortés de llevarlos á su país, y él lo concedió sin dificultad (2).

ESPEDICION DE SANDOVAL CONTRA HUATEPEC Y XACAPICHTLA.

Sandoval, que durante la ausencia de Cortés habia quedado mandando en Texcoco, salió de allí dos dias despues de la llegada de aquel general, con veinte caballos, trescientos infantes españoles y un gran número de aliados, para socorrer á los Chal-

[1] Solís, queriendo desmentir á Bernal Diaz, dice: "Por mas que diga nuestro historiador de esta expedicion, fué tan importante al fin principal, que apenas regresado Cortés á Texcoco, vinieron suplicantes á prestarle obediencia los caciques de Tzacapan, Mascalzingo, Aubitan (asi llama á Tizapan, Mexicalzingo y Nauhltan) y otros pueblos de la orilla setentrional; lo que da á conocer que los españoles volvieron con reputacion &c. Pero dejando aparte la expresion ambigua orilla setentrional, que algunos lectores aplicarán quizás á la orilla del lago, debiendo entenderse de la del mar, y el error que comete en decir que vinieron los señores de aquellos estados, cuando consta por el mismo Cortés que enviaron sus embajadores, lo cierto es que no pudieron decidirse á enviar esta embajada, de resultas de lo ocurrido en Tlacopan, porque los embajadores llegaron á Texcoco cuatro dias despues de la expedicion y sus ciudades distaban de aquella corte mas de 200 millas.

[2] Herrera y Torquemada dicen que Cortés mandó despojar violentamente á los Tlaxcaltecas de las alhajas de oro con que se adornaron despues de la expedicion de Tlacopan, y que ellos se resentieron tanto de este agravio, que en dos dias desertaron mas de veinte mil. Si esto fuera cierto, Cortés hubiera sido el mas insensato de los hombres, y la misma avareza que hizo perecer tantos españoles en su retirada de México, hubiera frustrado la gran esperanza de la conquista; mas la noticia de aquellos historiadores está en contradiccion con lo que refieren Cortés, Bernal Diaz y Gómara, que cuentan el hecho como se halla en el texto de mi historia.

queses, que temian un gran ataque de los Mexicanos; pero habiendo hallado en Chalco muchas tropas de Huexotzinco y de Cuauhquechollan, que habian ido allí con el mismo objeto, y sabiendo que el mayor peligro estaba en la guarnicion mexicana de Huaxtepec, se dirigió á este pueblo, situado en los montes quince millas á Media-día de Chalco. En su marcha fué atacado por dos gruesos cuerpos enemigos; pero los derrotó sin gran esfuerzo, lo que se debió en gran parte al inmenso número de aliados que llevaba consigo. Entraron los españoles en Huaxtepec, y se alojaron en unas casas grandes, para descansar y curar los heridos; pero inmediatamente fueron atacados de nuevo por los Mexicanos, á quienes rechazaron y persiguieron por mas de tres millas, dejándolos totalmente derrotados. Volvieron al pueblo, y descansaron dos dias. Era entónces Huaxtepec ciudad célebre, no menos por sus excelentes manufacturas de algodón, que por su hermoso jardin, de que ya he hablado.

Sandoval envió desde allí mensajeros á ofrecer la paz á los habitantes de Yacapich-tla, lugar fortísimo, á seis millas de distancia de Huaxtepec, situado en la cima de un monte casi inaccesible á la caballería, y defendido por una numerosa guarnicion mexicana; pero habiendo sido rechazadas sus proposiciones, marchó hácia aquella ciudad, con intencion de dar un golpe que castigase su orgullo, y libertase para siempre á los Chalqueses del mal que por aquella parte podian temer. Los Tlaxcaltecas y los otros aliados se amedrentaron á vista de tanto peligro; pero Sandoval, animado por el heroico valor que lucia en todas sus acciones, se resolvió á vencer ó morir. Empezó á subir con su infantería, superando al mismo tiempo la aspereza del monte, y el gran número de enemigos que lo defendian con flechas,

guijarros y aun con piedras desmesuradas, las cuales, aunque se rompian al chocar con las rocas interpuestas, harian con sus fragmentos á los españoles; pero nada fué capaz de contener su impetu. Entraron en la ciudad bañados de sangre y de sudor, y seguidos por sus aliados. El cansancio y las heridas inflamaron de tal modo su cólera, y con tanta furia se abalanzaron á sus enemigos, que muchos de ellos, huyendo de las espaldas, se precipitaron por los tajos del monte. Tanta fué la sangre derramada, que tiñó un arroyo que por allí corria, en términos que en mas de una hora no pudieron hacer uso de sus aguas los vencedores, para apagar la gran sed que los aquejaba (1). "Fué esta, dice Cortés, una de las mas señaladas victorias, en la cual los españoles dieron las mayores pruebas de su valor y de su constancia." La jornada costó la vida á Gonzalo Dominguez de Cortés, cuya pérdida fué muy sensible á todo el ejército.

Irritados los Mexicanos con el estrago de Yacapichla, armaron prontamente veinte mil hombres, y los enviaron en dos mil barcas contra Chalco. Los Chalqueses imploraron, como otras veces, el so-

[1] Bernal Diaz se burla de Gomara por esta narracion de las aguas teñidas de sangre, y añade que no necesitaban beber de aquella, habiendo allí muchos manantiales; pero si estas se hallaban en el campo de batalla, es probable que tambien quedasen teñidas de sangre, y si distaban de aquel punto, no estaban los españoles en estado de ir á buscarlas. Bernal Diaz no se halló en aquella expedicion, y yo doy mas crédito á la relacion de Cortés. "Fue tan grande, dice, la matanza que nuestros españoles hicieron en los enemigos, y tales los estragos, que estos se hicieron entre sí, que todos los presentes afirman que un arroyo que circundaba casi todo aquel sitio, quedó teñido de sangre por mas de una hora, de modo que no pudieron beber de sus aguas."

corro de los españoles, y sus mensajeros llegaron cuando volvía de Yacapichla Sandoval con sus tropas, cansado, mal parado y herido. Cortés, atribuyendo, con demasiada ligereza, las repetidas hostilidades de los Mexicanos contra Chalco, á descuido de aquel inapreciable caudillo, sin querer informarse de su conducta, ni oírlo, ni permitirle un momento de reposo, lo mandó ponerse en marcha, con los soldados mas capaces de seguirlo, para sostener aquellos aliados. Mucho sintió Sandoval esta ofensa que el general le hacia, cuando esperaba recibir de él los elogios á que era acreedor; pero fué tanta su prudencia en disimular su pesar, y tan pronta su obediencia, cuanto habia sido su arrojo en la expedición última. Partió sin tardanza á Chalco, y cuando llegó, ya estaba concluida la batalla, de la que salieron victoriosos los Chalqueses, con los auxilios de sus nuevos aliados los Huexotzincos y los Cuauhquecholeses; y si bien tuvieron una pérdida considerable, en cambio mataron muchos enemigos, y cogieron cuarenta prisioneros, entre ellos un general y dos personajes de la primera nobleza, los cuales fueron entregados por los Chalqueses á Sandoval, y por este á Cortés. Este conoció su error, y bien informado de la irreprehensible conducta de Sandoval, procuró aplacar su justo resentimiento con singulares demostraciones de estimación y honor.

NEGOCIACION INFRACTUOSA DE CORTES CON LOS MEXICANOS.

Queriendo, en fin, hacer algun convenio con los Mexicanos, tanto para evitar las fatigas y los males de la guerra, como para apoderarse de su hermosa ciudad sin armarla, resolvió enviar á ella aquellos dos personajes prisioneros, con una carta al rey Cuauhtemotzin, la cual, aunque no

podia ser entendida en aquella corte, servia de credenciales y de señal auténtica de la embajada. Espuso su contenido á los mensajeros, y les encargó manifestasen á su soberano, que él no aspiraba á otro objeto, sino á que el rey de España fuese reconocido señor de aquella tierra, ya que así lo habia resuelto la nobleza en la respetable asamblea que se reunió en presencia de Moctezuma; que se acordase del homenaje que entonces tributaron todos los señores mexicanos al gran monarca de Oriente; que deseara establecer con México una paz duradera, y una eterna alianza; que no habia emprendido aquella guerra, sino obligado por sus hostilidades; que le pesaba tener que derramar tanta sangre mexicana, y destruir ciudades tan grandes y hermosas; que ellos mismos eran testigos del valor de los españoles, de la superioridad de sus armas, de la muchedumbre de sus aliados, y de la felicidad de sus empresas; en fin, que reflexionase bien en lo que hacia, y no lo obligase con su obstinación á continuar una guerra que terminaria con la ruina total de la corte y del imperio.

El fruto de esta embajada se conoció muy en breve en los lamentos de los Chalqueses, los cuales, informados de las grandes fuerzas que contra ellos se apercibian, vinieron á implorar el socorro de los españoles, presentando á Cortés, pintadas en una tela, las ciudades que se armaban contra Chalco, y el camino que tomaban sus tropas. En tanto que Cortés disponia las suyas para aquella expedición, llegaron á Texcoco los mensajeros de Tizapan, Mexicaltzinco y Nautlan, ciudades de la costa del seno Mexicano, situadas mas allá de la colonia de Veracruz, á prestar obediencia, en nombre de sus señores, al rey de España.

MARCHA DEL EJERCITO ESPAÑOL POR
LOS MONTES MERIDIONALES.

En 5 de abril salió Cortés de Texcoco, con treinta caballos, trescientos peones españoles y veinte mil aliados, dejando á Sandoval el mando de aquella plaza y el cuidado de los bergantines. Marchó en derecha á Tlalmanalco, y de allí á Chimalhuacan (1), donde se engrosó su ejército con mas de veinte mil hombres (2), qué, ó por vengarse de los Mexicanos, ó por interes del botín, ó como yo creo, por uno y por otro, venian de diferentes puntos á servir en aquella guerra. Siguiendo despues, como es de creerse, el camino representado por los Chalquescos en sus pinturas, se dirigieron por los montes del Mediodía hácia Huaxtepec, y vieron cerca del camino una elevacion muy escabrosa, cuya cima estaba ocupada por mugeres y niños, y las faldas por un gran número de guerreros, que confiando en la fuerza natural del sitio, se burlaban con gritos y silbidos de los españoles. Cortés, no pudiendo sobrelevar aquella mofa, mandó atacar por tres partes el monte; pero apenas habian empezado á subir con gran trabajo, entre una tempestad de dardos y piedras, dió orden de que se retirasen, pues además de ver que la empresa era temeraria, y mas difícil que útil, se dejó ver otro ejército de enemigos que marcha-

(1) Había, y hay ahora, dos pueblos de aquel nombre: el uno, á orillas del lago de Texcoco, al principio de la península de Iztapalapan, y llamado simplemente *Chimalhuacan*; el otro, en los montes al Mediodía del valle, y se llama *Chimalhuacan-Chalco*. Se trata de este último.

(2) Cortés dice que en Chimalhuacan se le agregaron 40.000 hombres, y Bernal Diaz dice que eran mas de 20.000; mas este habla de los recién-llegados, y aquel de la suma total de los aliados, incluso los Tlaxcaltecas que sacó de Texcoco, y los que se reunieron en Chimalhuacan.

ba por aquella parte, con intento de atacar por la espalda al ejército aliado, cuando mas empeñado estuviese en la accion.

Cortés les salió al encuentro con sus tropas bien ordenadas: la batalla duró poco; pues los enemigos, reconociéndose inferiores en fuerzas, abandonaron prontamente el campo. Los españoles los siguieron por mas de hora y media, hasta derrotarlos completamente. La pérdida de los españoles en la batalla fué casi ninguna; pero en la subida del monte tuvieron ocho muertos y muchos heridos (1).

La sed que molestaba al ejército, y el aviso que tuvo Cortés de otro monte, distante de allí tres millas, ocupado tambien por enemigos, lo obligaron á marchar hácia aquella parte. Observó en uno de los costados del monte dos rocas prominentes defendidas por muchos guerreros; mas estos, creyendo que los españoles intentaban la subida por el lado opuesto, abandonaron la posicion, y corrieron á donde les parecia mayor el peligro. Cortés, diestro en aprovecharse de todas las coyunturas que le presentaba la suerte, ó la inadvertencia de los enemigos, mandó á uno de sus capitanes que procurase ocupar, con un número competente de tropas, aquellos dos peñascos, mientras él entretenia á los Mexicanos por la parte opuesta. Empezó, pues, á subir con suma dificultad, y cuando llegó á un punto tan alto como el que ocupaban los enemigos, vió enarbolada la bandera española en una de las prominencias. Los enemigos se rindieron viéndose rodeados por todas partes, y habiendo ya empezado á conocer el daño que les hacían las armas de fuego. Cortés los acogió con mucha benignidad,

(1) Cortés en sus cartas no habla mas que de dos españoles muertos en aquel monte; pero Bernal Diaz cuenta ocho, y da sus nombres.

pero exigió como condicion necesaria del perdón, que indujesen tambien á rendirse á los que ocupaban el primer monte; lo que se verificó en efecto.

CONQUISTA DE CUAHNAHUAC.

Libre de aquellos estorbos, se encaminó Cortés, por Huaxtepec, Yauztepec y Xiuhtepéc, á la grande y amena ciudad de Cuahnahuac (1), capital de la nacion Tlahuica, distante mas de treinta millas de México, hácia Mediodía. Era muy fuerte por su situacion; pues de un lado estaba rodeada por montes escabrosos, y de otro por un barranco, de cerca de siete toesas de profundidad, por el cual corria un arroyo. No podia entrar la caballería, si no era por dos caminos que los españoles ignoraban entónces, ó por los puentes, si no hubieran estado levantados cuando llegaron. Mientras buscaban un lugar oportuno para el asalto, los Cuahnahuacques les tiraban una increíble cantidad de dardos, flechas y piedras; pero habiendo observado un animoso Tlaxcalteca, que dos árboles grandes, colocados en las orillas opuestas del barranco, habian cruzado mutuamente sus ramas, se sirvió de ellas como de un puente, y pasó á la margen opuesta: ejemplo que fué muy en breve imitado, aunque con gran esfuerzo y peligro, por seis soldados españoles, y despues por otros muchos, tanto españoles, como Tlaxcaltecas (2). Este

(1) Este nombre es uno de los que mas han alterado los españoles. Cortés dice *Couanabaccá*; Bernal Diaz, *Coudalbacca*; Solís, *Cuatlabaca*. Ha prevalecido el de *Cuernahuaca*, que es el que se conserva, aunque los indios usan el antiguo de Cuahnahuac. Este pueblo es uno de los 30 que Carlos V dió á Cortés, y despues fué parte de los estados del duque de Monteleone, como marques del Valle de Oaxaca.

(2) Solís, sin hacer mención de aquel Tlaxcalteca, atribuye toda la gloria de la accion á Bernal Diaz en lo que contradice á

rasgo de intrepidez amedrentó de tal modo á los que por allí defendian la entrada de la ciudad, que se retiraron, y fueron á unirse con los que, por la parte opuesta, resistian á las tropas mandadas por Cortés; mas cuando estaban mas acalorados en la accion, se vieron atacados de pronto por las que, siguiendo los pasos del valiente Tlaxcalteca, habian entrado por la parte indefensa de la ciudad. Entónces se espantaron y huyeron á los montes, de modo que los aliados quemaron sin oposicion una buena parte de la ciudad. El señor de ella, que habia huido con todos, temiendo que lo alcanzasen los españoles, tomó el partido de rendirse, asegurando que no lo habia hecho antes, porque esperaba que la cólera de los españoles se desfogase en la ciudad, y satisfechos con aquellas primeras hostilidades, se abstuviesen de vengarse en su persona.

CONQUISTA DE XOCHIMILCO.

Despues de haber descansado el ejército, partió, cargado de despojos, hácia el Norte, por un pinar, donde sufrió una gran sed, y al dia siguiente se halló cerca de la ciudad de Xochimilco. Esta hermosa poblacion, la mayor, despues de la corte, de todas las del valle mexicano, estaba á orillas del lago de Chalco, y distaba poco mas de doce millas de México. Su vecindario era muy numeroso, muchos sus templos, magníficos sus edificios, y singularmente bellos sus jardines flotantes en el lago, de donde tomó el nombre de Xochimilco, que significa Jardin, ó

Cortés y á todos los historiadores. El mismo Bernal Diaz, que en la narracion de este suceso se hace á sí mismo cuanto honor puede, se jacta de haber sido uno de los que, despreciando el peligro, pasaron sobre los árboles del barranco; pero no se alza con la gloria de haber sido el primero, ni de haber sugerido la idea. Véase lo que dicen Cortés, Gomara, Herrera, &c.

campo de flores. Tenía, como la capital, muchos canales ó fosos, y á la sazón, por miedo de los españoles, se habían construido algunas trincheras. Cuando vieron venir al ejército, alzaron los puentes de los canales, para que fuese mas difícil la entrada. Los españoles dividieron el ejército en tres cuerpos, para atacar la ciudad por otros tantos puntos; pero en todos ellos hallaron gran resistencia, y no pudieron ganar el primer foso, sino después de un terrible combate de mas de media hora, en que fueron muertos dos españoles, y muchos heridos; pero superados en fin, estos obstáculos, entraron en la ciudad, persiguiendo á los que la defendían. Estos se refugiaron á los barcos, y desde ellos perseveraron combatiendo hasta morir. Oíase al mismo tiempo entre ellos algunas voces que pedían la paz; pero conociendo los españoles que su objeto era tan solo ganar tiempo para poner en seguro sus familias y sus bienes, y para recibir el socorro de los Mexicanos que aguardaban, apretaron mas el ataque, hasta que cesó la resistencia, y pudieron entrar tranquilos en el pueblo, para descansar y curar sus heridos. Mas apenas empezaban á respirar, cuando se vieron rodeados por un gran número de enemigos, que venían formados en órden de batalla, por el mismo camino que habían seguido los españoles en su entrada. Estos se vieron reducidos entónces al mayor extremo, y el mismo Cortés corrió gran peligro de caer en manos de los contrarios, pues habiéndose echado al suelo su caballo, ó de cansancio, como él dice, ó abatido por los Xochimilcos, segun otros historiadores, continuó peleando á pié con la lamza; mas el número de enemigos era tan considerable, que no hubiera podido evitar su pérdida, á no haber llegado oportunamente á su socorro un valiente Tlaxcalteca, y

con él dos criados del mismo Cortés, y algunos soldados españoles (1). Vencidos finalmente los Xochimilcos, tuvieron los españoles tiempo de descansar algun tanto de las fatigas de la jornada, en la que murieron algunos de los suyos, y casi todos fueron heridos, incluso el mismo general, y los principales capitanes Alvarado y Olid. Cuatro españoles, que cayeron prisioneros, fueron conducidos á la capital, y sin tardanza sacrificados, y sus brazos y piernas enviadas á varios pueblos, para excitar el valor de los habitantes. No hay duda que en esta y otras ocasiones pudo Cortés facilmente morir á manos de sus enemigos, si no hubieran tenido estos la inmensa presuncion de cogerlo vivo para sacrificarlo á sus dioses.

La nueva de la toma de Xochimilco puso en gran consternacion á la corte de México. El rey Cuauhtemotzin convocó algunos gefes militares, y les representó el daño y el peligro que ocasionaba á la capital la pérdida de una plaza tan importante; el servicio que harian á los dioses, y á la nacion si podian recobrarla, y el valor y la fuerza de que necesitaban para vencer aquellos atrevidos y perniciosos extranjeros. Dió inmediatamente la órden de armar un ejército de doce mil hombres, para pelear por tierra, y otro numeroso para sostener las hostilidades en el lago; lo que se ejecutó con tanta prontitud, que apenas habian descansado

[1] Herrera y Torquemada dicen que el día siguiente al del riesgo que habia corrido Cortés, habiendo buscado al Tlaxcalteca que lo socorrió, no pudo ser habido vivo, ni muerto, y por la devocion que aquel general tenia á San Pedro, se persuadió que este santo Apóstol era el que lo habia salvado. No sé de donde sacaron aquellos autores tan estraña anecdota. Bernal Diaz, Gomara, y el mismo Cortés hablan de un Tlaxcalteca, sin hacer mención de su desaparicion, ni de San Pedro.

los españoles del día anterior, cuando las centinelas avisaron á Cortés la marcha de los enemigos hácia aquella ciudad. Dividió el general todas sus tropas en tres huestes, y dió á sus capitanes las órdenes mas oportunas; dejó alguna tropa de guarnición en los cuarteles, y mandó que veinte caballos con quinientos Tlaxcaltecas pasasen al través de los enemigos, á ocupar una colina inmediata, y allí aguardasen sus órdenes ulteriores para el ataque. Los comandantes mexicanos venían llenos de orgullo, y ostentando las espadas europeas que habían cogido á los españoles en la derrota del 1º de julio. La batalla se dió fuera de la ciudad, y cuando Cortés juzgó conveniente, dió orden á las tropas de la colina que atacasen á los Mexicanos por la espalda. Estos, viéndose cercados por todas partes, se desordenaron, y abandonaron el campo, dejando en el quinientos muertos. Los españoles, de vuelta al cuartel, supieron que la tropa que había quedado en él, había estado en gran peligro, por la muchedumbre de Xochimilcos que la habían atacado. Cortés, despues de haberse detenido allí tres dias, combatiendo frecuentemente con los enemigos, mandó pegar fuego á los templos y á las casas, y reunió toda su gente en la plaza del mercado, que estaba fuera de la ciudad, para ordenarla, y ponerse en marcha. Los Xochimilcos, creyendo que su salida fuese efecto del miedo, atacaron con grandes clamores la retaguardia; pero se retiraron vencidos, y no osaron presentarse de nuevo.

MARCHA DE LOS ESPAÑOLES, EN TORNO DE
LOS LAGOS.

Adelantóse Cortés con su ejército hasta Coyohuacan, ciudad grande, situada en la orilla del lago, distante seis millas de México hácia Mediodía, con intencion de ob-

servar todos aquellos puestos, para disponer mas acertadamente al asedio de la capital. Halló la ciudad despoblada, y al día siguiente salió de ella, para reconocer el camino que desde allí iba á unirse con el de Iztapalapan. Encontró una trinchera defendida por Mexicanos: mandó atacarla, y á pesar de la terrible resistencia de los enemigos, la infantería se apoderó de ella, quedando heridos diez españoles, y muertos muchos Mexicanos. Cortés subió á la trinchera, y desde ella vió el camino de Iztapalapan cubierto de una muchedumbre innumerable de enemigos; y el lago, de muchos millares de barcas; por lo que, despues de haber observado lo que convenia á sus designios, volvió á la ciudad, cuyos templos y casas mandó entregar á las llamas.

De Coyohuacan marchó el ejército á Tlacopan, molestado en el camino por algunas tropas volantes mexicanas, que atacaron el bagaje. En uno de estos encuentros, en que el mismo general corrió gran peligro, le hicieron prisioneros dos de sus servidores, que fueron conducidos á México, é inmediatamente sacrificados. Llegó á Tlacopan afligido por aquella desgracia, y se le aumentó el disgusto, cuando desde el atrio del templo mayor de aquella ciudad, contempló con otros españoles el fatal camino, en que había perdido algunos meses ántes tantos amigos y soldados, considerando al mismo tiempo las grandes dificultades que tenia que vencer ántes de hacerse dueño de la capital. Algunos le sugerian que enviase tropas por aquel camino, para cometer algunas hostilidades; pero no queriendo exponerlas á tanto peligro, ni detenerse mas tiempo en aquella ciudad, volvió por Tenayucan, Cuauhtitlan, Citlaltepec y Acolman, á Texcoco, despues de haber recorrido en aquel viaje las orillas de los lagos, y ob-

servado cuántos pormenores necesitaba para el éxito de su gran empresa.

CONJURACION CONTRA CORTES.

En Texcoco siguió Cortés activando todos los preparativos de su marcha. Estaban ya acabados los bergantines, y un canal de milla y media, bastante profundo, y con cortaduras por una y otra parte, para recibir el agua del lago. También estaba hecha la máquina para botarlos (1). Las tropas que Cortés tenía á sus órdenes eran innumerables, y aun el número de españoles se había aumentado considerablemente con los que poco ántes habían venido de España, en un navío que había aportado á la Veracruz, cargado de caballos, armas, y municiones de guerra. Todo prometía los resultados mas felices, cuando ocurrió un suceso que puso toda la empresa en gran peligro de frustrarse. Unos soldados españoles, partidarios del gobernador de Cuba, escitados por el odio que tenían á Cortés, ó por la envidia de su gloria, ó, lo que es mas verosímil, por el miedo de los peligros que los amenazaban en el asedio de la capital, convinieron secretamente en quitar la vida al general, á sus capitanes Alcarado, Sandoval y Tapia, y á todos aquellos que parecían mas adictos al partido del jefe. No solo estaba ya señalado el tiempo, y el modo de dar el golpe con seguridad, sino elegidas también las personas á quienes debían darse los cargos de general, juez y capitanes; pero uno de los cómplices, arrepentido de su culpa, reveló oportunamente á

Cortés todo el plan de la conjuración. Mandó prender sin pérdida de tiempo á Antonio de Villafañá, cabeza de toda aquella maquinación: cometió á un juez el exámen del reo; y habiendo confesado este su delito, fué ahorcado á una de las ventanas del cuartel. Cortés no quiso mostrarse tan severo con los cómplices, fingiendo no creerlos culpables, y atribuyendo á la malignidad de Villafañá la infamia que de su confesion resultaba contra ellos; pero á fin de que en el porvenir no estuviese tan espuesta su persona, creó para su custodia una guardia compuesta de soldados fieles, valerosos y seguros, que lo acompañaban de día y de noche.

ULTIMOS PREPARATIVOS DEL ASEDIO DE MEXICO.

Evitados con el castigo del reo principal los efectos de aquella perniciosa trama, se aplicó Cortés con mayor actividad á dar la última mano á su grande empresa. El 25 de abril, despues de celebrada la misa de Espíritu Santo, en que comulgaron todos los españoles, y despues de haber dado un sacerdote la bendición á los bergantines, con las ceremonias acostumbradas, fueron botados al agua, y desplegando inmediatamente las velas, empezaron á surcar por el lago, al estruendo de la artillería y de los mosquetes, á que siguió el *Te Deum*, acompañado por la música de los instrumentos militares. Todas estas eran demostraciones de la confianza que tenía Cortés en los bergantines, para la felicidad de su empresa; y en efecto, quizá sin ellos no hubiera podido llevarla á buen fin. Hizo despues la reseña de su ejército, y contó ochenta y seis caballos, y mas de ochocientos peones españoles, tres grandes cañones de hierro, quince menores de cobre, mil libras castellanas

(1) Gomara dice que en el canal Itabajarón 100.000 texcocanos, pues en los cincuenta dias que duró la obra, cada día entraban 8000 operarios nuevos. Añade que el canal tenía media legua de largo, 12 pies de ancho, y donde menos, 4 brazas de profundidad: mas yo creo que hay error en la medida del ancho, y que era de mas de 12 pies.

de pólvora de fusil, y una gran cantidad de balas y de saetas, aumentos que se decían á los socorros venidos aquel año de España y de las Antillas. Reanimó el valor de sus tropas con un discurso semejante al que les había dirigido en su salida de Tlaxcala. Envió mensajeros á esta república, á Cholula, á Huexotzínco y á otras ciudades, dándoles parte de estar ya terminada la obra de los bergantines, y rogándoles que enviasen dentro de diez dias cuantas tropas escogidas pudiesen, por ser ya llegada la ocasion de poner asedio á la soberbia ciudad que por tanto tiempo los había esclavizado. Cinco dias ántes de la fiesta de Pentecostés, llegó á Texcoco el ejército tlaxcalteca, que constaba, segun afirma el mismo Cortés, de mas de cincuenta mil hombres, bajo el mando de muchos gefes famosos, entre los cuales venian Xicotencatl el jóven, y el valiente Chichimecatl, á cuyo encuentro salió Cortés con toda su tropa. Las de Huexotzínco y Cholula pasaron por el otro lado de los montes, segun la órden que se les había dado. En los dos dias siguientes acudieron nuevos refuerzos de Tlaxcala y de otros pueblos circunvecinos, los cuales con las huestes ya mencionadas formaban un total de mas de doscientos mil hombres, como testifica su gefé Alfonso de Ojeda.

DISTRIBUCION DEL EJERCITO EN EL ASedio DE LA CAPITAL.

El lunes de Pentecostés, 20 de mayo, reunió Cortés su gente en la plaza mayor, para dividir su ejército, nombrar los comandantes, señalar su puesto á cada uno y las tropas de su mando, y para reiterar las órdenes que había dado en Tlaxcala. Mandó á Pedro de Alvarado que acampase en Tlacopan, para impedir que entrasen por allí socorros á los Mexicanos, y le

dió treinta caballos, ciento sesenta peones españoles, distribuidos en tres compañías con otros tantos capitanes, y veinticinco mil Tlaxcaltecas, con dos cañones. Cristóbal de Olid fué creado maestre de campo, y gefé de la division destinada á Coyohuacan, teniendo á sus órdenes treinta y tres caballos, ciento sesenta y ocho peones españoles, con tres capitanes, dos cañones, y veinticinco mil aliados.

A Gonzalo de Sandoval fueron dados veinte y cuatro caballos, ciento sesenta y tres peones españoles, con dos capitanes y dos cañones, y los aliados de Chalco, Huexotzínco y Cholula, que eran mas de treinta mil hombres: le mandó Cortés que fuese á destruir la ciudad de Iztapalapan, y que acampase en aquellas inmediaciones, desde las cuales creyó que le seria mas fácil apretar mas y mas á los Mexicanos. Cortés, á pesar de las instancias que le hicieron sus capitanes y soldados, tomó el mando de los bergantines, porque opinaba que en ellos era mas necesaria su presencia. Dividió entre los trece bergantines trescientos veinticinco españoles, y trece falconetes, señalando á cada bergantín un capitán, doce soldados y otros tantos remeros: así que, todo el ejército destinado á empezar el asedio, constaba de novecientos diez y siete españoles, y mas de setenta y cinco mil hombres de tropas auxiliares (1), cuyo número se aumentó,

[1] Herrera y Solís cuentan 100,000 aliados, distribuidos en tres campamentos: Bernal Diaz ne cuenta mas de 24,000, en tres campamentos de 8,000 cada uno. Yo doy mas crédito á Cortés, que debia estar mejor informado en estos pormenores. Solís dice que Bernal Diaz se queja muchas veces de que los aliados les deban mas estorbo que ayuda: es falso, ántes bien elogia su valor, y habla de las ventajas que sacaron de ellos los españoles. "Los Tlaxcaltecas nuestros amigos," dice en el cap. 151, "nos ayudaron bastante bien en aquella guerra, como hombres animosos."

como despues veremos, hasta doscientos mil y mas. Todas las otras tropas que habian venido á Texcoco, ó permanecieron allí para acudir donde fuese necesario, ó volvieron á sus pueblos, que por estar próximos á la capital, les proporcionaban la facilidad de hallarse prontas al primer llamamiento.

SUPPLICIO DE XICOTENCATL.

Partieron juntos de Texcoco Alvarado y Olid con sus tropas, para ocupar los puestos que les habia señalado el general. Entre los principales Tlaxcaltecas que acompañaban á Alvarado, se hallaban Xicotencatl el jóven, y su primo Piltzeutli. Este, en una disputa que sobrevino, fué herido por un español, el cual, no haciendo caso de las órdenes de Cortés, ni del respeto debido á aquel personaje, pudo con su imprudencia ocasionar la desercion de los Tlaxcaltecas. Estos se resentieron amargamente de aquel ultraje, é hicieron algunas demostraciones de enojo. Procuró apaciguarlos Ojeda, y permitió á Piltzeutli que fuese á curarse á su patria. Xicotencatl, á quien, tanto por su dignidad como por su parentesco, era mas sensible que á ningún otro aquella injuria, no hallando entónces otro modo de vengarla, abandonó ocultamente, y con otros compatriotas el ejército, y tomó el camino de Tlaxcala. Alvarado dió parte de este suceso á Cortés, y este mandó á Ojeda, que alcanzase y prendiese al fugitivo. Cuando lo tuvo en su poder, mandó ahorcarlo públicamente, ó en la misma ciudad

Toda su historia está llena de semejantes expresiones, como lo están las cartas de Cortés, y las narraciones de los otros historiadores. Lo que únicamente dice Bernal Diaz, es que en la retirada de Tlaxcopan los aliados estorbaban á los españoles; mas esto sucede siempre que un ejército se retira por un camino estrecho.

de Texcoco (1), segun dicen Herrera y Torquemada, ó en un sitio inmediato, como afirma Bernal Diaz, habiéndose pregouado ántes el motivo de su sentencia, que era el haber desertado, y procurado sublevar á los Tlaxcaltecas contra los españoles. Es probable que Cortés no se aventuraria á tan peligrosa accion, siu haber ántes obtenido el consentimiento del senado, como asegura claramente Herrera; lo que no era difícil, en vista de la severidad con que castigaban los delitos aun en las personas mas ilustres, y del odio particular con que miraban á aquel príncipe, cuyo orgullo les era insufrible. Tan ruidoso escarmiento, que hubiera debido naturalmente excitar los ánimos de los Tlaxcaltecas contra los españoles, los amodró en tales términos, y á los otros aliados, que desde entónces observaron mas puntualmente las leyes de la milicia,

[1] Cortés no hace mencion del suplicio de Xicotencatl: quizá tendria sus razones para pasarlo por alto. Bernal Diaz afirma que aquel jefe marchó á Tlaxcala, para apoderarse del estado de Chichimecatli, mientras este se hallaba en la guerra; mas esto es inverosímil. Hay autores que atribuyen su fuga al amor: yo sigo en la relacion de este suceso á Torquemada y á Herrera, porque se guian por los MS de Ojeda y Camargo, que febian datos seguros. Solís creó imposible que Xicotencatl fuese ajusticiado en Texcoco, "porque hubiera sido demasiado arriesgado el resolverse Cortés á tan violenta ejecucion, á vista de tan gran número de Tlaxcaltecas, á quienes debia necesariamente ser muy sensible tan ignominioso castigo en uno de los principales hombres de su nacion." Pero mucho mas se espuso Cortés aprisionando al rey Moctezuma en su misma capital, y en presencia de un número incomparablemente mayor de Mexicanos, que tan mal debian llevar aquella injuria hecha á su monarca. Si en la conquista de México no se vieran otros hechos igualmente temerarios, quizá seria fundada la conjetura de Solís: ademas de que, segun Herrera, Cortés procedió con el beneplácito del senado, y yo no dudo que la sentencia se publicaria á nombre de este.

y se mantuvieron mas subordinados á aquellos gefes extranjeros. Así es como estos sacaban fruto de sus mismos errores. Sin embargo, los Tlaxcaltecas hicieron muchas demostraciones de la estíma y veneracion que tenían á su príncipe: lloraron su muerte, distribuyeron entre sí, como preciosas reliquias, sus vestidos, y es de creer que celebrasen con la debida magnificencia sus exéquias. La familia y los bienes de Xicotencatl se adjudicaron al rey de España, y fueron enviados á Texcoco: en la familia habia treinta mugeres, y en los bienes una gran cantidad de oro.

PRENCIO DEL ASEDIO DE MEXICO.

Alvarado y Olid continuaron su marcha hácia Tlacopan, de donde pasaron á romper el acueducto de Chapoltepec, para cortar el agua á los Mexicanos; mas no pudieron ejecutar tan importante empresa, sin gran resistencia de los eneagos, los cuales previendo aquel golpe, habian hecho por agua y por tierra, muchos preparativos de defensa. Fueron sin embargo vencidos, y los Tlaxcaltecas, que los persiguieron, les mataron veinte hombres, y les hicieron siete ú ocho prisioneros. Dado felizmente este primer paso, resolvieron aquellos caudillos ir por el camino de Tlacopan, y apoderarse de algun foso; pero fué tan grande la multitud de Mexicanos que se les opuso, y tan formidable la nube de dardos, flechas, y piedras que les hirieron, que mataron ocho españoles, ó hirieron mas de cincuenta, y estos no pudieron sin gran dificultad retirarse á Tlacopan, á donde llegaron avergozados, y donde Alvarado fijó su campo, segun las órdenes de Cortés. Olid marchó á Coyahuacan el 30 de mayo, que en aquel año fué día del Córpus, y en él empezó, segun el cómputo de Cortés, el asedio.

Mientras Alvarado y Olid se empleaban en rellenar algunos fosos de las orillas del lago, y en allanar algunos pasos, para comodidad de la caballería, Sandoval, con el número de españoles que ya hemos dicho (1), y con mas de treinta y cinco mil aliados, salió de Texcoco el 31 de mayo, con el designio de tomar por asalto la ciudad de Iztapalapan, en cuya operacion estaba fuertemente empeñado Cortés. Entró en ella haciendo terrible estrago, con el fuego en las casas, y con las armas en los habitantes, los cuales des-pavoridos, procuraron salvarse en las bar-cas. Cortés, para atacar al mismo tiempo la parte de la ciudad que estaba sobre el agua, despues de haber sondeado todo el lago, se embarcó con toda su gente en los bergantines, y navegó á vela y remo hácia Iztapalapan. Dió fondo cerca de un montecillo aislado, poco distante de aquella ciudad, cuya cima estaba coronada por muchos eneagos resueltos á defenderse, y á ofender á los españoles enanta les fuese posible (2). Desembarcó el general español, y superando con ciento y cincuenta hombres la aspereza de la subida, y la resistencia de los contrarios, se apoderó del monte, dando muerte á cuantos lo defendian (3). Pero apenas hubo logrado este triunfo, vió venir contra su

(1) Solís dice que Sandoval y Olid salieron juntos de Texcoco, pero confundió á Sandoval con Alvarado.

(2) En la cima de aquel montecillo fabricó Solís una *fortaleza muy capaz*: digo que fabricó, porque semejante dato no se halla en ningún historiadór. El mismo Cortés, que pondera su victoria, solo habla de unas trincheras.

(3) Solís dice que Cortés concedió la vida á la mayor parte de los que defendian el montecillo; pero Cortés asegura que ni uno solo escapó. Este monte se llamó desde entónces el peñon del Marquez, en memoria de aquella accion.

escuadra, una numerosísima de barcas (1) que acudieron á las humaredas hechas, tanto en el monte como en algunos templos de las cercanías, cuando vieron aproximarse los bergantines. Embarcárouse inmediatamente los españoles, y se mantuvieron inmóviles, hasta que ayudados por un viento fresco, que se levantó oportunamente, y aumentando la velocidad de los bergantines con el impulso de los remos, pasaron por entre las barcas, rompiendo algunas, y echando otras á pique. De los enemigos murieron muchos heridos por los remos, ó ahogados. Todas las otras barcas huyeron perseguidas de los bergantines, por espacio de mas de ocho millas, hasta guarecerse en la capital.

Inmediatamente que vió Olid, desde un templo de Coyohuacan, la refriega de la escuadra, marchó con sus tropas en órden de batalla, por el camino de México, tomó algunas fosos y trincheras, y mató muchos enemigos. Cortés por su parte recogió aquella noche los bergantines, y se dirigió con ellos á atacar el baluarte situado en el ángulo que formaba el camino de Coyohuacan con el de Iztapalapan. Atacólo en efecto por agua y tierra, y á pesar de la intrepidez con que lo defendió la garrnacion mexicana, se hizo dueño del punto, y con sus dos grandes cañones de hierro, causó horrendo estrago en la muchedumbre que ocupaba el lago y el camino. Aquel sitio, llamado por los Mexicanos *Xoloe* (2), pareció á Cortés muy ven-

tajoso para fijar sus reales; y en efecto no era fácil hallar uno mas favorable á sus designios, pues desde él dominaba el camino principal, y aquella parte del lago, por donde podian entrar mayores socorros á los sitiados, y además el camino de Coyohuacan, que era su comunicacion con Olid. La poca distancia que mediaba entre aquel punto y los campamentos de Coyohuacan y Tlacopan, facilitaba la comunicacion de sus órdenes, y lo ponía en estado de acudir á donde fuese mas necesario su socorro. Finalmente, la proximidad de México contribuía á multiplicar los ataques (1). Allí reunió Cortés los bergantines, y abandonando la expedicion contra Iztapalapan, formó el designio de dirigir todas sus hostilidades á la capital. Para esto llamó á su campo á la mitad de las tropas de Coyohuacan, y á cincuenta infantes escogidos de las de Sandoval. Aquella noche se oyó venir hacia el campamento una gran multitud de enemigos. Los españoles, sabiendo que los Mexicanos no peleaban de noche, sino cuando estaban seguros de la victoria, se amedrentaron al principio; pero aunque recibieron algun daño de los contrarios, los obligaron en fin con las armas de fuego á retirarse. El día siguiente se vieron atacados por una prodigiosa multitud de guerreros, que con sus espantosos gritos, aumentaban el peligro á la imaginacion de los españoles.

convocó al rey y á la nobleza de México, á un sitio del lago llamado Acochinanco, y copia la arenga que les hizo, esponiéndoles los motivos de la guerra; mas esta reunion ni es verdadera, ni verosímil. Cortés no hubiera omitido un hecho tan notable, siendo minucioso en referir todas sus comunicaciones con los Mexicanos.

(1) Bernal Diaz dice que la escuadra que atacó á Cortés se componia de todas las barcas que habia en México y en todos los pueblos del lago, mas esta no es sino una hipótesis descabellada. Solís afirma que constaba de cuatro mil canoas; pero Cortés, que tenia mas interes que Solís y Bernal Diaz en exagerar el número de las barcas, para dar mas realce á su victoria, solo cuenta quinientas.

(2) El padre Sahagún dice que Cortés, por medio de ciertos personajes prisioneros,

(1) Betancourt da á entender que Cortés acampó dentro de la ciudad; lo que está en contradiccion con el mismo general, el cual dice que su campamento distaba media legua de México.

Cortés, que ya había recibido el socorro de Coyohuacan, hizo una salida con su gente, puesta en orden de batalla. El empeño se sostuvo con gran valor y tenacidad por una y otra parte; pero los españoles y sus aliados se apoderaron de un foso y de una trinchera, y con la artillería y los caballos hicieron tanto daño á los Mexicanos, que los obligaron á refugiarse en la ciudad; y porque en la parte del lago que estaba á Occidente del camino, empezaban á molestar á Cortés las barcas enemigas, mandó ensanchar uno de los fosos, á fin de dar paso á los bergantines, los cuales se dirigieron tan impetuosamente á ellas, que las persiguieron hasta la ciudad, y pegaron fuego á muchas casas de los arrabales.

Entre tanto Sandoval, terminada felizmente, aunque no sin gran riesgo, la expedición de Iztapalapan, marchó hácia Coyohuacan con sus huéstras. En el camino lo atacaron las tropas de Mexicaltzingo; pero las detrotó, y quemó su ciudad. Cortés, noticioso de su marcha, y de un gran foso abierto nuevamente en el camino, le mandó dos bergantines para facilitarle el paso. La division de Sandoval se dirigió á Coyohuacan, y él en persona pasó con con diez caballos al campo de Cortés. Cuando llegó, estaban los españoles peleando con los Mexicanos. El cansancio del viaje y de la accion de Mexicaltzingo, no bastaron á impedirle tomar parte en el encuentro. Combatió con su acostumbrado valor, y recibió un dardo que lo atravesó una pierna. Otros muchos españoles quedaron heridos; mas estas ventajas de los Mexicanos no eran comparables á la pérdida que sufrieron aquel dia, ni á la miedo que cobraron al fuego de los cañones. En muchos dias no osaron acercarse al campamento, no obstante lo cual los españoles pasaron seis en continuos en-

cuantos; pues los bergantines no cesaban de girar en torno de la ciudad, pagando fuego á muchas casas. En sus correrías descubrieron un canal grande y profundo, por el cual podian entrar fácilmente en la ciudad: circunstancia de que sacaron después ventajas importantes.

Alvarado por su parte apretaba cuanto podia á los Mexicanos, apoderándose en frecuentes refriegas, de algunas trincheras y fosos del camino de Tlacopan. Tuvo en estas peleas algunos hombres muertos y muchos heridos. Observó que por el camino de Tepeyacac, situado hácia el Norte, se introducian continuamente socorros en la ciudad, y conoció que por allí podrian escapar fácilmente los sitiados, cuando se hallasen en estado de no poder resistir mas á los sitiadores. Comunicó sus observaciones á Cortés, y este mandó á Sandoval que fuese con ciento y diez y ocho peones españoles, y con grandísimo número de aliados, á ocupar aquel punto, y cortar toda comunicacion con los enemigos. Obedeció Sandoval, aunque molestado por la herida; y habiéndose apoderado sin oposicion del camino, quedó desde entonces impedida toda comunicacion entre México y la tierra firme (1).

PRIMERA ENTEADA DE LOS SITIADORES EN MEXICO.

Ejecutada felizmente aquella medida, determinó Cortés hacer al dia siguiente

(1) Robertson dice que Cortés quiso atacar la ciudad por tres puntos diferentes: por Texcoco, al lado oriental del lago; por Tauba, á Poniente, y por Cuyocan (esto es, Coyohuacan) á Mediodía. "Estas ciudades, añade, estaban colocadas sobre las calzadas principales que conducen á la ciudad, y que estaban hechas para su defensa. Lo cierto es que por la parte de Levante no podia haber calzada alguna, siendo muy profundas allí las aguas. Sandoval se acampó, no ya en Texcoco, en donde era imposible atacar á México, sino en Tepeyacac hácia el Norte.

una entrada en la ciudad, con mas de quinientos españoles, y mas de ochenta mil aliados, dejando diez mil de estos, con alguna caballería, en el campamento. Sandoval y Alvarado debían entrar al mismo tiempo, cada uno por su camino, con las tropas de su mando, que no bajaban de ochenta mil hombres. Marchó Cortés en su direccion con su numeroso ejército, bien ordenado, y flanqueado por los bergantines; mas á poca distancia halló un foso ancho y profundo, y una trinchera de diez pies de alto. Opusióronse valerosamente los Mexicanos á su paso, pero rechazados por los bergantines, se adelantaron los españoles, alcanzando á los enemigos hasta la ciudad, donde los detuvieron otro foso y otra trinchera. El impetu del agua que entraba por el foso, el tropel de enemigos que concurrieron á su defensa, sus gritos espantosos, y la multitud de flechas, dardos y piedras que arrojaban, suspendieron algun tanto la resolucion de los españoles; pero habiendo finalmente echado de la trinchera á los que la ocupaban con las repetidas descargas de todas las armas de fuego, pasó el ejército, y continuó su marcha, tomando otros fosos y trincheras, hasta una plaza principal de la ciudad que estaba llena de genta. A pesar de los estragos que en ella hacia un cañon que se fijó en la entrada, no se atrevían los españoles á acometerla, hasta que el mismo general, echándoles en cara su ignominiosa cobardía, los impulsó y les dió ánimo. Los Mexicanos, amedrentados al ver tanta intrepidez, huyeron al recinto del templo, donde tambien fueron perseguidos y atacados; pero de improvviso lo fueron los españoles en su retaguardia por otras tropas mexicanas, y puestos en tal aprieto, que no pudiendo sostener su empuje, ni dentro del templo, ni en la plaza inmediata se retiraron al camino por

el cual habian entrado, dejando el cañon en poder de los contrarios.

De allí á poco entraron oportunamente en la plaza tres ó cuatro caballos, y persuadiéndose los Mexicanos que iba contra ellos toda la caballería, se desordenaron por el miedo que tenían á aquellos grandes y fogosos animales, y abandonaron ignominiosamente el templo y la plaza, que fueron ocupados sin pérdida de tiempo por los españoles. Diez ó doce nobles se habian fortificado en el atrio superior del templo mayor; mas á pesar de su tenaz resistencia, fueron vencidos y muertos. El ejército español en su retirada pegó fuego á las mayores y mas hermosas casas del camino de Iztapalapan, aunque no sin gravísimo peligro, por el ímpetu con que los atacaban los enemigos á retaguardia, y por el daño que les hacían desde las azoteas. Alvarado y Sandoval hicieron grandísimos estragos con sus divisiones, y los aliados merecieron aquel dia los elogios del general español.

AUMENTO DE LAS TROPAS AUXILIARES DE LOS ESPAÑOLES.

Creían diariamente y de tal modo las fuerzas auxiliares de los españoles con nuevos socorros y alianzas de ciudades y de provincias enteras, que no habiendo al principio en sus campamentos mas de noventa mil hombres, en pocos dias llegaron á doscientos cuarenta mil. El nuevo rey de Texcoco, para manifestar á Cortés su gratitud, procuraba conciliarle el afecto de toda su nobleza, y armó ademas un ejército de cincuenta mil hombres, que envió en socorro de los españoles bajo las órdenes de un hermano suyo. Este príncipe, que se llamó en el bautismo D. Carlos Ixtlilochitl (1), era un jóven de cuyo

(1) Cortés lo llama *Istisuchil*; Solís y Bernal Diaz corrompen mas el nombre, y es-

valor dan testimonio todos los historiadores antiguos, y especialmente el mismo Cortés, ponderando la oportunidad y la importancia de su auxilio. Cortés lo tuvo en su campo con treinta mil hombres, y los otros veinte mil se dividieron entre Sandoval y Alvarado. A este refuerzo de los texcocanos siguió muy en breve la confederación de los Xochimilcos, y de los Otomites de los montes con los españoles, de cuyas resultas se agregaron veinte mil hombres mas al ejército. Solo faltaba á Cortés para completar su plan de asedio, impedir los socorros que entraban por agua en la ciudad. Para llevar á cabo este designio, retuvo consigo siete bergantines, y envió los otros seis á la parte del lago que estaba entre Tlacopan y Tepeyacac, á fin de que pudieran socorrer fácilmente á Sandoval y Alvarado, cuando estos lo necesitasen, y entre tanto surcasen en diferentes direcciones el lago, tomando todas las barcas que llevasen socorros y tropas á la ciudad.

Hallándose ya Cortés con tan numerosas huestes á su mando, determinó hacer dentro de tres dias una entrada en México. Dió de antemano las órdenes necesarias, y el dia señalado marchó con la mayor parte de su caballería, trescientos peones espa-

criben *Suehil*. Torquemada, en contradicción consigo mismo, dice que este jóven era Coanacotzin, hermano mayor de D. Fernando Ixtlilxochitl, y pocas páginas despues hace á este mismo Coanacotzin, consejero principal del rey de México, durante el asedio. Lo cierto es que el jóven caudillo del ejército texcocano fué Don Carlos Ixtlilxochitl, al cual, muerto su hermano Don Fernando Cortés Ixtlilxochitl, despues de la conquista, dió Cortés la investidura del estado de Texcoco. Coanacotzin se mantuvo en la corte de México desde el principio de aquel año hasta la conquista. Fué hecho prisionero con el rey Cuahfemotzin, y con él ajusticiado tres años antes despues en Izancanac, cuando los dos viajaban con el general español hácia Comayahua.

ñoles, siete bergantines, y una multitud innumerable de aliados. Hallaron los fosos abiertos, las trincheras reparadas, y los enemigos bien apercebidos á la defensa: con todo, auxiliados por los bergantines, los sitiadores consiguieron hacerse dueños de todos los fosos y trincheras que habia hasta la plaza mayor de Tenochtitlan. Allí hizo alto el ejército, no permitiendo Cortés que se adelantase, sin dejar allanados todos los pasos difíciles que estaban en su poder; pero mientras diez mil aliados se empleaban en llenar los fosos, los otros quemaron algunos templos, casas y palacios, entre ellos el del rey Axayacatl, donde ya habian tenido los españoles sus cuarteles, y la célebre casa de pájaros de Moctezuma. Hechas estas hostilidades, á duras penas y con gran peligro, por los esfuerzos que hacian los sitiados para estorbarlas, mandó Cortés tocar la retirada, que se ejecutó felizmente, aunque los enemigos no cesaron de molestar la retaguardia. Lo mismo hicieron por sus lados respectivos Alvarado y Sandoval. Esta jornada fué muy fatigosa para los españoles y sus aliados; pero de indecible afición para los Mexicanos, no solo por la pérdida de tantos bellos edificios, sino tambien por la bafa con que los insultaban sus mismos vasallos confederados con los españoles, y los Tlaxcaltecas, sus mortales enemigos, los cuales les enseñaban los brazos y las piernas de los Mexicanos que habian matado, dándoles á entender que las cenarian aquella noche, como en efecto lo hicieron.

NUEVAS ENTRADAS EN LA CAPITAL.

Al dia siguiente, muy temprano, para no dar tiempo á que los enemigos reparasen el daño del anterior, salió Cortés de su campo con el designio de continuar las

operaciones; pero á pesar de su diligencia los Mexicanos habian erigido de nuevo las fortificaciones arruinadas, y las defendieron con tal obstinacion, que no pudieron tomarlas los sitiadores, sino despues de combatir furiosamente por espacio de cinco horas. Adelantóse el ejército, y ganó dos fosos del camino de Tlacopan; pero aproximándose la noche, se retiró al campamento, sin cesar de pelear con las tropas que le seguian el alcance Sandoval y Alvarado sostenian otros combates, debiendo los sitiados hacer frente al mismo tiempo á tres ejércitos numerosos, que tenian en su favor las ventajas de las armas, de los caballos, de los bergantines y de la disciplina militar. Alvarado por su parte habia ya arruinado todas las casas que estaban á uno y otro lado del camino de Tlacopan (1); pues la poblacion de la capital continuaba por aquella parte hasta el continente, como aseguran Cortés y Bernal Diaz.

Cortés hubiera querido evitar á sus tropas la gran fatiga de repetir diariamente los combates para apoderarse de los mismos fosos y trincheras; pero no podia guarnecer los que tomaba, sin exponerse á sacrificar las guarniciones al furor de los enemigos, ni queria acampar dentro de la ciudad, como se lo aconsejaban algunos de sus capitanes, pues ademas de los continuos ataques que podrian darle de noche, no le era fácil desde allí impedir los socorros que se dirigiesen á la ciudad, como podia hacerlo en la posicion de Xoloc.

(1) Estas casas no estaban construidas en el mismo camino, sino cerca de él, en unas isletas que habia por una y otra parte. No sabemos que hubiese en el camino otro edificio que un templo, situado en una de las placetas que formaba. Alvarado lo tomó, y mantuvo en él una guarnicion casi todo el tiempo del asedio.

CONFEDERACION DE ALGUNAS CIUDADES
DEL LAGO CON LOS ESPAÑOLES.

Mientras iban careciendo los sitiados de los auxilios de tierra firme, se aumentaban los de los sitiadores, los cuales recibieron á la sazón uno que les era tan ventajoso, como perjudicial á sus enemigos. Los habitantes de las ciudades situadas en las orillas y en las islas del lago de Chalco, habian sido hasta entónces opuestos á los españoles, y hubieran podido hacer mucho daño al campo de Cortés, atacándolo por una parte del camino, mientras los Mexicanos lo hacian por la otra; mas se habian abstenido de toda hostilidad, reservándose quizás para ocasion mas oportuna. Los Chalchiques y otros aliados, á quienes no convenia la proximidad de tantos enemigos, procuraron atraerlos á su partido, ya con promesas, ya con amenazas y con vejaciones; y tanto pudo su inoportunidad, y el temor de la venganza de los españoles, que al fin se presentaron en el campamento de Cortés, ofreciendo confederacion y alianza, los nobles de Iztapalapan, Mexicatzinco, Coahuacan, Huitzilpochco, Mizquic y Cuiclahuac, ciudades que ocupaban una parte considerable del valle. Alegróse extraordinariamente Cortés de este suceso, y pidió á sus nuevos aliados, no solo que lo ayudasen con tropas y con barcos, sino que trasportasen materiales para fabricar chozas en el camino; pues siendo aquella la estacion de las lluvias, padecia mucho su gente por falta de abrigo.

Todo esto se ejecutó con tanta puntualidad, que inmediatamente pusieron á las órdenes de Cortés un cuerpo considerable de tropas, cuyo número no se dice, y tres mil barcas para ayudar á los bergantines en sus correrías. En estas barcas llevaron los materiales necesarios para las cho-

zas, en que pudieron alojarse cómodamente todos los españoles, y dos mil indios empleados en su servicio; pues el grueso de las tropas aliadas estaba acampado en Coyahuacan, á cuatro millas de Xoloc. No contentos con tan importantes servicios, llevaron al campamento muchos viveres, y especialmente pescado y cerezas en gran cantidad.

Cortés, á quien daban mayor estímulo estas nuevas fuerzas que se le habian agregado, entró con ellas dos días seguidos en la capital, haciendo un estrago considerable en los habitantes. Persuadiase que estos cederiau al excesivo número de enemigos que los rodeaban, y experimentando los perniciosos efectos de su tenaz resistencia; pero se engañó en su esperanza, pues los Mexicanos estaban resueltos á perder la vida antes que la libertad. Determinó, pues, continuar sus entradas, para obligarlos con incesantes hostilidades á pedir la paz que habian rehusado hasta entónces. Dividió su marina en dos escuadras, compuesta cada una de tres bergantines y mil quinientas barcas, mandándoles que se aproximasen á la ciudad, pegasen fuego á las casas, é hiciesen á los sitiados todo el daño posible. Dió órden á Sandoval y á Alvarado que ejecutasen lo mismo por los puntos que ocupaban, y él, con todos sus españoles y con ochenta mil aliados, segun parece (1), marchó, como solia, por el camino de Iztapalapan hácia México, sin poder conseguir en esta ni en las otras entradas de aquellos días, mas ventajas, que ir disminuyendo poco á poco el número

(1) Conjeturo que las tropas aliadas, que acompañaron á Cortés en esta entrada, eran 80,000 hombres, porque él mismo afirma que aquel día tenia 100,000 en su campamento, de los cuales 20,000 á 22,000 se emplearían probablemente en los barcos.

de enemigos, arruinar algunos templos, é internarse algo mas, para ponerse en comunicacion con Alvarado, si bien no le fué posible obtenerlo por entónces.

OPERACIONES DE ALVARADO Y PROEZAS DE TZILACATZIN.

Alvarado, con sus tropas ayudadas por los bergantines, habia tomado un templo que estaba en una placeta del camino de Tlacoopan, en el que mantuvo guarnicion desde entónces, á pesar de los violentos asaltos de los Mexicanos. Tambien se habia apoderado de algunos fosos y trincheras, y sabiendo que la mayor fuerza contraria estaba en Tlatelolco, donde residia el rey Cuauhtemotzin, y donde se habia recochado infinita gente de Tenochtitlan, enderezó hácia aquella parte sus operaciones; mas aunque peló con todas sus fuerzas por tierra y por agua, no pudo llegar hasta donde quiso, por la intrépida resistencia de los sitiados. En estos combates pereció mucha gente de una y otra parte. En uno de los primeros encuentros se dejó ver un membrudo y animoso Tlatelolco, disfrazado de Otomite, con un Ichoahuepilli, ó coraza de algodón, y sin mas armas que un escudo y tres piedras, y corriendo velocisimamente hácia los sitiadores, arrojó sucesivamente las tres piedras, con tanta destreza y vigor, que abatió un español con cada una, causando no menos indignacion á los españoles, que miedo y admiracion á los aliados. Se emplearon muchos arbitrios para haberlo á las manos; pero no fué posible, porque en cada combate se presentaba con un vestido diferente, y en todos hacia gran daño á los sitiadores, teniendo ademas tanta velocidad en los piés para huir, como fuerza en los brazos para ofender. El nombre de este célebre Tlatelolco era Tzilacatzin. Ensoberbecido Alvarado por algunas

ventajas que habia conseguido sobre los Mexicanos, quiso un dia internarse hasta la plaza del mercado. Ya habia tomado algunos fosos y trincheras, uno, entre aquellos, que tenia cincuenta piés de ancho y siete de profundidad, y olvidado de mandarlo llenar, como lo habia mandado Cortés, siguió adelante con cuarenta ó cincuenta españoles y algunos aliados. Los Mexicanos, conociendo su descuido, cayeron sobre ellos, los derrotaron y obligaron á huir, y al pasar el foso les mataron muchos aliados, y cogieron cuatro españoles, que inmediatamente fueron sacrificados á vista de Alvarado y los suyos, en el templo mayor de Tlatelolco. Mucho sintió Cortés esta desgracia, que debia aumentar el vigor y el orgullo de los enemigos, y sin perder tiempo pasó á Tlaxcoapan, con intencion de reprender severamente á Alvarado por su temeridad y desobediencia; pero informado del valor con que se habia conducido en aquella jornada, y de que habia tomado los puestos mas difíciles, se contentó con una benigna admonicion, repitiendo sus órdenes sobre el modo en que deberian hacerse las entradas.

TRAICION DE LOS XOCHIMILCO Y DE OTROS PUEBLOS.

Las tropas de Xochimilco, de Cuiclahuac y de otras ciudades del lago, que estaban en el campamento de Cortés, queriendo aprovecharse de la ocasion que les ofrecian las continuas entradas de los españoles para saquear las casas de México, se sirvieron de una abominable perfidia. Enviaron una secreta embajada al rey Cuauhtemotzin, protestándole su invariable fidelidad, y quejándose de los españoles, porque los forzaban á tomar las armas contra su señor natural, y añadiendo que en su primera entrada querian unirse á

los Mexicanos contra aquellos enemigos de su patria, para darles muerte á todos, y preservarse de una vez de tanta calamidad. Alabó el rey su intento, y les señaló los puestos que debian ocupar, preguntándoles al mismo tiempo la recompensa que querian por su lealtad y afecto. Entraron aquellos traidores, como solian, á la ciudad, y fingiendo al principio volverse contra los españoles, empezaron á saquear las casas de los Mexicanos, matando á cuantos se les oponian, y haciendo prisioneras á las mugeres y á los niños. Conocieron su perfidia los Mexicanos, y los atacaron con tanta furia, que casi todos los culpados pagaron su maldad con la vida. Los que no murieron en el conflicto, fueron inmediatamente sacrificados por orden del rey. Esta traicion parece no haber sido planteada ni puesta en ejecucion, sino por una parte del populacho de aquella ciudad, gente mal nacida, y dispuesta siempre á cometer toda clase de delitos.

VICTORIA DE LOS MEXICANOS.

Durante veinte dias no habian cesado los españoles de hacer entradas en la ciudad, de cuyas resultas, algunos capitanes y soldados, cansados de tantos combates infructuosos, se quejaron al general, y le rogaron que aventurase todas las grandes fuerzas, que á sus órdenes tenia, y diese un golpe decisivo, que los sacase de una vez de tanto peligro y cansancio. El designio de estos era internarse hasta el centro de Tlatelolco, donde habian reunido sus fuerzas los Mexicanos, para arruinarlos en una accion, ó al menos inducirlos á rendirse. Cortés, que conocia cuán arriesgada era aquella empresa, procuraba disuadirlos de ella, con las razones mas eficaces; mas no pudiendo conseguirlo, ni pudiendo ya oponerse á una opinion que

habia llegado á ser general en el ejército, tuvo que ceder á sus importunas instancias. Ordenó al comandante Sandoval que con ciento quince peones y diez caballos, fuese á unirse con Alvarado; que emboscase su caballería, y levantase el campo, fingiendo retirarse y abandonar el asedio de la ciudad, á fin de que empeñados los Mexicanos en seguirlo, pudiera el atacarlos con la caballería por retaguardia; que con seis bergantines procurase tomar el gran foso en que fué vencido Alvarado, haciéndole llenar y apisonar; que no diese un paso adelante, sin dejar bien preparado el camino para la retirada, y que hiciese todos los esfuerzos posibles para entrar de mano armada en la plaza del mercado.

El día señalado para el ataque general marchó Cortés con veinticinco caballos, toda su infantería y mas de cien mil aliados. Flanqueaban su ejército, por una y otra parte del camino, los bergantines y mas de tres mil barcas auxiliares. Entró sin oposicion en el pueblo, y dividió su ejército en tres trozos, para que por otros tantos caminos llegasen al mismo tiempo á la plaza del mercado. El mando de la primera division se dió á Julian de Alderete, tesoroero del rey, que era el que con mayor empeño habia importunado á Cortés para emprender aquella expedicion; y este le mandó encaminarse por la calle principal y mas ancha, con sesenta peones españoles, siete caballos y veinte mil aliados. De las otras dos calles que conducian desde el camino de Tlacoopan á la plaza del mercado, la menos estrecha se señaló á los capitanes Andrés de Tapia y Jorge de Alvarado, hermano de Pedro, con ochenta peones españoles y mas de diez mil aliados; y de la mas estrecha y difícil se encargó el mismo Cortés, con cien peones españoles y con el grueso de

las tropas auxiliares, dejando á la entrada de cada calle el resto de la caballería y los cañones. Entraron todos á un tiempo peleando con valor. Los Mexicanos hicieron al principio alguna resistencia; pero fingiendo despues acobardarse, se retiraron y abandonaron los fosos á los españoles, á fin de que estos, atraidos por la esperanza de la victoria, se aventurasen á los peligros que los aguardaban. Algunos españoles llegaron á las calles mas próximas á la plaza, dejando incantamente detras un ancho foso abierto, y cuando con mas ardor procuraban entrar á porfia en la misma plaza, oyeron el formidable sonido de la corneta del dios Painallon, que soló se tocaba por los sacerdotes, en caso de urgencia pública, para escitar al pueblo á tomar las armas. Acudieron inmediatamente tan numerosas tropas mexicanas, y embistieron con tanta furia á los españoles y aliados, que los desordenaron y obligaron á volver atras hasta el foso. Este parecia fácil de pasar por estar lleno de ramazon y de otros objetos de poco peso, y al poner el pié en aquella engañosa superficie, se undieron todos los que lo intentaron, agravando el mal la violencia del trópel que se agolpaba (1).

Allí fué el mayor apuro de los fugitivos, pues no pudiendo pasar á nado y defenderse al mismo tiempo, morian á manos de los Mexicanos, ó quedaban en su poder. Cortés, que con la diligencia propia de un general, habia acudido al peligro cuando vió llegar las tropas aterradas,

(1) Solís dice que este foso estaba fuera de la ciudad, y que al salir de él los españoles, fueron atacados por los Mexicanos; mas este es un error manifiesto, pues nos consta por el dicho de Cortés y de otros historiadores, que estaba entre el camino principal de Tlacoopan y la plaza del mercado, y que para regresar los españoles á su campo tuvieron que atravesar la mayor parte de la ciudad.

procuró detenerlos con sus gritos y exhortaciones, á fin de que su desórden no facilitase los estragos que estaban haciendo los enemigos. *¡Pero qué voces bastan á contener la fuga de una multitud desbaratada, especialmente cuando el terror la agujonea? Atravesado del mas vivo dolor por la pérdida de los suyos, y no haciendo caso de su propio peligro, el general se acercó al foso para salvar á los que pudiera. Algunos salian desarmados, otros heridos, y otros casi ahogados. Procuró ponerlos en órden, y encaminarlos al campo, quedando él detrás con doce ó veinte hombres, para guardarles las espaldas; pero apenas empezó la marcha, cuando él mismo se halló en un paso estrecho rodeado de enemigos. Aquel día hubiera sido el último de su vida, á pesar del extraordinario brio con que se defendió, y con su vida se hubiera perdido la esperanza de la conquista de México, si los Mexicanos, en vez de darle muerte, como pudieron hacerlo fácilmente, no se hubieran empeñado en cogerlo vivo para honrar con tan ilustre víctima á sus dioses. Ya estaba en su poder, y ya lo conducian al sacrificio, cuando noticiosa su gente de aquel suceso, acudió con la mayor prontitud á libertarlo. Debíó Cortés, principalmente, la vida y la libertad, á un soldado de su guardia, llamado Cristóbal de Olea, hombre de gran valor, y de singular destreza en las armas (1), el cual en otra ocasion lo habia preservado de un peligro semejante, y en aquella lo salvó á costa de su propia vida, cortando de un tajo el brazo al Mexicano que lo llevaba consigo. Tambien contribuyeron á su preservacion el príncipe D. Carlos Ixtlixo-*

chitl, y un valiente Tlaxcalteca llamado Temacatzin.

Llegaron por fin los españoles, aunque con indecible dificultad, y con no poca gente herida, al gran cañino de Tlucopan, donde Cortés pudo ordenarlos, quedando siempre á retaguardia con la caballería; pero el arrojó y el furor con que los perseguian los Mexicanos eran tales, que parecia imposible que uno solo escapase vivo. Los que habian entrado por los otros caminos, habian sostenido tambien reñidísimos combates; pero habiendo sido mas diligentes en llenar los fosos, les fué menos difícil la retirada, cuando por órden de Cortés la efectuaron hácia la plaza mayor de Tenochtitlan, donde se reunieron. Desde allí vieron con gravísimo dolor, elevarse de los hogares del templo mayor, el humo del copal que los Mexicanos quemaban á sus dioses en accion de gracias por la victoria; pero creció su pena cuando los vencedores, para desanimarlos, les arrojaron las cabezas de algunos españoles, y cuando oyeron decir que habian perecido Alvarado y Sandoval. De la plaza se encaminaron por el camino de Iztapalapan, á su campamento, ostigados sin cesar por una gran muchedumbre de enemigos.

Alvarado y Sandoval habian procurado entrar en la plaza del mercado por un camino que iba desde Tlucopan á Tlatelolco, y avanzaron felizmente sus operaciones, hasta un sitio poco distante de la plaza; pero habiendo visto los sacrificios de algunos españoles, y oído decir á los Mexicanos que Cortés y sus capitanes habian perecido, se retiraron con gran dificultad, habiéndose agregado á los enemigos que ántes los atacaban, los que habian derrotado á las tropas de Cortés.

La pérdida que tuvieron en aquella jornada los sitiadores, fué de siete caballos,

(1) Bernal Diaz alaba en muchos lugares de su Historia el valor de Olea, cuya muerte fué muy sentida por el general y por los soldados.

muchas armas y barcos, un cañon, mas de mil aliados, y mas de sesenta españoles, de los cuales, unos murieron en la batalla, y los otros que cayeron prisioneros, fueron inmediatamente sacrificados en el templo mayor de Tlatelolco, á vista de la division de Alvarado. Tambien murió el capitán de un bergantín. Cortés fué herido en una pierna, y apenas hubo entre los sitiadores quien no quedase herido ó mal parado (1).

Celebraron los Mexicanos por espacio de ocho dias continuos la victoria que acababan de conseguir, con iluminaciones y música en los templos; propagaron la noticia por todo el reino, y enviaron á las provincias las cabezas de los españoles que habian perecido, para amedrentar á los pueblos que se habian rebelado contra la corona, y volverlos á traer á su obediencia, como lo consiguieron de algunos. Escavaron de nuevo los fosos, repararon las trincheras, y volvieron á poner la ciudad, excepto los templos y las casas arruinadas, en el mismo estado en que se hallaba ántes del asedio.

COMBATES DE LOS BERGANTINES, Y ESTRATAGEMAS DE LOS MEXICANOS.

Entre tanto los españoles estaban á la defensiva, curando á los heridos, y restableciéndose para los combates futuros; mas á fin de que *no se aprovecharan* de su descuido los Mexicanos, é introdujesen víveres en la ciudad, mandó Cortés que los bergantines no cesasen de costear el lago de dos en dos. Los Mexicanos, reco-

nociendo la superioridad de los buques y de las armas de sus enemigos, y no pudiendo servirse de los mismos recursos, quisieron á lo menos rivalizar en cierto modo con los bergantines. Con este objeto habian fabricado treinta barcas grandes, llamadas por los españoles *piraguas*, bien provistas de todo lo necesario, y cubiertas de gruesos tablones, para poder combatir en ellas, sin tanto riesgo de irse á pique. Determinaron hacer con ellas una emboscada á los bergantines en los cañaverales que habia entre los huertos flotantes, y clavaron en los mismos sitios gruesas estacas, ocultas por las aguas, para que chocando en ellas, se rompiesen los buques contrarios, ó al menos se hallasen embarazados en la defensa. Dispuesto este amaño, hicieron salir de los canales tres ó cuatro barcas pequeñas, á provocar á los bergantines que allí cruzaban, y á empeñarlos; con una disimulada fuga, al punto de la emboscada. Los españoles al ver las barcas, hicieron vela hácia ellas, y cuando estaban mas empeñados en darles caza, chocaron los bergantines con las estacas, saliendo al mismo tiempo las treinta barcas grandes, y atacándolos por todos lados. Corrieron los españoles gran riesgo de perder los buques y las vidas; pero mientras que con el fuego de los mosquetes entretenian á los enemigos, tuvieron tiempo algunos diestros nadadores de arrancar las estacas, con lo que libres de todo empucho, pudieron servirse de la artillería para poner en fuga á los contrarios. Los bergantines recibieron mucho daño, los españoles quedaron heridos, y de los dos capitanes que mandaban, uno murió en la accion y el otro algunos dias despues. Los Mexicanos repararon sus piraguas para repetir la estratagema; pero avisado secretamente Cortés del sitio en que se ponian en acecho, dispuso otra

[1] Cortés no cuenta mas que 35 ó 40 españoles muertos, y 20 heridos, pero, como otros muchos generales, disminuye sus pérdidas, y así lo hizo con la que experimentó en la derrota del primero de julio. Mas digno de crédito es Bernal Diaz, que parece tener particular esmero en llevar cuenta de los españoles que iban faltando.

emboscada con seis bergantines, y aprovechándose del ejemplo de los enemigos, mandó que uno solo se acercase al sitio en que estos se ocultaban, y que cuando lo descubriesen, hubiese hácia la emboscada española. Todo se hizo conforme á su plan; porque los Mexicanos, al ver el bergantín, salieron prontamente, y cuando se creían mas seguros de su presa, los atacaron de pronto los otros cinco bergantines, y empezaron á servirlo de la artillería, con cuya primera descarga echaron á pique unas barcas, é hicieron pedazos otras. La mayor parte de los Mexicanos perecieron; muchos fueron echos prisioneros, y entre ellos algunos nobles, de quienes se sirvió Cortés para proponer un convenio con la corte de México.

MENSAJE INFRTUCUOSO AL REY DE MEXICO.

Mandó pues decir al rey, por medio de aquellos personajes, que considerase cuánto se iba disminuyendo la población de su reino, al mismo tiempo que se aumentaban las fuerzas españolas; que al fin debían ceder al mayor número; que aunque el ejército sitiador no entrase en la ciudad á cometer hostilidades, bastaba impedir la entrada á toda especie de socorro, para que el hambre hiciese lo que no habían hecho las armas; que aun estaba á tiempo de evitar los desastres que lo amenazaban; que si admitía las condiciones pacíficas que le ofrecía, cesarian inmediatamente todas las operaciones del asedio, quedando el rey en tranquila posesion del poder y de la autoridad de que hasta entonces habia gozado, y sus súbditos libres y dueños absolutos de sus bienes; que lo que solo se exigía de su magestad y de sus pueblos, era que tributasen el homenaje debido al rey de España como supremo señor de aquel imperio, cuyos derechos habian sido ya reconocidos por los

mismos Mexicanos, y se fundaban en la antigua tradicion de sus mayores; que si por el contrario se obstinaba en la guerra, se veria privado de su corona, la mayor parte de sus súbditos perderian la vida, y aquella grande y hermosa ciudad quedaria reducida á cenizas y escombros. El rey consultó con sus ministros, con los generales de sus ejércitos y con los gefes de la religion; les espuso las proposiciones que el caudillo español le hacia, la escasez de víveres, la afliccion del pueblo, y los males aun mayores que los amenazaban, y les mandó que dicesen libremente su parecer. Algunos previendo el éxito de la guerra, se inclinaban á la paz; otros, movidos por odio á los españoles y por el estímulo del honor, insistían en la continuacion de la guerra. Los sacerdotes, cuya autoridad era de tanto peso en aquel asunto, como en todos los graves, se opusieron fuertemente á la paz, alegando los antiguos oráculos de sus dioses, cuya cólera debían temerse, si cedían los Mexicanos á las pretensiones de aquellos crueles enemigos de su culto, y cuya proteccion debia ser implorada con oraciones y sacrificios. Prevalció este dictámen por el temor supersticioso que se habia apoderado de aquellos espíritus, y en su virtud se respondió al general español que continuase la guerra, pues ellos estaban resueltos á defenderse hasta el último aliento. Si los hubiesen inducido á esta resolucion, no ya el miedo de sus falsas divinidades, sino el honor, el amor de la patria, y el deseo de vivir libres, no hubiera sido tan culpable su tezon; pues aunque su ruina parecia inevitable, continuando la guerra, no podia tener esperanza de que la paz mejorase su condicion. Por otra parte, la esperiencia de los sucesos pasados no les permitía fiarse de las promesas de aquellos estrangeros: así que,

debía parecerles mas conforme á las ideas de honor la resolucion de morir con las armas en la mano, en defensa de la patria y de la independencia, que abandonar la misma patria á unos invasores codiciosos, y quedar reducidos por su humillacion á una triste y miserable esclavitud.

EXPEDICIONES CONTRA LOS MALINALQUESES
Y LOS MATLATZINCAS.

Dos dias despues de la derrota de los españoles, llegaron al campo de Cortés algunos mensajeros enviados por la ciudad de Cuauhnhuac, á quejarse de los grandes males que los hacian los Malinalqueses, sus vecinos, los cuales, segun parecia, querian confederarse con los Coahuizecos, nacion muy numerosa, para destruir á Cuauhnhuac, porque se habia aliado con los españoles, y pasar despues los montes, dirigiéndose con un gran ejército al campamento de Cortés. Este general, aunque se hallaba mas bien en estado de pedir socorro que de darlo, por la reputacion de las armas españolas, y para evitar el golpe que lo amenazaba, envió al capitán Andres de Tapia con los mismos mensajeros, y con doscientos peones españoles, diez caballos y un buen número de aliados, encargándole que se uniese con las tropas Cuauhnhuacenses, é hiciese cuanto pudiese convenir al servicio de su rey, y á la seguridad de sus compatriotas. Tapia ejecutó cuanto se le habia mandado, y en un pueblecillo, situado entre Cuauhnhuac y Malinalco, tuvo una gran batalla con los enemigos, los destruyó y los persiguió hasta la falda del alto monte en que esta segunda ciudad estaba situada. No pudo atacarla, como hubieran querido, por ser el monte inaccesible á la caballería; pero asoló la campiña, y siendo ya cumplido el término de diez dias

que el general le habia señalado, volvió á reunirse con el grueso del ejército.

Dos dias despues llegaron los mensajeros de los Otomites del valle de Toloacan, pidiendo ayuda contra los Matlatzincas, nacion guerrera y poderosa del mismo valle, los cuales les hacian guerra, quemándoles sus pueblos y cogiéndoles muchos prisioneros; y ademas se habian puesto de acuerdo con los Mexicanos, para atacar con todas sus fuerzas al ejército de Cortés, por parte de tierra, mientras ellos hacian una salida general. En efecto; en las diferentes entradas de los españoles en México, los habitantes los habian amenazado con el poder de los Matlatzincas; por lo que Cortés, oido el mensaje de los Otomites, conoció el grave riesgo que corria, si daba tiempo á que los enemigos ejecutasen su designio. No quiso confiar aquella importante empresa sino al ilustre y nunca vencido Sandoval. Este hombre infatigable, aunque habia recibido una herida el dia de la derrota de Cortés, en los siguientes habia estado ejerciendo las funciones de general, recorriendo incesantemente los tres campamentos, y dando las órdenes mas oportunas para su seguridad.

Pasados apenas catorce dias despues de aquel desastre, marchó al valle de Toloacan, con diez y ocho caballos, cien peones españoles y sesenta mil aliados. En el camino vieron indicios de los estragos hechos por los Matlatzincas, y cuando entraron en el valle, hallaron un pueblo recién destruido, y descubrieron las tropas enemigas, que marchaban cargadas de despojos, los cuales abandonaron al divisar á los españoles, queriendo piegar sin aquel embarazo. Pasaron un rio que atraviesa el valle, y permanecieron en la orilla, aguardando de pie firme á los españoles. Sandoval lo vadeó intrépidamente

con su ejército, atacó á los contrarios, los obligó á ponerse en fuga, y los siguió por espacio de nueve millas, hasta una ciudad, donde se refugiaron los Matlatzineas, dejando muertos mas de mil de suyos en el campo. Sitió Sandoval el pueblo, y forzó á los enemigos á dejarlo y á guarecerse en una fortaleza, construida en la cima de una escabrosa elevacion. Entró el ejército victorioso en la ciudad, y despues de haberla saqueado, pegó fuego á los edificios. Era tarde, y la tropa estaba fatigadísima, por lo que Sandoval resolvió dejarla descansar allí aquella noche, reservando para el día siguiente el asalto de la fortaleza; mas cuando quiso emprenderlo la halló abandonada. En su regreso, pasó por algunos pueblos que se habian declarado enemigos; mas no necesitó emplear las armas contra ellos, porque amedrentados á la vista de tan formidable ejército, aumentado con numerosos refuerzos de Otomites, se rindieron espontáneamente al gefe español. Este los acogió con suma benignidad, y exigió de ellos que indujesen á los Matlatzineas á ser amigos de los españoles, representándoles las ventajas que de ellos podrian aguardar, y los males que podria acarrearles su enemistad. Estas expediciones fueron de grandísima importancia, pues cuatro días despues de la vuelta de Sandoval, llegaron al campamento de Cortés muchos señores Matlatzineas, Malinalqueses y Coahuixcos (1), á escusarse por las hostilidades cometidas, y á establecer una confederacion, que fué tan útil á los españoles, como perjudicial á los Mexicanos.

(1) Cortés escribe *Chisco*, en vez de *Cohuixco*. El autor de las notas á las Cartas de aquel conquistador pensó que hablaba de *Huisuco*, porque no sabia que habia una gran provincia llamada *Cohuixco*. *Huisuco*, en mexicano *Huitzoco*, era y es un lugar oscuro, y no una gran provincia, como Cortés dice que era *Chisco*.

Ya no tenian los españoles enemigos que temer por la parte de tierra firme, y Cortés se hallaba con tan excesivo número de tropas, que hubiera podido emplear en el asedio de México mas gente que la que Jerges envió contra Grecia, si por causa de la situacion de aquella capital, no hubiese servido de embarazo mas bien que de provecho tan gran muchedumbre de sitiadores. Los Mexicanos por el contrario, se hallaban abandonados por sus confederados y por sus súbditos, rodeados de enemigos y afligidos por el hambre. Tenia aquella desventurada corte contra sí, los españoles y el reino de Acolhuacan; las repúblicas de Tlaxcala, de Huexotzinco y de Cholula; casi todas las ciudades del valle de México; las numerosas naciones de Totonacas, Mixtecas, Otomites, Tlahuicas, Coahuixcos, Matlatzineas y otras, de modo que, ademas de los enemigos estrangeros, mas de la mitad del imperio conspiraba contra su ruina, y la otra mitad la miraba con indiferencia.

HECHO MEMORABLE DEL GENERAL CHICHIMECATL.

Mientras Sandoval empleaba su acero y su pericia militar contra los Matlatzineas, el Tlaxcalteca Chichimecatl dió una nueva prueba de su arrojo. Este famoso general, viendo que despues de la derrota, los españoles se mantenian en la defensiva, determinó hacer una entrada en México, solo con sus Tlaxcaltecas. Salíó pues del campamento de Alvarado, donde habia permanecido desde el principio del asedio, acompañando á los españoles en todos los combates, y ostentando en todas ocasiones su intrepidez. Pasó en aquella expedicion muchos fosos, y dejando en el mas importante y arriesgado una guarnicion de cuatrocientos flecheros, para que le asegurasen la retirada, entró con él

grueso de las tropas en la capital, donde tuvo un terrible encuentro con los Mexicanos, en que fueron muertos y heridos muchos de una y otra parte. Lisonjébanse los enemigos con la esperanza de dar un golpe terrible á los Tlaxcaltecas en el paso del foso: por lo que, les siguieron el alcance cuando vieron que se retiraban; pero con el auxilio de los flecheros pudo Chichimecatl burlarse de sus esfuerzos, y volver lleno de gloria á su campo (1).

Los Mexicanos, para vengarse del arrojó de los Tlaxcaltecas, atacaron una noche el campo de Alvarado; pero habiéndolos oido oportunamente las centinelas, corrieron á las armas españolas y aliados. Duró el combate tres horas, durante las cuales, oyendo Cortés el cañoneo desde su campo, y sospechando lo que sería, creyó que aquella era una excelente oca-

sion de entrar en la ciudad con su gente, que ya estaba curada de sus heridas. Los Mexicanos que habian ido á Tlaxcopan, no habiendo podido superar la resistencia de los españoles, volvieron al pueblo, donde hallaron el ejército de Cortés. Ambas huestes pelearon con valor, pero sin ventajas notables de una ni otra parte.

En este mismo tiempo, y cuando mas necesidad habia de armas y municiones, llegó un buqué con socorros á Veracruz, y con ellos pudieron los españoles continuar las operaciones del sitio. El príncipe D. Carlos Ixtlilcochitl habia aconsejado al general español que no se empuñase en nuevos ataques, que debian ser funestos á su ejército, haciéndole ver que sin esponeerse á nuevas pérdidas y sin arminar los edificios de aquella hermosa ciudad, podría apoderarse de ella, solo con impedir la entrada de víveres, pues cuanto mayor fuese el número de los sitiados, tanto mas pronto consumirían las pocas provisiones que les quedaban. Este sano consejo, que no debia esperarse de un príncipe tan jóven, y que solo descabía ocasiones de señalar su intrepidez, fué tan del gusto del caudillo español, que sin poder contenerse, corrió á darle un abrazo, significándole con las mas vivas espressiones su gratitud. Oservó en efecto aquel plan algunos dias; mas despues, cuando de la inaccion, volvió á las antiguas hostilidades, aunque no sin ofrecer antes la paz á los Mexicanos, esponiéuoles las razones con que ántes habia procurado convencerlos. Los Mexicanos respondieron que no dejarían jamas las armas, interin los españoles permaneciesen en aquel pais.

ESTRAGOS DE MEXICO Y VALOR DE ALGUNAS MUJERES.

Informado de esta resolucion, viendo que llevaba ya cuarenta y cinco dias de

[1] Bernal Diaz dice que despues de la derrota de Cortés en México, los españoles se vieron abandonados por sus aliados, y que estos, por miedo de las amenazas que los sitiados les hacian en nombre de los dioses, se retiraron todos á sus casas: que en el campo de Cortés solo quedó el príncipe D. Carlos con 40 Tlaxcaltecas; en el de Sandoval, un señor de Huezotzaco con 50 hombres, y en el de Alvarado el general Chichimecatl con 60 Tlaxcaltecas. Mas esto no pudo ser, pues dos dias despues de la retirada, salió el capitán Tapia á combatir á los Malinqueños, y llevó consigo muchos aliados, como lo refiere el mismo Bernal Diaz. Doce dias despues que Tapia, partió del mismo campo Sandoval con 66,000 aliados, segun Cortés, y mientras Sandoval hacia la guerra á los Malinqueños, esto es, diez y seis ó diez y ocho dias despues de la derrota, hizo su famosa entrada Chichimecatl, y no pudo verificarla sin muchos millares de Tlaxcaltecas. Lo cierto es que no se fueron todos los aliados; y que si se fueron algunos, pronto volvieron, pues de allí á pocos dias habia en los tres campamentos, y especialmente en el de Cortés, mayor número de ellos, que ántes de su última y desastrosa expedicion. Cortés no habla de aquella desercion, y no es probable que la rebalse en olvido en la relacion que hace al rey de sus desventuras.

asedio, y que cuanto mas convidaba con la paz á los sitiados, tanto mas se obstinaban en la guerra, determinó Cortés no dar un paso en la ciudad sin destruir todos los edificios de una y otra parte de la calle, tanto por evitar el daño que recibían sus tropas de las azoteas, como para obligar á los enemigos, con tan rigurosas hostilidades, á ceder á sus proposiciones. Pidió para esto, y obtuvo de los aliados algunos millares de gastadores, provistos de las armas necesarias para echar abajo las casas, y rellenar los fosos. Hizo en los dias siguientes nuevas entradas en el pueblo, con sus españoles, con los bergantines y con mas de cincuenta mil aliados, arruinando los edificios, llenando los fosos y disminuyendo el número de los contrarios, aunque no sin grave riesgo de su persona y de su gente; pues hubiera caído él mismo prisionero, á no haber llegado oportunamente á socorrerlo sus soldados, y el grueso de sus tropas tuvo que huir varias veces, para sustraerse al furor de los Mexicanos. *Perecieron en aquellas jornadas algunos españoles y aliados, y dos bergantines estuvieron ya casi vencidos por una escuadra de canoas; mas otro bergantín los sacó de aquel apuro.*

Hicieron célebres en estas entradas algunas mugeres españolas que acompañaron voluntariamente á sus maridos á la guerra, y que con los continuos males que sufrían, y con los ejemplos de valor que tenían siempre á la vista, habían llegado á ser buenos soldados. Hacían la guardia, marchaban con sus maridos, armadas de corazas de algodón, espada y rodela, y se arrojaban intrépidamente á los enemigos, aumentando, no obstante su sexo, el número de los sitiadores (1).

[1] Estas mugeres se llamaban Maria de Estrada, de cuyo valor he hablado ántes; Beatriz Bermúdez de Velasco. Juana Martín, Isabel Rodriguez y Beatriz Palacios.

El 24 de julio se hizo otra entrada en la ciudad, con un número de tropas superior al de las últimas (1). Los españoles, combatiendo vigorosamente, se apoderaron del camino por el cual se unía el grande de Iztapalapan con el de Tlacoapan: operacion que Cortés deseaba con ansia, para tener libres sus comunicaciones con el campamento de Alvarado. Taron y llenaron varios fosos; quemaron y arruinaron muchos edificios, y entre otros uno de los palacios del rey Cuauhtemotzin, que era vastísimo, sólido y bien fortificado. De las cuatro partes de la ciudad, tres quedaron aquel dia en poder de los españoles, y los sitiados se aislaron en Tlatelolco, que por tener allí mas agua del lago, era el mas fuerte y seguro.

Por una señora Mexicana que fué hecha prisionera en el ultimo asalto, supo Cortés el miserable estado de la ciudad, por la penuria de víveres y la discordia que reinaba entre los habitantes; pues el rey, sus parientes y una parte de la nobleza, estaban decididos á morir ántes que ceder, pero el pueblo estaba desanimado y cansado del asedio. Confirmaron estas noticias algunos fugitivos, que, estrechados por el hambre, vinieron al campamento de Cortés. Ellos lo decidieron á no dejar pasar un dia sin hacer una entrada, hasta reducir la ciudad ó destruirla.

Volvió en efecto el 25 con su ejército, y se apodetó de una larga calle, en que habia un foso tan ancho, que para llenarlo fué necesario pasar todo el dia. Entre tanto, las tropas demolian todas las casas de una y otra acera, á pesar de la resistencia de los Mexicanos. Estos, viendo

(1) Dice Cortés que cuando vieron los aliados la fortuna de las armas españolas acudieron en tan gran número á servir en el asedio, que era imposible contarlos.

á los aliados tan afamados en aquella destrucción, les gritaban: "Arruinad esas casas, traidores, que pronto tendreis el trabajo de reedificarlas." A lo que los aliados respondian: "Así lo haremos, si salis vencedores; pero mas probable es que vosotros las alceis de nuevo, para que se alojen en ellas vuestros enemigos." No pudiendo los Mexicanos reparar tanto daño, hicieron en las calles unas pequeñas fortificaciones de madera, para reemplazar las azoteas, y llenaron la plaza de guijarros para estorbar el juego de la caballería; pero los aliados sacaron gran partido de esta estratagemá, pues se sirvieron de los guijarros para llenar con ellos los fosos.

En la entrada del 26 se ganaron dos de estos, recién hechos por los Mexicanos, y de considerable anchura. Alvarado por su parte se adelantaba cada vez mas en la ciudad, y tantos progresos hizo, que llegó á ganar dos torres proximas al palacio en que residia el rey Cuauhtemotzin; pero no pudo avanzar, como deseaba, por la suma dificultad que halló en los fosos, y por la tenaz resistencia de los enemigos, los cuales lo obligaron á retroceder, y lo atacaron furiosamente por retaguardia. Cortés, habiendo observado una humareda extraordinaria que se alzaba de aquella torre, y sospechando lo que en efecto sucedia, entró como solia en la ciudad, y empleó todo el dia en reparar los pasos difíciles. Solo le faltaban un canal y una trinchera para entrar en la plaza del mercado. Resolvió hacerse dueño de aquellos puntos, y lo consiguió: entonces fué cuando por primera vez, despues de empezado el asedio, se reunieron sus tropas á las de Alvarado, con indecible júbilo de unos y otros. Entró Cortés con alguna caballería en aquella gran plaza, y vió en ella innumerable gente alojada en los pórticos, por no haber quedado casas en pie

en todo el barrio. Subió al templo, desde el cual observó la ciudad, y vió que le quedaba por tomar una octava parte de ella. Mandó pegar fuego á las altas y hermosas torres de aquel edificio, en el cual, así como en el templo mayor de Tenochtitlan, se adoraba el idolo del dios de la guerra. La plebe mexicana, viendo aquel gran incendio, que parecia subir hasta las nubes, prorumpió en las más amargas demostraciones de dolor. Moviéndose á piedad, al ver el triste estado á que se hallaban reducidos tantos miserables, mandó suspender por todo el día las hostilidades, y envió nuevas proposiciones á los sitiados; mas ellos respondieron que interin quedase un Mexicano con vida, defenderian la patria hasta morir.

ESTADO DEPLORABLE DE LOS MEXICANOS.

Pasados cuatro dias sin combates, entró de nuevo Cortés en México y encontró una gran multitud de hombres, mujeres y niños, débiles, macilentos y casi moribundos de hambre, la cual habia llegado á tal punto, que muchos vivian de hiervas, de raíces, de insectos, y aun de las cortezas de los árboles. Compadecido á vista de tantas desventuras, mandó á sus tropas que no hiciesen daño á nadie: pasó á la plaza del mercado, y vió los pórticos llenos de gente desarmada, indico seguro del desaliento del pueblo, y del disgusto con que sufría la obstinacion del rey y de la nobleza.

La mayor parte de aquel dia se empleó en negociaciones de paz; pero viendo Cortés que nada conseguia, dió orden al capitán Alvarado que entrase de mano armada por una gran calle en que habia más de mil casas; y él con todo su ejército, renovó los ataques por otro punto. Fué tan grande el destrozo que hicieron aquel día

en los sitiados, que entre muertos y prisioneros se contaron mas de doce mil. Los aliados se cebaban de tal modo en aquellas infelices víctimas, que no perdunaban edad ni sexo, no bastando á refrenar su crueldad las órdenes severas del general español.

Al día siguiente volvió este á la ciudad, despues de haber prohibido toda especie de hostilidad, tanto por la compasion que le inspiraba la vista de aquellas miserias, como por la esperauza que tenia de que cediese al fin la resistencia. Los Mexicanos, viendo venir tan gran número de tropas, y entre ellas á los súbditos que antes los servian, y que ya los amenazaban con la muerte; hallándose reducidos á tan penosa situacion, y teniendo á la vista tantos y tan deplorables objetos, pues no podian poner el pié en tierra, sin pisar los cadáveres de sus conciudadanos, desfogaron su rabia en horrendos clamores, y pedían la muerte como el único término que podian tener sus males. Rogaron á Cortés algunos de la plebe que se abocase con los nobles que defendian una trinchera, para tratar de convenio. Eran justamente de aquellos que ya no podian sobrelevar los males del sitio. Cortés quiso hablarles, aunque sin esperanza de conseguir lo que deseaba. Cuando lo vieron venir los nobles, le dijeron desesperados: "Si eres hijo del sol, como algunos creen, por qué siendo tu padre tan veloz, que en el breve espacio de un día termina su carrera, tardas tanto en poner fin á nuestros males con la muerte? ¿Queremos morir para ir al cielo, donde nos aguarda nuestro dios Huitzilopochtli, para darnos el reposo de nuestras fatigas, y el premio de nuestros afanes." Cortés les propuso varias razones, para reducirlos á la paz; mas habiendo ellos respondido que ni tenían autoridad para aceptarlo, ni esperan-

za de convencer al rey, envió á este con el mismo fin un ilustre personaje, que tres días ántes habia sido hecho prisionero, y era tio del rey de Texcoco. Aunque estaba herido, pasó inmediatamente á Tlalotelco á comunicar su mensaje; pero no se vió otro resultado que el continuo clamor con que el pueblo pedia la muerte

(1). Algunas tropas mexicanas embestian desesperadas á los españoles; pero estaban tan debilitadas por el hambre, que era poco el daño que hacian, y demasado el que recibian de sus enemigos.

Volvió Cortés al día siguiente á la ciudad, esperando á cada momento que se rindiesen los Mexicanos, y sin permitir que se les hiciese la menor ofensa, se dirigió á ciertos personajes que guardaban una trinchera, y á quienes conocia desde su primera venida á México. Preguntóles por qué se empeñaban tan obstinadamente en defenderse, no siéndoles ya posible resistir, y hallándose en tal estado, que con un solo golpe podria exterminarlos á todos. Ellos respondieron que veian ser inevitable su ruina, y que hubieran deseado evitarla; pero no podian, pues solo tocaba obedecer. Sin embargo, ofrecieron suplicar al rey que aceptase la paz que se le proponia. En efecto, fueron á palacio, y de allí á poco volvieron con la respuesta de que por ser ya tarde no podia venir el rey; pero que al día siguiente hablaría con Cortés en aquel mismo sitio. Este era el centro de un gran terraplan cuadrado, en que los Mexicanos hacian sus representaciones teatrales, como en otra parte he dicho. Mandó Cortés adornar aquel teatro con tapetes, y poner ban-

(1) Se dijo, segun escribe Cortés, que cuando aquel personaje se presentó á Cuauhtemotzin, para hablarle de paz, fué sacrificado por su orden; mas no teniendo este hecho mas fundamento que un rumor vano, no me parece digno de crédito.

cos, para celebrar la deseada conferencia, disponiendo al mismo tiempo una buena comida para el rey y para los nobles que debían acompañarlo. Llegado el día, envió á decir al rey que lo estaba aguardando, mas Cuauhtemotzin respondió por medio de cinco personajes de su corte, que no podía asistir á la entrevista, por hallarse indispuerto, y porque no se fiaba de los españoles. Cortés los acogió con extraordinarias muestras de amabilidad, comió con ellos y los volvió á enviar al rey, para suplicarle en su nombre que viniese sin recelo, pues el empeño su palabra de que la real persona sería tratada con el respeto debido: que su presencia era absolutamente necesaria, y que sin ella nada se podía concluir; y acompañó el mensaje con un regalo de víveres, que era lo precioso que podía enviarse. Los nobles, despues de haber hablado largamente de las grandes necesidades que padecían, marcharon á desempeñar su encargo, y de allí á dos horas volvieron con la misma respuesta que ántes, y con otro regalo de trages finísimos, que el rey enviaba á Cortés. Tres días se emplearon en estas negociaciones, sin sacar de ellas ningún fruto.

TERRIBLE CONFLICTO Y HORRENDO ESTRAGO DE LOS MEXICANOS.

Cortés habia dado órden á los aliados de permanecer fuera de la ciudad, por haberle rogado los Mexicanos que no les permitiese entrar en ella, durante la conferencia con el monarca; pero viendo ya perdida toda esperanza de negociacion, llamó todas las tropas de su campo, en que habia ciento cincuenta mil hombres, y las del campo de Alvarado, y con todas estas fuerzas juntas atacó unos fosos y trincheras, que eran las mayores fortificaciones que habian quedado á los Mexicanos, mientras Sandoval con su ejército

atacaba la ciudad por la parte del Norte. Aquel día fué el mas infausto para aquella desventurada poblacion, y en el que mas copiosamente se derramó la sangre mexicana, no teniendo ya aquellos infelices ni armas para rechazar la muchedumbre y el furor de sus enemigos, ni fuerzas para defenderse, ni tierra para combatir. Las calles de la ciudad estaban cubiertas de cadáveres, y el agua de los fosos y canales teñida de sangre. No se veia mas que ruina y desolacion, y solo se oían llantos, gritos de desesperacion y lamentos. Los aliados se encarnizaron de tal modo contra aquella gente miserable, que los españoles se fatigaron mas en refrenar su crueldad, que en combatir con sus enemigos. El estrago que se hizo aquel día en los Mexicanos fue tan grande, que segun Cortés, pasó de cuarenta mil personas, entre muertos y prisioneros.

ULTIMO ATAQUE, Y TOMA DE LA CIUDAD.

La intolerable fetidez de tantos cadáveres insepultos obligó entónces á los aliados á retirarse de la ciudad; pero el día siguiente, 13 de agosto, volvieron á ella para dar el último asalto á la parte de Tlatelolco, que aun conservaban los Mexicanos. Llevó Cortés consigo tres cañones y todas sus tropas. Señaló á cada capitán su puesto, y les mandó que empleasen todos sus esfuerzos en obligar á los sitiados á echarse al agua hacia el punto á que debia acudir Sandoval con todos los bergantines, que era una especie de puerto, circundado por todas partes de casas, y al cual aportaban por lo comun las barcas de los traficantes que asistian al mercado de Tlatelolco. Encargóles sobre todo que procurasen apoderarse del rey Cuauhtemotzin, pues esto solo bastaba para hacerse dueños de la ciudad, y poner término á la guerra; mas ántes de empre-

dar aquel golpe decisivo, hizo nuevas tentativas de negociacion. Indujo á esto, no solo la compasion de tantas miserias, sino tambien el deseo de apoderarse de los tesoros del rey y de la nobleza; pues tomándolo por asalto aquella última parte de la ciudad, los Mexicanos, privados de toda esperanza de conservar sus bienes, podrian echarlos al lago para que no cayesen en manos de sus enemigos, ó en caso de no hacerlo así, los aliados, que eran innumerables y mas prácticos en el conocimiento de las casas y de los usos del pais; se aprovecharian de la confusion del asalto, y poco ó nada dejarian á los españoles. Volvió, pues, á hablar desde un sitio eminente á unos mexicanos de distincion, que le eran conocidos, representándoles el estremo peligro en que se hallaban, y rogándoles hiciesen nuevas instancias al rey para que se presentase á la conferencia tantas veces propuesta, y de la cual solo podria resultar su bien, y el de todos sus súbditos, pues si persistia en su designio de defenderse, él estaba resuelto á no dejar aquel dia un solo Mexicano vivo. Dos de aquellos nobles partieron á desempeñar su encargo, y á poco rato volvieron, acompañando al Cihuacoatl, ó su premo magistrado de la corte. El general español lo recibió con extraordinarias demostraciones de honor y amistad; mas él, con aire magestuoso, en que parecia querer manifestar su superioridad á todas las calamidades humanas, «ahorras, le dijo, el trabajo de solicitar una entrevista con mi rey y señor Cuauhtemotzin, el cual está resuelto á morir, antes que ponerse en vuestra presencia. No puedo explicaros cuán dolorosa me es esta resolución; pero no hay remedio. Adoptad las medidas que mas os convengan, y poned en ejecución vuestros designios.» Cortés le respondió que fuese á

preparar los ánimos de sus compatriotas á la muerte que muy en breve debían sufrir. Entre tanto habian venido á rendirse á Cortés numerosos tropes de muge-ros y niños, que procuraban salvarse de tan estremo peligro, muchos de los cuales, por estar tan débiles, se ahogaban al pasar los fosos. Cortés mandó que no se hiciese mal á los que se entregasen; y no satisfecho con dar la orden, distribuyó varios puestos de españoles para que con su autoridad refrenasen la inhumana furia de los aliados; mas á pesar de estas precauciones, murieron á manos de aquellas tropas, crueles y sangrientas, mas de quinientos mil personas, entre hombres, niños y mugeres.

Los nobles y los militares, que habian abrazado el partido de defenderse hasta el último aliento, ocuparon las azoteas de las casas y algunas calzadas. Cortés, viendo que era tarde y que no cedian, empleó contra ellos los cañones, y no bastando esto, hizo con un tiro de arcabuz la señal del asalto. En un momento subieron los sitiadores, y de tal modo estrecharon á los débiles y afligidos ciudadanos, que no quedando en la ciudad un solo punto en que pudieran guarecerse de tan innumerable muchedumbre, muchos se arrojaron al agua, y otros se entregaban á los vencedores. La gente principal habia preparado barcas para huir en aquel último trance: Cortés, que habia previsto este designio dió orden á Sandoval de apoderarse con los bergantines del puerto de Tlatelolco y evitar la salida de todas las barcas que la intentasen. A pesar de la diligencia de Sandoval, muchas escaparon, y entre ellas la que llevaba las personas reales. Sabida esta novedad por aquel hábil caudillo, mandó á García de Holguin, capitán del bergantin mas veloz, que les diese caza; y así lo hizo, con tanta oportunidad

que en breve las alcanzó, y cuando los españoles se disponían á hacer fuego contra los fugitivos, estos alzaron los remos y echaron las armas en señal de rendirse. En la mayor de las piraguas estaban el rey de México, Cuauhtemotzin, la reina Tecuichpotzin su esposa, el rey de Acolhuacan, Coanacotzin, el de Tlacopan, Tellepanquetzaltzin, y otros personajes. Abordó el bergantín, y el rey de México, adelantándose hácia los españoles, dijo al capitán: "Soy vuestro prisionero, y no os pido otra gracia, sino la de que tratéis á la reina mi esposa y á sus damas con el respeto que se debe á su sexo y á su condicion;" y presentándole la mano á la reina, pasó con ella al bergantín. Observando despues que Holguin miraba con inquietud las otras barcas, le dijo que se tranquilizase, pues todos los Mexicanos, al saber que su rey estaba prisionero, vendrian gustosos á morir á su lado.

Condujo Holguin aquellos ilustres prisioneros á Cortés, que se hallaba á la sazón en la azotea de una casa de Tlaltelolco. Cortés los recibió con tanto decoro como humanidad, y les hizo tomar asiento. Cuauhtemotzin le dijo con dignidad: "Valiente general, he hecho en mi defensa y en la de mis súbditos, cuanto exigian de mí el honor de mi corona y el amor de mis pueblos; pero los dioses han sido contrarios á mi resolucion, y ahora me veo sin corona y sin libertad. Soy vuestro prisionero: disponed como gustéis de mi persona;" y poniendo la mano en un puñal que Cortés llevaba en la cintura, "quitadme, añadió, la vida con este puñal, ya que no he sabido perderla en defensa de mi reino." Cortés procuró consolarlo, asegurándole que no lo consideraba como prisionero suyo, sino del mayor monarca de Europa, en cuya clemencia debia confiar, que no solo le restituiria la libertad

que desgraciadamente habia perdido, sino tambien el trono de sus ilustres abuelos, que tan dignamente habia defendido y ocupado. ¿Pero qué consuelo podian proporcionarle estas protestas, ni qué fé podia dar á las palabras de Cortés el que habia sido siempre su enemigo, habiendo visto que no bastó á Moctezuma haberse declarado su amigo y protector para preservar la libertad y la corona? Pidió al general español que no se hiciese mas daño á sus súbditos, y este le rogó diese las órdenes necesarias para que todos se rindiesen. Uno y otro fueron prontamente obedecidos. Tambien se dispuso que todos los Mexicanos saliesen de la ciudad sin armas y sin carga; y segun afirma un testigo ocular y sincerísimo (1), durante tres días y tres noches se vieron las calles llenas de hombres, mugeres y niños, débiles, sucios y macilentos, que se restituian á sus pueblos. La fetidez que exhalaban tantos cadáveres era tan intolerable, que causó alguna indisposicion al general de los conquistadores. Las casas, las calles y los canales, estaban cubiertos de aquellos objetos espantosos (2): el piso de la ciudad se halló en algunas partes

(1) Bernal Díaz del Cástillo.

[2] "Es verdad, y juro amen que toda la laguna, casas y barcas, estaban llenas de cuerpos y cabezas de hombres muertos, que yo no sé de qué manera lo escriba; pues en las calles y en los mismos patios de Tlaltelolco, no habia otras cosas, ni podiamos andar sino entre cuerpos y cabezas de indios muertos. Yo he leído la destruccion de Jerusalem; mas si en ella hubo tanta mortandad como esta, yo no lo sé &c." Bernal Díaz, cap. 156. Estas espressiones de un testigo ocular, sin embargo, y que nunca exagera sus relaciones, dan alguna idea de aquel horrendo estrago. Yo sospecho que los Mexicanos dejaron sin sepultar muchos cadáveres, para incomodar con su fetor á los sitiadores; ni puedo persuadirme otra cosa, sabiendo la suma preuzura de aquellas naciones en celebrar las exéquias de sus difuntos.

escavado, por los infelices que buscaban raíces para alimentarse con ellas, y muchos árboles estaban sin corteza, que había servido para lo mismo. Cortés mandó sepultar los cadáveres, y quemar una inmensa cantidad de leña, tanto para purificar el aire, como para celebrar su victoria.

Esparecida por todo aquel país la noticia de la toma de la capital, prestaron obediencia á Cortés las provincias del imperio, aunque no faltaron algunas que por espacio de dos años hicieron guerra á los españoles. Los aliados volvieron á sus casas, satisfechos con la parte que les había tocado, y con haber destruido una corte, cuyo dominio no podían sufrir, y cuyas armas los tenían en perpetua inquietud. No sabían que ellos mismos forjaban las cadenas que debían aprisionarlos, ni enojarlos, arruinado aquel imperio, solo debían aguardar las otras naciones esclavitud y envilecimiento.

El botín no fué tanto como esperaban los vencedores. Las ropas se dividieron entre los aliados. Las piezas de oro, plata y plumas, que por su singular artificio se conservaron enteras, fueron enviadas al emperador Cúctes V. Todo el resto del oro que se mandó fundir, apenas llegó á diez y nueve mil doscientas onzas (1), tanto porque los Mexicanos echaron una gran

(1) Cortés dice que el oro que se fundió pesaba 130,000 *castellanas*, que hacen 19,000 onzas: Bernal Diaz dice que importó 380,000 pesos, que forman mayor cantidad. Entre los despojos que se enviaron á Carlos V, había perlas de enorme tamaño, joyas preciosísimas, y *alhajas maravillosas de oro*. La nave en que se enviaron cayó en manos de Juan Florin, célebre corsario francés, y el tesoro pasó á la corte de Francia, que autorizaba estos robos, bajo el famoso y frívolo pretexto de ser el rey Cristianísimo hijo de Adán, como el rey Católico.

parte al lago (1), como porque los españoles y los aliados procuraron, en el saqueo de la ciudad, indeunizarse secretamente de sus fatigas.

Fué la conquista de aquella ciudad en 13 de Agosto de 1521, ciento y noventa y seis años despues de fundada por los Aztecas, y ciento sesenta y nueve despues de erigida en monarquía, cuyo trono ocuparon sucesivamente once soberanos. El sitio de México, comparable al de Jerusalem en desgracias y estragos, duró setenta y cinco dias, en cuyo tiempo murieron algunos millares de los doscientos mil aliados que se hallaban presentes, y de novecientos españoles, mas de ciento. Se ignora el número de Mexicanos muertos; pero segun los datos de Cortés, de Bernal Diaz y de otros historiadores, pasaron de cien mil, sin contar los que murieron de hambre, ó de enfermedad ocasionada por el mal agua que bebían, ó de la infección del aire, que, segun el mismo Cortés, fueron mas de cincuenta mil. El rey de México, á pesar de las magníficas promesas del general español, fué, despues de algunos dias, puesto ignominiosamente en la tortura, que soportó con invicta constancia, para obligarlo á declarar donde estaban ocultas las inmensas riquezas de la corte y de los templos (2), y de allí á tres años, murió ahorcado por ciertas sospe-

(1) Bernal Diaz dice que vió sacar del lago algunas cosas de oro, y entre otras un sol semejante al que envió Moctezuma á Cortés, cuando este se hallaba en la costa.

(2) El tormento que se dió á Cuauhtemotzín fué el de quemarle poco á poco los piés, despues de habérselos untado con aceite. Acompañado, y murió en el tormento, uno de sus privados. Bernal Diaz dice que tambien se dió la tortura al rey de Tlacoapan. Cortés, á pesar suyo, abrazó aquel indigno y bárbaro partido, por condescender con algunos españoles codiciosos, que sospechaban no quisiesen poner al rey en tormento, por aprovecharse él solo secretamente de todo el real tesoro.

clas, juntamente con los reyes de Texcoco y de Tlacopan (1). Los Mexicanos, con todas las naciones que contribuyeron á su ruina, quedaron, á pesar de las cristianas y humanísimas disposiciones de los reyes católicos, abandonados á la miseria, á la opresion y al desprecio, no solo de los españoles, sino tambien de los mas vi-

les esclavos africanos, y de sus infames descendientes, castigando Dios, en la miserable posteridad de aquellos pueblos, la injusticia, la crueldad y la supersticion de sus antepasados: horrible ejemplo de la justicia divina y de la instabilidad de los reinos de la tierra!

(1) Cuauhtemotzin, rey de México, Coanacatzin, rey de Acolhuacan, y Teticpanquetzaltzin, rey de Tlacopan, fueron ahorcados de un árbol, por órden de Cortés, en Izancanac, ciudad principal de la provincia de Acalan, en uno de los tres dias de carnaval del año de 1525. La causa de su muerte fué una conversacion que tuvieron entre sí sobre sus desgracias, insinuando cuán fácil les sería, si quisieran, matar á Cortés y á todos los españoles, y recobrar sus tronos y su libertad. Un traidor Mexicano, para ganarse la gracia de Cortés, le dió cuenta de todo, alterando el sentido de las palabras, y representando, como conjuracion tramada, lo que no era mas que un desahogo de la justa pesadumbre de aquellos monarcas. Cortés, que viajaba entonces hácia la provincia de Comayagua con pocos españoles cansados, y con mas de 3,000 Mexicanos, creyó que no le quedaba otro arbitrio para evitar el peligro de que se creía ame-

nazado, que el de dar muerte á los tres reyes. "Esta ejecucion, dice Bernal Diaz, fué demasiado injusta, y censurada por todos los que fuimos en aquella jornada." Ocasiónó á Cortés una gran melancolía, y muchos desvelos. El mismo autor añade que el P. Juan de Varillas, religioso mercedario, los confesó y exhortó en el patíbulo: que eran buenos cristianos, y murieron bien dispuestos; pero no hay un solo autor que haga mencion de un suceso tan notable y tan glorioso, como el bautismo de aquellos tres reyes. llenando al mismo tiempo tantas páginas de trivialidades y frioleras. Torquemada, que trabajó veinte años en la historia de México, y que llenó tres enormes volúmenes con pormenores sobre el descubrimiento de las Islas de Salomon, las revoluciones de las Filipinas, las persecuciones del Japon, y otras mil especies fuera de propósito, no hace siquiera mencion de la conversion de aquellos monarcas.



DESCENDENCIA DEL REY MOCTEZUMA.

MOCTEZUMA, IX rey de México, casado con MIAHTXOCHITL, su sobrina.

D. Pedro Xohualicaluatzin Motezuma, casado con Doña Catalina Cuaulxochitl, su sobrina.

D. Diego Luis Ihuitemotzin Motezuma, casado en España con Doña Francisca de la Cueva.

D. Pedro Tesifón Motezuma de la Cueva, I conde de Motezuma y de Tula, y vizconde de Iluca, casado con Doña Gerónima Porras.

D. Diego Luis Motezuma y Porras, II conde de Motezuma &c., casado con Doña Luisa Jofre Loaisa y Carrillo, hija del conde del Arco.

Doña Teresa Francisca Motezuma y Porras, casada con D. Diego Cisneros de Guzman.

Doña María Gerónima Motezuma Jofre de Loaisa, III condesa de Motezuma &c., casada con D. José Sarmiento de Valladares, que fué virrey de México, y I duque de Atrisco.

Doña Gerónima de Cisneros Motezuma, casada con D. Felix Nieto de Silva, I marqués de Tenebron.

Doña Fausta Dominga Sarmiento y Motezuma, IV condesa de Motezuma, muerta en tierna edad, en México, en 1697.

Doña Melchora Sarmiento Motezuma, V condesa de Motezuma, murió sin sucesión en 1717; por lo que recayeron los estados de Motezuma en Doña Teresa Nieto &c., hija del I marqués de Tenebron.

Doña Teresa Nieto de Silva y Motezuma, II marquesa de Tenebron, y VI condesa de Motezuma &c., casada con D. Gaspar de Oca Sarmiento y Zúñiga.

D. Gerónimo de Oca y Motezuma, III marqués de Tenebron, y VII conde de Motezuma, casado con Doña María Josefa de Mendoza.

D. Joaquín de Oca Motezuma y Mendoza, VIII conde de Motezuma &c., IV marqués de Tenebron, y grande de España. (Vivió cuando Clavigero escribió esta obra).

Hay en México y en España algunas ramas laterales de esta ilustre estirpe.

DESCENDENCIA DE HERNAN CORTES.

D. FERNANDO o HERNAN CORTES, conquistador, gobernador y capitán general de México, I marqués del Valle de Oaxaca, casado en segundas nupcias con Doña Juana Ramirez de Arellano y Zúñiga, hija de D. Carlos Ramirez de Arellano, II conde de Aguilar, y de Doña Juana de Zúñiga, hija del conde de Bañares, primogénito de D. Alvaro de Zúñiga, I duque de Béjar. Fué su hijo (1)—

I.

D. Martin Cortés Ramirez de Arellano, segundo marqués del Valle, casado con su sobrina Doña Ana Ramirez de Arellano. Fueron sus hijos—

II.

1. D. Fernando Cortés Ramirez de Arellano, III marqués del Valle, casado con Doña Mencía Fernandez de Cabrera y Mendoza, hija de D. Pedro Fernandez Cabrera y Bobadilla, II conde de Chinchon, y de Doña Maria de Mendoza y de la Cerda, hermana del príncipe de Melito. Tuvo D. Fernando un hijo que murió niño. Sucedióle su hermano—

2. D. Pedro Cortés Ramirez de Arellano, IV marqués del Valle, casado con Doña Ana Pacheco de la Cerda, hermana del II conde de Montalban. Murio sin hijos, y le sucedió su hermana—

3. Doña Juana Cortés Ramirez de Arellano, V marquesa del Valle, casada con D. Pedro Carrillo de Mendoza, IX conde de Priego, asistente y capitán general de Sevilla, y mayordomo mayor de la reina Doña Margarita de Austria. Fué su hija—

III.

Doña Estefanía Carrillo de Mendoza y Cortés, VI marquesa del Valle, casada con D. Diego de Aragon, IV duque de Terranova, príncipe de Castel Vetrano, y del S. R. I. marqués de Avola y de la Favara, condestable y almirante de Sicilia, comendador de Villafrauca, virey de Cerdeña, caballero del insigne orden del Toison de Oro. Fué su hija única—

IV.

Doña Juana de Aragon, Carrillo de Mendoza y Cortés, V duquesa de Terranova y VII marquesa del Valle, camarera mayor de la reina Doña Luisa de Orleans, y después de la reina Doña Mariana de Austria, casada con D. Hector Pigatelli, V duque de Monteleone, príncipe de Noya, marqués de Cerchiara, conde de Borelo, virey de Cataluña, grande de España &c. Fué su hijo único—

(1) Además del heredero del marquesado, tuvo el Conquistador muchos hijos legítimos y bastardos. Los primeros fueron: 1. Doña María Cortés, casada con D. Luis de Quiñones, V conde de Luna. 2. Doña Catalina, que murió en Sevilla. 3. Doña Juana, muger de D. Fernando Enriquez de Ribera, II duque de Alcalá &c. 4. Doña Eleonora, casada en México con Juan Tolosa, vecino. Los bastardos fueron: 1. D. Martín Cortés, caballero de la orden de Santiago, hijo de la famosa Doña Marina. 2. D. Luis, hijo de una señora llamada Hermosilla, y otras tres hijas de tres indias nobles.

V.

D. Andres Fabricio Pignateli de Aragon, Carrillo de Mendoza y Cortés, VI duque de Monteleone, VI duque de Terranova, VIII marqués del Valle, grande de España, gran camarlengo de Nápoles, caballero del Toison de Oro &c., casado con Doña Teresa Pimentel y Benavides, hija de D. Antonio Alfonso Pimentel de Quiñones, XI conde de Benavente, de Luda, de Mayorga, grande de España &c., y de Doña Isabel Francisca de Benavides, III marquesa de Javalquinto y de Villarcal. Fué su hija—

VI.

Doña Juana Pignateli de Aragon, Pimentel, Carrillo de Mendoza y Cortés, VII duquesa de Monteleone, VII duquesa de Terranova, IX marquesa del Valle, grande de España &c., muger de D. Nicolas Pignateli, de los príncipes de Noya y Cerchiara, príncipe del S. R. I. virrey de Cerdeña y de Sicilia, caballero del Toison de Oro &c. Fué su hijo—

VII.

D. Diego Pignateli de Aragon &c., VIII duque de Monteleone y de Terranova, X marqués del Valle, gran almirante y condestable de Sicilia, grande de España &c., casado con Doña Margarita Pignateli, de los duques de Belosguardo. Fué su hijo—

VIII.

D. Fabricio Pignateli de Aragon, IX duque de Monteleone y de Terranova, XI marqués del Valle, grande de España &c., casado con Doña Constanza Medici, de los príncipes de Ortajano. Fué su hijo—

IX.

D. Hector Pignateli de Aragon &c., X duque de Monteleone y de Terranova, XII marqués del Valle de Oaxaca. Vivía cuando Clavigero escribió su Historia, y se casó en Nápoles con Doña N. Piccolomini de los duques de Amalfi.

De Doña Juana Pignateli y D. Nicolas Pignateli, nº VI, nacieron cuatro hijos: Diego, Fernando, Antonio y Fabricio; y cuatro hijas: Rosa, María Teresa, Estefanía y Catalina. 1. D. Diego fué el heredero del marquesado del Valle y de los ducados de Terranova y Monteleone. 2. D. Fernando se casó con Doña Lucrecia Pignateli, princesa de Strongoli, y su hijo D. Salvador con Doña Julia Mantrigli de los duques de Marigliano. 3. D. Antonio se casó en España con la hija única del conde de Fuentes, y fué su hijo D. Joaquín Pignateli de Aragon, Moneayo &c., conde de Fuentes, grande de España &c., embajador de España en las cortes de Inglaterra y Francia, y presidente del consejo de Ordenes, cuyo hijo D. Luis se casó con la hija única y heredera de Casimiro Pignateli, conde de Egmont, teniente general de los ejércitos franceses. 4. D. Fabricio se casó con Doña Virginia Pignateli, hermana de la princesa de Strongoli, cuyo hijo D. Miguel fué marqués de Salice y Guagnano. 5. Doña Rosa se casó con el príncipe de Scalea. 6. Doña María Teresa con el marqués de Westerlo, señor bohemio. 7. Doña Estefanía con el príncipe de Bisignano. 8. Doña Catalina con el conde de Acerra.

DISERTACIONES

SOBRE

LA TIERRA, LOS ANIMALES Y LOS HABITANTES

DE

MEXICO.

DISERTACIONES

SOBRE

LA TIERRA, LOS ANIMALES Y LOS HABITANTES

DE

MEXICO,

En que se confirma en parte la historia antigua de aquel país, se ilustran muchos artículos de historia natural, y se confutan muchos errores publicados sobre América por algunos célebres escritores modernos.

AL LECTOR.

Las disertaciones que ofrezco al público son necesarias, no solamente útiles para ilustrar la historia antigua de México, y para confirmar la verdad de muchas especies contenidas en ella. La primera tiene por objeto suplir la falta de noticias sobre la primera población del Nuevo-Mundo. La segunda, aunque parecerá fastidiosa, no deja de ser útil, para conocer los fundamentos de nuestra cronología, y ayudar á los que emprendan escribir la historia de los países de Anáhuac. Todas las otras podrán servir á disipar en los lectores incautos, los errores á que los habrán inducido los escritores modernos, que desprovistos de conocimientos sólidos, se han puesto á escribir sobre la tierra, los animales y los hombres de América.

¡Cuántos, al leer, por ejemplo, las investigaciones de Mr. de Paw, no se llenarán la cabeza de ideas disparatadas y contrarias á lo que yo digo en mi Historia! Aquel escritor es un filósofo á la moda; hombre erudito en ciertas materias en que mas le convendría ser ignorante, ó callar á lo ménos; realiza sus discursos con bufonadas y maledicencia, ridiculizando todo lo mas sagrado que se venera en la Iglesia de Dios, y mordiendo á cuantos se le presentan, sin ningún respeto á la inocencia y á la verdad; decide francamente, y en tono magistral, citando á cada paso á los escritores americanos, y protestando que su obra es fruto de diez años de sudores. Todo esto hace muy recomendable á un escritor, para con cier-

ta clase de lectores, en el siglo filosófico en que vivimos. Su mordacidad, el desprecio con que habla de los mas respetables padres de la Iglesia, la mofa que hace de los sumos pontífices, de los soberanos y de las órdenes religiosas, y la poca estima en que tiene á los libros santos, en vez de disminuir su autoridad, podrá aumentarla, en esta edad, en que se han publicado mas errores que en todas las precedentes, y en que tantos literatos tienen á honra escribir con desenfreno, y mentir con descaro; en que no aprecia al que no es filósofo, y el que no es filósofo quien no se burla de la religion, y quien no adopta el lenguaje de la impiedad.

El objeto de la obra de Mr. de Paw es persuadir al mundo que en América la naturaleza ha degenerado enteramente en los elementos, en las plantas, en los animales y en los hombres. La tierra, cubierta de ásperos montes y peñascos, y en las llanuras, bañada de aguas muertas y podridas, ó sombreada por bosques tan espesos que no pueden penetrar en ellos los rayos solares, es, segun aquel autor, sumamente estéril, y mas abundante en plantas venenosas que todo el resto del mundo; el aire mal sano, y mucho mas frio que el del otro continente; el clima contrario á la generación de los animales. Todos los propios de aquellos países eran mas pequeños, mas disformes, mas débiles, mas cobardes, mas estúpidos, que los del mundo antiguo, y los que se han trasportado allí de otras partes, inmediatamente han degenerado, como ha sucedido con los vegetales trasplantados de Europa. Los hombres apenas se diferenciaban de las bestias sino en la figura, y aun en esta se echaban de ver muchas trazas de degeneracion: el color acitonado, la cabeza dura, y con pocos y gruesos cabellos, y todo el cuerpo privado enteramen-

te de pelo. Son feos, débiles, y sujetos á muchas enfermedades extravagantes, ocasionadas por la insalubridad del clima: Pero por imperfectos que sean sus cuerpos aun lo son mucho mas sus almas. Son tan faltos de memoria, que no se acuerdan hoy de lo que hicieron ayer, No reflexionan ni coordinan sus ideas, ni son capaces de mejorarlas, ni de pensar, porque los humores de sus cerebros son gruesos y viscosos. Su voluntad es insensible á los estímulos del amor y á los de las demas pasiones. Su pereza los tiene sumergidos en la imbecilidad de la vida salvaje. Su cobardía se hizo ver claramente en toda la época de la conquista. Sus vicios morales corresponden á sus defectos físicos. La embriaguez, la mectira y la sodomia eran comunes en las islas: en México, en el Perú y en todas las regiones del nuevo continente. Vivian sin leyes, y las pocas artes que conocian eran groserísimas. La agricultura estaba en el mayor abandono; su arquitectura era mezquinísima, y mas imperfectos aun sus instrumentos y utensilios. En todo el Nuevo-Mundo no habia mas que dos ciudades, Cuzco en la América Meridional, y México en la Setentrional, y estas no eran mas que miserables aldeas.

Hé aquí un ligero bosquejo del monstruoso retrato que Mr. de Paw hace de la América. No lo copio enteramente, ni cito lo que sobre el mismo asunto han dicho otros autores mal informados ó mal prevenidos, porque me falta la paciencia para repetir tantos desdrosos. No es mi intento escribir la apología de América y de los americanos, porque este asunto exigiria una obra voluminosa. Para escribir un error, ó una falsedad, basta un renglon: para impugnarlo no basta un pliego, y ni aun suele bastar un tomo. ¿Qué no se acceritaria pues, para refutar

tantos centenares de falsedades y de errores? Solo atacaré los que se oponen á la verdad de mi Historia. He escogido la obra de Mr. de Paw, porque en ella, como en un muladar, se han recogido las inmundicias, esto es, los errores de los otros. Si parecen fuertes mis espresiones, ha sido porque no he creido conveniente emplear la dulzura con un hombre que se pone de hecho pensando á injuriar al Nuevo-Mundo, y á las personas mas respetables del antiguo.

Pero aunque la obra de Mr. de Paw será el principal baluarte á que dirigiré mis tiros, tendré que habérmelas con otros autores, y entre ellos con el conde de Buffon. Tengo en gran estima á este ilustre frances, y lo creo el mas diligente, el mas elocuente, y el mas exacto de todos los naturalistas de nuestro siglo: no pienso que ningun otro le haya escedido en el arte difícil de describir los animales; pero siendo tan vasto el argumento de su obra, no es extraño que á veces se engañase ó pusiese en olvido lo que habia dicho ántes, especialmente sobre América,

donde es tan varia la naturaleza: por lo que ni sus descuidos, ni las razones con que los ataco, podrán de ningun modo perjudicar á la gran reputacion de que goza en el mundo literario.

En la comparacion que hago entre un continente y otro, no es mi designio elogiar la América á espensas de las otras partes del mundo, sino indicar las consecuencias que se deducen naturalmente de los principios establecidos por los autores que impugno. Estos paralelos son demasiado odiosos, y el que pondera apasionadamente su pais, colocándolo sobre todos los otros, se parece mas á un muchacho que pelea, que á un literato que disputa.

En las citas de la historia de los cuadrúpedos del conde de Buffon, me he valido de la edicion hecha en Paris en la imprenta real, en treinta y un tomos, y concluida el año de 1768. En las de las investigaciones de Mr. de Paw, me he servido de la edicion de Londres de 1771, en tres tomos, con las impugnaciones de Pernetty y la respuesta del autor.



DISERTACION I.

SOBRE EL ORIGEN DE LA POBLACION DE AMERICA, Y PARTICULARMENTE DE LA DE MEXICO.

APENAS se hallará en la historia un problema de mas difícil resolucion, que el del origen de la poblacion del Nuevo-Mundo, ni sobre el cual reíne mayor variedad de opiniones. Puede decirse que estas son tantas, cuantas las de los filósofos antiguos sobre la esencia del sumo bien. No trato de examinarlas todas, porque sería un trabajo inútil; ni de establecer un sistema nuevo, porque carezco de fundamentos en que apoyarlo: quiero tan solo esponer y someter al juicio de los hombres doctos mis conjeturas, porque me parece que no serán de un todo infructuosas; mas para proceder con aquella claridad y preeision que el asunto exige, dividiré el punto general en varios artículos, y declararé en diversas conclusiones mis ideas.

¿EN QUE TIEMPO EMPEZÓ A POBLARSE LA AMERICA?

Betancourt y otros autores creyeron que el Nuevo-Mundo empezó á poblarse antes del diluvio. Pudo ciertamente verificarse así, porque el espacio de 1656

años trascurridos entre la creacion de los primeros hombres y aquella gran catástrofe, segun la cronologia del testo hebreo del Génesis, y mucho mas el de 2242 ó 2262 años, segun el cómputo de los Setenta, fué suficiente para poblar toda la tierra, como algunos escritores han demostrado. A lo ménos, despues de diez ó doce siglos, pudieron algunas familias de las que se esparcieron en las partes mas orientales del Asia, pasar al continente occidental que llamamos América, sea, como yo creo, por estar unida á ellas, sea por estar separada tan solo por un pequeño estrecho. Pero ¿cómo se probará que en efecto la América se pobló antes del diluvio? Porque en América, dicen algunos de los que sostienen aquella opinion, habia gigantes, y la época de estos fué antediluviana. (*En aquel tiempo habia gigantes sobre la tierra* (1).—Gen. VI). Porque Dios, dicen otros, no creó la tierra

(1) *Gigantes erant super terram in diebus illis.*—Gen. VI.

sino para que fuese habitada (*El mismo Dios que formó y conserva la tierra. . . y que no en vano la creó, sino que la hizo para que fuese habitada* (1).—Isa. XLV), y no es verosímil que habiendo creado la América con este objeto, quisiese dejarla tanto tiempo sin habitantes, especialmente habiendo mandado á los primeros hombres, que se multiplicasen y cubriesen la tierra (*Creced y multiplicaos, y poblad la tierra* (2).—Gen. IX). Pero aun concediendo que el sagrado texto en que se hace mención de los gigantes, deba entenderse en el sentido vulgar, esto es, en el de hombres de extraordinaria altura y corpulencia, y aunque no dudo que hubiese de estos hombres en América, no obstante lo que dicen Mr. Sloane (3), Mr. de

[1] *Ipse Deus formans terram, et faciens eam... non in vanum creavit eam, ut habitaretur formavit eam*.—Isa. XLV.

(2) *Crescite, et multiplicamini, et replete terram*.—Gen. IX.

(3) El escrito del inglés Sloane, en que trata de probar que los grandes huesos encontrados en América son de elefantes y otros animales, y no de gigantes, se halla en las Memorias de la academia de ciencias de Paris de 1727. Ademas de lo que he dicho en el libro 1 sobre esta opinion, tiene en contra el dicho del Dr. Hernandez, testigo ocular, inteligente y sincero: *Per multa gigantum, dice, non vulgaris magnitudinis ossa, per hosce dies ad inventa sunt, tunc apud Teococanos, tunc apud Tollocenses. Haec autem notoria sunt, quam ut ille queat fillis ab aliquo denegari, et tamen non me lateat a multis judicari multa fieri non posse, antequam facta sint. Adco verum est, atque indubitanum quod Plinius noster dixit: naturae vim atque majestatem omnibus momentis fidei carere.* Si en las escavaciones hechas en América solo se hubieran hallado huesos sueltos y separados, podría creerse que pertenecian á grandes cuadrúpedos; pero habiéndose hallado cráneos y esqueletos enteros humanos, no hay lugar á las conjeturas de Sloane. Véase lo que cuenta Acosta acerca del esqueleto gigantesco descubierto en 1556 en Jesus del Monte, casa de campo de los jesuitas de México, hallándose aquel escritor en ella. Véase lo que dice Zárate, hombre docto y respetable, sobre los

Paw y otros que solo creen lo que ven, de ningún modo confirma la opinion de la poblacion antediluviana; pues los mismos libros santos hablan de algunos gigantes posteriores al diluvio, como fueron Og, rey de Bazan (4), y los cinco de que hacen mención los libros de los Reyes. Podemos conjeturar que habia otros muchos, tanto en Palestina, como en otros paises, de que no hablan los historiadores sagrados, porque no importaba á su propósito. El texto de Isafas nada prueba en favor de aquella opinion; pues aunque Dios formó la tierra para que fuese habitada, nadie puede adivinar el tiempo que fijó para la ejecucion de sus altos designios.

El viajero Gemelli dice, alegando ciertas pinturas mexicanas, que la ciudad de México fué fundada en el año II Calli, correspondiente, segun el mismo, al 1325 de la creacion del mundo, esto es, mas de trescientos años ántes del diluvio; pero este enorme despropósito no fué error de su mente, sino un descuido de su pluma, como claramente se infiere de todo el contexto de su narracion: así que, injustamente se lo echa en cara el maldiciente investigador, el cual achaca tambien el mismo dislate al ilustre Sigüenza, que fué opinion contraria. Es cierto que la ciudad de México fué fundada el año segundo Calli, y que este fué el de 1325; pero no de la creacion del mundo, sino de la era Cristiana. Gemelli, en lugar de escribir lo uno, escribió lo otro.

Por otra parte, es inútil averiguar si la

huesos y cráneos humanos descubiertos en Puerto Viejo, en la provincia de Guayaquil. Véase lo que refiere el sincerísimo Bernal Diaz, de los huesos presentados á Cortés por los Tlaxcaltecas.

(4) Torrubia en su *Aparato á la historia natural de España*, incurrió tres veces en el error de que Og fué antediluviano, y afirma espresamente que se ahogó en el diluvio.

poblacion de América empezó ántes del diluvio; pues por una parte, es imposible descubrir la verdad en un punto tan oscuro, y por otra, siendo indudable que en el diluvio perecieron todos los hombres, es necesario volver á buscar pobladores despues de aquella gran calamidad. Sé que algunos autores circunscriben el diluvio á los confines de una parte de Asia; pero tambien sé que esta opinion no está de acuerdo ni con el texto espreso de la Santa Escritura. (*Y vinieron á cubrirse todos los montes encumbrados debajo de todo el cielo. Quince codos se alzó el agua sobre los montes, que tenia cubiertos* (1).—Gen. VII.); ni con la tradicion de los mismos americanos (2), ni con las observaciones físicas.

[1] *Operis sunt omnes montes excelis sub universo caelo. Quindecim cubitis altior fuit aqua super montes quos operuerat.*—Gen. VII. Parece que Dios inspiró estas palabras para desmentir á los incrédulos, pues no es fácil espresar con mas claridad la universalidad del diluvio. Pero aunque solo se entendiese el texto de los montes de la Palestina y de otros paises inmediatos, como algunos opinan, no alcanzo cómo pueda el agua, con arreglo á las leyes naturales, alzarse quince codos sobre los montes de aquella tierra, sin anegar todo el mundo antiguo y aun el nuevo. Y si el diluvio no fué universal, ¿á que fin mandar construir el arca, cuando tan fácilmente podia la familia de Noé sustraerse á la inundacion, pasando á otros paises que estaban exentos de aquella calamidad? ¿Porqué encerrar en el arca individuos de toda especie de cuadrúpedos, aves y reptiles, á fin de conservar sus especies en la superficie de la tierra, como tan terminantemente se lee en el Génesis? Quedando las especies de animales esparcidas en otras regiones á que no llegaron las aguas, aquella precaucion era del todo infructuosa y ridícula, especialmente con respecto á las aves. Por estas y otras razones no menos poderosas, debemos concluir que los que creyendo divina la autoridad de los libros sagrados, niegan sin embargo la universalidad del diluvio, tienen alguna desorganizacion ó vicio en el cerebro.

(2) Queriendo Dios hacer respetar su justicia por la posteridad de Noé, y confundir la incredulidad de los mortales, dispuso que

El Dr. Sigüenza creyó que la poblacion de América empezó poco despues de la dispersion de las gentes. Como carezo de los MS de aquel ilustre Mexicano, ignoro los fundamentos en que apoya su opinion, la cual es conforme á la tradicion de los Chiapanecas, de que luego haré mencion. Otros autores, por el contrario, la creen demasiado moderna, porque los historiadores de México y del Perú no hallaron en aquellas naciones memoria alguna de sucesos anteriores á ocho siglos. Pero confunden la poblacion de México hecha por los Chichimecas y por los otros Aztecas, con la que sus antepasados fundaron muchos siglos ántes en los paises setentrionales; ni saben distinguir á los Mexicanos de otras naciones que ántes de ellos habitaron aquel pais. ¿Quién sabe, por ejemplo, cuándo entraron en el pais de Anáhuac los Otomites, los Cuicuiltecas y los Michuacaneses? No es de extrañar que no se hallasen en México memorias de sucesos anteriores á ocho si-

ademas de la autoridad de la Biblia y de los cuerpos marinos que en gran cantidad se hallan en los montes, como otros tantos monumentos irrefragables del diluvio, se conservase la memoria de aquel espantoso y general castigo entre las naciones americanas. Estas, sin tener noticia del Génesis, ni comunicacion con los pueblos antiguos, conservaban la memoria del diluvio, como lo testifican Gomara, Acosta, Herrera y otros muchos escritores, que investigaron cuidadosamente aquel punto. Los Toltecas, los Acolhuas, los Tarascos ó Michuacaneses, los Mexicanos, los Mixtecas, los Tlaxcaltecas, los Chiapanecas y otros muchos pueblos seguian aquella tradicion, y la representaron en sus pinturas. Todos ellos creian que la inundacion habia sido universal, y que todos los hombres se habian ahogado, excepto un hombre y una muger, ó una familia. Esto es un hecho que no puede dudar quien proceda de buena fe. Véase lo que he dicho acerca de esto en la Historia, y lo que diré despues. El P. Acosta dice que todos los indios tenian noticia del diluvio; pero esto debe entenderse de los que vivian en sociedad.

glos; pues ademas de la pérdida de innumerables monumentos históricos de aquellas naciones, no sabiendo la mayor parte de los escritores la relacion entre los años mexicanos y los nuestros, debieron incurrir y en efecto incurrieron en un gran número de anacronismos; pero los que adquirieron mayor abundancia de pinturas antiguas y escogidas, y tuvieron mayor sagacidad para indagar la cronología, hallaron ciertamente memorias de tiempos muy remotos, como hicieron Sigüenza é Ixtlilxochitl, sirviéndose de ellas en sus apreciables escritos.

Yo no dudo que la poblacion americana sea antiquísima, y mucho mas de lo que creen los autores europeos. 1. Porque los americanos carecian de ciertas artes ó inventos, como la aplicacion de la cera y del aceite al alumbrado, que por una parte son muy antiguos en Asia y en Europa, y por otra, tan necesarios, que una vez aprendidos no se olvidan jamas. Luego los que pasaron del antiguo al nuevo continente, y propagaron en este la especie humana, verificaron su emigracion ántes de aquellos descubrimientos. 2. Porque las naciones del Nuevo-Mundo que vivian en sociedad, y especialmente las de México, conservaban en sus pinturas y tradiciones la memoria de la creacion del mundo, del diluvio, de la torre de Babel, de la confusion de las lenguas y de la dispersion de las gentes, aunque alterada con algunas fábulas, y no tenian noticia de los sucesos ocurridos despues en Asia, Africa y Europa, habiendo algunos tan grandes é importantes, que no era fácil echarlos en olvido. 3. Porque ni los americanos tenian la menor idea de los pueblos del mundo antiguo, ni estos de aquellos, ni en unos ni en otros se halla el menor recuerdo del tránsito de los hombres á América. Estas razones fundadas, hacen, si

no cierta, verosímil al menos mi opinion (1).

¿QUIENES FUERON LOS POBLADORES DE AMÉRICA?

Los que no reconocen en los libros santos el sello de la verdad divina, ó reconociéndolo no hacen caso de lo que su autoridad sanciona, dicen que los americanos no descendien de Adán y de Noé, creyendo, ó fingiendo creer, que como Dios creó al primero para que fuese el padre de los asiáticos, así formó ántes ó despues otros hombres para que fuesen padres de los africanos, de los europeos y de los americanos. Esto no se opone, segun un autor moderno, á la verdad de la Biblia; porque si bien Moisés no hace mencion de otro primer patriarca que Adán, fué porque no escribia la historia de todos los pueblos, sino solo la de los israelitas.

Pero ademas de que este rancio sistema contradice abiertamente la venerable tradicion, la Sagrada Escritura (2), y la

(1) Cierta autor moderno afirma que la poblacion de América es anterior al uso del hierro, porque no se encontró este uso entre los Americanos. Esta opinion carece de fundamento, pues la invencion del hierro es anterior al diluvio. De Tubalcaín, sexto nieto de Adán, se dice en la Escritura Santa, que trabajó en todas las obras de cobre y de hierro. *Sella genuit Tubalcaín, qui fuit malleator, et fuber in cuncta opera aeris et ferri.*—Gen. VI. [Esto esto: *Sella tambien parió á Tubalcaín, que fué artífice en trabajar á martillo toda especie de obras de cobre y de hierro.*] Se dirá acaso que la América se pobló ántes de la época de Tubalcaín! Los americanos no usaron del hierro, quizás porque en los países setentrionales donde se establecieron al principio, no hallaron aquel metal, y poco á poco se fué perdiendo su memoria.

(2) *Tres isti filii sunt Noe: ab his determinatum est omne genus hominum super universam terram.*—Gen. IX. (Esto es: *Dichos tres son los hijos de Noé, y de esos se propagó todo el género humano sobre la tierra.*) *Peccit ex uno omne hominum genus inhabitare super faciem universae terrae.*—Ac. VII. [Esto es: *el*

creencia común de la Iglesia Católica (cosas en verdad poco importantes á los ojos de aquella clase de filósofos), se halla demostrado por la tradición de los mismos americanos, los cuales en sus pinturas y en sus cánticos se reconocen descendientes de los hombres que se preservaron de la inundación universal. Los Toltecas, los Acolhuas, los Mexicanos, los Tlaxcaltecas, los Tarascos, los Mixtecas, los Chiapanecas, y otros pueblos están de acuerdo en este punto: todos decían que sus abuelos habían venido de otros países; indicaban el camino que habían seguido, y aun conservaban los nombres verdaderos ó falsos de aquellos primeros progenitores, que después de la confusión de las lenguas se separaron de los demás hombres.

El Sr. Nuñez de la Vega, obispo de Chiapa, dice en el proemio de sus *Constituciones Sinodales*, que en la visita que él mismo hizo de su diócesis á fines del siglo pasado, halló muchos calendarios antiguos de los Chiapanecas, y un antiguo MS, en la lengua de aquel país, hecho por los mismos indios, en que se decía, según su tradición, que un cierto Votan (1), tuvo parte en la construcción de aquel gran edificio, que se alzó para subir al cielo, por orden de uno de sus antepasados; que allí tomó cada pueblo su idioma respectivo, y que el mismo Votan fué destinado por Dios para hacer la división de la tierra de Anáhuac. Añade que en su tiempo había en Teopixca, pueblo grande de aquella diócesis, una familia del nombre

es el que de uno solo ha hecho nacer todo el linaje de los hombres, para que habitase la vasta estension de la tierra.} No se puede expresar de un modo mas claro el origen común de todos los hombres, de Adán y de Noé.

[1] Votan era el principal de aquellos veinte hombres ilustres que dieron sus nombres á los veinte días del año chiapaneca.

de Votan, que se creía descendiente de aquel personaje. No pretendo yo dar tanta antigüedad á los americanos, sino solo demostrar que se creían descendientes de Noé.

De los antiguos habitantes de Cuba caeutan muchos historiadores, que preguntados por los españoles sobre su origen, respondieron haber oído decir á sus progenitores que Dios creó el cielo, la tierra y todas las cosas; que habiendo vaticinado un viejo cierta gran inundación, con la cual Dios quería castigar los pecados de los hombres, fabricó una gran canoa, y se embarcó en ella con su familia y con muchos animales; que pasada la inundación, soltó un cuervo, el cual habiendo hallado cadáveres con que alimentarse, no volvió mas á la canoa; que después soltó una paloma, la cual volvió de allí á poco, trayendo en el pico una rama de *hoba*, que es un árbol frutal de América; que cuando el viejo vió enjuta la tierra, desembarcó, y habiendo hecho vino con uvas silvestres, bebió de él, y se embriagó; que entónces uno de sus hijos se burló de su desnudez, y otro mas respetuoso lo cubrió; que cuando salió de su letargo, bendijo á este, y maldijo á aquel; finalmente, que ellos descendían del hijo maldito, y por eso andaban desnudos, y que los españoles, que estaban vestidos, descendían quizá del otro.

Los Mexicanos llamaban á Noé, *Coccox* y *Teopixactli*, y los Michuacaneses *Tezpi*. Estos decían que hubo un gran diluvio, y que Tezpi, para no ahogarse, se embarcó en una nave, hecha á guisa de arca ó caja, con su mujer, sus hijos, muchas especies de animales, y una provision de granos y semillas; que viendo que las aguas disminuían, dió libertad á un pájaro de los que allí se llaman *Auras*, el cual se quedó fuera para comer cuerpos muertos,

y despues soltó otros pájaros que tampoco volvieron, excepto uno (el chupamirto), tan apreciado en aquellos países por el hermoso color de sus plumas, y este le trajo una rama de árbol (1); y que de aquella familia descendian todos los habitantes de Michuacan. Luego, ora nos apoyemos en la Biblia, ora en las tradiciones americanas, debemos buscar en la posteridad de Noé los pobladores del Nuevo-Mundo.

Pero ¿quienes fueron estos? ¿Cuál de los hijos de Noé fué el tronco de aquellas naciones? El Dr. Sigüenza, y la ingeniosa Mexicana Sor María Juana Inés de la Cruz, creyeron, ó conjeturaron que los Mexicanos y las otras naciones de Anáhuac descendian de Nephtuim, hijo de Mesraim y nieto de Cham. Boturini fué de opinion que no solo provenian de Nephtuim, sino de sus otros cinco hermanos. El docto español Arias Montaña se persuadió que los americanos, y especialmente los del Perú, pertenecian á la posteridad de Ofir, cuarto nieto de Sem. Sus razones son tan débiles que no merecen refutacion. De las de Sigüenza hablaré despues.

Los otros autores que no han querido penetrar con sus indagaciones hasta una antigüedad tan remota, han buscado en diversos países del mundo el origen de los americanos. Sus opiniones son tantas y tan diversas, que no es casi posible

(1) Herrera, Dec. 3, lib. III, cap. 10. Véase lo que el mismo dice en la Dec. 4, lib. I, cap. 2, acerca de lo que referian los indios de tierra-firme, sobre su origen. Véase tambien el mismo Herrera, Torquemada, y otros sobre la tradicion de los Haltianos. De la de los Mexicanos, Acolhuas y Tlaxcaltecas, he hablado en el libro II de mi Historia. De la de los Toltecas hacen mencion Boturini; Torquemada y otros. García habla de la de los Mixtecas en su erudito Tratado sobre el Origen de los indios.

numerarlas. Unos creen descubrir sus progenitores en Asia, otros en Africa, otros en Europa. Entre los que abrazan esta última opinion, unos dicen que eran griegos, otros que eran romanos; otros los hacen españoles, irlandeses, curlandeses, y aun rusos. De los que prefieren el origen africano, unos lo atribuyen á los egipcios, otros á los cartagineses, otros á los nómidas. Pero aun es mayor la variedad entre los partidarios del origen asiático. Los israelitas, los caldeos, los asirios, los fenicios, los persas, los tártaros, los indios orientales, los chinos, los japoneses, todos tienen sus abogados entre los historiadores y los filósofos de estos dos últimos siglos. Otros hay que, no hallando lo que buscan en los países conocidos, sacan de las aguas la famosa Atlántida, para enviar de allí colonos al continente occidental; y aun esto es poco, pues ha habido escritores, que para quedar bien con todos, afirman que los americanos provienen de todas las naciones de la tierra.

La causa de tantas y tan estravagantes opiniones ha sido el error comun de que para creer á una nacion originaria de otra, solo basta hallar una afinidad en las voces de sus lenguas, ó alguna semejanza en sus ritos, usos y costumbres. Tales son los fundamentos de casi todos aquellos sistemas, que recogió é ilustró con gran erudicion el dominicano García; y que aumentaron los doctos españoles que reimprimieron su obra con adiciones considerables. En ella podrá verlos el curioso lector, pues yo creia perder el tiempo en refutarlos.

Pero no puedo omitir la opinion del Dr. Sigüenza, adoptada por el ilustre obispo francés Pedro Daniel Huet, y que me parece la mas sólida y racional. Segun estos escritores, las naciones que po-

blaron el imperio mexicano, pertenecian á la descendencia de Nephtum, de la cual algunas familias, saliendo del Egipto, poco despues de la confusion de las lenguas, se dirigieron hácia el continente que nosotros llamamos Nuevo-Mundo. Las razones en que Sigüenza fundó su sistema, solo se hallan indicadas en la *Biblioteca Mexicana*. Quisiéramos verlas espuestas con aquella fuerza y erudicion que su sabio autor emplearia en la obra original; mas, privados de sus apreciables MS, nos contentaremos con referirnos á Eguira en su ya citada Biblioteca.

Redúcense pues sus fundamentos á la conformidad que se observa entre las naciones americanas y los egipcios, en el uso de las pirámides y de los geroglíficos, en el modo de computar el tiempo, en el traje, y en algunos usos, á que se añadió quizá la semejanza del *Tootl* de los Mexicanos, con el *Theuth* de los egipcios, que fué lo que indujo á Huet á seguir la opinion de Sigüenza, aunque por diverso camino. He dicho que estos argumentos son sólidos, y bien fundados; mas solo para formar conjeturas, no para asegurar una verdad, pues bajo este aspecto los creo sujetos á varias objeciones.

Sigüenza quiere que los hijos de Nephtum saliesen de Egipto para América, poco tiempo despues de la confusion de las lenguas; y para sacar de aquí una probabilidad, debería comparar las costumbres de los americanos con las de los primeros egipcios, no con las de sus descendientes, que muchos años despues se establecieron en Egipto, y de los cuales no creen provenir los pueblos de América. Ahora bien, ¿quién creará que los egipcios, inmediatamente despues de la dispersion de las gentes, empezaron á erigir pirámides, y á servirse de geroglíficos, y que desde entónces arreglaron sus años y

meses en la misma forma en que despues los tuvieron? Todo esto fué sin duda posterior á la época de que se trata. Ni necesitaban los americanos ver las pirámides de Egipto para construir otras del mismo género; pues para esto bastaban los montes, verdaderos modelos de aquellas obras colosales. La forma piramidal es la que naturalmente se presenta al que quiere perpetuar su memoria en un edificio; pues no hay otra que ofrezca tanta elevacion con menos dispendio, disminuyéndose la cantidad de los materiales á medida que se va la obra. Ademas que las construcciones mexicanas eran totalmente diversas de las de los egipcios. Estas eran verdaderas pirámides; aquellas se componian de tres, cuatro, ó mas cuerpos cuadrados ó cuadrilongos, de los cuales los inferiores tenian mas amplitud que los superiores. Las egipcias eran huecas; las Mexicanas, macizas: estas servian de base á los santuarios; aquellas, de sepulcro á los reyes. Los templos de los Mexicanos y de los otros pueblos de Anáhuac, eran de un dibujo tan singular, que no creo que los haya habido semejantes en ninguna otra nacion: así que, deben considerarse como invencion original de los Toltecas, ó de otros pobladores mas antiguos.

Mayor analogía se halla en el modo de computar el tiempo, que tenian aquellas dos naciones, aunque no debemos olvidar que se trata de los egipcios posteriores, no ya de los primeros, de quien nada se sabe. El año egipcio era solar, y de 365 dias como el de los Mexicanos: los unos y los otros contaban 360 dias en sus meses, añadiendo 5 dias los egipcios á sus meses *Mesori* y 5 los Mexicanos á sus meses *Izcalli*, en lo que convenian tambien con los persas; pero por lo demas habia gran variedad entre unos y otros. El año egip-

cio constaba de 12 meses, y cada mes de 30 días: el año mexicano religioso, pues del civil y astronómico nada se sabe, se componía de 18 meses, y cada mes de 20 días. Los egipcios, como otras muchas naciones del antiguo continente, contaban por semanas: los Mexicanos por períodos de 5 días en el órden civil, y de 13 en el religioso.

Los geroglíficos eran comunes á los dos pueblos; pero cuántas otras naciones no se han servido de ellos para significar de un modo misterioso los dogmas de su creencia! Y si los Mexicanos aprendieron de los egipcios los geroglíficos, ¿por qué no los tomaron también el uso de las letras? Se dirá que porque estas se inventaron después de su separación; pero ¿quién sabe si los geroglíficos se inventaron antes? El trago de los primeros egipcios habrá sido probablemente el mismo de los otros hijos y nietos de Noé: á lo menos, no hay motivo para creer lo contrario. En cuanto á las instituciones políticas de aquellos primeros hombres nada sabemos. Los mas antiguos egipcios de que hay memoria, son los que vivían en tiempo del patriarca Josef, y si queremos parangonar sus usos con los de los Mexicanos, hallaremos en lugar de semejanza, la mayor diversidad. Nada de esto se dirige á probar la falsedad de la opinión de Sigüenza: únicamente á manifestar que no es una verdad indudable.

El estravagante autor de las Investigaciones dice que los mexicanos traen su origen de los Apalachites meridionales; pero ni alega, ni puede alegar una razón que dé verosimilitud á su paradoja; y aunque fuese cierta, quedaba todavía en pie la dificultad del origen de los mismos Apalachites. Es cierto que para aquel escritor no hay dificultades, pues á veces da á entender que no le desagrada el descabellado sistema del francés La Peyrere.

Por lo que hace á mi opinión, me parece conveniente reducirla á las siguientes conclusiones.

1.^o Los americanos descendien de diversas naciones, ó mas bien de diversas familias, dispersas después de la confusión de las lenguas. No podrá dudar de esta verdad el que tenga alguna idea de la muchedumbre, y de la estraña diversidad de las lenguas americanas. En México he contado 35 de las conocidas hasta ahora; mas numerosas son las de la América Meridional. Al principio del siglo pasado contaban los portugueses 150 en el Marañon. Es cierto que entre algunos de estos idiomas se descubre tanta afinidad, que muy en breve se ocha de ver el origen comun de que emanan: tales son la Eudeve, la Opata, y la Tarumara en la América Setentrional: la Mocobi, la Toba y la Abipona, en la del Mediodía; pero también hay otras muchas que difieren entre sí mas que la hebrea y la ilirica. Puedo asegurar, sin riesgo de enganarme, que entre las lenguas vivas y muertas de Europa, no se hallan dos mas diferentes entre sí, que lo son la mexicana, la otomita, la tarasca, la maya y la mixteca, que son las dominantes en diversas provincias de México. Así que, sería un despropósito decir que las lenguas americanas no son mas que dialectos de una misma. ¿Cómo es posible que una nación altere de tal modo su idioma, ó lo multiplique en tantos dialectos, y tan diferentes, que no conserven muchas voces comunes, ó á lo menos alguna afinidad ó traza de su origen?

¿Quién creerá lo que dice el P. Acosta, atribuyendo la especie á los Mexicanos, aunque sin impugnarla? Esto es, que habiendo llegado los Aztecas, ó Mexicanos, después de su larga peregrinación al reino de Michuacan, quisieron estable-

cerse en aquel país, atraídos por su amidad; pero no pudiendo caber en él todo el cuerpo de la nación, consintió el dios Huizilopochtli en que algunos permaneciesen, y para ello sugirió á los otros, que mientras aquellos se bañaban, les robasen sus vestidos, y continuasen su marcha: que los que se bañaban, viéndose privados de ropa, y burlados por sus compañeros, se enojaron en tales términos, que no solo resolvieron quedarse, sino que adoptaron otro idioma, y que de aquí proviene la lengua Tarasca. Ann mas increíble es la historia adoptada por Gomara y otros escritores: á saber, que de un viejo llamado *Ixtac Mixcoatl*, y de su muger *Itancuilli*, nacieron seis hijos, cada uno de los cuales hablaba una lengua distinta. Llamábanse *Tolhuac*, *Tenoch*, *Olmecat*, *Xicallancatl*, *Mixtecal* y *Otomil*, y fueron los progenitores de otras tantas naciones, que poblaron la tierra de Anáhuac. Esta era una alegoría con que los Mexicanos querian significar que todas aquellas naciones tenían un origen comun; pero los escritores citados la trasformaron en historia, por no haberla entendido.

23 *Los americanos no traen su origen de ninguno de los pueblos que existen actualmente en el antiguo mundo: á lo menos no hay razones para creerlo así.* Esta conclusion se funda en las mismas razones que acabo de esponer; pues si los americanos descendiesen de alguno de aquellos pueblos, se hallaria alguna traza de estos en sus lenguas, por muy antigua que fuese su separacion, pero semejante traza no se ha podido descubrir, aunque muchos autores la han buscado con empeño, como puede verse en la obra del dominicano García. He confrontado prolijamente la lengua mexicana y otras americanas con muchas vivas y muertas del antiguo continente, y no he podido hallar entre

ellas la menor afinidad. La semejanza del *Theotl* mexicano con el *Theos* griego, me indujo á comparar estas lenguas; pero las he hallado diferentísimas. Este argumento es mas eficaz con respecto á los americanos, por su constancia en conservar los idiomas que hablan. Los Mexicanos conservan el suyo á pesar del dominio de los españoles, y el de los Otomites, que es facilísimo, ha resistido al de los españoles y Mexicanos, por espacio de dos siglos y medio.

Si los americanos provienen, como yo creo, de diversas familias esparcidas después de la confusion de las lenguas, y separadas desde entónces de las otras que poblaron el antiguo continente, en vano se fatigarán los escritores en buscar su origen en las lenguas y usos de los pueblos asiáticos. No dudo que, en virtud de lo que dicen los libros santos, habiéndose multiplicado suficientemente la posteridad de Noé, mandase Dios espresamente que se separasen las familias, y que cada una fuese á poblar el país que se le habia señalado. Moisés en su cántico habla así al pueblo de Israel: "Acórdate de los tiempos antiguos, y considera de una en una las generaciones pasadas: pregunta á tus padres, y declararán; á tus mayores, y te dirán que cuando el Altísimo dividia las gentes, cuando separaba los hijos de Adán, fijó los límites de los pueblos, según el número de los hijos de Israel;" en lo cual se representa al Señor en acto de dividir las familias, y de prescribir límites á los países que debia ocupar. Los hombres que emprendieron la construccion de la torre de Babel, se decian unos á otros: "Venid, edifiquemos una ciudad y una torre, cuya cumbre llegue hasta el cielo, y hagamos célebre nuestro nombre, ántes de esparcirnos por todas las tierras." Sabian, pues, que debia llegar la época de

esta dispersion, y Dios, porque con aquella temeraria empresa se oponian á sus designios acerca de la poblacion de la tierra, confundió su lenguaje, y así les fué necesario separarse y dividirse. Es verosímil que Noé, anciano venerable, y reverenciado por todos como padre, habiendo sobrevivido trescientos cincuenta años al diluvio; señalase á cada familia su distrito, segun las instrucciones que habria recibido de Dios; porque de otro modo no hubiera podido verificarse la division sin guerras sangrientas, queriendo cada cual permanecer en su pais nativo, sin esponerse á los peligros y desastres que debian tener en regiones desconocidas. Esta opinion mia se apoya en la tradicion de los Chipanecas, acerca de Votan, primer poblador de Anáhuac, de quien ya he hablado. No se debe errec sin embargo que la primera poblacion de América se debe á las primeras familias que se separaron en Babel, sino á sus descendientes, pues ellas irian encaminándose poco á poco hácia aquella parte, y multiplicándose en su larga peregrinacion.

¿DE DONDE, Y COMO PASARON LOS POBLADORES Y LOS ANIMALES AL NUEVO-MUNDO?

Este es el punto mas difícil de nuestro problema, y, como en el otro, reina en él gran variedad de opiniones. Algunos atribuyen la poblacion de América á ciertos traficantes fenicios, que llegaron allí navegando por el Oceano: otros se imaginan que los mismos pueblos que suponen haber pasado del continente antiguo á la isla Atlantida, pasaron de esta fácilmente á la Florida, y de aquel vasto pais se fueron esparciendo por toda la América: otros, en fin, dicen que pasaron del Asia, por el estrecho de Aniau, y otros, que el tránsito se hizo de las regiones setentrionales

de Europa, por no sé que brazo del mar Glacial.

El benedictino Feijóo se ofreció á proponer al mundo un nuevo sistema. ¿Y cuál era este? Que la América estuvo unida por el Norte al continente antiguo, y que por aquella union pasaron los hombres y los animales. Pero esta opinion es tan antigua como el P. Acosta, el cual la publicó 144 años ántes que Feijóo, en su Historia natural y moral de las Indias: ademas de que no basta á responder á las dificultades que ofrece el paso de los animales, como veremos despues.

El conde de Buffon, á pesar de su gran ingenio y de su prolija exactitud, se contradice abiertamente en este punto. Supone unidos los dos continentes por la parte de la Tartaria Oriental, y afirma que por allí pasaron á América los primeros pobladores, y todas las bestias comunes á uno y otro mundo, como los bisontes, llamados en mexicano cibólos, los lobos, los zorros, los ciervos y otros cuadrúpedos que soportan los climas frios. Añade que no podia haber en América leones, tigras, camellos, élefantes, ni ninguna de las diez y siete especies de monos del antiguo continente; en una palabra, que ningun cuadrúpedo propio de los climas calientes, podia ser comun á ambos mundos, por servirles de barera el frio de los paises setentrionales, que debian atravesar al pasar de uno á otro. Repite sin cesar esto mismo en toda su Historia natural, y con tal seguridad, que por esta sola razon destierra de América las gazelas, las cabras y los conejos. No llama cuadrúpedos propiamente americanos, sino á los que viven en los paises cálidos del Nuevo-Mundo, y coloca entre ellos trece ó catorce especies de monos americanos, divididas por él en las dos clases de *Sapajous* y *Sagouins*.

De estas dice que no habia ninguna en el antiguo continente, como ninguna de las diez y siete de este se hallaba en aquel. ¿Cuál fué pues el origen de estos y otros cuadrúpedos propiamente americanos? Esta duda, que se presenta muchas veces en la obra de aquel gran filósofo, queda irresuelta hasta el penúltimo tomo de la Historia de los Cuadrúpedos, en que hablando como buen católico razona así: "No pudiendo dudarse que todos los animales fueron creados en el antiguo continente, es preciso admitir el tránsito de este al nuevo, y suponer al mismo tiempo, que muchos animales, en lugar de degenerar, como otros, en el nuevo, se perfeccionaron y superaron su propia naturaleza, por la conveniencia del clima. El haberse hallado en el Nuevo-Mundo tantos animales que no se encuentran en el antiguo, prueba que su origen no debe atribuirse á la simple degeneracion. Por grandes y eficaces que sean sus efectos, nunca se podrá creer que estas especies hayan sido originalmente las mismas que las del mundo antiguo. Debe creerse pues que los dos continentes estaban unidos ó contiguos, y que las especies que se habian retirado á las regiones de América, por haber encontrado en ellas clima y producciones mas convenientes á su naturaleza, se aislaron y separaron de las otras por las irrupciones del mar, que dividieron la América del Africa (1)." De todo esto se infiere. 1. Que

(1) Ruego á los lectores que confronten lo que dice aquí el conde de Buffon sobre la antigua union de América y Africa, con lo que escribe en el tomo XVIII hablando del leon. "El leon americano no puede descender del leon del antiguo continente; pues no habitando este sino entre los trópicos, y habiéndole cerrado la naturaleza, según parece, todos los caminos hacia el Norte, no pudo pasar de las partes meridionales del Asia y del Africa á la América, estando separados

no hay animal propiamente americano, pues todos pasaron del continente en que fueron creados. 2. Que el argumento fundado en la naturaleza de los animales repugnante al frio, nada prueba en contra de su tránsito al nuevo continente, pues aquellos que no podian sufrir el frio del Norte, pudieron pasar por la parte de Africa. 3. Que por donde pasaron los monos *Sapejou* y *Sagouins*, pudieron tambien pasar los elefantes y los camellos.

Dejando aparte otras opiniones que no merecen citarse, espondré en algunas conclusiones la mia, no ya para establecer, como he dicho, un sistema, sino para suministrar materiales á otros ingenios superiores, y para ilustrar algunos puntos de mi obra.

1. *Los hombres y los animales pasaron del antiguo continente al nuevo.* Esta verdad se funda en los libros sagrados. El mismo Moisés, que declara á Noé origen comun de todos los hombres, despues del diluvio, dice espresamente que en aquella inundacion general de la tierra, perecieron todos los cuadrúpedos, todas las aves y todos los reptiles, excepto algunos pocos individuos que se salvaron en el arca para restablecer la especie. Las repetidas espresiones de que se vale el historiador sagrado para significar la universalidad, no permiten poner en duda que todos los cuadrúpedos, reptiles y aves que hoy existen en el mundo, descienden de aquellos que se preservaron del esterminio general; de otro modo, como ya he dicho, hubiera sido tan infructuosa como ridicula la diligencia de encerrar aquellos animales, y especialmente las aves, en el arca, y despropósito semejante al de las hijas de Lot, que cuando vieron arder la ciudad de So-

estos continentes por mares inundados: de donde se infiere que el leon americano es un animal propio del Nuevo-Mundo."

doma y Gomorra, se persuadieron que habian parecido todos los hombres, y que ellas quedaban en la tierra para perpetuar la especie humana.

2. *Los primeros pobladores de América pudieron pasar por mar en barcos, ó á pié por tierra, ó sobre el hielo.* 1. Pudieron pasar en barcos, ó casualmente impulsados por el viento, ó con espreso designio, suponiendo la existencia de un estrecho que separase un continente de otro. Así sucedió muchos siglos despues con el marino ó piloto, que, segun algunos escritores, dió á Colon las primeras noticias que lo movieron á emprender sus grandes y memorables descubrimientos (1). 2. Pudieron pasar á pié por tierra, si existia la comunicacion que hemos mencionado entre el antiguo y el Nuevo-Mundo. 3. Pudieron pasar por un estrecho helado. Nadie ignora cuán grandes y durables sean los hielos de los mares del Norte: no es pues imposible que los hombres pasasen por alguna de aquellas masas sólidas, ora persiguiendo alguna fiera, ora en busca de nuevas tierras. Aquí no hablo de lo que sucedió, sino de lo que pudo suceder.

3. *Los progenitores de las naciones que poblaron el pais de Anáhuac (de que principalmente nos ocupamos), pasaron de los países setentrionales de Europa ó los setentrionales de América, ó mas bien, de los mas orientales del Asia, á los mas occidentales de América.* Esta conclusion se funda en la tradicion constante y general de

(1) Algunos autores afirman que el marino que dió noticia á Colon de aquellos nuevos países de Poniente, era andaluz: otros lo hacen vizcaíno, y otros portugués. Otros niegan totalmente el hecho. Como quiera que sea, la historia nos presenta ejemplos de buques arrebatados por los vientos á muchos grados de distancia del derrotero que seguian. Plinio cita algunos de estos casos en el lib. II, cap. 57, y en el lib. VI, cap. 22 de su Historia Natural.

aquellos pueblos, que unánimemente decian haber venido sus abuelos á Anáhuac, de los países situados al Norte y al Nordeste. Confirman esta tradicion los restos de algunos edificios antiquísimos, construidos por aquellas naciones en su peregrinacion, de que ya he hablado, y la creencia comun de los pueblos setentrionales. Ademas de lo que he dicho sobre este punto en el libro II de la Historia, tenemos en Torquemada y Betancourt otra prueba en apoyo de aquella opinion. En un viaje que hicieron los españoles el año de 1606, desde el Nuevo-México hasta el rio que ellos llamaron *Tison*, distante 600 millas de aquella provincia, hácia Nordeste, encontraron algunos grandes edificios, y vieron muchos indios, que hablaban lengua mexicana, de los que supieron que á cierta distancia de aquel rio, hácia el Norte, estaba el reino de Tollan, ó Tolan, con un número de poblaciones grandes, de las que salieron los que poblaron el imperio mexicano, atribuyendo á estas gentes la construccion de aquellos edificios. En efecto, todos los pueblos de Anáhuac creian que en las regiones situadas hácia el Norte y el Nordeste, estaban los reinos y provincias de Tolan, Teoacoluacan, Amaquemecan, Aztlan, Tehuayo, Copala &c.: nombres todos mexicanos. Si llegasen á descubrirse estos países, darian grandes luces sobre la historia antigua de México. Boturini asegura que en las pinturas antiguas de los Toltecas, se representaba la peregrinacion de sus abuelos por el Asia, y por los países setentrionales de América, hasta su establecimiento en Tolan, y aun se ofreció á señalar en su Historia General el camino que siguieron; mas como no tuvo tiempo de escribir aquella obra, no puedo decir mas acerca de su sistema.

Ahora bien: estando los países en que

aquellas gentes se establecieron en la parte de la costa occidental de América que mas se aproxima á la costa mas oriental del Asia, es probable que por allí mismo pasasen de uno á otro continente, ó en barcas, si entónces existia el estrecho que hoy existe, segun parece por los descubrimientos de los rusos, ó á pié, si no habia separacion, como despues veremos. Las trañas que fueron dejando aquellas naciones nos conducen hasta aquel estrecho, que es probablemente el mismo que descubrieron los viajeros del siglo XVI, y á que dieron el nombre de estrecho de Anian (1).

En cuanto á las otras naciones de América, no hallámos en ellas ninguna tradicion acerca de la parte por donde pasaron sus fundadores, nada podemos decir. Quizás el tránsito general se hizo por donde pasaron los progenitores de los Mexicanos, ó quizás por otro punto muy distinto. Yo conjeturo que los que poblaron el Mediodía, tomaron la misma direccion que los animales propios de los países cañentes, y que las naciones que habitan la parte situada entre las Floridas y lo mas setentrional de América, deben su origen á gentes que pasaron del setentrion de Europa. La diversidad de caracteres que se descubren entre aquellas tres clases de americanos, y la situacion de los países que ocuparon, me inclinan á creer que no son del mismo origen, y que no pasaron por los mismos puntos sus fundadores; mas esto no pasa de conjeturas.

Hay otros escritores que resuelven el problema valiéndose de la Atlantida, cuya

(1) En los mapas geográficos de América, publicados el siglo pasado, se señala el estrecho de Anian, aunque con mucha diversidad. Despues se omitió porque se creia fabuloso; pero despues de los descubrimientos de los rusos, algunos geógrafos han empezado á señalarlo de nuevo.

existencia, combatida por el P. Acosta, ha sido sostenida por Sigüenza, segun Gemelli, y posteriormente, con mucha erudicion, por el autor de las Cartas Americanas. Si en la descripcion que Platon hace de aquella isla en su Timoo, no se hallaran tantas fábulas increíbles, seria de gran peso la autoridad de aquel filósofo. Dejando pues á otros esta disputa, vengamos al punto mas difícil del problema.

4. *Los cuadrúpedos y reptiles del Nuevo-Mundo, pasaron por tierra.* Esta verdad se acredita manifestando la improbabilidad ó la inverosimilitud de las opiniones contrarias. El gran Doctor de la Iglesia S. Agustín, creyó que las fieras y los animales dañinos que están en las islas, pudieron ser llevados á ellas por el ministerio de los ángeles, como puede creerse que por estos agentes de la voluntad divina se hizo la reunion de los animales en el sitio en que se construyó el arca de Noé, no siendo posible que los hombres congregasen las fieras errantes en los bosques, y los pájaros que volaban por regiones tan diversas. Pero esta solucion, que corta la dificultad del tránsito de los animales al Nuevo-Mundo, no será bien recibida en el siglo presente, ni debemos hacer uso de ella, sino despues de haber reconocido la inutilidad de todas las demas esplicaciones que se empleen en salvar la verdad de los libros santos.

El mismo santo doctor sugiere otras tres soluciones de la dificultad. Pudieron las fieras, dice, pasar á nado á las islas; pudieron ser trasportadas por los hombres para tener caza con que divertirse; pudieron, en fin, ser formadas de la tierra, como lo fueron al principio del mundo. Pero ninguna de estas esplicaciones conviene al tránsito de las fieras al nuevo continente. En cuanto á la primera, por estrecho que se suponga el brazo de mar que se

paraba los dos mundos, no es creible que se aventurasen á pasarlo á nado tantos animales, poco acostumbrados al agua. Es cierto que los javalis pasan nadando de Córcega á Francia; pero ¿quién puede creer lo mismo del mono, que nada con tanta dificultad, y del perico ligero, cuyos movimientos son tan penosos y pausados? Además ¿qué causa pudo inducir á los animales á dejar la tierra, y abandonarse á los peligros de otro elemento?

No es menos increíble que los hombres los llevasen en buques; especialmente si se supone que su arribo á las costas de América fué imprevisto y casual. Si el viaje hubiera sido efecto de un designio premeditado, hubieran podido trasportar animales útiles ó curiosos, para multiplicar sus especies, y emplearlas en sus necesidades y placeres; pero ¿de qué podían servirles los lobos, los zorros, las fainas, los coyotes y otras bestias, que en lugar de utilidad solo dan molestia y daño? ¿Para la caza? Pero ¿no podrian gozar de la misma recreacion, sacando de ella productos útiles á las liebres, los conejos, las cabras monteses, los venados, los ciervos y otros cuadrúpedos menos feroces? Supongamos, en fin que los primeros pobladores de América fueron tan insensatos que quisieron trasportar fieras para divertirse en cazarlas: ¿seria tanta su insensatez que se tomasen el trabajo de conducir innumerables especies de culcebras para tener despues el gusto de destruirlas?

La tercera solucion, esto es, que Dios creó animales en América como los habia creado en Asia, seria sin duda una respuesta perentoria, si no se opusiese directamente á los libros sagrados. Si Dios habia resuelto hacer esta segunda creacion ¿por qué mandó á Noé que guardase en el arca cierto número de individuos de cuadrúpedos, de reptiles y pájaros para que

no pereciesen sus especies? *Ut salvetur semen super faciem universae terrae.* (Esto es: para que se conserve su casto ó especie sobre la faz de toda la tierra.) Si este texto solo se entiende de los animales del antiguo continente, y no de los del nuevo, lo mismo podrá aplicarse al otro en que se dice que de los tres hijos de Noé se propagó todo el género humano. *Ab his disseminatum est omne genus hominum super universam terram.* (Esto es: de esos se propagó todo el género humano sobre la tierra.) Yo á lo ménos no encuentro distincion entre el *super faciem universae terrae* del primero, y el *super universam terram* del segundo.

Queda otra objecion al tránsito de las bestias, que es la misma que hemos indicado hablando del de los hombres. Es fácil imaginarse que aquellas pasaron sobre el hielo; pero ¿quién puede persuadirse que muchas especies de animales voracisimos se dirigiesen á unas regiones privadas de todo lo que podría servirles de sustento, y que otros, á cuya naturaleza es repugnante el frío, emprendiesen en medio del invierno su marcha: para los países en que este ejerce con más severidad sus rigores?

No siendo pues probable que los animales del Nuevo-Mundo pasasen á nado, ni por hielo, ni que fuesen trasportados por los hombres, ni por los ángeles, ni creados nuevamente por Dios, debemos creer que tanto los cuadrúpedos como los reptiles que se hallaron en América, pasaron por tierra, y que los dos continentes estaban unidos. Tal ha sido la opinion de Acosta, de Buffon, de Grocio y de otros grandes hombres. Estoy lejos de adoptar el sistema del conde de Buffon en toda su estension. Nunca podrá persuadirme este filósofo con toda su elocuencia y erudicion, que todo lo que es ahora tierra ha

sido en otro tiempo lecho de mar. Jamás creeré que el antiguo continente, y lo mismo digo del nuevo, padeciese una inundación general, distinta del diluvio, y mas durable que él. Todos los argumentos de aquel naturalista no bastan á sostener una opinion que parece poco conforme á los libros santos, en los cuales se da á entender que una parte del Asia, á lo menos, estuvo poblada desde la creacion de los primeros hombres hasta el diluvio universal, y desde que la tierra se enjugó hasta algunos años despues de la muerte del Redentor. En la serie de cuarenta siglos ó mas, comprendidos en la relacion de los libros bíblicos, no se halla un hueco, digámoslo así, en qué poder colocar la supuesta catástrofe. Contrayéndome al nuevo continente, no hallo razon alguna para creer que lo sumergiese una inundacion distinta de la del tiempo de Noé, como espero demostrarlo en la tercera disertacion.

Pero no hay duda que despues del diluvio nuestro planeta ha experimentado grandísimas vicisitudes. Las historias antiguas y modernas confirman esta verdad, que Ovidio cantó en nombre del filósofo Pitágoras:—

Vidi ego quod fuerat quondam solidissima telos,
Esse rotum: vidi factas ex coeque terras.

Hoy se aran tierras sobre las cuales se navegaba ántes, y por el contrario, se navega por donde ántes se araba. Los terremotos han hundido las unas, y las otras han salido del seno del mar, á impulso de los fuegos subterráneos (1). El fango de los ríos ha dado origen á nuevos terrenos; el mar, retirándose de algunas costas, ha ensanchado por aquella parte los conti-

(1) *Nascuntur et alio modo terrae, et repente in aliquo mare emergunt, veluti parva secum faciente natura quaeque hauerit hiatus, alio loco reddente.* Plin. Hist. Nat.

nentes, mientras por otras ha usurpado sus dominios, separando en otras su union, y formando nuevos estrechos y senos. Los siglos pasados ofrecen ejemplos de estas revoluciones. La Sicilia estaba unida al continente de Italia, como la Eubea (hoy Negrepono) lo estaba á la Beocia. Diodoro, Estrabon y otros autores antiguos dicen lo mismo de España y Africa, y afirman que de resultas de una violenta irrupcion del Oceano, se rompió la comunicacion entre los montes Abila y Calpe, y se formó el Mediterráneo. Los habitantes de Ceilan creen, en virtud de una tradicion antigua, que aquella isla fué separada por una convulsion semejante de la peninsula Indica. Otro tanto creen algunos pueblos orientales de las Maldivias y de Sumatra. "Es cierto, dice el conde de Buffon, que en Ceilan la tierra ha perdido treinta ó cuarenta leguas que le ha usurpado el mar, mientras en Tongres, pueblo de los Países Bajos, el mar ha cedido casi otro tanto á lo tierra. La parte setentrional de Egipto debe su existencia al Nilo (1). La tierra que este rio trae de los países mediterráneos del Africa, y ha depositado en sus inundaciones, ha formado un suelo de mas de veinticinco brazas de profundidad. Del mismo modo la provincia del Rio Amarillo en la China, y la de la Luisiana, no se han formado sino con fango de los ríos." Plinio, Séneca, Diodoro y Estrabon, citan innumerables ejemplos de estas revoluciones (2), que omito

(1) Faro ó Farion, isla de Egipto, que segun Homero, en la Odisea, distaba un dia y una noche de navegacion del continente, apenas en tiempo de Cleopatra, distaba siete estadios, longitud del puente que por orden de aquella reina hicieron los Rodios. Herodoto, Aristóteles, Séneca, Plinio y otros escritores, hablan de esta importante revolucion del terreno de Egipto.

(2) Véase lo que dicen Plinio en el lib. II de su *Historia*, y Séneca en el VI de sus

por evitar la prolijidad, como tambien otras muchas de los tiempos modernos, de que hablan el mismo Buffon en su *Teoría de la Tierra*, y otros escritores. En América, todos los que hayan observado con ojos filosóficos la península de Yucatan, no dudarán que su terreno ha sido lecho de mar en otro tiempo; y por el contrario, en el canal de Bahama se descubren indicios de haber estado unida la isla de Cuba al continente de la Florida.

En el estrecho que separa la América del Asia se ven muchas islas, que probablemente serian las cimas de las montañas de algun espacio de tierra, sumergido por la violencia de un terremoto: lo que hace mas verosímil la multitud de volcanes de la península de Kamschatka. Es por consiguiente probable que la separacion de los dos continentes haya sido efecto de aquellos espantosos terremotos de que hacen mencion los historiadores americanos, y que en aquellos pueblos forman una época casi tan memorable como la del diluvio. Los Toltecas lo colocan en el año I Tecpatl; pero ignorando el siglo de que se trata, no nos es dado referirlo á nuestra cronología. Si se hundiese el istmo de Suez, por efecto de algun gran trastorno fisico, y ocurriese esto en una época en que hubiese tanta escasez de historiadores como en los primeros siglos despues del diluvio, al cabo de 300 años se

cuestiones. Plinio cuenta nueve islas formadas por la elevacion del fondo del mar, que eran, Rodas, Delos, Anafe, Nea, Alona, Jera, Tera, Terasia, y en sus tiempos, Tia. Entre las otras formadas por terremotos cita á Sicilia, que dista 12 millas de Italia; á Chipre separada de la Siria; á Eubea de la Boecia; á Atalanta y Nacris de la Eubea; á Berbisco de la Bitinia; á Leucosia del promontorio de las Sirenas. Entre las tierras sumergidas hace mencion de la isla Coa, en que se anegaron 30 millas de terreno, con inmenso estrago de habitantes.

dudaria si el Asia estuvo unida por aquella parte con el Africa, y no faltarían personas que lo negasen redondamente.

5. *Los cuadrúpedos y reptiles de América pasaron por diversas partes de un continente á otro.* Entre los animales americanos hay algunos que no pueden soportar el frio, como los cocodrilos y los monos: hay otros por el contrario, naturalmente inclinados á vivir en el hielo, como las marmotas, los rongíferos y los glotonas. Ni estos pudieron pasar al continente americano por la zona tórrida, ni aquellos por la fria; pues sería necesario violentar su índole, y morirían indudablemente en el camino. Los monos que se ven en las provincias mexicanas, provienen de la América Meridional (1). El centro de su poblacion está situado bajo la línea equinoccial, y entre esta y los 14° y 15° de latitud: á proporcion que se alejan del ecuador, se va disminuyendo su número, y mas allá de los trópicos solo se encuentran en algunos países en que las circunstancias locales producen un calor igual al que se experimenta bajo la línea: aquí, pues, podría creer que estos animales se encaminasen al Nuevo-Mundo por el áspero clima del Norte? Se dirá que no es inverosímil que los hombres los llevasen consigo, para divertirse con sus ridiculos ademanes y remedos; pero ademas de que lo que decimos de los monos, se puede aplicar á otros muchos animales que no

(1) D. Fernando de Alba Ixtlixochitl, indio muy instruido en las antigüedades de su nacion, dice en la *Historia Universal de la Nueva-España*, que no habia monos en la tierra de Anáhuac, y que los primeros que allí se vieron, vinieron del Mediodía, despues de la época de los grandes vientos. Los Tlaxcaltecas, desfigurando con fábulas aquel suceso, decian que la especie humana fué destruída por el viento, y que los pocos hombres que sobrevivieron fueron transformados en monos.

tienen la menor calidad apreciable, sino muchas temibles y odiosas, ¿es creíble que los hombres se tomasen el trabajo de llevar individuos de cada una de las numerosas especies de monos que se ven en América, entre las cuales hay algunas que léjos de ser graciosas, son de un aspecto disforme, y de una índole feroz, como los llamados *zambos*? Y en caso de que se hubiesen resuelto á llevar dos individuos á lo ménos de cada especie, estos ciertamente no hubieran podido pasar ni por los mares, ni por las tierras del Norte, por muchas precauciones que se hubiesen adoptado para preservarlos del frio. Era pues necesario trasportarlos de los países cálidos del antiguo continente, á los países cálidos del nuevo, por unos mares cuya temperatura fuese análoga al país de aquellos cuadrúpedos: esto es, ó del Mediodía del Asia al Mediodía de América, por los mares Índico ó Pacífico, ó del Occidente de Africa al Oriente de América, por el Océano Atlántico. El trasporte de los animales no puede hacerse sino por alguno de aquellos mares. Pero esta navegacion ¿fue casual, ó intentada á propósito? Si casual, ¿á qué fin llevaban consigo los hombres aquel extraño cargamento? Si tenian el proyecto de pasar á aquellos países que les eran desconocidos, ¿quién les dió noticia de ellos? ¿quién les indicó su situacion? ¿quién les enseñó el camino? ¿cómo se arriesgaron á surcar sin auxilio de la brújula aquellos mares vastísimos? ¿de qué buques se sirvieron para tan larga y arriesgada navegacion? Si estos buques llegaron felizmente, ¿es posible que no haya quedado entre los americanos el menor recuerdo de su construccion.

Añádase á lo dicho la abundancia de cocodrilos en la zona tórrida del Nuevo-Mundo, animales que exigen un clima caliente ó templado, y que viven alternati-

vamente en la tierra y en el agua dulce. ¿Por dónde pasaron estos? No por el Norte, cuyo frio es contrario á su naturaleza; ni trasportados por los hombres, que seguramente no podian tener el absurdo capricho de introducir en las tierras que iban á poblar, unas bestias tan perjudiciales y destructoras. Tampoco puede decirse que hicieron el viaje á nado, alejándose por las aguas saladas del Océano á cerca de dos mil millas de los rios ó lagos en que nacieron, y en que gozaban de la compañía de los otros individuos de su especie.

No queda otro arbitrio sino el de admitir la antigua union de los países ecuinocciales de América con los de Africa, y la continuacion de los países setentrionales de América hasta los de Europa y Asia: esta para el tránsito de las bestias propias de los países frios, y aquella para el de los cuadrúpedos y reptiles de los cálidos. Por todo lo que he dicho hasta ahora, me persuado que hubo en épocas remotas una gran estension de tierra, que unia la parte mas oriental del Brasil con lo mas occidental de Africa, la cual desapareció quizás, de resultas de algun gran terremoto, quedando solo algunos restos en las islas del Cabo Verde, de Fernando de Noroña, de la Ascencion, de San Mateo y otras, y en los muchos bancos reconocidos por los navegantes, y particularmente por Mr. Buache, que sondeó todos aquellos parajes con la mayor diligencia (1). Estas islas y bancos habrán sido verosimilmente la parte mas alta de aquel continente hundido. Del mismo modo

(1) Mr. Buache presentó el año de 1737 á la Academia Real de Ciencias de Paris, el mapa hidrográfico de aquellos mares, hecho segun sus observaciones. La Academia lo examinó y aprobó. El autor de las Cartas Americanas copia en pequeño aquel mapa, en el tomo II de su obra.

creo que la parte mas occidental de América estuvo unida con la mas oriental de la Tartaria, y quizás no seria imposible que existiese otra union, por la Groenlandia, entre América y el Norte de Europa.

El sumo respeto que se debe á los libros santos me obliga á creer que los cuadrúpedos y reptiles del Nuevo-Mundo, descienden de aquellos individuos que se salvaron del diluvio universal en el arca de Noé, y las razones alegadas hasta ahora, y otras que omito por evitar fastidio á mis lectores, me persuaden que su tránsito se hizo por tierra, y por diversas partes del nuevo continente. Todos los otros sistemas están sujetos á gravísimas dificultades: en el que propongo hay algunas; pero no son insuperables. La principal consiste en la aparente inverosimilitud de un terreno capaz de sumergir un espacio de tierra de mas de 1.500 millas, que era el que, en mi hipótesis unia el Africa con la América, sepultándolo hasta la profundidad que se observa en algunos puntos de aquellos mares. Pero ademas de que yo no atribuyo á tau estuenda revolucion á un solo terremoto, habiendo en las entrañas de la tierra tantas masas de materias combustibles, la inflamacion de las unas podria comunicarse rápidamente á las otras, (del mismo modo que Gasendi explica la formacion del rayo) y la violenta rarefaccion del aire contenido en aquellas minas naturales, podria en un momento sacudir, agitar y precipitar al seno del Oceano un continente de dos ó tres mil millas de estension. Esto no es imposible, ni inverosímil, ni carece de ejemplos en la historia. El terremoto que se sintió en el Canadá en 1663, aniquiló una cadena de montes de roca, que tenia 300 millas de largo, quedando convertido todo aquel espacio en una vasta llanura. ¿Cuán terrible no habrá sido la convulsion

ocasionada por aquellos extraordinarios y memorables temblores de tierra, de que hacen mención las historias antiguas americanas, y con los cuales creian aquellos pueblos que se habia destruído el mundo!

Tambien puede oponerse á mi sistema que si los animales pasaron por tierra de uno á otro continente, no es fácil adivinar por qué razon pasaron algunas especies, sin quedar un solo individuo de ellas en el continente antiguo, y por el contrario, quedaron en este especies enteras, sin que pasase al otro un solo individuo de ellas. Por ejemplo, ¿por qué pasaron las 14 especies de monos que hoy se encuentran en América, y no las 17 que el conde de Buffon cuenta en Asia y en Africa, siendo todas de un mismo clima, y teniendo la misma facilidad de hacer el viaje? ¿Por qué pasó el lentísimo perico ligero; y no la veloz gazela? Si de la Armenia, donde se detuvo el arca de Noé, se encaminaron los animales hacia la América, debieron hacer un viaje de 6000 millas las especies destinadas á los países equinocciales de aquella parte del mundo; pasando de America á Egipto por la Siria y la Mesopotamia; de Egipto por el Asia central, al supuesto espacio de tierra que unia los dos continentes, y finalmente al Brasil. Con respecto á muchos cuadrúpedos, este viaje no ofrece dificultad, concediéndoles un espacio de 10, 20 ó 40 años; pero el perico ligero no se puede concebir que lo ejecutase en 6 siglos, caminando sin cesar. Si damos fé al conde Buffon, aquel animal no puede andar en una hora mas que una toesa, ó 6 pies reales de París; de modo que para 6,000 millas, necesitaba 680 años, y mucho mas, si creemos lo que dicen Maffei, Herrera y Pison, á saber: que aquel infeliz cuadrúpedo apenas puede andar en 15 dias un tiro de piedra.

Estas son las objeciones que presenta mi opinion; y algunas de ellas tienen todavía mayor fuerza contra todos los sistemas que he citado, excepto el que echa mano de los ángeles para cortar la dificultad. Si los hombres fueron los que trasportaron las bestias, ¿por qué en lugar de lobos y zorros no llevaron caballos, toros, ovejas y cabras? ¿Por qué no dejaron un solo individuo de muchas especies en el continente antiguo? Si los animales pasaron á nado, ¿la dificultad del viaje marítimo se añade la del terrestre. Si todos, aun los de la América Meridional, pasaron por el Norte, en lugar de 6000 millas, tendremos 15000, que el perico ligero no pudo atravesar en ménos de 1740 años.

Respondiendo pues á las mencionadas objeciones, diré: 1. Que no siendo hasta ahora conocidos todos los cuadrúpedos de la tierra, no podemos saber cuáles son los que faltan en uno y en otro continente. El conde de Buffon cuenta 200 especies; Mr. Valmont de Bomare, que escribió algún tiempo despues, cuenta 205; pero lo cierto es que nadie es capaz de numerarlas todas, pues nada se sabe de las de algunas regiones interiores del Africa, de una gran parte de la Tartaria, del país de las Amazonas, de la Luisiana setentrional de los países situados al Norte del río Colorado, del país de los Apaches, de las islas de Salomon, de la Nueva Holanda, &c.: regiones que ocupan una vasta porcion de la superficie de nuestro globo. Ni es de estrañar que no se tenga noticia de los animales que habitan los países desconocidos, cuando de los que residen en países conocidos y habitados 260 años por los europeos, no tienen los zoólogos los datos necesarios para escribir su historia. El conde de Buffon, con poseer tan vastos conocimientos sobre esta parte importante de las ciencias naturales, omi-

te algunos cuadrúpedos de México, y hablando de otros, comete los graves errores de que hablaré en otra disertacion.

Contrayéndome á los animales de que ciertamente carecian las tierras de América, como el elefante, el camello y el caballo, no faltan razones para esplicar su falta. Puede ser que en efecto pasasen al Nuevo-Mundo, y que pereciesen esterminados por las fieras ó por alguna epidemia peculiar á sus especies; tambien puede ser que nunca pasasen. Algunos, como el elefante y el rinoceronte, cuya multiplicacion es lenta, permanecieron quizás en los países meridionales de Asia y Africa, hallando un clima conveniente á su naturaleza, buenos pastos y un grande espacio de tierra en que poder vivir con holgura; por lo que no necesitarian salir de sus regiones primitivas, para vivir segun sus inclinaciones y apetitos.

Es cierto que, segun algunos autores, los grandes huesos que se han encontrado en las márgenes del Ohio y en otros puntos de América, pertenecen á elefantes, de lo que se inferiria su antigua existencia en aquel continente; pero en general los zoólogos no están de acuerdo sobre este punto, y por consiguiente no se puede deducir ningun argumento sólido contra mi hipótesis (1). Por fin, pudo ser tambien que muchas bestias no pasasen al Nuevo-Mundo, por haberseles impedido los hombres. Yo no dudo que despues de haber salido del arca la familia de Noé,

[1] Muller dice que los huesos de que se trata, eran de unos grandísimos cuadrúpedos llamados *mannut*. El conde de Buffon, fiándose quizás demasiado en los datos de aquel escritor, calculó que el *mannut* era seis veces mayor que el elefante. Otros dicen que son huesos de hipopótamo, otros de bestias marinas, otros finalmente de animales desconocidos, y cuyas especies se han estinguido de un todo.

retuvo en su poder las vacas, las ovejas y las cabras, formando rebaños para satisfacer sus necesidades, como habian hecho sus antepasados, en virtud del permiso que Dios habia concedido despues del diluvio. A medida que se fueron propagando los hombres, se fueron igualmente aumentando sus posesiones en Armenia, Calden, Siria, Persia y Egipto, á cuyas regiones quedaron verosimilmente confinados en aquellos primeros tiempos los rebaños, bajo el cuidado de los primogénitos de las familias.

Entre tanto, los cuadrúpedos que habian conservado su libertad, huyeron de los hombres, y se dirigieron á los paisés despoblados, y algunos de ellos, buscando el clima y el pasto convenientes á su naturaleza, pudieron encaminarse hacia el Nuevo-Mundo. Despues, algunas familias destinadas á poblar otros paisés, previendo su separacion, y queriendo dejar á la posteridad un monumento de su magnificencia, emprendieron la construccion de la ciudad y la torre que se llamó de Babel. Dios confundió sus idiomas para obligarlas á ir á sus destinos, y ellas, cediendo á la voluntad del Eterno, y al castigo que las amenazaba, se pusieron en marcha por diversos caminos. Los progenitores de los que debian poblar la América, ó no condujeron consigo rebaños, porque no pudieron adquirirlos, ó habiéndolos sacado de Calden, los consumieron en su larga peregrinacion. Lo cierto es que ninguno de los animales que estuvieron en los primeros siglos bajo el cuidado especial de los hombres del mundo

antiguo, se encontró en el nuevo: lo que parece ser claro indicio de que los que pusaron lo hicieron por su propio instinto, y no por ministerio de los hombres. Lo que digo de las vacas, de las ovejas y de las cabras, se puede aplicar á los asnos y á los caballos, animales que sin duda alguna fueron reducidos á esclavitud, inmediatamente despues del diluvio. Como quiera que sea, el argumento sacado del tránsito de unas bestias y no de otras, nada prueba contra mi sistema.

En cuanto al cálculo indicado del tiempo que necesitaba el perico ligero para pasar de la Armenia al Brasil, no hallo en él ningun inconveniente. Aunque necesitase 1000 años, pudo en fin llegar, si los dos continentes estuvieron unidos todo aquel tiempo: suposicion que no repugna ni á la razon ni á la historia. Pero tampoco se debe admitir ciegamente el cálculo en que la objecion se funda. El mismo conde de Buffon dice que los escritores han exagerado la lentitud de aquel animal, y Mr. d'Aubenton asegura que no es tan lento como la tortuga. Además de que, no siendo un animal dañoso, sino antes bien digno de compasion, pudieron ayudarlos los hombres, llevándolo de un país á otro.

Tal es mi opinion acerca de la poblacion de América. Sometela al juicio de los hombres sabios y cristianos: no empeño al de los filósofos incrédulos y caprichosos, que ni respetan la autoridad divina, ni se curan de las tradiciones humanas, ni hacen caso de los dictados de la razon.

DISERTACION II.

PRINCIPALES EPOCAS DE LA HISTORIA DE MEXICO.

La estrafia variedad que se nota en los autores, acerca de la cronología de la historia de México, me obliga á examinar prolijamente las épocas de sus principales sucesos. Para hacerlo en el cuerpo de la historia, hubiera sido necesario interrumpir el hilo de la narracion con disputas espinosas. En las notas no podia hacerse sin daries demasiada estension. La variedad de las opiniones de los escritores, nace de no haber podido ajustar los años mexicanos á los nuestros. Yo he trabajado con gran esmero en averiugar la verdad, y en parte me parece haberlo conseguido, como hará ver en la presente Disertacion, que sin duda parecerá ojojosa á los que miran con poco interes la ilustracion de las cuestiones cronológicas.

SOBRE LA EPOCA DE LA LLEGADA DE LOS TOLTECAS Y OTRAS NACIONES AL PAIS DE ANAHUAC.

No hablamos ahora de los primeros pobladores, sino de las naciones que figuran en mi Historia, sobre las cuales están discordes los autores, acerca del órden de su llegada. Los Chichimecas, por ejemplo, que segun Acosta, Gomara y Sigüenza, fueron los primeros, segun Torquemada fueron los terceros, y segun Boturini los cuartos. No es menor su discordancia

acerca del tiempo de la llegada de cada nacion, como hará ver despues.

Nadie duda que los Toltecas fueron antiquísimos. De las mismas historias de los Chichimecas se infiere que estos no llegaron al país de Anáhuac, sino despues de la ruina de aquellos, cuyos edificios vieron en su viaje, y cuyos restos encontraron en las orillas del lago mexicano, y en otros puntos. En esto convienen Torquemada, Betancourt y Boturini: Herrera, Acosta y Gomara, no hacen mencion de los Toltecas, quizás porque los autores antiguos de que se sirvieron, omitieron las noticias de aquella nacion, siendo en su tiempo oscuras y escasas.

Acerca del tiempo de su llegada, Torquemada dice en el libro III de su Historia, que ocurrió en el año 700 de la era vulgar; pero de lo que escribe en el libro I se deduce que debió ser en el 648. Boturini cree que fué un siglo ántes, pues dice que Ixtlilxochahuac, rey segundo de Tula, reinaba por los años de 660. Por sus pinturas sabemos que salieron de Huehuetlapallan el año I Tecpatl; que despues de haber peregrinado 104 años, se establecieron primero en Tolantzinco, y luego en Tula, y que su monarquía, que empezó el año VII Acatl; duró 384 años. Des-

pues de haber confrontado estas épocas de los Toltecas con las de los Chichimecas sus sucesores, me he convencido de que su salida de Huehuetlapallan ocurrió el año 544, y su monarquía empezó en el 667. El que quiera continuar retrocediendo hasta aquel tiempo, por la serie de los años mexicanos comparados con los de la era cristiana, como la he supuesto al fin del tomo I, hallará que el año 544 de esta correspondía al I Teopatl, y el año 667 al VII Acatl. No hay motivo para anticipar estas épocas, ni pueden posponerse sin trastornar algunas de las naciones posteriores. Ahora bien, si la monarquía empezó en 667, y duró 334 años, debe fijarse su fin y la destrucción de los Toltecas, en el año 1051 de nuestra era.

Entre la ruina de los Toltecas y la llegada de los Chichimecas, no pone Torquemada mas de nueve años; mas esto no puede ser, porque segun el mismo autor, los segundos encontraron arruinados los edificios de los primeros, lo que no pudo verificarse en tan poco tiempo. Ademas, no puede fijarse en aquel siglo el principio de la monarquía chichimeca, sin aumentar el número de sus reyes, ó sin prolongar escésivamente su vida, como hace Torquemada. ¿Quién será capaz de creer que Xolotl reinase 113 años, y viviese 200? que Nopaltzin, su hijo, viviese 170, Techotlala, su tercer nieto, reinase 104, y Tezozomoc, su descendiente, ocupase el trono de Azcapozalco 160 ó 180 años? Es cierto que un hombre de complexion robusta, ayudado por la sobriedad y por el influjo de un clima benigno, como el de México, podia llegar á tan avanzada edad; y no son raros en la historia de aquellos países los ejemplos de hombres que han prolongado su existencia mas allá del término ordinario. Calmecahua, uno de los capitanes Tlaxcaltecas que ayudaron á los

españoles en la conquista de México, vivió 130 años: el jesuita Pedro Nieto murió en 1630, á la edad de 132: Diego Ordoñez, franciscano, murió en Sambrerete de 117 años, predicando hasta el último mes de su vida (1). Pudiera hacerse un largo catálogo de aquellos que, tanto en los dos siglos pasados, como en nuestros dias, han pasado en aquellos países de la edad centenaria. Entre los indios particularmente no son raros los que llegan á 90 y 100 años, conservando hasta la estrema vejez los cabellos negros, la dentadura entera y la vista firme; pero habiendo sido tan pocos los que desde el siglo XXIII del mundo han prolongado la vida hasta los 150 años, que se miran como otros tantos fenómenos, no podemos convenir con la estravagante cronología de Torquemada, que quizás se apoyaria en alguna pintura ó escrito de los Texcocanos, especialmente cuando él mismo confiesa que aquellas naciones no fueron muy exactas en el cómputo de los años. Por tanto, no dudo que la llegada de los Chichimecas á Anáhuac se verificó en el siglo XII, y probablemente hácia el año de 1170.

Apénas habian pasado ocho años, desde que Xolotl, primer rey chichimeca, se había establecido en Tenayuca, cuando llegaron nuevas gentes, conducidas, como he dicho en la historia, por seis caudillos. Estas eran en mi opinión, las seis tribus de Xochimilco, Tepanecas, Colhuas, Chalqueses, Tlahuicas y Tlaxcaltecas, que se separaron de los Mexicanos en Chicomezotoc, y que llegaron unas despues de otras al valle, en el mismo orden en que acabo de nombrarlas. Lo cierto es que cuando

(1) Diego Ordoñez vivió en su órden 104 años, y en el sacerdocio 95. En su último sermón se despidió del pueblo de Sambrerete con aquellas palabras de S. Pablo: *Bonum certamen certavi, cursum consummavi &c.*

llegaron, pocos años después los Acolhuas, hallaron fundada por los Tepanecas la ciudad de Azcapotzalco, y por los Colhuas la de Colhuacan. Además se sabe que aquellas tribus llegaron después de los Chichimecas: de que se infiere que su llegada fué en el intervalo que medió entre la de estos y la de los Acolhuas. Ahora bien: no hay memoria de otras gentes venidas por aquel tiempo al Anáhuac, sino las conducidas por los mencionados seis gefes; luego estas fueron las seis tribus de Nahuatlacas, que he citado con sus respectivos nombres. El P. Acosta las coloca tres siglos ántes, pues dice que llegaron á orillas del lago el año de 902, después de una peregrinación de ochenta años; mas este cálculo no está de acuerdo con la historia, de la que consta que cuando Xolotl vino al valle con su colonia de Chichimecas, halló despobladas las orillas del lago, y la llegada de esta colonia no pudo verificarse ántes de la mitad del siglo XII, como he dicho mas arriba.

Ignórase la época de la llegada de los Acolhuas; pero yo no dudo que fuese hácia fines del mismo siglo, porque aquellos pueblos llegaron pocos años después de las seis tribus, y por otra parte consta de la historia que Xolotl sobrevivió algunos al establecimiento de estas.

La última nación ó tribu que se dejó ver en Anáhuac fué la de los Mexicanos. En todos los autores que he consultado no he hallado uno que sea de opinión contraria sino Betancourt, el cual da el último lugar á los Otomites. El P. Acosta fija la llegada de los Mexicanos á las orillas del lago en el año de 1208, porque coloca aquel suceso 306 años ántes de la llegada de las seis tribus Nahuatlacas, que según su cómputo, se verificó en 902. Torquemada, según el cálculo hecho por Betancourt sobre los datos en que se fun-

da, pone la llegada de los Mexicanos á Chapultepec en el año 1260. Una Historia mexicana anónima, citada por Boturini, pone la venida de aquella tribu á Tula en 1196, y en esta época parece que están de acuerdo algunos historiadores indios. Esta cronología, además, concuerda perfectamente con todas las otras épocas; por lo que yo la adopté, como la mas probable y casi cierta. Supuestos estos principios, digo que los Mexicanos llegaron á Tzompanco el año de 1216, y á Chapultepec el de 1245: porque se sabe que se detuvieron en Tula nueve años; en Tepexic, y en otros puntos ántes de llegar á Tzompanco, once; en Tzompanco, siete, y en otros lugares ántes de Chapultepec, veintidos. Después de haber estado allí diez y siete años, pasaron á Acapulco en 1262; detuviéronse cincuenta y dos años, y fueron conducidos esclavos á Colhuacan en 1314.

En cuanto á los Otomites, también hay gran variedad de opiniones. Unos los confunden con los Chichimecas, como Acosta, Gomara, y la mayor parte de los escritores españoles. Torquemada en unas partes hace lo mismo, y en otras los separa. Betancourt, después de haber copiado la narración de Torquemada, en todo lo relativo á los Toltecas, á los Chichimecas y á las otras naciones, dice, hablando del reinado de Chimalpopoca, tercer rey de México, que en su tiempo llegaron los Otomites al Anáhuac, y se establecieron principalmente en Xaltocan. No debe echarse en olvido esta anécdota de Betancourt, que sin duda tomara de los escritos de Sigüenza, pues no suele separarse de Torquemada, sino cuando abraza las opiniones de aquel docto Mexicano; pero se engaña en la cronología, pues fija la llegada de los Otomites en el año VI Teotl, que creyó correspondiente al 1381:

no es así; pues, como se ve en mi tabla cronológica, el año de 1381 fué el VI Calli, y no reinaba entónces Chimalpopoca, sino Acamapichtzin, como haré ver después. Si la llegada de los Otomites al valle Mexicano (no al país de Anáhuac en que estaban establecidos muchos siglos ántes) ocurrió en el año VI Tecpatl, y bajo el reinado de Chimalpopoca, debió ser en 1420. El no hacerse mención de los Otomites ántes de esta época, y el ser menos civilizados que las otras naciones, cuando llegaron los españoles, los cuales los encontraron esparcidos en varias provincias, aislados y rodeados de pueblos de diferentes idiomas, nos hace creer que en la época que hemos indicado empezaron á vivir en sociedad bajo el dominio de los Tepanecas y después bajo el de los Mexicanos y Tlaxcaltecas. Yo conjeturo que habiendo encontrado el país ocupado por las otras naciones, no pudieron establecerse en uno solo, aunque la gran masa de la nación Otomite pobló el terreno que está al Norte y al Noroeste de la capital, como mas próximo á los montes en que ántes vivían esparcidos á guisa de fieras.

La causa de haber sido los Otomites confundidos por muchos españoles con los Chichimecas, se halla en la misma historia. Cuando los antiguos Chichimecas fueron civilizados por los Toltecas y los Nahuatlacas, muchas familias de aquella nación se abandonaron á la vida salvaje en el país de los Otomites, prefiriendo el ejercicio de la caza á los trabajos de la agricultura. Estos fueron los que conservaron el nombre de Chichimecas, y los otros empezaron á llamarse Acolhuas, honrándose con el nombre de la nación que se estimaba la primera en el órden de la civilización. De los Otomites, los que se civilizaron, conservaron su antiguo nombre, con el cual son conocidos en la his-

toria; pero los otros, que, esparcidos en los bosques, y mezclados con los Chichimecas, no quisieron renunciar á su bárbara libertad, fueron llamados Chichimecas por muchos que adoptaron, para las dos naciones, el nombre de la que tenia mas celebridad. Por esto algunos escritores, hablando de aquellos bárbaros que por mas de un siglo despues de la conquista molestaron á los españoles, distinguen los Chichimecas Mexicanos, de los Chichimecas Otomites, porque los unos hablaban la lengua otomite, y los otros la mexicana, segun la nación á que debían su origen.

De todo lo que llevo dicho se puede inferir con mucha verosimilitud en cuanto lo permiten cuestiones tan oscuras, que el órden y el tiempo de la llegada de aquellas naciones al país de Anáhuac, fué el siguiente:

| | |
|--|------|
| Los Toltecas en el año de | 618 |
| Los Chichimecas hácia el de | 1170 |
| Los primeros Nahuatlacas, hácia el de | 1178 |
| Los Acolhuas á fines del siglo XII. | |
| Los Mexicanos llegaron á Tula en | 1196 |
| A Tzompanco en | 1216 |
| A Chapultepec en | 1245 |
| Los Otomites llegaron al valle de México, y empezaron á civilizarse en | 1420 |

Sé que los Tepanecas ponderan tanto la antigüedad de Azcapozalco, que, segun Torquemada, contaba 1561 años desde su fundacion hasta el principio del siglo XVII: es decir, que la creían fundada inmediatamente despues de la muerte de nuestro Redentor; pero consta lo contrario de la historia de las otras naciones, las cuales hacen á los Tepanecas poco mas antiguos que los Mexicanos en Anáhuac. Acredita lo mismo la serie de los señores de Azcapozalco, cuyos retratos se han

conservado hasta tiempos muy modernos en un antiguo edificio de aquella ciudad. Ellos no contaban mas de diez señores, desde la fundacion del estado hasta su memorable ruina, ocasionada por los ejercicios unidos de los Mexicanos y de los Acolhuas en 1425; de modo que seria necesario dar á cada señor ciento y cuarenta años de gobierno para llenar aquella suma.

Los Totonacas por su parte se creían mas antiguos que los Chichimecas, pues la jactancia de un origen remoto es flaqueza comun á todas las naciones. Contaban, pues, que habiéndose establecido por algun tiempo á las orillas del lago de Texcoco, pasaron de allí á poblar las montañas, á que dieron el nombre de *Totonacapan*; que allí fueron regidos por diez señores, cada uno de los cuales gobernó ochenta años, ni mas ni menos, hasta que habiendo llegado los Chichimecas al Anáhuac, en el reinado de Xatoucan, señor de la nacion Totonaca, la sometieron á su dominio, y despues los Mexicanos al suyo. Torquemada, que refiere esta tradicion en el libro III de su *Monarquía Indiana*, dice que es cierta, y comprobada por historias auténticas y dignas de fé; pero por mas que diga, no se sabe, ni se puede saber el tiempo de la llegada de aquella nacion al Anáhuac: y en cuanto á los diez señores, que reinaron cada uno ochenta años exactos, es un cuento bueno para divertir niños.

Mayor oscuridad reina sobre la llegada de los Olmecas y Xicalangos. Boturini dice que no pudo hallar memorias ni pinturas concernientes á aquellos dos pueblos: con todo, los cree anteriores á los Toltecas, y no puede dudarse que fueron antiquísimos.

No hago aquí mencion de las otras naciones, porque se ignora absolutamente su antigüedad; pero estoy convencido de

que los Chiapanecas fueron de los mas antiguos, y quizás la primera de las naciones que poblaron la tierra de Anáhuac.

CORRESPONDENCIA DE LOS AÑOS MEXICANOS CON LOS NUESTROS.—ÉPOCA DE LA FUNDACION DE MEXICO.

Todos los escritores, tanto mexicanos como españoles, que hacen mencion de la cronología mexicana, están de acuerdo acerca del método que tenían aquellas gentes de contar los siglos y los años; método que he explicado en el libro VI de la Historia, y en las tablas puestas al fin del tomo I. Siempre, pues, que se halle la correspondencia de un año mexicano con uno de la era cristiana, se sabrá la correspondencia de todos los otros. Si sé, por ejemplo, que el año de 1780 es el II Tecpatl, estoy seguro de que el 1781 es el III Calli, y que el 1782 es el IV Tochtli &c. Toda la dificultad consiste en hallar un año mexicano, cuya correspondencia con uno de los nuestros sea cierta é indudable; mas esta dificultad está ya vencida, puesto que, tanto por las pinturas de los indios, como por el testimonio de Acosta, Torquemada, Sigüenza, Betancourt y Boturini, consta que el año 1519, en que los españoles entraron en México, fué el I Acatl, y por consiguiente el 1518 fué el XIII Tochtli; el 1517, el XII Calli &c. Así que, no puede dudarse de la exactitud de mi tabla del I tomo, por lo que hace á la correspondencia de los dos calendarios. Los autores que no están de acuerdo con ella, erraron el cálculo, y se contradijeron á sí mismos. Betancourt, para explicar el método mexicano de computar los años, nos presenta su tabla, comparándola con la de los cristianos, desde 1663 hasta 1688; mas este trabajo es un tejido de errores, pues el autor hace corresponder el año de 1663 con el I Tochtli, lo cual se demuestra ser

falso, si se continúa mi tabla hasta aquel año. Afirma que el de 1507 fué secular, y admitido este error, no puede menos de fallar en toda su cronología. Si el año de 1519 fué I Acatl, como él supone con otros escritores, hallaremos, retrocediendo en nuestra tabla, que no fué secular el de 1507, sino el de 1506. Para confirmar su sistema, alega el testimonio de su amigo y compatriota el Dr. Sigüenza, del cual dice que había descubierto que el 1684 había sido IX Acatl. Si esto fuese cierto, su cálculo sería acertado; pero aunque no dudo de su veracidad en la cita de Sigüenza, tengo algunas razones para creer que este docto Mexicano corrigió su cronología; ni podía hacer otra cosa, sabiendo, como en efecto sabía, que el año 1519 había sido I Acatl, principio cierto sobre el cual debe apoyarse toda cronología mexicana, y del cual se deduce claramente que el 1684 no fué IX Acatl, sino X Tecpatl. Torquemada, hablando de los Totonacas en el libro III, dice de un noble de aquella nacion, que había nacido el año II Acatl, y que el año ántes, 1519, en que llegaron á aquel país los españoles, era para los Mexicanos el I Acatl. Cuando Torquemada escribió esto, ó estaba agoviado del sueño, ó distraído con otras ideas, pues sabía, como todos saben, que el año que en el calendario mexicano sigue al I Acatl, no es el II Acatl, sino el II Tecpatl, y tal fué el 1520 de que habla

Supuesto, pues, que el año 1519 fué el I Acatl, y sabida la relacion entre los años mexicanos y los cristianos, no es difícil encontrar la época de la fundacion de México. Todos los historiadores que han consultado las pinturas mexicanas, ó han recogido datos verbales de aquellos pueblos, están de acuerdo en que aquella célebre ciudad fué fundada por los Aztecas en el siglo

XIV del cristianismo; pero difieren en el año. El intérprete de la *Coleccion* de Mendoza señala el de 1324; Gemelli, calculando sobre las noticias de Sigüenza, el de 1325; Sigüenza, citado por Betancourt, y un Mexicano anónimo, citado por Botarini, el de 1327 (1); Torquemada, apoyándose en el cálculo hecho por Betancourt sobre sus propios datos, el de 1341, y Enrique Martínez el de 1357. Los Mexicanos dicen que su ciudad se fundó en el año II Calli, como se ve en la primera pintura de la *Coleccion* de Mendoza, y otras citadas por Sigüenza. Siendo, cierto que el siglo de la fundacion fué el XIV, y el año el II Calli, no pudo ser el 1324, ni el 1327 ni el 1341, ni el 1357, porque ninguno de estos fué II Calli. Si retrocedemos del 1519, hasta el siglo XIV, hallaremos en él dos años II Calli, esto es, el 1325 y 1377. En este último no pudo ser la fundacion; pues sería abreviar demasiado los reinados de los monarcas mexicanos, contradiciendo la cronología de las pinturas antiguas. No queda, pues, otro arbitrio sino convenir en que aquella capital fué fundada el año de 1325 de la era vulgar; y este fué sin duda el sentimiento del Dr. Sigüenza, porque Gomilli, que no tuvo sobre este asunto otra instruccion que la que le comunicó aquel literato, pone la fundacion en el mismo año 1325, añadiendo que fué II Calli (2). Si ántes fué de otra opinion, la reformó posteriormente, echando de ver que era incompatible con el principio indudable de que el año de 1519 fué I Acatl.

[1] El testimonio de este anónimo se halla en una copia de una pintura antigua descubierta en 1631.

[2] En otra parte he notado la equivocacion de Gemelli en escribir año 1325 de la creacion del mundo, en vez de 1325 de la era vulgar.

CRONOLOGIA DE LOS REYES MEXICANOS.

Es difícil ilustrar la cronología de los reyes mexicanos, estando tan discordes entre sí los escritores sobre este punto. Algunos datos ciertos pueden servir sin embargo para conocer los dudosos. Para

dar á los lectores alguna idea de la diversidad de opiniones acerca de esta parte de la historia, basta presentar la tabla siguiente, en que se ven los años en que empezó cada reinado, según Acosta, el intérprete de la *Colección* de Mendoza, y Sigüenza (1).

| ACOSTA. | EL INTERPRETE. | SIGÜENZA. |
|-----------------------------|----------------|--------------------------|
| Acamapichtzin.....1384..... |1375..... | 3 de mayo de 1361. |
| Huitzilbuitl.....1424..... |1396..... | 19 de abril de 1403. |
| Chimalpopoca.....1427..... |1417..... | 24 de febrero de 1414. |
| Itzcoatl.....1437..... |1427..... |1427. |
| Moctezuma I.....1449..... |1440..... | 13 de agosto de 1440. |
| Axayacatl.....1481..... |1469..... | 21 de noviembre de 1468. |
| Tizoc.....1477..... |1482..... | 30 de octubre de 1481. |
| Ahuizotl.....1492..... |1486..... | 13 de abril de 1486. |
| Moctezuma II.....1503..... |1502..... | 15 de setiembre de 1502. |

Acosta, y con el Enrique Martínez y Herrera, no solo discordan de los otros autores; en la cronología, sino tambien en el orden de los reyes, poniendo á Tizoc ántes de Axayacatl, constando lo contrario, no solo por el testimonio de los Mexicanos, sino tambien por el de los autores españoles. Gomara confunde los reinados de los señores de Tula, con los de los reyes de Colhuacan y de México. Torquemada indica los años de los unos y de los otros, y su cronología difiere de la de todos los historiadores. Solís dice que Moctezuma II fué el XI de los reyes mexicanos, y por cierto que no adivino de dónde sacó tan estraña y curiosa anecdota. Mr. de Paw, para manifestar aun en esto su estravagancia, solo cuenta ocho reyes de México, siendo indudable que hubo once, á saber, los nueve del catálogo precedente, y despues de ellos Cuauhauatzin y Cuauhtemotzin. Algunos autores omiten á estos dos últimos, porque reinaron poco tiempo; pero habiendo sido legítimamente elegidos, y pacíficamente aceptados por la nacion, tanto derecho

tienen al título de reyes, como todos sus predecesores. Acosta dice que no los nombra, porque solo tuvieron de reyes el título, hallándose en sus tiempos dominado casi todo el reino por los españoles; mas esto es absolutamente falso, porque quando subió al trono Cuilhauatzin, los españoles solo ocupaban la provincia de los Totonacas y estos eran mas bien sus aliados que sus súbditos. Al principio del reinado de Cuauhtemotzin, habia agregado á la referida provincia los estados de Cuauhquechollan, Itzacan, Tepeyacac, Tecamaclalco y algunos otros de aquellos contornos; pero todos estos dominios, comparados con el resto del imperio mexicano, eran menos que Bolonia con respecto á todo el Estado Pontificio.

Para ilustrar la cronología de estos once reyes, es necesario adoptar otro método, empezando por los últimos, y retrogra-

(1) Los años que se leen en la tabla, segun el intérprete de la *Colección* de Mendoza, son los que se hallan en la edicion de Thevenot, no en la de Purchas, que no he podido haber á las manos.

dando hasta los principios de la monarquía.

CUAUHTEMOTZIN. Este monarca terminó su reinado en 13 de agosto de 1521, habiendo sido hecho prisionero de los españoles, y conquistada la capital de su imperio. El día de su elección no se sabe; pero de la relación de Cortés se infiere que debió ser por octubre ó noviembre del año anterior, de modo que no pudo reinar mas de nueve ó diez meses.

CUTLILHUATZIN. Este rey, sucesor de su hermano Moctezuma, subió al trono en los primeros días de julio de 1520, como se deduce de la relación de Cortés. Algunos autores españoles dicen que no reinó mas de cuarenta días; otros afirman que reinó sesenta; pero de lo que Cortés oyó decir á un oficial mexicano en la guerra de Cuauhquechollan, se viene en conocimiento de que vivía por Octubre. Yo no dudo que su reinado fuese á lo menos de tres meses.

MOCTEZUMA II. Se sabe que reinó diez y siete años, y poco mas de nueve meses; que empezó á reinar en setiembre de 1502, y murió en los últimos días de junio de 1520. La razón de haber puesto algunos autores el principio de su reinado en 1502, fué porque sabian que había reinado diez y siete años, y no hicieron cuenta de los otros nueve meses.

AHUTZOTL. Acosta le da once años de reinado, Martínez doce, Sigüenza diez y seis, Torquemada diez y ocho. Creo que se pueden averiguar los años de su reinado, y el tiempo de su exaltación, guiándose por la época de la dedicación del templo mayor. Esta se hizo sin duda en 1486, en lo que están de acuerdo muchos autores. Por otra parte consta que el rey Tizoc empezó apenas aquella fábrica, y que Ahutzotl la concluyó y llevó á cabo; y esto no pudo ser en el mismo año

en que empezó á reinar, ni en los dos ni tres primeros años, pues la obra era vastísima y difícil. Tampoco pudo en tan breve tiempo hacer las guerras que hizo en países tan remotos entre sí, ni adquirir el inmenso número de prisioneros que se sacrificaron en aquella ocasión. Creo por tanto que no se puede fijar el principio de su reinado despues del año de 1482, ni anticiparse, sin trastornar las épocas de sus antecesores, como despues veremos. Habiendo pues empezado á reinar en 1482, y acabado en 1502, debemos darle diez y nueve años, y algunos meses, ó casi veinte años de reinado.

TIZOC. Nadie duda que el reinado de este monarca fué muy breve, y no hay autor que le dé mas de cuatro años y medio de vida en el trono. Podemos deducir el tiempo de su reinado y del de su antecesor, por el de Nezahualpilli, rey de Acolhuacan; pues habiendo sido este tan célebre, y teniendo tantos historiadores en su corte, abundan las noticias ciertas acerca del tiempo de su gobierno. Nezahualpilli murió en 1516, despues de haber reinado en Acolhuacan cuarenta y cinco años, y algunos meses; por lo que debe fijarse el principio de su reinado en 1470. Se sabe ademas que el octavo año de Nezahualpilli fué el primero de Tizoc; así que, este debió empezar á reinar en 1477, y seguir cuatro años y medio, como dicen muchos historiadores. Torquemada le dá menos de tres; pero se contradice en este, como en otros puntos de su cronología, porque adoptando el cálculo que acabo de hacer sobre el reinado de Nezahualpilli, y dando menos de tres años al reinado de Tizot, debía fijar su muerte en 1480, y dar por consiguiente á Ahutzotl, no diez y ocho, sino veinte años de reinado.

AXAYACATL. Se sabe que este rey empezó á reinar seis años ántes de Nezahual-

pilli, esto es, en 1464, y que acabó, como he dicho, en 1477, en que subió al trono Tizoc. De aquí se deduce que reinó trece años, como dicen Sigüenza y otros historiadores. Acosta le da once años, y doce el intérprete de la *Coleccion* de Mendoza. Lo mas probable es que los trece años no fueron cumplidos.

MOTTEZUMA I. La opinion general es que este famoso rey cumplió veintiocho años en el trono; pero algunos le dan un año mas, porque cuentan como año cumplido los meses que pasaron de los veintiocho años. Comenzó, pues, á reinar en 1436, y acabó en 1464. En su tiempo se celebró el *toxiuhmolpia*, 6 año secular, no ya en el decimosexto año de su reinado, como dice Torquemada, sino el decimosétimo, que fué el de 1454.

ITZCOATL. Casi todos los historiadores dan trece años de reinado á este gran rey; solo Acosta y Martínez cuentan doce. La causa de esta diversidad será la misma que he mencionado, á saber: que no habiendo cumplido los trece años en el trono, los unos contaron como año entero, y los otros nó, los meses que pasaron de los doce años. Empezó á reinar en 1423; no pudo ser ántes ni despues, porque subió al trono un año despues que Maxtlaton usurpó la corona de Acolhuacan. Maxtlaton reinó tres años, y acabó con el reinado de los Tepanecas. El año siguiente, esto es, tres años despues que Itzcoatl empezó á reinar, fué restablecido Nezahualcoyotl en el reino de Acolhuacan, que los Tepanecas lo habian usurpado. Se sabe ademas que este monarca reinó cuarenta y tres años y algunos meses; y habiendo acabado en 1470, parece que debe fijarse el principio de su reinado en 1426, la ruina de los Tepanecas en 1425, el principio del reinado de Itzcoatl en 1423; el de la usurpacion de Maxtlaton en 1422.

CHIMALPOPOCA. Este infeliz monarca ha sido confundido por Acosta, Martínez y Herrera, con su sobrino Acolmahuacatl, hijo de Huitzilhuilit; por lo cual lo colocan en el trono á la edad de diez años, y lo hacen morir muy en breve á manos de los Tepanecas. Lo contrario consta de las pinturas y relaciones de los indios, citadas por Torquemada, y de las cuales he visto yo algunas. Sigüenza incurre por inadvertencia en una contradiccion; pues dice que Chimalpopoca fué hermano menor de Huitzilhuilit, como lo fué en efecto: de este afirma que empezó á reinar á los diez y ocho años, y que reinó poco menos de once; así que, debió morir ántes de cumplir los veintinueve de edad, y Chimalpopoca, que inmediatamente le sucedió, debía haber tenido á lo mas veintiocho años cuando empezó á reinar. En la *Coleccion* de Mendoza no se dan á este rey mas que diez años de reinado. Torquemada y Sigüenza le dan trece, y esto es lo mas probable, atendida la serie de sus acciones y sucesos: pero Betancourt, siguiendo á Torquemada, comete en este punto algunos notables anacronismos. Pone la elección de Chimalpopoca en el tiempo de Techotlalla, rey de Acolhuacan; supongamos que fuese en el último año de este rey: á Techotlalla sucedió Ixtlixochitl, que reinó siete años: á Ixtlixochitl, Tezozomoc, que tiranizó aquel imperio nueve años: y á Tezozomoc, Maxtlaton, en cuyo tiempo murió Chimalpopoca. Segun estos principios, adoptados por Torquemada y Betancourt, es necesario dar á Chimalpopoca diez y seis años, á lo ménos, de reinado, que resultan de los siete de Ixtlixochitl y de los nueve de Tezozomoc; lo que se opone á la cronología de aquellos dos autores, y á la de otros muchos. Si queremos combinar la cronología de los reyes de México con la de

los reyes de Tlatelolco, segun el cálculo de los mismos Betancourt y Torquemada, apenas nos quedarán diez y nueve años para dividirlos entre Chimalpopoca é Itzcoatl, como despues veremos. Debiendo, pues, contar trece años en el reinado de Chimalpopoca, segun el parecer de la mayor parte de los historiadores, debemos poner el principio de su reinado en 1410. Maxtlaton sucedió á Tezozomoc su padre un año ántes de la muerte de Chimalpopoca, esto es, en 1422. Tezozomoc poseyó nueve años la corona de Acolhuacan: habiendo, pues, muerto en 1422, empezó su tiranía en 1413. Por lo que hace á Ixtlilxochitl, rey legitimo de Acolhuacan, sabemos que reinó siete años, hasta que en 1413 perdió la corona y la vida á manos de Tezozomoc: luego empezó á reinar en 1406.

HUITZILHUITL. Son muy diversos los dictámenes de los historiadores acerca del número de años que reinó este monarca. Sigüenza dice que fueron diez años y diez meses: Acosta y Martinez le dan trece: el intérprete de la *Coleccion* de Mendoza veintuno. Torquemada atestigua que entre los historiadores mexicanos que vió, unos le dan veintidos años, y otros veintiseis; pero yo no dudo que el verdadero número es el del intérprete, pues sabemos por las pinturas históricas de los Mexicanos que el año decimotercio de este rey fué secular, el cual, segun mi tabla cronológica del fin del tomo I, no pudo ser otro que el 1402: empezó, pues, á reinar en 1389. Habiendo muerto en 1410, como se infiere de lo que hemos dicho hablando de Chimalpopoca, debemos contar en el reinado de Huitzilhuítl veintun años.

ACAMAPICHTZIN. Supuesta la verdad de los cómputos precedentes, y establecida la época de la fundacion de México,

poco tenemos que hacer por lo que respecta á este rey. Torquemada afirma que las pinturas y las historias manuscritas de los Mexicanos fijan la elección de Acamapichtzin en el vigesimosegundo año de la fundacion de México: fué, pues, elegido en 1352, ó al principio de 1353; y su reinado habrá sido de treinta y siete años, ó poco menos. El interregno que hubo despues de su muerte, fué, segun Sigüenza, de cuatro meses; todos los otros historiadores lo hacen de pocos dias.

SOBRE LAS EPOCAS DE LOS SUCESOS DE LA CONQUISTA.

No es muy difícil señalar las épocas de los sucesos de la conquista, hallando la mayor parte de ellas indicadas por el conquistador Cortés en sus cartas á Carlos V; pero habiendo muchos anacronismos en los escritores españoles, ó porque no consultaron aquellas cartas, ó porque no se curaron de saber en qué dias cayeron las fiestas movibles de aquellos años, de las cuales suele servirse Cortés, es necesario fijar algunos puntos cronológicos, dejando otros de ménos importancia, para evitar fastidio á los lectores.

La llegada de la expedicion de aquel caudillo á la costa de Calchicuecan, ocurrió, como todos saben, el jueves santo de 1519, que fué el 21 de abril; habiendo caido en 24 la pascua.

La entrada de los españoles en Tlaxcala fué, no ya en 23 de setiembre, como dicen Herrera y Gomara, sino en 18, como afirman Bernal Diaz, Betancourt y Solis; lo que puede demostrarse calculando, en virtud de los datos de Cortés, los dias que los españoles estuvieron en Tlaxcala y en Cholula, y los que emplearon en su viaje hasta México. Bernal Diaz dice que ántes de entrar en Tlaxcala, estuvieron veinticuatro dias en las tierras de aquella república, y despues veinte en

la ciudad, como lo confirman tambien las cartas de Cortés. En Cholula entraron á 14 de octubre, y en México á 8 de noviembre. Seis dias despues fué aprisionado Moctezuma, segun Cortés refiere. Este general se mantuvo en aquella capital hasta principios de mayo del año siguiente, en cuyo tiempo fué á Cempoala, para oponerse á Narvaez. Dió el asalto, y ganó la victoria contra aquel enemigo, el domingo de Pentecostés, que en aquel año de 1520 cayó en 27 de mayo. La sublevacion de los Mexicanos, ocasionada por la violencia de Alvarado, fué en la gran fiesta del mes *Texcaltl*, que empezó en aquel año en 13 de mayo. Cortés volvió á la capital, despues de su victoria, en 24 de junio. En la relacion de los sucesos ocurridos en los últimos dias de este mes, y en los primeros del siguiente, hallo confusion y anacronismos entre los escritores. Yo he seguido las cartas de aquel caudillo, que contienen los datos mas seguros sobre su empresa.

Parece, que la muerte de Moctezuma acaeció en 30 de junio, pues murió, segun Cortés, tres dias despues de haber recibido la pedrada. Este suceso se verificó mientras se construian las dos máquinas de guerra, de que hablo en la Historia, las cuales se hicieron en la noche del 20 de junio y en el dia siguiente. No puede colocarse la muerte de aquel rey, ni ántes ni despues del 30 de junio, sin trastornar la serie de los sucesos.

Fijo en 1º de julio la *noche triste*, esto es, aquella en que los españoles salieron derrotados de México, porque Cortés pone siete dias en su viaje á las tierras de Tlaxcala, donde entró el 8 de julio. Bernal Diaz y Betancourt dicen que los españoles salieron de México el 10, y entraron el 16 en los dominios de aquella república; pero en esto se debe dar mas crédito á

Cortés. Los sucesos ocurridos desde el 24 de junio hasta el 1º de julio, parecen muchos para tan corto tiempo; pero no es de extrañar que en circunstancias tan críticas y peligrosas, se multiplicasen las operaciones de los que hacian los últimos esfuerzos para salvar la vida.

La guerra de los españoles en Cuauhquechollan fué en el mes de octubre, segun la relacion de Cortés. Esta época importa para determinar el tiempo de reinado de Cuithluatzin; pues un capitán mexicano de quien Cortés se informó acerca del estado de la capital, le dió cuenta de las diligencias practicadas por aquel rey contra los españoles. Los que suponen que Cuithluatzin solo reinó cuarenta dias, rechazan como falsa aquella noticia; pero sin fundamento que pueda destruir su certeza.

Acerca del dia en que empezó el asedio de México, y del tiempo de su duracion se engañan comunmente los historiadores. Dicen estos que el asedio duró noventa y tres dias, pero no hicieron exactamente su cálculo, pues Cortés hizo la reseña de sus tropas en la gran plaza de Texcoco, señaló los puntos que debian ocupar las tres divisiones de su ejército, el lunes de Pentecostés del año de 1521. Aun suponiendo, contra la verdad de la historia que aquel mismo dia de la revista se empezaron las operaciones militares que propriamente pertenecen al sitio, no seria noventa y tres dias, sino ochenta y cinco porque aquel lunes cayó á 20 de mayo, el asedio terminó el 13 de agosto con la toma de la ciudad. Si dan el nombre de asedio á las hostilidades hechas por los españoles en las ciudades del lago, debia fijar el principio del asedio en los primeros dias de enero, y contar, no ya noventa y tres dias, sino siete meses. Cortés que en este punto merece mas crédito q

ningun otro historiador, dice espresamente que el asedio empezó el 30 de mayo, y duró setenta y cinco dias. Es cierto que la misma carta puede inducir á error, pues en ella se da á entender que el 14 de mayo estaban las divisiones de Alvarado y Olid en Tacuba, donde empezó el sitio; pero esta es una manifiesta equivocacion en los números, pues no es probable que aquellos dos gefes se separasen del ejército ántes de la revista, y sabemos por Cortés y por todos los otros historiadores, que esta se verificó el lunes de Pentecostés, 20 de mayo.

Torquemada dice en el libro IV, capítulo 46, que los españoles entraron por primera vez en México en 8 de noviem-

bre; pero en el capítulo IV del mismo libro afirma que esta entrada fué el 22 de julio; que se mantuvieron ciento y cincuenta dias, los noventa y cinco en amistad con los Mexicanos, y los cuarenta en las hostilidades ocasionadas por los estragos que hizo Alvarado en la fiesta del mes Texcatl, que segun el mismo autor, corresponde á nuestro abril &c. El conjunto de errores, anacronismos y contradicciones, que contiene este capítulo, basta para dar una idea de su descabellada cronología. Creo que el esmero con que me he aplicado á la ilustracion de estos puntos, me habrá hecho evitar, si no todas, á lo menos muchas de las equivocaciones en que otros han caído.



DISERTACION III.

SOBRE EL TERRENO DE MEXICO.

El que lea la horrible descripción que hacen de América algunos europeos, u oiga el injurioso desprecio con que hablan de su terreno, de su clima, de sus plantas, de sus animales y de sus habitantes, se persuadirá que el furor y la rabia han animado sus plumas, ó sus lenguas, ó bien que el Nuevo-Mundo es una tierra maldita, y destinada por el cielo á ser suplicio de malhechores. Si hemos de dar fé al conde de Buffon, América es un país enteramente nuevo, apenas salido del fondo de las aguas que lo habian anegado; un continuo pantano en las llanuras; una tierra inculta, y cubierta de bosques, aun despues de poblada por los europeos, mas industriosos que los americanos, ó interceptada por montes inaccesibles, que solo dejan pequenísimos espacios para el cultivo y para la habitacion de los hombres: tierra infeliz bajo *un cielo avaro*, en que todos los animales del antiguo continente han degenerado, y en que los propios de su clima son pequeños, disformes, enfermizos, y privados de armas para su defensa. Si damos oidos á Mr. de Paw (que

en parte copia los sentimientos de Buffon, y cuando no los copia, multiplica y aumenta sus errores) "América ha sido y es un país estéril, en que todas las plautas de Europa se debilitan, excepto las acuáticas y jugosas; su terreno fétido cria mayor número de plantas venenosas que el de todas las otras partes del mundo; su estension está cubierta de montes ó de bosques y pantanos, que solo ofrecen á la vista un inmenso y estéril desierto; su clima, contrario en alto grado á la mayor parte de los cuadrúpedos, es sobre todo pernicioso á los hombres, en términos que los naturales están embrutecidos, débiles, viciados de un modo extraño en todas las partes de su organizacion."

El cronista Herrera, aunque generalmente moderado y juicioso, cuando compara el cielo y el terreno de América con los de Europa, se muestra tan ignorante de los primeros elementos de la geografia, y prorumpie en tales despropósitos, que ni aun en un niño serian tolerables. Nuestro hemisferio, dice, es mejor que el nuevo con respecto al cielo. Nuestro polo

está mas hermoseando con estrellas, porque tiene el Setentrion á los $3\frac{1}{2}^{\circ}$, con muchas estrellas resplandecientes." En lo que supone: 1.º, que el hemisferio austral es nuevo, siendo conocido, hace tantos siglos en Asia y Africa: 2.º, que toda la América pertenece al hemisferio Austral, y que la América del Norte no mira al mismo polo, ni tiene las mismas estrellas que la Europa. "Tenemos, añade, otra preeminencia, y es que el sol se detiene siete dias mas hácia el Trópico de Cáncer que hácia el de Capricornio:" como si el exceso de la permanencia del sol en el hemisferio boreal no fuera el mismo en el antiguo que en el nuevo continente. Parece que nuestro buen cronista se persuadió que el amor que tiene el planeta á la bella Europa sea la causa de su mayor estancia entre la Línea y el Trópico de Cáncer. ¡Pensamiento galante, y digno de un poeta frances! "Y de aquí proviene, continúa, que la parte Artica es mas fría que la Antártica, porque goza menos del sol." Pero ¿cómo puede gozarse del sol en la parte Artica, cuando este planeta se detiene siete dias mas en el hemisferio boreal? Nuestro continente se estiende mas de Poniente á Levante, y por tanto es mas cómodo para la vida humana, que el otro, el cual estrechándose en la misma direccion, se alarga demasiado hácia los polos; pues la tierra que se ensancha mas de Poniente á Levante, está á igual distancia del frio del Setentrion, y del calor del Austro." Pero si el Setentrion es la region del frio, y el Austro del calor, como este escritor da á entender, los paises equinoceiales serán, segun sus principios, los mas cómodos para la vida humana, porque ellos son los que están realmente á igual distancia de ambos extremos. "En el otro hemisferio, concluye nuestro autor, no habia

perros, asnos, ovejas, cabras, &c., ni ranas, bigos, melocotones, &c."

Estos, y otros despropósitos de muchos escritores son efectos de un ciego y excesivo patriotismo, que les hace creer en ciertas imaginarias preeminencias de sus respectivos paises sobre todos los de la tierra. No seria dificil oponer á sus invectivas contra la América los grandes elogios que le han tributado muchos ilustres autores, algo mejor instruidos que ellos; pero ademas de que esto seria ageno de mi propósito, no podria menos de causar fastidio al lector: por lo que me limitaré á examinar lo que se ha escrito contra el terreno de América, y contra el de México en particular.

SOBRE LA SUPUESTA INUNDACION DE AMERICA.

Casi todo lo que el conde de Buffon y Mr. de Paw han escrito contra el terreno de América, acerca de sus plantas, animales y habitantes, se apoya en la suposicion de una inundacion general, diferente de la que sobrevino en los tiempos de Noé, y mucho mas reciente, de cuyas resultas quedó todo aquel pais, por espacio de mucho tiempo, debajo de las aguas. De esta moderna catástrofe nace, segun el conde de Buffon, la malignidad del clima de América, la esterilidad de su terreno, la imperfeccion de sus animales, y la frialdad de los americanos. "La naturaleza no habia tenido tiempo de poner en ejecucion sus designios, ni de desarrollar toda su amplitud." De los lagos y de los pantanos que han quedado de aquella inundacion, proviene, segun Mr. de Paw, la excesiva humedad del aire, y la humedad produce la infeccion del ambiente, la extraordinaria multiplicacion de los insectos, la irregularidad y la pequenez de los cuadrúpedos, y la fetidez de la tierra, la infecundidad de las mugeres, la

abundancia de leche en los pechos de los hombres, la estupidez de los americanos, y otros muchos fenómenos, que él observó desde su gabinete de Berlín, mucho mejor que todos los que hemos estado en América. Estos dos autores están de acuerdo en la inundación, pero no en el tiempo, pues Mr. de Paw la cree mas antigua que el conde de Buffon.

Sin embargo, toda esta suposición es aérea, y la inundación de que hablan debe colocarse en la clase de las quimeras. Mr. de Paw la apoya en el testimonio del P. Acosta, en el número *casi infinito* de lagos y pantanos, en las venas de metales graves que se encuentran casi en la superficie de la tierra, en los cuerpos marinos amontonados en los puntos mas bajos de los sitios mediterráneos, en la destrucción de los grandes cuadrúpedos, y finalmente, en la unánime tradición de los Mexicanos, de los peruanos, y de todos los salvajes que habitan desde la tierra Magallánica hasta el río de S. Lorenzo, todos los cuales están de acuerdo en creer que sus abuelos residieron en los montes, mientras se mantuvieron ategados los valles.

Es verdad que el P. Acosta en el libro I cap. 25, de su Historia, duda si lo que los americanos decian del diluvio, debía entenderse del de Noé, ó de algun otro particular, ocurrido en aquellos paises, como el de Deucalión y Ogiges en Grecia: y aun parece que se declara por esta opinion, que dice haber sido adoptada por hombres inteligentes; pero hablando despues en el libro V., cap. 19, de las conquistas de los primeros Incas, da á entender que la segunda inundación no fué otra que el diluvio de Noé. "El pretesto, dice, que tuvieron los Incas, para apoderarse de toda aquella tierra, fué el fugir que despues del diluvio universal (de que tenian noticia todos aquellos indios) ellos

eran los que habian poblado el mundo, habiendo salido siete de la cueva de Paacurambo, y que por consiguiente todos los hombres debian tributarles homenaje, como á sus progenitores." Luego reconocio que las tradiciones de los indios se referian al diluvio universal, y que las fábulas con que se desfiguró despues, eran pretestos inventados por los Incas para establecer su imperio. ¿Qué diria aquel autor si hubiera tenido en favor de aquella tradicion general los documentos que nosotros poseemos? Los Mexicanos, segun afirman sus propios historiadores, como ya he dicho en otra parte, *no hablaban del diluvio sin hacer mención al mismo tiempo de la confusión de las lenguas, y de la dispersión de las gentes: estos tres sucesos se representaban en la misma pintura, como se ve en la que tuvo el Dr. Sigüenza de D. Fernando de Alva Ixtlixochitl, y este de sus ilustres antepasados, cuya copia he dado en el primer tomo de esta Historia. La misma tradicion se halló en los Chiapanecas, en los Tlaxcaltecas, en los Michuacanos, en los Cubanos, y en los indios de Tierra-firme, con la expresion de haberse salvado del diluvio algunos hombres y animales en una barca, y de haber ántes dado libertad á un pájaro, que no volvió por haber encontrado cadáveres en que cebarse, y despues á otro, que volvió con un ramo verde en el pico: todo lo cual manifiesta claramente que no hablaban de otro diluvio sino del que inundó la tierra en tiempo del patriarca Noé. Todas las circunstancias con que se halla alterada en algunas naciones americanas esta universal y antiquísima creencia, ó son alegorías, como la de las siete cavernas de los Mexicanos, para significar las siete naciones principales que poblaron al pais de Anáhuac, ó ficciones de la ignorancia ó de la ambición. Ninguno de aquellos pue-*

blo creía que los hombres se hubiesen salvado en las cimas de los montes, sino en una barca; y si hubo alguno que no lo creyese así, fué porque la tradición del diluvio, despues de tantos siglos, debió padecer algunas alternaciones. Es pues absolutamente falsa la tradición universal de una inundacion particular de la América, y que esta especie fuese admitida por todos los que residian desde la tierra Magallánica hasta el rio de S. Lorenzo.

Los lagos y los pantanos, que, segun aquellos dos escritores, son trazas indudables de la soñada inundacion, son efectos necesarios de los grandes rios, de las innumerables fuentes, y de las abundantísimas lluvias de América. Si aquellos lagos proviniesen de una inundacion, y no de las causas que acabamos de indicar, se hubieran secado al cabo de tantos siglos, por la continua evaporacion que provocan los rayos del sol, especialmente en la Zona Tórrida, ó á lo menos se hubieran disminuido en gran parte; pero esta disminucion no se observa, sino en aquellos lagos, de que la industria humana ha separado los rios y torrentes que descargaban en ellos, como sucede en los del valle mexicano. Yo he visto y observado los cinco lagos principales de aquel pais, que son los de Texcoco, Chalco, Cuiseo, Pátzcuaró y Chapala, y estoy seguro de que no se han formado, ni se conservan sino por las copiosas lluvias, por los rios y por las fuentes. Todo el mundo sabe que no hay lluvias mas abundantes, ni rios mas caudalosos que los de América. Si tenemos á la mano las causas naturales y conocidas, ¿por qué hemos de acudir á las supuestas é improbables? Si los lagos indican inundacion, mas bien debemos creerla en el antiguo continente, que en el moderno; pues todos los lagos de América, aun comprendidos los del Canadá, que son

los mayores, no pueden compararse con los mares Negro, Blanco, Báltico y Caspio, los cuales, aunque tienen el nombre de mares, son, segun el mismo conde de Buffon, verdaderos lagos, formados por los rios que en ellos desembocan. Si á estos se añaden los lagos Leman, Onega, Pleskow, y otros muchos y grandes, de la Rusia, de la Tartaría y de otros paises (1), pronto se echará de ver cuánto se olvidan de su propio continente los que tanto exageran las peculiaridades del otro. El lago de Chapala, que en algunos mapas geográficos se halla condecorado con el magnífico titulo de *Mar Chapalico*, y que yo he visto y costeadó tres veces, apenas tiene 100 millas de circunferencia. Ahora bien, si los rios Don, Wolga, Boristenes, Danubio, Odor, y otros del mundo antiguo, aunque no tan caudalosos como el Marañon, La Plata, Magdalena, S. Lorenzo, Oricono, Misisipí, y otros del nuevo, bastan segun el conde de Buffon, á formar aquellos inmensos lagos, que han merecido el nombre de mares, ¿qué extraño es que los magníficos raudales de América, formen otros menos estendidos? Mr. de Paw dice: "Estos lagos parecen receptáculos de aguas, que no han podido salir todavía de aquellos lugares anegados por una violenta agitacion impresa á todo el globo de la tierra. Los numerosos volcanes de la Cordillera, ó Alpes Americanos, y de las rocas de México, y los terremotos que incesantemente agitan una ó otra parte de aquellas elevaciones, dan á entender que todavía no está aquella tierra en reposo. Pero si aquella violenta agitacion fué general á todo el globo de la

(1) Mr. Valmot de Bonare cuenta 35 lagos en los Cantones Suizos, y dice que en el de Harlen pueden entrar navios de alto bordo. El de Aral, en Tartaría, segun el mismo, tiene 160 leguas de largo y 50 de ancho.

tierra, ¿por qué razón se inundaron el Perú y México, siendo como confiesan el mismo Mr. de Paw y el conde de Buffon, sumamente elevados sobre la superficie del mar, y no se inundaron las tierras de Europa, que son mucho mas bajas? Quien haya observado la estupenda elevacion del suelo de América, no podrá persuadirse jamás que el agua suba á cubrirlo, sin haber anegado ántes toda la Europa. Por lo demas, tambien podremos decir que el Vesubio, el Etna, el Hecla, y los innumerables volcanes de las islas Molucas y Filipinas, y del Japon, y los frecuentes terremotos que allí se experimentan, como igualmente en China, Persia, Siria y Turquía, dan á entender que el mundo antiguo no está todavía en reposo (1).

“Las venas de metales, añade Mr. de Paw, que en algunos puntos se hallan en la superficie de la tierra, parecen indicar que aquel suelo fué anegado, y que los torrentes arrebataron la superficie.” Pero no sería mas sensato decir algunas erupciones violentas de fuegos subterráneos, bastante claras en los numerosos volcanes de la Cordillera, arruinando la superficie de algunos terrenos dejaron casi descubiertos aquellos depósitos metálicos?

Los cuerpos marinos amontonados en algunos lugares mediterráneos de América

(1) El mismo Mr. de Paw, despues de haber hecho mención del Vesubio, del Etna, del Hecla y del volcan de Lipari, dice así: “Entre los grandes volcanes se cuentan el Parícamen en la isla de Java, el Camapis en la de Banda, el Balaban en la de Sumatra. En Ternate hay otro cuyas erupciones no ceden á las del Etna. De todas las islas grandes y pequeñas que componen el imperio del Japon, no hay una que no tenga su volcan mas ó menos considerable: lo mismo sucede en las Malinas (quiere decir Filipinas), en las Azores, en las Canarias. *Recherches philosophiques. Lettre III, sur les vicissitudes de notre globe.* (Indagaciones filosóficas, carta 3ª sobre las vicissitudes de nuestro globo.)

ca, si prueban la pretendida inundacion, probarán mas bien una inundacion mayor del mundo antiguo; pues si en América son pocos los sitios en que se hallan masas enteras de conchas y cuerpos marinos en estado de petrificación, la Europa está llena de ellos, demostrando haber estado en otro tiempo bañada por las aguas del mar (1). Sabidos son los aspavientos y los cálculos que han hecho algunos físicos franceses de la inmensa cantidad de conchas que hay en la Turrona, y nadie ignora que esta clase de cuerpos marinos se hallan tambien en los Alpes. ¿Por qué pues se inferirá de algunas de estas sustancias que hay en América, la inundacion de aquellos países, y no se supondrá la inundacion en Europa, donde son mas comunes, y donde se encuentran en mayores masas? Si la colocacion de estos cuerpos en los puntos mediterráneos de Europa se atribuye al diluvio universal, ¿por qué no se atribuyen á la misma causa los efectos que se notan en América (2)? Por el contrario, si no fueran las

(1) Mr. de Bourguet en su *Tratado de las petrificaciones*, y el P. Torribia en su *Aparato de su Historia Natural de España*, presentan grandes catálogos de los sitios de Europa y Asia, donde se hallan cuerpos marinos petrificados.

(2) Uno de los montes mas altos de América es el Descabezado, situado en los Alpes Chilenos, á mas de 160 millas del mar. Su altura perpendicular sobre la superficie del mar, es, segun el diligente y erudito Mollas, de mas de tres millas. En la cima de este coloso se han hallado grandes cantidades de cuerpos marinos petrificados, los cuales no pudieron subir á tan estendida altura por efecto de una inundacion particular, distinta de la del diluvio. Tampoco puede decirse que habiendo sido aquella cima lecho del mar, se fué elevando poco á poco, y con ella los cuerpos marinos; porque aunque esto no sea inverosímil en algunos sitios, poco elevados sobre el nivel del mar, á tan extraordinaria altura es absolutamente increíble: así que, la existencia de aquellos restos debe considerarse como una prueba cierta é indudable del diluvio.

aguas del diuivo las que trasportaron los cuerpos marinos á lo interior de las tierras de Europa, sino las de otra inundacion posterior; si la Europa es, en general, como dice el conde de Buffon, un pais nuevo; si no hace mucho tiempo que estaba cubierta de bosques y pantanos, ¿por qué no se ven en ella, ni se veian hace dos mil años, esos estupendos efectos de la inundacion que ven aquellos dos autores en América? ¿Por qué no se han degradado los animales europeos, como los americanos? ¿Por qué los habitantes de un continente no son tan frios como los del otro? ¿Por qué las mugeres de una y otra parte del mundo no son, ó á lo menos no han sido igualmente infecundas? ¿Por qué habiendo estado la Europa anegada como la América, y mas tiempo aquella que esta, como se infiere claramente de las razones del conde de Buffon, el terreno de Europa quedó fecundo, y el de América estéril; el cielo de Europa es tan benigno, y el de América tan *avaro*; á Europa se concedieron todos los bienes, y á América se destinaron todos los males? El que quiera conocer toda la fuerza de estas dificultades, lea lo que dice Buffon acerca de la inundacion de Europa.

El último argumento de Mr. de Paw se toma de la estincion ó esterminio de los grandes cuadrúpedos en América, los cuales, dice, son los primeros que perecen en las aguas. Este autor cree que antiguamente habia en América elefantes, camellos, hipopótamos, y otros grandes cuadrúpedos, y que todos perecieron en la supuesta inundacion. Pero ¿no es cosa maravillosa que pereciesen los camellos y los elefantes, siendo tan veloces, y se salvase el perico ligero con toda su lentitud y pereza? ¿Cómo no se refugiaron los elefantes en las cimas de los montes, á imitacion del hombre, huyendo á nado,

en lo que son diestrisísimos, ó valiéndose de la velocidad de sus piés, la cual es tal que, segun el conde de Buffon, andan en un dia ciento y cincuenta millas, y pudo refugiarse el perico ligero, que, segun el mismo autor, necesita una hora para andar una toesa? Aun suponiendo que hayan existido en América aquellos grandes cuadrúpedos, no hay motivo para atribuir su esterminio á la inundacion posterior al diluuió: pudieron haberlo producido otras muchas causas. El mismo Mr. de Paw afirma, que si se trasportasen los elefantes á América, como lo han procurado hacer los portugueses, "tendrian la misma suerte que los camellos del Perú, que no se propagarian, aunque se dejasen en los bosques abandonados á su propio instinto, porque la mudanza de clima y de alimento es mucho mas sensible á los elefantes que á todos los otros cuadrúpedos de primera magnitud." En otra parte dice, que "la causa de la destruccion de los grandes cuadrúpedos del Mundo Nuevo es una de las mayores dificultades, y uno de los puntos mas curiosos é interesantes de la fisica del globo." ¿Cómo pues decide tan osadamente en cuestion tan espinosa, señalando por causa una inundacion tan problemática?

El conde Buffon trata de probar la reciente inundacion de América, con algunos argumentos, á que responderemos en pocas palabras. "Si este continente es tan antiguo como el otro, ¿por qué se encuentran en él tan pocos hombres?" Los hombres que se encontraron en América no eran pocos, si no es con respecto al vastísimo continente que habitaban. Los que vivian en sociedad, como los Mexicanos, los Michuacanos, los Acolhuas, y otros que ocupaban todo el espacio de tierra que se estiende desde el 9° hasta el 23° de latitud, y desde el 271° hasta el

294º de longitud, formaban pueblos tan numerosos como los de Europa, y así lo haré ver en otra disertación (1). Los que vivían dispersos formaban pequeñas naciones ó tribus, porque la vida salvaje no favorece la multiplicación de la especie humana, ni allí, ni en ningún otro país del mundo. "Si los salvajes son pastores, dice Montesquieu, necesitan de un gran terreno para mantener un reducido número de individuos: si son cazadores, como eran los salvajes de América, aun existen en menor número, y componen una nación mas pequeña."

"¿Por qué, vuelve á preguntar el conde de Buffon, eran todos salvajes, y vivían dispersos?" No hay tal cosa. ¿Habría quién dude que los Mexicanos, los peruanos, y todas las naciones sometidas á ellos vivían en sociedad? Estas, como el mismo Buffon confiesa, eran harto numerosas, y no pueden llamarse nuevas. Los otros pueblos permanecieron salvajes por demasiado amor á la libertad, ó por otras causas que ignoramos. En Asia, aun siendo un país tan antiguo, hay todavía tribus salvajes y dispersas. "¿Por qué, añade, los pueblos americanos que vivían en sociedad, contaban apenas doscientos ó trescientos años despues de su reunion?" Otro error. Los mexicanos contaban apenas doscientos años desde la fundación de su capital, y los Tlaxcaltecas algo mas desde el establecimiento de su república;

(1) Estos argumentos del conde de Buffon contra la antigüedad americana se hallan en el tomo vi de su Historia natural; pero poco ántes en el mismo tomo, dice: "Halláronse en México y en el Perú hombres civilizados, y pueblos cultos, sometidos á leyes, y gobernados por monarcas: no carecían de industria, de artes, de ideas religiosas. Habitaban en ciudades, en que reinaba el orden, y en que los reyes ejercían su autoridad. Estos pueblos, bastante numerosos, no pueden llamarse nuevos."

pero tanto estas naciones, como las que les estaban sometidas, y los Toltecas, los Acolhuas y los Michuacanos, vivían en sociedad desde tiempo inmemorial. Ni el conde de Buffon, ni Mr. de Paw, ni el Dr. Robertson, ni otros muchos escritores europeos, saben distinguir el establecimiento de aquellas naciones en Anáhuac, del que muchos siglos ántes habian tenido en los países setentrionales del Nuevo-Mundo.

"¿Por qué, sigue el conde de Buffon, aun las naciones que vivían en sociedad, ignoraban el arte de transmitir á la posteridad la memoria de los hechos, por medio de figuras durables, puesto que habian descubierto el modo de comunicarse de leños, y de escribirse por medio de nudos?" ¿Y qué eran las pinturas y los caracteres de los Mexicanos y de las otras naciones civilizadas de Anáhuac, sino signos durables, destinados, como nuestros caracteres, á perpetuar la memoria de los sucesos? Véase lo que dice Acosta en el lib. vi, cap. vii, de su Historia, y lo que yo digo en mi Disertación sobre la cultura de los Mexicanos.

"¿Por qué no domesticaban animales, ni se servían de otros que del llama (1) y del paco, los cuales no eran, como nuestros animales domésticos, estables, fieles y dóciles?" Porque carecían de animales que pudiesen ser domesticados. ¿Quería el conde de Buffon que domasen tigres, lobos y otras fieras de esta especie? Mr. de Paw echa en cara á los americanos el no haberse servido de los renghiferos como los japoneses; pero estos animales no se hallan sino en países demasiado remotos de

[1] Llama era, segun dice el P. Acosta, el nombre genérico de las cuatro especies de cuadrúpedos de aquel género; pero hoy se emplea para significar la que los españoles designan con el nombre de *carneros del Perú*. Las otras tres especies son el paco, el guanaco, ó huanaco, y la vicuña.

México, y los salvajes que los habitaban, no quisieron servirse de aquellos cuadrúpedos, porque no los necesitaban. Además de que las palabras de Buffon, tomadas en su generalidad, encierran un error, pues él mismo confiesa que los indios domesticaron el *alco* ó *techichi*, animal semejante al perro, y común á ambas Américas. Los Mexicanos además habían domesticado los conejos, los patos, los pavos y otros animales.

Finalmente, "sus artes, concluye el conde de Buffon, eran tan nuevas como su sociedad; su talento imperfecto; sus ideas no estaban desarrolladas; sus órganos eran toscos, y bárbaras sus lenguas." Los errores contenidos en estas palabras serán refutados en las siguientes Disertaciones.

La nueva inundación de América debe pues, considerarse, como una de aquellas quimeras filosóficas, inventadas por los ingenios de nuestro siglo; puesto que los americanos no conservan memoria de otra inundación, que de la universal referida en los libros santos. Antes bien, se puede asegurar, que si el diluvio de Noé no anegó toda la tierra, ningún otro país se pudo, con mayor probabilidad, sustraer de aquella catástrofe, que el territorio de México; pues además de su gran elevación sobre el nivel del mar, no hay país mediterráneo en que sean mas raros los cuerpos marinos petrificados.

DEL CLIMA DE MEXICO.

Si quisiera empeñarme en rebatir todos los despropósitos que Mr. de Paw escribe contra el clima de América, sería necesario emplear en lugar de una disertación, un volúmen. Basta decir que he recojido todo lo que se ha dicho y escrito, con razon ó sin ella, contra diversos países particulares de América, para representar á sus lectores un conjunto monstruoso y horrible; sin echar de ver que si quisiéramos

imitar su ejemplo y adoptar su sistema á los diversos países de que se compone el antiguo continente, lo que no sería difícil, resultaría un retrato no menos espantoso. Pero dejemos esto, como ajeno de nuestro propósito, y limitémonos á hablar sobre el clima de México.

Siendo este país tan vasto, y hallándose dividido en tantas provincias, tan diversamente situadas, no es extraño que reinen en ellas diferentes climas. Algunas tierras como las inmediatas á las costas, son cálidas y por lo común húmedas y mal sanas: otras, como casi todas las interiores, son templadas, secas y sanas. Estas son demasiado altas, y aquellas demasiado bajas. En unas reinan los vientos del Sur, en otras el Levante, en otras el Norte. El mayor frio de todos los puntos habitados no llega al de Francia ni aun al de Castilla, ni el mayor calor puede compararse con el de Africa, ni con el de la canícula en algunos pueblos de Europa. La diferencia entre el verano y el invierno es generalmente tan pequeña, que muchas personas usan la misma ropa en agosto que en enero. Todo esto, y lo que he dicho en otra parte acerca de la benignidad y suavidad de aquel clima, es tan notorio, que no necesitamos de citas ni de argumentos para probarlo.

Mr. de Paw para demostrar la malignidad del clima de América, alega: 1. la pequeñez y la irregularidad de los animales: 2. la corpulencia y la enorme multiplicación de los insectos: 3. las enfermedades de los americanos, y especialmente el mal venéreo: 4. los defectos de su constitucion física: 5. el exceso del frio en algunos países de América, con respecto á los del antiguo continente, situados á igual distancia de la Línea Equinoccial.

Ahora bien, la supuesta pequeñez y la menor ferocidad de los animales america-

nos, de que hablaré despues, lejos de demostrar la malignidad del clima, manifiestan su suavidad, si dámos crédito al conde de Buffon, de cuyo testimonio se ha valido el mismo Mr. de Paw, en todo lo que dice contra Peretty. Buffon, que en muchos pasajes de la Historia Natural alega la pequenez de los animales americanos, como una prueba cierta de la malignidad del clima, dice en el tomo XI, hablando de los animales selváticos. "Como todos las cosas, y aun las criaturas mas libres, están sujetas á las leyes físicas; y como los animales, igualmente que los hombres, están sometidos al influjo del cielo y de la tierra, parece que las mismas causas que han civilizado y suavizado la especie humana en nuestros climas, han debido producir los mismos efectos en las otras especies. El lobo, que es quizás el cuadrúpedo mas feroz de la Zona Templada, es, por otra parte, incomparablemente menos terrible que el tigre, el leon, y la pantera de la Zona Tórrida, y que el oso blanco, el lobo cervical y la hiena de la Zona Fria. En América, donde el aire y la tierra son mas blandos que en Africa, el tigre, el leon y la pantera solo tienen de terrible el nombre. Si la ferocidad unida á la crueldad, formaba parte de su naturaleza, no hay duda que han degenerado, ó por mejor decir, han sufrido el influjo del clima: bajo un cielo mas suave, su índole se ha amansado. De los climas extremos salen las drogas, los perfumes, los venenos y todas las plantas cuyas cualidades son fuertes y vehementes. Por el contrario, una tierra templada no da sino productos templados: á ella pertenecen las yerbas mas dulces, las legumbres mas sanas, los frutos mas suaves, los animales mas pacíficos, y los hombres mas tranquilos: porque la tierra influye en las plantas; la tierra y las plan-

tas, en los animales; la tierra, las plantas y los animales, en el hombre. Las cualidades físicas del hombre, y de otros animales que se alimentan de otros animales, dependen, aunque mas remotamente, de aquellas mismas causas que influyen en su índole y en sus costumbres. La mayor prueba que puede darse de que en los climas templados todo se templó, y de que todo es excesivo en los extremos, es que el tamaño y la forma que parecen cualidades fijas y determinadas, dependen, como las cualidades relativas, de la acción que el clima ejerce. El tamaño de nuestros cuadrúpedos no puede compararse con el del elefante, el rinoceronte y el hipópótamo; las mayores de nuestras aves son harto pequeñas comparadas al avefruz, al condor y al casoar." Hasta aquí el conde de Buffon, cuyo texto he copiado, porque me ha parecido importante á mi propósito, y contrario á lo que Mr. de Paw dice contra el clima de América, y lo que el mismo Buffon escribe en otras partes.

Si pues los animales grandes y feroces son propios de los climas excesivos, y los pequeños y mansos de los templados, como dice el conde de Buffon; si la suavidad del clima influye en la índole y en las costumbres de los animales, mal deduce Mr. de Paw la malignidad del clima de América, del menor tamaño y de la menor ferocidad de sus animales; ántes bien, de esto mismo debería inferir la suavidad de su clima. Si por el contrario, el menor tamaño y la menor ferocidad de los animales americanos, con respecto á los del antiguo continente, prueban su degeneración por la malignidad del clima, como dice Mr. de Paw, deberemos del mismo modo deducir la malignidad del clima de Europa, del menor tamaño y de la menor ferocidad de sus animales, comparados con los de Africa. Si algun filósofo de Guine

emprendiese una obra por el estilo de la de Mr. de Paw, con el título de *Recherches Philosophiques sur les européens* (Indagaciones filosóficas sobre los europeos) podría, valerse del mismo argumento para censurar el clima de Europa y las ventajas del de Africa. "El clima de Europa, podría decir con las mismas palabras de su modelo, es demasiado opuesto á la generacion de los cuadrúpedos, que allí son incomparablemente menores y mas cobardes que en el nuestro. ¡Qué son el caballo y el buey, los mayores de sus animales, comparados con nuestros elefantes, con nuestros rinocerontes, con nuestros hipopótamos, con nuestros camellos y nuestras girafas! ¡Qué son sus lagartos, comparados en intrepidez y tamaño con nuestros cocodrilos! Los lobos y los osos, las mas temidas de sus fieras, parecen ovejas al lado de nuestros leones y tigres. Sus águilas y sus buitres son gallinas en comparacion de nuestros avestruces." Omito otras bellas cosas que podrian decirse contra Europa, valiéndose de los mismos materiales y casi de las mismas espresiones de Mr. de Paw, por no hacer fastidiosa esta Disertacion. Lo que aquellos dos escritores responderian al filósofo africano, respondo yo á cuanto ellos dicen; pues sus argumentos ó no prueban que es malo el clima de América, ó demuestran que es malo el de Europa, ó á lo menos inferior al de América.

De la escasez y pequeñez de los cuadrúpedos pasa Mr. de Paw al enorme tamaño y prodigiosa multiplicacion de los insectos y otros animalillos dañosos. "La superficie de la tierra, dice, inficionada por la putrefaccion, estaba inundada de lagartijas, de culebras, de reptiles ó insectos monstruosos por su tamaño, y por la actividad de su veneno, los cuales sacaban jugos abundantes de aquel suelo inculto,

viciado y abandonado á sí mismo, en que el jugo nutritivo se agriaba, como la leche en el seno de los animales que no ejercen la virtud propagativa. Las orugas, las garrapatas, las mariposas, los escarabajos, las arañas, las ranas y los sapos eran de una corpulencia gigantesca en su especie, y se habian multiplicado mas de lo que puede imaginarse. Panamá está infestada de culebras; Cartagena, de nubes espesas de enormes murciélagos; Porto Belo, de sapos; Surinam de kakerlaquis ó cucarachas; Guadalupe y otras colonias de las islas, de escarabajos; Quito, de piques ó niguas, y Lima, de piojos y chinches. Los antiguos reyes de México y los emperadores del Perú no hallaban otro medio de libertar á sus súbditos de estos insectos que los devoraban, que el de inponerles el tributo de cierta cantidad de piojos que debian pagarles cada año. Hernan Cortés encontró sacos llenos de ellos en el palacio de Moctezuma." Pero este argumento, lleno de falsedades y exageraciones, nada prueba contra el clima de América en general, ni en particular contra el de México. El haber algunas tierras en América, en que por ser cálidas, húmedas é inhabitadas, se hallan insectos grandes, y que se multiplican escesivamente, probará, cuando mas, que en aquella vasta parte del mundo, hay algunos puntos inficionados por la putrefaccion; pero no que el terreno de México y el de toda la América, son fétidos, incultos, viciados y abandonados á sí mismos, como pretende desafortunadamente Mr. de Paw. Si esta consecuencia fuera exacta, podriamos decir que el terreno del antiguo continente, es igualmente fétido y podrido, pues en muchos países de los que lo componen hay una prodigiosa multitud de insectos monstruosos, de reptiles dañinos y de viles animalillos, como en las islas Fili-

pinas, en las del oceano Indico, en muchas partes del Asia Meridional y de Africa, y aun en no pocos de Europa. Las islas Filipinas están infestadas de hormigas enormes, y de murciélagos monstruosos; el Japon, de escorpiones; el Asia Menor y el Africa, de serpientes; el Egipto, de áspides; la Guinea y la Etiopia, de ejércitos de hormigas; la Holanda, de ratones; la Ucrania, de sapos, como el mismo Mr. de Paw asegura. En Italia, la campaña romana, cuya poblacion es tan antigua, abunda en víboras; la Calabria, en tarántulas; las costas del mar Adriático, en nubes de mosquitos; y aun en la misma Francia, cuya poblacion es tan antigua y tan grande, cuyas tierras están tan cultivadas, y cuyo clima alaban tanto los franceses, apareció hace años, segun el mismo conde de Buffon, una nueva especie de rata campestre, mayor que la comun, y que él llama *sarmulot*, cuya especie se propagó escesivamente, con gran daño de los campos. Mr. Bazin, en el Compendio de la Historia de los insectos, cuenta setenta y siete especies de clíunches en Paris y en sus contornos. Aquella gran capital, segun Mr. de Bomare, hormiguea de tan enojosos bichos. Es muy cierto que hay puntos en América, en que la muchedumbre de insectos y reptiles hace incómoda la vida; pero no sabemos que de resultas de su escesiva multiplicacion se haya despoblado la mas miserable aldea: á lo menos no podrian citarse tantos ejemplos de despoblacion por aquel motivo, como los que del antiguo continente refieren Teofrasto, Varron, Plinio y otros autores. Las ranas despoblaron un lugar de las Galias, y otro en Africa las langostas. La isla de Giaro, una de las Cicladas, quedó despoblada por las ratas; Amiclas, cerca de Terracina, por las culebras; otro pueblo próximo á Etiopia, por los escorpiones

y por las hormigas venenosas, y otro por las escolopendras; y mas cerca de nuestros tiempos, los habitantes de la isla Mauricio estuvieron próximos á abandonarla, de resultas de la extraordinaria multiplicacion de los ratones, segun me acuerdo de haber leído en un autor frances.

En cuanto al tamaño de los insectos y de los reptiles, Mr. de Paw se vale del testimonio de Mr. Dumont, el cual en sus Memorias Sobre la Luisiana, dice que las ranas de aquel país son tan grandes, que pesan 37 libras francesas, y que su horrendo clamor es muy semejante al de las vacas. ¡Pero quién podrá fiarse de aquel autor, sabiendo lo que dice el mismo Mr. de Paw, que todos los que han escrito sobre la Luisiana, desde Kenepin, Le Clerc, y el caballero de Tonti, hasta Dumont, se han contradicho unos á otros! Yo ademas me maravillo que Mr. de Paw, haya osado decir que no existen semejantes monstruos en el resto del mundo. Sé que ni en el antiguo continente, ni en el nuevo, existen ranas de 27 libras; pero existen en Asia y Africa serpientes, murciélagos, hormigas y otros animales de esta especie, de tan estupendo tamaño, que superan á cuantos se han descubierto hasta ahora en el Nuevo-Mundo. ¿En qué parte de América se ha visto una serpiente de 50 codos romanos, como la que enseñó Augusto al pueblo en los espectáculos, segun afirma Suetonio (1), ó tan gruesa, como la que se mató en el Vaticano, en tiempo del emperador Claudio, de la que asegura Plinio, autor casi contemporáneo, que se le encontró un niño entero en el vientre? Sobre todo, ¿cuándo se ha visto, aun en los bosques mas solitarios de América, una serpiente que se pueda comparar, bajo nin-

(1) *In Octaviano Cesare.*

gun aspecto, con la enorme y prodigiosa, de 120 piés, vista en Africa en tiempo de la primera guerra Púnica, destruida con máquinas de guerra por el ejército de Atílio Régulo, y cuya piel y quijadas se conservaron en un templo de Roma, hasta la guerra de Numancia, como testifican Livio, Plinio y otros historiadores? Sé que algun escritor ha dicho que en los bosques de América se hallan unas culebras gigantes, que con su aliento atraen á los hombres, y los ahogan; pero tambien sé que lo mismo, y algo mas cuentan algunos historiadores antiguos y modernos de las serpientes de Asia. Megastenes, citado por Plinio, dice que en aquellas regiones se hallan serpientes que tragan ciervos y toros enteros (1). Metrodoro, citado por el mismo escritor, afirma que en el Ponto habia unas culebras que atraian con su aliento á los pájaros, por altos que estuviesen, y por rápido que fuera su vuelo. Gemelli, en el tomo V. de su Vuelta al Mundo, hablando de las islas Filipinas, dice así: "Hay serpientes en aquellas islas, de desmesurado tamaño. Hay una, llamada Ibitin; que se cuelga por la cola del tronco de un árbol, y espera que pasen ciervos, javalíes y aun hombres, para atraerlos á sí violentamente con el aliento, y devorarlos enteros." Bicu

[1] Megasthenes scribit, in India serpentes in tantam magnitudinem adulescere, ut solidos haeriant cervos, taurosque. Metrodorus, circa Rhodacum amnem in ponto, ut supervolantes quamvis alte, perniterque alites haustu raptas absorbent. Nota est in Punticis bellis ab flumine Bagradam á Regulo Imper. ballistis, tormentisque, ut oppidum aliquod, expugnata serpens CXX pedum longitudinis. Pellis ejus maxillaeque usque ad bellum Nantinum duravere Romae in templo. Faciunt his fidem in Italia appellatae boae in tantam amplitudinem exeuntes, ut Divo Claudio principe, occisae in Vaticano, solidus in alto spectatus sit infans." Plin Hist. Nat. lib. VIII cap. 14.

se ve por todo esto que aquella antiquísima fábula ha sido comun á uno y otro continente.

Mr. de Pav querrá quizás responder que aquellos monstruos animales se veian en el antiguo continente, cuando aun no se habia perfeccionado su clima. Pero si se compara lo que escribieron los antiguos, con lo que ahora sabemos del Asia y Africa ¿quién negará que el clima de aquellos países es el mismo que era hace 2,000 años, con el mismo calor, la misma humedad y las mismas producciones animales y vegetales? Además que aun en nuestros tiempos se ven allí varias suertes de animales de extraordinarias dimensiones, que superan á los de la misma especie en el nuevo continente. ¿En qué país de América encontrará Mr. de Pav hornuigas que puedan compararse con las llamadas *sulam* en las islas Filipinas, de las cuales afirma el Dr. Hernandez que tienen seis dedos de largo y uno de ancho? ¿Quién ha visto en América murciélagos tan gruesos como los de las islas Borbon, Ternate, Filipinas, y los de todo el archipiélago Indico? El mayor murciélago de América, propio de ciertas tierras cálidas y sombrías, que es el que el conde de Buffon llama *vampiro*, es, segun él mismo, del tamaño de un pichon: la *rougette*, una de las especies de Asia, es tan grande como un cuervo, y la *roussette*, otra especie de Asia, como una gallina. Sus alas tienen de punta á punta tres piés de Paris, y segun Gemelli, que las midió en Filipinas, seis palmos. El conde de Buffon confiesa el exceso de tamaño en los murciélagos asiáticos, pero les niega el del número. Gemelli testigo ocular, dice que los de la isla de Luzon eran tantos, que cubrian el aire, y que el rumor que hacian con los dientes, al comer las frutas de los bosques, se oia á distancia de tres millas. Lo mismo confir-

man muchas personas fidedignas que han residido largos años en aquellas islas. El mismo Mr. de Paw dice, hablando de las serpientes, que "no se puede afirmar que en el Nuevo-Mundo se hayan encontrado tan grandes como las que vió Adanson en los desiertos de Africa." La mayor serpiente hallada en México, despues de las mas diligentes investigaciones hechas por el Dr. Hernandez, tenia 18 piés de largo; mas esta no es comparable con la de las Molucas, de la que dice Mr. de Bonare que tiene 32 piés de largo, ni con la Anacandaya de Ceilan, que, segun el mismo, tiene 33 piés, ni con otras de Asia y Africa, citadas por el mismo autor. Finalmente, el argumento sacado de la muchedumbre y tamaño de los insectos americanos, es casi tan débil, como el que se deduce de la pequenez y escasez de los cuadrúpedos, y en uno y otro se muestra la misma ignorancia y el mismo voluntario olvido de las cosas del antiguo mundo.

En cuanto á lo que dice Mr. de Paw acerca del tributo de piojos que se pagaba en México, descubre su mala fé, como en otras muchas cosas. Es cierto que Cortés halló sacos de piojos en los almacenes del palacio del rey Axayacat: tambien es cierto que Moctezuma impuso aquel tributo; pero no á todos sus súbditos, sino á los mendigos; y no porque la cesesiva multitud de aquellos insectos los devoraba, como dice Mr. de Paw, sino porque Moctezuma, que no podia soportar el ocio en sus vasallos, quiso que hasta aquella gente miserable, que no podia trabajar, se ocupase en quitarse de encima aquella asquerosa molestia. No influiria poco en aquella medida la gran aficion de aquel monarca al orden y al aseo. Tales eran los motivos de aquel extravagante tributo, como afirman Torquemada, Betancourt y otros historiadores, y á nadie se le ha ocur-

rído hasta ahora la interpretacion de Mr. de Paw, con la cual creia sin duda dar mayor peso á sus opiniones. Por lo demas, aquellos inmundos insectos abundan en los cabellos y en la ropa de los mendigos americanos, como en los de la gente miserable de todos los paises del mundo, y no hay duda que si algun soberano de Europa exigiese aquella contribucion de los pobres de sus dominios, podria llenar facilmente, no digo ya sacos, sino fragatas enteras.

Finalmente, reservando para otra disertacion el examen de las pruebas del clima de América, fundadas en las dolencias y en los defectos de la constitucion fisica de los americanos, en la cual demostraremos los errores y las preocupaciones pueriles de aquel escritor, vengamos á lo que dice sobre el exceso del frio en los paises del Nuevo-Mundo, con respecto á los del antiguo, situados á igual distancia de la línea Equinoccial. "Comparando, dice, las esperiencias hechas con los termómetros en el Perú, por los señores de la Condamine y D. Juan de Ulloa (no se llamaba Juan, sino Antonio), con las del infatigable Adanson en el Senegal, se puede facilmente inferir que el aire es menos cálido en el Nuevo-Mundo que en el antiguo. Calculando con la mayor exactitud posible la diferencia de temperatura, creo que será de 12 grados de latitud: esto es, que hace tanto calor en Africa á 30° del Ecuador, como á 18° de la misma línea en América. El licor no ha subido á tanta altura en el termómetro ni en el Perú, ni en el centro de la Zona Tórrida, como en Francia en el mayor calor del verano. Quebec, con estar á la misma altura polar que Oaris, tiene incomparablemente un clima mas áspero y mas frio que esta capital. La misma diferencia se nota entre la bahía de Hudson y el Támesis, que están á la misma latitud."

Aun cuando concediésemos todo esto, nada se inferiría en contra del clima de América, ¿Por qué se ha de deducir la perversidad de aquel clima de exceso del frío en América, y no se deducirá mas bien la perversidad del clima del antiguo continente del exceso del calor en los países situados á igual distancia de la línea? No se podrá sacar ningún argumento contra América, que los americanos no puedan emplear contra Europa y África. Pero lo principal es que las observaciones hechas hasta ahora no bastan á establecer, como principio general, que los países del Nuevo-Mundo son mas frios que los del antiguo, situados á la misma latitud; y mucho menos para creer, como cree Mr. de Paw que halla tanto calor en el antiguo, á 30° de latitud polar, como á los 18° en el nuevo. Si esto fuera verdad, seria en América tan intenso el frío á los 67° de latitud como á los 80° en el continente antiguo. Ahora bien, Mr. de Paw dice que el frío del antiguo continente en noviembre mas allá de los 80°, es tan perjudicial al hombre, que destruye la vida; y no la destruiría en América mas allá de los 67°! ¿Cómo pues afirma él mismo que en el país de los Esquimales se hallan habitantes mas allá de 75°? Y si los débiles americanos pueden subsistir en aquella latitud, debemos creer que los fortísimos europeos serian capaces de resistir al frío de los 80°. Además, si aquel principio fuera cierto, haria tanto calor en Jerusalem, situada á poco menos de 32°, como en la Veracruz que está á poco menos de 20°; lo que nadie, si no es Mr. de Paw, es capaz de pensar. Igualmente podrian inferirse otros despropósitos, especialmente si se adoptase el cálculo del Dr. Michel, el cual, segun dice el Dr. Robertson, concluyó despues de treinta años de observaciones, que la diferencia entre el clima del

Nuevo-Mundo y el del antiguo, es de 14 á 15°: esto es, que hace tanto calor en los países del antiguo continente, que están á los 29 ó á los 30°, como en los del nuevo que están á los 15°. Es cierto que así como hay muchos países en América mas frios que otros del mundo antiguo, igualmente distantes de la línea Equinoccial, así hay otros mucho mas cálidos. Agra, capital del Mogol, y el puerto de Loreto en las Californias, se hallan en la misma latitud, y sin embargo no es comparable el calor de aquella ciudad asiática con el de este puerto americano. Hue, capital de la Cochinchina, y Acapulco, están á igual distancia de la línea, y el aire de Hue es fresco, comparado con el de Acapulco. Mas falsa es aun, y mas improbable la otra proposición de Mr. de Paw, á saber, que en el centro de la Zona Tórrida no sube á tanta altura el termómetro, como en Paris, en lo mas fuerte del verano. Si esto fuera cierto, la diferencia entre el clima europeo y el americano, no seria solo de 12° como dice Mr. Paw, sino de 49, cuanta es la diferencia de latitud entre el centro de la Zona Tórrida y Paris. Es cierto que en virtud de las observaciones hechas en Quito, y comparadas con las hechas en Paris, el calor de aquella ciudad equinoccial no llega nunca al de Paris en el verano; pero tambien es cierto, segun las observaciones hechas por los mismos académicos con los mismos termómetros en la ciudad de Cartagena, que no es el centro de la Zona Tórrida, sino al 10° de la línea, que el calor ordinario de esta ciudad es igual al mayor de Paris, como lo asegura Don Antonio de Ulloa, uno de los observadores (1).

[1] En el año de 1735 se mantuvo el termómetro de Mr. Reaumur en Cartagena á 1025½°, sin otra variación que el de bajar tal cual vez á 1024, ó subir á 1026. En Paris el

Son muchas las causas que, además de la proximidad ó distancia de la línea, influyen en el calor y en el frío. La elevación del terreno, la proximidad de alguna alta montaña cubierta de nieve, la abundancia de lluvias, &c. contribuyen á aumentar la frialdad del ambiente; y por el contrario, la depresión del terreno, la escasez de agua, los arenales &c., aumentan el calor. Ciudad Real, capital de la diócesis de Chiapa, por estar situada en un punto alto, es fría, y Chiapa de los Indios, poco distante de allí, es calidísima, por estar en un punto bajo. Chalehicomula, villa grande, al pié de la altísima montaña de Orizava, es fría, y Veracruz, en la misma latitud, es sumamente calorosa; y, lo que es mas, siendo frío el aire de Ciudad Real, en la latitud de $16\frac{1}{2}^{\circ}$, es caliente el de Loreto, en Californias, á $25\frac{1}{2}^{\circ}$.

Las mismas observaciones de Mr. de Paw convencen que el clima de América no es tan vário como el de Europa, y que los habitantes del Nuevo-Mundo no pasan, como la mayor parte de los del antiguo, de un frío excesivo á un calor intolerable. Cuanto mas uniforme es el clima, tanto mas se acostumbra á él los hombres, y tanto mas fácilmente evitan los perniciosos efectos que ocasiona la mudanza de temperatura. En Quito sube el termómetro tanto como en Paris en verano; pero tampoco baja tanto como en los países mas templados de Europa, en invierno. ¿Qué se puede desear mas en un clima que un temple en el aire, igualmente distante de uno y otro extremo, como el de Quito, y el de la mayor parte del territorio mexicano? ¿Qué clima puede haber mas benigno, y mas favorable á la vida, que aquel en que se goza todo el año de los deleites

mismo año no subió á mas de $1025\frac{1}{2}$ en el mayor calor del verano.

del campo; en que la tierra se ve siempre adornada de yerbas y flores, los campos cubiertos de grano, y los árboles cargados de fruta; en que los rebaños, sin necesitar del trabajo del hombre, tienen bastante con lo que les da la Providencia, sirviéndoles el cielo de techo para resistir á la inclinencia de las estaciones? Ni la nieve, ni el hielo obligan al hombre á vivir entumido al lado del fuego; ni el ardiente calor del estío lo arroja de las ciudades, sino que experimentando siempre la acción benigna de la naturaleza, goza indiferentemente en todas las estaciones de la sociedad en las poblaciones, y de las deleitas de la naturaleza en el campo. Esta es la idea que tienen los hombres de un buen clima, y por esto los poetas, queriendo ensalzar en sus versos algunos países, decían que reinaba en ellos una perpetua primavera, como Virgilio hablando de Italia:—

*Hic ver assiduum, atque aënis mensibus aestas,
His gravidæ pecudæ, his pomis utilis arbor.*

y Horacio de las islas Fortunadas:—

*Ver ubi longum, tepidaque præbet
Jupiter brumas.*

Así representaban los antiguos los Campos Elíscos, y aun en los libros santos, para darnos alguna idea de la Jerusalem celeste, se dice que no se siente en ella frío, ni calor.

El P. Acosta, á cuya Historia da Mr. de Paw el título de obra excelente, que era práctico en los climas de ambos continentes, y que por no ser muy parcial de América, no debía tener gran interés en exagerar sus preeminencias, dice, hablando de su clima: “Viendo yo la dulzura del aire, y la suavidad del clima de muchos países de América, donde no se sabe qué cosa es invierno que moleste, ni verano que angustie; donde una estera basta para preservarse de la intemperie de las

estaciones; donde apenas se necesita mudar de ropa en todo el año: considerando yo todo esto, me ha parecido muchas veces, y lo mismo pienso hoy, que si los hombres quisieran desembarazarse de los lazos que les tiende la codicia, y dejar ciertas pretensiones inútiles y cuojosas, podrían llevar en América una vida tranquila y agradable; porque lo que los poetas cantaron de los Campos Elíseos y del famoso valle de Tempe, y lo que Platon referia, ó fingia de su isla Atlántida, se halla reunido en aquellas tierras." Lo mismo que Acosta, dicen de América algunos historiadores, y particularmente de México, y de las provincias circunvecinas, cuyos países mediterráneos, casi desde el istmo de Panamá hasta los 40° de latitud (pues los de mas allá no se han descubierto) gozan de un aire benigno, y de clima favorable á la vida; excepto algunos puntos, que ó por su depresion son cálidos y húmedos, ó por su demasiada elevacion son de un clima áspero. Pero ¿cuántos no hay en el mundo antiguo ásperos y dañosos!

DE LAS CALIDADES DEL TERRENO DE MEXICO.

"Lo cierto es, dice Mr. de Paw, que la América en general ha sido, y es hoy día un país demasiado estéril." Lo que sí es cierto es que esta proposicion general es una falsedad insignie, y si quiere convenirse de ello, infórmese de los muchos alemanes que han estado recientemente en América, y residido allí algunos años, y ahora se hallan en Austria, en Bohemia, en el Palatinado del Rhin, y aun en la misma Prusia; ó si nó, lea de nuevo la excelente obra del P. Acosta, y encontrará en el libro II, cap. 14, que si hay alguna tierra á que convenga el nombre de paraíso es la de América. Eso dice un europeo doc-

to, juicioso, imparcial, nacido en España, uno de los mejores países de Europa; y hablando en el libro III, de los del imperio mexicano dice "que la Nueva-España es uno de los mejores países de todos cuantos alumbrá el sol." Ciertamente no hablaria así de América en general, ni en particular de la Nueva-España, bajo cuyo nombre comprende toda la América Setentrional dominada por los españoles, si la América fuera un país estéril. No hablan de otro modo de aquellas regiones, y con especialidad de México, otros muchos europeos, cuyos testimonios omito, por no dar fastidio á los lectores (1). Por la misma razon deje aparte lo que el mismo Mr. de Paw escribe contra otros países del Nuevo-Mundo; pues sería imposible examinar las razones que alega sobre cada uno de ellos, sin escribir un gran volúmen, y me limitaré á lo que pertenece exclusivamente á México.

El conde de Buffon y Mr. de Paw parecen convencidos de que todo el terreno de América se reduce á montes inaccesibles, á bosques impenetrables, y á llanuras anegadas y pantanosas. Leyerón sin duda en las descripciones de aquel país, que los famosos Andes, ó Alpes americanas, formaban dos larguissimas cadenas de montes altos, y cubiertos en gran parte de nieves; que el vasto desierto de las Amazonas se compone de bosques espe-

[1] Tomas Gage, oráculo de los ingleses y de los franceses, en cuanto es relativo á la América, hablando de México, dice: "En México no falta nada de lo que puede constituir la felicidad de un pueblo; y si los escritores que han empleado sus plumas en alabar las provincias de Granada en España, y de Lombardia y Toscana en Italia, que convierten en paraísos terrestres, hubieran visto este Nuevo-Mundo y la ciudad de México, pronto se retractarian de todo lo que han dicho acerca de aquellos países." Esto dice de México aquel autor que no sabe hablar bien de nada.

sos; que Guayaquil, y tal cual otro pueblo son húmedos, y pantanosos, y esto bastó para que no viesen en todo aquel continente sino pantanos, sierras y espesuras. Leyó Mr. de Paw en la Historia de Gumilla lo que dice aquel autor acerca del modo que tenían los indios del Orinoco de preparar el terrible veneno de sus flechas; en la Historia de Herrera y en otros autores, que los canibales y otras naciones bárbaras usaban de flechas envenenadas, y de aquí sacó que "el nuevo continente produce mayor número de yerbas venenosas que todo el resto del mundo." Leyó que en las tierras demasiado calientes no nace trigo, ni prosperan las frutas de Europa, y no necesitó de mas para decir que "los alberchigos y albaricoques solo han fructificado en la isla de Juan Fernandez (1)," y que "el trigo y la cebada no han ganado sino en algunos países del Norte."

Nada es cierto, con respecto á México, de todo lo que dice contra el terreno de América. Hay ciertamente en aquel país montañas elevadísimas, y cubiertas de nieves eternas; hay grandes bosques, y algunos puntos pantanosos; pero es sin comparación mas vasto el terreno fértil y cultivado, como lo saben cuantos lo han visto. En todo aquel inmenso espacio en que ahora se siembra trigo, cebada, maiz, y otras especies de plantas cereales y le-

(1) A fin de mostrar cuánto se aparta de la verdad Mr. de Paw, es necesario saber que en la miserable isla de Juan Fernandez, donde dice que se crían tan bien los alberchigos, hay muy pocos, y estos malos, como lo he oído decir al presbítero D. José García, valenciano, que estuvo allí siete meses, y en la estación de las frutas. Por el contrario, en casi todos los países templados y frios de América, donde crío Mr. de Paw que no hay alberchigos, se dan excelentes, y en algunas partes, como en Chile y en varios pueblos de México, mejores que en Europa.

guminosas, de que abunda infinitamente aquel país, se sembraba ántes maiz, pimiento, judías, cacao, chia, algodón, y otras plantas que servían á las necesidades y placeres de aquellos pueblos; los cuales, siendo tan numerosos, como he dicho en la Historia, y demostraré en otra parte, no hubieran podido tener con qué subsistir, si la tierra hubiera sido una continuación de montes, bosques y pantanos. El conde de Buffon que en su tomo 1.^o dice que la América no es mas que un pantano continuo, y en el tomo V afirma que las montañas inaccesibles apenas dejan allí pequeños espacios para la habitación de los hombres, en el mismo tomo confiesa que los pueblos de México y del Perú eran bastante numerosos. Pero si estos pueblos, que ocupaban una grandísima parte de la América, eran bastante numerosos, y vivían, como él dice, en sociedad, y bajo la dirección de las leyes, no es posible que el país que los alimentaba, fuese un vasto pantano; si estos pueblos tan numerosos se sustentaban, como es cierto, de los granos y frutos que cultivaban, no pueden ser pequeños los espacios que los montes inaccesibles dejan á la agricultura y á la habitación de los hombres.

La muchedumbre, la variedad, y la bondad de las plantas de México no dejan la menor duda acerca de la prodigiosa fertilidad de su suelo. "En los pastos, dice el P. Acosta, es excelente el terreno de Mexico y es increíble la multitud de caballos, vacas, ovejas, y otros cuadrúpedos que allí se crían. También es abundante, tanto en frutas como en toda clase de granos." En efecto, no hay grano, legumbre, hortaliza ó fruta que no prospere en aquella tierra venturosa: El trigo, que apenas concedo Mr. de Paw á pocos distritos del Setentrion, no nace generalmen-

te en las tierras demasiado cálidas de México, como tampoco en la mayor parte de Africa, y en otros muchos países del antiguo continente; pero las tierras frias y templadas de las provincias mexicanas, lo dan de excelente calidad, y mas abundante que en Europa. Baste decir que el que se coge en la diócesis de la Puebla de los Angeles es tanto, que del que sobraba, despues de provistos sus innumerables habitantes, se proveian las islas Antillas, y la escuadra que habia en la Habana con el nombre de Armada de Barlovento. En Europa no hay mas que una siembra, y una cosecha: en México hay muchas. Torquemada, autor europeo, que estuvo muchos años en aquellos países, y los recorrió en todos sentidos, dice: "En las tierras en que se cultiva el trigo, se ve en cada estación del año un trigo que se está segando, otro que empieza á madurar, otro que aun está verde, y otro que se siembra; y ahora, que es el mes de noviembre, se verifica así, pues vemos la siega del trigo temporal, el de riego (1), que va creciendo en Atlixco y en otros lugares mientras se está haciendo en otros la siembra: lo que demuestra la maravillosa fertilidad de la tierra (2)." El mismo autor hace mención de muchas tierras que daban 60, 80 y 100 por uno; y en nuestros dias se ha visto aquella extraordinaria multiplicación de trigo en muchos campos (3), siendo ge-

(1) El trigo llamado de *riego* se siembra en octubre, en noviembre ó en diciembre, y la cosecha se hace en mayo ó en junio: el de *temporal* se siembra en junio, y se siega en octubre; y el *acenturero* se siembra en noviembre, y la cosecha no tiene época fija.

(2) Torquemada lib. I, de la *Monarquía Indiana*, cap. 4. Véase tambien lo que dice acerca de la abundancia de frutas en todas las estaciones, y Herrera en muchas partes de su obra.

[3] Yo he estado en países en que la tierra solia dar 50 por uno, y he sabido de otros

neralmente cierto que dando mas productos que los de Europa, exigen menos cultivo, como es notorio á los europeos inteligentes que han viajado por aquellas regiones. Lo que decimos del trigo, se puede aplicar á la cebada, aunque de esta no se siembra sino lo necesario para mantener los caballos, las mulas y los puercos. Mucho mas podria decir del maíz, que es el grano propio de aquella parte de América.

Mr. de Paw dice que todas las plantas de Europa han degenerado en América, excepto las acuáticas y jugosas; y para apoyar este despropósito, añade que "los albréchigos y los albaricoques solo han fructificado en la isla de Juan Fernandez." Aunque le concediésemos que ningún país de América dá aquellas dos clases de frutas, no por esto habria probado su asercion; pero el hecho en que se funda es enteramente falso. El P. Acosta, hablando de aquellas frutas en particular, dice: "Prosperan allí los albréchigos, los melocotones y los albaricoques (1); pero mejor que en ninguna parte, en México." En todo aquel país, excepto en las tierras muy calientes, han prosperado aquellas

en que daba hasta 100. En Sinaloa, aunque es país caliente, la tierra suele dar 200 por uno, segun me ha informado una persona digna de fe que estuvo allí muchos años. Mi erudito amigo el profesor D. Juan Ignacio Molina, dice en su *Historia Compendiosa de Chile*, publicada en Bolonia, que en aquellos países, el trigo da comunmente 150 por uno. La fanega se vende á precio ínfimo; y cada año van al Perú 30 buques cargados de trigo, quedando mucho en el país.

(1) Acosta, lib. iv, cap. 31. Es tanta la abundancia de albréchigos en México, que se suelen dar dos, tres, y aun cuatro veintenas por la moneda mas pequeña del país. En Chile se cuentan hasta doce especies de albréchigos, y los hay tan grandes que algunos pesan una libra española. Así lo asegura Molina. Véase lo que dice el P. La Feuillée acerca de su delicadísimo sabor.

frutas, y todas las otras que se han llevado de Europa, y nacen en gran abundancia, como atestiguan todos los viajeros (1). "Finalmente, dice Acosta, hablando de la América en general, casi todo lo bueno que produce la España, lo hay allí, en parte mejor, y en parte no: trigo, cebada, ensaladas, hortalizas, legumbres, etc. (2)." Si hubiera hablado solo de México, hubiera podido omitir el *casi*.

"Hay otra ventaja, añade el mismo, y es que en América se dan mejor los productos de Europa, que en Europa los de América." ¿Y parecerá pequeña esta ventaja á Mr. de Paw? Esto solo bastaría para demostrar que si hay algun exceso, está en favor de América. En México prosperan admirablemente, como dicen muchos escritores, y como saben todos los que han estado allí, el trigo, la cebada, el arroz, y todos los otros granos de Europa; las judías, los guisantes, las habas, y todas las legumbres; las lechugas, las coles, los nabos, los espárragos, y otras ensaladas y raíces, y en general, toda especie de hortaliza; los albréchigos, las manzanas, las peras y otras frutas; las rosas, los claveles, las violetas, los jazmines, la albahaca, la yerba buena, la mejorana, el torongil, y otras flores y plantas europeas; pero en Europa no prosperan, ni pueden prosperar las plantas americanas. El maíz se cultiva en Europa; pero es mucho mas pequeño, y de inferior calidad que el de América. De

[1] Las peras se venden tambien por veintenas en México, y hay mas de cincuenta especies. Gemelli habla de la cuantiosa renta que sacaban de las frutas europeas de su jardin, los carnuelitas de S. Angel, pueblo distante siete millas de la capital, y del producto de la hortaliza que cultivaban en su pequeño huerto los dominicanos de S. Jacinto, en un arrabal de la misma.

[2] Acosta lib. 4. cap. 31.

las muchas y sabrosas frutas del Nuevo-Mundo, algunas, como el plátano y la piña, han fructificado en los jardines europeos, gracias á las estufas, y á un grandísimo esmero; pero ni tan bien sazoadas, ni con tanta abundancia como en su propio país. Otras mas apreciadas, como la chirimoya, el mamey y el chicozapote, no sabemos que se hayan podido acimatar, á pesar de la industria y del saber que en ello se ha empleado. La causa de esta gran diversidad entre Europa y América, es la que señala el mismo Acosta, esto es, "porque en América hay mayor variedad de temperaturas que en Europa, y así es mas fácil dar á cada planta el temple que le conviene." Y como no es prueba de la esterilidad de Europa que no se den en ella las plantas propias de América, tampoco podrá inferirse la esterilidad de algunas partes de América, de que no se den allí algunas plantas de Europa.

Non omnis fert omnia tellus.

Hic segetes, ibi provenient felicias uvae 1.

Antes bien puede asegurarse que los países cálidos, que se niegan á la producción del trigo y de las frutas europeas, son mas fecundos y amenos bajo otros aspectos, como saben los que en ellos han residido.

Yo sin embargo, no dudo que si se quiere hacer un parangon entre los dos continentes, se hallarán casi iguales en sus producciones, porque en Asia y Africa hay tierras y climas proporcionados á todas las plantas de América, las cuales, por causa de la diversidad de aquellos dos elementos esenciales, no pueden prosperar en Europa. Pero ¿qué ventaja sacan

(1) No toda especie de tierra produce todos los frutos: una es mas propia para el cultivo de las mieses otra para el de las vides.

los europeos de lo que produce el Asia? Por el contrario, los Mexicanos, rodeados de países en que reinan toda clase de climas, gozan de todos los frutos que estos favorecen. La plaza de México (así como las de otras muchas ciudades de América) es el centro de todos los dones de la naturaleza. Allí se ven la manzana, el albréchigo, el alburicoque, la pera, la uva, la cereza, el camote, la jícama, la nuez y otras innumerables frutas, raíces y yerbas sabrosas que se crían en los países fríos y templados; la piña, el plátano, el coco, la anona, la chirimoya, el mamey, el chicozapote, el zapote negro, y otros muchísimos de las tierras cálidas; el melon, la sandía, la naranja, la granada, el aguacate, el zapote blanco, y otros, comunes á países calientes y fríos. En todas las estaciones del año se ve aquel mercado abundantemente provisto de varias frutas esquisitas, y aun en la época en que los europeos no tienen mas que castañas, y cuando mas las uvas y manzanas que su industria sabe conservar. Todo el año, sin exceptuar el invierno, entran en aquella plaza, por uno de los canales, innumerables barcas, cargadas de frutas, flores y hortalizas; de modo que parece que todas las estaciones y todos los países son tributarios á las necesidades y placeres de aquellos habitantes: díganlo los europeos que han tenido la satisfacción de verlo.

No es menor la abundancia de aquella tierra en plantas medicinales: basta para esto ver la obra del célebre naturalista Hernandez, en la cual se describen y dibujan mas de 900 plantas (la mayor parte de ellas nacidas en los alrededores de la capital), cuyas virtudes ha dado á conocer la experiencia, además de otras 300 cuyo uso no es conocido. No hay duda que en este largo catálogo faltan otras in-

numerables. Mr. de Paw, por el contrario, dice que la América produce mayor número de plantas venenosas que todo el resto del mundo. Pero ¿qué sabe él de las que se crían en lo interior del Asia y del Africa? Siendo tan grande la fertilidad de aquel suelo, no es extraño que abunden en él toda clase de vegetales. Pero á la verdad yo no sé que hasta ahora se hayan descubierto en México ni la vigésima parte de las plantas ponzoñosas del continente antiguo, de que hacen mención en sus libros los naturalistas y los médicos europeos.

En cuanto á las gomas, resinas, aceites y otros jugos que despiden los árboles, ó espontáneamente, ó ayudados por la industria humana, es admirable, como dice el P. Acosta, el terreno de México, por la abundancia de esta clase de productos. Hay bosques enteros de acacias, que son las que dan la verdadera goma arábiga, la cual, por ser tan común, no tiene valor en aquel país. Hay bálsamo, incienso, copal de muchas especies, liquidámbar, tecamaca, aceite de abeto, y otros muchos jugos apreciables por su suavísimo olor y por sus virtudes medicinales.

Aun esos mismos bosques que cubren el suelo de América, según afirman el conde de Buffon y Mr. de Paw, acreditan su fecundidad. Siempre ha habido, y en la actualidad hay en aquellas vastas regiones, bosques espesos y sostenidos; pero no son tantos que no se pueda hacer un viaje de 500 ó de 600 millas sin encontrar uno solo. ¿Y qué clases de bosques son esos que tanto disgustan á aquellos dos escritores? Por lo común, ó de árboles frutales, como de plátanos, mameyes, chicozapotes, naranjos y limoneros, cuales son los de Coatzacoalco, Mixteca y Michuacan; ó de árboles preciosos por sus maderas y por sus resinas, como los

que separan el valle de México de la diócesis de la Puebla de los Angeles, y los de Chiapa, Zapotecas y otros. Ademas de los pinos, robles, fresnos, nogales, abetos y otros muchísimos, comunes á los dos continentes, hay mayor número de los propios de aquella tierra, que son los mas apreciados. Encuéntranse bosques enteros de cedro, como en otra parte he dicho. El conquistador Cortés fué acusado por sus émulos ante el emperador Carlos V, de haber empleado en el palacio que hizo construir en México, 7,000 vigas de cedro, y se excusó diciendo que el cedro era una madera comun del pais. Lo es en efecto tanto, que con él se hacen las estacas para los cimientos de las casas, en el suelo pantanoso de la capital. Del justamente celebrado ébano, hay tambien bosques en Chiapa, Yucatan y Cozumel: del brasil en las tierras calientes, y en otras partes, del oloroso aloe. El *topóbacera*, el *granadillo* ó ébano rojo, el cañote, y los otros de que he hablado en la Historia, suministran materias harto mejores que las que se emplean en Europa. Finalmente, para no detenerme en una larga y enojosa enumeracion, me refiero al P. Acosta, al Dr. Hernandez, á Jimenez, y á otros autores españoles que han estado en México, sin embargo de que todo lo que dicen no basta á formar una idea de la fertilidad de aquella tierra. El P. Acosta afirma que en cuanto al número y la variedad de árboles incultos, es muy superior la América al Africa, al Asia y á la Europa.

Este último dato es decisivo; pues la naturaleza y propiedades de un terreno se dan á conocer mucho mas por sus producciones espontáneas, que por las que nacen con el auxilio del arte. Comparemos pues las de Europa, no ya con las de América, sino tan solamente con las de México.

“La causa, dice, Montesquieu, de haber tantos salvajes en América, es la abundancia de frutas que dá por sí misma la tierra, y que les suministra un fácil alimento. Creo que no se gozarian de estas ventajas en Europa, si se dejase la tierra sin cultivo, y que solo producian encinas y otros árboles inútiles.” “Examianando dice, Mr. de Paw, la historia y el origen de nuestras legumbres, de nuestras hortalizas, de nuestros árboles frutales y aun de nuestros granos, se conoce que todos son extranjeros, y que han sido trasportados de otros climas al nuestro. Fácilmente puede concebirse cuán grande habrá sido la miseria de los antiguos galos y aun de los germanos, cuya tierra no producía en los tiempos de Tácito ningun árbol frutal. Si la Alemania debiera restituir todos los vegetales que no pertenecen originalmente á su terreno, ni á su clima, casi nada le quedaría, ni conservaría otros granos que la anapola y la avena silvestre.” Lo que Mr. de Paw confiesa claramente de las Galias y de la Germania, podria decirse de los otros países de Europa, sin excluir la Grecia y la Italia, que han sido los almacenes de los demas. Si se quitase al suelo de Italia, las adquisiciones con lo que ha enriquecido la industria del hombre. ¿Qué otra cosa le quedaria sino sus antiguas bellotas? Los nombres de *malum persicum*, *malum medicum*, *malum assyrium*, *malum puniceum*, *malum sidonium*, *malum armediacum*, *malum pontica* &c., sirven á recordar el origen asiático y africano de las frutas que designan. “Se sabe, dice Mr. Busching, que las frutas mejores y mas hermosas pasaron de Italia á los países que actualmente las producen. Italia las recibió de Grecia, de Asia y de Africa. La manzana viene de Siria, de Egipto y de Grecia; el albaricoque, de Egipto; la pera de Alejandria, de

Siria, de Numidia y de Grecia; el limon y la naranja, de Media, de Asiria y de Persia; el higo, de Asia; la granada de Cartago; la castaña, de Castania en Magnesia, provincia de Macedonia; la cereza, de Cerzento en el Ponto; la almendra de Asia á Gresia, y de aqui á Italia; la nuez, de Persia; la avellana, del Ponto; la aceituna, de Chipre; el albréhigo, de Persia; el melocoton de Cidonia en Candia."

Plinio dice que los hombres no se alimentaban al principio de otra cosa que de bellotas. Aunque esto es falso con respecto al comun de los hombres, parece cierto con respecto á los primeros pobladores de Italia: al menos tal era la opinion de los antiguos, segun se lee en sus escritos. Plinio añade que aun en su tiempo muchos pueblos que carecian de granos, se estimaban ricos á proporcion de las bellotas que poseian, y con cuya harina hacian pan, como en los tiempos modernos los noruegos lo hacian con corteza de pino, y otros pueblos con huesos de pescado. Mr. de Bornare asegura que todos los primores de los jardines de Europa son estrangeros, y que las principales flores que los hermosean bienen de Levante. El mismo Mr. de Paw hace una confesion mas franca de la antigua miseria de los europeos, cuando asegura que las plantas útiles que ahora poseen, vinieron del Asia meridional á Egipto, de Egipto á Grecia, de Grecia á Italia, de Italia á las Galias, y de las Galias á Germania: así que, el terreno de Europa, en cuanto á sus producciones originales, es de los mas pobres y estériles del mundo. Por el contrario, ¿cuán férax y abundante no es el suelo americano, y especialmente el de México, en plantas propias y útiles á la manutencion, al vestido y á los otros usos sociales! Para convenirse de esta verdad basta leer las obras de los autores europeos que han escrito sobre la historia de aquel Nuevo-Mundo.

Véase, pues, como podrian responder los americanos al ridículo parangon que luce el cronista Herrera en su primera Decada, y de que hemos hecho mencion al principio de este discurso. "En América, dice, no habia, como en Europa, limones, naranjas, granadas, higos, melocotones, melones, uvas, olivas, azúcar, arroz ni trigo." Los americanos dirian: 1. Tampoco habia en Europa ninguno de esos frutos, ántes que se trajesen de Asia y Africa. 2. Actualmente se hallan en América, y generalmente son mejores y mas abundantes, especialmente la caña de azúcar, la naranja, el limon y el melon. 3. Si la América no tenia trigo, tampoco tenia maiz la Europa, grano que no cede al trigo, ni en utilidad ni en buenas cualidades: si la América no tenia naranjas ni limones, en el día los tiene; y la Europa no tiene, ni ha podido tener, chirimoyas, plátanos, aguacates, chicozapotes &c.

Finalmente, los dos escritores á quienes he combatido en esta *Disertacion*, y otros historiadores y filósofos europeos, que tanto ponderan la esterilidad, los bosques, los pantanos y los desiertos de América, podrian acordarse de que los miserables países de Laponia, Noruega, Islandia, Nueva-Zembla, Spitzberg, y los vastos y horrendos desiertos de Siberia, Tartaria, Arabia, Africa y otros, pertenecen al antiguo continente, y forman una cuarta parte de su estension. Y ¡qué países! Véase á lo menos la cloquente descripcion que hace el conde de Buffon de los desiertos de Arabia. "Un pais sin verdor y sin agua, un sol abrasador, un cielo constantemente seco, llanuras arenosas, montes aun mas áridos que las llanuras, sobre las cuales se estiende la vista hasta donde puede alcanzarse, sin encontrar un objeto animado: una tierra, por decirlo así, muerta y desollada por los vientos, en cuya superficie solo se ven huesos y

guijaros esparcidos, rocas erguidas y des-trozadas: un desierto desnudo, en que el caminante no respira jamas bajo la sombra, en que nada lo acompaña, ni le recuerda la naturaleza viva: soledad absoluta, algo mas espantosa que la de los bosques; pues á lo menos los árboles son criaturas vivas, que dan algun alivio al hombre, el cual se halla solo, aislado, mas desnudo y mas abatido en estos lugares vacíos y sin término. Todo el terreno que lo rodea, se le presenta como una

vasta sepultura; la luz del día, mas melancólica que las sombras de la noche, no renace sino para hacerle ver su desnudez y su impotencia, y para presentarle á los ojos su horrenda situacion, alejando de ellos los límites del vacío, y ensanchando en torno el abismo de la inmensidad que lo separa de la tierra habitada: inmensidad que en vano procuraria atravesar, pues el hambre, la sed, y el calor sufocante le abrevian los instantes que median entre la desesperacion y la muerte."



DISERTACION IV.

DE LOS ANIMALES DE MÉXICO.

UNA de las especies que mas inculcan el conde de Buffon y Mr. de Paw, para probar la mezquindad del suelo americano, y la malignidad de aquel clima, es la supuesta degradacion de los animales, tanto de los propios de aquella tierra, como de los que han sido trasportados del antiguo continente. En esta Disertacion examinaré sus razones, y demostraré algunos de sus errores y contradicciones.

ANIMALES PROPIOS DE MEXICO.

Todos los animales que se hallan en el Nuevo-Mundo, pasaron del antiguo, como he dicho, y esto lo confiesa el mismo Buffon en el tomo XXIX de la Historia Natural, y deben confesarlo todos los que miran con respeto los libros santos. Cuando hablo pues de animales propios de México, entiendo los que encontraron allí los españoles, no porque traigan su origen primitivo de aquel pais, como han dado á entender Mr. de Paw y el conde de Buffon en los primeros veintiocho tomos de su obra, sino para distinguir los que desde tiempo inmemorial se han criado allí, de los que fueron trasportados de

Europa: llamaré pues á estos europeos, y americanos á los otros.

La primera acusacion contra América, segun Buffon, es el pequeño número de sus cuadrúpedos comparados con los del antiguo continente. Cuenta 200 especies de cuadrúpedos descubiertos hasta ahora en la tierra, de las cuales 130 pertenecen al antiguo continente, y solo 70 al nuevo. Si de estas se quitan las que son comunes á ambos, apenas tendremos, dice, 40 especies de cuadrúpedos propiamente americanos. De este antecedente deduce que en América ha escaseado prodigiosamente la materia.

Pero ¿por qué quitar á la América, de las 70 especies de cuadrúpedos que posee, las 30 que son comunes á ambos continentes, cuando por su antiquísima residencia en el nuevo, merecen tan propiamente el nombre de americanas como las otras? Además, si las bestias que llama propiamente americanas, fueron creadas desde el principio en América, podria con menos verosimilitud alegar la pretendida escasez de la materia en aquella parte del mundo; pero siendo asiático en su

origen todo el reino animal, como confiesa él mismo, no sé en que puede fundar su atrevida consecuencia. "Todo animal, dice, abandonado á su instinto, busca la zona y la región proporcionada á su naturaleza." Hé aquí pues, la verdadera causa del menor número de las especies de cuadrúpedos en América; porque abandonados á su instinto, desde que salieron del arca de Noé, buscaron y encontraron en su mismo continente la zona y la región que les acomodaban, y no necesitaron de hacer un largo viaje para buscar lo que ya tenían. Si el arca de Noé, en lugar de detenerse en los montes de Armenia, se hubiese detenido en la cordillera de los Andes, por la misma razón hubiera sido menor el número de las especies de cuadrúpedos en Asia, Africa y Europa, y sería digno de censura el filósofo americano que de allí sacase la consecuencia de la prodigiosa escasez de materia, y el *cicla avaro* de aquellas tres partes del mundo.

Pero aunque todos aquellos cuadrúpedos fueran verdaderamente originarios de América, no debía deducirse de aquí la supuesta escasez de la materia; pues no debe decirse que escasea la materia en un país que tiene un número de especies de cuadrúpedos proporcionado á su extensión. La de América es igual á la de la tercera parte de toda la tierra: teniendo pues, de 200 especies, 70 propiamente suyas, que son algo más de la tercera parte de aquel número, no hay motivo para quejarse de su pobreza.

Hasta ahora he raciocinado sobre la suposición de ser cierto cuanto dice el conde de Buffon acerca del número de las especies de cuadrúpedos; pero, ¿quién lo sabe, cuando á la hora esta no se ha descubierto el verdadero carácter distintivo de la especie? Tanto el conde de Buffon

como otros muchos naturalistas que han escrito despues, creen que la única señal indudable de la diversidad específica de dos animales semejantes en muchos accidentes y propiedades, es la de no poder el macho cubrir la hembra, y producir por la generación, un individuo fecundo y semejante á ellos. Pero este carácter de diversidad falla en algunos animales, y en otros es muy difícil de determinar. Para conocer su incertidumbre, comparemos la unión del asno y la yegua, con la del mastín y la galga, que son dos razas diferentes de perros. De esta segunda unión nace un perro ó perra, que participa del mastín y de la galga; de aquella una mula ó mulo, que participa de la yegua y del asno. Ahora quisiera yo saber, ¿por qué el asno y la yegua son dos especies de cuadrúpedos, y el mastín y la galga dos razas de la misma especie? "Porque de esta pareja, dice el conde de Buffon, nace un individuo fecundo, y de aquella nó." Pero ¿cómo? El mismo, en el tomo XXIX de la Historia Natural, afirma positivamente que el no concebir generalmente las mulas, no nace de absoluta impotencia, sino del calor excesivo, y de las extraordinarias convulsiones que padecen en el acto del coito.

Aristóteles en su Historia de los animales, cuenta que en su tiempo, los mulos de Siria, hijos de caballo y asno, engendrabán sus semejantes. Mr. de Bonmare, despues de haber citado esta autoridad, añade: "Este hecho, apoyado por el testimonio de un filósofo tan digno de fe, prueba que las mulas son animales específicamente fecundos en sí mismos y en su posteridad." Semejantes hechos que demuestran la fecundidad de las mulas, se ven atestiguados por muchos autores de crédito, antiguos y modernos, y algunos se han verificado en mis días en Mé-

xico (1). La única diferencia entre los dos ejemplos que he comparado, es que los partos de la galga cubierta por el mastín, son mas comunes que los de la yegua cubierta por el asno.

¿De dónde ha sacado, ademas, el conde de Buffon, que el gibbon, el magote, el mammon y el pappin (cuatro diferencias de monos) no se cubren recíprocamente, ni engendran individuos fecundos? Ni averigua el hecho con esperiencias propias, ni cita otro naturalista que las haya emprendido, y sin embargo, decide que aquellos cuadrúpedos son otras tantas especies diversas. Luego es muy dudosa ó inconsecuente la division que hace de las especies, y no es posible saber si pertenecen á una misma las que aquel autor separa, ó si son específicamente diversas las que reune.

Pero sin hacer uso de este argumento, para desconfiar de la clasificacion que el conde de Buffon hace de las especies, basta notar las contradicciones en que incurre, tanto en este como en otros de los puntos que agita en su Historia, por otra parte tan apreciable. Cuando habla en el tomo XXXIX de la degeneracion de los animales, afirma que si se quiere hacer la enumeracion de los cuadrúpedos propios del nuevo continente, hallaremos 50 especies diferentes, y en la enumeracion que hace de los cuadrúpedos de ambos continentes, apenas concede 40 especies á la América. En este mismo calculo cuenta, como especies diferentes, la cabra doméstica, la gamuzá y la cabra montés, y en el tomo

XXIV, hablando de los mismos animales, dice que estos tros, y las otras seis ó siete especies de cabras, que los nomencladores distinguen, son todas una sola: así que, de las 180 que atribuye al continente antiguo, tenemos que disminuir ocho ó nueve. En la misma enumeracion cuenta al perro, á la rata y á la marmota, y añade que ninguno de estos cuadrúpedos existia en América; y despues, cuando trata de los comunes á ambos mundos, dice que la marmota y la rata son de esta clase, aunque es difícil conocer si los que se designan con aquellos nombres en América son de la misma especie que los de las otras partes: á lo que añade en el tomo XVI, que las ratas fueron llevadas á América en buques europeos. En cuanto á los perros, se los niega al continente americano en la enumeracion citada, y luego se los concede en el tomo XXX, donde dice que el *tolotequintli*, el *tlzcuinapolzoti* y el *techiichi* eran tres razas diferentes de la misma especie de perros del continente antiguo. Basta lo dicho para manifestar que aquel sabio naturalista, á pesar de su gran ingenio y diligencia, se olvidó á veces de lo que habia escrito.

En las 130 especies de cuadrúpedos del mundo antiguo, cuenta 7 especies de murciélagos comunes á la Francia y á otros países de Europa, 5 de las cuales, desconocidas ó confundidas ántes, fueron descubiertas ó clasificadas por Mr. Daubenton, como el mismo Buffon asegura en el tomo XVI de su Historia natural. Y si en la docta Francia, donde tantos años hace que se estudia la historia de la naturaleza, han sido hasta ahora ignoradas cinco especies de murciélagos, qué extraño será que en las vastas regiones de América, donde no son tan comunes los buenos naturalistas, y donde no hace mucho que se aprecia aquel estudio, sean

(1) Entre otros ejemplos es digno de particular mencion el parto repetido de mula, engendrado por asno y yegua, que se vió en la gran hacienda llamada *Salto de Zurita*, junto á la ciudad de Lagos, perteneciente á Fulgencio Gonzalez Rubalcaba. Esta mula concibió de un asno, y parió un muleto 1672 y otro en 1763.

igualmente desconocidas muchas especies de cuadrúpedos! Yo no dudo que si fueran allí algunos hombres como Buffon y Daubenton, se hallaría mayor número de especies que las que se pueden contar desde París, donde no es regular que haya tantas datos sobre los animales americanos, como sobre los europeos. En efecto, da lástima ver que un filósofo tan célebre, tan ingenioso, tan erudito, tan elocuente, que describe todos los cuadrúpedos del mundo; que distingue sus especies, familias y razas; que pinta su carácter, su índole y sus costumbres; que cuenta sus dientes, y aun mide sus colas, se muestre tan ignorante del reino animal de un país tan interesante como México. ¿Qué animal mas común y mas conocido allí que el coyote? Nómbralo todos los historiadores de aquel reino, y lo describe exacta y menudamente el Dr. Hernandez, cuya Historia cita frecuentísimamente el mismo Buffon; y sin embargo, no hace la menor mención de él, ni bajo aquel, ni bajo ninguno otro nombre [1]. ¿Quién no sabe que el conejo era un cuadrúpedo comúnísimo en los países del imperio mexicano, donde se conocía con el nombre de *tochli*; que su figura era uno de los caracteres del año mexicano, y que de su pelo se hacían ropas para la gente rica? Sin embargo, el conde de Buffon quiere que este sea uno de los cuadrúpedos trasportados de Europa; pero de todos los historiadores europeos de Mé-

(1) Los animales del antiguo continente que mas se parecen al coyote, son el chacal, el adive y el isatis; pero con grandes diferencias. El chacal es del tamaño de un zorro, y el coyote es doble mayor. El coyote va solo, y el chacal en cuadrillas de 20 ó 40. El adive es mas chico y mas débil que el chacal. El isatis es propio de las zonas frias, y huye de los bosques; el coyote gusta de los bosques, y habita los países cálidos ó templados.

xico no hay uno solo que lo diga: todos suponen que el raton habita desde tiempo inmemorial aquellos países, y yo no dudo que los Mexicanos se reirán al leer tan singular anécdota.

El Dr. Hernandez cuenta en la Historia de los cuadrúpedos, cuatro animales mexicanos de la especie de los perros, que son los que yo he nombrado en el libro I de esta obra, á saber: el *xoloitzcuintli*, ó perro pelado; el *itzcuintepetzotli*, ó perro jorobado; el *techichi*, ó perro conestible, y el *tepeitzcuintli*, ó perro montés. Estas cuatro diversísimas especies de cuadrúpedos han sido reducidas por el conde de Buffon á una sola. Dice que el Dr. Hernandez se engañó en lo que escribió del *xoloitzcuintli*, porque ningun otro autor lo nombra, y por consiguiente es de creer que aquel animal fué trasportado de Europa; mayormente asegurando el mismo Hernandez haberlo visto en España, y que no tenía nombre en México. Afirma Buffon que *xoloitzcuintli* es el nombre propio del lobo, impuesto por Hernandez á aquel cuadrúpedo, y que todos los perros se conocían en México con el nombre genérico de *alco*. ¡Qué conjunto de errores en pocas palabras! El nombre *alco* ó *alico* no es mexicano, ni jamas se ha usado en México, sino en la América Meridional. El *xoloitzcuintli* no se ha aplicado jamas al lobo, ni ningun Mexicano lo ha usado en este sentido. El nombre mexicano de lobo es *cuilachtli*, y en algunos pueblos, donde no se habla con mucha pureza, se le llama *tecuani*, que es el nombre genérica de las fieras. Consta ademas por el mismo texto de Hernandez, copiado en la nota (1), que ni el *xoloitz-*

(1) "Praeter canes notos nostro orbis, qui omnes pene ab Hispanis translati ab Indis in his plagis hodie educantur, tria alia ocellantur genera, quorum primum, antequam huc ven-

cuinlli fué trasportado de Europa al Nuevo-Mundo, ni fué Hernandez quien le dió aquel nombre, que era propio del idioma del país para designar el animal de que se trata. Hernandez lo habia visto en España, á donde habia sido trasportado de México, como él mismo dice, y tambien habia visto muchas plantas mexicanas en los jardines de Felipe II. Pero ¿por qué no hablan del *xoloitzcuintli* los otros autores? Porque no ha habido ninguno ántes ni despues de Hernandez que haya emprendido escribir la historia de los cuadrúpedos mexicanos, y los historiadores de aquel país solo hacen mencion de los comunes. Por lo demas, todo hombre sensato é imparcial, deberá dar mayor crédito al Dr. Hernandez en todo lo relativo á la historia natural de México, por haber sido tantos años empleado en aquellos países de órden de Felipe II, observando por sí mismo los animales que describe, ó tomando noticias verbales de los indios, cuya lengua aprendió, que al conde de Buffon, el cual aunque mas ingenioso y elocuente, no tuvo otras noticias de los animales mexicanos, que las que tomó del mismo Hernandez, ó en las relaciones de otros autores, no tan dignos de fe quanto aquel docto y práctico naturalista.

Quiere Buffon que el *tepeitzcuintli* de Hernandez no sea otro que el gloton, cuadrúpedo comun en los países mas setentrionales de ambos continentes; pero quien quiera confrontar la descripción que de este animal con la que Hernandez dá de aquel, pronto echará de ver que reina entre ellos una gran diferencia. El

gloton es, segun Buffon, propios de los países frios del Norte; el *tepeitzcuintli*, de la Zona Tórrida; el primero, de doble tamaño que el tejon; el segundo, como dice Hernandez, *parvi canis magnitudinc*. El gloton ha merecido este nombre, por su inaudita y estupenda voracidad que lo obliga á desenterrar los cadáveres para devorarlos: nada de esto se cuenta del *tepeitzcuintli*, y no lo hubiera omitido Hernandez, siendo el principal carácter del gloton, ántes bien asegura que aquel se domestica, y se alimenta con huevos y pan deshecho en agua caliente, lo que no bastaría á una fiera tan ávida como esta. Finalmente, omitiendo otras pruebas de su diversidad, la piel del gloton, es, segun el escritor frances, tan preciosa como la de la Marta Cebellina, y no sabemos que la del cuadrúpedo mexicano goce del mismo favor.

Siendo pues el *xoloitzcuintli* distinto del lobo, y el *tepeitzcuintli* del gloton: siendo aquellos cuatro cuadrúpedos americanos de la clase de los perros, y diversos entre sí en tamaño, índole y otros accidentes notables, y no constando que puedan unirse unos á otros; ni producir un tercer individuo fecundo, debemos concluir que son cuatro especies diferentes, y por consiguiente restituir á la América las tres que se le han arrebatado injustamente.

No acabaría si quisiera notar todos los errores de este autor en cuanto dice sobre el asunto presente; pero para demostrar que el número de 70 especies que señala al nuevo continente no es exacto, sino muy inferior á la verdad, y contrario á lo que él mismo dice en el curso de su Historia, daré al fin de esta Discusión una lista de los cuadrúpedos americanos, sacada de su Historia Natural: á que añadiré los que ha confundido con otros diversos, y los que ha omitido enteramente,

ferrom, vidi in patria: caeteros vero neque conspexeram, neque adhuc eó delatos puto. Primus *xoloitzcuintli* vocatus alios corporis vincit magnitudini &c." Hernandez His. Quadrup. Novae. Hisp. cap. 20.

demostrando cuanto se ha alejado de la verdad, al decir que *en América á escaseado prodigiosamente la materia*. Además de que para inferir esta prodigiosa escasez, no basta probar que es reducido el número de especies: sería necesario demostrar que son pocos los individuos de cada una de ellas; pues si los individuos de aquellas 70 son mas que de los 130 del continente antiguo, podrá decirse que la naturaleza no ha sido tan vária en América, pero no que la materia es escasa. Sería preciso igualmente examinar si son pocas, ó poco numerosas las especies de reptiles y de pájaros, pues estas pertenecen también á la materia; pero ¿quién habrá tan ignorante de las cosas de América, que no tenga noticias de la increíble variedad y extraordinaria muchedumbre de los pájaros americanos? ¿Y era posible que la naturaleza, tan pródiga en aquellos países, para esta clase de vivientes, se haya manifestado tan avara con los cuadrúpedos, como quieren decir los escritores á quienes estoy respondiendof

No contento uno ni otro con disminuir el número de las especies, se esfuerzan también en abreviar su estatura. "Todos los animales de América, dice el conde de Buffon, no menos los que fueron trasportados por los hombres, como el caballo, el toro, el asno, la oveja, la cabra, el puerco, el perro, &c.; que los pasaron por sí mismos, como el lobo, el zorro, el ciervo, el alce, &c.; son considerablemente mas pequeños allí que en el mundo antiguo, y esto, sin ninguna escepcion;" cuyo estudiando efecto atribuye al *cielo avaro* de América, y á la *combinacion de los elementos* y de otras causas físicas. "No hay, dice Mr. de Paw, bajo la Zona Tórrida del nuevo continente ningun gran cuadrúpedo. El mayor de los propios de aquel país, existente en el día entre los

tropicos, es el tapir, que es del tamaño de un ternero." "La bestia mas corpulenta del nuevo continente, dice el conde de Buffon, es el tapir, que no es mayor que una mula pequeña, y despues del cabiai, semejaute en las dimensiones á un puerco medianio."

Ya he demostrado en la precedente Disertacion, que aun concediendo á estos filósofos la supuesta pequenez de los cuadrúpedos americanos, nada se inferiria contra el terreno, ni contra el clima de América; pues segun los principios del conde de Buffon, los animales mayores son propios de los climas escesivos, y los menores de los templados y suaves. Si el gran tamaño de los cuadrúpedos fuera indicio de las ventajas del clima, confesaríamos que el de Africa y el de Asia meridional, eran mucho mejores que el de Europa. Pero si en América, cuando fué descubierta por los europeos, no habia elefantes, rinocerontes, hipopótamos, camellos, ni garafas, al menos, en otro tiempo los hubo, si hemos de dar crédito á Mr. de Paw, á Sloane, á Pratz, á Lignery y á otros escritores, los cuales afirman la antigua existencia de aquellos grandes cuadrúpedos en América, fundándose en el descubrimiento de huesos fósiles, y de esqueletos enteros de desmenuado tamaño, en diversos puntos de aquel continente. Y aun mas: pues si creemos lo que dice el conde de Buffon en el tomo XVIII de su Historia, hubo en América un cuadrúpedo, seis veces mayor que el elefante, llamado *mammout* por Mr. Muller (1); pero en Europa no ha habido, ni

(1) En vista de lo que dice Mr. Muller de su *mammout*, este cuadrúpedo tenia 133 plés de largo, y 105 de alto. El conde de Buffon, dice: "El prodigioso *mammout*, cuyos enormes huesos he considerado muchas veces, y que juzgo, á lo menos, seis veces mayor que el mas grueso elefante, no existe ya."

podido haber jamas cuadrúpedos de primera magnitud. En América no había caballos, asnos, ni toros (1) ántes que los llevasen los europeos; pero tampoco los había en Europa ántes que pasasen allí del Asia. Todos los animales traen su origen de esta parte del mundo: de ella se esparcieron por las otras. La proximidad de Europa, y el comercio de los pueblos asiáticos con los europeos, facilitaron el paso de los cuadrúpedos, y con ellos pasaron tambien muchos usos é inventos útiles á la vida de que estuvieron privados los americanos, por causa de la lejanía y de la falta de tráfico.

Cuando el conde de Buffon afirmó que el mayor cuadrúpedo del Nuevo-Mundo era el tapir, y despues el cabiai, se olvidó enteramente de la morsa, de la foca, del bisonte, del reungfero, del alce, del oso y del huanaco. El mismo confiesa que la foca vista en América por lord Anson y por Rogers, á la cual dieron el nombre de *leon marino*, era incomparablemente mayor que todas las del mundo antiguo. ¿Quién osará comparar el cabiai, que no es mayor que un puerco mediano, con el bisonte y con el alce? El bisonte es comunmente igual, y muchas veces mayor que el toro. Véase la descripción que hace Mr. de Bomare (1), de uno de aque-

En otra parte dice, que está seguro de que aquellos huesos desmesurados eran de un elefante, siete ú ocho veces mayor que aquel, cuyo esqueleto había observado en el gabinete real de Paris; pero en las *Epocas de la Naturaleza*, obra posterior á la *Historia Natural*, vuelve á asegurar la antigua existencia de aquel cuadrúpedo gigantesco en América.

(1) Cuando digo que no había toros en América, aludo á la raza comun que se emplea en la agricultura; pues había bisontes, que el conde de Buffon coloca unas veces en la especie del toro, y otras nó.

(1) Mr. de Bomare llama al bisonte, *cuadrúpedo colonial*: dice que su longitud, desde la es-

llos cuadrúpedos, trasportado de la Luisiana á Francia, y medido con gran exactitud en Paris, el año de 1769, por el mismo naturalista.

Hay una cantidad innumerable de aquellos animales en la Zona Templada de la América Setentrional. Los alces del Nuevo-México son del tamaño de un caballo grande. En Zacatecas hubo un sujeto que se sirvió de ellos para tirar de su coche en lugar de caballos, como atestigua Betancourt (1), y á veces se han enviado de regalo al rey de España.

La proposicion universal en que afirma el conde de Buffon, que todos los cuadrúpedos comunes á ambos continentes, son mas pequeños en América, y esto *sin excepcion alguna*, ha sido desmentida por muchos escritores europeos, que por sí mismos observaron los animales de que se trata, y aun por el mismo conde de Buffon en otras partes de su *Historia*. Del *mité*, ó leon americano, dice el Dr. Hernandez, que es mayor que el leon de la misma especie del antiguo continente (2). Del tigre mexicano afirma lo mismo (3). Ni el conde de Buffon, ni Mr. de Paw tuvieron ideas exactas de aquella fiera. En-

trinidad del hocico hasta la raíz de la cola, medida por los costados, era de 9 piés y 2 pulgadas; su altura desde la cima de la corcoba hasta las uñas, 5 piés y 4 pulgadas; su grueso, midiendo la corcova, 10 piés de circunferencia. Añade que el dueño del bisonte que vió, y á que se refieren estas medidas, decía que las bembas eran aun mayores.

(1) Muy grandes debian ser aquellos alces para poder tirar de un coche de los que se usaban en aquel pais el siglo pasado.

(2) "Leoui nostrati minime jubato aut idem est miathi, aut congener, in infantia fuscos, et fulvos in juvenata, interdumque rubens, aut subalbidos. in majorem tamen assurgens molere, quod ob regionis diversitatem potest evenire." Hist. Quadrúp. Novae Hisp. cap. XI.

(3) "Vulgaris est huius orbis tygris, sed tratate major."—Ib. cap. X.

tre otras muchas, vi una que habia muerto pocas horas ántes, de nueve escopetazos, y era mucho mayor que lo que dice Buffon. Estos dos autores, ya que no tuvieron á bien fiarse del testimonio de los españoles, hubieran debido dar crédito á Mr. de la Condamine, francés docto y sincero, el que dice que los tigres que vió en los países calientes del Nuevo-Mundo, no le parecieren diversos de los africanos, ni en la hermosura de los colores, ni en el tamaño, ni en ninguna otra propiedad. Del lobo mexicano, dice el mismo Dr. Hernandez, que tanto en el color, como en la figura, en las inclinaciones y en el tamaño, es semejante al europeo; excepto que aquel tiene la cabeza mas voluminosa (1). Lo mismo dice del ciervo, y Ovicdo, del ciervo y del gamo. El mismo conde de Buffon, á pesar de la generalidad del principio que establece, sin alguna escepcion, sobre el menor tamaño de los cuadrúpedos americanos, racionando despues en el tomo xxxix sobre la degeneracion de los animales, dice que el gamo y el corzo son de los cuadrúpedos comunes á los dos continentes, los solos mayores y mas fuertes en el nuevo que en el antiguo; y en el tomo xxvii, hablando de la nutria del Canadá, confiesa que es mayor que la de Europa, y lo mismo dice del castor americano: así que, despues de no admitir ninguna escepcion á su principio, la reconoce en el gamo, en el corzo, en la nutria, en el castor y en la foca. Si á estos se añaden el tigre, el leon sin melena y el ciervo, segun el testimonio de Hernandez y de Ovicdo, tendremos á lo menos ocho especies de cuadrúpedos, comunes á los dos mundos, y que son mayores en el nuevo que en el

antiguo. Igualmente debemos incluir en este catálogo los cuadrúpedos que son del mismo tamaño en todas las partes del mundo; pues tambien estos demuestran falsedad de aquel principio general. El Dr. Hernandez dice que el lobo mexicano es del mismo tamaño que el europeo: Buffon asegura que entre uno y otro no hay mas diferencia, sino que el mexicano tiene mas hermosa la piel, cinco dedos en los pies delanteros y cuatro en los traseros. Por lo que hace á los osos, no faltan sujetos en Enropa que han visto los de México y los de los Alpes, y no creo haya uno solo que no reconozca la superioridad de aquellos en el tamaño. Yo á lo menos declaro sinceramente que todos los que he visto en México, me han parecido mayores que los de Italia (1).

Es pues, falso, que todos los animales del Nuevo-Mundo son mas pequeños que los del antiguo, sin ninguna escepcion: es tambien falsísimo que todos son mucho mas pequeños, y que la naturaleza se ha servido en América de diferente escala de dimensiones, como en otra parte asegura el mismo conde de Buffon. Del mismo modo se puede demostrar el error de Mr. de Paw, cuando dice que todos los cuadrúpedos americanos son una sexta parte mas pequeños que sus análogos en las otras partes del mundo. La tuza mexicana es análoga al topo europeo, y mayor que este, segun Buffon. El cuadrúpedo mexicano que el mismo naturalista llama *coacualino*, y nosotros *talimatoti*, es análogo á la ardilla de Europa, y segun el mismo, de doble tamaño. La musaraña del

(1) *Forma, colore, moribus ac mole corporis lupo nostrati similis est cuetlactli, atque adeo ejus, ut mihi videtur, speciei, sed ampliore capite.*—Ib. cap. xxxii.

(1) Buffon distingue la especie de los osos negros de las de los pardos, y afirma que aquellos no son tan feroces; pero los mexicanos que son enteramente negros, son ferocísimos, como yo lo he visto, y como es notorio en aquellos países.

Brasil, análoga á la europea, el coyote, que lo es al chacal, y la llama, que lo es al camero, son de mayores dimensiones que estos animales antiguos. Pero aquellos filósofos, empeñados en desacreditar la América y sus animales, hallan también defectos en sus colas, en sus piés y en sus dientes. "No solo, dice el conde de Buffon, escaseó la materia en el nuevo continente, sino que parece que se descuidó en las formas imperfectas de los animales. Los de la América Meridional, que son los que realmente pertenecen al Nuevo-Mundo, están casi generalmente privados de astas y cola: su figura es extravagante; sus miembros desproporcionados y mal distribuidos, y algunos, como el hormiguero y el perico ligero, de tan miserable constitucion, que apenas tienen las facultades de comer y andar." "Los animales propios del Nuevo Mundo, dice Mr. de Paw, son por la mayor parte, de una forma desairada, y en algunos tan mal dispuesta, que los primeros dibujantes no pudieron sin grandes dificultades, diseñarlos exactamente. Se ha observado, que la mayor parte de las especies carecen de cola, y tienen una irregularidad en los piés; lo cual es notable en el tapir, en el hormiguero, en el glama de Margraf, en el perico ligero y en el cabini. El avestruz, que en nuestro continente tiene dos dedos unidos con una membrana, tiene cuatro dedos separados en América."

Estas objeciones, en verdad, son mas bien dirigidas contra la conducta del Criador, que contra el clima de América: por el estilo de la blasfemia que se atribuye al rey D. Alfonso el Sabio, sobre la disposicion de los cuerpos celestes. Si los primeros individuos de aquellas especies de animales no salieron de las manos del Criador con esas imperfecciones que se

les atribuyen, sino que son en efecto del clima de América, no hay duda que trasportados á Europa, desaparecerian aquellos defectos, y mejorarian de forma, de índole y de instinto: á lo menos, despues de diez ó doce generaciones, aquellas infelices bestias que el clima ha despojado de cola y de astas, las recobrarian bajo un cielo menos acaro. No: dirán los dos filósofos, porque no es tan fácil recobrar de la naturaleza lo que se pierde, como perder lo que se tiene; de modo, que aunque el clima de Europa no les restituyese lo que han perdido, podría todavía decirse que el clima de América era la verdadera causa de aquella privacion. Sea en buen hora, y por consiguiente, no hablemos de las irregularidades que consisten en algun defecto, sino de las que son tales por exceso de materia. Hablemos del avestruz, que, segun Mr. de Paw, tiene por vicio de la naturaleza, dos dedos mas en cada pié (1): ó mas bien, para no salir de los cuadrúpedos, hablemos del *unau*, especie de perico ligero, que entre otras irregularidades, tiene cuarenta y seis costillas. "El número de cuarenta y seis costillas en un animal de tan pequeño cuerpo, dice el conde de Buffon, es una especie de error ó de exceso de la naturaleza; pues ningun animal tiene tantas, ni aun los mas voluminosos, ó los que tienen el cuerpo mas largo, á proporcion de su grueso. El elefante tiene cuarenta, el caballo 36, el tejón treinta, el perro veinte y seis y el hombre veinte y cuatro." Si el primer *unau* que hubo en el mundo recibió de la mano de Dios el mismo número de costillas que tienen los

(1) Mr. de Paw se engañó en el número de los dedos del *tonyou*, ó avestruz americano, pues no tiene mas que tres; pero en la parte posterior de los piés tiene un tubérculo redondo y cañoso que le sirve de talon, y á que el vulgo ha dado el nombre de dedo.

dividuos actuales, la observacion del conde de Buffon es una censura del Hacedor Supremo; y decir que aquel escesivo número de costillas ha sido un error de la naturaleza, es decir, que ha sido un error de Dios, que es el autor de la naturaleza, y el que sacó el mundo de la nada. Estoy seguro de que esta blasfemia es muy agena de la mente sublime y del corazon cristiano del conde de Buffon; pero el espíritu filosófico que reina en sus obras, lo indujo tal vez á hacer uso de aquellas espresiones, que bien examinadas, no concuerdan con la fe que profesamos (1).

Si, por el contrario, creen aquellos escritores que el *uman*, en su primer origen, tuvo un número de costillas proporcionado á su tamaño, y que el maligno clima de América se las fué aumentando poco á poco, debemos creer, que trasportada aquella especie al continente antiguo, y sometida al influjo de un clima mas favorable, retrocederia finalmente á su antigua perfeccion. Hágase, pues, la experiencia: tráiganse á Europa dos ó tres machos de aquella desgraciada especie, y otras tantas hembras, y si despues de veinte ó mas generaciones, se reconoce que en efecto empieza á disminuir el número de costillas, confesaremos que la tierra de América es la mas infeliz, y su clima el mas perverso del globo. Si así no sucede, diremos, como decimos ahora, que la lógica de aquellos señores es mas miserable que el cuadrúpedo, asunto de sus observaciones, y que sus argumentos son verdaderos paralogismos. Por otra parte, es cosa es-

traña que en un país en que tanto ha escaseado la materia, la naturaleza haya pecado por exceso en los dedos de un ave, y en las costillas de un cuadrúpedo.

Mas para demostrar que estos filósofos tan empeñados en desacreditar el clima de América se han olvidado enteramente de las miserias del continente que habitan, preguntémosles, ¿cuál es el animal mas imperfecto y miserable de todos los americanos? El perico ligero, responderán, porque es el de mas débil organizacion, el ménos capaz de movimiento, el mas desprovisto de armas para su defensa, y sobre todo, el que parece ménos susceptible de sensaciones: animal verdaderamente infeliz, condenado por la naturaleza á la inercia, al hambre y al llanto, con el cual inspira horror y compasion á todos los otros. Pero este cuadrúpedo, tan famoso por sus miserias, es comun á los dos continentes. El conde de Buffon no quiere creerlo, porque no le acomoda, y dice, que si se halla algun individuo en Asia, ha sido trasportado de América; pero por mas que diga, lo cierto es, que el *uman*, que es de la misma especie, es animal asiático, segun la opinion de Klein, Linneo, Brisson, del publicador del gabinete de Selva, y sobre todo de Vosmaer, docto é inteligente naturalista holandés. El *uman* de Bengala, visto, criado y exactamente descrito por este autor, no ha podido proceder de América, porque jamas ha habido comercio entre la América Meridional y el Asia. Ademas, el *uman* de Bengala es diverso del perico ligero Americano: este tiene dos dedos, y aquel cinco. Si el conde de Buffon se persuade que el clima de Asia puede aumentar los dedos de este cuadrúpedo, seria natural que el clima del antiguo continente restituyese la cola y las astas á los animales que las han perdido á efecto del clima maléfico.

(1) Queriendo explicar por qué el hombre resiste mas que los animales al influjo del clima, dice así en el tomo XVIII. "El hombre es en todo obra del cielo; los animales no son, bajo muchos aspectos, sino producciones de la tierra." Esta proposicion parece algo dura; pero otras hartó mas duras se hallan en las *Epocas de la Naturaleza*.

co del Nuevo-Mundo. Ultimamente, cualquiera que compare la elocuente descripción que el conde de Buffon hace del pecico ligero americano, con la que Mr. Vosmaer hace del *pentadactilo* de Bengala, conocerá que este es tan desventurado como aquel.

Pero examinemos filosóficamente lo que dicen estos autores acerca de la supuesta irregularidad de aquellos cuadrúpedos. La verdadera irregularidad en los animales es la desproporcion de los miembros, ó la inconveniencia de la forma, ó de la fudole de algunos individuos, con respecto á la masa comun de la especie; y no ya la diferencia que se observa entre una especie nueva y otra conocida. Seria una necesidad decir que el techichi es irregular, porque no ladra. Este cuadrúpedo americano fué llamado *perro* por los españoles, en virtud de su semejanza con el perro de Europa, no porque pertenece á la misma especie; y de aquí nació la fábula de que los perros de América son mudos. Tambien el lobo se asemeja al perro, y no ladra, sino aulla. Si los primeros españoles que fueron á México no hubieran visto lobos en Europa, al ver los de México, hubieran dicho que eran perros grandes, incapaces de domesticarse, y que aullaban en vez de ladrar; y de este argumento se hubieran valido el conde de Buffon y Mr. de Paw, para aprobar la degradacion y la irregularidad de los cuadrúpedos americanos.

En efecto, no es de otro calibre la objecion de Mr. de Paw sobre el avestruz americano. El *tuyu* (1) es un ave específicamente diversa del avestruz; pero le han dado este nombre, por parecerse al

avestruz, y por ser muy corpulento. Esto basta á Mr. de Paw para declarar que hay irregularidades en aquel ave de América; pero aun concediéndole que el *tuyu* es un verdadero avestruz, jamas podrá sacar la consecuencia con que quiere apoyar su opinion. Dice que el avestruz del Nuevo-Mundo es irregular, porque en lugar de dos dedos unidos con una membrana, como el del antiguo, tiene cuatro separados. Pero un americano podrá decir que el avestruz africano es el que verdaderamente merece el nombre de irregular, pues en lugar de tener cuatro dedos separados, tiene dos unidos por una membrana. "No, responderá enfadado Mr. de Paw; no es así: la irregularidad está en vuestro pájaro, porque no se conforma con el del mundo antiguo, que es el modelo de su especie, ni con el retrato que de este animal nos han hecho los primeros naturalistas de Europa." "Nuestro mundo dirá el americano, que vos llamais nuevo, porque hace tres siglos que lo empezasteis á conocer, es tan antiguo como el vuestro, y nuestros animales son coetáneos á los que poseis. No están ellos obligados á conformarse con los vuestros, ni nosotros tenemos la culpa de que vuestros naturalistas tengan tan escasas luces acerca de lo que pasa en América: así que, ó es irregular vuestro avestruz, porque no se conforma con el nuestro, ó á lo menos, este no debe llamarse irregular, porque no se conforma con aquel. Interin no probeis con documentos auténticos que el primer avestruz salió de las manos de la naturaleza con dos dedos unidos por una membrana, no puedo creer en la irregularidad del *tuyu*." Este mismo eficaz raciocinio sirve para disipar otras observaciones de vuestros filósofos, que nacen de la imperfeccion de sus ideas, ó de sus prevenciones contra el nuevo continente.

(1) El avestruz es conocido en el Perú con el nombre de *suri*; pero adoptó el de *tuyu* para condescender con los naturalistas.

No son mas acertados en lo que dicen acerca de las colas de los animales. Declaran francamente, y sin ningun respeto á la verdad, que la mayor parte de los cuadrúpedos americanos carecen enteramente de cola: lo cual, como todos los demas efectos observados por ellos en aquellos desventurados paises, atribuyen á la avaricia del cielo americano, ó la infancia de la naturaleza en aquella parte del mundo, ó la perversidad del clima, y á no sé qué combinacion de los elementos. Así racionaban aquellos célebres filósofos del siglo de las luces. Pero siendo, segun Buffon, 70 las especies de cuadrúpedos americanos, seria necesario á lo ménos que 40 estuviesen privadas de cola, para que fuese cierto que la mayor parte carece de aquel miembro, como dice Mr. de Paw, ó que casi todos experimentasen esta privacion, como él mismo Buffon opina. Ahora bien, los cuadrúpedos americanos que se hallan en este caso, son seis, como despues veremos: conque aquella proposicion es una desmesurada hipérbole, por no decir, una gran mentira.

Parece que en tiempo de Plinio no conocian los naturalistas otros animales sin cola que el hombre y el mono (1.) Si desde entónces no se hubiesen descubierto en el antiguo continente otros muchos cuadrúpedos desprovistos de aquel miembro, tendrian razon el conde de Buffon y Mr. de Paw; pero de la misma Historia Natural del primero consta que las especies europeas, defectuosas en esta parte, componen mayor número que las americanas. Hé aquí la lista de unas y otras sacada de la citada obra.

(1) "Caudae praeter hominem ac simias omnibus fere animalibus et ovagignentibus pro desiderio corporum." Plin. Hist. Nat. lib. xi. cap. 50.

CUADRÚPEDOS SIN COLA DEL CONTINENTE ANTIGUO.

1. El *Pongo*, orang-utan, sátiro, ú hombre salvaje.
2. El *Piteco*, ó mono.
3. El *Gibon*, especie de mono.
4. El *Cinocéfalo*, ó magoto.
5. El *Perro Turco*.
6. El *Tanrec* de Madagascar.
7. El *Loris* de Ceilan.
8. El Cochinitillo de Indias.
9. La *Ruseta* } dos especies de murcié.
10. La *Rugeta* } lugos grandes de Asia.
11. El *Topo dorado* de Siberia.
12. El *Perico tigrero pentadactilo* de Bengala, descrito por Mr. Vosmaër.
13. La *Klipda*, ó marmota bastarda del Cabo de Buena Esperanza, descrita por el mismo.
14. El *Capivara*, ó *Capivara* del Cabo de Buena Esperanza, descrito por Mr. Bomare.

CUADRÚPEDOS SIN COLA DEL NUEVO CONTINENTE.

1. El *Unau*, especie de perico ligero.
2. El *Cabiati*, ó puerco anfibio.
3. La *Aperca* del Brasil.
4. El Cochinitillo de Indias.
5. El *Saino*, pccar, ó cayameti.
6. El *Tapeto*.

Vemos pues que en el antiguo mundo hay, á lo menos, catorce especies de cuadrúpedos desprovistos de cola (1), y en

(1) A las 14 especies mencionadas podriamos añadir el *unau* didactilo de Ceilan, de que habla muchos autores, y el *porta-almizcle*, descrito por Daubenton y por Bomare; pero dejemos el primero, porque no estoy seguro de que sea diferente del *loris* de Buffon; dejemos al segundo, porque quizás tendrá una cola pequeña, aunque no pudo encontrarla el diligente Daubenton tambien debemos dejar aparte como inciertas las dos últimas especies de cuadrúpedos americanos del catálogo.

América solo seis, de las que debemos quitar las dos últimas, por ser inciertas (1). En todos los treinta tomos de la Historia Natural de Buffon no he hallado otro animal americano sin cola que los ya dichos. ¡Y no obstante osé decir que casi todos carecen de ella! En lo que se hecha de ver que esas proposiciones generales son tan fáciles de proferir, como difíciles de probar.

Si el clima de América es tan pernicioso á las colas de los animales, ¿por qué estando privados de este miembro cuatro especies de monos del antiguo continente, á saber, el *pongo*, el *piteco*, el *gibon* y el *cincofalo*, lo tienen todas las especies de monos del nuevo, y algunas, como el *saki*, seis veces mas larga que el cuerpo del animal? ¿Por qué abundan tanto en América las ardillas, los *coevalines*, los hormigeros, y otros cuadrúpedos semejantes, de enorme cola con respecto á sus cuerpos? ¿Por qué la marmota del Canadá, con ser de la misma especie que la de los Alpes, tiene la cola mucho mas larga que esta, como dice Buffon? ¿Por qué el ciervo y el corzo de América, aunque mas pequeños que los del mundo antiguo, se hallan en el mismo caso? Si hubiese en América algun principio destructor de las colas de los animales, los que llevó Colon de Europa y de las islas canarias, por los años de 1493, carecerian ahora de aquel miembro, especialmente los puercos, en que es tan corto, ó á lo menos se hubiera dismi-

nuido notablemente al cabo de 288 años; pero de tantos europeos como han visto caballos, bueles, ovejas, &c., nacidos en América, y los nacidos en Europa, no se encontrará uno solo que haya notado la menor diferencia entre las colas de unos y otros.

Con las mismas razones podemos responder á lo que dice el conde de Buffon sobre la falta de astas y de otras partes en el mayor número de los cuadrúpedos americanos; pues el bucy, el carnero y la cabra conservan allí invariablemente sus astas, el perro y el puerco sus dientes, y los gatos sus uñas, como saben cuantos han estado en aquellos países. Si el clima americano es tan contrario á los dientes y á las astas de los animales, habrian perdido á lo menos una buena parte de ellas los descendientes de los cuadrúpedos que fueron trasportados al Nuevo-Mundo, tres siglos hace, y especialmente la posteridad de los lobos, de los osos y otros, que quizás pasaron de Asia á principios del primer siglo despues del diluvio universal. Si, por el contrario, la Zona Templada de Europa es mas propicia á los dientes que la Tórrida de América, ¿por qué la naturaleza dió á esta, y no á aquella, el tapir y el cocodrilo, los cuales en el número, en el tamaño, y en la atrocidad de los dientes exceden á todos los cuadrúpedos y reptiles europeos?

Finalmente, si hay en América algunos animales sin astas, sin dientes (1) y sin cola, no es por causa de la perversidad del

[1] Oriedo, Hernandez y Acosta, describen el *pecar* con los nombres de *saino*, *cayameti*, y nada dicen de la falta de cola. Yo me he informado de personas inteligentes y sinceras, que han visto muchos *sainos*, y me han dicho que la tienen aunque pequeña. En cuanto al *tapeto*, Buffon cree que es el *cilli* de Hernandez, y todos los Mexicanos saben que el *cilli* es la fiebre de México, la cual tiene cola, como la europea.

(1) Los solos cuadrúpedos americanos privados de dientes son los boruigeros, como en el continente antiguo lo son el *pangolmo*, y el *futagino*, cuadrúpedos de la India Oriental, cubiertos de escamas en lugar de pelo. Todos estos carecen de dientes, porque no los necesitan, manteniéndose solo de hormigas. El Criador los ha provisto de una lengua larguísima, con la que cogen las hormigas para tragárlas.

clima, ni de la avaricia del cielo, ni por aquella imaginaria combinacion de elementos; sino porque Dios, cuyas obras son perfectas, y cuyos consejos debemos reverenciar humildemente, quiso hacerlo así, para que esa misma variedad sirviese á hermosear el universo, y á ostentar su infinita sabiduría y poder. Lo que en unos animales es perfeccion, en otros seria deformidad. En el caballo es perfeccion tener la cola larga, en el ciervo tenerla pequeña, y en el pongo no tener ninguna.

En cuanto á lo que dicen nuestros filósofos acerca de la fealdad de los animales americanos, es cierto que entre tantos hay algunos cuya forma no corresponde á la idea que nos hemos formado de la belleza de las bestias. Pero ¿quién nos ha dicho que esta idea es exacta? ¿Y por qué no será imperfecta, y producto de la limitacion de nuestros conocimientos? ¿Y cuántos otros animales no podremos hallar en el antiguo continente, aun peor formados que todos los del nuevo, hablando en el sentido de aquellos escritores, y reverenciando la mano de Dios en todas sus obras! ¿Qué cuadrúpedo hay en América, que pueda compararse en la deformidad y desproporcion de los miembros al elefante, llamado *monstruo de materia* por el mismo conde de Buffon (1)? Aquella vasta mole de carne, mas alta que larga; aquella piel áspera, desnuda, y surcada de arrugas; aquella enorme trompa en lugar de

nariz; aquellos largos dientes que salen de una feísima boca, y que se vuelven hácia arriba, al revés de lo que se nota en los demas animales; aquellas orejas vastas y poligonas; aquellas piernas, gruesas, torcidas, y desproporcionadamente pequeñas; aquellos piés informes, y con los dedos apenas bosquejados, y finalmente aquellos pequeñísimos ojos, y aquella ridicula cola en un cuerpo tan desmesurado, ¿no hacen del elefante un verdadero monstruo, segun las reglas que gobiernan la creacion animal? Busquen nuestros dos filósofos un ejemplo de esta clase entre las especies americanas. Las mismas reflexiones podrian aplicarse al camello, á la girafa, al macaco, del cual dice el conde de Buffon que es de una deformidad espantosa; y no por esto debemos acusar al clima en que nacen, ni á la mano que los formó.

Lo que dicen aquellos dos escritores acerca de la menor ferocidad de las fieras americanas, en lugar de probar la malignidad del clima, no prueba sino su blandura y bondad. "En América, dice el conde de Buffon, donde el aire y la tierra son mas blandos que en Africa, el tigre, el leon y la pantera no son terribles sino en el nombre. Han degenerado sin duda, si es cierto que la ferocidad y la crueldad eran propiedades de su indole; ó por mejor decir, no han hecho mas que sufrir el influjo del clima. Bajo un cielo apacible, se ha apaciguado su naturaleza." ¿Qué mas se puede desear en favor del clima de América! ¿Cómo hay pues quien alegue la menor ferocidad de las bestias americanas como prueba de su degeneracion, ocasionada por la malignidad del clima? Si el clima del antiguo continente debe reputarse mejor que el del nuevo, porque bajo aquel nacen las fieras mas terribles, por la misma razon el de Africa será incomparablemente mejor que el de Euro-

(1) "Considerando este animal, dice Bonare, con relacion á la idea que nos hemos formado de las proporciones, lo hallaremos mal proporcionado, por tener el cuerpo grueso y corto, las piernas inflexibles, y mal formadas, los piés redondos y torcidos, la cabeza gruesa, los ojos pequeños, y las orejas grandes. Puede decirse tambien que su ropaje contribuye á su fealdad. Tan extraordinario es por su estatura, como por sus piés, su trompa y sus colmillos."

pa. Esta objecion, de que ya he hecho uso, debe ser inculcada para mayor confusion de nuestros dos filósofos.

Pero estos escritores no tienen ideas exactas de las fieras americanas. Es cierto que el *miztli*, ó leon mexicano, no es comparable con los célebres leones de Africa. Esta especie ó no pasó al Nuevo-Mundo, ó fué estinguida por los hombres; pero en nada cede de la fiera de América á las demas de su especie, ó leones sin melena del continente antiguo, como dice Hernandez, que conocia bien á unas y á otras. El tigre mexicano, sea ó no sea de la misma especie que el tigre real de Africa, pues esto no importa á la cuestion, es de una fuerza y ferocidad extraordinarias. No hay cuadrúpedo europeo ni americano que pueda resistirle. Ataca intrépidamente, y destroza los hombres, los ciervos, los toros, y aun los mas horrendos cocodrilos, como testifica Acosta. Este docto escritor habla con admiracion de su arrojo y velocidad. Gonzalo de Oviedo, que habia viajado por muchos paises de Europa, y no ignoraba la historia natural, hablando de los tigres americanos, dice: "Son animales muy fuertes de piernas, bien armados de garras, y tan terribles, que, en mi juicio, no hay leon real que pueda competir con ellos en fuerzas ni ferocidad." El tigre es el terror de los bosques de América: cuando es adulto, no es posible amansarlo, ni cogerlo; solo se cogen los pequeños, y no pueden guardarse sin peligro, si no es en fortísimas jaulas de hierro ó de madera. Tal es la fudole de aquellas bestias, llamadas cobardes por Mr. de Paw y por otros autores, que no supieron discernir las especies de cuadrúpedos de piel manchada.

Por otra parte, aquellos escritores se mostraron tan fáciles en creer todo lo que hallaron escrito acerca del tamaño, de la

fuerza, y de la fiera de los tigres reales como obstinados en negar fé á lo que dicen de los americanos muchos testigos oculares. El conde de Buffon cree, porque lo refiere no sé quien, que el tigre real tiene trece óATORCE piés de largo, y cinco de alto; que hace frente á tres elefantos; que mata á un búfalo, y lo arrastra á una gran distancia, y otras maravillas, á que no se puede dar crédito sino en virtud de una fuerte prevencion en favor del antiguo continente. Si algunos autores fidedignos contasen del tigre americano una pequeña parte de tan extraordinarias proezas, su autoridad sería desechada como si refriesen fábulas ridiculas (1). Lo que se lee en Plinio de la industria de los cazadores en quitar á la hembra del tigre sus hijos, y de la paciencia con que ella los va recobrando uno á uno, y lo que dice Mr. de Bomare del combate que se vió el año de 1764 en el bosque de Windsor en Inglaterra, entre un ciervo, y un tigre traído del Asia para el duque de Cumberland, y del cual salió vencedor el ciervo, hacen ver que la ferocidad de aquel cuadrúpedo asiático no es tanta cuanta la representan el conde de Buffon y Mr. de Paw.

Los lobos americanos no son menos fuertes, ni menos atrevidos que los del mundo antiguo. Aun los ciervos, que, segun Plinio, son los mas tímidos de todos los animales, en México tienen tanta audacia, que muchas veces atacan á los viajeros, como dice el Dr. Hernández, y es notorio en aquel reino. Yo mismo he visto los estragos que hizo en mi casa un ciervo casi domesticado, en una pobre americana.

(1) Basta saber el caso que hacen los dos citados filósofos del testimonio de Mr. de la Condamine sobre los tigres americanos; á pesar de la estimacion general de que goza aquel sabio matemático.

Pero sean pequeños informes, y pusilímenes los cuadrúpedos de América: concedamos también que de este principio se deba inferir la bondad del clima del antiguo continente: no por esto se me persuadirá jamás que aquel mismo principio forma una prueba completa de la malignidad del nuevo. Sería necesario manifestar en los reptiles y en las aves la misma degradación que en los cuadrúpedos (1). Mr. de Paw dice, hablando de los cocodrilos americanos, cuya ferocidad es tan notoria, que "parece, por las observaciones de Mr. de Pratz y otros viajeros, que no tienen el furor y la impetuosidad de los de Africa;" pero el Dr. Hernandez, que conocia unos y otros, no percibió la menor diferencia entre ellos. Acosta dice que el americano es ferocísimo, pero lento; mas esta lentitud no se entiende del movimiento progresivo en línea recta, sino de las vueltas de un lado á otro, pues en el primero es extraordinaria su velocidad, y en el segundo es torpe y pesado, como el africano, por causa de la inflexibilidad de las vértebras. El Dr. Hernandez afirma que el *acuetspalin*, ó cocodrilo mexicano, huye de los que lo persiguen, y persigue á los que hayen, aunque esto sucede mas frecuentemente que aquello. Plinio cuenta lo mismo del cocodrilo africano (2). Finalmente si se

(1) El conde de Buffon dice que cuando se habla de aves no se debe hacer caso del clima; pues "pudiendo pasar fácilmente de un continente á otro, es imposible distinguir las que á cada uno pertenecen." Pero como la causa de los viajes que hacen es el frío ó el calor del clima, que procuran evitar, no es extraño que las aves americanas permanezcan en su país, donde pueden huir de todos los excesos de temperatura, hallando por do quiera el alimento de que necesitan. Lo cierto es, que las aves mexicanas no transigran al continente antiguo.

(2) "Terribilis haec contra fugaces bellua est, fugax contra insequentes."—Lib. VIII. cap. 25.

comparan los datos que reunieron estos dos naturalistas sobre aquel gran anfibio, se verá que no hay la menor diferencia, ni aun de tamaño, entre los que producen los dos continentes (1).

En cuanto á los pájaros, Mr. de Paw solo habla del avestruz, y esto tan de ligero como hemos visto. Tomó sin duda el partido de callar, porque en esta parte vió su causa perdida; pues ora se considere el número y la variedad de las especies, ora la intrepidez, ora la hermosura del plumaje, ora la esclencia del canto, no hay duda que las aves americanas son superiores á las de todos los países de la tierra. He hablado en otra parte de su inmensa muchedumbre. Son innumerables las especies que se ven en los campos, en los bosques, en los rios, en los lagos, y aun en los pueblos. Gemelli, que habia dado la vuelta al mundo, y habia estado en los mejores países de Asia, Africa y Europa, dice que no hay region en el universo que pueda compararse con México en la hermosura y variedad de sus aves. Véase lo que dicen los historiadores de la Nueva Francia, de la Luisiana, del Brasil, y de otros países del Nuevo-Mundo.

De la fuerza y animosidad que los distinguen dan testimonio muchos escritores fidedignos. El Dr. Hernandez, que tanta experiencia tenia en las aves de rapiña, por haber estado muchos años en la corte de Felipe II, cuando la halconería era la caza favorita de los nobles, dice, hablando del *cuauhtotli*, ó sacre mexicano, que todos los pájaros de esta clase son mejores y mas animosos en México, que

(1) Plinio dice que el cocodrilo africano suele tener 18 codos de largo: el Dr. Hernandez dice que el americano llega comunmente á la longitud de 7 pasos. Si se calculan estas medidas, se verá que es poquísima la diferencia, y que si hay algun exceso, está en favor del americano.

en el antiguo continente (1). Tan conocida fué desde el principio la escelencia de los halcones de aquel país, que Cárlos V mandaba llevar cada año cincuenta á su corte, y otros tantos de la isla de Santo Domingo, como cuenta Herrera. Acosta dice que se regalaban á los magnates de España halcones de México y del Perú, por ser muy apreciados. El mismo historiador refiere "que el condor ó buitre americano es de un tamaño enorme, y de tan extraordinaria fuerza, que no solo destroza una oveja, sino tambien un ternero;" y D. Antonio Ulloa asegura que de un aletazo echa al suelo á un hombre (2). El Dr. Hernandez dice que el *itecuahlli*, ó águila real de México, ataca á los hombres, y aun á los mas feroces cuadrúpedos. Si el clima de América hubiera privado á los cuadrúpedos de la fuerza y del valor, si dada hubiera producido el mismo efecto en las aves; pero por el testimonio de los mencionados autores y de otros, todos europeos y dignos de fe, consta que lejos de ser débiles y pusilánimes, esceden en intrepidez y fuerza á las de todas las regiones conocidas.

En cuanto á su belleza, no niegan esta ventaja á la América los autores que tanto se han empeñado en vilipendiarla. En vano lo harian, cuando tantos testimonios respetables confirman la hermosura de los pájaros que allí se crian. Quien quie-

(1) "Fateor accipitron omne genus apud hanc Novam Hispaniam Jucatanicamve provinciam reperiri praestantius esse atque animosius, vetere in orbe natis."—*De avibus Nova Hisp. cap. 92.*

(2) El condor es tan grande que tiene de 14 á 16 pies de una á otra estremidad de las alas extendidas. Mr. de Bomare dice que es común á los dos continentes, y que los suizos lo llaman *Laemmer-geyer*. Como quiera que sea, hasta ahora no se ha visto en el mundo antiguo un ave de rapina que pueda compararse en tamaño y fuerza con el condor americano.

ra formarse alguna idea de ella, consulte los escritos de Oviedo, Herrera, Acosta, Ulloa, y otros autores europeos que hablan de lo que ellos mismos han visto. "En México, dice Acosta, hay gran abundancia de pájaros, adornados de tan escelentes plumas, y tan finas, que no se hallan semejantes en Europa."

Es verdad, dicen algunos, que los pájaros americanos esceden á los nuestros en la belleza de las plumas; pero nó en la escelencia del canto, en lo que los nuestros son superiores. Así hablan dos escritores italianos (1), tan doctos en ciertas materias especulativas, como ignorantes en las cosas de América. Bastaría á confundirlos el testimonio del Dr. Hernandez que copio en la nota (2). Aquei escelente observador, despues de haber oido los mejores ruiseñores en la corte de Felipe II, oyó muchos años al *centzonlli*, ó poligloto, al cardenal, al centrillo, al *cuitlacocho*, y otras aves canoras, comunes en México, y no conocidas en Europa, ademas del ruiseñor, el güguero, la calandria, y otros comunes á los dos continentes. Entre todos los pájaros apreciados en Europa, el ruiseñor es el generalmente preferido, y sin embargo, el de América

(1) El autor de cierta disertacion metafisico-política sobre la *proporcion de los talentos y sobre su uso*, en la que dice tales depositos sobre América, y se mostró tan ignorante de todo lo relativo á aquella parte del mundo, como el niño mas idiota. El otro es el autor de unas fabulillas italianas en que finge una conversacion entre un pájaro americano y un ruiseñor.

(2) "In caevis, quibus delinetur, suavissime cantat; nec est avis ulla, animalve ejus vocem non reddat luculentissime, et exquisitissime acmuletur. Quilibet Philomela nostran longo superat intervallo, ejus suavissimum concentum, tantopere laudant, celebrantque vetusti autores, et quiddam aricularum apud orbem nostrum cantu auditur suavissimum."—*De Avibus Nova Hisp. cap. XXX.*

es mejor, como dice Mr. de Bomare. "El ruiseñor de la Luisiana, dice, es el mismo de Europa; pero aquel es mas familiar, canta todo el año, y tiene mas variedad de sonos." Hé aquí tres grandes ventajas del pájaro americano sobre el europeo. Pero aunque no hubiese en América ruiseñores, gílgueros, ni ningún otro de los que se estiman en Europa por su canto, bastaria el *centzontli*, ó poligloto para no tener nada que envidiar á ningún país del globo (1). Puedo asegurar á nuestros filósofos antiamericanos, que cuanto dice el Dr. Hernandez acerca de la superioridad de aquel pájaro con respecto al ruiseñor, es la pura verdad, y tan conforme á la opinion de los europeos que han estado en México, como á la de los Mexicanos que han estado en Europa. Además de la singular dulzura de su canto, de la prodigiosa variedad de sus sonos, y de la donosa propiedad de remedar las diferentes voces de animales que oye (2), lleva al ruiseñor la ventaja de ser mucho mas comun, y de condicion mas apacible. Su especie es una de las mas numerosas de aquellos países. Si yo quisiese discurrir á la manera de Mr. de Paw, podria añadir, para probar la bondad del clima de América, que algunas aves que no se aprecian en Europa por su canto, allí lo tiene bastanto agradable.

"El gorrión, dice Valdecebro, autor europeo, no canta en España, y en México canta mejor que el gílguero [3].

(1) Linneo llama al centzontli *Orfeo*; otros *mocquear*, ó burlon.

(2) Mr. Barrinton, vicepresidente de la Real Sociedad de Londres, dice en una obra muy curiosa sobre el canto de las aves, presentada por él á aquella docta asamblea, que oyó á un poligloto, el cual en el espacio de un solo minuto remedó las voces de cinco aves diferentes.

(3) Valdecebro en su obra *Gobierno de las Aves*, lib. V. cap. 29. El gorrión ameri-

Lo que digo de los pájaros cantores se aplica á los que imitan el habla del hombre; pues las especies de papagayos americanos son mucho mas numerosas que las de los africanos y asiáticos (1).

Pero pues estoy hablando de pájaros, quiero, ántes de dejar este asunto, hacer una reflexion que no me parece inoportuna. No hay animal americano sobre el cual hagan mas aspavientos nuestros filósofos que el perico ligero, á causa de su extraordinaria lentitud, é incapacidad de movimiento. ¿Qué diríamos si hallásemos un ave semejante? Este seria sin duda el animal mas irregular de todos; pues la pereza y la inercia desdicen mas del ave que del cuadrúpedo. ¿Y dónde se encuentra este pájaro? En el antiguo continente, segun el conde de Buffon, el cual dice que el *dronte* de las Indias Orientales es entre las aves, lo que entre los cuadrúpedos el perico ligero. "Parece, añade, una tortuga vestida con los despojos de una ave, y la naturaleza, concediéndole los inútiles adornos de las alas y la cola, parece haber querido aumentar con nuevos estorbos la irregularidad de sus movimientos, y la inercia de su cuerpo, y hacerle mas enojoso su pesado volumen, recordándole que es pájaro."

De todo lo que llevo dicho se infiere claramente que ni el cielo de América es avaro, ni su clima contrario á la generacion de los animales, ni la materia escasea, ni la naturaleza ha empleado una escala de dimensiones diferente de las del mundo antiguo: por fin, que es un error,

(canso, aunque semejante al de Europa, es de diversa especie.

(1) "Hay en América una gran variedad de papagayos, especialmente en los Andes del Perú, y en las islas de Puerto Rico y Santo Domingo."—*Acosta lib. IV, cap. 26.* En las costas mexicanas del mar pacífico son mas numerosos que en las islas.

ó por mejor decir, un conjunto de errores cuanto el conde de Buffon y Mr. de Paw dicen sobre la pequeñez, la irregularidad y los defectos de los cuadrúpedos americanos; lo cual, aun siendo cierto, de nada serviría para probar la malignidad del clima de aquel vasto continente. Veamos ahora si han hablado con mas acierto en lo que dicen sobre la imaginaria degradacion de los cuadrúpedos trasportados de Europa.

ANIMALES TRASPORTADOS AL NUEVOMUNDO.

“Todos los animales trasportados al Nuevo-Mundo, dice el conde de Buffon, como el caballo, el asno, el toro, el cerro, la cabra, el perro y el puerco, son considerablemente mas pequeños allí que en Europa; y esto sin escepcion.” Si buscamos la prueba de una regla tan general, no hallaremos otra en toda la Historia Natural de aquel filósofo, sino que algunos de los cuadrúpedos del mundo antiguo trasportados al Canadá, son mas pequeños en aquella parte de América que en Francia. “Los animales europeos y asiáticos, dice Mr. de Paw, que se han llevado á América, inmediatamente despues de su descubrimiento, han degenerado; su corpulencia ha disminuido, y han perdido una parte de su instinto y de su índole; los cartilagos y las fibras de sus carnes se han vuelto mas gruesas y rígidas.” Tal es la conclusion general de aquel autor; veamos ahora sus pruebas. “1. La carne de buey es tan fibrosa, que apenas se puede comer en la isla Española. 2. Los puercos de la isla de Cuba mudaron en breve de forma, en tales términos que era imposible reconocerlos: las uñas les crecieron hasta tener un palmo de largo. 3. Las ovejas sufrieron una gran alteracion en la Barbada. 4. Los

perros trasportados de nuestros países perdieron la voz, y cesaron de ladrar en la mayor parte del nuevo continente. 5. El frío del Perú desconcertó en los camellos que se llevaron de Africa, los órganos de la generacion.” Tales son los argumentos de que se valen nuestros filósofos para pronunciar la degradacion de los animales introducidos en América, despues de su descubrimiento: argumentos que, aunque fuesen verdaderos, no bastarian á establecer una opinion tan general; porque ¡qué importa que la carne de buey sea tan fibrosa en Santo Domingo, si en casi todos los otros países de América es buena, y en algunos, como en todos los de México situados en la costa del mar pacífico, tan escelente cuanto la mejor de Europa, y quizás superior? ¡Qué importa que las ovejas hayan sufrido alguna alteracion en la Barbada, y en algunos países demasiado calientes, si en los templados de México y de la América Meridional se conservan como fueron de España? ¡Qué importa que los puercos se hayan desfigurado en Cubagua, isla miserable, privada de agua, y de todo lo necesario á la vida, si en el resto de la América han adquirido segun Mr. de Paw, una corpulencia extraordinaria, y su carne se ha perfeccionado en tales términos, que los médicos la prescriben á sus enfermos, como la mas sana que puedan comer? Ahora pues, si el haberse desfigurado los puercos en Cubagua no prueba que el clima de América les sea contrario, ¿por qué el detrimento de las ovejas en la Barbada, la fibrosidad de la carne de buey en Santo Domingo, y la disminucion de algunos cuadrúpedos en Canadá han de probar que el clima de América es en general contrario á la generacion de los animales, á su corpulencia y á su instinto?

Si esta lógica fuese admisible, mas fuer-

tes serian los argumentos de que yo podria echar mano contra el clima del antiguo continente, sin servirme de otras armas que las que me suministra el coude de Buffon en su Historia Natural. Los camellos no han podido multiplicarse en España, como dice el mismo autor, aunque aquel clima sea, de todos los de Europa, el menos contrario á su naturaleza. Los toros han degenerado en Berbería, y en Islandia han perdido las astas. "Las ovejas, dice Buffon, se han alejado de su ser primitivo en nuestros países," y en todos los calientes del mundo antiguo han mudado la lana en pelo. Las cabras han disminuido de volúmen en Guinea y en otras partes. Los perros en Laponia son pequeñísimos y disformes, y los de los climas templados, si pasan á los fríos, dejan de ladrar, y despues de la primera generacion nacen con las orejas derechas. Por las relaciones de los viajeros consta que los mastines y galgos, y las otras razas de perros europeos, llevados á Madagascar, á Calicut, á Madure y á Malabar, degeneran despues de la segunda ó tercera generacion, y que en los países escesivamente calientes, como la Guinea y el Senegal, esta degradacion es mucho mas pronta, pues apenas pasan tres ó cuatro años, pierden el pelo y la voz. Los ciervos han perdido la mitad de su corpulencia en los países montuosos, cálidos y secos, como en Córcega y Cerdeña. Si á estas y otras noticias que nos da el conde de Buffon, queremos añadir las que suministran otros autores, ¡cuántos argumentos no pondríamos á nuestros filósofos, algo mas sólidos y decisivos que los suyos! ¡cuántas pruebas de que la degeneracion animal ha sido mayor en el continente antiguo que en el nuevo! Pero para que se vea la exageracion y la falsedad de sus ejemplos, examinemos una á una todas las especies

de animales asiáticos y europeos, trasportados al Nuevo-Mundo, y que han degenerado allí, segun aseguran aquellos dos escritores.

CAMELLOS.

"De todos los cuadrúpedos llevados á América, dice Mr. de Paw, los que mas han prosperado han sido los camellos. A principios del siglo XVI pasaron algunos de Africa al Perú, donde el frio les desecó los órganos destinados á la reproduccion, y no dejaron posteridad." Pero, disimulando el error cronológico en que incurre, porque no hace al caso, si el frio fué la causa de la destruccion de los camellos en América, lo mismo sucederia en Europa, especialmente en los países del Norte, en los que el frio es sin comparacion mucho mayor que en cualquiera parte del Perú. Acuse Mr. de Paw á los que quisieron acclimatar aquellos animales en regiones poco análogas á su naturaleza, y no acuse á la América, en cuya estension hay tierras cálidas y secas, como las que necesita el camello para subsistir. La misma esperiencia se hizo en España, y no tuvo buen éxito, y no habrá quien niegue que el clima de esta península es de los mas templados y benignos de Europa. El conde de Buffon opina que aquellos útiles cuadrúpedos podrian fácilmente propagarse en América y en España, si se tomasen las precauciones convenientes, y yo no dudo que prosperarian en la Nueva Galicia. Por lo demas, es falso que los camellos trasportados al Perú no dejasen posteridad: el P. Acosta que estuvo allí pocos años despues, asegura haberlos visto multiplicados, aunque no tanto como era de desear.

TOROS.

Esta es una de las especies de animales que nuestros filósofos creen degradadas en

América, y á las que supone ser contrario aquel clima. Pero si el ganado vacuno ha perdido una parte de su corpulencia en el Canadá, como afirma el conde de Buffon; y si en Santo Domingo se ha hecho fibrosa su carne, según la opinión de Mr. de Paw, al menos no ha sucedido así en la mayor parte de los países del Nuevo Mundo, en los cuales la muchedumbre y gran tamaño de aquellos animales, y la bondad de su carne, manifiestan cuán favorables sean aquellos climas á su generacion. Su prodigiosa multiplicacion en América se halla atestiguada por muchos autores europeos, antiguos y modernos. El P. Acosta cuenta que en la flota en que él volvió á Europa el año de 1587, este es, sesenta años, poco mas ó menos, despues de introducidos en México los primeros toros y vacas, se enviaron á España 64,360 cueros de aquel país y 35,444 de Santo Domingo, cuyo clima parece á Mr. de Paw tan opuesto á su prosperidad. Yo no dudo que si se comparase el número de toros y vacas llevadas del antiguo continente al nuevo, con el de cueros que América ha enviado á Europa, se hallarían mas de 5,000,000 de cueros por cada uno de aquellos animales. Valdeebro, escritor español de la órden de Santo Domingo, que vivió muchos años en México á mediados del siglo pasado, refiere, como un hecho notorio, que las vacas de D. Juan Ordúña, caballero Mexicano, dieron en un año 36,000 terneros, lo que supone un rebaño de 200,000 entre toros y vacas. En el dia hay sugetos que poseen 50,000 cabezas de este ganado. Pero nada prueba tanto la estupenda multiplicacion de estos animales, como el precio á que se venden en aquellos países en que son necesarios para el sustento del hombre y los trabajos del campo, y donde en razon de la abundancia de los incales pre-

ciosos, todo se vende caro (1). Para decirlo en pocas palabras, los toros se han multiplicado en México, en el Paraguay, y en algunas otras regiones del Nuevo-Mundo, mucho mas que en Italia que mereció de los escritores latinos el epíteto de *armentosa* (2).

Por lo que hace al tamaño de los toros y vacas de aquel país, fácil es averiguar la verdad, viniendo tantos buques cargados de cueros á los puertos de Europa (3). Mande Mr. de Paw, ó algun otro de los que siguen su opinion, medir cincuenta ó sesenta de aquellos cueros, y si resultan mas pequeños que los comunes de Europa, confesarémos que el clima de América ha reducido la corpulencia del ganado vacuno, y que la materia ha escaseado en el Nuevo-Mundo. De lo contrario, tendrían ellos que confesar que son falsas sus noticias, mal fundadas sus observaciones, y fantástico su sistema; y para demostrar que no debemos tener mucha confianza en sus datos, citaremos á Gonzalo de Oviedo,

(1) En los contornos de la capital de México, á pesar de estar muy poblados, se vende un buen par de buyes para el arado por 20 pesos: en los de Guadalupe, capital de la Nueva-Galicia, por 12 ó 14. Aun son mas finimos los precios en otros puntos del territorio mexicano. En el río de la Plata es aun mas numeroso este ganado. Según persona fidedigna, hay en aquellas provincias 5,000,000 de toros y vacas en rebaños, y cerca de dos millones, salvajes.

(2) Timeo, autor griego, y Varro, citados por Aulo Gellio (Noct. Attic. lib. XI, cap. I), dicen que Italia fué llamada así por la abundancia de buyes, siendo el nombre de este animal en griego *traboi*, por lo que dice Gellio que Italia quiere decir *armentosisima*.

(3) Todos saben que el mayor comercio de cueros se hacia en el Paraguay, y yo sé por persona práctica y fidedigna, que los que se envían de aquel país á España, tienen por lo comun tres varas de largo, cuando menos, y muchos llegan á cuatro. No creo que haya tres países en Europa en que los buyes adquieran tan desmesurada diuension.

uno de los antiguos pobladores de Santo Domingo, donde residió muchos años. Hablando de los bueyes de aquella isla, cuya carne no puede comerse, segun Mr. de Paw, dice aquel escritor: "Los ganados son aquí mayores y mas hermosos que todos los de España, y como el aire es tan suave, y nunca hace frío, jamas enflaquecen los bueyes, y nunca adquiere mal sabor su carne." El conde de Buffon afirma que los países frios son mas favorables á estos animales que los calientes; lo contrario se verifica en México. La carne de vaca de las tierras marítimas, que son generalmente cálidas, es tan delicada, que se suele enviar de regalo á la capital, aunque la distancia es de 250 á 300 millas.

CARNEROS.

El conde de Buffon confiesa que el ganado lanar ha prosperado en los países calientes y frios del nuevo continente; pero añade que esta prosperidad consiste solo en la multiplicacion, pues los individuos son mas flacos, y su carne menos jugosa y tierna que en Europa. En todo esto manifiesta que sus informes son muy errados. En los países cálidos de América no prosperan comunmente los carneros, y la carne de los castrados es mala; de lo que no debemos maravillarnos, pues todo clima caliente es tan opuesto á estos animales, que segun Buffon les hace mudar la lana en pelo. En los climas frios y templados de México se han multiplicado en proporcion mas que los toros y vacas; su lana es en algunas partes tan fina como la mejor de España, y su carne tan gustosa como la mejor de Europa. La propagacion de los carneros en América es casi increíble. El P. Acosta asegura que ántes de su viaje al Nuevo-Mundo habia allí hacendados que poseian de 60 á 100,000 cabezas, y hoy se ven en México sujetos que tienen 400, 500, y aun 600,000. Los

europcos que no han visto aquellos países podrian dudar de estos datos; pero yo no osaria presentarlos al público, á no estar seguro de que es imposible desmentirlos. Valdecebro dice que D. Diego Muñoz Camargo, noble Tlaxcalteca, de quien he hecho mencion en otra parte, tuvo en diez años 40,000 cabezas de ganado, de solas diez ovejas. ¿Cómo podria verificarse esta excesiva multiplicacion bajo un clima contrario? En cuanto al tamaño aseguro que no he visto en ningun país del mundo carneros mayores que los de México.

CABRAS.

El conde de Buffon, aunque tan empeñado en proibir los animales de América, confiesa que las cabras se han aclimatado bastante bien en algunos de aquellos países, y que se multiplican mas que en Europa; pues aquí dan en un parto uno ó dos cabritos, y allí suelen dar tres, cuatro, y á veces cinco. Mr. de Paw, que da tan justamente á Buffon el título de *Plinio de la Francia*, y quiere que en tratando de animales se respete su autoridad, como la de quien ha pasado revista á todos los de la tierra, debería haber considerado esta y otras noticias de aquel sabio naturalista, antes de ponerse á escribir sobre los animales americanos.

PUERCOS.

No están de acuerdo en este punto aquellos dos escritores; pues el conde de Buffon coloca al puerco entre los animales que han degenerado en América, y Mr. de Paw asegura al contrario, que adquiere en el Nuevo-Mundo una corpulencia extraordinaria y que su carne se perfecciona. Esta contradiccion nace de no distinguir los países. Puede ser, aunque yo lo ignoro, que haya algunos en que el puerco ha perdido parte de su volumen; pero lo cierto es que en México, en las islas

Antillas, en Tierra Firme, y en otras partes de América, los puercos son tan grandes como en Europa, y que en la isla de Cuba hay una raza de mucha mayor corpulencia, como consta á todos los que han estado en aquellas regiones. Nuestros filósofos pueden, si gustan, informarse de muchos escritores europeos que han visto los puercos de Toluca, de la Puebla de los Angeles, de Cartagena, de Cuba &c.; y tendrán datos acerca de su excesiva multiplicación, y de la excelencia de su carne (1).

CABALLOS Y MULAS.

En nada de cuanto dice el conde de Buffon y Mr. de Paw, acerca de los animales americanos, ofenden tanto á la verdad, como en suponer la degradación de los caballos en aquellos países. De estos dice el P. Acosta "que en muchas partes de América han prosperado y prosperarán, y hay razas tan buenas como las mejores de España, no menos para la carrera y el lucimiento, que para el viaje y la fatiga." Este testimonio de un europeo tan crítico, tan imparcial y tan práctico en las cosas de América y de Europa, vale mas que todas las declamaciones de aquellos filósofos contra el Nuevo-Mundo. El teniente general D. Antonio Ulloa, docto matemático español, habla con admiración de los caballos que vió en Chile y en el Perú, y celebra con especialidad los llamados en Chile *Aguillitas*, por su extraordinaria ve-

(1) "Es cierto, dice el P. Acosta, que los puercos se han multiplicado considerablemente en toda la América. En Cartagena y en otros muchos países se come su carne fresca, reputándola tan sana como la del carnero castrado. En otros se ceban con maíz, y engordan extraordinariamente. En Toluca, en Parí y en otras partes, se preparan muy bien el tocino y los jamones." El conde de Buffon, después de haber colocado al puerco en el número de los animales degenerados de América, dice que han prosperado bien en aquel país,

locidad, y los *Parameros*, que en la caza de ciervos corren agilmente con el gineté encima, por los puntos mas ásperos y difíciles de los montes. El mismo asegura haber montado muchas veces uno de los *Aguillitas*, el cual no era de los mejores de su raza, y andaba mas de quince millas en 57 ó 58 minutos. En México hay una indecible cantidad de caballos y mulas: su gran número puede inferirse de su precio. En tiempo de la conquista valia un caballo ordinario mil pesos, y hoy, se compra uno bueno por diez ó doce (1). Su tamaño es el del caballo comun de Europa: raras veces se ve en México un caballo tan pequeño como los esclavones de Italia, ó como los de Islandia y la Gran India, si es cierto lo que de estos dicen Anderson, Tavernier y otros autores. Su fuerza es tal, que es muy-comun en los habitantes de aquellos países hacer un viaje de 70, 80, y aun mas millas, sin mudar de caballo, ni parar, andando siempre á buen paso y por caminos muy difíciles. Los de silla, aunque comunmente capones, son muy fogosos. Las mulas, que en casi todo el territorio de México sirven al tiro y á la carga, son tambien, en cuanto al tamaño, semejantes á las europeas. Las de carga, que van en reatas, suelen llevar cerca de 500 libras de peso: su jornada ordinaria no pasa de 12 á 14 millas, por ser este el uso de los arrieros; pero de este modo hacen viajes de 800, 1,000, y aun de 1,500 millas. Las de coche van al paso comun de la posta de Europa, aunque el carruaje lleva

(1) En la Nueva Galicia se compra un caballo mediano por cuatro pesos, una mula por seis, y una yeguada de veinticuatro cabezas, con el padre, por cincuenta. En Chile se fiere por un peso uno de los caballos que van al trote, los cuales son los que mas aprecia la gente del campo, por su fuerza y extraordinaria agilidad.

un peso muy considerable, que es el equipaje de los viajeros; sin embargo de lo cual, hacen viajes muy largos, caminando 30 millas diarias, á lo menos. Las de silla sirven para los viajes mas largos. Es comun ir en mula de México á Guatemala, que distan cerca de 1,000 millas, por un camino en gran parte montuoso y áspero, y andando cada día mas de 30 millas. Todo esto, que demuestra el error de nuestros filósofos acerca de la degradacion de aquellos cuadrúpedos, es público y notorio en América, y conforme á lo que escriben muchos autores europeos. Concluiré con una observacion que me parece probar de un modo irrefragable la multitud y escelencia de los caballos americanos. Entre tantas cosas como los europeos establecidos en América hacen venir de su país, á efecto del amor que le conservan, no sé que de doscientos años á esta parte hayan enviado á pedir caballos de España; á lo menos puedo asegurarlo de México: por el contrario, es sabido que muchas veces se envían caballos americanos á España, para regalo de los magnates, y aun del mismo rey Católico.

PERROS.

Es grande el despropósito que, entre otros muchos, dice Mr. de Paw acerca de los perros americanos. "Los perros que se llevan de nuestros países pierden en breve la voz, y dejan de ladrar en la mayor parte de las regiones del nuevo continente." Los americanos se reirán de muchos errores de Mr. de Paw; pero al llegar á este que acabo de citar, soltarán la carcajada. Aunque concediésemos la degradacion de los perros en el Nuevo-Mundo, nada se inferiria contrario á su clima que no pudiera aplicarse al del antiguo; pues segun Mr. de Buffon, los perros llevados de los climas templados á los

frios de Europa, pierden la voz, y en los muy cálidos, pierden tambien el pelo. Esta asercion se apoya en la experiencia hecha con los perros europeos llevados á varias partes de Asia y África, cuya degradacion, dice aquel filósofo, ha sido tan rápida en Guinea, y en otros países calientes, que al cabo de tres ó cuatro años, quedan enteramente pelados y mudos. No se atreve Mr. de Paw á decir otro tanto de América; pero aun lo que dice es falsísimo. ¿Donde están esos países americanos en que pierden la facultad de ladrar los perros llevados de Europa? ¿Cuál es el autor en cuyo crédito se funda tan absurda fábula? La mayor parte del territorio de América, en que hay perros europeos, es el que los españoles conquistaron, y yo no he oido decir que se haya observado en ninguna de sus partes semejante fenómeno. Ni entre los autores europeos que han notado las particularidades de América, ni entre los muchos americanos que se hallan actualmente en Europa, y que proceden de todas las regiones de aquella parte del mundo, he hallado uno solo que confirme la anécdota de Mr. de Paw. Lo que sabemos por los escritores americanos, y por muchas personas que conocen prácticamente aquellos países, es que los perros no padecen nunca de rabia en el Perú, en Quito, en Chile y en otras muchas partes del Nuevo-Mundo. Si en los dominios americanos de Francia y de Inglaterra hay alguno (que no lo creo) en que los perros hayan perdido la voz, ¿podrá decirse por esto que lo mismo sucede "en la mayor parte de las regiones del nuevo continente?" Mr. de Paw leeria acaso que en algunos países de América hay perros que no ladran, y esto le bastó para generalizar el hecho. Por la misma razon podria decirse que el higo trasportado de Europa al Nuevo Mundo se hace inmediatamente espinoso, por las espinas

que tiene el fruto del *noshilt* ó *nopal*, á que los españoles dieron no sé por qué, el nombre de *higo de las Indias*, como llamaron *perro de México* al *techichi*, fundados en la semejanza que se nota entre los dos animales. Pero ni este cuadrúpedo es perro, ni aquel fruto es higo. Fácil es caer en semejantes errores, cuando no se moderan las pasiones, y no se rectifican las ideas. El conde de Buffon, por el contrario, asegura que los perros europeos han prosperado, tanto en los países cálidos, como en los fríos del Nuevo-Mundo; en lo cual concede gran ventaja á la América, con respecto al continente antiguo.

GATOS.

Nada dicen nuestros filósofos sobre la degeneracion de los gatos en América; pero deben entenderse comprendidos en su sentencia general. Sin embargo, el conde de Buffon, que en el pasaje citado no admite escepcion en la degeneracion de los animales europeos en el Nuevo-Mundo, hablando en particular de los gatos, despues de haber elogiado los de España, como los mejores, afirma que "estos gatos españoles trasportados á América,

han conservado sus bellos colores, y en nada han degenerado (1)."

Estos son los cuadrúpedos, con que el mundo antiguo ha enriquecido al nuevo, y todos ellos, con escepcion del camello, se han multiplicado profusamente, y han conservado sin alteracion su corpulencia, su figura y todas las perfecciones de sus progenitores. Así consta, en parte, por la confesion de los mismos filósofos, en parte por el dicho de autores europeos imparciales, juiciosos y prácticos en aquellos países, y finalmente, por la notoriedad que alego, sin temor de ser desmentido. No dudo que los lectores de buena fe eclararán de ver, por lo que he espuesto con la mayor sinceridad, los errores y contradicciones de nuestros filósofos, dictadas por el ridiculo empeño de infamar al Nuevo-Mundo; la falsedad de sus observaciones, la inconsecuencia de sus raciocinios, y la temeridad de su censura.

(1) A los cuadrúpedos de que he hablado añade el conde de Buffon el conejo y el puerco de Guinea, y afirma que estas especies han prosperado bien en América. En cuanto á las ratas sería un gran bien para aquellos países que no pudieran vivir en ellos.

CATALOGO DE LOS CUADRUPEDOS AMERICANOS.

ESPECIES CONOCIDAS Y ADMITIDAS POR EL
CONDE DE BUFFON.

Acuti, pequeño cuadrúpedo del Paraguay y del Brasil, semejante al conejo. El nombre *acuti* es de las lenguas guaraní y paraguayesa.
Ai, especie de perico ligero con cola.
Alkuchi, pequeño cuadrúpedo de la Guayana.

Alec, vulgarmente llamado *gran-bestia*, por los franceses *clau*, y por los canarios *oriñac*. En América dan el nombre de gran-bestia al tapir.

Alco, llamado por los peruanos *alco*, por los Mexicanos *techichi*. Cuadrúpedo mudo, y bueno de comer, semejante al perro.

Apar, especie de *tatu ó armadillo*, armado de tres fijas movibles.

que tiene el fruto del *noshilt* ó *nopal*, á que los españoles dieron no sé por qué, el nombre de *higo de las Indias*, como llamaron *perro de México* al *techichi*, fundados en la semejanza que se nota entre los dos animales. Pero ni este cuadrúpedo es perro, ni aquel fruto es higo. Fácil es caer en semejantes errores, cuando no se moderan las pasiones, y no se rectifican las ideas. El conde de Buffon, por el contrario, asegura que los perros europeos han prosperado, tanto en los países cálidos, como en los fríos del Nuevo-Mundo; en lo cual concede gran ventaja á la América, con respecto al continente antiguo.

GATOS.

Nada dicen nuestros filósofos sobre la degeneracion de los gatos en América; pero deben entenderse comprendidos en su sentencia general. Sin embargo, el conde de Buffon, que en el pasaje citado no admite escepcion en la degeneracion de los animales europeos en el Nuevo-Mundo, hablando en particular de los gatos, despues de haber elogiado los de España, como los mejores, afirma que "estos gatos españoles trasportados á América,

han conservado sus bellos colores, y en nada han degenerado (1)."

Estos son los cuadrúpedos, con que el mundo antiguo ha enriquecido al nuevo, y todos ellos, con escepcion del camello, se han multiplicado profusamente, y han conservado sin alteracion su corpulencia, su figura y todas las perfecciones de sus progenitores. Así consta, en parte, por la confesion de los mismos filósofos, en parte por el dicho de autores europeos imparciales, juiciosos y prácticos en aquellos países, y finalmente, por la notoriedad que alego, sin temor de ser desmentido. No dudo que los lectores de buena fe eclarán de ver, por lo que he espuesto con la mayor sinceridad, los errores y contradicciones de nuestros filósofos, dictadas por el ridiculo empeño de infamar al Nuevo-Mundo; la falsedad de sus observaciones, la inconsecuencia de sus raciocinios, y la temeridad de su censura.

(1) A los cuadrúpedos de que he hablado añade el conde de Buffon el conejo y el puerco de Guinea, y afirma que estas especies han prosperado bien en América. En cuanto á las ratas sería un gran bien para aquellos países que no pudieran vivir en ellos.

CATALOGO DE LOS CUADRUPEDOS AMERICANOS.

ESPECIES CONOCIDAS Y ADMITIDAS POR EL
CONDE DE BUFFON.

Acuti, pequeño cuadrúpedo del Paraguay y del Brasil, semejante al conejo. El nombre *acuti* es de las lenguas guaraní y paraguayesa.
Ai, especie de perico ligero con cola.
Alkuchi, pequeño cuadrúpedo de la Guayana.

Alec, vulgarmente llamado *gran-bestia*, por los franceses *clau*, y por los canarios *oriñac*. En América dan el nombre de gran-bestia al tapir.

Alco, llamado por los peruanos *alco*, por los Mexicanos *techichi*. Cuadrúpedo mudo, y bueno de comer, semejante al perro.

Apar, especie de *tatu ó armadillo*, armado de tres fijas movibles.

- Aperca*, en Guarani: cuadrúpedo semejante al conejo, pero sin cola.
- Bisonte*, ó toro jorobado, llamado en México *cibolo*. Cuadrúpedo grande de la América Setentrional.
- Cabassi*, especie de *tatú*; cubierto de dos placas, ó conchas, y de doce bandas movibles.
- Cabiai*, ó *capibara*, cuadrúpedo anfibio, semejante al *pusco*. Los tucumaneses lo llaman *capibara* ó *capiguara*; los guaraníes, *capira* ó *capibará*; los tamanaques *capipiá*; los chiquitos, *oquis*, y en otras naciones, *chiuco*, *sciguiri*, ó *irabubi*.
- Cachimaco*, especie de *tatú*, cubierto con dos láminas y nueve fajas movibles.
- Castor*.
- Chinche*, aunque puede ser que el conde de Buffon haya alterado el nombre de *chingue*, que dan en Chile á otro insecto.
- Ciervo*.
- Coaita*, especie de *cercopiteco*, ó mono con cola.
- Coaso*. Véase lo que he dicho en el libro I de la Historia acerca de este cuadrúpedo.
- Coati*, ó *cuati*, pequeño, y curioso cuadrúpedo de la América Meridional.
- Cochinillo de Indias*, pequeño cuadrúpedo de la América Meridional, semejante al puerco y al conejo, pero sin cola.
- Coendá*, ó mas bien *cuendá*, de la Guayana y del Paraguay. Llámase en el Orinoco *arwa*.
- Conepata*, en México *conepatl*.
- Coqualino*. Así llama el conde de Buffon al *coecotecuillim* de los Mexicanos, cuadrúpedo semejante á la ardilla, pero diverso.
- Corzo*.
- Couguar*, fiera manchada como el tigre.
- Coyopolin*, y no *cayopolin*, como escribe Buffon. Pequeño cuadrúpedo de México.
- Encobertado*, *tatú* cubierto de dos láminas ó conchas, y de seis fajas.
- Esquima*, especie de *cercopiteco*.
- Falanger*, nombre dado á un pequeño cuadrúpedo semejante á la rata.
- Pitandro* de Surinam, cuadrúpedo seme-
jante á la marmosa y al *flucuatzin*, pero diverso.
- Gamo*.
- Gamuza*.
- Horniguero*, cuadrúpedo de los países calientes de América. Los españoles lo llaman oso-horniguero, aunque es mas diferente del oso, que el perro del gato. El conde de Buffon distingue tres especies en América. La 1.^a el horniguero; la 2.^a el tamanoir; y la 3.^a, el tamandua. Los peruanos lo llaman *huacuari*; los quiteses, *huamiri* y *cuchichi*; los tamanaques del Orinoco, *varaca*. En el Brasil llaman al horniguero grande *tamandua-guazu*, y al pequeño, *irara* y *guatimonde*.
- Gloton*, llamado en el Canadá *carcaja*, fiera de los países setentrionales.
- Jaguar*, ó tigre americano. *Jagua*, en lengua guaraní, es nombre comun al tigre, á la *puma*, y al perro. Los peruanos llaman al tigre *uturuncu*, y los Mexicanos *ocelotl*.
- Jaguarete*, ó mas bien *jaguareté*, fiera del género de los tigres. *Jaguar-cté* es en guaraní el nombre genérico de los tigres.
- Jesús*, fiera de los países frios.
- Leon marino*: así llama lord Anson á la foca mayor, que en Chile se llama *lama*.
- Liebre* comun.
- Lince*, ó gato cerval.
- Llama*, no *lama*, como dice el conde de Buffon, ni *glama*, como escribe Mr. de Paw; nombre del canero peruano.

Lobo comun, llamado por los Mexicanos *cuclachilli*.

Lobo marino, ó foca menor.

Lobo negro, muy diverso del comun.

Manati, llamado por los franceses *lamentein*, gran animal marino, de los lagos y de los rios, colocado por el conde de Buffon entre los cuadrúpedos, aunque apenas pueda llamarse bípedo ó bimanio.

Mapach, cuadrúpedo curioso de México, *Margui*, ó gato-tigre, fiera. Puede ser que este nombre se derive del *maracayá* de los paraguayeses.

Marikina, ó mona leonina, especie de cercopiteco.

Marmosa, pequeño y curioso cuadrúpedo de los países cálidos y templados de América.

Marnada, llamada *mar* de los canadeses.

Mico, la especie mas pequeña de los cercopitecos. En español es nombre genérico de todos ellos.

Morso, gran anfibio marino.

Musaraña.

Nutria llamada *miquilo* en el Perú.

Ocelotl, ó gato-pardo de México. *Ocelotl* en mexicano es el nombre del tigre; pero el conde de Buffon lo da al gato-pardo.

Ondatra [*rat musqué du Canadá*], cuadrúpedo semejante á la rata.

Oso negro, específicamente diverso del pardo.

Oso pardo.

Paca, cuadrúpedo semejante al puerco en el pelo y en el gruñido, y en la forma de la cabeza al conejo. En Brasil se llama *paca*, en Paraguay *pag*, en Quito *picura*, y en el Orinoco *acuri*.

Peco, cuadrúpedo de la América Meridional del mismo género, pero nó de la misma especie que el llama. El nombre india es *alpaca*.

Pecari, cuadrúpedo que tiene en la espalda una glándula, que muchos han creído ser el ombligo, y por el cual exhala un humor fétido. Los verdaderos nombres de este animal en diferentes países de América son *saina*, *coyameil*, *tatato* y *pachiva*. De este último se deriva quizás el de *pecari*, que le da el conde de Buffon. También lo llama *tajazá*, nombre comun en Guarani á todas las especies de puercos.

Pekán, ó marta americana.

Pequeño gris (*petit gris*). Así llama el conde de Buffon á un pequeño cuadrúpedo de los países fríos, semejante á la ardilla.

Pilori [*rat musqué des Antilles*], pequeño cuadrúpedo semejante á la rata, y diferente de la *oudatra*.

Pinchi, llamado por el conde de Buffon *pinche*, especie de pequeño cercopiteco.

Potatuca, cuadrúpedo semejante en parte á la ardilla; llamado por los españoles *quimichpatlan*, ó ratón volante.

Puma, ó leon americano, llamado por los Mexicanos *miztli*, y por los chilenos *pogi*.

Quirquincho, especie de tatú cubierto de una concha, y de diez y ocho fajas. *Quirquincho*, nombre peruano, *ayochatlí* mexicano, *tatú* paraguayes, y *armadillo* español, son genéricos de estas especies de cuadrúpedos. El conde de Buffon limita el nombre de *quirquincho* á una sola especie, como hace con el *ayotchélli*.

Raton de agua.

Rengífero, llamado en el Canadá *caribu*.

Sai, especie de cercopiteco. *Cai* en lengua guarani, es el nombre genérico de los cercopitecos; pero el conde de Buffon lo limita á una sola especie.

Saimiri, mas bien *caimiri*, especie curiosa de cercopiteco.

Saki, especie de cercopiteco, con cola larga.

Sarcocienne, nutria particular del Paraguay, del Brasil, de la Guayana y del Orinoco. En el Paraguay se llama *kijú*, y en el Orinoco *cairo ó neol*.

Sayá, ó *cayá*, especie de cercopiteco.

Suizo, llamado por los Mexicanos *Halmolotti*, cuadrúpedo semejante en la forma á la ardilla; pero diverso en muchas cualidades, y casi de doble tamaño.

Suricate, cuadrúpedo de la América Meridional, que tiene, como la liebre, cuatro dedos en cada uno de los cuatro pies.

Tairá, de la Guayana.

Tamandúa, ó mas bien *tamandú*, la especie media de los hormigueros.

Tamanoiro, la mayor especie de los hormigueros.

Tamarino, especie de pequeño cercopiteco.

Tapet ó tapeto, cuadrúpedo de la América Meridional, semejante en algo á la liebre y al conejo. Su verdadero nombre en lengua guaraní es *tapiti*.

Tapir, cuadrúpedo grande de América, llamado por los españoles, *anta*, *danta*, ó *gran-bestia*, y en diversas lenguas americanas, *tapí*, *tapirava*, *beori*, *ta-cazolotí*, *huariari*, *sacha-vaca* &c. Yo adopté el nombre de *tapir*, porque ya lo usan los zoologistas, y ademas porque no es equívoco. El de *gran-bestia* es propio del *alce*; el de *anta*, ó *danta*, se da también al *ceba*, cuadrúpedo del Africa muy diverso del *tapir*.

Tarsiere, cuadrúpedo algo semejante á la marmosa y al *taequatzin*.

Tatuado, nombre dado por el conde de Buffon á una especie de tatú que está cubierto de dos conchas y de ocho fajas.

Tlacuatzin, cuadrúpedo curioso, cuya hem-

bra lleva los cachorros después del parto, en una bolsa ó membrana que tiene debajo del vientro. En diversos países de América tiene los nombres siguientes: *churca*, *chucha*, *mucamuca*, *jarigué*, *surá*, *uavre*. Los españoles de México lo llaman *tlacuache*. Algunos naturalistas le dan el nombre de *filandro*, y otros el de *dúelfo*, que le conviene con mas razon. El conde de Buffon lo llama *sarigue*, ó *cariguel*, alterando el nombre *jarigué*, que es el que le dan en el Brasil.

Tosa (no *tuacan*, como dice el conde de Buffon), en mexicano *tosan*, cuadrúpedo de México, del genero del *topo*; pero mayor, y de hermoso aspecto. No sé si este animal es el mismo que los peruanos llaman *topu-topu*.

Vampiro, gran murciélago de América.

Varina, llamado por el conde de Buffon *uarine*, gran cercopiteco barbudo, llamado en Quito *oueco*. Buffon duda si es la misma especie que el *alvata*, otro cercopiteco grande. Yo convengo en que sea así, y por esto no pongo al *alvata* en el catálogo.

Vison, ó *fuina americana*.

Unistiti, cercopiteco pequeño.

Unau, especie de perico ligero sin cola.

El conde de Buffon distingue con razon dos especies de perico ligero, una con cola y otra sin ella; pues ademas de este tienen otros caracteres distintos. El perico ligero se llama en Quito *quillac*, y en el Orinoco *proto*.

Urson, cuadrúpedo de los países frios semejante al castor, pero diverso,

Zorra, comun.

Zorrillo: los Mexicanos lo llaman *epatl*, en Chile *chúngu*, y en otros países de la América Meridional *mapurida*, *aguatujá*, etc.

Así que, el conde de Buffon, que no ha

Inhallado en toda la América mas de 70 especies de cuadrúpedos, cuenta y distingue 94 á lo menos en su Historia Natural. Digo á lo menos, pues á las precedentes deben añadirse el puerco comun, el armino, y otras que en unas partes concede á la América, y en otras se las niega.

ESPECIES CONFUNDIDAS POR EL CONDE DE BUFFON.

El *guanaco* con la llama. Además de otras diferencias entre el llama, el guanaco, la vicuña y el paco, se observa que los individuos de cada una de estas especies no procrean con los de las otras, aunque vivan juntos. Si esto basta para distinguir la especie del perro de la del lobo, siendo animales tan semejantes entre sí, ¿tantos mas no servirá para los cuatro mencionados que no tienen tanta semejanza!

La *vicuña* con el paco.

El *sitli* con el tapete. Las mismas descripciones del conde de Buffon y las del Dr. Hernandez no dejan duda acerca de la diferencia de estas dos especies.

El *huiztlacuatzin* con el *cuandú* de la Guayana.

El *tlacoacotl* con el *ocelotl*. El conde de Buffon dice que este es el macho, y aquel la hembra de la misma especie, y que el segundo nombre es la sincope del primero. Por esto mismo podríamos decir que el *canis* latino es lo mismo que el *semicanis*, y el *tygris*, lo mismo que el *semitygris*; pues el *ocelotl* mexicano significa tigre, y el *tlacoacotl* no quiere decir otra cosa que *medio-tigre*. No es extraño que aquel naturalista ignorase el mexicano; pero sí lo es que afirme lo que no sabe. El Dr. Hernandez; que vió por sí mismo, y observó aquellas especies como hombre sabio, merece mas crédito.

El *topéizcuinlli*, ó perro montañés de México, con el *gloton*.

El *xolotzcuinlli*, ó perro pelado, con el lobo.

El *iscuintepozotli*, ó perro jorobado, con el aleo ó techichi. Añádanse estas ocho especies, confundidas con otras, á las 94 del catálogo anterior, y harán 102.

ESPECIES IGNORADAS, Ó NEGADAS SIN FUNDAMENTO POR EL CONDE DE BUFFON.

Achuni, cercopiteco de Quito, con gran hocico, fortísimos dientes, y pelo grueso como cerdas. MS que poseo.

Amútzotli, pequeño cuadrúpedo anfibio de México, que he descrito en el libro 1º de la Historia.

Amistli, cuadrúpedo descrito en el libro 1º. Dije allí que me parecia el mismo que el conde de Buffon llama *sarcicovime*; pero despues he hallado diferencias específicas entre ambos.

Cacomiztli, cuadrúpedo mexicano semejante á la fuma, pero diverso en la forma; descrito por mí en el libro 1º de mi Historia.

Chichico, cercopiteco de Quito, tan pequeño, que puede tenerse en el puño. Suele hallarse de diversos colores. MS.

Chillihueque, cuadrúpedo grande de Chile semejante al huauaco, pero de diversa especie. Historia de Chile por Molina.

Chinchilla, especie de ratón campestre lanudo. Hablan de él muchos autores de la América Meridional.

Chinchimen, ó gato marino, cuadrúpedo anfibio del mar de Chile. Historia de Chile.

Cinocéfaló cercopiteco, cuadrúpedo de México, de que hacen mencion Hernandez, Brisson y otros.

Coyote (en mexicano *coyotl*), fiera descrita en el libro 1º.

Conejo comun, llamado por los Mexicanos *techilli*.

- Cui*, ó conejo pernato, pequeño cuadrúpedo muy semejante al cochinillo de Indias. Lo describen muchos historiadores del Perú.
- Culpeu*, especie particular de zorra grande de Chile. Historia de Chile.
- Degu* ó *huero*, de Chile. Historia de Chile.
- Foca porcena*, ó puerco marino anfibio de Chile, especie particular de foca. Historia de Chile.
- Gafo melero*. Así llaman los españoles á un cuadrúpedo de la provincia del Chaco en la América Meridional. Es semejante en la forma al gato; caza los pájaros en los árboles, y gusta mucho de la miel de abejas. MS.
- Guanque*. Especie de raton campestre azul de Chile. Historia de Chile.
- Horro*, cercopitéco grande de Quito y de México; negro en todo el cuerpo, excepto el cuello, que es blanco. Grita mucho en los bosques, y puesto en pié, tiene la altura de un hombre. MS que poseo.
- Huemul*, ó caballo bifuleco de Chile. Historia de Chile.
- Huron* de Chile y del Paraguay, llamado en Guarani *jaguarobape*. Historia de Chile y MS.
- Jaguaron*, en guarani *jaguar-rá*, fiera anfibia del Paraguay, llamado por algunos *tigre acuático*.
- Kibi*, cuadrúpedo de Chile. Historia de Chile.
- Mayan*, cuadrúpedo semejante al puerco. Tiene el cuerpo redondo, las cerdas encrespadas, y habita en el Paraguay. MS que poseo.
- Perro de Cibola*, ó de carga, cuadrúpedo del país de Cibola, semejante en la forma á un mastín. Se sirven de él los indios para llevar cargas. Hacen mención de este robusto animal muchos historiadores de México.
- Pisco-Cushillo*, esto es, cercopitéco pájaro, cercopitéco de Quico. Tiene casi todo el cuerpo cubierto de una especie de pluma. MS que poseo.
- Rata blanca rústica*, comun en México.
- Rata comun rústica*, comun en México y en otros países de América.
- Rata de Maule*, cuadrúpedo de aquella provincia de Chile muy semejante á la marmota, pero doble mayor. Historia de Chile.
- Raton comunísimo en América* ántes de la llegada de los españoles, llamado por los Mexicanos *quimichin*, y descrito en el libro 1º de esta Historia.
- Raton rústico*, comun en México y en otros países de América.
- Richo*, comun en Paraguay. MS que poseo.
- Tayé*, cuadrúpedo de la California, de que se hace mención, tanto en la Historia impresa, quanto en las relaciones MS de aquel país. El *tayé* es sin duda el *ibex* de Plinio, descrito por el conde de Buffon con el nombre *bouquetin*.
- Taitetí* cuadrúpedo del Paraguay del género del puerco. La hembra pare siempre dos individuos, que nacen unidos por el cordón umbilical. MS que poseo.
- Tejon blanco* de Nueva-York, descrito por Mr. Brisson.
- Thopel-Lame*, cuadrúpedo anfibio del mar de Chile, especie de foca mucho mas semejante al leon que la que vió Lord Anson. Hist. Nat. de Chile.
- Tlalcoyote*, en mexicano *tlalcoyotl*, cuadrúpedo comun en México, descrito en el libro 1º de esta Historia.
- Trefle* ó *Trifoglio*, cuadrúpedo grande de la América Setentrional, descrito por Mr. de Bonmare.
- Viscacha rústica*, cuadrúpedo semejante al conejo, pero con una gran cola empinada. Acosta, y otros historiadores

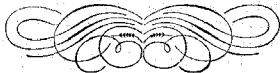
de la América Meridional.

Viscacha montana, hermoso cuadrúpedo del mismo género que el precedente, pero de diversa especie. MS que posco.

Usnagua, ó cercopiteco nocturno. MS.

Unidas estas 40 especies á las 102 mencionadas arriba, tenemos 142 especies de cuadrúpedos americanos. Si se añaden las del caballo, el asno, el toro, la oveja, la cabra, el puerco comun, el puerco de Guinea, el perro, el gato y la rata doméstica, trasportados despues de la conquista, contaremos en América 152 especies. El conde de Buffon, que en toda su Historia Natural no cuenta mas de 200 especies de cuadrúpedos en los países del mundo antiguo descubiertos hasta ahora, en su obra posterior, titulada *Las épocas de la Naturaleza*, halla 300. ¡Tanto se aumentó su número en pocos años! Pero dando por cierto este cálculo, la América, que no es mas que la tercera parte de nuestro globo, tiene la mitad á lo menos de las especies de cuadrúpedos. Vuelvo á decir á lo menos, porque he omitido algu-

nas que dudo si son ó no las mismas descritas por el conde de Buffon. El fin principal que me ha propuesto en la formacion de este catálogo, no ha sido el de demostrar el error del conde de Buffon en la enumeracion de los cuadrúpedos americanos, ni la falsedad de su opinion sobre la escasez de la materia en el Nuevo-Mundo; sino el deservir á los naturalistas europeos, indicándoles algunos cuadrúpedos desconocidos hasta ahora, y allanándoles las dificultades que ha podido suscitar una mal entendida nomenclatura. De buena gana hubiera añadido á los nombres de los cuadrúpedos una exacta descripcion de cada uno de ellos; mas esta empresa no entra en el cuadro de mi trabajo. Para la formacion del catálogo, además del gran estudio que he necesitado hacer, he tomado informes por escrito de personas doctas, sinceras, y prácticas en los diversos países de América, á las que doy gracias por la bondad con que me han complacido.



DISERTACION V.

CONSTITUCION FISICA Y MORAL DE LOS MEXICANOS.

CUATRO clases de hombres pueden distinguirse en México y en otros países de América: 1. Los propiamente americanos; vulgarmente llamados *indios*, esto es, los descendientes de los antiguos habitantes del Nuevo-Mundo, cuya sangre no se ha mezclado con la de los pueblos del antiguo. 2. Los europeos, los asiáticos y los africanos, establecidos en aquellos países. 3. Los hijos y descendientes de castos, llamados *criollos* por los españoles, nombre que se da principalmente á los hijos ó descendientes de europeos, cuya sangre no se ha mezclado con la de los americanos, africanos, ni asiáticos. 4. Las razas, llamadas *castas* por los españoles: es decir, los hijos ó descendientes de europeo y americana, ó de europeo y africana ó de africano y americana, &c. A todas estas clases de hombres comprenden los denuestos de Mr. de Paw. Supone ó finge tan maligno al clima de América, que hace degenerar no solo á los criollos y á los americanos, sino tambien á los habitantes europeos de aquellos países, á pesar de haber nacido bajo un cielo mas blando, y en un clima mas favorable, como él dice, á todos los animales. Si aquel escritor hubiera compuesto sus *Investiga-*

ciones filosóficas en América, podriamos con razon sospechar la degeneracion de la especie humana en el Nuevo-Mundo; pero como vemos que aquella obra, y otras del mismo jaez se han escrito en Europa, tenemos un nuevo testimonio de la verdad del refran español, imitado del griego: *Todo el mundo es Popayan*. Pero dejando aparte los despropósitos de aquel filósofo y de sus partidarios contra las otras clases de hombres, hablaré solo de lo que escribe contra los propiamente americanos, que son los mas injuriados, y los mas indefensos. Si á esta tarea me indujese alguna pasion ó interes, me hubiera encargado mas bien de la causa de los criollos, que ademas de ser la mas fácil, es la que mas de cerca me toca. He nacido de padres españoles, y no he tenido la menor afinidad, ni consanguinidad con indios, ni espero el menor galardón de su miseria. Así que solo el amor á la verdad, y el celo en favor de la especie humana, me hacen abandonar la causa propia, y abrazar la agena, con menos peligro de errar.

CTALIDADES FISICAS DE LOS MEXICANOS.

Mr. de Paw, que critica la estatura, la forma, y las supuestas irregularidades de

los animales americanos, no se ha mostrado mas indulgente para con los hombres de aquel país. Si los animales le parecieron una sexta parte mas pequeños que los de Europa, los hombres son tambien en su opinión, mas pequeños que los castellanos. Si en los animales notó la falta de cola, en los hombres censuró la falta de pelo. Si en los animales halló notables deformidades, en los hombres vitupera el color y las facciones. Si creyó que los animales eran menos fuertes que los del continente antiguo, tambien afirma de los hombres que son debilísimos, y que están espuestos á mil dolencias, ocasionadas por la corrupcion de aquel aire, y por las exhalaciones pesántes de aquel terreno.

En cuanto á la estatura de los americanos dice en general, que aunque no sea igual á la de los castellanos, hay poca diferencia entre la de unos y otros. Pero yo estoy seguro, y es notorio en todo México, que los indios que habitan aquellos países, esto es, los que están desde el 9º hasta el 40º de latitud setentrional, hasta donde han llegado los descubrimientos de los españoles, tienen mas de cinco piés de Paris de alto, y que los que no pasan de aquella estatura son mas raros entre los indios que entre los españoles. Tambien estoy cierto de que muchas de aquellas naciones, como los apaches, los hiaqueses, los pimeses, y los coquimes (1) son, á lo menos, tan altos, quanto los mas altos europeos, y no se que en toda la vasta estension del Nuevo-Mundo se halle un pueblo, exceptó los esquimales, cuya estatura sea tan reducida como la de los lapones, samoyedos y tártaros se-

ptentrionales del antiguo continente. Así que, bajo este aspecto no ceden los Mexicanos á los habitantes de las otras partes del mundo.

En cuanto á la regularidad y proporcion de los miembros, no es necesario añadir nada á lo que he dicho en el libro 1º de mi Historia. Estoy persuaido de que no habrá una sola persona de las que lean esta obra en América que contradiga la descripcion que allí hago de las formas y del carácter de los indios; á menos de tener nubes en los ojos, y trastornado el cerebro. Es cierto que D. Antonio Ulloa dice, hablando de los indios de Quito, haber observado "que entre ellos abundan los imperfectos, ó porque tienen los cuerpos irregulares y monstruosos á causa de su pequeñez, ó porque pierden la razon, el habla ó la vista, ó porque les falta algun miembro;" pero habiendo yo hecho grandes investigaciones acerca de esta singularidad de aquellos pueblos, he sabido, por personas dignas de fe, y prácticas en el conocimiento del país, que estos defectos no nacen de los malos humores, ni del influjo del clima, sino de la mal entendida y cruel humanidad de los padres, los cuales, para sustraer á sus hijos de los gravámenes y fatigas que los españoles exigen de los indios sanos, los inutilizan en la niñez, y los ponen imperfectos, ó irregulares: lo que no sucede en los otros países de América, ni tampoco en los otros pueblos de Quito en que los indios están exentos de aquellas penalidades. Mr. de Paw y el Dr. Robertson dicen, que entre los salvajes de América no se hallan personas irregulares y monstruosas, porque, como los lacedemonios, dan muerte á los niños que nacen ciegos, jorobados, ó privados de algun miembro; pero que en los países en que están reunidos en sociedad, y en que la vigilancia de los que los rigen

(1) Lo que digo de las naciones de la América Setentrional, se puede aplicar á los chilenos, á los patagones y á los otros pueblos de la Meridional.

no permiten ejercer aquella cruel prevision, el número de los individuos defectuosos es mayor que en cualquier parte de Europa. Este sería un excelente modo de eludir la dificultad, si se fundara en hechos positivos; pero si ha habido en América alguna tribu salvaje que haya imitado el ejemplo de los tan celebrados lacedemonios (1), no se infiere de aquí que deba imputarse la misma barbarie á los otros pueblos de aquel continente; pues es innegable que la mayor parte de las naciones americanas desconocen aquel uso, como puede demostrarse por el testimonio de los escritores mejor instruidos en sus costumbres. Además de esto, en todos los países de México, los cuales forman á lo menos una cuarta parte del Nuevo-Mundo; los indios viven en sociedad, y congregados en ciudades, villas ó aldeas, bajo la vigilancia de magistrados y de párrocos españoles ó criollos. Allí no se tiene noticia de la inhumana precaucion que alegan en su defensa los dos mencionados escritores, y sin embargo de esto, todos los españoles y criollos que vinieron de México á Italia en 1768, fueron entonces, y están hoy día maravillados de observar en los pueblos de esta cultísima península tan gran número de ciegos, cojos, tullidos y estropeados. Es pues harto diversa de la que imaginan aquellos autores, la causa de aquel fenómeno observado por tantos escritores en América.

Del color de aquellos pueblos no se puede sacar ninguna objecion contra el Nuevo-Mundo; pues aquel color es menos distante del blanco de los europeos, que del negro de los africanos, y de una gran

(1) La inhumanidad de matar á los niños que nacian disformes, no solo era permitida en Roma, sino prescrita por las leyes de las XII tablas: *pater insignem ad deformitatem puerum cito necato.*

parte de los asiáticos. El cabello de los Mexicanos y de los otros indios, como ya he dicho en otra parte, es espeso y tupido, su barba escasa, y por lo comun (1), carecen de vello en las piernas y en los brazos; pero es un error decir, como dice Mr. de Paw, que están enteramente privados de pelo en todas las otras partes del cuerpo. Este es uno de los muchos pasajes de las *Investigaciones filosoficas*, en que no podrán contener la risa los Mexicanos y otros pueblos de América, viendo el tenaz empeño de un filósofo europeo en privarlos de lo que la naturaleza les ha concedido. Leyó sin duda aquel autor la ignominiosa descripcion que Ulloa hace de algunos pueblos americanos del Mediodia, y de este solo dato dedujo con su acostumbrada lógica una conclusion universal (2).

El aspecto solo de un angolano, mandinga, ó congo hubiera debido espantar á Mr. de Paw, y disuadirlo de su mal-humorada censura contra el color, las facciones y el pelo de los americanos. ¿Puede imaginarse un conjunto mas opuesto á la idea general que tenemos de la belleza y de la perfeccion del cuerpo humano, que un hombre fétido, cuya piel es negra como la tinta, la cabeza cubierta de lana negra en lugar de cabello, los ojos amarillentos ó rojos, los labios gruesos y negruzcos, y la nariz aplastada? Tales son los habitantes de una gran parte del Africa, y de muchas islas del Asia. ¿Qué hom-

(1) Digo por lo comun, porque hay en México pueblos barbudos, y que tienen vello en los brazos y en las piernas.

(2) Ulloa en la descripcion que hace de los indios de Quito dice que ni á los hombres, ni á las mugeres les nace pelo, cuando llegan á la edad de pubertad. Sea lo que fuere de esta singularidad, y de su causa, lo cierto es que en el resto de América la pubertad tiene los mismos síntomas que en las otras partes del mundo.

bres mas imperfectos que los que tienen apenas cuatro piés de estatura, el rostro largo y chato, la nariz respingada, los ojos de un amarillo oscuro, los párpados estirados hácia las sienas, las mejillas desproporcionadamente elevadas, la boca grandísima, los labios gruesos y prominentes, y estrechísima la parte inferior de la cara?

Tales son, segun el conde Buffon, los japones, los zembleses, los borandianos, los samoyedos y los tártaros orientales. ¿Qué objeto mas disforme que un hombre con el rostro largo, y arrugado aun en la juventud, la nariz gruesa, los ojos pequeños y hundidos, las mejillas altas, la parte superior de la mandíbula encorvada, los dientes largos y desunidos, las cejas tan peludas que cubren los ojos, los párpados carnosos, los muslos grandes, las piernas pequeñas, y cubierta una parte del rostro de cerdas en lugar de barba? Tal es el retrato que el mismo naturalista hace de los tártaros, pueblos que, segun dice, habitan una porcion del Asia, que tiene mas de 1,200 leguas de largo, y mas de 750 de ancho. Entre ellas, los calmuco son los mas notables por su deformidad, la cual les ha merecido el titulo de los hombres mas feos del universo, como los llama el viajero Tavernier. Su rostro es tan ancho, que, si hemos de dar crédito á Buffon, tienen entre los dos ojos un espacio de cinco á seis dedos. En Calicut, en Ceilan y en otros países de la India, hay, segun Pyraz y otros escritores, una raza de hombres con una de las piernas, y aun con ambas, cada una tan gruesa como el cuerpo de un hombre regular, imperfeccion hereditaria entre ellos. Los hotentotes tienen, entre otros defectos, aquella monstruosidad de un apéndice caloso, que se estiende desde el hueso púbis hácia abajo, como atestiguan todos los que han

descrito los países inmediatos al Cabo de Buena Esperanza. Marco Poli, Struys, Gemelli y otros viajeros afirman, que en el reino de Lambry, en la isla Formosa, y en la de Mindoro, se hallan hombres con cola. Mr. de Bomare dice que esta en los hombres no es mas que una prolongacion del hueso sacro, ó rabadilla: ¿qué otra cosa es la cola en los otros animales, sino una prolongacion del mismo hueso, aunque dividida en muchas articulaciones? Llámese como se quiera, un hombre con rabo no deja de ser un conjunto harto irregular y monstruoso.

Si nos pusiéramos á recorrer las otras naciones africanas y asiáticas, apenas hallaríamos una pequena parte de ellas que no se distingua, ó por la oscuridad del color, ó por alguna irregularidad mas enorme, ó por algun defecto mas notable que cuantos Mr. de Paw censura en los americanos. El color de estos es mucho mas claro que el de casi todos los habitantes de Africa y del Asia meridional. La escasez de barba es comun á los filipinos, á los pueblos del Archipiélago Indico, á los famosos chinos, á los japoneses, á los tártaros, y á otras muchas naciones del antiguo continente, como saben todos los que tienen alguna idea de la variedad de la especie humana en los diversos países del globo. Las imperfecciones de los americanos, por mucho que se exageren, no pueden compararse con los defectos de aquellos pueblos inmensos cuyo dibujo he bosquejado y con los de otros que omito. Véase lo que dicen el conde de Buffon en el tomo vi de su Historia Natural, y todos los viajeros de Asia y Africa. Estas consideraciones hubieran debido refrenar la pluma de Mr de Paw; pero ó las echó en olvido, ó maliciosamente las disimuló.

Mr. de Paw representa á los americanos débiles y enfermizos: Ulló afirma, per

el contrario, que son sanos, robustos y fuertes. ¿Cuál de estos dos escritores merece mas crédito, Mr. de Paw que se puso á filosofar en Berlin sobre los americanos, sin conocerlos, ó D. Antonio de Ulloa, que por muchos años los vió y trató en diversos países de la América Meridional? ¿Mr. de Paw que se propuso vilipendiarlos y envilecerlos, para establecer su desatinado sistema de la degeneracion, ó D. Antonio de Ulloa, que aunque poco favorable á los indios, no trató de formar un sistema, sino de escribir lo que creyó verdadero? Decidan esta cuestion los lectores imparciales.

Para demostrar la debilidad, y el desconcierto de la constitucion fisica de los americanos, alega Mr. de Paw otras razones, de que debo hacerme cargo, y son las siguientes. 1. Que los primeros americanos traídos á Europa, rabiaron en el viaje, y que la rabia les duró hasta la muerte. 2. Que los hombres adultos, en muchos países de América, tienen leche en los pechos. 3. Que las americanas paren con demasiada facilidad, tienen una estraordinaria abundancia de leche, y muy escasa é irregular la periódica evacuacion de sangre. 4. Que el menos vigoroso europeo vencía en la lucha á cualquier americano. 5. Que los americanos no pueden sobrellevar un peso ligero. 6. Que padecían el mal venéreo y otras enfermedades endémicas.

En cuanto á la primera prueba, la niego como absolutamente falsa, y destituida de fundamento. Mr. de Paw, fiado en la autoridad del flamenco Dappers, dice que los primeros americanos que trajo consigo Cristóbal Colon el año de 1493, quisieron darse muerte en la navegacion; pero que habiéndolos estado, para evitar la ejecucion de aquel designio, se pusieron rabiosos, y continuaron en el mismo estado

hasta su muerte: que cuando entraron en Barcelona, espantaron de tal modo á los habitantes con sus gritos, contorsiones y movimientos convulsivos, que todos los creían frenéticos. Yo no he visto la obra de Dappers; pero no dudo que toda esta relacion es un conjunto de fábulas absurdas, pues no hallo quien haga mención de tal suceso, ni entre los autores contemporáneos, ni entre los que escribieron en los años siguientes: antes, de lo que atestiguan estos se puede demostrar la falsedad de toda la historia.

Gonzalo Fernandez de Oviedo, que se hallaba en Barcelona, cuando llegó Cristóbal Colon; que vió y conoció aquellos americanos, y fué testigo ocular de su conducta, nada dice de su rabia, de sus aullidos de sus contorsiones: y no lo hubiera omitido, si fuera cierto, por no ser muy partidario de los indios, como despues veremos; y porque hablando de los que trajo Colon, describe individualmente su entrada á Barcelona, su bautismo, sus nombres y en parte, el fin que tuvieron. Dice que Cristóbal Colon condujo de la isla Española, despues llamada Santo Domingo, diez americanos, de los cuales uno murió en el viaje; tres quedaron enfermos en Palos, puerto de Andalucía, donde murieron de allí á poco, segun conjetura; y los otros seis llegaron á Barcelona, donde se hallaba la corte á la sazón: que fueron bien instruidos en la Religion cristiana, y solemnemente bautizados, siendo sus padrinos los reyes católicos y el príncipe D. Juan: que el principal de ellos, pariente del rey Guacanagarí, tomó en el bautismo el nombre del rey católico, y se llamó D. Fernando de Aragon; que al segundo se dió el nombre del príncipe, y desde entónces se llamó D. Juan de Castilla; que el príncipe alojó á este en su palacio, y cuidó de su enseñanza; que aprendió muy

bien la lengua española, y murió de allí á dos años.

Pedro Mártir de Anglería, que se hallaba en España, en la época de la llegada de Colon, hace mención de los indios que trajo aquel famoso almirante, y no dice una palabra de su rabia; antes bien, cuenta que cuando Colon regresó á la Española, lo acompañaron tres de aquellos indios, habiendo muerto los otros, á efecto de la mudanza de clima y de alimentos; y que se valió de uno de ellos para informarse del estado de los españoles que había dejado en aquella isla (1). Fernando Colon, docto y diligente biógrafo de su padre D. Cristóbal, y que á la sazón se hallaba en España, hace una relación menuda de las acciones y viajes de aquel ilustre navegante, habla de los indios que él mismo vió, y nada añade á los pormenores de Pedro Mártir de Anglería. Son, pues, falsas las noticias de Dappers, ó si nó, diremos que los reyes católicos consintieron en ser padrinos de bautismo de unos hombres rabiosos; que el príncipe

(1) A las causas de la muerte de aquellos indios, citados por Pedro Mártir de Anglería deben añadirse los males extraordinarios que sufrieron en aquella horrible navegación, cuya descripción puede verse en las cartas del almirante, copiadas por su hijo D. Fernando. Del número de muertos que Pedro Mártir refiere, debe disminuirse el que conservó el príncipe D. Juan, pues murió dos años después, como dice Oviedo. Pero aunque todos hubiesen muerto en el viaje, ó se hubiesen vuelto frenéticos, nada tendría de extraño, si se compara con lo que el mismo Mr. de Paw dice en la 3ª parte, sec. 6ª de sus *Investigaciones*. "Los académicos franceses tomaron mas allá de Torneo dos japones, que molestados y martirizados por aquellos filósofos, murieron de desesperación en el viaje." Ahora bien, ni el país que dejaban los japones, ni el viaje que hicieron, pueden compararse con el país y el viaje de los indios de Colon, ni yo puedo creer tan humanos á los marinos españoles del siglo xv, como á los académicos franceses del siglo xviii.

quiso tener consigo á un rabioso, para divertirse con sus espantables aullidos; que un rabioso aprendió bastante bien la lengua española, y finalmente, que el prudente Colon se sirvió de un rabioso, para informarse de todo lo que había ocurrido en una vasta posesión, durante su ausencia.

La anécdota de la leche en los pechos de los americanos, es una de las mas curiosas de cuantas contienen las *Investigaciones filosóficas*, y de las mas dignas de celebrarse con la risa general de los habitantes del Nuevo-Mundo; pero es necesario confesar, que el investigador filosófico se mostró mas moderado en esto que otros autores que él mismo cita. El célebre naturalista Johnston, afirma en su *Thaumatrografía*, con la autoridad de no sé qué viajero, que en el Nuevo-Mundo casi todos los hombres tienen abundancia de leche en los pechos. "En todo el Brasil, dice el autor de las *Investigaciones históricas*, los hombres son los que dan de mamar á los niños, pues las mugeres tienen poquísima leche." ¡Qué excelentes materiales para una Thaumatrografía! Yo nó sé ciertamente lo que mas deba admirar, si la temeridad y la desfachatez de los viajeros que propagan semejantes fábulas, ó la sencillez de los que les dan crédito. Si se hubiese observado aquel fenómeno en algun pueblo del Nuevo-Mundo (lo que jamas probará Mr. de Paw), ciertamente no bastaría esto para decir que en muchas partes de América abunda la leche en los pechos de los hombres, y mucho menos para afirmarlo, como afirma Johnston, de casi todos los hombres del nuevo continente.

Las singularidades que observa Mr. de Paw en las americanas, serian sumamente agradables si fuesen ciertas: porque ¡qué mas podrian apetecer que verse libres de los grandes dolores del parto, tener en

abundancia el licor con que alimentan á sus hijos, y ahorrarse en gran parte las incomodidades que trae consigo la evacuacion periódica? Pero lo que ellas tendrían á gran dicha, es en sentir de Mr. de Paw, un síntoma cierto de degeneracion. La facilidad del parto, demuestra, segun dice, la expansion del conducto vaginal, y la relajacion de los músculos de la matriz por causa de la profusion de los fluidos: la abundancia de leche no puede provenir sino de la humedad de la complexion, y por lo demas, las americanas no se conforman con las mugeres del antiguo continente, el cual debe ser, segun la legislacion de Mr. de Paw, el modelo de todo el mundo. Pero ¿no es cosa admirable, que el autor de las *Investigaciones históricas* declare á las americanas tan escasas de leche, que los hombres tienen que criar á los hijos, mientras el autor de las *Investigaciones filosóficas* atribuye á la complexion húmeda de las americanas la abundancia excesiva que tienen de aquel licor? ¿Y quién no echará de ver, al notar estas y otras contradicciones y disparates, publicados en Europa de pocos años á esta parte, que los viajeros, los naturalistas, los historiadores y los filósofos europeos, han hecho de la América el almacén general de sus fábulas y de sus delirios, para dar mas amenidad á sus obras con la novedad de las observaciones, atribuyendo á todos los americanos lo que se ha notado en algunos individuos, ó quizás en ninguno (1)?

Las americanas, sometidas á la sentencia comun de su sexo, no paren sin dolor; pero tampoco echan mano del aparato de las damas europeas, porque son menos delicadas, y no tienen tanto la molestia,

(1) Lo que digo de los escritores europeos de las cosas de América, no se entiende con todos; pues entre ellos hay hombres verdaderamente sabios, y amantes de la verdad.

ni el sufrimiento. Teyvenor dice que las mugeres del Mogol paren con suma facilidad, y que en el dia siguiente al del parto, se las ve andar por las calles: sin dudar por esto de su fecundidad, ni halla nada que decir contra su complexion.

La cantidad y la cualidad de la leche de las americanas son bien conocidas en México á las señoras europeas y criollas que ordinariamente les confian la crianza de sus hijos; y saben que son sanas, robustas y diligentes en el desempeño de aquél ministerio. No basta decir que se hablan de las americanas antiguas, y no de las modernas, como tal vez responde Mr. de Paw á su adversario Pernety; pues además de que sus proposiciones contra ellas están en tiempo presente, como sabe todo el que ha leído su obra, aquella distincion no puede aplicarse á muchos países de América, y especialmente á México. Los Mexicanos usan generalmente la misma clase de alimento que usaban sus progenitores ántes de la conquista. Habiéndolo quizás el clima en otras partes por la destruccion de los bosques y de las aguas estancadas; mas en México no se ha notado la menor alteracion. Lo que han comparado, como yo lo he hecho, las relaciones de los primeros españoles con el estado presente del país, su ben del modo mas positivo, que existe: los mismos lagos, los mismos rios, y en los mismos bosques que en otros tiempos.

En cuanto á la evacuacion periódica de las americanas, ni yo puedo dar cuenta de ella, ni creo que haya muchos que puedan darla. Mr. de Paw, que desde Berlín ha visto en América tantas cosas, ignorando por los mismos americanos, habrá encontrado quizás en algún autor francés, el modo de saber lo que yo no puedo, ni quiero averiguar. Pero suponiendo que esta evacuacion sea escasa, é irregular en

las mugeres de América, como pretende Mr. de Paw, nada se inferiria de aquel hecho, en contra de su complexion; porque "la cantidad de aquella evacuacion depende, como dice muy bien el conde de Buffon, de la cantidad del alimento, y de la traspiracion incesible. Las mugeres que comen demasiado y hacen poco ejercicio, tienen los meses abundantísimos. En los países cálidos, en que la traspiracion es mas copiosa que en los frios, la evacuacion es mas escasa." Luego si esta escasez puede provenir de la sobriedad, del calor del clima y del ejercicio, ¿por qué se ha de atribuir á la mala complexion? Ademas que yo no sé como ajustar esta escasez de menstruos con aquella superabundancia de fluidos, que Mr. de Paw supone en las americanas, como efecto del desconcierto de su constitucion física.

No son mas eficaces las otras pruebas de la debilidad de los americanos. Dice Mr. de Paw que eran vencidos en la lucha por los europeos; que no podian llevar un peso mediano, y que se ha calculado haber perecido en un año 200,000 americanos, empleados en el trasporte de bagajes. En cuanto á lo primero, sería necesario que la experiencia de la lucha se hubiese hecho con muchos individuos de uno y otro continente, y que el resultado se hallase apoyado en el testimonio de los americanos y de los europeos. Sea como fuere, yo no pretendo que aquellos sean mas fuertes que estos: los americanos pueden serlo menos, sin que esto baste á decir, que positivamente son débiles, y que en ellos ha degenerado la especie humana. Los suizos son mas fuertes que los italianos, y no por esto creeremos que los italianos han degenerado, ni acusaremos el clima de aquella península. El ejemplo de 200,000 hombres muertos en un año, bajo el peso de los bagajes, si fuese cierto,

no probaria tanto la debilidad de los americanos, como la inhumanidad de los europeos. Como perecieron aquellos 200,000 hombres americanos, hubieran perecido 200,000 prusianos, si se les hubiese obligado á hacer un viaje de 300, 400 ó mas millas, con 100 libras de peso en los hombros de cada uno; si hubieran llevado al cuello gruesas argollas, sujetas con cadenas de hierro, obligándolos á caminar por montes y asperezas, cortando la cabeza á los que se cansaban, ó á los que se les rompian las piernas, para que no detuviesen á los otros, y dando á todos un mezquinísimo alimento, para sobrellevar tan enorme fatiga. El señor Las Casas, de cuyas obras sacó Mr. de Paw el hecho principal de la muerte de aquellos 200,000 hombres, refiere tambien todas las circunstancias que acabo de indicar; con que si lo cree en lo uno, tambien deberá darle fe en lo otro. Pero un filósofo que tanto pondera las cualidades físicas y morales de los europeos á espensas de los americanos, deberia abstenerse de citar unos hechos tan poco favorables á los objetos de su admiracion. Es cierto que no pueden inculparse á la Europa; ni á ninguna de las naciones que la componen, los excesos en que incurrir algunos de sus individuos, especialmente en países tan remotos de la capital, y contra la voluntad expresá, y las órdenes repetidas de los soberanos; pero si los americanos quisieran servirse de la lógica de Mr. de Paw, podrian de muchos de estos antecedentes particulares, deducir consecuencias universales contra todo el antiguo continente, pues aquel escritor forma á cada tres palabras, argumentos contra todo el Nuevo-Mundo, de lo que solo se ha observado en un pueblo ó en un individuo, como puede ver todo el que lea sus obras.

Concede á los americanos una gran li-

gerez y velocidad en la carrera, porque desde la infancia se acostumbró á este ejercicio. Por la misma razon no deberia negarles la fuerza, pues desde niños se acostumbraban, como consta por sus pinturas, á llevar grandes pesos, en cuyo ejercicio debian emplearse durante toda su vida; ántes bien, segun los principios de aquel autor, ninguna otra nacion deberia serles superior en esta parte, pues ninguna se ejercitaba, como los americanos hacian, en el transporte de grandes pesos, careciendo de bestias de carga (1) de que otros se sirven. Si Mr. de Paw hubiera visto, como yo, los enormes pesos que llevan á hombro los americanos, no hubiera osado echarles en cara su debilidad.

Nada prueba la robustez y fuerza de aquellos pueblos, como las grandes fatigas en que están continuamente empleados. Mr. de Paw dice, que cuando se descubrió el Nuevo-Mundo, no se veia mas en su terreno, que espesimos bosques: que en el dia hay alguna tierras cultivadas; mas no por los americanos, sino por los africanos y europeos: que el terreno cultivado con respecto al inculto, está en proporcion de 2,000 á 2,00000 (2). Estas tres especies son otros tantos errores; pero dejando para otra disertacion lo relativo á los trabajos de los antiguos Mexicanos, y hablando solo de los tiempos modernos, no hay duda que desde los de la conquista, los americanos han sobrelleva-

do las fatigas de la agricultura, en todos los vastos paises de la América Setentrional, y en la mayor parte de los de la Meridional, conquistados por los españoles. Allí no se ven europeos empleados en los labores del campo. Los negros, que en inmenso territorio mexicano son pocos, emplean en la cultura del tabaco y de caña, y en las elaboraciones del azúcar pero el terreno destinado al cultivo de estas plantas, no está, con respecto á toda la tierra cultivada, ni en la proporcion de 1 á 2,000. Los americanos son los verdaderos labradores: ellos son los que aran, siembran, escardan y siegan el trigo, maíz, el arroz, las habas, las habichuelas y todos los otros granos y legumbres; ellos los que cultivan el cacao, la vainilla, el algodón, el añil, y todas las otras plantas útiles al sustento, al vestido, y al comercio de aquellas provincias. Sin su ministerio no se hace nada, en términos que el año de 1762 se abandonó en muchas partes la cosecha del trigo, de resultas de las enfermedades que atacaron á los indios, que no les permitieron hacer la siega. Aun puedo decir algo mas: ellos son los que cortan y trasportan de los bosques toda la leña y madera que se consume; ellos los que cortan, trasportan y elaboran la piedra; ellos los que hacen la cal, el yeso y los ladrillos. Ellos son los que construyen todos los edificios de aquellos pueblos excepto en los que no habitan; ellos los que abren y componen los caminos; los que limpian las ciudades; los que trabajan en las innumerables minas de plata, oro, cobre y otros metales. Ellos son los pintores, los gananes, los tejedores, los alfareros, los panaderos, los horneros, los correos, los mozos de cordel; en una palabra, ellos son los que llevan todo el peso de los trabajos públicos, como es notorio

(1) Aunque los peruanos tenian animales de carga, no podian servir para la conduccion de aquellas grandes piedras que se hallan en algunos de sus edificios, como en los de México: con que no teniendo máquinas para facilitar la operacion, solo debian emplearse en ella las fuerzas del hombre.

(2) Hubiera sido mejor decir, "en la proporcion de 1 á 1,000," porque significa lo mismo con números mas simples.

á cuantos han estado en aquellas regiones. Esto hacen los débiles, flojos, ó inútiles americanos, mientras el vigoroso Mr. de Paw, y otros infatigables europeos se ocupan en escribir contra ellos amargas invectivas.

Estos trabajos, en que se emplean continuamente los indios, demuestran su salud y robustez; pues sería imposible que resistiesen á tan árduas fatigas, si fueran de una constitucion enfermiza, y si por sus venas corriese una sangre corrompida, como pretende Mr. de Paw. Para hacer creer viciosa su complexion, alega todo lo verdadero y falso que recogió de los escritores de América, acerca de las enfermedades que reinan en algunos países particulares de aquel vasto continente, y sobre todo, acerca del mal venéreo, que crece natural de América. De este último punto hablaré largamente en otra disertacion: por lo que hace á otras dolencias, yo le concedo que en la inmensa superficie de América, hay países en que los hombres están mas espuestos que en otras partes á ciertas enfermedades ocasionadas, ó por la intemperie del aire, ó por la mala calidad de los alimentos; pero lo cierto es, conforme á la autoridad de muchos graves escritores, prácticos en las cosas del Nuevo-Mundo, que la mayor parte de aquellos países son sanos, y que si los americanos quisieran pagar en la misma moneda á Mr. de Paw, y á otros europeos que escriben como él, tendrian una buena coleccion de materiales para desacreditar el clima del antiguo continente, y la complexion de sus habitantes, en las muchas enfermedades endémicas que les son propias; en la elefantiasis, y la lepra de Egipto y Siria (1); en el *erben* del Asia meridional; en

el dragoncillo, ó gusano de Medina; en el *pireal* del Malabar; en el *Yaus*, ó mal de Guinea; en la *tiriasis*, ó dolencia peculiar de la pequena Tartaria; en el escorbuto, ó disenteria boreal de los países del Norte; en la *plica* de Polonia; en las paperas del Tirol, y de muchos países alpinos; en la sarna, la raquitis, la viruela (1), y sobre todo, en la peste, que tantas veces ha despoblado ciudades y provincias enteras del antiguo continente, y que tantos estragos hace anualmente en las regiones orientales, terrible azote de que hasta ahora se ha preservado el-Nuevo-Mundo.

Finalmente, es algo difícil combinar la supuesta flaqueza, y viciosa constitucion de los americanos, con el largo término de su vida. De aquellos á quienes no anticipan la muerte las grandes fatigas, los escosivos trabajos y las enfermedades epidémicas, hay muchos que llegan á 80, 90 y 100 años; y lo mas admirable es, no observarse en ellos los estragos que hace comun-

glo xii, que segun Mateo de Paris, escritor exacto de aquel tiempo, habia 19,000 hospitales para los contagiados.

(1) La viruela fué llevada al Nuevo-Mundo por los europeos, como saben todos, y ha hecho mas estragos allí, que el mal venéreo en Europa. La requisita no es conocida en América, y esta es, en mi entender, la causa de no verse allí tantas personas imperfectas como en el continente antiguo. La sarna, ó no existe, ó es tan rara, que habiendo yo estado muchos años en aquellos países, ni vi, ni tuve noticia de ningún sarroso. El *vómito prieto* ó negro, que tambien parece enfermedad endémica, es bastante moderno, y solo se padece en algunos puertos de la zona tórrida, frecuentados por los europeos. Los primeros que lo experimentaron sacaron unos *marineros* de buques europeos, que despues de los malos alimentos de la navegacion, comian en aquellos puertos con escaso las frutas del país, y bebian agnardiente. D. Antonio Ulloa, asegura, que en Cartagena, uno de los puertos mas insalubres de América, no se conoció el vómito antes del año de 1729, y empuzó en la marineria europea de la escuadra que aportó allí, mandada por D. Domingo Justinián.

(1) La elefantiasis, enfermedad endémica de Egipto, y enteramente desconocida en América, fué tan comun en Europa en el si-

mente la edad en los cabellos, en los dientes, en la piel, y en los músculos del cuerpo humano. Este fenómeno, tan admirado por los españoles residentes en México, puede atribuirse á la sanidad de su complexion, á la sobriedad de su régimen, y á las excelentes calidades de su clima. Lo mismo refieren de los otros países del Nuevo-Mundo los historiadores, y otras personas que han permanecido en ellos muchos años. Mas si acaso hay en aquel continente alguna region en que no se prolongue tanto la vida, no se hallará una en que se abrevie tanto como en la Guinea, en Sierra Leona, en el Cabo de Buena Esperanza, y en otras partes de Africa, donde la vejez empieza á los 40 años, y donde el que llega á 50 se mira como entre nosotros un octogenario. De estos sí podría decirse con razon, que tienen la sangre corrompida, y desconcertada la constitucion (1).

CUALIDADES MENTALES DE LOS MEXICANOS.

Hasta ahora solo hemos examinado lo que dice Mr. de Paw, acerca de las cualidades físicas de los americanos: véamos sus despropósitos acerca de la parte espiritual de aquellos pueblos. En ellos ha encontrado una memoria tan débil, que no se acuerdan hoy de lo que hicieron

(1) Los otentotes, dice el conde de Buffon, viven poco, pues apenas pasan de 40 años. Drack, asegura, que unos pueblos que habitan en las fronteras de los desiertos de Etiopia, son tan escasos de víveres, que su principal alimento consiste en langostas saladas: lo que produce un terrible efecto; pues cuando se acercan á los 40 años, se engendran en sus cuerpos unos insectos volantes, que los acarrear la muerte, devorándoles el vientre, el pecho y aun los huesos algunas veces. Estos insectos, como los que afligen á los habitantes de la pequeña Tartaria, segun dice Mr. de Paw, bastan á los americanos para contrapesar los gusanos ascarides, que dice haber descubierto en no sé qué nacion de America.

ayer; un ingenio tan obtuso, que no es capaz de pensar, ni de poner en sus ideas; una voluntad tan fria, que sienten los estímulos del amor; un ánimo apocado, y un entendimiento indolente estúpido. En fin, tales son los colores que emplea en el retrato de los americanos, de tal modo envilece sus almas, que en que á veces se enfada contra los que persistieron en duda su racionalidad, no dice que si entonces hubiera dicho francamente su opinion, hubiera declarado ser partidario del mismo sistema. Sé que ote muchos europeos, y lo que es mas extraño, algunos hijos y descendientes de europeos, nacidos en la misma América picusau en esta parte como Mr. de Paw los unos por ignorancia, los otros por falta de reflexion y otros, en fin, por ciega pasion, ó preocupacion hereditaria. Pero todo esto, y aunque hubiese muchas mas, no bastaria á desmentir mi propia esperiencia, y el testimonio de muchos europeos, cuya autoridad es de gran peso por ser hombres de juicio, de doctrina, de esperiencia en aquellos países, y por que hablan en favor de estrangeros, y en contra de sus compatriotas. Son tantos los argumentos y las razones que podríamos alegar en favor de la parte mental de los americanos, que con ellas nos seria fácil componer un grueso volumen; por dejando aparte el mayor número de estas pruebas, por no hacer difusa y enojosa esta Disertacion, nos limitaremos á algunas pocas autoridades, que valen por muchas.

El Sr. D. Fr. Juan de Zumarraga, primer obispo de México, prelado de gran reputacion, y sumamente estimado de los reyes católicos, por su doctrina, por la pureza de su vida, por su celo pastoral y por sus fatigas apostólicas, en su carta escrita el año de 1531 al capítulo general de franciscanos, reunidos en Tolosa, dice:

hablando de los indios: "son castos y bastante ingeniosos, especialmente en la pintura. Sus almas son buenas. Dios sea alabado por todo."

Si Mr. de Paw no aprecia el testimonio de aquel venerabilísimo prelado, á quien llama *Samirica* y *bárbaro*, en virtud de la autoridad que se arroga de injuriar á los que no están de acuerdo con su desbarraustado sistema de la degeneracion, lea lo que dice el famoso Bartolomé de Las Casas, primer obispo de Chiapa, que conocia bien á los indios, como que tanto los trató en muchos países de América. Así se explica aquel prelado en uno de los memoriales que presentó á Felipe II: "son (los americanos) de ingenio vivo y despejado; bastante dóciles y capaces de admitir toda buena doctrina, aptísimos á recibir nuestra santa fé y las costumbres virtuosas, y los que tienen menos obstáculos para ello, entre todos los pueblos del mundo." Casi los mismos términos emplea en su impugnacion de la respuesta del Dr. Sepúlveda: "Tienen dice, tan buen entendimiento, tan agudo ingenio, tanta docilidad y capacidad para las ciencias morales y especulativas, y son generalmente tan racionales en su gobierno político, como se echa de ver en muchas de sus justísimas leyes; y han hecho tantos progresos en el conocimiento de nuestra santa fé y religion, y en las buenas costumbres, cuando han tenido religiosos y personas de buena vida que los enseñen; y tan adelantados están hoy día, como ha podido estarlo cualquier otra nacion, desde los tiempos apostólicos hasta los nuestros." Ahora bien, puesto que Mr. de Paw cree todo lo que aquel docto, cjemplar é infatigable obispo escribió contra los españoles, aunque no estuvo presente á la mayor parte de los sucesos que refiere, mucho mas crédito deberá darle en lo que él mis-

mo depone en favor de los indios, como testigo ocular, y tan práctico en el conocimiento de aquellas gentes, especialmente siendo necesario menor esfuerzo del entendimiento para creer que los americanos son de buen ingenio, y de buena índole, que para admitir como ciertos aquellos horrendos é inauditos atentados de los conquistadores.

Pero si nuestro investigador recusa la autoridad de Las Casas, como dé un hombre preocupado y ambicioso, en lo que seguramente se engañaria, lea lo que dice Julian Garcés, primer obispo de Tlaxcala, hombre doctísimo y con razon apreciado y alabado por su famoso maestro Antonio de Nebrija, restaurador de las letras en España. Este insigne prelado, en su esceleto carta latina al Papa Paulo III, escrita en 1536, despues de diez años de continua práctica y de observaciones oculares de los indios, entre las muchas expresiones con que celebra su buena fidele, y las prendas de su alma, alaba su ingenio, y en cierto modo lo hace superior al de los españoles, como puede verse en el fragmento de su carta que copio en la nota (1). ¿Quién habrá que no dé mayor

(1) "Nunc vero de horum sigillatim hinc decennio, quo ego in patria conversatus eorum potui perspicere mores, ac ingenia perscrutari, testificans coram te, Beatissime Pater, qui Christi in terris vicarium agis, quod vidi, quod audivi, et manus nostras contrestaverunt, de his progenitiis ab Ecclesiis, per qualescumque ministerium meum in verbo vixit, quod singula, singulis referendo, id est, paribus parís, rationis optimis compos sunt, et integri sensus ac capitis, sed insuper nostratibus pueri istorum et vigore spiritus et sensuum viracitate, dexteriori in omne agibile, et intelligibili prestantiora reperuntur." Esta carta se halla en latin en el primer tomo de los Conditos Mexicanos, publicados en México el año de 1763, y en frances en la misma Historia de América del P. Tournon, que Mr. de Paw alega contra los americanos.

crédito á estos tres venerables obispos, que, ademas de su probidad, doctrina y carácter, tuvieron la ventaja de un largo trato con los indios, que á tantos otros escritores, los cuales, ó no vieron á los americanos, ó los vieron sin reflexion, ó se fiaron mas de lo que convenia, en los informes de hombres ignorantes, prevenidos ó interesados?

Pero si, finalmente, Mr. de Paw rehusa el dicho de aquellos tres testigos, por grande que sea su autoridad, fundado en que eran religiosos, de quienes crece inseparable la imbecilidad mental, no podrá resistir al juicio del famoso obispo Palafox, cuya obra sobre las *Virtudes del Indio*, ha sido muchas veces impresa, y á quien el mismo escritor, aunque prusiano y filósofo, llama *venerable ciervo de Dios*. Si da tanta fe á este *venerable siervo de Dios*, en lo que escribe contra los jesuitas, cuando hablaba en su propia causa, ¿por qué no ha de dar asenso á lo que dice en favor de los americanos? Lea pues la obra escrita por aquel prelado, con el solo objeto de demostrar las buenas prendas que adornan al indio.

A pesar del ódio implacable que Mr. de Paw profesa á los eclesiásticos de la comunión romana, y sobre todo á los jesuitas, alaba con justa razon la Historia Natural y Moral del P. Acosta, llamándola *obra excelente*. Este juicioso, imparcial y doctísimo español, que vió y observó por sí mismo á los americanos, tanto en el Perú como en México, emplea todo el libro VI de aquella *excelente obra* en probar la sana razon de aquellas gentes, alegando por pruebas su gobierno antiguo, sus leyes, sus historias en pinturas y cordones, su calendario, &c. Basta para informarse de su opinion en esta materia, leer el primer capítulo del citado libro. Ruego tanto á Mr. de Paw, como á mis

lectores, que lo lean atentamente, porque hay cosas dignas de saberse. Allí encontrará nuestro filósofo el origen de los errores en que él y otros muchos europeos han caído, y notará la gran diferencia que hay entre ver las cosas con ojos oscurecidos por la pasion, y examinarlas con imparcialidad y juicio. Mr. de Paw llama á los americanos *béstias*; Acosta, llama los *cosos* y *presuntuosos á los que abriga* aquella opinion. Mr. de Paw dice que el mas diestro de los americanos era inferior en industria y sagacidad al habitante mas limitado del antiguo continente; Acosta encomia el gobierno politico de los Mexicanos, y lo cree mejor que el de muchos estados de Europa. Mr. de Paw no halla en la conducta moral y política de los americanos, sino barbarie, estravagancia y brutalidad; Acosta encuentra en aquellas naciones leyes admirables y dignas de ser imitadas por los pueblos cristianos. ¿Cuál de estos dos testimonios tan opuestos debemos preferir? Decídalo la imparcialidad de los lectores.

Yo entre tanto no puedo menos de copiar aquí un pasaje de las *Investigaciones filosóficas*, en que el autor se muestra no menos maldiciente que enemigo de la verdad. "Al principio, dice, no se creyó que los americanos eran hombres, sino sátiros, ó monos grandes, que era lícito matar sin escrúpulo ni remordimiento. Al fin, para que no faltase la ridiculidad á todas las calamidades del tiempo, hubo un papa que promulgó cierta donosa bula, en que declaró que, deseando fundar obispos en los países mas ricos de América, era de su agrado y del Espíritu Santo reconocer por hombres á los americanos de modo que, sin esta decision de un italiano, los habitantes del Nuevo-Mundo serian hoy, á los ojos de los fieles, una raza de hombres equívocos. No hay ejemplo

de una decision semejante desde que los monjes y los hombres habitan el globo terraqueo." ¡Ojalá no hubiese en el mundo otro ejemplo de semejantes calumnias é insolencias como las que emplea Mr. de Paw! Mas á fin de dejar mas á descubierto su malignidad, daremos una copia de aquella decision papal, despues de haber espuesto su motivo.

Algunos de los primeros europeos que se establecieron en América, no menos poderosos que avaros, queriendo aumentar sus riquezas á expensas de los indios, los tenian continuamente ocupados, y se servian de ellos como de esclavos; y para evitar las amonestaciones que les hacian los obispos y los misioneros, á fin de que los tratasen humanamente, y les dejasen algun tiempo libre, á lo menos para instruirse y para desempeñar sus obligaciones cristianas y domésticas, aquellos hombres codiciosos é injustos propagaban que los indios estaban destinados por la naturaleza á la esclavitud, que eran incapaces de instruccion, y otros semejantes despropósitos de que hace mencion el cronista Herrera. No pudiendo aquellos celosos eclesiásticos, ni con su autoridad, ni con sus exhortaciones, sustraerlos pobres neófitos al yugo de sus opresores, acudieron á los reyes católicos, y finalmente obtuvieron de su equidad y clemencia aquellas leyes tan favorables á los indios, y tan honrosas á la corte de España, que se leen en la *Nueva Recopilacion de las leyes de Indias*, las cuales se debieron principalmente al celo infatigable del obispo Las Casas. Por otra parte, D. Julian Garcés, primer obispo de Tlaxcala, sabiendo que los españoles, á pesar de su perversidad, miraban con gran respeto las decisiones del vicario de J. C., recurrió el año de 1536 al papa Paulo III, con la famosa carta que he mencionado, repre-

sentándole los males que de aquellos malos cristianos sufrían los indios, y rogándole que interpusiese su autoridad. Movidó el pontífice por tan poderosas razones, espidió el año siguiente aquella *donosa bula*, cuya copia doy en la nota (1); la cual no tiene por objeto declarar que los americanos son realmente hombres,

(1) "Paulus Papa III universis Christi Fidelibus presentes Litteras inspecturis Salutem et Apostolicam benedictionem. Veritas ipsa, quae nec falli, nec fallere potest, cum praedicatores fidei, ad officium praedicationis destinaret dixisse dignoscitur: *Evangelium docete omnes gentes*: omnes dixit, absque omni delecta, cum omnes fidei disciplinae capaces existant. Quod videns et invidens ipsius humani generis aemulus, qui bonis operibus, ut pereant, semper adversa, tur modum excogitavit haecenus inauditum, quo impeditur ne Verbum Dei gentibus, ut salvae fierent, praedicaretur; ac quosdam suos satellites conmovit, qui suam cupiditatem adimplere cupientes, occidentales et meridionales indos, et alias gentes, quae temporibus istis ad nostram notitiam pervenerunt, sub praetextu quod fidei Catholicae expertes existant, uti bruta animalia, ad nostra obsequia redigendos esse, passim asserere praesumant, et eos in servitutem redigunt, tantis afflictionibus illos urgentes, quantis vix bruta animalia illis servitutem urgeant. Nos igitur, qui ejusdem Domini nostri vices, licet indigni, gerimus in terris, et oves gregis sui nobis commissas, quae extra ejus ovile sunt, ad ipsum ovile toto nisu exquirimus, attendentes indos ipsos, utpote veros homines, non solum Christianae Fidei capaces existere, sed, ut nobis innotuit, ad Fidem ipsam promptissime currere, ac volentes super his congruis remediis providere, praedictos indos, et omnes alias gentes ad notitiam Christianorum in posterum deveniunt, licet extra Fidem Christi existant sua libertate et dominio hujusmodi uti, et potiri, et gaudere libere et licite posse, nec in servitutem redigi debere, ad quidquid secus fieri contigerit irritum et inane, ipsosque indos, et alias gentes Verbi Dei praedicatione, et exemplo bonae vitae, ad dictam Fidem Christi invitandos fore, Auctoritate Apostolicae pro praesentibus litteras decernimus, et declaramus, non obstantibus praemissis, caeterisque contrariis quibuscumque. Datum Romae anno 1537, vi. Non Junii Pontificatus nostri anno III." Esta y no otra es la famosa bula que tanto ruido ha hecho.

pues esto seria una insensatez agena de aquel y de cualquier otro sumo pontífice, sino sostener los derechos naturales de los americanos, contra las tentativas de sus perseguidores, y condenar la injusticia y la inhumanidad de aquellos que, bajo pretexto de ser los indios idolátras é incapaces de instruccion, les quitaban los bienes y la libertad, y los empleaban á guisa de animales. Los españoles en verdad hubieran sido mas estúpidos que los mas incultos salvajes del Nuevo-Mundo, si para reconocer por hombres á los americanos, hubieran necesitado aguardar la decision de Roma. Mucho ántes que el papa espidiese aquella bula, los reyes católicos habian recomendado eficazmente la instruccion de los americanos, dando las órdenes mas urgentes para que fuesen bien tratados, y no se les hiciese el menor perjuicio en sus bienes, ni en su libertad. Así lo acreditó Herrera en sus decadas, y lo demuestran las leyes de la Recopilacion. Enviáronse al Nuevo-Mundo muchos obispos y algunos centenares de misioneros á espensas del real erario, para que predicasen á aquellos *sátiros* y *grandes monos* las verdades del Evangelio, y los doctrinasen en la vida cristiana. En 1531, seis años ántes de la promulgacion de la bula, solo los misioneros franciscanos habian bautizado más de un millon de indios, como asegura Zumarraga, y en mill quinientos treinta y cuatro se habia fundado en Tlatelolco el seminario de Santa Cruz, para la instruccion de los jóvenes del pais, los cuales aprendian allí la lengua latina, la retórica, la filosofia y la medicina. Si desde el principio se creyó que los americanos eran *sátiros*, nadie podia decirlo mejor que Cristóbal Colon, su descubridor.

Véase pues como habla aquel célebre navegante en su relacion á los reyes cató-

licos Fernando é Isabel, de los primeros *sátiros* que vió en la isla de Haití, ó Española. "Juro, dice, á VV. AA. que me luy en el mundo mejor gente que esta, ni tan amorosa, afable y mansa. Aman á sus prógimos como á sí mismos: su idioma es el mas suave, el mas dulce, el mas alegre, pues siempre hablan sonriendo; y aunque van desnudos, créame VV. AA. que tienen costumbres loables, y que su rey es servido con gran magestad, el cual tiene modales tan amables, que da gusto verlo, así como el considerar la gran tentativa de aquel pueblo, y el deseo de saber todo, lo que los impulsa á preguntar las causas y los efectos de las cosas." ¡Cuánto mejor seria que el mundo estuviera habitado por *sátiros* de esta especie que por hombres embusteros y calumniasdores! Por lo demas, puesto que Mr. de Paw empleó diez años continuos en indagar las cosas de América, deberia saber que en los paises del Nuevo-Mundo conquistados por los españoles, no se ha fundado otros obispados que los que ha querido los reyes católicos. A ellos tocan el patronato que ejercen en las iglesias americanas, y el derecho, reconocido el año de 1508 por el papa Julio II, de fundar obispados y de presentar los obispos. Luego el afirmar que Palo III quiso reconocer por hombres á los americanos, para fundar obispados en los paises mas ricos del Nuevo-Mundo, es una temeraria calumnia de un enemigo de la Iglesia romana, el cual, á no tener la mente tan obcecada por el odio, deberia mas bien alabar el celo y la humanidad que respira toda aquella bula.

El Dr. Robertson, que en parte adopta las extravagantes opiniones del investigador, habla así de los americanos en el libro VIII de su Historia de América: "Algunos misioneros, atónitos, al ver la leutitud de su comprension, y su insensibi-

lidad, creyeron que eran una raza de hombres tan degenerada, que eran incapaces de entender los primeros rudimentos de la religion." Pero quiénes sean estos misioneros, y de cuánto peso su opinion, nadie podrá saberlo mejor que el obispo Garcés, el cual lo explica en la citada carta al papa Paulo III. Léase el pasaje de ella que copio (1), y se verá que las causas de aquel error han sido la ignorancia, y la desidia de algunos misioneros: y yo añado, que tambien las falsas ideas inspiradas á los indios en su primera edad. Casi lo mismo que Garcés, dicen Las Casas, Acosta, y otros graves escritores.

"Un concilio celebrado en Lima, continúa el Dr. Robertson, decretó que en virtud de esta su natural imbecilidad, fuesen excluidos del sacramento de la Eucaristía; y aunque Paulo III en su bula de 1537

(1) "Quis tan impudenti animo ac pefricata fronte incapaces fidel assereere audeat, quos mechanarum artium capacissimos intuemur, ac quos etiam ad ministerium nostrum redactos bonae indolis, fideles, et solertes experimur? Et si quando, Beatissime Pater, tua Sanctitas aliquem religiosum virum in banc declinare sententiam audiverit, etsi eximia integritate vitae, vel dignitate fulgere videatur, is non ideo quicquam illi hæc in re præestet autoritatis, sed eundem parum aut nihil insudasse in florum conversione certo certius arbitretur, ac in eorum addiscenda lingua, aut investigandis ingenis parum studuisse perpendat; nam qui in his caritate christiana laborarunt, non frustra in eos jactare recta caritatis affirmant: illi vero qui solitudine deficiit, aut ignavia præspediti neminem ad Christi cultum sua industria reduxerant ne inculpari possint quod inutilis fuerint, quod propriae negligentiae vitium est, id infidelium imbecillitate adscribunt, veramque suam desidiam falsae incapacitatis impositione defendunt, ac non minorem culpam in excusatione committunt, quam erat illa à qua liberari conantur. Laedit namque summe istud hominum genus talia asserentium, hanc Indorum miseriam turbam: nam aliquos religiosos viros retrahunt, ne ad eosdem in fido instruendos proficiscantur, quamobrem nonnulli Hispanorum qui ad illos debellandos accedunt, horum freti judicio, illos negligere, perdere ac mactare opinari solent non esse flagitium."

los declarase criaturas racionales, y capaces de todos los privilegios de cristianos, sus progresos han sido tan lentos en el curso de dos siglos, que pocos poseen bastante discernimiento espiritual para que se les crea dignos de acercarse á la sagrada mesa. Despues de la mas asidua instruccion, su fé ha parecido débil y dudosas; y aunque algunos han llegado á conocer las lenguas sábias, y han recorrido con aplauso la educacion académica, tan sospechosa es la solidez de su juicio, que á ninguno de ellos se confiere el órden del sacerdocio, y ninguno es admitido fácilmente en las casas religiosas." Hé aqui en pocas palabras cuatro errores á lo menos. 1. Que un concilio de Lima haya escluido á los indios del Sacramento de la Eucaristía, por causa de su imbecilidad. 2. Que Paulo III declaró á los indios criaturas racionales. 3. Que pocos son los que poseen bastante discernimiento espiritual para que se les juzgue dignos de acercarse á la sagrada mesa. 4. Que á ningun indio se confiere el órden sacerdotal.

En cuanto á lo 1, es cierto que en una congregacion de eclesiásticos reunida en Lima el año de 1562, la cual se llamó primer concilio de Lima aunque no fué concilio, ni tuvo fuerza de tal, se mandó que no se administrase el Sacramento de la Eucaristía á los indios, hasta que se hallasen perfectamente instruidos, y convencidos de las verdades de la fé cristiana; pues aquel Pan Divino es alimento de perfectos, no ya porque se creyesen idiotas aquellas gentes. Así consta por el testimonio del primer concilio provincial, vulgarmente llamado II, celebrado en Lima el año de 1567, el cual mandó á los párrocos que administrasen la Eucaristía á todos los indios que hallasen bien dispuestos (1). Y

(1) Quamquam omnes Christiani adulti utriusque sexus teneantur sanctissimum Eu-

no bastando aquella disposicion para que algunos eclesiásticos la obedeciesen, de lo que se quejaba con razon el P. Acosta, el segundo concilio de Lima del año de 1583, presidido por Santo Toribio de Mogrobojo, procuró remediar el daño con otros decretos que copio (1), en los cuales se ve,

christianæ Sacramentum accipere singulis annis saltem in Paschate, hujus tamen provincie antistites, cum inadvertenter gentem hanc Indorum et recentem esse, et infantilem in fide, atque id illorum salute expedire judicarent, statuerunt ut usque dum fidem perfectam tenerent, hoc divino Sacramento, quod est perfectorum cibum, non communicarentur, excepto si quis percipiendi satis idoneus videretur. Placuit huic Sanctæ Synodo notare, prout serio monet, omnes Indorum Parochos, ut quos audita jam confessione perspexerint, hunc coelestem cibum à reliquo corporali discernere, atque eundem devote capere et poscere, quoniam sine causa neminem divino alimento privare possumus, quo tempore caeteris Christianis solent, Indis omnibus administrent." Conc. Lim. 1.º, vulgo II, cap. 58.

(1) "Coeleste viaticum, quod nulli ex hac vita migranti negat Mater Ecclesia, multis abhinc annis, Indis atque Æthiopiis, caeterisque personis miserabilibus præberi debere, Concilium Limense constituit. Sed tamen Sacerdotum plurium vel negligentia, vel zelo quodam præpostero, atque intempetivo illis nihil magis hodie præbetur. Quo fit ut imbecillas animæ tanto bono, tamque necessario priventur. Volens igitur Sancto Synodus ad executionem perducere, quæ Christo duce, ad salutem Indorum ordinata sunt, severe præcipit, omnibus Parochis, ut extreme laborantibus Indis atque Æthiopiis, viaticum administrare non prætermittant dummodo in eis debitam dispositionem agnoscant, nempe fidem in Christum, et poenitentiam in Deum suo modo. . . . Porro Parochos qui à prima hujus decreti promulgatione negligentes fuerint, noverint se, præter divinæ ultionis judicium, etiam poenas arbitrio ordinariorum, in quo conscientia operantur, datos: atque in visitationibus in illos de hujus statuti observatione specialiter inquirendum." Conc. Lim II, vulgo II, act II, cap. 19. "In Paschate saltem Eucharistiam ministrare Parochus non prætermittat his, quos et satis instructos et correctione vitæ idoneos judicaverit: ne et ipse alioqui ecclesiastici præcepti violati reus sit. Ib. cap. 20.

que por los mismos motivos se negaba tambien la Eucaristia á los negros traídos de Africa; que las verdaderas causas de negarla eran, á juicio del concilio, la negligencia, ó desidia, ó el celo indiscreto, mal entendido de los párrocos, y que el concilio se creyó obligado á remediar tan grave desórden, con nuevos decretos y con severos castigos. No ignoro que estas respetables providencias fueron tambien desobedecidas, y que fué preciso culcarlas de nuevo en los sínodos diocesanos de Lima, de la Plata, de la Paz, de Arequipa, y del Paraguay; pero todo esto prueba mas la obstinacion de algunos párrocos que la incapacidad de los indios.

Por lo que hace á la bula de Paulo III, ya he demostrado que no tuvo por objeto declarar hombres á los americanos, de que solo podrian dudar las bestias, si fueran capaces de duda; sino, supuesta su racionalidad, condenar la injusticia de sus opresores.

En cuanto al tercer error de Robertson, dejando aparte los otros países de América, porque no hacen al caso, es cierto y notorio que en todas las provincias de México, los indios están obligados, como los españoles, á recibir la Eucaristia por Pascua, excepto los neófitos de los países remotos, los cuales son admitidos ó nó á la participacion del Sacramento, segun el juicio de los misioneros. "En las tres audiencias en que está dividido el territorio de México, dice Robertson, hay en la actualidad á lo menos dos millones de indios." Estoy seguro que este número es inferior á la verdad; pero conengamos por un momento en su exactitud. Luego no son pocos los indios que poseen bastante discernimiento espiritual para que se les juzge dignos de ser admitidos á la sagrada mesa; á menos que Robertson, crea que dos millones de hombres son po-

quisimos hombres, ó que atribuya á los obispos y párrocos la temeridad, no solo de admitir, sino de obligar á participar del Sacramento, á los indios que no están dignamente preparados. ¡Cuánta mayor fuerza no tiene este argumento, si se añaden á aquel número los indios de las provincias meridionales que están sometidos á la misma obligacion!

No es menos extraño el otro error sobre que ningun indio recibe el órden sacerdotal. ¡Es posible que en este y otros puntos se muestre tan mal informado un escritor que reunió tan vasta librería de escritores de América, y que recibió de Madrid tantas noticias sobre el Nuevo-Mundo! Sepa el Dr. Robertson que aunque el primer concilio provincial celebrado en México el año de 1555 prohibiese que se ordenasen los indios, no ya por su incapacidad, sino porque se creía que del envilecimiento de su condicion redundase alguna infamia al estado eclesiástico, el tercer concilio provincial de 1585, que fué el mas célebre de todos, y cuyas disposiciones están en vigor, permitió que se les confriese la órden sacerdotal, con las precauciones debidas. Pero conviene saber que los decretos de uno y otro concilio comprenden igualmente, y bajo los mismos términos, á los indios y á los mulatos, esto es, los hijos descendientes de sangre europea y africana, y sin embargo nadie duda del gran talento, y de la capacidad de los mulatos para toda clase de ciencias. Torquemada, que escribió su Historia en los primeros años del siglo XVII, dice que no era comun admitir indios á las órdenes religiosas, ni al sacerdocio, por su violenta inclinacion á la embriaguez; pero al mismo tiempo asegura que en su tiempo habia sacerdotes indios, sobrios y ejemplares: así que, hace á lo menos 170 años que empezaron á recibir el sacerdocio. Desde entónces ha habido tantos sacerdo-

tes americanos en México, que podrian contarse por millares; entre ellos algunos centenares de párrocos, muchos canónigos y doctores (1), y, segun conjeturas, un obispo doctísimo (2). Actualmente hay un gran número de sacerdotes, no pocos párrocos, y entre ellos tres ó cuatro discípulos míos. Si en hechos tan positivos erró tan groseramente el historiador inglés, ¡qué será en aquellos puntos que no pudo averiguar tan facilmente, escribiendo desde tan léjos, y de países que nunca vió.

Yo al contrario traté intimamente á los americanos; viví algunos años en un seminario destinado á su educacion; vi la erocion, y los progresos del colegio de Guadalupe, fundado en México por un jesuita mexicano, para la instruccion de las jóvenes indias; tuve muchos indios entre mis discípulos; traté con muchos párrocos americanos, con muchos nobles, y con un grandísimo número de artesanos; observé atentamente su carácter, su genio, sus inclinaciones, y su modo de pensar; hé exa-

(1) Entre estos doctores es digno de particular mencion D. Sebastian Grijalva, natural de Ocozacuanhtla, pueblo grande de la diócesis de Chiapa. Habiendo venido á España, recibió el grado de doctor en teología en la universidad de Salamanca, donde adquirió una gran reputacion por su saber. Regresado á América, fué nombrado párroco de su pais, y allí hizo tan sabios reglamentos para la conducta civil y cristiana de sus compatriotas, que su parroquia hubiera debido ser el modelo de todas las de América. Hasta nuestros dias se han conservado allí los efectos de sus prudentes disposiciones. Escribió una docta obra teológica sobre la Inmaculada Concepcion de la Virgen, cuyo original se hallaba en la librería del colegio de jesuitas de ciudad Real, capital de aquella diócesis.

(2) D. Juan de Merlo, obispo de Honduras, y ántes vicario general del obispo Palafox. No he podido hallar ningun autor que hable de su patria, pero en la opinion general pasa por indio.

minado con suma diligencia su historia antigua, su religion, su gobierno, sus leyes, y sus costumbres. Despues de tan gran práctica, y de tan prolijo estudio, por lo que me creo en estado de poder decidir sin mucho peligro de engañarme, aseguro á Mr. de Paw, y á toda Europa que las almas de los americanos no son en nada inferiores á las de los europeos: que son capaces de todas las ciencias, aun de las mas abstractas, y que si seriamente se cuidase de su educacion, si desde niños se instruyesen en seminarios, bajo la direccion de buenos maestros, y si fuesen protegidos, y estimulados con premios, se verian entre ellos filósofos, matemáticos y teólogos que podrian rivalizar con los mas famosos de Europa. Pero es harto difícil, por no decir imposible hacer grandes progresos en las ciencias, enmedio de una vida miserable, y servil, y bajo el peso de continúos males. Quien contemple el estado presente de la Grecia, dudaria que aquel país haya sido la cuna de tantos hombres grandes, si no constase por sus inmortales obras, y por el consentimiento general de los siglos. Y sin embargo, los obstáculos que los griegos modernos tienen que vencer para llegar á las fuentes de la ciencia, no son comparables con los que siempre se han opuesto á la ilustracion de los americanos. A pesar de todo, yo quisiera que Mr. de Paw, y todos los que piensan como él, se hallasen presentes, sin ser vistos, á los consejos y reuniones que celebran en ciertos dias para tratar de sus negocios, los indios que ejercen mas autoridad é influjo en sus pueblos, y oyesen como arengan y discurren aquellos sátiros del Nuevo-Mundo.

Finalmente, toda la historia antigua de los Mexicanos y de los peruanos manifiesta que saben pensar, y ordenar sus ideas; que son susceptibles de las pasiones de la

humanidad; y que la única ventaja que les llevan los europeos, es la de haber recibido mayor dosis de instruccion. El gobierno político de los antiguos americanos, sus leyes y sus artes, demuestran evidentemente su buen ingenio. Sus guerras hacen ver que sus almas no son insensibles á los estímulos del amor, como piensan el conde de Buffon y Mr. de Paw; pues hubo ocasiones en que el amor les puso las armas en la mano.

He hablado de su valor, esponiendo sinceramente, cuando traté de su carácter en general, lo que he observado en los americanos actuales, y mi opinion sobre los antiguos; pero pues Mr. de Paw alega la conquista de México, como una prueba convincente de su cobardía, conviene ilustrar su igrorancia, ó hacer patente su mala fé.

“Cortés, dice, conquistó el imperio de los Mexicanos con 450 vagabundos, mal armados, y con 15 caballos; su miserable artillería constaba de 6 falconetes, que hoy no serian capaces de amedrentar á un castillejo defendido por inválidos. Durante su ausencia se mantuvo dueño de la capital con la mitad de aquella fuerza. ¡Qué hombres! ¡Qué sucesos!”

“Es constante, dice en otra parte, por la deposicion de todos los historiadores, que los españoles entraron por primera vez en la capital de México sin disparar una vez la artillería. Si el título de héroe conviene al que tiene la desgracia de dar muerte á un gran número de animales racionales, Hernán Cortés puedo aspirar á conseguirlo: por lo demas no creo que haya adquirido verdadera gloria, trasformando una monarquía vacilante, que del mismo modo hubiera podido trastornar cualquier bandido de nuestro continente.” Estos pasajes de las *Investigaciones filosóficas* demuestran que su autor

ignoraba la historia de la conquista de México, ó, lo que es mas verosímil, que calló maliciosamente lo que se oponía á su sistema; pues todos los que la han leído saben que la conquista de México no se hizo con 450 hombres, sino con mas de 200,000. El mismo Cortés, á quien mas que á Mr. de Paw convenia disminuir el número de los conquistadores para dar mas realce á su valor, y mas gloria á su empresa, declara que era excesivo el número de aliados que estaban á sus órdenes en el asedio de la capital, y que combatian contra los Mexicanos mas furiosamente que los mismos españoles. Consta por la relacion de Hernan Cortés enviada á Carlos V, que el asedio de México empezó con 87 caballos, 848 peones españoles armados de mosquetes, ballestas, espadas, y lanzas, y mas de 75,000 aliados tlaxcaltecas, huastotecas, cholutecas y chalcas, y provistos de diferentes especies de armas; con tres grandes cañones de hierro, 15 pequeños de bronce, y 13 bergantines. Durante el sitio se agregaron á los españoles las numerosas naciones de otomites, cohuixcos, matlazincas, y las tropas de las populosas ciudades de los lagos; de modo que el ejército de los aliados no solo pasó de 200,000 hombres, sino que llegó á 240,000, segun parece por la misma carta del general, sin contar 3,000 barcas ó canoas que acudieron á su ayuda. Ahora pregunto yo á Mr. de Paw ¿si le parece cobardía haber sostenido por 75 dias el asedio de una ciudad abierta, combatiendo diariamente con un ejército tan numeroso, y en parte provisto de armas superiores, y luchando sobre todo al mismo tiempo con la sed y con el hambre? ¿Merecen el nombre de cobardes los que, despues de haber perdido siete de las ocho partes de la ciudad, y 150,000 concuadanos, parte en acciones de guerra, parte

estermiinados por las privaciones, y por las enfermedades, continuaron defendiéndose hasta verse furiosamente atacados y oprimidos por el número, en el único rincón que les quedaba? Pues todo esto consta por las cartas del mismo caudillo de las tropas del sitio.

“Lo cierto es, dice Mr. de Paw, y en ello convienen todos los historiadores, que los españoles entraron la primera vez en México, sin disparar una sola vez su artillería.” ¡Qué argumento tan sólido, y cuán digno de la lógica del investigador! Si los Mexicanos fueron cobardes, porque los españoles entraron la primera vez en su capital sin disparar su artillería, podremos tambien decir que son cobardes los prusianos, porque los embajadores de muchas cortes de Europa entraron en Berlín, sin disparar siquiera una pistola. ¿Quién ignora que los españoles fueron entónces admitidos como embajadores del gran monarca de Levante? Véase lo que dicen los historiadores, y el mismo Cortés, que en aquella ocasion se fingió embajador del rey Católico. Si los Mexicanos hubieran querido entónces oponerse á su entrada, como se opusieron la segunda vez, ¿cuánto hubieran podido entrar con 6,000 hombres, habiéndoles sido tan difícil despues hacerlo con 200,000 (1)?

Mr. de Paw censura á Cortés, y yo ni quiero hacer la apología de este conquistador, ni puedo sufrir el panegirico que en lugar de historia escribió Solís; pero

(1) “No es menos cierto, dice Acosta, que en la Nueva-España, el auxilio de los Tlaxcaltecas fué el que dió á Cortés y á los suyos la victoria y la conquista de México, y sin ellos hubiera sido imposible, no ya apoderarse de la ciudad, sino mantenerse mas tiempo en ella. Los que hacen poco caso de los indios; y se persuaden que los españoles podian conquistar solos aquellos países, gracias á las rentajas de sus personas, de sus caballos y de sus armas, se engañan notablemente.”

todo hombre instruido en la de sus acciones militares, deberá confesar que en la constancia, en el valor y en la prudencia militar, rivaliza con los generales mas famosos de los tiempos antiguos y modernos, y que tuvo aquella especie de heroismo que reconocemos en Alejandro y en Cesar, á cuya magnanimidad se tributan los elogios que merece, sin embargo de los vicios que la oscurecieron.

Las causas de la rapidez con que los españoles se apoderaron de América, han sido en parte indicadas por Mr. de Paw. "Confieso, dice, que la artillería era un instrumento destructor y poderosísimo, al cual debían ceder al cabo los americanos." Si á la artillería se añaden las otras armas superiores, los caballos, y la mejor disciplina militar de los conquistadores; si se agrega, sobre todo, la discordia que dividía á los conquistados; se verá que no hay motivo para censurar la cobardía de aquellos pueblos, ni para maravillarse del violento trastorno que sufrió el Nuevo-Mundo. Imagine Mr. de Paw que en los tiempos de las estrepitosas y crueles facciones de Sila y de Mario, hubiesen los atenienses inventado la artillería y las otras armas de fuego, y que 6,000 hombres, reunidos, no á todo el ejército de Mario, sino á una pequeña parte de sus tropas, hubiesen emprendido la conquista de Italia: ¡cerce que no la hubieran logrado á despecho del poder de Sila, del valor y de la disciplina de las legiones romanas, del número de estas y de su caballería, de la multitud de sus armas y de sus máquinas, y de las fortificaciones de las ciudades! ¡Cuánto terror no hubieran inspirado en los ánimos de los mas intrépidos centuriones el horrendo estrépito de la artillería, la violencia destructora de las balas, á cuyo irresistible impulso hubieran visto desaparecer filas enteras! ¡Y qué

no habrá sido en las naciones del Nuevo-Mundo, que no tenían ni las armas, ni la caballería, ni la disciplina, ni las máquinas, ni las fortificaciones de los romanos! Por el contrario, lo que es realmente digno de admiración es que los valientes españoles, con toda su disciplina, con su artillería, con sus armas de fuego, no hayan podido en mas de dos siglos subyugar en la América Meridional los guerreros araucanos, armados solo de lanzas y de mazas; en la América Setentrional, los apaches, que solo tienen arcos y flechas, y sobre todo, lo que parece increíble, y es sin embargo cierto, que 500 hombres de la nación de los *Seris*, hayan sido por muchos años el azote de los españoles de Sonora y Sinaloa.

Finalmente, omitiendo otros muchos despropósitos de Mr. de Paw contra los americanos, no puedo disimular la atroz injuria que les hace, hablando de sus costumbres. Cuatro son los principales vicios con que infama á todos los americanos: á saber, la glotonería, la embriaguez, la ingratitude y la sodomía.

Yo ciertamente no habia oido hablar de la glotonería de los americanos, hasta que tropecé con el pasaje de Mr. de la Coudamine, citado y adoptado por Mr. de Paw: por el contrario, no he leído autor algo instruido en las cosas de América, que no celebre la sobriedad de aquellos pueblos. Consultense las obras de Las Casas, Garcés, el conquistador anónimo, Oviedo, Gomara, Acosta, Herrera, Torquemada, Betaucourt etc. (1). Casi todos

(1) Las Casas en su memorial á Felipe II, intitulado *Destrucion de los Indios*, afirma que el comer de los indios es tal, que el de los antiguos padres de la Tebaida no podia ser ni menos sobrio, ni mas escaso, ni mas miserable. Garcés en su carta á Paulo III dice, que no es posible dar una idea exacta de su sobriedad. El conquistador anónimo dice que no

los historiadores cuentan la admiración que causó á los españoles la parsimonia de los indios, y por el contrario, la estrañeza de estos al ver que aquellos comian en un día mas que ellos en una semana, y para decirlo en pocas palabras, la sobriedad de los americanos es tan notoria, que sería necedad defenderlos del vicio contrario. Mr. de la Condamine vió quizás comer á algunos indios hambrientos, en su viaje por el rio Marañon, y de allí infirió, como tantas veces sucede á los viajeros, que todos ellos eran glotones. D. Antonio Ulloa, que estuvo en América con Mr. de la Condamine, que se detuvo allí mas tiempo, y tomó mas menudos informes acerca de las costumbres de los indios, dice todo lo contrario que el matemático frances.

La embriaguez es el vicio dominante de aquellas naciones. Así lo confieso ingenuamente en el libro 1º de esta Historia, esponiendo sus excesos, y señalando sus causas; pero añado que no era así en los países de Anáhuac ántes que los ocupasen los españoles, por el gran rigor con que se castigaba aquel vicio, el cual queda impune en la mayor parte de los países del antiguo continente, ó mas bien sirve de excusa á otros delitos mas graves. Los escritores que investigaron el gobierno político de los Mexicanos citan las leyes severas que habia contra la embriaguez, tanto en México como en Texcoco, Tlaxcala y otros estados, segun lo representan sus pinturas. La I.XIII de la coleccion de Mendoza representa dos jóvenes de ambos sexos, condenados á muer-

te por haberse embriagado, y un anciano septuagenario, á quien la ley, en consideración á su edad, permitia beber cuanto apetecia. Pocos estados se hallarán en el mundo en que haya sido mayor el celo de los soberanos en la correccion de esta clase de excesos.

Tambien he refutado, en dicho libro I de mi Historia, el horror comun acerca de la ingratitud de los americanos: mas, como todo lo que allí he dicho no bastará á convencer á los que están prevenidos contra ellos, quiero citar aquí un singular ejemplo de gratitud, que bastará á disipar la opinion contraria. El año de 1656 murió en Uruapa, pueblo considerable de Michuacan, visitando su diócesis á la edad de 95 años, el célebre Vasco de Quiroga, fundador y primer obispo de aquella iglesia, el cual, á ejemplo de S. Ambrosio, pasó de la judicatura civil á la dignidad episcopal. Este insigne prelado, digno de compararse á los primeros padres del cristianismo, trabajó infinito en favor de los michuacanos, instruyéndolos como apóstol, y amándolos como padre: construyó templos, fundó hospitales, y señaló á cada lugar de indios un ramo principal de comercio, á fin de que su reciproca dependencia los tuviese unidos con los vínculos de la caridad, y de este modo se perfeccionasen en las artes, y á nadie faltasen recursos para vivir. La memoria de tantos beneficios se conserva tan viva en aquellos naturales, despues de pasados dos siglos, como si todavía viviese su bienhechor. El primer cuidado que tienen las indias, cuando sus hijos empiezan á hacer uso de la razon, es el de hablarles de *Tata Don Vasco* (así lo llaman todavía por el amor filial que le conservan), declarándoles lo que hizo en favor de su nacion, enseñándoles su retrato, y acostumbrándolos á no pasar nunca delante de él sin ar-

hay pueblo que se mantenga con menos que el americano. Así hablan todos los testigos oculares de sus costumbres. Por Torquemada sabemos que los primeros abstinéifimos religiosos que anunciaron el Evangelio á los Mexicanos tuvieron mucho que aprovelar, y no poco que admirar de su moderacion en comer.

rodillarse. Además de esto fundó aquel gran prelado por los años de 1540, un seminario en la ciudad de Pátzcuaro, para la instrucción de la juventud, y encargó á los indios de Santa Fé (pueblo fundado por él mismo en las orillas del lago de Pátzcuaro) que enviasen cada semana un hombre á servir á los seminaristas. Fue puntualmente obedecido, y hasta hoy, después de mas 230 años, no ha faltado nunca el indio á quien toca desempeñar aquellas funciones, sin haber sido jamas necesario llamarlos, ni constreñirlos, pues tienen empeño en corresponder de este modo á los grandes bienes que les hizo aquel pastor incomparable. Poseen en la ciudad de Pátzcuaro sus huesos, con tal veneración, que una vez que pensó en trasladarlos á Valladolid el cabildo de aquella catedral, se inquietaron los indios, y se disponían á impedirlo con la fuerza, como hubiera sucedido, á no haber renunciado el cabildo á su proyecto, por evitar los desórdenes que se apercibían. ¿Puede darse una prueba mas positiva de la gratitud de una nación? Semejantes demostraciones han hecho los indios en muchos pueblos de aquellos países, á fin de retener en ellos á los misioneros que los habian doctrinado en la fé. Las ocurrencias de esta clase que sucedieron en los dos siglos pasados pueden verse en el tomo III de Torquemada, y en el *Teatro Mexicano* de Betancourt. De las de nuestros tiempos, aun viven muchos testigos oculares, y yo soy uno de ellos. Si á veces no se muestran agradecidos los indios á sus bienhechores, es porque los continuos males que padecen les hacen sospechosos los beneficios; pero cuando están seguros de la sincera benevolencia del que los favorece, son capaces de sacrificar cuanto poseen á la gratitud, como saben todos los que han

vivido entre ellos, y los han observado sin preocupacion.

Pero la mayor injuria que Mr. de Paw hace á los americanos es la de afirmar que "la sodomía estaba en gran uso en aquellas islas, en el Perú, en México, y en todo el continente." No sé como, después de haberse estampado tan atroz calumnia, se atrevió á decir, como dice en su respuesta á Pernety, que toda su obra de las Investigaciones respira humanidad. ¿Es humanidad infamar á todas las naciones del Nuevo-Mundo, echándoles en cara un vicio tan vil y tan vergonzoso? ¿Es humanidad su cólera contra Gareilaso porque defiende á los peruanos de aquella impudencia? Aunque hubiese graves autores que atribuyesen tan torpe delito á todos los pueblos americanos, siendo, como en efecto, son muchos los autores graves que aseguran todo lo contrario, debía Mr. de Paw, segun las leyes de la humanidad, abstenerse de una acusacion de tan graves consecuencias, especialmente cuando no hay un solo autor digno de crédito en cuya autoridad pueda fundarse la generalidad de su proposicion. Hallará quizás algunos escritores, como el conquistador anónimo, Gomara y Herrera que han achacado aquel vicio á algunos americanos, ó cuando mas á algun pueblo de América; pero ¿dónde hallará un escritor de nota que halla osado decir "que la sodomía estaba en gran uso en las islas, en el Perú, en México y en todo el Nuevo-Mundo." Antes bien todos los historiadores de México declaran á una voz que las naciones mexicanas detestaban aquel vicio, y citan las penas terribles con que lo castigaban las leyes, como puede verse en las obras de Gomara, Torquemada, Betancourt y otros. Las Casas asegura, en su escrito presentado á Carlos V, en 1542, que habiendo hecho diligentes averiguaciones en las islas

España, Cuba, Jamaica, Puerto Rico y Lucayas, halló que no había memoria de semejante delito en aquellas naciones. Lo mismo afirma del Perú, de Yucatan, de todos los países de América en general, exceptuando tan solo tal cual pueblo, según sus expresiones, en que hay algunos culpables; "mas no por esto, añade, debe inculparse todo aquel mundo (1)."

¡Quién pues ha autorizado á Mr. de Paw para vilipendiar en asunto tan grave á todo un continente? Aunque los americanos fuesen, como él supone, hombres sin honor y sin vergüenza, las leyes de la humanidad exigen, á lo menos, que no se les calumnie. A tamaños excesos lo conduce aquel ridiculo empeño de envilecer á la América, y tales son las consecuencias de su perversa lógica, con la que deduce muchas veces, según hemos demostrado, proposiciones generales, de premisas particulares y de hechos aislados. Si porque los panuques, ú otros pueblos americanos, estaban infestados de aquel vicio, es licito decir que era común á toda la América, tambien podran los americanos infamar con igual imputación á todo el antiguo continente, sabiendo que

(1) "Los españoles (dice Las Casas hablando de algunos, y no de todos) han infamado á los indios con los mayores delitos, no por otra razon que por sus intereses personales. Desde que echaron de ver cuán fácil era enriquecerse á costa de los bienes y de las personas de los indios, los han acusado mill veces de estar infestados con el vicio de sodomía; pero esta acusacion es una gran maldad y perversidad de los acusadores, pues en todas las grandes islas Españolas, Cuba, San Juan, Jamaica, y en 69 islas Lucayas, en que había pueblos numerosos, no hay memoria de semejante vicio, como yo puedo atestiguar habiendo hecho desde el principio grandes investigaciones sobre el asunto. Ni tampoco se halló este vicio en el Perú, ni en Yucatan, y así generalmente en ninguna parte, excepto en algunos lugares, en que dicen que había algunos que lo practicaban."

la sodomía estaba muy en uso en algunos pueblos antiguos del Asia, y mucho mas entre los griegos y romanos. Además de que no se sabe que en América haya en la actualidad pueblo alguno contaminado con aquella moral: y por el contrario sabemos por deposicion de muchos autores, que algunos pueblos del Asia no han renunciado á ella, y que aun en la Europa misma, si es cierto lo que dicen Locke y Mr. de Paw, es comun entre los turcos santones, otro vicio mas execrable del mismo género, y que en lugar de ser castigados los que lo practican, son reputados generalmente por santos, y todos los turcos les prodigan las mayores demostraciones de respeto y veneracion.

El suicidio es otra de las enormidades que Mr. de Paw achaca á los objetos de su encarnizado odio. Es cierto que en tiempo de la conquista hubo muchos que se ahorcaron, se precipitaron, ó por medio de un hambre voluntaria pusieron fin á su amarga existencia; pero ¡qué extraño es que unos hombres privados de las luces de la religion, y desesperados por las intolerables vejaciones que les hacian sufrir los conquistadores, hiciesen lo que tan frecuentemente hacian los griegos, los romanos, y los españoles antiguos, y lo que hacen los ingleses, los franceses y los japoneses modernos, por el mas leve motivo, por un capricho, ó por una idea ridicula de honor (1)? ¡Cuál es el europeo que puede echar en cara el suicidio á los americanos, en un siglo en que se ha hecho moda en Inglaterra y en Fran-

(1) Entre las muchas y memorables extravagancias de los que en estos últimos tiempos se han suicidado en Inglaterra, sé por persona que se hallaba á la sazón en Londres, que uno que se mató en aquella capital, dejó escrito no tener otro motivo para dejar la vida que el deseo de ahorrarse la molestia de vestirse y desdandarse diariamente.

cia (1), y en que, borrando de la mente las ideas mas justas que recibimos de la naturaleza y de la religion, se inventan razones y se publican libros para justificarlo? ¡Tan grande es el empeño de ultrajar á la América y á los americanos!

El mismo ahínco tuvo sin duda el español, cualquiera que sea, que ordenó el índice general de las Decadas del cronista Herrera, imputando inconsideradamente á todos los americanos lo que dice de algunos individuos, con varias excepciones. Quiero copiar aquí lo que se lee en aquel índice para que se avergüencen los hombres de escribir tales despropósitos. "Los indios, dice, son harto perezosos, viciosísimos, grandes borrachos por genio, estafadores, débiles, embusteros, crédulos, novadores, inconstantes, ligeros, cobardes, inmundos, sediciosos, ladrones, ingratos, incorregibles, vengativos mas que ninguna otra nacion; de tan grosera masa que se duda si son racionales; bárbaros, bestiales, gobernados por sus apetitos como los brutos etc." Este mismo es el lenguaje de Mr. de Paw, y de otros muchos humanísimos europeos: de modo que parece que estos hombres no se creen obligados, para con el Nuevo-Mundo, á respetar la verdad, ni á observar las leyes de la caridad fraterna, publicadas por el Hijo de Dios en el mundo antiguo.

Pero si un americano dotado de mediano ingenio y de alguna erudicion, quisiera pagar en la misma moneda á los mencionados escritores (como hemos dicho del filósofo Guíneo) le seria fácil componer una obra con el título de *Investigaciones*

(1) Consta que en Paris ha habido año de 150 suicidios.

filosóficas sobre los habitantes del antiguo continente. Observando el mismo método de su predecesor, recogería cuanto hallase escrito sobre los países estériles del mundo antiguo, sus montes inaccesibles, sus llanuras pantanosas, sus bosques impenetrables, sus desiertos arinosos, y sus malféficos climas; de los reptiles asquerosos y malignos, de las culebras, de los sapos, de los escorpiones, de las hormigas, de las arañas, de los cicutu pícs, de los escarabajos, de las chinches y de los piojos; de los cuadrúpedos irregulares, chicos, rabones, defectuosos y pusilánimes; de los hombres degenerados, descoloridos, desproporcionados en la estatura, disformes en las facciones, débiles de complexion, apocados de ánimo, obtusos de ingenio, y crueles de índole. Cuando llegase al capítulo de los vicios ¡qué inmensa copia de materiales no podría reunir! ¡Cuántos ejemplos de baja, de perfidia, de crueldad, de superstición, de disolucion, de hipocresía! La historia del pueblo romano, la nacion mas célebre del mundo antiguo, le suministraría por sí sola una cantidad increíble de las mas horrendas maldades. Bien echaria de ver que aquellos defectos, y estos vicios no eran comunes á todos los países, ni á todos los habitantes de aquella parte del globo; pero no importa, si habia de seguir por modelo á Mr. de Paw, y servirse de su lógica. Esta obra seria mucho mas apreciable y mas digna de crédito que la de Mr. de Paw; pues si este filósofo no cita contra la América y contra los americanos sino autores europeos, nuestro investigador americano no echaria mano sino de autores nacidos en el mismo continente contra el cual dirigiria sus ataques.

DISERTACION VI.

CULTURA DE LOS MEXICANOS.

SIEMPRE enfurecido contra el Nuevo-Mundo Mr. de Paw, llama bárbaros y salvajes á todos los americanos, y los juzga inferiores en sagacidad é industria á los pueblos mas toscos y groseros del antiguo continente. Si se hubiese satisfecho con decir que las naciones americanas eran en gran parte incultas, bárbaras y brutales en sus costumbres, como fueron antiguamente muchas naciones de las que ahora son las mas cultas de Europa, y como son en la actualidad muchos pueblos de Asia, de Africa y de la Europa misma; que sus artes no estaban tan perfeccionadas, ni sus leyes eran tan buenas ni tan bien ordenadas; que sus sacrificios eran inhumanos, y algunos de sus usos estravagantes, no podriamos ciertamente contradecirlo. Pero tratar á los Mexicanos y á los peruanos como á los caribes y á los iroqueses; colocar en la misma linea su industria, desacereditar sus leyes, despreciar sus artes, y poner aquellas activas y laboriosas naciones en el mismo pié que los pueblos mas toscos del antiguo continente ¿no es esto obstinarse en el empeño de envilecer al Nuevo-Mundo y á sus habitantes, en lugar de buscar la verdad, como parece promoverlo el título de *Investigaciones filosóficas?*

Llamamos hoy bárbaros y salvajes á los hombres que, conducidos mas bien por el

impetu de los apetitos naturales, que por los dictados de la razon, ni viven congregados en sociedad, ni tienen leyes para su gobierno, ni jueces que decidan sus derechos, ni superiores que velen su conducta, ni ejercitan las artes necesarias para remediar las miserias de la vida: en fin, los que no tienen idea de la Divinidad, ó á lo menos carecen de un culto establecido para honrarla. Los Mexicanos, todas las naciones de Anáhuac y los peruanos, reconocian un Ser Supremo y Omnipotente, aunque su creencia era, como la de otros muchos pueblos idólatras, un tejido de errores y supersticiones. Tenian sin embargo un sistema fijo de religion; sacerdotes, templos y sacrificios; ritos encaminados al culto uniforme de la Divinidad. Tenian reyes, gobernadores y magistrados; ciudades y poblaciones tan grandes y tan bien ordenadas, como haré ver en otra disertacion.

Tenian leyes y costumbres, de cuya observancia cuidaban las autoridades públicas. Ejercian el comercio y se esmeraban en hacer respetar la equidad y la justicia en sus tratos. Sus tierras estaban distribuidas y aseguradas á cada uno la propiedad y la posesion de su terreno. Practicaban la agricultura y las otras artes, no solo las necesarias á la vida, sino tambien las de deleite y lujo. ¿Qué mas

se requiere para sacar á una nacion del catálogo de las bárbaras y salvajes? “La moneda, responde Mr. de Paw; el uso del hierro; el arte de escribir, el de construir navíos y puentes de piedra, y el de hacer cal. Sus artes eran imperfectas y toscas; sus lenguas escassimas de voces numerales, y de términos capaces de espresar las ideas universales: se puede decir que casi no tenían leyes, porque no puede haberlas donde reinan la anarquía y el despotismo.” Cada uno de estos artículos exige un exámen particular.

MONEDA.

Mr. de Paw decide que ninguna nacion de América era culta y civilizada, porque ninguna usaba de moneda; y para probar la exactitud de su consecuencia, alega un pasaje de Montesquieu. “Habiendo naufragado Aristipo, dice este escritor, se salvó á nado en una playa, y al ver delineadas en la arena unas figuras de geometría, se llenó de júbilo, conociendo que habia llegado á un pueblo griego y no á una horde bárbara. Imaginamos que llegais por acaso á un pais desconocido; si encontráis alguna moneda, no dudéis que estais en un pais culto.” Pero si Montesquieu inflirió sensatamente la cultura de un pueblo del uso de la moneda, Mr. de Paw infiere muy insensatamente de la falta de moneda, la falta de cultura. Si por moneda se entiende un pedazo de metal acuñado con el busto del rey, ó con un sello ó signo público, es cierto que su falta no supone barbarie en una nacion. “Los atenienses, dice el mismo Montesquieu, porque no hacian uso de los metales, se servian de bueyes en lugar de moneda, como los romanos de ovejas:” de donde viene el nombre de *pecunia*; pues en la primera moneda acuñada de los romanos, se puso la imágen de la oveja, en recuer-

do del objeto que habia servido ántes para sus contratos. Los griegos eran sin duda una nacion bastante culta en tiempo de Homero; pues no era posible que de un pueblo inculto se alzase un hombre capaz de componer la Iliada y la Odisea, poemas inmortales, que despues de veintisiete siglos, no cesan de ser admirados, aunque nadie ha sido parte á imitarlos todavía; y sin embargo, los griegos de aquellos tiempos no conocian la moneda acuñada, como se echa de ver en las obras mismas de aquel poeta, el cual, cuando quiere significar el valor de alguna cosa, no lo espresa de otro modo que por el número de bueyes ó de ovejas que valia. Así es como en el lib. VII de la Iliada, dice que Glauco dió sus armas de oro, que valian 100 bueyes, por las de Diomedes que eran de cobre, y no valian mas que nueve. Donde quiera que habia de algun objeto adquirido por contrato, se espresa en términos de cambio ó permuta. Por esto en la antigua controversia suscitada entre las dos sectas de juriconsultos, sabimianos y proculianos, los primeros sostenian que podia haber verdadera compra y venta sin precio, y en su apoyo citaban ciertos versos de Homero, en que se llama compra y venta lo que no era realmente mas que el cambio de una cosa por otra. Los lacedemonios eran un pueblo civilizado de Grecia, sin embargo de carecer de moneda, pues una de las leyes fundamentales de Licurgo era que no se comerciase de otro modo que por permutas (1). Los romanos no tuvieron moneda acuñada hasta los tiempos de Servio Tulio; ni los persas, hasta el reinado de Dario Histaspes, y nadie habrá que llame bárbaros á unos y á otros

(1) “Eni singula, non pecunia sed compensatione merium jussit.” JUSTIN, lib. III.

en los tiempos que procedieron á aquellas dos épocas. Los hebreos estaban civilizados á lo menos desde el tiempo de sus jueces, y no sabemos que conociesen la moneda hasta los de los macabeos. Luego la falta de moneda acuñada no es prueba de barbarie.

Si por moneda se entiende un signo representativo del valor de todas las cosas, como lo define el mismo Montesquieu, es cierto é indudable que los Mexicanos y todas las naciones de Anáhuac, excepto los bárbaros Chichimecas y Otomites, se servían de moneda en su tráfico. ¿Qué otra cosa era el cacao, que constantemente empleaban en el mercado, para adquirir lo que necesitaban, sino un signo representativo de todas las cosas que se adquirirían por su medio? El cacao tenía su valor fijo: se daba por número; y para almorarse el trabajo de contar cuando la mercadería importaba un gran número de almendras, ya se sabía que cada saco de cierto tamaño contenía tres *xiquipillis* ó 24,000 almendras. ¿Y quién no confesará que el cacao es mucho mas conveniente para signo representativo que los bueyes y las ovejas de que se servían los griegos y los romanos, y la sal que en la actualidad tiene el mismo uso entre los abisinios? Con un buey ó con una oveja no se puede adquirir un objeto de poco valor, y cualquiera enfermedad ó accidente que les sobreviniese, podía empobrecer fácilmente al que no tenía otro capital. "Emplease el metal en la moneda, dice Montesquieu, á fin de que el signo sea durable. La sal de que se sirven los abisinios, tiene el inconveniente de una disminución progresiva;" el cacao por el contrario, podía servir para toda especie de valores, se trasportaba y custodiaba mas fácilmente, y se conservaba con menos

peligro y sin necesidad de tantas precauciones.

El uso del cacao en el tráfico de aquellas naciones, podrá parecer á algunos un verdadero cambio: mas no era así; pues habiendo varias especies de cacao, no usaban como moneda el llamado *Tlacacahuatl* ó cacao menudo, con que hacían sus bebidas ordinarias, sino mas bien otras especies mas comunes, y menos aptas para servir de alimento, las cuales corrían de mano en mano, y casi no se aplicaban á otro fin que á las transacciones mercantiles. De esta especie de moneda hacen mención todos los historiadores de México, tanto españoles como indios: de las otras cuatro especies mencionadas en el libro VII de esta Historia, hablan Cortés y Torquemada. Cortés afirma en su última carta al emperador Carlos V, que habiendo hecho muchas indagaciones acerca del comercio de aquellas gentes, halló que en Tlaxco y en otras provincias se servían de moneda. Si no hubiese oído hablar de moneda acuñada, no habria limitado su uso á Tlaxco y á otras provincias: pues bien sabia, sin necesidad de hacer nuevas investigaciones que en los mercados de México y de Tlaxcala, á los que muchas veces habia concurrido, se servían, como de moneda, del cacao, de unos pedazos de tela de algodón, que llamaban *Patolquachtlí*, y del oro en polvo, puesto en plumas de ánade. Yo sospecho, sin embargo de lo que he dicho en aquella parte de mi Historia, que habia verdadera moneda acuñada, y que tanto aquellas piezas delgadas de estaño de que habla Cortés, como las de cobre, hechas en forma de T, que menciona Torquemada, (1),

(1) En la misma capital de México, en que se acunan hoy 18 ó 20,000,000 de pesos al año, en oro y plata, emplea todavía la gente pobre el cacao para comprar algunas frioleras en el mercado.

tenian algun sello ó señal, autorizada por el rey ó por los señores feudatarios.

Para evitar todo fraude en el comercio, nada podia venderse fuera del mercado, si no es los comestibles ordinarios; y en aquel sitio, como ya he dicho, y como consta por testigos oculares, reinaba el mejor órden que puede imaginarse. Habia medidas prescritas por los magistrados; comisarios que giraban por todas partes observando quanto ocurría, y jueces de comercio encargados de conocer en todos los pleitos que se suscitaban entre los comerciantes, y en castigar los delitos que se cometían en el mercado. Y en vista de todos estos datos, habrá quien diga que los Mexicanos eran inferiores en industria á los pueblos mas grosóros del antiguo continente, entre los cuales hay algunos tan embrutecidos y obstinados en su barbarie, que no ha bastado en tantos siglos el ejemplo de las otras naciones para darles á conocer las ventajas de la moneda!

USO DEL HIERRO.

El uso del hierro es una de aquellas circunstancias que Mr. de Paw exige para llamar culta á una nacion; y por falta de ella créese bárbaros á todos los americanos. Así que, si Dios no hubiese formado aquel metal en las entrañas de la tierra, todo el género humano mereceria el título de bárbaro, segun el modo de raciocinar de aquel filósofo. Pero en la misma parte de su obra, en que hecha mano de este argumento contra los americanos, nos suministra todos los materiales que se podian apetecer para refutarlo. Afirma "que en todo el territorio de América se hallan pocas minas de hierro, y el que hay es de tan inferior calidad al del antiguo continente, que apenas se puede emplear en hacer clavos; que los americanos poseian el secreto, perdido en el antiguo continen-

te, de dar al cobre un temple igual al de acero; que Mr. Godin mandó en 1727 (quiere decir en 1747, pues en 1727 aun no habia ido Mr. Godin al Perú) al conde de Maurepas una segur vieja de cobre peruano, endurecido, y que habiéndola observado el conde Caylus, declaró que cas era igual en dureza á las armas antiguas de cobre, de que se servían los griegos y los romanos, los cuales no empleaban e hierro en muchos usos á que nosotros le aplicamos en la actualidad, ó por que entónces era mas escaso, ó porque sabian templar mejor el cobre que el acero." Finalmente añade que el conde de Gaylus, admirado de la perfeccion de aquel trabajo, se persuadió (engañado por el mismo Mr. de Paw) que la segur no era obra de aquellos peruanos embrutecidos, que los españoles encontraron en tiempo de la conquista, sino de otra nacion mas antigua y mas industriosa.

De todo esto que dice el investigador, saco yo cuatro consecuencias importantes:

1. Que los americanos tuvieron el honor de imitar en el temple del cobre á las dos naciones mas célebres del antiguo continente.
2. Que obraron sensatamente en no hacer uso del hierro, siendo el que tenían tan inferior, que ni aun podia servir para hacer clavos, y sirviéndose en su lugar de un cobre al que sabian dar el temple del acero.
3. Que si ignoraban el arte comunísimo de elaborar el hierro, poseian el singularísimo de templar el cobre como el acero, que no han sido parte á restaurar los filósofos europeos del siglo ilustrado.
4. Que tanto se engañó el conde de Gaylus en el juicio que formó de los peruanos, quanto Mr. de Paw en el que ha hecho de todos los pueblos de América. Tales son las consecuencias legítimas que deben deducirse de la doctrina de nuestro filósofo sobre el uso del hierro,

y no la falta de industria que es lo que el infiere. Quisiera preguntarle si se necesita mayor industria para trabajar el hierro como lo trabajan los europeos, que para trabajar sin hierro toda clase de piedras y maderas, fabricar muchas especies de armas, y hacer, como ellos hacían, los mas curiosos trabajos de oro, plata y piedras preciosas. El uso determinado del hierro no prueba un alto grado de industria en las naciones europeas. Inventado por los primeros hombres, facilmente pasó á sus descendientes, y como los americanos modernos lo recibieron de los europeos, así estos lo recibieron de los asiáticos. Los primeros pobladores conocieron sin duda el uso del hierro; pues su invencion es casi coetánea al principio del género humano. Pero yo no dudo de la probabilidad de la conjetura que espuse en mi 1.^a disertacion: á saber, que no habiendo hallado desde luego las minas de aquel metal en los países del Norte, donde entónces se establecieron, se fué poco á poco estinguendo su memoria en las generaciones sucesivas.

Pero, finalmente, si son bárbaros los que no conocen el uso del hierro, ¿qué serán los que desconocen el del fuego? Ahora bien, en toda la estension de la América no se ha encontrado un solo pueblo, ni una sola tribu, por bárbara que fuese, que no conociera el modo de hacer fuego y el de aplicarlo á los usos comunes de la vida; pero en el mundo antiguo se han visto gentes tan estúpidas, que no tenian la menor idea de la aplicacion de aquel elemento. Tales eran los habitantes de las islas Marímas, á los cuales era enteramente extraño ántes de la llegada de los españoles, como lo testifican los historiadores de aquellos países. Y con todo eso, ¿querrá hacernos creer Mr de Paw que los pueblos americanos son mas salvajes que los mas toscos del mundo antiguo!

Por lo demas, tanto se engaña nuestro investigador en lo que dice del hierro americano, como en lo que piensa del cobre. En México, en Chile y en otros muchos países de América, se han descubierto innumerables minas de hierro, de buena calidad; y si no hubiera estado prohibida su elaboracion, para no perjudicar al comercio de España, podria la América suministrar á Europa todo el hierro de que necesita, como hace con el oro y con la plata. Si Mr. de Paw hubiese sabido investigar filosóficamente las cosas de América, hubiera hallado en el cronista Herrera que aun en la isla española habia hierro mejor que el de Vizcaya. Tambien habria visto en el mismo autor, que en Zacatula, provincia marítima de México, conocian dos especies de cobre: uno duro, de que se servian en lugar de hierro para hacer segures, hachas y otros instrumentos militares y agrícolas; y otro ordinario y flexible, que empleaban en hollas, pucheros, y otros vasos para los usos domésticos: así que, no necesitaban del ponderado secreto de los pueblos antiguos. El amor á la verdad me obliga á defender los progresos reales de la industria americana, y á rechazar las invenciones imaginarias que se atribuyen á las naciones del Nuevo-Mundo. El secreto que verdaderamente poseian, era el que menciona Oviedo, testigo ocular, y muy práctico é inteligente en metales. "Los indios, dice, saben dorar bastante bien los vasos de cobre ó de oro bajo, y les dan un color tan excelente y tan encendido, que parece oro de 22 quilates y mas. Lo hacen con ciertas yervas. Este trabajo tiene tan buen efecto, que si algun platero de España ó de Italia poseyese el secreto, no necesitaba mas para enriquecerse."

ARTE DE CONSTRUIR BUQUES Y PUENTES, Y
DE HACER CAL.

Si á otras naciones puede echarse en cara la ignorancia de las construcciones navales, esta reconvenccion seria injusta dirigida á los Mexicanos; porque no habiéndose hecho dueños de las costas del mar, sino en los últimos tiempos de su monarquía, no tuvieron necesidad ni ocasion de pensar en aquel adelanto. A los pueblos que ocupaban las playas de ambos mares, ántes que llegasen á ellas los Mexicanos, bastaban aquellas barcas de que se servian para la pesca y para su comercio con las provincias vecinas; porque exentos de codicia y de ambicion, que son por lo comun las causas de las navegaciones largas, no aspiraban á usurpar á otras naciones lo que legítimamente poseian, ni querian trasportar de países remotos los metales que no les hacian falta. Los romanos, á pesar de haber fundado su metrópoli tan próxima al mar, estuvieron 500 años (1) sin construir buques, hasta que la ambicion de ensanchar sus dominios, y de apoderarse de la Sicilia, los impulsó á proporcionarse los medios de pasar el estrecho. ¡Qué extraño es, pues, que las naciones americanas, que no sentian aquellos estímulos para abandonar su patria, no inventasen buques, en lo poder trasladarse á países remotos! Lo cierto es que la falta de construcciones navales no arguye falta de industria en los pueblos que no la necesitaban.

(1) "Appio había empleado toda la diligencia posible en acudir al socorro de los mamertinos. Para conseguirlo era necesario pasar el estrecho de Messina, y la empresa era no solo temeraria, sino peligrosa, y segun todas las apariencias, imposible. No tenian los romanos armada naval, sino barcas groseramente construidas, por el estilo de las canoas de los indios."

—Rollin, Hist. Rom. lib. xi.

No puede decirse lo mismo de la invencion de los puentes. Mr. de Paw afirma que "no habia un solo puente de piedra en toda la América cuando fué descubierta," porque los americanos no sabian fabricar arcos, y que "el arte de hacer ca fué enteramente desconocido en aquellos pueblos:" tres proposiciones que son otros tantos errores clásicos. Los Mexicanos sabian hacer puentes de piedra, y entre los restos de su antigua arquitectura se ven hoy dia en el rio de Tula los grande y fuertes pilares del puente que allí habia. Los restos de los antiguos palacio de Texcoco, y aun mucho mas, los *tenas calli* ó hipocaustos, descubren el uso antiguo de los arcos y de las bóvedas en las naciones de Anáhuac. Diego Valdes que permaneció 30 años en México, á donde fué poco tiempo despues de la conquista nos muestra en su *Teórica Cristiana* la imagen de un templo pequeño, que é mismo vió, y que no deja duda sobre esta materia.

Sobre el uso de la cal, es necesario todo el arrojé de Mr. de Paw, para asegurar, como asegura, que el secreto de hacerla era desconocido en toda la América; pues consta, no menos por la deposicion de los conquistadores españoles, que por la de los primeros misioneros, que no solo usaban cal las naciones de México, sino que blanqueaban muy bien las casas y los templos, y pulian primorosamente los muros. En las obras de Bernal Diaz, de Gomara, de Herrera, de Torquemada y de otros, se ve que los primeros españoles que entraron en la ciudad de Cemopala, creyeron que eran de plata los muros del palacio principal, error á que dió lugar el brillante resplandeciente de sus paredes. Últimamente, de las pinturas de tributos que estáu entre las de la *Coleccion* de Mendoza, se infiere que las ciudades de Tepeya-

caes, Tecamachalco, Quecholac, &c., pagaban anualmente al rey 4,000 sacos de cal. Pero aunque no existiera ninguno de estos documentos, bastarian á demostrar el conocimiento que los Mexicanos tenian de la cal, y á confundir la temeridad de Mr. de Paw, las ruinas de los edificios antiguos que se ven en Texcoco, en Mictlan, en Guatusco y en otros muchos puntos de aquel territorio.

Con respecto al Perú, aunque el P. Acosta confiesa que aquellos pueblos no conocian el arte de hacer cal, ni sabian construir arcos ni puentes de piedra; y aunque este solo dato bastase á Mr. de Paw, para decir, segun su execrable lógica, que el uso de la cal era ignorado en toda la América, con todo, el mismo Acosta, que no era hombre vulgar, ni exagerador, ni parcial de los americanos, alaba la maravillosa industria de los peruanos en sus puentes de *totora* ó sea, junco, en la embocadura del lago de Titicaca, y en otros puntos donde la gran profundidad del agua no permite la construccion de obras de mampostería, y donde la rapidez de la corriente hace peligroso el uso de los barcos. Asegura haber pasado por aquellos puentes, y ocaroce la seguridad y facilidad del paso. Mr. de Paw se aventura á decir que los peruanos no conocian ni aun los rudimentos de la navegacion; que no sabian hacer ventanas en los edificios, y aun sospecha que no tenian techos en las casas: despropósitos de los mas ridiculos que pueden ofrecerse á la imaginacion de un escritor de cosas de América. Da á entender que no sabe lo que son *hejreos*, y que no ha formado idea exacta de los rios de la América Meridional. Mucho podria decirse acerca de esta estraña confesion; pero tenemos asuntos mas importantes que discutir.

FALTA DE LETRAS.

Ninguna nacion americana conocia el arte de escribir si por arte de escribir se entiende el de expresar en papel, pergamino, tela, ú otra materia semejante, cualquiera especie de palabras, con la diferente combinacion de algunos caracteres; pero si el arte de escribir es el de significar, representar, ó dar á entender las cosas, ó las ideas á los ausentes, y á la posteridad, con figuras, geroglíficos, ó caracteres, no hay duda que este arte era conocido, y estaba en gran uso entre los Mexicanos, los Acolhuas, los Tlaxcaltecas, y todas las naciones de Anáhuac, que habian salido del estado de barbarie. El conde de Buffon, para demostrar que la América era una tierra enteramente nueva, y nuevos tambien los pueblos que la habitaban, alega, como he dicho en otra parte, que "aun aquellas naciones que vivian en sociedad, ignoraban el arte de transmitir los hechos á la posteridad, por medio de signos durables, á pesar de haber descubierto el de comunicarse de lejos, y de escribirse unos á otros, por medio de ruidos." Pero al arte que empleaban para hablar á los ausentes ¿no podia tambien servir para hablar á la posteridad? ¿Qué eran las pinturas históricas de los Mexicanos, sino signos durables que trasmitian la memoria de los sucesos, á los lugares y á los tiempos remotos? El conde de Buffon se muestra tan ignorante en la historia de México, como sabio en la historia natural. Mr. de Paw, aunque concede á los Mexicanos el arte que tan injustamente les niega el conde de Buffon, sin embargo, para desacreditarlos, alega innumerables desatinos, algunos de los cuales no puedo pasar por alto.

Dice pues "que los Mexicanos no usaban de geroglíficos; que sus pinturas no eran otra cosa que representaciones toscas

de los objetos; que para figurar un árbol, pintaban un árbol que en sus pinturas no se descubre la menor traza de claro oscuro; ni la menor idea de perspectiva, ni de imitación de la naturaleza; que no habían hecho el menor progreso en el arte que empleaban en perpetuar la memoria de los sucesos; que la única copia de pinturas históricas mexicanas sustraídas al incendio que hicieron los primeros misioneros, fué la que el primer virrey de México envió á Carlos V. la cual publicaron después Purchas en Inglaterra, y Thevenot en Francia; que esta pintura es tan grosera, y tan mal ejecutada, que no se puede discernir si trata, como dice el intérprete, de ocho reyes de México, ó de ocho concubinas de Moctezuma," &c.

En todo esto se muestra la ignorancia del investigador, y de su ignorancia nace su temeridad. Pero ¿deberá darse mayor crédito á un filósofo prusiano, que solo ha visto los malos dibujos de Purchas, que á los que han visto, y estudiado diligentemente muchas pinturas originales de los Mexicanos? Mr. de Paw no quiere que los Mexicanos se sirviesen de geroglíficos, porque no se piense que les concede alguna semejanza con los antiguos egipcios. El P. Kirker, célebre investigador, y encomiador de las antigüedades de aquel pueblo, en su obra intitulada *Œdipus Ægyptiacus*, y Adriano Walton, en los prolegómenos de la Biblia Poliglota, opinan del mismo modo que Mr. de Paw, y su opinión no tiene otro apoyo que las estampas del mismo Purchas; pero Motolinia (1), Sahagun, Valadés, Torquemada, En-

rique Martínez, Sigüenza y Boturini, que supieron la lengua mexicana, que consultaron á los indios, que vieron y estudiaron con esmero un número considerable de sus pinturas antiguas, dicen que una de los medios que los Mexicanos empleaban para representar los objetos, eran los geroglíficos y las pinturas simbólicas. Lo mismo testifican Acosta y Gomara en sus Historias; el Dr. Eguara en su erudito prefacio de la Biblioteca Mexicana, y los doctos españoles que publicaron con grandes adiciones la obra de Gregorio García *sobre el origen de los indios*. El Dr. Sigüenza impugnó victoriosamente al P. Kirker, en su *Teatro de virtudes políticas*. Lo cierto es que Kirker se contradice manifiestamente; pues en el primer tomo de la citada obra *Œdipus Ægyptiacus*, confrontando la religion de los egipcios con la de los Mexicanos, confiesa claramente que las partes de que se componia la imagen del dios *Huitzilopochtli*, tenían muchas significaciones, que eran otros tantos arcaos y misterios. Acosta, cuya historia alaba tan justamente Mr. de Paw, en la descripción que hace de aquella imagen, dice: "Todos estos ornatos que hemos dicho, y lo demas, que era bastante, tenían sus significaciones particulares, segun declaraban los Mexicanos;" y en la descripción del idolo de Texcaltitlica se espresa en estos términos: "Sus cabellos estaban atados con una cuerdecilla de oro, de cuyas estremidades pendia una oreja del mismo metal, con ciertos vapores de humo pintados en ella, los cuales

(1) Toribio de Motolinia en sus MSS. especialmente en la exposicion del *calendario mexicano*. Bernardino Sahagun en su *Diccionario Mexicano*. Diego Valadés en su *Retórica Cristiana*. Enrique Martínez en su *Historia de la Nueva España*. Sigüenza en su *Ciclografía Mexicana*, y en su *Teatro de vir-*

tudes políticas. Torquemada en su *Monarquía Indiana*. Valadés trató á los Mexicanos 30 años; Torquemada mas de 40; Motolinia 45, y Sahagun 60. Este fué el hombre mas instruido en los secretos de aquella nacion. Se necesita gran orgullo para farse mas á sus propias luces, y estas escasas, que á las de tantos hombres doctísimos.

significaban los ruegos de los atribulados y de los pecadores que aquel dios escuchaba, cuando se encomendaban á él. En la mano izquierda tenia un abanico de oro, adornado con hermosas plumas verdes, azules y amarillas, tan relucientes que parecian un espejo: en lo que daban á entender que en aquel se veia todo lo que pasaba en el mundo. En la mano derecha tenia cuatro saetas para significar el castigo que daba á los delinquentes por sus atentados &c." ¿Qué son estas y otras semejantes insignias de los dioses mexicanos, de que hablo en el libro vi de la Historia, sino geroglíficos, y signos no muy diferentes de los que usaban los antiguos egipcios?

Mr. de Paw dice que para significar un árbol, pintaban un árbol. Hágame el favor de decirme ¿qué es lo que pintaba para representar el día, la noche, el mes, el año, el siglo, los nombres de las personas, y otras mil cosas que no tienen tipos fijos en la naturaleza? ¿Cómo podian representar el tiempo, si no es por medio de un geroglífico ó emblema? "Tenian los Mexicanos, dice Acosta, figuras y geroglíficos, con que representan las cosas de este modo: esto es, las cosas que tenían figura, las significaban con sus figuras; para las que no tienen imágenes propias, se servian de otros caracteres significativos de aquellas: así expresaban cuanto querian; y para determinar el tiempo en que ocurría algun suceso, empleaban aquellas ruedas pintadas, cada una de las cuales comprendia un siglo de 52 años."

Pero hé aquí otra piedra de escándalo para la ignorancia del Prusiano. Búrlase de las ruedas de los mexicanos, "cuya esposicion se atrevió á dar Carreri, fiándose á un profesor castellano, llamado *Congara*, el cual no osó publicar la obra que habia prometido sobre este asunto, porque sus parientes y amigos le aseguraron que con-

tenia muchos errores." Parece que Mr. de Paw no sabe escribir sin disparatar. Aquel profesor en quien se fió Carreri, ó seu Gemelli, no era castellano sino eriollo, nacido en la misma ciudad de México: no se llamaba *Congara*: sino Sigüenza y Góngora; no dejó de estampar su *Ciclografía mexicana*, que fué la obra de que se sirvió Gemelli, por temor de la censura del público, sino por los crecidos gastos de la impresion en aquellos países, que es lo que tambien ha estorbado la publicacion de otras excelentes producciones, tanto del mismo escritor, como de otros hombres doctísimos. Decir que los parientes y los amigos de Sigüenza lo disuadieron de publicar la obra, porque contenia muchos errores, no es un error, ó equivocacion comedia por descuido, sino una mentira manifiesta, inventada con el premeditado designio de alucinar al público. ¿Quién puede haberle comunicado tan estraña anécdota, enteramente ignorada en México, donde es tan cara la memoria, y tan célebre la fama de aquel grande hombre, y donde los literatos no cesan de deplorar la pérdida de aquellas, y de otras preciosas obras de su mano? ¿Qué podia temer Sigüenza de la publicacion de las ruedas mexicanas, publicadas ya un siglo ántes por Valdés en Italia, y descritas por Motolinia, Salagun, Gomara Acosta, Herrera, Torquemada y Martínez, todos europeos, y por los historiadores Mexicanos, Acolhuas y Tlaxcaltecas, Ixtlixochitl, Chimalpain, Tezozomec, Niza, Ayala, y otros? Todos estos escritores están de acuerdo con Sigüenza en las esplicaciones de las ruedas mexicanas del siglo, del año, del mes, y solo difieren de él acerca de los principios del año, y de los nombres de algunos meses, por las razones que he indicado en el libro vi de mi Historia. Todos los que han escrito en

esta materia, tanto españoles, como americanos, que son en gran número, dicen á una voz que los Mexicanos y las otras naciones de aquellos países, se valían de las ruedas para representar su siglo, su año y su mes; que su siglo constaba de 52 años, su año de 365 días, distribuidos en 18 meses de 20 días cada uno, con 5 días más que llamaban *Nemontémi*; que en su siglo contaban 4 períodos de 13 años; que los nombres y caracteres de los años eran solamente cuatro, á saber: el *conejo*, la *caña*, el *pedernal* y la *casa*; los cuales alteraban sin interrupción mudando los números, &c.

“No puede ser, dice el investigador prusiano; porque estos usos supondrían una larga serie de observaciones astronómicas, y de conocimientos exactos sobre el arreglo del año solar, lo cual no puede combinarse con la prodigiosa ignorancia en que estaban envueltos aquellos pueblos. ¿Cómo podían perfeccionar su cronología lo que no tenían voces para contar más allá de diez.” Está bien. Luego si los Mexicanos tuvieron en efecto aquel modo de coordinar el tiempo, no deberán llamarse bárbaros, y salvajes, sino cultos, y cultísimos; pues no merece otro epíteto la nación que tiene una larga serie de observaciones, y de conocimientos exactos en astronomía. Ahora bien, la certeza del arreglo del tiempo entre los Mexicanos, es una cosa que no admite duda; porque si el unánime consentimiento de los escritores españoles acerca de la comunión de los Mexicanos (1) no permite dudar de aquella solemnidad religiosa ¿no

(1) “Confieso que el consentimiento de los historiadores españoles no permite dudar que estos dos pueblos [mexicano y peruano] en la masa enorme de sus supersticiones, tenían algunos usos que nosotros llamamos comunión.”—Investigaciones filosóficas, tom. II, sobre la religión de los americanos.

existe el mismo consentimiento unánime, añadido al de los escritores mexicanos, acolhuas y tlaxcaltecas, en favor del método que tenían aquellas naciones para el cómputo de los siglos, de los meses y de los años, y de la conformidad de este cómputo con el curso solar? Además de que la deposición de los españoles en esta materia es de gran peso, pues se empeñaron, como dice Mr. de Paw en desacreditar á los americanos hasta el extremo de poner en duda su racionalidad. Cedamos pues al peso de tantas autoridades; creamos lo que dicen los historiadores acerca de las ruedas, y confesemos que los Mexicanos no estaban sumergidos en la prodigiosa ignorancia que fingió Mr. de Paw. Por lo que hace á la escasez de voces numerales, en otra disertación haré ver su error y su ignorancia.

“No puede saberse, dice Mr. de Paw, la significación de las pinturas mexicanas, porque los españoles no podían entenderlas sin que se las declarasen los Mexicanos, y ninguno de ellos ha sabido lo bastante para traducir un libro.” ¡Cuántos dislates en pocos renglones! Para que los españoles entendiesen el sentido de las pinturas mexicanas, no era necesario que los Mexicanos supiesen la lengua española, pues bastaba que los conquistadores supiesen la del país; ni para explicar una pintura se necesita tanto saber como para traducir un libro. Mr. de Paw dice que la aspereza de la lengua mexicana ha impedido hasta ahora que los españoles la pronuncien, y que la estolidez de los Mexicanos les ha impedido aprender el español: una y otra especie son opuestas á la verdad. De la lengua mexicana hablaré en otra parte. La castellana ha sido siempre comunísima entre los habitantes de México, y hay muchos que la hablan tan correcta y fluidamente como los mismos

españoles. Muchos de ellos escribieron en castellano su historia antigua, y la de la conquista, como puede verse en el catálogo que se halla al fin de esta obra: otros tradujeron libros latinos en castellano, castellanos en mexicano, y mexicanos en castellano; entre los cuales son dignos de particular mención D. Fernando Alba Ixtlixochitl, de quien tantas veces he hablado; D. Antonio Valeriano de Azcapotzalco, maestro de lengua mexicana del historiador Torquemada, que habla de él con grandes elogios; D. Juan Bernardo, de Huexotzincó; D. Francisco Bautista Contreras, de Cuauhnahuac; Fernando Rivas y Estevan Bravo, de Texcoco; Pedro de Gante; Diego Adrian, y Agustin de la Fuente, de Tlaltelolco (1). Sabemos por la historia de la conquista que la célebre india Doña Marina aprendió con extraordinaria prontitud y facilidad la lengua castellana, y que hablaba muy bien la mexicana y la maya, mas diferentes entre sí que el frances, el hebreo y el ilirico. Habiendo pues habido en todos tiempos muchos españoles que han hablado el mexicano, y muchos Mexicanos que han hablado el español, ¿qué tiene de imposible que los Mexicanos hayan explicado á los españoles el sentido de sus pinturas?

Es cierto que en las copias de las pinturas mexicanas publicadas por Purchas y por Thevenot, no se ven observadas las proporciones, ni las leyes de perspectiva; pero es necesario tener presente que aquellos toscos dibujos estan grabados en madera, lo que verosimilmente aumentaria los defectos del original. Ni es de estrañar que las referidas estampas fuesen co-

pias imperfectísimas de las pinturas, si se observan los descuidos de toda la publicacion; pues en ella se omiten enteramente las pinturas XXI y XXII, en la mayor parte de las otras faltan las imágenes de las ciudades, y además están trastornadas las de los años correspondientes á los reinados de Ahuitzot y Moctezuma II, como ya lo he manifestado hablando de las diversas colecciones de pinturas mexicanas que existen en la actualidad. Boturini, que vió en México las pinturas originales de aquellos años, y las de la matrícula de tributos, copiadas en las obras de Purchas y Thevenot, se lamenta de los grandes defectos que se notan en estas ediciones. En efecto, basta comparar las publicadas en México el año 1770 por Lorenzana, con las publicadas en Lóndres por Purchas, y en Paris por Thevenot, para conocer la gran diferencia que reina entre unas y otras. Yo no me empeto, sin embargo, en defender la perfeccion de las pinturas originales copiadas por Purchas; ántes bien soy de opinion que eran imperfectas, como todas las históricas de aquellos pueblos; pues los pintores solo se limitaban á los contornos, y al colorido de los objetos, sin curarse de la perspectiva, de las proporciones, ni del claro oscuro. Ni era posible que observasen escrupulosamente las reglas del arte, si se atiende á la extraordinaria prontitud con que pintaban, de lo que dan fé Cortés y Bernal Diaz, como testigos oculares. Pero veamos las consecuencias que de todo esto deduce Mr. de Paw. Los Mexicanos no observaban en sus pinturas las reglas de la perspectiva; luego no podian por medio de ellas perpetuar la memoria de los sucesos. Los Mexicanos eran malos pintores; luego no podian ser buenos historiadores. Pero si se quiere adoptar esta lógica, deberemos tambien decir que

(1) Véase sobre este asunto la *Monarquía Indiana* de Torquemada, el *Epítome de la Biblioteca Occidental* de Pinelo, la *Biblioteca Mexicana* del Dr. Egulara, y el *Teatro Mexicano*, de Betancourt.

los que no tienen buena letra no pueden ser buenos historiadores; pues las letras son para los nuestros lo que las pinturas para los Mexicanos; y así como pueden escribirse buenas historias con mala letra, así también pueden representarse bien los hechos históricos con imágenes toscas: lo esencial es que se entienda lo que se ha querido expresar.

Mas esto es justamente lo que Mr. de Paw no encuentra en las copias de Purchas. Declara que habiendo confrontado de diversos modos las figuras con la explicacion, no halla la menor relacion entre aquellas y esta; y que así como en una de ellas se interpretan ocho reyes de México, podrian entenderse del mismo modo ocho concubinas de Moctezuma. Esto mismo podria sucederle si se le presentase el libro *Chün-yun* del filósofo Confucio, escrito en caracteres chinos, con la interpretacion al lado en lengua francesa. Confrontaria de varios modos los caracteres chinos con la interpretacion, y no hallando la menor relacion en ellos, diria que como se interpretan allí las nueve condiciones que debe tener un buen emperador, así podrian interpretarse las nueve concubinas, ó los nueve eunucos que tuvo un emperador antiguo; pues tanto entiendo de figuras mexicanas, como de caracteres chinos. Si yo pudiera abocarme con Mr. de Paw, le demostraria la relacion que hay entre las ideas y las imágenes de que se valian los Mexicanos para representarlas; mas pues lo ignora, deberia remitirse al juicio de los inteligentes.

Crée, ó quiere hacernos creer, que las pinturas copiadas por Purchas son las únicas que escaparon del incendio dispuesto por los primeros misioneros; mas esto es falsísimo, como lo hice ver en el tomo I, rebatiendo la opinion de Robertson. Las pinturas que se preservaron del incendio,

fueron tantas, que ellas suministraron la mayor parte de los materiales para la historia antigua de México, no solo á los escritores mexicanos, sino á los españoles. No se fundaban en otros apoyos ni documentos las obras de D. Fernando Alba Ixtlilxochitl, de D. Domingo Chimalpain, de D. Fernando Alvarado Tezozomoc, de D. Tadeo de Niza, de D. Gabriel de Ayala y de los otros que he nombrado en mi catálogo. El infatigable Sahagun se valió de muchas pinturas para su Historia de la Nueva-Espana. Torquemada cita con frecuencia las que consultó para su obra. Sigüenza heredó los MSS. y las pinturas de Ixtlilxochitl, y adquirió otras muchas á sus espensas, y después de haberse servido de ellas, las dejó por su muerte con su preciosa libreria, al colegio de San Pedro y San Pablo de jesuitas de México, donde yo ví y estudié muchas de ellas. En los dos últimos siglos se presentaban muchas veces por los indios, en los tribunales de México, pinturas antiguas, como títulos de propiedad, ó de posesion de las tierras, y para esto habia intérpretes instruidos en su significacion. Gonzalo de Hoviedo hace mencion de este uso, en tiempo de D. Sebastian Ramirez de Fuenleal, presidente de la audiencia de México; y porque era de mucha importancia la inteligencia de aquellos títulos para la decision de los plicitos, habia en la universidad de México un profesor encargado de enseñar la ciencia de las pinturas, de los geroglíficos y de los caracteres. Las muchas pinturas recogidas por Boturini, é indicadas en el catálogo de su museo, impreso en Madrid el año de 1746, como las que yo he citado en muchas partes de esta obra, prueban que no son pocas, como pensaron Mr. de Paw y el Dr. Robertson, las que escaparon del incendio de los misioneros.

Finalmente, para mayor confirmación de lo que llevo dicho, y para manifestar á Mr. de Paw la variedad de las pinturas mexicanas, extractaré lo que dejó escrito el Dr. Eguíara (1) en el erudito prefacio de su *Biblioteca Mexicana*. "Había, dice, pinturas lunares, llamadas *Tomalamati*, en que publicaban sus pronósticos acerca de las mudanzas del tiempo. De una de ellas se sirvió el Dr. Sigüenza en su *Ciclografía Mexicana*, como él mismo asegura en la obra que intituló *Libra Astronómica*. Otras contenían los horóscopos de los niños, en que se representaban sus nombres, los signos de su nacimiento y su hado ó estrella: de esta clase son los que menciona Gerónimo Roman, en su *República del Mundo*. Otras eran dogmáticas, que contenían el sistema religioso de aquellos pueblos; otras históricas, otras geográficas. Es cierto que las que se hacían para el uso común y familiar eran tan claras que todos las entendían; pero las que contenían los arcanos de la religión, estaban llenas de geroglíficos que no estaban al al-

(1) El Dr. Eguíara, digno de perpetua memoria por su indole amabilísimo, por su incomparable modestia, por su vasta literatura y por el celo con que trabajó hasta su muerte en servicio de su patria, nació en México á fines del siglo pasado. Fué muchos años profesor de teología en aquella universidad, y publicó en un tomo en folio algunos tratados teológicos muy apreciados. Fué rector y luego caxiller de aquel cuerpo literario, y dignidad de aquella iglesia metropolitana, amado siempre y reverenciado por toda clase de personas, por la pureza de su vida y la solidez de su doctrina. Despues de haber renunciado el Obispado de Yucatan, á que lo destinó el rey Católico en atención á sus relevantes méritos, publicó en México un tomo en folio de su *Biblioteca Mexicana*, para la cual, ademas de la inmensa fatiga de recoger, ordenar y perfeccionar los materiales, mandó llevar de París una gran imprenta, provista de caracteres romanos, griegos y hebreos. Su muerte, ocurrida en 1763, no nos permitió ver terminada aquella obra, que Lobiera hecho mucho honor á su patria.

cauce del vulgo. Había ademas gran diversidad entre ellos, tanto con respecto á los pintores, como por lo que hace á su ejecución, á su fin y á su uso. Las que se destinaban al ornato de los palacios eran perfectas; pero en las que contenían algun sentido misterioso, se veían ciertos caracteres y figuras horribles. Los pintores eran muchos; pero el escribir los caracteres, el componer los auales, y el tratar de los asuntos relativos á la religión, eran funciones propias de los sacerdotes. Hasta aquí el Dr. Eguíara.

Sepa, pues, Mr. de Paw que de las pinturas mexicanas, algunas eran imágenes simples de los objetos; otras, caracteres que no expresaban palabras como los de nuestra escritura, sino cosas como las de los astrónomos y algebristas. Algunas pinturas estaban destinadas á expresar solamente las cosas ó las ideas, ó por decirlo así, á escribir; y en estas no se curaban de las proporciones, ni de la belleza, porque se hacían de prisa, para instruir la mente, y no para recrear los ojos; pero en las que procuraban imitar la naturaleza y que se ejecutaban con la lentitud que requieren obras de esta especie, se observan las proposiciones, las distancias, la actitud y las reglas del arte, aunque no con tanta perfección como las que admiramos en los buenos artistas de Europa. Como quiera que sea, yo quisiera que Mr. de Paw me indicase en el antiguo continente un pueblo bárbaro ó semibárbaro que haya empleado tanta industria y diligencia como los Mexicanos, en eternizar la memoria de sus sucesos.

El Dr. Robertson, hablando de la cultura de los Mexicanos en el libro VII de su Historia, espone los progresos que hace la industria humana para llegar á la invención de las letras, con cuya combinación pueden expresarse todas las modifica-

ciones del habla. Estos progresos sucesivos son, según aquel escritor, de la pintura actual al simple geroglífico; de este al símbolo alegórico; del símbolo alegórico al carácter arbitrario, y últimamente, al alfabeto. Si alguno busca en aquella obra á qué grado llegaron los Mexicanos, no podrá ciertamente adivinarlo; pues el autor habla con tanta ambigüedad, que á veces parece creer que llegaron apenas al simple geroglífico, otras al carácter arbitrario. Diga lo que quiera, lo cierto es que todos los modos que cita de representar las ideas, excepto el alfabeto, estaban en uso entre los Mexicanos. Sus caracteres numerales, los significativos de la noche, del día, del año, del siglo, del cielo, de la tierra, del agua, de la voz, del canto &c., ¿no eran acaso verdaderos caracteres arbitrarios y convencionales? Llegaron, pues, al mismo grado que los famosos chinos después de tantos siglos de cultura. No hay otra diferencia entre los unos y los otros, sino que los caracteres chinos se han multiplicado con tanto exceso, que no basta la vida de un hombre para aprenderlos.

El mismo Dr. Robertson, lejos de negar, como hace temerariamente Mr. de Paw, la existencia de las ruedas seculares de los Mexicanos, reconoce su método en el émpito de los tiempos, y confiesa que habiendo ellos observado que en 18 meses de 20 días cada uno, no se abrazaba el curso completo del sol, añadieron los cinco días *Nemontémi*. "Esta gran proximidad, añade, á la exactitud filosófica, muestra claramente que los Mexicanos habían prestado á las investigaciones especulativas la atención que los hombres en estado de salvajes no suelen emplear en semejantes objetos." ¿Qué hubiera dicho al saber, como sabemos, no solo por el gravísimo testimonio del Dr. Sigüenza, sino

por observaciones propias sobre la cronología mexicana, que además de contar aquellas gentes 365 días en el año, reconociendo el exceso de casi seis horas del año solar con respecto al civil, remediaron esta irregularidad por medio de los 13 días intercalares que añadían á su siglo de 52 años?

ARTES DE LOS MEXICANOS.

Después de haber hecho Mr. de Paw una ignominiosa descripción del Perú, y de la barbarie de sus habitantes, habla de México "de cuyo imperio, dice, se han contado tantas maravillas y falsedades como las del Perú; pero lo cierto es, añade, que aquellas dos nociones eran casi iguales, ora se considere su gobierno, ora sus instrumentos y sus artes. La agricultura estaba en ellas abandonada; la arquitectura era mezquina; sus pinturas toscas; sus artes imperfectas; sus fortificaciones, sus palacios, sus templos, puras ficciones de los españoles. Si los Mexicanos hubieran tenido fortificaciones, hubieran podido guardarse de los efectos de las armas de fuego, y aquellos seis mezquinos cañones de hierro que llevó consigo Cortés, no hubieran destruido en un momento tantos baluartes y trincheras. Los muros de sus edificios no eran otra cosa que grandes piedras, puestas unas sobre otras. El ponderado palacio, en que residían los reyes de México, era una cabaña; por lo que Cortés, no hallando habitación proporcionada en toda la capital de aquel estado que acababa de someter, se vió en la precisión de mandar construir un palacio, que todavía subsiste." No es fácil llevar cuenta de los detalles que amonesta Mr. de Paw en este pasaje; pero dejando aparte los relativos al Perú, hablemos tan solo de lo que escribe sobre las artes de los Mexicanos.

De su agricultura he hablado lo bastante para hacer ver que no solo cultivaban con gran esmero todas las tierras cultivables del imperio, sino que formaban con maravillosa industria nuevos terrenos, construyendo en la superficie del agua aquellos huertos y jardines flotantes, tan celebrados por españoles y extranjeros, y que aun admiran los que navegan en los lagos. Tambien he probado, con la autoridad de muchos testigos oculares, que no solo cultivaban las plantas útiles al mantenimiento y al vestido del hombre, y al alivio de sus males, sino tambien las flores y los otros vegetales que solo sirven á los placeres de la vida. Cortés en sus cartas á Carlos V, y Bernal Diaz en su Historia, hablan con admiracion de los famosos huertos de Iztapalapan y de Huaxtepec, que uno y otro vieron, y de los que habla tambien el Dr. Hernandez, que los vió 40 años despues de la conquista. El mismo Cortés, en su carta al emperador, fecha 30 de octubre de 1520, dice: "es cosa grande la muchedumbre de habitantes en estos paises, que no hay un palmo de tierra que no esté cultivado." Es necesario tener una dosis nada vulgar de terquedad para negar crédito á esta clase de testimonios.

Con los mismos apoyos he hablado de la gran diligencia de los Mexicanos en la cria de toda especie de animales, en cuyo género de magnificencia cesó Moctezuma á todos los reyes del mundo. Era imposible que aquellas gentes mantuviesen tan estupenda variedad de cuadrúpedos, aves y reptiles, sin tener grandes conocimientos acerca de su naturaleza, de su instinto, de su modo de vivir &c.

Su arquitectura no era ciertamente comparable con la de los europeos; mas era muy superior á la de la mayor parte de los pueblos de Asia y Africa. ¿Quién

osará comparar á las casas, á los palacios, á los templos, á los baluartes, á los acueductos, á los caminos de los antiguos Mexicanos, no ya las miserables cabañas de los tártaros, de los siberianos, de los árabes, y de aquellas mezquinas naciones que viven entre el Cabo-Verde y el de Buena-Esperanza, sino los edificios de Etiopia, de una gran parte de la India, de las islas del Asia y del Africa, y entre ellas el Japon? Basta confrontar lo que han escrito acerca de la arquitectura de todos estos paises los viajeros que los han recorrido y examinado, para desmentir á Mr. de Paw, el cual osa asegurar que todas las naciones americanas eran inferiores en industria y sagacidad á los pueblos mas groseros del antiguo continente.

Dice que el ponderado palacio de Moctezuma no era mas que una cabaña; pero Cortés, Bernal Diaz, y el conquistador anónimo, que tantas veces lo vieron, dicen todo lo contrario. "Tenia, dice Cortés hablando de Moctezuma en esta ciudad (de México) casas para su habitación, tales y tan maravillosas, que no creo poder espresar su escelencia y grandeza; por lo que diré tan solamente que no las hay en España." Así escribe este conquistador á su rey, sin miedo de que lo desmientan sus capitanes y soldados, los cuales tenian á la vista los objetos de que se habla. El conquistador anónimo, en su curiosa y sincera relacion, tratando de los edificios de México, se explica en estos términos: "habia hermosas casas de señores, tan grandes y con tantas cuerdas y jardines altos, y bosques, que nos dejaban atónitos. Yo entré cuábró veces por curiosidad en un palacio de Moctezuma, y habiendo girado en lo interior hasta cansarme, no lo vi todo. Acostumbraban tener al rededor de un gran patio cámaras y salas grandísimas; pero sobre

todo habia una tan vasta, que dentro de ella podian estar tres mil hombres sin incomodarse: era tal, que el corredor que habia encima formaba un placeta, en que podian correr cañas treinta hombres á caballo." De semejantes expresiones usa Bernal Diaz en su Historia. Todos los historiadores de México convienen en que el ejército de Cortés, compuesto de mas de 6,400 hombres, entre españoles, Tlaxcaltecas y Cempoaltecas, se alojó todo en el palacio que habia sido del rey Axayacatl, y quedó bastante para la habitacion del rey Moctezuma y de su servidumbre, además de los almacenes en que estaba guardado el tesoro del primero de aquellos dos monarcas. Por los mismos escritores consta la magnificencia y bellísima disposicion del palacio de los pájaros; y Cortés añade que en las piezas de aquel edificio podian alojarse cómodamente dos grandes príncipes con todas sus cortes, y describe menudamente sus pórticos, sus cuartos y jardines. El mismo Cortés dice á Carlos V que en el palacio del rey Nezahualpillé, en Texcoco, se alojó él con 600 españoles y 40 caballos, y que era tan grande, que cabian en él 600 hombres mas. Tambien habla del palacio del señor de Iztapalapan, y de muchas ciudades, alabando su estructura, su hermosura y su magnificencia. Tales eran las cabanas de los reyes y señores de México.

Decir como dice Mr. de Paw, que Cortés mandó construir á toda prisa un palacio, porque no hallaba habitacion proporcionada en aquella capital, es un error, que hablando con mayor propiedad, deberá llamarse una mentira. La verdad es, que Cortés, durante el asedio de México, quemó y arruinó la mayor parte de su caserío, como él mismo refiere, con cuyo objeto pidió, y obtuvo de sus aliados, algunos millares de hombres que únicamente se emplea-

ban en echar abajo los edificios, á medida que los españoles adelantaban, á fin de no dejar á retaguardia ninguna casa en que pudieran parapetarse los enemigos. No era, pues, extraño que el caudillo español careciese de alojamiento proporcionado, en una ciudad que el mismo habia destruido; pero esta destruccion no fué tan general, que no quedasen en pie muchas buenas casas en el cuartel de Tlalotelco, en que hubieran podido acomodarse muy bien los españoles y todos sus aliados. "Desde que dispuso nuestro señor, dice Cortés, que esta gran ciudad de Temixtitan (México) fuese conquistada, no me pareció bien residir en ella, por causa de muchos inconvenientes; así que, me fui con toda mi gente á vivir á Coyoacan." Si fuese cierto lo que dice Mr. de Paw, Cortés hubiera dado por motivo de su salida de la capital, la falta de edificios para su residencia y la de sus tropas. El palacio de Cortés se construyó en el mismo sitio en que habia estado el de Moctezuma. Si Cortés no hubiese arruinado este, hubiera podido habitar cómodamente en él, como habitaba Moctezuma con toda su corte. Además es falso que exista actualmente el palacio de aquel conquistador, pues se quemó el año de 1692, en una sedicion popular. Pero sobre todo, es falsísimo que los muros de los edificios mexicanos no fuesen mas que grandes piedras, puestas unas sobre otras, sin ninguna union: lo contrario demuestran todos los historiadores y los restos de los edificios antiguos, de que despues hablaré. Así que, no hay en todo el pasaje de Mr. de Paw una sola proposicion que no sea un error.

No contento con echar al suelo las casas de los Mexicanos, tambien se pone á destruir sus templos, y enfadado con Solís porque afirma que los de México eran 2,000 entre grandes y pequeños, dice:

"Jamás ha habido tan gran número de edificios públicos en ninguna ciudad, desde Roma á Peking por lo que Gomara, menos temerario, ó mas sensato que Solís, dice que, contando siete capillas, no se hallaron en México mas de ocho lugares destinados al culto de los ídolos." Para que se vea la fidelidad de las citas de Mr. de Paw, copiaré el pasaje de Gomara á que se refiere. "Había, dice, en el Capitulo XXC, muchos templos en la ciudad de México, esparcidos por las parroquias ó barrios, con sus torres, y en ellos había capillas y altares en que se ponian los ídolos. Casi todos eran de la misma forma; así que, lo que voy á decir del templo principal, bastará para dar á conocer todos los otros;" y despues de una menuda descripción de aquel gran templo, ponderando su altura, su amplitud y su belleza, añade: "Ademas de estas torres, que se formaban sobre las pirámides, con sus capillas correspondientes, había otras euarenta y mas, entre grandes y pequeñas, en otros *Teocallis* (1) menores que había dentro del recinto de aquel templo principal, los cuales eran todos de la misma forma que este. . . otros *Teocallis* ó *Cues* había en otros puntos de la ciudad. . . todos estos templos tenían sus casas propias y sus sacerdotes, y sus dioses con todo lo necesario á su culto y servicio." Vemos pues que el mismo Gomara, que segun Mr. de Paw, solo halló en México ocho lugares destinados al culto de los ídolos, comprendiendo siete capillas, cuenta claramente mas de 40 tem-

(1) *Teocalli* [casa de Dios] era el nombre que daban los Mexicanos á sus templos. Entre los españoles, los unos los llamaban templos, los otros adoratorios; los otros, acostumbrados al lenguaje de los sarracenos, mezquitas, y otros, en fin, *Cues*, palabra tomada de la lengua haitiana. Los templos pequeños solian llamarse *temilitaderos* ó *sacrificaderos*.

plos, dentro del recinto del templo principal, ademas de otros muchos esparcidos por las parroquias y barrios. ¿Quién podrá fiarse de Mr. de Paw despues de tan manifiesta falsedad!

Es verdad que Solís mostró poca crítica en dar por cierto el número de templos que los primeros historiadores espresaron solo por un cálculo conjetural; pero tambien se muestra poco juicioso Mr. de Paw en comprender en el número de los edificios públicos las capillas que los españoles llamaron templos. De estas había innumerables. Todos los que vieron aquel pais antes de la conquista, declaran que tanto en los pueblos, cuanto en los caminos y en las montañas, se veian por todas partes edificios de esta clase, los cuales, aunque pequeños y diferentes en todo de nuestras iglesias, fueron sin embargo llamados templos por estar consagrados al culto de los ídolos. Así en las cartas de Cortés, como en la Historia de Bernal Diaz, se ve que apenas daban un paso los conquistadores en sus expediciones, sin encontrar un templo ó capilla. Cortés dice que contó mas de 400 templos en la ciudad de Cholula. Pero había una gran diferencia en las dimensiones de estos edificios. Algunos no era mas que un pequeño terraplen de poca elevacion, sobre el cual estaba la capilla del ídolo titular: otros eran realmente estupendos en su altura y amplitud. Cortés, hablando del templo mayor de México, asegura á Carlos V que no era fácil describir sus partes, su grandeza y las cosas que en él se contenian; que era tan grande, que dentro del recinto de la fuerte muralla que lo circundaba, cabia un pueblo de 500 casas. No hablan de otro modo de aquel y de los otros templos de México, Texcoco, Cholula y otras ciudades, Bernal Diaz, el conquistador anónimo, Sahagun y Tobar, que

los vieron, y los historiadores mexicanos y españoles que escribieron después, y con buenos informes y datos seguros, como son Acosta, Gomara, Herrera, Torquemada, Sigüenza, Betancourt y otros muchos. Hernandez describe una á una las 78 partes de que se componia el templo mayor. Cortés asegura que entre las altas torres que hermoseaban aquella gran capital, habia cuarenta tan elevadas, que la menor de ellas no era inferior en altura á la famosa Giralda de Sevilla. D. Fernando de Alba Ixtlixochitl, habla en sus MSS de aquella torre de nueve pisos, que su célebre abuelo Nezahualcoyotl dedicó al Criador del cielo: edificio que probablemente es el mismo famoso templo de Tezcutzinco, que tanto encomia Valadés en su *Retórica Cristiana*.

Toda esta nube de autoridades deponen contra Mr. de Paw: á pesar de las cuales no tiene á bien creer aquella gran multitud de templos de México, "porque Moctezuma I fué el que dio á aquella villa la forma de ciudad: desde el reinado de aquel monarca hasta la llegada de los españoles no habian transcurrido mas de 42 años, espacio que no basta á construir 2,000 templos."

En primer lugar es falso que Moctezuma I fué el que dió á México la forma de ciudad; pues sabemos por la historia que aquella capital tenia forma de ciudad desde los tiempos de Acamapichtzin, primer rey de aquel estado. En segundo lugar es falso que desde el reinado de Moctezuma I hasta la conquista de los españoles no transcurrieron mas de 42 años. Moctezuma empezó á reinar, segun he probado en mi segunda Disertacion, el año de 1436, y murió en 1464, y los españoles no llegaron á México antes de 1519: luego desde el principio del reinado de aquel príncipe hasta la llegada de los españoles

hubo 83 años, y 65 desde la muerte de Moctezuma. En tercer lugar Mr. de Paw se muestra enteramente ignorante de la estructura de los templos mexicanos, ni sabe cuán grande era el número de operarios que concurrían á la construcción de los edificios públicos, y cuánta su prontitud en llevarlos á cabo. Tal vez se ha visto en México construir en una sola noche un pueblo entero (aunque en verdad solo se componia de cabañas de madera cubiertas de heno) y conducir á él los nuevos colonos sus familias, sus animales y sus bienes.

En cuanto á fortificaciones, es cierto é indudable por el dicho de Cortés, y de todos cuantos vieron las antiguas ciudades de aquel imperio (1), que los Mexicanos y todas las otras naciones que vivian en sociedad, usaban murallas, baluartes, estacadas, fosos y trucherías. Pero aunque no hiciesen fé tantos testigos oculares, bastarian las fortificaciones antiguas que aun subsisten en Cuahtuchoco, ó Guatusco, y en Moxaxac, de que ya he hablado en otra parte para demostrar el error de Mr. de Paw. Es cierto que no eran comparables con las de Europa, porque ni la arquitectura militar de aquellos pueblos se habia perfeccionado tanto, ni tenian necesidad de ponerse á cubierto de la artillería, cuyo uso les era desconocido; pero bastante dieron á entender su industria, inventando tantas especies de reparos para defenderse de sus enemigos ordinarios. Quien lea las unánimes deposiciones de los conquistadores, no dudará de los gran-

[1] Hablan con mucha frecuencia de las antiguas fortificaciones Cortés en sus cartas á Carlos V, Pedro de Alvarado, y Diego Godoy en sus cartas á Cortés, Bernal Diaz en su Historia, el conquistador anónimo en su relacion, Alfonso de Ojeda en sus Memorias y Sahagun en su Historia: todos testigos oculares.

des esfuerzos que tuvieron que emplear para combatir los fosos y las trincheras de los Mexicanos en el asedio de la capital, á pesar de ser excesivo el número de los aliados, y de tener tantas ventajas los sitiadores en las armas de fuego y en los bergantines. La terrible derrota que sufrieron los españoles, cuando se retiraron de México, no deja lugar á que se dude de las fortificaciones de aquella capital. No estaba circundada de murallas, porque tenia bastante para su seguridad con las grandes fosos que cortaban las calzadas que la unian con tierra firme, y que eran los únicos puntos por los cuales se podia entrar en su recinto; mas otras ciudades, cuya situacion no era tan ventajosa, tenian murallas y otros reparos para su defensa. El mismo Cortés describe menudamente las fortificaciones de la ciudad de Cuauhtemoc.

Mas, ¿para qué perder el tiempo en acumular testimonios y otras pruebas de la arquitectura de los Mexicanos, cuando ellos mismos nos las han dejado irrecusables en las tres calzadas que construyeron sobre el lago, y en el antiquísimo aeneólico de Chapultepec un monumento inmortal de su industria?

Los mismos autores que testifican el estado á que llegó la arquitectura en aquellos pueblos, acreditan la escelencia de sus plateros, de sus tejedores, de sus lapidarios, y de los que se empleaban en los mosaicos y otras obras de plumas. Fueron muchos los europeos que vieron y examinaron estos trabajos, y se maravillaron de la destreza de sus artífices. Sus obras fundidas escitaron la admiracion de los plateros de Europa, como afirman muchos escritores que entonces vivian, y entre otros el historiador Gomara que tuvo muchas de aquellas piezas en sus manos, y oyó decir á los plateros de Sevilla que no se

creian capaces de imitarlas. ¿Es tan comun el arte de construir aquellas alhajas de que hablé en el libro VIII de esta Historia, y que celebran unánimemente tantos escritores? ¿Hay muchos artífices en Europa que sepan fundir un pez, con escamas de oro y plata, dispuestas alternativamente? Cortés dice que las imágenes de oro y de pluma que vió en México eran de tan esquisita labor que no le parecia posible se hiciesen mejores en Europa; que en cuanto á las joyas no se podia entender de qué instrumentos se valian para darles tanta perfeccion, y que los trabajos de pluma eran tales, que ni en cera, ni en seda se podian imitar. En su tercera carta á Carlos V., hablando del botín que cayó en manos de los conquistadores, despues de la toma de México, dice que se hallaron unas rodellas de oro y plumas, y otras preciosidades de la misma materia, tan maravillosas, que no siendo posible dar una exacta idea de su mérito por escrito, las enviaba á S. M. para que por sus propios ojos se asegurase de su escelencia y perfeccion. Estoy seguro que no hubiera hablado en aquellos términos de unos objetos que enviaba, si no hubieran merecido estos los elogios que de ellos hacia. Casi en los mismos términos que Cortés, se espresan sobre el mismo asunto los autores, que vieron aquellas obras, como Bernal Diaz, el conquistador anónimo, Gomara, Hernandez, Acosta y otros, de cuyos datos me he valido para todo lo que he escrito sobre este asunto en mi Historia.

El Dr. Robertson reconoce el unánime testimonio de los antiguos escritores españoles, y cree que no tuvieron intencion de engañar á los que leyeran sus escritos; pero asegura que todos fueron inducidos á exagerar, por las ilusiones que el calor de su imaginacion les sugeria. Con esta he-

lla solución no hay cosa mas fácil que cegar por tierra todo lo que en sí contienen las historias. Todos, todos se engañaron, sin exceptuar al ilustre Acosta, ni al docto Hernandez, ni á los artifices sevillanos, ni al rey Felipe II, ni al sumo pontífice Sisto V., admiradores todos, y encomiadores de aquellas obras maestras de la industria de los pueblos del Nuevo-Mundo. Todos tuvieron caliente la imaginación, y aun aquellos mismos que escribieron pocos años despues de la conquista. Tan solamente el escoces Robertson y el prusiano Paw han teñido, despues de dos siglos y medio, aquel temple de fantasía que es necesario para juzgar exactamente de las cosas; sin duda porque el frío de los países en que nacieron habrá moderado los ímpetus fogosos de su imaginación.

“Estas descripciones, añade Robertson, no bastan para que formemos juicio del mérito de los trabajos de los Mexicanos: es necesario considerar los productos de sus artes, como todavía se conservan. Muchos de sus adornos de oro y plata, como tambien, muchos utensilios domésticos están depositados en el magnífico gabinete de curiosidades naturales y artificiales, que acaba de abrir el rey Católico; y algunas personas, en cuyo gusto y juicio debo fiarme, me han asegurado que estos ponderados esfuerzos del arte de los Mexicanos, son torpes representaciones de objetos comunes, ó imágenes de figuras humanas y de animales, privadas enteramente de gracia y propiedad.” Y en la nota de este pasaje añade: “En la armería del palacio real de Madrid se muestran unas armaduras que dicen ser de Moctezuma. Compónense de unas placas de cobre muy bruniadas. Los inteligentes las creen orientales. La forma de los adornos de plata de que están cubiertas, son figuras de dragones, y pueden considerarse

como apoyos de aquella opinion. En punto á trabajo, son infinitamente superiores á todos los otros esfuerzos de la industria americana, vistos hasta ahora. La sola muestra indudable que yo he visto del arte de los Mexicanos en Inglaterra, es una copa de oro finísimo, que aseguran haber pertenecido á Moctezuma. En esta copa se representa un rostro humano. Por una parte se ve el rostro de frente; por otra de perfil, y por otra la parte superior de la cabeza. Las facciones son gruesas, pero tolerables, y demasiado tosco el trabajo para que se pueda atribuir á mano española. Esta copa fué comprada por Odoardo, conde de Oxford, cuando se hallaba en el puerto de Cadiz.” Hasta aquí Robertson, á cuyas observaciones respondo. 1. Que no tuvo motivo para creer que aquel tosco trabajo fuese realmente mexicano. 2. Que tampoco sabemos si las personas á cuyo juicio creyó deber fiarse Robertson, merecian tambien nuestra confianza; pues vemos que aquel escritor se fia con mucha frecuencia del testimonio de Gage, de Corral, de Ibañez, y de otros autores muy poco dignos de crédito. Tambien pudo ser que aquellas personas tuviesen caliente la imaginación; pues segun la índole de la corrompida especie humana, es mas comun calentarse la imaginación en contra, que en favor de una nacion. 3. Que es bastante probable fuesen realmente mexicanas las armas que aquellos inteligentes creyeron orientales; pues estamos seguros por el testimonio de todos los escritores de México, que aquellas naciones usaban armaduras de placas ó hojuelas de cobre, y que con ellas se cubrian el pecho, los brazos y los muslos, para defenderse de las flechas, y no sabemos que hayan tenido el mismo uso los habitantes de las islas Filipinas, ni algun otro pueblo de los que con ellos tenian

tráfico y comunicacion. Los dragones representados en aquellas armas, lejos de confirmar, como cree Robertson, la opinion de los que las tienen por orientales, confirman mas bien la mia; pues no ha habido pueblo en el mundo que haya usado en sus armas las figuras de animales terribles tan comunmente, como hacian los Mexicanos. Ni es de extrañar que estos tuviesen idea de los dragones, pues tambien la tenian de los grifones, como asegura Gomara, el cual dice que algunos señores tenian en sus armas la figura de un grifon, con un riervo en las garras. 5. Que aunque sean toscas las imágenes formadas en aquellas labores de oro y plata, bajo otro aspecto podrian ser excelentes, maravillosas é inimitables; pues en ellas deben considerarse dos clases de trabajo que no tienen entre sí la menor conexión, á saber: la fundicion y el dibujo. El famoso pez de que ya he hablado, tendria quizás una forma incorrecta y desproporcionada, sin que esto disminuya el mérito de aquella admirable alternativa de escamas de oro y plata, hechas en la fundicion. 6. Finalmente, el juicio de algunas personas desconocidas al público, sobre aquellos pocos objetos de dudoso origen que están en el gabinete de Madrid, no puede contrapesar la unánime decision de todos los historiadores antiguos, que vieron y describieron muchos trabajos de aquella especie, indudablemente mexicana.

De todo lo que llevo dicho hasta ahora, se infiere el gran agravio que hace Mr. de Paw á los Mexicanos, creyéndolos inferiores en industria y sagacidad á los pueblos mas incultos del antiguo continente. El P. Acosta, hablando de los peruanos, dice: "Si estos hombres son bestias, dígalos quien quiera; yo estoy seguro que en aquellos á que se aplican, nos son muy supe-

riores." Esta ingenua confesion de un europeo de tan sana crítica, y tan imparcial en sus opiniones, vale algo mas que todas las invectivas de un filósofo prusiano, y de un historiador escocés, mal instruidos uno y otro en las cosas del Nuevo-Mundo, y estrañamente prevenidos contra los pueblos que lo habitan.

Pero aun concediendo á Mr. de Paw que la industria de los americanos en sus artes sea inferior á la de los otros pueblos del mundo, nada debe inferirse de aquí contra las calidades mentales de aquellos pueblos, ni contra el clima de sus regiones, siendo cierto é indudable que la mayor parte de los inventos y progresos de la industria, se deben mas que al ingenio, á la suerte, á la necesidad y á la codicia. Los hombres mas diestros en las artes no son siempre los mas ingeniosos, sino los que mas necesidades padecen, y los que mas vivamente sienten los deseos de adquirir. "La esterilidad de la tierra, dice Montesquieu, hace industriosos á los hombres, porque se ven precisados á proporcionarse de un modo ó de otro lo que la tierra les rehusa. La fertilidad de la tierra trae consigo la facilidad de mantenerse, y al mismo tiempo la desidia. "La necesidad, dice el mismo Robertson, es el estímulo y el conductor del género humano en el camino de los inventos." Los chinos no serian ciertamente tan industriosos como son, si la excesiva poblacion del pais no hiciese tan difícil la subsistencia; ni en Europa se hubieran hecho tantos progresos en las artes, si hubiese faltado el aliciente de los premios, á la esperanza de mejorar fortuna en los que las cultivan. Sin embargo de todo, los Mexicanos pueden alegar en su favor muchos inventos capaces de inmortalizar sus nombres, como son, ademas de sus famosas fundiciones de metales finos, y sus inimitables mo-

saicos de plumas y de conchas, el papel que hacian con algodón, maguey, seda y palma de monte (1); sus tintes de colores indelebles; sus hilados y tejidos del pelo mas sutil del conejo y de la liebre; sus navajas de afeitar de obsidiana ó piedra *itzilli*; la industriosísima cria de la cochinilla, para sacar de este insecto tan preciosos colores; el esmalto de los pavimentos de las casas y otros muchos no menos dignos de admiración, cuyos pormenores pueden verse en esta obra, y en la de todos los historiadores de México, así como de los inventos y progresos industriales de los peruanos, dan suficiente idea las obras del Inca Garcilazo y del P. Acosta, y las *Cerzas Americanas* de Carli. Pero ¡qué extraño es que las naciones civilizadas del nuevo continente poseyesen aquellas invenciones y conocimientos; cuando entre los pueblos bárbaros del mismo se han encontrado artes singularísimas y nunca vistas en Europa. ¡Qué invento, por ejemplo, mas extraordinario que el de domesticar los peces del mar, y servirse de ellos para pescar otros mas grandes, como hacian los habitantes de las Antillas! Esta sola prueba de ingenio y destreza, da que hacen mención Oviedo (1), Gomara y otros autores, bastaria para desmentir las invectivas de Mr. de Paw contra la industria de los americanos.

(1) Véase lo que digo sobre el papel en el libro vii. La invencion del papel es sin duda mas antigua en América que en Egipto, de donde pasó á Europa. Es cierto que el papel mexicano no es comparable en finura al europeo; pero debe temerse presente que no lo hacia para escribir sino para pintar.

(2) El pez de que los indios se servian para dar caza á otros mayores, como en Europa se usan los alcones para cazar otras aves, es el llamado en aquellas islas *Guaican*, y por los españoles *Reverso*. Oviedo describe el modo con que hacian esta pesca.

LENGUA MEXICANA.

“Las lenguas de América, dice Mr. de Paw, son tan limitadas y tan escasas de palabras, que no es posible expresar en ellas ningún concepto metafísico. En ninguna de ellas se puede contar mas allá de tres (en otra parte dice que los Mexicanos contaban hasta diez). No es posible traducir un libro, no ya en las lenguas de los algonquinos y de los guaraníes ó paraguayeses, pero ni aun en las de México y Perú, por no haber en ellas suficiente cantidad de voces para expresar nociones generales.” El que lea estas decisiones magistrales del filósofo prusiano, se persuadirá sin duda que pronuncia su fallo, despues de haber viajado por toda la América, y de haber examinado todas las lenguas que se hablan en aquel continente; pero no es así: sin salir de su gabinete de Berlín, sabe mejor todo lo que pasa en América, que los mismos americanos, y en el conocimiento de las lenguas es superior á los que las hablan. Yo aprendí la mexicana; y la oí hablar á los Mexicanos por espacio de muchos años, y no sabia que fuese tan escasa de voces numerales y de términos significativos de ideas universales, hasta que me descubrió este gran secreto Mr. de Paw. Sabia que los Mexicanos habian dado el nombre de *Centzontli* (esto es 400) ó mas bien el de *Centzontlatale* (esto es el que tiene 400 voces) á aquel pájaro tan célebre por su singular dulzura, y por la incomparable variedad de su canto. Tambien sabia que los antiguos Mexicanos contaban por *xiquipilli* las almendras de cacao que empleaban en el comercio, y sus tropas en la guerra; así que, para decir, por ejemplo, que un ejército se componia de 40,000 hombres, decian que tenia 5 *xiquipilli*. Sabia yo, en fin, que los Mexicanos tenían voces numerales para expresar cuantos millares y

millones querian; pero Mr. de Paw sabe todo lo contrario, y no hay duda que lo sabrá mejor que yo, porque yo tuve la desgracia de nacer en un clima menos favorable que el de Prusia, á las operacio-

nes intelectuales. Sin embargo, para satisfacer la curiosidad de mis lectores quiero ponerles á la vista la serie de nombres numerales de que se han servido siempre las naciones de Anáhuac.

VOCES NUMERALES DE LOS MEXICANOS.

| | | |
|----|-------|---------------------|
| 1 | | <i>Ce.</i> |
| 2 | | <i>One.</i> |
| 3 | | <i>Yei.</i> |
| 4 | | <i>Nahui.</i> |
| 5 | | <i>Macuilli.</i> |
| 6 | | <i>Chicuace.</i> |
| 7 | | <i>Chicome.</i> |
| 8 | | <i>Chicuei.</i> |
| 9 | | <i>Chicu nahui.</i> |
| 10 | | <i>Matlactli.</i> |
| 15 | | <i>Chactoltli.</i> |

Con estas voces diversamente combinadas entre sí, y con los tres nombres de *Po-hualli*, 6 *Poalli* 20, *Tzontli* 400, y *Xiquipilli* 8,000, espresan cualquiera cantidad, como

| | | |
|------------------|-------|-------------------------|
| 20 | | <i>Cempoalli.</i> |
| 40 | | <i>Ompoalli.</i> |
| 60 | | <i>Epoalli.</i> |
| 80 | | <i>Nawhpoalli.</i> |
| 100 | | <i>Macuilpoalli.</i> |
| 120 | | <i>Chicuacempoalli.</i> |
| 200, 10 veces 20 | | <i>Matlacpoalli.</i> |
| 300, 15 veces 20 | | <i>Cactolpoalli.</i> |

De este mismo modo cuentan hasta llegar á 400.

| | | |
|--------------------|-------|--------------------------|
| 400 | | <i>Centsontli.</i> |
| 800 | | <i>Ontsontli.</i> |
| 1200 | | <i>Etzontli.</i> |
| 1600 | | <i>Nawhtzontli.</i> |
| 2000 | | <i>Macuiltzontli.</i> |
| 2400 | | <i>Chicuacentsontli.</i> |
| 4000, 10 veces 400 | | <i>Matlactzontli.</i> |
| 6000, 15 veces 400 | | <i>Caltoltzontli.</i> |

Este modo de numerar sigue hasta 8,000.

| | | |
|-------|-------|----------------------|
| 8000 | | <i>Cexiquipilli.</i> |
| 16000 | | <i>Onziquipilli.</i> |
| 24000 | | <i>Xziquipilli.</i> |

| | |
|-----------------------------------|---------------------------------|
| 32000 | <i>Nauhziquipilli.</i> |
| 40000 | <i>Macuitziquipilli.</i> |
| 48000 | <i>Chicucaniziquipilli.</i> |
| 80000, 10 veces 8000 | <i>Mallaiziquipilli.</i> |
| 120000, 15 veces 8000 | <i>Caxtolziquipilli.</i> |
| 160000, 20 veces 8000 | <i>Cempotziquipilli.</i> |
| 320000, 40 veces 8000 | <i>Onypoatziquipilli.</i> |
| 3,200,000, 400 veces 8000 | <i>Centzonziquipilli.</i> |
| 6,400,000, 800 veces 8000 | <i>Outzonziquipilli.</i> |
| 32,000,000, 4000 veces 8000 | <i>Maclactzonziquipilli.</i> |
| 48,000,000, 6000 veces 8000 | <i>Cultotzonziquipilli (1).</i> |

(1) Dije que podían contar hasta 48,000,000 cuando menos, porque pueden contar mayores cantidades, pero necesitan emplear palabras más largas, y lo dicho basta para desmentir á Mr. de Paw.

En este catálogo de voces numerales mexicanas, se echa de ver que los que, según Mr. de Paw, no tenían palabras para contar más allá de tres, podían contar, á lo menos, hasta 48,000,000. Del mismo modo me sería fácil rebatir el error de Mr. de La Condamine, y del mismo Mr. de Paw, alegando el ejemplo de otras muchas lenguas de América, aun de las que se usaban por pueblos que se creían generalmente bárbaros. Actualmente se hallan en Italia personas muy prácticas en las cosas del Nuevo-Mundo, y que pueden dar razón de más de 60 lenguas americanas; pero todo esto serviría tan sólo para cansar la paciencia de los lectores. Entre los materiales que he recogido para esta obra, tengo los nombres numerales de la lengua araucana, que con ser de una nación más guerrera que culta, tenía voces para contar millones (1).

No es menor la equivocación de Mr. de

Paw en afirmar que las lenguas americanas no pueden expresar conceptos metafísicos; noticia que ha sacado de la obra de Mr. de la Condamine. "Tiempo, dice este filósofo, hablando de las lenguas americanas, *duracion, espacio, ser, sustancia materia, cuerpo*, todas estas palabras y otras muchas carecen de equivalente en aquellos idiomas. No solo los nombres de los seres metafísicos, sino también los de las ideas morales carecen de voces propias, y solo pueden expresarse aquellos conceptos, muy imperfectamente y con largas circunlocuciones." Pero Mr. de la Condamine sabía tanto de lenguas americanas como Mr. de Paw, y sin duda se informó de algún hombre ignorante, como sucede tantas veces á los viajeros. Yo estoy íntimamente convencido de que muchas lenguas americanas no tienen esa escasez de voces de que hablan aquellos escritores; pero dejando esto por ahora, habiemos solo de la mexicana, que es el principal objeto de la disputa.

Es cierto que los Mexicanos no tenían voces para expresar los conceptos de la materia, de la sustancia, del accidente y otros semejantes; pero también es cierto

(1) *Mari*, en lengua araucana vale 10; *Pataca*, 100; *Huranca*, 1,000; *Maripatacahurancu*, 1,000,000. Después de escrita esta Disertación he adquirido la serie de voces numerales de la lengua *otomíte*, que aunque se cree una de las más imperfectas de América, puede expresar todo número de millares.

que ninguna lengua de Asia y de Europa las tenía, hasta que los griegos empezaron á formar ideas abstractas, y á inventar voces para expresarlas. El gran Ciceron, que también sabia su lengua latina, y que floreció en tiempo de su mayor perfección, aunque la creía mas abundante que la griega, trabajó mucho en sus obras filosóficas en hallar voces correspondientes á las ideas metafísicas de los griegos. ¡Cuántas veces no se vió obligado á crear términos nuevos, equivalentes en algun modo á los griegos, porque no los hallaba en su idioma nativo! Y aun en la actualidad, despues que aquella lengua se ha enriquecido con muchas palabras inventadas por Ciceron, y por otros doctos romanos, que á su ejemplo se dieron al estudio de la filosofía, le faltan expresiones correspondientes á muchos conceptos metafísicos, y para darlos á entender, tiene que hechar mano del bárbaro language de las escuelas. Ninguna de las lenguas que hablan los filósofos de Europa tenía voces significativas de la sustancia, del accidente, y de otros conceptos semejantes; por lo que fué necesario emplear las griegas y latinas. Los Mexicanos antiguos, que no

se aplicaron al estudio de la metafísica, merecen alguna disculpa por no haber inventado el language propio de aquella ciencia: no es, sin embargo, tan escasa su lengua de voces significativas de ideas generales, como Mr. de la Coudamine asegura que lo son las de los pueblos de la América Meridional; antes bien afirmo que hay pocas lenguas más capaces de expresar las ideas metafísicas, que la mexicana, porque es difícil hallar otra en que tanto abunden los nombres abstractos. Pocos son los verbos que tiene, de que no pueden formarse nombres verbales correspondientes á los latinos en *to*, y pocos los nombres sustantivos y adjetivos, de que no se formen nombres abstractos, que expresan el ser, ó la *quidditas* de las escuelas. No encuentro la misma facilidad en el hebreo, en el griego, en el latino, en el frances, en el inglés, en el italiano, en el español y en el portugués, de cuyos idiomas me parece tener el conocimiento necesario para hacer la comparación. Para ilustrar mas este asunto, y satisfacer la curiosidad de los lectores, dare aquí algunas de aquellas voces, que suelen oírse en boca de los indios mas groseros:

CATÁLOGO DE VOCES MEXICANAS QUE SIGNIFICAN IDEAS

METAFÍSICAS Y MORALES.

| | |
|----------------|------------------------------|
| Cosa..... | <i>Tlamantli.</i> |
| Esencia..... | <i>Geüzitli.</i> |
| Bondad..... | <i>Cualloti.</i> |
| Verdad..... | <i>Nébiliztli.</i> |
| Unidad..... | <i>Cébiliztli.</i> |
| Dualidad..... | <i>Omutiliztli.</i> |
| Trinidad..... | <i>Jeüliztli.</i> |
| Dios..... | <i>Teotl.</i> |
| Divinidad..... | <i>Teoyotl.</i> |
| Reflexion..... | <i>Negolnonotzaliztli.</i> |
| Prevision..... | <i>Thatchtopaitlaliztli.</i> |

| | |
|--------------------|----------------------------|
| Benignidad..... | <i>Tlatlacoyotl.</i> |
| Humildad..... | <i>Necnonatiliztli.</i> |
| Gratitud..... | <i>Tlazocomatiliztli.</i> |
| Soberbia..... | <i>Nepohuatiliztli.</i> |
| Avaricia..... | <i>Teoyehuacatiliztli.</i> |
| Envidia..... | <i>Nexicoltli.</i> |
| Perseverancia..... | <i>Tlatzihuitli.</i> |

Por la excesiva cantidad de estas voces que forman el caudal de la lengua mexicana, ha sido muy fácil espesar en ella los misterios de nuestra religión, y traducir algunos libros de la Sagrada Escritura, entre otros los proverbios de Salomón y los Evangelios, los cuales, como la Imitación de Cristo de Tomás Kempis y otros semejantes, que se leen hoy en aquel idioma, contienen un vasto caudal de voces significativas de ideas metafísicas y morales. Son tantos los libros publicados en lengua mexicana sobre la religión y la moral cristiana, que con ellos solos podría formarse una buena librería. Al fin de esta Disertación daré un catálogo de los principales autores de que me acuerdo, no menos para confirmar cuanto llevo dicho, que en testimonio de gratitud á sus desvelos. Algunos de ellos han publicado un gran número de obras, que yo mismo he visto: otros, para facilitar á los españoles la inteligencia de la lengua mexicana, han compuesto gramáticas y diccionarios de esta.

Lo que digo del mexicano, se puede afirmar igualmente de las otras lenguas que se hablaban en aquellos dominios, como la otomita, la matlazincá, la mixteca, la zapoteca, la totonaca y la popolueca; pues también se han compuesto gramáticas y diccionarios de todas ellas, y en todas se han publicado tratados de religión, como se verá en dicho catálogo.

Los europeos que han aprendido el mexicano, entre los cuales hay italianos, fran-

ceses, flamencos, alemanes y españoles, le han tributado grandes elogios, y algunos la han encomiado hasta creerla superior á la griega y á la latina, como en otra parte he dicho. Boturini afirma que "en la urbanidad, en la cultura y en la sublimidad de las expresiones, no hay lengua alguna que pueda serle comparada." Este escritor no era español, sino Milanes: no era un hombre vulgar, sino crítico y erudito: sabía muy bien á lo menos el latín, el italiano, el francés, el español, y del mexicano lo suficiente para formar un juicio comparativo. Reconozca pues su error Mr. de Paw, y aprenda á no decidir en las materias que ignora.

Una de las pruebas de que el conde de Buffon echa mano en apoyo de la reciente organización de la materia en el Nuevo-Mundo, es que los órganos de los americanos son ásperos, y sus idiomas bárbaros. "Véase, dice, la lista de sus animales, cuyos nombres son de tan difícil pronunciación, que parece increíble haya habido europeos que se hayan tomado el trabajo de escribirlos." Yo no me maravillo tanto de su trabajo en escribirlos, como de su descuido en copiarlos. Entre los autores europeos que han escrito la historia natural y civil de México en Europa, no he hallado uno solo que no haya alterado considerablemente los nombres de las personas, de los animales y de las ciudades, desfigurándolos de tal manera, que á veces es enteramente imposible adivinar lo que querían decir. La Historia

de los animales de México pasó de las manos de su autor el Dr. Hernandez á las de Nardo Antonio Recchi, que no sabia una palabra del mexicano: de las de Recchi á las de los académicos linecos de Roma, que la publicaron con notas y disertaciones, y esta fué la obra de que se valió el conde de Buffon. Era imposible que se conservasen los verdaderos nombres de los animales, pasando por tantos europeos que ignoraban la lengua del país. Para convencerse de las alteraciones que el mismo conde de Buffon introdujo en aquellos nombres, basta comparar los que escribe en su Historia Natural, con los que se leen en la edicion romana de Hernandez. Generalmente hablando, es cierto que la dificultad que hallamos en pronunciar una lengua, á la cual no estamos acostumbrados, especialmente si sus articulaciones no son semejantes á las más frecuentes en nuestro propio idioma, no prueba de ningun modo que aquella sea bárbara. Esa misma dificultad que el conde de Buffon encuentra en la pronunciaci6n de la lengua mexicana, hallan los Mexicanos en la pronunciaci6n de la francesa. Los que están acostumbrados á la española, experimentan gran trabajo en pronunciar la polaca y la alemana, y las tienen por las más ásperas, y duras de todas. La lengua mexicana no fué la de mis padres, ni yo la aprendí en la infancia: sin embargo, todos los nombres mexicanos de animales que el conde de Buffon copia en su obra, como prueba de la barbarie de aquella lengua, me parecen, sin comparacion, de mucho más fácil pronunciaci6n, que otros de lenguas europeas de que también hace uso (1). Lo mismo

dirán los europeos que no están acostumbrados á los idiomas de que los saca, y no faltará quien se maraville de que aquel naturalista se haya tomado el trabajo de copiar aquellas voces, capaces de arredrar al escritor más animoso. Como quiera que sea, cuando se trata de lenguas extranjeras, debemos referirnos al juicio de los que las saben, y no á la opinion de los que las ignoran.

LEYES DE LOS MEXICANOS.

Queriendo Mr. de Paw desmentir la antigüedad que Gemelli atribuyó por equivocacion á la capital de México, alega *la anarquía de su gobierno, y la escasez de sus leyes*; y tratando del gobierno de los peruanos, dice "que no puede haber leyes en un estado despótico, y que aunque las haya habido en algun tiempo, es imposible analizarlas en el día, porque no las conocemos, ni podemos conocerlas, porque nunca fueron escritas, y su memoria debia perecer con la muerte de los que las sabian."

Hasta ahora nadie habia hecho mencion de la anarquía de México: para esto gran descubrimiento ha sido necesario que venga al mundo Mr. de Paw, cuyo cerebro parece singularmente organizado para entender las cosas al revés que todos las entienden. Todos las que han leído algo saben que los pueblos mexicanos vivian bajo la autoridad de ciertos señores, y todo el estado bajo la de un gefe supremo, que era el rey de México. Todos los autores hablan del gran poder de que gozaba aquel soberano en los negocios públicos, y del sumo respeto con que lo acataban sus vasallos. Si esto es anarquía, se-

(1) Véase los nombres siguientes que el conde de Buffon usa, y compárense con los mexicanos aun alterados por él:—

Beardmannetjes.—*Miszorzechowa.*—*Nied-*

ziedz.—*Brandhirts.*—*Stachelschwein.*—*Przawiaska.*—*Cheńnikszarzeszk.*—*Siedenschlofer.*—*Meerschwein.*—*Wdzierszur.*—*Sterzecztek.*—*Sczurcz.*

nán sin duda anárquicos todos los estados del mundo.

El despotismo no se conoció en México hasta los últimos años de la monarquía. En los tiempos anteriores, siempre habían los reyes observado las leyes promulgadas por sus predecesores, y cuidaban con gran celo de su ejecución. Aun en los tiempos de Moctezuma II, que fué el único rey verdaderamente despótico, los magistrados juzgaban según las leyes del reino, y el mismo Moctezuma castigaba severamente á los trasgresores, abusando tan solo de su poder en lo que podía contribuir al aumento de su opulencia y de su autoridad.

Estas leyes no eran escritas; pero se perpetuaban en la memoria de los hombres por la tradición y por las pinturas. No había súbdito alguno que las ignorase: porque los padres de familia no cesaban de instruir en ellas á sus hijos, á fin de que huyendo de la trasgresion, evitasen el castigo que les estaba señalado. Eran infinitas las copias de las pinturas mexicanas en que se expresaban las disposiciones de las leyes vigentes; pues aun han quedado muchas que yo he visto, no obstante haber sido tan furiosamente perseguidas por los españoles. Su inteligencia no es difícil para los que conocen los signos y figuras de que los Mexicanos se valían para representar las cosas, y saben su lengua, y la significacion de sus caracteres: mas, para Mr. de Paw, deben ser tan oscuras como las leyes de los chinos, escritas en caracteres de aquella nacion. Ademas de que, después de la conquista, muchos Mexicanos escribieron las leyes de México, Acolhuacan, Tlaxcala, Michuacan &c., con los caracteres de nuestra escritura. Entre otros D. Fernando de Alva Ixtlixochitl escribió en lengua española las 80 leyes promulgadas por su cé-

lebra abuelo el rey Nezahualcoyotl, como he dicho en la Historia. Los españoles indagaron las leyes y usos antiguos de aquellas naciones con mas diligencia que las otras partes de su organizacion social; porque su conocimiento importaba mucho al gobierno cristiano, civil y eclesiástico, especialmente con respecto á los matrimonios, á las prerogativas de la nobleza, á la cualidad del vasallaje y á la condicion de los esclavos. Se informaron verbalmente de los indios mas instruidos, y estudiaron sus pinturas. Ademas de los primeros misioneros, que trabajaron con gran fruto en esta empresa, D. Alfonso Zurita, uno de los principales jueces de México, docto en la legislacion, y práctico en aquellos países, hizo esmeradas indagaciones por órden de los reyes católicos, y compuso la utilísima obra de que hice mencion en el catálogo de los escritores de las cosas antiguas de México. Así es como pueden saberse las leyes de los antiguos Mexicanos sin necesidad de que ellos las hubiesen dejado por escrito.

Pero ¿que leyes? "Dignas muchas de ellas, dice Acosta, de nuestra admiracion, y que podian servir de modelo á los pueblos cristianos." En primer lugar era muy sábia y prudente la constitucion del estado en lo relativo á la sucesion de la corona; pues al mismo tiempo que evitaba los inconvenientes inseparables de la sucesion hereditaria, escioia los que siempre se han experimentado en la electiva. Debía ser elegido un individuo de la familia real, para conservar el esplendor del trono, y alejar de tan alta situacion á todo hombre de bajo nacimiento. No sucediendo el hijo, sino el hermano, no habia peligro de que tan eminente é importante dignidad estuviese espuesta á la indiscrecion de un jóven inesperto, ni á la malignidad de un regente ambicioso. Si los hermanos hubieran debido su-

ceder según el orden de su nacimiento, tal vez hubiera tocado la corona á un hombre inepto, incapaz de gobernar, espieniéndose tambien al riesgo de que el heredero presuntivo maquinase contra la vida del soberano para anticipar la sucesion: la eleccion evitaba uno y otro inconveniente. Los electores escogian entre los hermanos del rey muerto, y si no habia hermanos, entre los hijos de los reyes predecesores, el mas digno de ponerse á la cabeza de la nacion. Si hubiera pertenecido al rey el nombramiento de los electores, hubiera designado los mas favorables á sus designios, procurando cautivar sus sufragios en favor del hermano preferido, y quizás tambien en favor de su hijo, hollando las leyes fundamentales del estado; pero no era así, pues el cuerpo de la nobleza nombraba los electores, y ella representaba la opinion y los votos de toda la nacion. Si el empleo de elector hubiera sido perpetuo, no hubieran hallado dificultad los electores, abusando de su autoridad, en apoderarse de la monarquía; pero como el voto electoral terminaba en la primera eleccion, y entónces se nombraban otros electores para la siguiente, no era tan facil que la ambicion se abandonase á la ejecucion de sus proyectos. Finalmente, para evitar otros inconvenientes, los verdaderos electores no eran mas de cuatro, hombres de la primera nobleza, de acreditada prudencia y de notoria probidad. Es cierto que aun con todas estas precauciones no siempre se conseguia evitar desórdenes y sobornos; pero ¿hay alguna clase de gobierno entre los hombres que no esté espuesto á mayores males?

La nacion Mexicana era guerrera, y necesitaba por tanto de un gefe esperto en el arte de la guerra. ¿Qué arbitrio podia inventarse mas eficaz para conse-

guir aquel fin, que el de no conferir la corona, sino al que por sus méritos hubiese obtenido ántes el cargo de general de ejército; y de no coronar sino al que después de la eleccion hubiese tomado en la guerra las victimas que, según su sistema de religion, debian sacrificarse en las fiestas de aquella solemnidad?

La prouititud con que los Mexicanos sacudieron el yugo de los Tapanecas, y la gloria que adquirieron con sus armas en la conquista de Azcapozalco, debian excitar naturalmente la rivalidad y la desconfianza de sus vecinos, y especialmente del rey de Acolhuacan, que habia sido y era el mayor potentado de aquellas regiones: á lo que se añadia que estando aun vacilante el trono de México, necesitaba de fuertes apoyos que lo sostuviesen. El rey de Acolhuacan, que acababa de recobrar con el auxilio de los Mexicanos la corona de que lo habia despojado el tirano Tezozomoc, debia temer que algun súbdito poderoso, siguiendo las huellas de aquel usurpador, escitase á la rebelion una parte de sus pueblos, y lo privase como sucedió á su padre, de la corona y de la vida. Mas graves debian ser los temores del rey de Tlacopan, que ocupaba un trono recién erigido, y cuyo poder no era considerable. Cada uno de estos dos monarcas, por sí solo, no gozaba de mucha seguridad, y debía desconfiar de los otros dos; pero unidos los tres, formaban un poder invencible. ¿Cuál fué pues el partido que tomaron? El de formar una triple alianza que aseguraba á cada uno contra la ambicion de los otros dos, y á los tres contra la rebeldia de sus súbditos. A este pacto se deben la consolidacion de los tronos de Acolhuacan y de Tlacopan, y las conquistas que hicieron los Mexicanos: la union de los tres estados fué tan firme y estuvo tan bien ordenada, que no se

deshizo ni vaciló jamas, hasta la llegada de los españoles. Este solo rasgo de política demuestra suficientemente el discernimiento y la sagacidad de aquellos pueblos; pero aun hay otros muchos de que no podría hacer mención, sin repetir una gran parte de lo que he dicho en mi Historia.

El orden judicial de los Mexicanos y de los Texocanos nos ofrece tambien útiles lecciones de arreglo y de justicia. La diversidad de grados en los jueces contribuía al buen orden y á la subordinacion de la magistratura: su asidua frecuencia á los tribunales, desde el rayar del dia hasta la noche, abreviaba los procesos, y apartaba á los jueces de muchas prácticas clandestinas, que hubieran podido prevenirlos en favor de algunas de las partes. La pena de muerte prescrita contra un gran número de prevaricadores, la puntualidad de su ejecucion, y la vigilancia de los soberanos, retenían á los magistrados en los límites de su obligacion, y los suministros que se les hacian, por cuenta del monarca, de todo lo que bastaba á satisfacer sus necesidades, los hacia inescusables; y los ponía al abrigo de la corrupcion. Las reuniones que se celebraban de veinte en veinte dias, presididas por el rey, y particularmente la asamblea general de la magistratura, que se verificaba de ochenta en ochenta dias, para terminar las causas pendientes, ademas de evitar los grandes males que acarrea la lentitud de los juicios, ofrecia á los jueces una ocasion oportuna de comunicarse reciprocamente sus luces y sus observaciones. De este modo el rey conocia á fondo á las personas á quienes habia encargado aquellas elevadas funciones; la inocencia tenia mas recursos, y el aparato del juicio daba mayor influjo y mas respeto á los tribunales. Aquella ley que permitia la apela-

cion del tribunal *Tlacatecalli* al *Cihuacoatl* en las causas criminales, y no en las civiles, manifiesta que los Mexicanos, respetando las leyes de la humanidad, conocian que se necesitaba mayor número de pruebas para creer á un hombre culpable, que para declararlo deudor. En los juicios criminales no se admitia otra prueba contra el reo que la deposicion de los testigos. Jamas emplearon la tortura para arrancar al inocente, á fuerza de dolor, la confesion del crimen que no habia cometido: jamas se valieron de aquellas bárbaras pruebas del duelo, del fuego del agua hirviendo y otras semejantes, que fueron la legislacion dominante de los pueblos europeos, y que hoy no podemos leer sin horror en las historias. "No habrá quien no se maraville, dice sobre este asunto Montesquieu, que nuestros abuelos los hiciesen depender el honor, el bienestar y la propiedad de los ciudadanos; de ciertas prácticas que no entraban en la jurisdiccion de la razon, sino que pertenecian esclusivamente á la suerte; y que empleaban continuamente pruebas que nada probaban, y que no tenian la menor conexiõn con la inocencia ni con el delito." Lo que decimos ahora de este género de pruebas, dirá la posteridad de la tortura, y las generaciones futuras no cesarán de admirar que este bárbaro arbitrio haya sido tanto tiempo un uso general de la parte mas civilizada del mundo. El juramento era prueba de mucho peso en los juicios de los Mexicanos, como ya he dicho, pues no creian que pudiese haber perjuros, estando persuadidos de los terribles castigos que los dioses imponian infaliblemente á este crimen; pero no sabemos que esta prueba se admitiese al actor contra el reo, sino solamente al reo para su justificacion.

Castigaban severamente todos aquellos

delitos que repugnan particularmente á la razon, y que son perjudiciales al estado, como el de lesa-majestad, el homicidio, el hurto, el adulterio, el incesto y los otros excesos de esta clase contra la naturaleza; el sacrilegio, la embriaguez y la mentira. Obraron sin duda sabiamente en no dejar impunes estos atentados; pero traspasaron los límites en la imposición de las penas, pues estas eran excesivas y crueles. No pretendo excusar las faltas de aquella nacion; mas tampoco puedo disimular que de todo lo que se halla reprehensible en su legislación, se encuentran ejemplos en los pueblos mas famosos del antiguo continente, y ejemplos que, si se comparan con las instituciones de los Mexicanos, harán parecer á estas suaves, y conformes á la razon. "Las célebres leyes de las doce tablas, dice Montesquieu, están llenas de disposiciones cruelesísimas. . . en ellas se ve el suplicio del fuego, y las penas son siempre capitales." Pues, sin embargo, esta es la celebradísima compilacion que hicieron los romanos de lo mejor que habian encontrado en los pueblos griegos. Y si esto era lo mejor de la cultísima Grecia, ¿qué sería lo que no era tan bueno? ¿Qué habrá sido la legislación de aquellos pueblos que ellos llamaban bárbaros? ¿Cuál ley mas inhumana y cruel que aquella de las doce tablas que permitía á los acreedores descuartizar al deudor que no pagaba, llevándose cada cual una parte de su cuerpo en satisfaccion de la deuda (1)? Y esta ley no se promulgó en Roma en los groseros principios de aquella famosa ciudad, sino 300 años despues de su fundacion. Por el contrario, ¿qué disposicion mas infame que aquella del famoso legis-

(1) "Si plures forent, quibus reus esse uideatur, secare si uellent, acque partiti corpus addicti sibi hominis permisissent."

lador Licurgo que permitía el hurto á los lacedemonios! Los Mexicanos castigaban este delito tan pernicioso á la sociedad; pero no la imponían la pena capital, sino cuando el ladrón no estaba en estado de satisfacer y pagar la ofensa con su libertad ó con sus bienes. No era así con los robos cometidos en los sembrados, porque estando estos por su situacion mas expuestos á la rapiña, tenían mas necesidad de la custodia de las leyes; pero esa misma ley que imponía la pena de muerte al que robaba una cierta cantidad de frutas ó de granos, permitía á los caminantes necesitados tomar de ellos lo que necesitaban, para socorrer la urgencia presente; cuánto mas racional no era esta disposicion que la de las doce tablas, que condenaba sin distincion á la pena de horca á todo el que tomaba algo en los sembrados ajenos (1)!

La mentira, aquel pecado tan penicioso á la sociedad, se deja comunmente impune en la mayor parte de los países del antiguo continente, y al mismo tiempo se castiga en el Japon con pena capital. Los Mexicanos se alejaron prudentemente de uno y otro extremo. Sus legisladores, bien instruidos en el genio y en las inclinaciones de la nacion, conocieron que si no se prescribían penas graves contra la mentira y contra la embriaguez, caerían los hombres de juicio para satisfacer sus respectivas obligaciones, y faltaría siempre la verdad en los tribunales, y la fidelidad en los contratos. La experiencia ha hecho conocer, cuán perjudicial sea á los mismos pueblos mexicanos la impunidad de estos dos delitos.

Pero en medio de su diversidad, los Mexicanos cuidaron de no confundir al inocente con el culpado en la aplicacion de

(1) "Qui frugem aratro quasitam furtim nox pavit secutivè suspensus cereri necatur."

las penas. Muchas leyes de Europa y de Asia prescribieron el mismo castigo al reo de alta traicion y á toda su familia. Los Mexicanos castigaban aquel crimen con pena capital; pero no privaban de la vida á los parientes del traidor, sino solo de la libertad; y no ya á todos, sino á los que teniendo noticia del crimen, y no habiendo querido revelarlo, se habian hecho tambien culpables. ¡Cuánto mas humana es esta ley que la del Japon! ley, dice Montesquieu, que castiga, por un solo delito, toda una familia y todo un barrio; ley que no reconoce inocentes donde quiera que hay culpables." No sabemos que los Mexicanos prescribiesen pena alguna contra los que murmuraban del gobierno: parece que no hicieron caso de este desahogo del amor propio de los súbditos, que con tanto horror se mira en otros países.

Sus leyes relativas al matrimonio eran sin duda mas honestas y mas decorosas que las de los romanos, griegos, persas, egipcios y otros pueblos del mundo antiguo. Los tartaros se casaban con sus hijas; los antiguos persas y asirios con sus madres; los atenienses y los egipcios con sus hermanas. En México estaba severamente prohibido todo enlace entre personas conjuntas en el primer grado de consanguinidad y de afinidad; excepto entre cuñados, cuando el hermano dejaba por su muerte algun hijo. Esta prohibicion da á conocer que los Mexicanos juzgaban con mas acierto del matrimonio que todas las naciones que acabo de nombrar. Aquella escepcion demuestra sus sentimientos humanos y benévolos. Si una viudada pasa á segundas nupcias, muchas veces tiene el pesar de ver á sus hijos poco amados por un padre á quien no deben la existencia; á su marido, poco respetado por los hijos que lo miran como un extraño, y á los hijos de uno y

otro matrimonio tan desamados y discordes entre sí, como si hubiesen nacido de diversas madres. Hablando pues segun las reglas de la política humana, que eran las únicas por las que se guiaban aquellas naciones, privadas del conocimiento de las santas leyes del cristianismo, ¿qué mejor arbitrio podian tomar para remediar males tan comunes como funestos, que el de casar á la viuda con el cuñado?

Muchas naciones antiguas de Europa, imitadas por no pocos pueblos modernos de Asia y Africa, compraban sus mugeres, y ejercian en ellas una autoridad mucho mas estendida que la que permite á los hombres el Autor de la naturaleza, tratándolas mas bien como esclavas, que como compañeras. El Mexicano no obtenia la mano de su esposa, si no es por medio de una lícita y decorosa pretension; y aunque presentaba algunos dones á sus padres, no se consideraban como precio de la hija, sino como un obsequio para cautivarse su benevolencia, á inclinar su ánimo á la aprobacion del contrato. Los romanos, aunque no tenian mucho reparo en prestar sus mugeres (1), estaban autorizados por las leyes á quitarles la vida, si las sorprendian en adulterio. Esta infame disposicion, que constituia á un hombre juez en su propia causa, y ejecutor de su sentencia, en lugar de disminuir el número de los adulterios, aumentaba el de los parricidios. Entre los Mexicanos no era lícito al esposo hacer un comercio infame con la compañera de su suerte; pero tampoco ejercia autoridad alguna en su existencia. El que quitaba la vida á su muger era condenado á muerte, aunque la

(1) "En Roma dice Montesquieu, era lícito al marido prestar á otro su muger. Lo dice espresamente Plutarco. Se sabe que Caton prestó su muger á Hortensio, y Caton no era capaz de violar las leyes patrias."

hubiese sorprendido en el acto de la infidelidad. Esto es, decían, usurpar la autoridad á los magistrados, á quienes toca conocer de los delitos, y castigarlos segun las leyes. Antes que Augusto promulgase la ley *Julia de adulteris*, "no sabemos, dice Luis Vives (1), que se sentenciase en Roma ninguna causa de adulterio:" es decir, que aquella gran nacion creció por espacio de mas de siete siglos, de justicia y de legislacion en materia tan grave y tan importante.

Si despues de haber comparado las leyes, quisiéramos hacer el paralelo de los ritos nupciales de aquellas dos naciones, hallabamos en una y otra una gran masa de supersticion; pero por lo demas se notará una gran variedad: los de los Mexicanos eran honestos y decentes; los de los romanos, obscenos é infames.

Por lo que respecta á las leyes de la guerra, es difícil que sean justas en un pueblo belicoso. El gran aprecio que en él se hace del valor y de la gloria militar, hace que se miren como enemigos á los que no lo son realmente, y el deseo de conquistar lo impulsa á traspasar los términos prescritos por la justicia. Sin embargo, en las leyes de los Mexicanos se notan rasgos de equidad, que harian honor á las naciones mas cultas. No era licito declarar la guerra, sin haber examinado ántes en pleno consejo sus razones, y sin que estas fuesen aprobadas por el gefe de la religion. A la guerra debian proceder las embajadas, que repetidas veces se enviaban al estado ó gobierno al cual se iba á declarar, para obtener pací-

ficamente por medio de un convenio, y antes de tomar las armas, el allanamiento del objeto de la disputa. Esta dilacion daba tiempo al enemigo á que se apercebiese á la defensa, y facilitaba su justificacion, contribuyendo á su gloria; pues se estimaba villanía y bajeza en aquellas gentes atacar á un enemigo desprovisto, y sin que precediera un reto solemne, á fin de que nunca pudiera atribuirse la victoria á la sorpresa, sino al valor. Es cierto que estas leyes no eran siempre escrupulosamente observadas; mas no por esto dejaban de ser sábias y justas: y si hubo injusticia en las conquistas de los Mexicanos, otro tanto, y algo mas puede decirse de las que hicieron los romanos, los griegos, los persas, los godos y otras célebres naciones.

Uno de los grandes males que trae consigo la guerra, es la hambre, como resultado de los estragos que se hacen en los campos. No es posible impedir de un todo esta calamidad; pero si ha habido una disposicion capaz de moderarla, fué el uso constantemente seguido por los pueblos de Anáhuac, de tener en cada provincia un sitio señalado para campo de batalla. No era menos conforme á la razon y á la humanidad la otra práctica de tener en tiempo de guerra, de cinco en cinco dias, uno entero de treguas y reposo.

Tenian aquellas naciones una especie de derecho de gentes, en virtud del cual, si el señor, la nobleza y la plebe desechaban las proposiciones que otro pueblo les hacia, y llegaba el caso de referirse á la decision de las armas, quedando vencido aquel estado que no habia querido admitir las condiciones propuestas, el señor perdía sus derechos de soberano, la nobleza el dominio que tenia en sus posesiones, la plebe quedaba sometida al servicio personal, y todos los que habian sido hechos

(1) Muchos juristas, dicen que la ley *Cornelia de Sicariis* fué la que despojó al marido de la potestad de quitar la vida á la muger adúltera; pero esta ley se promulgó en tiempo de Sila, á fines del siglo VII de Roma: así que, en cuanto al tiempo, no se diferencia mucho de la de Augusto.

prisioneros en las refriegas, eran privados, *quasi ex delicto*, de la libertad y del derecho á la vida. Todo esto se opone, sin duda, á las ideas que nos hemos formado de la humanidad; pero el convenio general de los pueblos hacia menos odiosa aquella violencia, y los ejemplos algo mas atroces de las mas cultas naciones del antiguo continente, disminuyen la crueldad que á primera vista ofrecen las prácticas de los americanos. "Entre los griegos, dice Montesquieu, los habitantes de una ciudad tomada á fuerza de armas, perdian la libertad, y eran vendidos como esclavos." Tampoco puede compararse la inhumanidad que los Mexicanos ejercian con sus prisioneros enemigos, con la que los atenienses practicaban con sus mismos conciudadanos. "Una ley de Aténas, dice el mismo autor, mandaba que cuando fuese sitiada una ciudad, se diese muerte á toda la gente inútil." Seguramente no se hallará ni en México, ni en ningun otro pueblo á medio civilizar del Nuevo-Mundo una ley tan bárbara como aquella de la nacion mas culta del antiguo: antes bien el principal cuidado de los Mexicanos y de las otras naciones de Anáhuac, cuando se tenia aviso de que una ciudad iba á ser sitiada, era la de poner en salvo los niños, las mugeres y los enfermos, en otras ciudades ó en los montes. Así preservaban aquella gente débil é indefensa del furor de los enemigos, y evitaban el consumo inútil de las provisiones.

Los tributos que se pagaban á los reyes de Anáhuac eran excesivos, y tiránicas las leyes relativas á su exaccion; pero estas leyes eran consecuencias del despotismo introducido en los últimos años de la monarquía mexicana: despotismo que, sin embargo, no llegó en su mayor aumento hasta el esceso de apoderarse de las tierras del imperio y de los bienes de

los ciudadanos, como han hecho muchos monarcas asiáticos: ni jamas se publicaron allí leyes fiscales tan extravagantes y duras como innumerables que se leen en los códigos del mundo antiguo, por ejemplo, la del emperador Anastasio que exigió un tributo por la respiracion: "*ut unusquisque pro haustu aeris pendat.*"

Pero si la tiránica ambicion de algunos reyes de México y de los otros países circunvecinos es digna de amarga censura, no es posible dejar de admirar en las leyes sobre el comercio, la cultura de aquellas naciones, y la sabiduría de sus legisladores. El tener en todas las ciudades y villas una plaza destinada al tráfico de todas las cosas que podian servir á las necesidades y placeres de la vida, era una disposicion ingeniosa, que reunia á todos los traficantes, para el mas pronto despacho de su género, y los ponía á la vista de los inspectores y comisarios, á fin de que se evitase todo fraude y desorden en los contratos. Cada clase de mercadería tenia su puesto determinado; con lo que era mas fácil preservar el buen orden, y se consultaba la comodidad del público, sabiendo cada cual donde se hallaba el objeto que deseaba adquirir. El tribunal de comercio establecido en la misma plaza del mercado, para cortar toda disputa entre los que compraban y vendian, y para castigar prontamente todo esceso que allí se cometiese, conservaba inviolables los derechos de la justicia y de la tranquilidad pública. A estas sábias disposiciones se debía el orden maravilloso, que en medio de tan excesivo número de concurrentes admiraron los primeros españoles.

Finalmente, en las leyes sobre los esclavos, los Mexicanos fueron superiores á las naciones mal cultas de la antigua Europa. Si se quiere comparar su legislacion en esta parte con la de los romanos, los

lacedemonios y otros pueblos célebres, se echará de ver en esta una crueldad que horroriza, y en aquella un gran respeto á las leyes de la naturaleza (1). Allí todos los hombres nacían libres, sin exceptuar los hijos del esclavo: este era dueño absoluto de lo que poseía, y de lo que adquiría con su industria y con su trabajo: el amo estaba obligado á tratarlo como hombre, y no como bestia; por lo que ningún derecho ejercía sobre su vida, y ni aun podía venderlo en el mercado, sino después de haber acreditado jurídicamente su indolencia. ¿Pueden imaginarse leyes más prudentes y más humanas? ¡Cuán diversas eran las de los romanos! Estos, por la excesiva autoridad que les concedían las leyes, eran dueños, no solo de todo lo que los esclavos adquirían con el sudor de su frente, sino de su vida, de que podían privarlos, según su capricho (2), tratándolos con la mayor crueldad, y atormentándolos del modo más atroz: y lo que más demuestra la indole inhumana de esta célebre nación, es que la misma legislación que tanto ampliaba la autoridad de los dueños en todo lo que era contrario á los esclavos, la restringía en cuanto les era favorable. La ley Fusia Caninia limitaba el número de esclavos que podían manumitirse por el testamento. En la ley Silianiana y en otras se prescribía que cuando un amo muriese violentamente, se diese también muerte á todos los esclavos que habitasen en su casa, y en los sitios inmediatos, hasta donde

(1) No hablo de los prisioneros de guerra, de que trataré en otra disertación.

(2) ¡Que extraño es que los romanos concediesen tan bárbara autoridad á los amos sobre los esclavos, habiéndola también concedido á los padres sobre sus hijos legítimos? *Endo liberis justis jus vite, necis, venundandi dique potestas patri.* Esta ley fué promulgada por los primeros reyes, é inserta por los decemvros en las XII tablas.

alcanzase su voz. Si el amo recibía la muerte en un viaje, morían los esclavos que habían quedado con él, y los que habían huido en el acto de la muerte, por manifiesta que fuese su inocencia. La ley Aquilia comprendía bajo una misma acción la herida hecha á un esclavo ajeno, y la que se hacía á una bestia. A tales excesos llegó la barbarie de los cultísimos romanos. No fueron en verdad más suaves las leyes de los lacedemonios, los cuales no concedían á los esclavos ninguna acción en juicio contra los que injuriaban ó insultaban.

Si además de todo lo dicho basta ahora, quisiéramos parangonar el sistema de educación practicado por los Mexicanos con el de los griegos, reconoceríamos que estos no daban á sus hijos tanta instrucción en las artes y ciencias, como aquellos á los suyos en las costumbres de sus antepasados. Los griegos se esmeraban en ilustrar la mente, y los Mexicanos en rectificar el corazón. Los atenienses prostituían á sus hijos, acostumbrándolos á la más execrable obscenidad, en las mismas escuelas destinadas á la enseñanza de las artes. Los lacedemonios amaestraban á los suyos en el robo, según lo dispuesto por Licurgo, con el objeto de hacerlos astutos y ligeros, y los castigaban rigorosamente cuando los sorprendían robando, no en pena del delito que cometían, sino de su poca destreza y habilidad. La educación doméstica de los Mexicanos era de diferente indole: ella comprendía las artes, la religión, la modestia, la honestidad, la sobriedad, la vida laboriosa, el amor á la virtud y el respeto á los mayores.

Este es un breve, pero verdadero ensayo de la cultura de los habitantes de Anáhuac, sacada de su historia antigua, de sus pinturas, de las relaciones de los más fidedignos y exactos historiadores españoles.

Así se gobernaban aquellos pueblos que *industria y sagacidad, á los mas groseros del antiguo continente*; aquellos pueblos de *mayor racionalidad* dudaron algunos europeos *inferiores en in-*

CATALOGO DE ALGUNOS AUTORES EUROPEOS Y CRIOLLOS,

QUE HAN ESCRITO SOBRE LA DOCTRINA Y MORAL CRISTIANA,
EN LAS LENGUAS DE ANAHUAC.

(A. significa religioso Agustino; D. Dominicano; F. Franciscano; J. Jesuita; P. Presbítero secular. La estrella denota que el autor publicó alguna obra.)

EN LA LENGUA MEXICANA.

- * Agustín de Betancourt, F. criollo.
- Alfonso de Escalona, F. español.
- Alfonso de Herrera, F. español.
- * Alfonso Molina, F. español.
- Alfonso Rangel, F. español.
- Alfonso de Trujillo, F. criollo.
- Andrés de Olmos, F. español.
- Antonio Dávila Padilla, D. criollo.
- Antonio de Tovar Motezuma, P. criollo.
- Arnaldo Bassace, F. francés.
- Baltazar del castillo, F. español.
- Baltazar Gonzalez, J. criollo.
- Bernabé Paez, A. criollo.
- Bartolomé de Alba, P. criollo.
- Benito Fernandez, D. español.
- Bernardino Pinelo, P. criollo.
- * Bernardino de Sahagún, F. español.
- * Carlos de Tapia Centeno, P. criollo.
- Felipe Díez, F. español.
- Francisco Gómez, F. español.
- Francisco Jiménez, F. español.
- García de Cisneros, F. español.

- Gerónimo Mendieta, F. español.
- Juan de la Anunciación, A. español.
- * Juan de Ayora, F. español.
- * Juan Bautista F. criollo.
- Juan de San Francisco, F. español.
- Juan Fochez, F. francés.
- * Juan de Gaona, F. español.
- Juan Mijangos.
- Juan de Rivas, F. español.
- Juan de Romanones, F. español.
- * Juan de Torquemada, F. español.
- Juan de Tobar, J. criollo.
- * José Pérez, F. criollo.
- * Ignacio de Paredes, J. criollo.
- * Luis Rodríguez, F.
- * Martín de León, D. criollo.
- * Maturino Gilbert, F. francés.
- Miguel Zarate, F.
- * Pedro de Gante, F. flamenco.
- Pedro de Oroz, F. español.
- * Toribio de Benavente, F. español.

EN LENGUA OTOMITE.

Alfonso Rangel.

Así se gobernaban aquellos pueblos que *industria y sagacidad, á los mas groseros del antiguo continente*; aquellos pueblos de *mayor racionalidad* dudaron algunos europeos *inferiores en in-*

CATALOGO DE ALGUNOS AUTORES EUROPEOS Y CRIOLLOS,

QUE HAN ESCRITO SOBRE LA DOCTRINA Y MORAL CRISTIANA,
EN LAS LENGUAS DE ANAHUAC.

(A. significa religioso Agustino; D. Dominicano; F. Franciscano; J. Jesuita; P. Presbítero secular. La estrella denota que el autor publicó alguna obra.)

EN LA LENGUA MEXICANA.

- * Agustín de Betancourt, F. criollo.
- Alfonso de Escalona, F. español.
- Alfonso de Herrera, F. español.
- * Alfonso Molina, F. español.
- Alfonso Rangel, F. español.
- Alfonso de Trujillo, F. criollo.
- Andrés de Olmos, F. español.
- Antonio Dávila Padilla, D. criollo.
- Antonio de Tovar Motezuma, P. criollo.
- Arnaldo Bassace, F. francés.
- Baltazar del castillo, F. español.
- Baltazar Gonzalez, J. criollo.
- Bernabé Paez, A. criollo.
- Bartolomé de Alba, P. criollo.
- Benito Fernandez, D. español.
- Bernardino Pinelo, P. criollo.
- * Bernardino de Sahagún, F. español.
- * Carlos de Tapia Centeno, P. criollo.
- Felipe Díez, F. español.
- Francisco Gómez, F. español.
- Francisco Jiménez, F. español.
- García de Cisneros, F. español.

- Gerónimo Mendieta, F. español.
- Juan de la Anunciación, A. español.
- * Juan de Ayora, F. español.
- * Juan Bautista F. criollo.
- Juan de San Francisco, F. español.
- Juan Fochez, F. francés.
- * Juan de Gaona, F. español.
- Juan Mijangos.
- Juan de Rivas, F. español.
- Juan de Romanones, F. español.
- * Juan de Torquemada, F. español.
- Juan de Tobar, J. criollo.
- * José Pérez, F. criollo.
- * Ignacio de Paredes, J. criollo.
- * Luis Rodríguez, F.
- * Martín de León, D. criollo.
- * Maturino Gilbert, F. francés.
- Miguel Zarate, F.
- * Pedro de Gante, F. flamenco.
- Pedro de Oroz, F. español.
- * Toribio de Benavente, F. español.

EN LENGUA OTOMITE.

Alfonso Rangel.

- Bernabé de Vargas.
- * Francisco de Miranda, J. criollo.
Juan de Dios Castro, J. criollo.
Horacio Carochi, J. milanés.
Pedro Palacios, F. español.
Pedro de Oroz.
Sebastian Ribero, F.
N. Sanchez, P. criollo.
- EN LENGUA TARASCA.
- * Ángel Sierra, F. criollo.
Juan Bautista Lagunas, F.
* Maturino Gilbert.
- EN LENGUA ZAPOTECA.
- Alfonso Camacho, D. criollo.
Antonio del Pozo, D. criollo.
Bernardo de Alburquerque, D. español,
obispo de Oaxaca.
Cristobal Agüero, D. criollo.
- EN LENGUA MIZTECA.
- Antonio Gonzalez, D. criollo.
* Antonio de los Reyes, D. español.
Benito Fernandez, D. español.
- EN LENGUA MAYA.
- Alfonso de Solana, F. español.
Andrés de Avendaño, F. criollo.
Antonio de Ciudad Real, español.
Bernardino de Valladolid, F. español.
Carlos Mena, F. criollo.
José Domínguez, P. criollo.
- EN LENGUA TOTONACA.
- Andrés de Olmos.
- Antonio de Santoyo, P. criollo.
Cristobal Diaz de Anaya, P. criollo.
- EN LENGUA POPOLUCA.
- Francisco Toral, F. español, y obispo
de Yucatan.
- EN LENGUA MATLAZINCA.
- Andrés de Castro, F. español.
- EN LENGUA HUASTECA.
- Andrés de Olmos.
* Carlos de Tapia Centeno.
- EN LENGUA MIXE.
- * Agustín Quintana, D. criollo.
- EN LENGUA KICHE.
- Bartolomé de Anleo, F. criollo.
Agustín de Avila, F.
- EN LENGUA CAKCHIQUEL.
- Alvaro Paz, F. criollo.
Antonio Saz, F. criollo.
Bartolomé de Anleo.
Benito de Villacañas, D. criollo.
- EN LENGUA TARAUMARA.
- Agustín Roa, J. español.
- EN LENGUA TEPEHUANA.
- Benito Rinaldini, T. napolitano.
- Ha habido otros muchos escritores en
otras lenguas; pero yo me he limitado á
citar aquellos cuyas obras han merecido
el aprecio de los inteligentes.



AUTORES DE GRAMÁTICAS Y DICCIONARIOS

DE LAS LENGUAS DE ANAHUAC.

DE LENGUA MEXICANA.

- * Agustín de Aldana y Guevara. *Gram. y diccion.*
- * Agustín de Betancourt. *Gram.*
- * Alfonso de Molina. y *Gram. diccion.*
Alfonso Rangel. *Gram.*
Andrés de Olmos. *Gram. y dicc.*
- * Antonio del Rincón, J. criollo. *Gram.*
Antonio Dávila Padilla. *Gram.*
Antonio de Tobar Motezuma. *Gram.*
- * Antonio Castelu, P. criollo. *Gram.*
- * Antonio Cortés Canal, P. indio. *Gram.*
Bernardino de Sahagún. *Gram. y dicc.*
Bernardo Mercado, J. criollo. *Gram.*
Bernabé Paez. *Gram.*
- * Carlos de Tapia Centeno. *Gram. y dicc.*
Cayetano de Cabrera, P. criollo. *Gram.*
Francisco Jimenez. *Gram. y dicc.*
- * Horacio Carochi. *Gram.*
- * Ignacio de Paredes. *Gram.*
- * José Pérez. *Gram.*
Juan Focher, J. Frances. *Gram.*

DE LENGUA OTOMITE.

- Horacio Carochi. *Gram.*
- Juan Rangel. *Gram.*
- Juan de Dios Castro. *Gram. y dicc.*
- Pedro Palacios. *Gram.*
- Sebastián Rivero. *Dicc.*
- N. Sánchez. *Dicc.*

DE LENGUA TARASCA.

- * Ángel Sierra. *Gram. y dicc.*
- * Juan Bautista de Languas. *Gram.*
- * Maturino Gilbert. *Gram. y dicc.*

DE LENGUA ZAPOTECA.

- Antonio del Pozo. *Gram.*

Cristóbal Agüero. *Dicc.*

DE LENGUA MIZTECA.

Antonio de los Reyes. *Gram.*

DE LENGUA MAYA.

- Andrés de Avendaño. *Gram. y dicc.*
- Antonio de Ciudad Real. *Dicc.*
- Luis de Villalpando. *Gram. y dicc.*
- * Pedro Beltrán, F. criollo. *Gram.*

DE LENGUA TOTOÑACA.

- Andrés de Olmos. *Gram. y dicc.*
- Cristóbal Díaz de Anaya. *Gram. y dicc.*

DE LENGUA POPOLUCA.

Francisco Toral. *Gram. y dicc.*

DE LENGUA MATLAZINCA.

Andrés de Castro. *Gram. y dicc.*

DE LENGUA HUASTECA.

- Andrés de Olmos. *Gram. y dicc.*
- Carlos de Tapia. *Gram. y dicc.*

DE LENGUA MIXE.

- * Agustín Quintana. *Gram. y dicc.*

DE LENGUA CAKCHIQUEL.

Benito de Villacañas. *Gram. y dicc.*

DE LENGUA TARAHUMARA.

- Agustín de Roa. *Gram.*
- Geronimo Figueras, J. criollo. *Gram. y dicc.*

DE LENGUA TEPEHUANA.

- Benito Rinaldini. *Gram.*
- Geronimo Figueras. *Gram. y dicc.*
- Tomás de Guadalajara, J. criollo. *Gram.*

DISERTACION VII.

CONFINES Y POBLACION DE LOS REINOS DE ANAHUAC.

Los errores de muchos escritores españoles acerca de los confines del imperio mexicano, y los despropósitos de Mr. de Paw, y de otros autores extranjeros sobre la poblacion de aquellos países, me obligan á poner en claro estos dos puntos. Así procurará hacerlo en esta Disertacion con toda la brevedad posible.

CONFINES DE LOS REINOS DE ANAHUAC.

Solis, fundado en la autoridad de algunos escritores españoles mal informados, afirman que el imperio mexicano se extendia desde el istmo de Panamá hasta el cabo Mendocino en las Californias. El P. Touron, dominico francés, queriendo ampliar mas aquellos términos en su Historia General de América, dice que todos los países descubiertos en la parte setentrional de aquel continente, estaban sometidos al rey de México: que la estension de aquel imperio de Levante á Poniente, era de 400 leguas, y de Norte á Sur de 200 ó de 250: que sus términos eran, al Norte, el Océano Atlántico; á Poniente, el golfo de Anian; á Mediodía, el mar Pacífico, y á Levante el istmo de Panamá. Pero esta descripción contiene no solo errores geográficos sino graves contradicciones, pues si fuera cierto que el imperio se extendia desde el istmo de Panamá hasta el golfo, ó mas bien estrecho de

Anian, su estension, en aquella línea, no hubiera sido de 500 leguas, sino de 1,000, pues no comprenderia menos de 50 grados.

La causa de estos errores es la persuacion en que estaban aquellos escritores que en Anáhuac no habia otro soberano que el de México; que los reyes de Acolhuacan y de Tlaxcopan eran sus súbditos, y que los Michuacanos y Tlaxcaltecas pertenecian á la misma corona, aunque se rebelaron despues contra ella. Pero no es así; pues ninguno de aquellos estados perteneció jamas al reino de México, como consta por la deposicion de todos los historiadores indios, y de todos aquellos escritores españoles que por sí mismos se informaron de la verdad, como fueron Motolinia, Sahagun y Torquemada. El rey de Acolhuacan habia sido siempre aliado de el de México, desde el año de 1424; pero nunca fué su súbdito. Es cierto que cuando llegaron los españoles, parecia que el rey Cacamatzin dependia de su tio Moctezuma; mas era porque aquel temeroso de la prepotencia de su hermano Ixtlixochitl, necesitaba del auxilio de los Mexicanos. Los españoles vieron á Cacamatzin salirles al encuentro como embajador de Moctezuma, y algunos dias despues, que este monarca se apoyaba en los brazos de aquel. Vieron tambien que el so-

brino fué llevado preso á México por órden de su tío. Todo esto podia servir de disculpa al error de los conquistadores; pero lo cierto es que las demostraciones de Cacamatzin á Moctezuma no eran servicios de vasallo á su rey, sino de un sobrino á un tío; y que Moctezuma, al apoderarse de Cacamatzin, por dar gusto á los españoles, se arrogó una autoridad que no le competia, haciendo al rey de Acollhuacan un agravio, de que luego tuvo que arrepentirse. En cuanto al de Tlacopan, no se puede dudar que Moctezuma le dió la corona; pero gozó de un perfecto dominio y plena soberanía en sus estados, con la única condicion de ser perpetuo aliado de los Mexicanos, y de prestarles auxilio con sus tropas, siempre que lo necesitasen. El rey de Michuacau y la república de Tlaxcala fueron siempre rivales y enemigos declarados de los Mexicanos, y no hay memoria de que ni uno ni otro estado hayan sido jamas sometidos á la corona de México.

Lo mismo debemos decir de otras muchas provincias que los historiadores españoles creyeron dependientes de aquel imperio, y partes integrantes de su territorio. ¿Cómo era posible que una nacion reducida á una sola ciudad bajo el yugo de los Tapanecas, subyugase en ménos de un siglo todos los pueblos que ocupaban el vasto territorio comprendido entre el istmo de Panamá y las Californias? Todo lo que en realidad hicieron los Mexicanos, aunque mucho menos de lo que dijeron aquellos autores, fué ciertamente digno de admiracion, y no podiamos creer la rapidez de sus conquistas, si no se apoyase en tantos y tan innegables documentos. Por lo demas, ni la narracion de los historiadores indios, ni la enumeracion de los estados conquistados por los reyes de México, que se ha-

lla en la *Coleccion* de Mendoza, ni la matrícula de las ciudades tributarias, inserta en la misma, suministran el menor motivo para confirmar aquella arbitraria ampliacion de los dominios mexicanos; ántes bien consta todo lo contrario en la relacion de Bernal Díaz. Este, en el capítulo xxiiv de su Historia dice así: "Tenia el gran Moctezuma muchas guarniciones y gente de guerra en las fronteras de sus estados. Tenia una en Soconusco para defenderse de Guatemala y de Chiapas; otra para defenderse de los paniquenses entre Tuzapan y el pueblo que nosotros llamamos *Almaria* otra en Coatzacoalco, y otra en Michuacau."

Sabemos, pues, positivamente que los dominios mexicanos no se extendian hácia Levante, mas allá de Xoconochco, y que no entraba en ellos ninguna de las provincias comprendidas actualmente en las diócesis de Guatemala, Nicaragua y Honduras. En el libro IV de la Historia he dicho que Tlitolótl, célebre general mexicano, en los últimos años del rey Ahuizotl, llegó con su ejército victorioso hasta Cuauhtemallan; y ahora añado que no se sabe quedase entonces sujeto aquel pais á la corona de México; ántes bien todo lo contrario se debe inferir de la relacion de aquellos sucesos. Torquemada habla de la conquista de Nicaragua hecha por los Mexicanos; pero lo mismo que en el libro II, capítulo 81, atribuye á un ejército mexicano en tiempo de Moctezuma II, en el libro III, capítulo 10, refiere de una colonia que salió muchos años ántes, por órden de los dioses, de las inmediaciones de Xoconochco; así que no debemos fiarnos en su noticia.

Bernal Díaz, tanto en el lugar que hemos citado como en otros, afirma expresamente que los Chiapanecas no fueron jamas conquistados por los Mexicanos; mas

esto no puede entenderse de todo aquel territorio, sino de una parte de él; pues sabemos por Remezal, cronista de aquella provincia, que los Mexicanos tenían guarnición en Tzinacantla, y consta por la matrícula de tributos, que Tochtlán y otras ciudades de aquel país eran tributarias de los Mexicanos.

Por la parte de Nordeste no se adelantaron estos mas allá de Tuzapan, como se infiere del citado lugar de Bernal Diaz, y sabemos de cierto que jamas los obedecieron los pánuqueses. Por Levante, sus confines eran las orillas del rio Coatzacoalco. Bernal Diaz dice que el país de Coatzacoalco no era provincia de México: por otra parte, hallamos entre las ciudades tributarias de la corona á Tochtlán, Michapan, y otros pueblos de aquella provincia. Por tanto creo que los Mexicanos poseían todo lo que estaba á Poniente del ya mencionado rio, y no lo que estaba á Levante, sirviéndoles sus orillas de última frontera por aquel lado. Hacia el Norte estaba el país de los Huastecas, que nunca los reconoció por señores. Hacia el Noroeste, el imperio no se extendía mas allá de Tula, y todo el país que estaba fuera de ese punto era el territorio ocupado por los bárbaros Otomites y Chichimecas, que no tenían poblaciones fijas, ni obedecían á ningun monarca. Del lado del Poniente se sabe que terminaban sus dominios en Tlaximaloyan, frontera del reino de Michuacan; pero en las guarniciones de la estremidad occidental de la provincia de Coliman, y no mas lejos. En el catálogo de las ciudades tributarias vemos á Coliman y otros pueblos de aquella provincia, y ninguno de los que están mas allá, ni tampoco se hace mencion en la historia de México. Los Mexicanos no tenían que hacer en Californias, ni podían esperar ninguna venta-

ja de la conquista de un país tan remoto, el mas despoblado y miserable del mundo. Si aquella árida y pedregosa península hubiese sido provincia del imperio mexicano, se hubieran hallado en ella algunas poblaciones; pero lo cierto es que no se encontró una casa, ni el resto ó señal de ella. Finalmente, por la parte de Mediodía, los Mexicanos se habían apoderado de todos los grandes estados que habia desde el valle hasta las playas del mar Pacífico, y extendiéndose por allí sus límites desde Xoconochoco hasta Coliman, podemos decir que aquella era la mayor línea territorial del imperio.

El Dr. Robertson dice que "los territorios pertenecientes á los gefes de Texcoco y Tacuba, apenas cedían en estension á los del soberano de México;" error contrario á lo que nos dicen todos los historiadores de aquel país. El reino de Texcoco ó de Acolhuacan estaba limitado á Poniente, parte por algo de Texcoco, parte por las tierras de Tzompanco; y á Levante por los dominios de Tlaxcala: así que, no podia tener en aquella direccion mas de 60 millas. A Mediodía estaba el territorio de Chalco, perteneciente á México, y al Norte el país de los Huastecas. Ahora bien: desde la frontera de este país hasta Chalco hay cerca de 200 millas: hé aquí pues toda la estension del reino de Acolhuacan, estension que no forma ni la octava parte de los dominios mexicanos. Los del reyezuelo de Tacopan, ó Tacuba, eran tan pequeños, que no merecieron llamarse reino; pues desde el lago mexicano á Levante, hasta la frontera de Michuacan á Poniente, no tenía mas que 80 millas, ni mas que 50, desde el valle de Toluca á Mediodía, hasta el país de los Otomites al Norte. Es pues un error comparar el estado de México, en punto á estension, con los de Acolhuacan y Tacopan.

La república de Tlaxcala, rodeada por los Mexicanos y Texcocanos, y por los de Huexotzinco y Cholula, era tan limitada, que de Levante á Poniente apenas tenia 50-millas, y de Norte á Sur 30, poco mas ó menos. El escritor que da mayor territorio á los Tlaxcaltecas, es Cortés, el cual dice que tenia 90 leguas de circuito; pero esta fué sin duda una equivocacion.

En cuanto al reino de Michuacan, nadie, que yo sepa, ha señalado todas sus antiguas fronteras, si no es Boturini. Dice que su estension desde el valle de Ixtlahuacan, cerca de Toluca, hasta el mar Pacifico, era de 150 leguas, y desde Zacatolan hasta Xichú, de 160; y que en los dominios de Michuacan se comprendian las provincias de Zacatolan, ó Zacatula, y la que los españoles llamaron *Provincia de Avalor*. Pero en todos estos pormenores se engañó; pues se sabe positivamente que el reino de Michuacan no tenia sus confines en Ixtlahuacan, sino en Tlaximaloyan, que era el punto á que llegaban los de México. Por la matrícula de los tributos se sabe que las provincias marítimas de Zacatolan y Coliman, pertenecian á México. Finalmente, no podian los Michuacanos ampliar sus dominios hasta Xichú, sin subyugar antes á los bárbaros Chichimecas, que ocupaban aquel pais; pero de estos sabemos que no fueron subyugados sino por los españoles, muchos años despues de la conquista de México. No era pues tan grande el reino de Michuacan, como creyó Boturini: su estension no comprendia mas de tres grados de longitud, y poco mas de dos de latitud.

Cuanto he dicho hasta ahora demuestra la exactitud de mi descripcion, y de mis mapas geográficos, en lo concerniente á los confines de aquellos estados, fundado todo en la historia misma, en la matrí-

cula de los tributos, y en el testimonio de los historiadores antiguos.

POBLACION DE ANAIHUAC.

No es mi intencion hablar de la poblacion de toda la América, asunto vastísimo y ageno de mi propósito; sino solo de la de México. En América habia, y hay en la actualidad, paises, poblaciones y grandes desiertos; y no menos se alejan de la verdad los que se imaginan las regiones del Nuevo-Mundo, tan pobladas como la China, que los que las creen tan desiertas como los arenales de Africa. Tan incierto es el cálculo de P. Riccioli, como el de Susmilch y el de Mr. de Paw. El primero cuenta en América 300 millones de habitantes: los aritméticos políticos no cuentan mas de 100, segun Mr. de Paw. Susmilch en una parte de su obra habla de 100, y en otra de 150 millones. Mr. de Paw, que cita todos estos cálculos, dice que no hay en América mas que de 30 á 40 millones de americanos. Pero todo es incierto, y ninguna de estas opiniones escriba en fundamentos sólidos: porque, si hasta ahora no se sabe, ni por aproximacion, la poblacion de los paises en que se han establecido los europeos, como México, Guatemala, Chile, Quito, Perú, Tierra-firme y otros, ¿quién será capaz de adivinar el número de los inmensos territorios poco ó nada conocidos, como los que están al Norte de Coahuila, del Nuevo-México, de Californias, y del Rio Colorado en la América Setentrional! ¿Quién podrá numerar los habitantes del Nuevo-Mundo, cuando no se sabe, ni se puede saber tampoco el número de las provincias y de las naciones que comprenden? Dejan pues á parte estos cálculos, que no podemos emprender sin temeridad, examinemos lo que dicen Mr. de Paw y Robertson sobre la poblacion de México.

“La poblacion de México y del Perú, dice Mr. de Paw, ha sido indudablemente exagerada por los escritores españoles, acostumbrados á pintar toda clase de objetos con proporciones desmesuradas. Tres años despues de la conquista de México, fué preciso que los españoles llevasen gente de las islas Lucayas, y despues de la costa de Africa, para poblar aquel pais. Si la monarquía mexicana contenia en 1518 treinta millones de habitantes, ¿por qué estaba despoblada en 1521?” Yo no negaré jamas que entre los escritores españoles hay algunos propensos á exagerar, como sucede entre los prusianos, entre los franceses, entre los ingleses, y en los otros pueblos; porque el deseo de engrandecer los objetos que se pintan, es una pasión hábil común á todas las naciones de la tierra. Mr. de Paw no ha sabido preservarse de este contagio, como lo hace ver en toda su obra, y como lo acredita este modo de hablar en masa de todos los escritores españoles, haciendo un gravísimo daño á la nacion, en la cual, como en todas, hay bueno y malo. Yo puedo asegurar, que despues de haber leído los mejores historiadores de las naciones cultas de Europa, no he encontrado dos que me parezcan comparables en sinceridad á los dos españoles Mariana y Acosta (1), estimados por esto, y justamente elogiados por los enemigos de su nacion y de su religion. Entre los antiguos historiadores de México ha habido algunos, como Acosta, Bernal Diaz y el mismo Cortés, cuya sinceridad no admite duda. Pero aunque ninguno de estos escritores poseyese las cualidades necesarias para inspirarnos confianza, la uniformidad

(1) Hablo aquí tan solo de la sinceridad, porque es lo que hace á mi propósito: los dos escritores citados poseen otras prendas que los hacen dignos del mayor aprecio.

de sus datos seria un fortísimo argumento en favor de la verdad de lo que dicen. Los autores poco verídicos no concuerdan entre sí, si no es cuando se copian; mas no lo hicieron así los que hemos nombrado, pues ocupados únicamente en referir lo que vieron, ó lo que recogieron en sus indagaciones, no se curaron de lo que los otros dijeron, antes bien de sus obras se infiere que cuando las escribían, no tenían á la vista las ajenas. El mismo Mr. de Paw, hablando en una de sus cartas de aquel rito de los Mexicanos en que consagraban y comían la estatua de masa del dios Huitzilopochtli, que él llama *Vitzilipaltzi*, y de otra ceremonia de los peruanos, en la fiesta de *Capac-raine*, dice á uno de sus correspondientes: “Yo os confieso que el testimonio unánime de todos los escritores españoles no nos permite dudar, &c.” Si esta unanimidad de los escritores españoles en lo que no vieron por sí mismos, no deja lugar á la duda, ¿cómo podrá dudarse de lo que refieren unánimemente como testigos oculares?

Vamos pues qué dicen de la poblacion de México los antiguos escritores españoles. Todos están de acuerdo en afirmar que aquellos paises estaban muy poblados; que habia muchas ciudades grandes, é infinitas villas y caserios; que en los mercados de las ciudades populosas concurrían muchos millares de traficantes; que armaban ejércitos numerosísimos &c. Cortés en sus cartas á Carlos V; el conquistador anónimo en su relacion; Alfonso de Ojeda, y Alfonso de Mata en sus Memorias; el obispo Las Casas en su *Destruccion de las Indias*; Bernal Diaz en su *Historia*; Motolina, Sahagun y Mendieta en sus escritos, testigos de vista de la antigua poblacion de México; Herrera, Gomara, Acosta, Torquemada y Martínez: todos convienen en la gran poblacion de aquellos pai-

ses. No me podrá alegar Mr. de Paw ni un solo autor antiguo que no lo confirme con su testimonio; y yo le citaré muchos que no hablan una sola palabra de aquel rito de los Mexicanos, como Cortés, Bernal Diaz y el conquistador anónimo, que son los tres primeros historiadores españoles de México. Sin embargo, Mr. de Paw asegura que no se puede dudar de aquel hecho porque se funda en el testimonio unánime de los escritores españoles: ¿y querrá dudar de la gran población de México, y negarla redundante, cuando se funda en el mismo apoyo?

“Pero si la población de México era tan grande en 1518, ¿por qué en 1521 fué preciso llevar gente de las islas Lucayas, y después de la costa de Africa para poblar aquellos países?” Confieso ingenuamente que no puedo leer esta observación de Mr. de Paw sin indignarme al verlo afirmar con tanto arrojo lo que es absolutamente falso, y contrario al testimonio de los autores. ¿De dónde ha sacado el investigador esa extraordinaria especie de las islas Lucayas? Lo desafío á que me cite un solo autor que dé semejante noticia; antes bien de lo que muchos de ellos dicen se debe inferir todo lo contrario. Sabemos por el cronista Herrera y por otros, que desde el año de 1493, que fué el del establecimiento de los españoles en la isla de Santo Domingo, hasta el de 1496, pereció por la guerra y por otros desastres la tercera parte de los habitantes de aquella gran posesion. En 1507 no habia quedado mas de la décima parte de los indios que habia en 1493, como dice Las Casas (1), que era testigo de vista; y

desde entónces fué disminuyendo la población de Santo Domingo, en tales términos, que en 1540 apenas quedaron 200 indios: por lo que, desde el principio del siglo XV empezaron los españoles á sacar millares de indios de las Lucayas, para aumentar la población de la Española; pero habiendo perecido estos tambien, llevaron á ella, antes de la conquista de México, pobladores de Tierra-firme, y de otros países del continente de América, segun los iban descubriendo. En una carta escrita al consejo de Indias por el primer obispo de México, y de que habla Las Casas á Carlos V, se lee que el cruel Nuño Guzman, gobernador de Pánuco, envió de aquellos países 28 buques cargados de indios esclavos, para que se vendiesen en las islas: así que, lejos de sacar los españoles habitantes de las islas, para poblar á México, enviaban indios de México á las islas, como lo dicen en los términos mas claros aquellos dos escritores y otros varios. Es cierto que después de la conquista se enviaron á México esclavos africanos: mas no porque se necesitasen pobladores, sino porque los españoles querian servirse de aquellos negros para las elaboraciones del azúcar, y para los trabajos de las minas, en cuyas tareas no podian emplear á los indios por fuerza; en atención á las leyes recién promulgadas. De todo esto resulta la consecuencia clarísima de ser falso, y contrario al dicho de los autores, que el territorio mexicano estuviese tan despoblado tres años después de la conquista, que fuese necesario volverlo á poblar con habitantes de las islas Lucayas, y con africanos: por el contrario, es innegable que de los países antiguamente sometidos al rey de México, y á la república de Tlaxcala, se enviaron colonias, algunos años después de la conquista, para poblar otros países, como Zacatecas, San Luis Potosí, el Saltillo, &c.

(1) En su obra intitulada: *De la destrucción de las Indias*. Todo lo que aquí digo consta no menos por el testimonio de Las Casas en aquella obra que en la intitulada: *El Suplicante Esclavo Indio*, y por lo que se lee en las Decadas de Herrera.

Pero veamos qué dicen en particular de la población de México aquellos antiguos escritores. No sé que ninguno de ellos haya osado espesar el número total de los habitantes del imperio mexicano. Si contenía ó nó 30,000,000, solo el rey y los ministros podían decirlo; y aunque de estos podían muy bien informarse los españoles, no consta que ninguno lo haya hecho. Lo que muchos de los historiadores aseguran es, que entre los feudatarios de la corona de México había treinta, cada uno de los cuales tenía cerca de cien mil súbditos, y otros 3,000 señores, que no tenían tantos. Lorenzo Surio dice que este cálculo constaba en los documentos que existían en los archivos reales de Carlos V. Cortés en su primera carta al mismo emperador, se expresa en estos términos: "Es tan grande la muchedumbre de habitantes de estos países, que no hay un palmo de tierra que no esté cultivado; y con todo hay mucha gente que por falta de pan mendiga por las calles, por las casas y por los mercados." La misma idea nos dan en general de la población de México Bernal Díaz, el conquistador anónimo, Motolinía, y otros testigos oculares. Por lo que hace á los diferentes países de Anáhuac, el dicho de los mismos escritores y el de casi todos los antiguos no deja la menor duda acerca de la gran población del valle de México, de los países de los Otomites, de los Matlatzincas, de los Tlahuicas, de los Coahuiccas, de los Mixtecas, de los Zapotecas y de los Cuiclatecas; de la provincia de Coatzacoalco, de los reinos de Acolhuacan y Michuacan, y de los estados de Cholula, Tlaxcala y Huexotzinco.

El valle de México no obstante el tener una parte de su superficie ocupada por los lagos, era á lo menos tan poblado como el país que mas en la Europa. Ha-

bia en él 40 ciudades considerables, cuyos nombres he dado en otra parte de esta obra, y de que hacen mencion todos los historiadores antiguos. Los otros lugares habitados que contenía, eran innumerables, y de ellos pudiera presentar un largo catálogo, si no temiera fastidiar á mis lectores. El sincerísimo Bernal Díaz, describiendo en el capítulo LXXXVIII de su Historia todo lo que los españoles conquistadores iban viendo en su viaje por el valle Mexicano á la capital, dice así: "Cuando veíamos cosas tan maravillosas, no sabíamos que decir, ni si era verdad lo que se presentaba á nuestros ojos; porque veíamos tantas grandes ciudades en Tierra-firme, y otras muchas en el lago, y todo lleno de barcas." Dice ademas, que algunos soldados compañeros suyos, maravillados sobremanera al ver tantas y tan hermosas poblaciones, dudaban si era sueño, ó cosas de encanto las que estaban viendo. Estas, y otras noticias dadas con la mayor sinceridad por aquel escritor soldado, bastan á responder al Dr. Robertson el cual se valió de algunas palabras del mismo, que no supo entender, para hacer creer á sus lectores que la población de México no era tan grande como se dice.

En cuanto á la de la antigua capital hay gran variedad de opiniones: ni puede ser de otro modo, cuando se quiere calcular á bulto el número de habitantes de una gran ciudad; pero todos los escritores que ó la vieron, ó tomaron informes de los que la habían visto, están de acuerdo en que era muy considerable. El cronista Herrera dice que era doble que Milan; Cortés afirma que era tan grande como Sevilla y Córdoba; Lorenzo Surio, citando los documentos del archivo real de Carlos V, asegura que la población de México se componía de 130,000 casas; Torquemada, apoyándose en Sahagun y

en algunos historiadores indios, cuenta 120,000 y añade que en cada casa habia de 4 á 10 habitantes. El conquistador anónimo se explica en estos términos: "Puede tener esta ciudad de Temistitan mas de dos leguas y media, ó cerca de tres, poco mas ó menos de circuito: la mayor parte de los que la han visto dicen que contiene 60,000 hogares, mas bien mas que menos." Este cálculo, adoptado por Gomara y por Herrera, me parece el que mas se acerca á la verdad, si se atiende á la estension de la ciudad, y al modo de habitar de aquellas gentes.

Mr. de Paw contradice toda esta masa de autoridades. Llama "oscesiva y estravagante la descripcion que nos hacen de esta ciudad americana, la cual contenia, segun algunos autores, 60,000 casas en los tiempos de Moctezuma II; así que, tendria 360,000 habitantes, siendo notorio que la ciudad de México, aumentada considerablemente bajo el dominio de los españoles, no tiene en la actualidad mas de 60,000 incluyendo en este número 20,000 entre negros y mulatos." Hé aquí otro de los pasajes de las Investigaciones filosóficas que hará reír á los Mexicanos. Pero ¿quién no ha de reír al ver á un filósofo prusiano, tan empeñado en disminuir la poblacion de aquella gran ciudad americana, y enfurecido contra los que la representan mayor que él se la figura? ¿Quién no se admirará al mismo tiempo al oír que en Berlin se sabe con tanta notoriedad el número de los habitantes de México, cuando no hace mucho que lo ignoraban los párrocos de aquella ciudad que asualmente los cuentan? Yo, sin embargo, quiero dar á Mr. de Paw algunas noticias seguras sobre este asunto, á fin de que en lo sucesivo evite los errores en que ha incurrido.

Sepa pues que México es la ciudad mas

populosa de cuantas hay en los estados americanos en que se habla español, y que lo es mas que la mayor de la Península. Por el número de nacidos y muertos en Madrid y en México, publicado en los Diarios de ambas capitales, consta que el número de habitantes de la primera es una cuarta parte menor que el de la segunda (1); esto es, si Madrid, por ejemplo, tiene 160,000 habitantes, México sin duda tiene mas de 200,000. Ha habido una gran variedad de opiniones sobre la poblacion de la capital moderna, como las hubo acerca de la antigua, y como las hay acerca de otras ciudades de primer orden (2); pero habiéndose hecho en estos últimos años con mayor diligencia la numeracion, tanto por los párrocos, como por los magistrados, ha resultado que el número de habitantes pasaba de 200,000, aunque no se sabe con exactitud cuántos son los que escoden esta cantidad. Puede formarse alguna idea de aquella poblacion por la cantidad de pulque y de tabaco que se consume en ella diariamente (3). Cada día entran en sus murros mas

(1) Es cierto que á proporción del exceso de una ciudad sobre otra en el número de los nacidos y muertos, deberá ser el exceso del número de los habitantes, y no hay medio mas seguro de hallar este número en una ciudad populosa, que el de saber el de los que nacen y mueren en ella, con tal que se adopten las precauciones convenientes.

(2) Basta saber la diversidad de opiniones que ha reinado mucho tiempo sobre la poblacion de Paris. Leonel Waffer, viajero inglés, creyó que en México habia 300,000 almas; Gemelli opinó que eran 100,000 el misionero Talladier, 60,000; un viajero moderno que pasó á México después de haber visto toda Europa, y los principales países de Asia, era de parecer que no habia en México menos 1,500,000 habitantes. Este disparatado por exceso, y Talladier por defecto.

(3) El pulque no se puede guardar para otro día, y cada día se consume todo el que se introduce. La nota del consumo diario de pulque y tabaco en México se ha tomado

de 6,000 arrobas de pulque. En todo el año de 1774 entraron 2,214,294 $\frac{1}{2}$ arrobas, no incluyendo en este cómputo el que se introdujo de contrabando, ni el que vendieron los indios exentos en la plaza mayor. Esta gran cantidad de pulque no es mas que para el consumo de los indios y mulatos, cuyo número es inferior al de los europeos, blancos y criollos, entre los cuales hay muy pocos que usen de aquella bebida. El impuesto sobre ella sube solo en la capital á 280,000 pesos anuales, poco mas ó menos. El consumo de tabaco de humo en la misma importa cada día cerca de 1250 pesos, lo que al año forma mas de 450,000. Debe tenerse presente que son pocos los indios que fuman. Entre los criollos y europeos hay muchísimos que no tienen aquella costumbre, y entre los mulatos, algunos. ¿Y habrá quien dé mas crédito al cálculo de Mr. de Paw que á las matrículas de aquella capital, y quien aprecie mas el juicio de un prusiano moderno, tan estravagante en todo lo que escribe sobre la capital de México, que al de tantos escritores antiguos, que por sí mismos la vieron y observaron?

De la capital de Texcoco sabemos por las cartas de Carlos V, que tenía cerca de 20,000 casas: mas esto debe entenderse de aquella parte de la población que propiamente se llamaba *Texcoco*; pues comprendidas las otras tres ciudades de Coatlichan, Huexotla y Atenco, que, segun el mismo Cortés, podían considerarse como un solo pueblo, su circuito era mayor que el de México. Torquemada, apoyado en el testimonio de Sahagun, y en el de los indios, asegura que en aquellas cuatro ciudades se contaban 140,000 casas; y si queremos disminuir la mitad de este nú-

de una carta escrita por uno de los mejores calculadores de aquella aduana, escrita á 23 de febrero de 1775.

mero, todavía queda una población considerable. Ningun historiador habla de la de Tlacopan, aunque todos convienen en que era muy vasta. De la de Xochimilco sabemos que era la mayor de todas aquellas ciudades despues de las capitales. Cortés afirma que en Iztapalapan había de 12 á 15,000 hogares; en Mixcoac cerca de 6,000; en Huitzilopocelco de 4 á 5,000; en Acolman, 4,000; otros tantos en Otompan, y 3,000 en Mexicalzincó. Chalco, Azcapozalco, Coyoacan y Cuauhuitlan eran, sin comparacion, mayores que estas últimas. Todos estos y otros muchísimos pueblos estaban edificandos en el valle de México, y su vista ocasionó no menos admiracion que miedo á los españoles conquistadores, cuando por primera vez observaron desde las cimas de los montes aquel delicioso punto de vista. Lo mismo les sucedió cuando vieron á Tlaxcala. Cortés en su carta á Carlos V habla así de esta última ciudad: "Es tan grande y maravillosa, que aunque yo omita mucho de lo que pudiera decir, lo poco que diré parecerá increíble; porque es mayor y mas poblado que Granada, cuando se tomó á los Moros, harto mas fuerte, con tan buenos edificios, y mucho mas abundante en todo."

Del mismo modo se explica el conquistador anónimo: "Hay allí muchas grandes ciudades, y entre ellas la de Tlaxcala, que en algunas cosas se parece á Segovia, y en otras á Granada; pero es mas poblada que cualquiera de estas." De Tzinpantzinco, ciudad de aquella república, dice Cortés (1) que habiéndose hecho el padron por su orden, resultaron 20,000 casas. De Huexotlipan, que pertenecía al mismo estado, dice que tenía de 4 á

[1] Cortés habla de esta ciudad sin nombrarla; pero del contexto se infiere que alude á ella. Torquemada lo dice espresamente.

5,000 hogares. En Cholula cuenta cerca de 20,000 casas, y casi otras tantas en las poblaciones vecinas, que podian considerarse como sus arrabales. Huexotzinco y Tepeyacac eran ánulas de Cholula en estension. Estos son algunos de los pueblos que vieron los españoles ántes de la conquista, omitiendo otros muchos, cuya importancia consta por la deposicion de los mismos, y de otros historiadores.

No menos se infiere la muchedumbre de habitantes de aquellos paises, del innumerable concurso que se notaba en los mercados, de los grandes ejércitos que se armaban cuando era necesario, y del gran número de bautismos que se confirieron despues de la conquista. En la Historia he hablado largamente del genio que asistia á los mercados, fundándome en el dicho de muchos testigos oculares. Podria sospecharse alguna exageracion en los conquistadores acerca del número de las tropas contra las cuales combatian; mas nó así con respecto al de sus confederados, pues cuanto mayor fuese el número de estas, tanto menos difícil y glorioso debia parecer el triunfo. Y sin embargo el conquistador Ojeda contó 150000 hombres en los ejércitos aliados de Tlaxcala, Cholula, Tepeyacac y Huexotzinco, cuando les pasó rescia en Tlaxcala, para ir á la conquista de México. El mismo Cortés dice que las tropas aliadas, que lo acompañaron á la guerra de Cuauquehollan, pasaban de 100,000 hombres, y de 200,000 con mucho los que lo ayudaron en el asedio de la capital. Por otra parte, los sitiados eran tantos, que habiendo muerto durante el asedio mas de 150,000, como he dicho en la Historia, cuando los españoles se apoderaron de la ciudad, y mandaron salir de ella á todos sus habitantes, por espacio de tres dias y tres no-

ches, se vieron continuamente llenos los tres caminos, de gente que iba á refugiarse á otros pueblos, como dice Bernal Diaz, que estuvo presente. En cuanto al número de bautismos, sabemos por el testimonio de los mismos religiosos que se emplearon en la conversion de aquellos pueblos, que los niños y adultos bautizados solamente por los PP. franciscanos (1) desde el año de 1524 hasta el de 1540, fueron mas de 6,000,000 la mayor parte de los cuales eran habitantes del valle de México y de las provincias vecinas. En este número no se incluyen los bautizados por los clérigos, por los dominicos, por los agustinos, entre los cuales, y los franciscanos se dividió por entonces aquella abundantísima mies; y por otro lado es cierto que hubo innumerales indios que se mantuvieron obstinados en su gentilismo, ó que no recibieron la fé de Cristo sino muchos años despues. Las estrepitosas controversias suscitadas en aquellos paises por algunos religiosos, y sometidas á la decision del papa Paulo III, nos hacen ver que de resultas de la extraordinaria y nunca vista muchedumbre de catecúmenos, se vieron obligados los misioneros á omitir algunas ceremonias del bautismo, y entre ellas la de la saliva, pues se les secaba la boca, la lengua y las fauces.

Desde el descubrimiento de México hasta nuestros dias, ha ido disminuyendo continuamente el número de indios. Además, de los infinitos millares de ellos que perecieron en el primer contagio de las viruelas en 1520, y en la guerra de los españoles, la epidemia de 1545 arrebató 80,000, y en la de 1576 murieron mas de

[1] Toribio de Benavente, ó Motolinia, uno de aquellos religiosos, bautizó por sus manos mas de 400,000 indios, de los que llevó cuenta escrita.

2,000,000 solo en las diócesis de México, Puebla de los Angeles, Michuacan y Oaxaca. Estos datos resultan de las notas presentadas por los curas al virey. Sin embargo de esta vasta destruccion, el cronista Herrera que escribió á fines del siglo XVI, dice fundándose en los documentos enviados por el virey de México, que en las diócesis de la Puebla de los Angeles y de Oaxaca, y en las provincias del obispado de México, próximas á la capital, se contaban en aquel tiempo 655 pueblos principales de indios, y otros innumerables menores, dependientes de aquellos, en los cuales habia 900,000 familias de indios tributarios. Pero es necesario saber que en esta clase no se comprenden los nobles, los Tlaxcaltecas, ni los otros indios de aquellos que ayudaron á los españoles en la conquista, los cuales fueron exentos del tributo en atencion á su nacimiento ó á sus servicios. El mismo Herrera, bien instruido en estos asuntos, dice que en su tiempo se contaban en la capital 4,000 familias españolas y 30,000 casas de indios. Desde entónces ha ido disminuyendo el número de estos, y aumentando el de aquellos.

Mr. de Paw responderá, como acostumbra, que todas las pruebas de que me he valido para demostrar la gran poblacion de México, valen menos que nada; pues aquellos documentos provienen de soldados toscos y perversos, ó de religiosos ignorantes ó supersticiosos; pero aunque mereciesen todos estos epítetos los escritores de cuya autoridad me he valido, lo que es enteramente falso, su uniformidad bastaria para darles gran valor. ¿Quién podrá creer que Cortés y los oficiales que con él firmaron sus cartas, se atreviesen á engañar á su rey, pudiendo fácilmente ser desmentido; por tantos centenares de testigos, entre los cuales habia muchos que

los miraban con envidia y con odio? ¿Seria posible que tantos escritores, así españoles como indios, se pusiesen de acuerdo en exagerar la poblacion de aquellos países, y que no hubiese uno solo entre ellos que respetase el juicio de la posteridad? De la veracidad de los primeros misioneros no cabe duda: fueron hombres de vida ejemplar y de gran doctrina, escogidos entre muchos para predicar el Evangelio en aquel Nuevo-Mundo. Algunos de ellos fueron profesores en las mas célebres de las universidades de Europa; habian obtenido las primeras dignidades en sus respectivas órdenes, y habian sido dignos del favor y de la confianza de Carlos V.

Los honores á que renunciaron en Europa (1), y los que no aceptaron en América, manifiestan claramente el desinterés del celo que los animaba: su voluntaria y rígida pobreza; su continuo trato con Dios; sus indecibles fatigas en tantos y tan difíciles viajes, hechos á pié y sin recursos; su constancia en tantos y tan penosos ministerios, y sobre todo, su caridad llena de compasion y dulzura para con aquellas afligidas naciones, harán siempre venerable su memoria en los países que edificaron con su predicacion y con su ejemplo, á despecho de Mr. de Paw y de cualquier otro maligno escritor, á quien basta reconocer en otro la calidad de religioso para despreciarlo é injuriarlo. En los escritos de aquellos hombres inmortales se descubre un carácter tan poco equivoco de sinceridad, que no es posible dudar de la exactitud de sus noticias. Es verdad que á los ojos de Mr. de Paw cometieron un crimen imperdonable, cual fué el de quemar como supersticiosas la mayor parte

(1) Entre los quince primeros misioneros franciscanos hubo seis que renunciaron los obispos que les quiso conferir Carlos V.

de las pinturas históricas de los Mexicanos. Yo aprecio mucho mas que Mr. de Paw aquellas pinturas, y me duele mas que á él su destrucción; mas no por esto vilipendio á los autores de aquel deplorable incendio, ni ultrajo su memoria; pues aquel mal, á que los indujo un celo demasiado ardiente y no bien dirigido, no puede compararse con los grandes bienes que en otros ramos hicieron: ademas de que algunos de ellos procuraron reparar aquella pérdida con sus escritos, y así lo hicieron Motolinía, Sahagun, Olmos y Torquemada.

Pero Mr. de Paw se ha empeñado de tal manera en disminuir la poblacion de aquellos paises, que llega á decir, (¿quién lo creeria?) en tono decisivo y magistral, que no habia en todos ellos otra ciudad que la de México. Oigámoslo hablar para divertirnos un poco: "No habiéndose descubierto en todo el territorio mexicano algun vestigio de ciudades antiguas de indios, es claro que no habia allí mas que un solo lugar que tuviese alguna apariencia de ciudad, y este era México, que los escritores españoles quisieron llamar la Babilonia de las Indias; pero ya hace tiempo que nos engañan los nombres magníficos dados por ellos á las miserables aldeas de América."

Cuantos historiadores han escrito de las cosas de México, afirman unánimemente que todas las naciones de aquel vasto imperio vivian en sociedad; que tenían muchas poblaciones grandes y bien ordenadas, designando por sus nombres las ciudades que vieron. Léanse las cuatro Cartas de Cortés á Carlos V; la Historia de la Conquista, por Bernal Diaz del Castillo la curiosa é ingenua relacion del conquistador anónimo; los MSS de Motolinía, Sahagun y Méndieta; las obras del obispo Las Casas; las cartas de Pedro Alvarado, Diego Godoy y Nuño-Guzman,

que se hallan en la Coleccion de Ramurrio, todos ellos testigos oculares: á los que se deben añadir todos los historiadores mexicanos, acolluas y tlaxcaltecas, principalmente los que he nombrado en el catálogo que se halla á la cabeza de esta obra. Los que viajaron por aquellas regiones en los dos siglos y medio que siguieron á la conquista, vieron por sus ojos las poblaciones de que hablan los historiadores antiguos, en los mismos sitios que ellos habian indicado: así que, ó Mr. de Paw se imagina que los historiadores anunciaron proféticamente las poblaciones futuras, ó confesará que desde entónces estaban donde están ahora. Es cierto que los españoles han fundado muchas ciudades, como la Puebla de los Angeles, Guadalajara, Valladolid, Veracruz, Celaya, Potosí, Córdoba, Leon &c.; pero estas, con respecto á las fundadas por los indios, á lo menos en el territorio mexicano, están en la proporcion de menos de uno á mil. Sus nombres, conservados hasta ahora, demuestran que no fueron españoles los que las fundaron, sino indios. Que estos pueblos, de que tantas veces hago mencion en mi Historia, no eran miserables aldeas, sino grandes poblaciones y ciudades bien construidas como las de Europa, consta por el dicho de todos los escritores que las vieron.

Mr. de Paw quisiera que se le enseñasen vestigios y ruinas de las ciudades antiguas: algo mas le enseñaremos si quiere: esto es, ciudades antiguas existentes todavía. Y sin embargo, si se obstina en querer vestigios, vaya á Texcoco, á Otumba, á Tlaxcala, á Cholula, á Huexotzinco, á Cempoala, á Tula, &c., y verá tantos, que no podrá dudar de la grandeza de las ciudades americanas.

Este gran número de ciudades y de

lugares habitados, á pesar de la muchedumbre de personas que morian anualmente en los sacrificios y en las continuas guerras de aquellos pueblos, es una prueba irrecusable de la gran poblacion del imperio de México y de los otros países de Anáhuac. Si nada de esto basta á convencer á Mr. de Paw, le aconsejo caritativamente que se meta en un hospicio.

Los argumentos de que me he valido contra este escritor, pueden servir tambien para responder al Dr. Robertson, el cual, viendo tantos testigos contrarios á su parecer, echa mano de un subterfugio semejante al del calor de la imaginacion, que empleó hablando de los trabajos de fundicion, elogiados por tantos historiadores. Tratando de la sorpresa que produjo en los españoles la vista de las ciudades del territorio de México, dice así en el libro VII de su Historia: "En el primer arrebato de su admiracion, compararon á Cempoala, aunque ciudad de segunda ó tercera clase, con algunas de las principales de su país. Cuando despues vieron sucesivamente á Tlaxcala, Cholula, Tacuba, Texcoco y México, creció tanto su asombro, que exageraron su grandeza y poblacion hasta los límites de lo increíble. Conviene por tanto disminuir gran parte de lo que dicen acerca del número de habitantes en aquellos pueblos, y rebajar algo el cálculo de su poblacion." Así lo manda Robertson, y yo estoy dispuesto á obedecerlo. Si los españoles hubieran escrito sus cartas, historias y relaciones en el primer arrebato de su admiracion, podria sospecharse que el asombro los indujo á exagerar; pero no sucedió así. Cortés, el primero de los historiadores de México, en cuanto á la antigüedad, no escribió su primera carta al emperador, sino año y medio despues de su llegada al continente de América; el conquistador

anónimo, algunos años despues de la conquista; Bernal Díaz del Castillo, despues de mas de 40 años de continua permanencia en el territorio mexicano, y así los otros. ¿Es posible que durase un año, veinte, y mas de cuarenta años aquel primer arrebato? ¿Y de dónde pudo provenir su asombro? Oigámoslo del mismo Dr. Robertson: "Los españoles acostumbrados á esta clase de habitaciones (cabanas aisladas) entre las tribus salvajes, de que ya tenían noticia, quedaron atónitos al entrar en la Nueva-España, y al ver á los habitantes reunidos en grandes ciudades semejantes á las de Europa."

Pero Cortés y sus compañeros, ántes de ir á México, sabian muy bien que aquellos pueblos no eran salvajes, y que sus casas no eran cabanas; por que todos los que un año ántes habian hecho aque-^l viaje con Grijalva, sabian que los indios tenían bellas poblaciones, compuestas de casas bien hechas de cal y canto, con altas torres, como dice Bernal Díaz, cuya autoridad es de tanto peso, por ser hombre sincero y haber visto las cosas que describe. No era pues aquella la causa de su asombro, sino la verdadera grandeza y muchedumbre de las ciudades que se ofrecian á sus ojos. "No es extraño, añade Robertson, que Cortés y sus compañeros, poderosamente excitados á ponderar las cosas, para exaltar el mérito de sus descubrimientos y conquistas, cayesen en el error comun de transpasar en sus descripciones el límite de la verdad." Pero Cortés no era loco y, conocia que con exagerar el número de sus aliados, en lugar de exaltar su propio mérito, disminuía la gloria de sus conquistas: sin embargo, confiesa muchas veces que en sus empresas lo auxiliaron 80,000 y 100,000 y 200,000 aliados; y así como estas ingenuas confesiones manifiestan su sinceridad,

así tambien aquellos numerosos ejércitos demuestran la gran población del país. Además, el Dr. Robertson supone que cuanto escribieron los autores españoles sobre el número de las casas de las ciudades mexicanas, fué solamente por conjetura y calculando á ojo; pero no fué así,

pues el mismo Cortés asegura en su primera carta al emperador Carlos V que habia mandado hacer la matrícula de las casas que comprendia el distrito de la república de Tlaxcala, y que resultaron 150,000, y mas de 20,000 en la ciudad Tzimpantzinco.



DISERTACION VIII.

RELIGION DE LOS MEXICANOS.

En esta Disertacion no pienso habérmelas, como en las otras, con Mr. de Paw; pues reconoce ingenuamente la semejanza que hay entre los delirios de los americanos y los de las otras naciones del continente antiguo, en materia de religion. "Como las supersticiones religiosas de los pueblos de América, dice, han tenido una semejanza notable con las que han adoptado las naciones del continente antiguo, no he hablado de estos despropósitos, sino para hacer una comparacion entre unas y otras, y para hacer ver que á pesar de la diversidad de climas, la debilidad del espíritu humano ha sido constante é invariable." Si hubiera hablado con este juicio en otras ocasiones, me hubiera ahorrado el trabajo de sostener tantas disputas, y hubiera evitado las graves censuras que han hecho de sus Investigaciones algunos sabios de Europa. Yo me dirijo en este trabajo á los que, por ignorancia de lo que ha pasado y pasa en el mundo, ó por falta de reflexion, se han espantado tanto al leer en la historia de México, la crueldad y la supersticion de aquellos pueblos, como si fuera una cosa jamas vista ni oida en el mundo. Les haré ver el error que padecen, y demostraré que la religion de los Mexicanos fué menos supersticiosa, menos indócete, menos pueril, y menos irracional que la de las mas cultas

naciones de la antigua Europa, y que de su crueldad se hallan ejemplos, y quizás mas atroces, en casi todos los pueblos del mundo.

El sistema de la religion natural depende principalmente de la idea que los hombres se forman de la Divinidad. Si conciben al Ser Supremo como un padre lleno de bondad, cuya providencia vela sobre todas sus criaturas, las prácticas religiosas estarán llenas de demostraciones de amor y de respeto: si por el contrario, se presenta como un tirano inexorable, el culto será sanguinario. Si los hombres creen en un Ser Omnipotente, su veneracion se dirigirá á uno solo; pero si se le atribuye un poder limitado, se multiplicarán los objetos del culto. Si se reconoce la santidad y la pureza de su esencia, se implorará su proteccion con un culto puro y santo; pero si se cree sometido á las imperfecciones y á los vicios de los hombres, la religion consagrará los delitos.

Comparemos pues la idea que los Mexicanos tenían de sus dioses, con la que se habian formado de sus númenes los griegos, los romanos, y las naciones cuya religion limitaron los unos y los otros, y en breve reconoceremos las ventajas de los Mexicanos en esta parte, con respecto á todas las naciones antiguas. Es cierto que dividian el poder entre varios núme-

mes, suponiendo reducida á ciertos límites la jurisdicción de cada uno. "No dudo, decía el rey Moctezuma, al conquistador Cortés, en una conferencia que tuvieron sobre religión, yo no puedo de la bondad del dios que adorais; pero si él es bueno para España, nuestros dioses son buenos para México."

"Nuestro dios *Camaxtle*, decían al mismo Cortés los Tlaxcaltecas, nos concede la victoria sobre nuestros enemigos: nuestra diosa *Matlacxcye* nos da la lluvia que los campos necesitan, y nos preserva de las inundaciones del río *Zahuapan*. A cada uno de nuestros dioses debemos una parte de la felicidad de que gozamos;" pero no los creían tan impotentes como los griegos y los romanos creían á los suyos. Los Mexicanos no tenían mas que un número bajo el nombre de *Cencoatl*, para la protección del campo y de los sembrados; y aunque amaban cordialmente á sus hijos, se contentaban con ponerlos bajo el patrocinio de una sola divinidad. Los romanos, ademas de la diosa Ceres, empleaban solo en el cuidado del trigo á *Seja*, que protejía el grano sembrando; *Proserpina*, el grano nacido; *Nodoto*, los nudos del tallo; *Volatima*, los retoños; *Patelena*, las plantas ya espigadas; *Flora*, las flores; *Ostítina*, las espigas; *Segesta*, los granos nuevos; *Lactancia*, los granos en leche; *Matura*, el grano maduro; *Tutano* ó *Tutulina*, el grano guardado en los graneros: á los que deben añadirse *Stercadio*, que corría con los abonos y estercoleros; *Priapo*, que ahuyentaba los pájaros; *Bubigo*, que preservaba los sembrados de los insectos, y las niñas *Napeas*, que suministraban el jugo nutritivo.

Para los niños tenían al dios *Ope* que favorecía al recién-nacido, y lo recogía en su seno; *Vaticano*, que le abría la boca cuando lloraba; *Levano*, que lo alzaba del

suelo; *Cusina*, que guardaba la cuna; las *Carnentas*, que vaticinaban su suerte futura; *Fortuna*, que le daba prosperidad en los sucesos; *Ramina*, que introducía el pezón del pecho de la madre en la boca del niño; *Polina*, que cuidaba de darle de beber; *Educa*, á quien tocaba velar sobre sus primeros alimentos; *Faventia*, que lo calentaba con el vaho; *Venilia*, que animaba sus esperanzas; *Voluptia*, que procuraba divertirlo; *Agnoría*, que observaba y guiaba sus operaciones; *Stimula*, que lo daba viveza; *Strenua*, que lo hacía valiente; *Numeria*, que le hacía aprender las cuantas; *Camena*, que le enseñaba á Cantar; *Conso*, que le daba consejos; *Sencia*, que le inspiraba resolución; *Juventa*, que patrocinaba el principio de la juventud; y *Fortuna barbata*, que desempeñaba las importantes funciones de hacer crecer la barba. ¿Quién creerá que la custodia de las puertas necesitaba de tres números celestes, que eran *Forculo*, *Carna* y *Limentino*? "Iu, esclama San Agustín, ita non poterat Forculus, simul fores, et cardinem, limenque errare." ¡Tan mezcquino era á los ojos de los romanos el poder de sus dioses! Aun los nombres que daban á muchos de ellos manifiestan el triste concepto en que los tenían sus adoradores. ¿Pueden imaginarse nombres mas indignos de una divinidad que *Jupiter Pistor*, *Vénus Calva*, *Pecunia*, *Caca*, *Subigus* y *Cloucina*? ¿Quién habia de creer que este último nombre serviría para convertir en diosa una estatua encontrada por Tacio en la principal cloaca de Roma? ¿No es esto burlarse de la religión, y hacer viles y despreciables los dioses que se adoraban? "Que ista religionum derisio est" preguntaba con razon Lactancio. *Si earum defensor essem, quid tan graviter queri possem, quam decorum munus in tantum venisse contentum, ut*

turpissimis nominibus ludibrio habeatur? Quis non rideat Fornacem Deam? Quis cum audiat deam Mutam risum tenere queat? colitur et Caca, &c."

Pero en nada mostraron tanto los griegos y los romanos la opinion que tenían de sus números, como en los vicios que les atribuían. Toda su mitología es una larga serie de atentados: toda la vida de sus dioses se reducía á rencores, venganzas, incestos, adulterios, y otras pasiones bajas, capaces de infamar á los hombres mas viles. Jove, aquel padre omnipotente, aquel principio de todas las cosas, aquel rey de los hombres y de los dioses, como lo llaman los poetas, se muestra unas veces en figura humana, para tratar con Alcmena; otras, disfrazado de sátiro, para gozar de Antiope; otras, de toro, para arrebatar á Europa; otras, de cisne, para abusar de Leda; y en fin, en forma de lluvia de oro para corromper á Danae, y de otros mil modos para satisfacer sus perversos designios. Entre tanto la gran diosa Juno, rabiosa de celos, no piensa mas que en vengarse de su infiel esposo. De este mismo calibre eran los otros dioses inmortales, especialmente los mayores, ó escogidos, como ellos los llamaban: "Escogidos, dice San Agustín, por la superioridad de sus vicios; no ya por la excelencia de sus virtudes." ¿Y qué buenos ejemplos podían contar de sus dioses aquellas gentes, que mientras se jaetaban de dar á los hombres lecciones de virtud, solo consagraban en sus altares desórdenes, maldades y flaquezas? ¿Qué otro mérito tenían entre los griegos *Leena*, y entre los romanos *Lupa*, *Faula* y *Flora*, sino el de haber sido famosas prostitutas? De aquí nace el haber habido varios números encargados de los mas infames y vergonzosos empleos. Véanse en el lib. VI de la Ciudad de Dios de San Agustín,

que yo no tengo valor para ponerlos á la vista de mis lectores.

¿Y qué diremos de los egipcios, que fueron los creadores de la superstición? Sabido es lo que de ellos dice Luciano:

Nos in templa tuam Romanam accepimus Isid; Semisaneaque Deos et iustia morventia locutum.

No solo daban culto al buey, al perro, al lobo, al gato, al cocodrilo, al esperaván y á otros animales semejantes, sino á las cebollas y á los ajos; lo que dió motivo á la célebre espresion de Juvenal:

O sanctas gentes, quibus hic nascuntur in hortis Numina.

No satisfechos con esto, celebraban la apoteosis de las cosas mas indecentes. El detestable casamiento de hermano con hermana se creía autorizado con el ejemplo de sus dioses.

Harto diversa de esta era la idea que tenían de sus números los Mexicanos; no se halla en toda su mitología la mas pequeña traza de aquellas estupendas perversidades con que los otros pueblos infamaron á los suyos. Los Mexicanos honraban la virtud y no el vicio, en los objetos de su veneracion religiosa: en *Huitzilopochtli* el valor, en *Centeotl* y en otros la beneficencia, en *Quetzalcoatl* la castidad, la justicia y la prudencia. Aunque tenían números de ambos sexos, no los casaban, ni los creían capaces de aquellos placeres obscenos que eran tan comunes en los dioses griegos y romanos. Suponian en ellos una suma aversion á toda especie de delitos; por lo que el culto se dirigía á templar su cólera, provocada por los pecados de los hombres, y á grangearse su proteccion con el arrepentimiento y con los obsequios religiosos.

Conforme en un todo á estos principios fundamentales, eran los ritos que practicaban en las funciones del culto público y privado. La supersticion era comun á

todas las naciones de Anáhuac; pero la de los Mexicanos era menos pueril que la de los pueblos antiguos para convencerse de ello, basta comparar los agüeros de unos y otros. Los astrólogos mexicanos observaban los signos y caracteres del día para sus casamientos, viajes, y en general, para todas sus operaciones, como los astrólogos de Europa observan la posición de los astros para vaticinar la ventura de los hombres. Los unos y los otros miraban con el mismo temor los eclipses y los cometas, como precursores de alguna gran calamidad; porque esta preocupación ha sido general en el mundo. Todos se amedrentaban al oír el silbido de un ave nocturna: errores vulgares de uno y otro continente, que no han desaparecido de muchos pueblos de la cultísima Europa. Pero todo lo que sabemos de los americanos en este ramo, no puede compararse con lo que nos dicen de los antiguos romanos sus mismos historiadores y poetas. Las obras de Tito Livio, de Plinio, de Virgilio, de Suetonio, de Valerio Máximo, y de otros escritores juiciosos (que no pueden leerse sin compasión), hacen ver á qué exceso llegó la pueril superstición de los romanos en sus agüeros. No había animal entre los cuadrúpedos, entre las aves y entre los reptiles, de que no sacasen alguna predicción para el porvenir. Si el ave volaba hácia la izquierda, si graznaba el cuervo ó la corneja, si el ratón probaba la miel, si la liebre cruzaba el camino, era inevitable la proximidad de alguna gran desventura. Hubo ocasión de hacerse la expiación, ó sea ilustración de la capital del mundo, solo porque había entrado un buho en el capitolio. Así lo refiere Plinio: *Bubo fovebris et maxime abominatus publice precipui auspiciis. . . . capitolio cellam ipsam intravit, Scx. Papellio Istro, L. Pedanio coss. prop-*

ter quod nonis Martiis urbs lustrata est eo anno. Y no solo los animales, sino las cosas mas ruines y despreciables bastaban á inspirarles un temor supersticioso: como si estando comiendo se derramaba el vino ó la sal, ó caía al suelo algún fragmento de manjar. ¿No era cosa admirable el ver á un señor arúspice, personaje de alta gerarquía ocupado seriamente en observar los movimientos de las víctimas, el estado de sus entrañas y el color de su sangre, para pronosticar, en virtud de aquellos datos, los principales sucesos de la mas poderosa nación de la tierra? "Me maravillo, decía el gran Ciceron, de que no sería un arúspice cuando encuentra á otro." ¿Puede haber en efecto cosa mas ridicula que la adivinación que llamaban *Tripudium*? ¿Quién creerá que una nación, por una parte tan ilustrada, y por otra tan guerrera, llevaba consigo en sus ejercicios, como cosa importantísima para la felicidad de sus armas, una jaula llena de pollos, y que las tropas no osaban aventurar una acción sin consultarlos ántes? Si los pollos no probaban la masa que se les ponía delante, era mala señal: si además de no comerla, se salían de la jaula, peor: si la comían ansiosamente, no había nada que temer, pues la victoria era segura. Así que, el medio mas eficaz para conseguir el triunfo, hubiera sido dejar sin comer á los pollos un par de días ántes de consultarlos.

A estos excesos llega el espíritu humano, cuando se abandona á sus propias luces. La experiencia de los torpes errores, de la ridicula puerilidad, y de las monstruosas abominaciones en que han incurrido las naciones mas cultas del gentilismo, nos hace ver que no podemos esperar la verdadera y santa religion sino de la eterna sabiduría. A ella toca revelar la verdad, que debemos creer, y dictar el

culto que debemos practicar. Si el gravísimo negocio de la religion se confia á la débil razon humana, de cuya miseria tenemos tanta esperiencia, se presentará á nuestra mente los mayores absurdos como dogmas verdaderos, y el culto debido al Ser Supremo vacilará entre los escollos de la impiedad y de la superstición. ¡Pluguiese á Dios que esos mismos filósofos de nuestro siglo, que tanto ponderan la fuerza de la razon, no nos diesen en sus obras tantas pruebas de su imbecilidad!

Pero al fin, americanos, griegos, romanos y egipcios, todos eran supersticiosos y pueriles en la práctica de su religion; mas no todos eran indecentes en sus ritos, pues en los de los Mexicanos no se halla el menor vestigio de aquellas abominaciones tan comunes entre los romanos y otras naciones de la antigüedad. ¿Puede haber nada mas impuro que las fiestas eleusinas de los griegos, las que celebraban los romanos en honor de Vénus, en las calendas de abril, y sobre todo, aquellos obscenísimos juegos que se hacian en honor de Cibele, de Flora, de Bacó y de otros números, escándalos contra los cuales declamaron tantas veces los Padres de la Iglesia y muchos prudentes romanos? ¿Hay algo que pueda compararse en obscenidad con aquel rito que se hacia con la estatua de Priapo en las ceremonias nupciales? ¿Y cómo era posible que celebrasen de otro modo las fiestas de aquellos dioses incestuosos y adúlteros? ¿Y cómo podian avergonzarse ellos mismos de los vicios que consagraban en sus divindades?

Es cierto que aunque en los ritos de los Mexicanos no habia demostraciones impuras, intervenian en ellos algunas ceremonias que podian suponer flaquezas y miserias en los dioses á que se dirigian, como era la de untar los labios de los ido-

los con sangre de las victimas; pero ¿no hubiera sido peor darles bofetones, como hacian los romanos con la diosa Matuta en las fiestas Matrales? Supuesto el error de unos y otros, menos irracionales eran ciertamente los Mexicanos, dando á los dioses un licor, que segun los principios de su religion, debía serles agradable, que los romanos haciendo con los suyos una accion, que se tiene por grave ofensa entre todos los pueblos del mundo.

Lo que llevo dicho hasta ahora, aunque basta para demostrar que la religion de los Mexicanos era menos digna de censura que la de los romanos, griegos y egipcios, es nada en comparacion de lo que podría añadir, si no temiese dar molestia á mis lectores. Por otra parte veo que hay otros muchos puntos que deberian entrar en comparacion: por ejemplo, los sacrificios, en los cuales confieso que los Mexicanos eran sanguinarios, bárbaros y cruels. Pero cuando considero lo que han hecho las otras naciones de la tierra, me confundo al reconocer la miseria del hombre y los errores deplorables en que se precipita, cuando no está guiado por las luces de la verdadera religion, y doy infinitas gracias al Altísimo porque se la dignado preservarme de tantas calamidades.

No ha habido casi ninguna nacion en el mundo, que no haya sacrificado victimas humanas al objeto de su culto. Los libros santos nos dicen que los ammonitas quemaban á sus hijos en honor de su dios Moloch, y que lo mismo hacian otros pueblos de la tierra de Canaam. Los israelitas imitaron alguna vez aquel ejemplo. Consta en el libro iv de los Reyes que Achaz y Manasés, reyes de Judá, usaron aquel rito gentilico de pasar á sus hijos por las llamas. La espresion del testo sagrado parece indicar mas bien una lustra-

cion, ó consagracion, que un holocausto; pero el Salmo cv no nos permite dudar que los israelitas sacrificaban realmente sus hijos á los dioses de los cananeos, no bastando á retraerlos de aquella bárbara supersticion los estupendos y evidentes milagros obrados por el brazo omnipotente del verdadero Dios: *Commixti sunt inter gentes, et didicerunt opera eorum, et servierunt sculptilibus eorum, et factum est illis in scandalum. Et immolaverunt filios suos, et filios suas Daemoniis. Et effuderunt sanguinem innocentem; sanguinem filiorum suorum, et filiarum suarum quas immolaverunt sculptilibus Chanaan, et infecta est terra in sanguine.*

De los egipcios sabemos por el testimonio de Maeton, sacerdote é historiador célebre de aquella nacion, citado por Eusebio de Cesarea, que cada dia se inmolaaban tres victimas humanas en Eliópolis solo á la diosa Juno. Y no eran solos los ammonistas, los cananeos y los egipcios, los que obsequiaban de un modo tan inhumano á sus dioses Moloch, Belfegor y Juno: pues los persas hacian iguales sacrificios á Mitra, ó el sol; los fenicios y los cartagineses, á Baal ó Saturno; los cretenses, á Jove; los lacedemonios, á Marte; los focenses, á Diana; los habitantes de Lesbos, á Baco; los tesalios, al centauro, Quirion y á Peleo; los galos, á Eso y á Teutate (1); los Bardos de la Germania, á

Triston, y así otras naciones á sus dioses tutelares. Filon dice que los fenicios, en sus calamidades públicas, ofrecian en sacrificio á su inhumano Baal, los hijos que mas amaban; y Curcio afirma que lo mismo hicieron los tirios hasta la conquista de su famosa ciudad. Sus compatriotas los cartagineses observaban el mismo rito en honor de Saturno el Cruel, llamado así con justa razon. Sabemos que cuando fueron vencidos por Agatoeles, rey de Siracusa, para aplacar á su dios, que creian irritado contra ellos, le sacrificaron 200 familias nobles, ademas de 300 jóvenes, que espontáneamente se ofrecieron en holocausto para dar este testimonio de su valor, de su piedad para con los dioses, y de su amor á la patria; y segun asegura Tertuliano, que como africano y poco posterior á aquella época, debia saberlo bien, aquellos sacrificios fueron usados en Africa hasta los tiempos del emperador Tiberio, como en las Galias hasta los de Claudio, segun dice Suetonio.

Los pelasgos, antiguos habitantes de Italia, sacrificaban, para obedecer á un oráculo, la décima parte de sus hijos, como euceta Dionisio de Halicarnaso. Los romanos, que fueron tan sanguinarios como supersticiosos, conocieron tambien aquellos sacrificios. Durante todo el tiempo del dominio de los reyes, inmolaron ui-

(1) Clerto autor frances, movido por un ciego amor á su patria, niega redundamente que los galos hiciesen sacrificios de victimas humanas; pero sin alegar razon alguna que baste á desmentir el testimonio de César, de Plinio, de Suetonio, de Diodoro, de Etrabon, de Lactancio, de S. Agustin, y de otros graves autores. Basta á confundirlo la autoridad de César, que conocia bien aquellos países. "Natio est omnis Gallorum admodum dedita religionibus, atque ob eam causam, que sunt affecti gravioribus morbis, qui que in proelio periculose versantur, aut pro victimis hominis immolant, aut se immolatu-

ros vorant, administris ad ea sacrificia Drauidibus; quod pro vita hominis, nisi vita hominis reddatur, non posse aliter Deorum immortalium nomen placari arbitratur publiceque ejusdem generis habent instituta sacrificia. Alii inhumani magitudine simulacra habent: quorum contexta vinibus membra vivis hominibus complent, quibus succensis circumventi flamma examinantur homines. Supplicia eorum qui in furto, aut latrocinio, aut aliqua noxa sint comprehensi, gratiora. Diis immortalibus esse arbitrantur. Sed cum ejus generis copia deficit, etiam ad innocentium supplicia descendunt." *Lib. vi de Belle Gallico.* Por este pasaje se echa de ver que los galos eran algo mas crueles que los Mexicanos.

ños en honor de la diosa *Mania*, madre de las *Leves*, para implorar de ella la felicidad de sus casus. Indújolos á esta práctica, segun dice Macrobio, cierto oráculo de Apolo. Por Plinio sabemos que hasta el año 657 de la fundacion de Roma, no se prohibieron los sacrificios humanos: *DELVII demum anno urbis Cn. Corn. Lentulo, Licinio Coss. Senatus consultum factum est, ne homo immolaretur.* Mas no por esta prohibicion cesaron de un todo los ejemplos de aquella bárbara supersticion; pues Augusto, segun afirman varios escritores citados por Suetonio, despues de la toma de Perusia, donde se habia fortificado el consul L. Antonio, sacrificó en honor de su tío Julio César, divinizado ya por los romanos, 300 hombres, parte senadores, y parte caballeros, escogidos entre la gente de Antonio, sobre un altar erigido al nuevo dios: *Perusia cepta in pluribus animadvertit; orare veniam, vel excusare se conantibus una voce occurens, moriendum esse. Scribunt quidam, trecentos ex ædilitibus electos, utrusque ordinis ad aram D. Julio exstructam Idib. Martis victimarum more mactatos.* Lactancio Firmiano, que conocia á fondo la nacion romana, y que floreció en el siglo IV de la Iglesia, dice espresamente que aun en sus tiempos se hacian aquellos sacrificios en Italia al dios *Lacial*: *Nec Latini quidem hujus immanitatis expertes fuerunt: siquidem Latiæ Jupiter etiam nunc sanguine colitur humano.* Ni los españoles se preservaron de aquel horrible contagio. Estrabon cuenta en el libro III que los Lusitanos sacrificaban los prisioneros, cortándoles la mano derecha para consagrarla á sus dioses, observando sus estratias, y guardándolas para sus agüeros: que todos los habitantes de los montes sacrificaban tambien á los prisioneros con sus caballos, ofreciendo ciento á ciento aquellas victi-

mas al dios Marte; y hablando en general, dice que era propio de los españoles sacrificarse por sus amigos. No es ageno de este modo de pensar lo que Silio Itálico cuenta de los béticos sus antepasados: á saber, que despues de pasada la juventud, fastidiados de la vida, se daban muerte á sí mismos; lo que él elogia como una accion heroica:

*Prodigæ gens animæ et præparare facillima mortem;
Nanque ubi transcendenti florentes viribus aetas,
Impatiens ævi spernit veniens senectam,
Et fati modus in dextera est.*

¿Quién diria que esta manía de los béticos habia de ser despues una moda en Francia y en Inglaterra! Viviendo á tiempos posteriores, el P. Mariana, hablando de los godos, que ocuparon la España, dice así: "Por que estaban persuadidos que no tendria buen éxito la guerra, si no ofrecian sangre humana por el ejército, sacrificaban los prisioneros de guerra al dios Marte, al cual eran particularmente devotos, y tambien acostumbraban ofrecerle las primicias de los despojos, y suspender de las ramas de los árboles los pellejos de los que mataban." Si no hubieran olvidado esta especie los españoles que escribieron la Historia de México, y hubieran tenido presente lo que pasaba en su misma peninsula, no se habrian maravillado tanto de los sacrificios de los Mexicanos.

Si se quieren mas ejemplos, consúltese á Ensebio de Cesarea, en el libro IV de *Preparatione Evangelica*, donde se hallará un largo catálogo de las naciones que acostumbraban hacer aquellos bárbaros sacrificios; pues á mí me basta lo que he dicho, para demostrar que los Mexicanos no han hecho mas que seguir las huellas de los pueblos mas célebres del continente antiguo, y que sus ritos no fueron mas crueles, ni mas absurdos que los que estos practicaban. ¿No es mayor inhumanidad

la de sacrificar sus conciudadanos, sus hijos y darse muerte á sí mismo, que la de inmolarse los prisioneros de guerra, como los Mexicanos hacian? Jamas mancharon estos los altares con sangre de sus compatriotas, excepto con la de los reos de muerte, y muy raras veces con la de algunas mugeres de altos personajes, á fin de que los acompañasen en el otro mundo. La respuesta que dió Moctezuma á Cortés, cuando este le echaba en cara la crueldad de sus sacrificios, da á entender que aunque sus sentimientos no eran justos, eran menos bárbaros que los de las naciones antiguas cuyos ejemplos hemos citado. "Nosotros, le dijo, tenemos derecho de quitar la vida á nuestros enemigos: podemos matarlos en el calor de la accion, como vosotros haceis con los nuestros: ¿y por qué no podemos reservarlos para honrar con su muerte á nuestros dioses?"

La frecuencia de estos sacrificios no fué ciertamente menor en Egipto, en Italia, en España y en las Galias, que en México. Si solo en la ciudad de Heliópolis se sacrificaban anualmente, segun dice Maneton, mas de 1.000 víctimas humanas á la diosa Juno, ¿cuántas no serian las sacrificadas en las otras ciudades de Egipto á la famosa diosa Isis, y á los innumerables númenes de aquella supersticiosa nacion! Qué no harian los pelagos, que consagraban á sus dioses la vida de la décima parte de sus hijos? ¿Qué número de hombres no se habrá consumido en aquellas hecatombes de los antiguos habitantes de España? ¿Y qué diremos de los galos, que no contentos con la muerte de los prisioneros de guerra y de los malhechores, la daban tambien á los inocentes, como lo hemos visto en el citado pasaje de César? Ademas que ya he probado que los escritores españoles exage-

ron el número de las víctimas sacrificadas en México.

Los humanísimos romanos, que tenían escrúpulo en observar las entrañas de los hombres (1), aunque prohibieron al fin estos sacrificios al cabo de seis siglos y medio de fundada su capital, siguieron permitiendo con demasiada frecuencia el sacrificio gladiatorio. Doy este nombre á los bárbaros combates que servian de diversion al pueblo, siendo al mismo tiempo uno de los deberes prescritos por la religion. Ademas de la sangre humana que se derramaba en los juegos del circo y en los convites, no era poca la que regaba los funerales de la gente rica, sea en los combates de los gladiadores, sea dando muerte á algunos prisioneros para aplacar las manes del difunto. Y tan persuadidos estaban de la necesidad de sangre humana en aquellas ocasiones, que cuando las facultades de la familia no permitian comprar gladiadores ni prisioneros, se pagaban lloronas para que con las uñas se sacasen sangre de las megillas. ¿Cuál no habrá sido el número de infelices inmolados por la supersticion romana en tantos funerales, especialmente reinando en esto cierta emulacion; pues los unos querian superar á los otros en el número de gladiadores y prisioneros que debian solemnizar con su muerte la pompa fúnebre? Este espíritu sanguinario de los romanos fué el que tantos estragos hizo en los pueblos de Europa, de Asia y de Africa, y el que muchas veces inundó á Roma con sangre de sus propios ciudadanos, y particularmente durante las horrendas prescripciones que tanto oscurcieron las glorias de aquella famosa república.

No solo fueron crueles los Mexicanos para con sus prisioneros; lo fueron tam-

(1) "Adspici humana exta nefas habetur."
—Plin. Hist. Nat. lib. xxxviii, cap. 1.

bien consigo mismos, como se echa de ver en las austeridades que usaban, y que refiero en mi *Historia*. Pero el sacarse sangre con las espinas de magney de la lengua, de los brazos y de las piernas, como hacian todos; y el agujerarse la lengua con pedazos de caña, como hacian los mas rigorosos, parecerán mortificaciones ligeras, comparadas con aquellas espantosas y horribles penitencias de los Fanáticos de la India oriental y del Japon, cuyos pormenores no pueden leerse sin horror. ¡Quién osará poner la crueldad de los mas famosos *Tlamacazques* de México y de Tlaxcala, al nivel de la que practicaban los sacerdotes de Cibele y de Belona (1)? ¿Cuándo se vió á los Mexicanos destrozarse los miembros, arrancarse la carne con los dientes, y castrarse en honor de sus dioses, como hacian los sacerdotes de la primera de aquellas dos divinidades?

Finalmente, los Mexicanos no solo sacrificaban víctimas humanas, sino que comian su carne. Confieso que en esto fueron mas bárbaros que otras muchas naciones; pero no forman una escepcion de

toda la especie humana, pues no faltan ejemplos de esta clase en el antiguo continente, y aun en los pueblos que se han llamado cultos. "Aquel uso horrible, dice el historiador Solis, de comerse los hombres unos á otros, se vió ántes en otros bárbaros de nuestro hemisferio, como lo confiesa en sus anales la Galicia." Ademas de los antiguos africanos, entre cuyos descendientes hay todavta muchos antropófagos, es cierto que lo fueron muchas de aquellas naciones comprendidas bajo la comun denominacion de *Scitas*, y aun los antiguos pobladores de la Sicilia y del continente de Italia, como dicen Plinio y otros autores. De los indios que vivian en tiempo de Antiocho el Ilustre, escribe Apion, historiador egipcio (no griego, como dice Mr. de Paw), que cebaban un prisionero para comerlo al cabo de un año. Del famoso Anibal, cuenta Tito Livio, que dió á comer carne humana á sus soldados para inspirarles valor. Plinio reconviene amargamente á los griegos por el uso que tenian de comer todas las partes del cuerpo humano, creyendo poder curar de este modo diversas enfermedades: *Quis invenit singula membra humana manderet? Qua conjectura inductus? Quam potest medicina ista originem habuisse? Quis beneficia innocentiora fecit quam remedia? Esto, barbari externique rites invenierat; etiamne Graeci suas fucere has artes?* ¿Qué extraño es, pues, que los Mexicanos ejecutasen por máxima de religion lo que los griegos usaban por medicina? Pero no: estoy muy lejos de hacer la apología de los Mexicanos en este punto, pues en él fueron mas bárbaros que los romanos, los egipcios y las otras naciones cultas; mas por lo demas, no puede dudarse, en vista de lo que ya hemos visto, que su religion fué menos supersticiosa, menos ridicula y menos indecente que la de aquellos pueblos.

(1) "Deae Magnae Sacerdotes, qui Galli vocabantur, virilia sibi amputabant et ferore percili caput rotabant cultrisque faciem masculosque totius corporis dissecabant."—Aug. de Civit. Dei, lib. II, cap. 7.

"Ille virides sibi partes amputat, ille lacertos secat. Ubi iratos deos timent qui sic propitios merentur? Tantus est perturbatae mentis et sedibus suis pulsae furor, ut sic Dii placeant, quemadmodum ne homines quidem saeviant interitini, et in fabulis traditi crudelitatis Tyranni lacerarentur aliquorum membrorum: neminem sua lacerare jusserunt. In regiae libidinis voluptatem castrati sunt quidam, sed nemo sibi, ne vir esset, jubente domino manus intulit. Se ipsi in templis contrucidant, vulneribus suis se sanguine supplicant. Si cui intueri vacet quae faciunt, quaeque patiuntur, invenit tam indecora honestis, tam indigna liberis, tam dissimilia sanis, ut nemo fuerit dubitaturus ferere eos, si cum paucioribus fuerint: nunc sanitatis patrocinium insanientium turba est."—Senec. lib. de superst.

DISERTACION IX.

ORIGEN DEL MAL VENEREO.

En la presente Disertacion no tengo que disputar tan solo con Mr. de Paw, sino con casi todos los europeos, entre los cuales está muy propagada la opinion de que el mal venéreo debe su origen al Nuevo-Mundo: recurso que tomaron las naciones de Europa, como de comun acuerdo, despues de haberse estado echando en cara unas á otras, por espacio de treinta años, el origen de tan vergonzosa enfermedad. Yo incurriria sin duda en la nota de temerario, al querer combatir una creencia tan general, si los argumentos de que voy á echar mano, y el ejemplo de dos europeos modernos no justificasen en algun modo mi osadía (1). Como entre los defensores de la opinion dominante, el principal, el mas famoso, y el que mas y con mas erudicion ha escrito

(1) Estos dos autores antiguos son Guillermo Becket, cirujano inglés, y Antonio Rivero Sanchez. Becket escribió tres disertaciones para probar que el mal venéreo era ya conocido en Inglaterra desde el siglo XIV. Rivero escribió una disertacion, impresa en Paris en 1765 con este título: *Dissertation sur l'origine de la Maladie Venéerane, dans la quelle on prouve qu'elle n'a point été portée de l'Amérique*. Habiendo leído este título en el catálogo de los libros y MSS españoles del tomo IV de la Historia de Robertson, he buscado la obra en muchas ciudades de Europa y no he podido encontrarla, ni sé si el autor es español ó portugués, como lo indica su apellido, ó nacido en Francia, de padres españoles ó portugueses.

sobre el asunto, es Mr. Astruc, docto médico frances, á él dirigiré la mayor parte de mis objeciones, sirviéndome á este fin con alguna frecuencia de los mismos materiales que me suministra su obra. Esta se intitula de *Morbis Venereis*, y la edicion de que me he valido es la de Venecia.

OPINION DE LOS MEDICOS ANTIGUOS ACERCA DEL MAL VENEREO.

En los primeros treinta años despues que empezó á sentirse en Italia el mal venéreo, no hubo un solo escritor que atribuyese su origen á América, como demostraré despues. Todos los que escribieron ántes de 1525, y aun algunos de los que escribieron despues, lo atribuyen á diversas causas, cuya enumeracion escitaré sin duda en nuestros lectores, á veces la compasion y á veces la risa.

Algunos de los primeros médicos de los que entonces vivian, como Coradino Gilini y Gaspar Torella, se persuadieron, segun las ideas dominantes en aquel tiempo, que el mal venéreo procedia de la conjuncion del sol con Jove, Saturno y Mercurio en el signo de la Libra, ocurrida el año de 1483. Otros, guiados por el célebre Nicolo Leóniceo, le dan por causa las lluvias abundantísimas, y las grandes inundaciones que se espermentaron en Italia el año en que empezó el contagio. Asi

se explica aquel autor: *itaque dicimus, malum hoc, quod Morbum Gallicum vulgo appellat, inter epidemias deberi connumerari. . . Illud satis constat, eo anno magnam aquarum per universam Italiam fuisse exuberantiam. . . aestivam autem ad illam venisse intemperiem calidam scilicet et humidam.*

Juan Monardi, docto profesor de la universidad de Ferrara, atribuyó el origen de la enfermedad al comercio impuro de un caballero valenciano leproso con una muger pública. El leproso, según Paracelso, era francés. Antonio Musa Brasavolo, sabio escritor ferrarés, dice que el mal venéreo tuvo principio en una muger pública, que se hallaba en el ejército de los franceses en Nápoles, y que tenía un tumor en el útero.

Gabriel Fallopio, famoso médico de Modena, cuenta que, siendo pocos los españoles en la guerra de Nápoles, y los franceses muchos, aquellos envenenaron una noche el agua de los pozos de que se surtian sus enemigos, de cuyos resultados empezó el contagio.

Andrés Cesalpino, médico de Clemente VII, dice haber sabido por los que se hallaron en la guerra de Nápoles, que cuando los franceses sitiaban un pueblo inmediato al Vesubio, llamado Somma, donde hay una gran abundancia de excelente vino griego, los españoles sitiados se escaparon secretamente durante la noche, dejando una gran cantidad de aquel vino mezclado con sangre de los que padecían el mal de San Lázaro, y que entrando inmediatamente los franceses, bebieron el vino, y empezaron de allí á poco á sentir los efectos del mal venéreo.

Leonardo Fioravanti, médico boloñés, dice, en su obra intitulada *Coprichos Médicos*, haber sabido por el hijo de un vivandero del ejército de Alfonso, rey de

Nápoles, que el año de 1456, habiendo escaseado los víveres, por haberse prolongado la guerra, tanto en el ejército de aquel rey como en el de los franceses, los vivanderos vendían á unos y otros carne humana preparada, y que de aquí se originó la enfermedad. El célebre canciller de Inglaterra Bacon de Verulam, añade que aquella carne era de hombres muertos en Berbería y que estaba escabuchada como el atun.

Como no es posible saber quien fué el primero que padeció el mal en Europa, tampoco se puede saber su causa: veamos pues, no lo que sucedió, sino lo que pudo suceder.

EL MAL VENEREO PUDO COMUNICARSE A EUROPA DE OTROS PAISES DEL CONTINENTE ANTIGUO.

Para demostrar que el mal venéreo pudo comunicarse por vía de contagio á Europa de otros países del mismo continente, se necesita, y basta probar que este mal se padeció en algunos países del mismo, y que estos tenían comercio con Europa, ántes que se descubriese el Nuevo-Mundo. Voy á demostrar completamente uno y otro punto.

Vatable, el P. Pineda, el P. Calmet, y otros sostienen que una de las enfermedades que affligieron al santo Job fué el mal venéreo. Esta opinión es tan antigua, que cuando se empezó á conocer en Italia, fué inmediatamente llamado *mal de Job*, como lo acredita Fulgoso, autor de aquella época. El P. Calmet procura apoyar su opinión en una discusión muy erudita; pero como nada sabemos de las enfermedades de Job, si no lo vemos en la Biblia, y esto puede entenderse de otras varias enfermedades, conocidas ó desconocidas, no debemos dar mucha importancia á la cuestion.

Andres Thevet, geógrafo frances, y otros autores afirman que el mal venéreo era endémico en las provincias interiores del Africa, situadas á una y otra orilla del Senegal. Andres Cleyer, protomédico de la colonia holandesa de la isla de Java, dice que era propio y natural de aquella isla, y tan comun como la calentura. Lo mismo afirma Juano. Jácome Bonzio, médico de los holandeses en la India oriental, atestigua que aquel mal era endémico en Amboina, y en las islas Molucas, y que para contraerlo no era necesario comercio carnal. En parte confirman esto mismo los compañeros de Magallanes, los primeros que dieron la vuelta al mundo en el famoso navío *la Victoria*, los cuales dijeron, segun el cronista Herrera, haber visto en Timor, isla del archipiélago de las Molucas, un gran número de isleños infectos del mal venéreo: seguramente no se dirá que se lo comunicaron los americanos, ni los europeos.

El P. Foureau, jesuita frances, docto, exacto, y practico en las cosas de China, preguntando por Mr. Astruc si los médicos chinos creian al mal venéreo originario de su pais, ó traído de otro, respondió que los que él habia consultado eran de opinion que aquella enfermedad se padecia en el imperio desde la antigüedad mas remota, y que en efecto los libros de medicina escritos en caracteres chinos, que se creian antiquísimos, nada decian acerca de su origen, ántes bien hablaban de ella como de una dolencia conocida mucho tiempo ántes de la época en que aquellos libros se escribieron; y que por consiguiente no era vorosímil que fuese traída de otros paises.

Finalmente, el mismo Mr. Astruc dice que en su opinion, despues de haber examinado y pesado el testimonio de los autores, el mal venéreo no era solamente

propio de la isla de Haití, ó Española, sino comun á muchas regiones del antiguo continente, y quizás á todas las equinocciales del mundo, en las que reinaban desde tiempos muy antiguos. Esta ingenua confesion de un hombre tan instruido en esta materia, y por otro lado tan empeñado contra América, ademas de las otras autoridades citadas, es suficiente para demostrar que aunque supongamos al mal venéreo antiguamente conocido en el Nuevo-Mundo, nada puedén echar en cara los europeos á la América, que los americanos no puedan decir de las otras partes del globo; y que, si como dice Mr. Astruc, la sangre de los americanos estaba corrompida, no estaba mas sana la de los africanos y asiáticos.

Mr. Astruc añade que el mal venéreo pudo comunicarse de los paises de Asia y Africa, en que era endémico, á otros pueblos vecinos; pero no á la Europa, por no haber habido comercio ni comunicacion con esta parte del mundo, siendo opinion general que la zona tórrida era inaccesible é inhabitable. Pero ¿quién ignora el comercio frecuente que tuvo por tantos siglos el Egipto, por una parte con Italia, y por otra con los paises equinocciales del Asia? ¿Y por qué no habrán podido los traficantes asiáticos llevar el mal venéreo de la India á Egipto, de donde pasaria á Italia por medio de los venecianos, genoveses y prusianos, que tantas relaciones de comercio tuvieron con Alejandria? ¿No fueron europeos los que llevaron á Italia la lepra de Siria, y las viruelas de Arabia? Ademas de esto, de los muchos europeos que empezaron en el siglo XII á emprender viajes á los paises meridionales de Asia, como Benjamin de Tudela, Carpini, Marco Polo y Mandeville, entre los cuales hubo algunos que se internaron hasta la China, como

Marco Polo, que pudo haber uno que trajese á Europa el contagio que tomó en sus correrías. Estas son hipótesis, no hechos; porque los hechos no pueden ser conocidos en asunto tan oscuro.

No solo de Asia, sino también de Africa pudo pasar el mal venéreo á Europa antes del descubrimiento de América; pues treinta años antes de la gloriosa expedición de Cristóbal Colon, los portugueses habían ya descubierto una gran parte de los países meridionales de Africa, y entablado comercio con sus habitantes. ¿No pudo algun portugués contagiarse allí, y comunicar el mal á sus compatriotas, y estos á las otras naciones de Europa, como parece que sucedió en efecto segun todas las probabilidades de que despues haremos mención? Vea pues Mr. Astruc de cuantos modos pudo pasar el contagio á Europa, sin que viñese de América, y á pesar de la antigua opinion de ser inaccesible la zona tórrida.

EL MAL VENEREO PUDO PADECERSE EN EUROPA SIN CONTAGIO.

Antes de tratar de este asunto necesito decir algo de la naturaleza, y de la causa física de aquella enfermedad. En esta, segun los médicos, la linfa, y especialmente su parte mas serosa, adquiere una crasitud y acrimonia extraordinarias. "El virus venéreo, dice Mr. Astruc, es de naturaleza salina, ó por mejor decir, ácido-salina, corrosiva y fija. Ocasiona la condensacion de los humores, y la acrimonia de la linfa; y de aquí provienen las úlceras, las erupciones, los dolores, y todos los otros síntomas horribles que los médicos conocen. Este veneno, comunicado á un hombre sano, no debe considerarse como un nuevo humor añadido á los humores naturales, sino como una mera *dyscrasia*, ó calidad viciosa de estos, ó co-

mo una degeneracion ácido-salina de su estado habitual."

Esto supuesto, es necesario saber que casi todos los médicos son de opinion que no puede provenir sino es por contagio, y que este se comunica por el licor seminal, ó por la leche, ó por saliva, ó por el sudor, ó por el contacto de las úlceras venéreas, &c. Mas yo, con permiso de estos señores, sostengo que el mal venéreo puede absolutamente engendrarse en el hombre sin ningun contagio ó comunicacion con los contagiados; porque puede engendrarse en un individuo del mismo modo que en el primero que lo padeció. Este no lo tuvo por contagio, puesto que fué el primero, sino por alguna otra causa: luego esta misma causa, sea cual fuere, pudo producir la misma alteracion humoral, la misma condensacion, y acrimonia de la linfa, en cualquier individuo de la especie humana. "Esto es verdad, dice Mr. Astruc, en el nuevo continente, ó en otro país semejante; pero no en Europa." ¿Y porqué ha de gozar Europa de este privilegio? "Por que en Europa, dice el mismo autor, no concurren las circunstancias que desde el principio pudieron dar origen á este mal en América." ¿Cuáles son estas circunstancias? Vamos á examinarlas.

En primer lugar no debe contarse el aire entre las causas originales del mal venéreo. El aire pudo ocasionar otras enfermedades en la isla Española; pero no aquella, porque los españoles, que por espacio de 200 años y mas la habitan, no han contraido jamas el mal venéreo sino por contagio. El aire no es diferente ahora del que fué 300 años hace; y aunque fuese diferente, no lo fué á principios del siglo xv. No debemos pues hacer caso del aire en la investigacion del origen

del mal. Así raciocina Mr. Astruc; sin embargo de lo cual, en otra parte admite al aire, contradiciéndose manifiestamente, como después veremos.

Dos son las causas que señala Mr. Astruc: los alimentos, y el calor. En cuanto á los alimentos dice que cuando los habitantes de la isla Española carecian de maíz, y cazabe, se mantenian con arañas, gusanos, murciélagos, y otros animales de esta clase. Por lo que hace al calor, afirma que las mugeres en los países cálidos suelen tener monstruos acres en demasia, y virulentos, especialmente si usan de alimentos malsanos. Establecidos estos principios, sigue discurrendo así: *multis ergo et gravissimis morbis indigena insulae Haitii, officii olim debeverunt, ubi nemo á menstruatís mulieribus se continbat: ubi viri libidine impotentes in venerem obviam belluarum ritu agebantur; ubi mulieres, quæ impudentissimæ erant, viros promiscue admittébant, ut testatur Consultus Oviedo, Hist. Ind. lib. v. cap. 3, immo eosdem et plures impudentius provocabant menstruationis tempore, cum tunc, incalcescente útero, libidine magis insanire pecudum more. Quid igitur mirum varia, heterogenea, acria multorum virorum semina una confusa cum acerrimo et virulento menstruo sanguine mixta intra uterum astuantur et olidum speciosissimarum mulierum coarctata, mora, heterogeneitate, calore loci brevi computruissent, ac prima morbi venereri semina constituisse quæ in alios si qui forte continentiores erant, dimanavere?*

Hé aquí todo el argumento de Mr. de Astruc, en apoyo de su sistema sobre el mal venéreo, lleno todo desde el principio hasta el fin de falsedades, como pienso demostrar; pero suponiendo que todo ello sea cierto, sostengo lo que he dicho antes, es decir, que lo mismo que él refiere de la isla de Haití pudo suceder en Euro-

pa. Así como aquellos habitantes, cuando les faltaba el maíz y otros alimentos usales; comian arañas, gusanos &c.; así los europeos, cuando les ha faltado el trigo y otros víveres sanos, han comido ratones, lagartos, excrementos de animales, y aun pan hecho con harina de huesos humanos, de cuyas resultas se han visto reinar gravísimas enfermedades. Basta leer la historia de las hambres que han padecido muchos pueblos europeos, ocasionadas en parte por las guerras, y en parte por el desórden de las estaciones. Siempre ha habido además hombres desenfrenados, que á guisa de bestias se han dejado llevar por sus pasiones, á cometer los mas horribles excesos. Siempre ha habido mugeres impúdicas y desaseadas, pudiendo aplicárseles el dicho de Plauto; *plus scortorum ibi est, quam muscarum tum, cum caletur maximè.* Tampoco han faltado en las regiones antiguas del mundo fluidos seminales demasiado acres, ni menstruos virulentos. Pudieron muy bien estas causas producir el mal venéreo en Europa, como lo produjeron en América, según piensa Mr. Astruc.

“No: responde este autor; no es así: porque siendo el aire mas templado en Europa (ya ocha mano del aire que antes habia escludido) *non adest eadem in virorum semine acrimonia, eadem in menstruo sanguine virulentia, idem in útero mulierum feror, quales in insula Haitii probatum est.* (Las pruebas no son otras que las ya citadas.) Luego no podian resultar en Europa los mismos síntomas del curso simultáneo de las mismas causas. Y para decirlo en pocas palabras, se debe juzgar de las enfermedades y de sus causas, como de la generacion de los animales y de las plantas. Como en Europa no engendran los leones, ni las monas se propagan, ni los papagayos labran sus ni-

dos, ni el suelo produce muchas plantas de las que nacen en la India y en América, aunque se siembren, del mismo modo el mal venéreo no pudo originarse espontáneamente en Europa, de las mismas causas, que como he dicho, lo produjeron en la isla de Haití. Cada clima tiene sus propiedades peculiares, y las cosas que en un clima viehen por sí mismas, no pueden venir en otro; pues como dice el poeta: "*non omnis fort omnia telas.*"

Quiero conceder á Mr. Astruc muchas cosas que cualquier otro le negaría. Le concedo que no haya habido nunca en Europa ni abuso de mugeres menstruadas, ni virulencia en los fluidos del cuerpo humano, ni fervor en el útero (circunstancias todas que supone en la isla Española), aunque de los libros de medicina publicados de 2,000 años á esta parte consta todo lo contrario. Concédole que no se hayan visto jamas en los pueblos europeos ejemplos de la mas desenfrenada lujuria, puesto que tanto trabajo le cuesta reconocer tanta depravacion en aquella parte del globo (1). Tambien quiero concederle que la salud y la castidad sean propiedades naturales de todos los hombres y mugeres que la habitan. Convengo en que todo esto sea verdad, por mas que lo contradigan la historia, y la opinion común de los mismos europeos. Con todo, afirmo que el mal venéreo pudo producirse en Europa sin contagio; porque todos los desórdenes que Mr. Astruc supone en Haití, pudieron accidentalmente reunirse en Europa, aunque no dependiesen de causas radicales y permanentes. Esas mugeres tan castas y tan puras, eran

sin embargo hijas de Adan, y, como toda la posteridad del primer hombre, estaban sujetas á flaquezas y pasiones: en un rato de las que estas provocan no era imposible que alguna de aquellas irreprehensibles europeas llegase á ser tan incontinente y descarada como el autor supone que eran las isleñas de Haití. Esos hombres tan sanos pudieron alimentarse de sustancias dañosas, capaces de alterar y corromper sus humores. El esperma humano, tan aere de por sí, como dice el mismo Mr. Astruc, pudo aumentar su acrimonia, de resulta de aquellos malos alimentos, hasta llegar al punto que necesita el mal venéreo para desarrollarse. Los menstruos pudieron adquirir una extraordinaria virulencia, sea por su supresion, sea por efecto de la pletora, sea en fin, por una de las innumerables causas morbificas que atacan los fluidos y los vasos. El útero pudo enardecerse escesivamente á influjo del calor comunicado á la sangre por los licores fermentados, y por los alimentos calidos. No creo que haya un médico que contradiga estas verdades: y pues Mr. Astruc confiesa que el veneno sifilitico no es un nuevo humor añadido á los humores naturales, sino una depravacion de estos, ¿por qué razon no pudieron depravarse en Europa por las mismas causas á que él atribuye su depravacion en la isla? "Porque en Europa, dice, que el aire es mas templado."

Este es el único subterfugio que le queda; pero de nada le sirve: pues es cierto, que en muchos paises de Europa, como Italia, y especialmente su parte meridional, el aire es mucho mas caliente en el verano que en la isla de Haití, y no hay motivo para creer que sea necesario el calor de todo el año, y que no baste el de algunos meses para causar aquella depravacion de humores. Pero ¿quién ha crei-

(1) "Sed esto; demus in Europa venerem aere impuram, atque in Hispaniola exerceri: neque enim contra pugnare placet, quoniam ea tamen nimia videantur."—Astruc de Morbis Venereis, lib. 1, cap.12.

do jamas que esta no puede verificarse sin un calor excesivo? ¿No trae consigo el escorbuto una horrible acrimonia y corrupcion en la sangre? Pues en verdad que los males escurbóticos son tan propios de los climas frios como de los calientes, y con mas frecuencia se padecen en las navegaciones por las zonas templadas, que en las que se hacen por la tórrida. Luego no es necesario un grado elevado en la temperatura para que los humores del cuerpo humano se vicen hasta la corrupcion y la acrimonia.

Finalmente, M. Astruc quiere que se juzgue de las enfermedades y de sus causas, como de la generacion de los animales; y afirma que así como los leones no engendran, ni los monos se propagan en Europa, del mismo modo el mal venéreo no puede producirse allí por las causas que lo produjeron en la Española. ¿Y qué diria si viera á los leones nacer mas fuertes, y á los monos propagarse mas en Europa que en Africa? Diria, ó á lo menos, debería decir que el clima de Europa era mas favorable que el de Africa á la generacion de aquellos cuadrúpedos. Ahora bien, que el mal venéreo es mucho mas fuerte en Europa que en América, es una verdad que el mismo Mr. Astruc confiesa, y en que tambien están de acuerdo Oviado y Mr. de Paw. Que su propagacion ha sido mayor en Europa que en América, lo saben cuantos han estado en ambas partes del mundo, ó tienen noticias seguras de lo que en ellas pasa. Luego segun los mismos principios de Mr. de Astruc, el clima de Europa es mas favorable al mal venéreo que el de América.

Todo lo que hasta ahora hemos dicho se funda en las hipótesis que hemos concedido á Mr. Astruc; pero ademas de los grandes errores que comete en sus teorías físicas, hay en los hechos que alega algu-

nos arbitrariamente supuestos y contrarios á la verdad. Dice en primer lugar que los indios de la Española comian arañas, gusanos y otras inmundicias; mas esto pudo suceder algunos años despues del descubrimiento de la isla, cuando los americanos huyendo del furor de los conquistadores españoles, andaban dispersos y errantes por los bosques. Careciendo entónces de maíz y de cazabe, que no habian sembrado por odio á sus enemigos, como aseguran muchos autores, sostenian la vida con lo que hallaban en los campos; pero ningun escritor antiguo dice se sirviesen de comidas inmundas ántes de la llegada de los españoles. Para demostrar ademas que aquellos alimentos tuvieron algun influjo en el origen del mal venéreo, era necesario probar que su uso era á lo menos tan antiguo como la enfermedad misma lo era en opinion de Mr. Astruc; lo que no ha hecho ni podido hacer. En segundo lugar asegura que en la isla Española *nemo sea menstruatis mulieribus continebat*; pero yo quisiera que este dato se fundara en la autoridad de algun escritor antiguo: yo no lo encuentro ántes bien, entre las cosas singulares que los viajeros europeos notaron entre las tribus mas bárbaras, fué que aquellos hombres se abstenerian de sus mugeres durante la evacuacion periódica.

Mr. de Paw, aquel enemigo capital de todo el Nuevo-Mundo, aquel gran investigador de las inmundicias americanas, dice así en la parte I de su obra: "habia una ley en todos los pueblos salvajes del Nuevo-Mundo, que prohibia usar de las mugeres en el tiempo de sus reglas, ó porque creyesen pernicioso á la salud el contacto del flujo, ó porque su instinto solo bastaba á inspirarles aquella modificacion." En tercer lugar Mr. Astruc representa á los hombres y á las mugeres de Haití es-

traordinariamente estimulados por una lujuria rabiosa y violenta. Mr. de Paw y el conde de Buffon dicen por el contrario que los americanos son frísimos é insensibles á los estímulos del amor. ¿Qué quiere decir esta contradicción, sino que aquellos autores sistemáticos pintan á los americanos con los colores que mas les conviene? Cuando quieren probar la apatía y la insensibilidad de los americanos, dicen que son frísimos: cuando quieren desacreditar sus costumbres, y atribuirles el origen del mal venéreo, dicen que son extraordinariamente libidinosos. Mr. Astruc alega el testimonio de Gonzalo de Oviedo en el lib. V, cap. 3, de su Historia para probar que las mugeres haitianas eran demasiado impúdicas, y que se prostituian indistintamente á todos los hombres; pero además que el dicho de Oviedo vale menos que nada, como despues veremos, no dice lo que Mr. Astruc le atribuye. Hé aquí sus palabras: "las mugeres de aquella isla eran castas con sus hombres, pero se daban con frecuencia á los cristianos." Lo mismo, y casi con las mismas palabras dice Herrera. Si pues eran castas con sus compatriotas, no fué su incontinencia la que produjo el mal venéreo antes de la llegada de los españoles. Si eran deshonestas solo con los *cristianos*, como dice Oviedo, es verosímil que las importunidades de estos, mas bien que su propia lujuria, las incitase á aquel desorden. Finalmente cuanto afirma Mr. Astruc acerca de la acrimonia del humor espermático, de la virulencia de la sangre menstrua, del desaseo de las americanas, y de su fervor uterino, son palabras al aire, que no se apoyan en ningun fundamento histórico.

Antes de terminar este artículo no puedo menos de mencionar la ridícula y absurda opinion del Dr. Juan Linder, escri-

tor inglés, acerca del origen del mal venéreo, para que se vea hasta donde puede llegar el empeño de desacreditar en este punto á los americanos. Asegura pues aquel estravagante naturalista que este contagio tuvo por principio la union de los americanos con las hembras de los sátiros, ó grandes cercopitecos. Por fortuna de los habitantes de la isla de Haití, no habia en ella cercopitecos grandes ni pequeños.

EL MAL VENEREO NO PROCEDE DE AMERICA.

Ya he dicho que en los primeros treinta años despues del descubrimiento de América, nadie pensó en atribuirle el origen del mal venéreo. A lo menos, por mi parte, puedo asegurar que he consultado un gran número de autores, tanto médicos como históricos, que escribieron en aquellos tiempos sobre la enfermedad y sobre sus principios, y no he hallado uno solo que adopte aquella opinion. Tampoco lo halló Mr. Astruc, sin embargo de haber examinado todos los escritores españoles, franceses, italianos y alemanes, que pudiesen prestar algun apoyo á su sistema. El primero á quien se ocurrió el pensamiento de atribuir al Nuevo-Mundo el origen del contagio sífilítico, fué Gonzalo Hernandez de Oviedo, que en el Sumario de la Historia de las Indias Occidentales, presentado á Carlos V en 1525 afirmó que los españoles, contaminados en la isla de Haití, regresaron á España con Colon, de allí pasaron á Italia con el Gran Capitan, y de este modo infestaron á las napolitanas, á las francesas &c. Como Oviedo era literato, y vivió muchos años en América, ejerciendo un empleo de importancia, su autoridad arrastró á casi todos los escritores. Por una parte lo creian bien informado:

por otra abrazaban con satisfacción una idea que preservaba á las naciones cultas de tan vergonzosa imputacion. Antes de examinar su opinion es necesario darlo á conocer á él mismo, sin echar en olvido que su autoridad ha sido el principal, ó quizás el único apoyo de la opinion dominante.

Las Casas, que vivia en América al mismo tiempo que Oviedo, y lo conocia á fondo, en su impugnacion del Dr. Sepúlveda, que alegaba el dicho de aquel escritor contra los indios, dice: "Lo que mas perjudica al reverendo doctor á los ojos de los hombres prudentes y timoratos, que tienen noticias oculares de las Indias, es el alegar como autor irrefragable á Oviedo, en su falsísima y execrable Historia, habiendo sido uno de los tiranos ladrones y destructores de las Indias, como él mismo confiesa en el prefacio de la primera parte, y en el lib. VI, cap. 8, y por tanto debe considerarse como enemigo capital de los indios. Juzguen las personas sábias si este escritor es testigo idóneo contra ellos. Y sin embargo, el doctor lo llama grave y diligente cronista, porque lo halló favorable á su intento; pero es cierto que aquella Historia tiene pocas mas hojas que mentiras, como largamente pruebo en otros escritos y en la Apología." En efecto, el cronista Herrera, hombre juicioso é imparcial, dice que Las Casas tuvo razon de quejarse de Oviedo, y que este no fué muy exacto en algunas noticias. Por otro lado, promovió opiniones extravagantes, inducido á ello por un espíritu de adulacion y de vanidad. Basta leer el libro II de su Historia, en que despues de decir que los troyanos descendian de los españoles, afirma que las islas Antillas son las Hesperides de los antiguos, y que fueron llamadas así por Hespero Rey XII de España,

el cual dominó allí 1658 años antes de la era cristiana. "De este modo, añade, con tan antiguo derecho, y por línea recta, volvió aquel señorío á España, al cabo de tantos siglos; y como cosa suya, parece que haya querido la justicia divina restituírsele, á fin de que lo poseyese por la buena dicha de los dos felices y católicos monarcas, D. Fernando y Doña Isabel (1)." Tal es el autor de la opinion comun: veamos ahora la opinion misma.

Oviedo habla con alguna variedad en el sumario de la Historia, y en el cuerpo de esta; mas siendo ella su principal obra, la mas estendida, publicada algunos años despues del sumario, y trabajaba con mayor esmero, debemos atenemos á lo que en ella dice, aunque haya variedad en su contenido. En el lib. II, capítulo 14, de la Historia General de las Indias, dice que los españoles que volvieron á España con el almirante Colon el año de 1496, de su segundo viaje al Nuevo-Mundo, trajeron de Haití el mal venéreo, juntamente con las muestras de oro de las famosas minas de Cibao; que algunos de ellos, ya contagiados, pasaron á Italia con el Gran Capitan Gonzalo Fernandez de Córdoba, y contagiaron por medio de las italianas á los franceses que habian venido con el rey Carlos VIII á tomar el reino de Nápoles. Todos estos pormenores son disparatados y llenos de anacronismos. Colon volvió á España de su segundo viaje en 3 de junio de 1496, y sabemos por innumerables testigos de vista que la Europa estaba ya infecta del mal venéreo, á lo menos desde 1495; luego no pudieron ser los españoles los que lo comunicaron por primera vez al mundo antiguo.

(1) El doctor D. Fernando Colon en el capítulo IX de su Historia echa en cara á Oviedo la extravagancia de sus opiniones, y la infidelidad de sus citas.

Para demostrar, por otra parte, con la mayor evidencia histórica, que los franceses que estaban en Nápoles con el rey Carlos VIII no pudieron ser contagiados por las tropas españolas que fueron con el Gran Capitán á Italia, basta exponer simplemente los hechos, como los encontramos en Guicciardini, Mariana, Mezeray, y otros historiadores italianos, españoles y franceses. El rey Carlos VIII marchó con su ejército á Italia en agosto de 1494, llegó á Astí, ciudad próxima al río Tana-ro, á 2 de setiembre; entró en Roma á 31 de diciembre, y en Nápoles á 22 de febrero de 1495. En esta última ciudad no se detuvo mas de tres meses, porque noticia-so de la gran confederacion que se arma-ba contra él, juzgó oportuno regresar precipitadamente á Francia. Salió de Nápoles el 20 de mayo, como aseguran Mariana, el Bembo y Guicciardini, y ha-biendo ganado el 6 de julio la famosa ba-talla de Fornovo contra los venecianos, se retiró aceleradamente á su corte, llevan-do consigo su ejército inficionado del mal venéreo, segun el dicho unánime de los historiadores de aquel tiempo. El Gran Capitán, detenido en Mallorca y en Cer-deña por vientos contrarios, no pudo lle-gar con su ejército á Mesina, ántes del 24 de Mayo de 1495, esto es, cuatro días despues de la salida del rey Carlos de Ná-poles, con su ejército contagiado; luego este no pudo contagiarse por los españoles. Es admirable que los sostenedores de la opinion vulgar, no hayan caído en tan manifiesto anacronismo. Quizás se guerrá decir que no fueron las tropas es-pañolas del Gran Capitán las que llevaron el contagio, sino otras de la misma nacion que las precedieron; mas, ni Oviedo ni los otros autores que lo han seguido, hacen mencion de otros españoles que los del ejército de Gonzalo, ni yo encuentro es-

escriitor alguno entre los muchos que he consultado, que hable de tropas españolas llegadas á Italia, en el intervalo del descubrimiento de América, y la expedicion de aquel caudillo. Mariana da á entender lo contrario. Así pues es falso que los españoles llevasen aquel funesto don á Nápoles.

De lo que llevo dicho no debe inferirse que el mal venéreo precediese pocos días en Italia á la llegada de las tropas españolas; pues ya se conocia algunos meses ántes, segun afirman los mejores médicos de aquella época. El valenciano Gaspar To-rela, médico del papa Alejandro VI, que reinaba á la sazón, dice en su tratado de *Pudendagra*, publicado el año de 1500: *Gallis manu forti Italiam ingredientibus, et maxime regno Parthenopaco occupato, et ibi commorantibus, hic morbus detectus fuit*. De aqui se infiere que la enfermedad em-pezó en Italia desde la entrada de los franceses, aunque su gran aumento fué durante la ocupacion del reino de Nápoles. Los franceses, como ya he dicho, entraron en Italiae n setiembre de 1494. Wendelino Hook, docto aleman, y profesor de medicina en la universidad de Bolonia; Ja-cobo Cataneo de Lagonarsini, sábio mé-dico genoves; Juan de Vigo, genoves, médico y cirujano del papa Julio II, y otros profesores inteligentes en la materia, y testigos oculares, dicen en los términos mas positivos, que el contagio venéreo em-pezó á conocerse en Italia desde el año de 1494. No es de estrañar que se note alguna variedad entre los autores acerca de la época fija de su principio; pues unos observaron la enfermedad ántes que otros, no habiéndose presentado al mismo tiempo en todos los estados de la península.

Podrá responderse á esto, que aunque Oviedo haya errado en su Historia, afir-mando que los primeros que llevaron el

mal venéreo á España, fueron los españoles que volvieron con Colon en 1496, no eró en el Sumario de la misma historia, publicado algunos años antes, en el que da á entender que entre los que lo acompañaron en su segundo regreso de 1493, habia algunos ya inficionados; mas esto no es verdadero, ni verosímil. Consta por las cartas del mismo almirante, citadas por su docto hijo D. Fernando, que desembarcó por vez primera en la isla de Haití el 21 de diciembre de 1492, habiéndosele roto una carabela de su pobre escuadra; que todos aquellos dias que pasó allí, desde 24 de Diciembre hasta 4 de Enero, fueron empicados por la poca gente que lo acompañaba, en sacar de la playa la madera de la carabela, para hacer una pequeña fortaleza; que construida esta, y habiendo dejado en ella 40 hombres, se embarcó con los otros que le quedaban, para volver á España, á traer la noticia del descubrimiento del Nuevo-Mundo. Todas las circunstancias de su llegada á la isla no permiten sospechar que los españoles tuviesen tiempo de adquirir con las americanas la familiaridad que supone aquella clase de contagio. La mútua admiración que escitaba en unos y en otros la vista de tantos objetos nuevos, y la cortísima mansion de once dias, ocupados en tan grandes fatigas, despues de la navegacion mas larga y peligrosa que se habia visto hasta entónces, hacen enteramente inverosímil aquella conjetura. Aumentase esta inverosimilitud con el silencio del mismo Colon, de su hijo D. Fernando y de Pedro Mártir, que describiendo todos los desastres de aquel viaje, no hacen la menor mencion del mal venéreo.

Pero concedamos que los españoles regresados con Colon en su primer viaje traian ya la enfermedad consigo: diré sin embargo que el contagio de Europa no

provino de ellos, segun el testimonio de los escritores dignos de fé que á la sazón vivian. Gaspar Torella á quien ya he citado, en su obra intitulada *Aphrodisiacum*, dice que el mal venéreo empezó en Auvernia, provincia de Francia, muy distante de España, el año de 1493. Bautista Fulgoso, ó Fregosio, dux de Génova en 1478, en su curiosa obra intitulada: *Dicta factaque memorabilia*, impresa en 1509, afirma que el mal venéreo empezó á conocerse dos años antes que el rey Carlos VIII llegase á Italia. Aquel monarca llegó en setiembre de 1494; luego el mal era conocido desde 1492, ó cuando mas tarde, á principios de 1493, esto es, algunos meses antes que Colon volviese de su primer viaje. Juan Leon, que fué mahometano, natural de Granada, y conocido vulgarmente con el nombre de Leon Africano, en su descripción de Africa, escrita en Roma bajo el pontificado de Leon X, despues de su conversion al cristianismo, dice que los judíos, arrojados de España en tiempo de Fernando el Católico, llevaron á Berbería el mal venéreo, y contaminaron á los africanos, de cuyas resultas lo llamaron mal español. El edicto de los reyes católicos sobre la espulsion de los hebreos fué publicado en 1492, como dice Mariana, concediéndoles cuatro meses, para que pudiesen vender sus bienes, si no querian llevarlos consigo. El siguiente mes, Fr. Tomás Torquemada, inquisidor general, promulgó otro edicto prohibiendo á los cristianos, bajo gravísimas penas, tratar con los judíos y suministrarles víveres, pasado el término señalado por el rey; así que, todós ellos, excepto los que se fingieron cristianos, salieron de la peninsula antes que Colon saliese á descubrir la América. Este cálculo no deja la menor duda acerca de la existencia del mal antes del descubrimiento. Ademas de es-

to, entre las poesías de Pacifico Máximo, poeta de Ascoli, publicadas en Florencia en 1479, hallamos algunos versos en que describe la gonorrea virulenta, y las úlceras venéreas que padecía, y que sus escesos le habian ocasionado.

No satisfecho Oviedo con afirmar que el mal venéreo procedía de la isla Española, se ofrece tambien á probarlo. Hé aquí sus fundamentos. "Con el guayaco (madera muy abundante de aquel territorio) se cura mejor que con ninguna otra medicina aquella horrenda enfermedad de las bubas, y la clemencia divina quiso que donde por nuestros pecados estuviese el mal, por su misericordia se encontrase el remedio." Si este modo de raciocinar tuviese alguna solidez, debería inferirse que la Europa, mas bien que la isla Española, era la patria de aquella dolencia; pues todos saben que su remedio mas eficaz es el mercurio, comunísimo en Europa, y desconocido en Haití. Lo cierto es que apenas se presentó en esta parte del mundo aquella nueva dolencia, empezó á aplicársele el mercurio, de que hicieron uso Juan rerengario de Carpi, Gaspar Torella, Juan Vígo, Wendenliño Hook y otros acreditados profesores de aquella época, aunque despues, por la indiscrecion de algunos empíricos, estuvo algun tiempo abandonado aquel remedio. El uso del guayaco es de 1517, esto es, 25 años despues de conocida esta enfermedad; el de la zarza parrilla de 1535, y del mismo tiempo el de la quina y otras drogas.

La otra prueba de Oviedo (pues solo alega dos) es, que entre los españoles que volvieron con Colon de su segundo viaje en 1496, se hallaba Don Pedro Margarit, caballero catalan, "el cual andaba tan enfermo y se quejaba tanto, que creo sentia aquellos dolores que suelen sentir los que padecen aquella enfermedad, aunque yo

no le ví nunca grauos en el rostro. De allí á pocos meses, en el año de 96, empezó á sentirse la enfermedad entre algunos cortesanos, pues á los principios solo se vió entre la gente baja. Sucedió despues que el Gran Capitan fué enviado á Italia con una fuerte y hermosa armada, y entre los españoles que iban en ella, algunos estaban inficionados, y así se comunicó por medio de las mugeres." Tales son las pruebas de Oviedo, indignas ciertamente de ser citadas.

Mr. de Paw cree haber conseguido una victoria, y demostrado la verdad de la opinion comun, con el testimonio de Rodrigo Diaz de Isla, médico de Sevilla (á quien llama autor contemporáneo), como si fuese decisiva su sentencia; pero ni Diaz fué contemporáneo, puesto que escribió 60 años despues del descubrimiento del mal venéreo, ni su relacion merece crédito alguno. Dice que los primeros españoles regresados con Colon en 1493, llevaron el contagio á Barcelona, donde entónces se hallaba la corte; que esta fué la primera ciudad que se inficionó; que el mal hizo en ella tantos estragos, que se echó mano de las rogativas públicas, de los ayunos y de las limosnas para aplacar la cólera de Dios; que habiendo pasado el año siguiente á Italia el rey Carlos de Francia, ciertos españoles que estaban allí, ó muchos regimientos, segun Mr. de Paw, enviados por la España para oponerse á la invasion de Carlos, contagiaron á los franceses. Pero en la historia vemos que ningun español, y ningun regimiento sano ni enfermo llegó á Italia ántes que saliese de sus fronteras el rey de Francia. Por lo que hace al contagio de Barcelona, sabemos que cuando llegó allí Colon, se hallaba tambien Oviedo. Ahora bien, si fuese cierto lo que cuenta el médico sevillano, Oviedo que andaba buscando pruebas para confir-

mar su estravagante opinion, hubiera sin duda alegado aquellos tremendos estragos de que sería testigo, las rogativas, los ayunos, las limosnas, y no se hubiera valido de la triste prueba del guayaco y de las lamentaciones de Margarit. Además de que el mal venéreo es mas antiguo que aquella época en Europa, como creo haber demostrado.

Parece que los médicos sevillanos eran los menos instruidos sobre el asunto que nos ocupa. Nicolas Momardes, médico de la misma ciudad, y contemporáneo del mismo Diaz, nos da una relacion tan llena de fábulas, que no puede leerse sin indignacion. Dice pues, "que el año de 1493, en la guerra que el rey Católico tuvo en Nápoles con el rey Carlos de Francia, vino D. Cristóbal Colon del primer descubrimiento que hizo de la Isla de Santo Domingo, &c., y condujo consigo de aquella Isla una gran muchedumbre de de indios é indias, que llevó á Nápoles, donde entonces se hallaba el rey Católico, acabada la guerra. Y porque habia paz entre los dos reyes, y los ejércitos platicaban unos con otros, llegado que fué Colon con sus indios é indias, empezaron á tratar los españoles con las indias, y los indios con las españolas, y de tal modo infestaron los indios y las indias el ejército de los españoles, italianos y franceses, &c., &c. ¿Quién creería que un escritor español osase desfigurar tan estrañamente los hechos públicos de su nación, no muy anteriores á la época en que escribió, que no vierta una proposicion que no sea un tejido de dislates? Pero cuando se trata de desacreditar la América, no hay por qué mirar con respeto á la verdad. Es cierto y notorio que no hubo guerra entre España y Francia en 1493; que el rey Católico no se hallaba en Nápoles sino en Barcelona, y no enteramente restablecido

de las heridas que habia recibido en una ocasion anterior; que Colon no trajo consigo una multitud de indios y de indias, sino solamente diez indios; que Colon no fué jamás á Italia despues de su gloriosa expedicion; que los indios que vinieron con él á Europa no pusieron el pié en Italia, &c.

Yo, léjos de pensar como los escritores que hasta ahora he combatido, despues de haber hecho las mas diligentes observaciones, estoy tan léjos de creer que el mal venéreo vino de América al mundo antiguo, que estoy íntimamente persuadido de todo lo contrario: esto es, que aquella enfermedad, lo mismo que las viruelas, fué llevada al nuevo continente por los europeos. Fúndome, 1. En que ni Cristóbal Colon en su Diario, ni D. Fernando Colon en la Vida de su famoso padre, hablan una sola palabra de aquel contagio; sin embargo de que ambos vieron aquellos países recién descubiertos, y observaron todas sus particularidades, y de que cuentan menudamente los males y padecimientos de los primeros viajes. Tampoco habla de aquella gran novedad en su Historia de los mismos países, Pedro Mártir, autor contemporáneo de Colon, y que debia tener buenas noticias, como prototario que fué del consejo de las Indias, y abad de la Jamaica. Oviedo, el primero que atribuyó aquel mal á la América, no estuvo en aquella parte del mundo, sino veinte años despues que los españoles habitaban la Isla de Haití. Lo que digo de estos escritores acerca de su silencio sobre las islas Antillas, puede aplicarse al de los otros historiadores sobre la América en general. 2. Fúndome tambien en que si la América hubiese sido la patria del mal venéreo, y los americanos los primeros que lo padecieron, la América sería el país en que con mas estension reinase,

y los americanos los mas propensos á contraerle; pero no es así. De los indios de las islas Antillas no podemos hablar ahora, porque hace siglos que desaparecieron de un todo; pero en los habitantes actuales es mas raro el contagio venéreo que en Europa, y solo se siente en los sitios frecuentados por soldados y marineros europeos. En la capital de México hay algunos blancos é indios que lo padecen; pero son poquísimos con respecto al gran número de habitantes. En otras ciudades grandes de aquel territorio son todavia mas raros los inficionados, y algunas hay en que no se encuentra uno solo. En los pueblos de indios en que no hay concurso de blancos, no se tiene la menor idea de aquella enfermedad. En cuanto á la América Meridional, segun informes de personas muy instruidas en las circunstancias de aquel pais, raras veces se ve el mal venéreo entre los blancos y nunca entre los indios de las provincias de Chile y Paraguay. Algunos misioneros que han vivido veinte, y aun treinta años en diferentes naciones americanas, declaran unánimemente que jamas han visto en ellas el contagio, ni oido decir que lo conociesen. Ulloa, hablando de las provincias del Perú y Quito (1), dice que aunque los blancos padecen allí con mucha frecuencia el mal venéreo, rarisimas veces sucede que un indio lo contraiga. No es pues América la patria de aquel azote, como vul-

(1) Parece que este escritor confundió el mal venéreo con el escorbuto; pues sé por persona fidedigna que el Dr. Julio Rondoli de Pesara, médico famoso de Lima, afirmó á un sugeto de autoridad, que de los muchos enfermos que se creían infestados de la sífilis, y que él habia curado, casi ninguno lo padecía en realidad; la mayor parte eran escorbúticos, y habian sanado con los remedios que generalmente se aplican al escorbuto.

garmente se ha creído; ni debe considerarse, segun opina Mr. de Paw, como un efecto de la sangre corrompida, y del mal temperamento de los americanos.

¿Cual es, pues, su origen, puesto que no lo tuvo en América ni en Europa? Si en medio de tantas tinieblas se me permite hacer uso de una conjetura, diré que mis sospechas se fijan en Guinea ó en otro pais equinoccial del Africa. De esta misma opinion fué el doctísimo médico inglés Tomas Sydenham (1), y la confirmau la autoridad de Bautista Fulgoso, testigo ocular de los principios de aquella enfermedad en Europa, el cual dice que el mal venéreo pasó de España á Italia, y de Etiopia á España. Mr. Astruc quiere que Fulgoso entendiese por Etiopia el Nuevo-Mundo; donoso arbitrio para eludir la dificultad. ¿Quién ha dado jamas á la América el nombre de Etiopia? Por el contrario, sabemos que era muy comun entre los escritores de aquel siglo, llamar Etiopia á todo pais habitado por negros, y etiopes á estos: así que, el sentido natural de las palabras de Fulgoso, es que el mal venéreo fué llevado de los paises equinociales de Africa á la España Lusitánica ó Portugal. Yo sospecho en efecto que este fué el primer pais europeo en que se conoció el contagio; pero no me atreveré á sostenerlo, sin hacer nuevas investigaciones, y adquirir mejores documentos que los que hasta ahora me han servido para fundar mis conjeturas.

1. Sydenham afirma en una de sus cartas, que el mal venéreo es tan extraño á la América como á la Europa, y que fué traído por los negros esclavos de Guinea; pero no es cierto que estos lo introdujesen en América, pues antes que llegasen á Santo Domingo, estaba ya inficionada la isla.

NOTICIA DE LOS ESCRITORES
DE
LA HISTORIA ANTIGUA DE MEXICO.

SIGLO XVI.

HERNAN CORTES. Las cuatro larguísimas cartas escritas por este famoso conquistador á su soberano Carlos V, que contienen la relacion de la conquista y muchos datos preciosos sobre México y sobre los Mexicanos, se han publicado en español, en latin, en italiano y en otros idiomas. La primera se imprimió en Sevilla en 1522. Todas están bien escritas, y en ellas se descubre modestia y sinceridad en la narracion; pues ni exagera sus propios hechos, ni oscurece los ajenos. Si hubiera osado Cortés engañar á su rey, sus enemigos que tantas quejas presentaron á la corte contra él, no hubieran dejado de echarle en cara aquel delito.

BERNAL DIAZ DEL CASTILLO, soldado conquistador. La *Historia verdadera de la conquista de la Nueva-España*, escrita por este militar se publicó en Madrid el año de 1632, en un tomo en folio. A pesar del desórden de las narraciones y de los descuidos del estilo, esta obra es muy estimada, por la sencillez y sinceridad que en toda ella luce. El autor fué testigo ocular de casi todo cuanto refiere; pero quizás no supo explicar muchas cosas por su ignorancia, y quizás tambien echó en olvido otras, por haber escrito muchos años despues de la conquista.

ALFONSO DE MATA Y ALFONSO DE OJEDA, conquistadores y autores de comentarios sobre la conquista de México, de que se valieron Herrera y Torquemada. Los de Ojeda son mas estendidos y estimados. Trató mucho á los indios, y aprendió su idioma, por haber tenido á su cargo las tropas auxiliares de los españoles.

EL CONQUISTADOR ANÓNIMO. Así llamo al autor de una breve, pero curiosa y estimable relacion, que se halla en la coleccion de Ramusio, con el título de "Relacion de un gentilhomme de Hernan Cortés. No he podido adivinar quien fuese este gentilhomme; porque ningun autor antiguo lo menciona; pero sea quien fuere, es sincero, exacto y curioso. Sin hacer caso de los sucesos de la conquista, cuenta lo que observó en México acerca de los templos, casas, sepulcros, armas, trages, comidas &c. de los Mexicanos. Si su obra no fuera tan sucinta, ninguna otra le seria comparable en lo que respecta á las antigüedades mexicanas.

FRANCISCO LOPEZ DE GOMARA. La Historia de este docto español, escrita con los datos que tuvo de boca de los conquistadores, y los que sacó de las obras de los primeros religiosos que se emplearon en la conversion de los Mexicanos, se imprimió

mió en Zaragoza en 1554, y es sensata y curiosa. Fué el primero que habló de las fiestas, ritos, leyes y cómputo del tiempo de los Mexicanos; pero cometió errores que dependen de la inexactitud de los datos que recogió. La traducción de esta obra en italiano, impresa en Venecia en 1593, está tan llena de equivocaciones, que no puede leerse sin fastidio (1).

TORIBIO DE BENAVENTE, ilustre franciscano español, y uno de los doce primeros predicadores que anunciaron el Evangelio á los Mexicanos. Es conocido vulgarmente, por su evangélica pobreza, con el nombre mexicano *Motolinia*. Escribió en medio de sus tareas apostólicas la *Historia de los indios de Nueva-España*, dividida en tres partes. En la primera espone los ritos de su antigua religion; en la segunda su conversion á la fé de Cristo, y su vida en el cristianismo, y en la tercera razona sobre su carácter, sus artes y sus usos. De esta Historia, que forma un grueso tomo en folio, hay algunas copias en España. También escribió una obra sobre el calendario mexicano, cuyo original se conservaba en México, y otras no menos útiles á los españoles que á los indios.

ANDRÉS DE OLMOS, franciscano español de santa memoria. Este infatigable predicador aprendió las lenguas mexicana, totonaca y huasteca, y de cada una escribió una gramática y un diccionario. Además de otras obras trabajadas por él en favor de los españoles y de los indios, escribió en castellano un tratado sobre las antigüedades mexicanas, y en mexicano

las exhortaciones que hacian los antiguos habitantes de aquel país á sus hijos, de que doy un ensayo en el libro VII de esta Historia.

BERNARDINO SAHAGUN, laborioso franciscano español. Habiendo estado mas de sesenta años empleado en la instruccion de los indios, supo con la mayor perfeccion su lengua y su historia. Además de otras muchas obras compuestas por él, tanto en mexicano como en español, escribió en doce gruesos volúmenes en folio un Diccionario universal de la lengua mexicana, que contenia todo lo relativo á la geografia, á la religion y á la historia política y natural de México. Esta obra de inmensa erudicion y trabajo fué enviada al cronista real de América, residente en Madrid, por el marqués de Villa Manrique, virey de México, y no dudo que aun se conservará en alguna librería de España. Escribió tambien la Historia general de la Nueva-España en cuatro tomos, que se conservan manuscritos en la librería del convento de franciscanos de Tolosa de Navarra, segun afirma Juan de San Antonio, en su *Biblioteca Franciscana*.

ALFONSO ZURITA, juriscónsul español y juez de México. Después de haber hecho, por orden de Felipe II, diligentes investigaciones sobre el gobierno político de los Mexicanos, escribió en español una *Compendiosa relacion de los señores que habia en México y de su diversidad; de las leyes, usos y costumbres de los Mexicanos; de los tributos que pagaban &c.* El original MS en folio se conservaba en la librería del colegio de San Pedro y San Pablo de Jesuitas de México. De esta obra, que está bien escrita he sacado una gran parte de lo que escribo sobre el mismo asunto.

JUAN DE TOBAR, nobilísimo jesuita mexicano. Escribió sobre la historia anti-

(1) En la coleccion de los primeros historiadores de América hecha por el Sr. Barcia, y publicada en Madrid en 1749, se halla la historia de Gomara; pero faltan muchas expresiones de este autor acerca del carácter del conquistador Cortés.

gua de los reyes de México, de Acolhuacan y de Tlacopan, despues de haber hecho grandes investigaciones, por órden del virrey de México D. Martín Enriquez. De estos MS se sirvió principalmente el P. Acosta, en lo que escribió sobre las antigüedades mexicanas, como él mismo asegura.

JOSE DE ACOSTA, ilustre jesuita español, muy conocido por sus escritos en el mundo literario. Este grande hombre, despues de haber vivido muchos años en ambas Américas, é informádose de hombres inteligentes en las costumbres de aquellas naciones, escribió en español la *Historia natural y moral de las Indias*, que se imprimió por primera vez en Sevilla en 1589, se reimprimió en Barcelona en 1591, y despues fué traducida en muchas lenguas de Europa. Esta obra está sensatamente escrita, sobre todo en lo relativo á las observaciones físicas sobre el clima de América, pero es sucinta, defectuosa en muchos artículos, y contiene algunos errores acerca de la historia antigua.

FERNANDO PIMENTEL IXTLILXOCHITL, hijo de Conacotzin, último rey de Acolhuacan, y ANTONIO DE TOBAR CANO MOC-TEZUMA IXTLILXOCHITL, descendiente de las dos casas reales de México y de Acolhuacan. Estos dos señores escribieron, á petición del conde de Benavente y del virrey de México D. Luis de Velasco, algunas cartas sobre la genealogía de los reyes de Acolhuacan, y sobre otros puntos de la historia antigua de aquel reino, que se conservaban en dicho colegio de jesuitas.

ANTONIO PIMENTEL IXTLILXOCHITL, hijo del Sr. D. Fernando Pimentel. Escribió las Memorias históricas del reino de Acolhuacan, de que se sirvió Torquemada, y de ellas se ha tomado el cómputo que cito en el libro IV, sobre el gasto anual

que se hacia en el palacio del famoso rey Nezahualcoyotl, de quien el autor descendia.

TADRO DE NIZA, noble indio tlaxcalteca. Escribió en mexicano unos Comentarios históricos que contenian la narracion de todos los sucesos de los Mexicanos desde el año 1243 de la era vulgar, hasta el 1589.

PEDRO PONCE, noble indio, párroco de Tzompahuacan. Escribió en castellano una *Relacion de los dioses y de los ritos del gentilismo mexicano*.

LOS SEÑORES DE COLHUACAN, escribieron los anales de aquel reino. Una copia de esta obra se halla en la ya mencionada librería de jesuitas.

CRISTOBAL DE CASTILLO, mestizo mexicano. Escribió la historia del viaje de los Aztecas, ó Mexicanos, al país de Anáhuac, cuyo MS se conservaba en la librería de jesuitas de Tepozotlan.

DIEGO MUÑOZ CAMARGO, noble mestizo tlaxcalteca. Escribió en español la historia de la república y de la ciudad de Tlaxcala. De esta obra se sirvió Torquemada, y hay muchas copias de ella, tanto en España como en América.

FERNANDO DE ALBA IXTLILXOCHITL, texcocano, descendiente por la línea recta de los reyes de Acolhuacan. Este noble indio, versadísimo en las antigüedades de su nacion, escribió, á petición del virrey de México, muchas obras eruditas y apreciables, á saber: 1. *La Historia de la Nueva-España*. 2. *La Historia de los SEÑORES CHICHIMECAS*. 3. *Un compendio histórico del reino de Texcoco*. 4. *Unas Memorias históricas de los toltecas y de otras naciones de Anáhuac*. Todas estas obras, escritas en castellano, se conservan en la librería de los jesuitas de México, y de ellas he sacado muchos materiales para mi Historia. El autor fué tan cauto en escribir,

que para alejar la menor sospecha de feición, hizo constar legalmente la conformidad de sus narraciones con las pinturas históricas que había heredado de sus ilustres antepasados.

JUAN BAUTISTA POMAR, texcocano ó cholulteca, descendiente de un bastardo de la casa real de Texcoco. Escribió memorias históricas de aquel reino, de que se sirvió Torquemada.

DOMINGO DE S. ANTON MUÑOZ CHIMALPAIN, noble indio de México. Escribió en mexicano cuatro obras muy apreciadas por los inteligentes: 1. Una *Crónica Mexicana*, en que se contienen todos los sucesos de aquella nación desde el año 1068 hasta el 1597 de la era vulgar. 2. La *Historia de la conquista de México por los españoles*. 3. *Relaciones originales de los reinos de Acolhuacan, México y otras provincias*. 4. *Comentarios históricos*, que comprenden desde el año de 1064 hasta el 1521. Estas obras, que he deseado mucho poseer, están en la librería de los jesuitas de México. Boturini tuvo copias de ellas, como de todos los escritos de los indios que he citado. La Crónica se hallaba también en la librería del colegio de San Gregorio de México.

FERNANDO DE ALVARADO TEZOZOMOC, indio mexicano. Escribió en español una *Crónica Mexicana* hácia el año de 1598, que se conservaba en la misma librería de jesuitas.

BARTOLOME DE LAS CASAS, famoso dominicano español, primer obispo de Chiapa, y sumamente benemérito de los indios. Los terribles escritos presentados por este venerable prelado á Carlos V y á Felipe II, en favor de los indios y contra los españoles, impresos en Sevilla y traducidos á porfia, y por odio á la España, en todas las lenguas de Europa, contienen algunos puntos de la historia antigua de México; pe-

ro tan desfigurados y alterados, que es imposible apoyarse en el testimonio del autor, aunque tan apreciable por otros títulos. El fuego del cielo que lo consumió, exhaló humo mezclado con la luz, esto es, lo falso mezclado entre lo verdadero (1): no por deseo de engañar á su rey ni al público, porque sospechar en el una intencion torcida, sería injuriar su virtud reconocida y reverenciada aun por sus enemigos; sino porque no habiendo estado presente á lo que cuenta de México, se fió demasiado de las relaciones de otros, como he hecho ver en mi Historia. Mucho mas útiles serian dos grandes obras escritas por el mismo prelado, y que hasta ahora no han visto la luz pública, á saber: 1. Una *Historia apologetica del clima y de la tierra de los países de América, con pormenores sobre los usos y costumbres de los americanos sometidos al dominio de los reyes católicos*.

Este manuscrito, compuesto de 830 pliegos en folio, se conservaba en la librería de los dominicos de Valladolid, donde lo leyó Remesal, como él mismo dice en su Crónica de los Dominicos de Guatemala y Chiapa. 2. Una *Historia general de América*, en tres tomos en folio. Una copia de esta obra se hallaba en la librería del conde de Villaumbrosa, en Madrid, donde la vió Pinelo, como afirma en su *Biblioteca Occidental*. También vió dos tomos de la misma en el célebre archivo de Simancas, que ha sido sepulcro de muchos preciosos MS sobre América. Otros dos tomos se hallaban en Amsterdam en la librería de Jacobo Kricio.

(1) El erudito Leon Pinelo aplica á las Casas lo que el cardenal Baronio dice de San Epifanio: "Caeterum condonandum illi, si quod aliis sanctissimis atque eruditissimis viris saepe accidisse reperitur: vehementiore studio in hostes invehitur, vehementiore impetu in contrariam partem actus, lineam videatur aliquantulum veritatis esse, transgressus."

AGUSTIN DAVILA Y PADILLA, noble é ingenioso dominicano de México, predicador de Felipe III, cronista real de América y arzobispo de la isla de Santo Domingo. Además de la *Crónica de los Dominicos de México*, publicada en Madrid en 1596, y de la *Historia de la Nueva-España y de la Florida*, publicada en Valladolid en 1632, escribió la *Historia Antigua de los Mexicanos*, sirviéndose de los materiales recogidos por Fernando Duran, dominicano de Texcoco; pero esta obra no se halla.

El Dr. CERVANTES, dean de la iglesia metropolitana de México. El cronista Herrera alaba las *Memorias Históricas* de

México, escritas por este literato; pero nada mas sabemos.

ANTONIO DE SAAVEDRA GUZMAN, noble Mexicano. En su navegacion á España compuso en veinte cantos la *Historia de la Conquista de México*, y la publicó en Madrid, con el título español del *Peregrino Indiano*, en 1599. Esta obra debe contarse entre las históricas, pues solo tiene de poesía el verso.

PEDRO GUTIERREZ DE SANTA CLARA. De los MS de este autor se sirvió Betancourt para su *Historia de México*; pero nada sabemos del título, ni de la naturaleza de la obra ni de la patria del autor, aunque sospecho que sea indio.

SIGLO XVII.

ANTONIO DE HERRERA, cronista real de las Indias. Este sincero y juicioso autor escribió en cuatro tomos en folio ocho *Décadas de la Historia de América*, empezando desde el año de 1492, y una descripción geográfica de las colonias españolas en aquel Nuevo-Mundo. Esta obra se imprimió por primera vez en Madrid á principios del siglo pasado; se reimprimió en 1730, y despues fué traducida en muchas lenguas de Europa. Aunque el principal intento del autor fuese contar los hechos de los españoles, no por esto descuidó la historia antigua de los americanos; mas por lo que respecta á México, copia la mayor parte de los datos de Acosta y Gomara. Su método, como el de la mayor parte de los analistas, no agrada generalmente á los aficionados á la historia, pues á cada paso se halla interrumpida la narracion con la de otros sucesos diferentes.

ENRIQUE MARTINEZ, autor extranjero, aunque de apellido español. Despues de

haber viajado por la mayor parte de Europa, y vivido muchos años en México, donde fué utilísimo, por su gran pericia en las matemáticas, escribió la *Historia de la Nueva-España*, que se imprimió en México en 1606. En la historia antigua sigue las trazas de Acosta; pero contiene observaciones astronómicas y físicas importantes para la geografía, y para la historia natural de aquellos países.

GREGORIO GARCIA, dominicano español. Su famoso tratado sobre el origen de los americanos, publicado en Valencia en 1607, y despues aumentado y reimprese en Madrid en 1729, es una obra de inmensa erudicion, pero casi enteramente inútil; pues poco ó nada sirve para averiguar la verdad. Los fundamentos de su opinion sobre el origen de los americanos, son por lo comun débiles conjeturas sobre la semejanza de algunos usos, y voces, que muchas veces altera.

JUAN DE TORQUEMADA, franciscano español. La *Historia de México*, escrita

por él con el título de *Monarquía Indiana*, publicada en Madrid por los años de 1614, en tres grandes tomos en folio, y después reimpressa en 1724, es, con respecto á las antigüedades mexicanas, la mas completa de las publicadas hasta ahora. El autor vivió en México desde su juventud hasta su muerte; supo muy bien la lengua mexicana; trató mas de cincuenta años con aquellos habitantes; empleó veinte en escribir su obra, y reunió un gran número de pinturas antiguas, y de excelentes MS. Mas á pesar de tantas ventajas, y de su aplicacion y diligencia, muchas veces se manifiesta falta de memoria, de critica y de gusto, y en su Historia se descubren grandes contradicciones, especialmente en la parte cronológica, narraciones pueriles, y una gran abundancia de erudicion superflua; de modo que se necesita una buena dosis de paciencia para leerla. Sin embargo, como hay en ella muchas cosas preciosas, que en vano se buscarian en otros autores, me ha sido necesario hacer con ella lo que Virgilio hizo con las obras de Enio, esto es, buscar las perlas entre el estiércol.

ARIAS VILLALOBOS, español. Su *Historia de México* que comprende desde la fundación de la capital hasta el año de 1623, escrita en verso, é impresa allí aquel mismo año, es obra de poco mérito.

CRISTÓBAL CHAVEZ CASTILLEJO, español. Escribió hácia el año de 1632 un tomo en folio sobre el origen de los indios, y sobre sus primeras colonias en Anáhuac.

CARLOS DE SIGUENZA Y GONGORA, célebre mexicano, profesor de matemáticas en la universidad de México. Este grande hombre es uno de los que mas han ilustrado la historia de aquellos países; pues hizo á sus espensas una grande y escogida coleccion de MSS y pinturas an-

tiguas, y empleó la mayor diligencia y constancia en explicarlas. Ademas de muchas obras inmatématicas, críticas, históricas, y poéticas, compuestas por este americano, algunas de las cuales han visto la luz pública en México, y fueron impresas desde el año de 1650 hasta el de 1699, escribió en español: 1. La *Ciclografía mexicana*, obra de gran trabajo, en la cual, por el cálculo de los eclipses, y de los cometas señalados en las pinturas mexicanas, ajustó sus épocas á las nuestras, y sirviéndose de buenos documentos, espuso el método que ellos tenían de contar los siglos, los años y los meses. 2. *Historia del imperio de los Chichimecas*, en la cual espone lo que habia hallado en los MSS y en las pinturas, acerca de las primeras colonias que pasaron del Asia á la América, y sobre los sucesos de las naciones mas antiguas establecidas en Anáhuac. 3. Una larga y muy erudita disertacion sobre la promulgacion del Evangelio en Anáhuac, que atribuye al apóstol Santo Tomas, apoyándose en las tradiciones de los indios, en las cruces halladas y veneradas en México, y en otros monumentos. 4. La *Genealogía de los reyes mexicanos*, en la cual refiere la série de ellos desde el siglo VII de la era cristiana. 5. Unas anotaciones críticas sobre las obras de Torquemada y de Bernal Diaz. Todos estos preciosos escritos, que hubieran sido de gran utilidad para mi Historia, se perdieron por descuido de los herederos de aquel docto escritor, y solo quedan algunos fragmentos conservados en las obras de otros autores contemporáneos, como Gemelli, Betancourt y Florencia.

AGUSTIN DE BETANCOURT, franciscano de México. Su *Historia* antigua y moderna de México, publicada en aquella capital en 1698, en un tomo en folio, con

el título de *Teatro mexicano*, no es mas, por lo que respecta á la historia antigua, que un compendio de la de Torquemada, escrita muy de prisa, y con poca correccion.

ANTONIO SOLIS, cronista real de América. La *Historia de la conquista de Nueva-España*, escrita por este cultísimo é ingenioso español, parece mas bien un panegírico que una historia. Su lengua-

je es puro y elegante; pero el estilo afectado, las sentencias alambicadas, y las arongas sacadas de su imaginacion. Como no buscaba lo verdadero, sino lo bello, contradice muchas veces á los autores mas dignos de fé y aun al mismo Cortés, cuyo panegírico escribe. En los tres últimos libros de mi *Historia* advierto algunos errores de este célebre escritor.

SIGLO XVIII.

PEDRO FERNANDEZ DEL PULGAR, docto español, sucesor de Solis en el empleo de cronista. La *Verdadera Historia de la conquista de Nueva-España* que compuso, se halla citada en el prefacio de la nueva edicion de Herrera, pero no la he visto. Probablemente emprenderia su trabajo para enmendar los errores de su antecesor.

LORENZO BOTURINI BENADUCCI, milanés. Este curioso y erudito extranjero, pasó á México en 1736, y deseoso de escribir la historia de aquel país, hizo, en los ocho años de su permanencia en él, las mas diligentes observaciones acerca de sus antigüedades; aprendió medianamente la lengua mexicana; trabó amistad con los indios, para comprarles sus pinturas, y adquirió copias de muchos documentos preciosos, que estaban en las librerías de los conventos. El museo que formó de pinturas y MSS antiguos fué copiosísimo y selecto, el mejor quizás que ha existido despues del de Sigüenza; mas ántes de poner mano á la obra, fué despojado por la desconfianza de aquel gobierno, de todas sus preciosidades literarias, y enviado á España, donde, justificada completamente de toda sospecha contra su honor y fidelidad, pero sin poder

obtener lo que se le habia quitado, publicó en Madrid en 1746, en un tomo en cuarto, un ensayo de la gran historia que meditaba. En él se hallan noticias importantes, no publicadas hasta entónces; pero tambien hay errores. El sistema de historia que habia formado, era demasiado magnífico y fantástico.

Ademas de estos y otros escritores españoles é indios, hay algunos anónimos, cuyas obras son dignas de mencion, por la importancia de su asunto; tales son: 1. ciertos anales de la nacion Tolteca pintados en papel, y escritos en lengua mexicana, en los cuales se da cuenta del viaje, y de las guerras de los Toltecas, de sus reyes, de la fundacion de Tolan, su metrópoli, y de todos sus sucesos, hasta el año de 1547 de la era vulgar. 2. Ciertos comentarios históricos en mexicano, sobre los sucesos de la nacion azteca, ó mexicana, desde el año 1066, hasta el 1316, y otros tambien en mexicano, desde 1367 hasta 1509. 3. Una *Historia mexicana*, en la misma lengua, que llegaba hasta 1406, en la cual se trataba de la llegada de los Mexicanos á la ciudad de Tolan en 1196, segun digo en mi *Historia*. Todos estos MS estaban en el precioso museo de Boturini.

No hago mención de los que escribieron sobre las antigüedades de Michuacan, Yucatan, Guatemala y el Nuevo-México, porque estos países no pertenecieron al imperio mexicano, cuya historia escribo. Hago mención de algunos autores de historias antiguas del reino de Acolhuacan, y de la república de Tlaxcala, porque sus sucesos están mas ligados con los de los Mexicanos.

Si quisiera afectar erudición, pondría aquí un catálogo bastante largo de los franceses, ingleses, holandeses, italianos, flamencos y alemanes, que han escrito directa ó indirectamente sobre la historia antigua de aquel imperio; pero habiendo yo leído muchas de sus obras, para auxilio de la mía, ninguna he hallado que pudiera serme de la menor utilidad, sino las de Gemelli y Boturini, que por haber estado en México, y por haber adquirido de los Mexicanos, pinturas y documentos acerca de su antigüedad, han contribuido en cierto modo á ilustrarla. Todos los otros, ó han copiado lo que habian escrito los autores españoles, ó han desfigurado los hechos por hacer mas odiosos á los conquistadores, como lo han hecho Mr. de Paw en sus *Investigaciones Filosóficas sobre los americanos*, y Mr. de Marmontel en sus *Incas*.

Entre los historiadores extranjeros, ninguno es mas célebre que el inglés. Tomas Gage; que veo citado por muchos como oráculo, aunque no hay ninguno que mienta con mas descaro. Otros se empeñan en propagar fábulas, movidos por alguna pasión, como el odio, el amor, ó la vanidad; pero Gage miente solo por mentir. ¿Qué interés pudo inducirlo á decir que los capuchinos tenían un hermoso convento en Tacubaya; que en Xalapa se erigió en su tiempo un obispado con renta de 10,000 pesos; que en Xalapa pasó á

la Rinconada, y de allí á Tepaca, en un día; que en esta ciudad hay gran abundancia de *anona* y de *chicozapote*; que esta fruta tiene un hueso mayor que una pera que el desierto de los carmelitas está al NE de la capital; que los españoles quemaron la ciudad de Tinguez en la Quivira, y que despues la reedificaron y habitaron; que los jesuitas tenían allí un colegio, y otras mil mentiras groseras que se ven en cada página, y que escitan risa y enojo en los lectores que conocen aquellos países?

Los mas famosos y estimados de los escritores modernos sobre las cosas de América, son Raynal y Robertson. El primero, ademas de sus grandes equivocaciones sobre el estado presente de México, duda de todo cuanto se dice acerca de su fundación y de su historia antigua. "Nada es lícito afirmar, dice, sino que el imperio mexicano estaba regido por Moctezuma, cuando llegaron allí los españoles." Esto se llama hablar con franqueza y como un filósofo del siglo XVIII. ¿Con que nada es lícito afirmar! ¿Y por qué no dudaremos tambien de la existencia de Moctezuma? Si es lícito afirmar esto, porque consta por el testimonio de los españoles que vieron á aquel monarca, ellos mismos testifican otras muchísimas cosas relativas á la historia de México, que tambien vieron, y que ha confirmado despues el testimonio de los indios. Es lícito, pues, afirmar estas cosas, como la existencia de Moctezuma, ó tambien se debe dudar de esta. Y si hay motivos para poner en duda la historia antigua de México, lo mismo debe decirse de la de todas las naciones del mundo; pues no es fácil hallar otra en que los sucesos se apoyen en la autoridad de mayor número de historiadores, ni sabemos que en algun otro pueblo se haya promulgado una ley tan rigorosa contra los historiadores embusteros, como la de

los Acolhuas que cito en el libro VII de mi Historia.

El Dr. Robertson, aunque mas moderado que Raynal en la desconfianza de la historia, y mejor provisto con libros y MS españoles, cae en muchos errores y contradicciones, por haberse querido internar mas en el conocimiento de América y de los americanos. Para quitarnos toda esperanza de tener una mediana noticia de las instituciones y de los usos de los Mexicanos, exagera la ignorancia de los conquistadores, y los estragos hechos en los monumentos históricos de aquella nacion por la supersticion de los primeros misioneros. "Por causa, dice, de este celo excesivo de los frailes, se perdió *totalmente* la noticia de los hechos antiguos, consignados en aquellos rudos monumentos, y no quedó *traza* alguna del gobierno del imperio y de sus antiguas revoluciones, sino la que provenia de la tradicion, ó de algunos fragmentos de las pinturas antiguas, que escaparon de las bárbaras investigaciones de Zumárraga. La experiencia de todos los pueblos demuestra que la memoria de las cosas pasadas no puede ser largo tiempo conservada, ni fielmente transmitida por la simple tradicion: las pinturas mexicanas que se supone haber servido de anales á su imperio, son pocas y de ambiguo significado; así, en medio de la incertidumbre de la una y de la oscuridad de las otras, estamos obligados á tomar lo poco que dan de sí los mezquinos materiales que se hallan esparcidos en los escritores españoles."

Pero en todo esto se engaña el autor. 1. No son tan mezquinos los materiales que se hallan en los escritores españoles, que no se pueda formar con ellos una buena, si no completa historia de los Mexicanos, como consta á todo el que los consulta con imparcialidad: basta saber esco-

ger, y separar el grano de la paja. 2. No es necesario valerse de los materiales esparcidos en los escritos de los españoles, habiendo tantas memorias é historias escritas por los mismos indios, de que no tuvo noticia Robertson. 3. No son pocas las pinturas históricas que se preservaron de las indagaciones de los primeros misioneros, sino con respecto al increíble número de ellas que antes habia, como se ve en mi Historia, en la de Torquemada y en otros muchos escritores. 4. Tampoco son estas pinturas de ambiguo significado, si no es para Robertson y para todos los que no entienden los caracteres y las figuras de los Mexicanos, ni conocen el método que tenian de representar las cosas, como son de ambiguo significado nuestros escritos para los que no saben leer. Cuando los misioneros hicieron el lamentable incendio de las pinturas, vivian muchos historiadores Acolhuas, Mexicanos, Tepapecas, Tlaxcaltecas, &c., los cuales se aplicaron á reparar aquella pérdida, como en parte lo obtuvieron, ó haciendo nuevas pinturas, ó sirviéndose de nuevos caracteres que habian aprendido, ó instruyendo verbalmente á los mismos predicadores acerca de sus antigüedades, á fin de que pudiesen conservar aquellas noticias en sus escritos, como lo hicieron Motolinia, Olmos y Sahagun. Es, pues, absolutamente falso que se *perdiere de un todo la noticia de los hechos antiguos*. Tambien es falso que no quedaron trazas de las revoluciones y del gobierno del imperio, *sino las que habia conservado la tradicion*. En mi Historia, y aun mas, en mis Disertaciones, manifiesto muchos errores de los que se hallan en la obra de aquel escritor y en las de otros estrangeros. De estos desbarros podrian formarse volúmenes.

No satisfechos algunos autores con sus desaciertos escritos, han corrompido tam-

bien la historia de México con falsas imágenes y mentiras, grabadas en cobre, como las del famoso Teodoro Bry. En la obra de Gage, en la Historia de los viajes de Prevost y en otras, se representa un hermoso camino, hecho sobre el lago, pa-

ra ir de México á Texcoco, lo cual es ciertamente un enorme despropósito. En la gran obra intitulada "La Galerie agréable du monde," se representan los embajadores enviados á la corte de México, montados en elefantes. Esto es mentir en grande.

PINTURAS.

No es mi intento dar aquí el catálogo de todas las pinturas mexicanas que se salvaron del incendio de los primeros misioneros, ni de las que despues hicieron los historiadores indios del siglo XVI, y de que se valieron los escritores españoles; pues esta enumeracion seria no menos inútil que fastidiosa al público. Solo trato de dar una indicacion de algunas colecciones, cuya noticia puede ser útil á los que quieren escribir la historia de aquellos países.

1. La Coleccion de Mendoza. Así se llama la coleccion de 63 pinturas, mandada hacer por el primer virey de México D. Antonio Mendoza, á las que tambien mandó hacer sus respectivas esplicaciones en lengua mexicana y española, para enviarlas al emperador Carlos V. El buque en que iban fué apresado por un corsario frances, y llevado á Francia. Las pinturas fueron á parar á manos de Thevet, geógrafo del rey, á cuyos herederos las compró por una gran suma, Haknuit, capellan del embajador inglés en aquella corte. Pasaron á Inglaterra, y la esplicacion fué traducida por Locke (diferente del famoso metafísico del mismo nombre) por órden de Walter Raleigh, y finalmente, publicada á ruegos del erudito Enrique Spelman, por Samuel Purchas, en el tomo III de su coleccion. En 1692 se publicaron en Paris, con la interpretacion francesa de Melquisedec Thevenot, en el

tomo II de su obra intitulada. *Relation de Divers Voyages Curieux*. Las pinturas eran 63, como ya he dicho: las 12 primeras contenian la fundacion de México, y los años, y las conquistas de los reyes mexicanos; las 36 siguientes representaban las ciudades tributarias de aquella corona, la cantidad y calidad de sus tributos, y las 5 últimas incluian algunos pormenores sobre la educacion y el gobierno de los Mexicanos. Pero debe advertirse que la edicion de Thevenot es defectuosa. En las copias de las pinturas XI y XII, se ven cambiadas las figuras de los años; pues las figuras pertenecientes al reinado de Moctezuma II, se ponen en el de Ahuizotl, y vice versa: faltan enteramente las pinturas XXI y XXII, y las de la mayor parte de las ciudades tributarias. El P. Kirker publicó una copia de la primera pintura, sacándola de la obra de Purchas, en su *Œdipus Ægyptiacus*. Yo he estudiado diligentemente esta coleccion, y me ha sido útil para la historia.

2. La coleccion del Vaticano. El P. Acosta hace mencion de ciertos anales mexicanos, pintados, que en su tiempo estaban en la biblioteca del Vaticano. No dudo que existan todavia; en vista de la suma y loable curiosidad de los italianos en conservar los monumentos antiguos; mas no he tenido tiempo de ir á Roma para examinarlos y estudiarlos.

3. La coleccion de Viena. En la libre-

ría imperial de aquella corte se conservan ocho pinturas mexicanas. "Por una nota, dice Robertson, se hecha en este código mexicano, se hecha de ver que fué un regalo hecho por Manuel, rey de Portugal, al papa Clemente VII. Despues de haber pasado por manos de muchos ilustres propietarios, cayó en las del cardenal de Sajonia Eisenach, que lo regaló al emperador Leopoldo." El mismo emperador da en su Historia de América la copia de una de aquellas pinturas, en cuya primera parte se representaba un rey que hace la guerra á una ciudad, despues de haberle enviado una embajada. Descúbrese varias figuras de templos, y otras de años y dias, mas por lo demas, siendo una copia sin color, y careciendo las figuras humanas de aquellas señales que en otras pinturas mexicanas dan á conocer las personas, es imposible acertar en su significado. Si Robertson hubiese publicado las otras siete copias que le fueron enviadas de Viena, quizás podrian entenderse todas.

4. La coleccion de Sigüenza. Este doctísimo Mexicano, como aficionado al estudio de las antigüedades de su patria, reunió un gran número de pinturas escogidas, parte compradas á subido precio, y parte que le dejó en su testamento el noble indio D. Juan de Alba Ixtlilxochitl, que las habia heredado de sus progenitores los reyes de Texcoco. Las imágenes del siglo mexicano y del viaje de los Aztecas, y los retratos de los reyes mexicanos que publicó Gemelli en su VI tomo de su *Vuelta al Mundo*, son copias de las pinturas de Sigüenza que vivia en México cuando llegó allí Gemelli (1). La figu-

(1) Robertson dice que la copia del viaje de los Aztecas, fué dada á Gemelli por D. Cristóbal Guadaluja; en lo que contradice al mismo Gemelli, que se reconoce deudor á Sigüenza de todas las antigüedades que

ra del siglo y del año mexicano es, en sustancia, la misma que mas de un siglo antes habia publicado en Italia Valades en su *Relóica Cristiana*. Sigüenza, despues de haberse servido de aquellas pinturas para ser erdidas obras, las legó por su muerte al colegio de San Pedro y San Pablo de jesuitas de México, juntamente con su escogidísima librería y sus excelentes instrumentos de matemáticas: allí vi y estudié el año de 1759 algunos volúmenes de aquellas pinturas, que contenian las penas prescritas por las leyes mexicanas contra ciertos delitos.

5. La coleccion de Boturini. Esta preciosa coleccion de antigüedades mexicanas, secuestrada por el suspicaz gobierno de México, á su laborioso y erdido dueño, se conserva en gran parte en el archivo del virey. Yo vi algunas de aquellas pinturas que contenian varios hechos de la conquista, y algunos hermosos retratos de los reyes mexicanos. En 770 se publicaron en México, con las cartas de Hernán Cortés, la figura del año mexicano, y 32 co-

nos da en su relacion. De Guadaluja solo se recibió el mapa hidrográfico del lago de México. Robertson añade: "Pero como ahora parece una opinión generalmente recibida, que Carreri no salió jamas de Italia, y que su famosa *Vuelta al Mundo* es la narracion de un viaje imaginario, no he querido hacer uso de aquellas pinturas." Si no viviéramos en un siglo en que se adoptan las ideas mas extravagantes, me cansaria maravilla que semejante opinion hubiera tenido partidarios. En efecto, ¿quién podria imaginarse que sin estar en México pudiera dar aquel autor una relacion tan menuda de los mas pequeños sucesos de aquel tiempo, de las personas que allí vivian á la sazón, de sus cualidades y empleos, de todos los monasterios de México y otras ciudades, del número de sus individuos, y aun del de los altares de las iglesias, y otras menudecias nunca publicadas ántes? Para hacer justicia al mérito de aquel italiano, protesto no haber hallado jamas un viajero mas exacto en lo que vió por sí mismo, aunque no lo es tanto en lo que recogió de otros.

pías de otras tantas pinturas de tributos que pagaban muchas ciudades de México á la corona: tomado todo del museo de Boturini. Las de los tributos son las mismas de la *Coleccion* de Mendoza, publicadas por Purchas y Thevenot. Las de México están mejor grabadas, y tienen las figuras de las ciudades tributarias que faltan en las otras; pero faltan tambien seis

copias de las relativas á tributos, y hay ademas muchos despropósitos en la interpretacion de las figuras, ocasionadas por la ignorancia de la antigüedad y del idioma. Conviene hacer esta advertencia á fin de evitar que los que vean aquella obra impresa en México, bajo un nombre respetable, se fien de estas esterioridades, y adopten los errores que contiene.



MEMORIA

de las joyas, rodajas y ropa, remitidas al emperador Carlos V, por D. Fernando Cortés y el ayuntamiento de Veracruz, con sus procuradores Francisco de Montejo y Alonso Hernández Portocarrero.

El contenido de esta memoria es del mayor interes, porque manifiesta cual era el estado de las artes de lujo de los Mexicanos ántes de tener comunicacion alguna con los europeos.

"D. Juan Bautista Muñoz cotejó en 30 de marzo de 1784 esta relacion que sigue de los presentes enviados de Nueva-España, con otra que halló en el libro llamado *MANUAL DEL TESORERO de la casa de la contratación de Sevilla*, y de este último manuscrito son las variantes que ponemos sal pie."

El oro y joyas y piedras y plumajes que se han habido en estas partes [1] nuevamente descubiertas [2], despues que estamos en ella, que vos Alfonso Fernandez Portocarrero y Francisco de Montejo que vais por procuradores de esta rica villa de la Vera Cruz, á los muy altos y escelsntísimos príncipes y muy católicos y muy grandes reyes y señores, la reina Doña Juana y Don Carlos su hijo nuestros señores llevais, son las siguientes.

Primeramente una rueda de oro grande con una figura de monstruo, en ello [3] y

(1) y plumas y plata que se ovo en las partes etc.

(2) nuevamente descubiertas que el capitan Fernando Cortés envió desde la rica villa de la Vera Cruz, con Alonso Fernandez Portocarrero é Francisco de Montejo, para su cesárea é católicas magestades, é se recibieron en esta casa (de la contratación de Sevilla) en sabado 5 de noviembre de 1519 años, son las siguientes.

(3) con una figura de monstruo en medio

labrada toda de follajes, la cual pesó tres mil ochocientos pesos de oro; y en esta rueda, porque era la mejor pieza que acá se ha habido, [1] y de mejor oro, se tomó el quinto para sus altezas que fué [2] dos mil castellanos que le pertenecia [3] de su quinto y derecho real segun la capitulacion que trajo [4] el capitan general Fernando Cortés, de los padres gerónimos que residen en la isla Española y en las otras [5]; y los mil y ochocientos pesos restantes á todo lo demas que tiene á cumplimiento de los mil y doscientos pesos [6], el consejo de esta villa [7] hace servicio de ello á sus altezas, [8] con todo lo demas que aquí en esta memoria va, que era y pertenecia á los de esta dicha villa [9].

Item: dos collares (10) de oro y pedrería, que el uno [11] tiene ocho hilos, y en ellos doscientas y treinta y dos piedras coloradas, y ciento y sesenta y tres verdes, y cuelgan por el dicho collar [12] por la orladura de él veintiseis cascabe-

- 1 que acá se había habido.
- 2 fueron.
- 3 que les pertenecia.
- 4 trajo.
- 5 y en todas las otras.
- 6 de los dichos tres mil é ochocientos pesos.
- 7 el consejo de la villa.
- 8 á sus magestades dello.
- 9 que les pertenec.
- 10 Item mas dos collares.
- 11 que el uno de ellos.
- 12 y cuelgan del dicho collar.

les de oro, y en medio de ellos hay cuatro figuras de piedras grandes engastadas [1] en oro, y de cada una de las dos en medio [2] cuelgan pujantes [3] sencillos, y de las de los cabos [4] cada cuatro pujantes [5] doblados. Y el otro collar tiene [6] cuatro hilos que tienen ciento y dos piedras coloradas, y ciento y sesenta y dos piedras que parece en la color verdes, y á la redonda de las dichas piedras veintiseis cascabeles de oro, y en el dicho collar diez piedras grandes engastadas en oro, de que cuelgan ciento y cuarenta y dos pujantes [7] de oro.

Item: cuatro pares de antiparras, los dos pares de hoja de oro delgado, con una guarnición de cuero de venado amarillo, y las otras dos de hoja de plata delgada con una guarnición de cuero de venado blanco [8], y las restantes de plumajes [9] de diversos colores y muy bien obrados, de cada una de las cuales cuelgan diez y seis cascabeles de oro, y todas guarnecidas de cuero de venado colorado.

Item mas: cien pesos de oro por fundir para que sus altezas [10] vean como se coge acá oro de minas.

Item mas: una caja [11] una pieza grande de plumajes enforrada en cuero, que en los colores parecen martas, y atadas y puestas en la dicha pieza, y en el medio una patena grande de oro [12] que pesó sesenta pesos de oro, y una pieza de

- 1 engastadas.
- 2 y en medio del uno.
- 3 enlignan siete pinjantes.
- 4 y en los cabos de los dos.
- 5 pinjantes.
- 6 y el uno tiene.
- 7 pinjantes.
- 8 de venado blanco la guarnición.
- 9 y las restantes de plumaje.
- 10 sus reales altezas.
- 11 en una caja.
- 12 de oro grande.

pedrería azul un poco colorada (1), y al cabo de la pieza otro plumaje de colores que cuelga de ella (2).

Item (3): un moscador de plumajes de colores con treinta y siete verguitas (4) cubiertas de oro.

Item mas: una pieza grande de plumajes de colores que se pone (5) en la cabeza, en que hay á la redonda de ella (6) sesenta y ocho (7) piezas pequeñas de oro, que será cada una (8) como medio cuarto, y debajo de ellas veinte torrecitas de oro (9).

Item: una ristra (10) de pedrería azul con una figura de monstruos (11) en el medio de ella y enforrada en un cuero que parece en los colores martas, con un plumaje pequeño, el cual es de que arriba se hace mención son de esta dicha ristra (12).

Item: cuatro arpones de plumajes (13) con sus puntas de piedras atadas con un hilo de oro, y un centro de pedrería con dos anillos de oro, y lo demas plumaje.

Item (14) un brazaletes de pedrería y mas una pieza de plumaje (15) negra y de otros colores, pequeña.

Item: un par de zapatones de cuero de

1 é un poco colorada á manera de rueda, y otra pieza de pedrería azul, un poco colorada.

2 que cuelgan de ella de colores.

3 Item mas.

4 verguitas.

5 que ponen.

6 á la redonda del.

7 sesenta y ocho.

8 que será cada una tan grande.

9 é mas bajo de ellas veinte torrecitas de oro.

10 una mitra.

11 monstruo.

12 el cual y el de arriba de que se hace mención, son de esta dicha mitra.

13 cuatro burpares de plumaje.

14 Item mas.

15 de plumas.

colores (1) que parecen martas, y las suelas blancas cosidas con hilos de oro (2).

Mas un espejo puesto en una pieza de pedrería azul y colorada con un plumaje pegada (3) y dos tiras de cuero colorado pegados [4] y otro cuero que parece [5] de aquellas martas.

Item (6): tres plumajes de colores que son de una cabeza grande de oro que parecen de caiman.

Item: unas antiparras de pedrería azul (7) enforradas en cuero, que las colores parecian (8) martas, en cada (9) quince cascabeles de oro.

Item (10): un mánipulo de cuero de lobo con cuatro tiras de cuero que parecen de martas.

Mas: unas barbas (11) puestas en unas plumas de colores, y las dichas barbas son blancas, que parecen (12) de cabellos.

Item (13): dos plumajes de colores que son para dos carpetas (14) de pedrería que abajo dirá.

Mas: otros dos plumajes de colores que son para dos piezas de oro que se pone (15) en la cabeza, hechas de manera (16) de caracoles grandes.

Mas: dos pájaros de pluma verde con sus piés y picos de oro, que se po-

1 Item: un par de zapatos de un cuero que en los colores déi parecen etc.

2 con tiritas de oro.

3 pegado.

4 pegada.

5 que parecen

6 Item mas.

7 Mas: unas antiparras de pedrería azul.

8 parecen.

9 con cada.

10 Item mas.

11 Mas en unas barbas.

12 é parecen.

13 Item mas.

14 capacetes.

15 que se ponen.

16 á manera.

nen en la una pieza de las de oro que parecen caracoles (1).

Mas: dos guariques grandes de pedrería azul (2), que son para poner en la cabeza grande del caiman.

En otra caja cuadrada una cabeza de caiman grande de oro, que es la que arriba se dice, para poner las dichas piezas (3).

Mas: un caparete (4) de pedrería azul con (5) veinte cascabeles de oro que le cuelgan á la redonda con dos sartas (6) que están encima (7) de cada cascabel, y dos guariques de palo con dos chapas de oro.

Mas: un pájaro (8) de plumajes verdes, y los piés, pico y ojos de oro.

Item: otro caparete (9) de pedrería azul con veinticinco cascabeles de oro, y dos cuentas de oro encima de cada cascabel, que le cuelgan á la redonda con unas (10) guariques de palo con chapas de oro, y un pájaro de plumaje verde, con los piés, pico y ojos de oro.

Item: en una havi de caña dos piezas grandes de oro que se ponen en la cabeza, que son hechas á manera de caracol de oro, con sus guariques de palo y chapas de oro, y mas dos pájaros de plumaje verde, con sus piés, pico y ojos de oro (11).

Mas: diez y seis rodela de pedrería con sus plumajes de colores, que cuelgan de la redonda de ellas (12), y una tabla ancha esquinada de pedrería con sus plumajes de colores, y en medio de la dicha tabla,

1 Falta esta partida en el manuscrito sevillano.

2 de piedra azul.

3 para que son las piezas.

4 capacete.

5 en.

6 con dos cuentas.

7 que están en canada.

8 Mas: una pájara.

9 capacete.

10 unos.

11 Falta esta partida en el manuscrito sevillano.

12 á la redonda de ellas.

hecha de la dicha pedrería, una cruz de rueda (1), la cual está aferrada en cuero, que tiene los colores como martas.

Otrosí un cetro de pedrería colorada hecho á manera (2) de culebra, con su cabeza y los dientes y ojos que parecen de nácar, y el puño guarnecido con cuero (3) de animal pintado, y debajo del dicho puño cuelgan seis plumajes pequeños.

Item: mas un moscador (4) de plumajes, puesto en una caña guarnecida en un cuero de animal pintado hecho á manera de veleta, y encima tiene una copa de plumajes, y en fin (5) de todo tiene muchas plumas verdes largas.

Item: dos aves hechas (6) de hilo y plumajes, y tienen los cañones de las alas y colas y las uñas de los piés y los ojos y los cabos de los picos, de oro (7), puestas en sendas cañas cubiertas de oro, y abajo unas pellas de plumajes, una blanca y otra amarilla (8,) con cierta argentería de oro entre las plumas, y de cada una de ellas cuelgan siete ramales de pluma.

Item: cuatro piés hechos (9) á manera de lizas puestas en sendas cimias (10) cubiertas de oro, y tienen (11) las colas y las agallas y los ojos y bocas de oro: abajo (12) en las colas unos plumajes de plumas verdes, y tienen hácia las bocas las dichas lizas (13) sendas copas de plumajes de co-

- 1 de ruedas.
- 2 de manera.
- 3 con un cuero.
- 4 un moscador.
- 5 que en fin.
- 6 Item: dos ánades hechas.
- 7 é tienen los cañones de las alas é las colas de oro, é las uñas de los piés é ojos é cabos de los piés puestas &c.
- 8 la una blanca y la otra amarilla.
- 9 Item: tres piezas hechas.
- 10 cañas.
- 11 y que tienen.
- 12 y abajo.
- 13 é hácia las bocas de las dichas lizas tienen &c.

lores, y en algunas de las plumas blancas está (1) cierta argentería de oro, y bajo cuelgan (2) de cada una seis ramales de plumajes de colores.

Item: una verjita (3) de cobre aferrada en un cuero en que está puesto (4) una pieza de oro á manera de plumaje, que encima y abajo tiene ciertos plumajes de colores.

Item: mas: cinco moscadores (5) de plumaje de colores, y los cuatro de ellos (6) tienen á diez (7) cañoncitos cubiertos de oro, y el uno tiene trece (8).

Item: cuatro arpones de pedernal (9) blanco, puestos en cuatro varas de plumajes (10).

Item: una rodela grande de plumajes, guarnecida del envés (11) y de un cuero de un animal pintado, y en el campo de la dicha rodela, en el medio, una chapa de oro, con una figura de las que los indios hacen, con cuatro otras medias chapas en la orla, que todas ellas juntas hacen una cruz.

Item: mas una pieza de plumajes (12) de diversos colores, hecha á manera [13] de media casulla aferrada en cuero de animal pintado, que los señores de estas partes que hasta ahora hemos visto, se ponen [14] colgada del pescuezo, y en el pecho tienen trece piezas [15] de oro muy bien asentadas.

- 1 cuelga.
- 2 y abajo del asidero cuelga.
- 3 vergueta.
- 4 en un cuero puesta.
- 5 Item: cuatro moscadores.
- 6 que los tres dellos.
- 7 y tienen á tres.
- 8 y el uno tiene á trece.
- 9 pedrenal.
- 10 guarnecidas de plumajes.
- 11 guarnecido el envés.
- 12 plumaje.
- 13 de mauera.
- 14 que los señores destas partes que hasta aquí eran, se ponian.
- 15 y en el pecho trece piezas.

Item: una pieza de plumajes de colores, que los señores de esta tierra se suelen poner en las cabezas [1], y de ella cuelgan dos orejas [2] de pedrería con dos cascabeles y dos cuentas de oro, y encima un plumaje de plumas verdesancho, y debajo cuelgan [3] unos cabellos blancos.

Otrosí cuatro cabezas de animales: las dos parecen de lobo, y las otras dos de tigres [4], con unos cueros pintados, y de ello [5] les cuelgan cascabeles de metal.

Item: dos cueros de animales pintados, aferrados en unas mantas de algodón [6], y parecen los cueros de gato cervical [7].

Item: un cuero bermujo y pardillo de otro animal, y otros dos cueros que parecen de venado [8].

Item: cuatro cueros de venado pequeños que acá hacen los guantes pequeños adobados [9].

Mas: dos libros de los que acá tienen los indios.

Mas: media docena de moscadores (10) de plumajes de colores.

Mas: una poma de plumas de colores con cierta argentería en ella (11).

Otrosí una rueda de plata grande que pesó cuarenta y ocho marcos de plata (12):

1 que los señores en esta tierra se solían poner en las cabezas, hecha á manera de cimera de justador.

2 orejeras.

3 le cuelgan.

4 y las otras dos tigres.

5 y dellos.

6 mantas de algodón.

7 que parecen de gato cervical.

8 de otro animal que parece de león, y otros dos cueros de venado.

9 Mas: cuatro cueros de venados pequeños adobados, y mas media docena de guadameciles de los que acá hacen los indios.

10 de amoscadas.

11 Falta esta partida en el manuscrito de Viena.

12 La cual pesó por romana cuarenta y ocho marcos de plata.

y mas en unos brazaletes y unas hojas batidas, un marco y cinco onzas y cuatro adarmes de plata [1]. Y una rodela grande y otra pequeña de plata que pesaron cuatro marcos y dos onzas, y otras dos rodelas que parecen de plata, que pesaron seis marcos y dos onzas [2]. Y otra rodela que parece asimismo de plata [3], que pesó un marco y siete onzas, que son por todo sesenta y dos marcos de plata [4].

ROPA DE ALGODON [5].

Item mas: dos piezas grandes de algodón tejidas de labores de blanco y negro [6] muy ricos.

Item: dos piezas tejidas de plumas [7], y otra pieza tejida de varios colores [8]; otra pieza tejida de labores, colorado, negro y blanco, y por el envés no parecen las labores [9].

Item: otra pieza tejida de labores, y en medio unas ruedas negras de pluma [10].

Item: dos mantas blancas en unos plumajes tejidas [11].

Otra manta con unas preseccillas y colores pegadas [12].

1 Mas: unos brazaletes ó unas hojas batidas, un marco y cinco onzas y cuatro adarmes.

2 las cuales pesaron seis marcos y dos onzas de plata.

3 que parece así de plata.

4 Falta en el manuscrito sevillano que son por todo sesenta y dos marcos de plata.

5 Falta este título en el manuscrito de Viena.

6 de blanco y negro y leonado

7 de pluma.

8 ó otra pieza tejida á escaques de colores.

9 otra pieza tejida de colores, color negro, blanco: por el envés no se parecen las labores.

10 de plumas.

11 con unos plumajes tejidos.

12 Otra manta con unas pessecas pegadas de colores.

Un sayo de hombre de la tierra.

Una pieza [1] blanca con una rueda grande de plumas blancas en medio.

Dos piezas de guascasa [2] pardilla con unas ruedas de pluma, y otras dos de guascasa [3] leonada.

Seis piezas de pinturas de pincel [4]: otra pieza colorada con unas ruedas, y otras dos piezas azules de pincel, y dos camisas de Muger.

Once almazares [5].

Item: seis rodelas, que tienen cada una chapa de oro que toma la rodela, y media mitra de oro [6].

Las cuales cosas, cada una de ellas, segun que por estos capítulos van declaradas y asentadas, nos Alonso Fernandez Puerto-Carrero y Francisco de Montejo, procuradores susodichos, es verdad que las recibimos, y nos fueron entregadas para llevar á sus altezas, de vos Fernando Cortés, Justicia mayor por sus altezas en estas partes, y de vos Alonso de Avila, y de Alonso de Grado, tesorero y veedor de sus altezas en ellas. Y porque es verdad lo firmamos de nuestros nombres.—Fecho á seis dias de julio de 1519 años.—Puerto-Carrero.—Francisco de Montejo.

Las cosas de suso nombradas en el dicho memorial con la carta y relacion de suso dicha con el consejo de Veracruz envió, recibió el rey D. Carlos, nuestro señor, como de suso se dijo, en Valladolid, en la semana santa, en principios del mes de abril del año del Señor de 1520 años.

En lugar de los dos párrafos antecedentes que no se hallan en el manuscrito del MANUAL

1 Otra pieza.

2 Dos piezas de guascasa.

3 guascasa.

4 Seis piezas de pincel.

5 Falta esta partida en el manuscrito de Viena.

6 Seis rodelas, que tiene cada una chapa de oro que toma toda la rodela.—Item: media mitra de oro.

DEL TESORERO de la casa de la contratación de Sevilla, hay el que sigue.

Todas las cuales dichas cosas, así como vinieron, enviamos á S. M. con Domingo de Ochandiano, por virtud de una carta que sobre ello S. M. nos mandó escribir, fecha en Molin del Rey á cinco de diciembre de mil y quinientos á diez y nueve: y el dicho Domingo trujo cédula de S. M., por el cual le mandó entregar las cosas susodichas á Luis Veret, guarda joyas de sus magestades, y carta de pago del dicho Luis Veret de como las recibió, que está en poder del dicho tesorero.

D. Juan Bautista Muñoz añade: "Consta del mismo libro (MANUAL DEL TESORERO) que en cumplimiento de la dicha cédula fueron vestidos ricamente los cuatro indios, dos de ellos caciques, y dos indias traídas por Montejo y Puerto-Carrero, y enviados á S. M. á Tordecillas, donde estaba S. M. Sañero de Sevilla en 7 de febrero de 1520, y en ida y estada y vuelta, que fué en 22 de marzo, se gastaron carenta y cinco días. Uno de los indios no fué á la corte, porque enfermó en Córdoba, y se volvió á Sevilla. Venidos de la corte, murió uno. Permanecieron los cinco en Sevilla, muy bien asistidos hasta 27 de marzo de 1521, día en que "partieron en la nao de Ambrosio Sanchez, enderezados á Diego Velazquez en Cuba, para que dellos hiciese lo que fuese servicio de su S. M."

NOTA. Siendo en la actualidad olvidadas muchas de las voces de que se hace uso en la memoria precedente, es necesario dar alguna idea de las cosas á que ahora corresponden, para su mejor inteligencia. Los *pujantes* ó *pinjantes* que sirven de adorno á los collares y otras alhajas son pendientes, como los que ahora se usan en los areillos y gargantillas.

Las *antiparras* ó *antiparas* las describe de esta manera el primer Diccionario de la lengua española, publicado por la Aca-

demia en 1726, que tiene el origen de las palabras, y las autoridades en que se funda su sentido: "cierto género de medias calzas ó polainas que cubren las piernas y los pies solo por la parte de delante." Cervantes, novela 3^a. "Me enseñó á cortar *antiparas*, que como V. M. sabe, son medias calzas, con *avapiés*." De aquí viene sin duda el darse este nombre por ampliacion á las calzoneras que usa la gente del campo.

La *patena* era un adorno redondo con alguna figura esculpida en él, que se llevaba colgado al cuello.

El *moscador* ó *mosqueador*, especie de abanico de plumas, á la manera de los que recientemente han usado las señoras. Su uso era muy frecuente entre los antiguos Mexicanos, y apenas hay alguna pintura de aquel tiempo en que no se encuentre. Empleaban en ellos las mas ricas plumas, y los mangos estaban adornados con las piedras preciosas que conocian.

Los *guariques* no he podido descubrir qué cosa eran: los *caparetes* eran *capacetes*, pieza de armadura que cubria la cabeza.

Las *tizas* eran imitacion del pescado de este nombre: *puestas en sendas cimás*, esto es, puestas cada una en la estremidad de

una varilla. En este género de fundicion con diversos metales eran muy diestros los plateros mexicanos, pues no solo sabian sacar las piezas en una sola fundicion, como estas que aquí se describen, con *las colas y las agallas y los ojos y las bocas de oro*, sino alterando las escamas, unas de oro y otras de plata.

Las *verjitas* eran varillas de metal ó de otra materia á manera de baston ó cetro, con alguna figura ó plumaje en la punta. Se ven frecuentemente en las pinturas antiguas mexicanas.

Los *guantes adobados* se debe entender de cuero curtido.

Los tejidos de algodón con labores que no parecian por el revés, prueban los adelantos que habian hecho; pues sabian tejer con doble trama, que es en lo que consiste este artificio.

Los indios que fueron llevados á la corte, segun Bernal Diaz fueron cuatro, que estaban en Tabasco engordando en jaulas de madera para ser sacrificados, y fueron los primeros que se enviaron como muestra de los habitantes del pais.

La noticia que precede se ha tomado de la coleccion de documentos inéditos del Sr. Navarrete.



CARTA DE CARLOS V. A HERNAN CORTES

EN QUE SE DA POR SATISFECHO DE

SUS SERVICIOS EN NUEVA-ESPAÑA.

Tomada de la coleccion de documentos inéditos para la historia, de España, para lo cual se copió del archivo de Simancas.

Valladolid 25 de octubre de 1522.

El rey.—Hernando Cortés, nuestro gobernador é capitán general de la Nueva-España llamada Aculvacan é Ulos. Luego como á la Divina Clemencia plugo de me traer á estos reinos, que desembarqué con toda mi armada real en la villa é puerto de Santander, á diez y seis días del mes de julio de este presente año, mandé que se entendiese con mucha diligencia en el despaño de las cosas del estado de esas partes como en cosa tan principal; especialmente quise por mi real persona ver y entender vuestras relaciones é las cosas de esa Nueva-España, é de lo que en mi ausencia de estos reinos en ella ha pasado, porque lo tengo por cosa grande y señalada, y en que espero nuestro Señor será muy serridor, y su santa fé católica ensalzada y acrecentada, que es nuestro principal deseo, y de que estos reinos recibirían mucho provecho é noblecimiento, en que por la dicha mi ausencia no se ha podido entender. E para que mejor se pudiese hacer y provecer mandé oír á Martin Cortés vuestro padre, y Alonso Hernandez Puerto-Carrero y Francisco Montejó vuestros procuradores y de los pueblos de esa tierra, y los procuradores del

adelantado Diego Velazquez, así mismo el veedor Cristóbal de Tapia que despues llegó, que habia sido proveido de la gobernacion de esa tierra por nuestros gobernadores en nuestro nombre, y por todo ello parece cuán dañosa ha sido para la poblacion de esa tierra é conversion de los naturales de ella, y estorbo para que nos no fuésemos servidos, y estos reinos é naturales de ellos aprovechados, las diferencias que entre vos y el dicho adelantado ha habido, é como aquellas y la idea de Pánfilo de Narvaez, é la armada que llevó, fué causa de se alzar é perder la gran ciudad de Tremistitan (México) que está fundada en la gran laguna, con todas las riquezas que en ella habia, y de los males é muertes de cristianos é indios que ha habido, de que nuestro Señor ha sido muy deservido, y nos habemos recibido desplacer. E nos queriendo proveer en ello de manera que lo pasado se remedie, y adelante pueda haber camino para que en esa tierra se haga el fruto que es razon, é yo tanto deseo para el acrecentamiento de nuestra santa fé católica, y salvacion de las ánimas de los indios naturales y habitantes en esas partes, é por vos qui-

tar de las dichas diferencias, habemos remitido las dichas diferencias y debates que entre vos y el dicho adelantado hay ó pueda haber á justicia, y lo habemos cometido y mandado al nuestro gran canciller é á los del nuestro consejo de las Indias, para que ellos conozcan de ellas, y brevemente os hagan y administren entero cumplimiento de justicia, y envío á mandar al dicho adelantado que no arme ni envíe contra vos gente ni fuerza, ni haga otra violencia ni novedad alguna. E porque soy certificado de lo mucho que vos en este descubrimiento é conquista y en tornar á ganar la dicha ciudad é provincias habeis fecho é trabajado, de que me he tenido é tenga por muy servido, é tengo la voluntad que es razon para vos favorecer y hacer la merced que vuestros servicios y trabajos merecen, y confiando de vuestra persona é creyendo que me servireis con la lealtad que debeis, y que en todo poréis la buena diligencia é recaudo que conviene como persona que tanta experiencia tiene de lo de allá, vos habemos mandado proveer del cargo de nuestro gobernador y capitán general de la Nueva-España y provincias de ella por el tiempo que nuestra merced é voluntad fuere ó nos mandamos proveer otra cosa, como vereis por las provisiones, é poderes é instrucciones que vos mando enviar. Por ende yo vos mando y enaerigo que uséis de los dichos oficios conforme á ellos, con aquella diligencia é buen recaudo que á nuestro servicio, y á la ejecucion de nuestra justicia y poblacion de esa tierra convenga, é yo de vos confío: que como dicho es yo envío á mandar al dicho adelantado que no haga cosa alguna que pueda ser perjudicial á la dicha vuestra gobernacion, é á la paz é sosiego de esa tierra, y que principalmente tengais grandísimo cuidado y vigilancia de que los indios natu-

rales de esa tierra sean industriados é doctrinados, para que vengan en conocimiento de nuestra santa fé católica, atralléndo-los para ello por todas las buenas mañas é buenos tratamientos que convenga, pues (á Dios gracias) segun vuestras relaciones, tienen mas habilidad y capacidad para que se haga en ellos fruto y se salven, que los indios de las otras partes que hasta agora se han visto, porque este es mi principal deseo é intencion, y en ninguna cosa me podeis tanto servir.

Y para lo que toca al recaudo de nuestra hacienda, y porque haya con vos personas enuestras é oficiales nuestros, enviarnos á Alonso de Estrada, contino de nuestra casa, por nuestro tesorero, y á Rodrigo de Albornoz, nuestro secretario, por nuestro contador, y Alonso de Aguilar (1) por nuestro factor, é á Feraímindez Churino por nuestro vecior; á los cuales vos encargo mireis é trateis bien como á criados é oficiales nuestros, é les deis parte de todo lo que os pareciere que conviene á nuestro servicio, é que por razon de sus oficios la deben haber, de manera que ellos usen y ejerzan, y puedan usar y ejercer como conviene, que ellos asimismo llevan de mí mandado que os honren y acaten como es razon, y en todo los favorezcáis como de vos confío.

Las instrucciones tocantes, así para la buena gobernacion de esa tierra, como para que los dichos indios sean bien tratados, doctrinados é industriados en las cosas de nuestra santa fé católica, que es lo que principalmente deseamos, como á la forma é manera que los dichos nuestros oficiales han de tener en sus oficios, lleven ellos, las cuales vos mostrarán por mí servicio; que vos por lo que toca á vues-

(1) En lugar de este vino Gonzalo de Zalazar.

tro oficio las guardéis é cumpláis, y hagais guardar é cumplir é á ellos para que las guarden hagais dar todo favor é ayuda, é tened siempre cuidado de me escribir muy largo de todas las cosas de allá, é de lo que á vos os parece que debo

mandar proveer para el buen gobierno de esas tierras. De Valladolid á quince dias del mes de octubre de quinientos y veinte é dos años.—Yo el rey.—Por mandado de S. M.—Francisco de los Cobos.



DOCUMENTOS RELATIVOS

Á

LOS CONDES DE MOCTEZUMA.

Memorial que dió la primera vez la casa de Moctezuma, pretendiendo la grandeza de España.

El conde D. Diego Luis de Moctezuma, hijo del príncipe D. Pedro de Moctezuma, y nieto del emperador Moctezuma, dice: Que obediendo la real orden de V. M. ha venido de México, y viéndose hoy á sus reales plantas, espera que no estorbe ya la separada distancia las generosas influencias de su real presencia, pues sola la relacion de legitimo nieto de un monarca tan poderoso, aun cuando le hubiesen desposeido del reino violencias ó derechos de otros príncipes, si en tal caso se refugiara á España y se valiera del real amparo de V. M., fuera estilada atencion de tan augusto ánimo el señalarle rentas y honrarle con puestos, que conservasen algun lustre respectivo á la primera grandeza, de que da cada dia V. M. plausibles ejemplares, enriqueciendo de rentas, oficios, gruesas ayudas de costa, á tantos que caídos de menos alta fortuna, hallan en la real magnificencia de V. M. logro de su caída en considerables medras, sin mas mérito que recurrir al favor de V. M., y le experimentan pronto por mas que instan los empeños de la corona, y aun los aprietos de su real palacio.

Lucen dignamente los descubridores de la América con mercedes de grandeza, títulos, estados poderosos y ricos mayoraz-

gos, gozando sus descendientes cada dia nuevos favores y mercedes, con que adelantan el esplendor de sus casas. El suplicante, pues, no debe verse con ménos lucimiento, teniendo en sus venas tan fresca la sangre real de aquel emperador, y tan reciente la memoria de todos tan de admiracion, como sin ejemplar servicio con que Moctezuma su abuelo, con ardiente efecto y sin violencia alguna, puso á las augustas plantas de la real casa de V. M. su corona, su reino, sus vasallos y toda la Nueva-España.

Nunca se envejecerá, señor, tan heroico mérito: siempre subsiste. Hoy está gozando V. M. del imperio de Moctezuma innumerables millones: con la plata y el oro que tributa V. M. cada año la corona de México, llena á V. M. á todo el Oriente por la puerta que abren las Filipinas, las que mantiene V. M. con las reales cajas de México. Los millones que han venido á España, con ser como increíbles de muchos (1), los que constan por los registros en la casa real de la contratación de Sevilla, son innumerables los que han traído por alto, y rebosando en los réntos

(1) Debe entenderse por muchos:

extraños, no hay quien no atesore reales mexicanos.

Hoy es México y sus provincias de las joyas mas ricas que resplandecen en la inmensa monarquía de V. M. Sustenta con singular esplendor que de cancellerías y audiencias reales, obispos, arzobispos, deánatos, universidades, colegios, suntuosas obras pías, estados de grandes y de títulos, infinitas rentas de mayorazgos, gruesos caudales de mercaderos, poderosas y magníficas religiones, riquísimas encomiendas que V. M. reparte á los que están en España.

Y si tuviere otros nuevos mundos aquel gran Moctezuma, con igual fineza y bizarría de ánimo y demostracion de afecto, los hubiera renunciado todos en la real casa de V. M., dejando á sus legítimos descendientes por mas preciosa y única herencia, sola la gloria de ser vasallos de V. M., y la seguridad de que viviendo debajo de su real proteccion, jamas echarian menos las riquezas y reinos que con tanta magnificencia poseyeron sus pasados por tantos siglos en el imperio de México.

Hazañas, señor, son estas tan especiosas, que es muy infeliz estrella de esta casa no haber conseguido ya merced de primera grandeza con cien mil ducados de renta, y oficios de los mas honoríficos de palacio. No solo dice esto el vulgo á voces; así lo siente tambien generalmente la nobleza, toda España y todas las naciones, considerando tantas circunstancias dignas de que V. M. haga mayores mercedes á tan gran casa, pues las suele hacer V. M. crecidas á méritos de que no ha interesado tan considerables conveniencias. Y cuando baya quien hubiese avasallado á V. M. grandes reinos, no hay rey que con igual afecto como Moctezuma, en la mayor pujanza de su imperio se entregue con todos sus vasallos por vasallo de V.

M., y lo que es de incomparable y casi increíble asombro, que en su defensa de esta causa se arrestase hasta derramar la sangre y perder la vida, sacrificándose así totalmente al servicio de V. M. y de su católica corona. Sin parecer, pues, que pisa la raya de la moderacion, ni los grados del merecimiento, suplica que V. M. honre su casa con primera grandeza, la llave de la cámara y cien mil ducados de renta en la casa de la Contratacion.

Y cuando en la junta particular [á que suplico á V. M. se remita la consideracion de este memorial], no mereciere que V. M. le haga merced, se sirva darle licencia para que se vuelva á las Indias, donde en un rincón de México pase con la poquedad que allá tiene, lamentando su poca suerte, pues no se juzga digno de servir á V. M. en palacio, ni gozar de la liberalidad que todos experimentan, y le ofreció el rey de México en nombre de V. M., cuando le intimó su real orden para que viniese á España, que en esto recibirá merced de V. M.

NOTA.—Este documento ha sido sacado de un manuscrito perteneciente al colegio de la compañía de Jesus de Morelia, que se titula: *Historia del Emperador Moctezuma, escrita por el P. Luis de Moctezuma.*

Los resultados de este memorial fueron algunas gracias de poca valía, y añade el documento inédito de donde se han tomado estas noticias, que nada pudo conseguirse por entónces á causa de los grandes trastornos de la rebelion de Flandes y conquista de Portugal. No pudiendo el conde hacer en la corte el gasto que su elevado rango demandaba, se retiró á un pequeño mayorazgo que poseia en Guadix.

Su hijo D. Pedro Tesifon de Moctezuma renovó esta pretension cuando el mo-

marca español, por consulta del consejo de Indias, pidió que la casa de Moctezuma reiterase la renuncia del imperio mexicano que su bisabuelo había hecho. La cláusula de la escritura literalmente es como sigue.

“Tenemos por bien, y desde luego nos todos, madre é hijos, de un acuerdo y conformidad, nos desistimos, quitamos y apar-

tamos de cualquier derecho y pretension, que nos, y cualquier de nos, y nuestros herederos y sucesores, tenemos y podemos tener en razon de ser tales bisnietos del dicho Moctezuma, y lo cedemos, renunciamos y traspasamos en su magestad y en los señores reyes, que por el tiempo facron sus sucesores, y en su corona real.



RETRATO DE HERNAN CORTES

SACADO DE

Bernal Diaz del Castillo.

ERA D. Fernando Cortés, según la relación que nos ha dejado Bernal Díaz, “de buena estatura y cuerpo, y bien proporcionado y membrado, y la color de la cara tiraba á cenicienta, y no muy alegre, y si tuviera el rostro mas largo, mejor le pareciera; los ojos en el mirar amorosos, y por otra graves; las barbas tenía algo prietas y pocas y ralas, y el cabello que en aquel tiempo se usaba, era de la misma manera que las barbas, y tenía el pecho alto y la espalda de buena manera, y era cenceño y de poca barriga, y algo estevado, y las piernas y muslos bien sacados. Era buen ginete y diestro de todas armas, así á pié como á caballo, y sabía muy bien menearlas, y sobre todo, corazón y ánimo que es lo que hace al caso. En todo lo que mostraba, así en su presencia y meneo, como en pláticas y conversacion, y en comer y en el vestir, en todo daba señales de gran señor. Los vestidos que se ponía eran según el tiempo y usanza, y no se le daba nada de no traer muchas sedas ni damascos, ni rasos, sino llanamente y muy pulido; ni tampoco traía cadenas grandes de oro, salvo una cadenita de oro de prima hechura, con un joyel con la imagen de nuestra Señora la Virgen Santa María, con su hijo precioso en los brazos, y con un le-

trero en latín en lo que era de nuestra Señora, y de la otra parte del joyel el Señor San Juan Bautista con otro letreiro: y también traía en el dedo un anillo muy rico con un diamante, y en la gorra, que entónces se usaba de terciopelo, traía una medalla, y no me acuerdo el rostro que en la medalla traía figurado la letra de él, mas después el tiempo andando, siempre traía gorro de paño sin medalla. Servíase ricamente, como gran señor, con dos maestresalas y mayordomos, y muchos pages, y todo el servicio de su casa muy cumplido, é grandes bajillas de plata y de oro. Comía á medio día bien, y bebía una buena taza de vino aguado, que cabría un cuartillo, y también cenaba, y no era nada regalado, ni se le daba nada por comer manjares delicados ni costosos, salvo cuando veía que había necesidad que se gastase ó los hubiese menester. Era muy afable con todos nuestros capitanes y compañeros, en especial con los que pasamos con él la isla de Cuba la primera vez; y era latino, y of decir que era bachiller en leyes, y cuando hablaba con letrados y hombres latinos, respondía á lo que le decían en latín. Era algo poeta, hacia coplas en metros y en prosa, y en lo que platicaba lo decía muy apacible, y con muy buena retórica, y rezaba por la ma-

una en unas horas, é oía misa con devoción: tenía por su muy abogada á la Virgen María Nuestra Señora, y también tenía á Señor San Pedro, Santiago y al Señor San Juan Bautista, y era limosnero. Quando juraba, decia: en mi conciencia; y cuando se enojaba con algun soldado de los nuestros, sus amigos le decia: ó mal pese á vos; y cuando estaba mas enojado, se le inclaba una vena de la garganta y otra de la frente, y aun algunas veces de muy enojado, arrojaba

una manta y no decia palabra fea, ni injuriosa á ningun capitán ni soldado; y era muy sufrido, porque soldados hubo muy desconsiderados, que decian palabras muy descomedidas, y no les respondia cosa muy sobrada ni mala, y aunque habia materia para ello, lo mas que le decia era: callad, ó ídos con Dios, y de aquí adelante tened mas miramiento en lo que dijéredes, porque os costará caro por ello, ó os haré castigar. Era muy porfiado, en especial en cosas de la guerra.

ADVERTENCIA.

CUANDO hago mencion de toesas, piés y pulgadas, sin decir mas me refiero á las medidas de París, que por ser mas generalmente conocidas, están menos expuestas á equivocaciones. La toesa de París tiene 6 piés de rey; cada pié 12 pulgadas, y cada pulgada 12 líneas. La línea se considera compuesta de 10 partes ó puntos, para poder expresar mas fácilmente la proporcion de este pié con otros. El pié toledano, que es por antonomasia el español, es la tercera parte de una vara castellana, y es al pié de rey como 1240 á 1440: es decir, de las 1440 partes en que se considera dividido el pié de rey, el toledano tiene 1240, de modo que 7 piés toledanos hacen 6 piés de rey, ó una toesa de París.

En el mapa geográfico del imperio mexicano, me he limitado á indicar las provincias y algunos pocos pueblos, omitien-

do una gran cantidad de ellos, y no pocas ciudades importantes, por ser sus nombres demasiado largos. Las dos isillas que se ven en el golfo mexicano, distan apenas milla y media de la costa; pero el grabador quiso figurarlas mas léjos. Una de ellas es la que los españoles llaman San Juan de Ulúa (1).

(1) La edicion italiana, aunque hecha á vista de Clavigero, está llena de errores y descuidos. Me parece oportuno notar las siguientes, que inevitablemente se han copiado en la traducción. Hablando del viaje de los Toltecas en el libro primero, se dice que empezó el año 1 Teopatl. 396 de la era vulgar: debe decir 544. Allí mismo se dice que la monarquía tolteca empezó el año VIII Acatl: debe decir el año VII Acatl. Hablando del calendario mexicano se dice que los últimos años del siglo empezaban á 14 de febrero: debe decir á 13. En toda la obra se ha conservado el uso de las millas que emplea el autor: tres de las cuales forman poco mas ó menos, una legua española.—Nota del traductor.

una en unas horas, é oía misa con devoción: tenía por su muy abogada á la Virgen María Nuestra Señora, y también tenía á Señor San Pedro, Santiago y al Señor San Juan Bautista, y era limosnero. Quando juraba, decia: en mi conciencia; y cuando se enojaba con algun soldado de los nuestros, sus amigos le decia: ó mal pese á vos; y cuando estaba mas enojado, se le inclaba una vena de la garganta y otra de la frente, y aun algunas veces de muy enojado, arrojaba

una manta y no decia palabra fea, ni injuriosa á ningun capitán ni soldado; y era muy sufrido, porque soldados hubo muy desconsiderados, que decian palabras muy descomedidas, y no les respondia cosa muy sobrada ni mala, y aunque habia materia para ello, lo mas que le decia era: callad, ó ídos con Dios, y de aquí adelante tened mas miramiento en lo que dijéredes, porque os costará caro por ello, ó os haré castigar. Era muy porfiado, en especial en cosas de la guerra.

ADVERTENCIA.

CUANDO hago mencion de toesas, piés y pulgadas, sin decir mas me refiero á las medidas de París, que por ser mas generalmente conocidas, están menos expuestas á equivocaciones. La toesa de París tiene 6 piés de rey; cada pié 12 pulgadas, y cada pulgada 12 líneas. La línea se considera compuesta de 10 partes ó puntos, para poder expresar mas fácilmente la proporcion de este pié con otros. El pié toledano, que es por antonomasia el español, es la tercera parte de una vara castellana, y es al pié de rey como 1240 á 1440: es decir, de las 1440 partes en que se considera dividido el pié de rey, el toledano tiene 1240, de modo que 7 piés toledanos hacen 6 piés de rey, ó una toesa de París.

En el mapa geográfico del imperio mexicano, me he limitado á indicar las provincias y algunos pocos pueblos, omitien-

do una gran cantidad de ellos, y no pocas ciudades importantes, por ser sus nombres demasiado largos. Las dos isillas que se ven en el golfo mexicano, distan apenas milla y media de la costa; pero el grabador quiso figurarlas mas léjos. Una de ellas es la que los españoles llaman San Juan de Ulúa (1).

(1) La edicion italiana, aunque hecha á vista de Clavigero, está llena de errores y descuidos. Me parece oportuno notar las siguientes, que inevitablemente se han copiado en la traducción. Hablando del viaje de los Toltecas en el libro primero, se dice que empezó el año 1 Tecpatl. 396 de la era vulgar: debe decir 544. Allí mismo se dice que la monarquía tolteca empezó el año VIII Acatl: debe decir el año VII Acatl. Hablando del calendario mexicano se dice que los últimos años del siglo empezaban á 14 de febrero: debe decir á 13. En toda la obra se ha conservado el uso de las millas que emplea el autor: tres de las cuales forman poco mas ó menos, una legua española.—Nota del traductor.

INDICE.

LIBRO OCTAVO.

Páginas.

| | |
|---|---|
| <i>Llegada de los españoles á las costas de Amahuac. Inquietudes, embajadas y regalos del rey Moctezuma. Confederacion de los españoles con los Totonacas; su guerra y alianza con los Tlaxcaltecas; su severidad con los Cholultecas, y su solemnidad en México. Noticia de la célebre india Doña Marina. Fundacion de Veracruz, primera colonia de los españoles.....</i> | 3 |
|---|---|

LIBRO NONO.

| | |
|--|----|
| <i>Conferencias de Moctezuma con Cortés. Prision de Moctezuma, del rey de Acolhuacan y de otros señores. Suplicio atroz de Cuauhpopoca. Tentativas del gobernador de Cuba contra Hernan Cortés, y derrota de Pánfilo Narvaez. Muerte de muchos nobles, y sublevacion del pueblo de México contra los españoles. Batalla de Otompan, y retirada de los españoles á Tlaxcala. Eleccion del rey Cuicahuatzin. Victoria de los españoles en Tepeyacac, en Xalatzinco, en Tecamachuleo y en Cuauhquechollan. Estragos hechos por las viruelas. Muerte del rey Cuicahuatzin y de los príncipes Maxicatzin y Cuicuitatzin. Eleccion en México del rey Cuauhquemotzin.....</i> | 49 |
|--|----|

LIBRO DECIMO.

| | |
|---|-----|
| <i>Marcha de los españoles á Texcoco; sus negociaciones con los Mexicanos; sus correrías y batallas en las cercanías de los lagos; sus expediciones contra Yacapichtlan, Cuauhnahuac y otras ciudades. Construccion de los bergantines. Conjuracion de algunos españoles contra Cortés. Rescua, division y puestos del ejército español. Ascáo de México; prision del rey Cuauhquemotzin, y ruina del imperio mexicano.....</i> | 97 |
| <i>Descendencia del rey Moctezuma.....</i> | 140 |
| <i>Descendencia de Hernan Cortés.....</i> | 141 |

DISERTACIONES

SOBRE LA TIERRA, LOS ANIMALES Y LOS HABITANTES DE MEXICO.

Páginas.

| | |
|-----------------------|-----|
| <i>Al lector.....</i> | 145 |
|-----------------------|-----|

DISERTACION I.

| | |
|---|-----|
| <i>Sobre el origen de la poblacion de América, y particularmente de la de México.....</i> | 148 |
|---|-----|

| | Páginas |
|--|---------|
| DISERTACION II. | |
| <i>Principales épocas de la Historia de México</i> | 168 |
| DISERTACION III. | |
| <i>Sobre el terreno de México</i> | 180 |
| DISERTACION IV. | |
| <i>De los animales de México</i> | 203 |
| DISERTACION V. | |
| <i>Constitucion física y moral de los Mexicanos</i> | 231 |
| DISERTACION VI. | |
| <i>Cultura de los Mexicanos</i> | 250 |
| DISERTACION VII. | |
| <i>Confines y poblacion de los reinos de Acolhuacan</i> | 298 |
| DISERTACION VIII. | |
| <i>Religion de los Mexicanos</i> | 312 |
| DISERTACION IX. | |
| <i>Origen del mal venéreo</i> | 321 |
| ----- | |
| <i>Noticia de los escritores de la historia antigua de México</i> | 335 |
| <i>Memoria de las joyas, rodclas y ropa, remitidas al emperador Carlos V. por D. Fernando Cortés y el ayuntamiento de Veracruz, con sus procuradores Francisco de Montejo y Alonso Hernandez Porto-Carrero</i> | 347 |
| <i>Carta de Carlos V. A Hernan Cortés, en que se da por satisfecho de sus servicios en Nueva-España</i> | 354 |
| <i>Documentos relativos á los condes de Moctezuma</i> | 357 |
| <i>Retrato de Hernan Cortés, sacado de Bernal Diaz del Castillo</i> | 360 |
| <i>Advertencia</i> | 361 |